

MARGARET GEORGE

**HELENA
DE
TROYA**



de

Esta es la historia de Helena de Troya, la mujer más bella del mundo. Una mujer premiada y castigada por los dioses con un don tan único y virtuoso como maldito y terrible: una belleza incomparable, capaz de provocar la mejor locura de los hombres, pero también la peor cordura.

Hija de un dios, esposa de reyes, amada y odiada por todos, Helena vivirá desde pequeña y para siempre sometida a la mirada escrutadora de amigos y enemigos, sólo por ser quien es, por ser como es, por poseer el rostro que provocará una de las guerras más famosas y legendarias de la historia de la humanidad: la Guerra de Troya.

De la mano y la voz de la misma Helena, en esta novela conocemos su verdadera historia; su punto de vista sobre la leyenda; su niñez, marcada por las funestas profecías cernidas sobre su familia, que la obligan a vivir oculta del resto del mundo; su temprano matrimonio con Menelao, tras la competencia entre cientos de pretendientes; su historia de amor y traición con Paris; el asedio de Troya; su encuentro con personajes inolvidables: Aquiles, Agamenón, Príamo, Odiseo, Héctor, entre otros.



Margaret George

Helena de Troya

ePub r1.0

Morwen 15.07.14

Título original: *Helen of Troy*
Margaret George, 2006
Traducción: Ana Herrera
Ilustraciones: Corbis
Diseño de cubierta: OPALWORRKS

Editor digital: Morwen
ePub base r1.1



Para mi hija Alison Rachel, querida amiga y compañera.
Y para su abuela, mi madre, Margaret Dean, una de las últimas grandes
bellezas sureñas.

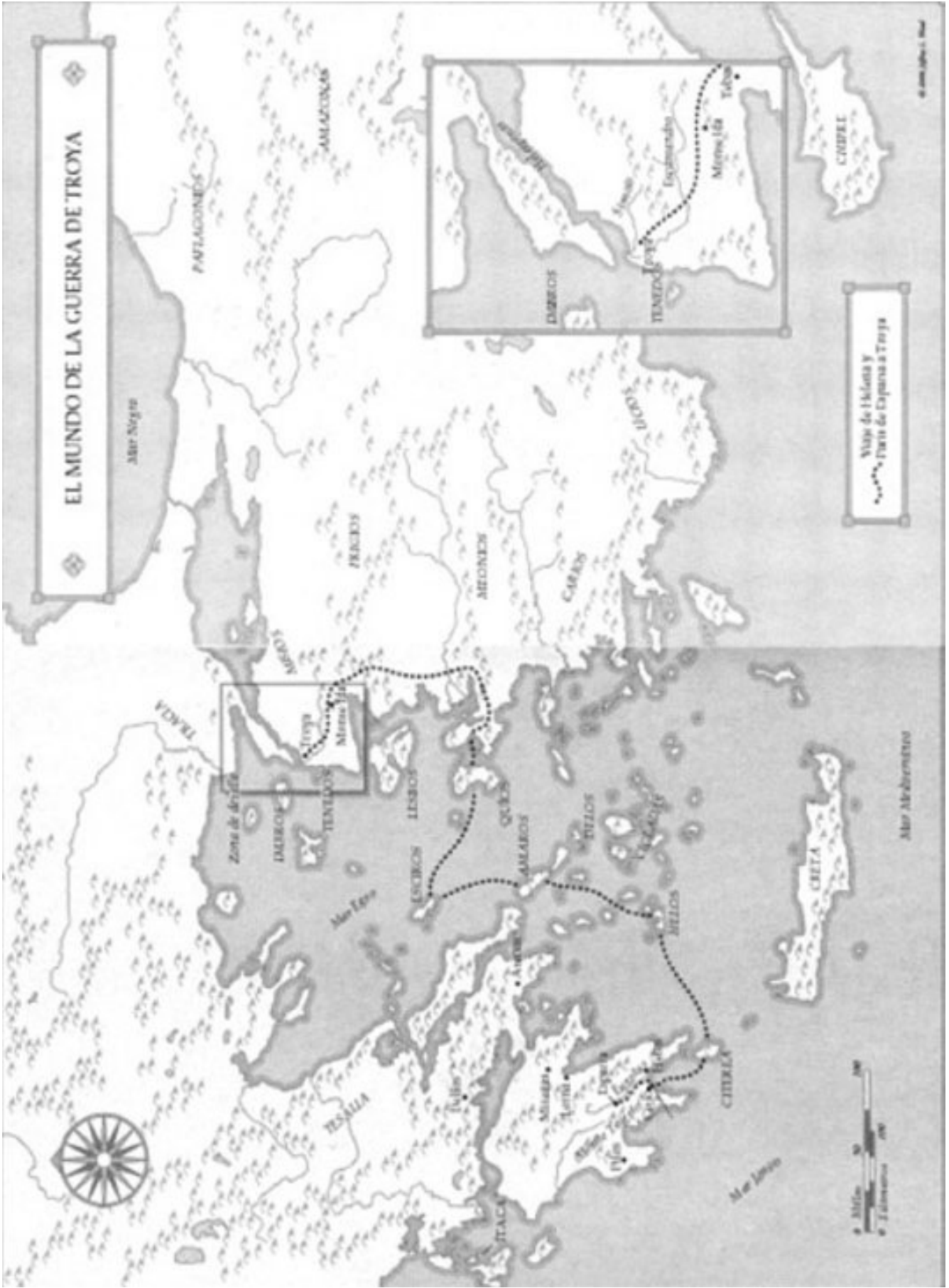
... Troya, cuyos muros todavía no eran antiguos había sido destruida, esa ciudad noble, regia, y muchos hombres de gran valor y renombre perdieron su vida, algo que nadie puede negar, y todo por Helena, la esposa de Menelao.

Cuando algo está hecho, no puede ser de otro modo.

Libro de Troya, circa 1412-1420.

JOHN LYDGATE

EL MUNDO DE LA GUERRA DE TROYA



Prólogo

Volaba de vuelta a Troya. No, era más bien como si flotase, porque era un vuelo fijo, sin caer ni planear. No tenía alas, aunque llevaba los brazos extendidos, pero éstos parecían servirme más bien para orientarme, y no para propulsarme. Notaba el viento que se deslizaba entre mis dedos. Me sentí sumergida en la maravilla de poder volver a Troya, y sin esfuerzo alguno.

Veía el azul brillante del mar, pasaba por encima de sus destellos y sus olas cubiertas de blanca espuma, por encima de las islas que se erguían como áridos lomos de animales, despojados de su pelaje. Eran marrones, y sus huesos, que se mostraban en las colinas, eran su espina dorsal.

¿Dónde estaban aquellos que habíamos visitado Paris y yo en nuestro camino hacia Troya, nuestros peldaños en el camino? Desde tan arriba era imposible decirlo.

Una gaviota se arrojó en picado junto a mí, y el viento que procedía de sus alas batientes alteró mi vuelo. Durante un instante noté que caía, y luego me enderecé y seguí flotando serenamente. Mi traje se agitaba, flotando como el humo a mi alrededor.

Lejos veía unos barcos. ¿Adónde se dirigirían? ¿Quién iría en ellos? Imposible saberlo, y además, realmente, no me importaba. Así nos veían los dioses: como diversiones insignificantes. Ahora lo comprendía. Al final, lo comprendía.

Apareció la costa de Troya..., ¡qué pronto! Sólo tenía una preocupación, un impulso ardiente: contemplar de nuevo Troya. Entrar de nuevo por sus puertas, caminar por sus calles, tocar los edificios, sí, hasta los edificios que nunca me habían importado nada. Ahora todos eran preciosos. Me situé bien y fui bajando lentamente justo hasta el exterior de la puerta del sur, la mayor. Cuando la contemplé la primera vez que entraba en Troya, su parte superior parecía alcanzar el cielo, pero ahora que la veía desde abajo sabía que se detenía mucho antes de las nubes.

Cosa extraña: cuando mis pies tocaron la tierra, no levantaron polvo. Pero me sentía aturdida por la alegría embriagadora de saber que estaba de vuelta en Troya. Oía a los pájaros en la pradera que me rodeaba, notaba el aroma somnoliento de los campos al mediodía. A mi derecha vi rebaños de caballos pardos pastando, los famosos caballos de la llanura troyana. Todo era pacífico y ordenado. A distancia se veía una pequeña granja de piedra con el tejado de tejas, junto a un bosquecillo. Quise acercarme allí, llamar a la puerta. Pero estaba muy lejos, así que me volví hacia Troya.

¡Troya! La magia de Troya se alzaba ante mis ojos, bailando ante el azul del cielo. Sus torres eran las más altas que podía construir hombre alguno, sus murallas las más recias y las más hermosas, y en su interior..., ¡ah, en el interior se encontraban todas las maravillas del mundo! Troya reverberaba como un espejismo, vibraba en el aire, seductora, susurrando sus secretos, atrayéndome hacia ella.

Caminé hacia la puerta. Para mi sorpresa, estaba abierta. Las gruesas hojas forradas de bronce estaban de par en par, y detrás de ellas se abría el camino que conducía a la ciudadela, ancho e invitador. Pasé a través del portón que normalmente tenía guardias y no me pregunté a mí misma por qué entonces no había guardia alguna ni soldados. Una vez dentro, había silencio..., ni el sonido de las carretas chirriantes, ni risas ni voz alguna.

Seguí andando hacia la ciudadela, aquel grupo de palacios y templos que coronaba la parte superior de Troya. Veía su brillo en la distancia, y su piedra blanca me saludaba, como si fuese una diosa.

La ciudad estaba completamente desierta, y empecé a oír ecos en las casas vacías al pasar. ¿Adónde había ido toda la gente?

Busqué en la ciudadela, donde debía de estar toda mi gente. Príamo y Hécuba estarían en su palacio. Héctor y Andrómaca en el suyo, y los muchos hijos e hijas de Príamo y Hécuba en sus propios aposentos, detrás del palacio real... Cincuenta hijos y doce hijas, cada uno de ellos con su propio hogar. Y entre el templo de Atenea y el palacio de Héctor, estaría el mío y de Paris, en pie, alto y orgulloso.

Y estaba allí. Perfecto, tan perfecto como cuando Paris y yo lo imaginamos, mucho antes de que se hubiese colocado una sola piedra. Cuando yacíamos juntos en nuestro fragante lecho y nos divertíamos imaginando nuestro palacio perfecto. Allí estaba.

Como nunca fue. Las piedras no eran exactamente así; no, no pudimos conseguir las rojas de Frigia y tuvieron que usar otras más oscuras de Lesbos. Pero allí eran rojas, y estaban unidas con argamasa y colocadas en su sitio. Durante un instante me sentí sorprendida por aquel hecho, y me quedé mirándolas. «No, no era así, excepto en nuestra mente», murmuré, como si las piedras pudieran temblar un poco y cambiarse a sí mismas al oír mis palabras. Pero siguieron tal y como estaban, obstinadas.

Me encogí de hombros. No importaba. Entré en el palacio y me abrí camino por el amplio mégaron y luego subí las escaleras hacia la parte más privada de nuestros aposentos, las habitaciones adonde Paris y yo nos retirábamos cuando los asuntos del día concluían al fin y podíamos estar solos.

Mis pisadas hacían eco. ¿Por qué estaba todo tan vacío? Era como si un hechizo lo hubiese atrapado todo. Nada se movía, no se oía una sola voz.

Me quedé de pie en el umbral de la cámara. Paris tenía que estar allí. Me estaba esperando. Había vuelto de los campos, de hacer ejercicio con los caballos salvajes, como tanto le gustaba, y ahora estaría tomándose una copa de vino y frotándose algún hematoma sufrido por los trabajos del día. Levantaría la vista y me diría: «Helena, el caballo blanco del que te hablé...».

Resueltamente abrí la puerta. La habitación estaba mortalmente silenciosa. También parecía oscura.

Entré, y el susurro de mi túnica rozando mis pies era el ruido más intenso que se oía.

—¿Paris? —dije, la primera palabra que pronunciaba.

En los cuentos, la gente se convierte en piedra. Pero allí habían desaparecido. Me volví hacia un lado y otro, buscando a alguien en las habitaciones, pero no había nada. El cascarón de Troya permanecía, sus palacios, sus muros y calles, pero la habían despojado de lo que realmente la hacía grande: su gente.

Y Paris..., ¿dónde estás, Paris? Si no estás aquí en nuestro hogar, ¿dónde estás?

Vi la luz del sol, y agradecí que alguien hubiese abierto los postigos. Ahora Troya podía volver a vivir de nuevo; ahora la luz del sol podría inundarla. Las calles se llenarían de nuevo de gente, y la ciudad recobraría la vida. No había desaparecido, sólo estaba durmiendo. Y entonces podría despertar.

—Señora, ya es hora. —Alguien me tocaba el hombro—. Has dormido demasiado.

Todavía aferrada a Troya, de pie en el dormitorio de mi palacio. Paris estaría allí ahora mismo. ¡Seguro! ¡Tenía que venir!

—Ya sé que es difícil, pero tienes que levantarte. —Era la voz de mi dama de compañía—. Menelao sólo será sepultado una vez. Y hoy es el día. Mis condolencias, señora. Sé fuerte.

¡Menelao! Abrí los ojos y miré a mi alrededor, desconcertada. Aquella habitación... no era mi habitación de Troya. ¡Ah, dioses! Estaba en Esparta, y Menelao había muerto.

Mi marido espartano, Menelao, había muerto. El troyano Paris no estaba allí. No estaba conmigo desde hacía treinta años. Troya había desaparecido. Ni siquiera podía considerar que era una ruina humeante, porque su humo se había esfumado en el cielo hacía muchísimo tiempo. Troya estaba tan muerta que hasta sus cenizas se habían dispersado.

Todo había sido un sueño, mi visita a Troya. Incluso lo que quedaba en mi amable sueño, los muros, las torres, las calles, los edificios; todo había desaparecido. No quedaba nada. Me eché a llorar.

Una mano suave en mi hombro:

—Ya sé que sientes pena por él —me dijo—. Pero, aun así, deberías...

Pasé los pies por encima del borde de la cama.

—Ya lo sé. Debo asistir al funeral. No, es mucho más que eso: debo presidirlo. — Me erguí, ligeramente mareada—. Sé cuál es mi deber.

—Señora, yo no quería...

—Claro que no. Elige mi ropa. —Así me libraría de ella.

Me apreté las sienes con los dedos. Menelao había muerto. Las cosas estaban así. Su confesión, su ruego..., todo había desaparecido. Había pasado mucho tiempo atrás. Y Paris: «La gente que todavía no ha nacido hará canciones sobre nosotros», le había dicho yo. Qué joven y qué idiota era. Él se había desvanecido. No estaba por ninguna parte, en mi sueño..., y yo lo sabía ahora por un sueño. Paris y yo ya no existíamos.

No importaba. El sueño me había mostrado el camino. Volvería a Troya después del funeral, después de arreglar las cosas en Esparta. Debía volver a ver aquello de nuevo, por vacío y arruinado que estuviese. Allí fue donde viví, donde viví con mayor plenitud, donde Helena realmente tomó forma como Helena, y se convirtió en Helena de Troya.

En mi vida, yo me había remontado muy alto, aunque fuese por un breve tiempo: en eso el sueño tenía razón. Una vez hubo una Helena, y vivió con plenitud en Troya. Pensad lo que queráis. En mis tiempos provoqué odios, guerras y muerte. Se decía que yo era la mujer con una corona de espadas de bronce enmarcando su rostro en lugar de flores.

Sin embargo, yo no hice nada, no fue mi intención. Arrojo esas culpas a los pies de los hombres que me persiguieron.

Hablo de Helena como si la conocierais, pero ¿quién es Helena?

Escuchad, y os lo contaré. Contened el aliento, y la oiréis hablar.

PARTE I

Esparta

I

Helena. Antes de saber hablar ya oí mi nombre y supe que era Helena. Mi madre lo susurraba, pero no dulcemente. Lo susurraba como si fuera un feo secreto. A veces incluso lo siseaba junto a mi oído, y yo notaba su aliento cálido cosquilleando mi piel. Nunca lo murmuró, y nunca lo gritó tampoco. Los murmullos son para las ternezas, y los gritos para advertir a los demás. Ella no quería atraer la atención hacia mí de esa manera.

Tenía otro nombre familiar para mí, «Polluelo», y cuando lo usaba sonreía, como si aquello le complaciese. Era algo privado, nuestro pequeño secreto, porque nunca lo usaba ante nadie más.

Igual que las nieblas que se ciñen a las colinas gradualmente van clareando y desaparecen, y la forma sólida de las rocas y los bosques aparece, igual la vida toma forma en nuestros recuerdos más tempranos, que desaparecen después. Entre el remolino de memorias y sentimientos mezclados de mi niñez, recuerdo estar en un palacio donde vivía la familia de mi madre, y donde ella había crecido. Mi abuela y mi abuelo todavía vivían, pero cuando intento recordar sus rostros no puedo. Todos habíamos ido allí, huido allí más bien, a causa de los problemas con el trono de mi padre en Esparta. Lo habían expulsado de allí y ahora era un rey en el exilio, viviendo con la familia de su esposa.

Ahora sé que todo eso fue en Etolia, aunque por supuesto yo no sabía nada de emplazamientos, lugares, nombres. Sólo sabía que nuestro palacio en Esparta, allá arriba en la colina, estaba más abierto al sol y al viento que el otro, que era oscuro y cerrado como una caja. No me gustaba estar allí y deseaba volver a mi antigua habitación. Le pregunté a mi madre cuándo sería aquello, cuándo podríamos volver a casa.

—¿A casa? —me dijo ella—. ¡Ésta es nuestra casa!

Yo no lo entendía y sacudía la cabeza.

—Ésta era mi casa, donde yo crecí. Esparta nunca fue mi casa.

—Pero es la mía —dije yo. Intenté no llorar al pensar que quizá no pudiera regresar nunca allí. Pensé que había detenido las lágrimas en los rabillos del ojo, pero mi labio tembloroso me delató.

—¡No llores, niña! —dijo ella, cogiéndome el brazo—. ¡Las princesas no lloran, ni siquiera delante de sus madres! —Cuando se inclinó y su cara se acercó a la mía, tenía un aspecto odioso. Era larga y estrecha, y al fruncir el ceño parecía alargarse

más aún, estirándose hasta parecer el hocico de un animal—. Pronto sabremos el tiempo que tenemos que estar aquí, y adónde iremos. Delfos nos lo dirá. El oráculo nos lo revelará.

Íbamos dando sacudidas en una carreta por una tierra que era salvaje y boscosa. No se parecía en nada a la tierra en torno a Esparta, recogida en su suave valle verdeante. Allí las colinas ásperas, cubiertas de matorrales y árboles escuálidos, dificultaban nuestro viaje. A medida que nos aproximábamos a la montaña donde se escondía el lugar sagrado de Delfos, tuvimos que abandonar las carretas e ir caminando por un sendero con rodadas en un empinado ascenso. A cada lado de nosotros, unos árboles delgados y altos, con troncos como agujas, buscaban el cielo pero no producían sombra alguna, y teníamos que ir rodeando grandes peñascos y trepar por encima de los obstáculos.

—Así cuando llegas es más especial —dijo uno de mis hermanos, Cástor. Tenía unos cinco años más que yo, y el pelo oscuro como el de nuestra madre, pero con un carácter amistoso y alegre. Era mi mejor amigo entre mis hermanos, animoso y alentador, divertido, aunque siempre cuidadoso y vigilante conmigo, la menor—. Si fuera fácil de encontrar, no sería una recompensa tan grande.

—¿Recompensa? —Subiendo con nosotros, resoplando y dando tumbos, venía el gemelo de Cástor, Polideuces. Era tan rubio como Cástor moreno, pero vivía en las sombras de la precaución y el peligro, que empañaban su bello aspecto—. No veo ninguna recompensa, sólo un ascenso seco y polvoriento por el monte Parnaso. ¿Y para qué? ¿Para que una vidente nos diga lo que debemos hacer? Sabes que si a nuestra madre no le gusta lo que oye, simplemente, lo ignorará. De modo que, ¿por qué nos molestamos en subir, cuando ella podía quedarse en su habitación, llamar a una adivina y que hiciera el rito de adivinación allí mismo?

—Es nuestro padre quien debe saberlo —dijo Cástor—. Él dará mucho valor a lo que diga el oráculo, aunque nuestra madre no lo haga. Es su trono, después de todo, ésa es la cuestión.

—Y es su hermano el que le ha expulsado de él. Y ahora, querido hermano, estrechemos las manos y juremos evitar luchas semejantes.

—Podemos gobernar juntos. No veo nada que lo impida —se rio Cástor.

—Si nuestro padre no recupera su trono, difícilmente podremos seguirle —dijo Polideuces.

—Bueno, entonces nos ganaremos la vida boxeando y luchando, ganaremos todos los premios y tendremos mucho ganado y mujeres...

—Siempre os las arreglaréis, de eso estoy seguro. —De pronto la mayor estaba

junto a nosotros, nuestra hermana Clitemnestra—. Es un gran don. —Se volvió hacia mí—. ¿Estás cansada?

Lo estaba, pero no pensaba admitirlo.

—¡No, no, qué va! —Y me apresuré, para demostrarlo.

Al anoecer llegamos a Delfos al fin. Habíamos subido y subido hasta que finalmente pasamos junto a una fuente donde otros, que parecieron salir de repente de la nada, se refrescaban y salpicaban agua en los rostros, y llenaban sus odres. La fuente desaguaba en un estanque, sombreado por unos árboles que se cernían por encima del borde, y el sol moteaba la superficie, jugando con ella. Era un lugar muy tranquilo y pacífico, y yo sumergí las manos en el agua sorprendentemente fría, dejando que me refrescase.

Era demasiado tarde para acudir al oráculo, y por lo tanto pasamos la noche en los campos que había justo debajo de los edificios sagrados. Allí también había otros muchos que dormían al raso. Las estrellas sobre nosotros eran brillantes y frías. Las miré y me prometí a mí misma pedirles a mis hermanos que me contaran todas las historias sobre ellas. Pero aquella noche estaba tan cansada que me quedé dormida al instante.

El sol me hería los ojos y me despertó muy temprano. No tenía que asomarse por encima de una montaña, como en Esparta, sino que inundaba el cielo con su luz en el instante en que aparecía. A mi alrededor otros se removían y doblaban sus mantas, enderezándose, ansiosos por descubrir los secretos de Delfos.

Mi padre no era él mismo. Lo sabía por la forma que tenía de saludar a los peregrinos que nos rodeaban. Hablaba con ellos, pero no parecía oír sus respuestas. Y reaccionaba de una manera vaga, inconsecuente.

—Debemos apresurarnos para llegar los primeros al oráculo. —Miró a su alrededor a todos los demás, examinándolos—. Sus preocupaciones son corrientes, no el futuro de un trono. —Nos empujó hacia el camino.

El oráculo. El futuro. Augurios. Profecías. Hasta entonces, yo era libre. Era una niña sin importancia... o eso creía al menos. Después, gobernaron mi vida, los adivinos, los límites fijados por los dioses, los parámetros que me definían.

Mi padre corría hacia el oráculo, inclinándose en contra del viento en su prisa por llegar el primero, cuando de repente resonó un chillido procedente de una roca en el camino. Encaramada a ella estaba una vieja, una mujer que, con sus ropajes oscuros y su capucha, parecía más un buitre o un cuervo que una persona.

—¡Tú! ¡Tú! —graznó, lo juro.

Mi padre se detuvo. Todos nos detuvimos. Él se acercó a ella, se puso de puntillas

para oírla, mientras ella se inclinaba desde su roca y le hablaba. Él frunció el ceño, luego meneó la cabeza. ¡Estaba discutiendo con ella! Le vi hacer gestos. Luego vino hacia mí y me arrastró hacia ella.

Yo no quería ir. ¿Por qué me obligaba? Me retorcí e intenté soltarme.

—¡Niña, niña! —chillaba ella, con su espantosa y aguda voz.

Mi padre me levantó, mientras yo me retorcí e intentaba escapar, y me sujetó fuerte. Me subió hacia ella. Ella se inclinó hacia delante y me cogió la cabeza, y su voz cambió. Empezó a proferir unos gritos extraños, sobrenaturales. Sus manos eran como garras, me sujetaban tan fuerte que yo temía que me reventara la cabeza.

—¡Críala en Esparta, pues! —Su voz era un sonido como el del agua en la poza que habíamos pasado junto a la entrada a Delfos, distante y oscura—. Pero ¡ella será la ruina de Asia, la ruina de Europa, a causa de ella se librará una gran guerra, y muchos griegos morirán!

—¡Suéltame, suéltame! —gritaba yo.

Pero mi padre me sujetaba fuerte, y la mujer aspiraba y espiraba con aspereza emitiendo un sonido espantoso, medio jadeo medio rugido. Mi madre estaba de pie, clavada en el suelo, inmóvil. La indefensión de mis padres me asustó más que nada. Era como si ella, mediante algún extraño poder, los hubiese paralizado.

—Troya —murmuró ella entonces—. Troya...

Luego, repentinamente, el hechizo se rompió. Dejó de respirar laboriosamente y me soltó la cabeza. Me cosquilleaba el cuero cabelludo, y caí en los brazos de mi padre.

Continuamos la marcha por el sendero arriba hacia el oráculo, el famoso oráculo que se situaba en un lugar secreto y aspiraba los humos o conversaba con el dios Apolo, y mi padre la buscó. Pero no sé qué fue lo que le dijo. Yo todavía estaba temblando por el ataque de aquella mujer.

—La sibila —corrigió Clitemnestra—. Es la sibila Herófila, y va vagando por ahí haciendo profecías. Es mucho más vieja que el oráculo, más importante. —Clitemnestra sabía esas cosas. Era seis años mayor que yo, y se había preocupado de enterarse de esas cosas—. Lo que dice siempre es verdad. Diga lo que diga el oráculo... Bueno, hay algunos trucos. No siempre ocurre como piensa la gente.

—¿Por qué ha cogido a Helena? —preguntó Polideuces.

Clitemnestra le miró.

—Ya sabes por qué —dijo.

—¡No, no lo sé! —exclamó él—. ¡Por favor, cuéntamelo!

—No soy yo quien tengo que decírtelo. ¡Pregúntale a nuestra madre! —dijo, y

lanzó una risotada casi tan espantosa como la de la sibila.

Corrimos (o así me lo pareció) de vuelta al palacio de mis abuelos. Mi madre y mi padre se encerraron a conferenciar con el viejo rey y con la Reina, y a mí sólo me quedó vagar por mis desiertas habitaciones. Ah, no, a mí no me gustaban, y todavía me dolía la cabeza por las garras de la sibila. Me toqué con delicadeza y noté el bulto de las costras.

«Gran guerra..., muchos griegos morirán... Troya...». No sabía qué significaba todo aquello, pero sí que había alarmado a madre y padre... y hasta a Clitemnestra, que normalmente no tenía miedo a nada, y era la primera en conducir un carro con caballos rebeldes y en romper las reglas.

Cogí un espejo e intenté ver las heridas que tenía en la cabeza. Volví el espejo de un lado y otro, pero la herida estaba demasiado atrás para poder vérmela. Entonces, Clitemnestra me quitó el espejo de la mano.

—¡No! —gritó. Había auténtica alarma en su voz.

—¿Me puedes ver la coronilla? —dije yo—. Yo no. Eso es lo que quería hacer.

Ella me separó el pelo.

—Tienes unos arañazos, pero no son profundos. —Tenía el espejo agarrado con firmeza en la mano.

II

Y así fue como supe que tenía prohibido usar un espejo. Era una cosa tan sencilla, una superficie de bronce pulido que reflejaba una imagen muy pobre, en cualquier caso. Yo había visto poca cosa cuando sujetaba el espejo arriba para mirarme la cabeza. El rostro que vi, fugazmente, no era el que había imaginado.

¿Podemos imaginar nuestro propio rostro? Creo que no. Creo que nos imaginamos como si fuésemos invisibles, sin rostro en absoluto, capaces de mezclarnos perfectamente con todo lo que nos rodea.

Mi madre se miraba bastante a menudo al espejo. Parecía que cada vez que yo entraba en su habitación ella se estaba mirando al espejo, levantando las cejas, volviendo la cabeza para mirarse las mejillas a un lado y otro, o humedeciéndose los labios. A veces, lo que hacía le llevaba una sonrisa a los labios, pero más a menudo, lo que hacía era fruncir el ceño y lanzar un suspiro. Siempre dejaba a un lado el espejo cuando me veía, e incluso llegaba a sentarse encima para evitar que yo lo cogiera.

¿Era guapa mi madre? ¿Atractiva? ¿Seductora? ¿Encantadora? ¿Bella? Tenemos tantas palabras para describir el grado exacto en el cual una persona complace nuestros sentidos... Sí, yo diría que era todas esas cosas. Ella tenía, como ya he dicho, un rostro delgado y largo, que le daba un aspecto inusual; en nuestra familia, las caras eran redondas u ovaladas.

Su nariz era una perfecta hoja fina y afilada, que separaba sus ojos grandes y oblicuos, y eso era lo que más llamaba la atención cuando la mirabas: sus enormes ojos oblicuos que nunca te miraban directamente, y que dominaban su rostro. La cualidad más seductora que poseía era su vívido colorido. Tenía la piel muy blanca, el cabello muy oscuro, y unas mejillas que siempre parecían sonrojadas y encendidas. Tenía también el cuello largo y esbelto, muy elegante. A mí me parecía que podía estar orgullosa de él, pero una vez, cuando alguien le dijo que tenía un cuello de cisne, ella le hizo salir de la habitación.

Se llamaba Leda, un nombre que yo encontraba muy bonito. Significaba «dama», y ella siempre había sido menuda y graciosa, de modo que al elegir aquel nombre para ella, mis abuelos le habían dado un marco en el que crecer.

Mi nombre, Helena, era menos claro. Le pregunté a mi madre una vez, cuando la encontré mirándose al espejo y ella lo escondió a toda prisa, por qué me había puesto aquel nombre y qué significaba.

—Ya sé que Clitemnestra significa «cortejo loable», y como es tu primogénita, yo

pensaba que significaba que el cortejo de mi padre te había conquistado.

Ella echó atrás la cabeza y lanzó una risa ronca, divertida.

—El cortejo de tu padre fue como él, político. —Viendo el asombro en mi rostro, ella dijo—: Quiero decir que estaba en el exilio (¡una vez más!) y se refugió en la casa de mi madre y mi padre. Y ellos tenían una hija casadera, y él estaba ansioso por casarse, tan ansioso que les prometió grandes obsequios si me entregaban, y eso fue lo que hicieron.

—Pero ¿qué pensaste de él cuando le viste por primera vez?

Ella se encogió de hombros.

—Que no era desagradable y que podría soportarle.

—¿Y eso es todo lo que puede buscar una mujer? —pregunté, vacilante y también un poco conmocionada.

—Sí. —Ella me miró con dureza—. Aunque en tu caso, creo que podremos pedir algo más. Conseguir un trato mejor. Y en cuanto a los demás nombres: Cástor recibió su nombre por el animal, y realmente ha crecido muy industrial, y Polideuces significa «mucho vino dulce». Tu hermano podría beber más vino, si eso sirviera para aligerar su humor.

—Pero ¿y mi nombre? ¡Mi nombre!

Los niños están más interesados en sí mismos. Yo estaba impaciente por oír mi propia historia, la historia especial de mí misma desde antes de lo que podía recordar, un misterio del cual sólo mi madre y mi padre tenían la clave.

—Helena. —Ella inspiró aire con fuerza—. Era difícil elegir tu nombre. Tenía que ser..., tenía que reflejar... —Ella, nerviosamente, empezó a retorcerse un rizo de pelo, un hábito al que volvía en tiempos de incertidumbre o agitación; yo lo sabía muy bien—. Significa muchas cosas. «Luna», porque parecías tocada por la diosa; «antorcha», porque desprendías luz.

—Era un bebé. ¿Cómo podía desprender luz?

—Tu pelo era muy claro, y brillaba como el sol —dijo ella.

—Luna, sol... ¡No puedo ser las dos cosas! ¿Por qué es tan complicado?

—Bueno, tú eres así —dijo ella—. Su luz es distinta, pero es posible ser ambas cosas. Tener atributos de las dos.

—Pero tú también me llamas «polluelo». ¿Qué significa eso? —Yo quería que me lo explicara también, que me explicara todos mis nombres.

—Polluelo es la cría del cisne..., un cisne muy pequeñito, recién salido del huevo.

—Pero ¿por qué te recuerdo a un polluelo? ¡Ni siquiera te gustan los cisnes!

Un día íbamos caminando junto al lago en casa de mis abuelos y una bandada de

cisnes se acercó a nosotros. Mi madre se volvió de espaldas a ellos y salió corriendo, y mi padre chilló y les arrojó piedras. Su rostro se había puesto rojo, y chillaba: «¡Apartaos de aquí, monstruos asquerosos!».

—Ah, sí, a mí me gustaban mucho antes —dijo ella—. Eran mis aves favoritas cuando era pequeña, y vivía aquí con mis padres. Salía al lago y les daba de comer. Me gustaba mirarlos flotando en el agua, con sus encantadores cuellos curvados y sus plumas blancas.

—¿Y por qué cambiaste de opinión acerca de ellos?

—Supe más cosas de ellos cuando crecí. El encanto que me inspiraban desapareció. —De repente se inclinó hacia abajo y me cogió las manos entre sus largas y delgadas manos—. No mires algo demasiado de cerca, no te acerques demasiado, porque entonces el encanto desaparece. Eso es lo que diferencia a los niños de los adultos. —Me acarició la mejilla—. Ahora puedes creer en todas las cosas. Más tarde, ya no podrás. —Me dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas—. Pero yo los amé en tiempos, y todavía amo el cisne que hay en ti.

—Entonces iré a ver a los cisnes todos los días —dije, tozuda—. Ahora que todavía puedo quererlos, antes de averiguar... lo que te hizo cambiar de opinión.

—Pues ve, corre. Pronto nos iremos de aquí. Tu padre recuperará su trono y volveremos a Esparta. Los cisnes sólo acuden allí raramente. No viven allí, no bajan a tierra a menudo.

¡Ah, qué maravilla poder volver! De vuelta en nuestro palacio maravilloso y grande, arriba en la colina, por encima del valle del río Eurotas, mirando desde lo alto la ciudad de Esparta, en la llanura. Lo echaba tanto de menos. Me encantaba mi habitación, con sus pinturas de pájaros y flores en los muros blancos, y el viejo peral que estaba justo en el exterior de mi ventana. Y todos mis juguetes a salvo en el baúl, donde los había dejado cuando tuvimos que huir tan deprisa.

Por supuesto, nadie se llevaría unos juguetes, pero mi padre estaba más preocupado por comprobar sus almacenes y ver lo que se había saqueado mientras su hermano usurpó su trono y vivió en su palacio. Mi padre había vaciado la sala del tesoro con sus propias manos y había escondido sus artículos, para enterrarlos al pie de las colinas, en las montañas colindantes.

—Pero ¡no puede uno protegerse contra todo! —decía—. Y considero cada teja rota como un ultraje, cada manto robado como una violación. ¡«Él» vivió aquí, se atrevió a invadir mi palacio! —De nuevo tenía la cara roja y mi madre intentaba calmarlo.

—Tíndaro, eso no son más que menudencias. Lo único importante es tu trono, y

está aquí. Lo has recuperado.

—¡Mi hermano..., ese cerdo...!

—Tu hermano está muerto —dijo mi madre, cansinamente.

—¡Aun así le odio!

Al oír a escondidas estas cosas, yo me preguntaba cómo un hermano puede perjudicar tanto a otro hermano para que éste sienta esas cosas. Pero ¡ah!, todavía tenía que aprender las cosas infames que un miembro de una familia puede causar a otro. Yo no lo comprendía porque amaba a mis hermanos y a mi hermana, y ellos me amaban a mí, y no veía que las cosas pudieran ser de otra manera.

Mi vida allí estaba llena de sol, de viento y de risas. Corría por todo el palacio, podía tener todo aquello que desease. Cantaba, jugaba y aprendía mis lecciones del amistoso y viejo tutor que trajeron para mí. No me faltaba nada, no deseaba nada que no tuviera al alcance de la mano. Recuerdo aquellos tiempos como los más inocentes y más felices..., si la felicidad consiste en no tener deseos en absoluto, ni preocupaciones, como si vivieras flotando y sin soñar.

Pero, como tenía que ocurrir, un día levanté la vista, cuando mis ojos y mi corazón tuvieron más edad y más capacidad para discernir, y vi la alta muralla que rodeaba nuestro palacio, separándome de todo lo que había detrás. Empecé a pedir que me llevaran afuera, para ver lo que había en las praderas, las montañas y la ciudad. Y me encontré con una negativa rotunda.

—Debes permanecer siempre aquí, dentro de los muros del recinto del palacio — me dijo mi padre con un tono de voz que desaconsejaba la discusión.

Por supuesto, los niños siempre preguntan por qué, pero él no quiso decírmelo.

—Tienes que hacer lo que te diga. —Ésas fueron sus últimas palabras.

Se lo pregunté a mis hermanos, pero ellos pusieron reparos, cosa muy rara en ellos. Cástor, que normalmente era intrépido, dijo que debía respetar los deseos de nuestro padre, y Polideuces afirmó oscuramente que él tenía sus motivos.

¡Cómo detestaba ser la pequeña! ¡Los otros podían ir y venir a su antojo, pero Helena tenía que quedarse siempre dentro, como una prisionera! ¿Nunca me dejarían salir, nunca sería liberada?

Me decidí a exigir que me permitieran salir fuera. Tenían que enseñarme a cazar; tenía que ser capaz de salir a las montañas con un arco, porque era muy embarazoso que ya tuviera siete años y todavía no hubiese sujetado uno siquiera. Me dirigí a los aposentos de mi padre, tras apartar a un lado a los guardias que había a cada lado del mégaron. Me sentía rara empujándolos de aquella manera, teniendo yo una tercera parte de tamaño que ellos, pero yo era una princesa y tenían que obedecerme.

Aquel día, el mégaron (la gran cámara con su hogar abierto y sus columnas pulidas, donde se recibía a los huéspedes importantes) estaba oscuro y vacío. Las cámaras privadas del Rey, separadas de las de la Reina, que estaban escaleras arriba, junto al mégaron, se encontraban a un lado del palacio, al otro lado de las habitaciones de los niños. Aparecieron más guardias a medida que me acercaba a las salas interiores, y yo los fui apartando también.

Oí la voz de mi padre. ¡Estaba allí! ¡Ahora era el momento de hablar con él! Le diría que deseaba muchísimo salir fuera del recinto del palacio. Pero entonces oí mi nombre. Me detuve y escuché.

—Helena —dijo—. ¿Podemos hacerlo?

¿Hacer qué? Noté que mi corazón se detenía y luego se ponía en marcha a toda velocidad.

—Eso implicará que tendrás que reconocerlo. —Era la voz de mi madre—. ¿Serás capaz de hacerlo? Porque ella valdrá mucho más si...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —ladró mi padre—. Me doy cuenta. —Y ahora notaba el dolor en su voz—. Pero... ¿podemos..., puedes acaso... probarlo sin duda alguna? Querrán pruebas...

—¡Mírala! —La voz de mi madre sonaba triunfante.

—Pero no es nada definitivo, quiero decir, la belleza, sí, pero tú, querida mía, tú eres también muy hermosa...

Oí que ella profería un ruido despreciativo.

—El cabello —dijo ella—. El color del cabello.

¿Qué tenía de raro? No lo entendía.

—Tiene que haber algo más —dijo mi padre—. ¿No tienes nada más?

El silencio me dijo que la respuesta era «no».

—¿Cómo pudiste ser tan idiota? —gritó él entonces—. ¡Tenías que haber pedido «algo»!

—¡Si hubieras tenido una experiencia como ésa, sabrías lo estúpido que es lo que estás diciendo!

—¡Ah, así que soy un estúpido!

Y entonces la cosa siguió por los mismos canales que sus disputas habituales, y supe que ya no podía enterarme de nada más. Entré rápidamente en la habitación e hice mi petición de salir del palacio, ver lo que había fuera. Ambos fruncieron el ceño y se negaron. Mi padre dijo que se debía a que yo era demasiado joven. Mi madre dijo que era porque yo ya tenía allí todo lo que necesitaba.

Fui creciendo. Cumplí los ocho años, luego los nueve. Seguía detrás de la muralla,

pero me había acostumbrado a arrastrar un grueso tronco junto a la base del muro y, poniéndome de pie encima, espirar hacia fuera, hacia el valle que yacía a los pies del palacio, en la montaña.

Al cabo del tiempo obtuve una pequeña victoria: persuadí a mis padres de que me dejaran ir con mis hermanos a cazar. Me permitieron ir a los terrenos de caza reales privados en el monte Taigeto, que estaban detrás, adonde no podía pasar ningún extraño.

—Te dejaremos que empieces con liebres —dijo Cástor—. No se pueden volver contra ti, pero corren muy rápido y es un gran reto darles con un arco y una flecha.

Los claros y las cañadas del bosque se convirtieron en mi mundo. Me importaba menos la caza que la persecución de la presa. Me encantaba correr por los bosques. Era ligera de pies, tanto que mis hermanos me llamaban Atalanta, por la mujer a quien nadie podía superar corriendo. En la leyenda, muchos pretendientes compitieron con ella, pero los derrotó a todos; sólo una trampa de Afrodita permitió a un hombre acabar antes que ella.

—Esa Afrodita —había dicho Cástor, metiéndose conmigo en broma por mi rapidez—. Ella hará tu viaje seguro.

—Pero, mi querida hermana, quizás una carrera de pretendientes no sea mala idea —dijo Polideuces—. Seguro que ganarás las primeras vueltas, y así podrás ir posponiendo lo inevitable.

Suspiré, apoyando la espalda en el tronco de un roble y dejando que su corteza se clavase en mi piel. Mi padre había empezado a hablar del matrimonio de Clitemnestra; dijo que pronto sería el momento de casarla. Todos los jóvenes casaderos de las tierras que nos rodeaban, e incluso de lugares tan lejanos como Creta o Rodas, competirían por ella. Porque con la mano de Clitemnestra venía una corona; su marido sería rey de Esparta después de mi padre..., a menos que fuese ya rey por derecho propio, y que se llevase a Clitemnestra a su propio reino.

—En los tiempos antiguos, ¿no tenían que morir los perdedores? —pregunté.

—Ésas son las leyendas —dijo Polideuces—. En realidad, creo que los hombres son mucho más precavidos.

—Entonces, si lo pongo como condición para mi competición..., ¿desanimaría a muchos hombres? —dije, en broma, pero de repente las palabras de la sibila («morirán muchos griegos») volvieron a mi mente—. No, no, no quería decir eso —añadí, rápidamente.

A medida que iba teniendo más habilidad, mis hermanos me dejaban cada vez más sola y no me acompañaban a todas partes. A menudo, cuando iba persiguiendo alguna

presa, la dejaba escapar y me quedaba echada entre las verdes hojas de hierba, al pie del elevado monte Taigeto. Había cañadas neblinosas con alfombras de musgo donde el sol se reducía a pálidos rayos que buscaban la tierra. Me encantaba estar allí, donde me sentía en un lugar tan privado que ni siquiera el sol podía penetrar.

Entonces olvidaba las discusiones que cada vez oía más y más cuando llegaba inesperadamente a ver al Rey y la Reina, sus ásperas voces cuando se peleaban. En el bosque, los animales no se burlaban, ni los árboles hacían que me sintiera inquieta. Uno sabía qué animales eran peligrosos, y cuáles era probable que te atacaran. En el bosque no había enemigos secretos.

III

Nueve inviernos habían pasado desde que nació y ya casi era tan alta como mi madre. Últimamente ella había insistido en que nos pusiéramos las dos espalda con espalda cuando iba a verla a su cámara, para que pudiera ver cuánto había crecido. Hacía que colocaran un bastón encima de las cabezas de ambas, y preguntaba a su dama de compañía: «Todavía soy la más alta, ¿verdad?», y la dama asentía diligentemente. Me preguntaba qué ocurriría el día que el bastón se inclinase y yo fuera más alta. Deseaba que aquel día no llegase nunca, porque sabía que aquello le desagradaría, aunque no sabía por qué.

Cuando me llamaba a sus aposentos, a menudo era con el pretexto de preguntarme qué me estaba enseñando mi tutor. Si le decía que estábamos aprendiendo la familia de los dioses, ella me hacía preguntas. Al principio eran fáciles: «Dime los nombres de los dioses olímpicos —me decía—. Sólo de los doce que viven en el monte Olimpo, no de los demás». Y yo se los recitaba. Pero luego me hacía preguntas mucho más difíciles. Un día me pidió el nombre de todos los descendientes de Zeus.

—¿Quieres decir los inmortales o todos ellos?

Ella esbozó una extraña sonrisa.

—Empieza con los inmortales.

Empecé a enumerarlos: Atenea y Perséfone, Apolo y Artemisa, Ares y Hermes. Añadí que Hera era su hermana, y que Afrodita no era hija de Zeus, sino de su abuelo, Urano.

—Afrodita no nació, estrictamente hablando —dijo mi madre, con una risita seca—. Pero Zeus se ha asegurado de que todo el monte Olimpo esté repleto de hijos suyos. Como nunca morirá ni abandonará su trono, no tiene que preocuparse por el hecho de que quieran sucederle. Pueden pelearse y discutir a placer, que no supone diferencia alguna. Ninguno de ellos morirá, ninguno tendrá que ir al exilio. —Hizo una pausa, recostándose en un banco y extendiendo sus largas piernas debajo de su ligera túnica de lino. Se podían ver debajo de la tela, la carne volvía la fina tela blanca de un color rosado.

Ella me vio mirándola y se alisó la tela por encima de los muslos.

—La mejor, de Egipto —dijo—. Habría preferido el azul, pero aquí somos los últimos en recibir nada. Primero va a Micenas, después pasa por Troya y Creta, y los dioses saben dónde más.

Estaba a punto de iniciar sus típicos lamentos por el aislamiento de Esparta.

—Pero, aun así, es preciosa —le aseguré.

—¡Ahora los hijos mortales! —dijo ella, de pronto—. ¡Dime sus nombres!

—¿Aquellos que ha tenido Zeus con mujeres terrenales? Ah, madre, ¿cómo podría contarlos todos? —Me eché a reír.

El tutor me había hablado de los más importantes, como Perseo y Minos, y, por supuesto, de Heracles, pero algunos eran desconocidos.

—Alguien los ha contado a todos; Zeus ha significado a ciento quince mujeres mortales para prestarles su... atención.

—Y, por supuesto, todas ellas han tenido hijos —dije yo. Los dioses nunca pueden tomar a alguien, dios o mortal, sin dejar pruebas.

—Sí, siempre —afirmó ella.

—Pero es tan... peculiar que las mujeres no puedan mirar al dios, al menos en su forma divina... Pero cuando va disfrazado de toro o de ducha de oro...

—¡Lo hace para protegerlas! Ya sabes lo que le ocurrió a la idiota de Semele, que quiso contemplar su divinidad.

Sí, nada menos que la madre de Dionisos había visto a Zeus en su envoltorio divino, e instantáneamente había quedado convertida en cenizas.

—Fue muy triste —accedí. Ella parecía agitada, como si fuera muy importante lo que me había enseñado el tutor. Quise tranquilizarla—. Así que parece que la curiosidad es peligrosa —dije.

Ella aspiró aire con fuerza.

—Sí, así es. Bueno, ¿quién más hay, aparte de Heracles y Dionisos?

Intenté recordar.

—Son los más famosos porque se convirtieron en dioses, cosa bastante inusual. El resto murieron de la forma habitual. Está Perseo, que vivió cerca de aquí, en Argo, y luego está Níobe, la primera mujer mortal de Zeus, y su hijo Argos, y... ¡ah, madre, hay tantos! Zeus está en todas partes, al parecer, y... no, no puedo recordar todos los nombres. —Era imposible. Seguramente, ni el propio tutor podía—. Alcmene, la madre de Heracles, fue la última —dije—. Zeus no viene ya entre nosotros. Cosa por la que doy gracias..., no tengo que memorizar más nombres.

Ella lanzó entonces aquella risotada que yo odiaba.

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Sí, eso es. —Retrocedí un paso o dos. Me asustaba cuando se reía de aquella manera—. Me ha dicho que Zeus..., que esos tiempos ya pasaron.

—No del todo —dijo ella. Abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero lanzó un hondo suspiro de resignación—. Ahora, sí. Ahora. Pero no fue Heracles el

último. Hay hijos de Zeus de menor edad. Y dime, tu tutor, ¿no te ha señalado algo curioso acerca de la progenie de Zeus?

No sabía qué era lo que quería decir.

—No —confesé al final—. Por supuesto, son todos muy bellos, y todos fuertes, y tienen todos..., ¿cómo es el dicho..., una «belleza más que mortal»? Pero aparte de eso, no lo sé. Son todos muy distintos.

—¡Y son todos hombres! —gritó ella, saltando del sofá con tanta rapidez que mis ojos apenas podían seguirla—. ¡Hombres! ¡Todos hombres!

—Quizá tuviese hijas también y no las reconociera —dije—. Quizá sentía que no era adecuado engendrar hijas, y por eso no las ha aceptado. —Me parecía que Zeus podía creer aquello.

—¡Bobadas! —Ella temblaba—. Claro que tiene hijas, divinas, en el monte Olimpo, y está orgulloso de ellas. Quizá las mujeres humanas no le dieron hijas que fueran dignas de él. Si lo hubieran hecho, puedes estar segura de que él se sentiría orgulloso de ellas. Si las conociera. ¡Si supiera que existen!

—Creía que él lo sabía todo.

Y entonces resonó de nuevo aquella risa espantosa.

—¡Ah, Hera le engaña siempre! No, es muy posible que haya pasado por alto a su hija mortal, si ella ha permanecido escondida en un lugar adonde no va nadie y donde nadie la ve.

De pronto tuve una sensación espantosa, mientras sus palabras resonaban en mis oídos. «Escondida en un lugar adonde no va nadie, donde nadie la ve». Ellos me habían mantenido escondida, y pocos visitantes venían a Esparta, y todos aquellos cuchicheos sobre mí entre mi madre y mi padre..., y los espejos prohibidos..., y mi madre, que estaba tan orgullosa de Zeus, tan inflexible sobre él. Pero no, era una fantasía absurda. A todos los niños les gusta creer que son especiales o incluso únicos.

De repente recordé algo. Quizá fuese aquello lo que ella había estado insinuando.

—¡Yo desciendo de Zeus! —grité—. Sí, me dijo que Zeus y una ninfa de la montaña, Taigete, tuvieron un hijo llamado Lacedemón, y que ese hijo es antepasado de mi padre. —Esperaba que ella me recompensara, que diese una palmada y dijese: «¡Sí, sí!».

Pero ella meneó la cabeza.

—Eso fue hace muchísimo tiempo, y no veo nada divino en tu padre. La sangre se ha aclarado muchísimo, si es que en realidad alguna vez se remontó al monte Olimpo.

Ella temblaba. Yo le toqué el hombro, deseando poder abrazarla, pero sabiendo que ella me rechazaría.

—Bueno, es igual, no importa —dije—. No veo que eso nos afecte a nosotros en ningún sentido. —Lo que había ocurrido hacía muchísimo tiempo, en una época histórica, no importaba.

Ella me miró con dureza.

—Es hora de que vayamos a los misterios —dijo—. Las diosas Deméter y Perséfone están ligadas a nuestra familia. Ya eres lo bastante mayor. Iremos al santuario en la montaña, y allí aprenderás cosas de tu diosa guardiana. Y ella puede revelar muchas cosas, si así lo decide.

Estaba decidido que iríamos en el momento de la celebración de los grandes misterios, en otoño. Yo podía empezar entonces ya mi iniciación, para que cuando llegase al santuario pudiera experimentar los ritos secretos de una forma completa. Sólo aquellos que se habían preparado y habían sido aceptados por la diosa podían contemplar su naturaleza secreta.

Una mujer anciana que había servido a mi madre desde la niñez me instruyó en privado. Se nos prohíbe incluso revelar lo que aprendemos, pero puedo hablar de las cosas que sabe todo el mundo. La amiga de mi madre, Agave, empezó llevándome a pasear entre los campos recién plantados, mientras me contaba la historia con una voz cantarina. Yo tenía que llevar un velo que me cubriese el rostro, para que los trabajadores de los campos no me viesan. Así, el día, que era muy claro, parecía nublado. Andando detrás de nosotras venían dos guardias, armados con recias espadas. También eran iniciados.

Aunque mi visión estaba menguada, podía oír bien, y las aves y los gritos de voces humanas me indicaban que era aquella época exultante del año en que la tierra se regocija mientras se calienta de nuevo. Oía el aroma mohoso de la tierra recién revuelta y oía los ronquidos y los profundos mugidos de los bueyes que tiraban de los arados. Detrás del arado curvo venía el granjero esparciendo las semillas, echándolas en los surcos, y tras él, un niño con un azadón para cubrirlas de nuevo. Graznando y dando vueltas en torno a su cabeza, los cuervos buscaban alimento. Hasta el sonido ronco de sus gritos me parecía alegre. El chico chilló y los espantó con su sombrero, riendo mientras tanto.

—La tierra se regocija. ¿Y por qué? —Agave se detuvo de repente, tan abruptamente que tropecé con ella. Se volvió y me miró, pero no pude verla a través del velo.

—Porque Perséfone ha vuelto del averno —recité, diligente. Eso lo sabía todo el mundo; no había que ser un iniciado.

—¿Y?

—Y ahora su desconsolada madre, Deméter, que blanqueó todas las cosas que florecían y crecían, las devolverá de nuevo a la vida. Y por eso se planta ahora, y los frutales florecen.

Ella asintió.

—Bien. Sí. Y ¿veremos y oiremos a Deméter? ¿Caminando entre nosotros?

Yo estaba sorprendida.

—Pues no estoy segura. Si lo hiciéramos, creo que la veríamos disfrazada. Ella se disfrazaba cuando iba en busca de Perséfone, ¿verdad?

—Sí. —Agave me cogió la mano y nos pusimos a caminar de nuevo, bordeando dos campos, uno de cebada, otro de trigo. Ahora los surcos eran como cabellos verdes y pequeños, muy frágiles—. Mientras la hija está con ella, la madre se muestra magnánima con todos nosotros —dijo—. Pero cuando ella parte de nuevo, entonces nos castiga a nosotros. Las parras se marchitan y el frío mata a las flores, y a eso lo llamamos invierno.

—¡Y lo odiamos! —murmuró uno de los guardias—. Los pies azules, los dedos tiesos, y aun así, tenemos que luchar como si fuera verano. Los campos descansan, los osos duermen, pero un soldado espartano debe seguir siempre.

Agave se echó a reír.

—No se combate en ninguna guerra en invierno, así que no podéis quejaros de eso.

—Hay que salvaguardar a los reyes, en invierno. Y también a las princesas. —Me guiñó un ojo—. Sí, ¿y dónde estaban los guardias de Perséfone, aquel día que Hades se la llevó? Si Deméter hubiese sido una buena madre, no la habría dejado desprotegida de esa manera.

—No la ataques o destruirá estos campos, y tú, mi querido amigo, no tendrás comida —dijo Agave.

—No hay peligro de que nadie venga a llevarse a Helena mientras esté aquí. El Rey mantiene la guardia a su alrededor en todo momento, aunque esté encerrada en el recinto. Me pregunto por qué estará tan preocupado.

—Es mejor que no te preguntes nada —dijo Agave. Su voz cambió de tono—. Deméter puede estar en estos mismos campos, así que cuidado con lo que decís —nos amonestó a todos. Luego me dijo a mí—: Pero la respuesta correcta a mi pregunta es justamente ésa. Podríamos verla aquí. Pero seguramente la verás en los grandes misterios. Te lo prometo.

Noté un estremecimiento de emoción al pensarlo. Pero a quien quería ver más que nada era a Perséfone. Ella era joven, como yo.

Perséfone elegía el momento del año en que los días y las noches son iguales para ir y venir, desde una caverna especial a un lugar llamado Eleusis. Pero aquello estaba lejos de Esparta, cerca de Atenas, al otro lado de las montañas de nuestra ciudad. Como nadie en nuestra familia procedía de allí, yo me preguntaba por qué la diosa y su madre nos habían elegido para protegernos.

Mi madre me dijo que era debido a que Deméter era la diosa de las cosechas y de la plenitud, y que era natural que favoreciese a Esparta, ya que nuestro valle era muy rico y fértil. Estábamos protegidos a ambos lados por altas montañas, y a través de nuestro valle plano y verde corría el río Eurotas, amplio y rápido, regando nuestras cosechas. Campos de grano, árboles cargados de manzanas, granadas, olivas e higos, vides retorcidas en torno a los robles y repletas de racimos de uva, todo aquello complacía a Deméter y proclamaba su poder sobre nuestras vidas.

—Ya vimos lo árida que es Etolia —dijo—. O a lo mejor no te acuerdas, porque eras muy pequeña. Pero no hay lugar tan lozano como Esparta y nuestro valle, no, en todos los aires de Argos, Tirinto o Micenas. Ni siquiera Pilos puede igualarnos. —El inconfundible tonillo del orgullo llenaba su voz—. Por eso nos ama Deméter.

—¿O somos así nosotros porque nos ama Deméter? —pregunté—. ¿Qué fue primero?

Ella frunció el ceño.

—Realmente, Helena, eres muy discutidora y llevas siempre la contraria.

—No quería que fuese así.

—Pero lo parece. No sé por qué el valle del Eurotas es tan rico, o qué fue lo que vino primero, y no creo que importe. Lo que importa es que Deméter es nuestra diosa. Ella ha colmado de bendiciones esta tierra sobre la cual gobernamos, y, por lo tanto, nos ha otorgado sus bendiciones también a nosotros.

—Pero ¿y si nosotros no hubiésemos tenido la tierra? ¿Nos habría bendecido a pesar de todo? —Después de todo, si yo me casaba y abandonaba Esparta, ya no estaría en aquella fértil tierra. ¿Me abandonaría entonces Deméter?

Ella inclinó la cabeza y cerró los ojos. ¿Estaría enfadada? ¿La habría ofendido? Respiraba con fuerza, casi como si se hubiese quedado dormida. Pero cuando habló, su voz era serena y casi dubitativa.

—Has dicho algo cierto —dijo—. A menudo los reyes son expulsados de sus tronos, pierden sus reinos. Tu padre casi ha perdido el suyo dos veces. Hubo reyes que se ahogaron en el Eurotas. En Micenas, una maldición recae sobre la familia por las luchas fratricidas por el trono. Se hicieron cosas terribles... —Se estremeció—. Quizás entonces los dioses nos abandonen —dijo—. A ellos no les gusta involucrarse

en nuestros problemas.

Habíamos estado sentadas en el luminoso patio del palacio, acariciadas por el sol diurno. En verano, la zona abierta era un susurro de hojas de los árboles ornamentales repartidos por allí, y las aves, esperando comida, saltaban de rama en rama. Eran tan mansas que caminaban a nuestros pies, picoteando nuestros dedos para coger una miga o dos. Luego piaban, saltaban hacia atrás y se alejaban volando con rapidez, subían por encima del techo del palacio y se iban. Cuando les vio volar, mi madre se rio con una risa profunda y llena de emoción, y yo la miré y vi que era muy hermosa. Sus ojos oscuros seguían el vuelo de las aves y yo podía seguirlo también mirándola a ella.

—Ven conmigo, Helena —dijo, de pronto—. Tengo que enseñarte una cosa. —Se puso de pie y me tendió su esbelta mano, cargada de anillos. Cuando apretó mi mano, los anillos se me clavaron, dolorosamente. Obediente, la seguí de vuelta a las habitaciones.

Ahora que me estaba haciendo mayor, era consciente de que sus habitaciones estaban amuebladas mucho más ricamente que el resto del palacio. Normalmente había unos pocos taburetes y las mesas eran sencillas, con tres patas, de tablero liso. Pero en las habitaciones de mi madre había sillas con brazos, divanes para tenderse de día, cubiertos de suaves colchas, mesas con incrustaciones de marfil, cajas con tallas ornamentales y cuencos de alabastro encima. Unas cortinas muy finas protegían la habitación del hiriente sol de mediodía, suavizándolo mientras ondeaban con la brisa. Al estar tan altos, siempre disfrutábamos de las mejores brisas, y las habitaciones de mi madre eran un refugio fresco y oscuro.

En una de las mesas, apoyada contra una pared, guardaba sus objetos más preciados y favoritos: siempre vi allí varios recipientes y cajas redondas de oro puro, y su espejo con mango de marfil, boca abajo. Varias horquillas largas de bronce, con las puntas rematadas de cristal, estaban colocadas unas junto a otras entre ellas. Tuve el deseo de coger aquel espejo y mirarme la cara largamente.

Ella vio que mis ojos iban en aquella dirección y meneó negativamente la cabeza.

—Ya sé lo que estás pensando —dijo—. Deseas ver por ti misma cuál es el objeto de la curiosidad de tantos. Bueno, el día que estés prometida y que sepamos que estás a salvo, entonces podrás mirarte. Hasta entonces... tengo algo para ti.

Abrió una caja oblonga y sacó una tela tan brillante que parecía una nube. Pero estaba unida a un aro de oro. La agitó a un lado y otro, de modo que la tela bailaba ante la luz del sol, que se filtraba a su través. Pequeños arcoíris se formaban en ella y desaparecían en un parpadeo. Me la colocó en la cabeza, presionando el aro hacia

abajo.

—Es el momento de que tengas un velo adecuado —dijo, mientras mi visión se emborronaba.

Tiré de la tela y me lo quité.

—¡No pienso llevarlo! ¡No hay necesidad aquí en palacio, todo el mundo me conoce, no puedo soportarlo! —Retorcí la tela entre mis manos, intentando estropearla. Pero por muy fuerte que la estrujara, se negaba a arrugarse, tal era la maravillosa calidad de aquella tela.

—¿Cómo te atreves? —dijo ella, arrancándome el velo—. Esto cuesta una fortuna. ¡Lo hice tejer especialmente para ti, y el aro de oro podría haber sido una copa preciosa!

—Pues no lo haré nunca más, no pienso esconderme detrás de un velo. Debe de haber algo malo en mí. Tú dices que soy bella, pero debo de ser un monstruo, para que me ocultes de la vista. «Por eso» no dejas que me mire en el espejo. ¡Bueno, pues ahora voy a hacerlo!

Antes de que pudiera detenerme, salté al otro lado de la habitación y agarré el espejo. Corrí entre las columnas y más allá de las cortinas y durante un instante, antes de que ella me agarrase el brazo, vi mi rostro en la superficie brillante y pulida del bronce, lo vi a la luz del sol. O más bien vi parte de él..., los ojos, medio ocultos por unas espesas pestañas negras, y la boca y las mejillas. En aquel breve instante vi mi rostro sonrojado, el luminoso castaño verdoso de mis ojos. Y eso fue todo, porque me arrancaron el espejo de la mano y mi madre se quedó de pie ante mí. Esperaba que me golpease o me sacudiese, pero no lo hizo. Durante un instante me cruzó por la mente que ella me tenía miedo, en lugar de lo que sabría más tarde: que tenía miedo de hacerme daño si lo hacía, y que cuidaba muy bien de sus posesiones.

—No, no eres un monstruo —dijo—, aunque a veces te comportas como si lo fueras. —Y entonces se echo a reír y, de pronto, el feo momento pasó—. Bueno, no tienes que llevar el velo aquí, pero debes prometerme que nunca abandonarás el recinto del palacio ni saldrás sin un guardia o sin tu instructor, y que, en ese caso, te cubrirás siempre. Ah, Helena..., hay mucha gente que nos desea todos los males, que sería capaz de raptar a una princesa con bastante facilidad. Y no queremos que pase eso, ¿verdad?

Yo negué con la cabeza. Pero sabía que había algo más. Parecía que le preocupaba más que me raptaran a mí que a ninguno de los otros niños.

IV

Los días se fueron alargando, el crepúsculo se demoraba y el ardiente verano cayó sobre nosotros. Casi podía notar a Helios en su carro directamente sobre nuestras cabezas, el calor irradiando a su paso, resecaando la tierra que tenía debajo. Bajo sus manos, las hojas, sucias de polvo, colgaban flácidas de las ramas, y en el palacio nos abanicábamos para crear nuestra propia brisa. En la quietud del mediodía, hasta las mariposas blancas estaban escondidas, y parecía que no se movía nada.

Mientras tanto yo iba aprendiendo los ritos y secretos de los misterios de Deméter, y eso me costó todo el verano. Había tantos... Estaba la historia de su vagabundeo en busca de su hija, que fue raptada por Hades mientras cogía flores en primavera, que había que representar. Las sacerdotisas incluso sabían qué flores recogía: un narciso amarillo muy raro. Su madre, al buscarla, se había mezclado brevemente con los mortales y había adoptado el disfraz de una anciana que cuidaba a un príncipe niño. ¿Quería acaso llevárselo para que fuera su propio hijo? Intentó hacerlo inmortal pasándolo por encima de una llama, pero la madre lo descubrió y acabó con aquel intento de una forma histérica.

—Ella no comprendía que aquello mataría al niño, en lugar de hacerlo inmortal —decía la vieja Agave.

Esos dioses parecían tener poca consideración por nosotros, pensé, y comprender muy poco lo frágiles que somos. Realmente, dan miedo. Yo estaba muy agradecida de que Deméter fuese nuestra patrona, pero esperaba que no nos pidiera nada. Podía ser algo espantoso.

Aprendí a preparar y a repartir la bebida especial que se usaba en los ritos, unas gachas de cebada perfumadas con menta que Deméter bebía en su triste viaje. También teníamos una cesta sagrada, la *cista mystica*, que contenía objetos rituales. Nos daban unas largas antorchas que había que llevar en procesión al lugar, y usar en una danza sagrada para imitar a Deméter, buscando en la oscuridad a su hija perdida. Yo tenía que practicar para andar con aquella antorcha, sujetarla bien alta y luego aprender a bailar con ella sólo en una mano.

Pero luego había una cosa al final, quizá la más importante. Sin ella no podía proceder a la iniciación.

—Debes tener un carácter moral intachable —dijo Agave, solemnemente—. Tus manos deben estar absolutamente limpias, y tu corazón inmaculadamente puro.

Temblé ante aquella orden, imaginando que me veía manchada y deslucida por

todos mis defectos infantiles. Ahora sé que lo único que impide la iniciación es ser un asesino, pero supongo que es bueno para los niños que empiecen a mostrarse vigilantes con sus propios fallos. Ni siquiera ser un asesino te aparta para siempre de los misterios, porque si expías el crimen y te purificas, puedes acercarte a ellos de nuevo.

Si ser un asesino lo hubiese mantenido a uno permanentemente apartado de los ritos, entonces mi padre no habría podido ir, y se estaba preparando para ellos de una forma entusiasta. Yo había sabido, escuchando y haciendo preguntas, que mi padre se había detenido ante pocas cosas (iba a decir ante «nada», pero eso no sería cierto) para recuperar su trono y mantenerlo. Con enemigos como los que tenía, debía ser tan duro como ellos. Y la tierra estaba llena de guerreros con asesinos y rivales y gente mala. Sonrío al decir lo de «gente mala», porque se convirtió en una broma con mis hermanos. «Hay gente mala allí», decían, cuando hablaban de cualquier lugar que mencionaba yo. Creta. Egipto. Atenas. Tesalia. Tracia. Siria. Chipre.

—¿Quieres decir todo el mundo en Egipto? ¿Todo el mundo en Tracia? —decía yo—. ¡No creo que sea así!

—Oh, eso es lo que siempre dice Polideuces —decía entonces Cástor, riendo—. Pero yo..., yo sólo digo que hay un gran número de gente mala por todas partes, mezclada con la buena. Nosotros comerciamos con todos esos pueblos, y sin ellos nuestro palacio estaría desnudo, realmente. Desnudo, al menos, de todos los lujos que le gustan a nuestra madre.

—¡Así que ten cuidado, hermanita, con toda esa gente tan mala, mala! —rugía el vozarrón de Polideuces. Y luego él se echaba a reír—. Muchos extranjeros llegan para asistir a los misterios, aunque tienden a preferir Eleusis. Pero se requiere estrictamente que hablen griego, de modo que eso elimina a los incivilizados, pero no a los que son realmente malos.

Los días se empezaban a acortar. Al principio no se notaba apenas en nada, sólo en que podíamos ver las estrellas un poco antes. Luego la luz de la mañana se inclinaba de forma distinta en mi habitación, y los vientos que soplaban en el palacio cambiaron. Susurraban por el lado oeste, trayendo noches más frescas para poder dormir. Al fin era ya el momento de acudir al santuario de los misterios y reunirnos con nuestra diosa.

Partimos al amanecer, y nos levantamos antes incluso para compartir, en silencio, los granos de la nueva cosecha, y probar los nuevos vinos. Luego nos ataviamos con las túnicas de color verde oro y los mantos que llevábamos en su honor, ya que era el color de las cosas que crecen, y cogimos las antorchas. Una carreta chirriante, con

nuestras ofrendas de los campos y los árboles, estaba ya dispuesta para seguir el camino con nosotros. Cuando el sol irrumpió por encima del horizonte, ya estábamos dispuestos en las suaves colinas que conducían hacia el santuario.

Yo llevaba el odioso velo, tal y como había prometido, y entonaba los himnos a la diosa que me habían enseñado. Se suponía que no debíamos hablar, pero oía a mi madre y mi padre hablando en voz baja entre sí. Clitemnestra caminaba tras ellos, con la cabeza dócilmente inclinada, pero lo más probable es que se estuviera esforzando por oír lo que decían. El aire era fresco y lo perfumaba el aroma de los campos cosechados. De repente me sentí abrumada por la belleza y la plenitud del otoño.

Mientras íbamos avanzando, los caminos eran más empinados, y pronto la carreta no pudo trepar con nosotros. Los sirvientes cogieron las ofrendas y las cargaron en cabestrillos; las gruesas jarras de grano, las cestas de fruta, oscilando. La cesta sagrada con los objetos rituales iba aparte, en una plataforma para ella sola. A medida que ascendíamos se unían a nosotros riadas de personas que procedían de las chozas y de las casas al pie de las colinas. Mi madre se volvió para asegurarse de que yo llevaba el velo.

Todos éramos iguales en los ritos, de modo que la gente podía empujarnos y disputar un lugar junto a nosotros, caminando libremente como compañeros nuestros. Nuestros guardias, que también eran iniciados, evitaban que se apiñaran a nuestro lado, y mis hermanos, aunque con sus labios formaban las palabras del himno, en realidad miraban agudamente a su alrededor para protegernos. No se permitía llevar armas en el recinto sagrado, pero por el momento podían llevar las espadas dispuestas.

El camino empezó a subir muy empinado, cada vez más estrecho al mismo tiempo. Los peregrinos tuvimos que comprimirnos en una estrecha fila, y de repente dar un giro muy cerrado en torno a una enorme piedra gris que nos bloqueaba el camino. Noté un escalofrío que recorría todo mi cuerpo sin saber por qué, y luego lo vi todo otra vez en mi mente: la roca con la sibila encima, chillando su espantosa profecía. Había algo también en aquella roca, ahora, y yo me encogí, protegiéndome por la cosa que acechaba allí.

Apiñados en torno a la roca, gente vestida con harapos nos insultaba y abucheaba:

—¡Tíndaro! ¡No te hemos visto en el mercado! ¿Por qué no? Siempre estás intentando vender a tus hijas, ¿no? —chilló uno.

—¡Sólo al polluelo de cisne! —gritó otro.

¿Cómo se atrevían a llamarme por mi nombre secreto? ¿Cómo lo sabían?

—¡Vigila a tu esposa! ¡Vigila a tu esposa! —gritaban a coro—. ¡Sóplale las

plumas de los muslos!

—¿Qué será lo siguiente? —Ahora atacaban a mi madre—. ¿Un toro, como la reina de Creta? ¡Inténtalo con un puercoespín!

Uno se encaramó en la roca y levantó los brazos, agitando su manto:

—¡Vuela! ¡Vuela! ¡El gran pájaro ha volado!

Mi padre y mi madre mantenían la cabeza baja, cosa muy impropia de ellos, y no hicieron ningún comentario.

Clitemnestra pasó junto a ellos y sólo oyó insultos por ser baja y fornida, y por sus grandes manos, y luego me tocó a mí el turno. Empezaron a gemir y a gorjear y uno de ellos intentó cogerme el velo, arrullándome:

—¿Tiene pico ésta? ¿Tiene pico?

Ahora que alguien intentaba quitármelo, luché por proteger mi velo. Me agarré el aro de oro y lo sujeté contra mi cabeza, haciendo una mueca.

—¡Ah, es una luchadora! —gritó uno—. Su cara debe de necesitar protección.

—¿Dónde está la cáscara del huevo? ¿Era muy grande?

Hubo más cosas, pero no las recuerdo. Pasé junto a ellos lo más rápido que pude sin correr, porque no quería demostrar que tenía miedo, pero estaba temblando. Cuando salimos por el otro lado y las pullas empezaron a dirigirse hacia los que iban detrás de nosotros, corrí hacia mi madre.

—Todo ha terminado —dijo ella—. No podíamos decírtelo, pero forma parte de la iniciación pasar a través de un muro de insultos. Pero lo has hecho muy bien. —Había orgullo en su voz.

—¿Por qué es necesario? —Me parecía cruel e inútil.

—Para que todos seamos iguales —dijo mi padre—. Reyes y reinas deben soportar los insultos como todo el mundo, y no importa lo que digan, nunca podemos castigarlos por ello. Es la norma. —Se rio como si no importara, pero yo sabía que iría rumiando todo aquello.

—Nos enseña humildad —dijo mi madre—. Todo el mundo necesita saber lo peor que se cuenta de ellos, y mucho más aún si está siempre rodeado de halagadores.

Nos detuvimos, esperando que Polideuces y Cástor salieran del tumulto.

—Dicen que de esto se aprenden lecciones —dijo mi padre, moviendo la boca de aquella forma extraña, como siempre que estaba pensando—. Acabo de aprender una: lo que debemos llamar a Helena a partir de ahora. Diremos que es la mujer más bella del mundo. Sí. Eso diremos de ella. Debe seguir llevando el velo, y eso aumentará la curiosidad y hará subir su precio como novia.

—Me falta todavía mucho para casarme... —Ah, esperaba que fuera así. Sólo

tenía diez años, demasiado pronto para hablar de ello siquiera—. El velo...

—Lo que la gente no puede ver fácilmente, lo imagina. Lo desea. Se consume por ello. Y las cosas que uno desea son muy caras, y la gente paga sumas elevadas por ellas. Si hubiese arcoíris cada mañana, serían ignorados. Si tenemos un arcoíris aquí, en ti, entonces, proclamémoslo, pero permitamos que muy pocos lo vean.

Mi madre entrecerró los ojos.

—La mujer más bella del mundo. ¿Nos atreveremos? ¿Nos atreveremos a afirmarlo?

Justo entonces mis hermanos vinieron a todo correr, riendo y tambaleándose.

—¡Saben demasiado! —dijo Cástor—. ¡Parece que lo saben todo de nosotros!

—Saben lo que nos puede hacer más daño —dije yo—. No estoy segura de que sepan nada más. Es fácil saber lo que puede herir a una persona.

Clitemnestra me miró aprobadoramente.

—Helena tiene razón. Insultar a alguien es una tarea fácil. Elevarse por encima del insulto no es tan sencillo. Lo recordamos mucho más tiempo que las alabanzas. Así es como estamos hechos.

—Entonces, debe de ser así como están hechos los dioses también, porque parecen dar por sentados nuestros costosos sacrificios y nuestras alabanzas, pero nos guardan rencor por nuestras omisiones y deslices para siempre. —Mi padre dijo aquello con un gruñido. Miró hacia el sendero—. Vamos, estamos perdiendo tiempo.

Ya en paz después de pasar por las escandalosas provocaciones, dejamos que el fino aire de la montaña enfriase nuestras mejillas sonrojadas. Yo pensaba extrañada en las palabras airadas, en las extrañas referencias. ¿Picos? ¿Cáscaras de huevo?

Todavía seguíamos ascendiendo. El monte Taigeto era tan alto que la nieve duraba aún en su cumbre recortada, mucho después de que las flores de los manzanos y los membrillos en el valle hubiesen desaparecido, y llegaba muy pronto, antes de que se recogieran las cosechas. De hecho no era un monte, sino varios, que formaban un gran valle en el centro de nuestro país. A un lado de ellos se encontraba el aterrador lago Estínfalo, donde Heracles había matado a los pájaros malvados; en el otro se encontraba Nemea, donde había matado al león con el pellejo impenetrable. Un enorme deseo de ver esas cosas me invadió.

«Has salido del palacio —me dije a mí misma—. Es un principio, ¿no?». El sombrío lago Estínfalo, los demás lugares donde Heracles llevó a cabo sus trabajos debían esperar. «Pero los verás, desde luego, algún día los verás».

La luz del día ya se desvanecía cuando nos aproximamos al lugar sagrado, tal y como debía ser. Un bosquecillo de álamos negros apareció a la vista, como fondo de

los otros árboles, oscilando en la brisa nocturna y susurrando sus misterios. Fuimos andando entre el estrecho pasillo que creaban, y luego, de repente, aparecimos en un terreno llano, donde ardían centenares de antorchas.

—Las diosas os saludan. —A mi lado, una sacerdotisa con un manto me tendía un vaso alto y esbelto y me invitaba a beber.

Lo llevé hasta mis labios y reconocí la poción con sabor a menta de cebada blanca cosechada en el campo sagrado de Deméter. Ella me hizo un gesto hacia un hombre que estaba de pie con una antorcha llameante, de la cual debía prender la mía. La obedecí.

Una vez encendida mi antorcha, me indicaron que me uniera a las luces remolineantes en el campo que tenía ante mí, que transformaban todo aquel terreno en un cielo repleto de estrellas. Centenares de devotos bailaban allí, daban vueltas y tejían motivos intrincados y cadenas de movimientos en la creciente oscuridad, levantando sus antorchas.

—Danzamos por las diosas —susurró una sacerdotisa a mi oído—. No te asustes, no retrocedas. Ofrécete a ellas.

Rodeada por los adoradores, sentí como si volviera a nacer, ya fuese verdad o no. El terreno oscuro era irregular y resultaba difícil evitar tropezar, pero los bailarines parecían flotar por encima del suelo, y al unirme a ellos, yo también. Perdí a mis padres, perdí a mis hermanos y a mi hermana; dejé la Helena que tenía que llevar un velo y mantenerse oculta y obedecer, y me alcé, libre. Noté que Perséfone me tomaba de la mano. La oí murmurarme: «Cuando te lleven lejos, no será el cautiverio, sino la libertad». Podía notar el roce de su mano dulce y suave, aspirar el aroma profundo de su cabello. Aunque no lo veía, de alguna manera sabía que era color oro rojizo.

De repente, todo se quedó muy quieto. La danza cesó, y las sacerdotisas levantaron las manos. Apenas veía en la luz desfalleciente.

—Ya habéis bebido el brebaje sagrado —dijo entonces—. Habéis dejado entrar a la diosa en vosotros mismos. Ahora, debéis recitar la promesa secreta.

El murmullo de cientos de voces se mezcló, imposible de descifrar. Pero el juramento era éste: «He ayunado. He llegado a la cesta sagrada y, habiendo actuado allí, he dejado un residuo en la cesta ritual. Entonces, retirándome de la cesta ritual, he vuelto a la sagrada». Lo puedo recitar ahora mismo, sabiendo que resulta incomprensible para aquellos que están fuera de los misterios. No traiciono nada.

Satisfecha, ella nos hizo la señal de que formásemos una gran espiral en el terreno sagrado de danza. Su punta entraría primero en la sala de iniciación, y luego el resto se iría desenrollando detrás. A medida que entrábamos, teníamos que sofocar las

antorchas en un enorme abrevadero de piedra que estaba justo en el exterior del edificio. Cada antorcha sumergida en el agua entonaba una última y chamuscada protesta.

En el interior estaba terriblemente oscuro. Una oscuridad profunda, tenebrosa, como la oscuridad de la tumba, como la oscuridad que hay cuando nos despertamos y no sabemos si todavía estamos vivos. Sólo la presión de otros cuerpos a mi alrededor me tranquilizó y me dijo que no había muerto y que no estaba perdida.

—Feliz es aquel entre los hombres de la Tierra que ha contemplado estos misterios; pero el que no está iniciado y no ha tomado parte en ellos nunca tiene un buen destino cuando ha muerto, allá abajo, en la oscuridad y la melancolía. —Una voz lejana y resonante lloraba.

—Inclinaos ante las diosas —nos dijeron.

Noté, más que vi, un movimiento en una dirección, y seguí. Ante mí, oí suspiros y quejidos, y mientras me aproximaba, apenas pude vislumbrar las oscuras sombras de unas estatuas de Deméter y Perséfone. La madre, vestida de colores radiantes, estaba enfrente, y ante ella, en la sombra, y negra, la hija. Pasamos ante ellas rápidamente, sin que se nos permitiera quedarnos, y nos condujeron a otra sala más pequeña.

Un perfume abrumador a flores llenaba el aire. No estaba segura de cuáles eran, parecía que se habían mezclado varias. ¿Eran lirios, jacintos, narcisos, dulcísimos y estrujados? Pero no era la estación de tales flores, de modo que, ¿cómo era posible que las imágenes de las diosas las hubieran conseguido?

—Éstas fueron las últimas flores que recogí antes de que me raptaran —dijo una voz fantasmal, flotando en el aire espeso y perfumado—. Podéis sentir lo que yo sentí, oler lo que olí... —Y la voz quedó flotando en el aire, tristemente.

Nos sumergimos mucho más profundamente en la oscuridad, como si hubiésemos bajado con ella al abismo. Noté que caía.

Al fondo, donde aterricé después de resbalar largo rato, me encontré sola. Me puse en pie y quise averiguar dónde estaba. A mi alrededor sólo había oscuridad y negrura, una noche sofocante.

—A esto tendrán que enfrentarse todos los que están arriba —susurró una leve voz contra mi mejilla—. Pero tú..., tú nunca tendrás que venir a este lugar de oscuridad. Éste es el destino de los mortales.

—Yo soy mortal. —Al final pude articular las palabras.

—Sí, de alguna manera. —Un suave suspiro y una risa—. Depende de ti lo mortal que seas.

La voz..., la presencia... Yo había acudido para los misterios, y ellos me habían

prometido que la divina epifanía se manifestaría por sí sola. Y había ocurrido entonces.

—No sé qué quieres decir —dije.

—Tu madre no te ha hecho ningún favor. —Ella (porque sabía que era una mujer) dijo entonces—: Tenía que haberte contado la verdad sobre tu engendramiento.

—Si lo sabes, te ruego que me lo digas —grité. Al parecer estaba sola con ella; me había concedido una audiencia privada. No había nadie a nuestro alrededor. ¿Habría caído en un pozo secreto?

—Tú y yo somos hermanas —dijo ella—. Es todo lo que puedo decir.

Si lograba saber quién era ella, sabría también qué preguntar.

—¿Quién eres? —murmuré.

—¿Qué santuario es éste? —Parecía disgustada.

¡Ah, no, que no se disgustara!

—El de Deméter y Perséfone.

—Justamente. ¿Y quién soy yo?

Tenía que ser la hija.

—¿Perséfone?

Entonces sentí un calor que se extendía y me rodeaba.

—Has dicho la verdad. —Una gran pausa—. Pero mi madre es también digna de alabanza —me dijo—. Y tú serás muy inteligente si le haces caso. Aunque la hija crezca, eso no significa que su madre deje de requerir su homenaje.

Aquella vez no sabía qué quería decir. Más tarde lo sabría demasiado bien.

Ella se acercó a mí. La sentía a mi lado.

—Hermana —murmuró—. Puedes confiar en mí. Siempre estaré contigo. Ten cuidado con las demás diosas.

¿Cómo podía ella pensar en otras diosas, o imaginar que yo era capaz de hacerlo? Su resplandor, un resplandor que penetraba en la oscuridad y brillaba en mi mente, me invadió.

—Sí —murmuré.

—Y ahora, espero a otros —dijo.

Por supuesto: la diosa siempre está dispuesta a atender al siguiente, mientras nosotros, los mortales, miramos hacia atrás, a lo que acaba de pasar, a lo que acabamos de ver. En eso yo era enteramente mortal. Mis ojos quedaron cegados con la radiante visión de ella, aunque, en realidad, nunca llegué a contemplar su rostro. Y eso era lo que ella pretendía.

En la gran sala nos amontonamos esperando. Había pasado mucho rato, en plena

noche, aunque no tenía modo alguno de saber exactamente cuánto tiempo había transcurrido. El tiempo había volado como un cuervo de negras alas. Todo se había desvanecido, y yo estaba allí de pie, despojada de todo lo que conocía, de todo lo que era, de todo lo que había sentido. Estaba desnuda ante la deidad, esperando su revelación.

Una luz resplandeció; la respuesta llegó en el ritual final representado para nosotros. Vi el milagro, el centro más profundo del secreto. A partir de aquel momento, la muerte no me dio miedo. La conocía en todo lo que representaba. Podía trascenderla.

V

Durante un tiempo, lo que había visto en la cámara interior me consumía, y me regodeaba en el esplendor de aquella visión mucho tiempo después de volver a casa. Me contentaba con mis lecciones, practicaba la lira (que ya era lo bastante mayor para aprender), y me sentí muy orgullosa cuando crecí tanto que el pequeño arco de madera de olmo que me había hecho Cástor se me quedó pequeño y pude empuñar otro mayor, y perseguir unas presas de caza mayores también. Ya no cazaría liebres; ahora podría dedicarme a las cabras salvajes.

El otoño se desvanecía entre un hermoso resplandor, alejándose, su bronce se convertía en pardo, una vez recogidos sus frutos y los campos en barbecho, dormidos. Permanecíamos en el interior, frotándonos las manos, tíasas de frío, frente al fuego del hogar de la sala grande, soportando las aburridas canciones y los poemas de los bardos que nos visitaban. No todos los cantores estaban bien dotados, y los que lo estaban no parecían especialmente atraídos hacia el palacio de mi padre.

Yo pensaba que la experiencia del santuario duraría mucho más, y aquietaría mi deseo de ver más cosas, pero hacia la primavera ya estaba más irritada que nunca por mi reclusión. Escapar durante un breve tiempo no había conseguido más que empeorar las cosas. No importaba que nuestro palacio estuviese abierto a las brisas que soplaban a través de él, acariciándolo como las cuerdas de una lira. El verde valle y la pequeña ciudad de abajo murmuraban seductoramente a mis oídos, como siempre hará lo desconocido.

Clitemnestra se me acercó mientras yo estaba de puntillas, atisbando por encima del muro subida en una piedra, y me cogió por las espinillas y me sacudió. Casi me caigo.

—Deja ya de sacar el cuello que no conseguirás alargarlo. —Se rio, y me tendió los brazos y yo salté hacia ellos. Era tan fuerte que ni siquiera se movió cuando el peso de mi cuerpo cayó sobre ella.

—¡Llévame allí! —dije, de pronto—. ¡Por favor, por favor!

Ella miró a su alrededor para ver si alguien estaba escuchando. Pero nos encontrábamos solas.

—¿Ahora?

—¡Sí, ahora! —exclamé—. Nadie nos hace caso, podemos volver antes de que nos echen de menos. Oh, por favor, por favor, tú puedes ir cuando quieras, pero a mí me tienen aquí atada, como a una esclava. No, ni siquiera como una esclava, porque

las esclavas no están atadas.

Vi que se lo estaba pensando. A Clitemnestra siempre le habían gustado los desafíos.

—A menos que tengas miedo... —dije, sabiendo que ella entonces tendría que probar que no lo tenía.

Ella picó.

—¿Yo? —Cogió aire con fuerza—. ¡Vamos, corre!

Mirando a nuestro alrededor nerviosamente, salimos sigilosamente por la poterna y bajamos por la falda de la colina a toda velocidad. La sombra de los olivos y de los cipreses de la colina dieron paso al sol brillante en cuanto salimos de entre los árboles, y los prados verdes resplandecían.

—¡Es más bonito que las joyas! —dije. Corrí hacia campo abierto, sintiendo la fría hierba que azotaba mis piernas y sorprendida por las flores ocultas entre la hierba: algunas color morado, otras blancas como de encaje, racimos de capullos rosa...

—¡Helena! —La habitual voz autoritaria de Clitemnestra tenía una nota de preocupación—. ¡Helena!

Mi cabeza apenas sobresalía de las hierbas más altas, y agité los brazos para que me viera.

—Aquí estoy.

—Sal ahora antes de que te pierda —dijo—. Aquí la hierba es demasiado alta.

Seguimos el camino que conducía al río, bajando por las orillas. Allí, una vez más, encontramos la sombra, bajo los tamariscos y los sauces que crecían cerca del agua, con sus ramas repletas de yemas arrojando sombras sobre las orillas y la corriente. El agua fangosa pasaba saltarina, removiendo y levantando pequeños copos blancos.

—La ninfa del agua nos saluda —dijo Clitemnestra. Parecía recordar algo que la hizo sonreír.

—¿Cuál es la que vive aquí? —me preguntaba yo.

—No sé su nombre —dijo Clitemnestra. Pero de alguna manera comprendí que sí lo sabía. Simplemente, no quería decírmelo. Quizá fuese algo sagrado.

Me acerqué más al borde del agua, hasta un lugar donde crecían los juncos.

—Me gustaría verla. —Tuve que hablar en voz alta para superar el murmullo del agua entre los juncos. Metí la punta de un pie y encontré el agua helada. Las nieves del monte Taigeto todavía se estaban fundiendo.

Clitemnestra vino y se colocó a mi lado. Nuestros reflejos ondulaban en el agua que teníamos debajo. Yo me incliné para verme mejor, pero Clitemnestra me echó hacia atrás.

—No lo hagas —dijo.

Yo creía que debía saber el aspecto que tenía. Encontré una sorprendente fuerza para empujar a Clitemnestra, que era mucho mayor que yo. Su presa se aflojó un instante, y en aquel momento me incliné hacia delante y vi un rostro que me miraba con los ojos muy abiertos, tan sobresaltado como yo estaba al contemplarlo.

No era como había imaginado, aunque ya sabía, por mi mirada furtiva al espejo de mi madre, que tenía los ojos de un castaño verdoso, y unas pestañas muy espesas, y que tenía los labios gruesos y curvados. Ahora lo veía todo, veía mi rostro como lo veían los que estaban a mi alrededor.

Me incliné un poco más, casi hasta tocar el agua, y luego mi nariz la tocó y la imagen se rompió formando ondas y fragmentos, sin dejar de bailotear. Contuve el aliento y esperé a que se aquietara de nuevo, de modo que una vez más pudiese ver mi propia imagen y ver lo que otros habían visto y me habían negado a mí, y poder estudiarla y memorizarla. Aquello dictaba mi vida, me mantenía prisionera, de modo que, ¿no debía saber cómo era?

—No. —Clitemnestra me tiró del brazo—. Para, o si no acabarás como Narciso. —Tomó aliento—. El hombre que se enamoró de su propio reflejo en el agua y a quien Apolo convirtió en flor. ¿Es eso lo que quieres? —Su voz sonaba ligera, pero no podía ocultar ante mí el temor que sentía. ¿De qué tendría miedo?

—No —dije yo, retrocediendo, obediente, porque ella había conseguido asustarme—. No me gustaría echar raíces en un solo lugar, ni siquiera en un lugar tan bonito como la orilla de este río.

Pero una vez volvimos al soleado camino que conducía a la ciudad, mi aprensión se desvaneció. Después de todo no había visto nada excepto un reflejo, y un rostro no tenía ningún poder en sí mismo, al menos ningún rostro humano.

El camino serpenteaba, a veces alejándose y adentrándose entre las praderas, discurriendo hacia la ciudad, y a veces volviendo a abrazar de nuevo la orilla del río. Por entonces el sol estaba lo bastante alto, aun en aquella época, a principios de la primavera, para que la sombra fuese muy bienvenida cuando caminábamos bajo los árboles de nuevo, junto al agua. En un momento dado, el río se ampliaba, formando una oscura poza. Nadando serenamente en su superficie se encontraban tres grandes cisnes, dando vueltas el uno en torno al otro majestuosamente, con sus curvados cuellos muy altos y su resplandeciente plumaje de una blancura imposible y pura, en contraste con la oscuridad del agua.

Me detuve y contuve el aliento. Junto a mí, Clitemnestra se detuvo también.

—Qué hermosos son —susurré, como si no existieran realmente y hasta el sonido más pequeño pudiera hacerlos desaparecer.

Nunca había visto cisnes tan de cerca, pero me quedé petrificada por su gracia imperiosa y seductora. Yo miraba y miraba, y ellos se deslizaron y pasaron como si fueran espíritus, sin acusar la presencia de ninguna otra criatura en el río.

Uno de ellos había vuelto la cabeza y fue girando suavemente, fijó sus ojos sorprendentemente pequeños en mí y luego fue nadando en nuestra dirección. Se dirigía hacia una zona herbosa de la orilla que parecía muy invitadora, con lirios y violetas como destellos de luz entre el verdor.

Parecía tener un objetivo, venir deliberadamente hacia nosotras. Halagada y emocionada, retrocedí un poco y cogí la mano de Clitemnestra. El cisne, que era el mayor de los tres, ahora lo veía, no se detuvo por el pequeño movimiento que yo había hecho.

Sus ojos me contemplaban con una mirada oscura.

En palacio teníamos perros, perros de caza, y mi padre y mis hermanos me habían dicho: «Un animal siempre retira la mirada cuando le miras directamente; es siempre el primero en apartar los ojos. Y eso es porque el hombre siempre domina a los animales. A menos, por supuesto, que no sea un animal en absoluto, sino un dios disfrazado...».

Los dioses eran muy aficionados a disfrazarse de animales, o al menos así era en los tiempos antiguos, cuando nacieron las historias que a nosotros nos gustaban tanto, pero aquel cisne era de mi propia época. Y era muy osado.

Casi había llegado hasta nosotras; ahora se dirigía hacia la orilla donde estábamos de pie. Su rostro estaba vuelto hacia nosotras, y por encima de su pico negro y anaranjado, los ojos estaban más próximos, insondables.

—¡No! —gritó Clitemnestra, y corrió hacia delante, agitando un palo—. ¡No, otra vez no! ¡No vuelvas aquí, criatura violadora y cruel!

El cisne se detuvo y luego nadó furiosamente hacia nosotras, elevando las alas y trepando por el barro, y emitiendo un áspero sonido.

Era muy grande. Con las alas extendidas dejaba pequeña a Clitemnestra, que retrocedió y buscó una piedra para arrojársela. Le dio en el pico y le hizo volver la cabeza.

Cualquier otra criatura habría huido, pero el cisne la atacó. Siseando, voló hacia Clitemnestra y, moviendo su cuello hacia un lado y otro, le lanzó una serie de golpes y picotazos. Ella cayó de cara en el barro y se protegió la cabeza con los brazos. El

cisne se acercó y siguió picándole en la nuca y en los brazos, emitiendo siempre un siseo horrible y entrecortado como el vapor que se escapa de una olla hirviendo. Los otros dos cisnes siguieron dando vueltas serenamente en el agua.

Corrí hacia delante y me arrojé al lomo del cisne. ¿Qué otra cosa podía hacer sino salvar a Clitemnestra? Agarré con fuerza sus plumas. Eran gruesas, brillantes y suaves, y noté la fuerza y los músculos debajo de ellas. No había ningún cojín, ninguna nube, sólo fuerza, intensidad implacable bajo la engañosa belleza de las plumas blancas y la grácil forma.

—¡Déjala! ¡Déjala! —grité, y luego agarré el cuello del cisne, un tubo movable que parecía una serpiente que se retorecía.

Como si mis manos no tuviesen fuerza alguna, el animal movió aquel cuello a pesar de ellas y me miró directamente. Sus pequeños ojos negros parecieron ampliarse hasta llenar toda mi visión, sujetándome en su poder.

—Para —susurré, casi tocando con mis labios el duro pico.

El pico se abrió y me rozó la mejilla. Había unos diminutos relieves en su interior, como puntitas, y noté que pellizcaban mi carne. Él sujetó la piel con suavidad, moviendo un poco la cabeza a un lado como si me estuviera acariciando... o besando. Luego se soltó y se echó hacia atrás para mirarme de nuevo. Ahuecó las plumas, haciendo que se levantaran y me sorprendieran, de modo que me solté. Se irguió un momento, contemplándome. Luego arqueó el cuello una vez más y me acarició el pelo con el pico. Después se volvió y se introdujo de nuevo en el agua, y se alejó flotando serenamente hacia sus compañeros.

Clitemnestra se incorporó y se sentó, jadeando y resoplando. Tenía los brazos cubiertos de barro y el rostro embadurnado en la suciedad de la orilla.

—¡Te maldigo! —gritó al cisne.

—¡No! —Le cogí el brazo—. Es peligroso. No... ¡Puede vengarse! —Aquél no era un cisne corriente.

Entonces ella pronunció unas palabras misteriosas.

—¿Qué más podría hacer? —preguntó con amargura—. Lo hecho, hecho está. — Se levantó y gritó hacia el agua—: ¡Yo te maldigo! ¡Yo te maldigo!

El cisne se había alejado nadando hacia la oscuridad del agua sombreada.

El resto del camino hacia la ciudad lo hicimos en silencio, conmocionadas por lo que había ocurrido a la orilla del río. Durante un momento pensé en volver al palacio, pero una vez volviésemos, resultaría difícil para mí volver a salir de nuevo..., me custodiarían más de cerca que nunca.

Con los labios apretados, Clitemnestra seguía adelante, llevándome de la mano.

Tenía la mejilla sucia en el lugar donde se había manchado con barro del río. En la parte de atrás de su manto también veía las huellas fangosas de las patas palmeadas del agresivo cisne.

Le tiré de la mano.

—Por favor, ¿podemos ir un poco más despacio? ¿Y no podrías sonreír? Creo que así asustarás a la gente de la ciudad.

Ella meneó la cabeza y una pequeña sonrisa iluminó las comisuras de sus labios. Yo siempre podía hacer que sonriera, cuando otros no podían. Luego se rio, con una risa algo estridente.

—Tienes razón —dijo—. Tenemos que reírnos de esto. Las dos. Nadie más nos creería. —Se agachó y dobló una rodilla, y me miró directamente a los ojos—. No debes contárselo a nadie.

—Pero ¿por qué? Ha sido tan... —Las palabras murieron en mis labios al ver su expresión—. No, no lo haré —dije.

—Bien. Nadie debe saberlo. Será nuestro secreto.

La ciudad apareció tras un recodo del camino, que se había ido ensanchando y se hizo lo bastante grande para que por él transitaran las carretas. En un momento estábamos ya en lo que parecía un camino rural, rodeado por prados, ganado que pastaba y jardines, y luego entramos en la ciudad de Esparta.

No era una ciudad muy grande, lo sé ahora, pero entonces me parecía enorme, con tantos edificios tan juntos entre sí, y tanta gente. Pasamos a través de las puertas, pequeñas en comparación con las que después vi en Troya, y luego entramos en las calles.

De repente había gente por todas partes, moviéndose como una colmena enorme. Corrían en todas direcciones como si las acabaran de llamar en aquel preciso momento para realizar un trabajo vital. Casi esperaba oír el zumbido, pero los sonidos eran mucho más intensos: gritos, golpes, chasquidos de látigos.

Unos cuantos asnos cargados iban caminando lenta y pesadamente por la calle, dándose golpes con las paredes de las casas y avanzando con dificultad bajo el peso de odres de vino o tinajas de barro; pero sobre todo había gente, gente que llevaba cestas de grano y bultos de ropa.

—Vamos al mercado... Te gustaría, ¿verdad, Helena? —dijo Clitemnestra. Estaba más cerca de mí y me llevaba cogida bajo su brazo, como para protegerme y esconder mi rostro desnudo.

Asintiendo, intenté liberarme para ver mejor. Pero su brazo me sujetaba firmemente a medida que me conducía por la calle.

Llegamos a la plaza del mercado, una zona donde convergían varias calles y formaban un espacio abierto. Vi filas de gente sentada en el suelo en unas alfombrillas, con sus cestas de higos secos u hojas de menta y sus jarros de miel y otros alimentos.

Había algo que brillaba en una cesta muy profunda, y me asomé a mirar en su oscuro interior. Allá lejos vi unas cuantas baratijas que atrapaban la luz del sol, y metí la mano y saqué una.

Era un brazalete de alambre retorcido, trabajado de una forma muy ingeniosa, de modo que parte del alambre estaba aplastado y relucía con la luz del sol.

La vendedora rápidamente me cogió la mano y me metió otro brazalete en ella, pero Clitemnestra me lo quitó con la misma rapidez, junto con el primero. Me cogió la mano y la retiró.

—No, no debes —susurró—. Ven. —Intentó hacerme dar la vuelta, pero era demasiado tarde.

Los ojos de la mujer se habían apartado de mi brazo, un brazo como el de cualquier otro posible cliente, y habían subido hasta mi rostro para intentar engatusarme y que le comprase algo. Pero en lugar de las habituales bromas y súplicas, lanzó un chillido. Sus ojos, que hasta entonces no veían más que una posible venta, se abrieron mucho, incrédulos.

—¡Es ella! ¡Es ella! —gritó. Se levantó de un salto y me cogió los brazos, atrayéndome hacia sí, lo que provocó que volcara la cesta con brazaletes y esparciera su contenido por todas partes.

Clitemnestra, murmurando, tiró de mí hacia atrás, y empezaron a tirar una hacia cada lado, como si yo fuera un saco de grano.

—¡Ayudadme! ¡Ayudadme! —dijo la vendedora a sus compañeros—. ¡Sujetadla! ¡Es «Helena»!

Todos se levantaron y corrieron hacia nosotras. Clitemnestra era más fuerte que la mujer de los brazaletes y me había arrancado de sus garras, y me había escondido entre los pliegues de su manto, pero estábamos completamente rodeadas. Sólo unos guardias bien armados podían haberles mantenido a raya.

Clitemnestra me sujetó orgullosamente a su costado, tan apretada que yo no veía nada, pero notaba el temblor de su cuerpo.

—¡Echaos atrás! —ordenó, con voz áspera—. ¡Echaos atrás o responderéis ante el Rey por esto! Dejados ir en paz.

—¡Déjanos ver su cara! —exigió una voz entre la multitud—. ¡Déjanos ver su cara y os dejaremos ir!

—No —dijo Clitemnestra—. No tenéis derecho a mirar a la princesa.

—Vemos tu rostro —dijo otra voz más profunda—, y tú también eres nuestra princesa. ¡Déjanos ver a Helena! A menos que sea un monstruo, tenga pico de cisne, el pico de su padre...

—Su padre y el mío son el mismo: vuestro rey Tíndaro. Dejaos ya de habladurías —dijo Clitemnestra, con voz rotunda.

—¡Entonces, enséñanosla! —exigió una voz de hombre—. ¿Por qué la han tenido escondida todos estos años en el palacio, sin mostrárnosla nunca, como te han mostrado a ti, como han mostrado a Cástor y Polideuces, abiertamente, viniendo a la ciudad, jugando en los campos...? A menos que sea cierto..., a menos que sea hija de Zeus, que vino a la Reina en forma de cisne, y que naciera de un huevo...

—Un huevo de un azul de jacinto —gritó otra voz—. Yo he visto la cáscara, que se ha conservado...

—¡Qué tonterías! —aulló Clitemnestra—. Habéis ido demasiadas veces al santuario de Jacinto, que está aquí cerca, y él os ha metido esas fantasías en la cabeza...

—No, el huevo es real, su cáscara realmente era azul...

—Alguien vio al cisne y a la Reina allá en la orilla del río. Y el cisne sigue volviendo a veces, como si estuviera enamorado y sintiera añoranza. Es más grande que los demás..., más fuerte..., más blanco...

—¡Dejadnos pasar! —ordenó Clitemnestra—. ¡O si no os maldeciré a todos!

Un momento de silencio siguió, mientras consideraban sus palabras. Yo seguía sin poder ver nada, envuelta como estaba en los pliegues de su manto.

Una voz rompió el silencio.

—¡Es un monstruo! ¡Por eso la escondes!

—¡Un monstruo! Un monstruo como la Gorgona. ¡Una aparición espantosa!

—¡Dejadnos ir! —repitió Clitemnestra—. O a lo mejor... si es un monstruo y os dejo verla, ésa puede ser la maldición. Recordad el poder de la Gorgona de convertir en piedra a los que la miraban.

Un murmullo leve siguió a la amenaza. Yo tendría que haberme sentido más segura, pero la insinuación de Clitemnestra, aunque era astuta, me dolía. Ella estaba deseosa de pintarme como un monstruo, alguien a quien daba miedo mirar, y dejar que la gente de Esparta creyera eso en lugar de ceder ante ellos.

Me retorcí soltándome de la presa de Clitemnestra y me aparté la capucha,

desnudando la cabeza ante la multitud.

La multitud era grande, un círculo de gente de varias filas de profundidad. Nunca había visto tantas caras.

—¡Soy Helena! —grité—. ¡Mirad hasta cansaros! —Levanté bien la cabeza y me enfrenté a ellos.

Hubo un silencio. Un silencio muy profundo. Las caras se volvieron hacia mí, como flores de luna, que siguen a la luna mientras ésta hace su viaje nocturno por el cielo. Las expresiones desaparecieron, reemplazadas por una calma tan tranquila como si estuviéramos a la luz de la luna.

Finalmente, alguien murmuró:

—Es verdad. Sólo la hija de Zeus podía tener un rostro semejante.

—Qué terrible..., ciega... —murmuraban.

Pero lo que veían realmente en mi rostro era también el poder que pondría en movimiento tanta guerra y destrucción.

Nos fuimos y los dejamos allí de pie, como piedras; verdaderamente, como si la Gorgona les hubiese transformado, aturdidos, como si estuvieran bajo el influjo de un hechizo, y nos alejamos por las calles.

Pero era yo quien iba tropezando, como hechizada. Zeus. Me habían llamado hija de Zeus, habían dicho que él se había emparejado con mi madre en forma de cisne. El cisne que nos atacó... ¿era acaso, podría ser mi «padre»?

La luz del sol todavía brillaba, pero lo único que veía era la blancura del cisne y sus ojos implacables, y las miradas de la gente de la ciudad al mirarme y quedar paralizados, con la boca abierta. Para eso era el velo, pues, por eso me habían guardado, y por eso mi madre había huido de los cisnes en el lago que había junto a la casa de mis abuelos, y por eso mi padre les había arrojado piedras y les había llamado monstruos repugnantes. Y por eso ella me llamaba polluelo, pequeño cisne... Todo a mi alrededor daba vueltas, y caí al suelo.

VI

No fui consciente de nada hasta que me desperté en brazos de Clitemnestra, mientras ella subía trabajosamente por la colina. Jadeaba y resoplaba, llevándome agarrada contra ella. Me sentí asombrada por su fuerza y agilidad al ver cómo trepaba por el rudo camino, colina arriba, sin parar.

—Yo..., yo... —Quería que se detuviera, quería preguntarle por todo aquello mientras todavía estuviéramos solas. No había nadie cerca; teníamos que haber dejado a los perseguidores atrás.

—¡No hables! —me dijo ella. Las palabras eran duras, pero su voz temblaba.

—Pero ¡tengo que hacerlo! Tienes que decirme, todo el mundo sabe cosas acerca de mí menos yo, hasta los espartanos saben cosas... Ella se detuvo y me dejó en el suelo.

—Ha sido una tontería por parte de nuestros padres no contártelo. Nos hicieron prometer a todos nosotros que no te lo contaríamos. Como si no fueras a enterarte algún día. Todo: el velo, los espejos, el encierro... ¡Qué estúpido por su parte!

Las puertas del palacio se elevaban por encima de nuestras cabezas; estaban cerradas, como siempre, pero Clitemnestra gritó:

—¡Abrid! ¡Abrid, por misericordia! —Y las puertas se abrieron de par en par.

En el interior me dejó caer y se volvió para ayudar a los guardias a cerrar de nuevo las puertas y asegurarlas. Nadie parecía venir detrás de nosotras, pero no podíamos estar seguras.

Pensábamos que nos encontrábamos a salvo, y Clitemnestra me estaba susurrando que fuese directamente por detrás a mi habitación antes de que nos pillaran, cuando de pronto mi padre salió de debajo del pórtico. Miró a su alrededor, frunciendo el ceño, y nos vio justo cuando las puertas se cerraban. Al momento estaba junto a nosotras, sacudiendo el brazo de Clitemnestra.

—¡Serás castigada por esto! —dijo—. Severamente castigada. Has desobedecido mis órdenes. Tú —y acercó mucho su cara a la de Clitemnestra, y en ese instante me di cuenta de lo mucho que se parecían— eres lo bastante mayor para saber lo que haces, y sufrirás el peor castigo. Tú —se dio la vuelta, dirigiéndose a mí— podrías haber resultado herida. Te has arriesgado y nos has puesto a todos en peligro.

—Lo único que está en peligro son tus derechos de negociación con Helena, si ha resultado herida físicamente de alguna manera —gruñó Clitemnestra.

Mi padre levanto la mano y le cruzó la cara, pero ella no se movió, sólo estrechó

los ojos.

—A tu habitación, a esperar mi castigo —le ordenó.

Sorprendentemente, ella obedeció, y me dejó con mi padre. Él siguió mirándome y yo me di cuenta de que Clitemnestra había dicho la verdad: estaba inspeccionando sus bienes por si habían sufrido daños. Satisfecho al ver que no habían sufrido ninguno, se relajó y me soltó.

—Tú también, a tus habitaciones. —Puso la mano firmemente en mi espalda empujándome hacia allí.

Justo entonces salió mi madre de sus habitaciones y nos vio. Nos pusimos de pie y la esperamos, y ella corrió hacia nosotros, con su túnica flotando. Su rostro era una máscara de preocupación. Me cogió por lo hombros y empezó a sollozar.

—Contrólate, Leda, está a salvo —dijo mi padre abruptamente.

—Pero ¿adónde has ido? ¿Qué has hecho? —me preguntaba ella.

Yo debía mostrarme adecuadamente contrita.

—Ah, madre, lo siento mucho..., no ha sido culpa de Clitemnestra. La culpa ha sido mía. La he convencido de que me sacara de palacio, porque quería ver Esparta. Hemos entrado en la ciudad, y algunas personas me han visto y se han alborotado... —Mi madre respiraba con fuerza, pero seguía en silencio, de modo que yo continué—. Y de camino yo iba jugando por los campos, y en la orilla del río... —Y aunque no podía decirlo, porque le había prometido a Clitemnestra que guardaría el secreto, comprendí de repente que era la única manera de forzar a mi madre a traicionar también su propio y gran secreto—. Allí había un cisne muy grande, y se ha puesto a perseguir y atacar a Clitemnestra, y yo le he pegado, y entonces él me ha mirado y... me ha «besado». —La miré inocentemente—. Parecía quererme mucho, por algún motivo. Madre, ¿era como si me reconociera!

Ella lanzó un gritito ahogado.

—¡Ah, cómo has podido..., cómo ha podido...!

—Era como si quisiera decirme algo.

Ella se enderezó, como si estuviera siguiendo una orden de su cuerpo.

—Mañana por la mañana, Helena, ven a mis aposentos, después de haber cumplido tu castigo.

Llevaron a Clitemnestra al lugar donde se suministraban los azotes, donde los jóvenes eran iniciados a la virilidad y castigados con varas. Me mandaron a mi habitación sin nada para comer, y me hicieron dormir en el suelo de piedra, en lugar de en mi cama. También tuve que dormir a oscuras. Se llevaron las lámparas de aceite. Pasé una noche fría y espantosa, viendo todo el rato al cisne y sus negros ojos,

y los ojos de la gente de la ciudad cuando convergían en mí todas sus miradas. Estaba asustada, no por lo que ya había ocurrido, sino por el temor de lo que oiría contar al día siguiente a mi madre. Porque no dejaría su habitación ignorando cuál era mi verdadero ser. Estaba decidida a saber la verdad.

El sol apenas había salido cuando me envolví en un manto de lana y me dirigí a las habitaciones de mi madre. No estaban lejos de la enorme sala del trono con su hogar abierto, situadas de tal modo que la Reina pudiera retirarse discretamente cuando una velada formal duraba demasiado tiempo, cosa que ocurría muy a menudo.

Ella se estaba levantando, y una sirvienta le colocaba un suave manto color de ceniza antigua en torno a los hombros mientras yo entraba en la habitación. Vi que aquello de levantarse de la cama era sólo una pantomima. Ella tampoco había dormido.

El sol recién aparecido arrojaba su luz temprana entre los pilares de su habitación, corriendo por el suelo como delgados brazos.

—Mi querida niña —dijo—. Ven, come algo conmigo.

Indicó una bandeja que contenía un panal y un poco de pan. Pero ella no comió, ni yo tampoco.

—Helena, estoy enferma de preocupación por ti —me dijo—. Sabías que no debías dejar el recinto del palacio. Ciertamente, tu hermana lo sabía. Ella se ha vuelto ya muy difícil de controlar, y ha llegado el momento de encontrarle un marido que la gobierne. Pero podía haber ocurrido algo espantoso..., casi ocurre algo espantoso de verdad. —Se estremeció un poco.

No había ya evasiva posible. Había que esgrimir la verdad, sacarla al aire libre.

—Pero, madre, ¿qué podía haber ocurrido realmente? Esa gente son súbditos vuestros, y no habrían hecho ningún daño a sus princesas. A lo mejor si nos vieran más a menudo...

—¡No! —Ella dio una palmada para silenciarme—. No.

—Es esa profecía —dije yo entonces. Sabía de alguna manera que la sibila era parte del motivo de que me tuvieran encerrada. Eso y el cisne. Empezando por la sibila—. Hace mucho tiempo..., cuando estuvimos en Delfos..., estaba aquella bruja, aquella profetisa, no sé realmente lo que era, pero hizo una predicción sobre mí, algo de que sería la ruina de Asia, la ruina de Europa, la muerte de los griegos. ¿Estáis intentando evitar todo eso manteniéndome prisionera?

Esperaba que ella lo negara, pero asintió.

—Sí. Esperábamos burlar a los hados.

En mis lecciones había oído las leyendas: que el abuelo de Perseo había sabido

que el hijo de su hija le mataría, y por eso les había expulsado, aunque no le sirvió de nada, ya que el hijo le mató, de todos modos; que a Edipo le dijeron que mataría a su padre y se casaría con su madre, de modo que le expulsaron de Tebas y de camino mató a su padre sin saberlo, y como recompensa obtuvo a su madre como esposa, sin saberlo tampoco. Era inútil intentar evitar lo que estaba escrito.

Recordé las palabras de mi padre: «Saber es armar. Un enemigo visto desde lejos no puede sorprenderlos. Un enemigo visto desde la distancia puede ser superado en ingenio, y evitado».

Hasta el momento no había llegado enemigo alguno. Pero la sibila no había dicho cuándo llegarían los problemas, ni de qué dirección ni en qué forma. A pesar de las valientes palabras de mi padre, es duro armarse contra algo que no se puede reconocer. Edipo lo supo muy bien.

—Madre, sabes que es imposible evitar lo que está predestinado.

—Pero debemos intentarlo.

Ella se volvió hacia mí desde la mesa donde guardaba sus tarros de ungüentos y aceites perfumados, y vertió un poco de aceite en su palma. Me lo tendió y yo asentí, y entonces ella con un dedo me extendió el aceite en las mejillas.

—Qué piel más bonita —dijo—. Mi pequeño polluelo.

Yo le cogí las muñecas.

—¡Madre! Es hora de que me digas lo que parece que es del conocimiento común. Polluelo. Pequeño cisne. ¿Soy un pequeño cisne, madre? No quieras distraerme hablando de mis gracias, mis túnicas de blanco lino y esas cosas, como ha hecho mi padre. ¿Cuál es la verdad de todo esto? ¿Cuál es la verdad de lo que todo el mundo en Esparta comenta, que tú y el cisne..., aunque no era un cisne, sino que era...? —No podía decirlo, porque sonaba demasiado presuntuoso—. Yo vi al cisne, y sus plumas eran de un blanco radiante, un blanco que deslumbraba, como las nubes antes de que el sol irrumpa a través de ellas, y me hirió los ojos.

Mi madre se puso de pie un instante, indiferente. Inclino la cabeza y supe que estaba pidiéndose consejo a sí misma, sopesando cuánta verdad podía decirme. Veía la parte superior de su cabeza, con el pelo brillante y oscuro, tan distinto del mío, pero no le veía el rostro, no veía la lucha que estaba teniendo lugar en su interior. Finalmente, levantó la cabeza y supe que ella había ganado la batalla. Me contaría la verdad.

—Ven —me dijo, empujándome junto a ella, en su diván. Me sujetó muy apretada contra su cuerpo, de modo que podía sentir su cuerpo junto al mío. Esperé—. Querida niña —me dijo—, no hay otra forma de decirlo más que ésta. Cuando tu padre estaba

lejos, el padre de todos los dioses, aquel que gobierna el Olimpo, vino a mí. Me eligió, no sé por qué. Y sí, vino como una criatura mortal, como un cisne. Mirarle en toda su gloria significa la muerte para cualquier mortal, y él no deseaba que yo muriese. Partió al amanecer, justo en este momento, de modo que no hay mañana en que no le diga adiós de nuevo, sintiendo su partida. Y sí, tuvimos un hijo, y ese hijo fuiste tú.

Sospechas, miedos, sueños... No es lo mismo que oír aquello como un hecho consumado. Me sentía mareada, y me apoyé en ella.

—Tú eres su única hija —dijo—. Ah, sí, tiene muchos hijos, pero tú eres su única hija mortal, nacida de una mujer mortal. Él te protegerá, dijera lo que dijera la sibila. Por eso hemos querido frustrarla, porque Zeus es mucho más poderoso que una simple sibila.

—Pero... mi padre...

—Él lo sabe, pero finge que no es así. Quizá sea mejor de ese modo. Se debe dejar el orgullo a los hombres. Él dice que eres «la mujer más hermosa del mundo», pero no se atreve a admitir cómo es posible tal cosa. Por supuesto, la hija de Zeus sería de una belleza inmortal, mientras viviese. —Su voz se entristeció—. Pero los hijos de dioses y mortales son siempre mortales —añadió—, eso es inevitable. Morirás, igual que yo también moriré. Pero mientras vivas, intentaremos protegerte.

Incliné la cabeza, asintiendo. Ahora todo se me había revelado; ahora comprendía. Ella me cogió un mechón de cabello y lo sujetó junto al suyo.

—El mío es de la Tierra, el tuyo de los Cielos. ¡Mira cómo brilla, lleno de oro!

—Madre, ¿no te dejó nada él? —Sabía, por otras historias, que los dioses eran duros, que sentían deseo por los mortales y los abandonaban luego. Pero a veces les dejaban una prenda.

—Sólo lo que me llevé —dijo.

Se levantó y caminó como en sueños hacia un nicho en la pared, y sacó una caja de marfil labrado con la tapa abombada. Quitó la tapa y me tendió la caja. En su interior había cuatro resplandecientes y largas plumas de cisne, tan puras que resplandecían y desprendían luz propia, una luz enteramente sobrenatural.

Plumas..., cuando podía haber pedido el mundo entero.

VII

Fieles a su palabra, mis padres, de inmediato, anunciaron que su hija mayor, la muy ilustre princesa Clitemnestra, estaba ya en edad de casarse. Se insistía en sus virtudes: un pedigrí impecable, ya que descendía de los más ilustres gobernadores de Esparta, y con su mano podía venir la herencia de ese trono, y que era de familia muy fértil, agradable de mirar y saludable. Nada se decía, por supuesto, de su naturaleza obstinada y rebelde, ni de la indiferencia que sentía hacia las tareas propias de mujeres ni de su fortaleza física, comparable a la de un hombre. Mi padre decía que esperaba que llegase una buena propuesta, y quería abrir el concurso también a los extranjeros.

—Estoy dispuesto a considerar incluso a un egipcio o a un sirio —dijo.

—Sería un desperdicio ofrecerle Egipto a Clitemnestra —dijo mi madre, arreglándose el pelo con sus dedos finos y nerviosos—. Esas telas tan finas que flotan, los brazaletes de esmalte, los perfumes..., sería como ofrecerle todo eso a un lobo.

—Es cierto, tu hija no es como tú. Ya sé que tú deseas mucho esas cosas, y que se las envidiarías mucho a Clitemnestra. —Se rio, como si le divirtiera conocer su envidia—. Pero querida, debemos pensar sólo en lo que aportaría tal unión a Esparta, no en los lujos que tú te podrías perder.

—Un extranjero, por muy rico que sea, sería un fracaso. Otros podrían mirarnos de arriba abajo.

Yo había entrado de puntillas en su habitación y no me atrevía ni a respirar, por si me oían.

—Bueno, que nos miren. De arriba abajo, o de lado o como quieran, mientras tengan conexiones en algún rico puerto por ahí.

—Nunca he oído que algún extranjero viniera a buscar su novia aquí, ni que tuviera lugar un matrimonio semejante —dijo mi madre—. Y Esparta no tiene puertos, o sea que, ¿cómo podría ayudarnos la conexión con un puerto extranjero? El comercio iría todo a Micenas, donde ya va ahora mismo.

—Troya —dijo de repente mi padre—. Está mucho más cerca, y Egipto comercia pasando por ella, de modo que no deberíamos preocuparnos por un egipcio. Además, los troyanos son más ricos que los egipcios.

—Y mucho más guapos —dijo mi madre. Ahora era mi padre el que recibía sus pullas—. Dicen que son guapísimos, que ni los dioses pueden quitarles las manos de encima. Zeus se apoderó de Ganímedes, y la propia Afrodita no pudo contener su

pasión por un pastor, ¿cómo se llamaba? Bueno, una vez, cuando estabas fuera, vino una misión diplomática. Yo les recibí sola, por supuesto. —Sonrió—. No fue una tarea difícil.

Casi notaba las plumas de cisne agitándose en la cajita, mofándose de mi padre.

—Muy bien, nada de extranjeros —dijo mi padre al final—. Ya tenemos los suficientes de los nuestros para escoger entre ellos.

Yo estaba a punto de hacer notar mi presencia cuando de pronto mi madre dijo:

—Creo que ya es hora. Ya es hora de que vean a Helena. Entonces se correrá la voz y cuando ella sea lo bastante mayor para casarse, la puja estará en lo más alto.

—¡Sí! Y podemos hacer que se diga que es la mujer más bella del mundo. —Mi padre parecía exultante, repitiendo su frase favorita.

Mi madre frunció el ceño.

—Pero espera..., ¿no disminuiría eso las posibilidades de Clitemnestra? Quizá los pretendientes decidan esperar a Helena...

—Hum... Sí, podría ser un problema —admitió mi padre—. Pero me parece una lástima mantenerla oculta cuando se reúne todo el mundo. ¿Cuándo tendremos una oportunidad semejante?

—Hay ventajas en ambos casos —dijo mi madre—. Pensemos en ello, pero sin apresurarnos.

En lo más hermoso del verano, cuando el sol estaba en el cenit, llegaron los pretendientes de Clitemnestra. Uno por uno subieron por la empinada colina hasta el palacio llevando con ellos sus esperanzas y sus regalos. Uno por uno fueron recibidos por el Rey y la Reina y alojados en sus aposentos.

Las reglas del concurso para obtener la mano de la hija del Rey se habían observado desde tiempos muy antiguos, y eran muy rígidas. Mi padre debía alimentar y dar hospedaje a los pretendientes hasta que uno de ellos resultase elegido; estaba permitido a un pretendiente enviar a un representante, en lugar de acudir él en persona, si vivía muy lejos o era demasiado poderoso para aparecer como solicitante; habría alguna especie de competición, como una carrera a pie, o un concurso de arquería, aunque los resultados ya no eran vinculantes.

Mientras observaba el desfile de esperanzados que llegaban, me pregunté dónde se alojarían todos aquellos hombres. Se tendieron camas debajo de todos los pórticos de madera, donde podían dormir parcialmente protegidos, pero al aire libre. Mi madre había reunido todas las mantas tejidas y los vellones de cordero para que sirvieran como lecho, y los cabreros habían traído sus cabritos y sus cabras y empezó la matanza para alimentar a la multitud. Se sacaron infinitas jarras de grano y de aceite,

y las grandes ánforas de vino quedaron abiertas para beber y para libaciones. Era importante que la riqueza y la hospitalidad de mi padre pareciera tan ilimitada como para los pretendientes era posar como guardianes de la puerta de las promesas.

Vinieron unos doce, un número impresionante. Entre ellos se encontraban el príncipe de Tirinto, dos hijos de Néstor de Pilos, un guerrero de Tebas, un primo de la casa real de Teseo de Atenas, y un joven rey de la diminuta Nemea. El resto enviaron emisarios, que vinieron de Rodas, Creta, Salamina, y de la lejana Tesalia. Y luego, el último día, los hermanos Atreo, Agamenón y Menelao de Micenas, subieron por la colina y aparecieron ante las puertas del palacio.

Mi madre se puso visiblemente pálida y su mano subió al blanco cuello.

—No... —dijo tan bajo que sólo yo, que estaba de pie ante ella, pude oírlo.

El rostro de mi padre no traicionaba nada. Les dio la bienvenida como se la había dado a los demás, con un saludo ya acordado: «Noble huésped, entra en mi hogar».

Yo sabía algo de la maldición de su familia. Todo el mundo lo sabía. En una tierra en la que los niños crecen con historias de asesinatos espantosos y traiciones, la historia de los hijos de Pélope todavía sobresalía, una historia que aún no había terminado y que por tanto era doblemente terrible.

Brevemente: el rey Pélope tenía dos hijos, Atreo y Tiestes. Luchando para obtener la supremacía, Atreo mató a los tres hijos de Tiestes, y los cocinó e hizo un guiso con ellos que sirvió a su hermano. Lleno de horror, Tiestes maldijo a Atreo y a todos sus descendientes. Atreo tuvo dos hijos: Agamenón y Menelao.

Había muchas más cosas en aquella historia: adulterios, más crímenes, relaciones antinaturales, traiciones y engaños. Pero ahora la encarnación misma de la maldición, Agamenón, había llegado a pedir la mano de Clitemnestra.

Agamenón era un hombre de cabello oscuro, robusto, con poblada barba y labios gruesos. Sus ojos eran extrañamente grandes, y su nariz carnosa; tenía el cuello corto y, por tanto, su cabeza parecía salir directamente de los hombros. Si tenía que mirar de lado, debía volverse con todo el cuerpo. Vi que tenía los brazos muy musculados, colgando a ambos lados, y de pronto una imagen de ese hombre estrangulando a alguien atravesó mi mente. Que podía hacerlo con las manos desnudas era algo que no dudaba.

Un sirviente que había tras él llevaba una caja larga y delgada con incrustaciones de oro, sujetándola como un precioso presente.

—¿Es el cetro? —preguntó mi padre.

—Sí, eso es. ¿Creías acaso que vendría sin él? —La voz de Agamenón era tan pesada y recia como el resto de su persona.

Mi padre se volvió entonces a saludar al otro hombre, el hermano menor de Agamenón.

—Menelao, noble huésped, entra en mi hogar.

—Gracias, gran rey.

Menelao. La primera vez que le veía. Como su hermano, era de hombros anchos y recia musculatura. Pero su cabello era más claro, de un dorado rojizo, espeso y ondulado como la melena de un león, su boca se curvaba en una sonrisa en lugar de bajar en una mueca. Era difícil creer que él también fuese destinatario de una oscura maldición, porque nada había en su persona que lo sugiriese.

—Vengo, querido rey Tíndaro, a apoyar el coraje de mi hermano en busca de la mano de la princesa. —Su voz era sincera, pero no dura. Su tono era muy grave, y eso hacía que pareciese mucho más corpulento de lo que era, pero su profundidad resultaba tranquilizadora.

—No lo comprendo —dijo mi padre—. ¿No vienes como pretendiente por ti mismo?

—Ha habido demasiada rivalidad entre hermanos en nuestra casa —respondió él—. ¿Acaso no ha causado esto demasiados sufrimientos? No, basta con que yo apoye personalmente las pretensiones de mi hermano. —Inclinó la cabeza de una manera extrañamente formal, y en aquel momento me vio.

Como los demás, se quedó muy quieto. Todo el mundo que había entrado en el palacio, que había pasado junto a la real familia y junto a mí, se había quedado paralizado del mismo modo durante un momento. Algunos tartamudeaban. Otros tragaban saliva.

Él sonrió un poco, no dijo nada y siguió a su sirviente.

«¡Gracias por no decir nada!», pensé yo. ¡Gracias, gracias! Le estuve agradecida al momento.

Porque se me había concedido mi deseo: permanecer ante los visitantes sin ninguna barrera y sin velo. Habría sido desagradable. Después de que los dos primeros hombres hubiesen actuado como si hubiesen visto una aparición, me sentí violenta, luego asustada y por fin furiosa. Estaba más atrapada sin el velo de lo que había estado tras él. Pero ¿no era acaso eso mismo lo que yo había pedido?

Los hombres echaron a suertes el orden del día de su aparición. Ninguno quería ser el primero; un lugar cerca del final era más ventajoso. Si hubiese sido una competición sin premio alguno a la vista, entonces aparecer hacia el final habría sido malo, porque para entonces la audiencia habría estado ya inquieta y poco atenta. Pero en este caso, el hombre que apareciese primero podía quedar olvidado por

Clitemnestra, para cuando tuviese que elegir.

Euchir, el joven rey de Nemea, tuvo la desgracia de ser el primero. Se portó bien. Habló de Nemea, diciendo que estaba lo bastante lejos de Esparta para que Clitemnestra pudiera sentir que realmente tenía un nuevo hogar, pero lo bastante cerca para no estar separada de su familia para siempre. Prometió una corona que no estaba comprometida por otros aspirantes ni por profecía alguna (¡muy astuto! Los hermanos Atreo seguramente le odiaron por eso). Luego, encantador, ordenó que abriesen su baúl y mostró parte del impenetrable pellejo del león de Nemea que había matado Heracles..., el orgullo de la ciudad.

Ya vi por la cara de Clitemnestra que no estaba impresionada. Para ella, él no era más que un arbolillo joven, demasiado ligero y muy verde como para considerarlo. Confirmó mi intuición declinando preguntarle nada, y él tuvo que retirarse junto con su piel de león.

En el festín que se celebró después, el bardo tocó la lira y cantó las hazañas de los antepasados de Euchir. Su voz se perdía cada vez más entre el ruido ascendente del salón, a medida que el vino hacía que los hombres hablasen más alto. Él los fulminaba con la mirada. Aquel bardo no era ciego, como otros muchos.

Después de un largo rato, cuando aquello acabó, pudimos irnos a dormir.

Y así siguió, día tras día. Después de los primeros, todos empezaban a parecer lo mismo. Quizá me parecían indistinguibles porque Clitemnestra no mostraba interés por ninguno de ellos.

Los dos hijos de Néstor de Pilos eran tan prolijos como su padre, decía ella.

El príncipe de Tirinto era tan pesado y gris como las fortificaciones de su ciudad.

El guerrero de Tebas quedaría muy raro en un palacio. Probablemente durmiera debajo de su escudo, se burló ella.

A medida que el número de los que todavía faltaban iba descendiendo, me pregunté qué ocurriría si el último pronunciaba su discurso y ella seguía sin conmovearse. ¿Deberíamos repetir aquel concurso año tras año, esperando que apareciese alguno nuevo?

Agamenón fue el penúltimo en presentarle su petición de mano. Salió al centro de la sala y se quedó allí de pie, plantando sus piernas como columnas. Con la cabeza levantada, miró a su alrededor, observando todas las caras, y luego fijó su atención en mi padre.

—Yo, Agamenón, hijo de Atreo, me ofrezco como marido para tu hija. Si me elige, la convertiré en mi reina, la reina de Micenas. Ella será honrada y obedecida en toda Argos, y lucharé para asegurar que nunca deje de cumplirse ninguno de sus

deseos, si se halla en mi poder.

—¿Y qué has traído para mostrarnos? —dijo Clitemnestra.

Hubo un profundo silencio. Era la primera vez que ella pedía algo a un pretendiente.

Agamenón sonrió. Su rostro parecía siniestro al hacerlo, ya que la barba espesa y negra se separaba, y su boca aparecía como un tajo.

—Princesa, pronto te lo mostraré.

Dejó su lugar y cogió la larga caja incrustada del lugar donde descansaba, junto a una columna. La colocó cuidadosamente en el centro del mégaron junto al fuego del hogar, y la abrió con gran ceremonia. Luego buscó en su interior y sacó el cetro; lo sujetó en alto, y se volvió para que todo el mundo pudiera verlo.

—¡Contemplad la obra del dios Hefesto! —gritó.

A mí me parecía un cetro como otro cualquiera, de la longitud del brazo de un hombre, y más o menos del mismo grosor. El hecho de que fuera de bronce lo hacía inusual.

—Cuéntame, oh rey, la historia de ese cetro. —Clitemnestra se inclinaba hacia delante.

—Lo haré con gran honor —dijo. Su voz resonaba como el trueno que está demasiado cerca—. Hefesto lo creó en su forja celestial para Zeus. Zeus se lo entregó a Pélope, que se lo dio a Atreo. De Atreo, Tiestes lo tomó, y vino a mí como legítimo propietario suyo.

—¿Podré yo empuñarlo también? —Clitemnestra casi estaba de pie, llena de emoción, y su voz también sonaba fuerte, como el trueno.

Agamenón parecía asustado, pero enseguida se recuperó. Sus ojos finalmente sonrieron igual que su boca.

—Tendré que pedirle permiso a Zeus. Después de todo, es de Zeus, y hasta el momento sólo ha pasado por manos de hombres.

—No le pregunto a Zeus —dijo Clitemnestra—. Tiene prejuicios a causa de sus asuntos con Hera, y siempre se lo negará a una esposa. Te lo pido a ti.

Durante un momento él dudó. Luego le hizo un gesto.

—Ven y cógelo tú misma.

Vi que mi padre se ponía tieso. Eso iba en contra de todo protocolo, y se movió para descalificar a Agamenón. Pero se levantaba. Clitemnestra bajó de su sitio y se acercó a Agamenón. Se miraron brevemente a los ojos, probando su dominio. Ninguno de los dos los apartó, y con los ojos todavía clavados en Agamenón, Clitemnestra cogió el mango del cetro y lo rodeó con los dedos.

—Parece que ya lo has decidido —dijo Agamenón—. Ahora ya no tengo que preguntarle nada a los Cielos.

El festín y la reunión que siguieron no podían dejar de verse afectados por las extraordinarias acciones de aquella pareja. La gente estaba tan asombrada que no podía evitar hablar de ello, aunque se hubiera visto obligada a susurrar entre todos los cumplidos.

—Una mujer ha tocado el cetro de los dioses.

—¿Conlleva eso que se lo quitará a Agamenón?

—Si los dioses permiten tal cosa, ¿implica eso que podrían permitir que una mujer gobernase sola?

Yo oí todas esas preguntas mezcladas con comentarios sobre los niños guisados, la calidad de la leña y la luna que casi estaba llena.

Me quedé muy cerca de mi familia; tenía especial interés en saber qué pensaba mi madre. Pero como era reina no decía nada ni hablaba de sus auténticos pensamientos mientras existiera la menor posibilidad de que alguien pudiera oírla.

Mi padre era más transparente, y yo podía asegurar por su ceño fruncido que estaba muy disgustado. Cástor hablaba del tema como si fuera una broma («Clitemnestra estaba regia con el cetro») y, en cambio, Polideuces lo encontraba ofensivo («Pelearse en público como dos luchadores los degrada a ambos»). Yo misma no sentía nada especial por Agamenón, pero tenía que admitir que había sabido encender el fuego de Clitemnestra y que quizás ambos se llevasen bien.

Dejé a Cástor y me quedé un momento en un extremo de la sala, donde el porche cubierto daba paso al patio abierto y, más allá, el recinto iluminado por la luna. Mirando hacia arriba vi que a la luna sólo le faltaba una noche más para estar llena. Brillaba mucho, arrojando sombras agudas desde el borde del tejado y los altos álamos que se agitaban al viento, el mismo viento que hacía ondear los pliegues de mi túnica.

Alguien vino y se quedó de pie junto a mí, perturbando mi soledad. Pensaba que si le ignoraba se iría. Pero por el contrario, habló:

—Temo que la conducta de mi hermano te haya disgustado —dijo Menelao.

—No —dije yo, sintiéndome obligada a responder—. No me ha disgustado, pero me ha sorprendido. Sin embargo, al parecer, a mi hermana le ha gustado, y después de todo, es el favor de ella el que tiene que ganarse.

—Ha sido muy atrevido por su parte.

—Una apuesta que puede tener buen resultado.

—¿Acaso el atrevimiento es lo que seduce a las dos hermanas?

Yo ya no podía mirar más al recinto iluminado por la luna, ocultándole a él mi perfil.

—No me gusta el atrevimiento en sí mismo —dije al final, volviéndome hacia él.

—Ni tampoco a mí —dijo él—. No estoy seguro de ser capaz de él. Soy bastante distinto de Agamenón.

—Y yo también de Clitemnestra. Hermanos y hermanas nunca son copias unos de otros.

Fuera, en la noche, oí la llamada de un ruiseñor. Los cálidos vientos primaverales lo acunaban, igual que movían los bordes de nuestras túnicas.

—No —dijo él—. Y a veces tienen más en común los extraños que no son parientes. Clitemnestra y Agamenón tienen el cabello oscuro los dos, y nosotros lo tenemos claro.

Yo me eché a reír.

—Sí, eso es cierto.

Su pelo era de un color dorado más rojizo que el mío, pero se parecían. Y ambos habíamos decidido apartarnos de la multitud en el festín y salir a mirar la noche: otra similitud.

Un largo silencio descendió entonces. Aunque había deseado que él no hablase cuando estaba junto a mí, y él había dejado de hacerlo, me sentía extraña. ¿Por qué no me contestaba? El ruiseñor llamaba de nuevo, mucho más cerca.

Él pareció contentarse con apoyarse en la pequeña balaustrada y seguir mirando hacia el patio iluminado por la luna. El borde de la luz recortaba sus musculosos antebrazos, pero él siguió sin moverse. Sus manos estaban muy bien modeladas, eran perfectas y fuertes. Colgaban sueltas, relajadas. Pensé en las de mi padre, nerviosas y venosas como las de un simio y siempre tirando de algo. Mi padre también las llevaba adornadas con muchos anillos. Vi que Menelao sólo llevaba uno, de modo que sus manos parecían desnudas para ser las de un hombre de posición.

—¿En qué piensas? —dijo él al fin.

Me sobresaltó su franqueza.

—Me preguntaba por tu anillo —admití—. El hecho de que sólo lleves uno.

Él se rio y levantó la mano.

—Necesito tener las manos libres, no cargadas de peso, aunque sea de oro.

—¿Y qué lleva ese anillo, pues? ¿Qué representa? —Veía que llevaba unas figuras grabadas.

Él se lo quitó y me lo tendió. En los profundos huecos de su óvalo apenas veía a dos perros flanqueando un objeto curvo. Sus cabezas se arqueaban hacia los bordes

del óvalo, formando un medio círculo lleno de gracia. Al volver el anillo para captar mejor los grabados a la escasa luz, me di cuenta de lo grueso que era y percibí el mucho oro que contenía. La casa de Atreo era rica; en eso Clitemnestra había hecho una buena elección. «Zeus dio poder a la casa de Éaco, sabiduría a la casa de Amitaón, pero las riquezas a la casa de Atreo». Había oído aquel dicho de labios de mi padre.

—Mis dos perros de caza —dijo—. Cuando huimos de Micenas nos acompañaron fielmente. Ahora ya han desaparecido, pero los llevo conmigo de ese modo.

—Eres leal a ellos como ellos fueron leales a ti.

Él sonrió mientras volvía a ponerse el anillo.

—Sí. Nunca los olvidaré.

«Y nosotros tampoco podremos olvidarlos: la razón por la que tuviste que huir, la espantosa maldición de tu casa», pensé. Al mismo tiempo, él tenía que haber oído también las cosas impronunciadas que se cernían sobre nuestra casa, lo que había hecho mi madre. Ambos estábamos definidos por nuestras historias familiares; sin embargo, no debíamos hablar abiertamente de ellas. Yo me reí con una risa tranquila y triste.

—¿Te divierte acaso? —dijo—. ¿La lealtad?

—No. Lo que me divierte es el peso que llevamos ambos, y del cual no debemos hablar. Sin embargo, tú pareces soportarlo con gran ligereza.

—Intento hacer que parezca de ese modo. —Me dedicó una sonrisa y se ganó mi admiración.

—¡Ah, así que estáis aquí! —Una voz estentórea y borracha interrumpió nuestra intimidad—. ¡Hermanito! —Agamenón iba trastabillando y frotándose el vientre con satisfacción, y se tambaleó, apoyándose en Menelao—. ¿Escondidos? Debéis celebrarlo conmigo. ¡He encontrado la esposa que necesitaba!

Menelao le apartó, y Agamenón dio tumbos hacia delante y hacia atrás con sus rodillas vacilantes, contemplándome.

—Eehh... —murmuró—. Realmente, es la más hermosa...

—¡Silencio! —ordenó Menelao—. Vete a beber y deja de balbucir estupideces...

Así la odiada frase quedó interrumpida por la mitad. Le di las gracias a Menelao y me aparté del desagradable hermano que colgaba de su hombro, del hombre que pronto sería mi cuñado.

VIII

Yo estaba ya despierta antes de amanecer, viendo cómo la luna se ponía detrás de los árboles en la cima de nuestra colina. La brisa todavía soplaba, introduciéndose en la habitación entre las columnas. Venía un débil olor de fuego apagado desde el mégaron, donde la leña se había consumido.

Al levantarme tan temprano pude ayudar a vestirse a Clitemnestra. Sólo un día más para ella de vestirse formalmente; un día más de ataviarse con otro traje, y parecía que había llevado ya al menos catorce. En realidad combinaba sus vestidos, mantos y broches de formas distintas para que pareciese que tenía muchos.

—¡Tráeme el rojo intenso! —ordenaba a su sirvienta cuando yo entraba. Estaba autoritaria aquella mañana, y llena de color. Había algo distinto en ella.

La sirvienta volvió con una tela de un color tan rojo que una amapola a su lado habría palidecido. Clitemnestra sonrió y lo cogió.

—¡Sí! —exclamó.

—Es el color de la sangre —dije—. ¿Estás segura de que quieres... parecer un guerrero?

—Un guerrero también necesita una guerrera —dijo, sujetando la tela en torno a su rostro.

—Así que ¿todavía piensas en Agamenón?

—Sí, me casaré con él. Y me iré a Micenas.

Sin duda alguna se quitó el camisón de dormir y permaneció un momento desnuda antes de envolver la tela roja de lana en torno a su cuerpo. Tenía un cuerpo inusualmente fuerte, de anchos hombros, pero no como el de un hombre. Su rostro era también de rasgos fuertes, pero no masculino, en absoluto. Era su espíritu lo más atrevido que tenía.

—Te echaré de menos —dije yo, en voz baja. Me estaba dando cuenta de lo cierto que era. Desde mis recuerdos más antiguos ella estuvo conmigo, protegiéndome, burlándose de mí, jugando conmigo. Ahora, sus cámaras quedarían vacías.

—Pero sabíamos que esto tenía que pasar —me dijo. Era tan directa. Su pensamiento era: soy una mujer, así que debo casarme. Cuando me case, abandonaré Esparta. ¿Qué sorpresa hay en ello, en lo que debe ser?

Su aceptación del hecho (de dejarme) dolía.

—Pero ¡Agamenón! —dije yo—. ¿Y qué pasa con la..., la...?

—¿La maldición? —Ella se estaba sujetando los hombros de la túnica. No

respondió hasta que consiguió que quedaran bien. Luego se volvió y me miró, inquisitiva.

—No puedo explicarlo ni explicármelo a mí misma. Pero la maldición es precisamente parte del motivo por el cual le quiero.

Yo estaba horrorizada.

—¿Por qué quieres atraer la destrucción sobre tu cabeza?

—Porque creo que puedo frustrarla..., incluso vencerla —dijo, levantando la barbilla—. Es como un desafío. Yo me haré cargo de ese desafío.

—Pero ¡meter nuestra casa en ese círculo de destrucción! ¡Por favor, no lo hagas!

—¿Te olvidas de que también tenemos tus malas profecías? Afrodita ha jurado a nuestro padre que sus hijas se casarán varias veces y dejarán a sus maridos... ¿No te ha contado nunca eso? Si intentas ser fiel a tu marido, entonces también estarás desafiando a una profecía, intentando vencerla.

Yo quería decir: «¡Por favor, no abandones nuestro hogar! No me dejes aquí... Y no te cases con Agamenón. ¡No me gusta!». Pero nunca pronuncié esas palabras. Cuando una hija deja su hogar para casarse, siempre queda un lugar vacío en la familia.

—Una cosa más que superar —dijo ella, riendo—. Y luego puedo tener al hombre que quiero.

El último pobre concursante, un enviado de un pretendiente cretense, tenía poco que ofrecer y nadie le prestó demasiada atención, de modo que cuando se acabó su breve discurso, se escabulló a hurtadillas. Sabía, como todo el mundo, que la elección ya estaba hecha.

En la fiesta de despedida, mi padre obsequió a todos los pretendientes con calderos de bronce y les dio las gracias. Luego anunció que su hija Clitemnestra se casaría con Agamenón de Micenas.

Oír las simples palabras «casarse con Agamenón de Micenas» era tan espantoso y definitivo que temblé.

Se casaron dos meses después. Clitemnestra subió llena de alegría en el carromato nupcial que la llevó a Micenas, decidida a superar la profecía que habían arrojado sobre ella.

Me sentí muy sola sin Clitemnestra, y al principio esperábamos que volviera de visita, como hacían algunas hijas. Pero ella estaba casi siempre en Micenas, y el viaje era lo bastante largo para pensárselo antes de hacer una visita improvisada. Mis

hermanos me ayudaban a rellenar el vacío que dejaba, y mi padre parecía contento con la unión que había concertado. También estaba complacido al ver que su truco de la «mujer más bella del mundo» había arraigado en la imaginación popular. Los pretendientes rechazados la propagaron por todas partes, de modo que se convirtió en una ferviente creencia en la mente de los griegos: «Helena, princesa de Esparta, es la mujer más bella del mundo». Eso significaba que desde el momento en que se prometió Clitemnestra, empezaron a preguntar cuándo estaría yo dispuesta para casarme. Sólo tenía once años entonces, pero mi padre lo aplazó, no para mantenerme en su casa y preservar el final de mi niñez, sino para elevar el precio y atraer más pretendientes.

Mi madre era más afectuosa y quería de verdad mantenerme con ella un poco más. Como esperábamos, al final había crecido más que ella. Y un día, decidió que la había eclipsado en belleza, y que le parecía muy bien.

Mirándome a la cara, me dijo:

—Una madre siempre imagina lo doloroso que será ceder su trono a su hija, y por eso lucha contra ello. Pero cuando llega el momento, parece algo natural —dijo, mientras me alisaba el cabello.

—Tú no has perdido ningún trono, por lo que veo —la tranquilicé.

—El trono de la juventud, querida mía, y del encanto que lleva consigo. —Inclinó un poco la cabeza—. Quizás a ti no te ocurra nunca. Quizá tú te hagas mayor de una forma... diferente.

Cuatro años después, cuando cumplí los quince, mi padre decidió que había llegado mi turno de seguir el ritual de los pretendientes y la elección. Pero antes de que pudiera tener lugar, yo deseaba que se me permitiera seguir una antigua costumbre que en mis tiempos sólo se observaba ya ocasionalmente: una carrera con jóvenes solteras. Se decía que se remontaba a la novia de Pélope, el abuelo de Agamenón. Ella había corrido antes del día de su boda con quince doncellas, en honor de Hera, la patrona del matrimonio. Después las jóvenes dedicaron un traje a la estatua de la diosa.

Le rogué que me dejase llevar a cabo aquel último rito de la niñez y la libertad que estaba dejando atrás.

—Porque ya sabes que soy una corredora muy rápida —dije.

—Sí, pero...

Mi madre interrumpió.

—Déjala que corra. Deja que tenga ese día. —Me miró de manera cómplice—. Yo nunca tuve esa oportunidad. —Cogió mi cara entre sus manos—. Querida niña, debes correr libre por las orillas del Eurotas. —Sonrió, con una sonrisa privada—. Como debe ser.

«¿Porque allí fui concebida?», pensé. Las plumas de cisne todavía estaban en la caja; yo había mirado recientemente. No habían perdido nada de su resplandeciente blancura.

—Primero debes tejer una túnica para la diosa —dijo mi padre.

Era una gran alegría para mí. Me había convertido en una buena tejedora, e incluso había aprendido a hacer diseños en la tela. Para la diosa crearía un diseño que mostrase su ave favorita, el pavo real. Sería un desafío, pero sí, podía hacerlo. Con lana de un blanco puro, luego teñida de verde con ortigas y musgo, y luego el borde azul.

Era a principios de la primavera, para mí el momento más bello de todo el año. Diminutas hojas creaban auras verdes en torno a las ramas de los árboles, cuando el sol brillaba a su través. Mil flores diminutas (blancas, doradas, rojas) parpadeaban en el prado. Una vez más, yo estaba de pie en la orilla del Eurotas.

Junto a mí se encontraban otras quince muchachas, todas seleccionadas por sus pueblos o sus familias por ser ligeras de pies. Algunas eran más jóvenes que yo, se notaba con sólo mirarlas. Otras eran mayores. El día que yo corrí tenía quince años.

Había crecido toda mi altura. Era más alta que algunas, pero no todas. Llevábamos unas túnicas cortas que nos llegaban sólo a las rodillas, y el hombro derecho desnudo. Los pies también los llevábamos descalzos.

El sol pasaba oblicuo entre los sauces que crecían en la orilla cuando nos pusimos en fila para empezar la carrera. Con las cabezas inclinadas, pedimos la bendición de Hera y le dedicamos toda nuestra fuerza.

—Correréis a lo largo de la orilla del río hasta que alcancéis la roca grande que está en el campo de cebada. Luego daréis la vuelta hacia la izquierda y seguiréis por el sendero que hay junto al campo. Cuando lleguéis al final, daréis de nuevo la vuelta a la izquierda, hasta llegar a los dos escudos que se colocarán como puerta, con un hilo entre ambos. La primera que rompa ese hilo será la ganadora —anunció una joven sacerdotisa de Hera.

Cada una adelantó el pie izquierdo, dispuestas para salir disparadas. Yo notaba que me temblaban las rodillas. Pero no por miedo a perder, sino por la ansiedad de la carrera. Al fin podría correr tan velozmente y con tanta fuerza como deseaba, sin entorpecimiento alguno.

—¡Adelante! —gritó el director de la carrera.

Me arrojé hacia delante, y mi pierna derecha se tensó como un arco. Los músculos temblorosos dieron un salto y corrí.

¿Cómo podría describir la ligereza y la libertad de una carrera libre? Me sentí inmensamente fuerte, llena de poder, y no había barreras para mí. Hubiera lo que hubiese en mi camino yo saltaría por encima. Tenía toda la fuerza.

El río pasó veloz; era vagamente consciente de las aguas sombreadas que pasaban y fluían a mi izquierda, pero seguí corriendo. Sólo veía a las chicas que iban a cada lado.

Llegamos a la roca en el campo de cebada y la rodeamos. Otras dos estaban al mismo nivel que yo. Jadeando, di la vuelta a la piedra y me dirigí hacia el sendero recto que había ante mí. Ya era mío.

Había mucha velocidad en mí, y mis piernas se movían más rápido, recibiendo mis órdenes.

«Atalanta. Ella es Atalanta». Mis hermanos me habían llamado así toda mi vida cuando me veían correr. Atalanta: la mujer más rápida que había corrido jamás.

Pero nadie arrojó una manzana de oro en mi camino para distraerme como a Atalanta. La pista fangosa y la carrera en sí misma eran todas mías. Le ordené a mi pecho que aspirase más aire, que respirase; movía los brazos arriba y abajo, y por encima de todo, recurría a toda la fuerza que podía tener escondida en todos los rincones de mi interior.

Había una todavía delante de mí. Era bajita y fuerte; sus piernas potentes la llevaban por el camino, mostrando los músculos de los muslos desnudos por la corta túnica. Era ella. La que pensaba que iba a ganar.

«¡Ayudadme, ayudadme!», grité.

Pero ningún brote de fuerza acudió a mis miembros. Llegamos al final del campo de cebada. La otra chica y yo giramos de nuevo a la izquierda; íbamos tan cerca al dar la vuelta que veía el sudor en sus hombros.

Ella corrió con más intensidad y durante unos angustiosos momentos me dejó atrás en el camino. Delante veía los escudos que marcaban el final.

«Ahora —me dije a mí misma—. Dale toda tu fuerza. Entrega incluso la fuerza que no tienes».

¿Se estaba acortando la distancia? Corrí con toda la fuerza que pude. Ya no le decía nada a mi cuerpo: yo era mi propio cuerpo.

Más cerca... Más cerca. Su espalda se hacía grande. Más grande.

Llegué a su lado. La miré. La sorpresa estaba escrita en su rostro.

Pasé delante de ella, rompí el débil hilo. Luego caí al suelo. Porque había corrido más rápido de lo que era capaz. Algo que todos los atletas comprenden. «Lo has hecho todo lo bien que has podido», me dije a mí misma, exultante. No, incluso mejor. Mejor que lo mejor, ¿quién puede explicarlo?

Mi infancia había terminado. Acabó con la victoria en aquella carrera. Aquél era mi sacrificio a Hera: mi rapidez, mi fuerza. Mi libertad al viento en la carrera.

IX

Venían, aproximándose desde todos lados. Mi madre, riendo, decía que las colinas estaban negras, como si viniera un ejército de langostas. Ella lo decía con un escalofrío, pero también con un toque de orgullo.

—En realidad, nunca había visto un número tan elevado de pretendientes para la mano de ninguna mujer —me aseguró. Estaba encantada. Por el contrario, yo deseaba que hubiese habido muchos menos.

Desde el cortejo de Clitemnestra, mi padre había decidido que esta vez cada pretendiente debía presentar una prenda que hablase de su persona, y que mostrase su habilidad de alguna manera, ya fuese con la espada, la lanza, las carreras, el oro, las coronas o las promesas de hazañas futuras.

—Hablará ante nosotros aquí, en el mégaron —dijo mi padre, señalando la cámara recién pintada, con sus gruesas columnas brillantes y su hogar bien limpio—. Y entonces tú, Helena, le podrás hacer las preguntas que quieras.

—Te estás volviendo poco estricto con la edad —dijo mi madre—. ¡Dejar que Helena hable y diga lo que quiera! —Pero lo dijo con aprobación. Era justo que se me permitiera interrogar libremente a cada hombre para satisfacer mi curiosidad, en lugar de hacerlo a través de mi padre o mis hermanos.

—Ahora, en cuanto a los hombres que cortejen por poderes..., deben ser capaces de responder como lo haría su señor. Debemos asumir que el señor tiene confianza en las palabras del amigo. Quizás el amigo incluso pueda hablar mejor que su representado, y por eso le han elegido.

—¿Puedo preguntarles eso? —inquirí yo.

—Ciertamente, pero debes prepararte para aceptar que él puede mentir. Después de todo, su tarea es conseguirte, quizás haciendo que su representado sea más atractivo de lo que es en realidad.

—Creo que no elegiré a nadie a menos que lo vea con mis propios ojos —decidí—. De modo que los hombres que envíen representantes están perdiendo el tiempo.

Mi padre se echó a reír.

—Pero ¡no antes de que hayan entregado sus regalos!

Ahora era el momento de decir lo que yo había decidido:

—Me niego a elegir a nadie que pronuncie la frase «la mujer más bella del mundo» —dije—. Lo haría sólo para complacerte, y además, no es cierto, cosa que le convertiría en un mentiroso.

Mi padre me miró alarmado, pero luego dijo:

—Puedes mantener esa condición en tu mente, desde luego, pero no lo anunciaremos.

Incluso ahora, al recordar a los pretendientes, sonrío. En total eran unos cuarenta. ¡Y qué variedad de hombres! Sus edades oscilaban desde los seis años (!) a los sesenta. Los extremos de la edad los proporcionaban dos que no venían a cortejar, sino a acompañar a otros que sí lo hacían: el viejo Néstor, rey de Pilos, al menos de sesenta años, venía con su hijo Antíloco, y Patroclo traía al muchacho en cuya casa vivía, Aquiles, de seis años.

Había un hombre como un gigantón, Áyax de Salamina. Había un distinguido cretense, Idomeneo, que aunque era rey, venía en su barquito de velas negras para cortejarme en persona. Había un hombre de pecho abombado y pelo rojo, Odiseo de Ítaca. Hombres de todos los tamaños, formas y caracteres se habían congregado bajo nuestro techo. Como cada competidor tendría un día entero para sí, aquello les prometía cuarenta días de hospitalidad de mi padre.

—Será mejor elegir a uno rico —murmuró mi padre la primera tarde, cuando levantó la cortina para mirar y vio cuántos se habían reunido en el mégaron—, para recuperar los gastos.

Ahora debíamos salir y ocupar nuestro lugar en los tronos a un lado de la habitación. Yo llevaba el pelo cubierto con un velo, y los hombros ocultos también, pero aun así me preparé para las inevitables miradas y el silencio cuando apareciese.

«Querida Perséfone —rogué—, ah, ¿no podría “reírse” uno de ellos?». Lo juraba, me enamoraría de él al instante.

—Saludos —dijo mi padre, tomándose su tiempo para mirar a su alrededor, toda la sala.

Los pretendientes se alineaban junto a cada pared. Algunos quedaban en la sombra y no podía ver sus rostros con claridad, pero había variaciones en su altura. El hombre que más tarde supe que se llamaba Áyax sobresalía una cabeza entera de todos los demás, y Odiseo era casi una cabeza más bajo. Había un hombre enorme con la forma de una tinaja de aceite de oliva, que resultó ser Elefenor de Eubea. Vi por primera vez a Patroclo, un joven muy guapo, con el chico de ceño fruncido pegado a su costado. En aquel momento, lo único que pensé fue: ¿qué hace aquí ese niño enfurruñado?

—Nos hacéis un gran honor al venir a pedir la mano de mi hija Helena —dijo mi padre—. Ahora, debemos verter unas libaciones antes de empezar la competición. —Hizo un gesto a un sirviente, que le entregó un *rhyton* con un vino sin mezclar. Él

solemnemente lo vertió en el suelo especial junto al trono y pidió a los dioses que nos favorecieran.

—¿Quién será el primero? —dijo. Esta vez les hizo elegir su propio orden.

Todos se quedaron quietos, en silencio. Algunos de ellos todavía me miraban.

—Vamos, vamos, guerreros, ¿por qué esa timidez? —dijo mi padre—. El primero en hablar será el primero en acabar, y disfrutará el resto del tiempo.

Elefenor, el rotundo hombre de Eubea, se adelantó tímidamente.

—Muy bien, gran rey. —Hizo una reverencia y parecía trastornado por mi visión, como la gente de Esparta años atrás—. Pero yo no soy un guerrero. —Se encogió de hombros—. Sólo puedo decir que si Helena me eligiera, ella tendría una vida de lo más corriente, donde cada día transcurre en paz.

Pero yo ya tenía aquello, y deseaba escapar. El resto de su discurso casi ni lo oí, ya que la vida que me ofrecía no me tentaba, y no era lo bastante rico para interesar a mi padre.

Cuando acabó su presentación, el olor del buey asado vino flotando por el aire, diciéndonos que era el momento de salir y compartir el festín. Nos acercamos al lugar donde varios espetones daban vueltas, enviando nubes de humo hacia el cielo. Cada noche, mi padre tenía que proporcionar una comida semejante.

—¡Helena! —De pronto, me abrazaron apretadamente. Cuando me di la vuelta, vi que era Clitemnestra—. ¡Hemos venido! ¡Menelao es uno de los pretendientes! —Su voz era ronca y emocionada—. No en persona, por supuesto. Agamenón le representará.

Detrás de ella estaba su señor, que había engordado y se había puesto más colorado en los cuatro años transcurridos desde que se habían casado.

—Saludos, gran rey —dije yo, como es debido.

Había visto lo menos posible a mi cuñado cuando Clitemnestra y yo nos habíamos hecho alguna visita. Micenas era un lugar siniestro, un palacio gris de piedra muy pesada situada en una arruga entre empinadas colinas, en Argos. Aparte de proporcionarme una excursión (una de las pocas veces que viajaba desde Esparta, y aun así en una carreta cerrada, de modo que nadie pudiera verme), no me atraía nada. Prefería que Clitemnestra viniera a visitarme, trayendo a su hijita de cabellos rubios, Ifigenia.

También había visto poco a Menelao, que no parecía estar nunca en Micenas cuando yo iba, pero Clitemnestra siempre hablaba muy bien de él. De una manera sutil, había sido su campeona todo aquel tiempo.

—¿Por qué no viene él mismo? —Recordé nuestra pequeña conversación a la luz

de la luna de hacía mucho tiempo.

—Problemas de fronteras con Sición —dijo Agamenón—. Salió a caballo con algunos guerreros..., no podíamos saber cuánto tiempo le llevaría. —Su voz, que nunca era agradable, sonaba extrañamente grave. Siempre me recordaba a un toro bufando.

—No, simplemente es que es algo tímido —susurró Clitemnestra—. No le gustan las competiciones. No se le dan bien.

—Yo hablaré por él —dijo Agamenón con voz resonante. Varias cabezas se volvieron al oírle.

—¡Bienvenido! —Mi padre abrió los brazos para saludarle—. Bienvenido sea mi yerno favorito.

—Y el único. —A Agamenón le gustaba afirmar lo obvio—. Pero no por mucho tiempo.

La gente ya se arremolinaba en torno a nosotros en el gran patio abierto, algunas caras fácilmente visibles a la amarilla luz de las antorchas, otras en sombras. Había muy pocas mujeres: un puñado de pretendientes habían traído consigo a hermanas o primas, pero los hombres habían venido casi todos solos. Observé que muchos de los guerreros habían traído sus armas. Quizá quisieran usarlas en sus demostraciones.

—¡Saludos, gran rey de Esparta! —El hombre pelirrojo de pecho abombado apareció junto a mi padre y levantó su copa como saludo—. Y muy graciosa reina —añadió, haciendo una reverencia a mi madre.

—Saludos, Odiseo de Ítaca —dijo mi padre—. ¿Qué sorpresa tienes escondida para nosotros en tu casco? ¿Qué exhibición tienes pensada? —Levantó su propia copa, que un esclavo rellenó al momento.

—Ah, no, ninguna, majestad —dijo Odiseo—. Sé que no puedo competir con todos estos hombres tan ricos que han venido de toda Grecia y del otro lado del mar Egeo. Ítaca es una isla pobre, rocosa y yerma. No, no puedo ofrecer nada.

—Ah, vamos —dijo mi padre—. No habrás hecho todo este camino desde tu isla de la costa más occidental para no ofrecer nada.

Él sonrió.

—Sólo consejo, señor, sólo consejo. Y en tu beneficio puedes hacer la elección.

Mi padre gruñó.

—Consejos ya tengo muchos. Procura ahorrarte los consejos, si quieres seguir siendo amigo mío.

—Mi consejo te permitirá mantener a los hombres que se hallan aquí reunidos como amigos. Si no es así, habrá enemistades.

Mi padre le miró con dureza.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Quiero decir que los perdedores quizá no acepten tu elección. Que pueden convertir esas armas de herramientas de amistosa competición en instrumentos de mortales intenciones.

Mi madre aspiró aliento brevemente y se llevó la mano a la garganta. Pero evitó parpadear o abrir los ojos.

Yo sabía que nosotros (mi padre, mi madre y yo) estábamos oyendo de nuevo la voz aguda de la sibila Herófila chillando: «a causa de ella se luchará una gran guerra, y muchos griegos morirán». Pero Odiseo no había oído aquellas palabras; no podía saberlo.

—¿Y cuál es tu propuesta? —preguntó mi padre, mirando con intensidad a Odiseo.

—¡Ah! Antes de que te la revele, debo pedirte que me prometas que me darás algo a cambio.

Mi padre gruñó.

—Ya lo sabía. En realidad, quieres algo.

—Sí. Pero no es la mano de Helena. No soy merecedor de ella —me miró y sonrió—, pero quizá pueda unirme a tu familia de otra manera.

—¡Ah, habla de una vez! ¡Escúpelos, sea lo que sea lo que desees! —Sabía que mi padre estaba preocupado por la fea perspectiva de los problemas que Odiseo había pintado, y aquello ocupaba su mente.

—Me gustaría hablar en mi favor a tu sobrina Penélope —dijo—. Es con ella con quien deseo casarme.

Mi padre parecía aliviado.

—¿Y eso es todo?

—Para mí, lo es todo.

—Muy bien. Haré todo lo posible para que tenga éxito tu cortejo. ¡Y que los dioses hagan el resto! ¡Y ahora, tu parte del trato!

—Es muy sencillo. Ésta es la forma de evitar cualquier disturbio. Anunciarás que todos los pretendientes deben hacer el juramento de respetar la elección de marido que haga Helena y contentarse con ella. Si alguien quiere impedir el matrimonio o disputarlo, entonces todos los demás le harán la guerra a él.

—Pero ¿por qué iban a acceder a tal cosa?

—Porque como los hombres son como son, cada uno imaginará que él mismo será el ganador, y disfrutará de los beneficios de ese juramento.

—Has dicho «la elección de Helena» —dije yo, bajito.

—Es cierto, preciosa joven —dijo Odiseo—. Debe ser tuya la elección. De ese modo, nadie podrá echárselo en cara a tu padre.

—Pero ¡eso es inaudito! —dijo mi madre.

—Estoy seguro de que ella atenderá los sabios consejos de sus padres —dijo Odiseo, guiñando un ojo—. Pero al final —se volvió hacia mí—, eres tú quien debe pronunciar las palabras. Las palabras que dicen: te elijo a ti para ser mi marido.

Noté una extraña emoción ante aquella perspectiva.

Odiseo se deslizó entre dos hombres grandotes y desapareció.

Un hombre alto y arrugado, con la cabeza oscilante, se abría camino hacia nosotros, volviéndose para meterse entre la gente. No dejaba de hablar a un hombre que iba a su lado.

—Ah, contemplarte de nuevo hace que valga la pena el viaje desde Pilos —dijo el hombre arrugado, alzando las manos con exultación—. Ah, por todo el camino había arreglos en la carretera, y hemos tenido que dar un rodeo. Aunque no ha sido tan duro como cuando la batalla de los Epeos, cuando se me rompió la rueda del carro y... ¿te acuerdas...? No, eras demasiado joven, no estuviste allí. Bueno, parece...

—Saludos, rey Néstor —dijo mi padre, cuando Néstor hizo una pausa para respirar—. Te damos la bienvenida. Pero ¡pensábamos que ya tenías esposa!

Una que estuviera sorda, preferiblemente, pensé yo.

—¡Ah, sí, la tengo, la tengo! Es mi hijo quien busca esposa. ¡Antíloco, aquí está! —Dio unas palmadas al joven en la espalda, y su hijo hizo un gesto de dolor como respuesta.

Antíloco era de estatura mediana, con una de esas caras agradables por naturaleza, ya fuera por la expresión o el perfil de la nariz, las mejillas y los ojos, es difícil decirlo. Era un rostro en el que sentí que podía confiar.

—¿Y qué piensas hacer como parte de la competición? —le preguntó mi padre abruptamente. Todavía estaba distraído pensando en lo que había dicho Odiseo de la lucha.

—Ah, ¿y estropear la sorpresa? —Néstor movió un dedo negativamente ante mi padre—. ¡Realmente, Tíndaro, estoy muy sorprendido contigo! ¡No deberías preguntar eso!

—Tú no eres mi padre, Néstor. ¡Por favor, no te burles de mí! —dijo mi padre.

—Demostraré mi rapidez, o bien corriendo, o bien conduciendo mi carro —dijo Antíloco—. Pero no diré cuál de las dos cosas todavía.

—Ah, es el más rápido..., gana carreras constantemente...

Mi padre se alejó, dejando a Néstor con la palabra en la boca. Yo apenas podía contenerme para no reírme en voz alta.

El aire de la noche era fresco y balsámico, y en el cielo las estrellas habían salido ya, como polvo de plata. Algunas de ellas estaban emborronadas por las nubes de humo que se alzaban desde las fogatas donde se asaba la carne. La brisa se movía; pronto necesitaría un manto ligero.

—Nunca he perdido una carrera; no, ni tampoco una competición de lucha...

—¿Qué? ¿No has estado en el oráculo de Dodona? ¡Qué lástima! Entonces, ¿adónde vas?

—He encontrado un santuario que no requiere sacrificios de sangre; la diosa acepta grano y leche a cambio. ¡Me ahorro una fortuna! ¿Quieres que te diga dónde está?

Qué divertido era quedarse absolutamente quieta y oír esos fragmentos de conversación los reveladores indicios de las preocupaciones de la gente.

—¿Cuándo estará preparado esto? ¡Hermes, me voy a desmayar!

El enorme Elefenor, en forma de tinaja, venía frotándose el estómago. Dejó escapar un enorme eructo rugiente que no se preocupó de disimular. Se situó al lado de uno de los fuegos y observó una bandeja de carne que los sirvientes habían empezado a cortar del asado, y cogió un trozo que chorreaba de grasa. Lo desgarró con las manos y se lo fue introduciendo a trocitos en el gástrico.

—¡No! —De repente, a su lado se encontraba un niño que le llegaba sólo a la cintura—. ¡Para! ¡Qué maleducado!

Elefenor volvió la cabeza y miró hacia abajo a ver quién hablaba.

—¿Qué? —murmuró, con la voz atragantada por la carne que llevaba en la boca.

—¡He dicho que es de mala educación coger comida de esa manera! ¿Eres un ladrón acaso? ¡Actúas como un ladrón! —El chico lo miraba furioso.

—¿Quién habla con Elefenor de Eubea de esa manera? —Elefenor tragó la comida rápidamente.

—Aquiles de Ftia —dijo el niño.

—¿Y quién en el Hades es Aquiles de... Ftia? —pronunció «Ftia» de tal modo que parecía como si escupiera.

—¡Hijo de Peleo y de la diosa Tetis!

—Necesita unos azotes, sea quien sea. —Elefenor se volvió y se apartó, limpiándose la grasienta mano disimuladamente en la túnica.

—¡Te he visto! —chilló el niño.

Elefenor dio la vuelta en redondo, como una sandía enorme, y se inclinó hacia

abajo.

—¡Ya basta! —dijo—. Si no te callas, te azotaré yo mismo. ¿Dónde está tu madre?

—Te lo he dicho, es una diosa y...

—¡Calla, Aquiles! —dijo un joven alto—. Deja a este hombre. —Se volvió hacia Elefenor—. Perdónale, por favor.

—No, no pienso hacerlo. Es un mocoso impertinente. —Elefenor se irguió. Las manchas de grasa destacaban oscuras en el costado de su túnica.

—¡Él sí que es un ladrón y un grosero! —chilló Aquiles—. ¿Cómo puedes imaginar siquiera que la princesa acepte tu grasienta mano?

—Ya basta —dijo el compañero del chico. Esto tuvo un efecto calmante en él.

—Está bien, Patroclo. —Me sorprendió que el niño se rindiera tan fácilmente. De pronto me vio—. ¡Es Helena! —gritó, señalándome.

—Ah. Sí. —Patroclo me hizo un gesto con la cabeza—. Princesa, me temo que estoy hablando en privado contigo antes de hora. No querría ser presuntuoso.

Me gustaba.

—Me parecería más presuntuoso que no lo hiciéramos. O..., ¿qué expresión es ésa que te gusta tanto, Aquiles?, de mala educación fingir no vernos el uno al otro. Además —me sentía envalentonada por el plan de Odiseo de que yo pudiera elegir por mí misma—, soy libre para hablar con quien quiera, en cualquier momento, de todos los que están aquí reunidos.

—Debo de ser uno de los pretendientes más jóvenes —dijo Patroclo—. No quisiera que pensarán que hablo fuera de turno.

—Bueno, ¿qué edad tienes? —Ahora que lo había mencionado, tenía que preguntárselo.

—Catorce —admitió.

Parecía mayor. Se lo dije.

—¡No me extraña! —dijo Aquiles—. Mató a un compañero de juegos cuando era más joven aún, y su padre lo trajo para que viviera conmigo y con mi padre, y convertirlo en mi escudero. ¡Así que llevan años tratándolo como a un hombre!

—Fue un accidente —dijo Patroclo, bajito—. No quería hacerle daño.

—Pero la sangre, una vez derramada, debe ser vengada —dije yo—. Me alegro de que encontraras la seguridad. —Sabía mucho de enemistades de sangre, de parientes que tenían que vengar una muerte, aunque fuese accidental. Sólo huyendo a otras tierras y buscando la purificación de un dios se podía evitar que hubiese más matanzas. Esperando aligerar un poco la conversación, dije—: No eres el más joven,

entonces. Me han dicho que hay un pretendiente que tiene diez años. —Sospechaba de alguna manera que en torno a Aquiles nunca había buen humor.

—Entonces tendrás que guardarlo en una bodega y esperar a que madure —dijo Patroclo—. Como el vino.

Nos reímos y la noche pareció más amable.

X

Una vez vertidas las libaciones, ocupados los lugares y con las caras relajadas por el descanso, y mi padre de pie junto a su trono en el mégaron, cuarenta hombres esperaban lo que tenía que decir.

—Uno de nuestros invitados habló ayer, el noble Elefenor. —Hizo una seña hacia el hombre, que vestía ahora una túnica limpia—. Muchos más hablarán los días que quedan por venir. Pero antes de que otro hombre tome su lugar ante nosotros, debo anunciar que he decidido añadir otra condición a la competición.

Un silencio intranquilo cayó sobre el grupo, tan animado un instante antes. Miré a mi padre pensando lo seguro que parecía siempre, preguntándome qué podría sentir yo al estar tan segura de todas mis acciones. No parecía pensar en el hecho de que había cambiado las normas una vez empezado el concurso.

—Sois unos cuarenta; treinta y nueve quedarán decepcionados. Los hombres decepcionados a veces no aceptan los resultados que no les gustan. Con unos guerreros tan fuertes y bien entrenados, esto podría conducir a una lucha desagradable. Quiero que todos los que estáis aquí volváis a vuestro hogar tan enteros como cuando vinisteis.

En la pausa que siguió algunos hombres murmuraron, pero cuando mi padre empezó a hablar de nuevo, el silencio cayó sobre la multitud.

—Por tanto —continuó—, quiero dejar claro quién elegirá. No seré yo. Será la propia Helena. Y aceptaréis la elección de la mujer a la que aseguraréis amar.

Todo el mundo le miró. Aquello era inaudito. ¿Era un cobarde acaso, temía hacer una elección y mantenerla? ¿Se escondía detrás de su hija?

—Es la voluntad de Helena. —Mi padre me miró—. ¿Helena? —Hizo una seña hacia mí.

Me puse en pie.

—Yo elegiré a mi marido —dije lentamente—. Como soy yo la que tengo que pagar el precio de una elección errónea, seré doblemente reflexiva, doblemente cuidadosa para salvaguardar mi propia felicidad.

Mi padre parecía satisfecho. Yo me volví a sentar, cogiéndome a los brazos del trono con las manos frías.

—Pero os pido algo más —dijo mi padre—. Todos vosotros debéis jurar respetar la elección de Helena, y nadie (nadie, no importa quién sea) debe disputarla o intentar impedirla, y todos vosotros debéis defender al hombre elegido, con las armas, si es

necesario.

—¿Cómo? —gritó Áyax de Salamina, un hombre gigantesco—. ¡Nos insultas!

En lugar de discutir, mi padre ladeó la cabeza.

—Quizá, aunque no es ésa mi intención. Yo tengo que considerar mis propias profecías, que no tenéis por qué conocer vosotros, pero esto asegurará la paz. Creedme, es por vuestro propio bien, aunque no lo creáis.

Áyax gruñó.

—Debéis prestar el juramento ahora —dijo mi padre—, antes de seguir. Cualquier hombre que no desee seguirme al lugar sagrado puede retirar su petición.

Toda la compañía siguió a mi padre al exterior del mégaron y desde allí al palacio. Tres sacerdotes llevaron un caballo para sacrificarlo. Era un caballito recio de Tesalia, pero su fuerza y su sangre se verterían para ligar a aquellos hombres y evitar una guerra..., la espantosa guerra de la que sólo mi padre sabía algo.

Algunos mantienen que el destino está fijado, y que ni siquiera Zeus puede alterarlo, mientras otros creen que las cosas son más fluidas, y que siempre cambian. Pero cuando un destino truculento nos espera, está en nuestra naturaleza intentar cambiarlo, o al menos no caminar de buen grado hacia él.

Había una larga distancia desde Esparta; no había pensado que tuviera que caminar tanto. Fuimos en silenciosa procesión por la colina abajo, y pasamos de largo la ciudad. Una multitud vino a vernos pasar. Hacía demasiado frío para la estación y yo temblaba con mi ligera túnica de lana. Caminaba entre mi padre y mi madre, con Cástor y Polideuces detrás de nosotros y justo detrás Clitemnestra y Agamenón.

Mi padre parecía adusto mientras íbamos avanzando, y mi madre no menos. Estaba claro que cada paso que daban lo sentían como un desafío al oráculo, como una oposición a la voluntad de los dioses. Sin embargo, tenían que hacerlo.

Un claro sombreado en la ladera de una colina rocosa con una fina cascada de agua en un lado: aquél era el tipo de lugar que una ninfa de las aguas o de los árboles podría llamar su hogar. Oscuros cipreses rodeaban el borde del vallecito, y el suelo estaba cubierto de blando musgo. Silenciosamente, como si fuera una ceremonia de uno de los misterios, los hombres formaron un círculo en torno al claro. Mi padre cogió las riendas del caballo y lo condujo hasta el centro. Con una temblorosa exhalación de aliento, el animal tiritó y su pellejo se movió un poco, como si unas pequeñas ondas pasaran por él.

—Proceded.

Mi padre hizo una seña a los sacerdotes. Éstos se adelantaron con cuchillos y espadas de bronce. Uno retorció el ronزال y obligó a la cabeza del animal a echarse

hacia atrás, para exponer mejor la garganta, mientras el segundo le acariciaba la cruz y murmuraba palabras tranquilizadoras. Entonces el tercero se movió con rapidez: tomó una larga espada y cortó el cuello del caballo en un solo movimiento. El animal reculó, pero no pudo emitir sonido alguno; cayó de rodillas, su cabeza se inclinó hacia delante y se golpeó contra el suelo con un crujido. Chorros de sangre surgieron del cuello, de modo que la cabeza desapareció debajo del rojo torrente. Una nube de vapor rodeó aquella inundación, al chocar su calor contra el aire frío, y un horrible olor metálico llenó el aire.

Un charco de sangre rodeaba al caballo; éste yacía despatarrado, como si estuviera colocado sobre una vela roja. Cuando hubieron pasado unos momentos sin que el caballo se moviera, mi padre hizo una señal de nuevo a los sacerdotes. Éstos caminaron por el círculo de sangre y empezaron a desmembrar el caballo, usando unos cuchillos cortos para cortar los miembros y las articulaciones y abrir el interior. El único sonido en el claro era el de sus cuchillos cortando y serrando, el de los tendones que chasqueaban y el de las articulaciones que se desgajaban, y el de los tejidos blandos que gorgoteaban al derramarse su contenido.

Metódicamente, los sacerdotes colocaron los trozos en círculo, luego se retiraron, con las piernas ensangrentadas hasta las rodillas y los mantos sucios de entrañas.

Mi padre alzó los brazos.

—Tomad vuestros lugares —ordenó a los hombres—. Hay trozos suficientes para cada uno de vosotros. Debéis colocaros de pie sobre uno de los trozos y hacer el voto solemne.

Aunque muchos eran guerreros, los hombres parecían intranquilos ante aquella petición tan macabra. Mirándose unos a otros y luego otra vez a mi padre, lentamente, se adelantaron y pusieron al menos un pie en los trozos del sangriento cadáver.

—Juro ante esta compañía y ante todos los dioses del alto Olimpo que defenderé a Helena de Esparta y al señor que ella elija contra cualquiera que desee hacerles daño —entonaron todos juntos, con sus voces profundas.

—Que así sea —dijo mi padre. Se volvió hacia los sacerdotes—. Enterrad al caballo —dijo—. Alzad luego un montículo encima que sirva como recuerdo de este día y de este juramento. —Luego, con una sonrisa, añadió—: Vamos, volvamos al palacio ahora. —Su sonrisa era casi lo peor de todo, como si hubiese jugado a ser dios y hubiese conseguido alterar nuestro destino.

XI

Un nuevo día, limpiamente creado para nosotros por los dioses, los restos del caballo pudriéndose bajo un montículo de tierra.

Nos reunimos de nuevo para la competición, que continuaba en el cálido y ordenado mégaron. Le tocaba hablar a Áyax de Salamina.

Agamenón estaba sentado con los hombres, pero Clitemnestra se encontraba junto a mí, y mi madre a la derecha de mi padre.

—Probablemente ni siquiera sepa hablar —me susurró Clitemnestra al oído—. Hay en él algo muy... bestial.

Estuve de acuerdo. Era un hombre enorme. La mayoría de los otros ni siquiera le llegaban al hombro. Su enorme cabeza, con sus rasgos extrañamente pequeños, recordaba la cabeza de un toro. Bajo el espeso y rebelde cabello podía haber unos diminutos cuernos. Temblé al pensar en el Minotauro, aquel horrendo descendiente de una mujer y un toro.

Áyax ocupó su lugar; ajustándose el manto, consiguió barrer con él el rostro de tres hombres. Todos cayeron hacia atrás, llevándose a otros con ellos.

—¡Perdonadme! —Áyax hizo una tiesa reverencia, su cuerpo rechinante como una puerta con goznes oxidados—. Gran rey, reina, princesa... —siguió e hizo su declaración formal. Era Áyax, hijo de Telamón, rey de Salamina—. ¡Soy muy fuerte! —dijo, afirmando lo obvio—. ¿Y por qué soy tan fuerte? ¡A causa de Heracles! Sí, Heracles visitó una vez a mi padre, y extendió su famosa piel de león y se puso encima de ella y le dijo a mi padre que su hijo recién nacido sería tan fuerte como aquella piel. —Áyax miró a su alrededor, orgulloso—. Sí, en Nemea todavía tienen un trozo de aquella piel, pero yo fui formado mediante su fuerza —asintió, complacido consigo mismo—. Y tengo un escudo especial. Se llama... el escudo de Áyax.

No pude evitarlo; una breve risa escapó de mis labios.

Él me miró asombrado por mi regocijo.

—Pero princesa, así es como se llama. Está hecho con siete capas de pellejo de toro y... ¡Mira, deja que te lo enseñe! —Con sorprendente agilidad, corrió para coger su escudo.

Todo el mundo se rio abiertamente. Pero callaron cuando Áyax volvió, enarbolando su gigantesco escudo encima del hombro. Lo plantó frente a él, donde quedó erguido como una torre.

—Tiquio, el mejor artesano de la piel, me lo hizo con el pellejo de siete toros. Y

por encima lleva una capa de bronce. ¡Nada puede penetrarlo! —Lo levantó y lo dejó caer en el suelo.

—¿Y qué le importa a una mujer un escudo de piel de toro? —dijo Clitemnestra, con una risita—. Realmente, ¿saben los hombres lo que puede atraer a una mujer?

—Gracias, Áyax —dijo mi padre, gritando para hacerse oír entre el estruendo que formaba el escudo—. Y ahora, ¿qué traes como regalo para Helena? A menos que sea el escudo...

—Yo..., ¡grandes hazañas! ¡Ofrezco grandes hazañas! Mi proeza es el robo de ganado. El ganado es igual a riqueza. Puedo entregar muchas cabezas de ganado, todas robadas al pueblo de Troezen, y Epidauro, y Megara, y Corinto, y Eubea.

Al oír esto Elefenor gritó:

—¡Tú ofreces saquear mis tierras! ¿Cómo te atreves? —Y corrió hacia Áyax, que se lo quitó de encima como si fuese un insecto molesto. El rotundo hombretón, que parecía tan difícil de desplazar, salió disparado.

—Áyax... —mi padre eligió cuidadosamente sus palabras—, no es apropiado ofrecer bienes robados como regalo de boda.

Áyax parecía desconcertado. Detrás de él, Elefenor se estaba poniendo en pie, dispuesto a atacarle de nuevo.

—Pero ¡los botines que se consiguen en combate son los más preciados de todos!

—Salamina no está en guerra con Eubea, ni con Corinto, ni con Epidauro —dijo mi padre—. ¿No acabamos de hacer un voto de evitar las luchas y la guerra?

Yo me puse en pie y miré a Áyax. Le dediqué lo que esperaba que fuese una sonrisa compensatoria.

—No deseo nunca que se arroje la violencia a mis pies —dije.

—¡Ah! —El rostro de Áyax se puso casi tan oscuro como su barba—. Bueno, entonces si desdeñas al gran Áyax... —Se dio la vuelta y arrastró su escudo tras él, y luego se abrió camino entre la multitud y se alejó.

—Has hecho bien en librarte de él —dijo mi madre—. Imagina las rabietas que le pueden dar. Imagina que tú estás donde puedes recibir, si le da una.

No quería ni imaginar todo aquello. Estaba contenta al ver que el hombre-toro se retiraba y dejaba Esparta.

Tercer día de la competición. El pretendiente era Teucro, medio hermano de Áyax, también hijo de Telamón, pero evidentemente nacido después de la contundente visita de Heracles. Era de estatura y fuerza media; no se había hecho ninguna promesa sobre una piel de león a su favor. Me gustaba mucho más por eso.

Le examiné cuidadosamente. Parecía agradable, era apuesto y de la edad

adecuada, quizás unos cinco o seis años mayor que yo: tenía unos veinte años o así. Había oro en su cabello y sus ojos estaban veteados de verde.

—¡Ah, esos troyanos! —ronroneó Clitemnestra—. Nadie se les puede comparar en belleza.

—No es troyano —susurré yo, contestándole.

—Sí, es medio troyano —replicó ella—. Y si son así de guapos cuando sólo son medio troyanos, ¡me encantaría ver a uno de pura sangre! —Parecía hambrienta.

—¿Quién es su madre? Tiene el mismo padre que Áyax.

Tendría que haber estudiado todo aquello, pero había tantos pretendientes, y sus linajes eran tan complicados...

—Hesíone —dijo ella—. La hermana de Príamo, rey de Troya. Fue raptada por Heracles, y la llevaron a Salamina, y se la entregaron a Telamón. Hace mucho tiempo.

—¿Y la han tenido prisionera todo este tiempo?

Clitemnestra se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá le gustó Salamina y no quiso volver. Quizá se enamoró de Telamón. —Puso los ojos en blanco.

Resultó que la habilidad de Teucro era la arquería, y su demostración fue impresionante.

Cuarto día. Todo aquello ya me estaba cansando. De no haber sido por la presencia de Clitemnestra a mi lado, y sus evaluaciones y comentarios sobre cada hombre, habría resultado insoportable. Aquel cuarto día Idomeneo, rey de Creta, tomó su lugar frente a mi padre y nosotras.

Era un poco mayor que los demás; por la historia de su vida en su reino isleño y las batallas en las que había combatido, asumí que tenía treinta y tantos años, al menos el doble de mi propia edad. Después de hablar de su linaje, como nieto del poderoso Minos, y enumerar sus riquezas y el título de reina que podía ofrecerme, se enfrentó a la pregunta de mi padre:

—La mayoría de los reyes no vienen en persona; envían a alguien para que los represente. Y más cuando la distancia es grande, y Creta está a cuatro días de vela de Gíto, nuestro puerto más cercano. Y sin embargo, has hecho todo este camino.

Idomeneo se limitó a sonreír, sin ponerse a la defensiva en absoluto.

—No confío en los rumores ni en los ojos de otros hombres. Deseaba venir en persona y ver por mí mismo a esa Helena de Esparta, de la que se dice que es la mujer más bella del mundo.

Me puse en pie, temblando.

—¡Señor! ¡Eso no es cierto!

—Pero que deseaba verte en persona, eso sí que es cierto.

—¡No soy la mujer más bella del mundo! ¡Tenéis que dejar de decir eso! —Miré a mi alrededor, suplicando a todos los que estaban en la habitación.

Idomeneo parecía entristecido.

—Pero, princesa, sí que lo eres. —Lo dijo como si estuviera declarando que sufría una enfermedad incurable.

Y por aquella vez, me sentí como si la padeciera. Silenciosamente, volví a tomar asiento.

—¿Qué has traído para ofrecérselo a Helena como esposa tuya? —preguntó mi padre.

—Le he traído el título de reina de Creta. Pongo Creta a sus pies, Creta para compartirla conmigo, un hermoso reino, lleno de pastos, de olivos, de vides y de ovejas, rodeado por los mares más profundos y protegido por nuestros barcos. Somos un pueblo orgulloso, princesa —me dijo a mí—. Ven a vivir entre nosotros.

—¿Y cuál es tu habilidad? —Mi padre iba directo al grano.

—Las palabras, poderoso rey. Puedo relatar historias épicas, ponerlas en verso. Mi lira la tañe mejor un bardo más dotado, pero yo le puedo enseñar las palabras. —Indicó a un joven que hasta el momento había permanecido tranquilamente en la sombra de una columna, agarrado a su lira de concha de tortuga.

El bardo ocupó su lugar junto a Idomeneo, y aunque estábamos a plena luz del día y no habíamos bebido nada de vino, la belleza del poema y la música nos movió primero al silencio y luego a las lágrimas. Cantó sobre el amor de Ariadna por Teseo, y acerca de la valentía de aquel héroe.

Pero yo no podía elegirle. Me había prometido a mí misma que cualquiera que pronunciase las palabras «la mujer más bella del mundo» quedaría descalificado. Y aunque era atractivo, vivía demasiado lejos, y la idea de permanecer separada del resto de mi familia por un trecho tan grande de océano me espantaba.

La luna, que empezó creciente, se convirtió en llena y fue menguando, y volvió a convertirse en creciente, y sin embargo, la competición seguía y seguía. Por entonces estaba tan harta de discursos, de buey asado y de vino, de liras, de arcos, de carros y de carreras a pie que juré no volver a asistir a nada semejante una vez hubiese acabado aquello.

Agamenón, que había vuelto a casa a Micenas después de los primeros días, volvió para ser el último concursante, y hablo en lugar su hermano.

Sus piernas gruesas y robustas se plantaron separadas y desafiantes, y se quedó frente al hogar del mégaron, con aire impaciente.

—Mi hermano Menelao ha confiado en que hable por él. Un hombre humilde no puede cantar sus propias alabanzas, aunque se las merezca. Y mi hermano es humilde. —Consiguió que sonara como un defecto. O quizá quería decir simplemente que la humildad de su hermano en aquel momento resultaba inconveniente para él, Agamenón—. Pero de todos los hombres, él es quien menos motivos tiene para serlo. Su linaje procede de la noble casa de Atreo.

Ya está. Ya había esgrimido su mayor activo, como si fuese la mejor prenda que pudiese tener. La casa de Atreo..., su fundador, Tántalo, y su hijo y su nieto, Pélope y Tiestes.

—Sí, llevamos una gran carga, pero ¡también la lleva Atlas! Atlas soporta el mundo sobre sus hombros, pero nosotros llevamos la carga de la maldición de un hermano hacia un hermano, de Tiestes a Atreo. Él maldijo a todos los hijos de Atreo, para siempre y para todas las generaciones. Pero ningún mortal tiene poder para hacer tal cosa, sólo los dioses. Y Menelao y yo somos la prueba viviente de ese hecho. No tenemos enemistad alguna el uno por el otro, sino más bien al contrario. Estamos todo lo unidos que pueden estar dos hermanos, y acudiríamos siempre en defensa el uno del otro, al instante. Yo estoy juramentado para protegerle, y él a mí. ¡La maldición ha muerto!

Vi que mi padre tensaba los labios y fruncía el ceño. A mi lado, Clitemnestra estaba callada. ¿Se lo creería acaso?

Agamenón miró a su alrededor, calibrando las expresiones que veía en la sala. Pero las caras eran reservadas.

—Princesa, a tus pies él coloca los preciosos almacenes de aceite y grano, de telas y de oro que llenan las bóvedas de Micenas, así como veinte buques de casco negro y los botines que conseguimos en las islas. Además, está todo el ganado de la región Platea.

Estaba prometiendo más riquezas en nombre de su hermano de las que él mismo tenía.

—Y como broche final para la novia, le dedica la ciudad entera de Asine, recién capturada a los tirios.

La sala entera se agitó, y vi la ira cruzar el rostro de Menesteo, hasta entonces el pretendiente que había hecho el mayor obsequio. Era de Atenas, e inmensamente rico. Había prometido barcos, palacios y gemas, pero nada como aquello. Le habían superado.

—Si mi hermano tuviese un reino, princesa, te lo entregaría todo a ti. —Los ojos oscuros de Agamenón perforaron los míos hasta que casi sentí dolor en el fondo—.

Yo mismo poseo el reino de Argos y de Micenas, pero a su favor los entrego todos, excepto el título mismo. —Hizo una pausa—. Él te ofrece todo lo que tiene.

—Y muchas cosas que no tiene —murmuró Clitemnestra.

—Con su cuerpo te defenderá, con sus tesoros te dotará, con su collar te desposará.

Agamenón sacó una gruesa cadena de oro, cuyos pesados eslabones tintinearón al levantarla; su brillo inconfundible proclamaba que el oro era puro. El oro puro es de un amarillo penetrante, casi estridente. Se volvió, levantando el collar, para que todo el mundo en la sala pudiera verlo. Luego se detuvo y se enfrentó a mi padre y a mí.

—Es muy generoso. —Fue lo único que se permitió decir mi padre.

Afortunadamente, a mí no se me requería que hablase.

—Y ahora, tu habilidad... —presionó mi padre.

—No se trata de mis hazañas, sino de las de Menelao. Y aquí las tienes: si le eliges, princesa, él se presentará aquí y soportará cualquier tarea que le ordenes. La completará aunque le cueste el resto de su vida.

—Pero ¡es un requisito indispensable que lo realice ahora! —Mi padre se levantó—. Todos los demás lo han hecho.

—Lo que los demás han hecho es realizar una exhibición limitada. Lo que mi hermano propone podría requerir toda una vida... o, al menos, una estación de guerra.

—Estás pidiendo que un hombre compita mediante una promesa, mientras los demás realizaron sus hazañas ante nuestros ojos. No hay competición que se pueda ganar con la imaginación, y la hazaña prometida siempre es perfecta. —Mi padre apretaba los puños. Estaba dispuesto a descalificar a Agamenón.

Yo me levanté.

—Mi padre tiene razón. Una promesa no es una hazaña. Por tanto, que él se pruebe. Que haga...

—Princesa, la condición era que primero tenías que elegirle a él. —Para mi conmoción, Agamenón me había interrumpido.

—Como la recompensa soy yo, las condiciones las pongo yo —repliqué—. Si realmente está tan ansioso por tenerme como tú aseguras, la cumplirá. Que corra desde Micenas a Lerna, donde Heracles mató a la Hidra, sin detenerse. Es un día entero de marcha, pero no debe caminar, sino correr. Tráeme palabra de cómo lo hace. Y si se para a descansar, o baja la marcha, perderá.

El rostro de Agamenón enrojeció mucho. Vi que su boca se movía, luchando por no arrojar palabras de furia.

—Muy bien —dijo finalmente, en voz muy baja y fría.

En la sala, los ánimos mejoraron. Creían que había establecido una tarea imposible para Menelao. ¿Cómo podía correr tan rápido un hombre corriente, sin detenerse?

Pero yo no había especificado a qué velocidad debía correr, y ya sabía que Menelao era un buen corredor. Él no lo recordaba, pero el propio Agamenón me lo había asegurado en Micenas, mientras alardeaba de sus propias proezas de caza. Se quejaba de que Menelao parecía más feliz persiguiendo las presas que matándolas, y que era capaz de permanecer todo el día entero corriendo sin parar.

Así que ayudé a Menelao en su cortejo. Algunos incluso dirían que así decidí la competición, pero eso no es cierto, porque él me había dado a elegir cualquier hazaña que yo le pidiera. ¿Quería yo que ganase? Hoy en día todavía no puedo responder a eso.

—Has prolongado la competición —gruñía mi padre—. ¿Quién sabe cuánto tiempo durará ahora? Menelao podría estar muy lejos y... ¿Qué estabas pensando?

—Ya veía que estabas dispuesto a dar por terminado el cortejo.

—Tenías razón. Era absurdo. ¿Acaso cree Agamenón que porque es rey de Micenas no tiene que seguir las reglas?

—Está claro que ése es el caso. Pero no deberíamos castigar a Menelao por ello.

—Menelao es un idiota si eligió a Agamenón para que hablara por él, y eso sólo le descalifica —ladró mi padre—. ¡Revela muchas cosas de su carácter y de su juicio..., de su falta de él!

—Pero, padre...

—Tiene razón, querida. —Mi madre estaba de pie junto a nosotros—. Para la decisión más importante de su vida elige a su arrogante y acalorado hermano, para que hable por él... Una mala elección. Una elección muy mala. ¿Qué nos dice eso de Menelao?

Ahora me sentía obligada a defenderle, a defender a mi agradable compañero a la luz de la luna.

—¿A quién podría haber elegido si no? ¿No habría parecido muy peculiar si hubiera dejado de lado a su hermano, el rey, y hubiese elegido a otro?

—¿Y por qué no ha venido él mismo? Cualquiera podría haberlo hecho mejor que Agamenón, por mucho que tartamudease al hablar.

—¡No tartamudea al hablar! —dije yo.

—Pero, niña, ¿le estás defendiendo? —dijo mi madre.

—¡No! —grité—. ¡Ni siquiera le conozco!

—Yo te diré por qué no ha venido —dijo Clitemnestra, metiéndose entre nosotros

—. Tenía miedo. Tenía miedo de fracasar y de no poder soportar la vida consigo mismo después. No confiaba en sus palabras, tan fuertes eran sus sentimientos.

Todos nos quedamos mirándola. Ella siguió.

—Te quiere más que a nada en el mundo —me dijo—. Menelao no suele querer cosas, no como Agamenón, que codicia todo aquello que ve. Menelao está contento. Pero desde que te vio hace algunos años, finalmente encontró algo que quería. Tenía demasiado miedo de perderte por sí mismo.

—¿Y por eso ha permitido que otro me perdiera para él? —pregunté, incrédula.

—Pensaba que Agamenón, al no quererlo con tanta desesperación, acabaría por hablar mejor. —Clitemnestra hizo una pausa—. Lo sé. Les oí hablar de ello. Hasta ahora he guardado silencio, para que pudieras decidirte por ti misma. Pero ahora, al parecer, ya te has decidido.

—¡No, no me he decidido! ¡Primero tengo que ver cómo corre!

XII

Noche oscura. Sola, echada en mi cama silenciosa, con mis damas (más compañeras que esclavas, a decir verdad) retiradas a sus propios camastros, me permití revivir el extraordinario día final de la competición.

No había sido tal y como imaginaba. Deseaba que acabase todo aquello, que cesaran las ceremonias y las presentaciones. Estaba cansada de juzgar a hombres, de observar todos los matices de sus palabras y, más aún, de lo que subyacía a sus palabras. Las constantes bromas y cinismos de Clitemnestra habían ido disminuyendo y notaba que la tensión iba en aumento en mi padre y mi madre. Para mí era el temor de hacer una elección equivocada, porque no elegía simplemente a un hombre, sino también una forma de vida.

Mi padre tenía razón al cuestionar lo que había pedido a Menelao, pero yo no tenía una buena respuesta. Sentía curiosidad por Menelao. Su ausencia presente encendía mi imaginación y creaba un hombre que estaba ansiosa por conocer.

La noche era fría, como son las noches primaverales. Sin embargo, estaba tan inquieta que seguía echando abajo las ligeras cubiertas de lana y temblando en la oscuridad. A través de mi mente pasaban en tropel los pretendientes, en una fila fantasmal, mirándome acusadores: «Elígeme..., mírame con favor..., yo puedo darte..., yo soy el mejor..., yo lo arriesgo todo...».

Si elegía a uno, ¿se irían de verdad todos los demás? Eso habían jurado, tras mancharse con la sangre del caballo sacrificado.

No quería casarme con un rey. No quería irme a ninguna ciudad o país extraño. Si me casaba con alguien que fuera menos que un rey, él podría quedarse allí conmigo, en Esparta. No tendría que abandonar todo lo que conocía, mi familia y mi hogar. Como por ensalmo, los reyes desaparecieron de la fila fantasmal.

No quería casarme con alguien que fuese mucho más viejo que yo, ni tampoco mucho más joven. Alguien mayor me trataría como a una hija, y sería muy estricto o estúpidamente adulator. Alguien demasiado joven se fiaría demasiado de mí, y sabría menos que yo. Desaparecieron Idomeneo, Menesteo, Patroclo y el niño de diez años de Corinto.

No quería casarme con alguien cuya cara o el resto de su cuerpo, en fin, no me gustase. Instantáneamente el hombre de Eubea desapareció, seguido por unos cuantos más cuyo aspecto me disgustaba por un motivo o por otro. Entre ellos se encontraba Odiseo, aunque yo sabía que no era un verdadero pretendiente, en último caso. Había

algo en sus ojos que me incomodaba; no confiaba en él. Aunque afectaba un carácter despreocupado y amistoso, veía en él a un calculador oportunista. Que se lo quedase Penélope.

Abrí los ojos y me apoyé en el marco de la ventana, mirando hacia fuera en la noche.

Todavía quedaban demasiados, demasiados para elegir. No podía hacerlo, y quedaban sólo unos pocos días hasta que acabase la competición. ¡Ah, ayúdame!

Pero ¿a quién suplicaba?

—¡Ah, mis queridas diosas, por favor, mirad hacia abajo y ayudadme a elegir!

Busqué entre los cielos como si creyera que podía verlas. Lo único que vi fueron las estrellas dispersas girando a mi alrededor.

—Hera, dulce diosa del matrimonio, ¡guíame! Tú que guardas el matrimonio como lo más sagrado, ten misericordia de mí. Bella Perséfone, que dejaste la doncella con tanta lucha, ayúdame en la mía. Pasar de doncella a esposa no es asunto ligero, y tú quedaste desgarrada. Coge mis manos y guíame.

Mis sentidos se aguzaron, pero no noté nada en la negra soledad.

Durante un largo rato me quedé de pie, temblando en la oscuridad, esperando notar su presencia. El perfume de los frutales venía traído por las ráfagas de viento, como el aliento de las diosas.

Me volví y busqué mi lecho, creyendo que todo iba bien. Pero había olvidado incluir a Afrodita, había dejado a un lado a la diosa más importante de hombres y mujeres y de su amor. Como mi padre la había olvidado una vez, incurriendo en su ira, lo mismo hice yo.

—¡Está de camino! —Clitemnestra me cogió del brazo apretándome dolorosamente—. ¡No se ha detenido en Lerna! ¡Sigue corriendo, viene directamente hacia aquí!

—¿Toda esta distancia? —Me parecía cruel, y nunca le habría impuesto aquella tarea.

—Está decidido a superar tu prueba e ir mucho más allá —dijo ella. Me soltó el brazo—. No sabía que podía ser así.

Estábamos rodeadas de gente; los pretendientes todavía estaban cerca, esperando la decisión, pero el aburrimiento había sembrado sus semillas y todo el mundo estaba ansioso de distracciones. Menelao y su carrera las proporcionaban. Ahora, los oídos se aguzaban para intentar oírnos. Me habían dicho que los hombres habían apostado a quién elegiría yo, y, por tanto, cualquier cosa que oyeran podía ayudarlos en sus

apuestas.

—Vamos.

Hice una señal a Clitemnestra y nos retiramos hacia el patio interior del palacio, más custodiado. Sentadas en un banco bajo, hablábamos en susurros.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Quería decir que Menelao nunca ha mostrado tal pasión por nada. De modo que es una sorpresa.

No podía imaginar que fuera por amor a mí, ya que en realidad no me conocía. Sólo pasamos unos momentos juntos aquella noche, hacía mucho tiempo.

—Así que, ¿crees que codicia el trono que heredaría de mi padre?

Ella inclinó la cabeza y pensó un momento.

—Quizá. Vivir a la sombra de Agamenón quizás haya sido difícil todos estos años, aunque nunca lo ha demostrado. Es un hombre al que cuesta conocer.

—Quizá lo único que quiera es alardear de haberme conseguido.

—Querida, eso lo desean todos.

—Así que es un hombre opaco, que no muestra pasión alguna, ¿no? —insistí.

—Normalmente. Desde luego, Agamenón ya tiene bastante pasión para los dos, y tener demasiada pasión es tan malo como tener demasiado poca. —Miró a nuestro alrededor y bajó la voz más aún—. Pero ni siquiera tiene una amante. Nunca se aprovecha de alguna de las mujeres esclavas capturadas, ni pide ninguna como botín cuando se reparten las ganancias.

Me sentí aprensiva.

—¿Podría ser... que prefiriese a los hombres?

—No. A los hombres tampoco.

—¿Ha hecho algún voto a Artemisa? Pero los hombres adultos no...

—¿Qué andáis susurrando? Parecéis conspiradoras. —Cástor salió del palacio hacia nosotras.

—Sí, lo somos —dije yo—. Nos vemos obligadas a serlo.

—Bueno, ¿has tomado ya una decisión? —me preguntó, sonriendo. Se cruzó de brazos y esperó—. No se lo contaré a nadie, lo prometo. —Hizo un signo de solemne juramento, en broma.

—¿A quién elegirías tú? —le pregunté. Yo valoraba mucho su opinión, y hasta el momento, mis hermanos se habían mantenido muy al margen de la competición.

—Depende del tipo de vida que quisiera —dijo él—. Una vida tranquila... o guerrera... o con muchas riquezas... No soy tú, querida hermanita.

—Aún no lo he decidido —admití—. He eliminado a algunos imposibles, pero

todavía quedan demasiados.

—Querida, deberías sentirte halagada. Nadie de quien se tenga memoria, ni siquiera en las leyendas, piénsalo, ha sido solicitada por tantos.

—No, yo sólo estoy confusa —dije—. En realidad no quiero casarme en absoluto, pero sé que tengo que hacerlo.

—¡No te vayas! —dijo Clitemnestra, de repente—. ¡No nos abandones! —Meneó la cabeza—. He intentado no decir nada, pero ahora el simple pensamiento de que te puedas ir muy lejos me resulta doloroso. Yo he tenido suerte, Micenas no está lejos de aquí, y no hemos tenido que separarnos, pero... ¡ah, creo que no podría soportarlo!

Su arrebató me sorprendió. Ni siquiera mi padre y mi madre habían dicho tanto, al parecer resignados ante la idea de perderme. Estaba hondamente conmovida.

—Hermana querida... —dije, abrazándola. Cástor se acercó y nos rodeó a las dos con sus brazos. Yo los miré, embargada por la emoción—. Sería imposible para mí llegar a amar a alguien tanto como os amo a vosotros, mi familia.

Mientras decía aquellas palabras podía oír a Afrodita, aquella a la cual había olvidado, riéndose de mí... con una risa cruel y burlona.

—Ya lo han avistado. —Mi madre vino a mi habitación antes de amanecer. Yo abrí los ojos en la semioscuridad y vi que se inclinaba sobre mí. Me acarició ligeramente.

—¿Tan pronto? —murmuré, incorporándome sobre un codo. Quería retrasar lo inevitable; mi futuro empezaba a reclamarme ya.

—Mi niña, mi pequeño polluelo —susurró ella, que se sentó junto a mí en el lecho. Me abrazó y me apretó contra su cuerpo.

—Ah, ¿es que no vendrá nadie a rescatarme? —exclamé.

Ah, no deseaba casarme, no quería irme con ningún hombre. Pero al mismo tiempo quería ser libre para ver el mundo sin velo, liberarme de aquella jaula donde me habían tenido prisionera. Sólo el matrimonio podía abrir aquella jaula, eliminar los barrotes y dejarme salir. Sí, ciertamente. Yo prefería no tener ni jaula ni hombre, sino huir de las dos cosas.

—Eso es lo que desean hacer los pretendientes —dijo mi madre.

Su rostro traicionaba su pena. Deseaba ser rescatada también del tiempo que corría, y que al llevarse de su lado a su hija más joven, la envejecía a ella. Una mujer cuyas hijas se han casado ya no atrae más los deseos de Zeus. Eso también acabaría para mi madre, aunque sólo fuera una ensoñación. Las plumas se pondrían amarillas..., si no ahora mismo, sí pronto.

—Pero ¡ellos lo cambiarán todo! —exclamé.

—Sólo uno de ellos, niña. El resto se irán a sus casas y cambiarán las vidas de otras mujeres. —Apartó mis lágrimas y sonrió—. Así es como ha sido siempre.

—¡Estaré siempre cerca de ti! —le prometí—. ¡No me iré lejos!

Ella me alisó el pelo.

—No debes elegir a ningún hombre por ese motivo. Debes elegir al que más te atraiga, no sólo al que consienta en vivir aquí en Esparta.

—Debemos prepararnos para recibir a Menelao —dije, levantándome.

Las diosas debían guiarme, me guiarían. Tenía que creer aquello.

Mi madre me miró de manera cómplice.

—Ponte tu vestido más bonito, polluelo mío. Aunque tengo la sensación de que ya ibas a hacerlo sin que yo te lo dijera.

Elegí una túnica y un manto de la lana más fina, de un color sonrosado de aurora o de rubor. Desde la niñez me habían dicho que era el color que mejor me sentaba. Se envolvía en torno a mi cuerpo como una niebla. Me puse también unos pendientes de oro y amatistas, además de un pesado brazalete de oro. No llevaba collar para no estropear el efecto.

Cuando salí de mi habitación y entré en el porche elevado, la túnica y el manto flotaban en torno a mis tobillos como una nube, y me sentí como si formara parte del amanecer.

—Ha llegado ya a las afueras de Esparta —dijo Polideuces, volviendo de las puertas del palacio—. Estará aquí antes de que pueda llegar el mensajero y partir de nuevo. ¿Debemos abrir las puertas y darle la bienvenida? —El sol naciente hacía brillar su cabello dorado, y por un breve momento pensé lo guapísimo que era mi hermano.

—¡Sí! —dijo mi padre, saliendo detrás de nosotros—. Ese joven merece nuestro saludo. —Dio unas palmadas e hizo señas a los sirvientes para que abrieran los cerrojos de las puertas, que se erguían imponentes ante la empinada carretera que venía del río—. La verdad es que me pone en evidencia. No recuerdo lo que hice por vuestra madre, pero no fue correr durante días y noches, desde luego.

«No fue lo que hiciste primero —pensé yo—, sino lo que hiciste después: dejar pasar los cotilleos sobre Zeus».

Cástor se unió a nosotros, y luego mi madre. Clitemnestra, siempre la última en irse a dormir, era muy poco probable que estuviera de pie antes de que saliera el sol.

Nos quedamos de pie ante las puertas, mirando hacia abajo, a la colina. A lo lejos podíamos ver la neblina verdosa de los sauces que colgaban por encima de la orilla del río. El camino en la pradera estaba lleno de curiosos a ambos lados; los veía

arremolinarse allá abajo, sin saber quizá por qué estaban allí. Luego, se oyó el sonido de vítores y de aplausos, y una figura vino moviéndose lentamente a lo largo del camino, levantando los pies con gran esfuerzo y agitando los brazos.

—No va muy rápido, ¿verdad? —preguntó Polideuces—. No ganaría ninguna corona en nuestras competiciones.

Siempre tan crítico, mi hermano de oro.

—No tenemos ninguna carrera que dure días —dije yo—. Y dudo que nadie, ni siquiera tú, pueda correr sin parar tanto tiempo.

Él se encogió de hombros.

—Conoceremos su relato cuando llegue —añadí.

Y como corredora estaba ansiosa por oírlo. Quería saber qué se sentía al correr por terrenos agrestes, piedras, colinas y praderas empapadas sin detenerse. Era un tipo de carrera distinto, no de velocidad, sino de resistencia.

—¡Yo puedo derrotarle!

Junto a mí estaba aquel niño extraño, Aquiles, que apareció de repente. Salió por las puertas del palacio y bajó a toda carrera la colina. Le vi unirse a Menelao al pie de la colina. El chico de cabello oscuro se volvió en redondo y empezó a correr junto a Menelao colina arriba. Tenía la velocidad de alguien que ha descansado toda la noche, y sólo debía recorrer una corta distancia. Impulsándose con los brazos, adelantó a Menelao arrojándole gravilla al pasar.

Levantando mucho las piernas, Aquiles se arrojó hacia las puertas, jadeando, y se volvió triunfante, con las manos en las caderas.

—¡Yo soy más rápido! —gritó.

Mi padre no le prestó atención, simplemente hizo una seña y le empujó a un lado. Aquiles empezó a saltar arriba y abajo para atraer la atención. Pero todos los ojos estaban clavados en el esforzado Menelao, que subía la colina obstinadamente. Apenas corría ya, y parecía tan cansado que sus pies casi no se levantaban del suelo.

Por el rabillo del ojo vi que Patroclo aparecía y armaba mucho escándalo junto a Aquiles, sin duda alabándole. En cualquier caso, consiguió calmarlo; Patroclo sabía cómo tratar al excitable niño.

Más cerca ya: Menelao estaba subiendo el último repecho ante las puertas de palacio. Por un momento desapareció de la vista, y luego de repente apareció su cabello rojizo, atrapando la luz del sol, como una aureola. Él iba jadeando y trastabillando hacia su objetivo, con las piernas todavía moviéndose, corriendo todavía, con el pecho subiendo y bajando. Irrumpió entre las puertas, tropezó y casi perdió pie. Grandes jadeos desgarradores salían de su boca. Se tambaleó, y habría

caído, pero Cástor le agarró y le sujetó. Sus ojos quedaron en blanco y estuvo a punto de desmayarse. Sin pensar, corrí hacia él y ayudé a Cástor a sujetarle. Estaba desmayado y tan cubierto de sudor que se resbalaba como un pez recién pescado.

Justo antes de desmayarse me miró directamente y murmuró algo que no pude entender.

La competición había terminado. Ahora tenía que hacer mi elección, sin tardanza..., si a mi padre tenían que quedarle algunos recursos después de su prolongada hospitalidad para todos los pretendientes. No sería considerado por parte de una hija prolongar aquello un día más.

Pero de nuevo tuve la sensación espantosa, que me cerraba la garganta, de que me estaba apresurando, de que me obligaban a recorrer un camino para el cual no estaba preparada. Me quité la ropa de aurora y empecé a prepararme para las ceremonias de la noche. Mis damas me quitaron la ligera túnica de día y trajeron los ropajes de noche, azules y oscuros como el cielo justo antes de que llegue la noche.

—Señora, estás encantadora —decía una.

—Mis ornamentos para el pelo —pedí.

—Sí, señora. —Ella me trajo los alambres de plata retorcidos con sus diminutos ornamentos, y pacientemente los trenzó junto con mi pelo, que caía suelto encima de mis hombros y de mi espalda—. La plata resalta muy bien —dijo—. El oro quedaría perdido entre tu cabello, ya que los colores son muy similares. —Destapó una botellita de aceite de flor de narciso y me frotó un poco por el hueco de los codos y a lo largo del cuello, por los lados—. No quiero que manche el collar —dijo—. ¿Cuál llevarás esta noche?

Plata y azul oscuro..., ¿qué podría combinar con esos colores?

—Quizás el más claro, el de cristal... Que todo sea de hielo y claridad esta noche. ¡Si mis pensamientos pudieran ser igual de claros!

Después de que me engalanaran, despedí a ambas damas. Me quedé unos momentos sola en mi habitación. Todavía no sabía qué hacer, a quién elegir. Pero haría una elección. Debía acabar con aquella incertidumbre, por mí misma y por todos los demás. Aspiré y espiré aire con fuerza varias veces, y luego salí lentamente por la puerta, entré en el patio privado al que daban las habitaciones privadas. Busqué el cielo, plumoso ahora por las hojas recientes de los árboles.

Busqué la constelación del león, mi querida constelación que contaba la historia de Heracles y Nemea, que yo tanto amaba, como si de alguna manera la respuesta se escondiera en el brillo parpadeante de las estrellas, como si pudiera descifrar algo en ellas.

Ah, ¿qué debía hacer? Tenía que elegir. Una y otra vez rogué a Hera y a Perséfone que me guiasen. Pero no ocurrió nada. Luego, una sorda resignación, mezclada con decisión, como la de un soldado que se enfrenta a un enemigo más fuerte, me invadió. Muy bien. Debo elegir. Elegiré. Cerraré los ojos y al primero que vea en mi mente, a ése elegiré.

Oí un crujido de grava en el patio y la imagen de Menelao corriendo colina arriba llenó mi visión. Alguna persona, inconsciente de ello, al caminar por allí, había decidido de aquella manera el asunto. Sí. Sería Menelao. Estaba destinado a ser Menelao. Ahora, mis razones caían una sobre otra como niños traviesos. ¿Acaso no había tenido un encuentro privado y especial con él, hacía mucho tiempo? Obviamente, eran los dioses quienes lo habían arreglado. ¿Acaso no había sentido ya algo por él, por aquel entonces? Y ahora, ¿no había demostrado ser superior en la tarea que le había encomendado? ¿Y no teníamos el cabello de un color similar? Incluso aquello parecía estar imbuido de un sentido oculto.

Menelao. Sentí gran alivio. Incluso sentí calor y alegría. Respiré hondamente y me dirigí a cumplir con mi deber.

El mégaron apenas era lo bastante grande para contener a todo el mundo, y todos estaban muy apretados. Se había encendido un pequeño fuego para combatir el fresco nocturno, pero el calor de la muchedumbre lo hacía innecesario. Al entrar yo, todo el mundo me miró y toda la compañía quedó en silencio. Mi padre levantó la mano y me condujo junto a él hacia el trono.

Todo el mundo había comido antes, devorando bueyes y ovejas y bebiendo océanos de vino, y parecían bastante contentos. Ahora me miraban con ojos inexpresivos, ojos de hombres saciados. Bien. Así aceptarían mi decisión con mayor placidez.

Mi padre se puso de pie e hizo la habitual libación. Vertido en honor a Zeus, el líquido produjo un áspero sonido contra el polvo, al caer.

—Hija mía, ahora eres tú quien debe hacer la elección —dijo mi padre—. ¿Has llegado a una decisión?

—Sí —dije yo. El desconocido que pasaba la había tomado por mí, conjurando la imagen de Menelao en mi mente. Me dirigí hacia delante, dispuesta a decírselo a la compañía.

—¿Y bien, querida? —Mi padre se puso de pie y pasó su brazo en torno a mi hombro.

Miré a todos los hombres. Las caras vueltas hacia mí me devolvían la mirada. Patroclo. Idomeneo. Áyax. Teucro. Antíloco. Agamenón. Menelao. Y otros muchos,

muchos más, que no he descrito aquí.

Aqué! era el momento. Dijera lo que dijera, diese el paso que diese, aquello me ligaría para siempre. Mi padre colocó una corona de olivo salvaje en mis manos.

—Corónalo —dijo.

Sólo en aquel momento me di cuenta de que mi padre no me había preguntado cuál era mi elección, de que él no lo sabía. Confiaba en mí para elegir al hombre que iba a sucederle en el trono.

—Gracias —dije.

Me dirigí hacia el grupo. Noté que el dobladillo de mi túnica ondulaba en torno a mis pies, noté el débil calor que procedía del fuego, pero seguí andando, como alguien que camina en sueños.

—Tú serás mi marido —le dije a Menelao, colocando la corona en su cabeza. No me atreví a mirarle a la cara. No quería verle entonces. Una vez tomada mi decisión, no quería que interviniesen en ella decisiones de último momento.

—¡Princesa! —Él se arrodilló y su adorable cabeza se inclinó hacia delante, casi perdiendo la corona.

Yo le incorporé.

—Levántate —dije—. Quédate de pie junto a mí.

Él lo hizo, y yo seguía sin atreverme a mirarle, todavía.

—Mi hija ha hablado —dijo mi padre—. ¡Alegrémonos todos!

Unos vítores resonantes atravesaron el mégaron: alivio, liberación. Todo había acabado.

Menelao me apretó la mano y se volvió hacia mí.

—Princesa, no soy digno —dijo.

Seguía teniendo miedo de mirarle. No podía mirar su rostro. Él se dio cuenta.

—Princesa —dijo—, no es mi rostro lo que debes tener miedo de mirar. Sólo soy un hombre corriente. Si yo puedo mirarte a la cara, cosa que requiere mucho más valor, entonces tú no debes tener miedo de mirar la mía.

Antes de que pudiera decir algo más, se acercó mi padre y abrazó a Menelao.

—¡Hijo! —exclamó.

Cástor y Polideuces también se acercaron. Si sentían resentimiento por haber perdido el trono ante Menelao, no lo demostraron. Si Clitemnestra y yo hubiésemos abandonado Esparta para casarnos, habrían heredado el título de nuestro padre.

—Bienvenido, nuevo hermano —dijo Cástor.

Polideuces le dio unas palmadas en la espalda.

—Haremos alguna carrera, tú y yo —le prometió—. Pero tú has ganado la carrera

que más contaba.

Mi madre le cogió ambas manos, y Clitemnestra me abrazó.

—Ahora seremos doblemente hermanas —me susurró—. Ah, qué feliz soy...

—¿Y cuándo será? —preguntó Agamenón—. Podéis hacer un viaje de recién casados a Micenas y quedaros con nosotros..., privadamente, por supuesto.

—Pronto —dije yo—. Tan pronto como se puedan hacer todos los arreglos. Y habrá pocos, ya que toda la familia está aquí.

De repente, me sentí preparada para abrazar a mi futuro esposo, y corrí hacia él.

XIII

Los propios dioses eligieron el día: el punto más cálido de la primavera, cuando el campo estaba rebosante de vida. Hicimos nuestros votos en el bosque privado que se extendía detrás de palacio. Mi padre y mi madre habían querido que fuese en el pequeño patio reservado, pero como lo había estado viendo todos los días de mi vida, quería otro lugar para aquel momento sagrado.

Para aquel día yo llevaba mi mejor túnica dorada, y la noche antes, ayuné y me consagré al matrimonio. Lo hice todo (¡oh, dioses, sí que lo hice!) para asegurar que aquel matrimonio fuese bendito.

El bosquecillo estaba muy tranquilo; el suave murmullo del viento en las ramas más altas de los árboles era tranquilizador. Mi madre y mi padre me escoltaron hacia el claro. Mi rostro iba cubierto con un velo finísimo, y me guiaron hacia el lugar donde se celebraría el rito. Me parecía estar andando en un sueño, porque no podía ser cierto lo que estaba haciendo. Pero cuando levantaron el velo, allí estaba Menelao, a mi lado. Sonreía vacilante, con el rostro pálido.

Una sacerdotisa de Perséfone, a quien era leal nuestra familia, dirigía el ritual. Ella era joven y su túnica de un color verde musgo parecía del mismo tono que la tierra bajo sus pies. Miró primero mi rostro, luego el de Menelao.

—Menelao, hijo de Atreo, estás aquí en pie a la vista de todos los dioses del Olimpo para comprometerte —dijo—. Quieres tomar a Helena de Esparta como esposa...

—Sí —dijo Menelao.

—¿Lo haces conociendo todos los decretos de los dioses a través de sus profecías sobre tu casa y sobre la casa de Tíndaro?

No, él no conocía la profecía de la sibila, ¿cómo iba a conocerla?

—Sí —dijo Menelao—. Estamos en paz con los dioses.

La sacerdotisa sujetaba una guirnalda de flores y con ella ligó las muñecas de los dos, juntas.

—Como estas flores del campo quedan unidas y juntas, así deben quedar vuestras dos casas.

Ella hizo una seña a uno de sus acólitos y le trajeron un vasito de oro, y lo colocaron en sus manos.

—Las aguas sagradas de la fuente Castalia en Delfos —dijo—. Inclínad las cabezas. —Nos vertió un poco de agua por encima—. Que esta agua os transmita

sabiduría. —Desató un hilo rojo que llevaba atado en torno a la cintura e hizo que lo tocáramos—. Quienquiera que toque esto ha tocado el cinturón de una creyente, y por tanto permanecerá fiel. —Hizo una señal a otro acólito y dio una vuelta a nuestro alrededor, llevando un cuenco con incienso humeante—. Que asciendan nuestras plegarias.

Nosotros nos quedamos en silencio. Hasta el momento no me habían pedido que pronunciase una sola palabra.

—Cerrad los ojos y caminad en círculo el uno alrededor del otro —nos ordenó. Lentamente, fuimos arrastrando los pies cada uno en torno al otro—. Para siempre estaréis dentro de un círculo, de una casa.

Todavía no se me pedía que pronunciara palabras ni promesas.

—Ella es tuya —dijo la vidente, abruptamente—. Toma su mano.

Menelao se acercó y me cogió por la muñeca, en el gesto ceremonial que indicaba que alguien tomaba esposa. Aquello se remontaba a los tiempos en que un hombre debía raptar a una mujer para el matrimonio; en nuestros tiempos, por supuesto, era simbólico.

Pero Menelao hizo otro gesto más privado. Hizo una seña a su sirviente, que trajo una caja de madera tallada. Menelao la abrió y sacó el grueso collar de eslabones de oro que Agamenón había enseñado antes. Con reverencia, lo levantó y me lo pasó por encima de la cabeza. Quedó alrededor de mi cuello, tan pesado que parecía un yugo. Sus eslabones más bajos quedaban por debajo de mis pechos, entremezclados con mi cabello: el gran peso del matrimonio, y de todo aquello en lo que yo entraba, tiraba hacia la tierra.

El brillo del oro y su espesor deslumbraron a los asistentes. Casi podría decir que los cegaron: lo único que podían ver era el color amarillo y el resplandor.

De vuelta en palacio, empezó el festín de bodas. Toda la parte central del palacio, con el mégaron que daba al recinto privado, había sido transformado. Ramas cortadas de mirto florecido y de rosal se entrelazaban en torno a las columnas, nubes de dulce incienso flotaban en el aire, y montones de guirnaldas de flores trenzadas esperaban a los invitados. Todos debían festejar, todos debían alegrarse antes de volver a sus hogares, de vuelta a sus fortalezas de murallas grises y casas batidas por las olas.

Ahora debía caminar junto a Menelao, y no junto a mi padre. Menelao me apretaba contra su manto y me susurraba:

—No puedo creer que seas mía, que nos veamos el uno al otro cada mañana mientras vivamos.

Ni yo tampoco podía.

—Debemos pensar sólo en esta noche, y en mañana, el primer día que vendrá — dije yo. Era lo único que podía soportar. Y no sabía qué pensar de esos momentos. No estaba preparada, no podía imaginar cómo vivirlos.

—¡Vamos, hermano mío! —nos interrumpió Cástor, pero no fue una interrupción inoportuna. Menelao se volvió hacia él. Todavía nos debíamos a los demás, al menos por el momento.

Abracé a mi madre. ¿Estaba temblando ella o eran fantasías mías?

—Querida niña —me dijo—, estoy muy feliz por ti, y feliz por mí, porque no te perderé.

—Siempre me tendrás cerca —le dije yo. Y aquello era un consuelo.

Mi padre vino a nosotras.

—Ya está hecho —dijo, con vivacidad—. Y bien hecho. —Hizo un gesto señalando a toda la compañía—. Se irán contentos a sus hogares. ¡Y yo me quedaré contento de que se vayan!

El dulce sonido de las flautas se alzó entre las voces humanas.

—Es el día de tu boda —dijo mi madre.

Notaba que las lágrimas me subían a los ojos.

—Así que mira a tu alrededor, fíjate en todo, recuérdalo todo, consérvalo junto a tu corazón.

¿Qué fue lo que vi? Un montón de hombres, los pretendientes despechados. Allí estaban, las vidas que habría podido tener, de haberme ido con aquellos hombres. Había muchos pasteles (de amapolas, de linaza, de sésamo, de miel, de aceite dulce) colocados en las mesas. También había pilas de higos dulcísimos secos, ya que no era la estación de los frescos, y dátiles de Egipto, y pan de cebada, y miel de una montaña junto a Atenas. Había tajadas de carne asada de todas las variedades (buey, cabrito, oveja, ternera) todavía humeantes en sus bandejas, acabadas de cortar de los espetones. También había grandes ánforas de los mejores vinos, algunos de lugares tan lejanos como el monte Ismaro, en Tracia, y en tal cantidad que nuestros almacenes parecían inacabables, proclamando así nuestra generosidad.

Pero todo aquello se desvaneció, la música, las conversaciones, la comida, el vino, y yo me sentí aterrorizada al darme cuenta de que «estaba casada». Yo, Helena, era una mujer casada.

¿Y qué significa estar casada?

Nos fuimos. Nos fuimos en un carro al anochecer, y nos dirigimos a Micenas. Menelao llevaba las riendas y yo estaba de pie junto a él, y los caballos se dirigían hacia su hogar. Bajamos traqueteando por la colina, por el lado más suave, el camino

por el que podían bajar carros y caballos. Los invitados corrían detrás de nosotros arrojándonos membrillos, hojas de mirto y, luego, en una ducha celestial, miles de violetas trenzadas. Acabaron en el carro, a nuestros pies, y las pisoteamos sin querer, liberando su delicado y ligero perfume.

Los aposentos de Menelao en la ciudadela gris de Micenas eran un enorme laberinto serpenteante de pasadizos de piedra y pequeñas habitaciones, cada una con su propio hogar bajo. Los sirvientes nos dieron la bienvenida, contentos, y encendieron el fuego en la habitación que habían preparado, esperando el regreso de Menelao.

Estábamos solos, él y yo, nada más, de pie en aquella habitación helada de piedra, observando incómodos el fuego que lamía la madera. Estábamos tan tiosos como la propia madera, tan fríos como la piedra que nos rodeaba.

Menelao habló finalmente.

—Helena...

Me volví hacia él.

—Sí. Estoy aquí.

Silenciosamente, me envolvió entre sus brazos. Era mucho más alto que yo, y cuando me rodeó, me sentí presionada contra su pecho, y el resto del mundo quedó en negro.

—No puedo creer mi fortuna, que me eligieras...

Levanté mi rostro hacia el suyo. Nunca había besado a nadie antes, y no sabía qué esperar, qué hacer, pero me pareció natural.

Nos besamos. Él me abrazó, apretándome mucho contra él. Era tan extraño que te tocasen de aquella manera, que alguien fuera tan familiar con mi persona... Ahora aquel extraño ponía su boca encima de la mía. Me asusté y me sentí atrapada.

Ahora, sus manos cogían ambos lados de mi cara, y me levantaban hacia él, como si no estuviéramos ya lo bastante cerca. Sus dedos se introducían en mi pelo, tiraban de él, y me dolía. Pero no me atrevía a gritar en voz alta ni a decir nada. De alguna manera tenía la sensación de que si lo hacía aquella primera vez eso le insultaría.

—Helena... Helena... —murmuraba él, y su respiración se aceleraba.

Yo no sentía nada. Nada salvo mi corazón latiendo deprisa, lleno de pánico. «¡Para!», quería decirle, pero sabía que era inútil, y al mismo tiempo me sentía algo tonta. ¿Qué había esperado cuando me preguntaba qué significaba estar casada?

—Helena... —Se dirigió hacia el lecho amplio que estaba situado en una esquina de la habitación, con pieles extendidas encima y una bonita ropa de cama.

Yo le seguí; le dejé que me tomara por la muñeca (de nuevo, el viejo gesto

simbólico). Le faltaba el aliento. Yo no sabía qué hacer, sólo que me quedaba una prueba espantosa, esa prueba que se debe pasar en privado.

Suavemente, él me condujo hacia la superficie cubierta de lino y se arrodilló en ella, llevándome a su lado. Yo tenía las manos heladas. Respiraba despacio.

No pienses en ello, me dije a mí misma. Me tendí a su lado.

—Helena...

Él alzó la mano para quitarme el vestido. Yo me puse tensa y quise detenerle, pero me contuve. No interfieras. Tiene derecho a tocarte, a quitarte la ropa.

No lo pienses.

El fuego oscilaba, dejaba escapar chasquidos. Menelao pareció complacido al notarlo y al comentarlo. Luego se volvió hacia mí.

—Querida mía —susurró. Sus manos acariciaron mis hombros. Yo temblaba ante su contacto, pero me dominé para permanecer quieta—. Querida... —Sus palabras se perdieron contra mi garganta.

Él apartó a un lado las últimas ropas que nos separaban. Me sentía helada, violenta, vulnerable. ¡Que acabe de una vez!

Él me sujetaba, él me...

Ah, no, no puedo contarle. Era doloroso, invasor, y luego acabó. Muy deprisa.

—Helena... —Su cabeza descansaba contra mi hombro—. Helena... —Con un gran suspiro, su voz se fue apagando. Se había dormido.

A la burlona luz del fuego, cuando la tranquilidad era absoluta, me fui desplazando y levanté las suaves cubiertas de lana. Hacía más frío en la habitación. Me puse lo más lejos que pude, tapándome con las mantas.

XIV

El día entró en la habitación frío y gris. El sol radiante del día anterior había desaparecido, y noté las garras tensas y cerradas de los muros de piedra como el peso del brazo de Menelao que caía sobre mis hombros.

Él dormía, con sus ojos claros cerrados. A la débil luz pude estudiarle mejor, examinar su rostro... Por primera vez era capaz de hacerlo.

Era mi amigo, mi aliado. Lo había notado desde el momento en que le conocí; y si uno debe casarse, tiene que ser con un amigo. Que me hubiese sentido inquieta ante la entrega final que formaba parte del matrimonio no debía estropear la justeza de mi elección.

Él respiraba tranquilo, durmiendo de manera despreocupada. Había hecho mucho para conseguirme, y ahora descansaba.

Como Heracles después de sus trabajos, pensé, y solté una risita. Un hombre tiene que descansar.

Pero los esfuerzos de la última noche..., ¿por qué los había encontrado yo tan desagradables? Se suponía que tenía que derretirme ante las atenciones de Afrodita, pero me habían dejado indiferentes.

Afrodita. La invoqué solemnemente en mi mente, sin atreverme a murmurar las palabras en voz alta. «Si por fallo humano o debilidad no te invoqué en el tiempo en que deseaba guía para elegir marido, por favor, perdóname. Tu grandeza debió de cegarme, de modo que pasé de largo ante la diosa más obvia de todas. Yo, Helena, te ruego que vengas a mí ahora».

Porque una vida sin pasión sería demasiado larga, aunque fuese corta.

Menelao se removió y me miró. Movié el brazo (el peso muerto se aligeró al volver él a la vida). Luego me buscó con ambos brazos y me rodeó con ellos.

—Querida Helena —murmuró—. Ahora empieza. Nuestra vida juntos.

Yo apoyé la cabeza en su hombro, suave por sus músculos relajados.

—Sí. Que los dioses nos concedan una vida bendita.

Todo iría bien. Tenía que ser así. Había elegido y no pensaba echarme atrás.

Clitemnestra y Agamenón llegaron al día siguiente, aunque antes nosotros ya habíamos explorado el palacio y habíamos jugado un poco con su hija, la bonita Ifigenia, que caminaba algo torpemente y balbuceaba unas palabras encantadoras, aunque fuesen incorrectas.

—¡Bien, bien! —Agamenón se rio en voz muy alta, como lo hacía todo.

Tenía un brillo feo en los ojos que intentaba enmascarar, pero que era inconfundible. Me miró, miró a Menelao, entrecerró los ojos. Yo supe que había pasado la última noche con nosotros en nuestra habitación, al menos en su mente..., la habitación que nos había prometido era nuestra en privacidad.

Menelao intentaba mantener la cara inexpresiva por puro respeto hacia mí, supongo. Pero ¿qué diría cuando él y su hermano estuvieran solos, como ocurriría más tarde o más temprano? Clitemnestra también estaba ansiosa por hablar conmigo confidencialmente. Yo lo temía; deseaba que se fueran. No me importaba hablar de aquello, pero sentía que sería una espantosa traición para Menelao. ¿O quizás una traición para mí misma?

—Y cuando os fuisteis en el carro, y todo el mundo tenía las manos teñidas por las flores y los frutos que os habían arrojado, volvimos al palacio y...

Se quedó todo tranquilo cuando nosotros nos fuimos, con ese extraño silencio que sobreviene después de un gran escándalo.

—Y ahora —dijo Clitemnestra, abriendo mucho los brazos—, ¡tenéis todos esos años de vida para estar juntos!

—Me pregunto cuánto tiempo será —dijo Menelao.

—¿Quieres decir que cuánto tiempo vivirás? —preguntó Agamenón.

—Sí, supongo que es eso lo que quiero decir. La gente de nuestra familia no vive mucho tiempo.

—¡Qué morboso! ¿Por qué especulas con eso hoy precisamente, Menelao?

—Simplemente... me preguntaba cuántos años de felicidad se me concederían.

—¿Cuántos años tiene la persona más vieja que has conocido... o de la que has oído hablar? —le pregunté a Menelao, intentando llevar el tema a un terreno más alegre.

Agamenón respondió.

—Supongo que Néstor, y no es tan viejo. Había un hombre en Argos que aseguraba que tenía ochenta años..., un hombrecillo arrugado que vivía en una casita diminuta. Yo le vi una vez, con mi padre. Pero, por supuesto, nadie podría probar lo viejo que era en realidad.

—¿Crees que alguien podría vivir cien años?

—No —dijo Menelao—. Eso es imposible. —Sonrió y me cogió las manos—. Pero cincuenta años de felicidad equivaldrían a cien años aburridos.

Nos quedamos en Micenas diez días, y Menelao me enseñó los sitios que frecuentaba y todos los secretos del paisaje. La ciudadela misma estaba construida a mitad de camino de una colina, entre dos montañas, y desde sus fortificaciones se

podía ver el mar..., algo que no podíamos hacer en Esparta. La primera vez que lo vi, como una extensión plana y brillante, grité, llena de emoción. Nunca había visto el mar.

—Pero, amor mío, ¿cómo puede ser eso? —me preguntó él.

—Me mantenían encerrada —dije—. Era..., era para mi propia protección.

—Ahora te protejo yo —dijo él—. Y si quieres ver el mar, lo verás hasta que te canses.

—¿Podremos ir más cerca? ¿Incluso navegar en él?

—Primero nos acercaremos —dijo—. Lo de navegar vendrá después.

Había unas cuevas en las altas colinas donde él y Agamenón habían jugado de niños, y él todavía recordaba entradas ocultas, tapadas con parras. Me gustaba imaginarle cuando era niño, me preguntaba cómo habría sido entonces.

Me mostró el enorme almacén de la ciudadela, donde se guardaban los secretos de su casa: enormes depósitos de aceite de oliva, de telas finamente tejidas, de oro y plata, y de trípodes y armaduras de bronce. Las armaduras habían sido capturadas de diversos enemigos en ataques y batallas, ya casi olvidadas, y recordadas sólo por los botines que habían dejado. Resplandecían en la oscuridad del almacén, mientras sus propietarios habían dejado ya de brillar.

—¡Coge lo que quieras! —me dijo, señalando la habitación con un gesto. Pero yo no deseaba nada de aquello. Como no respondía, abrió una caja de madera de ciprés y sacó una copa de oro.

—Mi regalo de boda —dijo, y me la entregó.

Era tan grande como un cubo, y muy pesada.

—No es para los mortales —dije—. A menos que sea Áyax de Salamina. —Me dolía el brazo de sujetarla. Tenía un dibujo de pequeños círculos grabados en todo su cuerpo y sus asas tenían una graciosa curva. Se la devolví a Menelao.

—He dicho que es tuya. —Él me la volvió a entregar.

—Ya me has dado regalos de boda —dije—. De verdad, ya estoy contenta.

—Quiero que tengas algo de la casa de mi padre —dijo—. Atreo la ganó en una batalla, y siempre la valoró mucho. Mi madre la ponía junto a ella, en los festines, y tú deberás hacerlo ahora también.

El oro se había calentado bajo mis manos, y vi que no podía negarme. Pero, aun así, me resistía a tomarla.

Menelao cogió un mechón de mi cabello y lo enroscó en torno a la copa.

—El mismo color —dijo. Vi el orgullo y la actitud posesiva que había en él al entrelazar su copa y mi cabello—. ¡Ah, Helena, Helena! —dijo—. Nunca has visto el

mar, no has podido contemplarlo. Ahora te llevaré allí. Puedes hartarte de mirarlo. — Se inclinó hacia delante y me besó.

Nuestra última noche en Micenas: fría, como yo sospechaba que serían todas las noches allí, incluso en el punto culminante del verano. Estábamos juntos en una larga mesa de madera, y yo, obedientemente, había colocado la enorme copa junto a mi sitio, aunque nunca podría vaciarla. Menelao me la seguía llenando, como para asegurarse de que era mía. Después nos echamos en unos cojines en el mégaron y disfrutamos de la calidez del fuego y la dulce música del bardo, que cantaba de batallas y valerosas hazañas de hombres que vivieron antes de nuestra época.

—Siempre antes de nuestra época —dijo Menelao—. La edad de los héroes ha acabado, ahora que Heracles está muerto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Agamenón. Nunca perdía la oportunidad de cuestionar o contradecir a los demás—. ¿Acaso los propios héroes saben que están viviendo en la era de los héroes? ¿Hay un cartel que dice: «Todos los que estáis ahí debajo, sabed que estáis viviendo en la era de los héroes»?

—¡Agamenón, a veces dices unas tonterías...! —Sólo Clitemnestra se atrevía a decirle aquello, aunque yo también lo hubiese pensado. Ella se rio.

—¡No es ninguna tontería! Creo que los héroes son los que hacen su propia época —dijo él—. Y sólo después alguien la llama época de los héroes. —Miró a su alrededor, buscando de nuevo mis ojos con los suyos. Yo quise que dejara de hacer aquello. Bajé los míos—. Todavía no ha terminado. No, si decidimos que siga.

—Tendrías que luchar contra enemigos poderosos —dijo Clitemnestra—, y no veo ninguno por aquí. Heracles los mató a todos. —Ella se inclinó hacia delante y le hizo cosquillas en el oído—. No, león mío, tú tendrás que contentarte con robar ganado y con escaramuzas sin importancia. Ése es el problema de los tiempos de paz. Pero ¿quién desearía lo contrario?

Agamenón gruñó y le apartó la mano como si fuera una mosca molesta. Pero Clitemnestra, juguetona, insistió.

—Vamos, ánimo, amor mío —dijo—. Quizá venga algún dragón y amenace la ciudad. U otra esfinge.

—Para ya —le advirtió Agamenón—. No te burles de mí.

Su fuerte voz hizo que el bardo dejara de cantar, se metiera la lira bajo el brazo y se alejara.

De vuelta a nuestra habitación, nos acurrucamos bajo las pieles de lobo que cubrían las mantas de lana. Menelao me rodeó con sus fuertes brazos y empezó a murmurar cosas con ternura, moviéndose contra mi cuerpo cada vez con mayor

insistencia. Yo no había superado la repulsión que sentía por el acto sexual y seguía resistiendo el instinto de rechazarle, poner ambas manos en su amplio pecho y empujarle fuerte.

En los últimos diez días me había quedado claro algo muy preocupante: odiaba que me tocaran. Nunca me había dado cuenta antes, ya que nadie me había tocado más que de forma pasajera. Incluso mi madre, cuando me abrazaba, no insistía, ni invadía mi persona. Mis damas, cuando me bañaban, apartaban los ojos y usaban unas esponjas para aplicar el aceite perfumado y el aceite de oliva para frotarme la espalda después. Mis hermanos pasaban sus brazos cuidadosamente por encima de mis hombros, pero siempre con ligereza, y durante un momento nada más.

Aquello era distinto. Y la aversión que me producía iba en aumento, no lograba acostumbrarme a ello. No me atrevía a demostrarlo y averigüé, por primera vez en mi vida, lo difícil que resulta fingir..., algo que nunca antes había hecho. Sabía, sin que nadie tuviera que decírmelo, que tenía que ocultarle aquello a toda costa a Menelao. Pero ¿cómo podría hacerlo para siempre? Durante un tiempo sí, pero...

¿Dónde estaba Afrodita? ¿Por qué había rechazado mi lamentable disculpa? Sin ella nunca cruzaría a la otra tierra, aquel lugar fabuloso en el cual las mujeres no sólo daban la bienvenida a tales conductas, sino que las buscaban, y a veces... incluso las instigaban ellas mismas. Cada mañana yo le rogaba que viniese a mí por la noche; cada noche estaba claro que ella hacía oídos sordos a mis súplicas. Mientras Menelao se acercaba más a mí, y sentía su aliento cálido en mi oído, yo estaba tan fría por dentro como las aguas del Estigio.

A la luz del sol todo parecía mucho menos importante, por supuesto. A la mañana siguiente, mientras íbamos dando sacudidas en nuestro carro hacia Esparta, era difícil olvidar los secretos de la oscuridad. Yo miraba los fuertes brazos de Menelao mientras él los estiraba para sujetar las riendas. Ahora, ¡oh diosa perversa!, los encontraba atractivos, ahora que no intentaban estrecharme a mí.

—Nuestras nuevas habitaciones nos estarán esperando —dijo él, sacudiendo las riendas—. ¿Qué crees que encontraremos?

Mientras estábamos fuera, mi padre y mi madre habían estado preparando nuestros aposentos, el lugar donde yo viviría como mujer casada. Mis antiguas habitaciones, las de la niñez, quedarían atrás..., hasta que yo tuviese un hijo para que las ocupara.

—Están en el lado este del palacio —dije.

Llevaban muchos años vacías; había oído historias de una tía abuela que vivió en ellas con un monito que le hacía compañía y unas plantas venenosas. El monito se

comió algunas de las hojas de las plantas y murió, pero ella, con sus conocimientos de las hierbas, le dio un antídoto y el animal se recuperó. O eso decía la leyenda. A los niños nos tenían prohibido explorar aquellas habitaciones.

—Dará el sol de la mañana —dijo él—. Bueno para despertarse. —Se rio y volvió a agitar las riendas, y los caballos saltaron hacia delante, haciendo que el carro diera una sacudida; el suelo de tiras de cuero trenzadas dio un salto. Me agarré a su brazo para mantener el equilibrio, y él me miró lleno de afecto.

Seguíamos por las tierras verdes junto al río que regaba el valle de Micenas, y que conducía a la costa. Pasamos a través de Argos y de Tirinto, con sus altas murallas. Mantendríamos el mar a nuestra izquierda durante largo tiempo antes de volvernos tierra adentro, hacia Esparta. Oía el rugido de las olas contra la costa y aspiraba el olor del aire salado; dos barquitos pequeños oscilaban a lo lejos. Yo sentí el gran deseo de navegar y sentir el agua a mi alrededor.

—Tú has navegado, ¿verdad? —le pregunté a Menelao.

—Ah, sí. A Rodas... Troya... Creta. Mi abuelo está en Creta, y solíamos ir a visitarle a menudo.

—Algún día me gustaría conocerle —dije. Pero lo que deseaba realmente era conocer Creta. Habría ido allí para conocerle aunque su abuelo hubiese sido un loro.

Seguimos avanzando en silencio. Entonces dije:

—¿Y has estado incluso en Troya? ¿Es tan espléndida como dice todo el mundo? ¿Es verdad que hay joyas incrustadas en las paredes del palacio?

—No, nada de eso —dijo él, divertido—. Las paredes son como cualquier otra pared, excepto por las pinturas que llevan. Los colores son muy vivos, más vivos que los nuestros. Quizá por eso empezaron los rumores sobre las joyas.

Quería preguntarle por los hombres guapos, pero pensé que tal vez no sería adecuado

—Y la gente, ¿es como todos los demás? —pregunté al final.

Él se rio.

—Sí... ¿Cómo quieres que sean? ¿Con el pelo hecho de hojas de árbol o con cinco orejas? —El carro dio un salto cuando él hizo un viraje brusco para evitar una roca—. Parecen bien alimentados y fuertes —dijo—. Tienen ese aspecto..., el aspecto de gente orgullosa, sin embargo. Una gente que sabe que domina no sólo a sí mismos, sino a toda la tierra que tienen a su alrededor. Incluso el rey Príamo es una figura impresionante, tan guapo y juvenil que casi parece antinatural. ¡Y tiene cincuenta hijos! Supongo que el hacerlos le mantiene joven.

—¿Y todos son de la misma reina?

¡Claro que no! A menos que ella tuviese muchas hermanas gemelas.

—No, pero diez sí que lo son —se rio—. Pensándolo bien, esta reina es sorprendentemente fuerte, para haber sobrevivido a todos esos partos. Quizás haya algo especial en Troya...

Finalmente dejamos la carretera de la costa y giramos hacia el este, subiendo las colinas. Los caballos tiraban y el carro crujía; las ruedas giraban en la grava y la tierra apisonada. Ocasionalmente pasábamos por pequeños puentes hechos de losas de piedra, rústicos, pero aquello era mejor que quedar atascados en el lecho del río.

Aunque estábamos a finales de la primavera, los picos de las montañas estaban cubiertos de nieve y azul; Esparta se encontraba alojada entre dos cordilleras grandes, el Parnon y el Taigeto. No me había dado cuenta de lo verde y fértil que era mi tierra hasta que vi lugares mucho más secos y áridos en el camino; realmente, Lacedemonia, la región donde se encontraba Esparta, era un lugar bendito.

—Tu nuevo hogar —dije a Menelao—. ¿No es un buen cambio con respecto a Micenas?

—Aunque no fuera tan magnífico como es, es mejor ser el primero en un lugar pequeño que el segundo en uno mayor.

Detrás de sus ligeras palabras, se escondían los años de verse dominado por la sombra de Agamenón y la perspectiva de seguir así para siempre. Yo había liberado a Menelao igual que él me había liberado a mí..., libre de quitarme el velo de la cara, y de la prohibición de moverme por el mundo. Y ahora..., bueno, ¡ahora incluso podía ir yo sola a Esparta y caminar por sus calles!

—Querido mío —dije yo, poniéndome de puntillas para besarle la mejilla. En aquel momento me sentía inundada de cálido amor por él.

Mientras pasábamos por las puertas del palacio, todo el mundo estaba fuera para darnos la bienvenida: los corredores nos habían visto aproximarnos mientras íbamos por la orilla del río.

Mi padre, mi madre, Cástor, Polideuces, mis queridas damas de compañía, incluso los perros del palacio, todos gritaron como saludo.

Nos bajaron del carro y caímos en los brazos que nos estrechaban. Estábamos en casa, una casa que ahora sería distinta.

—Helena, nos dejaste como doncella y ahora vuelves como mujer casada. Es justo, pues, que te entregue las prendas y emblemas de tu nuevo estado. —Mi padre pronunció las palabras que iniciaban la ceremonia tradicional en la cual la mujer espartana es reconocida como adulta antes de entrar en su propio hogar.

Estábamos de pie en el umbral de los aposentos que compartiríamos Menelao y

yo.

A medida que mi padre los enumeraba en voz alta, mi madre me entregaba los artículos que convendrían a mi situación, uno a uno. Primero, el manto que sustituiría a mis trajes de doncella, una tela intrincadamente tejida, con hilos brillantes de plata y azul entremezclados. A continuación, un gran broche de plata para sujetar los dos extremos del manto en mi hombro. Y finalmente, los pendientes.

Mi madre me había tendido una caja de cedro que contenía dos enormes pendientes de oro circulares con cestería abierta y pequeñas espigas decorando los bordes. Eran tan pesados que no se podían llevar colgando de los lóbulos, sino que quedaban suspendidos con unos alambres detrás de las orejas; eran el símbolo de mi condición de mujer.

—Os doy las gracias —dije, cogiéndolos de la caja y sujetándolos en mis palmas.

Mi padre los cogió y me los colocó adecuadamente en las orejas, tras echar atrás el cabello para hacerlo.

—Esposa —dijo mi padre—, por último, entrega a nuestra hija las señales de su trabajo femenino.

Mi madre trajo una pequeña cestita de plata sobre ruedas que tenía el hilo ya dispuesto para tejer. En el interior se encontraban cuatro ovillos del hilo de lana más fino, de un blanco natural, marrón oscuro, y dos colores teñidos: un delicado rosa y un azul muy claro. Había otra cesta con lana sin trabajar, dispuesta para su hilado.

—Hilar y tejer son tareas que pertenecen al reino de los secretos de las mujeres —dijo mi padre—. Es adecuado que tu vida de casada empiece invocando a las tres parcas: Cloto, la que hila; Láquesis, la que te asigna el destino; y Átropos, que representa lo que no puedes evitar. Las tres diosas controlan el lapso de una vida mortal, desde el nacimiento hasta la muerte.

Cogí las cestas y las apreté contra mi cuerpo.

—Y ahora —dijo mi padre—, una vez celebrados adecuadamente todos los ritos, como debía ser, pasa a tus nuevos aposentos y toma posesión de ellos.

Cogí la mano de Menelao y entramos juntos atravesando el umbral de lo que sería nuestro nuevo hogar.

En el interior, la finísima tela de lino que tapaba las ventanas matizaba la luz y le daba a todo un tinte azul, como de primera hora del amanecer. Flotando en la neblina, podíamos ver las altas sillas, los taburetes y las mesas de tres patas dispersas encima del suelo pintado.

—¡Mira! —le señalé, mirando hacia abajo—. ¡Dibujos! Nunca los había visto antes.

Debieron de pintarlos mientras estábamos fuera. Hacían que la habitación pareciera muy rica. Y ahora mis ojos veían también las pinturas en las paredes: nenúfares, juncos y aves.

—¡Oh, qué bonito! —Nunca me habría cansado de mirarlos.

Vi que las sillas de alto respaldo tenían espirales incrustadas de marfil esmaltado de azul; los taburetes llevaban también un dibujo que hacía juego.

En la sala adjunta, el lecho de Menelao estaba cubierto con pieles de cordero finas sobre finísimas sábanas de lino. Un brasero lleno de madera de cedro y de sándalo producía un calor muy dulce.

Menelao abrió los brazos y yo fui hacia ellos. Me apretó contra su cuerpo, tan fuerte que pude notar la calidez de su pecho a través de la túnica y el manto. Inclino su cabeza hacia mí. Se volvía hacia el lecho.

¡Ahora! Ahora sentía que mi corazón saltaba, al menos una calidez que se extendía y que haría que le deseara.

Pero oía sonidos en el exterior de las ventanas, recordándome que había otros cerca. La posibilidad había desaparecido. Me liberé de su abrazo y fingí examinar la nueva habitación. No me atreví a mirarle a la cara; no podía soportar ver en ella ira o decepción. Pensé que oía una risa lejana: ¿Afrodita?

XV

Sólo había que atender a una costumbre más antes de que pudiera empezar realmente mi nueva vida. Abajo, en el Eurotas, mi padre y mi madre transformaron la ancha pradera en un campo de celebración y dieron la bienvenida a toda Esparta, de modo que Menelao pudiera conocer a toda la gente a la que gobernaría algún día.

Los fuegos abiertos en el campo crepitaban; por encima de ellos, daban vueltas unos bueyes, asándose. Cualquiera que levantase una copa la vería llena del mejor vino de mi padre. La gente de la ciudad se congregaba en los prados, los artesanos para mostrar sus cacharros y sus joyas, los forjadores de armas con sus cuchillos y espadas. Las amas de casa ofrecían sus pasteles de cebada y de pasta de higos; aspirantes a bardos pulsaban sus liras y cantaban. Vi pastores, porqueros y cabreros apiñados. En un extremo del campo se llevaban a cabo competiciones atléticas: boxeo, lucha y carreras. Cualquiera que procediese de Esparta o de la zona que la rodeaba podía competir. Yo pensaba nostálgica en mi última carrera como doncella. Aquel día en el campo sólo había chicos y hombres. Junto a ellos, los criadores de caballos ofrecían sus animales, esperando que se produjera una venta. La nuestra no era la zona que tenía los mejores caballos, pero uno aprovecha lo que tiene a mano.

Menelao y yo íbamos paseando entre la multitud. Yo notaba todos los ojos clavados en mí, pero con su brazo en torno a mi hombro conocí la libertad por vez primera. Ya no tenía que ocultarme. Le cogí la mano y la apreté. Él nunca comprendería lo agradecida que le estaba.

—¡El futuro! ¡Os leo el futuro! —Pasamos junto a una anciana que nos tiraba de las ropas con sus manos como garras—. ¡El futuro! ¡El futuro! —exclamaba, con voz ronca.

—¡Vete! ¿No ves que...? —empezó Menelao. Entonces se dio cuenta de que la mujer era ciega, y que tenía los ojos sellados como una bolsa de cuero. Retrocedió.

—¡Pociones! —dijo una mujer junto a ella. Ésta sí que podía ver, y demasiado incluso: sus agudos ojos negros parecían los de un ave de presa—. No le prestes atención. ¡Sea cual sea tu futuro, una poción puede cambiarlo! —dijo, y me colocó un frasquito en la mano.

—No. Es veneno —dijo otra voz, con tranquilidad—. Necesitarías un antídoto antes de que hubieras caminado cincuenta pasos. —El que hablaba era un hombre—. Halia, de verdad, ¿todavía estás intentando vender esa poción mortal? ¿Y a tu futura reina? ¿Qué problema tienes? ¿Acaso ella no te gusta?

La mujer se irguió.

—Era para que la «usara» la Reina —dijo—. No me has dado la oportunidad de que se lo explicara mejor.

—¿Para que la Reina pueda envenenar a sus enemigos? ¿Por qué no haces una demostración de sus poderes? De otro modo, podríamos pensar que le estás pasando simple grasa de oveja.

Menelao miraba al hombre que había aparecido de repente, vestido con un polvoriento manto rojo.

La vendedora de pociones se encogió de hombros. Sin dudar, cogió el perro de su compañero, que había estado sesteando a su lado en el suelo, y le embadurnó el hocico con la pasta espesa. El perro gruñó y se lamió los labios.

El enigmático hombre levantó una ceja y miró al perro.

—Estas cosas pueden tardar un rato —dijo. Había un humor o un juicio comedidos en sus palabras. De alguna manera estaba provocando a la mujer, o quizá burlándose de ella, o quizá todo aquello no le importase en absoluto. Su tono de voz se podía interpretar de todas aquellas formas.

El perro saltó hacia delante, inestable sobre sus patas. Dio unos círculos extraños antes de caer de nuevo y empezar a gemir y temblar.

—Mejor tener el antídoto cerca —dijo el hombre.

El propietario del perro empezó a sacudirlo y a gritar.

La vendedora de pociones estaba buscando tranquilamente en una cesta, y al final sacó una botellita de líquido.

—Hummm..., aquí está. —Abrió la boca salivante del perro un poquito y vertió el líquido en la rendija.

—Impresionante, Halia —dijo el hombre—. Veo que conoces las plantas. ¿Qué era eso..., adelfa?

Ella le miró.

—No pienso decirte todo lo que sé.

—¿Y qué has usado para invertir el efecto? ¿Jugo de belladona?

—¡Te he dicho que no pienso decírtelo!

Menelao y yo empezamos a retroceder, y la mujer protestó.

—¿Después de todo esto no lo vas a comprar?

El hombre misterioso había desaparecido. Menelao y yo nos miramos el uno al otro.

—¿Le hemos visto de verdad? —le pregunté.

—Uno nunca puede estar seguro —dijo Menelao—. De alguna manera, él era

mucho más inquietante que los venenos. Los venenos se pueden explicar, pero él parecía tener un conocimiento extraordinario de estas cosas.

—En realidad, no lo sabemos —dije yo—. Lo único que sabemos que sí sabía era el nombre de la mujer, y cómo funcionaban los venenos.

—He tenido la sensación de que sabía mucho más.

—¡Ah! ¡Aquí estáis, ocultándoos en este lugar tan humilde! —Una voz imponente resonó con fuerza detrás de nosotros. Nos dimos la vuelta y nos encontramos frente a Odiseo. Sonreía, ya que su matrimonio con Penélope había sido aprobado y se había establecido el día de la boda. Ya tenía lo que deseaba—. Estáis en una compañía de dudosa reputación. —Señaló a la adivina y a la vendedora de pociones.

—¿Has visto al hombre que estaba con nosotros hace unos momentos? —le preguntó Menelao.

—No, ¿por qué? —Odiseo estaba levantando un hombro de su túnica y ajustándose el sombrero—. ¿Era un ladrón?

—No lo creo —respondí.

—Entonces, ¿qué importa? —Se echó a reír—. Vamos. Parecéis contentos. —Levantó su brazo y lo pasó en torno a los hombros de Menelao—. Debo felicitar me por apoyar tus pretensiones. ¿Has oído algún rumor de descontento por parte de alguno de los pretendientes rechazados? El juramento que prestamos en aquel campo sangriento debería evitar cualquier problema.

—¿Y cuándo es la boda? —preguntó Menelao—. He oído hablar de una carrera a pie. Por supuesto, ganaste tú.

—Por supuesto. Ya me aseguré bien de ello. —Hizo un guiño—. De repente pasé a todos los pretendientes de Penélope. Nos casaremos antes de que la luna esté llena de nuevo. Luego volveré a Ítaca con mi esposa. Su padre, por supuesto, no está demasiado ansioso de dejarla partir. Pero yo no quiero quedarme aquí. Quiero volver a mi isla. Me gustan sus rocas y su soledad.

Dos hombres pasaron junto a nosotros, ambos de una belleza increíble, uno mayor y el segundo en aquel primer brote de la madurez, cuando un chico se acaba de convertir en hombre. El mayor tenía el pelo de un color dorado; el chico, muy oscuro, con espesas cejas. No eran gente del pueblo, sino soldados, lo sabía por la forma que tenían de andar.

—Bien, bien —dijo Odiseo—. ¿De dónde serán éstos? ¿Del monte Olimpo, quizá?

Volviendo al lado de mi padre, vi que los recién llegados se habían unido a él. Una compañía de soldados los rodeaba, con petos de lino y espadas cortas. Un hombre arrogante, con la cara brillante y expresión de regodeo le estaba hablando.

—Quienesquiera que sean, los aplastaremos —estaba diciendo. Sus compañeros soldados asintieron, murmurando.

¿De qué estarían hablando? ¿A quién tenían que aplastar? Estábamos en paz.

—Tendréis el lugar preparado mañana —dijo mi padre.

—Los espartanos sois demasiado confiados —dijo el soldado fanfarrón—. Ya es hora de que tengas algo de protección. Bueno, dicen que ni siquiera tienes espías...

—Si un rey es justo y sus soldados fuertes, no importan las maldades que estén planeando sus enemigos —dijo mi padre—. Por tanto, no necesitamos espías. Sea lo que sea lo que planeen, quedará en nada.

Resonó una breve risa detrás de mí. Me volví a ver quién era, pero sólo vi más soldados. Luego, por el rabillo del ojo, vi un manto rojo polvoriento. ¡Aquel hombre otra vez! ¿Por qué estaría ahí?

Cogí el brazo de Menelao.

—¡Líbrate de él! —susurré—. Ese hombre es..., tiene que ser un espía. Pero ¿de quién?

Menelao se volvió y miró, pero al parecer el hombre había desaparecido una vez más.

—Bueno, Linceo, como general, ¿te contentarás con compartir los barracones con tus hombres? —preguntó mi padre al hombre grandilocuente.

Linceo asintió, condescendiente.

—Si valoras tu trono, Tíndaro, deberías mostrarlo a plena vista en el palacio, y no fuera de la vista, en unos barracones privados. —Una voz tranquila surgió de la multitud que rodeaba a mi padre.

—¿Quién habla? —Mi padre levantó la cabeza.

El hombre del manto rojo dio un paso al frente.

—Sólo quiero ofrecerte algunos consejos de sentido común —dijo—. Algo que estoy seguro de que tú mismo habrías comprendido sin que pasara mucho tiempo. —Su tono ocultaba un «pero para entonces quizá sea demasiado tarde».

—¿Quién habla, he dicho? —insistió mi padre.

—Soy Gelanor de Gitio.

—¿Un marinero? ¿Un capitán de puerto?

Gitio era el puerto de mar más cercano a Esparta, aunque para llegar allí, al caer la noche, se podía salir poco después de amanecer.

—Ninguna de las dos cosas, aunque mi padre sale al mar.

—¿Y por qué no le has seguido?

—En tierra ocurren cosas mucho más interesantes.

—¡Dime una! —le gritó el truculento general.

—El hombre —dijo Gelanor—. Los hombres suelen estar en tierra, y son mucho más interesantes que los peces.

—No me has respondido —dijo mi padre—. ¿Cómo te ganas la vida? No pareces un soldado.

—Ni tampoco un porquero —susurró Menelao, y ambos ahogamos una risa. Era verdad, el hombre no apestaba, después de todo.

—Hago que las cosas...

—¿Qué cosas? —preguntó mi padre.

—Que las cosas ocurran.

—¿Qué respuesta es ésa? ¿Acaso eres un mago?

Gelanor rio.

—No. Lo único que quiero decir es que si alguien quiere algo, yo puedo ayudarle a conseguirlo. Sólo —levantó las manos— con mi ingenio y experiencia. No domino las artes mágicas. Ni tampoco trafico con los dioses. He averiguado, augusto rey, que la mente es la única magia que uno necesita.

Mi padre se encogió de hombros.

—Aquí tenemos otro tipo loco. —Le hizo señas de que se fuera. Entonces, el general le susurró algo al oído y se volvió de nuevo a Gelanor—. Quizá pueda darte algún uso...

Nos apartamos del soldado y de su poco apetecible líder.

—¿De qué va todo esto? —le pregunté a Menelao—. ¿Por qué ha contratado mi padre a todos esos hombres?

—Su líder es un hombre adecuado para la guerra —dijo Menelao—. Quizá sea útil tener a una persona así.

Cortésmente rechazamos al esclavo que iba por entre la multitud rellenando las copas. El vino espeso y dulce era demasiado fuerte y tendrían que haberlo aguado.

—Pero no hay guerra —dije yo—. Así, pues, ¿qué hará mi padre con él?

—Quizá sentirse más seguro —dijo Menelao—. A ese tipo no parece que se le escapen muchas cosas.

—¿Qué tipo? ¿Gelanor o Linceo? ¿El general o el hombre del manto rojo?

—A ambos. La mente de Gelanor es más aguda que fuerte el brazo de Linceo... Una competición interesante, si alguna vez llega a producirse.

—Pero mientras ambos sirvan a mi padre, trabajarán juntos. —Lo dije como una afirmación, pero en realidad era una pregunta. Menelao no la contestó.

Nos aproximábamos a la tienda donde los bardos estaban actuando; los dulces

sonidos de las cuerdas de la lira penetraban el aire.

Esparta era conocida por sus músicos y sus poetas, y yo estaba ansiosa por oírlos. Formaba parte de mi nueva libertad. Estaba ansiosa por probarlo todo, por regodearme con cada nuevo plato.

—No le escuches. —Un hombrecillo oscuro estaba de pie junto a la entrada de la tienda haciendo un gesto de menosprecio—. Pierde todos los concursos.

Su música me parecía bastante buena.

—¿Y se supone que tú los ganas? —preguntó Menelao.

—Pues claro —dijo él encogiéndose de hombros, como diciendo: «ganar contra gente así apenas es una victoria».

—Déjanos que juzguemos a ese hombre por nosotros mismos —dije yo, dirigiéndome hacia la entrada.

El bardo que estaba dentro acababa ya. Estaba cantando acerca de las poderosas hazañas de Heracles, especialmente su victoria sobre el león de Nemea.

—... las garras. ¡Oh, tan agudas que ellas solas podían cortar el pellejo! ¡Ah, la fuerza de Heracles, incomprensible para cualquier mortal! ¡Ah, Heracles!

—Creo que el hombre de fuera tenía razón —susurró Menelao, haciéndose eco de mis propios pensamientos.

Pronto le acompañaron fuera, y el extraño al que habíamos conocido fuera de la tienda ocupó su lugar. Nos miró como diciendo: «y ahora veréis lo que vale la pena».

—Cantaré sobre algo que ha ocurrido en nuestros tiempos —dijo, haciendo una reverencia y cogiendo su lira en la mano.

—¡Lo de Heracles ocurrió hace poco! —objetó alguien.

—Cierto, pero esto ocurrió hace menos tiempo aún. —Se arregló el manto en el lugar donde lo sujetaba su broche, como un atleta que se prepara para una competición.

—Yo, Oeno de Terapne, cantaré sobre el festín de bodas del rey Peleo de Ftia y la diosa del mar Tetis.

—Eso no sería muy inteligente —murmuró alguien en el fondo. La voz era baja, pero el hombre la oyó.

—Los bardos deben cantar lo que es cierto, y eso no siempre es inteligente —contestó, y cogió de nuevo su lira y comenzó.

Tenía una voz muy agradable y su habilidad con el instrumento era impresionante, parecía formar parte de su propio discurso. Se perdió en las palabras y pareció que éstas brotaran de su propio interior. Luego las notas plateadas se fueron extinguendo.

Los oyentes rugieron aprobadoramente tras su canción.

Cuando salía, le detuvimos.

—Tenías razón —dije—. Acerca de ti y del otro cantante.

Fuera de la tienda, un hombre soltaba una perorata a una multitud de mirones interesados. Llevaba una caja de madera con un asa.

—¡Funciona! ¡Funciona! —proclamó—. ¡No más ratones!

—Es mejor una serpiente doméstica —dijo alguien.

—Ah, sí, es verdad. —El rostro se iluminó con una sonrisa—. Nada supera a una serpiente a la hora de librarte de los ratones. Pero ¿puedes sujetar a una serpiente? Está ahí, y al día siguiente desaparece. Cuando más la necesitas, se ha deslizado y ha desaparecido. —Dio unas palmaditas a su caja—. Pero esto siempre te está esperando. Se ceba así (levantó la portezuela y puso un bocado en su interior) y la trampa funciona así. —La tocó con una ramita y la puertecita se cerró de golpe—. ¡Llevaos dos! —Y levantó otra.

Pero nadie compraba sus artículos, y el hombre se dirigió a otro grupo.

—Dime, amigo, ¿llevas mucho tiempo haciendo esto? —le preguntó Menelao, acercándose a él.

—Sólo un año, más o menos —dijo el otro—. Antes yo... tenía un oficio muy desagradable.

—¿Puedes decirme cuál era?

—Yo era el que llevaba a los niños al monte Taigeto.

A los bebés espartanos que no eran considerados dignos de vivir, ya fuera por su debilidad o por enfermedad, o simplemente por un mal augurio, se los abandonaba para que murieran a la intemperie, en las laderas de la montaña. No era de extrañar que hubiese cambiado de oficio y se dedicara a fabricar trampas para ratones.

—¿Alguna vez intentaste... salvar a alguno? —le pregunté.

—Dos o tres veces —dijo—. Si el niño estaba condenado sólo por una profecía, y si había pastores o cazadores por allí que podían llevárselo a casa y cuidarlo. Pero eso ocurría pocas veces.

—¿Y esas historias de osas y lobas que amamantaban a los niños? —pregunté. Todo el mundo las había oído.

Él negó con la cabeza.

—Una loba se los habría comido. Una osa probablemente los habría matado de un manotazo. Son sólo eso..., historias.

—¿Y quién se encarga de ese trabajo ahora?

—No lo sé —respondió el otro—. Alguien. Siempre encuentran a alguien.

Temblando, nos dimos la vuelta. No teníamos que buscar demasiado lejos para

encontrar algo que nos llamara la atención, al llegar al borde del campo de las competiciones atléticas.

Un grupo jadeante de jóvenes acababa de cruzar la meta de una carrera, y ahora descansaba en la hierba, dando volteretas y respirando entrecortadamente. El sol incidía en sus cuerpos resplandecientes, y el sudor marcaba todos y cada uno de sus músculos, haciendo que brillasen como la piedra pulida. Contra el verde de la hierba reciente, su juventud parecía eterna, fija, segura para siempre.

Burlándose de ellos se encontraba un hombre mayor apoyado en un bastón, allí cerca, contemplándolos. Se estaba masajeando la rodilla, y luego se balanceaba a un lado y otro para soltar la articulación tiesa.

—Oh —murmuraba—. ¡Oh, cómo duele! —Hizo chasquear la rodilla—. Malditos vendedores de unguentos, charlatanes... —Se inclinó y olisqueó la rodilla—. ¡Huele fatal, pero no funciona! —Cogió un botecito de arcilla que tenía a sus pies y nos lo tiró—. Oled un poco —nos ordenó.

Menelao olisqueó un poco e hizo un gesto de desagrado.

—Amigo, tienes razón. ¡Qué hedor! Apesta como tripas de cabra podridas.

—Y probablemente sea eso —gruñó el hombre—. Me lo han vendido como perlas molidas y aceite de narciso, y así olía el primer día, pero ahora... —Con un siseo, el hombre lo arrojó por encima de su hombro. Voló lejos, sorprendentemente lejos.

Se volvió a mirar a los jóvenes atletas.

—Como son ahora, yo también fui un día —dijo, con aire cómplice—. ¿No me creéis? El brazo de la jabalina todavía lo tengo fuerte, y en tiempos podría haber superado en una carrera a cualquiera de esos jovencuelos que están en el suelo. Hace veinte años, cuando nació Agamenón —hizo una pausa, pensó un momento—, bueno, más bien treinta años —admitió.

—Eso está mejor —dijo Menelao—. Porque mi hermano Agamenón está más cerca de los treinta que de los veinte. Yo también estoy más cerca de los treinta que de los veinte.

—¡Menelao! Perdóname, tendría que haberte reconocido. —El hombre se inclinó doblándose por la cintura.

—Dime, amigo —dijo Menelao—, dices que eras un famoso atleta hace treinta años. ¿Dónde corriste? ¿Y contra quién?

—Corrí por Esparta en muchas carreras, muy lejos, en Argos y Nauplia —dijo—. Incluso derroté a Calipo en Atenas, en el doble *stadia*, dos veces. Mis seguidores me llevaron a hombros por toda la ciudad. —Su voz primero se hinchó, llena de orgullo, y luego se volvió más dulce ante los recuerdos atesorados de un tiempo ya

desvanecido, y una fuerza también desvanecida—. Yo también boxeaba —dijo—. Y gané unos cuantos combates. Y pagué por ello —dijo, y señaló sus orejas llenas de cicatrices, que asomaban bajo su cabello gris—. Era mejor corredor —admitió.

—Dinos tu nombre —dije.

—Eudelo.

—Eudelo, Esparta debería estar orgullosa de su hijo —dijo Menelao.

—Y lo estuvo..., en tiempos. —Miró a los atletas en el campo, ya en pie de nuevo, que bebían agua fresca y que llevaban al ganador a hombros. Una corona de flores campestres caía de medio lado en su cabeza.

—Guarda la corona —dijo—. Muchacho, guarda esa corona.

Nos mezclamos con la multitud; a medida que iba cayendo la oscuridad, la gente empezó a escasear, y quedó un grupo más pequeño reunido en torno a los fuegos y comiendo más, y luego se quedaron a oír a los bardos, que no parecían cansarse nunca. Pero los artesanos, los vendedores de ratoneras, las adivinas y los atletas habían desaparecido, y justo cuando salió la luna, la partida real regresó al palacio, y nos acompañó el nuevo contingente de soldados. El camino por la colina arriba era muy agradable a primera hora de la noche, iluminado por antorchas y acariciado por el viento que susurraba al pasar sobre nosotros.

Mi padre y mi madre hicieron una pausa antes de que nuestros caminos se separasen para dirigirnos a nuestros aposentos privados.

—¡Contempla tu reino! —dijo mi padre—. Hoy lo has visto por primera vez, y ellos te han visto también a ti. ¿Te ha gustado lo que has visto?

—Sí, mucho —dijo Menelao. Pero su respuesta parecía extrañamente distante.

—Me ha gustado verlo a mí también, por fin —dije.

—Pequeño polluelo, ahora puedes nadar por las aguas todo lo que quieras —dijo mi madre.

De vuelta a nuestras habitaciones, las lámparas ya estaban encendidas y habían aplastado unas hierbas aromáticas en un plato para que el aire estuviese fragante. Yo estaba feliz y emocionada; seguramente aquella emoción me llevaría consigo y me levantaría en una oleada de deseo, como el atleta que había sido elevado a hombros de sus compañeros. Los acontecimientos del día me impulsarían hacia los brazos de Menelao, directamente hacia el sol de su deseo. Mi frialdad se fundiría en aquel sol.

Pero no ocurrió tal cosa; la luna, esa diosa fría, miraba hacia abajo, a nuestro lecho de plata por la ventana, y su aire helado desterró el amor.

XVI

Y ahora empezaba mi nueva vida... ¿o había acabado ya? Había añorado tanto ser libre, y aquel día feliz, abajo junto al Eurotas, pensaba que había llegado el momento, pero Menelao, al abrir la puerta de una jaula, simplemente me había empujado a otra. Yo no podía evitar pensar en el hombre de las ratoneras y sus trampas. Menelao, que al principio me parecía tan fuerte y sencillo, ahora me parecía taciturno y misterioso, ya que mantenía sus pensamientos guardados en su interior. Hablaba, pero no hablaba de nada vital; era agradable, pero de una manera remota. Había pensado que sería amigo mío, pero más bien tenía un compañero protector y sólido. Un amigo puede ser un compañero, pero un compañero no es necesariamente un amigo, como iba descubriendo.

Artemisa, la fría diosa virgen que guía la luna, había mirado hacia abajo, a nuestra habitación, después de aquel día encantador en las praderas, y supongo que se apiadó de nosotros. Ella, de alguna manera, debió de persuadir a la graciosa Deméter, que preside la fertilidad y ama la casa de Tíndaro, para que nos diera sus bendiciones, a pesar de la ausencia de Afrodita de nuestro lecho. Fue capaz de hacerlo porque no es necesaria la pasión para la fecundidad, ni la fertilidad implica deseo..., aunque los dos normalmente van en compañía.

Tres meses después del matrimonio, yo estaba encinta.

Nadie pensó que era demasiado joven. Cumpliría dieciséis cuando naciera el niño, como mi madre cuando dio a luz a Clitemnestra, casi igual que Clitemnestra cuando tuvo a Ifigenia. Ni siquiera yo misma pensé que era demasiado joven. Me pareció enteramente natural que de repente pudiera convertirme en madre. Aquello no requería sabiduría alguna, sólo amor y fuerza. O eso creía yo, y todos los demás.

Entonces la puerta de mi jaula quedó bien cerrada, de verdad. Menelao me trataba como a un pajarito frágil cuyo nido puede salir volando en un día de brisa. Me prohibió caminar sola por las laderas del monte Taigeto, me advirtió de que no debía correr deprisa, y en cuanto a jugar y luchar con Cástor y Polideuces, que todavía me provocaban cuando su vino no estaba lo bastante aguado, se mostró inflexible diciendo que debían cesar de inmediato. Yo tenía que estar protegida y tranquila. Ésas fueron sus órdenes. Sólo la sonrisa y el tono amable de su voz cuando hablaba de aquello traicionaban lo encantado que estaba.

Mi madre estaba agitada y nerviosa, como si la idea de tener un nuevo nieto fuera emocionante e intranquilizadora a la vez. Aquello significaba que era vieja, y también significaba que su linaje continuaba. A veces se mostraba solemne, advirtiéndome de los peligros del nacimiento y de la primera infancia. Otras veces estaba risueña y aturdida.

—Zeus —dijo un día— va a ser abuelo... —Y se llevó las manos a la boca y se rio. Yo también lo hice.

—Madre... —escogí mis palabras con cuidado—, sé que soy mortal. Y también tiene que serlo mi hijo. Pero ¿crees..., piensas... que Zeus podría concederle alguna bendición especial? La verdad es que no sé nada de cómo tratan los dioses a sus nietos.

—Me temo que pierden su interés por ellos —dijo ella, tristemente—. Igual que con los mortales con los que han... estado temporalmente. Pero la gloria de los dioses reside en su linaje. Y eso, pequeño polluelo, no nos lo pueden quitar. Es nuestro para siempre. Nuestra recompensa, si quieres, por arriesgarnos. —Luego, bruscamente, añadió—: Pensemos en nombres..., y necesitarás una comadrona, la mejor que pueda ofrecer Esparta... Ellas saben muchas cosas, cosas que yo no sé. Hay una mujer..., tiene unas manos mágicas, no ha perdido nunca a un niño ni a una madre... Haré que la traigan.

«Ni a una madre». Crudas palabras, un crudo recordatorio de que yo no era como un árbol, un árbol pacífico que nunca muere al dar a luz una pera o una manzana.

—Llámame Piele, «regordeta» —dijo la mujer de la nariz bulbosa—. Todo el mundo me llama así. —Se puso las manos en las caderas y me examinó—. Ya te vi una vez —dijo, como disculpa—. Presencí la carrera de doncellas. De modo que no me vas a cegar con tu belleza. No me preocupa tu cara, sino más bien tus órganos internos. Y te garantizo que son iguales a los de cualquier otra. Y de todos modos, no podemos verlos. —Hizo una pausa para tomar aliento—. La cuestión es: ¿funcionan como es debido? Es lo único que debe preocuparnos. Échate aquí en este banco y deja que te examine.

Obediente, me eché y ella palpó con los dedos y puso el oído contra mi vientre. Sus manos eran suaves, aunque sus modales no lo fueran.

—Todo parece en orden —dijo, gruñendo mientras se volvía a incorporar—. ¿Dices que esperas al niño en lo más crudo del invierno?

—No, más bien hacia el final.

—Bien. No podría subir por la colina si está cubierta de hielo. —Suspiró y se sentó en el banco que había junto a mí—. Y ahora, niña, debes procurar comer sólo

los alimentos que aseguran el agua, no los que son picantes y pueden provocar un parto prematuro. Eso significa que no debes comer ni puerros ni vinagre. Ya sé que la comida es mucho más sosa —se encogió de hombros—, pero lo que necesitas es un parto aburrido. Muy aburrido. Bien —se incorporó—, mándame llamar cuando tengas cualquier pregunta. —Se inclinó hacia mi cara y susurró, como si fuera un secreto—: La mayoría de la gente no sabe nada del nacimiento ni de los niños. ¡No hagas caso de sus tonterías! ¡Pregúntame siempre a mí!

Piele era un regalo de los dioses, y la paciencia en persona cuando venía a responder a mis muchas preguntas acerca del alumbramiento. Pero a la pregunta más importante de todas (por qué no había cambiado mi silueta) ella sólo podía responder: «Depende, cariño, depende».

Pero yo me preguntaba si mi parte de diosa me mantenía esbelta tanto tiempo. Y me preguntaba también si era posible que una mujer que tenía parte de diosa pudiera morir en un parto. ¿Me protegería mi naturaleza contra eso? No podía preguntárselo a ella, porque no tendría ninguna experiencia al respecto.

Menelao actuaba como una vieja, más que mi propia madre, armando mucho escándalo y advirtiéndome de todos los peligros. Pasaba su brazo protector por encima de mi hombro siempre que íbamos juntos. Una vez incluso intentó hacer que llevase la cadena de oro matrimonial, espantosamente pesada, para mi protección, pero hice que la guardara en su caja. No podía soportar su peso.

A continuación, empezó a recoger armas y armaduras para lo que suponía que sería un hijo.

—Será un guerrero —dijo, empuñando un escudo y una espada de bronce recién forjados y enseñándomelos, orgulloso.

Pasé la mano por la superficie del pomo de la espada, con finas incrustaciones que representaban guerreros persiguiendo a un león, de oro y plata. Brillaba a la luz de la mañana temprana. Todas las espadas tienen un brillo muy bonito cuando las ves por primera vez, antes de usarlas para trabajos mortales.

—¿Y cómo vamos a llamar... al niño? —le pregunté.

—¡Ya tengo el nombre! —exclamó él, orgulloso—. ¡Nικόstrato! Significa: «ejército victorioso».

—Ya sé lo que significa, pero ¿deberá soportar el peso de un nombre semejante?

Menelao parecía abatido.

—No se me ocurre mayor honor.

—¿Y si es una hija?

Él se encogió de hombros.

—Entonces debería recibir el nombre de algo bonito..., de una flor, de una ninfa.

—Yo pensaba en Hermíone.

—¿Reina-columna? ¿Por qué? —Se echó a reír.

—Porque quiero que sea fuerte. El tipo de mujer a la que recurren los demás como apoyo. Una gran gobernante.

—¿Quién dice que tendría que gobernar? Ninguna mujer gobierna sola. —Parecía enfurruñado al guardar la espada y el escudo.

Menelao se retiró después de aquello, y apenas me llamaba para que me uniese a él en su dormitorio. Decía que era por preocupación por el niño, que quería que estuviese sola para no sufrir daño alguno, pero yo me preguntaba qué hacía solo todas aquellas noches. Parecía taciturno; a veces, le encontraba deambulando por las salas del palacio, con aire pensativo. Siempre me dedicaba una nostálgica sonrisa cuando se cruzaba conmigo.

Al cabo de un tiempo, me puse más pesada y abultada, y fui notándome cada vez más y más torpe, pero mi extrañeza por Menelao también fue en aumento. Él no era feliz, al parecer, pero yo no sabía por qué. Había querido casarse conmigo, y había llevado a cabo aquella hazaña espectacular para conseguirme, y ahora estaba a punto de tener un heredero. Heredaría el trono de Esparta. Sin embargo, paseaba melancólicamente. No podía ser la falta de pasión en nuestro matrimonio, suponía yo. Un hombre no nota esa carencia tanto como una mujer.

No, concluí. Tenía que ser algo más.

Quizás había encontrado que la vida con nosotros era lo mismo que la vida con Agamenón, siempre en segundo plano. Mi padre era el Rey, ¿y qué podía hacer Menelao? ¿No tenía otro objetivo en la vida que pedir nuevas armaduras y esperar a que mi padre muriese? Eso acabaría por destrozar a un hombre orgulloso como Menelao, y dado que era el tipo de hombre que ni siquiera pensaría en la posibilidad de acelerar la sucesión, lo haría más rápido todavía.

Pero si yo hablaba con mi padre, y le preguntaba si estaba dispuesto a compartir el trono, aunque fuese como pura formalidad..., quizá lo considerase. Y eso podía hacer mucho para liberar a Menelao de las garras de su pesar.

Le busqué una tarde que estaba despachando a unos mercaderes extranjeros de Gitio. Tras dejar el palacio, se pusieron a parlotear y cogieron los regalos que les había entregado mi padre mientras bajaban por la colina. Sus ropajes de vivos colores facilitaba el verlos incluso desde cierta distancia.

—Sirios —dijo mi padre—. Siempre son tan chillones..., tanto por sus voces como por su ropa. No me extraña que quisieran llegar a un acuerdo para procurarse

algo del tinte púrpura de nuestras costas. Pero no estoy seguro de querer tratar con ellos. Puedo obtener un precio mayor de los egipcios.

—¡Ah, padre, siempre buscando el precio mayor! —Nunca cambiaría; una de las cosas que admiraba de Menelao era que parecía poco preocupado por tales cosas.

Él sonrió y levantó las manos para darme la bienvenida.

—¿Preferirías que buscara el más bajo? —Se echó a reír—. Así no es como piensa un rey.

—Precisamente de ser rey era de lo que venía a hablarte —dije. Me lo había puesto fácil.

—¿Y eso? Nunca podrás serlo, querida, así que no tienes que preocuparte por los deberes de la realeza. —Se enderezó un poco—. Y yo tengo bastante buena salud, así que no tienes por qué preocuparte. —Tenía un aspecto fuerte y vital, mucho más joven de lo que correspondía a sus años.

—Estoy muy agradecida de verlo con mis propios ojos. No, padre, de quien quiero hablarte es de Menelao. Es joven y saludable; sin embargo, se ve obligado a permanecer ocioso. Me temo que eso le está debilitando moralmente.

Mi padre lanzó un gruñido.

—¡Necesita una guerra! ¿En qué se va a ocupar de lo contrario un joven como él? Un guerrero necesita una guerra. Esta paz es lo que le está agobiando. Es muy natural.

—La paz es una bendición.

—Para las mujeres y los campesinos, pero no para los hombres —dijo mi padre—. Los hombres necesitan acción. Sin ella se marchitan. Yo ya he tenido mis guerras y mis batallas, y puedo descansar contento en el mégaron y escuchar a los bardos. Pero Menelao... debe encontrar una guerra.

—Yo no puedo crear una guerra.

—Escucharé atentamente a ver si oigo hablar de alguna batalla por aquí cerca a la que se pueda dedicar. Lo único que hacen los griegos es luchar... Estoy seguro de que debe de haber alguna batalla en marcha en este mismo momento.

—Que comparta alguna de las obligaciones del reino contigo —le dije—. Eso sería mejor que una guerra.

—No estoy seguro de que un hombre esté preparado para ser rey si no ha combatido en ninguna guerra.

—Menelao ha combatido en batallas en torno a Micenas —le recordé—. ¿No podrías hacerle corregente?

Él me miró con gravedad.

—Debes de querer mucho a ese hombre, verdaderamente —dijo.

—Es mi marido. Quiero ayudarlo.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada. Y te advierto de que esta consideración puede requerir mucho, mucho tiempo.

Mi esbeltez se vio reemplazada gradualmente por una figura rellena, pero era una redondez suave y graciosa. A medida que avanzaba el año, a medida que cada cosecha y cada animal llegaba en su momento preciso —las ovejas tenían sus corderos, los olivos daban su fruto—, yo me sentía acunada en las manos de Deméter, vigilada por esa benévola diosa de las cosechas. Cuando ella empezó a lamentarse porque su hija había partido hacia las tierras cálidas, yo me preparé para su ausencia. Pero por aquel entonces ya había aprendido lo que necesitaba de la comadrona, había reunido todas las cosas necesarias para el cuidado del bebé y me había rodeado de todas las personas que me amaban. No quería sentir temor ante el abandono de la diosa.

La época más oscura del año llegó y se fue. El sol empezó a salir mucho más al este y a ponerse mucho más al oeste, y a trepar un poco más arriba por el cielo, aunque todavía hacía frío y humedad. Entonces supe que mi momento casi había llegado, y me preparé en lo posible para algo que sólo sabía que no sería, en absoluto, como esperaba..., algo para lo que era imposible prepararse.

La vieja comadrona tenía razón: era inconfundible.

Yo había estado en mi telar, tejiendo lo que pensaba que era un diseño complicado (eso fue antes de que viera lo que hacían en Troya), cuando noté un dolorcillo ligero. Seguí tejiendo, inclinándome hacia delante, alimentando la lanzadera y diciéndome: no, todavía no. Seguramente sería un movimiento raro, una falsa alarma.

Pero los pinchazos persistieron y se volvieron más intensos. Alterada, dejé la lanzadera y mandé llamar a mi madre.

—¡Ah, polluelo! —gritó ella—. Ven rápido a la habitación del parto. ¡Mandaré a buscar a la comadrona!

Ella me condujo a una habitación que habían dejado deliberadamente desnuda y sin muebles. No había nada más que un banco de madera dura, unas mantas y algunas jarras y unos cubos. Yo me agarré de su mano y me subí al banco. Mirando a mi alrededor, no veía más que unas paredes desnudas y blancas.

—No tiene ningún sentido tener paredes con bellos dibujos —dijo ella—. No te proporcionarían ningún placer y después, cuando los vieras, te echarías a temblar.

Las oleadas de dolor se amontonaban una sobre otra, y venían tan rápidas que me dominaban. Pronto empecé a jadear.

Miré hacia arriba y vi el rostro de Piele.

—¡Debes contenerte! —me ladró—. No puedes dejarte caer ahora. ¡Pasará mucho

tiempo antes de que puedas descansar de nuevo!

—¿Cuánto tiempo? —exclamé.

—¡Mucho tiempo! —me contestó—. Mucho, mucho tiempo.

Me pareció una eternidad, pero los que asistieron dijeron que sólo fue una noche y parte de una mañana. Vi cómo iba oscureciendo gradualmente (habían encendido lámparas y antorchas, de modo que era difícil saberlo) y pensé que veía aumentar la luz, pero por entonces ya veía poca cosa. Había una ventana en la habitación y me pareció que cambiaba de color, pero no lo recuerdo. Lo que sí recuerdo es el intenso dolor y cómo gritaba yo: «¡Padre!, ¿no puedes ahorrarme esto?», y cuando el dolor continuaba, sin disminuir lo más mínimo, supe que mi lado mortal era con mucho el más fuerte que había en mi interior. Una diosa no siente las agonías que sentí.

Al fin, después de un gran brote de dolor, éste se detuvo de pronto.

—¡Ya está aquí! —gritó la comadrona—. ¡Ya está aquí!

Apenas oí nada, unos pasos, un murmullo. Pero ningún llanto. Y luego llegó. Un llanto intenso.

—¡Helena tiene una hija! —gritó Piele, sujetando en alto un bulto rojo.

Una hija.

—¡Hermíone! —susurré yo. Mi reina-columna.

Piele me la puso en los brazos. Miré aquel diminuto rostro arrugado. Justo en ese momento ella abrió la boca y enseñó la lengüecita rosa. Sus gritos arreciaron.

—Querida mía —dije. Le di la bienvenida con todo mi corazón, y sentí en aquel instante que nada nos separaría jamás. Éramos una sola.

Aquella misma mañana, después de trasladarnos de la desnuda sala del parto a nuestras habitaciones, Menelao corrió a vernos. Tendió los brazos y nos apretó a las dos entre ellos.

—Aquí está Hermíone —dije, apartando la cubierta que le ocultaba el rostro.

Él le miró la carita, arrobado. Finalmente, habló:

—Es igual que su madre —dijo lentamente, con una voz que era un simple susurro.

—Casi tan bella como Helena cuando la contemplé por primera vez —dijo mi madre—. Casi.

Más tarde, mi madre se sentó a mi cabecera y me tendió un pequeño objeto de arcilla marrón. Yo lo levanté y vi que era una muñequita que tenía la cabeza y los ojos y los dibujos del vestido delineados con pintura roja. Del final de la falda de arcilla colgaban unas recias piernas, unidas con una pequeña clavija.

—Era tuya, polluelo —dijo—. Y ahora será de Hermíone.

El sol brillaba en nuestros hombros mientras permanecíamos de pie formando un pequeño círculo en torno a un agujero recién cavado en la tierra. Allí se encontraban dos sacerdotisas de Deméter, una de las cuales tenía en brazos a Hermíone, y el resto estábamos repartidos a cada lado. Junto al agujero preparado esperaba un pequeño plátano para ser plantado, con las hojas ya un poco mustias.

Mi padre se adelantó.

—Tenemos un nuevo miembro en nuestra familia, el primero de la nueva generación nacida aquí, en el palacio real de Esparta. En su honor, plantaremos un árbol que crecerá al mismo tiempo que ella. Mientras sea pequeña, podrá jugar en su base. Cuando sea mayor, podrá medirse apoyada en su tronco. Cuando sea una mujer adulta, verá alcanzar al árbol también su máximo crecimiento. Podrá sentarse a su sombra, y disfrutar de sus dones. Y cuando sea vieja, se puede consolar pensando que el árbol todavía está vigoroso y joven.

Tomó una paletada de tierra y la arrojó, ceremoniosamente, en el agujero. Entonces, una de las sacerdotisas se adelantó y realizó una libación. Mi madre se inclinó hacia delante y enterró algo en la tierra. Cástor y Polideuces hicieron otro tanto. ¿Qué le habían entregado al árbol? Menelao echó una daga en el agujero, diciendo que el hombre que le pidiera a su hija tendría que recuperarla. Por último, yo me asomé al borde del agujero y esparcí en él pétalos de flores. La pequeña Hermíone se limitó a quedarse mirando, solemne.

Los jardineros empezaron a trabajar, trasplantando el arbolito y colocándolo bien erguido, y luego amontonaron la tierra a su alrededor. Vaciaron grandes recipientes de agua en torno a sus raíces, dictaminando que estaría sediento.

—Pero ¡prosperará! —aseguraron también.

Mi padre ocupó su lugar ante el árbol.

—Ahora que Helena y Menelao han tenido una hija —dijo—, veo que la línea debe continuar. Y como estoy un poco cansado de mis deberes, quiero nombrar a Menelao para que adopte el yelmo como rey de Esparta mediante el matrimonio con Helena, reina de Esparta por derecho de nacimiento.

¡Padre! Yo no deseaba que él abdicase, sólo que compartiese alguno de sus deberes con Menelao. Estaba conmocionada.

—No deseo hacerme viejo en el trono, y ponerme a chochar —dijo mi padre, antes de que nadie pudiese objetar—. El cetro del trono debe empuñarlo un hombre joven. Es él quien debe saborearlo mejor, y conservarlo mejor. No, yo no soy viejo todavía..., pero ¿cuándo sabré si lo soy o no? Dicen los hombres más sabios que en la edad anciana no te sientes distinto de cuando eras joven. Así, pues, ¿qué o quién me

dirá cuándo es el momento de apartarme? Nadie. Ahora siento en mi corazón que ese momento ha llegado, y me obedeceré a mí mismo. Es mejor así que inclinándose de mala gana ante la decisión de otro.

Miré a Menelao. Estaba tan asombrado como yo, o mejor dicho, no, mucho más.

—Pero, majestad... —empezó.

—He hablado —dijo mi padre—. Y los deseos del Rey son vinculantes. —Sus ojos se encontraron con los míos, y él me dirigió una señal casi imperceptible.

La ceremonia continuó, pero yo no oí apenas nada de su conclusión. Estaba aturdida por la fuerza con la que el pesado manto de la responsabilidad había caído sobre mí, igual que sobre Menelao.

—Menelao —dije con calma, cuando nos encontramos a solas—. La generosidad de mi padre me ha dejado asombrada. Tú estás dispuesto a ser rey, pero yo no estoy preparada para ser reina.

—Serás una reina magnífica —dijo—. Yo tendré que esforzarme para ser digno de estar a tu lado.

—No hables así —le dije—. Tú serás un rey digno de Esparta.

Él sería justo y generoso; no sería como Agamenón, ferozmente absorto en sí mismo y en su ambición. Sus pensamientos siempre serían para lo que era bueno para Esparta.

—Entonces, ¿debemos ir a pedir nuestros cetros? —Mi voz sonaba temblorosa.

—Haremos lo que tengamos que hacer —replicó él, al tiempo que me pasaba el brazo en torno a los hombros. No se había recuperado todavía de la sorpresa; aún era demasiado pronto para decir si estaba complacido o no.

Los cetros eran los que se habían fabricado en los talleres de artesanía de palacio: un mango de madera de fresno envuelto en oro finamente trabajado. La ceremonia de abdicación fue igual de sencilla. Mi padre y mi madre, cada uno con su cetro, nos los entregaron a nosotros con unas pocas palabras. Mi padre reconoció que elegía a Menelao como sucesor, y dijo que todos los hombres debían obedecerle. Mi madre me tendió su cetro y dijo:

—He deseado entregarte esto desde el día que naciste. Sabía que eran tus dedos quienes debían empuñarlo. Y ahora, los dioses han respondido a mi petición, y es tuyo. —Me lo entregó y colocó el esbelto mango en mi mano.

—Gobierna bien y con sabiduría —dijo mi padre.

Los testigos (mis hermanos, el comandante de la guardia de palacio de mi padre, el tesorero del reino, el escriba en jefe, las sacerdotisas de Deméter) asintieron indicando su aceptación. Entonces vi un rostro entre ellos que me chocó. Era el de

Gelanor de Gitio, el espía a quien mi padre había reclutado en el gran festival del reino, cuando me casé. El hombre que sabía de venenos. ¿Cómo había conseguido una posición tan elevada como para estar presente en aquella ceremonia tan solemne?

Tuve la sensación de que él sabía exactamente lo que yo pensaba. Especialmente, al ver que se encogía de hombros. Me quedé mirándole, y deseé preguntarle qué estaba haciendo allí.

Pero cuando le busqué después de la ceremonia, se había desvanecido tan misteriosamente como había aparecido antes.

XVII

Me había levantado aquella mañana como princesa y me retiraba a dormir como reina. Rogué ser capaz de llevar a cabo fielmente mis deberes. De inmediato, mi vida empezaba a exigir audiencias diarias en el mégaron, y mis damas aumentaron en número hasta llegar a tener seis, tres más jóvenes y tres mayores.

Tenía una niñera y un ama de cría para Hermíone, pero seguí amamantándola todo el tiempo que pude. Sujetarla cerca de mi cuerpo era algo que me resistía a abandonar, aun después de que quedase bien claro que yo no le proporcionaba el alimento suficiente y que no crecía como era debido. Consulté con Piele sobre sus cuidados, y ella me respondió trayéndome más queso del que me había recomendado durante mi embarazo.

—Porque el queso no es más que leche cuajada, señora —dijo ella—. De modo que para producir más leche, lo mejor es el queso. Podrías beber jarras de leche de cabra, pero ya sé que no te gusta.

Hice lo que ella me pedía.

Menelao me encontró preparando una bandeja de queso, poniéndolo a rebanadas encima de unos pepinos. Se rio de mí, diciendo que me convertiría en un queso enorme.

—Pero ¡es para Hermíone! —protesté.

—Helena —dijo él—, ¿por qué no se la das al ama de cría, sencillamente? —Cogió uno de los trozos de pepino con el queso encima. Lo probó y meneó la cabeza.

¿Era más feliz ahora? Ciertamente, estaba mucho más ocupado y no tenía tiempo para rumiar. Pero tampoco tenía tiempo para mí, y a veces parecíamos tan formales el uno con el otro como con los enviados extranjeros que recibíamos en el mégaron. Él no venía demasiado a menudo a mi habitación, y cuando me invitaba a la suya, nuestra unión era poco cálida y olvidable: aunque era bastante agradable, como ese vino ligero de Rodas, tampoco te hacía perder la cabeza, como aquel vino. Después se podía memorizar una lista de cosas, o conducir un carro sin desviarse.

Dejé de pedirle nada a Afrodita y renuncié a pensar en ello. No iba a formar parte de mi vida, pero, bueno, podía existir sin tenerlo. Nadie se había muerto por falta de Afrodita, pero muchos habían muerto por exceso de la locura que produce. Debería dar gracias por haberme evitado eso.

No me encontraba bien. Hacía tiempo que no me encontraba bien, pero había ocurrido gradualmente: dolor de cabeza, lasitud, debilitamiento de los miembros,

pérdida de apetito... Entonces se me empezó a caer el pelo, y cuando mi doncella me peinaba, se le quedaban mechones enteros en la mano.

—A menudo las mujeres pierden pelo después de dar a luz —decía ella, queriendo tranquilizarme.

Ya lo sabía. Pero ya habían pasado seis meses, y la pérdida de pelo iba en aumento. Y además estaban los otros síntomas.

Me miré largamente y con intensidad en mi pulido espejo de bronce. Tenía el rostro cansado y creí ver manchas, pero el espejo no ofrecía un buen reflejo. El bronce pulido no es tan bueno como el agua a la hora de devolverte tu propia imagen.

Me miré en cuencos con agua, pero la luz era demasiado débil, porque siempre me hacía sombra mi cabeza, de modo que no tenía un retrato fiel de mí misma.

Pero día a día me iba resultando más difícil hacer las cosas que tenía que hacer. No dormía bien, y todo el día tenía la sensación de ir arrastrándome de un sitio a otro.

Hablé primero con Menelao de aquello, pero lo único que me dijo fue: «Consulta a un físico». Lo hice, y éste sugirió que pasara la noche en el templo de Asclepio. Pero el templo más cercano estaba a varios días de viaje, en Epidauro.

Un día, después de cumplir con aire mustio mis deberes públicos, y luego buscar un lugar donde sentarme en el pórtico sombreado, un hombre se acercó a mí.

Yo no había hablado directamente con él desde el festival. Me hice sombra ante los ojos y levanté la vista hacia él.

—Gelanor de Gitio, ¿verdad?

—El mismo, majestad —dijo, e hizo una ligera reverencia. Luego me miró directamente con aquellos ojos a los que no se les escapaba nada—. ¿No te encuentras bien? —me preguntó.

—Sólo estoy cansada.

—¿Estás segura? —De nuevo sus ojos se clavaron en los míos. Y no había deferencia en ellos, ni humillación—. Temo que llevas cierto tiempo así.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado presente en muchas ceremonias.

—Sí, ¿y por qué ha ocurrido esto? Cuando mi padre te conoció y mostró interés por ti...

—Lo que quieres decir es que cómo es posible que un hombre humilde de Gitio se haya encumbrado tan deprisa. ¿Verdad?

—Bueno..., sí. —Me sentía un poco desconcertada por su franqueza.

—Yo tenía habilidades que el Rey necesitaba y valoraba —dijo—. El rey anterior, claro está. El nuevo rey todavía tiene que descubrir mis... talentos. Y por tanto quizá

parta para Gitio antes de que pase mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Pero estoy preocupado por tu salud.

—Ah, no tienes por qué... —empecé, volviendo la cabeza en lo que esperaba que fuese un gesto ligero. Se me cayó un mechón de pelo.

El protocolo de palacio exigía que él lo ignorase. Gelanor, por el contrario, se inclinó y lo recogió.

—Esto es alarmante —dijo.

—¿Ah, sí? —Mi voz se alzó. Todos los demás habían intentado tranquilizarme.

—Pues sí. Este tipo de pérdida de cabello normalmente significa... veneno.

—Ah, sí, claro. Ya recuerdo que eres experto en venenos —respondí e intenté reír.

—Afortunadamente, sí —dijo—. No hay nada misterioso en los venenos. Resultan bastante obvios cuando se emplean.

—Si tienes ojos para verlo —repliqué.

Él me dirigió lo que más tarde conocería como su triste sonrisa característica.

—No hace falta tener los ojos bien entrenados para ver esto —dijo—. Ahora, dime cuáles son los otros síntomas que padeces.

Yo se los había enumerado al físico de la corte, y éste me dijo que fuese al templo. Pero Gelanor me escuchaba atentamente. No apuntó nada, pero yo sabía que estaba todo bien guardado en los registros de su mente.

Sólo faltaba por preguntarme una cosa: ¿cuándo había empezado todo?

Era difícil decirlo, porque yo estaba débil después del parto, y la recuperación me costó un tiempo, y de ese modo, se disimuló el verdadero comienzo de la enfermedad.

—Hmmm..., sí, muy astuto. Disfrazarlo, disimularlo con la recuperación normal. —Se echó atrás y frunció el ceño—. ¿Quién ha estado más cerca de ti durante este tiempo?

Estaba mi madre, por supuesto, y las nuevas doncellas. Y la comadrona, que me había cuidado tan bien. No podía pensar que ninguna de ellas quisiera hacerme daño. No, eso no podía ser. Era imposible...

—No pienses en la personalidad de los sospechosos, sino sólo en sus posibles motivos y en su acceso a ti —dijo Gelanor.

—¿Debemos llamarlos «los sospechosos»?

—Es el primer paso a la hora de verlos tal y como son. Olvida sus nombres, olvida sus amables palabras, y transfórmalos en tu mente en «los sospechosos».

—Pero ¡eso es horrible! ¿Cómo podría hacerlo?

—Porque así descubrirás la verdad. Lo que es horrible no es ponerle a nadie la etiqueta de «sospechoso», sino lo que esas personas, amparadas por tu confianza,

están queriendo hacerte. —Se inclinó hacia delante y susurró—: No están interesados en si se te cae el pelo o no. Es sólo un efecto secundario del veneno. Quieren hacerte un daño mucho mayor. Piensa en tu hija. —Se incorporó, abruptamente—. Examinaré algunas cosas en tu habitación, con tu permiso. Y también con tu cooperación, probaré toda la comida que te vayan trayendo. Por favor, sin atraer la atención en ningún momento, guárdame muestras de todo. Y vigila. Recuerda que pueden ser más de uno..., es posible que haya varios trabajando juntos. Procura que nadie sospeche que «tú» sospechas.

Así que subrepticia y astutamente (o al menos así lo pensaba yo) sustraje trocitos de todo lo que comía y se los fui entregando a Gelanor. A veces me reunía con él en el pórtico de palacio; a veces los dejaba envueltos y ocultos debajo de una piedra determinada, en el jardín. Yo observaba cuidadosamente a aquellos que me servían, y no podía discernir quién era el culpable.

Mis tres jóvenes doncellas: Nomia, que era la hija del jefe de la guardia de Agamenón; Cissia, hija de una de las doncellas de mi madre de toda la vida; Anippe, de mi edad más o menos, a quien conocía desde la cuna. Era posible que las dos últimas tuviesen algún tipo de agravio contra mí, pero no podía imaginar cuál era éste. En cuanto a la primera, seguramente no arriesgaría jamás la posición de su padre, ya que Agamenón no se distinguía precisamente por su misericordia.

Las mayores: Filira, esposa del arquero en jefe de mi padre; Dirce, sacerdotisa de Deméter, que mantenía el santuario de la diosa en los bosques de palacio; y Euribia, esposa del ciudadano más importante de la ciudad de Esparta, que estaba abajo. ¿Por qué iba a desearme algún mal cualquiera de esas mujeres?

Estaban los cocineros de palacio..., no había que pasarlos por alto. Y también había otras formas de envenenamiento posibles, además de la comida. Podía ser algún ungüento aplicado, humo letal de fuegos o de incienso, vino envenenado, agua... Podían haber empapado mis ropas con algún tipo de veneno. Después de todo, era la camisa de Neso lo que había matado a Heracles.

Mil cosas en las que pensar. ¡Mil cosas que evitar!

Gelanor se echó a reír. Admitió que aquéllas eran cosas «sólo de último recurso».

Bueno, era un alivio. Porque una vez empiezas a analizar todas las cosas con las que has estado en contacto, la tarea se revela olímpica.

—Querrás saber por qué —me dijo. Sí, en efecto, pero no se lo había preguntado—. El motivo es sencillo. Los otros métodos diluyen el veneno. Piensa en ello. El veneno desvaneciéndose, convertido en humo..., poco efectivo. Tendrías que permanecer envuelta en él durante horas, cada vez. ¿Qué ocurre cuando el incienso

llena demasiado la habitación? Agitamos una ropa y lo dejamos salir. Y poner gotas de veneno en el baño... no basta. Tendrías que bañarte durante horas en puro veneno. Y en cuanto a las ropas..., a menos que tuvieran veneno de la Hidra, y Neso lo tenía en su sangre, es una manera muy poco efectiva de intentar matar a alguien. Algún día, las malas personas perfeccionarán algún veneno de modo que una sola gota diminuta baste para matar —dijo—, pero ese tiempo tardará mucho en llegar.

—¿Y las serpientes venenosas? —pregunté.

—Sí, la serpiente lo ha perfeccionado. Pero no conozco a nadie que haya podido amaestrar serpientes para que maten. Y no conozco a nadie que haya podido ordeñar a una serpiente para extraerle el veneno. Si se pudiera —el rostro de Gelanor se iluminó—, entonces lo único que habría que hacer es untar una gota o dos en un corte de la víctima. ¿Sabes que se puede beber una copa entera de veneno de serpiente y seguir andando como si nada?

—¿Y cómo puede ser eso?

—Tragarlo no produce ningún daño. Sólo si entra por una herida. De modo que la serpiente crea su propia herida para asegurarse. Por tanto, creo que podemos descartar esos otros venenos, aunque cualquier cosa es posible. Pero lo más probable es que sea la comida o la bebida. Sigue vigilando.

Una vez empiezas a sospechar de la gente, todo el mundo te parece peligroso. Estaba el hombre que traía jarras de agua caliente para llenar la bañera..., ¿era agua normal y corriente? Estaba el hombre que perfumaba el aceite que iba en la bañera, y que flotaba en gotitas brillantes por encima del agua. El aroma (a lirios) siempre me había gustado. Ahora me parecía un olor mortal. Quizá Gelanor tuviese razón al decir que el envenenamiento en el baño no era probable..., pero ¿sería imposible?

O quizás estuviese en los peines de madera que usaban mis doncellas para peinarme el pelo... Y últimamente me habían pinchado varias veces cuando me abrochaban el pasador de bronce del hombro...

Al vestirme, metía los pies en unas sandalias de piel de cabra y notaba que el cuero estaba resbaladizo..., ¿no podría estar untado con alguna sustancia ponzoñosa? Las examiné bien, intentando ver cualquier polvo sospechoso.

Y en cuanto a la comida, no podía comer ya nada, y le pedía al propio Menelao que me trajera agua de la fuente para tener mi propio suministro. Menelao era la única persona de la que podía estar segura. Y al mismo tiempo, tenía que fingir que comía y bebía como de costumbre, cosa que entrañaba un engaño tal que no podía imaginar cuánto tiempo podría mantenerlo. Escupir el vino cuando nadie miraba, mover la comida por el plato para fingir que había comido, no eran cosas fáciles de hacer de

manera convincente.

—Menelao, estoy dispuesta a hacer lo que tu físico tan sabiamente me sugirió hace algún tiempo. ¡Debo ir a ver a Asclepio! —Tenía que salir de palacio.

—Sí, querida, veo que no has mejorado. Y... esas exigencias tuyas sobre el agua... —Parecía tan ansioso que por un instante pensé: ¿no serás tú? Y me di cuenta de que él esperaba que todo aquello pudiera significar que yo volviese a estar encinta.

—Debo ir para que lo que esperamos... pueda suceder —le aseguré.

—¿Te llevarás a Nomia y a Euribia?

—¡No! Debo alejarme de ellas. De todo el mundo. Es..., me han dicho que debo ir sola.

—¿Quién?

—Apolo —mentí. Menelao no discutiría con un dios, como lo habría hecho con Gelanor. Apolo, como todo el mundo sabía, podía causar una súbita enfermedad con sus flechas. Quizás estuviera él detrás de todo aquello..., o eso podía pensar Menelao.

—Me llevaré una escolta de soldados —dije—. Estaré muy segura.

Lamenté no poder confiar en Menelao. Una vez pensé que sí podía, que él sería mi verdadero amigo al mismo tiempo que mi marido, pero había resultado ser sólo mi marido, y no quería invitarle a sentir una alarma prematura.

Gelanor se quedó allí observando. Le había dejado las suficientes muestras de comida, de bebida y de ungüentos como para mantenerle ocupado. También había preparado un experimento para las flechas de los arqueros de Menelao que proporcionaría una excusa para que estuviera en palacio a horas intempestivas.

Cuando me preparaba ya para salir hacia el carruaje que me esperaba, me cogió del brazo.

—Ten cuidado. Mantén los ojos bien abiertos a tu alrededor, incluso dormida, si es posible. —Su habitual sonrisa había desaparecido, y mostró la preocupación en sus ojos.

—Lo haré —le aseguré.

Después de un viaje largo y polvoriento al fin estaba en pie en la sala de piedra mal iluminada donde se encontraba el altar de Asclepio. Ante él se encontraban las ofrendas dejadas por los suplicantes que buscaban ayuda de su dios para su curación. Las serpientes sagradas, compañeras de Asclepio, se enroscaban en torno a su base. Amaestradas y alimentadas por los sacerdotes, sólo traicionaban su vida por algún movimiento ocasional.

Yo estaba casi demasiado débil para permanecer erguida; notaba cómo me temblaban las rodillas, y cuando levantaba los brazos, me dolían. Pero los levanté bien

alto y hablé directamente a Asclepio, el hombre cuyo don, no sólo de la curación, sino de devolver la vida a los muertos, había enfurecido a Zeus y a Hades, ya que estaba entrometiéndose en sus dominios. De modo que Zeus le golpeó con un rayo y allí yacía, en Epidauro. Sin embargo, hasta sus huesos conservaban poder, y continuaba curando desde la tumba.

—Cúrame —susurré—. Revélame qué es lo que debo saber para mi recuperación. —Me incliné hacia abajo y añadí mis ofrendas a las de los otros, allí amontonadas.

Uno de los sacerdotes vino hasta mí, moviéndose tan silenciosamente como una de las serpientes sagradas.

—¿Helena? ¿Helena de Esparta? —susurró. Me había reconocido. Incluso en aquel estado, bastante desmejorado, no podía pasar como una suplicante cualquiera.

Asentí.

—He venido a buscar curación —dije.

—Los demás pacientes se retirarán a dormir fuera —dijo el sacerdote—. Pero tú puedes permanecer aquí, junto al altar del dios. Espera, y él vendrá a ti.

El suelo era de dura piedra, pero yo me sentía segura y en paz allí, a los pies del altar.

La débil luz fue menguando y desapareció por completo, y la gran sala de piedra fue oscureciendo como un cielo sin luna. Pequeñas lámparas votivas aquí y allá proporcionaban destellos de luz, como estrellas.

Acercándome lo más posible al altar, me acurrugué en mi grueso manto de viaje y me eché. La suave oscilación de las lamparitas parecía latir al mismo tiempo que mi corazón, y me quedé dormida.

Noté una corriente fría. Venía en dos partes, que se retorcían a mi alrededor. Fui nadando entre capas de sueño y luché por abrir los ojos, pero los tenía bien cerrados. Había algo grueso y escamoso encima de ellos. Luego noté que se deslizaba hacia delante. Noté que me tocaban los oídos, acariciados por algo cosquilleante. No me atrevía a moverme. ¿Formaba todo aquello parte de un sueño?

Un objeto duro y redondo rozaba mi oído derecho, mientras el otro era... acariciado, aliviado, lamido. Cautelosamente, moví mi brazo derecho hacia la espalda, donde notaba apoyado algo pesado, y palpé la forma redondeada de una serpiente.

¡Las serpientes sagradas! Las serpientes sagradas habían venido hasta mí, y se estaban enroscando en torno a mi cabeza..., lamiéndome los oídos con sus diminutas lenguas.

Debía de ser un mensaje, algo simbólico. Me sentía honrada por el hecho de que hubieran acudido a mí. Asclepio había respondido a mi ruego, pero ¿cómo? Yo no

comprendía a las serpientes, no sabía si intentaban decirme algo.

Estuvieron enroscadas en torno a mi cuerpo largo tiempo, y sólo se alejaron cuando unos pasos titubeantes resonaron en el pavimento. La aurora debía de acercarse ya: los sacerdotes debían de estar preparándose para volver al interior.

Levantando la cabeza lentamente, contemplé a las serpientes que se retiraban hacia el altar de piedra apenas desbastada, con sus pálidos lomos brillando a la débil luz de las escasas lámparas de aceite que no habían ardido todavía. Me quedé allí echada con el corazón a mil por hora, sin estar segura de lo que había ocurrido exactamente.

Cuando los inconfundibles sonidos de la mañana inundaron el santuario, supe que tenía que levantarme. Doblé mi manto y me puse en pie. Ya había dos sacerdotes ante el altar. Estaban preparando platos de leche para las serpientes.

Me acerqué a ellos. Quería contarles lo que había ocurrido, para ver si podían explicármelo. Al mismo tiempo, no quería traicionar mi encuentro secreto con las serpientes..., si es que era un secreto. Quizá no lo fuese. No lo sabía. No quería cometer ningún error.

—Han venido a ti —dijo el primer sacerdote.

¿Cómo lo sabía?

—Me ha sido revelado. Yo las conozco, y ellas me conocen a mí. Hija, ¿sabes lo que significa eso?

—No —admití.

—Con el permiso de Asclepio, te han transmitido tres dones. —Hizo una pausa—. Ahora debes descubrir cuáles son.

XVIII

De vuelta a Esparta, dando saltos en el carro traqueteante, me notaba algo aturdida. Me agarraba la cabeza como si pudiera agitarla y las respuestas cayeran como dados. ¿Qué dones me habrían concedido las serpientes? ¿Cómo los reconocería? ¿En qué forma se manifestarían?

Mientras me sujetaba las sienes con las manos, noté lo escaso que tenía el cabello, en tiempos tan abundante. Los dones de las serpientes no se podían desdeñar, pero la razón por la que había acudido a Asclepio, mi debilidad, era más acuciante. No había recibido ningún nuevo conocimiento al respecto, pero a pesar de mi mareo, lo cierto es que me encontraba algo mejor. El temblor de mis brazos y mis piernas se debía a la emoción, y no a la debilidad. No era un esfuerzo tan grande permanecer erguida.

El paisaje pasaba ante mis ojos, pero apenas lo veía, yo, que tanto añoraba ver algo más allá de mi mundo reducido de Esparta. Ahora estaba tan alterada y preocupada que era incapaz de deleitar mis ojos con él, y sólo era débilmente consciente de las colinas rocosas, de las esquilas de tono agudo de las ovejas, del dulce sonido de los arroyos. Desde lo alto, espiaba el mar chispeante, que nunca podía ver desde Esparta, pero que ahora significaba muy poco para mí.

Por el contrario, estaba ansiosa por saber qué había descubierto Gelanor en mi ausencia. ¿Qué alivio sería si había localizado la fuente del veneno y descubierto al culpable! ¿Si fuera cierto!

Llegamos a Esparta muy tarde, al tercer día de viaje. Menelao, mi padre, mi madre, todos corrieron a saludarme y casi me sacan en volandas del carro.

—Pareces estar mucho mejor —dijo mi madre—. Has recuperado los colores.

—¡Sí! —afirmó mi padre.

Menelao me rodeó con su brazo y, murmurando ternezas, me condujo hacia nuestros apartamentos.

De repente se oyó un grito que procedía del carro. Los mozos, cogiendo las riendas de los caballos y quitando las mantas que cubrían el suelo, lanzaron un chillido.

—¡Serpiente! ¡Serpiente!

Empujando a un lado a Menelao, corrí de nuevo al carro. Allí, enroscada en una de las mantas, se encontraba una pequeña serpiente pálida, un bebé. Echó atrás la cabeza y me miró, sacando la lengua.

—Debe de ser una serpiente del recinto sagrado —dije—. De alguna manera se

metió en nuestro carro cuando nos fuimos y se ha escondido ahí. —Era como si se nos hubiera concedido nuestra propia serpiente sagrada—. Pertenece a nuestro altar familiar —dije—. Yo asumiré su cuidado.

Seguí a Menelao de vuelta a su habitación, pero enseguida pregunté si Hermíone estaba bien. Él me aseguró que así era.

—Y tú, querida, realmente, parece que estás mucho mejor —dijo—. Las rosas han vuelto a tus mejillas.

Fui a la habitación de Hermíone y la cogí en brazos. Dormía tan profundamente que el movimiento no la despertó. Sí, tenían razón. Parecía muy sana y su color era bueno.

—¡Ah, gracias a los dioses! —dije.

—Apolo la ha respetado —dijo Menelao, solemne.

«No, Apolo no —quise decir yo—. Mi enemigo, quienquiera que fuese».

Hasta el día siguiente no tuve la oportunidad de hablar con Gelanor en privado. Había pasado el tiempo descansando en mi habitación, con las cortinas corridas para evitar la hiriente luz del mediodía. Dejé que se enfriase la comida que me trajeron mis doncellas; finalmente, las moscas se apoderaron de ella, y ésa fue mi excusa para no comerla.

Él se acercó en la habitación en penumbra y tomó asiento en el pequeño banquito junto a la ventana sombreada.

—Tienes mejor aspecto —dijo, haciéndose eco de los demás.

—Me siento más fuerte —afirmé.

En lugar de atribuir mi curación a Asclepio, como habían hecho los demás, dije:

—Eso significa que no has estado expuesta al veneno durante al menos seis días. —Meneó la cabeza—. Siento informarte de que he sido incapaz de descubrir la fuente del veneno. He probado toda la comida que me diste, todos los ungüentos, y los servicios animales a los que se la di están igual que antes. Limpié bien los zapatos, saqué las flores de los jarrones, inspeccioné los quemadores de incienso. Incluso examiné las mantas y la ropa de cama, y tu ropa. Nada. Nada en absoluto.

—Los peines, ¿los has examinado?

—Sí.

—¿Las puntas de mis broches?

—Nada.

—Pero ¡tiene que estar en alguna parte! Lo sabemos. Y en cuanto me alejé de esto, donde quiera que se esconda, empecé a recuperarme...

—Ya no sé qué más hacer —admitió—. No se me ocurre nada que no haya

inspeccionado o probado.

Mis doncellas estaban de muy bien humor mientras me vestían la segunda mañana después de mi vuelta.

—Mientras estabas fuera, me he acordado de esta diadema para el pelo —dijo Cissia—. Te adornaría la frente y te sujetaría el pelo. —Deslizó el frío metal en torno a mi cabeza, y me pareció como una banda de muerte. Pero no me pinchaba ni nada.

—Gracias —dije.

—Y estos vestidos nuevos —dijo Anippe—. El tinte es rosa pálido, como el interior de una concha marina, y siempre te ha sentado muy bien ese color.

Me colocaron el vestido alrededor del cuerpo, y no noté nada.

—Tu brazalete —dijo Euribia, tendiéndome mi pulsera favorita, de oro con una serpiente. La enroscó en torno a mi brazo. Pensé en las otras serpientes, las de verdad, y en cómo se enroscaban a mi alrededor.

—Gracias —dije. Siempre me había gustado mucho aquella pulsera; ahora sabía por qué, ahora conocía mi afinidad con aquellas criaturas y la de ellas conmigo.

Al día siguiente, ya no me encontraba tan bien, y al otro, había vuelto a recaer más incluso. Rogué a Asclepio que renovase su cura, pidiéndole que extendiese su poder más allá de su lugar de enterramiento en Epidauro, y procuré que la serpiente estuviese bien cuidada, en nuestro altar familiar. Pero no sirvió de nada: día tras día notaba la debilidad que iba avanzando en mí, filtrándose en mi interior.

Me esforzaba por vestirme cada día y salir, aunque sólo fuera para enfurecer a mi enemigo. Cada día que él o ella me viesan caminando por el recinto de palacio (¡ah, cuánta fuerza de voluntad me costaba hacer aquello, hacerlo sin vacilar!) aumentaría su rabia, y posiblemente se volviese descuidado, y desesperado. Entonces el envenenador se podía volver más atrevido y, por tanto, más fácil de detectar. ¡Si conseguía sobrevivir a su atrevimiento!

Gelanor me visitaba al anochecer, cuando yo yacía echada y sin fuerzas en mi diván. Apenas podía levantar la cabeza. De hecho, no podía, y la mantenía apoyada en la almohada.

—Perdóname por mi descortesía, por no levantarme —le dije.

Hasta a mí misma me parecía nublada mi voz. Intenté saludarle y lo encontré muy difícil. Temblando, me quité el brazalete que llevaba, como si aligerar mi brazo de esa forma pudiera significar alguna diferencia. Lo dejé en una bandeja, donde fue oscilando, y el oro resplandecía, y las escamas talladas de la serpiente reflejaban las sombras y la luz. Eran muy realistas. Me maravillaba su aspecto.

Gelanor se puso tenso, parecía preocupado.

—Al parecer, no puedo encontrar la manera de detener esto —dijo.

En las oscuras horas de la noche me sentía aterrorizada, pero en aquel momento al menos quise parecer valiente.

—Quizás esté fuera de nuestra capacidad descubrirlo —dije.

Él miró a su alrededor, en la habitación.

—Pero ¿qué puede ser? Tiene que ser algo con lo que estés en contacto. Debe de ser bastante obvio..., algo que te toca la piel. Pero hemos mirado la cama, las ropas... —Sus ojos descansaron de pronto en el brazalete con la serpiente—. ¿Te llevaste esto a Epidauro? —me preguntó.

—No. No quería llevar joyas ante el dios, y es una tontería viajar con algo tan valioso.

—Hmmm. —Lo cogió y le dio la vuelta a un lado y otro, dejando que captase la luz—. ¿Cuántos días estuviste sin llevarlo?

—Al menos siete.

Se levantó de pronto.

—Me lo llevo. Así es seguro que no lo llevarás mañana. Si alguien te pregunta, díles que lo has perdido. Luego fíjate y mira a ver quién más lo busca.

Salió de la habitación cogiendo con fuerza el brazalete.

El sol entraba en mi habitación. Me quedé mirando la luz que introducía unos largos dedos por el suelo y gradualmente hacía que las cortinas se iluminaran con fuerza.

Pero yo no tenía fuerzas. Estaba tan vacía como un frasco de vino ya bebido, y los brazos me colgaban como muertos a ambos lados del lecho. Mis ojos todavía podían distinguir los bonitos dibujos y mi mente podía pensar en ellos, pero mi cuerpo era casi inútil.

¿Quién querría hacerme esto? Porque yo no creía que fuese un dios. Era otra persona.

Debía de ser alguien que me tenía envidia. Yo era una reina, yo era (o se rumoreaba que era) hija de Zeus. Y los ojos de los demás que me contemplaban reflejaban su creencia de que mi belleza era antinatural y perturbadora. Estaba aprisionada en mi propia buena fortuna, mis dones, que no había solicitado, y que me convertían en blanco del descontento de los demás.

Pero todo aquello no eran más que suposiciones. ¿Había perdido alguien algo por mi causa? ¿Alguien que estaba muy cerca de mí? No se me ocurría nadie.

Y las cosas que se veían con facilidad no revelaban las carencias de mi vida como

esposa de Menelao.

Mis damas, parloteantes y felices, entraron en tropel para vestirme. Filira hizo remolinear los vestidos en el aire. Dirce eligió con cuidado las sandalias adecuadas. Y Nomia miró en la caja de las joyas.

—Estos pendientes, creo, los que llevan amatistas —dijo. Los sujetó en su mano, colgando.

—Y tu favorito, el brazalete de la serpiente —dijo Euribia. Hurgó por aquí y por allá, buscándolo. Finalmente, levantó la vista—. Parece que no está aquí. ¿Lo has dejado en algún sitio?

—No lo recuerdo —dije, como por descuido, observando su preocupación.

La contemplé mientras ella registraba metódicamente la caja y luego todos los recovecos de la habitación.

—Bah, no importa, Euribia —dije yo.

—Lo busco tanto porque sé que te gusta mucho —me aseguró.

—Ah, es igual, no te preocupes.

Aquella tarde, en mi paseo lento pero decidido, di por casualidad con una fogata en la cual unos pastores estaban asando carne. Les pedí un poco, porque sabía que no podían estar implicados, y fue la primera comida libre de preocupación que tomé desde hacía mucho tiempo. Aquel cordero medio quemado era la carne más deliciosa que había probado jamás. Estaba libre de todo mal.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, mis brazos no estaban tan desmayados, y me sentía un poquito más fuerte. Durante el día me preocupé por buscar de nuevo a aquellos pastores y comí todo lo que pude, de modo que pude declinar el ofrecimiento de comer en nuestro palacio.

Y de nuevo, a la mañana siguiente, estaba algo mejor. Todavía cubrían mis almohadas algunos cabellos caídos, pero ya no me temblaban los brazos ni las piernas.

Volví a mi telar. Me había convertido en una tejedora bastante buena, creando nuevos diseños para contar historias. Un diseño abstracto repetido podía quedar muy bonito, pero era mucho mejor ilustrar una historia. Yo representaba uno de los trabajos de Heracles, aquel en el cual se enfrentó a la Hidra de Lerna, el monstruo de muchas cabezas, una de las cuales era inmortal. Los cuellos retorcidos tenían una agradable simetría, y me permitían hacer un retrato mucho mejor que usando otro motivo popular: el pulpo. El pulpo sólo tenía ocho tentáculos, mientras que la Hidra tenía cien

cabezas. Los tejedores siempre evitaban la Hydra porque era maligna, pero como motivo artístico era soberbia.

De pronto, Gelanor apareció a mi lado.

—Ya lo tengo —dijo.

Sus palabras me conmovieron. Sin saberlo, yo había olvidado ya la esperanza de abandonar la fuente de mi mala salud.

Agitó el brazalete de serpiente.

—Es esto —dijo.

Lo cogí de sus manos.

—Cuidado —me advirtió él. Levantó una ceja mientras yo lo cogía con mucha cautela—. Pero, primero..., ¿te sientes más fuerte? ¿Y con qué frecuencia llevabas el brazalete?

—Yo..., la mayoría de los días, creo. Era una de mis piezas de joyería favoritas.

—Ya me lo imaginaba. Muy bien. Mira por la parte de dentro. —Lo cogió y separó un poco las espirales—. Esto debería ser liso. Pero no lo es. Mira estos surcos. —Me apartó la mano—. No, no lo toques. Sólo míralo. ¿Ves los arañazos y las superficies irregulares que hay dentro? Alguien ha hecho esos huecos para poner veneno en ellos, sabiendo que estaría en contacto con tu piel durante las horas del día al menos. He encontrado una sustancia cérea en esos fragmentos, y la he probado. Estaba llena de veneno. Tu piel bebía de él.

—¡No! —dije yo, recuperando el brazalete—. ¡No!

Él pensaba que me lamentaba por el mal uso del bello brazalete.

—Podemos hacer otro —dijo.

—No, no es eso —dije—. Esto... significa que es alguien muy cercano a mí.

—Sí, así es.

Nos gusta imaginar que sólo aquellos a quienes no conocemos desean hacernos algún mal. Pensar que aquellos entre los que caminamos, comemos y reímos nos odian y planean hacernos daño es algo que nos hiela el alma. Un enemigo disfrazado de amigo es el más mortal de todos.

Menelao vino a visitarme, ansioso por enseñarme las flechas especialmente calibradas que Gelanor había diseñado para él.

—Ese hombre —dijo, meneando la cabeza—. Su mente siempre anda buscando, hurgando. Doy gracias de que trabaje para mí, y no para mis enemigos.

—¿Qué enemigos? —pregunté, esperando que pareciera una pregunta ociosa.

—Es una forma de hablar —dijo él, levantándose—. Pero dicen que no hay nadie cuya muerte no sea un alivio para «alguien».

Un escalofrío me recorrió.

—Así que, en ese sentido, todos tenemos enemigos. —Miró a su alrededor en busca de Leuco, su asistente—. ¿Dónde está ese chico?

Echada en la cama al día siguiente, contemplaba, con los ojos entrecerrados, a mis propias damas reunirse en mi habitación. Vino Nomia, esbelta y alta, invariablemente animosa (a veces, tenía que admitirlo, de una forma molesta). Su padre era lo contrario: uno de los guardias más adustos de Agamenón. Quizás ella hubiese decidido ser agradable después de una niñez oscurecida por el resentimiento de su padre.

A continuación venían Cissia y Anippe, a las que conocía desde la niñez. Siempre había encontrado la sensible placidez de Cissia muy tranquilizadora, el tipo de antídoto que me hacía falta después de todas mis preocupaciones y emociones. Confiaba en ella más de lo que me gustaba admitir, aunque sólo fuese por resaltar conmigo misma. Y Anippe había compartido mi gusto por las muñecas y las ropas.

¿Podía odiarme alguna de ellas? ¿O estar actuando bajo las órdenes de otros?

¿Quién sentiría alivio con mi muerte?

Se movían por la habitación, abrían las cortinas y llenaban jarras de agua. Sus dulces voces se murmuraban unas a otras.

¡No, no podía ser ninguna de ellas!

Luego vino Filira, esposa del arquero jefe de mi padre, a quien en aquel mismo momento se estaban presentando las flechas de Gelanor. Ella, como yo, tenía el cabello rubio, y a menudo habíamos reído hablando de la sutil diferencia de tono. Ella me había halagado proclamando que el mío era de puro oro, mientras que el suyo tendía más al rojo dorado del anochecer.

—Creo que el ocaso es mucho más precioso —le había dicho yo. Y pensaba de verdad que su pelo era mucho más bonito.

La sacerdotisa de Deméter, la sabia y recatada Dirce, entró a continuación. La presencia de Dirce siempre se imponía a todos los demás que estaban en la habitación, y aquel día no era distinto.

Vi las sombras movibles que invadían mi habitación. Parecía que aquel día era capaz de ver más de lo normal, mi visión estaba captando mucho más de lo que había visto nunca.

No vi nada en aquellas cinco mujeres que pudiera causarme alarma.

La última en llegar fue Euribia, porque había tenido que subir por la colina desde el pueblo. Era una mujer gruesa, musculosa, con una mata de pelo que debía de pesar tanto que requería que su cuello fuese muy ancho para poder soportarla.

Se inclinó hacia mí detectando que estaba despierta.

—Querida Helena —dijo—, ¿te encuentras mejor hoy? ¡Ah, por favor, dime que sí!

Me incorporé sobre los codos.

—Pues sí, Euribia —dije—. Eso creo. Eso espero.

Ella sonrió. Y viendo que sonreía, vi también algo más. No podía describir exactamente de qué se trataba, pero había algo más.

Saqué las piernas de la cama y ella me ofreció la mano. Yo la tomé y me puse en pie. La habitación parecía dar vueltas, pero yo dominé mis piernas para que permanecieran bien rectas.

Mis damas se arremolinaban a mi alrededor, y me ayudaron a permanecer en pie. Me trajeron mi ropa y me ofrecieron diferentes elecciones, omitiendo las que se podían arrugar mucho cuando yo (más tarde o más temprano) tuviera que echarme. Me ofrecieron también bandejas con joyas, collares grandes y macizos de ágata y cristales de roca, ajorcas de oro fino. Con mucho tacto no me trajeron la bandeja con ornamentos de oro para el pelo, que quedarían aplastados si me echaba en alguna almohada.

—Tus brazaletes —dijo Anippe, sujetando una bandeja llena.

Todos parecían demasiado pesados. Hice una seña para que los apartaran.

—Aún no ha aparecido el brazaletes de las serpientes, ¿verdad? —preguntó Euribia—. Es ligero de llevar y no... —Lo que quería decir es que podía tumbarme y seguir llevándolo puesto, si era necesario.

—Pues no, no ha aparecido —dije—. Quizá me lo hayan robado. —Las miré a todas, una por una.

Cuando llegué a Euribia, lo supe. Era algo..., algo que podía ver y que iba más allá de lo que estaban captando mis ojos. Oía sus palabras, pero era como si tuviera una traducción secreta de ellas y de su verdadero significado.

—Pero ¡tenemos que encontrarlo! —dijo.

—¿Por qué? —le pregunté—. Hay muchas otras piezas para elegir.

—Sí, claro, por supuesto. —Rápidamente apartó la vista.

Ahora. Ahora era el momento de hacerlo, ahora, ante las demás. Antes no habría sido tan atrevida, pero aquello también había cambiado.

—Euribia, ¿por qué has intentado matarme? —Mi voz sonaba tan extrañamente tranquila que ni siquiera parecía mía—. Sé que has sido tú.

Aquél era uno de los dones de las serpientes, lo supe de pronto: podía discernir los caracteres en tiempos de peligro, casi como si fuese una diosa. Eso era lo que me

habían concedido.

Mi súbito ataque la cogió desprevenida.

—Yo..., yo...

—¡Has sido tú! —La señalé.

Las otras se quedaron mirando.

—¿Por qué lo has hecho? —Me enfrenté a ella, apelando a todas mis fuerzas para parecer segura y no temblar.

Esperaba que ella lo negase, que dijese que era mi enfermedad la que hacía que hablase así.

Por el contrario, se irguió y dejó la bandeja de joyas con gran dignidad.

—Bien. Así que estoy condenada. Moriré de todos modos por amenazar la seguridad de la Reina. Muy bien. Déjame entonces que te diga una cosa, niña ciega y estúpida. Sí, niña. Porque no eres más que una niña, aunque te han puesto el mundo entero en las manos... ¿Y por qué ha pasado todo esto? Sencillamente, por tu cara. Quería verte de cerca, ver a qué se debía que te adulasen tanto. Y lo que he visto no me ha impresionado. Así que he decidido eliminarlo.

Yo luchaba por encontrar las palabras.

—¿Eso es todo?

—¡No! Tú no tenías suficiente con toda la adoración que despertaba tu aspecto, sino que eras codiciosa y tenías que arrebatarle cosas a las demás personas. ¡Tú no tenías por qué ganar aquella carrera! Tenías todo lo demás. ¿Por qué le quitaste eso a mi hija?

Así que era la madre de la chica a la que había derrotado en la carrera de doncellas...

—Ella nunca se habría convertido en reina. Nunca habría tenido cuarenta pretendientes que le trajeran sacos enteros llenos de oro. Ella es de lo más mortal. Pero su velocidad..., siempre habría podido atesorar el recuerdo de haber ganado aquella carrera. ¡Y tú le robaste eso!

—Yo no le robé nada —dije—. Gané. Yo corría más rápido.

—Sí, porque hiciste trampas.

—¿Trampas?

—Tú eres hija de Zeus. Y claro, tenías más velocidad.

—No, no es cierto. Los hijos de un dios, suponiendo que eso sea cierto, son mortales. ¿No lo sabías?

—Pero son más rápidos y más bellos... No son como el resto de nosotros.

—Pero ¿no lo entiendes? —proseguí—. Imagina que de lo único que habla todo el

mundo siempre es de tu cara. ¿No querrías tener reconocimiento por algo más? Yo sabía que era buena corredora, y tenía que correr. Si tu hija hubiese sido más veloz, ella me habría sobrepasado a mí.

—¡No! Tú hiciste trampas.

—¿Qué clase de veneno pusiste en el brazalete de serpiente? —le pregunté.

Las demás que estaban en la habitación se habían quedado conmocionadas, en silencio.

—No pienso decírtelo —dijo—. Ha servido desde hace mucho tiempo a mi familia. Y sólo porque tú, con tus poderes especiales, me hayas descubierto...

Pero había sido Gelanor, con sus poderes humanos, quien la había desenmascarado. Yo era inmensamente afortunada, como Menelao, de que no trabajase para nuestros enemigos.

Llamé a los guardias.

—Llévala —dije—. Llévala.

Mi padre y Menelao querían que la ejecutaran. Pero yo no. Lo único que quería era la seguridad de que ni ella ni ningún posible cómplice tuvieran jamás acceso a mí de nuevo.

Ahora me quedaba bien claro, finalmente, y qué descubrimiento más dulce era, el don que me habían otorgado las serpientes: la clarividencia, que es un tipo de sabiduría.

XIX

Clitemnestra había venido para una de sus frecuentes visitas y estábamos sentadas juntas bajo el árbol de Hermíone. O quizá «debajo» sea un poco exagerado: en los cinco años transcurridos desde que se había plantado, había crecido más que mi cabeza, pero sus ramas inferiores todavía se hallaban demasiado cerca del suelo para que nos encontrásemos directamente debajo. Estábamos echadas en la blanda hierba del prado que quedaba junto al árbol en una agradable comida campestre, contemplando a nuestras hijas, que jugaban en la colina debajo de nosotras, corriendo y tirándose una pelota. Ifigenia tenía ocho años; Hermíone, cinco.

—Ah, es una buena corredora, como tú —dijo Clitemnestra—. Mira cómo supera a Ifigenia.

Las dos niñas corrían lo más deprisa que podían, entre la hierba. Yo temblé, recordando a mi envenenadora.

—Mis días de carreras terminaron ya, me temo —dije. En realidad era una lástima que las competiciones de las mujeres terminasen con el matrimonio.

Clitemnestra me parecía algo inquieta, y declinó el resto del vino. Así fue como lo supe.

—¡Ah, estás embarazada!

Ella asintió.

—Sí. Agamenón está encantado, por supuesto, pero espera un hijo, al que quiere llamar Orestes..., «el montañero». Sólo Zeus sabe por qué ha elegido semejante nombre. Él no procede de las montañas.

—Quizá crea que el nombre de alguna manera puede provocar el hecho. Que Orestes pueda escalar altas montañas.

Ella se echó a reír.

—Sólo quiere un hijo guerrero. Creo... que está ansioso de que haya una guerra. Se aburre, me parece. Supervisar un reino pacífico no le satisface.

Lo que más deseaban todos los gobernantes era la paz, pensé yo, profundamente agradecida de que en los cinco años que Menelao llevaba como rey de Esparta las cosas hubiesen estado tranquilas.

—Por supuesto, no soporta con paciencia la privación —dijo ella, muy bajito.

Yo sabía lo que quería decir, y el habitual ramalazo de celos me invadió. Quería decir que ella y Agamenón, en la cama... Pero no podía pensar en aquello.

A lo largo de los años, había intentado disimular mi frialdad en el lecho ante

Clitemnestra, creyendo que era una forma de deslealtad hacia Menelao revelárselo. Lo que pasara (o no pasara) entre nosotros en la oscuridad era privado. Pero cada vez me resultaba más y más duro fingir, especialmente cuando se suponía que conocía cosas que en realidad desconocía. Se me daba muy bien fingir, pero me resultaba odioso.

—¡Sí! —Intenté esbozar una sonrisa cómplice.

—Me temo que se satisfará con alguna de las esclavas de palacio —murmuró ella.

—Si es así, la olvidará al momento en cuanto vuelva de nuevo a ti. —Ah, por favor, teníamos que dejar aquel tema antes de que...

—¿Nunca has tenido ese problema con Menelao? —Sus ojos buscaron los míos.

—Yo..., yo... —Notaba que la sangre me invadía las mejillas.

Ella se echó a reír.

—¡Ah, perdóname! Olvidaba que eres muy modesta. Debes de estar por encima de estas... reticencias. —Hizo una pausa—. Al fin y al cabo, tienes veintiún años y llevas casada ya seis años. ¿De qué otra cosa podemos hablar nosotras, las mujeres casadas?

¡Pues de cualquier cosa!, pensaba yo. ¡Por favor, de cualquier otra cosa!

—Bueno, de nuestros hijos... Veo que Ifigenia es una niña muy buena, pero los poemas que compone para acompañarse con la lira son..., ¡bueno, Apolo debe de inspirárselos!

Ella asintió.

—Sí, es poeta. Me gusta mucho; es algo poco común. Realmente, como tú has dicho, un don de Apolo.

Justo entonces las dos niñas vinieron corriendo, sin aliento, y se arrojaron en la manta.

—¡Ella siempre gana la carrera! —dijo Ifigenia, señalando a Hermíone.

—Igual que su madre —dijo Clitemnestra—. Pero, bueno, tú sabes hacer cosas que ella no sabe. Como componer para la lira.

Ifigenia sonrió y se apartó un mechón de pelo de la sudorosa frente. Era una niña guapa, con el oscuro y rizado cabello de su padre y la piel clara de la madre.

—Sí, eso me gusta más.

Hermíone rodaba, sujetándose las rodillas despellejadas. Pasaba la mayor parte del tiempo al aire libre y no se acercaba ni de lejos a ninguna lira. Sus tíos, mis hermanos, se deleitaban en enseñarle a cabalgar y a disparar. Mi pequeña muñequita, que me había entregado mi madre, yacía olvidada.

Menelao la adoraba, pero, por supuesto, asumía que al final tendría un hermano.

—Ah, queridísima mía —dije, inclinándome hacia delante y pasándole la mano

por los rizos.

Su pelo era de un color oro brillante, como el mío, y a veces jugábamos a mezclar los mechones e intentar separarlos basándonos en el color. No podíamos, por supuesto, pero el hecho de ver que nuestro pelo era idéntico nos hacía sentir mucho más unidas.

Miré a Clitemnestra y noté algo..., algo oscuro y opresivo. Era aquel don no solicitado de las serpientes, iluminando y señalando las cosas en el corazón de las personas. Veía algo en torno a ellos, podía oír ecos desde lo más profundo de su ser. Ahora lo vi en Clitemnestra.

Había visto muchas cosas que no deseaba ver en los años transcurridos desde que las serpientes me lamieron los oídos; se me había concedido la visión de temas privados que debían estar vedados para mí.

Y el sacerdote decía que podían ser tres los dones... Hasta el momento sólo aquél se había manifestado. Pero quizá, me consolé, no hubiese otros.

—Clitemnestra, querida hermana —dije casi sin aliento—, ¿pasa algo?

—No, desde luego que no. ¿Por qué me lo preguntas?

Así que todavía no, todavía no. Y había que rogar a Zeus para que no fuese nunca. Pero el color que la rodeaba era oscuro y turbio. Un escalofrío de miedo me traspasó como un viento que soplase sobre un campo.

Lo más crudo del invierno. Nada se movía en las aguas, los barcos permanecían fondeados en la costa, con los cascos llenos de piedras para mantenerlos estables en la costa azotada por la lluvia, y sólo los más valientes o los más insensatos podrían arriesgarse a viajar en aquellos momentos. Entre las ciudades, las carreteras estaban cubiertas de hielo y resbalosas, y pocos se aventuraban por ellas. Menelao y yo éramos de esos pocos. Agamenón nos había convocado a Micenas, no sabíamos para qué. El mensaje era vago.

El terreno entre Esparta y Micenas era inhóspito y el bosque estaba desnudo de hojas. Hermíone me tiraba del manto.

—Tengo frío —decía.

Noté que temblaba a mi lado. Me quité la manta que me cubría y la apoyé en sus hombros, arropándola bien.

—Ahora ya está mejor —le aseguré—. Si esta piel le sirve a un carnero en el campo, también te puede servir a ti.

Ella me devolvió la sonrisa. Tenía ya ocho años, y todavía era nuestra única y queridísima hija.

—¿Qué quiere el tío Agamenón? —preguntó.

—No lo sabemos —le respondí—. Quizá sea una sorpresa.

—No quiero ninguna sorpresa del tío Agamenón —dijo ella—. Me da miedo. Pero me gustaría ver a Ifigenia y a Electra.

A pesar de las esperanzas de Agamenón, habían tenido otra niña. La llamaron Electra, que significa «ámbar», porque sus ojos eran de un precioso color castaño dorado.

Ifigenia ya tenía once años, pero a diferencia de otras niñas de su edad, parecía contenta de jugar con su primita más pequeña. Me preguntaba si Agamenón insistiría en concertar un matrimonio para ella y con quién.

Ante nosotros, dorados a la luz desfalleciente del invierno, vi los leones de piedra tallada que guardaban la entrada de Micenas, alzándose a ambos lados. Siempre sentía una mezcla de maravilla ante su esplendor y temor de lo que me esperaba una vez pasase junto a ellos. Micenas no era un lugar agradable para ir de visita, a pesar de sus magníficas vistas de las montañas y del mar. El palacio me oprimía, me oprimía entre sus muros gruesos, construidos con piedras enormes, y sus fortificaciones bien guardadas, y el aire siempre era pesado y húmedo.

Una vez pasados los leones, seguimos por el empinado camino que conducía a la parte principal del palacio, colgado en la parte más elevada de la colina.

Un grupo de criados nos rodeó en cuanto subimos. Alguien había corrido a alertar a Agamenón, y ahora él permanecía de pie en lo alto del camino, con el sol a su espalda, una figura elevada e imponente.

—¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! —gritó. Se apartó y se dejó ver, sin obstaculizar ya el sol. Así parecía más pequeño. Se adelantó para abrazar a Menelao—. ¡Querido hermano! —gritó, dándole palmadas en la espalda.

—¡Hermano! —le hizo eco Menelao.

Juntos subieron por la gran escalinata que conducía al patio del palacio.

Nos encontrábamos sentados en el mégaron, en el corazón del palacio. Un amplio hogar bajo mantenía un fuego vivo, con muchos troncos de olorosa madera de cedro, y el humo, que no conseguía escapar todo por el agujero redondo del techo, perfumaba el aire de la sala y suavizaba los rostros de las personas allí reunidas.

Agamenón todavía no nos había revelado por qué nos había convocado allí, pero por el rango de los invitados (todos ellos reyes o caudillos de ciudades cercanas) supe que era algo político. Parecía distraído, nervioso, a pesar de sus intentos de parecer jovial. La clarividencia que se me había concedido me permitía casi oír sus pensamientos. Eran furiosos y confusos. Y, sin embargo, él sonreía, sonreía.

Se aseguró de que todos tuviésemos copas bien llenas para beber, todas poco

hondas y decoradas con círculos y espirales, y tan finas y maravillosamente amarillas, de un amarillo vivo e intenso, como sólo puede ser el oro. Como en el mégaron estábamos más de treinta personas, aquello proclamaba su riqueza, como él había pensado hábilmente.

Sus invitados eran Palamedes de Nauplia, Diomedes de Argos, Poliportis de Tirinto y Tersites de Corinto, así como otros muchos más a quienes no reconocí, ya que nunca nos habían visitado en Esparta. Agamenón se puso a andar entre ellos, campechano, dándoles palmadas en los hombros, echando la cabeza atrás y rugiendo de risa, como uno de los leones de la puerta.

Menelao estaba a un lado, con aire distraído. No le gustaban aquellas reuniones, ya que era una persona tranquila y reservada. Yo me mantenía a su lado. Cogiéndole las manos, entrelacé mis dedos con los suyos. Sentía una tediosa necesidad de protegerle.

Había presentes pocas mujeres más: las mujeres normalmente no eran admitidas en tales reuniones. Clitemnestra y yo éramos la excepción: ella como anfitriona de Micenas, y yo porque Menelao no quería separarse de mí, y era hermana de Clitemnestra.

—¡Ah, amigos míos! —aulló Agamenón—. ¡Bienvenidos, bienvenidos! Estoy muy conmovido al ver que habéis hecho tan largo camino en este tiempo invernal, tan peligroso para los viajes. —Miró a su alrededor—. ¡Comed, bebed! Maté un jabalí, de los últimos de la temporada, y ya fue colgado y curado a la perfección, ¡ahora lo compartiré con vosotros!

«Más flores para sí», pensé.

—¡Se está asando ahora mismo! —Estaba de pie, balanceándose ligeramente en sus gruesas botas, y sus hombros, revestidos con una piel, le asemejaban a un formidable oso.

Clitemnestra se acercó a nosotros arrastrando sus largas vestiduras.

—Este hombre no tiene sentido del tiempo —murmuró—. Pasarán horas antes de que esté listo. Ya le había dicho yo que empezase antes...

Me incliné hacia ella y le besé la mejilla.

—No importa, querida hermana. Estamos muy felices de verte. No hemos venido por el jabalí. En realidad, no sé muy bien para qué hemos venido..., aparte de la oportunidad de que Hermíone vea a sus primas. Quizá sea eso lo más importante y duradero que provenga de todo esto.

Ella puso los ojos en blanco.

—Agamenón quiere ver con qué apoyos puede contar.

—¿Para qué? —preguntó Menelao—. Todo está tranquilo. Estamos en paz.

—A Agamenón no le gusta la paz —dijo ella.

—Pero no querrá provocar una guerra, ¿verdad? ¿Y con quién? —Menelao se sintió preocupado por aquellas noticias.

—Se ha implicado en la causa de Hesíone —replicó ella—. Cosa absurda —se apresuró a añadir—. Aunque el rey troyano asegure lo contrario. Hesíone parece perfectamente feliz viviendo en Salamina con Telamón. Hace casi cuarenta años desde que se la llevaron de Troya.

—Troya —murmuró Menelao—. Ese lugar es mejor dejarlo tranquilo. Todo lo que ocurrió pertenece a otra generación, y aunque algunos me puedan llamar cobarde por esto, digo que los hechos del día deberían limitarse a ese día y a ese tiempo, y no contaminar ni afectar a otros.

Clitemnestra alzó las cejas.

—¡Qué radical! —exclamó—. Pero sensato —acabó por admitir.

Agamenón fue caminando arriba y abajo por el mégaron, con sus rudos rasgos iluminados por unas antorchas colocadas en unos soportes de la pared. Con algunas luces parecía guapo; con otras, parecía un sátiro. Quizá fuesen la barba y los ojos muy hundidos.

—¡El jabalí ya viene, os lo digo, ya viene! —dijo, levantando ambos brazos—. Pero, amigos, mientras esperamos, debo exhortaros a pensar en el mal que nos han causado los insultos de los troyanos. Esa princesa suya mayor, Hesíone, hermana de su rey Príamo, fue entregada a Telamón de Salamina años atrás. Pero ¡nunca dejan de protestar para que regrese! Incluso amenazan con enviar una partida a rescatarla. Dicen que se la llevaron en contra de su voluntad, por Heracles. ¡Y yo digo que son tonterías! Ella no muestra deseo alguno de volver a Troya.

La estridente voz de Tersites irrumpió entre la multitud.

—¿Se lo ha preguntado alguien a ella?

—¡Supongo que así lo habrá hecho su marido, Telamón! ¡O su hijo, el inigualable arquero Teucro! —chilló Agamenón. Arrojó una copa de vino.

—¿Y podría hablar ella libremente ante ellos? —insistió Tersites.

—Seguro, después de cuarenta años... —empezó Menelao.

—Las mujeres no siempre dicen lo que desean. —Para mi sorpresa, la voz era la mía. No quería hablar en voz alta, pero aquello era cierto.

—¿Qué quieres decir? —me asaltó mi cuñado.

Todos los ojos estaban fijos en mí.

—Quiero decir que una mujer casada, que se preocupa por su familia, por su

marido y por su hijo, no siempre puede poner los verdaderos sentimientos de su corazón en palabras..., porque quizá sean contradictorios. —Cogí aliento—. El amor por una familia no borra el amor que se tenía por la primera. —Yo había sido afortunada; tenía tanto a mi primera familia como a la escogida, la segunda, a mi lado. Pero eso no siempre ocurría.

—¡Ella ha olvidado Troya! —insistió Agamenón—. Lo ha probado mediante sus hechos.

—Las lealtades en conflicto pueden causar gran dolor... y conducir al silencio —dije.

Vi que sus cejas se fruncían. No me hacía ninguna gracia su atención, pero ¿cómo iba a permanecer callada? Aquellos errores podían conducir a derramamientos de sangre, porque estaba claro que él había congregado a todos aquellos guerreros con la esperanza de azuzarlos y usarlos.

—¡Si los troyanos persisten en hacer tales acusaciones, les responderemos con buques de guerra y con bronce! —gritó. Miró a su alrededor para ver si alguien secundaba su grito. Hubo algunos vítores de mala gana.

—Troya es arrogante —dijo Tersites—. Acecha junto al Helesponto y entorpece nuestro tráfico allí, todo el camino hacia el mar Negro. Yo también me sentiría mucho más feliz si desapareciese.

—Pero no va a desaparecer —dijo Agamenón—. Persistirá, como una lanza en nuestro costado, hasta que nosotros «hagamos» que desaparezca.

—Troya tiene muchos aliados que la rodean —dijo Diomedes—. Podrían acudir en su ayuda.

—¡Basta! —dijo Menelao—. Hablas como si la guerra fuese un hecho. No existe motivo ni propósito para una guerra con Troya. Es mucho más barato, para ser sincero, pagar todos los sobornos y peajes que requieran que congregarse un ejército. Ése es el camino del comercio: trueques, impuestos. Su posición junto al Helesponto se la concedieron los dioses, igual que a nosotros nos dieron la nuestra en el Egeo. Y eso debemos respetarlo.

Se oyó un bajo gruñido en la sala, aunque Menelao hablaba con inteligencia. Ellos no querían objeciones inteligentes, no a la luz parpadeante de las antorchas y con las medias sombras y las medias verdades flotando en la sala invernal.

—¿Así que tú pretendes quedarte sentado en tu gran sala de Esparta, calentándote al fuego, y morir sin ninguna hazaña gloriosa que pueda ser recitada cuando se encienda la pira funeraria? —preguntó Diomedes.

Noté que Menelao se ponía tenso a mi lado. Tenía que responder.

—Yo creo..., yo creo... —buscaba las palabras— que si en el funeral de un hombre se deben cantar hazañas gloriosas, o no, es algo que depende de las tareas que le fueron encomendadas por los dioses para probar su carácter. Todos debemos aceptar la copa que nos entregan los dioses. Debemos hacerlo. La paz también es un don.

—¡Bah! —exclamó Diomedes—. ¡Yo puedo llenar esa copa con la poción que desee! —Levantó bien alta su copa de oro.

—Pero la copa misma te la entregó otro. —De nuevo, era mi voz la que hablaba. No podía soportar su engreimiento—. Quizá tú no seas tan libre como desearías.

Él me miró y luego miró a Menelao, como diciendo: ¡controla a tu mujer!

—Dejemos en paz al viejo y tembloroso Príamo. —Una voz sonó en la parte posterior de la sala.

Quizá los ánimos fuesen cambiando, quizá los sensatos consejos de Menelao estuvieran penetrando en la mente de aquellos hombres.

—¡Príamo! Es un viejo idiota. Un potentado decadente del este. Tiene cincuenta hijos o más..., todos alojados en su palacio de Troya —dijo Agamenón.

—¿Y ése es un motivo para atacarle? —preguntó Menelao—. ¡Que se quede con sus cincuenta hijos!

Lo ocultaba muy bien, pero noté el dolor en su voz. Cincuenta hijos..., ah, o uno al menos. ¡Sólo uno! Todos los hombres quieren hijos. Menelao ansiaba uno.

—No es adecuado —murmuró Agamenón, también sin hijos varones.

—He oído decir que acaba de añadir otro —dijo Palamedes—. Y crecídito.

—Ah, ¿un descendiente de alguna esclava? —Poliportis se rio—. Los palacios de un rey están llenos de ellos.

—Éste es distinto —insistió Palamedes—. Éste es un hijo legítimo que fue desterrado a causa de un mal augurio, y que ha vuelto a reclamar su herencia. Y dicen que es un tipo muy especial, que consigue proezas en las competiciones de todo tipo, y que tiene un rostro muy bello. Le llaman Paris o «Fardo», porque lo metieron en un fardo cuando lo sacaron a la montaña, recién nacido, para que muriese.

—¡Ah, qué conmovedor! —se inclinó Tersites, sarcástico—. ¡Qué historia más bonita!

—Así que el viejo Príamo está sentado muy feliz en la torre del vigía de su ventosa Troya, sabiendo que está a salvo. —Agamenón casi escupía—. ¿Qué importa que tenga cuarenta y nueve hijos o cincuenta, y si uno es más guapo o menos?

—¿Y a ti, qué te importa a ti, Agamenón? —preguntó una voz estentórea—. Dices ton..., hablas sin pensar.

Nadie podía decirle a Agamenón que decía tonterías, nadie excepto Clitemnestra. Y no en público. Agamenón buscó en la sala al hombre que había hablado, furioso.

—Me importa porque Príamo es el hermano de Hesíone. Es él quien sigue recordándole al mundo que ella fue arrebatada de Troya... por unos griegos. ¡Él nos odia! —Agamenón bajó la barbilla, como hacía siempre cuando estaba contrariado, de modo que parecía un toro agresivo.

—Es tu imaginación —dijo Menelao—. He oído que es un hombre de buen carácter y sensato, nada dado al odio.

—¡Pues si es tan sensato, debería temernos!

Agamenón hizo una seña y salieron dos hombres de entre las sombras: uno mayor que otro, con el rostro brillante y una expresión de deleite; otro más joven, con mucho pelo y dos trazos oscuros como cejas. Les había visto antes, pero... ¿dónde?

El mayor llevaba ropas protectoras y armadura, y el joven iba cargado de armas: venablos, espadas, flechas y escudos. Colocado en la cabeza llevaba un impresionante casco hecho con hileras de colmillos de jabalí.

—¡Linceo, muéstrales lo que has traído!

Amablemente, el hombre mostró su peto de lino, sus grebas de bronce y su casco, y una enorme espiral de metal que cubría a un luchador desde el hombro hasta los muslos. También requería una fuerza sobrehumana para poder moverse y luchar con ella puesta.

—Esto equipa al guerrero —dijo, orgullosamente.

—Tengo un almacén entero lleno de esto —dijo Agamenón—. Estoy preparado para asumir cualquier desafío.

—Parece que tú mismo eres el que va a desafiar a alguien —dijo Diomedes—. Una vez tienes tales armas, ¿no te están pidiendo ellas mismas que las uses?

—Mejor eso que necesitarlas y no tenerlas —dijo Agamenón—. Y ahora, Cerción, muéstrales el resto.

El joven obedeció rápidamente. Se arrodilló y mostró a sus pies todas las armas.

—Pero la mejor opción es tener unas armas tan superiores que el enemigo no tenga ni siquiera la oportunidad de dar un golpe.

Hizo una señal a un grupo de espadas y dagas que tenía a sus pies.

—Las espadas largas son demasiado incómodas. Es mejor una espada más corta. No puede partirse de repente y dejarte sin protección. Y está pensada para dar mandobles, en lugar de pinchar sólo, como antiguamente. Por supuesto, una daga es lo mejor para la lucha cuerpo a cuerpo. —Blandió una, sopesándola—. Pero la desventaja es que tiene uno que estar cerca. —Se echó a reír.

—Lo ideal sería un arma que pudiese matar desde lejos. De hecho, si miras las espadas, se ve que cada mejora es un intento de matar a mayor distancia cada vez del cuerpo del atacante. —De pronto, Gelanor estaba de pie junto al joven—. Lo que tú deseas es una espada larga, pero que también dé mandobles. Ése sería el sueño del guerrero.

¿Por qué estaba allí? ¿Le habría captado Agamenón para su servicio, en lugar de Menelao?

La idea de que él ya no estuviera en Esparta me resultaba intolerable. Exigiríamos su regreso. ¿Cómo le habría reclutado Agamenón?

—Tu casco de colmillos de jabalí —señaló Gelanor—. Muy bonito. Pero ahora tenemos cosas mejores.

Cerción quedó un poco contrariado. Se lo quitó y lo apretó.

—Necesitas algo más rígido para protegerte mejor la cabeza —dijo Gelanor. Se colocó ante la exhibición de flechas y arcos—. Las flechas tienen que volar más lejos —dijo.

—¡Las flechas son una forma cobarde de luchar! —dijo Diomedes de Argos.

—¿Ah, sí? ¡Qué irracional! No, amigos míos, las flechas no son más que el paso siguiente en la larga e inacabada historia de las armas de guerra. Te permiten matar desde muy lejos. Si no las perfeccionáis vosotros, lo harán otros.

—¿A qué distancia máxima puede matar una flecha? —preguntó alguien.

—Con estos arcos y flechas, setenta pasos. Pero con los míos, puedes darle a un blanco a trescientos pasos de distancia.

—Imposible. —Agamenón se acercó a él—. Tengo gran fe en Gelanor, pero eso es imposible.

—El problema está en los arcos —dijo Gelanor—. La flecha puede ir sólo a la distancia de la tensión de la cuerda del arco. Si se pudiera estirar la cuerda mucho más, hasta el oído, o incluso más aún, vuestras flechas os sorprenderían.

—No tenemos tales arcos ni tales cuerdas —dijo Linceo.

—No, todavía no. Pero debemos hacerlos. Se puede hacer. Y con bastante facilidad, creo.

—Así que, en realidad, no tienes esos arcos.

—No, pero confío en que se puedan hacer. Usando cabellos con los tendones, para aumentar la elasticidad...

—¡Bah! —Linceo cogió el arco que Cerción había dejado en el suelo—. ¡Éste ya es bastante bueno para mí!

Pero Cerción se llevó a un lado a Gelanor para interrogarle.

—¡Adoptaré cualquier método que mate más troyanos! —dijo Agamenón—.
¡Sólo tienes que decirme cómo conseguirlo!

En cuanto los hombres dejaron de arremolinarse en torno a las armas, se las llevaron y convocaron a un bardo a la sala. Pude escabullirme hasta donde se encontraba Gelanor y susurrarle:

—¿Nos has abandonado?

Él me miró, con su peculiar media sonrisa en los ojos, pero no en la boca.

—Nunca, señora. Siempre estoy dispuesto a derrotar a vuestros enemigos.

Como no había asomado la cabeza ningún enemigo desde el episodio del veneno, le había visto poco.

—No debes quedarte en Micenas —le dije, de repente—. Te ordeno que vuelvas a Esparta con nosotros.

Ahora su boca sonreía.

—Obedezco —rio—. Agamenón paga mal. Y está claro que no quiere llevar a cabo ninguna de mis ideas. Costarían demasiado, y es tacaño.

El bardo permanecía de pie en la sala, esperando que los allí reunidos se quedasen en silencio. Cogió su lira y cerró los ojos. Fuera, el viento iba arreciando y oía cómo soplaba en torno a las esquinas del edificio. Alguien arrojó más leña al fuego, pero el frío iba en aumento, colándose entre las piedras.

—Canta el viaje de los Argonautas —dijo alguien—. Jasón y el Vellochino de Oro.

—Ya lo hemos oído cien veces —dijo Cerción—. ¡Mejor Heracles y la Hidra!

Un gruñido recorrió la habitación.

—¡No! ¡Qué aburrido!

—¡Pues Perseo! Dicen que fundó Micenas.

—¡Perseo y la Medusa!

—¡No! —gritó Agamenón—. Canta sobre Príamo y su búsqueda de su hermana Hesíone.

El bardo le miró tristemente.

—No conozco tal canción, señor.

—¡Pues componla! ¿No tienes a la musa a tus órdenes?

El bardo parecía incómodo.

—Señor, es una historia sin final. Tal cosa no es adecuada para una canción épica.

—¡Entonces la escribiremos nosotros, por los dioses! —gritó Agamenón—. ¡Y así podrás cantarla bien!

El fuego ya se estaba apagando, y nadie le arrojaba más leña. Fuera, el viento era feroz, y los invitados estaban ansiosos por volver a sus camas, taparse con una manta de piel de oveja, envolver los brazos en torno a sus hombros y esperar el sueño.

A Menelao y a mí nos habían asignado la mejor de las habitaciones para huéspedes, las que habíamos ocupado en nuestra visita de boda. Cuando salimos del mégaron, nos abofeteó un viento tan fuerte que parecía un ropaje de hielo, con un toque de aguanieve. Temblamos y nos acurrucamos el uno contra el otro mientras avanzábamos por el pasaje que conducía a nuestra habitación.

Estar de nuevo allí con todo lo que había pasado en los años transcurridos... Pero en realidad no me importaba, tenía tanto sueño que apenas veía nada.

Menelao gruñía, como siempre, indicando lo cansado que estaba. Se quitó sus pieles, apartándolas de sus hombros, pero aun así éstos no parecían menos cargados.

Se inclinaba hacia delante. Nunca lo había notado antes, pero estaba cargado de espaldas..., a diferencia de aquel joven guerrero Cerción, que estaba erguido como una espada nueva y cimbreante. Menelao era mayor, por supuesto, aunque ninguna guerra le había minado..., sólo el tiempo.

Su ligera inclinación me era muy querida. Sus debilidades me atraían. Yo estaba junto a él, con una compasión no nacida de su fortaleza, sino precisamente de sus cargas humanas.

Querido Menelao. Le quería, de verdad.

Nos abrazamos y nos echamos juntos. Le notaba muy cerca de mí, mi querido amigo, mi señor. Pero lo que siguió fue lo mismo de siempre. Afrodita me había fallado de nuevo; ella me había retirado sus dones. Quedaba el don del amor, del respeto, de la devoción, que los otros dioses habían derramado sobre nosotros. Echada entre los fuertes brazos de Menelao pensé nostálgica que debía contentarme con eso. Era afortunada de tener aquello, al menos. ¿Acaso no había sido Menelao mi aliado, desde el principio? Ése fue nuestro principio, y ése sería nuestro final.

XX

Viendo que Esparta aparecía a la vista, extendida a lo largo de las orillas del Eurotas, mi ánimo se elevó, como me ocurría siempre. Mi ciudad era bonita, abierta, situada entre bosquecillos..., todo lo que no era la fría y reclusa Micenas. Ambos palacios estaban situados en la parte más alta, pero el nuestro era como un faro dorado por encima de la llanura.

Hermíone estaba muy contenta de volver a casa, donde podría deambular por los corredores abiertos. Lo único que echaría de menos era a sus primas como compañeras de juegos; estaban también los niños de los sirvientes y esclavos, por supuesto, pero nadie de su propia sangre. Ella me confió que aquella vez su prima Ifigenia no parecía tan interesada en jugar, y que había acumulado una colección de peines de marfil y espejos de bronce y aceite perfumado, y que pasaba mucho tiempo arreglándolo todo.

—Bueno, ella ya está cerca de la edad en que podría casarse —repliqué yo—. Supongo que sólo se está preparando para ello, mentalmente.

—Y Electra es demasiado pequeña y es una pesada, y no es nada divertida. Es muy molesta: no para de hacer preguntas.

Me eché a reír.

—Eso es lo que implica tener tres años. Tú también lo hacías.

Ella meneó la cabeza furiosamente, agitando sus rizos.

—¡No, no, yo no lo hacía!

—No es ninguna vergüenza —le aseguré—. Es mejor hacer demasiadas preguntas que demasiado pocas.

Preguntas... Yo misma tenía tantas... ¿Por qué ansiaba tanto la guerra Agamenón? ¿Estaría aburrido, es eso lo que hacen los hombres aburridos? ¿Estaba acaso celoso de Príamo, con todos aquellos hijos? ¿Quería yo que Menelao fuese a la guerra? ¿Sería más interesante mi vida o menos, si él no estaba?

El invierno se agarraba con sus manos huesudas y tensas a la tierra, dejándola pálida y exangüe. Mientras, nosotros tiritábamos tapados con nuestros mantos y manteníamos los braseros encendidos en el interior. Tuve la idea irreverente de que Deméter quizá no necesitase recurrir a tales extremos para lamentar la pérdida de Perséfone. En cuanto lo pensé, rápidamente me disculpé. No sabía el dolor que podía causar la

pérdida de una hija, y no quería provocar que la diosa me hiciera averiguarlo.

Gelanor me pidió que le dejase volver a Gitio, diciendo que con tan poco que hacer en Esparta, podía dedicar algo de tiempo a recoger los moluscos que contenían la púrpura por la costa, de modo que cuando los comerciantes llegasen en primavera, su familia ya tuviese un buen suministro de esas conchas para vender. Decía que cosecharlas no era tan difícil aunque hiciera mal tiempo, si después tenías seguro un buen fuego.

—Ni siquiera los fenicios se hacen a la mar con este tiempo —dijo—. Pero serán los primeros en cuanto amainen las tormentas.

Yo no quería que se fuese; siempre encontraba divertido hablar con él. Las mujeres de palacio sólo hablaban de tejidos, de matrimonios, muertes e hijos; los hombres sólo hablaban de caza, comercio y guerra. De alguna manera, aunque Gelanor hablase de aquellas cosas, era como si estuviera subido en una roca elevada y lo describiera desde arriba, en lugar de formar parte de aquello o sentir alguna preocupación por el resultado. De pronto tuve una idea, algo que podía aliviar el aburrimiento que sentíamos los dos.

—¡Llévame contigo! —le dije.

Él me miró burlón.

—¿Para que vayas correteando por las rocas y recogiendo los moluscos?

—No, para ver Gitio. Y el mar. Nunca he estado en la costa ni he oído una ola.

—Eres una reina de tierra adentro —dijo él—. Y así debe seguir siendo, hasta que Menelao te lleve a ver el mar. ¿No es acaso de Creta su abuelo? ¿Por qué no vas allí con él?

—Su abuelo está muy anciano, y Menelao... —al propio Menelao no le gustaba el mar, me daba cuenta de ello, y evitaba la navegación siempre que le era posible— va allí lo menos posible.

Mientras hablábamos, una ráfaga de aire me arrancó el manto que me cubría la cabeza. Gelanor se echó a reír.

—Te llevaré a Gitio cuando haya pasado lo peor de estos vientos. Ahora sólo conseguirías quedar empapada en agua de mar y helada hasta la muerte, y Menelao me ejecutaría por robarle a la bella Helena su salud. —Atisbó el horizonte, fingiendo que veía el mar—. A Poseidón le encanta esta época del año, porque puede enfurecerse y remover montañas de agua y olas, pero la gente prudente se mantiene apartada de él.

—Entonces, ¿por qué vas tú?

—Nunca dije que fuese prudente, y de todos modos, la ociosidad forzada acaba

por destruir toda prudencia.

Menelao se mostró dócil ante mi partida; confiaba en Gelanor. Diría que confiaba en él como en un hermano, pero tenía la sensación de que no confiaba en Agamenón, al menos no ciegamente. Su única condición era que debía esperar a acompañarle hasta que hubiesen pasado las peores tormentas invernales, y que no me llevase a Hermíone conmigo y tuviese cerca siempre a dos guardaespaldas.

En realidad, Menelao se mostraba muy dócil con la mayoría de las cosas, en aquellos tiempos. Parecía muy calmado. Quizás al final estuviese averiguando que ser rey satisfacía sus talentos.

—Tráeme uno de esos moluscos cuando vuelvas —dijo—. Creo que en sí mismos no tienen color en absoluto, sino que sólo liberan ese fluido púrpura cuando se aplastan.

—Sí, así lo haré —le prometí.

Mi sangre se aceleraba ante la perspectiva de caminar junto al mar, al fin.

Existe una época del año en que el invierno y la primavera se enzarzan en una lucha cuerpo a cuerpo y se van venciendo uno a otro por turnos: primero cae uno, luego la otra. Un día es frío, el siguiente cálido. Las hojas precavidas siguen aún enroscadas; las más imprudentes se abren al sol. En tal momento, Gelanor y yo partimos hacia Gitio, una caminata que duró un largo día, con los guardaespaldas siguiéndonos detrás. Pero a mí me sentó muy bien; llevaba un calzado resistente y un manto abrigado. Comprendí que debía llevar un velo que me tapase la cara. Estaba acostumbrada a que me mirase la gente, pero Gelanor no, y quizá fuese una molestia si intentábamos avanzar lo más rápidamente posible. Quería pasar sin entorpecimiento alguno.

—Vaya, tienes un aspecto muy raro —dijo Gelanor al unirme a él justo ante las puertas de palacio.

—¿Qué quieres decir? —Miré mis pies y mi manto.

—Sólo te había visto ataviada como reina —dijo—. Nunca como peregrina. —Sonrió—. ¡Vamos!

Supongo que tenía sus dudas acerca de mi capacidad de seguirle, porque cuando pasamos el santuario de Artemisa Ortia, ese lugar misterioso y oscuro donde los muchachos deben soportar unas pruebas físicas secretas, se detuvo y sacó un odre lleno de agua.

—Vaya, vaya —dijo—. Ciertamente, eres ágil. A mí me falta un poco el resuello.

—En tiempos fui corredora —dije. Pero parecía que hacía una eternidad.

—Aaah —dijo Gelanor—. Entonces doy gracias de que no estemos compitiendo

—dijo, y me pasó el agua.

Seguimos por el sendero de tierra hacia Gitio. Al principio se mantenía pegado al valle del Eurotas; el río, crecido por la nieve fundida y las lluvias primaverales, buscaba el mar igual que nosotros. A lo largo del camino había pueblos, pequeñas granjas. Los campos, sembrados a finales del invierno, mostraban la cebada y el farro, ya a la altura de la rodilla. Nadie nos prestaba atención, cosa que me encantaba. Así se lo hice saber a Gelanor.

—Dime —me preguntó él—. Nunca he querido preguntártelo, porque no quería entrometerme, pero ¿qué se siente cuando todo el mundo te mira, no importa lo que hagas?

—¡Es horrible! ¡Espantoso, no se puede ni describir!

—Pero peor sería lo contrario, la persona que quiere hacerse notar y siempre es invisible, ¿no? —preguntó.

—¿Y cómo voy a saberlo? ¿Cómo puedo compararlo?

—Mi opinión es que esas personas invisibles causan todos los problemas del mundo. Quieren que las miren, y hacen cualquier cosa para llamar la atención. Matan, hacen acusaciones falsas, alardean y presumen de hazañas que no han conseguido.

—Eres muy duro —dije—. A veces, una persona muy visible quiere más. Es codiciosa... o codicioso. —Pensé en Agamenón, que estaba claro que se aburría con su vida tranquila en Micenas, aunque era rey—. Y mucha gente sencilla es feliz con su vida.

Gelanor gruñó.

—Aun así, muéstrame a un solo hombre que sienta que le hacen demasiado caso...

A última hora de la tarde nos enfrentamos a una larga hilera de montañas que se extendía como una muralla. El sol, suspendido sobre ellas, hacía que pareciesen formidables.

—Justo detrás nos esperan Gitio y el mar —dijo Gelanor—. Y no tenemos que subir por las montañas. Hay un paso.

Nos introdujimos por el paso, y allí, tendido y brillante ante nosotros, estaba el mar. Era enorme, mucho más ancho y largo que cualquier tierra. El horizonte resplandecía, muy lejos. Era un reino de verdad: el reino de Poseidón.

Justo antes de ponerse el sol llegamos a las rocas, donde el oleaje era muy intenso, a pesar del día claro.

—Mañana al amanecer volveremos aquí —dijo—. Es el mejor momento para la recolección.

Aspiré el extraño aroma del mar, un olor raro y metálico por las algas y el musgo de las rocas resbaladizas.

Pasamos la noche en la casa de la familia de Gelanor. Todos intentaban no mirarme; Gelanor intentó no alardear en ningún momento de estar a mi servicio. Era gente abierta y sencilla. Me di cuenta de que Gelanor no era en absoluto como ellos, y que por eso ya no podía vivir allí.

Frío, oscuridad, humedad. Gelanor había insistido en que bajásemos a la costa a aquella hora, antes de que rompiera la aurora. Estaba dispuesto a meterse en el agua para recoger los moluscos mientras yo esperaba en la orilla y miraba.

—Habías dicho que querías hacer esto —me regañó agitando el dedo.

—¿Cuánto tiempo tardarás? —le pregunté.

—Ah, no sé —dijo, encogiéndose de hombros—. Hasta que no encuentre ya ningún múrice más.

Yo debía vigilar el saco donde él guardaba los moluscos que cogía. Intenté conservarlo cuidadosamente, pero al cabo de un tiempo, cuando él se desvaneció detrás de un grupo de rocas, lo coloqué en un sitio donde estuviese seguro y él pudiera encontrarlo. Fui trepando por las rocas resbaladizas y me dirigí a la orilla. No podía permanecer más tiempo allí sentada mirando al horizonte, aunque el amanecer había sido magnífico. Yo temblaba y estaba empapada por el relente del mar.

Decidí ir andando por la orilla, buscando el camino entre las rocas con mucho cuidado y esperando que el movimiento me hiciera entrar en calor. Ordené a los guardias que se quedaran con Gelanor. Agité las piernas e intenté caminar deprisa. No había ningún otro ser humano a la vista por ninguna parte; todavía era demasiado temprano para que salieran los pescadores. Yo miraba las olas que rompían entre las rocas y luego llegaban a la playa como dedos que fuesen hurgando, con las yemas blancas de espuma.

Veía una islita junto a la costa, no muy lejos. Estaba cubierta de árboles que se inclinaban con el viento, y parecía llamarme.

Fui andando, y andando. El sol subió y me dio en la espalda y empezó a calentarme al fin. Entonces vi algo delante, a mi izquierda, una cueva o abertura donde parecía haber un acantilado, a un lado de la costa. Me dirigí hacia allí, no sé por qué. A medida que me acercaba notaba un viento cálido que procedía del interior.

Imposible, me dije. Las cuevas son más frías que el aire exterior. Pero fui entrando, dando traspiés, en el oscuro hueco de su boca. Allí dentro hacía tanto calor

como en verano.

El calor iba en aumento. Un suave viento me acariciaba. Olía a rosas. Rosas como las salvajes que había encontrado en los campos y praderas..., las que tenían cien pétalos, las que florecían donde querían y perfumaban el aire, pero se resistían a los jardines, se negaban a crecer allí.

«Las rosas no crecen en las cuevas. ¡Buscan el sol, necesitan el sol!».

El corazón me latía acelerado. Apenas podía respirar. Me agarré la garganta. El aire a mi alrededor estaba empapado de rosas, eran puras rosas. Caí de rodillas de inmediato. Sabía que aquello procedía de los dioses.

Incliné la cabeza y cerré los ojos, menos por reverencia que por temor. ¿Qué iba a ver? No podría soportarlo.

—Hija mía —susurró una voz—. Escúchame. Te he mandado llamar. Ha sido una larga espera. Tu padre me desdeñó, rechazando mis ofrecimientos. Y tú misma, a punto de casarte, me olvidaste. ¿Cómo pudiste? Por lo que respecta al matrimonio, yo soy la diosa sin la cual no puede prosperar. ¿Hera? ¡Ah, olvídate de ella! Ella no sabe nada de lo que une a un hombre y una mujer. ¡Si ni siquiera es capaz de satisfacer a Zeus! Me ha rogado que le preste mi cinturón, que otorga el deseo.

—¿Afrodita? —susurré.

—Sí, hija mía —dijo ella—. Eres mi vivo retrato. He intentado olvidarte porque tú y tu padre me habéis insultado, pero no puedo. No ocurre a menudo que una mujer mortal sea casi mi igual, pero tú lo eres. De modo que estamos emparentadas, y he llegado a reconocer esto al fin. —Hizo una pausa—. Ven adentro. Ven al interior de la cueva.

Nunca me habían gustado las cuevas ni las grutas; me asustaban. Pero obedecí y pasé junto a las rocas que custodiaban la abertura de la cueva. En lugar de reinar la oscuridad, estaba teñida por una luz difusa y el aire era más cálido aún. A cada lado hacía erupción un estallido de color: macizos de rosas, todas en plena floración, rojas como heridas, rosas y delicadas como la parte interior de una concha, exuberantes como el remolino de las nubes al anochecer, escarlata como cualquier amapola de los campos. Mientras yo miraba, los pétalos caían como una suave ducha. El suelo de la caverna estaba alfombrado por ellas, tan hondamente que su fría suavidad me acariciaba los tobillos y yo iba vadeándolas.

—Muéstrate a mí —murmuré. Necesitaba verla, ver a aquella diosa.

—Es peligroso. Ver a una diosa cara a cara puede matar a un mortal.

—¿Siempre ocurre eso? —Deseaba tanto verla...

—Nunca se sabe —dijo su suave voz—. A veces es seguro. Pero tú, querida

Helena... ¿Vale la pena que te arriesgues a la muerte? Zeus, tu padre, se pondría furioso conmigo si yo la causara. Tú eres la única hija que tiene de una mujer mortal. Te adora. No me atrevo a incurrir en su ira. ¡Sí, hasta las diosas le tememos! De modo que, hija mía, debes creer en mi palabra. Pero algún día, quizá, puedas contemplarme con total seguridad.

¿Qué quería decir? ¿Que me convertiría en una diosa y subiría al monte Olimpo?

—No pienses eso, porque pocos van al monte Olimpo.

La forma de leerme la mente había sido más rápida y completa que la habilidad que las serpientes sagradas me habían conferido, pero era el mismo don, en resumidas cuentas.

—Pasa ante mí —le rogué—. Que se muevan las rosas.

Ella se echó a reír, una risa que era mucho más dulce que la miel y más profunda que el deseo. O más bien era el puro deseo, en un solo sonido. Las rosas temblaron y se movieron, y sus pétalos cayeron.

—Ya lo tienes —susurró.

—¿Por qué me has hecho venir aquí? —le pregunté, después de inhalar la maravillosa fragancia.

—Hija mía, me has convocado tú.

—No, cómo...

—Hace tiempo que me convocas y me deseas. Mi ausencia en tu vida, deliberada, debo confesarlo, ha sido un tormento para ti.

—No, un tormento no...

Después de todo, había aprendido a vivir sin aquello, sin lo que nunca había probado. ¿Se puede echar de menos algo que nunca se ha tenido?

Oí su risa grave, emocionante, íntima.

—Ah, no, no te avergüences. Mucha gente me ha buscado, muchos me han lanzado maldiciones... cuando les he ignorado. Pero ¡tú! Ah, creo que no deberías desdeñar unos dones de los que nada sabes. Los que moran en una caverna (supongo que no te importan nada) quizá desprecien la luz del sol, pero no tienen experiencia de ella. De modo que tengo que enseñarte lo que falta en tu vida. Te faltó yo, y es una carencia grave.

—Entonces, dame tus dones. Tócame con ellos. Ábreme los ojos. —Esperaba que sonara lo bastante humilde, y mientras lo pensaba me reprimía. Ella podía oír mis pensamientos.

—De buen grado. Con todo mi corazón.

—¿Qué debo hacer? —le supliqué.

—Quédate muy quieta, cierra los ojos. Levanta las manos y toca las rosas de cada lado. Cuando vuelvas a la orilla del mar, entra en el agua y espera una ola que venga cargada de espuma. Deja que te empape toda. Entonces estarás impregnada de mí.

Extendí los brazos y cogí puñados de pétalos, aplastándolos. Una explosión de perfume inundó el aire.

—Cierra los ojos —dijo Afrodita—. Necesitas los demás sentidos ahora.

En cuanto cerré los ojos, noté el calor del aire, inhalé el intenso aroma de las rosas y oí el susurro de su voz con mucha mayor claridad.

—Te toco —susurró ella a mi lado—. Te entrego mi visión. Zeus es tu padre, pero yo soy tu hermana. Y nunca me separaré de ti. Estaré a tu lado todos tus días.

¿Sentía yo algo? ¿Un brillo, una calidez? No. Sólo oía su dulce susurro.

—Abre los ojos.

Los abrí y las rosas eran más llamativas que nunca; vibraban con una intensidad que nunca habría imaginado. Miré al techo de la caverna. Sus huecos oscuros y sombreados parecían bellos y misteriosos y llenos de infinitas promesas, no húmedos y fríos.

—Ahora ves las cosas a través del velo de Afrodita. Es una visión distinta.

Noté que me estaba despidiendo, que la diosa ya había acabado conmigo.

—Ah, no —me aseguró—. Tú eres mi elegida, mi hija, así como mi hermana. Porque... nunca he tenido una hija. Y ya era hora, diría. ¿Sabías que los dioses y las diosas normalmente sólo dan a luz varones? Así que tú eres la única mujer entre nosotros.

—Pero ¡yo no soy una diosa!

—Pero casi lo eres —suspiró ella—. Y muchos te tratarán como tal. Tienes ciertos privilegios reservados a nosotros.

—¿Y cuáles son?

—Ah, cuando los demás morirían o serían canjeados... —Se detuvo y se echó a reír. ¡Aquella risa encantadora!—. Me olvidaba de que a vosotros los mortales os gustan las sorpresas. Y por eso los oráculos hablan en clave. Deciros demasiado es estropear el suspense. —Hizo una pausa—. No querría arrebátártelo.

Y de repente desapareció. La caverna se quedó oscura y goteante. Sin rosas. Sin aire cálido.

¿Por qué parten tan bruscamente los dioses? ¿Para zaherirnos, para castigarnos, para reírse de nosotros? Me vi obligada a salir a tientas, palpando para encontrar el camino. Quería cogerla de los hombros, sacudirla, decirle: «¿Cómo te atreves a tratarme así?». Pero no había remedio.

Los dioses son como son; los mortales somos como somos. A veces podemos hablar y entendernos los unos a los otros, pero normalmente no.

El tiempo no había existido, no había transcurrido en la cueva, pero cuando salí era mediodía. El sol estaba alto en el cielo, y convertía el océano en un espejo. Volví al lugar de donde había salido. Podía ver que el saco de recolección todavía estaba a salvo, y di gracias por ello.

Gelanor estaba de pie allí cerca, con las manos en las caderas, buscándome por todas partes. Le hice señas, aunque en realidad no deseaba hablar con él ni con nadie. Quería sentarme a solas en la arena y pensar en lo que acababa de ocurrirme.

—¡Helena! ¡Helena! —Gelanor agitaba los brazos, haciéndome señas.

Caminé hacia él, notando el suave rumor de la arena bajo mis pies y oliendo más que nunca la sal, la arena, el mar.

—¿Dónde has estado? —me preguntó.

—Hacía frío, así que he dejado el saco en un lugar seguro y he ido a caminar para calentarme un poco.

—¡Ya te dije que haría frío! —se burló él.

¿Qué importaba? Quería decírselo. Todas las cosas de la vida cotidiana habían dejado de importar.

Llegué hasta donde estaba él.

—¿Qué has recogido? —Sabía que era una pregunta que debía hacer.

—Tengo muchas. —Dio unas palmaditas al abultado saco. Luego se volvió hacia mí—. ¿Qué te pasa? Yo le miré.

—Nada. No me pasa nada.

—Parece que estás sonámbula.

La imagen del sol acariciando las rocas era maravillosa. Parecían más que rocas, parecía alguna ofrenda especial de los dioses. ¿Por qué no lo había visto así antes?

—Nada —repetí—. Nada.

—No te creo. —Me cogió el brazo—. Estás enferma.

Justo entonces, una enorme ola se formó cerca de la orilla, elevándose primero, formó una cresta y corrió hacia nosotros. Yo me solté de su presa y corrí hacia las olas, y me preparé para esperar la ola que debía romper encima de mí, con los brazos levantados, como me había ordenado Afrodita.

—¡No! —gritó Gelanor, corriendo detrás de mí.

Pero era demasiado tarde. La gigantesca ola me inundó, y me tragó con un bocado verde y enorme. Me rendí a ella: era cálida, tan cálida como el aliento de una boca contra mi cuello, tan cálida como el agua que se quedaba fuera, en lo más intenso del

verano, en una jarra de arcilla a plena luz del sol. La mitad era espuma, ligera, ligera espuma que me envolvía y me bañaba. La ola retrocedió y yo me quedé de pie, cubierta de espuma, blanca como un fantasma.

—Estás loca —dijo Gelanor, que rodeó mis hombros con sus fuertes brazos—. Estas aguas son frías y letales... —Metió la mano en el agua—. Es peligroso.

¿Acaso él no notaba su calidez? ¿O sólo era cálida para mí?

Insistió en envolverme en una manta y correr a llevarme lejos de la línea del agua.

—Pero ¿qué te pasa? —me preguntó, sacudiendo la cabeza y quitándome la espuma.

Yo no dije nada. La espuma me había ungido. Ahora era de Afrodita. Pero ése era nuestro secreto, nuestra prenda secreta.

Muy lejos, en el horizonte, aparecía la silueta de una isla. Me di cuenta de que debía decirle algo a Gelanor, algo inocente.

—¿Qué isla es ésa? —le pregunté.

—Citerea —respondió—. Está a dos días de navegación de aquí, con buen viento.

—Me atrae.

—Es donde nació Afrodita, donde apareció en la orilla dentro de una concha, emergiendo de la espuma. Es mejor visitar Cranae, más cercana. —Señaló hacia la isla que estaba justo fuera de la costa, y que antes me había intrigado—. Es mucho más fácil llegar.

XXI

El camino de vuelta me pareció corto, quizá mis piernas tuviesen nuevas fuerzas. Gelanor había puesto los moluscos en una balsa de piedra junto a la costa llena de agua salada, para que sus padres los vendieran a los fenicios cuando éstos llegasen. Había reunido muchísimos; casi llenaban la balsa entera.

—Es mejor que cultivar la tierra —dijo—. El tinte mismo vale diez o veinte veces su peso en oro.

Yo había elegido dos múrices de los más grandes para enseñárselos a Menelao, y los transportábamos con mucho cuidado en una jarra llena de agua y sellada.

Ahora yo miraba con ansia el paisaje a través del cual andábamos, mientras los guardias nos seguían a una respetuosa distancia. Subíamos por las colinas que rodeaban Gitio, y luego, al pasarlas, el mar desapareció de la vista. Robles y tejos crecían en las lomas, señalando obstinadamente hacia el cielo. Oí las esquilas de los rebaños de cabras que ramoneaban en las colinas; vi a los pastores que dormían bajo los árboles, sesteando en las sombras.

—Paremos un poco —le pedí a Gelanor. Tenía un deseo avasallador de sentarme en aquella colina junto a los cabreros, no sé por qué.

Él me miró con curiosidad.

—Pero si acabamos de partir —dijo—. ¿Ya estás cansada?

—No, no estoy cansada.

—¿Qué ocurre, entonces?

—Sólo quiero quedarme aquí unos momentos —contesté, y me senté.

Apoyada contra el tronco de un viejo mirto, el árbol sagrado de Afrodita, cerré los ojos. El sonido tintineante de las esquilas resonaba como liras en el aire. Un olor acre y dulce a tomillo salvaje rondaba en la brisa.

De repente, tiempo y lugar se desvanecieron, como me había ocurrido en la cueva. Mantuve los ojos cerrados (¿no me había dicho Afrodita que interferían con los demás sentidos?) y procuré tranquilizar la carrera de mi corazón. Dejé que mi mente volase, libre; olí los aromas que me rodeaban, oí los sonidos, noté la tierra dura y pedregosa bajo mis pies. A mi alrededor vi otra montaña, mucho más alta, con praderas verdes y flores silvestres y mariposas que revoloteaban; oí el ruido gorgoteante de un arroyo que caía en una poza; noté su frescor sombreado. De algún modo también olía el ganado, su aroma espeso y caliente, y oía a los animales, un sonido bajo, muy diferente de los balidos de las cabras y las ovejas. Y entonces vi, de alguna forma, en

mi mente, en aquel sueño de vigilia, a un pastor dormido y soñando, con la cabeza apoyada en una almohada de verde hierba y flores del prado. Sonreía. Y vi dentro de su sueño, y en él unas diosas desfilaban ante él, tres diosas.

En el sueño del hombre, éste se levantaba y hablaba con Afrodita. Yo no oía lo que se decían, pero todo fueron sonrisas y acuerdos. Luego todas las diosas desaparecieron y el hombre se despertó, rodó de lado y luego se sentó. Se cogió las rodillas con las manos y suspiró.

—Debemos irnos —dijo Gelanor—. Nos queda un largo día de marcha.

Sí. Debíamos irnos. Me puse en pie, con aquellas imágenes todavía bailando en mi mente. Aquellas diosas, aquel pastor, la empinada montaña con sus arroyos que formaban cascadas..., ¿qué tendrían que ver conmigo? A medida que bajábamos por las colinas, que ni siquiera eran verdaderas montañas, los campos y bosques a nuestro alrededor eran muy distintos.

Se había puesto el sol hacía mucho cuando llegamos a Esparta. El último trayecto subiendo la colina hasta el palacio parecía muy largo, ya que llegaba al final del viaje. Mientras pasábamos por las puertas, vi los caballos de Agamenón y su carro en el patio exterior, y noté el olor a carne asada. Teníamos visitantes, y oficiales.

Estaba dominada por el cansancio. Tenía los pies polvorientos y doloridos por el viaje, y lo único que deseaba era pedir que me llevaran algo de cenar discretamente a mis aposentos y retirarme. Me volví hacia Gelanor.

—Oh, no —dije.

Él meneó la cabeza negativamente.

—Señora, en estos momentos es mucho más deseable ser un hombre corriente que una reina. Porque yo puedo descansar y tú no puedes.

—Pero ¡no es justo!

Él se echó a reír y se inclinó a besarme la mejilla.

—¡Valor! —exclamó, y me dedicó un saludo.

¿Debía ir a mi habitación y esperar a que me llamasen? ¿O debía ir directamente al mégaron, y acabar con el asunto? Decidí que era mejor acudir a la reunión. Una vez llegase a mis habitaciones, sería difícil dejarlas.

Entré por el porche abierto y el pórtico del vestíbulo, y accedí al gran mégaron. Para mi alivio, no había demasiada gente allí.

Menelao corrió hacia mí.

—Querida esposa, tenemos noticias trágicas.

Agamenón le seguía.

—Nuestro abuelo Catreo de Creta ha muerto. Debemos ir y celebrar sus exequias.

—Levantó las manos para acallar las condolencias—. No era inesperado. Había vivido mucho tiempo, mucho más que nuestro padre. —Aspiró aire con fuerza—. Pero debemos esperar aquí nueve días.

—¿Y por qué? —Yo no lo comprendía.

—Al mismo tiempo que hemos recibido la noticia de la muerte del abuelo, han aparecido... estos visitantes. Tenemos dos protocolos en conflicto. Uno es asistir a un funeral familiar; el otro, entretener durante nueve días a cualquier invitado o enviado extranjero.

Menelao asintió.

—Así que yo les atenderé aquí, les haré los honores, y Menelao volverá a Micenas y preparará los buques para nuestro viaje a Creta.

¡Creta!

—¿Puedo acompañarte? —le pedí. Había deseado mucho ver Creta.

—No —dijo Menelao—. Tú no eres de su sangre. Además, debes quedarte aquí a cargo de Esparta mientras yo esté fuera.

—Pero mi padre o mi madre...

—No. Debes quedarte.

¿Decía aquello para satisfacer a Agamenón?

—¿Quiénes son esos enviados?

No iba a ir a Creta. ¿Vería algo, alguna vez? Incluso aquel viaje al cercano Gitio había requerido un permiso especial.

—¡Son de Troya! ¡De Troya! —dijo Agamenón—. Uno es hijo de Príamo, el otro es su primo. Paris y Eneas.

—¿Troya? —Me parecía difícil de creer.

—Pues sí. Han venido en embajada por lo de su tía Hesíone. Príamo los ha enviado. ¡Veo que teme la guerra! —rio Agamenón.

—O quizá crea que sería una tontería, y espera que se calme todo este revuelo —dijo Menelao.

Tal posibilidad no gustaba a Agamenón, que ansiaba la guerra, aunque estuviese basada en el destino de una anciana.

—Bah. —Se echó a reír y volvió hacia mí su rostro sonriente—. Ven. Ven a conocerlos.

Menelao me tendió la mano y yo la cogí. Juntos entramos en la sala.

Él no me había preguntado por los moluscos; esperaba que Gelanor los pudiera mantener vivos hasta la mañana siguiente.

Los dos visitantes estaban de pie junto al hogar bajo, en medio del mégaron. Se

volvieron casi al unísono cuando nos acercamos. Uno llevaba una piel de ciervo, y el otro un manto teñido de púrpura sujeto en el hombro con un broche.

Ambos eran guapos, uno con el pelo oscuro, con unos rasgos casi perfectos. (No era extraño: más tarde supe que era hijo de la propia Afrodita). Pero fue al otro, el del pelo claro, alto y de anchos hombros, a quien me quedé mirando.

Era el pastor de mi sueño. Y me miraba con intensidad.

—Paris —dijo, inclinando la cabeza.

—Eneas —dijo el moreno.

Los dos eran como dioses. Eran dioses. Eso era lo que decían de los troyanos: que eran tan bellos que hasta los propios dioses los secuestraban. «Los troyanos son los más parecidos a los dioses de todos los hombres mortales en belleza y estatura», me susurró Afrodita, al pasar junto a mí y rozarme en la noche como una mariposilla delicada y blanca.

Yo no podía recuperar el habla. Me lo reproché a mí misma. Aquello era absurdo.

—Helena.

—La inmortal Helena —dijo Paris. Su rostro parecía iluminado con un resplandor de oro.

—No, inmortal no. Moriré, como todo el mundo.

—Nunca.

Todo aquello pasó en un instante, pero nuestras palabras no importaban. Seguíamos mirándonos. Durante los primeros minutos, quise contarle que había soñado con él en la montaña, preguntarle qué significaba. Pero hasta aquello se me olvidó, mientras un gozo extraordinario se apoderaba de mí y me contentaba simplemente con mirarle.

—Hemos venido en son de paz —dijo—. Estamos preocupados al ver que las indagaciones de Príamo con respecto a su hermana han sido rechazadas de una manera tan ruda.

Hasta su voz resonaba tan encantadora como las flautas de Pan en las cañadas.

—Pero ella está contenta donde está —afirmé.

—Helena no debe hablar de temas políticos —resonó la áspera voz de Agamenón en la noche—. Mi hermano y yo somos los únicos autorizados para negociar, no su esposa.

Una risa obediente y servil resonó en toda la sala.

—Yo soy una mujer —insistí—. Y creo que puedo hablar de lo que sienten las mujeres.

—¡Sus sentimientos son irrelevantes! —aulló Agamenón.

Paris y Eneas no dijeron nada; la opinión que yo tenía de ellos mejoró si cabe. Pero no podía apartar mis ojos de Paris. Por primera vez en toda mi vida, quizá, notaba que me invadía el deseo. Quería poseerle, devorarlo, llevármelo encadenado y tenerlo siempre a mis órdenes. Y al mismo tiempo quería darle todo lo que él deseara; cualquier cosa. Y quería estar con él cada instante. Y hasta el momento no habíamos hablado ni una sola palabra en privado.

«¡Oh, Afrodita! —exclamé, en mis pensamientos—. Eres la diosa más poderosa, de verdad, has subyugado mis sentidos y mis pensamientos y mi razón».

Sin embargo, no quería ser liberada. Me sentía mucho más viva que nunca, aunque en realidad era una patética prisionera.

Volví a mi habitación andando más ligera que una ninfa. ¿Estaba cansada? Ya no. Ahora me notaba tan ligera como el día que había corrido junto a las orillas del Eurotas, pero quería correr hacia Paris, no alejarme de la línea de partida.

Soñadora, dejé que mis damas me quitaran la ropa, que me ataviaran para dormir. Levanté los brazos hacia el techo, noté cómo me soltaban el pelo, dejándolo caer por la espalda. Mi ropa ligera formó un remolino al caer desde la cabeza hasta los tobillos.

—Querida reina —dijo una de las damas, haciendo un gesto hacia la cama y luego inclinando la cabeza. Luego, impulsivamente, cogió un frasquito de alabastro con aceite de rosas, le quitó el tapón y me dio unos toquecitos en la garganta con un poco de aceite—. Hasta que florezcan las rosas —dijo.

Ah, ya habían florecido. ¡Habían florecido! Le cogí la mano y la estreché.

—Gracias —dije.

Me quedé echada, tapándome con las sábanas de lino y ansiosa por quedarme a solas para pensar. Cerré los ojos y volví a la cueva con las rosas y la espuma que me ungió. Y luego el sueño con el pastor. El pastor que estaba aquí. Pero no era ningún pastor, sino que era un príncipe de Troya. Todo aquello no tenía sentido. La cabeza me daba vueltas.

Paris. Su nombre era Paris. ¿No había oído antes... en alguna parte... algo de él? Paris. Sí... Aquel niño que había quedado expuesto, arrojado para que muriera, y que más tarde volvió a su padre, Príamo.

Pero ¿por qué iban a dejarlo morir? No tenía ni mancha ni defecto alguno. ¿Por qué un padre y una madre iban a dejar morir a un hijo semejante? A veces se podía dejar a una hija, siendo su única falta precisamente ser una hija. Pero un hijo real... Por supuesto, Príamo tenía muchos, no echaría en falta a uno. ¿No habían mencionado algo de un augurio?

Y pensar que Paris podría no haber vivido. No soportaba ni siquiera imaginarlo,

saber que sólo por casualidad vivía, y respiraba, y estaba allí, en Esparta.

Paris. ¿Por qué me sentía atraída hacia él y no hacia Eneas, que también era muy guapo?

No lo sabía; sólo sabía que al ver a Paris me había... inflamado, ésa era la única palabra posible.

Un ruido intenso me hizo abrir los ojos; el golpe de algo que arrojaban con fuerza. Era Menelao que dejaba caer su manto con el pesado broche en un baúl. De modo que venía a mí aquella noche. Mis damas habían dejado una lámpara encendida, y a la débil luz le vi de pie, desperezándose, con la breve túnica que permitía ver sus musculosos hombros brillar débilmente. Vi moverse los músculos cuando bajó los brazos.

¿Me habría tocado también Afrodita con respecto a él? ¿Podría verle al fin con los ojos del deseo? Eso sería mucho mejor que cualquier otra cosa, mucho, mucho mejor. ¡Dame esa visión de Afrodita, baña la imagen de mi marido en ella! ¡Quiero ser una de esas esposas afortunadas! ¡Que la red del deseo caiga sobre mi fiel esposo, Menelao!

Él se acercó más. Yo cerré los ojos. Cuando los abrí, ¿cómo le vería?

—Has tenido un viaje muy largo —dijo, y se sentó en el borde de la cama, que cedió bajo su peso—. Espero que lo hayas disfrutado. —Su voz era cálida y suave.

—Sí, realmente, así ha sido. Y te hemos traído —abrí los ojos— una muestra de los moluscos, tal y como me pediste.

—Gracias. —Su voz era amable. Se inclinó a tocar mi mejilla.

Retrocedí. Era lo único que podía hacer para no temblar.

La red no había caído sobre él. Era exclusiva para Paris.

—¡Ah! —exclamé, casi con un sollozo.

No quería que fuera ésa la respuesta, la cruel respuesta de Afrodita. Aparté la mirada.

Nos quedamos echados uno junto al otro, tranquilos, como habíamos hecho tantas noches. Yo me sumergí en mis sueños, ligeros y fracturados, y de ellos iba saliendo a la conciencia, como la luna que aparece entre las nubes. Al final me sentí tan desvelada que salí de la cama y me envolví en mi manto.

No sabía adónde ir, qué hacer. No podía permanecer en aquella habitación, por miedo de hacer ruido y despertar a Menelao. El resto del palacio dormía en la oscuridad. Los guardias vigilaban fuera, pero todo lo demás estaba tranquilo.

Me temblaban los dedos. Abrí la puerta y salí. Inmediatamente me sentí más tranquila. Sólo necesitaba estar sola, realmente sola, durante un tiempo. Necesitaba

pensar, no tener que hablar con nadie. Gelanor era un buen amigo, pero lo examinaba todo y hacía muchas preguntas. Menelao... no, no podía contárselo nunca a Menelao.

Quizá debiera acudir al santuario de... No, eran los dioses quienes habían causado aquello. Pero... el altar doméstico, el santuario donde vivía la serpiente sagrada, la serpiente que yo había traído desde el templo de Asclepio... Sí, quizás era eso lo que buscaba. No había ningún dios en particular allí, sólo los espíritus de nuestra casa y dinastía.

Salí y atravesé el pórtico; la luna creciente proyectaba largas sombras en las columnas. Caminé entre ellas, como por un bosque de árboles-sombras con claros.

La pequeña habitación circular de mármol cercana, con su altar en el centro, resplandecía con la luz de la luna. Dos lámparas votivas parpadeaban en el suelo. Me dejé caer en un banco que había a lo largo del muro y junté las manos en el regazo.

El pastel de miel, que era la ofrenda del día anterior de la serpiente, se encontraba a un lado de la lámpara. Yo me había ocupado muy bien de ella, como había prometido. Había crecido muchísimo en los ocho inviernos transcurridos desde que llegó. Y me tenía mucho afecto, o al menos a mí me gustaba pensar eso. Es difícil saber lo que piensa una serpiente. Pero siempre salía a verme. ¿Dónde estaría aquella noche? Quizás estuviese durmiendo, como todos los demás.

Aquél era el primer respiro en privado que me tomaba desde que la cueva me había atraído. Quería trascenderme a mí misma, el palacio, Menelao, incluso a la propia Afrodita. «Tú, mi serpiente doméstica, eres la única a la que quiero tocar y hablar», pensé. Como en respuesta a una orden, salió deslizándose de detrás del altar.

Me levanté y fui hacia ella, cuidando de moverme con mucha suavidad, sin hacer movimientos bruscos, porque a las serpientes no les gustan. Me incliné y acaricié su plana cabeza.

—Amiga mía —susurré—. Me alegro de verte.

Levantó la cabeza y sacó la lengua.

—Tú proteges nuestro hogar.

No hubo respuesta por su parte, pero se movió hacia mí y se acercó a mis pies.

—Ah, ni siquiera a ti puedo contarte lo que ha ocurrido —murmuré—, pero sé que proteges nuestro hogar, y que nos advertirás si hay algún peligro.

La serpiente retrocedió y, sorprendentemente, se enroscó en torno a uno de mis tobillos. Luego apretó más su presa.

—Querida amiga, ¿no puedes hablar con más claridad?

¿Estaría intentando advertirme? Me agaché e intenté soltarme, pero se apretó más aún. Me estaba doliendo.

—No comprendo lo que me dices, pero debes soltarme el pie. Me estás alterando.
—Intenté soltarla de nuevo. Su fuerza era sorprendente. No podía soltarla sin hacerle daño.

Una voz suave llegó de entre las sombras.

—Intenta decirte algo.

No. Ni siquiera allí, ni siquiera allí podía estar sola. Me di la vuelta.

—¿Quién anda ahí? —pregunté.

La serpiente aún seguía enroscada a mi tobillo.

No hubo respuesta. Sólo un roce de pies. Luego, entre la oscuridad punteada de luz, apareció Paris.

—¡Oh! —Me llevé las manos a la boca.

Él se acercó. Yo no podía respirar.

—Oh. —Repetí, sin darme cuenta.

—¿Quieres que te ayude con la serpiente?

Se arrodilló y la tocó suavemente, pero la serpiente ya se había soltado y se alejaba. Paris se inclinó hacia delante y me besó el tobillo, en el lugar donde estuvo enroscada la serpiente. Sus labios eran cálidos y me hicieron hervir. Yo aparté el pie.

—Ya..., ya se ha ido —dije. Era lo único que podía decir.

Lentamente, Paris se incorporó y recuperó toda su estatura, que no era poca. Me miró desde arriba.

—He venido porque no podía dormir —dijo. Unas palabras corrientes.

—Yo tampoco podía. —Más palabras corrientes.

No podíamos dormir. No podíamos dormir pensando el uno en el otro, pero ¿quién se atrevería a decirlo?

—Sí —dije finalmente—. Sí.

—Helena... —Hizo una pausa y suspiró con fuerza, un suspiro destinado a contener las siguientes palabras. Pero era una presa inadecuada; las palabras la desbordaron—. Eres todo lo que dicen que eres. ¡Ah, lo sabes demasiado bien! ¿Cuántas bocas tartamudeantes lo habrán repetido? Sí, tu belleza es... de diosa. Pero no es tu belleza lo que me atrae, es algo más, algo que ni siquiera puedo expresar con palabras. —Levantó la vista hacia el oscuro techo y se echó a reír—. ¿Ves cómo me deja sin palabras, cómo no se puede expresar? Pero el hecho de que no sea capaz de expresarlo no significa que no sea real. Yo te siento, Helena, en lo más profundo de mí; sin embargo, no tengo palabras para describirlo.

—Te vi en un sueño, estando despierta —le dije—. Te vi en una montaña, en un prado, con unas diosas.

—Ah, sí, fue un sueño absurdo —dijo él rápidamente—. Pero si te hizo pensar en mí, entonces le estoy muy agradecido.

—Estoy casada.

—Ya lo sé.

—Y soy madre.

—También lo sé. Y por eso esto es impensable.

—Los dioses se deleitan jugando con nosotros.

—Sí.

Él estaba allí de pie: todo el deseo concentrado en un solo ser. Me acerqué, le abracé. No era un sueño; no se desvaneció. Él me apretó contra sí, y era tan real que su abrazo dolía, con tanta fuerza me estrechaba. Le besé. Sus labios desataron una avalancha de deseo en mí, el primero que sentía en mi vida.

Había añorado aquello, lo había anhelado e imaginado, pero nunca lo había probado. Ahora explotaba a borbotones, como los frutos dulces y maduros de los árboles, como miel recién cogida de la colmena, demasiado dulce para probarla.

—Helena —murmuró él.

Un momento más y me habría echado en el altar de mármol y lo habría atraído hacia mí. Pero no, era demasiado pronto, me aparté de sus brazos.

—Paris —dije—. Yo no sé..., no puedo...

—¿Me amas? —me preguntó.

Sólo dos palabras. Dos sencillas palabras. Se quedó allí de pie, tan bello, y me lo preguntó. Al fin y al cabo, era lo único que importaba.

—Sí. —Me atraganté—. Pero... —Me volví y eché a correr.

¿Cómo podía amar a un hombre a quien no conocía?

Pero sí que le conocía. Le había conocido desde el principio del mundo, desde su misma formación. O eso me parecía. Le conocía mejor que a Menelao, mejor que a Clitemnestra, mejor, en el sentido más profundo, de lo que me conocía incluso a mí misma.

¡Sin embargo, no le conocía en absoluto, en realidad! Sólo le conocía a través de Afrodita. ¿Y qué tipo de conocimiento, verdadero o falso, era ése?

XXII

—¿Para qué están aquí, en realidad? —le pregunté a Menelao, medio dormida, mientras abría los ojos; le vi abrochándose su manto.

Me dolía la cabeza; notaba como si me hubiesen golpeado en la nuca. No podía creer que lo que recordaba de la noche hubiese sucedido de verdad. Seguramente era un sueño. Me agaché y me toqué el tobillo, y noté una zona dolorida por mi encuentro con la serpiente. Pero aunque hubiese ido al santuario, quizá fuese sonámbula. Ahora, Menelao se volvería y me diría: «¿Que para qué están aquí quiénes? No sé lo que quieres decir», y yo suspiraría, aliviada.

—Les ha enviado el rey Príamo —dijo—. Eso aseguran ellos. Deben de haber llegado a Troya noticias de las murmuraciones de Agamenón, evidentemente. Así que han venido en nombre de Príamo a pedir que se devuelva a Hesíone a su tierra nativa, o al menos que se les permita hablar con ella.

Me incorporé. Así que era verdad. Los troyanos estaban allí.

—¿Y se les ha permitido?

Menelao bufó.

—No, claro que no. Agamenón no lo permitiría. Hesíone diría que está contenta, y entonces Príamo tendría que dejar de lamentarse, y Agamenón no tenía nada de lo que quejarse contra Príamo —suspiró—. Los jóvenes, cosa que les honra, no parecen completamente ansiosos por liberar a Hesíone. Sospecho que han venido más bien para seguirle la corriente a su rey, y para ver Grecia. A los jóvenes les gusta vagabundear un poco.

Yo me puse en pie y di unas palmadas para llamar a mis doncellas.

—Siento mucho lo de tu abuelo.

—Sí —dijo él—. En cuanto este entretenimiento haya acabado, iré a Creta. Protocolo... —Meneó la cabeza—. Por supuesto, los huéspedes son sagrados, y hay que cumplir las obligaciones.

Sí. Aunque alguien se estuviera muriendo o hubiese muerto. Todos conocíamos la historia del rey Admeto, que agasajó en su palacio a Heracles aunque la reina se estaba muriendo, porque la hospitalidad lo exigía. Heracles sólo averiguó que pasaba algo cuando oyó llorar a las esclavas.

—Sí —dije yo—. Tal es la costumbre.

Nueve días con Paris como huésped. Nueve días... Tenía miedo de salir de mi habitación y volver a verle. Pero tenía el mismo miedo de no volver a verle nunca.

De modo que Agamenón podía ponerse en camino rápidamente, y se decidió que se celebrase el tradicional festín para los invitados aquella noche. Así que cualquier idea que hubiese podido tener yo de esconderme en mis habitaciones desapareció. Di órdenes de que preparasen la comida y los cocineros empezaron al mediodía, y siguieron sin descanso. Puse a trabajar a los sirvientes, que formaron una decoración con ramas floridas de peral salvaje y almendro, y ordené a los tañedores de lira más expertos de la ciudad que se presentaran al oscurecer. Envié recado a mi madre, mi padre y mis hermanos, así como a Hermíone, para que estuvieran presentes. Ya no se me hacía extraño convocar a mi madre y a mi padre; había caminado con las sandalias de una reina y llevado la diadema de oro el tiempo suficiente, de modo que, en verdad, yo reinaba en palacio. Procuré emitir todas esas órdenes desde mis aposentos, ya que no quería aventurarme todavía fuera, en el palacio, por si me encontraba a Paris.

La hora del ocaso, el tiempo de la luz azul y lo que algunos llaman «primera oscuridad» había llegado. El sol había desaparecido y en su estela la brillante estrella de Afrodita brillaba en el horizonte, blanca y plena. Un ligero viento, cálido y suave, soplaba desde el sur.

Yo tenía que vestirme, y permití a mis doncellas que eligiesen algo para mí. No sabía muy bien qué sería. En realidad no importaba; deseaba ser invisible, y si hubiera tenido una túnica que lo hiciera posible, ésa sería la que habría elegido. Pero resultó que tuve que soportar que me entretejeran ornamentos de oro entre mis rizos, que me abrocharan la diadema de oro con sus dibujos de espirales solares en la frente, y sus murmullos de apreciación ante todo aquello.

—Estás extrañamente quieta esta noche, señora —dijo una de mis doncellas—. Creo que podríamos ponerte una hoja de espada en la cabeza y no pondrías ninguna objeción.

Sus parloteos me ponían nerviosa.

—Ah, hazlo en silencio —le dije.

Después, les dirigí, a ella y a las demás doncellas, una mirada con una ceja levantada.

Ya había llegado la oscuridad plena, y las antorchas ardían en la sala. Oí la música que sonaba ya, vi las luces que se reflejaban en la entrada del vestíbulo. Cogí aliento con fuerza y eché a andar. Apenas había recorrido tres pasos cuando noté que la cabeza me latía con fuerza detrás de la diadema.

Dentro vi a mi madre sujetando la mano de Hermíone, y que señalaba a los extranjeros.

—Querida hija —dijo mi madre, volviéndose hacia mí—, creo que es una buena forma de enseñar a Hermíone cómo son los festines cortesianos. Después de todo, tiene nueve años, y su vida incluirá muchos. —Mi madre y yo habíamos dejado de aludir desde hacía mucho tiempo a la posibilidad de que Hermíone tuviese una hermana o un hermano.

—¡Madre! —Hermíone me hizo una reverencia—. ¡Pareces..., pareces una reina! —Mi hija normalmente sólo me veía con la ropa cotidiana, mientras jugábamos juntas en palacio o dábamos paseos.

—Es que es una reina —dijo mi madre, orgullosa.

—Igual que tú —le recordé. Me incliné y sonreí a Hermíone—. Como tú lo serás algún día, princesa. No es tan difícil. Sólo hay que llevar ropas especiales de vez en cuando. Por lo demás, la vida de una reina es como la de cualquier otra persona, sólo que tiene que soportar que la miren mucho más de cerca.

—¿Y por qué? —preguntó Hermíone. Frunció las cejas.

—Porque mucha gente observa a una reina, y, tristemente, le buscan defectos.

—Pero ¡no encontrarán ninguno en ti! —dijo ella, con firmeza.

No pude evitar sonreír ante su absoluta lealtad. ¡Ah, ojalá fuese yo digna de ella!

—A medida que te hagas mayor, verás defectos en cantidad —le aseguré.

—Esos hombres —dijo mi madre— no me gustan. —Fruncía el ceño en dirección al fuego del hogar, de cedro y sándalo chisporroteante, que perfumaba el aire—. Me temo que están aquí para espiarnos, que Príamo los ha enviado para averiguar nuestras debilidades. Creo que se propone atacarnos.

—¿Por su hermana mayor? —Sus sospechas me sorprendieron.

—Todos sabemos que es sólo una excusa —dijo ella. Se acercó más a mí y pude aspirar el débil perfume a lirio, su aceite favorito—. Troya encuentra que es tentador invadirnos, y Agamenón ya ha decidido en su corazón atacar Troya. ¡Ah, estoy llena de temor! —Su dulce voz temblaba—. Huelo una guerra no lejos.

Recordé las armas y las conversaciones sobre la guerra sostenidas hacía poco allí en Micenas.

—Ruego que estés equivocada. —Eso fue todo lo que dije, notando frío en el corazón.

—¡Vamos, quiero verlos! —Hermíone tiraba de mi mano.

Menelao se volvió mientras nos acercábamos, con el rostro lleno de placer. Abrió sus brazos para recibirnos. Justo más allá de su abrazo pude ver a Paris, de pie, muy tieso. Sólo pude ver parte de su rostro, pero sólo al percibir aquel vistazo noté que el frío y el calor me invadían. «Todavía está aquí. No se ha desvanecido con la noche.

No era un sueño».

—Nuestros huéspedes honrados —dijo Menelao, retrocediendo ligeramente y volviéndose hacia ellos—. Paris, hijo del rey Príamo de Troya; y Eneas, príncipe de Dardania e hijo de...

—Ah, por favor, no —dijo Eneas rápidamente. Se estaba sonrojando de verdad.

—... Anquises —acabó Menelao. Se volvió hacia mí—. Helena, estaba hablándoles de mi viaje a Troya. —Me apretó contra él—. Sí, en mi juventud. La conozco bien. Decidme —ah, se esforzaba tantísimo por mostrarse ingenioso y animado—, la ciudadela en la cresta de la ciudad, el santuario a Atenea, lo recuerdo muy bien..., ¿sigue estando igual?

Fue Eneas y no Paris quien respondió.

—Ah, sí. El santuario con la sagrada imagen de Atenea, a la que llamamos Palas Atenea, sigue tal y como se construyó. Lo honramos con festivales y sacrificios.

—¿Y las cumbres todavía son tan ventosas? —Se rio—. Por supuesto, todavía tienen que serlo, si mi memoria no me falla. Los vientos no cambian. Una vez dejé una bolsa de cuero (bien cargada, os lo aseguro) en un banco junto al roble que crece en el extremo noroccidental de la cumbre. Pensaba que, tras librarme del peso, podría hacer pie mucho mejor. Y mientras miraba, el viento movió la bolsa hasta el borde y finalmente la tiró por el lado. Dio en el suelo con un golpe.

Paris se echó a reír.

—Ha sido siempre así desde que yo estuve allí.

«Esa voz. ¡Esa voz inconfundible!». La oía de nuevo cantar en mi corazón.

—No lleva tanto tiempo allí para saber nada de los vientos. —Se coló entonces otra voz. Hablaba Agamenón—. ¿Verdad?

Si esperaba que Paris retrocediera ante aquella intrusión, se equivocaba. Paris se limitó a sonreír y luego rio, ligero como una mariposa.

—No, es verdad, no llevo tanto. —Se volvió hacia los demás, confiado—. Toda mi vida he sido un príncipe, pero hace poco tiempo que lo sé.

—¿Y cómo es eso? —insistió Agamenón.

—Mi fortuna cambió de la noche a la mañana —dijo Paris—. Pero esperemos a que todo el mundo pueda oírlo. Es una historia que cansa mucho repetir.

Agamenón gruñó. Levantó una copa de oro llena de vino.

—Supongo que todo el mundo tiene vino —observó, con intención. Las manos de nuestros huéspedes estaban vacías.

Menelao se apresuró a disculparse. Yo sentí gran vergüenza al ver que lo hacía.

—Hay muchísimo vino, si los invitados quieren beberlo —dije, y miré fijamente a

Agamenón al hacerlo.

—Creo que los obsequios para los invitados deben serles presentados, o nunca empezará el festín en sí mismo. —Paris hizo un gesto a uno de los criados troyanos—. No puedo aceptar otro momento más de hospitalidad de manos del gran rey y la reina de Esparta sin ofrecerles mi más profundo respeto.

Dos hombres entraron en el vestíbulo balanceando un enorme trípode de bronce, exquisitamente cincelado. Sus tres patas tenían unas garras de águila que agarraban unos globos, y de ellas surgían unas patas trenzadas que sujetaban un amplio cuenco para ofrendas.

—Ningún fuego lo ha tocado —dijo Paris—. Ha esperado para vosotros.

Menelao se inclinó y acarició una de las patas. Miró más arriba, al cuenco sutilmente curvado que lo coronaba. Era realmente una obra de arte.

—Magnífico —dijo Menelao.

—Me complace que haya encontrado favor a los ojos del Rey.

—Los artesanos de Troya son muy ingeniosos. —La pesada voz de Agamenón, tan pesada como el cansancio al acabar el día, como un primo tedioso, como un baúl demasiado lleno.

—Nos enorgullecemos de nuestras habilidades —dijo Paris—. Pero todo está a vuestro servicio.

Aquella efusión era repugnante. Sin embargo, era lo acostumbrado. Ahora, Menelao tenía que entregarles nuestro regalo, algo mucho más pequeño, que se pudieran llevar fácilmente.

«“Te entrego a Helena, mi esposa. Aquí está, tómala. Como verás, es de la mejor artesanía. Confío en que te complazca”. Menelao me coge por la mano y me entrega a Paris».

Lo vi todo mentalmente, en una imagen perfecta. Ah, si se pudiera hacer así, de una manera tan fácil, tan sencilla. Porque al final todo se reducía a eso.

Dos de nuestros esclavos trajeron un enorme caldero de bronce. Paris y Eneas fingieron sorpresa y placer.

—Esto tampoco ha sido tocado jamás por el fuego —dijo Menelao.

Todo formaba parte del ritual del intercambio de regalos. Un recipiente no usado nunca era del valor más elevado. Nadie usaba los recipientes después. Se guardaban como prueba de lo mucho que los estimaban los demás. Así, los materiales y las habilidades más preciosas se desperdiciaban en cosas que nunca se consagrarían a su uso real.

Luego siguieron regalos menores. Espadas, cuencos, copas.

—Y más fuerte que todo ello, más fuerte que el bronce —dijo Menelao—, es el lazo sagrado entre huésped y anfitrión, la *xenia*. El propio Zeus estableció sus normas, las normas de la confianza y del honor.

Paris y Eneas inclinaron la cabeza.

—Y ahora, que empiece el banquete —dijo Menelao, que levantó el brazo como señal.

En un extremo del mégaron se había colocado una larga mesa donde debíamos sentarnos y comer. Normalmente comíamos en muchas mesas pequeñas, aunque tuviéramos mucha compañía, pero mi padre parecía dispuesto a oír todas las conversaciones y no perderse nada.

La larga mesa, un enorme tablero apoyado en unos caballetes, acogió a los troyanos, la actual familia real y la antigua familia real. Mis hermanos se unieron a nosotros, se sentaron más tarde murmurando disculpas. Yo estaba sentada entre Paris y Menelao. No me atrevía a pedir que cambiaran de sitio a Paris, aunque lo deseaba. Cuanto más cerca se encontraba él, más difícil resultaba para mí.

—Mis hijos —dijo mi padre—. Cástor y Polideuces.

—El famoso luchador y boxeador —dijo Paris—. Es un privilegio conocerte.

—Paris también es boxeador —dijo Eneas, desde el otro extremo de la mesa.

—No... —Paris meneó la cabeza.

—Ah, sí, sí que lo es. O más bien reclamó su herencia mediante el boxeo.

—¿De verdad? ¡Cuéntamelo! —dijo Polideuces, el boxeador.

Paris se levantó y miró a los congregados. Sus nudillos se apoyaron en la mesa y noté que ésta se movía.

—Te prometí, rey Agamenón, contarte mi llegada tardía a la casa de mi padre. Ésta es parte de la historia.

—Esto sólo conseguirá aumentar nuestro apetito —manifestó mi padre—. Mientras que si esperamos hasta tener el estómago lleno, quizá estemos demasiado embotados para escuchar. Te lo ruego, cuéntalo.

Paris debió de sonreír entonces; no veía su cara, pero lo notaba en su voz.

—Muy bien. Intentaré contarlo brevemente, a diferencia de los bardos, que prolongan una historia durante días. —Tomó aliento—. Fui criado como un pastor en las laderas del monte Ida —dijo.

—La montaña que hay cerca de Troya, donde se crió Zeus —entonó Hermíone, que había pasado mucho tiempo aprendiendo esas cosas—. Tiene muchas flores y fuentes preciosas.

—Sí, así es, princesa —dijo Paris—. Y por eso era feliz allí. Cuidaba el ganado

y...

—Y evitó a una banda de ladrones de ganado cuando era apenas un chiquillo —dijo Eneas. Hizo una seña hacia nosotros—. Es demasiado modesto, nunca lo contaría.

Paris amenazó con un dedo a Eneas.

—Calla, o si no nunca acabaremos la historia. Descubrí que se me daban bien los toros. Podía controlarlos, y pronto se me buscó para las competiciones locales de toros. Tenía reputación de ser justo, ése era el motivo. Y luego, se llevaron a uno de mis mejores toros para que fuese sacrificado en Troya, como tributo. Yo perdí la compostura..., ¡amaba a aquel toro, lo había criado desde que era un ternero! ¿Por qué me lo exigía aquel egoísta rey de Troya? Decidí seguir tras él, competir en los juegos de los tributos y ganar de nuevo el toro —dijo, y se inclinó hacia delante.

Aún estaba de pie, aunque los demás seguíamos sentados, y bebió un largo trago de vino. Levantando la vista, vi moverse su garganta. Rápidamente aparté la vista.

—Mi padre intentó detenerme. Yo no sabía por qué. Me aconsejó que no fuese a Troya, me dijo que olvidase al toro. «Los deseos del rey son leyes, hijo mío», me dijo. Pero nada más.

»Yo no lo tuve en cuenta y acudí a Troya. En la llanura, ante las puertas de la ciudad, se había construido un campamento para la competición. Nunca había visto nada tan elaborado, todas mis carreras habían sido con los pies desnudos, a través de los prados de la montaña, pero aquéllas eran más formales, a lo largo de una pista. Aun así, estaba tan furioso por lo del toro que competí. Y gané. La rabia puso alas a mis pies. Y llegó la competición final, el boxeo. Yo nunca había boxeado antes, pero, como decía, la rabia me impulsaba. Gané también. Pero no sé si podría repetirlo. No comprendo ni siquiera cómo lo conseguí. No había recibido entrenamiento, no tenía método.

—Lo consiguió mediante el valor, más que mediante la habilidad —dijo Eneas—. Así se dictaminó en justicia. Pero aquello le calificaba como el campeón de los juegos de los tributos. Y se disponía a pedir el toro como recompensa, cuando, de repente, los hijos de Príamo se volvieron contra él e intentaron matarlo, tan furiosos estaban por haber sido derrotados por un simple pastor, un rústico de las montañas. Sólo cuando su padre, que había seguido a Paris hasta allí, les rogó que se detuvieran porque aquél era su «hermano», quedó todo revelado. —Cogió aliento—. Quiero decir que aquel hombre no era su verdadero padre, sino que sólo le había criado. Paris era hijo del rey Príamo. De modo que, una vez probado aquello, Príamo dijo: «Antes prefiero que caiga Troya que perder de nuevo a mi hermoso hijo». Y así fue como la casa de

Príamo ganó un hijo.

—Como si no tuviera ya bastantes —dijo Agamenón.

Si lo había oído, Paris no lo demostró.

—Eneas, querido primo, veo que no me permitirás contar mi propia historia. Sea, pues. —Bebió otro sorbo de vino—. Yo podría haber tardado mucho más y haber entretenido mucho más rato a estos excelentes anfitriones, apartándoles de la comida. ¡Y eso no puede ser! —Se sentó y dejó su copa en la mesa.

—¿Por qué te había expulsado tu padre, el rey Príamo? ¿Por qué te perdiste? — Por supuesto, era Agamenón quien lo preguntaba, la pregunta impronunciable, descortés.

Los criados traían ya las bandejas de comida: cabra y cordero hervido, y jabalí asado; tuvimos que suspender la charla mientras nos llenaban los platos.

—Porque había...

Apareció un segundo grupo de criados, que traía embutidos con sabor a hierbas, y tarros de miel ahumada de las colmenas, y cuencos de higos silvestres y de peras, y finalmente queso de cabra y nueces.

La gente empezó a hablar con sus compañeros, a hablar de cosas agradables, intrascendentes. Pero la voz de Agamenón se impuso entre los murmullos.

—Dinos, buen príncipe. Dinos por qué te expulsó tu padre en un principio — insistió.

—Mmmm... —Paris estaba masticando la carne.

—¡Joven, no eludas la pregunta! —Agamenón intentó que su voz sonase alegre.

Paris se tomó su tiempo para acabar el bocado de carne y al final dijo:

—Si estás decidido a tener una respuesta, pues bien, aquí está, aunque temo que pueda sonar algo discordante en esta feliz compañía. Había un mal augurio sobre mi nacimiento, un augurio que decía que yo sería la destrucción de Troya. Así que intentaron evitarlo.

Oí el pequeño temblor en su voz. Maldito fuera Agamenón por haberle obligado a decir aquello..., aquello que le causaba tanta aflicción.

—Así que eso era lo que quería decir Príamo cuando dijo: «Mejor que caiga Troya antes de que mi maravilloso hijo vuelva a perderse de nuevo» —dijo mi padre—. Ya veo. —Se secó la boca—. ¡Bueno, es un padre valiente!

—¿No harías acaso tú lo mismo por nosotros? —dijo Cástor, en broma, inclinándose hacia mi padre.

Él se echó a reír.

—Pues no lo sé. Quizá sería mejor que os enviara al monte Taigeto, como otros

padres hacen con los malos hijos.

—Bueno, tendrías que mandarnos a los dos —dijo Polideuces—. No podemos estar separados.

—Eso no ocurre muy a menudo —dijo Agamenón—. Las familias reales no suelen arrojar a sus niños, hoy en día. Sólo la situación más espantosa requeriría algo así —dijo, y bebió largamente de su copa; luego volvió a dejarla lentamente, con precisión. Dirigió a Paris una mirada de fascinación, arrellanándose en su silla.

Mi madre, junto a él, miró a ambos huéspedes y preguntó, animadamente:

—¿Y estáis casados?

Supe que la pregunta no era inocente, y que estaba destinada a Paris, y no a Eneas.

—Sí, señora, lo estoy —dijo Eneas. Su cabello oscuro brillaba como el ala de un cuervo, mientras él inclinaba educadamente la cabeza, captando los reflejos de la luz de la antorcha—. Tengo el privilegio de estar casado con Creusa, la hija del rey Príamo.

Mi madre levantó las cejas.

—Vaya, vaya. ¡El yerno del Rey en persona! Pero ¿no había una profecía acerca de que tus descendientes gobernarían Troya y por lo tanto...?

—¡Basta, basta de profecías! —Paris agitó las manos, despectivo—. Nos quitan el apetito, el apetito de esta excelente comida, y nos convierten en huéspedes rudos.

Hasta el momento no le había mirado, en realidad, porque estaba demasiado cerca de mí.

No podía verle a menos que volviera la cabeza por completo. Empecé a hacerlo y vi que mi madre me miraba.

—¿Y tú, estás casado, Paris? —insistió ella.

—No, no lo estoy —dijo él—. Pero rezo cada día a Afrodita para que me envíe la esposa que ella decida.

Cástor se echó a reír de tal modo que salpicó el vino que tenía en la boca por toda la mesa. Lo frotó, intentando limpiarlo.

—Ah, ah, chico, tienes mucho sentido del humor.

—Está tan acostumbrado a decirlo que creo que se lo ha empezado a creer —dijo Eneas—. Lo sigue repitiendo siempre que la familia le insta a que se case.

—No es lo suficientemente mayor —dijo Menelao. Me di cuenta de que eran las primeras palabras que había pronunciado durante la cena—. Y es lo bastante inteligente para saberlo.

—Pero ¿qué edad tienes, Paris? —preguntó mi madre, con esa ligereza artificial. ¿Por qué le disgustaría tanto?

—Dieciséis —respondió él.

¡Dieciséis! ¡Nueve años más joven que yo!

—Sólo un muchacho —dijo Agamenón—. Pero, bueno, eso es lo que suelen ser los pastores..., niños.

—¡No es un pastor! —exclamé yo.

—Ahora no, pero sí que era pastor, y muy bueno además —dijo Paris rápidamente—. Pasé unos días maravillosos allí en las montañas..., los cedros con sus sombras moradas y azules, el viento del sur entre los árboles, las cascadas, los prados con flores... Sí, son unos recuerdos que atesoro, los días que pasé con mi ganado.

—¿Es muy alta esa montaña de Zeus? —preguntó Hermíone.

—Mucho, realmente, y es grande, amplia, con muchas montañitas pequeñas a su alrededor. No es tan alta como el monte Olimpo, ¿sabes?, al que no puede trepar ningún hombre, porque es lo bastante alta para estar siempre nublada y fría, y pierdes tu camino.

Justo entonces llamaron nuestra atención y se anunció un plato especial. Una de las esclavas, una jovencita muy linda, hizo un gesto hacia un caldero que traían y dijo:

—¡El famoso caldo negro de Esparta! —Un esclavo que iba tras ella colocó unos cuencos ante cada uno de nosotros.

El caldo negro de Esparta: se suponía que sólo los verdaderos espartanos podían tragarlo.

Había crecido bebiendo aquel caldo y no lo encontraba desagradable, aunque prefería el caldo de almendras claro. La negrura de aquel caldo procedía de la sangre de cerdo; su gusto fuerte del vinagre y la sal que llevaba mezclados. Los esclavos me sirvieron unos cucharones en mi cuenco y lo salpicaron con queso de cabra. El olor característico de la sopa, que me recordaba el momento en que estás de pie en dirección al viento de un sacrificio recién hecho, se elevaba desde los cuencos.

Cuando sirvieron a Paris y a Eneas, todos los ojos se clavaron en ellos. Ambos sonrieron, pero después del primer sorbo, Eneas puso cara de sufrimiento. Retuvo el líquido en la boca y tuvo que ordenar a su garganta que se abriera y lo aceptara. Luego le tocó el turno a Paris, que se llevó el cuenco a la boca; le oímos tragar. Luego vi que dejaba el cuenco vacío en la mesa. Se lo había bebido de un trago.

—Ah —dijo—. Memorable.

Supe que se lo había tragado deprisa para no tener que saborearlo y notar el gusto. Mi madre hizo una seña al sirviente.

—Más para el príncipe Paris —dijo, y le llenaron de nuevo el cuenco.

—Vuestra amabilidad es increíble —dijo Paris. Cogió el cuenco y lo sujetó entre

sus dedos—. ¿Y los demás? —preguntó.

Nadie se tomó una segunda ración. Pero no habría importado: estábamos acostumbrados.

—Yo tomaré un poco más —dijo Agamenón, levantando su cuenco.

No se podía evitar. Paris se lo bebió todo. Noté que su garganta intentaba cerrarse, pero él se dominó.

—¡Bravo! ¡Bravo! —dijo Cástor—. Y sin hacer ni una mueca.

—Supongo que estarás acostumbrado a los alimentos fuertes, habiendo crecido en la choza de un pastor —dijo mi madre—. Probablemente esto sea demasiado delicado para ti.

—No, señora —dijo Paris—. No es delicado, sino especial. Y en la choza de mi padre adoptivo comíamos bastante bien, comida sencilla; pero lo sencillo siempre es lo mejor..., está más cerca de lo que nos dan los dioses.

—O sea, ¿que estás a gusto en las chozas? —Mi madre no podía parecer más sorprendida y disgustada.

—Puedo encontrarme a gusto en cualquier parte —dijo Paris—. Hasta en un lugar extraño como Esparta. Soy afortunado, ¿verdad? El mundo es mi hogar.

—Sí, es afortunado —dijo Menelao—. Eso significa que nunca estarás exiliado.

Un ruido junto al hogar llamó nuestra atención. Me volví mientras Menelao decía:

—¡Aquí están los bailarines! Dejemos la mesa.

Diez niños pequeños, vestidos sólo con unas cortas túnicas, permanecían en fila con unas pelotas en cada mano. Su líder hizo una reverencia y nos explicó su danza. Venían de Creta. Al mencionar Creta, Menelao suspiró. Pronto estaría navegando hacia allí.

Al dar una palmada, los bailarines empezaron a entretorse y moverse rápidamente formando unas figuras que me parecieron muy intrincadas, uniéndose en un círculo, luego separándose hacia atrás, luego intercambiando sus puestos en un diseño muy elaborado. Justo cuando parecía todo más confuso y complicado, empezaron a arrojar las pelotas unos a otros, cogiéndolas mientras se movían, de modo que el baile era un remolino de movimientos y color. Su habilidad al lanzar y coger la pelota mientras se movían era extraordinaria.

Todos estábamos alrededor de ellos formando un círculo también, y yo estaba en el lado opuesto a Paris. Sólo podía verle fugazmente entre los movimientos. Con aquella luz tan pobre, quedaba casi oculto.

Los bailarines salieron de la sala y entraron los cantores con sus liras. Hicieron una reverencia, miraron a su alrededor y se dirigieron a todos nosotros, diciendo las

cosas habituales de que no eran dignos de aquello, tal y cual. Menelao agitó el brazo impaciente para que siguieran. Aquélla era la parte del banquete ceremonial que todo el mundo hubiera querido evitarse, pero la costumbre exigía que hubiese muchos entretenimientos, y dado el elevado rango de los huéspedes, más extensos aún.

Los cantantes se quedaron de pie, erguidos, como las columnas de la sala, con las liras en las manos y cerrando los ojos. Uno a uno cantaron dulces canciones al amanecer, al anochecer y a la belleza de las estrellas. Paris se había acercado más a mí; ahora sólo se interponía Hermíone entre nosotros. Vi que ella tiraba de la mano de Paris y señalaba hacia una lira.

—¡Está hecha de concha de tortuga! —murmuró.

—Sí, es verdad —dijo Paris, animadamente.

—¡Eso es malo! —dijo Hermíone, demasiado alto—. ¡No deberían matarlas para hacer eso!

Paris se inclinó y le hizo señas de que se callara, pero ella continuó.

—Yo las tengo como mascotas. ¡La gente no debería matarlas por sus caparazones!

—¿Ni siquiera para esta música tan dulce? —dijo Paris.

—¡Ni aun así!

Paris se arrodilló sobre una rodilla.

—¿Y dónde tienes esas mascotas? —le preguntó—. ¿Me las enseñarías?

—Están en un lugar secreto —dijo Hermíone.

—Pero ¿me las enseñarás? Yo soy un visitante especial.

—Sí..., sólo es secreto para los cantantes, porque no quiero que me roben ninguna de mis mascotas.

—¿Mañana, entonces? ¿Me lo prometes?

—Sí —dijo ella, inclinando la cabeza y sintiéndose muy importante—. Pero debes encontrarte conmigo aquí, a mediodía, y te llevaré.

—¿Puedo ir yo también? —le pregunté yo. No sabía nada de esas tortugas secretas.

—No —dijo—. Tú eres amiga de los cantantes y se lo dirías.

—No soy amiga suya. Nunca les había visto.

—Déjala que venga —dijo Paris—. Te prometo que no le contaré a nadie que existen.

—¿Y cómo lo sabes tú? —dijo Hermíone—. ¡Tú no eres ella!

«Sí, lo soy», dijo la boca de él, sin sonidos.

—Vale —dijo Hermíone—. Si de verdad quieres que venga...

Los cantantes estaban acabando ya, al fin, y pudimos dar por terminada la velada. Los huéspedes extranjeros tuvieron que hacer un pequeño discurso, y también mi padre, Menelao y yo. Yo sólo dije, cortésmente, que agradecía mucho que los dioses nos los hubiesen enviado.

XXIII

A la mañana siguiente contemplaba a Menelao, que estaba de pie, lánguidamente, mientras su sirviente le ayudaba a vestirse; sacó varias túnicas y mantos antes de que él eligiese una. Preparó también otras para llevárselas a Creta.

—¿No quieres ir a Creta porque no te gusta viajar por mar, o porque la muerte de tu abuelo te entristece? —le pregunté.

—Ambas cosas.

—Entonces puedes sentirte feliz de que haya llegado al final de esta vida plácidamente —dije—. Ya sabes cuál es el dicho: hasta el último día de vida ningún hombre puede considerarse afortunado.

—Sí, lo sé. La fortuna puede cambiar de la noche a la mañana. Por eso siempre vamos de carrera hacia la tumba, para llegar allí ilesos.

Desde el exterior, los sonidos primaverales de los pájaros y los niños que jugaban entraban en la habitación.

—Ah, no nos pongamos tan siniestros. La vida es algo más que eso. También dicen que nuestra mejor venganza contra la muerte es vivir cada día y extraer sus alegrías al máximo.

—¿Como si pisaras uvas? —Menelao se echó a reír—. Mi querida esposa, ¿cuándo te has convertido en semejante filósofa?

«Desde que llegó Paris. Intento explicármelo a mí misma, hacerlo de formas que pueda entender...». Le sonreí y me encogí de hombros.

Menelao estaría ocupado aquel día, preparándose para su viaje. Llegaron los sirvientes y también algunas mujeres. Una de ellas (aquella linda jovencita en la que me había fijado al presentar el caldo negro) traía una cajita cerrada que decía que era impermeable.

—Para el viaje —dijo, sonriendo.

Yo me preguntaba por qué una esclava de la cocina le traería artículos personales; entonces, recibí un mensaje de mi madre en el que me pedía que acudiera a sus habitaciones.

La encontré en su telar, rodeada de madejas de lana teñida. Tenía varias cestas con ruedas a su alrededor, cada una con distintos colores; vi azul pálido, rosa pálido, rojo intenso, amarillo y un maravilloso morado oscuro, hecho con el molusco que Gelanor

había recolectado. Pensé en los vivos que habíamos traído a Menelao; cuando pudo verlos por fin, ya estaban muertos. Me agaché y cogí uno de los ovillos de lana, de un verde oscuro, como un ciprés.

—¿Qué historia estás contando? —le pregunté.

—La historia inconclusa de nuestra casa —dijo ella. Su rostro, más lleno con los años, no se mostraba amable aquel día. Sus líneas y planos parecían afilados.

—¿Hasta dónde has llegado? —Me acerqué intentando ver el dibujo.

—Todo lo lejos que me he atrevido —dijo ella. Miró a nuestro alrededor para asegurarse de que estábamos solas—. ¡Y tú has ido también todo lo lejos que te has atrevido sin destruir el tapiz de nuestra familia!

Mi primera idea fue: ¡lo sabe! La segunda fue: pero no hay nada que saber, todo está en mi mente y en mi corazón. Nadie puede ver ahí dentro. La tercera fue: ¿cómo puedo responder a esto? Y di la respuesta más predecible, la más fácil:

—No sé de qué me hablas.

Ella se levantó de su taburete junto al telar.

—Vamos, Helena. Estás hablando conmigo, Leda. Y digo Leda, y no tu madre. Ya me entiendes.

Sí, la comprendía. Leda, el nombre unido para siempre al cisne. Asentí. Me habían descubierto. Al menos era mi madre, alguien que se había enfrentado a algo similar, y antes de que se hubiera causado ningún mal. ¡No había ocurrido nada! Me tranquilicé.

—Zeus es distinto —dijo ella—. Un marido toleraría a Zeus. No se puede evitar. Pero... —Ella se sonrojó—. Ah, y pensar que debo discutir estas cosas con mi propia hija...

—Madre...

—Ni siquiera con Zeus fue fácil —continuó ella—. Las cosas nunca volvieron a ser igual con tu pa..., con Tíndaro. Ellos intentan olvidar, intentan pasarlo por alto, pero ¿cómo podrían? ¿Podrías pasar por alto tú una... excursión semejante por parte de él?

—Pues no lo sé —admití. Sí sabía que se suponía que las mujeres debían hacerlo.

—Pero ¡se trata de Paris! Un muchacho, hijo de extranjeros, posibles enemigos. Sí, ya veo que él puede resultar encantador y nublar la vista, pero... ¡Helena! ¡Piensa un poco!

No podía pensar por culpa de Afrodita. Sólo podía sentir. Le sonreí débilmente.

—Sé que las cosas no han sido... muy apasionadas con Menelao. En el pasado, Afrodita estuvo furiosa con Tíndaro; quizá se esté vengando de él a través de ti. Tal es la conducta de los dioses. Pero te ruego que le hagas sacrificios, que busques su favor.

Ella escuchará tus súplicas.

«No, la cruel diosa sólo atiende a sus propios deseos», pensé. Por algún motivo desconocido, había venido hasta mí y me había envuelto. Ella cumple su objetivo secreto, yo sufro. ¡Y cuán dulce sufrimiento! Suspiré y mi madre me miró inquisitiva.

—¡Ah, Helena! —dijo—. ¡No te pierdas con ese... chico!

Estuve tentada de decirle: «Al menos es humano, y no es un cisne», pero contuve mi lengua. Me limité a abrazarla, estrechándola contra mí.

—Madre —susurré—, es una lástima y a la vez una alegría que nos parezcamos tanto.

—Helena, no... —murmuró ella, contra mi cuello.

—¿Acaso desharías lo hecho? —le pregunté—. Es lo único que cuenta en realidad.

—¡Sí! ¡Sí, lo haría! Cambiaría muchas, muchas cosas.

—Entonces harías que yo no existiese. —Estaba afectada. Si ésa hubiese sido realmente la elección de mi madre, entonces yo habría sido expulsada como Paris.

Así que Paris ya había sido la causa de que se gase un lazo muy profundo con mi familia, mentalmente. Hasta el momento no había ocurrido exteriormente al reino de la mente aquella triste despedida de mi madre. En apariencia, todo estaba bien conservado, como higos flotando en miel; interiormente, la sustancia se había alterado y convertido en algo completamente distinto.

Esperé en las sombras de la columnata en torno al patio. Las sombras eran breves: era mediodía. Nerviosamente jugueteaba con mis brazaletes, preocupada por lo que había dicho mi madre.

Hermíone vino paseando de la mano de su criada favorita, Nysa. Como siempre, al verlas mi ánimo mejoró. Llevaba su largo cabello recogido con una cinta, como siempre, y su sonrisa fácil me conmovió. Hija de mi corazón. ¿Puede saber alguna hija realmente lo que significa para su madre? Quizá yo me hubiese precipitado con mi madre; a lo mejor ella no habría renunciado jamás al encuentro ni me hubiera borrado. Pero ¿por qué lo había dicho entonces? Si era para sofocar mis sentimientos por Paris...

—¡Paris! —chilló Hermíone, mucho más deleitada que al verme a mí.

Pero él estaba más cerca de su propia edad... ¡Era sólo un niño! ¡Mi madre había dicho que era sólo un chico!

—¡Hola, amiguita! —Paris se arrodilló ante Hermíone, con la cabeza inclinada—. Estoy ansioso por ver a esas criaturitas que guardas tan celosamente —dijo.

—Hola, Paris —le saludé.

Sin ponerse en pie, él levantó la cabeza y me miró. Nuestros ojos se encontraron. Los suyos eran de un color ámbar oscuro, del color de cierto tipo de miel oscura que brilla si le da el sol.

—Vamos a vivir una aventura juntos —dijo, poniéndose de pie.

—Sí. —Cogí aliento con fuerza—. Hermíone nos guiará.

Hermíone debía ir con nosotros. Si huíamos (¿por qué pensaba yo siquiera en aquello?), ella debía venir con nosotros.

Huir. ¿Dejar Esparta y huir? Pero yo era la Reina. Las reinas no huyen. ¿Por qué se me había ocurrido semejante cosa? Él no me había pedido que huyese con él.

Pero ¿qué otra cosa podía suceder? Pensé. Él no podía quedarse allí como invitado.

No, no, era imposible. Meneé la cabeza.

—¡Madre, pareces como poseída! —Hermíone soltó una risita—. Mueves la cabeza y saltas cuando no hay motivo alguno.

Poseída. Sí, estaba poseída.

Paris se echó a reír, una risa dorada.

—Vamos, estoy ansioso por ver tus mascotas —dijo, y la siguió, de modo que ella quedase con la vista hacia el camino antes de volverse a mirarme a mí.

El camino por entre los bosques del palacio parecía tan secreto como el oculto redil. Altos árboles lo cerraban por arriba, con las copas susurrantes. Las primeras flores de la primavera surgían en el suelo del bosque, blancas entre las sombras, donde florecerían y se marchitarían, sin ser vistas. Dejé que Paris y Hermíone se adelantaran ante mí. Quería que se conocieran el uno al otro. Recé para que se llevaran bien.

«Pero ¿por qué? Helena, ¿por qué? No puede tener ningún objetivo». Sin embargo, el temible rugido de Afrodita en mi alma sonaba tan alto como..., como la cascada que se oía a un lado del camino.

Anduve más despacio y me volví a ver dónde podía estar. El dulce sonido del agua que fluía siempre me resultaba atractivo. Parecía haber una especie de gruta en la menguada luz que había ante nosotros. Era extraño que no la hubiese descubierto en mis paseos.

La brisa murmuraba con fresco aliento desde aquella dirección al ir aproximándonos, y vi una fuente que manaba y caía por entre las rocas, y se vaciaba en una profunda poza oval, donde sus ondas se extendían hasta las orillas rocosas. Todo era verde, negro y blanco: plantas verdes, negra poza, espuma blanca. Y luego, movimiento: el relámpago de la carne humana.

¡Unos amantes escondidos allí! Casi me reí por mi propia conmoción. ¿Tan inocente era yo todavía? Si me movía, ellos seguramente me verían y se quedarían quietos. Sintiéndome benévola, no quería molestarlos. Me contenté con esperar, para escaparme después. Me senté y contuve el aliento. Mi única preocupación era que el camino hasta llegar a donde estaban las mascotas de Hermíone se desdoblara, y yo no supiera luego cuál elegir. «¡Ah, que acaben ya rápido esos amantes!», pensé, y luego me reconvine a mí misma por ser tan poco caritativa. Sus voces se alzaron hasta mí, amplificadas por la poza.

—Temía que estuvieras enfadado —decía la mujer. Luego siguió un silencio.

Y entonces:

—No, estoy feliz. Más feliz de lo que puedo expresar. Los dioses me sonríen al fin, si me conceden un hijo.

Esa voz... ¿era la de Menelao!

—O quizá dos. Creo que puede haber dos en mi vientre. —No conocía aquella voz... ¿o tal vez sí?

—¡Sería esperar demasiado! Me contento con uno.

Ah, sí, era Menelao. Sin duda alguna.

Vi que algo se agitaba al otro lado de la poza; unos arbustos se movieron y entreví un brazo, una espalda. No podía pensar. Retrocedí, esperando que ellos no me vieran. Pero los arbustos se habían cerrado sobre ellos de nuevo.

Volví dando tumbos al camino, corriendo ahora para cogerlos. Menelao. Menelao y una mujer. ¿Quién? Tenía que ser una sirvienta de palacio, una esclava. Aquella joven que estaba en el banquete, la que le llevó a Menelao la caja impermeable para su viaje por mar.

En lugar de horror, ira o pesadumbre, «¿cómo ha podido?» o «¿por qué?», mi primera sensación fue de alivio. Estaba libre. Menelao y su esclava me habían liberado. ¿Habría arreglado aquello Afrodita también? ¡La diosa lo sabe todo de nosotros!

Corrí, corrí; al final alcancé a Paris y a Hermíone. Me detuve, sin aliento.

—¡Cómo corrías! —dijo Paris, mirándome—. Tu túnica volaba a tu espalda, blanca en contraste con las oscuras sombras del bosque..., como si fueras una ninfa del bosque.

—Mi madre era corredora —dijo Hermíone—. Cuando era joven —añadió.

—¿Y cuánto tiempo hace de eso? —preguntó Paris, guiñándome un ojo—. ¿Mucho?

—Antes de casarme, cuando tenía quince años, corrí... y gané. Pero una vez

casada... —Me encogí de hombros.

—Todavía podrías derrotarlas a todas —dijo Paris.

—Nunca lo sabremos —contesté.

Continuamos por el camino. ¡Menelao! No podía apartar aquella imagen de mi mente. Todo lo que conocía, todo lo que daba por sentado acerca de él, se había convertido en caos.

Entonces, de repente, me sentí furiosa con él. ¿Por qué tenía que añadir aquella complicación? Entonces, igual de rápido, empecé a reír, y Paris y Hermíone se volvieron. Me sentía presa de un amor salvaje, de añoranza y de deseo por un príncipe extranjero, ¿y culpaba a Menelao de dificultarlo?

¿Acaso otras reinas habían sucumbido a una loca pasión por un extranjero? No se me ocurría ninguna. Pero, claro, yo no podía pensar bien entonces. La pasión de Fedra por su hijastro Hipólito, también provocada por la cruel Afrodita, había ocurrido dentro de nuestra propia familia. No se me ocurría otro ejemplo de lo que podía sucedernos. La pobre Fedra se suicidó, e Hipólito fue asesinado por Poseidón. Pero yo no pensaba matarme, ni Paris cometería suicidio tampoco. ¿Por qué íbamos a hacerlo?

—¡Vamos, deprisa! —Hermíone me hacía gestos—. Y deja esas risas tontas, madre. ¡Si no paras, no te dejaremos verlas!

—Sí, querida. —Me uní a ellos en el camino—. Hija mía, te has aventurado muy lejos de palacio.

—Quería un lugar secreto —dijo ella—. Y mis tíos cazan por todo el bosque, de modo que tenía que encontrar un lugar al que ellos no vinieran. Un lugar donde no pudiera haber caza. Es un sitio de piedra, que sólo podría gustar a las tortugas.

—Sí, les gustan las piedras —dijo Paris—. Hay muchas en torno a Troya.

—Junto a la montaña sagrada del Parnaso hay muchas muy grandes, y están todas consagradas a Pan —dijo Hermíone, solemnemente.

Parecía tan lista y tan mayor. Ah, mi niña..., pero ¿era tan mayor y tan lista como para sobrevivir a lo que vendría? Daba gracias de que fuera tan madura y avispada para sus años, pero aun así...

—Tenemos que hacer una excursión ahí algún día —dijo Paris—. Yo mismo estoy deseando ver ese famoso Parnaso —añadió, bajito—. Hay muchas cosas que deseo ver. Creo que podría vivir para siempre y aun así no estar satisfecho, ya que siempre habría cosas por ver ante mí.

—Hemos llegado —gritó Hermíone. Dimos la vuelta a un recodo en el camino y llegamos a un redil improvisado hecho de ramas y troncos. Ella se inclinó por encima del borde y su voz se alzó, llena de feliz emoción—. ¡Oh, oh! Habéis sido malas.

Trepó por encima de la valla y desapareció de nuestra vista. Pero Paris y yo nos buscamos mutuamente, bebiendo la imagen del otro. Su rostro llenaba mis ojos, mi alma, mi mente. No podía apartar mis ojos de él. Él me devolvía la mirada, silencioso. Ya no necesitábamos palabras.

La cabeza de Hermíone asomó entonces.

—Aquí está, mi primer premio. —Cogía una gran tortuga con el caparazón lleno de cicatrices—. ¡Se llama *Guerrera*!

Miré a aquella criatura. Cuando se la miraba de frente parecía contrariada. Sus ojos negros y diminutos, muy separados, miraban directamente al frente, con olímpico desdén. «A mí me da exactamente lo mismo lo que tú hagas», venía a decir su expresión. Me pregunté brevemente si habitaría en ella algún dios. Pensé que los dioses eran así. Nos miran, pero nunca se conmueven.

—¿Y por qué la llamas «Guerrera»? —preguntó Paris. Parecía genuina y contagiosamente interesado.

—Porque lucha con las demás —contestó Hermíone—. Se golpean unas a otras como los carneros, e intentan volverse boca arriba unas a otras. Ésta sigue y sigue; va golpeando a todas y al final gana siempre.

—Quizá tendrías que haberla llamado «Agamenón», como tu tío —dije yo.

—O Aquiles —dijo Paris—. Ese joven..., que no puede ser mayor que yo, en realidad, ya tiene tal reputación de luchador.

—¿Cómo has oído hablar de Aquiles?

¿Se referiría a aquel agresivo niño que había venido con Patroclo y los demás pretendientes?

—Ah, en Troya están muy preocupados por las nobles hazañas de armas —dijo—. Es una pasión en Troya. Y ese Aquiles se ha hecho un nombre, incluso al otro lado del mar.

—No puedo imaginar por qué motivo —dije—. Era un niño horrible.

—Los niños horribles son los mejores guerreros —dijo—. Y por eso yo nunca seré un gran guerrero. No era lo bastante horrible —dijo, y se echó a reír, y en su risa se encontraba toda la alegría del mediodía veraniego.

¿Estaba enamorada de él o de aquella gracia y amabilidad, esa manera de disfrutar del lado más soleado de la vida? Hay personas así, personas que prometen abrir puertas de secreta alegría para nosotros.

—Aquí hay más —dijo la niña—. ¡Venid a mirar!

Nos inclinamos por encima de la valla y vimos una alfombra de conmovedoras criaturas. Había de todos los tamaños, algunas tan pequeñas como un candil de aceite,

otras enormes como un disco. Todas ellas llevaban dibujos amarillos y negros, pero ninguna ostentaba las mismas marcas.

—¿Por qué te gustan tanto? —preguntó Paris—. Debo confesar que nunca he pensado en ellas de una forma u otra —explicó, y trepó por encima de la valla fácilmente; se inclinó a acariciar la cabecita de una que parecía muy venerable.

—Pues no lo sé —dijo Hermíone—. Encontré una en el jardín y estaba tan..., no sé, tranquila. Podías sentarte y quedarte mirándola mucho tiempo. Me pareció... muy sabia. Como si nada pudiera preocuparla ni molestarla. ¡A mí me gustaría ser así!

Deseaba preguntarle: ¿qué es lo que te preocupa o te molesta a ti? Pero Paris dijo:

—Todos deseáramos ser así.

Quizá no debíamos examinarnos demasiado de cerca ni mirarnos demasiado tiempo unos a otros. Ni siquiera a nuestros propios hijos.

—¿Hasta los mayores? —preguntó Hermíone.

—Sí. Especialmente los mayores —le aseguró Paris.

Hermíone recogió hojas y flores para las tortugas y se las puso en un montón. Los animales se movieron lentamente hacia ellas y empezaron a comer, troceando las hojas verdes con sus correosas mandíbulas. Era difícil no reírse. Finalmente dije:

—Lo siento, cariño, pero yo encuentro muy divertidos a esos animales.

Hermíone acarició la concha de una de ellas.

—¡Nunca dejaré que te usen para hacer una lira! —le prometió.

El camino de vuelta fue perezoso, volvimos paseando despacio. Seguía pensando en Menelao y en la esclava, preguntándome cuánto tiempo llevaría pasando aquello. Mi rabia y mi diversión se habían evaporado, y sólo me quedaba curiosidad. Afrodita debía de haberle impulsado a aquello, como me había empujado a mí. Quizá fuese un castigo tardío contra mi padre por sus agravios. Nunca lo sabríamos; sólo podíamos aceptarlo. No teníamos poder para hacer otra cosa.

Mientras Hermíone caminaba con la cabeza muy alta, le dije:

—Bien, Hermíone, así es como andan las reinas. ¿Verdad, Paris?

Él levantó la cabeza.

—Mi madre no anda con tanto brío —dijo—. Por supuesto, es mayor. Mucho mayor. Ha tenido diecinueve hijos, de ellos dieciséis vivos.

Sólo con pensarlo me daba vueltas la cabeza.

—¡Diecinueve!

¿Qué sentiría realmente Paris por su madre y su padre, sabiendo que le habían dejado tirado para que muriese? ¿Cómo podía dejar pasar aquello, perdonarlo, olvidarlo? Yo no habría podido. Me había sentido herida cuando mi madre había

insinuado solamente que habría renunciado a su encuentro con Zeus, cosa que quizá no tenía intención de decir.

—Por supuesto, si Hermíone es reina o no dependerá de si se casa con un rey —dijo Paris—. Si se casa con un guardián de tortugas... —Hermíone soltó una risita al oír aquello—, entonces sólo será la «Reina del Redil».

—Ah, no, será reina —dije yo—. En Esparta es la mujer quien ostenta el título. Su marido se convierte en rey por ella.

Así era como yo había convertido en rey a Menelao. «Bueno, esclavita, tú no podrás soñar nunca con que tu hijo suceda a Menelao en el trono, ya que él no tiene poder alguno para transmitirlo», pensé.

—Interesante —dijo Paris—. Inusual.

De vuelta al palacio, pasamos junto al plátano de Hermíone. Había crecido tan alto que ya daba sombra; sus hojas se estaban abriendo entonces, y se expansionarían plenamente al sol del verano. Pero ¿estaría yo allí para sentarme bajo su sombra?

El palacio parecía igual, pero de repente yo era una simple visitante, uniéndome a Paris y viendo a través de sus ojos. Aquella columnata..., aquellas recias puertas..., la forma que tenían las sombras de las columnas de irse alargando por el patio... Todo aquello, conocido por mí desde mis primeros días, ahora era de nuevo extraño.

Los preparativos para el viaje de Menelao a Creta ya estaban completos. Esa noche marcaba el final del noveno día desde que llegaron Paris y Eneas, y ninguna costumbre retenía ya a Menelao allí.

Menelao. La joven esclava. No podía borrar la imagen de los dos de mi mente, pero era una imagen despojada de todo dolor. Menelao no era el fiel esposo que yo había supuesto. Quizás él también estuviese cansado de esperar a que Afrodita bendijese nuestra unión. No podía culparle.

La cortina se abrió y entró Menelao. Iba sucio y manchado de sudor, y rápidamente se despojó de su túnica y se quitó las sandalias; se dirigió a los baños.

No quería hablar con él, por si se me escapaba lo que sabía, lo que había visto. Simplemente asentí, mientras él pasaba veloz. Tan pronto como se hubo marchado, convoqué a mis doncellas e hice que me vistieran para la cena, que sabía que sería la última. Aun así, me mostraba sorprendentemente poco preocupada por mi aspecto. Cualquier cosa me parecía bien. Sólo presté atención a mis joyas. Me parecía extrañamente importante llevar mis favoritas: mi collar de gruesas cuentas de ámbar, mis pulseras de oro con escenas de caza, los pendientes de lágrima, delicadamente

trabajados en filigrana de oro.

El sol se desvaneció y una penumbra de un azul oscuro inundó las habitaciones como una niebla, hasta que el amarillo de las lámparas de aceite lo desterró. Nos reunimos en torno a una pequeña mesa en un lado del mégaron. El resto de la sala, a oscuras, se abría como la boca de una cueva a nuestro alrededor. No había cantantes aquella vez, sólo nosotros: mi padre, mi madre, mis hermanos, Menelao, Paris y Eneas.

—¿Qué mensaje llevarás de vuelta a Troya? —preguntó Menelao a Paris.

Paris se encogió de hombros.

—He recibido mensajes distintos de ti y de tu hermano —dijo—. Pero ninguno de los dos parecéis inclinados a dejarnos hablar con Hesíone, y mi padre se sentirá muy desgraciado al saberlo. —Levantó su pesada copa de oro y la estudió como si su decoración contuviese algo de la mayor importancia.

—¿Por eso habéis venido de verdad? —preguntó Menelao.

—¿Y por qué íbamos a venir si no? —Paris parecía sorprendido.

—Mi hermano era de la opinión de que vosotros erais espías —dijo Menelao.

Paris y Eneas se rieron a un tiempo.

—¿Crees que vendríamos nosotros en persona para eso? —dijeron los dos casi a la vez—. Como debes de saber ya, hay muchísimos espías por ahí, con mucha experiencia, y no teníamos por qué hacerlo tan evidente.

—¡Ah! Pero ningún espía habría tenido una invitación a nuestra mesa privada, aquí —dijo Menelao.

Deseé que se callase. Parecía tan torpe, tan obvio. Por primera vez vi el parecido familiar entre él y Agamenón.

—Las conversaciones pueden ser menos reveladoras aquí que en un comedor de soldados o en un barco —dijo Eneas—. Las mesas reales no son conocidas por divulgar información.

—Os he admitido en mi palacio —dijo Menelao—. Os he dejado ver lo que ningún otro espía podría ver.

«¡Ah, por favor, que se calle!».

—Habéis comido con mi esposa, un honor buscado por muchos —continuó—. Habéis visto su famoso rostro.

—Haces que parezca una cerda de competición —dije. Estaba furiosa con él, furiosa por sus torpes amenazas y bravatas..., y ahora me metía a mí por en medio—. ¡Aquí tenéis! —Me incliné por encima de la mesa, mirando directamente al rostro de Eneas. No podía hacer lo mismo con Paris, que estaba sentado justo a mi lado—.

¡Mirad hasta hartaros!

Eneas tosió y se echó hacia atrás, violento, como habría hecho cualquier persona educada.

—¡Helena! —dijo mi madre.

Yo me volví a sentar y la fulminé con la mirada.

Menelao se aclaró la garganta y levantó su copa.

—Sólo quería decir que os he acogido en el seno de mi familia —dijo.

—Sí —dijo Paris. Había derramado un poco de vino en la mesa y dibujaba cosas con él, como un niño.

Bajé la vista y vi lo que había hecho: había escrito «Paris ama a Helena» con el vino, brillante contra el fondo de la mesa.

Mi corazón se detuvo. ¿Y si alguien lo veía? Adelanté mi mano izquierda y lo borré, pero vi que mi madre miraba. Al mismo tiempo, me sentí abrumada por su osadía.

Luego, por el rabillo del ojo, vi mi copa de vino, la especial, la que Menelao me había regalado como presente de boda, que se movía. Paris la cogió para sí y dio un breve sorbo, colocando sus labios exactamente donde antes estuvieron los míos. Yo estaba conmocionada, congelada e inmóvil, obligándome a mí misma a permanecer rígida, investigando las caras y los ojos de los demás en busca de respuesta.

—Volveremos a Troya inmediatamente —dijo Eneas al momento. Lo había visto—. Nuestro barco espera en Gitio.

—¿No está junto a Micenas? —preguntó Menelao—. Pensaba que habíais tomado tierra allí.

—Así lo hicimos —dijo Paris—. Pero nuestros hombres han traído el barco a través del Peloponeso, para que estuviese más cerca y no tuviéramos que volver a Micenas.

—Yo también partiré desde Gitio —dijo Menelao—. De hecho..., es la hora ya. Perdonadme, pero debo partir enseguida.

Había esperado los nueve días exactos, ni una hora más. De repente, me pareció odiosa su precisión.

Se bebió un último sorbo de vino, pronunció unas palabras de despedida y luego indicó que debíamos abandonar la mesa con él.

Me volví para dirigir una despedida formal a Paris y vi que sus labios formaban las palabras silenciosas: «la serpiente sagrada». Cerré los ojos para demostrar que había recibido el mensaje: quería que me reuniese con él en el altar de la serpiente sagrada doméstica.

Mientras tanto, debía seguir los pasos oficiales y acompañar a Menelao a su habitación para desearle buen viaje. Él salió rápidamente, dejándome atrás.

Yo le seguí, más despacio. En el palacio había tranquilidad ahora, una enorme tranquilidad.

Entré en sus aposentos, que estaban extrañamente oscuros, aunque ardían una o dos lámparas en los rincones más alejados. Pero oí un bajo murmullo de voces que procedían de la habitación que conectaba con la otra. Me acerqué sigilosamente a la puerta y escuché. No me atrevía a mirar para no traicionar mi presencia. Sabía muy bien lo que pasaba. Quizá quería confirmar simplemente lo que había visto aquel mismo día, reivindicar mi propia decisión.

Durante un momento las voces se detuvieron y eso significaba que aquellas personas se estaban besando y acariciando. Ninguna conversación normal se detiene en medio de una frase..., sólo los murmullos de los amantes.

Entonces volvieron a hablar. «Ah, cómo odio que te vayas... Ten cuidado en alta mar, ¿has hecho los sacrificios a Poseidón...? No, eres tú quien debe cuidarse, tú llevas a mi hijo...».

Atisbé por el marco de la puerta y les vi: Menelao y aquella mujer, aquella esclava que le había llevado la cajita decorada. Y la suya era la misma voz que había oído junto a la cascada.

Entré de pronto en la habitación. No dije nada, pero dejé que la cortina cayese detrás de mí, y su sonido les hizo dar un respingo. Dos caras sobresaltadas se volvieron hacia mí. Menelao empujó a un lado a la mujer..., ¿tendría nombre?

—¡Helena! —jadeó. Él parecía horrorizado; ella, enojada—. No es lo que parece —barbotó.

Yo seguía sin decir nada.

—Te juro que ella no significa nada para mí...

Pobre, estúpido Menelao. Qué cruel y estúpido era decir aquello delante de ella. Por un momento me puse de su parte. Pero en realidad no sentía nada.

La mujer se encogió, susurrando: «¿cómo has podido?», y se escabulló, sollozando, corriendo hacia la puerta y hacia el extremo más alejado de la habitación. Menelao no la siguió ni le prestó ninguna atención.

Por el contrario, se volvió directamente hacia mí, levantando los brazos.

—Oh, querida, querida Helena, por favor..., eso no significa nada... Te lo ruego, perdóname... Oh, por favor...

Yo me quedé allí en pie como una de las columnas del patio. ¿Cómo podía refugiarme en sus brazos cuando yo misma había cometido una transgresión mucho

mayor? Yo amaba a Paris, estaba loca por él, aunque apenas nos habíamos tocado. Menelao se había acostado con aquella mujer, pero su lealtad seguía siendo absoluta. ¿Quién era el mayor adúltero? Y si abrazaba a Menelao y le «perdonaba», ¿qué pensaría él más tarde de mi hipocresía?

—Oh, Helena, por favor... No, no me mires así, con esos ojos de piedra... Yo lo arreglaré todo..., la venderé, la enviaré lejos... No me importa, nada me importa excepto tú...

Yo aún no conseguía hablar, pero era por honradez, y no por cálculo. Aquello sólo servía para espolearle hacia una emoción mucho más elevada.

—Te amo por encima de todas las cosas. Nada, ni siquiera los dioses, que me perdonen, significa más para mí. Te entregaré toda mi vida... —continuó extendiendo los brazos.

Podría haberme refugiado en ellos. Pero no era capaz; sin embargo, me creía honrada. Y por encima de todo, tenía que ser sincera conmigo misma.

—Menelao, debes partir. El barco espera. Debes irte. —Me volví. No podía hacer nada más.

—¡Que espere el barco! —gritó él—. Mi abuelo ya está muerto. —Ahora su obediencia a los rituales se desvanecía.

—Tu hermano Agamenón navega contigo. No puedes alterar la ceremonia y el protocolo por un... asunto personal. Ve con las bendiciones de los dioses. Y con la mía. —Le sonreí lánguidamente, y luego me di la vuelta y me fui.

«¡Ah, que no me siga! ¡Que se vaya!». Corrí más allá de nuestros aposentos y volví al patio para evitarle. Pero no se oían pisadas detrás de mí.

Él también se sentía aliviado al aplazar todo aquello.

Ninguno de los dos sabía entonces que quedaría aplazado casi veinte años, y que sólo volveríamos a vernos en Troya, con el fuego de la destrucción rugiendo a nuestro alrededor.

XXIV

Esperé muchísimo tiempo en el patio, de pie junto a un árbol florido. Oí que venían los sirvientes a buscar a Menelao, le oí partir. Pensé que le oía dudar, buscarme. Pero luego se fue, y los sonidos se desvanecieron mientras los hombres salían por las puertas.

El santuario de la serpiente sagrada... Ya era libre de acudir allí. Nadie podía cuestionar mis movimientos ni mi conducta. Pasé a través del patio y me dirigí hacia los lugares más alejados de palacio, hasta llegar al pequeño santuario. Estaba vacío.

Me sentí aliviada. ¿Dejaría yo todo aquello? Era parte de mí, mi propio ser. Me dejé caer en el banco de piedra y esperé. La parpadeante luz de una lámpara votiva iluminaba el altar. El pastel de miel y el platito de leche estaban allí, pero no había ni rastro de la serpiente.

Noté que me invadía una gran calma. Estaba hecho... ocurriera lo que ocurriese, estaba hecho. Qué extraño decir que estaba hecho algo que no había ocurrido aún. Sin embargo, notaba que era verdad en lo más hondo de mi ser. Quizá ya estuviera hecho antes de que yo naciese.

Un pequeño movimiento, un tic. La serpiente se acercaba. Se deslizó desde detrás del altar y levantó la cabeza, mirando a su alrededor.

Me sentía abrumada por el amor hacia ella. El animal se había consagrado a mí y a mi familia, dejando atrás su vida en Epidauro. Como yo debía dejar atrás su vida. La serpiente lo comprendería. Me agaché y se lo dije. Ella me miró y sacó la lengua. Me había dado su bendición.

—¿Cómo podría decir qué es lo que más amo de ti? —Paris estaba de pie en la esquina más alejada de la pequeña habitación—. Quizá que tratas a todas las criaturas que están a tu alrededor como si fueran igual de valiosas.

Me levanté y corrí hacia sus brazos. Por un momento no hubo nada más que frenéticos abrazos y besos. Yo me regodeaba en el contacto de sus brazos, de sus hombros, de su carne.

Al cabo, él me apartó, me separó un poco de su cuerpo para evitar que me acurrucara en sus brazos.

—Helena, ¿qué vamos a hacer? —Hizo una pausa—. Todo depende de ti. Te llevaré conmigo a Troya, pero eres tú quien tienes que dejar todo esto. Para ti todo es pérdida, para mí todo es ganancia. Por tanto, no soy yo quien debe tomar la decisión.

Qué extraño, aunque nunca habíamos hablado directamente de ello, ambos

sabíamos que era la única posibilidad. Quedarme y separarnos o huir y estar juntos.

—¡No puedo dejarte ir! —grité, agarrándome a él.

Que pereciera toda la Tierra, que se hundiera el palacio de Esparta hasta convertirse en polvo, pero no dejaría que Paris viviera fuera de mi vista.

—Pero ¿qué será de Hermíone? —preguntó—. Eres madre. Eres la esposa de otro hombre, aunque he conseguido apartar ese hecho de mi mente. Las esposas se pueden reemplazar, pero las madres no. Créeme, lo sé.

—¡Nos llevaremos a Hermíone con nosotros! —dije yo. Sí, ésa era la respuesta.

—Pero tú dijiste que ella será la próxima reina de Esparta —dijo Paris. Él estaba más sereno que yo, o se sentía más culpable—. ¿Cómo puedes privar de ella a Esparta?

—¡Se lo preguntaremos! Que decida ella.

—Helena —dijo lentamente, haciendo que me volviera y mirándome. Aquellos ojos..., aquellos ojos dorados, de un color miel profundo, a la luz de la lámpara—. Ella sólo tiene nueve años. ¿Puedes obligarla a tomar esa decisión? Cualquier niño de esa edad decidiría irse con su madre. Eso no significa que lo eligiera más tarde.

—Pero...

—No puedes echar esa carga en sus hombros, una carga que cuestionará durante el resto de su vida.

—¿Así que sencillamente deberíamos irnos, sin más? ¿Dejarla sin despedirnos?

—Decir adiós, sí. Pero no pedirle que tome ella la decisión. Te odiará después por ello.

—¿Cómo puedo dejar a mi niña? —exclamé.

—Porque la amas, y no la expondrás a ningún peligro —dijo Paris—. Y amas también a Esparta, y no la privarás de una reina.

—Pero ¡ella no lo sabrá! No lo comprenderá.

—A su tiempo, lo hará. —Él me atrajo hacia sí—. A su tiempo. Igual que me pasó a mí con los actos de mi madre y de mi padre.

Pero ¿tendría razón él? ¡Le habían dejado morir!

—Helena. Si vamos a huir, debe ser ahora. Cuando Menelao lo descubra, habrá... mucho revuelo. Debemos irnos lo antes posible después de él, para coger toda la delantera que podamos. Todo está ya preparado. Debe ser esta noche.

—¡No! ¡Esta noche no! ¡No justo después de Menelao!

—Sí, a sus talones..., pero navegaremos en una dirección distinta.

¡Por todos los dioses! Aquella noche, mientras mi madre y mi padre dormían, y mis hermanos, y Hermíone...

—Sea cuando sea, siempre será demasiado pronto —dijo Paris—. Nunca estaremos preparados.

Yo le miré, maravillada.

—Sólo tienes dieciséis años. ¿Cómo puedes saber todo eso?

—Mis dieciséis años han estado llenos de reveses y giros inesperados —dijo—. Ya me expulsaron una vez de una vida confortable. Fue doloroso. Pero eso hace que tenga más experiencia en esto que tú.

—Dejaste una familia, pero no un reino —dije—. Ni tampoco una esposa.

—Dejé una forma de vivir, la creencia de que era un hombre cuando en realidad era otro. Y sí, ciertamente, no dejé ninguna esposa, pero sí una compañera en las montañas, una mujer que me amaba. Pero ella no estaba a gusto en palacio. Helena, a veces hay que tomar decisiones difíciles. Yo sé que mucha gente intenta conservar las dos cosas, pero a veces no se puede. ¿Me eliges a mí o a Menelao? Es así de sencillo. Yo no puedo pedirte lealtad. Eso le pertenece a él. Sólo puedo apelar a lo que podría unirnos. Afrodita y su magia... o su veneno.

La serpiente se deslizaba por el suelo, y llegó a nuestros tobillos. Se enroscó en ellos ligándonos juntos. Noté su fría suavidad, que nos unía.

—La serpiente sagrada ha hablado —dije—. Indica que la nuestra es la verdadera unión.

—Ya lo sabía —añadió Paris—. Sólo quería que tú también te dieras cuenta.

Nos separamos. Él fue a despertar a Eneas para nuestra fuga, yo a decir mis adioses en privado. Si hubiera sido una partida en toda regla, habríamos tenido que hacernos llevar en carro hasta Gitio con una escolta real a plena luz del día, después de una despedida ceremonial. Pero tal como fue, tendríamos que robar los carros en lo más oscuro de la noche. Tendríamos que aprovechar la velocidad de los carros para llegar a Gitio al amanecer y hacernos a la vela. Aquella vez no habría paseos de placer, no podíamos permitirnoslos.

¿Cómo podríamos robar los carros y los caballos sin alertar a los guardias? Me eché a temblar. Debía dejarles aquello a ellos. Si les cogían..., por supuesto, los acusarían de robo y de falsedad, sufrirían el castigo.

—¡No falléis! —susurré a Paris, cogiéndole el brazo—. No podemos permitirnos un fallo. Sólo tendremos una oportunidad.

—Será difícil —dijo él—. Eneas y yo ni siquiera conocemos el diseño de los establos reales y de la casa de los carruajes. Y no podemos hacer ningún ruido.

—No penséis en las dificultades —insistí—. No penséis en ellas ni por un instante, o si no, estaréis perdidos. Y ahora ve, amor mío. Piensa sólo en cómo hacer

esto y en lo que nos espera. —Me volví, pero no sin señalar la dirección en la que debía ir él. Le vi escabullirse como una sombra a la luz de la luna.

La luz de la luna. ¿Sería una ayuda o un estorbo? Significaba que no iríamos tropezando y que no necesitaríamos antorchas. Pero también significaba que nuestros movimientos serían visibles mientras bajásemos por la colina y por la carretera junto al río. Significaba que cualquier espartano que no pudiera dormir y estuviese mirando por la ventana podría decirles a los perseguidores en qué dirección viajábamos.

La luna, redonda y resplandeciente, colgaba en medio del cielo como una antorcha blanca. Las sombras eran breves; todo estaba bañado en una luz fría y mágica, haciendo que las cosas que eran suaves y redondas a la luz del sol pareciesen duras y afiladas. Era imposible, desde luego, pero las cosas parecían más claras que a la luz del día.

El palacio..., cada losa, cada talla de las puertas, cada rincón del tejado estaba grabado al rojo en mi conciencia. Ahora lo recorría mirándolo por última vez. Quería tocar cada poste, cada aldaba, y despedirme de ellos.

Todo estaba silencioso. Todo contenía el aliento. Miré hacia la entrada del gran edificio.

«Volverás. Y habrá luz de luna».

¿De dónde venían aquellas palabras, susurradas a mi oído? Las serpientes de Asclepio..., ¿sería otro de sus dones? ¿Podría discernir los perfiles del futuro? Ah, que no fuera aquello. Sería una maldición, más que un don.

Y sin embargo, seguía experimentando aquella sensación abrumadora. Yo volvería allí, caminaría de nuevo por aquel suelo. Aparte de eso, nada. Ningún conocimiento más.

«¡No importa! —me dije a mí misma—. Ésos son fantasmas, espíritus del futuro. Esta noche hay algo que hacer, hay que emprender unas acciones».

Me deslicé, tan silenciosa como las serpientes, en las habitaciones de mis padres. Ambos dormían profundamente. Los guardias del exterior dormían también, y no los desperté. El reflejo de la luz de la luna los mostraba bastante bien, respirando de forma regular, tumbados tranquilamente en sus lechos, con las gruesas mantas echadas por encima, porque la noche todavía era fresca.

Me incliné hacia ellos. Los miré, luego cerré mis ojos para convocar sus imágenes, luego los volví a mirar para fijarlas en mi mente.

Ansiaba inclinarme hacia ellos y besarlos, pero temía despertarlos. Me dolía el corazón.

—Adiós, madre, padre —les dije, en silencio—. No me condenéis, no me odiéis.

Me volví, no podía permanecer allí más tiempo. Me dirigí hacia la habitación de Hermíone. Quería decirle adiós en silencio, pero cuando la vi supe que no podía dejarla.

Me incliné hacia ella y la vi dormir pacíficamente, con una ligera sonrisa en los labios. Era tan encantadora... Formaba parte de mí, y mis días con ella todavía no habían terminado.

Toqué su hombro.

—Hermíone —susurré.

Lentamente abrió los ojos y me miró.

—Ah..., madre —murmuró.

—Hermíone —dije, hablando con la voz más baja que pude—. ¿Te gustaría ir a una aventura?

Ella suspiró y se acurrucó en el lecho.

—No lo sé..., ¿qué? —Todavía estaba medio dormida.

—Paris y yo vamos de visita a su casa. Está muy lejos, al otro lado del mar, en un lugar llamado Troya.

Ella se esforzó por sentarse, pero no pudo. Todavía estaba adormilada.

—¿Y cuánto tiempo estaréis fuera?

—Yo... no lo sé. Eso es lo que pasa con las aventuras..., cuando te vas, no sabes cuánto tiempo te costarán. Normalmente, cuestan más de lo que crees.

—Ah —dijo—. No, creo que no quiero ir.

¡No! No podía decirme aquello.

—Pero Hermíone, yo quiero que vengas conmigo.

Ella agitó la cabeza, tozuda.

—No, no. No quiero irme. Tengo a mis amigos y mis tortugas, que tengo que cuidar, y en realidad no quiero ver Troya. No me importa nada Troya. —Sonrió y estiró los brazos por encima de su cabeza.

—Pero Hermíone..., te echaré mucho de menos. Necesito que vengas conmigo.

—Pero ¿y mi padre? —preguntó—. ¿Él irá también?

—No.

—Ah, bueno. Entonces volverás pronto —dijo con una risita.

«No —quise decirle—. No, no volveré pronto». Pero no pude.

—Hermíone, por favor, ven.

—Bueno, déjame que lo piense. ¿Por qué me despiertas para preguntármelo?

—Porque debo irme ahora.

—¿De noche?

—Sí. Es algo del barco...

Ella me echó los brazos al cuello.

—Ahora no puedo ir, en medio de la noche. Está oscuro. No quiero ir.

—Pero hay luna llena. Veremos muy bien.

—Madre, no quiero ir a tu aventura —dijo ella—. Con luna o sin luna. —Su voz era firme.

—Entonces dame un abrazo —dije, intentando que mi voz se mantuviera firme y que las lágrimas no salieran de mis ojos.

No pude decirle nada más. No podía explicarle nada. Lo único que podía hacer era decirle adiós, y abrazarla por última vez. Aunque seguramente no sería la última vez.

«No. Volverás a verla de nuevo, a abrazarla de nuevo. Pero entonces será ya una mujer adulta, mayor de lo que tú eres ahora».

La visión del futuro, el misterio que me había sido desvelado. Una bendición, pues, una bendición. ¡Volvería a abrazarla! Eso era lo único que necesitaba, lo único que pedía, por el momento.

—Adiós, amor mío —susurré, apretando mi mejilla contra la suya.

—Ah, madre, no te pongas tan seria... —Ella se echó hacia atrás y al momento se quedó dormida.

Sollozando salí de su cuarto. Me apoyé en una de las columnas iluminada por la luna, hasta que la visión de lo que tenía ante mí dejó de estar borrosa por las lágrimas y se aclaró.

Afrodita debía de estar escondida entre las columnas, porque podía oír sus suaves susurros.

«¿Qué más quieres saber? Tu hija te esperará..., no la perderás..., ahora puedes buscar tu destino con Paris...».

«¡Cruel diosa! —la amonesté—. Para ti y para los dioses inmortales, el tiempo no es nada. Pero para nosotros lo es todo. Veinte años es un tiempo larguísimo para nosotros, diez años, todos esos años, no significan nada para ti. Nosotros cambiamos; Hermione dentro de muy poco ya no será una niña que se acurruca medio dormida en su cama y me echa los brazos al cuello, hablando de tortugas. Pero ¡todo eso a ti no te importa!».

«No, es verdad», admitió ella. Casi podía ver cómo se encogía de hombros. «Y tú misma le estás dando demasiada importancia. ¿Deseas tomar todo lo que la vida puede concederos a vosotros, los mortales, o quieres echarte a un lado, decir: ay, no puedo, no soy lo bastante fuerte?».

La fuerza no tenía nada que ver con aquello, afirmé. Tenía que ver con la

decencia, con el honor, con todas esas cosas que parecía no comprender.

«Entonces te abandono —dijo—. Adiós, Helena».

Y noté, por un instante, que me dejaba. Noté que me dejaba vacía, hueca y sin color, como había sido mi vida antes de las rosas. «¡No! —grité—. ¡No, no me dejes!».

«Muy bien. Entonces, haz lo que te digo. No sigamos con estas tonterías, con estos arrepentimientos. ¡Ve a los establos! Paris te está esperando. ¡Obedéceme!».

Como si me arrancaran de un tirón, salí y corrí hacia los establos. El palacio estaba detrás de mí. Pasé junto al plátano, con sus ramas y su tronco que se iba engrosando. El árbol de mi matrimonio, recién plantado cuando yo era una novia y una madre reciente. Me tapé los ojos para no verlo y seguí corriendo.

Eneas y Paris habían enganchado unos caballos a dos carros. Estaban muy ocupados cargando sus cosas en ellos cuando levantaron la vista y me vieron.

Nunca me había sentido más desarraigada ni separada de mi alrededor. Me iba. Necesitaba llevarme algunas posesiones. No podía llevarme a Hermíone, no podía llevarme a mi serpiente sagrada. Quizás estuviese poseída por una especie de locura, la sensación de que debía coger algo, algo aparte de mi persona y las ropas que llevaba.

—Me llevaré mis joyas —dije—. Son mías. Y parte del oro de palacio. Soy reina; es mío por derecho. Podemos... ¡quizá lo necesitamos!

Volví corriendo a mis habitaciones y cogí los joyeros, hasta la espantosa cadena de oro del collar matrimonial; aunque si hubiese pensado con claridad, quizá la habría descartado por ser un mal presagio. Luego fui hacia la tesorería del palacio y cogí copas y bandejas, y las metí en cestas. Las arrastré a los establos.

—¡Helena! —exclamó Paris—. ¡Esto es una locura! Harán que los carros vayan más lentos.

—¡Debo llevarme algo! —chillaba, aunque Paris me puso la mano sobre la boca para silenciarme. Pero yo se la quité y dije—: Debo tener algo, debo coger algo. ¡Me has prohibido que me lleve a mi hija!

Paris negó con la cabeza.

—Yo te dije los motivos por los cuales no debería venir, pero no te he prohibido nada. No tengo ese poder.

No, no era Paris quien me lo negaba. Era la propia Hermíone.

—Pero ¡necesitaremos estas cosas! —dije.

Paris intentó sacarlas de los carros.

—Me llamarán ladrón, y no soy tal cosa. Bueno, casi..., sólo me llevo a la Reina.

Nada más. Tenemos un montón de oro en Troya.

Eneas lo cogió del brazo.

—Ella necesita llevárselo —dijo—. Después de todo es la Reina. Esas cosas son tuyas por derecho. Y ella no desea ser una suplicante ni una mendiga, sino tener sus propios medios de fortuna. No desea arrojarse como una refugiada en las costas de Troya.

Paris negó con la cabeza.

—Nos retrasará.

—Si la tranquiliza y calma su ánimo, déjala.

Vi que Paris respetaba la opinión de su primo, mayor que él, algo inusual en un joven. Pero Paris era muy sabio, de una forma muy poco convencional.

—Muy bien —dijo. Y metió las cestas en el carro—. ¡Vámonos pues!

Saltó al carro y me hizo señas de que le siguiera. Eneas cogió el segundo carro y azuzamos a los caballos para que salieran del establo y fueran hacia la puerta.

—No podemos pasar por la puerta principal —dije—. Los guardias nos detendrían y nos interrogarían. Puedo ordenarles que abran las puertas, pero ¿por qué dejar que sepan lo que hacemos? Hay otra puerta atrás, muy poco usada. Por aquí. —Señalé hacia el lugar.

¡Menos mal que había una luna brillante! Pudimos encontrar el sendero que conducía al exterior del palacio. Éste no se unía a la carretera principal hasta llegar a las orillas del Eurotas. El camino era empinado, pero pudimos atravesarlo. Los artículos de oro, amontonados en las cestas, iban dando sacudidas y nos sujetaban los pies contra el suelo del carro. La colina corría a nuestro paso; íbamos demasiado rápido, demasiado rápido, apenas podía atisbar los oscuros árboles a nuestro alrededor, y mucho menos lamentarme por la despedida.

Tierra plana: estábamos ya en las praderas que bordeaban el río, corriendo con los carros a través de los campos silvestres y buscando la carretera. Saltábamos y corríamos entre nubes de polvo y surcos en el suelo. A cada salto queríamos gritar en voz alta, por miedo y emoción en aquella loca empresa, pero teníamos que permanecer en silencio. La ciudad se encontraba justo delante, y debíamos pasar por ella. Las murallas eran altas, y escudriñando a la luz de la luna se podían ver las sombras entre las rocas gigantes que las formaban, profundas y secretas. Murmuré algo sobre su fuerza a Paris.

—¡Espera a ver las murallas de Troya! —dijo él—. Son muy lisas y tres veces más altas que éstas... ¡Estas defensas son infantiles! —Agitó la mano despectivamente hacia las piedras redondeadas—. No hay lugar donde asirse, ni con

los pies ni con las manos, en las murallas de Troya.

Ya habíamos encontrado la carretera y corríamos junto al Eurotas, que también corría, muy crecido por la nieve fundida en las montañas. Veía la espuma blanca en su superficie.

Qué distinto era todo aquello de mi ocioso paseo con Gelanor. Entonces íbamos deambulando por el camino, deteniéndonos a comer, a beber y a descansar cuando nos apetecía.

¡Gelanor! ¿Qué pensaría cuando le llegasen las noticias?, pensé, horrorizada. Y a continuación pensé: «Será a Gelanor a quien envíen a buscarnos. Y nos encontrará. Pero ¿nos encontrará a tiempo?».

—¡Corre! —apremié a Paris.

En el terreno liso, los caballos iban al galope. Los carros volaban tras ellos, a veces incluso levantándose del suelo. Por delante, la luna aparecía y desaparecía entre las nubes. Cuando salía, el paisaje se veía claramente ante nosotros como una escena finamente grabada. Cuando desaparecía, nuestro entorno se convertía en una pesadilla: indistinto, desvanecido, cambiante.

Con los caballos, llegamos al mar mucho antes del amanecer. Si hubiésemos ido a pie, nos habría costado muchísimo más. El mar, las rocas..., la cueva de Afrodita, allí fue donde empezó todo. ¿Estaría allí todavía? ¿Existiría de verdad? Levanté la cabeza para intentar verla, pero se perdía entre las sombras que cubrían en las rocas de la costa. Y quizá nunca debía volver a verla. La primera vez fue mágica; otra vez, puede que pareciera como otra cueva cualquiera, vacía y húmeda.

—El barco nos espera. —Eneas señaló hacia un barco grande, anclado cerca.

Un pequeño bote nos transportó hasta él. Mis pies dejaron las arenas de mi tierra natal al entrar en aquel bote, chorreando agua. Contemplé las gotas que caían ominosas.

Abordamos el barco troyano. El primero en el que subía yo, la primera vez que dejaba la tierra. No tenía nada con que compararlo, pero me parecía un barco bueno. Los hombres se pusieron en fila en la cubierta para saludar a Paris y Eneas, y el capitán hizo una reverencia.

—Princesa, dime adónde debo conducirlos y allá iremos.

—Primero, suelta amarras —dijo Paris—. Debemos abandonar estas costas lo más rápido posible.

—Es peligroso navegar antes de que haya plena luz —advirtió el capitán.

—Pero ¡debemos irnos! —exclamó Paris.

—Hay una pequeña isla ahí fuera —dijo el capitán—. Se llama Cranae. Podemos

anclar allí, fuera de la vista, y hacernos a la mar con la luz del día hacia puertos más lejanos.

—¡Pues hazlo! —le contestó Paris—. ¡Vamos!

Fuimos capeando el agitado mar en torno a la isla de Cranae; hasta yo, que no sabía nada del mar, me di cuenta de que una isla tan pequeña junto a los bajíos de la costa tenía unas aguas mucho más turbulentas a su alrededor de las que había en alta mar. Al capitán le costó toda su habilidad llevar el buque al extremo más alejado de la isla, a una costa no visible desde tierra.

—Aquí no podrán vernos —dijo—. Cualquier partida de búsqueda pensará que nos hemos hecho a la mar.

Miré hacia el cielo del este, todavía oscuro.

—Descansaremos aquí, en la costa —dije. En realidad estaba exhausta. No había dormido en absoluto.

Con aquella luz tan escasa, la isla parecía acogedora y silenciosa. Estaba cubierta de altos árboles, árboles que se mecían en la brisa. Aquí y allá había claros, porque los pescadores debían de acudir allí a veces, pero nadie vivía en ella.

—Construyamos un refugio —le dije a Paris.

—Tenemos tiendas a bordo —dijo.

—Haz que nos manden una.

Yo me quedé esperando allí mientras la traían del barco. Paris insistió en despedir a los hombres y montarla él mismo.

—Sé muy bien cómo hacer esto —decía—. He montado muchos refugios.

—Más que tus principescos hermanos de Troya, supongo —dije. Pensaba en unos niños mimados de la realeza, incapaces de rebajarse a preparar un lecho por sí mismos.

Él me dirigió una mirada curiosa, pero continuó preparando aquel refugio improvisado. Al final se quedó en pie frente a él y me invitó a entrar.

—Mi reina, tus aposentos están listos —dijo.

Me agaché y entré a gatas por la pequeña abertura. En el interior estaba oscuro, aunque el cielo en el exterior había empezado a iluminarse. Él desenrolló unas mantas e incluso preparó unas almohadas para los dos con unos sacos de lino rellenos con ropa.

—¿Es esto lo que usas en Troya? —le pregunté.

Él se echó a reír.

—No. Seguramente habrás oído decir que Troya es conocida por sus lujos. No, éste es el refugio adecuado para un vagabundo o un pirata. —Dio unas palmaditas a la

manta—. ¿No te cansas de ser reina? Prueba lo que es ser una don nadie, tener que vivir en el campo.

Me apoyé en la manta. Estaba tan cansada que aquella manta basta en el duro suelo me parecía un conjunto de plumones de cisne. Estaba tan exhausta que no podía ni pensar, no podía ni representar en mi mente la importancia trascendental que tenía lo que acababa de hacer.

Me di la vuelta, echándome de espaldas. Paris me miraba, apoyado en un codo. Fuera, oía el estruendo fragoroso de las olas contra las rocas cercanas.

—En una isla tan pequeña, el ruido de las olas es constante —dijo Paris—. A donde vayamos, no podremos escapar de él.

—Nos proporcionará el coro —dije.

Y era verdad. La repetición resonante de las olas estallando en las rocas era como un redoble de tambor que ahogaba todo pensamiento. Las fuertes olas, los silbidos, las largas resacas, martilleaban en mi corazón. Miré a Paris, pero su rostro vacilaba ante mí.

«Aquí estoy —pensaba—. Aquí, con Paris. Hemos dejado atrás Esparta. Todo ha desaparecido..., todo menos nosotros. Le tendí los brazos y rodeé su cuello, y atraje su cara hacia la mía».

Paris. Besé sus labios, aquellos labios que había visto formar palabras mientras bromeaba con Hermíone, que habían esquivado los insultos de mi madre. Los había visto también acariciando morosamente el borde de mi copa de vino. Los había visto moverse, queriendo sentirlos de nuevo contra los míos, ya que los había probado sólo una vez y brevemente. Eran todo lo que yo había deseado, y me arrastraban con más fuerza hacia su mundo, hacia él. Lo estreché contra mí. Noté su cuerpo fuerte y joven contra el mío, y me eché a reír.

—¿Qué? —preguntó él.

Dejé caer la cabeza en la manta.

—Ah, no sé qué deseo hacer contigo —dije, acariciándole la mejilla—. Quiero tocarte, quiero adorarte, ¡no sé qué es lo que quiero!

—No me adores —contestó él, con su aliento junto al mío—. Es demasiado distante. Es lo que tendría que hacer yo contigo, pero lo que deseo es acariciarte —dijo, y se echó a mi lado y me rodeó con sus brazos.

En ese momento, toda idea de adoración y de reverencia desapareció de mi mente. El contacto de la carne con la carne puso en movimiento todo lo demás. Yo temblaba con su simple contacto. Sorprendida por lo que pasaba, no dejaba de maravillarme de aquello que nunca antes había sentido, por lo que tanto había rezado, y suplicado; lo

que tanto había añorado. Estaba allí, allí, y tan rotundo que me abrumaba. Volví a reír.

—¿Qué ocurre? ¿De qué te ríes? —murmuró Paris. Temía que me estuviera riendo de él.

—Sólo de la alegría de los dioses —dije—. Sólo de la alegría de los dioses. ¡Al fin me dan sus bendiciones!

«Afrodita, amante de la risa...», sí, así la llamaban. Ella sonreía a los amantes, pero también sabía, en su sabiduría, que ellos debían reír.

—Conviérteme en tu esposa —dije, atrayéndole hacia mí.

¡Ah, sí, que lo hiciera! ¡Quería ser una esposa al fin!

En torno a nosotros, las olas se hicieron más ruidosas, hasta que resultó difícil hablar. Yo tenía que poner la boca directamente en su oído para que él oyese mis palabras. Estábamos en nuestra propia ciudadela, nuestra propia ciudad fortificada, rodeada por las olas y las rocas y los gritos del agua chocando contra ellas.

Todo lo que se me había negado ahora se me concedía de pronto: Afrodita es una diosa generosa. Yo ardía, me consumía, latía de deseo por Paris. La menor duda, la menor barrera entre nosotros era insoportable, debía arrancarla. Debía tenerle, debía tenerle hasta el extremo, nada más importaba. Y la maravilla de aquel hecho valía la pérdida de un reino, la pérdida de todo.

Después nos agarramos el uno al otro, unidos ante lo que nos esperaba. Lo que estaba hecho no se podía deshacer. Pero ¿quién pensaba siquiera en deshacer aquella magnificencia?

Estaba allí, echada, mirando al techo de la tienda, en la oscuridad. Así que era de esto de lo que hablaba la gente. Ah, mis más profundas gracias, Afrodita, por concedérmelo. Ahora sé que morir sin haber probado esto es no haber vivido en realidad. Para esto y sólo para esto hemos vivido: para sentirlo todo, para atrevernos a todo, para intentarlo todo.

XXV

El resto de la noche, las estrellas giraron a nuestro alrededor mientras nosotros nos adormecíamos y nos despertábamos, y nos abrazábamos una y otra vez, hasta que no hubo forma de distinguir la vigilia del sueño ni el descanso del amor. Yo atisbaba el cielo a través de las aberturas de la rústica tienda que Paris había preparado para nosotros, los mantos empapados colgantes y revelando los cielos. Envolvía mis oídos el constante rumor del mar. Todos mis sentidos estaban tocados por la novedad: mis ojos con la desconocida vista de Cranae y de Paris desnudo; mi nariz con el aroma de las flores silvestres especiales de aquella isla y el olor de la piel de Paris con mi rostro apretado contra su cuerpo; mis manos, con el contacto de su cuerpo, tan esbelto y cálido, tan distinto del de Menelao; mi lengua, con el sabor de su cuello cuando lo besaba; mis oídos, con el murmullo de la voz de Paris, lenta y soñolienta, apenas discernible por encima del ruido del oleaje.

La noche pareció durar eternamente, mucho más que una noche corriente. Yo sabía que los dioses pueden hacer días o noches mucho más largos, si lo deciden, y quizás ése fuese el regalo de bodas de Afrodita para nosotros.

Gradualmente las estrellas fueron desapareciendo y el cielo se volvió gris. Con la luz creciente, veía a mi amado durmiendo, podía estudiar cada uno de sus rasgos. Di gracias a Afrodita por aquella oportunidad, porque nunca había podido mirarle de verdad, o más bien mirarle hasta hartarme. El tiempo que habíamos pasado juntos en Esparta había transcurrido en compañía de otros, otros ante quienes no podía traicionarme, o sea, que nunca había dejado que mis ojos se recreasen en él.

No sentía vergüenza ni remordimiento, nada salvo una excitación salvaje y felicidad, una felicidad más allá de toda felicidad, un éxtasis absoluto. Era libre. Había tomado el regalo que se mostraba ante mí, había pasado la prueba del valor, la prueba de si realmente deseaba aquella recompensa. Ahora mi vida podía empezar.

Me esforcé por levantarme y, tras echarme un manto por los hombros, salí de la tienda, dejé la calidez y la protección que me ofrecían. Fuera, el viento soplaba entre los pinos y levantaba el polvo por el camino. Unas nubes oscuras cruzaban veloces el cielo. Me puse de puntillas y miré hacia el mar. En el otro extremo de la isla podía haber visto Gitio, pero todavía no quería verlo. No quería ver el movimiento de los hombres en la costa, buscándome. Quería mirar al otro lado del agua abierta, hacia el horizonte, lo más lejos posible.

Pero cuando salió el sol, emergiendo de las aguas y convirtiéndolas en un camino

dorado y resplandeciente, unas formas se dibujaron entre la niebla. Y lejos, en el horizonte, vi una isla que flotaba. Debía de ser Citerea. Gelanor me había hablado de ella cuando la vi desde Gitio. De pronto, sentí la necesidad urgente de estar allí, aunque él me había dicho que no podía. Quería hacer todas aquellas cosas que me habían dicho que no podía hacer.

—¿Me dejas tan pronto?

Paris estaba de pie junto a mí, y me atrajo hacia él, por detrás. Noté que sus fuertes brazos me rodeaban. Por un momento, al ver cómo se enroscaban en torno a mí, pensé en la serpiente sagrada, incliné la cabeza y le besé el antebrazo.

—Nunca —dije—. Nunca te dejaré.

—Ni yo a ti —dijo—. Ni yo a ti.

—¡Ya veo que estáis despiertos! —nos interrumpió la voz de Eneas—. Eso está bien, tenemos que ponernos en camino —dijo, y vino andando hasta nosotros. Vi que examinaba nuestros rostros, intensamente curioso por saber cómo habíamos pasado las horas, esas horas que le costarían tan caras a todo el mundo. Por pura costumbre desterré toda expresión de mi rostro, para que no pudiera leerlo—. Tenemos que estar muy lejos antes de que se dé la voz de alarma. Probablemente ahora se estén despertando y echándonos de menos.

Me imaginé a mi madre abriendo los ojos, bostezando y levantándose; a mi padre que salía del lecho; a Hermíone, todavía soñando. Hermíone. ¡No debía pensar en ella ahora!

Mientras abordábamos el barco, vi el mascarón de proa y me eché a reír: era Eros.

—¿Cómo han tallado esa figura? —pregunté.

Eneas le echó una mirada.

—La encargó Paris —dijo él.

Zarpamos. Los hombres izaron la vela cuadrada y corrimos ante el viento del sudoeste, que nos impulsaba hacia Citerea. Para darnos mayor velocidad, los remeros trabajaban también. Nos dirigíamos hacia mar abierto.

—Tendremos que pasar la noche en alta mar —dijo el capitán—. No tenemos elección; no hay fondeadero entre aquí y Citerea. Roguemos a Poseidón que no nos alcancen las corrientes traicioneras cuando todavía estemos en la oscuridad.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Paris.

—El de Citerea es un paso peligroso —dijo—. Muchas corrientes rápidas y rocas ocultas. Ésos son los peligros naturales. Luego están los piratas, pero éstos tienden a

andar muy cerca de la costa. Hay un dicho: «Rodea Malea y olvida tu hogar». Debemos pasar por el oeste del promontorio de Malea para llegar a Citerea.

Paris me abrazó.

—Querida mía, tú deseabas aventuras —dijo—. Y las tendremos. —Me dirigió hacia el pasamanos—. Si pudiéramos hacer el amor en alta mar... Pero sería un desafío, con todos esos movimientos y balanceos. Como hacer el amor a lomos de un caballo, imagino.

—¿Cómo? ¿Lo has hecho?

Él se echó a reír.

—No, pero sería una cosa muy troyana.

—¿Por qué?

Él se volvió y me miró atentamente al rostro.

—No lo sabes, ¿verdad? ¿Es que no te han enseñado nada? ¿Y ese mago de palacio, ese hombre que sabía tantas cosas? ¿No te enseñaba nada?

Su acusación, aunque fuese cierta, dolía: dolía porque era cierta.

—Gelanor me enseñó muchas cosas, pero sólo las cosas que tuve ocasión de preguntarle. No era mi tutor.

—Lo siento. No quería acusar ni menospreciar a nadie. Es que..., bueno, Troya es famosa por sus caballos. Mi hermano Héctor es conocido como el «Domador de Caballos». De modo que, por supuesto, en Troya hay muchas hazañas relacionadas con la equitación. Probablemente hay alguien por ahí famoso por su habilidad para hacer el amor en un caballo al galope.

Yo me eché a reír.

—Entonces supongo que el barco será un buen lugar para que practiquemos. Podemos deslumbrar a todo el mundo con nuestras proezas cuando lleguemos a Troya.

Afrodita me había preparado para esconderme con Paris de nuevo, y sólo hacía un trato desde que habíamos estado bien apretados el uno contra el otro. La diosa había encendido en mí un fuego devorador. Yo estaba preocupada por la privacidad que podíamos tener en el barco y susurré mi petición a Paris.

Por un instante, él le miró algo violento, y sus ojos recorrieron el barco con su gran tripulación. Era un dominio masculino, un lugar donde no había privacidad ni sutilezas.

—Sólo bromeaba con lo de la práctica para los caballos. Yo... creo que debemos esperar hasta llegar a la costa. No hay forma de tener más que un espacio muy pequeño para descansar, y no hay posibilidad de protegernos de todas esas miradas.

—Hizo un gesto hacia los remeros y sus remos. Me apretó el hombro—. Helena —murmuró—, tendrás que controlarte. Debemos esperar.

—Esperar. Lo único que he hecho toda mi vida ha sido esperar —dije.

Él se rio, para demostrar que estaba bromeando.

—Esperemos que el trayecto sea rápido, pues. Esperar es la forma más exquisita de tortura.

Las aguas se fueron poniendo más agitadas a medida que dejábamos atrás Cranae. La isla, con sus grupitos de árboles, se iba volviendo más pequeña en nuestra estela. El viento empezó a azotarnos y los remeros tuvieron que esforzarse mientras el barco escoraba. A medida que íbamos avanzando por las aguas abiertas, toda la tierra parecía equidistante, y débiles imágenes aparecían en el horizonte a la izquierda, a la derecha y delante de nosotros. Las gaviotas nos seguían, dando vueltas y cayendo en picado, mientras chillaban agudamente; sus graznidos se los llevaban los vientos.

—Arriad las velas —ordenó el capitán al anochecer—. Tenemos que ir más despacio en la oscuridad, y además, no podemos pasar cerca de Malea de noche. Debemos estar plenamente alerta y ser capaces de ver cuando hagamos ese trayecto.

Temblando, me acurruqué en un lugar protegido, junto a la popa del barco. Paris me trajo comida; el barco estaba bien abastecido, en lo que respecta a ese tipo de provisiones, pero todo estaba frío y había que comer deprisa y con la menor ceremonia posible, y hacerlo pasar con vino. Bebí un largo trago, apoyé la cabeza en la borda del barco y me eché a reír. Y pensar que yo había imaginado aquel viaje como una ocasión de complacencia y privacidad... ¡Qué ingenua era! ¡Qué protegida había estado...! Ni siquiera sabía cómo era en realidad un viaje... ¡Cuántas cosas tenía que aprender!

Paris me trajo una manta para que me envolviera en ella y la usara como almohada. Me trataba como yo trataba a Hermíone. Pero allí él era el mayor; tenía razón, en algunos aspectos había vivido mucho más que yo, si la experiencia constituye la longevidad.

—Cierra los ojos —dijo, besándome en los párpados—. Yo vigilaré. Por supuesto, no creo que haya piratas en la oscuridad, pero no dormiré.

Pobre Paris... Su voz traicionaba lo cansado que estaba. Ninguno de los dos había dormido de verdad aquella noche en Cranae.

Apreté su mano y traté de relajarme en el barco oscilante y cabeceante. Me sentía como si estuviera suspendida en una hamaca, acunada por una mano gigantesca. Intenté no pensar en las profundidades de agua fría que tenía debajo. No me ayudaba nada que el capitán hubiese dicho que «sólo tres dedos» de madera nos separaban del

mar.

El puro cansancio me impulsó a una especie de sueño, como si alguien sumergiera mi cabeza en el reino de los sueños. Pero no puedo recordar ninguno, cosa por la que me siento muy agradecida. De haber presagios en ellos, no habría podido soportarlos. No quería más presagios. Estaba mortalmente cansada de tanta profecía. Ellas me habían gobernado desde mi nacimiento..., no, desde antes incluso. Ahora dejaba atrás las profecías como había dejado atrás Esparta.

Tenía que vivir cada día como si fuera sólo un día, pensé. No ver ni más ni menos que lo que contenía ese día.

Paris todavía me sujetaba la mano. Eso era suficiente para mí, era todo lo que necesitaba.

La aurora llegaba. Era algo rígida y fría; notaba las manos entumecidas. Echado junto a mí, debajo de la manta, estaba Paris.

—Creía que ibas a quedarte despierto toda la noche —susurré, con mis labios pegados a su oreja.

—Y así lo he hecho —dijo—. Sólo me he echado cuando he visto que empezaba a haber luz. El mar estaba claro. —Se sentó, meneando la cabeza—. Sólo falta un día más para llegar.

Para llegar a Citerea. Y luego..., pero ahora no podía pensar en aquellos términos. Sólo tenía que pensar en el día de viaje a Citerea. Y una vez en Citerea, pensar sólo en ese día, y luego...

—Aquí llega la parte más peligrosa —dijo el capitán, dirigiéndose hacia nosotros—. Estamos en la peor parte de las corrientes, las que pasan por el canal, y nos estamos aproximando a Malea. Mirad ahí. Podéis ver el cabo Malea lejos, a nuestra izquierda, y Citerea justo delante.

Yo me levanté, con las piernas temblorosas. El viento me azotó el rostro, frío y punzante. Veía el perfil de Malea, y justo delante la montaña de Citerea. Había aparecido entre las neblinas de un sueño.

—¡Al fin! ¡Al fin podré poner los pies en ella! —dije.

—No tan deprisa, señora —dijo el capitán—. Primero han llegado ellos.

—¿Cómo? —preguntó Paris.

—Ellos —dijo, y el capitán señaló hacia un barquito apenas visible, junto a Malea. Paris se echó a reír.

—¿Esa cosa tan pequeña? Nunca nos cogerá, y además, aunque lleguen hasta nosotros, ¿qué importa?

El capitán meneó la cabeza.

—¿No sabías, príncipe, que los barcos piratas son pequeños y ligeros? Tienen que serlo para resultar veloces y poderse esconder. Y éste tiene todo el aspecto de un barco pirata. No creo que sea un inocente barquito de pesca, aunque puede ir disfrazado como si lo fuera. —Se volvió hacia los remeros—. ¡Más rápido! ¡Lo más rápido que podáis! —Hizo una señal hacia la tripulación—. ¡Izad las velas! ¡Izad las velas! ¡Hay que aprovechar este viento!

Los hombres corrieron a desplegar las velas e izarlas bien alto, y éstas se sacudieron como si las llenara el impaciente viento. El barco voló por encima de las olas. El barco sospechoso quedó muy atrás.

El capitán pareció relajarse un poco, pero seguía mirando a popa, manteniendo el barco a la vista. Hizo señales a los hombres que manejaban el timón para que girasen hacia la derecha, y así lo hicieron. Luego, unos momentos después, les ordenó que girasen a la izquierda rápidamente, y ellos obedecieron. La oscuridad se extendió por su rostro.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Sí, son piratas. Van cambiando de rumbo igual que nosotros.

—¿No podría ser un barco más pequeño que nos usa sólo como un medio seguro para establecer un rumbo? —preguntó uno de los hombres más jóvenes.

—Posiblemente —admitió el capitán—. Y ahora que tenemos el viento a favor, y una vela mayor que la suya, les cogeremos ventaja. Si tenemos suerte, llegaremos a Citerea mucho antes que ellos.

—Pero tendremos que acampar muy tierra adentro —dijo el hombre—. ¡Los piratas atacan las costas y se llevan a la gente!

—Entonces tendremos que subir a las montañas y vivir allí durante un tiempo —dijo Paris, con sus labios junto a mi oído. Al decirlo él, parecía que allí había un paraíso, un retiro donde podríamos permanecer mucho tiempo.

—A los piratas les gusta caer por sorpresa sobre las mujeres y los hombres desarmados que están celebrando algo —se quejó el hombre más joven—. A mi tía se la llevaron de esa manera y nunca la volvimos a ver.

Las incursiones de los piratas proporcionaban la mayor parte de los esclavos vendidos para el trabajo doméstico; en tiempos de paz, sin ningún cautivo de guerra, los piratas cubrían esa necesidad. Yo me eché a temblar.

—Valor, muchacho —dijo el capitán, no sin amabilidad—. Es mucho más difícil llevarse a la tripulación entera de un barco. Sólo hay una mujer a bordo, y podrían pedir tal rescate por ella que estará a salvo. —Me guiñó un ojo—. ¡Más rápido! —ordenó a los remeros.

Pero Citerea estaba mucho más lejos de lo que parecía, o quizá la corriente nos hubiese llevado a un lado. Cuando el sol ya casi tocaba el horizonte, Citerea todavía estaba a una gran distancia. Y luego el viento, de repente, se detuvo, como si descendiese más allá del océano, junto con el sol. Las velas colgaron flácidas, flojas e inútiles. Nuestra velocidad disminuyó y sólo nos movíamos ya por la fuerza de los remeros.

Y el misterioso barco que nos seguía ahora se veía más grande detrás de nosotros. Cuando el viento soplabá, nuestra vela de mayor tamaño nos llevaba con más rapidez por encima del agua, pero sin el viento, los remeros impulsaban su barquito más ligero con mayor velocidad. Nos estaban alcanzando, y no importaba lo duro que remasen los nuestros, el espacio entre ambos se iba reduciendo. Yo me agarré a la borda del barco. ¿Acabaría mi libertad al cabo de un solo día? ¿Sólo se me concedería una noche y un día con París? ¿Me capturarían, me atarían y me mandarían de vuelta a Esparta como un animal acorralado?

—¡No! —grité—. ¡No, no!

Estaban lo bastante cerca para poder ver ahora cuántos iban a bordo: unos treinta, más o menos, dos con caras torvas. No parecía haber capitán alguno; todos eran remeros. Quizá todos los piratas fuesen iguales, o hiciesen de capitán por turnos. Supuse que era necesario, ya que muchos podían morir en las incursiones.

—¡Armaos! —ordenaron París y Eneas a sus hombres.

Los soldados troyanos se abrocharon los petos y se pusieron los cascos. Seguramente al ver hombres con armadura, los piratas se echarían atrás. Pero no, seguían viniendo, más rápido aún si cabe, como si les alegrara mucho que hubiese una auténtica lucha en perspectiva.

A medida que las aguas eran menos hondas junto a Citerea, los piratas iban acercándose a nosotros. En lugar de ir recorriendo las aguas lentamente en busca de una abertura entre las rocas para fondear el barco en la costa, el capitán tuvo que ordenar a los remeros que continuasen tirando de sus remos con fuerza para apartarnos de las rocas escarpadas, mientras cogíamos posiciones para protegernos de los piratas. Desde luego, ellos intentarían forzarnos a estrellarnos contra las rocas. Nuestra situación era el sueño de todo pirata.

París me llevó hacia la parte media del barco, entre las dos filas de bancos de los remeros, y allí nos quedamos rodeados de soldados.

—Debes estar en el centro del centro, protegida por todas partes —dijo.

Se oía un ruido extraño, como de rascar (los piratas estaban subiendo por las bordas del barco, trepando). Luego, unos gritos penetrantes procedentes de los piratas,

destinados a aterrorizarnos. Después, el barco empezó a balancearse salvajemente mientras los hombres luchaban, batiéndose en cada espacio por diminuto que fuese. Aunque era grande, yo temía que el barco se inclinase de costado y acabase por entrar el agua por encima de la borda, se llenase de agua y se hundiese. En un momento dado me vi arrojada de rodillas al balancearse súbitamente hacia la izquierda, cuando los combatientes se amontonaban allí. Me agarré a la borda con todas mis fuerzas y a la pierna de Paris, y mientras tanto no veía nada, protegida por la muralla de hombres que me custodiaban.

El ruido fue en aumento, gritos de dolor mezclados con aullidos de guerra, el metal golpeaba el metal, los remos de madera acababan destrozados, y alguien hizo caer la vela de modo que nos envolvió a todos y parecía que los hombres luchaban dentro de una red. Yo solté la presa en la pierna de Paris y luego le perdí. Había desaparecido, y la sólida muralla de soldados que había a mi alrededor se rompió; me levanté y vi la confusión en todo el barco, los hombres atrapados en la vela, otros luchando desesperadamente, los cuerpos muertos tirados allí donde caían, algunos echados a través de los remos. Vi a Paris y a Eneas luchando juntos contra los piratas, vi que Paris ensartaba a uno con su daga..., parecía tan sorprendido como el propio pirata por su éxito. El hombre se arqueó y se agarró el vientre con las manos agitadas, y vi entonces que no era un hombre, sino un chico. Murió con la sorpresa todavía en el rostro. ¿Había sido aquella su única incursión en el mundo del saqueo? ¿Era su primer día como pirata?

Paris me vio cerca y chilló:

—¡Vete! ¡Vete!

Pero ¿adónde podía ir yo? Todo el barco era una batalla campal, desde el mascarón de proa hasta la popa, con los remeros tratando animosamente de seguir remando mientras los soldados luchaban a su alrededor. Algunos habían abandonado sus puestos para unirse a la lucha, otros estaban inutilizados por la vela caída. En algún lugar en medio de todo aquel caos estaba el baúl con los tesoros de Esparta en su interior; no había pensado en ello hasta aquel momento. ¿Se habría acercado alguien? Pero no, estaba bien a salvo, debajo de la vela. Miré a mi alrededor frenética, buscando por dónde escapar a la refriega, pero lo único que pude hacer fue agacharme y deslizarme en torno a los hombres enzarzados.

De nuevo, el buque se escoró tan agudamente que el agua golpeó en la cubierta; a algunos hombres se los llevó el mar y los soldados con sus armaduras se llevaron la peor parte, ya que el peso de sus petos los arrastró hasta el fondo. Algunos dieron en las rocas con un estrépito sordo de metal; los piratas que cayeron dejaron escapar un

surtidor rojo. El rugido de las olas en torno a las rocas se mezclaba con los gritos de los hombres moribundos y formaba un lúgubre quejido. A bordo, el estruendo de la lucha se fue elevando hasta adquirir el volumen de un vendaval fragoroso.

Lentamente, el gran número de soldados y sus mejores armas empezaron a imponerse a los invasores. Cada vez más hombres de los nuestros salían de debajo de la vela y se unían a sus hermanos en la lucha, y finalmente los dos últimos piratas quedaron arrinconados junto a la proa del barco. Eneas y otro soldado los mantenían contra la borda, y un montón de hombres se agolpaban detrás, de modo que era más probable que los piratas acabasen asfixiados que muertos por las dagas de Eneas y de su compañero.

Eneas ladró unas órdenes y los otros retrocedieron. Conteniendo el aliento, preguntó a uno de los piratas:

—¿Quién eres? ¿Dónde está tu escondite?

El pirata meneó la cabeza y se negó a responder.

—Habla o morirás —dijo Eneas.

—Moriré, hable o no hable —dijo el otro.

Con un asombroso despliegue de astucia y habilidad, aprovechándose del diminuto espacio entre él y su captor, de repente se retorció y se soltó, y trepó al mascarón de Eros. Allí se agazapó, como un gato.

—Troyanos, por lo que veo —gritó, burlón, quitándose el sombrero—. ¿Y qué os trae tan lejos de casa? Bonitas armaduras tenéis, y bonitos soldados también. Y un bonito tesoro que acompaña a la hermosa mujer, eso desde luego.

Eneas se abalanzó hacia delante, casi volando por el aire, y agarró la pierna del pirata. Pero el hombre dio una patada y se soltó, y se retiró aún más hacia el extremo del mascarón, mientras Eneas caía despatarrado, fuera de su alcance.

—Adiós —dijo el pirata—. Me entrego a la merced de Poseidón —exclamó, y se arrojó al agua.

Murmurando, Eneas miró por encima de la borda y meneó la cabeza.

—Desaparecido —dijo.

En la confusión con aquel pirata, la atención se había apartado de su compañero, todavía sujeto junto al pasamanos. Con un grito, Paris súbitamente se abalanzó hacia delante y le apuñaló. Esta vez, ni la víctima ni el verdugo parecían sorprendidos. El pirata gruñó y cayó hacia delante, y Paris sacó su daga y se la secó en la túnica, con el rostro adusto.

—¡Oh! —grité yo, corrí hacia él y le abracé.

Él me apretó contra su cuerpo con las manos temblorosas.

La muerte yacía a nuestro alrededor, los cuerpos como flores caídas en la cubierta empapada de sangre.

XXVI

Avanzábamos andando por el agua hacia la costa, dejando que los hombres limpiasen el barco y eliminasen a los muertos. Pero caminando por entre aquellas aguas revueltas, teníamos que pasar entre cuerpos flotantes que se balanceaban en la superficie, y en una ocasión incluso pisé uno que se había hundido hasta el fondo. Todavía estaba caliente, y cuando lo toqué con el pie, lancé un grito. Paris me cogió del brazo y me condujo más allá.

Las aguas se hicieron menos profundas en torno a mis piernas, ahora ya no pisaría nada que estuviera oculto. De pronto, Paris me soltó el brazo y se colocó ante mí, saltando por encima de las olas y corriendo hacia la costa.

—¡Ahora! —gritó, con los brazos muy abiertos—. Para. Quédate ahí.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero me detuve y le miré.

—Ahí. No te muevas. No te muevas en absoluto.

¿Estaría loco? No podía quedarme allí eternamente. Di otro paso.

—Ahora ya la he visto —dijo.

—¿A quién?

—A Afrodita saliendo de la espuma, la espuma en la que nació —dijo, tendiéndome la mano para acompañarme hacia la orilla—. Aquí es donde salió a la costa, ya sabes. —Pasó sus brazos a mi alrededor—. Y en ti la he visto. —Empezó a besarme el cuello—. Pero tú eres más encantadora aún.

—No la provoques —susurré.

Pero sabía que ella ya le había oído. Y detrás de nosotros noté las miradas de los hombres, que nos perforaban. Mientras arrojaban los cuerpos muertos por encima de la borda y frotaban la cubierta para limpiarla de sangre, esos jóvenes idiotas se estaban abrazando. Eso fue lo que vieron. Al menos, no podían culparme a mí del ataque de los piratas.

Así que ya había llegado a Citerea, donde había puesto los ojos. Pero qué diferente era aquella llegada de la que habría deseado.

Acampamos muy adentro en la isla; dejamos sólo unos pocos hombres para que hicieran guardia en el barco. Éstos rompieron el barco pirata y lo hundieron, después de quitarle todo lo que resultase útil: cabos, cestas, remos y las pocas armas que quedaban. Rápidamente construyeron unos refugios elementales y recogieron madera para encender un fuego; hicieron una hoguera grande, colocando algunas maderas del barco pirata cerca para que se secase. El sol había brillado sobre nosotros durante el

combate, pero ahora la luz se estaba desvaneciendo con rapidez. Al cabo de unos minutos las estrellas aparecerían ya.

Pasaron unos odres de vino de mano en mano, y todos bebimos. Normalmente, supuse, habría conversaciones cansadas y perezosas reviviendo los acontecimientos de la jornada, y planificando la siguiente. Pero entonces todos permanecían sentados y apagados, mirando al fuego y sin decir nada. El silencio, sólo roto por los chasquidos de la madera en el fuego, no resultaba desagradable. Yo temía lo que podían decir si expresaban realmente lo que pensaban.

Y lo que pensaban era: «Helena trae la muerte». No llevaba fuera de mi hogar más de un día y ya me había visto rodeada por cuerpos muertos. ¿Era culpa mía? No, ¿cómo iba a serlo? Pero la culpa y la causa no es lo mismo. Si la miel atrae a las moscas, la miel es la causa de que se arremolinen. Pero no es culpa de la miel; sencillamente, su naturaleza es atraer a las moscas.

¿Era mi naturaleza atraer a la muerte? La sibila, y lo que había dicho...: «muchos griegos morirán».

«¿Eran griegos los piratas?», me preguntaba. Quizá no lo fueran. Pero el que había hablado con Eneas... parecía bastante griego.

—Os veo muy tristes, amigos míos —dijo Eneas, como si hubiese oído mis propios pensamientos—. Animaos. Dicen que un viaje que empieza mal acaba siempre bien. Y esto no ha acabado tan mal para nosotros como para los piratas. —Se rio, una risa forzada al principio, pero que se fue haciendo auténtica a medida que algunos de los hombres se unían a ella.

—Eso, eso —dijo uno de los hombres, echándose vino en la boca a chorro. Luego pasó el odre al hombre que tenía junto a él.

—¡Venga! —Uno de los otros cogió un trozo de madera del barco pirata y lo arrojó al fuego. La madera siseó y escupió el agua que todavía tenía en su interior—. Arde. Arde y así sacaremos algo de provecho de ti. —Se volvió y dijo—: ¿No es curioso que los piratas, en lugar de llevarse algo, nos hayan dejado algo?

—Pero no botín —dijo otro hombre—. Al parecer éramos las primeras víctimas que atacaban. Habría sido mejor si hubiésemos sido las últimas..., entonces habríamos heredado su botín.

Los primeros. Probablemente tenía razón, entonces: es posible que aquella fuese la primera incursión de aquel muchacho. La muerte siempre es fea, pero es mucho más terrible en los jóvenes. Me eché a temblar.

—Tú despachaste a un par —dijo Eneas, señalando a Paris—. Los primeros, supongo, ¿verdad? No hubo muchos muertos antes de que tú llegases a Troya, eso

desde luego.

«Pero habrá muchos después». ¿Quién susurraba aquello en mi mente?

—Sí. Ha sido... fácil. —Paris bajó la vista, violento—. Se supone que no debería ser así.

—¿Quién lo ha dicho? —exclamó uno de los hombres—. Es mentira que no es fácil. Es una de las cosas más fáciles del mundo. Por eso se mata tanto.

El capitán intervino.

—Es especialmente fácil cuando sabes que él te va a matar a ti. —Lanzó una carcajada—. Pero ¡habéis dejado mi barco hecho un asco! —Otra carcajada—. ¿No podríais matar más limpiamente, hombre?

—Esperemos que las cubiertas bien fregadas no vean más acción durante el resto del viaje —dijo Eneas—. Vayamos a Troya lo más rápidamente posible.

—Tendremos que ir saliendo y entrando en las islas casi todo el camino hasta Troya —dijo el capitán—. Podremos echar el ancla y fondear en la costa, pero no estaremos seguros hasta que lleguemos a la bahía de Troya.

Me preguntaba cuánto tiempo costaría llegar a Troya. Extrañamente, no lo había preguntado antes, y entonces me daba cuenta de que aunque fuese en las mejores condiciones, costaría muchos días. ¿Nos seguiría alguien? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que Menelao lo averiguase todo y saliera a perseguirnos?

Él estaría todavía en Creta; se quedaría allí para los juegos funerales. Alguien podía ir a Creta a decírselo, pero para cuando le alcanzasen, él estaría ya casi a punto de regresar. De pronto, me eché a reír. Pero ¡si ni siquiera habría llegado a Creta! Habíamos salido al mismo tiempo, y Creta estaba mucho más lejos que Citerea. Me sentí a salvo. Estaríamos a salvo en Troya antes de que pudiera reunir una partida para seguirnos.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —Paris se inclinó hacia mí.

No podía decirle que me reía de puro alivio al pensar que mi marido no era ninguna amenaza.

—Nada..., sólo me reía de cansancio.

—Sí, vámonos a nuestra tienda.

No necesitaba que le animasen mucho, ni yo tampoco. No quería permanecer más tiempo junto al fuego.

Aquella vez nuestra tienda era más sólida, con soportes de madera cogidos de las cuadernas del barco pirata y unas coberturas de tela de pelo de cabra. Paris dejó una abertura en el centro para poder aspirar el aire fresco de la noche. Había cubierto el suelo con unas mantas gruesas de lana y nuestros mantos encima. El baúl del tesoro

estaba también allí, ante nuestra vista.

—No es que no confíe en los hombres, pero... —Sonrió—. ¿Qué opinas de nuestro palacio? —Señaló con un gesto, orgulloso.

Yo me incliné hacia él.

—Creo que has aprendido mucho del montaje de tiendas en un solo día. Para cuando llegemos a Troya, serás el mejor preparador de tiendas de todo el Egeo.

Y era cierto, estaba claro que era ingenioso y estaba lleno de recursos. «Aprenderá —me susurré a mí misma—, y todo lo que aprenda le hará sobresalir más aún entre los hombres, hasta que nadie pueda igualarle». Me excité sólo con pensar en el joven que tenía junto a mí y en el hombre en el que se convertiría.

Aunque la tienda estaba helada, nos dimos calor con nuestros cuerpos desnudos, que no temblaban de frío, sino de deseo. De nuevo, el deseo avasallador me invadió y me hizo desear desaparecer en él, y al mismo tiempo acariciar cada fragmento de su ser, y reverenciar su cuerpo.

Paris cayó de rodillas y me arrastró con él. Delicadamente, desabrochó los hombros de mi traje y la fina lana cayó, ligera como el aliento de un niño. Entonces la reemplazó su propia respiración, cálida y acariciante, en mis hombros. Ah, qué dulce era, como el viento que murmura al pasar por encima de una pradera salpicada de flores.

Eché la cabeza hacia atrás y mi pelo cayó por la espalda hasta el improvisado camastro, como una columna. Él hundió las manos en él, acariciándolo y amasándolo con los dedos.

—Tu pelo... maravilloso... —decía, débilmente. Su voz sonaba tan lejana que costaba oírla. Sus manos en mi pelo me inclinaban hacia atrás. Él cayó encima de mí y juguetonamente cogió mechones de mi pelo y me cubrió el rostro con ellos—. Ahora no ves nada —dijo.

Estaba tan oscuro en la tienda (y no podíamos tener luz por el peligro) que yo no veía de todos modos, pero el pelo formaba una extraña máscara: caliente por sus manos, espeso y perfumado por un aroma que sólo entonces me daba cuenta de que era el mío propio. Él lo apartó y me besó los labios. El pelo cayó a ambos lados.

Me encantaba la forma y el contacto de sus labios: eran curvados como el arco de un cazador, y suaves como sólo los de un hombre muy joven pueden serlo. Los de Menelao eran duros e inflexibles, y en aquellos breves momentos me pregunté si los de Paris se volverían también inflexibles con el tiempo, pero el caso es que entonces eran suaves y sólo hablaban de placer. Nunca, nunca me cansaba ni me cansaría de besarlo.

Él deslizó los brazos por debajo de mis hombros y yo le pasé las manos por la espalda, deleitándome en el contacto de cada músculo y cada tendón.

—Guardar el ganado debe de ser muy duro. —Oí mi propia voz dando forma a mis pensamientos. Era cierto: él había conseguido aquel cuerpo de guerrero con sus tareas cotidianas. Las cosas que los hombres normales hacen en un día de trabajo pueden ser mucho más duras que el entrenamiento de un príncipe—. Es bueno que no te hayas convertido en príncipe hasta convertirte primero en hombre.

Desde alguna parte venía una risa somnolienta.

—Siempre fui príncipe. Pero no lo sabía.

Yo le acerqué más a mí.

—Tu ganado sí que lo sabía —dije—. Los animales lo saben.

—A veces dices muchas tonterías —murmuró él. Entonces cesaron todas las bromas, mientras nuestros cuerpos nos silenciaban.

—Paris —dije—. Paris, yo y toda mi fortuna somos tuyas.

Me entregué a él con todo mi ser, y lo tomé también del mismo modo. No me cansaba de estrecharle. Rodamos juntos encima de los mantos, con el aire helado a nuestro alrededor, dando vueltas y vueltas hasta acabar en el suelo desnudo.

—Ahora —susurré—, no puedo esperar más.

Y así era..., mi cuerpo estaba ardiendo, tenía que poseerle.

—Yo tampoco —murmuró él.

No fue sólo una vez, no fue sólo una unión. Aunque estaba oscuro, la tienda parecía resplandecer con rojos y amarillos, y los colores del deseo y del sol. Cuando al fin caímos de espaldas en las mantas y nos cubrimos con los mantos, fue sólo porque estábamos absoluta y totalmente ahítos.

Pero el sueño se me escapaba. Miré hacia fuera a través de la abertura en la tienda y vi la luna menguante que estaba lo bastante alta en el cielo para iluminarnos. Un brillante rayo de luz cayó en Paris, iluminando su rostro dormido.

Esa cara era tan perfecta que despertaba la envidia de los dioses. Yo me incorporé sobre un codo y le miré. Tenía los párpados cerrados y dormía profundamente. Belleza. Qué amo o ama tan exigente con nosotros. Lo que odiaba que los demás hicieran conmigo, lo estaba haciendo con Paris.

Me aparté, me puse en pie. Eché a un lado los faldones de la tienda y salí, guiñando los ojos con el primer brillo de la luna. Ésta arrojaba sombras desde las movibles ramas en torno a la tienda. Me puse de puntillas y aspiré: el aire era frío,

perfumado de pino, tonificante. Oía el mar, pero estaba lejos. Esta isla era mucho mayor que Cranae, con bosques y animales.

La luna sobre nuestras cabezas estaba mordisqueada por un lado. Tanto había perdido desde la noche en que Paris y yo huimos. Era una implacable señora del tiempo, midiendo nuestra vida juntos.

XXVII

La aurora llegó a mi alrededor, entrando sigilosamente por el cielo y despojando a la luna de su luz, convirtiéndola en un lechoso fantasma que volaba hacia el oeste. El mar parecía también blanco, extendiéndose en todas direcciones. En algún lugar, fuera de la vista, se encontraba Troya.

Yo no tenía imagen alguna de Troya en mi mente. Sólo tenía palabras: rica; fortificada; de amplias calles; ventosa. Pero eso seguía sin decirme en realidad cómo era, ni qué se sentiría al estar allí. Ni lo que encontraría entre las personas que vivían allí.

El faldón de la tienda se movió y salió Paris, frotándose los ojos. El sol naciente le dio en el rostro y le hizo parpadear, convirtiendo su piel en oro. Meneó la cabeza y miró a su alrededor. Viéndome, vino a mi lado y me abrazó.

—¿No tienes frío?

Cogió su manto y lo puso en torno a mis hombros. Hasta entonces no me había dado cuenta de que estaba helada.

—Gracias —dije, inclinándome hacia él. El frío desapareció.

Juntos caminamos por la isla, explorándola. Era grande, tanto que cuando íbamos andando por sus bosques o trepando por sus colinas era fácil olvidar que nos encontrábamos en una isla. También era muy boscosa y llena de arroyos que saltaban, y los cantos de las aves le daban un aire mágico.

—Es un lugar muy adecuado para el nacimiento de Afrodita —dije, mientras pasábamos junto a la cinta blanca de una cascada que formaba una poza verde allá abajo. Parecía un jardín maravilloso, lleno de las cosas más deliciosas que jamás había visto.

Encontramos un bosquecillo de mirtos, apiñados como una familia de mujeres: había una vieja matriarca que sobresalía alta y amplia por encima de sus hijas y nietas, más esbeltas, que todavía florecían. El perfume era tan intenso que casi se podía tocar.

—Aquí. Aquí es —dijo Paris—. El lugar donde debemos construir su santuario.

Empezamos a buscar unas piedras para formar un altar para ella, para honrarla. Las encontramos en cantidad caídas en el lecho del arroyo y esparcidas en el bosquecillo de mirtos. Levantarlas era otra cosa, y nos costó toda nuestra fuerza y habilidad de maniobra.

—Quizá deberíamos llamar a algunos de los hombres —dije yo—. Podrían hacerlo con facilidad y rapidez.

—No —repuso Paris—. Debemos construirlo sólo con nuestras manos.

Y por tanto, nos afanamos toda la tarde, moviendo y colocando las piedras. Pero al anochecer ya teníamos un bonito altar bajo las ramas protectoras del viejo mirto. Lo rodeaban protectoramente.

Las manos de Paris estaban heridas y ásperas por las duras piedras. Cogí una y la besé. Aquellas manos habían matado a unos piratas durante el ataque, pero sus heridas procedían de intentar honrar a Afrodita. Afrodita era más exigente que Ares, entonces.

—Ahora debemos consagrar el bosquecillo —dijo.

Miré nuestros odres de vino, casi vacíos. Habíamos bebido mucho para saciar nuestra sed mientras trabajábamos para la diosa.

—¿Estará satisfecha con lo que queda para sus libaciones? —me pregunté.

—No debemos dejarle sólo estas libaciones, sino lo que ella más valora. —Paris cogió el odre y solemnemente lo vació en el suelo, invocando su presencia. Luego se volvió hacia mí.

—Conoces el rito que más le gusta a la diosa —dijo, poniendo sus manos en mis hombros—. Debemos hacerlo ante su vista, ante su sagrado altar.

Yo empecé a poner objeciones, pero entonces la diosa misma me invadió, y vino a nosotros entre el susurro de las hojas de los mirtos. Oía su risa justo por debajo del murmullo de las hojas. Casi podía verla, medio escondida entre las sombras.

«Consagrad mi bosquecillo, hijos míos —susurraba—. Hacedlo sagrado mediante lo que hagáis aquí». Ella me empujó hacia Paris, y yo caí en sus brazos.

De inmediato, fue como si el duro suelo se viera reemplazado por las hierbas más blandas de un prado, y mientras caíamos en él, aplastándolo debajo de nuestros cuerpos, el perfume de mil florecillas diminutas llenó el aire. Al presionarlas, nos dejaron su aroma. Éramos las dos personas más benditas de toda la Tierra, o al menos eso parecía, bajo el hechizo de la diosa. Cada gesto estaba lleno de una gracia infinita, cada palabra era música, nuestra unión una danza llena de belleza, compenetrándonos como hombre y mujer. En nuestra tienda, la noche antes, habíamos atizado un fuego de animales felices e inconscientes; ahora, a la suave y filtrada luz del día, en el bosquecillo sagrado, éramos criaturas del aire y de los cielos.

Más tarde, yacía echada de espaldas, mirando el cielo azul. Volví la cabeza, tendí la mano y acaricié la mejilla de Paris. Él suspiró, lleno de deleite.

Todavía veía a la diosa, una oscura imagen que se escondía justo en el rabillo del ojo. Y detrás de ella, otra forma: una mucho más oscura, que se acercaba mucho a ella y reclamaba su atención, pasándole el brazo por encima del hombro. Vi el escudo. Era Ares, su amante. Entonces él se adelantó y ocupó su lugar junto a ella, audazmente.

Ella intentó echarle atrás, pero él no se apartó. Entonces la diosa me sonrió, como diciéndome: «He intentado apartarle, pero él insiste en estar aquí».

El dios de la guerra, de la mano de Afrodita. Ella me había llamado y él la había seguido. Cada una teníamos nuestro amante. ¿Qué esperaba yo? Si yo tenía el mío, el suyo también comparecería.

De pronto, el bosquecillo ya no era un lugar donde me apeteciera estar. «Él» estaba allí, aquel dios tan feo, arruinando la belleza que nos rodeaba. Me senté y empecé a buscar la ropa que me había quitado. Paris retiró la mano.

—¿Qué ocurre? —dijo, extrañado.

¿Acaso no veía él al antipático dios de la guerra?

—Afrodita ha traído a alguien más —dije—. No deseo que nos mire.

—¿Qué...? ¿Quién...? —Paris cogió sus ropas a gatas.

Él no lo sabía. No lo veía. Afortunado Paris.

—Ven —le dije—. Ya hemos honrado a la diosa. Ahora debemos volver, antes de que caiga la oscuridad.

—¡No, debemos quedarnos aquí toda la noche y celebrar los ritos! —Paris me abrazó ansiosamente.

—No —insistí—. Debemos dejar este lugar. —Me puse en pie y cogí mi manto.

Hubo un movimiento en los arbustos que teníamos detrás. ¿Habrían tomado Afrodita y Ares forma humana? ¡Ah, debíamos prepararnos! Apreté los puños e intenté tranquilizar mi corazón apresurado. No nos retiraríamos, no debíamos hacerlo. Los dioses odian a los cobardes.

El sonido de los arbustos se hizo más audible. Algo andaba por allí, rompiendo las ramas y haciendo ruidos. Luego, de repente, Gelanor apareció en el claro.

Si Afrodita hubiese aparecido de repente, yo habría estado preparada. Aunque la hubiese acompañado Ares, me habría mantenido firme. Pero entonces retrocedí tambaleante, conmocionada.

—¡No! —chillé. Tenía que ser una aparición.

Otra persona emergió entre los arbustos, sacudiéndose la ropa: una mujer anciana, con la cara arrugada como una manzana de invierno.

—¡No! —volví a chillar, agarrando a Paris y apartándolo.

—Qué bienvenida más decepcionante —dijo la aparición con aspecto de Gelanor.

—¡Apártate! —grité—. ¡Tú no eres real! —Sin embargo, unos momentos antes había dado la bienvenida a la imagen fantasma de Afrodita.

—Sabes que eso no es cierto —dijo, andando hacia mí—. La gente viva sigue siendo de carne y hueso. Sólo los sueños y los dioses son humo y visiones. ¿Has

tenido demasiadas visiones últimamente, quizá?

Me tapé los ojos con las manos. Cuando los volviera a abrir, él habría desaparecido.

Pero cuando atisé entre mis dedos él seguía allí, al alcance de mi mano.

—Helena, no hagas tonterías. —Me cogió el brazo y su mano era demasiado real, me apretaba—. Debes volver a Esparta conmigo, antes de que Menelao se entere de todo esto. No es demasiado tarde.

—¡No! —Solté el brazo—. ¡Nunca! —Luego, mirándole, exclamé—: ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Pero ¿acaso no sabía yo desde el principio que sería a Gelanor a quien enviarían a buscarme?

—Ha sido ella —dijo, indicando a su compañera—. Ella sabía que te habías ido..., te vio visitar el santuario y luego oyó los ruidos en el establo. Vio que dos carros bajaban por la colina.

Yo miré a la anciana.

—Tiene mala vista, pero tiene la otra visión. —Se encogió de hombros—. Es un talento del que yo carezco, yo sólo confío en mi propio raciocinio, pero tienes razón, mi raciocinio solo no podía haberme conducido aquí. Excepto que... tenías mucha curiosidad por Citerea. Así que quizás ambos nos hemos visto atraídos hacia aquí por distintos medios.

—Así que, ¿no te han... enviado?

Él frunció el ceño.

—No. No me he acercado siquiera a los aposentos reales. No tenía motivo alguno para hacerlo. Sin duda tu madre y tu padre y tu hija habrán descubierto tu ausencia, pero si vuelves ahora, tú y yo podemos pensar en una explicación razonable. Bueno, ni siquiera tiene que ser razonable. La gente cree lo que desea creer, lo que los tranquiliza. No hacen preguntas, especialmente cuando las respuestas a las preguntas pueden resultar dolorosas.

Bien. Podía deshacer todo aquello. Podía tener mi aventura con Paris, probarme a mí misma que me atrevía, y no empeorar las cosas. No había pensado que el daño se pudiera reparar tan fácilmente. Una transgresión sin castigo.

Miré a Paris a la cara. Su boca dibujó una sonrisa.

—Ve, si es necesario que lo hagas —dijo—. Guardaré como un tesoro lo que se me ha ofrecido.

Yo me puse a su lado.

—No. No iré.

—¡Helena, por favor! —Gelanor meneó la cabeza—. Piensa. Piensa un poco...

—Ya he pensado, y pensado, y pensado. Todos estos años en Esparta no he hecho más que pensar.

—¿Y no volverás? —Parecía triste.

—No puedo. Volver es elegir la muerte.

Pero ¿por qué habría aparecido Ares en mi vida? Antes nunca estuvo allí. Y traía consigo la muerte. Pero ¿debía dejar atrás mi antigua vida? Quizá no tenía por qué.

—Gelanor..., ven con nosotros. ¡Ven con nosotros a Troya!

—¿Cómo? —Su rostro denotó... ¿el qué? ¿Sorpresa? ¿Disgusto? ¿Horror?

—Sí. Ven con nosotros a Troya. ¡Sí, por favor, ven! —De repente, quería que él, por encima de cualquier otra cosa de Esparta, nos acompañase. Le había echado de menos mucho más de lo que quería reconocer—. ¡Gelanor, te necesito conmigo! Puedes hacer muchas cosas buenas en Troya, puedes ser... —No sabía el qué, pero sabía que le necesitaba.

—No tengo ningún deseo de ir a Troya —dijo él—. Y tú no deberías ir tampoco. Es un error espantoso, está mal.

—¡Voy a ir, esté mal o no! Y como eso está decidido, ¡ven conmigo!

—Ve con ella —habló de pronto la anciana. Su voz era como un eco en un pozo antiguo.

—¿Quién es? —Me volví hacia Gelanor.

—Es la vieja cardadora de lana de palacio.

Apenas la recordaba. Quizás era porque no me aventuraba por aquellos aposentos a menudo.

—Ah, señora, yo sí te recuerdo bien. —Ella respondía a mis pensamientos, no a mis palabras—. Te he visto crecer.

Intenté no disgustarla, aunque había puesto al descubierto mi huida secreta. De no haber sido por ella, quizá Gelanor nunca me hubiese encontrado.

—Te he traído algo que no tendrías que haber dejado al irte —dijo, sacando un saco de arpillera.

—¿Qué es?

—Ábrelo —ordenó ella, que anduvo hacia mí con los brazos extendidos. Algo se movía dentro del saco.

No deseaba obedecer, pero lo hice, curiosa. Abrí la boca del saco y vi dentro la serpiente doméstica.

—¡Oh! —grité.

—La necesitarás en tu nueva vida —dijo—. Te aconsejará y te protegerá.

Pero... yo había confiado en que la serpiente protegiese a Hermíone, que la mantuviese a salvo en mi ausencia. ¡Y ahora ya no podría! Un temor espantoso por ella y por su futuro me invadió.

Metí la mano y acaricié la cabeza de la serpiente con dedos temblorosos.

—No olvides a mi hija —le rogué. Y a ella le dije—: Díselo de nuevo a Gelanor, dile que debe venir con nosotros.

Ella meneó la cabeza.

—Ya se lo he dicho una vez. Tiene buen oído. Ya me ha oído.

—Dos haciendo una petición absurda no hace que ésta sea la mitad de absurda —dijo Gelanor—. No, no puedo ir. Vuelve conmigo.

—Igual que tú no puedes venir conmigo, yo no puedo tampoco ir contigo. Pero no me has dicho cómo me has encontrado.

—Sí, lo he hecho. Evadne sabía dónde podrías estar. A ella se le apareció una imagen de la isla en la mente. Sabía que huiríais por mar, porque Paris tenía un barco. Describió la isla y yo la reconocí como Citerea. Y nos pusimos en camino al momento.

—Ya veo.

Nos quedamos callados, mirándonos tercamente el uno al otro.

—Al menos únete a nosotros por esta noche, antes de volver a Esparta.

—Supongo que no podemos partir hasta mañana, de todos modos. Ya ha sido bastante peligroso a plena luz del día. —Parecía furioso por tener que quedarse un momento más, y volvió la cabeza como si le desagradase mirarme. Dimos unos pocos pasos antes de que él dijera—: Quizá tú y tu amado deberíais acabar de vestiros antes de ir de aquí.

Sólo entonces me di cuenta de que llevaba el pecho medio destapado. No había acabado de sujetarme el vestido cuando llegaron los intrusos.

—Has venido sin que lo supiéramos y has interrumpido...

—¡Bueno, eso al menos no! —rio Paris, feliz.

—No. Afrodita nos ha ahorrado esa imagen.

Quizá Paris, que no lo conocía bien, no notase el sarcasmo en la voz de Gelanor, pero para mí resultaba insultante. Estaba temblando y furiosa al ver que me había encontrado con tanta rapidez; al mismo tiempo, si había llegado ya hasta tan lejos, me habría gustado tenerle conmigo en Troya. Y el hecho de que no quisiera venir me ponía más furiosa aún.

Usando unas improvisadas antorchas, porque la luz cada vez era más menguada, volvimos de nuevo colina abajo hasta el campamento. Poco más se dijo mientras

andábamos; todos concentramos nuestra atención en el camino al ir bajando. Cogí el brazo de la anciana para ayudarla a ir más segura; parecía tan frágil como un palito seco y quebradizo. Paris llevaba el saco con la serpiente, como si fuera un niño que llevase en brazos. Sentía debilidad por la serpiente, yo lo sabía, porque nos había favorecido, algo que al parecer nadie más estaba dispuesto a hacer. La severa llegada de Gelanor había traído de nuevo a mi conciencia las consecuencias de mi huida. Gelanor tenía razón en que, si volvía ahora, se podían evitar muchos problemas. ¿Y qué nos esperaba en Troya? ¿Estarían los troyanos dispuestos a recibirme? Podían verme como un intercambio justo por Hesíone, pero ¿habría echado alguien de menos realmente a Hesíone en Troya, aparte de su hermano?

Los hombres saltaron al ver que nos acercábamos.

—¿Qué es esto? —gritaron. Tres corrieron hacia Gelanor y le rodearon con sus espadas—. ¿Un pirata superviviente?

Gelanor se echó a reír.

—Nada tan salvaje ni terrorífico —dijo—. Sólo soy un artesano de la corte de Esparta. Me halagáis tomándome por un pirata.

Todos le rodearon con las espadas desenvainadas. Él parecía muy halagado, como siempre les ocurre a los hombres intelectuales cuando los toman por peligrosos hombres de espada.

—Es cierto —dijo. Miró hacia mí para que se lo confirmara.

—Sí —afirmé yo—. Es de Esparta. Él y esta mujer nos han seguido hasta aquí por lealtad a Menelao.

—Para ser un simple artesano, debes de ser un experto marinero —dijo el capitán, acercándose a él y ordenando a sus hombres que bajaran sus armas—. El paso no es fácil.

—Yo me crié en Gitio —respondió Gelanor—. Mi padre es pescador.

—Aaah —dijo el capitán—. Ya lo veo.

—Es extraño cómo ciertas habilidades que uno creía olvidadas pueden volver en momentos cruciales. Hemos varado en el otro lado de la isla; la corriente nos ha traído hasta aquí.

—Volver será otra cosa —dijo el capitán—. Las corrientes van en tu contra, y también los vientos. A no ser que tengas una vela grande y muchos remeros...

Por primera vez desde que le conocía vi que algo tomaba a Gelanor por sorpresa..., una sorpresa desagradable. ¿Acaso no había pensado en el viaje de vuelta? ¿O había asumido que podía persuadir al capitán de dar la vuelta a su barco y llevarnos de vuelta al continente? Quizás estaba tan obsesionado con su objetivo que

no pensó en nada más. ¿Qué le llevaba a perseguirnos tan furiosamente?

—Me las arreglaré —dijo, muy tieso.

El capitán nos hizo señas de que nos reuniésemos en torno al fuego, que ya estaba ardiendo.

—Sois bienvenidos aquí —dijo a Gelanor y Evadne.

El odre de vino hacía ya sus rondas, y alguien se lo tendió a Gelanor. Él dio un buen trago y lo pasó a otro.

Eneas vino a vernos.

—¿A quién habéis encontrado?

—Él nos ha encontrado a nosotros —dijo Paris—. Alguien de la corte de Helena, que venía a traerla de vuelta. Pero no le ha enviado nadie, ha venido por su cuenta.

Eneas le echó una mirada.

—Un hombre valiente —dijo—. Así que todavía no se ha dado la alarma por nuestra huida, ¿no?

—Gelanor y esa mujer se fueron al amanecer, sólo unas pocas horas después que nosotros. Por supuesto, por ahora nos echarán de menos... a todos —dije yo.

—¿Y quién es ese hombre? —preguntó Eneas.

«Un metomentodo —pensé—. Y también un amigo muy querido».

—Sirve de consejero a Menelao para muchos asuntos —dije—. Es muy astuto.

—Bueno, ¿qué tipo de cosas?

—Pues... armas, suministros.

—¿Es un hombre militar?

—No, no es soldado.

—Pues no lo entiendo —dijo Eneas—. Si no es soldado, ¿cómo puede ser experto en cosas de armas? ¿Por qué iba a ser valioso su consejo?

—Porque sabe muchas cosas —afirmé—. Ya te he dicho que es muy astuto. No puedo explicarlo mejor.

—Podríamos dar empleo a un hombre así en Troya.

—Exactamente eso es lo que le he dicho. Pero se niega a ir. Simplemente, quiere volver a Esparta.

—Eres un hombre tozudo, Gelanor —dijo Paris, levantando su copa para saludarle—. Pero como yo también lo soy, te respeto. —Bebió un largo trago de vino.

—Entonces, ¿tu lealtad a Menelao es absoluta? —le preguntó Eneas.

—Mi lealtad es hacia Helena —respondió él—. La corte de Esparta sin ella no tiene nada que me retenga. Así que buscaré algún otro lugar en el cual encontrar una posición donde poder emplear mis talentos.

—¡Pues ven a Troya! —dijo Eneas.

—He dicho que mi lealtad estaba con Helena —dijo Gelanor—. No he dicho que perteneciera a Helena, ni que vaya a ir a donde le dé la gana de ir a ella.

De pronto supe cómo llegar hasta él.

—Gelanor —dije—, el mejor servicio que podrías hacernos tanto a Menelao como a mí sería acompañarnos a Troya y luego volver a Esparta para informarle a él de que hemos llegado sanos y salvos. De ese modo, habrías visto el final de mi viaje y al mismo tiempo permanecerías leal a Menelao, y podrías tranquilizar su espíritu. Así sabría exactamente lo que ha ocurrido y no estaría a la merced de ningún rumor o suposición, y podría actuar de acuerdo con ello.

Actuar de acuerdo con ello. ¿Qué podía verse movido a hacer? No importaba. Los muros de Troya eran altos y fuertes. Y nosotros estaríamos a salvo en su interior, por entonces.

Cogí aliento con fuerza y le miré a los ojos, inocentemente, esperaba.

—¿No es el curso de acción más razonable, el que satisfaría el honor de todo el mundo? —La razón nunca fallaba con él, ¡que ganase ahora!

En lugar de responderme, meneó la cabeza y emitió un ruido de fastidio, sentándose en la arena y uniéndose a los hombres que estaban en torno al fuego. No había dicho que no. Estaba posponiendo la respuesta. Una vez daba su palabra, nunca le había oído cambiarla.

—¿Qué comida podéis ofrecer a un hombre hambriento? —preguntó.

Pronto todo el mundo estaba comiendo y charlando. Los hombres habían explorado la isla durante el día, y el capitán y algunos de los soldados habían reparado los daños del barco producidos en el ataque de los piratas y el precipitado desembarco, disponiéndolo para hacernos a la mar.

—Ya está listo, hombres —dijo el capitán—. ¡Ahora puede empezar el viaje de verdad!

—La parte peligrosa, querrás decir —comentó Paris.

—¿No lo han sido bastante para ti los piratas y las corrientes? —preguntó Eneas.

—Todo es peligroso —admitió el capitán—. Pero si contamos con el favor de los dioses, llegaremos sanos y salvos a Troya.

—¿Y qué ruta tomaremos? —preguntó Eneas.

—Iremos primero desde aquí a la isla de Melos..., desde allí a Andros. Y desde allí a Esciros y a Quíos...

—¿Quíos? —preguntó Gelanor.

—Sí, Quíos. Y luego derechos hasta Troya. Cada salto implicará navegación

nocturna de nuevo. Es arriesgado, pero no tenemos otra opción. La distancia entre esas islas es demasiado grande. Y doy gracias por las islas, porque sin ellas, nos enfrentaríamos a un trecho demasiado grande de agua abierta entre este lugar y Troya. —Bebió un largo trago de vino y se secó la boca—. Así que bebed esta noche, y hartaos de estar echados en tierra firme.

Pronto todos habían ido retirándose a sus lugares para dormir. El cielo estaba claro y las estrellas eran amistosas y blancas. Pero afuera, en el mar abierto, sólo con la negrura debajo de nosotros, ¿cuánto consuelo encontraríamos en ellas?

XXVIII

Los vientos eran vivos cuando nos levantamos y bajamos a la playa por la mañana temprano.

—Buena señal —dijo el capitán—. ¡Pongámonos de camino!

Los hombres estaban cargando los odres y los sacos de grano a bordo.

Yo busqué a Gelanor. Pero no estaba. Me sentí decepcionada, pero no sorprendida. Más que nada, me sentía triste por no volver a verle. Y preocupada por su seguridad si volvía solo navegando a Esparta. ¿Ni siquiera quería hablar conmigo antes de separarnos?

Un roce a mi lado me sorprendió, y al volverme vi a Evadne, con el rostro casi invisible por los pliegues de su capucha.

—La serpiente y yo sí que vamos —dijo—. Ella no querría otra cosa. —Dio unas palmaditas afectuosas en la bolsa—. Esta mañana hemos podido coger algunos ratones para ella, y eso la satisfará hasta que llegemos a su nuevo hogar.

Me sentí conmovida por aquella mujer a quien apenas conocí en todos mis años en Esparta y que ahora estaba dispuesta a hacer el viaje conmigo. De modo que ella y la serpiente serían todo lo que viajaría conmigo de mi antigua vida. Y el oro y las joyas. Pero la mujer y la serpiente eran más preciadas.

—Gracias por venir —le dije.

—Todo el mundo a bordo —ordenó el capitán.

Nos acercamos a la borda del barco, y uno por uno fuimos pasando por encima y ocupamos nuestros lugares. Cuando el último de los soldados estaba ya subiendo al barco, alguien golpeó la borda.

—¡Dejadme hablar con el capitán! —pedía Gelanor.

Saqué la cabeza y le vi de pie, con el manto, con aire impaciente.

—Sí, ¿qué pasa? —El capitán parecía también impaciente—. Debemos zarpar enseguida.

—Dijiste que ibais a Quíos —dijo él.

—Sí, eso fue lo que dije —exclamó.

—¿Me lo puedes prometer?

El capitán se echó a reír, aunque no había alegría en su risa.

—Pregúntaselo a Poseidón. Sólo él puede prometerlo.

—¿Es tu «intención» ir a Quíos, y hacer escala allí?

—Sí, ¿cuántas veces tienes que oírlo?

—Está bien, entonces. Iré. —Saltó por encima de la piedra que los soldados usaban como escalón y se unió a nosotros. No nos miró ni a Paris ni a mí, sino que tomó asiento a cierta distancia.

Me preguntaba qué tenía de especial Quíos. Fuera lo que fuese, al parecer significaba más para él que todos mis ruegos de que nos acompañara. Significaba para él más que «yo». Miré su espalda. Bueno, pues nada, que se quedara con Quíos y lo que sea que hubiera allí.

El cielo se iluminó y se volvió de un azul claro y radiante. Corrimos por encima de las olas hacia Troya.

Oh, aquel viaje, aquel viaje. En él me vi suspendida entre mis dos mundos, fuera de cualquier mundo, porque la vida en un barco que navega rápido no tiene relación alguna con la vida en ningún otro sitio. Cada día trae consigo sus propias maravillas, cada noche sus propios peligros, y por tanto no hubo un solo momento en que no me sintiera vibrante y viva. Cada día parecía valer por cinco años de novedades, aunque pasaban en un relámpago, como un sueño.

Nuestro primer trayecto hasta Melos fue muy largo, y el viento nos falló a mitad de camino. Los remeros tuvieron que empeñar toda su fuerza a los remos y seguir remando incluso por la noche. Cuando llegó al fin a la vista, el capitán nos advirtió de que Melos era también un nido de piratas, que se escondían en las cuevas marinas en la base de los acantilados. Pero pasamos sin problemas a la bahía protegida y curva y desembarcamos al fin en un bonito puerto. Ansiosos, salimos del confinamiento del barco y retozamos en tierra, estirando los miembros, agitando los brazos y gritando de alegría. Paris y yo bailábamos en la arena. Evadne sacó la serpiente de su saco y se la enrolló en torno al cuello, y cantó. Eneas desafió a Paris a una carrera a lo largo de la orilla. Gelanor se fue a dar un paseo solo para examinar los moluscos a lo largo de la línea de la marea.

Nos quedamos allí varios días, reabasteciéndonos de agua y explorando la isla. Nunca había visto nada parecido: las extrañas formaciones rocosas, y la piedra negra de los volcanes. Gelanor parecía especialmente interesado en ellas, y recogía fragmentos afilados y brillantes, diciendo que aquello era obsidiana y que hacía buenos cuchillos.

—Es bueno cuando no hay bronce.

Era casi lo único que me había dicho desde que salimos de Citerea. Yo le di una respuesta educada y fría, y me alejé. Todavía estaba molesta por su extraño cambio de opinión a la hora de viajar con nosotros, y su silencio al respecto.

En contraste con Gelanor, Evadne se mostraba muy habladora, aunque tendía a

murmurar y hablar entre dientes como suelen hacer a menudo las ancianas. No sabía lo vieja que podía ser en realidad; a mí me parecía como la sibila, y me preguntaba realmente cuánto tiempo habría pasado en Esparta. ¿Es posible que hubiera estado allí ya desde el reinado de Ébalo o de Cinortas? Ella mantenía los ojos ocultos debajo de una capucha, diciendo que la luz demasiado intensa le molestaba.

Al tercer día repentinamente nos vimos enfrentados a un grupo de isleños. Las noticias de nuestra llegada se habían extendido y habían venido a vernos. No me cubrí el rostro con la suficiente rapidez, y eso provocó los habituales respingos y miradas atónitas. Debíamos irnos antes de que la cosa fuese a peor. Así que abandonamos la isla, dando gracias por haber llenado antes los odres de agua.

—Siempre es un problema cuando viajas con Helena —dijo Gelanor al capitán—. La próxima vez ya estaréis prevenidos.

¿Se proponía hacer gracia? Porque yo no lo encontraba divertido. Pero Paris se echó a reír.

—¡Un problema que a cualquier hombre del mundo le encantaría tener! —dijo, abrazándome, posesivo.

Seguimos navegando hacia Andros, otro largo viaje. De camino vimos otras islas donde podíamos haber hecho escala, pero el capitán nos advirtió de que eso retrasaría mucho nuestro viaje.

—Y sé lo ansiosos que estamos todos por llegar a Troya —dijo.

La navegación nocturna era difícil, resultaba imposible dormir y, por tanto, cuando llegamos a Andros al anochecer del segundo día, me sentí muy agradecida de que se nos ahorrara otra noche más en el mar. La noche caía con rapidez, pero a la luz desfalleciente pude ver lo majestuosa que era la isla y lo altas que eran sus montañas.

Y así resultó con la luz del día: unos montículos magníficos, cubiertos de vegetación verde y con cascadas que caían entre las cañadas.

—Incluso hay un río o dos aquí —dijo el capitán—, buen agua para nosotros. Es muy raro que una isla tenga ríos.

Nos quedamos allí varios días, disfrutando de los sencillos placeres de caminar libremente, algo que yo nunca había apreciado antes de aquel viaje.

Y seguimos hacia Esciros. Cuando llegásemos estaríamos justo a la mitad de nuestro viaje. Era una isla pequeña, con dos montañas que se alzaban como pechos a cada lado de una zona llana. Ni siquiera habíamos fondeado nuestro barco en la costa cuando aparecieron unos soldados para interrogarnos.

—Ésta es la isla del rey Licomedes —aseguró su comandante—. ¿Quiénes sois vosotros? ¿En nombre de quién venís?

Paris iba a responder, pero Eneas le hizo callar.

—Soy Eneas, príncipe de Dardania —dijo—. Vuelvo a mi hogar después de una embajada en Salamina.

—Bienvenido, príncipe, tú y tus hombres —dijo el comandante—. Te escoltaremos hasta el palacio.

¡Oh, no! Nos iban a descubrir, y se sabría cuál era nuestra ruta. O (¡mucho peor aún!) seríamos capturados y detenidos. Paris podía mentir acerca de su identidad, pero cuando me vieran a mí...

Fui hasta Eneas y susurré a su oído:

—Pide un poco más de tiempo. Di que debemos ocuparnos de algo en el barco.

—Hombres, dejad que nos recuperemos un poco. Ha sido un viaje agotador —dijo Eneas.

—Podéis reconfortaros en el palacio. Hay baños calientes, comida exquisita. —Se quedaron tozudamente en pie junto al barco.

—Eh. —Noté que me tiraban del manto. Evadne estaba junto a mí—. Úntate esto en las mejillas. —Me pasó un botecito pequeño de arcilla que colocó en mi mano—. Te envejecerá.

—¿Para siempre? —Parecía un remedio algo drástico.

—Hasta que te laves y te lo quites —dijo ella—. Yo la llamo crema de Hécate. Es un regalo de la propia y vieja diosa en persona.

«Creo que tú eres la vieja diosa», pensé yo de repente. ¿Cómo sabía que aquella mujer era humana, y no una diosa? No estaba segura de si había estado en Esparta alguna vez o no. Y había aparecido de una forma tan extraña, junto con Gelanor, y llevando la serpiente sagrada... Yo estaba helada por la aprensión.

—Una cardadora de lana sabe mucho de la piel y de cómo tratarla —explicó ella, como para tranquilizar mis miedos—. Hay una sustancia en la lana que conserva la juventud. Mira mis manos. —Las tendió y en realidad eran suaves, como las de una muchacha, en contraste con su rostro arrugado—. Hay otras sustancias que imitan la edad. —Me colocó el tarrito en la mano—. Date prisa, querida.

Los soldados miraban hacia el barco. Me incliné y me unté la cara con la arcilla espesa y de color gris. Se extendía sorprendentemente bien, y apenas la notaba en mi piel.

—Retírate el pelo —dijo ella, cogiéndolo bruscamente entre sus manos y enrollándolo para formar un moño. Luego cogió un basto pañuelo de lana y me lo enrolló en torno a la cabeza para ocultar mi cabello por completo—. Recuerda que debes encorvarte al andar. No puedes caminar como de costumbre. Ahora te duelen

las caderas y se te hinchan los pies.

Apenas había acabado mi transformación cuando nos condujeron fuera del barco. Subimos por un sendero de la montaña hacia el palacio colgado en su cima. Intenté recordar que debía encorvarme y caminar trabajosamente. Incluso pedí un bastón para apoyarme. Paris iba junto a Eneas y yo iba cojeando al lado de Evadne.

De repente nos encontramos en una meseta llana y el palacio apareció ante nosotros, unas columnas pulidas y un porche sombreado en la fachada de un edificio de dos pisos. Los cortesanos vinieron corriendo y nos acompañaron bajo la galería sombreada y hacia el pequeño patio. La subida había sido empinada y no me resultaba difícil jadear y mantenerme encorvada.

Pronto apareció el Rey, cojeando bastante. Era tan viejo como yo fingía ser.

—Bienvenidos, extranjeros. Cenaréis con nosotros y pasaréis aquí la noche —dijo.

Ahora habría una gran cena ceremonial, y la presentación de los regalos. Yo di gracias de que el protocolo le prohibiera preguntarnos nuestros nombres o nuestras ocupaciones hasta después de la cena, porque eso nos daría más tiempo para inventar alguna historia.

Nos condujo hacia un salón grande y de pronto nos vimos rodeados por un montón de jovencitas como una bandada de mariposas.

—Mis hijas —dijo—. Tengo más hijas que ningún otro rey. Os lo aseguro.

—¿Y ningún hijo? —preguntó Eneas.

—Los dioses no me han enviado esa bendición —respondió él. Pero luego abrió los brazos para acoger en ellos a varias de sus hijas, riendo—. Lo que le falta al palacio en guerreros, le sobra en belleza.

El banquete fue como todos los banquetes: ordenado, predecible, apaciblemente agradable. ¿Había ocurrido acaso algo importante en un banquete? Yo estaba sentada con las mujeres y las niñas, ya que se suponía que era miembro del séquito de Eneas y no tenía ningún rango especial. La hija mayor del Rey estaba sentada a su lado. Su nombre era Deidamia y me pareció que tenía unos quince o dieciséis años. Llevaba un vestido de un verde muy claro y cremoso. De nuevo pensé en una mariposa. Junto a ella estaba una joven que parecía mayor y más alta, pero me habían dicho claramente que Deidamia era la mayor. Aquella chica hablaba poco y mantenía los ojos bajos. El brazo que salía de su túnica al cortarse la carne parecía extrañamente musculoso.

—Pirra, ¿no puedes hablar a nuestros invitados? —la instó Deidamia.

Pirra levantó los ojos y durante un momento esos ojos me parecieron familiares. Luego parpadeó y pareció luchar para encontrar las palabras.

—¿Habéis tenido aventuras a lo largo del camino? —preguntó, en voz muy baja.

—Una vez dimos con unos piratas —dije yo.

—Ah, sí, ¿dónde?

Empecé a decir la verdad, pero entonces me di cuenta de que no debía indicar que habíamos estado en las proximidades de Citerea, demasiado cerca de Esparta, por tanto. Por el contrario, dije:

—Cerca de Melos.

—¿Y qué ocurrió?

—Hubo una pelea muy encarnizada, pero nuestros hombres los derrotaron.

—¡Por Hermes, me habría gustado estar allí! —dijo la joven, orgullosamente.

—¡Oh, Pirra! —Deidamia soltó una risita cantarina.

Pirra quería saberlo todo de las armas que habían usado los piratas, y del tipo de barco que llevaban para tomarnos la delantera. Pero su retahíla de preguntas quedó interrumpida por el inicio de la parte ceremonial de la cena. Se entregaron regalos por parte de Licomedes a Eneas, y Eneas sacó algo de bronce del barco. Entonces y sólo entonces preguntó Licomedes:

—¿Y quién eres, amigo?

—Soy Eneas, príncipe de Dardania.

—¡Bienvenido, príncipe Eneas! —dijo Licomedes con voz temblorosa—. ¿Y quién viene contigo?

Paris se adelantó.

—Su primo, buen rey. Su primo Alexandros.

El Rey asintió.

—Y esos otros... supongo que son tus guardias y sirvientes, ¿verdad?

—Sí —afirmó él. No nos presentó ni a Evadne, ni a Gelanor ni a mí, sólo dijo—: Son fieles sirvientes de mi consejo y mi cámara.

—Sois todos muy bienvenidos —repitió el Rey.

Después había que llenar algunas horas, y preparó una exhibición de danza acrobática para nosotros, con chicos y chicas que saltaban por encima de unas cuerdas y se arrojaban por encima del lomo de unos toros de madera tallada, usando los cuernos para dar la vuelta.

—En Creta dicen que saltan por encima de los cuernos de toros de verdad —dijo Paris.

—Demasiado peligroso —dijo el monarca—. Yo prefiero que todos mis acróbatas vuelvan a casa sin sangre.

Uno de los bailarines se metió por debajo de una cuerda cuando perdió el ritmo al

saltar, y fingió que no había pasado nada.

—¡Lo he visto! —resonó la ronca voz de Pirra.

Las palabras fueron pronunciadas igual que otras que había oído yo antes. «Lo he visto». Esas sencillas palabras, dichas sin embargo con un desdén y una malevolencia especiales: «Lo he visto».

—¿Qué es lo que has visto? —preguntó el monarca, aunque su tono decía: «Ya basta, Pirra».

—Yo..., ah, no importa. —Arqueó los hombros y se alejó, y fue a apoyarse en una columna.

Qué alta era. Más alta incluso que aquel rey. ¿Acaso la Reina había sido excepcionalmente alta? Me acerqué a ella.

—Aléjate —murmuró.

Me sentí conmovida por su rudeza. Uno no ordena a un huésped que se aleje, especialmente a una persona mayor. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, ella se volvió y me miró. Y entonces reconocí los ojos de Aquiles, aquel niño furioso al que había visto diez años antes mezclado con los pretendientes, en Esparta.

¡Un chico! Un chico disfrazado de chica, allí, en la isla de Esciros. ¿Por qué? No es de extrañar que estuviese furioso, teniendo que fingir que era una chica.

Mientras me miraba, vi que él también me reconocía. «Helena», su boca formó la palabra silenciosamente. «¡Helena!».

—Chist —le supliqué—. No digas nada.

Entonces ambos nos echamos a reír, tratando de ahogar la risa. Aquiles disfrazado de chica miraba a Helena disfrazada de anciana sirvienta. Y ninguno de los dos podía preguntar por qué.

Justo entonces el patio se llenó de ruido y, al volvernos, vimos a las hijas más pequeñas del Rey que venían trotando en unos caballos diminutos, agarradas de las crines. Ambos miramos hacia el patio. Aun de puntillas yo tenía problemas para ver bien, con todas aquellas cabezas apiñadas, pero Aquiles podía ver fácilmente.

—Esos caballos en miniatura..., ¿de dónde provienen? —le pregunté.

Pero no hubo respuesta. Al volverme vi que se había ido, deslizándose silenciosamente desde la columna.

Fingí que miraba y aplaudía a las Amazonas, pero lo único que podía pensar era: «¡Aquiles está aquí, escondido! ¿Lo sabe acaso el Rey? ¿Y Deidamia? ¿Lo sabe alguien además de mí?».

Ahora recordaba que Paris me había dicho que ya se hablaba de Aquiles en Troya. Pero ¿en qué sentido? No podía tener más de dieciséis años. La misma edad de Paris.

¿Cómo podía haberse hecho famoso como guerrero, cuando no había guerras en las que combatir? Siempre había escaramuzas y disputas locales, pero un gran soldado no surge nunca de cosas semejantes.

¡Y un gran soldado no tiene el carácter para esconderse entre las mujeres!

Los caballitos iban trotando en círculos alrededor del patio entre fuertes aplausos. A mí me parecían como caballos encogidos hasta el tamaño adecuado para los niños, una imagen mágica.

—Esos caballos vienen de unas manadas salvajes que están allá abajo, en las montañas —dijo Deidamia—. Nadie sabe por qué viven sólo en esta isla. Aunque descendan de algunos que trajeron aquí y escaparon, ¿de dónde los trajeron? Ningún otro lugar tiene caballos tan diminutos.

—Quizás el aire del mar o alguna planta especial hayan detenido su crecimiento. —Gelanor estaba de pie junto a nosotras, mirando fijamente a los caballos. Era el tipo de enigma que le gustaba.

Yo ansiaba susurrar el secreto de Aquiles a su oído; mi confusión por ese asunto se sobreponía al rencor persistente que sentía por su anterior conducta. Pero no pude. De algún modo sabía que ese conocimiento era un secreto que debía mantener para mí misma hasta que hubiésemos dejado Esciros. Aquiles me lo había confiado, igual que yo le había confiado el mío.

No podíamos quedarnos en Esciros si no queríamos soportar día tras día la hospitalidad de aquel rey. Al amanecer, ya estábamos descendiendo por la colina, acompañados por unos sirvientes que llevaban suministros para nosotros; a media mañana, ya habíamos zarpado hacia Quíos. Cuando estábamos ya seguros y lejos, y el viento hinchaba la vela, yo me quité el tocado que me cubría la cabeza y me lavé la cara con agua del mar para quitarme la crema de Hécate. Estaba cansada de ser vieja. ¡Qué maravilloso era poder quitarse todo aquello!

—Gracias —le dije a Evadne—. La rapidez de tu pensamiento y tu ayuda me han salvado. Me han salvado de... ser Helena.

La isla estaba alejándose detrás de nosotros. «Cuando esté fuera de la vista —pensé—, le contaré a Paris y a Gelanor lo de Aquiles». Pero cuando Esciros desapareció totalmente del horizonte, no pude hacerlo. Y esperaba que, allá atrás, Aquiles de forma similar respetase también mi secreto.

Quíos implicaba más navegación nocturna, y a través de un mar muy movido, casi totalmente hacia el este. Nos agarrábamos fuerte a los estáis y a donde podíamos para evitar que el mar nos arrojase por encima de la borda del barco. Temblando, exhaustos, mirábamos el horizonte esperando ver Quíos. Pero lo único que veíamos

era el sol que iba subiendo en el cielo y brillando sobre las olas agitadas.

Empecé a notar que me mareaba, una enfermedad que hasta el momento no me había atacado.

—Mira al horizonte, señora —me decía Evadne—. Levanta los ojos de las olas. Y toma, chupa esto. —Me tendió un trozo de cerdo salado—. La sal ayuda.

El gusto amargo de la carne parecía prometer más agitación del estómago, pero ella tenía razón: de algún modo, contrarrestaba el mareo. Mantuve los ojos fijos al frente, por encima de las olas, y fui una de las primeras en ver Quíos cuando emergió entre la neblina del crepúsculo.

Como las demás islas, tenía montañas; a diferencia de las otras, era muy grande, un enorme trozo de tierra que se encontraba justo frente a la costa..., la costa donde se hallaba la misma Troya. Aquél sería el fin de esa carrera libre y flotante que yo había emprendido, como la carrera que corrí antes de mi matrimonio. En una volaba por encima de la hierba; en ésta había volado por encima del mar. Ahora, todo debía concluir.

Agradecidos por estar en tierra firme, todos desembarcamos. Había gente en aquella isla, que era conocida por su buen vino. Yo sabía que tendría que disfrazarme de nuevo, pero seguramente podría esperar. Nadie nos encontraría antes de la mañana.

Montamos un campamento con gran rapidez; era la sexta escala que hacíamos y nos habíamos convertido en unos expertos. Pronto estábamos sentados en torno al fuego, esperando que se cociese la comida, bebiendo nuestro vino, que ya se estaba poniendo agrio.

—Quizá podamos rellenar nuestros odres aquí, en Quíos —dijo el capitán—. ¡Eso mejoraría mucho las cosas!

—¿Y qué tenemos para dar a cambio?

—Mucho bronce sobrante —respondió Paris—. Íbamos bien equipados de regalos.

—Un caldero por un ánfora. Parece un buen trato.

El vino, junto con los restos de mareo que me quedaban todavía, me dejaban un poco aturdida. Las estrellas en el cielo parecían girar lentamente al mirarlas yo. Mi cabeza se apoyó en el hombro de Paris. No recuerdo nada más de aquella noche.

Fui una de las primeras en levantarme y dejar el refugio de la tienda. Salí andando hasta el mar y dejé que el ritmo constante de las olas me ayudase a limpiar la neblina del sueño de mi mente.

—No verás Troya desde este lado de la isla.

Me volví y encontré a Gelanor mirándome, junto a mí. El ruido del mar había

amortiguado sus pisadas.

—No estoy segura de desear ver Troya —respondí.

—Un poco tarde para pensar eso.

—Te has convertido en un gruñón. En cuanto llegemos a Troya, puedes volverte por donde has venido. Eso es lo que quieres. De modo que estarás encantado de que estemos ya a un trayecto tan corto de tu marcha final.

Que se fuera. Que se marchara. Su presencia había resultado opresiva en aquel viaje.

—Todavía no tengo lo que quería de este viaje.

—¿Y qué es?

—Estoy a punto de conseguirlo hoy. Me dirigiré hacia el sur y lo encontraré.

—¿Encontrar el qué?

—Cierta tipo de arbusto que produce una goma dulce y pegajosa. Crece por todas partes, pero sólo aquí su savia endurece de forma natural si se sangra el tallo.

Yo estaba disgustada. De modo que eso era lo que le había hecho cambiar de opinión y venir a bordo. «Eso» era lo que le ofrecía Quíos..., la savia de un árbol.

—Ven y lo verás —dijo él—. Será fascinante encontrarlo. Creo que podría haber muchos usos para esa sustancia. Podría servir de incienso, en lugar de la mirra, que es muy cara, o bien como unguento, o bien como jarabe, o..., bueno, cuando la huela y la pruebe, ya lo sabré.

—No tengo ningún interés —dije.

—Ah, Helena, antes sí que lo tenías. No cambies, no adoptes la misma trivialidad de... aquellos con los que te asocias.

—¡Él no es trivial!

—Así, pues, ¿le esperamos y le incluimos? —Gelanor miró hacia el sol—. Podría ser una larga espera. Él no sale de su tienda hasta media mañana, a veces.

—No. Sería demasiado tarde para empezar entonces.

—Pensaba que no venías. —Se rio—. Ah, sí, ven. Será bueno para estirar las piernas. Debes tenerlas acalambradas de tanto estar sentada en el barco. Las mías lo están.

Así quedó todo decidido. Iba a ir con él. Había pasado mucho tiempo desde que caminábamos uno junto al otro..., desde aquel fatídico viaje a Gitio.

Quíos era una isla encantadora, pero menos verde que Andros. Al haber menos árboles, el viento la azotaba con mayor rapidez. Me pregunté si aquel viento vendría de Troya: rápido y enérgico. Las colinas estaban cubiertas de hierbas y arbustos.

—¿Cómo sabrás cuál es el arbusto que buscas? —le pregunté.

—He visto sus hojas secas —contestó—. Lo reconoceré. Y podemos ver cortes en los troncos donde la gente los sangra para recoger la savia.

Mientras íbamos andando vi orquídeas de un amarillo vivo y rosa en los peñascos de caliza.

—Nunca había visto tantas —dije, inclinándome para coger una. Me la puse detrás de la oreja.

—Ni yo tampoco —admitió Gelanor—. Esta isla debe sentarles bien. —De pronto se detuvo y me cogió del brazo—. ¡Ahí! —exclamó, y señaló un arbusto bastante vulgar.

Corrió hacia él y se arrodilló, inspeccionando las hojas. Cogiendo una pequeña pieza de la obsidiana afilada de Melos, hizo un corte neto a través del tallo. Inmediatamente empezó a rezumar una savia clara.

—Y ahora esperaremos. —Se sentó junto al arbusto—. Cuánto tiempo, no lo sé. —Señaló hacia el mar—. Pero mira, mientras esperamos..., tu nuevo hogar.

Yo me hice sombra ante los ojos. El agua brillaba mucho, y el sol se reflejaba en ella, haciendo que todo a su alrededor resplandeciera. Pero más allá... sí, había tierra.

—La tierra de Troya —dijo Gelanor—. La fabulosa Troya.

No podía decir nada, salvo que tenía colinas y que era algo verde.

Junto a mí, se rio.

—¿Qué esperabas? ¿Muros de oro?

—Tiene que haber una ciudad antes de que haya muros, ya sean de oro o de piedra. No veo ninguna ciudad.

—Está más lejos. Ésta es sólo la región que rodea Troya, sus vecinos. Los carios, los licios, los misios. Gente como los demás. ¿Decepcionada?

—O bien... aliviada. —En realidad no lo sabía.

—Ah, vamos... Tú no volverías del revés todo tu mundo para encontrarte otra vez entre gente corriente.

Él no entendía nada. Nunca había notado el toque de Afrodita. No veía que era Paris..., Paris y no Troya o los troyanos o las ciudades amuralladas lo que me llamaba, lo que me sujetaba en una red. A aquellos a quienes la diosa nunca los había visitado todo aquello les resultaba incomprensible. Así que me limité a sonreír y no dije nada.

—¡Mira! —Se volvió y se agachó ante el arbusto.

La savia había adquirido un color de ámbar y formaba pequeñas gotas. Gelanor rompió una y ésta rodó entre sus dedos. Era esponjosa, y cuando se apretaba, volvía a adoptar su forma original. La olió y luego me la tendió.

Jugué con ella e intenté aplastarla. Cuando la aplasté, un aroma delicioso llenó el aire, como si fuese incienso humeante. Pero cuando recuperó su forma, el olor desapareció. La mordisqueé y noté que el sabor era algo picante, como el de la savia de pino.

—¡Qué cosas más maravillosas podría hacer la gente con eso! —dijo él—. Si encontramos a los recolectores de savia, les podemos preguntar para qué la usan aquí, en Quíos. Sé que comercian con ella en el extranjero, pero sólo para arreglar cosas o para hacerlas impermeables.

Yo esperaba que no viésemos a nadie. Era muy cansado ser Helena. Era igual de cansado fingir que no era Helena.

—Así que ahora ya lo has visto —le dije—. Aquello por lo que has soportado este duro viaje. —No podía evitar que la amargura se transparentase en mi voz.

—Ah, Helena, sabes que eso no es cierto.

—O quizá no podías enfrentarte a los peligros de la navegación de vuelta por el canal de Citerea tú solo. El capitán te lo puso muy negro. De modo que escondiste tu miedo con la excusa de que querías venir a Quíos. Y ahora puedes volver con toda seguridad por tierra. Hay un largo camino, pero sin duda encontrarás muchas piedras y árboles y venenos a lo largo del camino para entretenerte, y para hacer que valga la pena.

—Helena. —Me miraba con dureza—. Sabes que no es cierto —repitió.

—No. No, no lo sé.

—¿Quieres obligarme a decírtelo? He cambiado de opinión, y sí, tú tienes razón, necesitaba alguna excusa. No podía consentir que los demás me vieran como un niño indeciso y tonto. Pero el motivo de que haya cambiado de opinión es que necesitaba ver que llegabas sana y salva a Troya.

Me eché a reír.

—¿Acaso no confiabas en el capitán, en Eneas, en Paris y en todos esos soldados? ¿Eres tú mejor protección que ellos?

—Quizá no, pero tengo unos lazos de honor conmigo mismo. Dije en la playa de Citerea que mi lealtad era contigo, no con Esparta. Dejarte allí no habría sido un acto de lealtad. Más bien lo contrario. Así que he recorrido todo este camino y me quedaré contigo hasta que te conduzcan al interior de las murallas de Troya. —Me quitó la bolita de resina—. Ya ves, has estado enfadada conmigo todos estos días sin motivo.

Yo sacudí la cabeza como si no importara. Pero me volvía a sentir segura. Mi amigo estaba de vuelta. En realidad, nunca se había ido, excepto en mi propia mente. Mantenerle en Troya..., eso sería otro asunto. Otro desafío.

Esperamos y cogimos una bolsita llena de la savia misteriosa, y luego caminamos de vuelta al barco. Mientras pasábamos junto a un lugar boscoso en las colinas, me sentí de pronto invadida por la sensación del significado de aquel lugar, que sería de inmensa importancia para mí, para Paris, para todos nosotros. Me detuve y me quedé mirando. Allí no había nada. Ninguna choza, ni rebaños, ni jardín ni gente. Sin embargo, algún día sí que lo habría.

—¿Qué pasa? —preguntó Gelanor—. Estás mirando a la nada, al aire vacío.

—No, vacío no. —Estaba lleno de algo.

—¿Es algo maligno?

—No. Es... maravilloso. Algo maravilloso vendrá de aquí.

PARTE II
Troya

XXIX

La travesía de tierra adentro hacia donde se encontraba Troya no resultó nada emocionante. Tendría que haberlo sido, pero no lo fue. Tendría que haber notado el roce de las alas de Afrodita en mis mejillas, tendría que haber contemplado algún presagio o escuchado una música distante, pero todo era normal y corriente.

El suelo que pisaba era vulgar: tierra corriente, con algunas hojas de hierba dispersas. Soplaba una brisa también bastante normal, que no traía consigo perfumes o aromas inusuales. Suspiré, extrañamente decepcionada.

—¿Qué ocurre, amor mío? —preguntó Paris, que oyó mi ligero suspiro—. ¡Ya casi estamos en casa!

«En tu casa —pensé yo—. Tu casa».

—Estoy algo nerviosa —admití.

Él me miró, sorprendido.

—¿Helena nerviosa? Por qué, si todo el mundo se inclina ante ti.

«Eso está a punto de acabar», pensé. ¿Y no había deseado yo que acabase? ¿No me había quejado sin parar de ello?

—¡Un nuevo mundo para conquistar! —dijo él.

—Tú estás más seguro de eso que yo.

Íbamos caminando lentamente hacia un grupito de árboles corrientes, donde nos prepararíamos para la última etapa del viaje. Detrás de nosotros, Eneas gritaba órdenes a los hombres y el capitán gritaba también para asegurar el barco.

—¡Ven!

Paris me cogió de la mano y corrió conmigo hacia un montículo y desde allí señaló hacia el norte. El paisaje inacabable, sin rasgo distintivo alguno, se extendía bajo su dedo.

—Si pudieras volar directamente, como un águila, ahí encontrarías Troya. — Volvió mis hombros y me atrajo hacia él—. Pero tú no serías un águila; no, serías una de esas aves de vivos colores que viven en algún lugar lejano al sur. Nunca he visto ninguna, pero sí las plumas... amarillas, rojas y de un verde intenso.

Si yo fuera un ave..., pero mis pies estaban anclados a un suelo firme y pétreo, y eran mis pies los que me llevaban hacia Troya. Se lo dije.

—Podemos buscar unos caballos. Ahora estás en la tierra de los caballos. Te dije que Troya era famosa por ellos. Podemos conseguir carros y carretas...

—¡No! No quiero que sepan que llegamos. Caballos y carros nos anunciarían.

Él parecía extrañado.

—¿Por qué no quieres que sepan que llegamos?

—Quiero..., quiero que sea algo inesperado —dije.

De alguna manera, pensaba que sería más seguro. Pero más seguro, ¿por qué? ¿Pospondría aquello la desaprobación y la consternación que ahora temía?

—Pero ellos querrán recibirnos adecuadamente.

—Antes de llegar, debes enseñarme cosas sobre los troyanos. Toda tu familia y la corte. Tengo que saber qué aspecto tienen, cuáles son sus fuerzas y sus debilidades, y qué relación tienes con ellos. Quiero ser capaz de reconocerlos a todos la primera vez que los vea. —De alguna manera, tenía la sensación de que aquello me protegería. Y estaba deseando conocer a aquellos a quienes Paris más quería..., y a los otros, a los que no quería.

Viajamos muy despacio a través de la llanura. Habíamos desembarcado en un largo y estrecho cabo que sobresalía mucho en el mar, como si fuesen unos dedos rocosos extendidos hacia Quíos. Durante un tiempo pudimos ver el mar a ambos lados, pero pronto nos vimos envueltos por las suaves colinas y llanuras.

Las carreteras, si es que llegaban a tal cosa, eran estrechas y toscas, y no pasamos por ninguna ciudad. Pocas personas salieron a vernos, y aquellos que lo hicieron eran granjeros y pastores.

—¿Dónde están los aliados de Troya de los que me has hablado? —le pregunté a Paris mientras avanzábamos.

—Un poco más adentro —dijo—. Tenemos a los licios y a los meonios. Muy pronto los verás. —Se rio—. Quizás hasta las amazonas vengan a la corte a saludarte.

—Las amazonas... ¿Existen de verdad? —Ya sabía que a Paris le gustaba bromear. A veces me preguntaba si hablaba realmente en serio en alguna ocasión.

—Ah, sí. Más allá del mar Negro.

—Pero ¿has visto a alguna amazona, en realidad?

—No... Pero mi hermano Héctor sí. Recuerda que yo mismo no llevo mucho tiempo en Troya. Héctor dice que la que vino a la corte era tan alta como él, y con unos brazos muy fuertes y musculosos..., ¡daba bastante miedo!

—Esta noche... tienes que contarme cosas de Héctor y de los demás. ¡Me lo prometiste! —Al cabo de unos pocos días llegaríamos a Troya, y yo tenía que saberlo.

—¡Ah, sí! —Hizo bocina con las manos y llamó a Eneas—. ¡Querido primo, esta noche tú y yo vamos a interpretar una función!

El fuego ardía intensamente, nos sentamos en unas alfombrillas tejidas y nos recostamos con unas copas de vino en la mano.

—Ya no admito más retrasos —le dije a Paris—. Ahora quiero aprender para saber cómo reconocerlos y saludarlos por su nombre.

Llamé a Gelanor y a Evadne para que se unieran a nosotros.

—Muy bien. —Paris hizo una señal a Eneas, que se puso de pie y se volvió de espaldas a nosotros.

Al cabo de un momento, se volvió y se quedó de cara frente a nosotros con una mueca en el rostro y un bastón largo cogido en la mano, que supuse que quería representar una lanza.

—¿Quién es?

—Ése tiene que ser Héctor.

Era el hijo mayor, el mejor guerrero, del que ya había oído hablar. Pero ¿sería también así de orgulloso y desagradable?

Paris se echó a reír.

—¡Te he engañado! No íbamos a empezar con el más obvio. Aprenderás mejor si están todos mezclados. Éste es Deífobo, un poco mayor que yo. Quiere ser como Héctor, pero no lo es. Lástima. —Hizo una seña a Eneas—. Siguiente.

Eneas volvió medio encorvado y llevando un tocado como de mujer. Unos pendientes hechos con un hilo colgaban de sus orejas, y llevaba una especie de peluca, pero que se parecía sospechosamente a un manojo de paja.

Una mujer mayor..., pero no podía ser la reina Hécuba, ¿o sí? ¿Arrastrando los pies de esa manera, encorvada hacia delante?

—¿Una vieja sacerdotisa? —aventuré.

—¡No, no! Hay una sacerdotisa de Atenea de alto rango llamada Theano. Pero es más joven. Ésta es mi madre, la reina Hécuba.

—¿Tan anciana? —pregunté.

—Bueno..., hemos exagerado un poco —admitió Paris—. Después de todo, mi hermano Troilo es más joven que yo, y hay una hija más joven todavía. De modo que ella no está tan lejos de la edad fértil.

—Háblame de Troilo —dije.

—Es muy guapo y le encantan los caballos. Sabe domarlos muy bien y es un estupendo auriga. Pero aunque es realmente hermoso, no parece darse cuenta y es muy simpático y encantador.

Eneas volvió llevando todavía la peluca, pero ahora con un manto envuelto en torno a su cuerpo sugiriendo un vestido. Dio vueltas a un lado y otro, apuntando aquí y allá y abriendo la boca en silenciosos gritos.

—Ah, nunca lo adivinaré —dijo Paris—. No es justo. Ella ni siquiera sabe que

existe.

—¡Fatalidad! ¡Fatalidad! —bramaba Eneas.

—Casandra —dijo Evadne, en voz baja.

Paris respingó.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuanto menos veo con mis ojos, más oigo desde lejos. Otras mentes me dicen cosas, incluso en Esparta. Ésta es tu hermana Casandra, la que ha profetizado la fatalidad para Troya.

Eneas dejó de representar.

—Parece que tú también podrías ser una profetisa.

—No —replicó Evadne—. Simplemente, uso lo que ha aparecido ante mis sentidos. Pero esa Casandra..., ¿no se ha convertido en enemiga tuya, Paris?

Paris me cogió la mano con tanta fuerza que me dolió.

—No tengo enemigos.

—Pero cuando volviste, ¿tu hermana no intentó que te expulsaran otra vez? —insistió Evadne.

—¡No! —dijo Eneas con rapidez—. No, en absoluto. Y nadie hace caso a Casandra. Está loca.

—No está loca —dijo Evadne—. Y lo sabes. Simplemente ha recibido una maldición de Apolo porque ella le rechazó. De modo que el gran dios de la profecía se vengó de ella haciendo que tuviese el don de la profecía, pero que nadie la creyera. ¿Existe un castigo más cruel para un adivino?

—No fue Apolo quien la convirtió en adivina —dijo Paris—. A ella y a su hermano gemelo Heleno le lamieron las orejas unas serpientes cuando eran muy pequeños, y les concedieron el don de la profecía.

Serpientes. La profecía. Éramos iguales en ese don. ¿Nos reconoceríamos la una a la otra?

—Pero fue Apolo quien transformó el don en una maldición para ella —dijo Eneas.

¿Habría transformado Afrodita el mío en una especie de maldición, si yo la hubiese rechazado? Me eché a temblar. Obedeciéndolos, resistiéndonos a ellos..., de cualquier forma, los dioses nos infligen toda clase de sufrimientos.

Paris se levantó de la alfombrilla.

—Me toca a mí —dijo. Eneas ocupó su lugar y miró.

Paris se pavoneó ante nuestros ojos, con la cabeza muy alta y un trozo de madera en la mano.

—Un consejero o algo así —dijo. Pero ¿sería un consejero bueno o malo?

Paris se acicaló un poco, y se inspeccionó las mangas.

—Ni siquiera yo sé lo que quieres decir —dijo Eneas—. Hay muchos consejeros pomposos.

—Pandaro —dijo Paris—. Admito que hay muchos tipos como Pandaro.

—Pandaro es un idiota irritante —dijo Eneas.

—¡Puedes ocupar su lugar! —dijo Paris, señalando a Gelanor—. Necesitamos sangre nueva en las cámaras del consejo.

Gelanor se echó a reír.

—¿Un espartano sirviendo como consejero en Troya? Creo que no.

Yo me di cuenta de que no añadía: «Y además yo no me voy a quedar en Troya».

—Pero la reina de Esparta ahora será... princesa de Troya. La gente puede cambiar de país. ¡Sí, y ella será honrada más allá de todo lo imaginable!

—Entonces asistiré a las ceremonias, como invitado —dijo Gelanor—. Antes de volver a casa. —Me sentí muy decepcionada al oír aquellas palabras.

Paris siguió con el bastón, pero dejó las florituras. Adoptó un aire mucho más solemne.

—Un consejero... o quizá un vidente —dijo Eneas—. Pero uno respetable. ¡Ah! —Se dio una palmada en la mejilla—. ¡Por supuesto! ¡Su hermano Calcas!

—Excelente. Excelente. —Paris hizo una reverencia—. Sí, Helena. Calcas es uno de nuestros consejeros y adivinos de mayor confianza. Le incordia mucho Pandaro, pero no podemos elegir a nuestros parientes.

—Exactamente lo que podrían decir tus hermanos de ti cuando vean lo que has traído a Troya —dijo Eneas, bajito—. Paris, ¿has pensado cómo presentarás a Helena?

—Como mi esposa —dijo él. Su rostro era abierto y valiente.

—Pero ella no es tu esposa —respondió Eneas—. Es la esposa de otro hombre.

—¡No! Ha renunciado a él. Nos casaremos ahora, en este mismo momento, de manera que pueda mirar al Rey, mi padre, a los ojos y decirle con toda honradez que Helena es mi esposa.

—Pero... ¡no tenemos poder para celebrar ese rito! —La alarma creció en la voz de Eneas.

—¿Poder? No se necesita ningún poder especial. ¡Los dioses nos oirán! Lo único que tenemos que hacer es cogernos de las manos y consagrarnos el uno al otro, ante testigos. Y aquí hay tres testigos. Con eso basta.

De modo que allí, en aquella llanura, en algún lugar de camino hacia Troya, en algún momento de la tarde, pero no en el momento sagrado (ni al ponerse el sol, ni a

medianoche, ni al amanecer), vestidos con nuestras ropas de viaje, sin dote ni regalos nupciales, me casaría con Paris.

—Sí —dije—. Hagámoslo. —Me volví a los demás—. Os pido que traigáis todo lo que encontréis para celebrar esto. Hagámoslo a nuestra manera, usando sólo lo que tenemos a mano.

Mi manto era de un marrón oscuro, manchado con agua de mar y tierra. Mi traje estaba arrugado, y el dobladillo lleno de barro. Llevaba el pelo recogido en un moño, y tenía los pies polvorientos del camino.

El atuendo nupcial se supone que tiene poderes proféticos. ¿Qué significaría pues aquello, que Paris y yo seríamos viajeros polvorientos? ¿Que nos veríamos reducidos a la pobreza? No veía cómo podría ser aquello, pero ya no me burlaba ante la idea de que pudiese ocurrir algo inimaginable.

Gelanor trajo su saco de resina seca de Quíos; Eneas, un odre de vino y unos vasos de barro; Evadne, el saco con la serpiente. Paris cogió una antorcha y salió a los campos, y buscó flores que se abrieran por la noche, pero era demasiado temprano y no había llegado aún la estación.

Eneas clavó dos antorchas ante la entrada de nuestra tienda y luego nos llamó junto al fuego.

—Ahora, decid lo que tenéis que decir —dijo.

Paris me cogió de la mano y me condujo hasta la calidez del fuego. Se había levantado un vientecillo ligero y helado, que soplaba a través de los campos y hacia el mar. Yo tenía las manos frías cuando él me las cogió, cubriendo mis dedos con los suyos. ¿Cuántas veces nos habíamos cogido de las manos? Y sin embargo aquella vez el gesto parecía diferente, cargado de significado.

Si yo me limitaba a retirar los dedos, a deslizarlos fuera..., todo podría quedar deshecho. Si no lo hacía entonces, quedaría atada para siempre. La presa de sus manos en las mías me parecía que me aprisionaba, como si fuera un cepo. No podía mover los dedos.

—Hablad —dijo Eneas—. Sólo vosotros debéis hablar ahora. No hay sacerdotes ni sacerdotisas, ni madre, ni padre. Como ocurre cuando desaparecen todas las demás cosas y estás solo.

Paris cerró los ojos e inclinó la cabeza, pensando. Nunca me había parecido más juvenil, más encantador. Su pelo claro caía formando hermosas ondas. La luz del fuego convertía en oro su piel perfecta. Con aquella luz, hasta su ropa parecía de oro. ¿Le habría tocado Midas, convirtiéndole en estatua de metal, en lugar de ser vivo?

—Soy Paris, hijo del rey Príamo y de la reina Hécuba de Troya —dijo, levantando

la cabeza—. Nací de ellos la noche en que mi madre soñó que daba a luz a una tea ardiente. Uno de mis hermanos proclamó que aquello significaba que yo llevaría el fuego y la destrucción a Troya. De modo que mi madre y mi padre me desterraron, dejándome a la voluntad de los dioses. Pero su voluntad era que yo viviese, y me proporcionaron una maravillosa niñez en las cañadas y los prados del monte Ida, la montaña donde reside el mismo Zeus. —Se detuvo y tomó aliento—. Entonces, cuando estuve preparado, los dioses me llevaron de vuelta a mi verdadero hogar y familia.

El fuego crujió y las llamas se alzaron en aquel momento. Paris se echó a reír.

—Entonces yo pensaba que no me faltaba nada para mi felicidad. Conocí a mi madre, a mi padre, a mi familia, a primos como Eneas. Pertenezco a su mundo. Pero esa felicidad era tan pálida como el humo moribundo comparada con el fuego que me consumió cuando te vi por primera vez, Helena. —Me cogió el rostro y lo volvió hacia él—. Desde entonces ha sido como si el sol nunca se pusiera, no hay noche. Y por eso ante ti, aquí, me consagro a Helena para el resto de mi vida. No me preocuparé de nada, excepto de ella; no miraré nada más que a ella; no pensaré en nada más que en ella; mientras viva. Me ofrezco a ti por completo, Helena. Por favor, tómame.

Sus ojos me rogaban, como si fuera la primera vez que habíamos hablado de verdad. Como si todo estuviera empezando justamente entonces.

—Te tomo a ti, Paris —respondí, en voz baja. Me costaba hablar, tan afectada estaba por la solemnidad de aquel momento—. Soy tuya para siempre. —No podía decir cuánto y qué significaba aquello. Seguramente, aquellas cuatro palabras lo decían todo.

—Asistimos como testigos a estas promesas —dijo Eneas—. Y ahora, beberemos una copa de vino juntos. —Sirvió el vino y pasó las copas. Antes de beber, vertió una libación en el suelo e invocó a Hera como diosa del matrimonio—. Únelos, oh diosa —suplicó—, en la sagrada unión del matrimonio.

Todos levantamos los vasos y bebimos el dulce vino en silencio.

Gelanor cogió un puñado de las bolitas de resina y las arrojó al fuego. La humeante fragancia de aquella famosa sustancia se alzó, densa y atrayente.

Evadne se adelantó y sujetó la serpiente con ambas manos.

—Tomadla —dijo—. Que ella os una. —La colocó en torno a nuestros cuellos, donde se enroscó, buscando nuestro calor.

Ya nos había unido una vez, en Esparta. Ahora sellaba nuestra unión, juntando el pasado, el presente y el futuro en sus hermosos anillos.

Eneas nos hizo una señal hacia la tienda.

—Ahora tomad posesión de vuestro nuevo hogar. Aquí os acompañaremos en esta corta distancia con antorchas y canciones, como si fuese una procesión matrimonial normal.

Nuestro reducido cortejo caminó hasta la tienda y luego los dejamos y fuimos al interior.

Hasta la conocida tienda parecía distinta. Aquellos votos rápidos e improvisados me parecían más genuinos que la larga ceremonia que había soportado con Menelao, con su pesado collar de oro, sus promesas tradicionales, sacerdotisas y sacrificio incluidos, ahora ya todo borroso. Pero nunca olvidaría la mirada de los ojos de Paris mientras me hacía aquellas dramáticas y absurdas promesas.

—Tu regalo —dijo él, arrodillándose y tendiéndome un botecito.

Abrí la tapa y miré en su interior. Percibí un ligero aleteo contra la arcilla.

—Es una mariposa de la luz —me dijo—. La he cogido mientras buscaba flores nocturnas. Creo que la mariposilla también las buscaba.

—Ah, es preciosa —dije. Las alas blancas temblaban suavemente en el fondo del tarro—. Pero ahora debemos dejarla suelta. Esta noche todas las criaturas deben ser libres como nosotros. Vamos.

Juntos nos acercamos a la entrada de la tienda y sacudimos el tarro y liberamos a la mariposa. Ésta se alejó volando, buscando los campos.

—Nosotros somos esa mariposa —dije—. Ahora vamos libres por los campos, los campos que no pertenecen a ningún reino, ni a Troya, ni a Esparta, ni a Argos ni a Misia. —Le pasé los brazos alrededor del cuerpo, toda duda ya desvanecida con la mariposa.

XXX

Troya. Brillaba ante nosotros, flotando por encima de la vulgar llanura como un buque enorme e inexpugnable en un mar crecido. Detrás de nosotros se encontraba el monte Ida; habíamos bordeado sus laderas cubiertas de pinos y ahora nada se interponía entre nosotros y Troya.

A medida que nos acercábamos y ésta aparecía más grande, parecía cada vez menos real. Sus muros eran de mampostería bien encajada y resplandeciente. Unas torres macizas, cuadradas y bajas, custodiaban el circuito de las murallas; extendidas como un manto por debajo de aquellos muros se encontraban incontables casas. Era tan grandiosa como Micenas, Esparta, Pilos y Tirinto, todas juntas..., más delicadamente labrada, y sin embargo más formidable.

Caminé manteniéndola siempre a la vista, viéndola crecer y llenar cada vez más y más mi visión. Junto a mí, Evadne mantenía el rostro vuelto hacia la ciudad, pero su expresión no cambiaba.

—No puedes verla —dije—. Pero si pudieras... sabrías que es algo que nunca habrías contemplado en Grecia.

Ella volvió la cabeza rápidamente y dijo:

—¡Ah, sí! ¡Lo sé! ¡Resplandece!

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he visto.

—Pero tú no ves..., nos lo dijiste.

—Señora, es muy extraño. No veo directamente, pero, en ocasiones, si muevo la cabeza con rapidez, puedo atisbar algo, por el rabillo del ojo. Pero si vuelvo la cara y lo miro, desaparece. Es terrible. Eso significa que sólo puedo ver las sombras y atisbos de las cosas, y nunca mirarlas directamente. Pero he visto Troya, durante un instante nada más. Y brilla como si fuera de cristal.

—Así que tienes un poco de visión. Quizá por eso tus ojos no parecen los de una persona ciega; parecen tan claros y brillantes como los de cualquiera.

—Eso me han dicho. Me temo que debo de haber enojado a algún dios y así es como me castiga, pero por más que lo pienso, por mi vida que no sé qué es lo que he hecho.

—No todo lo que nos ocurre está en manos de los dioses. —Gelanor se acercó a nosotras.

—¡Que no te oigan decir tal cosa! —se rio Evadne—. Pueden atacarme de nuevo

para demostrar que tienen razón. Mira, ¿qué ves tú cuando ves Troya?

—Poder y belleza —dijo él.

—¿Riquezas? —añadí yo.

—Riquezas y poder es lo mismo. Y juntos sustentan la belleza. El mundo de la naturaleza nos puede dar belleza gratis, pero el mundo del hombre requiere la riqueza para construir belleza.

—¡Aquí está, Helena! —Paris vino corriendo, ligero de pies, y me cogió de la mano—. Troya. Mi hogar. Ahora el tuyo también.

«Troya nunca será mi hogar», pensé fugazmente.

—¿Podré..., podré hablar fácilmente con la gente?

—Por supuesto, con la gente de la corte. Hablamos casi como tú, sólo algunas palabras aquí pueden ser algo distintas. Pero después de todo estamos relacionados, los troyanos y los griegos. Compartimos antepasados comunes: Atlas y Pleione, al menos según nos cuentan las antiguas leyendas. Los trabajadores y el pueblo de la gran ciudad que hay bajo las murallas son un poco más difíciles de entender, a menos que hayas crecido con gente corriente, como yo. Pero yo te lo traduciré todo..., igual que hago para Héctor y para el resto de mi familia. —Me abrazó estrechamente—. Helena, estoy tan orgulloso de poder mostrarte a Troya..., y de mostrarte Troya a ti.

Troya no parecía demasiado curiosa por verme. ¿Debía dar gracias por ello? ¿Acaso no había deseado dejar de ser objeto de curiosidad? Pero en aquel momento parecía señalar algo negativo. Las altas torres, enhiestas como centinelas, debían de tener guardias en su interior, guardias cuyo deber era espiar a cualquiera que se acercase a la ciudad. Los parapetos que las rodeaban parecían dientes, y la altura haría que cualquiera que estuviese en su interior sintiese vértigo.

«Y ardieron las torres sin coronar de Ilión». Aquellas palabras se fueron tejiendo solas en mi mente. «Torres sin coronar de Ilión...». Alguien más enmarcaba esas palabras y me las susurraba entonces, alguien que vivió tanto tiempo después que sólo veía Troya en sus sueños, pero la veía más claramente que cualquiera que estuviese de pie junto a mí aquel día que me acerqué a la ciudad por primera vez, y que habló de Troya cuando los hombres la habían olvidado, de modo que ahora pervive... O quizá Troya no fue nunca otra cosa que un sueño.

—¿Cuánto tiempo hace que zarpamos? —le preguntó Paris a Eneas—. El tiempo ha dejado de pasar para mí. Pero para Troya..., ¿cuánto tiempo llevarán esperándonos?

—Unas dos lunas llenas desde que nos fuimos —dijo Eneas—. Pero ya que la duración de nuestra misión no se podía prever, ni tampoco los vientos podían

prometer un regreso seguro, quizá les cojamos por sorpresa.

Llegamos a las afueras de la ciudad, protegidas por una recia empalizada de madera. Sus puntas aguzadas convertían la parte superior en una hilera de lanzas. Ahora, en la paz del mediodía, la puerta exterior estaba abierta de par en par y la gente entraba y salía a raudales, parloteando y cargados con cestas y bultos. Todos sonrieron y nos saludaron, llamando juguetonamente a Paris, pero, aparte de eso, nos prestaron poca atención. Sin embargo, como las ondulaciones sucesivas de una ola, la noticia de nuestra llegada se adelantó a nosotros mientras íbamos caminando por las calles.

—Estas calles parecen iguales a cualquier otra —le dije a Paris.

—Por supuesto —dijo—. ¿No te dije que Troya no te parecería un lugar extraño?

—Quiero decir que no son demasiado anchas. Cuando se habla de Troya, la gente dice: «La de las anchas calles». Pero no es así.

Él se echó a reír.

—Espera a entrar en el interior de las murallas, en la Troya «real»..., o más bien la Troya famosa. Aquella de la que hablan todos los hombres. Cuando dicen Troya, no se refieren a «esto» —dijo, y extendió el brazo para incluir las pequeñas casas y tiendas que nos rodeaban.

Detrás de nosotros seguían los soldados de la guardia, que se detenían a beber algún trago del vino nuevo que intercambiaban por sonrisas o promesas. Todo el rato subíamos colina arriba hacia las altas murallas que parecían alargarse y tocar el cielo a medida que nos aproximábamos. Las casas fueron escaseando y dejaron una amplia franja libre ante la mampostería reluciente e inclinada. Una torre de guardia cuadrada sobresalía casi hasta la casa más cercana; ante ella había unas columnas de piedra con estatuas.

—Los dioses que protegen Troya —dijo Paris—. Apolo, Afrodita, Ares y Artemisa.

Mirándolos, pensé que aquellas representaciones de piedra se parecían poco a los gloriosos dioses. Vulgares, achaparrados, de facciones anchas: seguramente los dioses no se reconocerían en aquellos retratos. Pero nadie sabía hacer otros mejores. Sólo conseguimos representarnos a los dioses en todo su esplendor en nuestra mente.

—Ésta es la puerta sur —dijo Paris—. Algunas personas dicen que es la más grandiosa, pero todas lo son.

Levanté la cabeza hacia la entrada que me enseñaba y no vi que fuese grandiosa.

—Dentro, dentro, amor mío..., esposa mía. ¡Mira mi ciudad!

Pasamos a través de una entrada oscura como un túnel entre los muros, de unos

quince pasos de ancha (¡ah, qué muros tan anchos por encima de nosotros!) y luego salimos a la luz del sol y a un ancho patio pavimentado.

—Ah, ¿realmente estamos en el palacio? —pregunté.

Paris se echó a reír.

—No, no. Esta calzada rodea las murallas. Forma una calle ancha para hacer los desfiles, andar o simplemente mirar. No permitimos que hagan casas junto a la muralla.

Nunca había contemplado nada semejante. Una calle sólo para tener espacio. La luz del sol parecía llenarla por completo.

—El palacio, el templo de Atenea, las habitaciones donde viven los hijos del Rey..., todo está mucho más arriba, en la cima. Todos los hijos e hijas de mi padre viven en apartamentos que rodean el palacio, pero ahora yo me construiré uno. ¡No tenemos que ser como todos los demás!

—Quizá no deberíamos insistir... —Ya estábamos pidiendo demasiado.

—¡Tonterías!

Un joven corrió hacia nosotros, casi tropezando con sus propias sandalias mientras bajaba por la calle en cuesta.

—¡Troilo! —La voz de Paris expresaba un cálido afecto. Aquél debía de ser su hermano pequeño, el favorito.

—¿Eres tú de verdad, Paris? —Troilo se detuvo jadeando y agarró el manto de Paris. Tenía el cabello claro y muchas pecas, y había algo gozoso y bronceado en él.

—Tus ojos ven la verdad —dijo Paris.

Troilo se volvió hacia mí.

—¿Y qué..., quién...?

—¡He traído a casa una esposa! —proclamó Paris.

—Pero ¿cómo...?

—Se lo explicaré todo a nuestro padre, y de ese modo lo cuento todo de una vez..., aunque me gustaría mucho contarle mil veces, porque me encanta decirlo.

—¿Eneas? —gritó Troilo—. Veo que has traído sano y salvo a mi hermano a casa, tal y como prometiste.

—Sí, le he traído a casa —dijo Eneas—. A salvo o no, eso es otro tema.

De nuevo el pobre Troilo quedó perplejo.

—Pues parece que está bastante bien.

—Sí, es una lástima. Si no hubiese estado tan bien, pues... —Se encogió de hombros—. Todo se aclarará a su debido tiempo.

Seguimos andando, con Troilo a nuestro lado. Luego salió una mujer corriendo

por la calle con los brazos extendidos. Se precipitó a abrazar a Eneas.

—Es mi esposa, Creusa —murmuró éste al final, cuando pudo recuperar el aliento.

Era una joven menuda, rubia y de rasgos finos. Sus ojos no se perdían nada. Ahora me miraban abiertamente. No vi las miradas de sorpresa habituales ni halagos.

—¿Quién viene con Paris? —preguntó.

—Dice que es su esposa —dijo Eneas.

—Pero ¿dónde...?

—Lo explicaré todo en cuanto vea a los reyes, mi padre y mi madre —dijo Paris de nuevo.

—Oh. —Creusa se volvió hacia él perdiendo todo interés en mí.

¡Qué experiencia más nueva! ¿Me molestaba? ¿O era un alivio? Un poco ambas cosas.

Mientras subíamos a la cima de la ciudad salía más y más gente de sus casas, atraídos por la gran compañía de soldados que venían marcando el paso detrás de nosotros. Iban todos muy bien vestidos, y sólo entonces me fijé en lo guapos que eran todos los hombres. Así era: los troyanos, bellos como dioses, renombrados en todas partes. Era cierto.

Ante nosotros se abría un amplio pavimento con un patio liso. Debíamos de haber llegado a la cumbre al fin. Había sido una larga caminata, mucho más que bajar desde el palacio de Esparta a las orillas del río y la ciudad. Troya era, pues, realmente inmensa.

La vista era deslumbrante. Una llanura salpicada de árboles se extendía ante nosotros en tres direcciones, y en la cuarta, el mar brillaba con un azul oscuro. Los edificios que coronaban el patio eran de dos pisos, rodeados por columnas pintadas de vivos colores, y unos amplios porches que daban la bienvenida, con sus tejados sobresalientes. Uno de ellos tenía en la parte delantera unas columnas regias: aquél parecía el templo.

Justo entonces hubo cierta conmoción en el pórtico del edificio mayor, y un hombre anciano salió, haciéndose sombra en los ojos con la mano. Inmediatamente supe que era Príamo. Era alto y majestuoso, a pesar de su avanzada edad; su túnica no colgaba flácida del esqueleto de un hombre encogido, sino que se drapeaba en torno a los hombros de un guerrero.

—¡Padre! —Paris abrió los brazos y caminó con ligereza hacia él.

—¡Ah, mi querido hijo! —Príamo se adelantó y le abrazó—. ¡Bienvenido a casa! Eneas inclinó la cabeza con respeto.

—Me rogaste que le devolviera a casa sano y salvo —dijo—. Y eso he hecho.

—¡Tenéis que contármelo todo! —dijo Príamo—. Esta noche. Celebraremos un festín que... —De pronto miró a su alrededor—. ¿No viene Hesíone? ¿Qué ha dicho ella?

—No la hemos visto, pero según cuentan, no quiere abandonar Salamina —dijo Paris—. Es vieja ya, está contenta... —Se encogió de hombros—. ¿Qué sentido tendría raptarla ahora? ¿Superaría tu alegría de verla su dolor por tener que abandonar su hogar?

—¡Éste era su hogar! —atronó Príamo, y pensé en Zeus.

—Los hogares cambian —dijo Paris—. El mío cambió, de las laderas del monte Ida y la choza de un pastor, a Troya. —Entonces me cogió la mano y me atrajo a su lado—. Y el de ella ha cambiado también. De Esparta a Troya.

—¿Qué quieres decir? —Su voz era afilada—. ¿Quién es, Paris?

—¿No la reconoces?

—No la había visto en toda mi vida.

—Sin embargo, deberías reconocerla. Mira su rostro.

Él entrecerró los ojos y me miró. Luego meneó la cabeza. Nadie había hecho eso antes.

—Ah, padre, vamos. Sólo hay una persona en todo el mundo que pueda ser así, y tú sabes quién es.

—Sí —dijo Príamo—. Y ese rostro me ha dicho que yo soy un mentiroso, cosa que nunca he sido. ¡Nunca!

—¿Qué quieres decir? —Paris dejó caer mi mano.

—Ya han venido a buscarla, amenazándome si no la devolvía... ¡La reina de Esparta, Helena! Les dije a esos enviados de Menelao en los términos más duros que yo no sabía nada de todo eso, que Helena no estaba aquí, y que tú no la habías raptado. Los eché con severas advertencias. Y ahora veo esto..., ¡me has convertido en un mentiroso!

—Pero, padre, ¿cómo ibas a saberlo? Tú decías la verdad, lo que pensabas.

—¡Tenía que haber conocido el carácter de mi hijo! Tendría que haber sido garantía suficiente para tus actos. Pero no..., veo que no te conozco en absoluto. Me lo advirtieron, me dijeron que tú no habías sido educado como un príncipe, que no tenías una mente noble..., pero hice callar a todos esos agoreros. ¡Para mi mal!

Yo seguía allí de pie, mientras discutían por mi causa. Sentí que tenía que decir algo.

—Príamo, gran rey —me adelanté. Pero no me acerqué demasiado, para no hacer

ningún gesto que pudiera parecer ni de súplica ni de familiaridad—. Es cierto, yo soy Helena de Esparta, antigua esposa de Menelao. He venido con Paris por mi propia voluntad. No ha sido obra de nadie, salvo de mí misma. No deseo causar infelicidad a nadie en Troya..., ya me parece lo bastante duro tener que causarla en Esparta. A menudo, la felicidad de una persona puede causar la infelicidad de otra. Pero yo he encontrado la felicidad, la primera felicidad auténtica que jamás he conocido, con tu hijo Paris, y me alegro de ello. Sólo lamento que eso pueda causarle dolor a alguna otra persona.

Sus ojos se agrandaron tanto que el blanco aparecía alrededor de todo el iris, como si estuviera a punto de estallar por dentro, como una fruta demasiado madura.

—¿Cómo te atreves a decir tales tonterías, cuando nos has puesto a todos en peligro? ¿Y cómo te atreves a comprometer el honor de Troya de tal manera?

—¡Padre! —exclamó Paris—. ¡Es mi esposa!

—¿Qué quieres decir? —gritó Príamo.

—Nos hemos consagrado el uno al otro, ante testigos. Los dioses nos han unido, nos han guiado, y ahora deben protegernos.

—¡Bah! —exclamó Príamo.

—Gran rey —dije yo—, por favor, ten misericordia.

—Ah, sí, tendré misericordia. —Dio la vuelta sobre sí mismo y señaló a los guardias a cada lado de palacio, a la gente que se reunía llena de curiosidad en el patio—. Pero los demás..., el consejo de ancianos, el pueblo troyano, nuestros aliados, y los espartanos..., ¿la tendrán?

—Debemos esperar... —empecé.

—Ah, si se tratara sólo de mí —dijo él—, yo le daría la bienvenida. —Acercó mucho su rostro arrugado y curtido al mío—. Besaría su mano y le daría la bienvenida. —Y lo hizo así, ampulosamente—. Alabaría a mi recién recuperado hijo por encontrar semejante esposa. ¿Y quién no? Tener una belleza semejante en palacio es como sujetar el sol con un arnés, de modo que siempre tendría brillo. Pero, ay, ella trae consigo sufrimientos y peligros.

Seguía mirándome, y noté que se ablandaba. La gente siempre lo hacía si me miraba el tiempo suficiente. Yo había despreciado antes aquel don; entonces di gracias silenciosamente por él.

—Hesíone no deseaba venir, y he venido yo. Una princesa por otra —dije.

—¡No me hables de mi hermana! —aulló, y me di cuenta de que había cruzado una línea delicada.

—Estabas dispuesto a arriesgarte a una guerra y a muchos sufrimientos por ella —

respondió Paris—; sin embargo, ¿ni siquiera quería venir!

—Es un asunto de sangre —dijo Príamo.

—¿Qué está ocurriendo? —Una voz aguda resonó en el porche—. ¿Príamo?

Apareció una mujer menuda que llevaba un traje de lana finísima. Su voz demostraba que era una mujer ya mayor. Así que aquélla debía de ser Hécuba. Con la cabeza muy alta, bajó los escalones y se acercó a nosotros, llena de dignidad.

En cuanto sus ojos se clavaron en los míos, supe que aquella mujer era la fuerte, y no Príamo. Ella nunca se ablandaría, sería la nieve perpetua que cubre la montaña más elevada. Como la nieve, su complexión era muy pálida; de más joven debió de ser exquisita.

—¿Paris? Así que has vuelto. —Le tendió la mano para que él la cogiera.

—Sí, madre. —Él se inclinó hacia la mano, luego la cogió con las dos suyas y la estrechó.

—Y has traído un precioso botín... ¿Nuestro hijo ha estado saqueando!

—¿Oro? ¿Esclavos? ¿Ganado?

—Nada tan útil —dijo Príamo—. Le ha quitado la mujer a Menelao. La reina de Esparta. —Hizo un gesto hacia mí.

—¡Helena! —Su voz sonó como un silbido, un sonido siseante—. Así que es cierto, pues.

Yo quería saber qué era lo cierto, qué quería decir, pero creí que era mejor permanecer en silencio, respetuosa ante aquella mujercita tan formidable. Incliné la cabeza.

—¿Eres una estatua, muchacha? ¿No sabes hablar? —dijo.

«Ah, sí, claro que sé hablar —pensé—, pero si digo lo que pienso, te pondrás muy furiosa».

—No me atrevo —murmuré, con un tono que esperaba que sonara conciliador.

—¿Una remilgada, vamos! —dijo Hécuba—. Te has tomado todas esas molestias para secuestrar a una niñita cobarde y tímida. ¡Su cara pronto se quedará tan descolorida como sus modales!

—¡Es mi esposa! —dijo Paris con fuerte voz—. ¡Te ordeno que dejes de insultarla!

Todo el mundo en el patio le oyó y empujó hacia delante, ansioso por oír mejor.

—¿Que me ordenas? —dijo ella—. ¿Me azotarás con un látigo como hacías con el ganado cuando lo arreabas?

—¡Basta! —ordenó Príamo—. Vamos adentro, fuera de este lugar público.

—¿Me invitas a entrar en tu palacio, pues? —dije yo, sin moverme un paso. Sabía

que ser invitada al interior del palacio significaba que me habían aceptado... o que habían aceptado el matrimonio.

Hécuba levantó una ceja.

—¡Vaya, sabe hablar! —Frunció los labios—. Al final, ya ha salido. Sí, por supuesto, entremos todos. —Agitó las manos.

Trasparamos el umbral de mármol y, al hacerlo, me convertí en troyana.

En el interior estaba frío y oscuro, y por un momento pensé que había vuelto a la caverna de Afrodita, una sensación que intensificaba más aún el débil perfume a rosas. Pero al cabo de un momento vi humo que se elevaba de un quemador de incienso y supe que aquélla era la fuente del perfume. No era una caverna mágica, sino que estaba de pie en el palacio de la ciudad más rica del mundo, frente a unos críticos demasiado humanos.

—Y ahora, hijo mío —dijo Príamo—, podemos hablar con libertad.

—Sí.

Hécuba ocupó su lugar a su lado. Ella apenas le llegaba al hombro. Su voz no invitaba a hablar ni libremente ni de ninguna otra manera.

Paris hizo un gesto hacia los cojines apilados alrededor de los muros.

—¿No nos invitaréis a sentarnos?

—A su debido tiempo —dijo Hécuba, bruscamente. Ella seguía de pie.

¿Debía de ser yo quien hablase primero? Miré a mi alrededor esperando que alguien me ahorrara aquella obligación. Pero todas las caras, todas las bocas estaban cerradas. Reuní todo mi valor y rogué a Afrodita que guiara mis palabras.

—La sangre es algo sagrado —empecé, dubitativa. No sabía lo sagrada que era para los troyanos—. Y nosotros compartimos la sangre. De cerca, a través de mi padre, Tíndaro, somos primos. Atlas tuvo dos hijas, y ellas fueron las antepasadas de Lacedemonio y de Dárdano, nuestros antepasados.

—No tan cercanos —dijo Príamo—. Y no compartimos ninguna sangre en absoluto si es verdad que tu padre no es Tíndaro, después de todo.

A medida que mis ojos se iban acostumbrando a la débil luz le veía con mayor claridad. Su rostro no mostraba emoción ni reconocimiento alguno. Sin embargo, me estaba evaluando. Ya conocía yo demasiado bien aquella mirada.

—Gran rey, eso no puedo decirlo yo. —Incliné la cabeza de forma que esperaba que pareciera sumisa.

—Yo sí —dijo Hécuba, resueltamente—. En ella no hay nada de Tíndaro. Mira la luz que desprende a su alrededor. Toda la habitación se ha iluminado. —Parecía molesta.

—Pero tú y yo, majestad, compartimos una sangre que no se puede negar. —Me volví a ella—. Por parte de mi madre, aseguramos que Fénix es nuestro común antepasado.

Ella gruñó.

—¿Y cómo es eso?

Yo estaba preparada. Había sonsacado a Paris y a Eneas para hacerlo.

—Agenor es el antepasado de Fénix. ¿Quieres que te cite todos los hilos que pasan por en medio y que conducen a mi madre Leda y a ti?

Podía hacerlo, aunque era muy tedioso.

—No —replicó ella—. Los conozco tan bien como tú.

Hubo silencio durante un momento. El humo surgía del quemador de incienso en nubes.

—Parece que Paris ha elegido esposa —dijo finalmente Príamo—. Nosotros le hemos rogado que se case. Y lo ha hecho. Han vivido juntos públicamente como marido y mujer, y han hecho votos. No se puede deshacer. Helena es de nuestra sangre, aunque sea de forma distante. Debemos... —meneó la cabeza—, debemos darle la bienvenida como a una hija.

Yo incliné la cabeza.

—Pero una hija que nos debilita —dijo Hécuba—. Pensaba que las alianzas matrimoniales eran para fortalecer dinastías, no para amenazarlas. —Volvió un duro rostro hacia mí—. Los enviados de tu marido, señora, han insistido en que te devolvamos. Con toda verdad les respondimos que no sabíamos nada de ese asunto. Pero ya no es el caso. Cuando no regreses, ¿cuál será su respuesta?

—¡Ninguna! —gritó Paris—. Nunca ha pasado nada por una cosa semejante. Con todos mis respetos, padre, no ocurrió nada por el hecho de que Hesíone estuviera en Salamina, ni porque Medea fuese raptada de la Cólquida por Jasón. Ni por el rapto de Ariadna por los atenienses. Los griegos protestarán, maldecirán, mandarán enviados. Al final se sentarán contentos ante sus hogares y cantarán tristes baladas sobre Helena, la reina perdida.

—«La gente no nacida todavía entonará canciones sobre nosotros» —dije yo.

—¿Cómo? —preguntó Hécuba—. ¿Es esto lo único que significa todo esto para ti? ¿Canciones?

—Yo..., yo... —En realidad no sabía de dónde habían salido aquellas palabras. Venían de algún lugar fuera de mí—. No quería que pareciese ligero.

—¿Y de qué otro modo podía ser? —replicó ella.

—Helena sabe cosas que los demás no sabemos —dijo Paris.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Hécuba.

—Quiero decir que a causa de los dones que le fueron concedidos en un templo, puede ver cosas que nosotros no vemos. Su sirvienta ha traído la serpiente sagrada de su altar doméstico. Debemos encontrarle un hogar adecuado aquí.

—¡Troya está llena de videntes! —exclamó Príamo—. Hay demasiados. Helena, eres bienvenida como esposa de Paris, pero no como vidente.

Ya se había convencido, tal y como yo me imaginaba.

—Guardaré a mi serpiente, pues, sólo como compañera especial, algo que atesoro y que he traído de Esparta.

Él sonrió. Los hombres son fáciles de ganar.

—Supongo que te retirarás a tus antiguos aposentos —preguntó Hécuba.

Las mujeres no son tan fáciles de ganar.

—Sólo por ahora —dijo Paris—. Construiré unos nuevos y espléndidos para Helena y para mí.

—¿Dejarás a todos tus hermanos y hermanas, que se alojan en los apartamentos reales? ¿Te irás aparte?

—Querida madre —dijo Paris, adelantándose y cogiendo el rostro de ella entre sus manos—. Ya estoy aparte, porque la bella Helena es mi esposa —dijo, y me tendió la mano—. Vamos, esposa mía. Si mi madre y mi padre no nos invitan a sentarnos, yo lo haré. —Hizo un gesto hacia los cojines de vivos colores.

Nos dejamos caer al suelo, un suelo cubierto de tapices tejidos como no había visto otros en mi vida.

—¿Aquí en Troya ponéis las tapicerías más bellas en el suelo? —pregunté, y pasé las manos por uno de los tapices, maravillada ante el diseño.

—Ah, éstas vienen del este, de algún lugar —dijo Paris—. Las conseguimos en las caravanas que pasan antes de que vayan más lejos. Es uno de los privilegios de vivir en Troya..., interceptamos el comercio. —Se echó a reír.

—Como ya lo has hecho, te invito a sentarte —dijo Hécuba—. ¿Queréis tomar algún refrigerio? —Ahora extendía la trampa de la hospitalidad, de una manera muy contenida.

—Sí —dijo Paris—. Sí, nos gustaría.

Príamo hizo una seña a una esclava que esperaba.

—Traedles lo que deseen.

—Parece que los dioses ya lo han hecho —dijo Hécuba, con aspereza. Se sentó cerca—. Así que, ¿te gustan los tapices del suelo? Vienen del este, de muy lejos. Los llamamos alfombras. Una idea nueva para cubrir los suelos. Pero es cálido. Aquí hace

mucho frío en invierno. —Me sonrió, distante—. Ya lo verás.

XXXI

Eneas, que había estado sentado tranquilamente todo el rato, se levantó y se dispuso a salir.

—¡No digas nada a Creusa! —le ordenó Hécuba—. Júralo antes de abandonar esta habitación.

Eneas frunció el ceño.

—Pero ella ya nos ha visto. Se reunió con nosotros cuando veníamos de camino por la ciudad, y estoy deseando estar con ella de nuevo.

—Puedes estar con ella todo lo que quieras —dijo Hécuba—. Pero no le digas nada. A los hombres se os da muy bien estar con una mujer y no decir nada importante.

—Me ha visto también. —Sentí que tenía que hablar—. Sabe que estoy aquí, y quién soy.

—¡Pues que sea lo único que sepa! —Hécuba se enfadó—. No tendrías que haber permitido que se viera tu rostro en las calles de Troya. A partir de ahora tendrás que llevar velo.

—No, no lo haré. —Yo hablaba en voz baja, pero estaba temblando. No podía echarme atrás en aquel asunto, no lo soportaría—. No soy un animal que tenga que ir atado. Cubrirme la cara es como ir atada. Que la gente me vea, y que hagan lo que quieran. No veo que ninguna mujer de Troya lleve velo.

—Tú no eres troyana —dijo finalmente Príamo—. No invoques las costumbres de Troya para ti.

—¡Ahora es troyana! —Paris saltó y se puso en pie—. A partir de ahora será conocida como Helena de Troya, y no como Helena de Esparta. Y por tanto, será tratada como una troyana.

—Me temo que no podrá ser —dijo Príamo—. Uno es el que fue cuando nació. Igual que Hesíone era y siempre será troyana, y no griega.

Eneas meneó la cabeza.

—Gran rey, creo que ella ya no es troyana, que debemos apartar los ojos de esa idea.

Príamo gruñó.

—Id a las habitaciones de Paris —nos ordenó Hécuba—. Y quedaos allí hasta que yo os llame. Esto hay que hacerlo con rapidez. Debo pensar qué hacer. Mientras tanto, debéis estar fuera de la vista.

—¿Como un ladrón o un asesino? —gritó Paris.

—¡Tú eres un ladrón! —respondió Hécuba—. ¿Cómo se podría llamar si no al que roba una esposa?

—Él no me robó —dije yo—. Me fui porque quise.

—Eso no es lo que dirán los griegos —objetó Príamo—. Insultaría su honor; para mantener su honor, deben asegurar que te robaron.

—¡Incluso que te violaron! —bufó Hécuba—. Casi lo oigo ya.

Eso comprometería mi propio honor. ¡No podían decirlo!

—No —protesté—. No es así.

—¿Puedes probarlo ante tu parentela, que está tan lejos? No, ellos se aferrarán a esa idea. —Se puso en pie, recta como un rayo de luz—. Y ahora vete. Vete a tus aposentos.

No me habían ordenado una cosa semejante desde que era niña. Habría respondido, pero Paris, leyéndome la mente, me cogió la mano.

—Déjame que te enseñe dónde vivía yo antes de partir hacia Grecia —dijo.

Salimos de la pequeña cámara y pasamos por el pórtico interior pintado de vivos colores, cuyos rojos, amarillos y azules en zigzag me hicieron parpadear. Pasamos a través de un estrecho pasaje y luego salimos a un inmenso patio oblongo con sombreados porches protegiendo cada puerta.

—Aquí es donde viven los hijos e hijas de Príamo —dijo Paris, haciendo un gesto amplio con la mano ante la vista.

Era tan grande como una ciudad. Se lo dije.

—Sí, es cierto —admitió él—. Y tiene todo lo que corresponde a una ciudad: un gobernante, luchas por el poder, escándalos y sobornos.

—¿Y quién es el gobernante de esta ciudad, si no es Príamo?

—Héctor, por supuesto —dijo Paris—. El más ilustre de todos los príncipes. Y no perjudica el hecho de que también sea el mayor. Eso elimina todas las posibles peleas sobre rangos y méritos. Siempre es conveniente cuando esas cualidades van juntas.

Pensé en Agamenón y su rango y méritos. Esperaba que Héctor fuese más simpático.

—Mis habitaciones están hacia la mitad del pórtico.

En lugar de pasar por el oscuro pórtico cubierto, fuimos por el patio abierto, donde unas plantas en macetas simulaban un bosquecillo sagrado. Sus hojas susurraban con la suave brisa, formando un sonido seco.

—Troya comercia con muchas tierras —dijo Paris—. Estas plantas se cambiaron por otros bienes. Algunas son muy valiosas, como esos arbustos de mirto. Otras tienen

flores de colores poco habituales. La esposa de Héctor, Andrómaca, quería un jardín con flores de todos los colores. Y casi lo ha conseguido. Su colección está aquí. —Me condujo hacia un grupo más denso de macetas—. Decía que tenía todos los colores, excepto el negro, porque las flores no son negras. Pero existe la leyenda de que hay unas flores negras en las orillas del río Estigio. ¿Será verdad? ¿Has estado alguna vez en el Estigio?

—No —dije yo. Había muchos lugares en los cuales no había estado nunca, incluso cerca de mi antiguo hogar—. Pero sé que en los bosquecillos sagrados de Perséfone había álamos negros. Creo que ella reclamaría como suyas esas flores negras. —Miré hacia las flores y vi algunas de color violeta, rojo, rosa, amarillo, blanco, agitándose valientemente al viento. ¿Cómo podía hacer tanto viento en un lugar tan cerrado?—. ¿De dónde proviene todo este viento? —murmuré.

Paris se echó a reír.

—Troya, la de los vientos. ¿No has oído hablar de nuestros famosos vientos?

—Sí, pero éste parece un viento mágico, para poder saltar por encima de una barrera tan grande como los apartamentos. —Me sujeté el manto.

—Sopla constantemente desde el norte la mayor parte del año —dijo Paris—. Así es fácil de identificar a los troyanos. Son los que andan inclinados siempre. Debo confesar que todavía no me he acostumbrado, y por eso aún ando derecho.

Atacados de nuevo por el viento, corrimos hacia el pórtico riendo mientras nuestras ropas se hinchaban a nuestro alrededor.

Cada puerta estaba pintada de un color rojo vivo, y tenía cerraduras de bronce, cerrojos ceremoniales que los artistas habían adornado con representaciones de ciervos, jabalíes y leones.

—Aquí están los antiguos apartamentos de Héctor, los que ocupaba antes de que se construyera su propio palacio —dijo Paris, agitando la mano. Su puerta, de un rojo intenso y brillante, reflejaba mi rostro; sus cierres de bronce reflejaban también nuestros movimientos. Seguimos andando, y Paris dijo—: Y aquí está la casa de Heleno, mi hermano el augur, el gemelo de Casandra, que también profetiza; pero a él se le entiende mejor.

—¿Fue él quien interpretó el sueño de Hécuba? —El sueño que hizo que expulsaran a Paris.

—No, ése fue Esaco. No podría soportar mostrarme educado con Heleno si hubiese sido él. Y ahora tampoco tengo que ver a Esaco demasiado a menudo. —Se detuvo frente a una puerta que parecía idéntica a todas las demás.

—¡Aquí!

Levantó el cerrojo de bronce y abrió la puerta brillante. Yo entré, muy consciente de que entraba en la casa de Paris. Dejé que mis pies atravesaran el umbral movida enteramente por mi propia voluntad. No hubo secuestro, ni violación ni fuerza.

La habitación parecía enorme, mucho mayor que la sala del trono de mi padre. ¿Era todo en Troya, pues, mucho más grande y espectacular que cualquier otro sitio en la tierra? ¿Los pequeños apartamentos eran más amplios que el mégaron de un rey?

—¡Oh! —dije, al examinarla.

Las ventanas sombreadas a cada lado dejaban entrar la luz del sol filtrada, quitándole parte de su intensidad. Extendida a lo largo de toda la pieza se encontraba otra de esas telas tejidas, echada en el suelo para pisarla, o para andar por encima descuidadamente. Tal era la riqueza de Troya. Lo que otros guardaban y atesoraban allí lo colocaban bajo los pies y lo pisoteaban.

Paris corrió por la gran habitación y me llamó para que viera las otras, más pequeñas.

—Aquí es donde vivo, realmente —dijo—. Abrió una puerta; una sala con altas ventanas que llegaban al techo apareció ante mí.

De modo que allí era donde Paris se sentía en su propia casa. Las paredes estaban pintadas de color tierra, y el suelo era de piedra suave, teñida de color rojo oscuro. Junto a las paredes había taburetes con asientos de piel, arcos y flechas colocadas en un estante bajo que corría en una pared. En una alcoba se veía una cama con una tela roja y amarilla por encima.

Ah, sí, aquél era un lugar feliz. Lo noté al momento.

—Paris..., no tenemos que dejar estas habitaciones. Podemos hacer aquí nuestro hogar.

Él me cogió entre sus brazos.

—Nunca. Porque la mujer más bella del mundo necesita los aposentos más bellos del mundo.

—Estas habitaciones donde vives ya son lo bastante bonitas para mí —dije, y era verdad. Tenían su espíritu, lo que me atraía.

—No, no —murmuró—. Debo construirte algo digno de ti. No puedo traerte aquí para que vivas en mis aposentos de soltero.

—¿Por qué no? —le pregunté—. ¿Acaso no intentas complacerme? ¿No se me permite elegir el lugar donde viviré?

—No. —Me alisó el pelo alborotado por el viento en la frente—. No, porque todavía no has visto las nuevas habitaciones, y no puedes comparar.

—Ni tú tampoco —dije yo.

—Ah, sí, las he visto en mi mente —me aclaró—, cosa que tú no puedes hacer.

—Paris, tú quieres hacerme feliz —dije—. Pero yo soy feliz sólo con haberte encontrado.

—Somos felices el uno con el otro, simplemente —afirmó él—. Pero los demás no comparten nuestra felicidad. Y por tanto necesitamos una ciudadela, una fortaleza donde podamos hacernos fuertes contra toda hostilidad. Me temo, mi amor, que por eso debemos tener unos nuevos aposentos. Para proteger nuestro amor.

Él decía la verdad. Estábamos solos contra el mundo, y sus constantes embates acabarían por desgastarnos, y aquellos aposentos de delgados muros, a pesar de su bella decoración, no nos protegerían. Estaban demasiado cerca de los demás.

—Muy bien —dije.

—Pero mientras tanto... —Me condujo hacia el lecho con sus cubiertas y me tendió en él—. Ha pasado mucho tiempo desde que nos tuvimos el uno al otro —dijo—. Y no debemos olvidar lo que se siente.

Ah, Paris. Ser amada por Paris era... como ser amada por mí misma. Si los dioses pudiesen amar, te amarían sólo por lo que eres. Pero los dioses no aman. Y por tanto, buscamos a esa otra persona que pueda amarnos como todos deseamos que nos amen.

Un recado de parte de Hécuba: teníamos que esperar en la privacidad del patio familiar después de caer el sol, y reunirnos con toda la familia. Mientras tanto, no debíamos salir, y el pasaje que conducía al patio permanecería bien cerrado. Aquélla no era la alegre bienvenida que Paris había esperado.

La parte más alta de Troya era el último lugar donde se ponía el sol, pero pronto los rayos fueron menguando y el arrebol rojizo fue desapareciendo de nuestra ventana. Cuando se hicieron visibles las primeras estrellas, supe que debíamos abandonar los aposentos y dirigirnos al patio, obedeciendo a Hécuba. Me puse a temblar, y no por el aire nocturno, aunque me protegí bien de él con el manto.

Ya estaban todos allí: una gran multitud. Era como en el tiempo en que los pretendientes habían rodeado a mi padre, sólo que aquellas personas no habían venido a pedir mi mano, sino a examinar el capricho de Paris. Me preparé para su hostilidad.

—¡Paris! —El tono sonaba amistoso. Los braseros iluminaron el rostro de Troilo. Cogió el brazo de Paris—. Decías que nos lo contarías todo. ¿Por eso nos ha convocado nuestra madre?

—Ése es un motivo —dijo Paris—, pero con nuestra madre nunca se sabe.

—Bien, bien. —Un hombre de bello rostro y amarga expresión apareció detrás de Troilo—. Así que nuestro hermano descarriado ha vuelto. ¿Por qué llama la Reina a consejo para eso? —Apenas me miró.

—Mi hermano Deífobo —dijo Paris.

Entonces el hombre ceñudo me miró como si me estuviera haciendo un gran favor.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó.

—La esposa de Paris —contesté.

Deífobo se echó a reír.

—¡Así que al final se ha casado! Has encontrado algo mejor que la ninfa del agua, ¿eh? ¿De dónde sales tú? —Esperaba, y como yo no dije nada, prosiguió—: ¿No te ha hablado de la ninfa del agua? Es muy triste, ella languidece ahora, pero realmente no pertenecía al palacio. Tú sí, te adaptarás bien...

Me volví de espaldas a aquel hombre tan condescendiente. Me habría gustado ver la expresión de su rostro cuando se dio cuenta. Por sus modales suponía que eso no ocurría a menudo.

Me encontré frente a una jovencita muy guapa con los ojos grandes y oscuros. La capucha que llevaba le ocultaba el rostro, pero se adivinaban unos rizos oscuros y brillantes en torno a sus mejillas.

—Bienvenido a casa, Paris —dijo, y su voz era suave y agradable como sus ojos.

—Laódice —dijo él—. Siempre es un placer verte. Es mi hermana, todavía no está casada.

—No por falta de intentos por parte de nuestros padres —dijo ella—. ¿Te has enterado? Han hablado con alguien de Tracia..., ¡imagínate, Tracia! Esa gente que lleva unos moños muy feos en el pelo. Quizá piensen que todos son reyes y quieren llevar torres en la cabeza como si fueran coronas.

La pobre niña, metida en las negociaciones matrimoniales. Qué espantoso era siempre aquello.

Cada vez más gente se reunía en el patio, y ya notaba el poder acumulado en aquella gran familia. Príamo presidía todo un clan, mientras que mi pobre padre sólo tenía a sus cuatro hijos, y encima dos de ellos eran mujeres.

—¿Cuántos hermanos tienes? —le pregunté a Paris.

—Nueve de padre y madre —dijo—. Y según dicen, treinta medio hermanos. No estoy seguro. Mi padre asegura que tiene cincuenta hijos, pero creo que lo dice sólo porque le gusta cómo suena «cincuenta hijos». En realidad, es posible que no tenga tantos. Tiene algunos de su primera mujer y muchos otros de distintas mujeres de la corte.

—¿Y tu madre no encuentra difícil esto?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? Es la costumbre.

En eso los troyanos también eran distintos de nosotros. Nuestros gobernantes

podían tener bastardos, pero no los exhibían con orgullo y la mujer legítima no los aceptaba. Príamo debió de ser un hombre bastante deseable cuando estaba en la flor de su edad. Aun entonces resultaba impresionante con toda su fuerza.

Se oyó un rumor y la gente se apartó y dejó camino a Príamo y a Hécuba. Dos portadores de antorchas los precedían, y las puntas llameantes iban oscilando, mostrándonos por dónde caminaban. Cuando llegaron a la parte central del patio se detuvieron, y se abrió un espacio a su alrededor.

Habían añadido unos mantos a sus ropajes, en atención al frío de la noche. Hécuba se había cubierto la cabeza y había metido las manos en el interior de su manto, y aun así temblaba.

—Mis queridos hijos —dijo Príamo, levantando ambas manos—. Todos vosotros sois muy queridos por mí. —Cuando resonó su profunda voz, todo el grupo guardó silencio—. Estoy muy orgulloso de todos vosotros, y no perdería ni un solo pelo de la cabeza de ninguno de mis descendientes. Sí, y más aún, incluso sacrificaría mi propia vida.

Los pies se movieron inquietos. ¿Adónde quería ir a parar el Rey?

—Si alguno de vosotros estuviera en peligro, yo enviaría a buscaros y entregaría un fuerte rescate, aunque estuviérais en las regiones más lejanas, al oeste de las Hespérides, o en el norte de donde viene el fino ámbar y donde la luz del sol nunca se apaga.

Más roces de los pies. ¿Había sido capturado alguien?

—Mi querido hijo Paris, uno de los mayores, y sin embargo recién conocido, ha vuelto a Troya después de un viaje peligroso. Estuvo entre los griegos, ¡esa gente traicionera! —Miró a su alrededor con la cabeza muy alta, buscando con los ojos entre la multitud—. ¡Y no me discutáis! —gritó—. Me quitaron a mi hermana y todavía no la han liberado. ¡Deshonor! ¿Cómo se puede confiar en un griego?

Hécuba se adelantó y le tocó la manga, como para moderarle, pero él estaba decidido en su enfoque, y no pensaba echarse atrás.

—En su viaje, Paris llegó a la corte del rey Menelao de Esparta. Habéis oído hablar de él, ¿verdad? El hermano de Agamenón. —Se quitó la capucha que le cubría la cabeza y se llevó una mano al oído, haciendo pantalla—: Ah, no, no me digáis que no habéis oído hablar de esa espantosa casa, de su indescriptible maldición... ¡Fueron tres veces malditos, en tres generaciones! Tienen encima de ellos cosas como el canibalismo, el incesto, el asesinato de niños por sus propios padres... ¡Ah, no nombremos todas esas abominaciones! Y a ese... antro, llegó de pronto Paris, inocente, sin saber dónde se metía. Y de allí rescató a la esposa de Menelao, que

ansiaba verse libre de la maldición de esa familia, una familia a la que se había visto forzada a entrar por matrimonio.

Ah, qué imaginación y qué nervio tenía. ¡Qué enfoque más astuto! Casi tenía que felicitarle, aunque todo lo que decía no eran más que mentiras.

—Esta pobre princesa ha buscado nuestra protección contra la horrible familia de la que huye. ¿Qué alma pura no desearía verse libre de tal vileza? Se ha entregado a nuestra misericordia. Debemos protegerla, en nombre de la decencia y de todos los dioses, para aborrecer el crimen y la corrupción.

Dejó su lugar y se dirigió hacia mí. Levantó las manos y cogió las mías; me condujo hasta el espacio vacío que había en medio del patio.

—Ésta es Helena, Helena de Esparta. Ella desea repudiar su antiguo matrimonio y convertirse en esposa de Paris. ¿La aceptaremos como uno de nosotros?

Su fuerte brazo me rodeaba.

—Levanta la cabeza para que puedan mirarte —me ordenó, con voz áspera y nada parecida a la voz suave y apaciguadora que había usado a pleno volumen.

Obedecí y miré a los reunidos. Aparte del roce de pies y de algunas toses, permanecían en silencio.

Príamo me pinchó en las costillas con un dedo, de tal modo que nadie pudiera verlo.

—¡Habla! —susurró en mi oído—. Sólo ahora te los puedes ganar.

Precisaba la ayuda de los dioses. Pero no había tiempo para enviar una plegaria. La multitud me miraba expectante.

—Hijos e hijas de Príamo —empecé, débilmente, y fui ganando impulso—, llevo mucho tiempo soñando con encontrarme en las alturas de Troya, que mi manto vuela libremente impulsado por los famosos vientos de vuestra ciudad. En la lejana Esparta oíamos hablar de vuestras glorias, y de niña yo esperaba contemplarlas alguna vez por mí misma.

¿De dónde salía aquello? Yo había pensado muy poco en Troya, y ciertamente, nunca de niña. Seguí adelante.

—Ahora he venido, no tal y como habría imaginado, pero los dioses nos conducen por caminos sorprendentes. Yo, que era una reina, soy ahora una extranjera en una ciudad ajena. He venido dejando a un lado la vida que viví en otra parte. Pero a mi lado se encuentra mi compañero en la nueva vida, Paris, que también vivió otra vida antes de venir a vosotros. Los dos hemos nacido de nuevo; ya no somos los que éramos antes, sino que estamos al borde de un nuevo mundo. Os rogamos que nos dejéis entrar.

Sabía que aquellas ideas venían de un dios, porque no eran mías. Pero describían muy bien nuestra situación. Nos encontrábamos ante las puertas de Troya, llamando. Sólo podríamos entrar cogidos de la mano, porque nuestros nuevos yos habían sido creados el uno para el otro, surgiendo de nuestros deseos y de nuestro destino.

El silencio se convirtió en suspiros y murmullos de aprobación. Príamo gritó:

—¿La dejaréis entrar?

La familia gritó:

—¡Sí! ¡Sí!

—¿Y qué nombre tomarás para ti, hija mía? —preguntó Príamo—. Paris ya ha tomado el nombre de Alexandros, aunque todavía podemos seguir llamándole Paris.

Un nuevo nombre..., ¿acaso no había deseado yo un nuevo nombre?

—Cisne —dije al fin.

—Te va muy bien por tu cuello blanco y encantador. —Hécuba, de repente, se encontraba junto a Príamo. Su voz sonaba más como el graznar de un cuervo. ¿Conocía ella acaso la historia del cisne? ¿Se estaba mostrando provocativa deliberadamente?—. A partir de ahora te podemos llamar Cycna, querida.

—Ella y Paris han declarado que son una nueva pareja entrando en un nuevo mundo. Una vez también la propia Troya fue nueva, y a ella llegó Palas Atenea, nuestra estatua protectora, que nos llovió del cielo. ¡Dejemos que consagren su nueva vida ante ella, la patrona de Troya! —gritó Príamo—. Seguidnos al templo —susurró a un lado a alguno de los sirvientes, y luego volvió a hablar a la multitud—. Después lo celebraremos.

Paris me cogió la mano.

—Nos aceptan —susurró—. Nos han dejado entrar. Ha sido brillante lo que has dicho. Te los has ganado. ¿Cómo has pensado en eso? Nunca habíamos hablado de ello.

—Se me ha ocurrido —dije, bajito—. Es cierto.

Más allá del patio nos rodeaba la gente de Troya, y debía cesar toda conversación privada. Los portadores de antorchas ocuparon sus lugares junto a nosotros, y pasamos a través de las grandes puertas de palacio, y nos acercamos al templo que yo había visto antes.

Con aquella débil luz resultaba difícil ver, pero las piedras me parecían blancas, de caliza o mármol. Entramos en la oscuridad del edificio, y entonces deseé que hubiese más de dos portadores de antorchas. No veía el final, el oscuro hueco parecía extenderse eternamente, como una enorme negrura que se nos tragaba.

Ante nosotros, Príamo y Hécuba caminaban despacio, pero sin vacilación.

Conocían bien el camino. Yo intenté seguirlos con toda exactitud.

Un atisbo de perfume dulce llegó hasta mí desde el vacío. Era una flor, una flor que conocía, pero ¿cuál? El aroma era tan ligero y provocativo como un susurro. Una flor blanca..., era lo único que recordaba.

De repente, Príamo y Hécuba se detuvieron e hicieron una reverencia. Sus antorchas vacilantes mostraron una estatua de tamaño natural de una mujer con los ojos muy abiertos. La mano derecha sujetaba una lanza, y la izquierda una rueca y un huso. Aquella Atenea estaba toscamente tallada y no tenía gracia alguna, cosa extraña, ya que la estatua la había hecho la propia diosa.

—Nuestra gran protectora, Palas Atenea, ahora te mira a ti, hija. —Príamo cogió mi mano y me condujo cerca de la estatua, y se dirigió a la diosa—. Gran diosa, ella ha venido a Troya en busca de refugio seguro. Concédeselo. Y concede tus bendiciones a la unión entre mi hijo y esta nueva hija de Troya.

Paris ocupó su sitio junto a mí.

De pronto, vi las flores blancas en la base de la estatua; su perfume me envolvió. Pero aquella estatua no tenía pies. Ni tampoco piernas.

—Antes de tomar a Paris como esposo tuyo, y a Troya como tu ciudad, debes renunciar a las anteriores —dijo Príamo—. ¿Hay algo de Esparta que puedas ofrecer aquí a Atenea?

Yo sabía de qué ansiaba liberarme. Durante todo el viaje había pensado en arrojarlo al mar, pero el desperdicio que suponía había paralizado mi mano. Ahora podía separarme de aquello. No sabía por qué lo había traído, en realidad, sólo que cuando me iba no pensaba con claridad.

—Sí..., padre —respondí—. Pero debo enviar a mi consejero a buscarlo.

—¿Consejero?

—Sí, el hombre más sabio de Esparta, a quien he traído conmigo.

Hécuba clavó sus negros ojos en mí.

—No han llegado a nuestros oídos noticias de ningún hombre sabio de Esparta —dijo.

—Era un hombre sabio privado, gran reina, no público —dije, y susurré a uno de los sirvientes reales que fuese a buscar a Gelanor y que le dijese que trajera...

—Continuemos nuestra ceremonia —dijo Príamo. Se volvió a Palas Atenea de nuevo—. Tú, que viniste a nosotros desde los Cielos, a mi abuelo Ilus, el fundador de Ilión o Troya, sin cuya protección habríamos perecido, envíanos una señal de que aceptas a la mujer Helena, también llamada en su nueva vida Cycna, entre nosotros. Sabemos que la señal puede no aparecer en este momento, y que debemos estar alerta

para encontrarla. Pero no nos fallarás. Y mientras esperamos, le daremos la bienvenida y uniremos sus manos con las de Paris. —Volvió muy despacio hacia mí mientras Gelanor entraba en el templo y se dirigía hacia nosotros. Llevaba una caja en los brazos extendidos que colocó en los de Príamo.

Príamo la abrió y vio la pesada cadena de oro matrimonial de Menelao en su interior. A la luz de las antorchas, el oro brillaba casi rojo. Vi que sus ojos se abrían mucho.

—Gran rey —dije—, este oro espartano fue colocado en torno a mi cuello el día que Menelao me hizo suya. De buen grado y libremente la entrego. Haz lo que desees con ella. Ya no me ata más.

Vi que Príamo luchaba consigo mismo hasta reunir el altruismo suficiente para entregárselo a la diosa. Cogió la cadena y la acarició, con el pretexto de examinar sus eslabones. Finalmente la levantó mucho y dijo:

—Con esta prenda de tu vida anterior has probado que nos entregas tu pasado. Tu presente y tu futuro estarán en Troya —dijo.

Lentamente, se arrodilló y la colocó ante Atenea. Luego se volvió de nuevo hacia nosotros y puso su mano encima de la de Paris y la mía. Estaba hecho, pues, y públicamente.

—Están unidos —dijo, y una educada oleada de murmullos resonó en el templo, rebotando ligeramente contra las piedras. Luego miró a Gelanor—. ¿Y entregas también este hombre sabio a Troya? —preguntó.

—Debes preguntárselo a él —objeté.

Gelanor no dio ninguna respuesta. Simplemente me miró y dijo:

—Ahora te he visto llegar sana y salva a Troya, como prometí. En lugar de sentirme a salvo, notaba una gran hostilidad de la diosa Atenea. Se desprendía de su estatua con tanta claridad como el aroma de las flores. Pero ¿qué le habría hecho yo para incurrir en su enemistad?

XXXII

Íbamos a dejar el templo, pero yo tenía miedo de volver la espalda a la diosa, sabiéndola disgustada. Si no volvíamos la espalda a los reyes terrenales, ¿cómo iban a tolerarlo los dioses? Pero ¿cómo iba yo a negarme a seguir a Príamo y a Hécula en su salida majestuosa? Paris me cogía la mano y en su calor yo me sentía segura, pero al mismo tiempo aumentaba la intensidad de la enemistad de Atenea. Notaba, más que verlo, a Gelanor detrás de mí, impaciente por dejarme en manos de los troyanos.

En el breve tiempo que llevábamos ausentes, el patio principal (no el interior, donde los hijos e hijas tenían sus apartamentos) se había transformado en escenario de un festejo. El altar estaba despejado y un buey permanecía en pie plácidamente, esperando a ser sacrificado, con los cuernos dorados y la orgullosa cabeza bien alta. Lo custodiaban varios sacerdotes, y ya estaban encendidos los fuegos para el asado. El animal miraba las llamas que lo consumirían, pero sin conocimiento de ello, igual que nosotros podríamos pasar junto al lugar donde yacerán nuestros huesos y quedarnos allí cogiendo flores.

—Helena, es mi hijo mayor, Héctor. —Príamo me hizo dar la vuelta hacia un hombre de pelo oscuro—. Héctor, es la elegida por tu hermano Paris como esposa.

—Oh, padre, ¿por qué le presentas de una manera tan modesta? —dijo Paris—. Ser hijo mayor es el menor de sus atributos. ¿Por qué no dices «mi alegría, mi orgullo, la fuerza de Troya, la gloria de...»?

—Con lo de hermano mayor bastará —dijo Héctor. Tenía una voz agradable, ni demasiado profunda ni demasiado suave, características ambas que habrían afeado a un hombre que por lo demás resultaba muy atractivo. En su rostro no vi parecido alguno con Príamo, ni con Hécula ni con su hermano—. Bienvenida a Troya —me dijo. Pero en aquellas tres palabras noté sombras de otras que no se decían—. Veo que la diosa te ha aceptado como a uno de nosotros.

Era algo prematuro asumirlo, aunque sí cortés.

—Estoy muy agradecida —dije yo.

Cuanto más le miraba, más atractivo me resultaba, porque carecía de cualquier rasgo desagradable. No tenía ningún defecto. Hasta sus orejas eran del tamaño exacto, perfectamente formadas, como si se hubiesen extraído de un molde.

—¡Fíjate, no puedes dejar de mirarlo! —me reprendió Paris—. Ya has caído bajo su hechizo, como todo el mundo en Troya.

¿Lo decía en serio o estaría bromeando?

—Hermano, es a ti a quien la gente llama semejante a los dioses —dijo Héctor. Y sonreía, y la sonrisa transformaba su rostro. Antes resultaba atractivo, ahora era subyugante—. Paris y su dorado cabello —se rio, pero con amabilidad.

—Ah, pero los hombres no me seguirían —dijo Paris.

—Sólo las mujeres. —Héctor se encogió de hombros, unos hombros que ahora me daba cuenta de que eran muy anchos—. Señora, sabemos que la única mujer con la que podía terminar era una más bella que él mismo, y no ha habido ninguna hasta llegar tú.

—Quería decir a la batalla —dijo Paris, bajito. Así que aquello le picaba. La ligereza había abandonado su voz.

—No hemos tenido ninguna guerra desde que llegaste a Troya —dijo Héctor—. De modo que no puedes saber cómo te iría dirigiendo a los hombres a la batalla.

—Ah, sí, dirigirles sí que podría..., pero ¿me seguirían?

—Eso, hermanito, es algo que debes esperar a averiguar. Pero que no sea demasiado pronto, sobre todo... Ahora hay tranquilidad en las tierras que rodean Troya, y eso es tan agradable como la última hora de la tarde, cuando el sol calienta las colinas.

—Es el momento favorito del día para Héctor.

De repente apareció alguien de pie junto a él, una mujer alta, casi tan alta como el propio Héctor. «¡Atenea!», apareció en mi mente. Pero una Atenea que permanecía de pie, encantadora y serena, y no aquella extraña de la que acababa de apartarme.

—Andrómaca, mi mujer. —Héctor la rodeó con el brazo.

—Bienvenida a Troya —dijo ella—. Yo también vengo de otra ciudad. Soy de Tebas, donde mi padre es rey de los cilicios.

—Está cerca de Plakos, un espolón en los flancos meridionales del monte Ida. Andrómaca está acostumbrada a bosques y montañas. Cuando las añora demasiado, nos trasladamos a nuestro lado del Ida. Allí hay bosques, fuentes y promontorios suficientes para todo el mundo. —Héctor la apretó contra sí—. ¿No es verdad?

—Los bosques del hogar son siempre distintos —dijo Andrómaca—. Quizá porque es nuestro hogar. Seguramente los árboles serán los mismos.

—Yo también vengo de un lugar con montañas y bosques —dije—. Los picos del Taigeto son altos y a menudo están coronados de nieve, y las laderas están cubiertas de pinos y robles.

—Yo he encontrado todo lo que deseo en Troya —dijo Andrómaca—. Quizá tú también lo hagas. —Se rio. Su risa era como el sonido de los arroyos de montaña—. ¡Aunque todo esto es muy llano!

Un bramido ensordecedor resonó en la noche. Era el más intenso que había oído jamás, y me encogí. Estaban sacrificando al buey.

Hubo movimiento en torno al altar improvisado. Los sacerdotes tendrían que ocuparse de los horribles detalles: la sangre, las entrañas humeantes, el despellejamiento, los cortes. Hasta desde una distancia prudencial, olía la sangre. Me sentí mareada; me llevé la mano a la boca.

—Sujétala, Paris, sujétala. —La voz era como el sonido de las ruedas de un carro que pasa por encima de la grava—. Parece que es algo impresionable.

—Esaco. —Paris se volvió hacia él—. Mi medio hermano —dijo. El escalofrío de su voz no quedó bien disfrazado.

Un hombrecillo pequeño se plantó ante mí, con la cara casi oculta entre los amplios pliegues de su capucha. Paris la echó atrás. Apareció una cabeza con el pelo muy corto, unos ojos oscuros y un rostro arrugado que se enfrentaban al mío.

Con lenta dignidad, el hombre se volvió a subir la capucha.

—Por favor, querido hermano, hace frío esta noche. No descargues tu hostilidad con mi pobre cabeza.

—Es el hermano mayor, de la primera esposa de Príamo —murmuró Paris.

—Ah, ¿y por qué detenerse ahí? —Se volvió hacia mí con fingida confianza—. ¿Por qué no se lo cuentas todo? Mi hermano (medio hermano) es demasiado amable. Eso le debe de venir de su madre, Hécuba, aunque como saben los dioses, ella raramente se muestra amable..., como tampoco lo hace nuestro padre común. —Sonrió y se ajustó la capucha. Ahora veía su rostro. Me recordaba a alguna criatura de la noche, con la cara aguda y alerta.

Yo esperaba. No tuve que esperar mucho.

—Tengo el don de la profecía.

No, otro... Así que Príamo había dicho la verdad. Troya estaba llena de profetas.

—¿Ah, sí? —respondí.

—Hécuba tuvo un sueño..., aquel sueño en el cual ella daba a luz una tea encendida que destruía Troya. Fui yo quien le dijo lo que significaba. —Se inclinó hacia delante y me susurró al oído—: Es nuestra oportunidad de probar a los dioses y sus funestas profecías. ¿Cómo sabremos que todas son reales? —Se adelantó y cogió la cara de Paris entre las manos—. Los dioses nos ordenaron que te destruyésemos. Alguien desobedeció y ahora estás ante nosotros, alto y esbelto y glorioso. Los dioses reescriben sus instrucciones sin parar. ¿Por qué seguir sus primeras órdenes?

Poniendo cara de pocos amigos, Paris agitó las manos.

—Déjalo ya, Esaco. Has bebido demasiado vino.

Éste se encogió de hombros y alisó los pliegues de su manto.

—Sí, quizá. Están sirviendo del mejor esta noche, en tu honor. Siempre me propongo tomar grandes cantidades de las cosas buenas. Como con los dioses... cuando te dan cosas buenas, debes servirte de ellas rápidamente, antes de que cambien de opinión.

Gelanor se acercó hasta nosotros cuando Esaco ya se alejaba. Una débil sonrisa jugueteaba en su rostro, y suspiró.

—Ahora mi conciencia está en paz —dijo—. Puedo dejarte sin persistentes preocupaciones por tu bienestar.

—¿Debes irte? —preguntó Paris—. ¿Por qué correr tanto?

Gelanor se echó a reír.

—Ya ha pasado mucho tiempo desde que dejé Esparta. Y más tiempo pasará antes de que vuelva a ella de nuevo. No me atrevo a entretenerme mucho.

—Ah, sí, quédate unos días. Salir a toda prisa podría resultar insultante para los troyanos.

De nuevo se echó a reír.

—Dudo que a ningún troyano le importe un rábano si yo me quedo o me voy.

—No es así. Ya has oído que el Rey ha preguntado si te proponías quedarte aquí. Él te daría la bienvenida.

No quería rogarle, pero ¡cómo deseaba persuadirle! Sin embargo, normalmente él era inmune a mis intentos de persuasión.

—No puedo hacer nada útil aquí, y sabes que yo sólo vivo de resultar útil. Te propongo una tarea: en los próximos días, convénceme de que se me necesita en Troya, y me quedaré un tiempo. Pero sólo un tiempo. Troya nunca podría ser un hogar para mí. —El tono sordo de su voz hacía que las palabras cayeran, pesadas.

—No te apresures —intervine.

—No pienso hacerlo. Me conozco muy bien. Y tú, ¿te conoces?

—¡Qué lúgubre todo! —gritó Paris—. Dejad de hablar de dioses y de presagios y de conocerse a uno mismo. ¿No podemos limitarnos a beber vino y a abrazarnos?

—Para algunas personas, eso basta —dijo Gelanor.

Las llamas se alzaban en el patio mientras se asaba la carne de buey y la grasa chisporroteaba al gotear sobre el fuego, lo que producía nubes remolineantes de humo que desaparecían en el cielo nocturno. La gente se agolpaba alrededor, ansiosa por probar los primeros bocados. Mientras esperaban, consumían cada vez más y más vino, de modo que sus cabezas giraban en un torbellino, como el humo. El ruido iba en aumento, como si la multitud hubiese crecido.

Paris pasó su brazo en torno a mis hombros y me condujo fuera de allí.

—Tengo que enseñarte algo —susurró.

Dejamos atrás el patio atestado y él me guio hasta el edificio principal, a través del mégaron, y hacia la escalera oculta en un rincón. Había una quietud mágica allí, ya que toda la gente había salido al patio. Subimos lentamente los escalones de madera, yo sujetándome el vestido para no tropezar. De repente, salimos a un tejado plano que dominaba toda Troya y su llanura, como la proa de un barco que sobresaliese muy por encima de ambas. Era de una inmensidad asombrosa.

—Ven —dijo Paris, cogiéndome de la mano.

Me condujo hasta el borde del tejado, donde un muro hasta la altura de la cintura nos protegía. El viento soplaba con fuerza, y yo me agarré a la parte superior del muro.

—Aquí está... toda Troya, y el territorio que la rodea —dijo Paris. El viento se llevaba sus palabras.

Me incliné por encima del muro y miré hacia la ciudad, que rodeaba el palacio como los pétalos de una rosa. En el punto más elevado sólo estaban el palacio y el templo de Atenea; en los otros tres lados, cayendo debajo de éstos, se encontraban anillos de casas y terrazas que se extendían hasta las murallas, cuyos muros guardianes se erguían afilados como cuchillos a la luz de las estrellas. Las antorchas parpadeantes, como pequeños puntitos, marcaban su camino. Oscuras y sombrías, las altas torres se iban alzando a lo largo de todo el perímetro.

Por debajo del lado norte, más escarpado, una llanura muy plana se extendía hasta el mar, donde la luz de las estrellas incidía en las olas y nos mostraba el agua que corría veloz.

—No puedes verlo ahora que no hay luna, pero hay dos ríos abajo, el Escamandro y el Simois —dijo Paris—. El Escamandro lleva agua todo el año, pero el Simois se seca en lo más cálido del verano. Llevamos a pastar a nuestros caballos allí en los verdes prados..., nuestros famosos caballos troyanos.

Las praderas debían de estar brotando en aquellos momentos, porque un aroma delicioso flotaba en las ráfagas de viento que inhalé profundamente.

—Es realmente una tierra encantada —dije.

Miraba desde arriba todo aquello: la ciudad dormida, los grandes edificios, las fuertes murallas, la torre más cercana, la fértil llanura. Fui andando hasta otro lado del tejado y miré hacia abajo, al patio, lleno de ruido, humo y gente.

—¿Debemos volver allí? —le pregunté. Desde arriba parecía más bien un nido de serpientes que se retorcían.

—No. No tenemos que hacer nada que no deseemos. Has sido presentada a la familia y a los troyanos, y se han observado todas las ceremonias. Ahora eres libre. Ambos somos libres.

¿Podía ser cierto aquello? De pie en el lugar más elevado de Troya, sintiendo el viento que corría a nuestro lado, limpio y fresco, lo creí. Cogí la mano de Paris. En aquel momento me sentía tan joven como Perséfone y tan encantadora como Afrodita. Afrodita entonces vino hasta mí con los vientos, me envolvió, me abrazó. Noté todo su calor a mi alrededor, suave como una nube.

«Yo te he traído aquí, hija mía. Obedéceme, deléitate conmigo, exáltame». Me volví a Paris.

—Volvamos a nuestras habitaciones —susurré.

El viento se llevó mis palabras, las arrastró muy hacia el sur, por encima de la ciudad. Me apreté más contra su cuerpo y lo repetí.

—Sí —murmuró él.

Atravesamos el tejado, bajamos las escaleras a toda prisa, bordeamos el patio atestado de gente y entramos en nuestro propio patio privado desde otra puerta, corriendo a través de su espacio vacío. Llegamos a la puerta de Paris, la abrimos de par en par. La gran sala de entrada y las habitaciones conectadas con ella nos saludaron silenciosamente. Mientras las atravesábamos a toda prisa, el único sonido que se oía eran nuestros pasos en la piedra coloreada.

La puerta se cerró detrás de nosotros; estábamos solos en el dormitorio, en la parte más privada. El pequeño brasero no estaba encendido. Me habría gustado tener fuego, aunque sólo fuera por sus llamas doradas y su dulce aroma. Pero nada importaba más que estar con Paris..., ni el fuego ni sus crujidos confortables, nada salvo nosotros dos.

No había pieles de lobo allí extendidas, ningún parapeto contra el frío. Los aposentos de Troya no estaban hechos de pesadas losas de piedra, que retenían el frío mucho después de pasado el invierno, como en Micenas, sino de la arcilla más fina y de vigas de cedro, delicadas, diminutas. La primavera vendría pronto a aquellas habitaciones cuando el invierno se demorase aún en Esparta.

Yo no quería más que estar junto a Paris, abrazarle a él y la vida que había en él, la vida que me ofrecía. Echada con él, uno junto al otro, no podía dejar de recorrer su rostro con mis dedos, como si quisiera memorizar cada plano y cada aspecto. Y lo hice, lo hice..., puedo notarlo incluso ahora, mientras lo recuerdo... Pero entonces, con su rostro bajo las yemas de mis dedos, sólo era consciente de la calidez y la delicia.

—Paris —dije—, ahora soy realmente tuya. He entregado mi fortuna, todo lo que me corresponde, a tus pies. Te he seguido desde mi mundo hasta el tuyo. No, más que eso: he renunciado al mío, he incurrido en la ira de mi familia y mi tierra. He colocado mis manos en las tuyas, entre nosotros solos, en nuestra privacidad, y ante la diosa que custodia tu ciudad. ¡Que ella nos proteja con diligencia!

Paris se inclinó hacia mí y me besó, y sus suaves labios ahogaron mis pensamientos, todo, excepto el deseo que sentía por él.

—Lo hará..., lo hará...

Yo había notado su enemistad, pero ahora aquello había desaparecido, diluido por la esperanza. ¿Acaso los dioses no conceden sus favores a aquellos que los honran? Y entonces ya no me preocupaba por nada más que por Paris. Los fuertes y robustos brazos de Paris, el divino rostro de Paris, el urgente e insistente cuerpo de Paris.

Hablan de la isla de los Benditos. Un lugar donde llevan a personas vivas para que nunca mueran, y vivan sus vidas eternas en el gozo, deambulando por aquella isla mágica lejos de todo lo que conocemos en esta tierra. Paris y yo volamos a aquella isla; fuimos transportados a un reino donde podíamos acariciarnos el uno al otro durante toda la eternidad, donde nunca cambiaríamos ni envejeceríamos, donde la pasión nunca disminuiría ni el sol se elevaría destrozando así una noche de amor.

No pasaba el tiempo en aquella cámara. Se extendía, y de cada hora hacía dos, como una pieza de suave cuero. Todo lo que queríamos, todo lo que hacíamos, lo que saboreábamos, se repetía tantas veces como lo deseáramos, como un pasaje favorito recitado por un bardo una y otra vez, a petición.

Al final nos dormimos. Y luego el sol se abrió camino en la habitación. No habíamos pensado en cubrir la ventana; cuando es de noche y está oscuro, no se piensa en el amanecer.

Paris se incorporó sobre un codo.

—¡Qué estúpido sol entrometido! —murmuró—. ¿Cómo te atreves a invadir nuestra intimidad?

Fue tambaleándose hasta la ventana e intentó tapan la luz. Pero no había postigos lo suficientemente gruesos, y no se podía evitar la luz del sol.

—Nunca me había molestado la luz del sol antes —admitió—. Siempre me levantaba cuando aparecía.

La luz mostraba su cuerpo a la perfección; sus rayos oblicuos matinales acariciaban todos sus huecos y sus protuberancias.

—El sol me entrega a un Paris con luz de día —dije—. Así que no podría nunca enfadarme con él.

Cada hora, cada minuto era nuestro. Ninguno era enemigo. Cada uno de ellos depositaba sus dones a nuestros pies.

XXXIII

De todos modos, teníamos que salir de nuestra isla de los Benditos, de la habitación de Paris. Fuera, el mundo de Troya esperaba en forma de una convocatoria por parte de los reyes.

Me vestí, evitando lo mejor que pude que la noche jugara con mis pensamientos, y me presenté ante ellos en la privacidad de su cámara del palacio. Príamo parecía cansado; agarraba con las manos los brazos de su silla como si temiera caerse. Hécuba, sentada junto a él, resultaba inescrutable.

—La ceremonia se observó correctamente —dijo finalmente Príamo—. Y la gente pareció unirse a la celebración con bastante libertad.

—Por lo que podemos suponer, al menos —dijo Hécuba. Sus palabras eran suaves y comedidas.

—Pero ahora debemos saber lo que ocurrirá. Hablamos con mucho arrojo la noche pasada, pero los dioses son otra cosa... ¿Y qué harán los griegos cuando crean que los engañamos?

—Padre, estás agitado. Te digo que no ocurrirá nada. No ha ocurrido nunca nada en casos semejantes. La gente olvida. La única persona perjudicada, después de todo, es Menelao, y no tiene ejército.

Yo me sobresalté. Nunca había oído hablar a Paris de una forma tan analítica. Pero tenía razón. Menelao no tenía ejército. Paris estaba equivocado en otra cosa, sin embargo: la persona más perjudicada era Hermíone. Mi Hermíone. Noté un frío dolor al pensar en ello.

—Debo saberlo —murmuraba Príamo—. Debo saberlo. Voy a enviar a Calcas, mi adivino, al oráculo de Delfos.

—¿Por qué, padre? —exclamó Paris.

—¡Porque no sabemos las iras que puedes haber atraído sobre nosotros! —dijo Hécuba—. ¿Crees que no sabemos el precio que tendremos que pagar?

—¿Y una sibila Herófila? ¿No hay una cerca de aquí? —preguntó Paris.

—Bah. No son demasiado fiables.

Clitemnestra había dicho lo contrario.

—Estoy muy contenta de oír eso —dije—, ya que una me predijo que yo traería a Grecia mucho derramamiento de sangre.

Príamo se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Qué profetizó?

—Yo era sólo una niña. Todavía recuerdo que me agarraba la cabeza con las manos y hacía profecías muy feas. Dijo... —había intentado bloquear todo aquello y sacarlo de mi mente, pero ahora trataba de traerlo de nuevo—: «Ella será la ruina de Asia, la ruina de Europa, y por su causa se luchará una gran guerra y muchos griegos morirán».

Quizá no tendría que haber hablado, pero ya era demasiado tarde.

—Mi padre tenía miedo de esa profecía. De modo que hizo que mis pretendientes (que eran muchos, de toda Grecia) hiciesen un juramento para mantener mi elección de marido. Él pensaba evitar la maldición de ese modo.

—¡Aaagh! —Príamo se echó hacia delante, agarrándose la cabeza con las manos—. ¡Oh, oh! Él sólo pensaba en los griegos que podían luchar unos contra otros, no que los griegos lucharían en un lugar lejano, en otras tierras. La sangre griega se puede derramar de muchas maneras, ¡y él pensó sólo en una! —Me fulminó con la mirada—. ¿Qué oportunidades hay de que ese juramento resulte vinculante?

Pensé en los pretendientes y en sus preocupaciones egoístas. Una vez yo elegí a otro, perdieron todo interés. Aquello había ocurrido hacía diez años.

—Muy pocas —dijo—. Los diversos líderes griegos están demasiado preocupados con sus propios asuntos. No creo que se arriesgaran a rescatar a la esposa de un rival... sin tener en cuenta el juramento que les hizo prestar mi padre sobre los trozos de un caballo, hace muchos años.

—Pero debemos consultar al oráculo —dijo Príamo. Era la primera vez que me enfrentaba a su tozudez.

—Sí —insistió Hécuba—. No podemos atrevernos a descuidar ese punto.

Príamo se puso de pie.

—Debes hablar tú misma con Calcas —dijo, mirándome a mí—. Es importante que él te conozca cuando comparezca ante el oráculo.

—¿Por qué? —dijo Paris—. Si el oráculo no la conoce, ¿qué importa que la conozca Calcas?

—¡Deja de hacer preguntas! —Los ojos de Príamo, brillantes y rodeados de arrugas, relampagueaban—. Ya ha habido demasiadas preguntas... y demasiadas acciones cuestionables.

—Haz lo que te ordena tu padre —dijo Hécuba, levantándose y colocándose junto a él—. Te haremos llamar cuando llegue Calcas.

Se fueron pasando junto a nosotros, los dos con la cabeza muy tiesa.

—¿Acaso tengo diez años, para que me despidan y me den órdenes de esa manera?

—A sus ojos, evidentemente sí.

—El aire de desaprobarción que muestran es increíble. ¡Dejemos este..., este recinto sólo adecuado para bestias domesticadas!

Levanté la vista a las vigas de cedro recubiertas de pan de oro que adornaban el techo, y a los delicados frescos que cubría las paredes con flores de vivos colores.

—Creo que ninguna bestia ha engullido su alimento jamás en un establo semejante. —Me eché a reír.

—No, es mejor, pasan los días en la libertad de los hermosos prados altos de las montañas —dijo él—. Yo debería saberlo. Las cuidé durante la mayor parte de mi vida. ¡Salgamos de la ciudad! Vamos, te enseñaré lo más maravilloso de Troya: ¡nuestros caballos!

—Pero si no estamos aquí cuando llegue Calcas...

—¡Pues que espere! Mi padre no dijo cuándo vendría —rio Paris—. Los caballos nos llaman. ¿No tengo que enseñarte todas las cosas de Troya, ahora que eres troyana? Coge tu manto y tus sandalias más resistentes.

Paris envió órdenes de que nos prepararan un carro, y nos dirigimos de vuelta a través de la ciudad hacia la puerta sur. Examiné cuidadosamente las casas, algunas de dos pisos y bastante grandes, y las calles bien barridas que iban serpenteando hacia abajo desde la parte alta de la ciudadela, llena de curiosidad por conocer a los troyanos y saber cómo vivían. Ellos también mostraban la misma curiosidad, mirándonos mientras pasábamos.

Cuando llegamos al amplio pasaje interior que abrazaba todo el círculo de la muralla, un bonito carro nos esperaba, con los radios dorados de la rueda brillando al sol. Dos caballos pardos iban enganchados a él. Paris acarició el cuello de uno de ellos.

—¿Quieres ver a tus primos? —le preguntó, alborotándole la crin.

Subimos al carro; las macizas puertas estaban abiertas de par en par por la mañana. Paris salió conduciendo el carro por la parte baja de la ciudad, donde carretas y carretillas y carros atravesaban una amplia franja hasta alcanzar la llanura de Troya. En lugar de la reticencia de la parte alta de la ciudad, resonaron gritos de bienvenida desde la parte baja. La gente abarrotaba las calles, agolpándose tanto a nuestro alrededor que el carro tenía problemas para pasar.

—¡Helena! ¡Paris! —gritaban. Flores, frutos, collares de cuentas de arcilla seca llovieron sobre nosotros, y algunos cayeron en el carro—. ¡Os amamos! ¡Os adoramos!

Paris se volvió hacia mí.

—Ahora ya ves lo que sienten los verdaderos troyanos —dijo.

Un hombre saltó delante del carro y se arrojó hacia él, agarrándose al borde. Por un instante colgó del pasamanos, con el rostro levantado hacia nosotros:

—¡La mujer más bella del mundo! —proclamó—. ¡Es cierto! ¡Y ahora es nuestra! —Movié el brazo libre en círculo, sujetándose con el otro al carro—. ¡Es nuestra! ¡Es una troyana!

¿Estaría borracho? Se cayó del carro y rodó por el polvo, ágil como un acróbata, y al momento se levantó y se echó a reír. ¿Le habría soltado el vino los miembros de esa manera? No importaba. Estaba alegre, alegre por nosotros.

—¡Helena! ¡Helena! —gritaban todos.

Yo levanté los brazos, y señalé al hombre que estaba a mi lado.

—¡Paris! —respondí—. ¡Paris!

Se oyó un enorme rugido mientras cogíamos velocidad y dejábamos atrás la última parte de la ciudad.

—Te aman —dijo Paris, en cuanto estuvimos a salvo y pudimos frenar un poco—. ¿No les has oído rugir, tan fuerte como un león sirio?

—Nunca he oído rugir a un león sirio —contesté—. Debería aceptar tu palabra al respecto.

Echamos la cabeza atrás y reímos en el aire tonificante. Ante nosotros se extendía una amplia llanura lisa, cubierta de nueva hierba primaveral y flores silvestres. Pero no vi caballo alguno.

—Los caballos pastan junto a las laderas de las montañas en lo alto del verano —dijo Paris—. Pero justo ahora están todavía en la llanura. Mira más de cerca.

Yo guiñé los ojos y pude distinguir manadas de animales que se movían plácidamente por la extensión verde.

—Creo que los veo.

—Son unos doscientos —dijo Paris—. Algunos son bastante salvajes, y requieren un largo proceso de doma. Héctor es soberbio en ese aspecto, de modo que uno de sus apodos es «Domador de Caballos».

—¿Y tú? —pregunté.

—También se me da bien, pero no me he ganado ningún sobrenombre.

¿Le molestaba aquello?

—Enséñamelo —dije, como para enterrar mi propia pregunta.

Nos abrimos camino hacia el lugar donde estaba pastando la manada más próxima. Era un paso difícil, ya que las rodadas de carro iban desapareciendo. Unos cincuenta caballos estaban allí pastando y levantaron la vista desconfiados cuando nos

acercamos.

Paris se bajó del carro moviéndose con pasos comedidos. Yo le seguí.

—Ten cuidado; no los asustes —dijo—. Son casi salvajes.

Algunos de aquellos caballos relincharon y se apartaron de nosotros. Otros se mantuvieron quietos, con los ollares distendidos. La mayoría eran de un color pardo poco llamativo, con la cola y la crin negras, los mismos colores que según me habían dicho tenían los caballos de Tracia.

Paris se dirigió hacia uno de ellos y se colocó a un lado. Intentó acercarse la mano, pero el caballo retrocedió, retirándose y mirándole con los ojos oscuros muy abiertos.

—Éste realmente está sin domar —dijo.

Se acercó cuidadosamente a otro, que se limitó a mirarle con plácida curiosidad al ver que se acercaba. Lentamente, él extendió el brazo y tocó el cuello del caballo, y aunque el animal emitió un ruido aleteante de exhalación procedente de los ollares, se quedó en su sitio.

—¿Te han ensillado alguna vez? —susurró Paris. Se acercó aún más y empezó a acariciar al caballo en el lomo y en los flancos. El animal seguía sin moverse—. Sí, creo que sí.

No había que saltar demasiado para subirse al lomo de aquel animal; ninguno de aquellos caballos era demasiado grande.

El caballo tembló y luego se echó a galopar de repente. Paris se agarró a su crin, envolviendo sus largas piernas en torno a sus flancos. El caballo coceó por el llano, con la cola tiesa y la cabeza extendida en línea recta. Luego empezó a corcovar. No estaba tan domado, después de todo; estaba claro que nadie lo había cabalgado antes.

Yo miraba llena de temor e impotente al caballo que se retorció y arqueaba el lomo. Lo único que veía eran sus cascos y su cola mientras intentaba desprenderse de su pasajero no deseado. Una vez, dos veces, tres, aquel espantoso arco proyectó su sombra sobre la hierba verde y brillante. Luego las dos figuras se separaron y Paris salió volando por el aire. El caballo se alejó al galope.

Corrí todo lo rápido que pude hacia él. El terreno era áspero e iba tropezando con terrones y hierbajos.

Paris estaba echado de espaldas y enmarcado por las hierbas silvestres y la hierba. Tenía los brazos caídos a cada lado de su cuerpo, y la cabeza colocada en un ángulo horrible. No se movía.

—¡Oh!

Corrí hacia él y acuné su cabeza en mi regazo. Seguía sin haber movimiento. ¿Respiraba? Apenas respiraba yo misma mientras le colocaba la palma en el pecho y

noté un leve movimiento de subida y bajada.

Tenía los ojos cerrados y yo le miraba espantada. ¿Y si nunca los abría? ¿Y si...?

Justo entonces gruñó un poco y abrió los ojos, parpadeando. Por un instante, no centró la vista, pero luego me vio.

—Estaba equivocado —me dijo—. Este caballo nunca había sido montado. —Se quedó quieto—. ¿No tendré nada roto? —Lentamente se incorporó hasta sentarse y movió los brazos. Luego probó las piernas, meneó los pies y por fin flexionó las rodillas. Al final se inclinó y encorvó la espalda—. Bueno, duele, pero al menos todo se mueve —dijo—. Hasta Héctor habría tenido problemas con ese caballo. —Meneó la cabeza.

—Has estado encima de él mucho rato —dije.

—Era rápido y era maravilloso montarlo..., al menos un rato. —Miró a su alrededor—. Debo recordar ese caballo. Quiero pedirlo para mí. Tenía una mancha negra justo detrás de la oreja derecha. Algún día cabalgaremos los dos juntos. —Se puso de pie y gritó de dolor—. Mientras tanto yo me curaré y el caballo se olvidará.

—Déjame que traiga el carro —dije, sujetándole—. No intentes andar.

Antes de que pudiera protestar, corrí de vuelta hacia el carro, donde los caballos esperaban pacientemente. Tras saltar a su interior, los arreeé hacia delante por el terreno desigual; las ruedas traquetearon un poco, pero consiguieron rodar por la hierba. Paris se subió, haciendo un gesto de dolor mientras se agarraba al pasamanos. Yo empecé a dar la vuelta a los caballos, pero él negó con la cabeza.

—No, tengo que enseñarte más sitios —dijo—. ¡Mira! El sol está elevándose en un cielo perfecto, y el día es joven. Es demasiado pronto para volver. Aquí, te enseñaré..., hay un camino a lo largo del Escamandro, justo donde ves esa línea de árboles. Podemos seguirlo y bajar hasta el mar.

El carro se iba abriendo camino por la pradera hasta que llegamos al suave camino del que él me había hablado, sombreado por tamariscos con flores rosadas. El Escamandro, que no era tan grande como el Eurotas, fluía rápido. Supuse que lo alimentaban las nieves del monte Ida. ¿No decían que allí había nieve casi hasta la mitad del verano?

—En realidad, es así —dijo Paris—. He visto nieve allí junto a los crocos y jacintos floridos... Pero el agua del Escamandro no viene de la nieve. Su fuente son dos arroyos que bajan burbujeando casi uno junto al otro, ¡uno muy caliente y el otro muy frío! Están al otro lado de Troya. Las mujeres tienen sus lavaderos allí.

—Pero ¡es imposible! Un arroyo caliente y uno frío..., no, no puede ser. —Me eché a reír—. ¿O esto forma parte de la magia de Troya, que es un lugar distinto de

todos los demás?

—Sí, así es —dijo Paris—. Te los enseñaré y despejaré tus dudas. Más tarde. Ahora mismo vamos en una dirección distinta, la dirección del Helesponto.

Los carros se abrían paso a lo largo del camino que iba hacia el brillante mar. Cuando llegamos a la playa, salimos del carro. Paris iba cojeando, pero decía que no importaba y me llevó abajo, a la ancha playa gris y sembrada de conchas marinas. El rugido del mar llenó nuestros oídos.

—¡Mira! ¡Mira allí! —Señalaba una línea oscura al otro lado del mar, más allá de la ensenada donde nos encontrábamos—. La costa que hay enfrente está muy cerca y, sin embargo, es muy difícil de alcanzar.

Ya veía las bajas colinas, enmarcadas por los desiguales reflejos en el agua.

—¿A causa de las corrientes?

—Sí. Son muy rápidas y hay dos: una en la superficie y otra por debajo. Las dos tienen un empuje tremendo. La corriente principal te empuja hacia el oeste, hacia el mar. Es tan incansable que si deseas cruzar por el punto más estrecho, puedes acabar arrojado muy lejos, corriente abajo. Es imposible cruzar directamente. Y si no alcanzas el lugar de desembarco, estás condenado. Bueno, condenado a explorar el mar Negro, si te ves arrastrado hacia el otro lado por las corrientes submarinas. Quizá no sea mala cosa.

—Dicen que el mar Negro es pródigo en bienes que los hombres codician —dije. En aquel momento, sin embargo, no era capaz de nombrarlos.

—Sí: plata, oro, madera, ámbar, lino y muchas otras cosas. Pasan arriba y abajo por el Helesponto cuando hay buen tiempo para navegar.

—¿Quién tiene esos derechos de comercio?

Él se quedó algo asombrado.

—Cualquiera que pueda llegar hasta allí —dijo—. No hay nadie que conceda o que niegue derechos de comercio. ¿Quién iba a tener poder para hacer tal cosa?

—He oído que vosotros los troyanos obligáis a los barcos a pagar un peaje.

—Cuanto más lejos llegan, más extraños son los cuentos —dijo él—. Cuando llega a Esparta, la cosa está bien retorcida, verdaderamente. No tenemos ninguna forma de erigir una barrera por este paso. Los vientos nos ayudan, eso sí. Si soplan en la dirección equivocada, un barco puede acabar aquí —indicó la playa—, y tener que esperar. Entonces salen del agua. Y tienen que venir a nosotros, porque nosotros tenemos los medios para custodiar el Escamandro. En ese sentido se puede decir que sí, que cobramos «peajes», pero los dioses deciden quién se queda aquí retrasado, no nosotros. Por supuesto, deciden ayudarnos la mayoría de las veces.

—Me temo que ese cuento, sea cierto o no, es lo que puede impulsar a los griegos a venir aquí, asegurando que vienen a rescatarme, pero en realidad lo harían para apoderarse de esa estación de peaje que creen que existe.

Podía imaginar a Agamenón forjando un plan semejante, convenciendo a sus ignorantes seguidores de que aquello era imprescindible.

—Vendrán, entonces, a coger algo que no existe. Los griegos son libres de viajar por el Helesponto cuando lo deseen. Es Poseidón, y no nosotros, quien determina su éxito.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que da a Troya sus riquezas?

—Muchas caravanas que vienen del este convergen aquí —dijo Paris—. Llegan al Helesponto y no pueden seguir ya más por tierra. Deben, o bien transferir sus bienes a barcos y hacerlos atravesar, o bien cargarlos en camellos y dirigirse más lejos hacia el este, en un viaje más largo por tierra. De modo que prefieren vender todos los artículos que pueden aquí, y la gente viene de muchos otros lugares a comprar. Cada verano celebramos una gran reunión, y nos hacemos ricos por la crueldad de los mares que impiden viajar por tierra más allá de nosotros. Y luego están nuestros famosos caballos troyanos..., ya los has visto.

—Pero ¿no puede ser sólo por eso! —Yo pensaba en el deslumbrante palacio en la cima de Troya, en sus enormes murallas, de piedra brillante, gruesas y, sin embargo, decoradas con relieves que permitían el juego de las sombras en diferentes momentos del día, y las calles amplias y limpias.

—No, no es sólo eso —dijo Paris—. Es el resultado de estar aislados, lejos de las luchas que desgarran a otras ciudades que están en la parte más reñida, y de tener un gobernante sabio.

—Pero... ¿basta con eso?

—Piensa —dijo él—. Piensa en la paz y en la seguridad que da estar apartado: implica no ser molestado. Piensa en la diferencia entre una familia gobernante llena de sabiduría y otra llena de locura. Añade a eso las peculiaridades de nuestra situación, que hacen del comercio una necesidad, y sí..., eso explica en gran medida todo esto.

—Así que es la ausencia de problemas, unida a dos hechos fortuitos, lo que ha hecho legendaria a Troya —sugerí.

—Sí —respondió Paris—. Las cosas sencillas tienen implicaciones complicadas. —Pasó sus brazos a mi alrededor—. La gente siempre subestima la importancia de las cosas sencillas. O asume que un gobernante casi sabio es lo mismo que uno sabio de verdad. Pero supone una tremenda diferencia quién esté o no en el trono.

—Y después de Príamo..., ¿quién gobernará?

—Héctor —respondió—. Y podemos sentirnos muy felices de que en este caso el mayor sea el hombre más adecuado para el puesto. Los dioses han sido buenos con nosotros, en ese sentido..., bueno, en muchos sentidos, en realidad.

El viento me arrancó el velo con el que me cubría la cabeza y se lo llevó rápidamente, y el enérgico aire marino soltó mi pelo de sus ataduras.

—No me gustaría navegar por aquí —dije, sujetándome los mechones de pelo suelto.

—A pocos barcos les gustaría —dijo Paris—. Bueno, entonces, ¿nos vamos ya de aquí? ¿Has visto bastante? Volvamos nuestra mirada al monte Ida, en la dirección opuesta.

Tras quitarme las riendas y afianzar bien los pies, dio la vuelta al carro de modo que se dirigiese hacia Troya. Ésta se encontraba extendida en el flanco del acantilado, y la ciudad inferior poco a poco se iba diluyendo hasta formar una oleada espumosa que se perdía en una playa, mientras que la ciudad alta dentro de sus murallas se veía espesa, contenida y compacta.

Lejos, pude ver una mole muy grande coronada de blanco.

—¿Es el monte Ida? —pregunté—. Parece demasiado lejano para ir hoy.

—Sí, eso es. Deberíamos preparar un viaje especial allí. Pero ¡mira! —Guio mi cabeza para que mirase hacia el pico más lejano—: Zeus vive allí. O eso dicen. Yo mismo no lo he visto nunca. Y la cima decepciona bastante..., es sólo una extensión bastante fea de tierra sembrada de pedruscos, sin vida alguna. Muchas cosas se aprecian mejor desde lejos, la verdad. Pero sus laderas inferiores son maravillosas... Lo llaman «el Ida de las mil fuentes», y la verdad es que es así. Bajan por él una corriente tras otra, con verdes cañadas y prados florecidos por todas partes. Te llevaré allí y te presentaré a mi padre adoptivo, y te enseñaré el lugar donde me crié.

¿También me enseñaría el lugar donde le habían arrojado para que muriera? ¿Sería un espacio abierto donde las fieras salvajes pudieran encontrarle más fácilmente, y el sol quemarle con mayor rapidez? Le atraje hacia mí. Y pensar que aquello estuvo a punto de ocurrir...

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Has visto algo que yo no haya visto?

Quizá, pensé. Pero sucedió en el pasado. Y ante nosotros sólo veía la grandeza del monte Ida y el esplendor de Troya.

XXXIV

Fuimos con el carro por aquí y por allá, buscando por un camino y luego por otro, y dando la vuelta en torno a Troya. Mientras la rodeábamos, vi que Troya era más elevada por el lado que daba al mar, donde el acantilado de piedra se alzaba desde la llanura. Por los otros lados, la pendiente era más suave; por el sur, casi era totalmente plana. Ése era el camino por el que habíamos entrado en Troya la primera vez, por la enorme puerta cubierta. Recordé lo nerviosa que estaba..., ¿sólo habían pasado dos días?

—Esto debe de tener un nombre —dije.

—Es la puerta Dardania —dijo—. La del sur, la que conduce al país de Eneas, y recto hasta el monte Ida..., el umbral de Zeus. —Se rio—. A veces la llamamos también puerta del Mercado, ya que es la más ajetreada. Pero ¿por qué no me preguntas por la misma que todo el mundo, la puerta que está junto a la famosa Gran Torre de Ilión?

—Muy bien. Cuéntame.

—Es la puerta Escea. Es la que usan los guerreros cuando salen de la ciudad.

—¿Por qué sólo ésa?

—Ah, es una tradición. Aunque es el camino más rápido para que un carro llegue a la llanura. Por eso —me atrajo hacia él como confidente—, vamos por ahí ahora. Se suponía que no debíamos hacerlo, pero...

La torre. La Gran Torre. ¿Por qué no me había llamado la atención antes? Se alzaba por encima de todo lo demás, como un gigante.

—«Las torres sin coronar de Ilión» —dije.

—¿Cómo? —Paris me miró extrañado—. ¿Qué quieres decir con eso de sin coronar?

—Pues no lo sé..., la frase me ha venido a la mente —dije, y no por primera vez. «Y ardieron las torres sin coronar de Ilión». Ahora había más, otras palabras que procedían de algún lugar lejano, como pasaba a veces—. Nada. —Meneé la cabeza como para librarme de lo que la invadía: brillantes imágenes de llamas, gritos, humo. Sin embargo, la torre permanecía tranquila, sólida a la brillante luz del sol, con los pájaros volando por encima.

—Estás preocupada —dijo él entonces—. Por el Rey y la Reina. Por favor, no te preocupes.

Que pensara que era eso. No sabía, ni podía explicar tampoco, lo que acababa de

ver, relampagueando por un instante en mi mente.

—Ese Calcas...

—Es un vidente engreído —dijo Paris—. Ya te dije que Troya está llena de adivinos —añadió, y volvió los caballos hacia el lado oriental de la ciudad, donde la muralla se volvía sobre sí misma creando una puerta protegida, casi oculta.

—Estamos muy orgullosos de las murallas que tenemos aquí —dijo—. Son las más nuevas, con la mejor piedra. Las que dan al lado oeste son más viejas y débiles, y queremos reforzarlas, pero... el consejo de ancianos..., bueno, son ancianos. Los ancianos pueden ser muy tacaños. Si algo no hace falta mientras ellos viven, no los preocupa en absoluto.

—Pero ¿el rey no puede hacer lo que quiera? —Me parecía curioso que no fuera así.

—Ciertamente. Pero les hace mucho caso. Él también es viejo, como ya habrás visto. —Se rio y azuzó a los caballos para que fuesen más rápido. El carro dio una sacudida y se balanceó.

El sol estaba casi vertical encima de nuestras cabezas, haciendo invisibles los delicados encajes de los muros.

—Estas murallas cambian de aspecto según el momento del día —exclamó Paris—. Son mucho más bonitas cuando sale el sol y las sombras se ven más pronunciadas.

Había otra gran torre al doblar el recodo, un poco más allá de la puerta oriental.

—Es nuestra torre de agua —dijo Paris—. Nuestro pozo principal está muy hondo en su interior, después de un tramo de escalones tallados en la roca. Nadie puede cortarnos el suministro de agua; no tenemos que dejar la ciudad para conseguirla.

—Pero ¿y los de la ciudad baja?

—Tienen también fuentes y el Escamandro —dijo.

—¿Y no podría apoderarse de todo eso el enemigo?

—Sí —admitió él—. Pero esa gente podría huir a los campos circundantes en busca de seguridad. Tenemos aliados en todo nuestro contorno: los dardanos, los frigios..., dispuestos a proporcionar ayuda.

—Pero ¿y si el enemigo atacase primero a los aliados?

—¿Por qué eres tan agorera? Nada está decidido. Los ejércitos vienen, golpean rápidamente y se retiran. No se quedan en el terreno. No pueden. Eso requeriría comida y disciplina, más allá de todo lo imaginable. Y el invierno troyano les haría desistir. El tiempo invernal aquí es duro: humedad, frío, un viento muy intenso, a veces incluso nieve. —Hizo parar a los caballos y se volvió hacia mí—. Pero ahora se aproxima el verano..., ¿tienes que insistir tanto en el invierno?

«Pero ahora se aproxima el verano..., ¿tienes que insistir tanto en el invierno?». En aquellas pocas palabras, Paris se describía a sí mismo. Incluso ahora, cuando pienso en él, pienso en el verano y en la calidez que él llevaba consigo como un manto que le envolvía adondequiera que iba. En mi mente, siempre está rodeado de campos floridos, mariposas y brisas suaves. ¡Qué invierno más largo ha sido mi vida sin él!

Paris detuvo el carro.

—¿Adónde vamos, amor mío? Ya hemos rodeado todas las murallas. —El polvo se iba asentando a nuestro alrededor.

«Hemos rodeado todas las murallas». Un rugido resonaba en mis oídos y oía el estruendo, el estruendo de cascos, oía un carro, oía gritos de aflicción que procedían de las murallas..., pero ¿cuáles? ¿Por qué? Y luego, reemplazando los cascos, ruido de pasos, gente que corría apresurada, pero ¿cuántos? Más de uno, era lo único que sabía.

¡Basta! Me cogí la cabeza entre las manos. ¡Basta!

—¿Qué te pasa? —preguntó Paris.

—¡Nada! —respondí, desafiante—. ¡Nada! —Levanté la vista. Los muros se erguían silenciosos, nada los rodeaba salvo nosotros.

—He traído vino, queso e higos —dijo—. Sentémonos a la sombra, junto a las orillas del Escamandro, y comamos algo.

La oscuridad iba en aumento cuando volvimos a la ciudad a través de la puerta Dardania; las grandes puertas estaban cerradas y tuvimos que pedir que nos abrieran. Normalmente no se permitía a nadie que entrase después de ponerse el sol, y las estrellas ya brillaban en la cúpula del cielo.

Esperándonos en los aposentos de Paris se encontraba un mensajero de Príamo.

—¡Acudid de inmediato ante el Rey! —exclamó.

Fuimos al momento, sin cambiarnos de ropa siquiera; sólo nos lavamos el polvo de la cara y los pies. Entramos en la sala del consejo del Rey y allí encontramos a Príamo y a algunos hombres esperando. En cuanto nos vieron se volvieron todos a mirarnos.

—¡Así que al fin estáis aquí! —exclamó Príamo, mirando con ira a Paris—. ¿No te dije acaso que esperases hasta que yo te llamara? ¿Cómo te atreves a abandonar la ciudad y a dejarnos aquí esperando?

Paris ni se disculpó ni discutió. Se limitó a encogerse de hombros y sonreír.

—Querido padre, hacía un día maravilloso y atrayente. No pensaba que nuestra pequeña escapada durase tanto tiempo.

Un discreto carraspeo de un hombre muy corpulento indicaba su escepticismo. Pero esperaba la respuesta del Rey, para darle pie a responder a su vez.

—No, tú no piensas nada, querido hijo. —Sonrió—. Pero ven. Ya hemos perdido demasiado tiempo. Aquí está Calcas, y quiero enviarle al oráculo para ver qué destino nos tiene reservado.

El hombre rechoncho se adelantó un poco e inclinó la calva cabeza. Tenía unos ojos como los de un ave, alerta e inquisitivos. Había algo en su rostro que indicaba una indiferencia deliberada, un esfuerzo por hacerse completamente inescrutable.

—Haré un esfuerzo para ir y volver lo más rápidamente posible —dijo. Sus modales eran como el aceite de oliva, suaves y untuosos—. ¿Y qué es lo que debo preguntar?

—Nada menos que el futuro de Troya —dijo Príamo—. Aquí tenemos a la reina de Esparta. La hemos admitido en nuestra ciudad, hemos reconocido su matrimonio con un príncipe de Troya. Pero ¿qué procederá de todo esto? Es una pregunta sencilla.

—Me temo que quizá no haya una respuesta sencilla. ¿Y si el oráculo...?

—¡Que te dé una respuesta clara! ¡Sigue interrogándola! ¡No dejes que se escude en palabras confusas!

—Mi estimado rey, ¿puedo dar mi opinión? —Un hombrecillo menudo, con el pelo, poco le quedaba, oscuro, adelantó unos pasos.

—Sí, ¿qué quieres, Pandaro?

—Como hermano de Calcas, comprendo la dificultad de lo que le estás pidiendo. Quieres que cruce los mares, que vaya hasta el oráculo, evitando a los griegos, y vuelva. ¿Te das cuenta...?

—¡Sí, me doy cuenta! ¡Es un adivino! Si no es capaz de ayudarnos ahora, ¿para qué nos sirve? —exclamó Príamo. Miró furibundo a los demás—. ¡Sólo aquellos que tengan algo pertinente que decir podrán hablar! Ya es muy tarde y mi paciencia se está agotando.

Un hombre elegantemente vestido se adelantó junto a Príamo. Su poblada melena era de color plata, y su rostro, aunque anciano, todavía era hermoso.

—Me parece, gran rey, que todo esto es innecesario. ¿Por qué enviar a Calcas a un viaje tan peligroso? Sabemos cuál es la respuesta. No es una respuesta que nos guste, de modo que busquemos otra. Pero la Pitia, la profetisa de Apolo, nos dirá lo mismo: Helena debe volver a Grecia.

—Antenor —dijo Príamo—, no puedo discutir tu sabiduría. Ésa es la respuesta fácil, la obvia. Pero ¿no hay más cosas en juego aquí, fuerzas que no podemos determinar? Por tanto, debemos buscar el consejo de los propios dioses. Ésta no es

una situación ordinaria, sujeta al sentido común habitual.

Antenor se irguió.

—Con todo respeto, gran rey, creo que cuando se ignora el sentido común, sigue la tragedia. Quizá busquemos demasiados sentidos ocultos y excepciones. La verdad es que una reina griega ha sido secuestrada o se ha escapado a Troya. Los griegos son un pueblo desagradable, belicoso. Sabemos que Agamenón lleva años alterado, hablando de guerra y de armas de guerra. No necesitan un motivo firme para atacarnos. Con uno débil basta, si un hombre quiere la guerra. Por tanto, digo: enviemos de vuelta a Helena. ¡Mandémosla de vuelta antes de que sea demasiado tarde!

Otro hombre se adelantó. Éste era robusto de cuerpo y de ancho rostro. Su forma de caminar delataba a un antiguo guerrero.

—¿Son demasiado débiles las murallas de Troya para resistir el ataque patético de unos pocos extranjeros? —gritó—. ¿De qué estamos hablando aquí? ¿De unos cientos de hombres miserables, obligados por Agamenón a cruzar los mares hacia Troya? ¿Escondidos en la costa, ocultos entre las sombras de sus barcos? ¿Por qué nos acobardamos ante el simple pensamiento de que ocurra algo así, algo que tiene pocas posibilidades de ocurrir?

Príamo asintió, mirándole.

—Has dicho la verdad, Antímaco. —Miró a los demás, que todavía estaban silenciosos—. Temblamos ante unas simples sombras. Necesitamos que el oráculo nos diga con certeza qué se avecina. Calcas, ve. Lo antes posible.

Los otros se agitaron y murmuraron, pero no añadieron nada más. O bien secundaban el consejo de Antenor de devolverme, o bien defendían la postura provocativa de Antímaco.

Calcas se quedó de pie ante Paris y ante mí e hizo una reverencia.

—Escucharé atentamente lo que diga la Pitia —nos dijo. Su rostro permanecía inescrutable. ¿Conseguiría hacerlo bien?—. Os transmitiré sus palabras exactas, a vosotros y vuestro rey. —Miró a su alrededor, como si buscara algo—. Con tu permiso, mi rey, me llevaré a mi hijo Hillo conmigo. Sería bueno que aprendiese lo que representa la vida de un adivino, y que contemplase a la profetisa más importante de todas..., quizá eso le inspirase.

La irritación se reflejó en el arrugado rostro de Príamo.

—No veo el sentido de eso —dijo—. Llevarte a un muchachito contigo te hará ir mucho más lento.

—¡No, no, más bien al contrario! —Calcas sonrió con seguridad—. Por lo que todos sabemos, es la edad la que lastra, y no la juventud.

—¡Bueno, muy bien! —Príamo agitó la mano, impaciente—. Ve en cuanto puedas atarte las botas de viaje a los tobillos.

—¿Podría llevarme una antorcha y empezar ahora mismo?

Una risa tolerante resonó en la cámara. Calcas dijo:

—Pandaro, ¿podrías traer aquí a Hillo para que reciba la bendición del Rey?

Antes de que Príamo pudiese evitarlo, Pandaro salió de la habitación, sonriendo. En un instante (obviamente, el muchacho estaba esperando fuera), volvió con un joven alto y desgarbado, y lo arrastró hasta Calcas. El chico mantenía los ojos bajos, pero casi se veían tapados por completo por el largo cabello que le caía en la frente.

—Hillo desea recibir tus bendiciones antes de partir hacia Delfos conmigo —dijo Calcas.

—¿Acaso soy un sacerdote yo? —bufó Príamo—. ¿Es mudo este chico? ¿No sabe hablar por sí mismo? ¡Y déjame que le vea los ojos en lugar de toda esa cascada de pelo!

Calcas cogió el pelo del chico y lo echó hacia atrás. Una cicatriz zigzagueante como una escalera reveló su sello lívido. Así que por eso mantenía oculta la frente.

—Perdóname, hijo —dijo Príamo—. Que los dioses curen el recuerdo de tu herida, que conserva tu piel. Y que tu viaje sea seguro.

Padre e hijo hicieron una reverencia y luego Calcas tomó la mano de Hillo y ambos se retiraron con gran dignidad de la sala. En cuanto se hubieron ido, Príamo se volvió con ojos furiosos a Pandaro.

—Tu risa ante la cicatriz del muchacho ha sido muy cruel. Pero ¿qué sabrás tú de cicatrices, si nunca has levantado un arma en combate?

Pandaro levantó una ceja antes de inclinar la cabeza sumisamente.

—Disculpas, gran rey.

—¿Podemos irnos ya? —exclamó Antímaco—. Se hace tarde.

—Pues sí. Podéis irnos todos. —Príamo los despidió con un gesto de la mano—. Y vosotros también. —Nos miraba a Paris y a mí.

El sol matinal inundaba nuestro dormitorio. De nuevo habíamos dormido hasta tarde. Yo me desperté antes que Paris; me estaba dando cuenta de que hiciera lo que hiciera él siempre quería prolongarlo, de modo que siempre se sobreponían las horas dedicadas a cada cosa. Como le gustaba permanecer despierto hasta tarde, apuraba la noche todo lo que podía; ahora, como estaba cansado, dormía demasiado, gastando la hospitalidad del día.

Rodó en la cama frotándose los ojos.

—En nuestro nuevo palacio tendremos unos postigos muy recios para que nuestro

dormitorio quede a oscuras. —Se incorporó—. Y hoy es el día que vamos a empezar a planearlo. Puedo llamar a los constructores...

—¿Tan pronto?

—¿Por qué aficionarte a estas habitaciones, cuando tendrás que dejarlas? No quiero que tengas la sensación de que la vida conmigo significa siempre dejar algo.

Una imagen pasajera del palacio de Esparta apareció en mi mente, pero la aparté enseguida.

—Pero obviamente a Príamo le disgusta la idea —dije yo—. Quizá le parezca una afrenta.

—Sin embargo, lo haremos —insistió Paris.

—Querrás decir que lo harás tú —contesté.

—Es para ti. Una morada adecuada para una mortal tan bella que ningún alojamiento puede hacerle justicia.

—Lo dices como si fuera una diosa, cuando en realidad no lo soy, o un trozo de piedra o de oro, cosa que tampoco soy.

—¡Vamos, no te quejes tanto! —exclamó Paris—. ¡Déjame hacer esto! Déjame construir algo, regalar a Troya algo de valor. Ese hermoso palacio seguirá en pie mucho después de que nosotros nos hayamos ido; otros vivirán allí, y se maravillarán con él, e invocarán nuestros nombres, llenos de gratitud.

Paris casi saltaba por las calles de Troya en busca de su ubicación; el constructor, Gelanor, Evadne y yo le seguíamos más pausadamente. Quedaba poco espacio sin construir en Troya; las casas estaban muy apiñadas, una pared contra otra, a medida que las calles iban serpenteando colina arriba hasta la cima. Allí, el palacio de Príamo, con sus enormes aposentos adjuntos, almacenes y talleres, el palacio de Héctor y el templo de Atenea ocupaban los lugares más selectos, y dominaban toda la llanura y el mar resplandeciente.

—¡Me gustaría estar allá arriba! —dijo Paris—. Allí, donde el viento sopla fresco y fuerte.

—Parece que otros han llegado primero —dijo Gelanor. Era casi la primera palabra que decía. En todo aquel tiempo, no había podido hablar con él en privado, con tranquilidad. ¿Todavía estaría decidido a irse?

—Otros llegaron primero también a la casa de mi padre, pero yo he encontrado mi verdadero lugar. Y también lo encontraré aquí, junto a él. —Paris señaló una casa de aspecto sorprendentemente modesto, colocada junto al palacio de Príamo, en la

cumbre—. Paguemos a ese hombre por su tierra y construyamos allí.

—No hay terreno suficiente para construir una casa mayor que la que ya hay allí —dijo el constructor—. Sería más pequeña que los aposentos que tienes ahora.

—Pero ¡el lugar es perfecto! —Paris parecía molesto.

—Quizá podrías construir hacia arriba —dijo Gelanor.

—¿Hacia arriba? —preguntó el constructor.

—Dos pisos son habituales —dijo Gelanor—. ¿Ha intentado alguien hacer tres pisos?

—No aguantaría..., el peso sería demasiado grande..., el piso de en medio resultaría opresivo..., creo que no... —dijo el constructor.

—Pero ¿lo ha intentado alguien? —preguntó Gelanor—. No quiero ponerme pesado, pero ayudaría mucho saberlo. Los hombres siempre están intentando hacer cosas nuevas.

—En los días venideros habrá cien pisos —dijo Evadne de repente—. O más. ¿Empezará todo eso aquí?

El constructor se volvió a Paris.

—¿Quieres que te ayude o insistes en escuchar a estos griegos, que admiten que no saben nada de construcción?

Paris se volvió y me miró.

—Querida mía, tus compañeros..., quizá deberían guardarse sus preguntas.

—No —dije yo. Gelanor nunca me había fallado con su mente inquisitiva. La cuestión que había suscitado me intrigaba—. No hay tierra suficiente para el palacio amplio que tú proyectas. Quizá sea el momento de tener otra visión. O podemos buscar otra ubicación, más abajo en la ciudad, y construir según la forma tradicional.

Frustrado, Paris se volvió a Gelanor.

—¿Realmente crees que podría haber un edificio con tres pisos?

—Quizá. Si puede haber dos, podrá haber tres. O incluso cuatro.

—Pero si vamos a construir así, ese edificio sobresaldrá por encima de todos los demás que están en la cima —afirmé—. ¿Y no causaría eso mal efecto? —Sobre todo no quería provocar eso en los troyanos.

—Por eso recomiendo que tenga sólo tres pisos —dijo Gelanor—. Aunque cuatro sería un desafío...

—¡Esto es absurdo! Los pisos superiores derrumbarían todo el edificio y matarían a los que estuvieran dentro. —El constructor levantó las manos—. No puedo aprobar esto. No puedo formar parte de esto. Si algo te ocurriera..., el Rey haría que me ejecutasen. ¡No, no lo haré!

Gelanor sonrió a Paris.

—Parece que tienes que hacer una elección. Si quieres seguridad elige otro sitio menos atractivo, o bien sé atrevido y construye allí, intentando un edificio de un tipo diferente. Por supuesto, el precio del fracaso es elevado.

—¡Yo quiero un palacio aquí! —El rostro de Paris estaba enfurruñado.

—¡Entonces tendrás que buscarte otro constructor! —anunció el hombre.

Paris parecía furioso.

—Muy bien. —Se volvió a Gelanor—. ¿Puedes quedarte un poco más en Troya y supervisar esto? Si tienes éxito, alcanzarás gran renombre en todo el mundo.

—¿Y si fracaso? —Gelanor parecía divertido y no asustado.

—Entonces, como griego podrás huir de la ira de Príamo cuando Helena y yo estemos enterrados debajo de las ruinas.

—Nunca huyo de mis propias desgracias —dijo él—. Así que me aseguraré de que esto no falle.

—¡Te dejo con tu locura! —exclamó el constructor—. Asistiré a vuestro funeral. Tendrán que enterrar juntos vuestros cuerpos destrozados. ¡Habréis creado vuestro propio terremoto! ¡Y apostá! —Meneó la cabeza y bajó por la calle pavimentada.

—La gente siempre tiene miedo —dijo Gelanor—. Pero la desesperación crea actos de valor desesperado. Y construir tal palacio, mi príncipe, es un acto de valor.

—¿Te quedarás a dirigir la construcción? —le pregunté.

Gelanor dirigió sus ojos hacia mí.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —dijo—. Has ganado de nuevo. Me has puesto el cebo...

—¡Yo no he puesto ningún cebo! —dije—. Discutía con Paris que la simple idea de abandonar el palacio del Rey es provocativa. En realidad, no lo necesitamos.

—¡A qué extremos puedes llegar para que me quede contigo!

—¡Eres un hombre muy presuntuoso!

—Ya basta, vosotros dos —dijo Paris—. ¡Si no os conociera bien, se diría que habláis como amantes!

Gelanor se echó a reír de nuevo, esta vez con más ganas. Al final dijo:

—Bueno, sí, menos mal que nos conoces.

—Gelanor raramente se ríe, así que esto prueba lo ridícula que es esta idea —intervine.

De pronto, Héctor salió de su puerta y nos miró, sorprendido.

—¡Hermano pequeño! —exclamó—. Y la muy bella Helena. —Se acercó a nosotros con rapidez, como un hombre que no duda—. ¿Qué hacéis esta hermosa

mañana?

—Quiero convertirme en vecino tuyo, así como hermano —dijo Paris—. Construiré mi palacio aquí. Junto al tuyo.

Héctor levantó una ceja.

—Ya hay una casa ahí, la casa de Oicles, el criador de caballos.

—Se la compraré —dijo Paris como sin darle importancia, haciendo un gesto de desdén.

—Me complace ver que eres modesto, mi querido y recién hallado hermano —dijo Héctor—. Porque cualquier palacio que se haga aquí por fuerza tiene que ser una miniatura, ya que no hay espacio. Aun así, puede ser exquisito.

—No, será grande —dijo Paris—. Tengo un plan para conseguir que lo sea.

—A menos que recurras a las artes mágicas, no consigo ver cómo podrías conseguirlo.

—Espera y verás. —Paris arrojó una mirada significativa a Gelanor—. ¡Éste es mi mago!

—El hombre más sabio de Grecia —recordó Héctor—. Lo espero con interés.

—¿De dónde venías? —preguntó Paris—. ¿Estabas abajo con los caballos?

—Sí —respondió Héctor—. Tengo que inspeccionar los establos de cría. Ha llegado una petición de Cícico de cierto número de yeguas y de un buen semental. Haré una selección esta mañana.

—Le enseñé a Helena las manadas que pastaban ayer. No visitamos los recintos que hay más cerca de la ciudad.

—Los caballos son nuestro orgullo —dijo Héctor.

Observé que Paris no decía que un caballo lo había tirado.

—A Andrómaca le encantan los caballos —continuó Héctor—. Sabe mucho de caballos. ¿Y tú?

—No mucho —contesté.

—¡Ah! —De repente, unas manos esbeltas cogieron de los hombros a Héctor por detrás, con los dedos como zarcillos.

Él se dio la vuelta en redondo.

—¡Casandra! —Vi que con su brazo rodeaba a la otra persona y la volvía hacia nosotros.

Una cara plana se enfrentó a nosotros, enmarcada por un cabello rojo y lacio. Nunca había visto un rostro más pálido. Hasta sus cejas resultaban invisibles. Los ojos eran azules, protegidos por unos párpados gruesos que los hacían tanto inexpresivos como plácidos.

—Ya veo con quién andas —dijo ella. Su voz era tan plana como su rostro—. He oído que habían llegado. Pero lo oí primero en la cabeza. —Le miró—. Tu casa caerá —dijo—. Se derrumbará.

—¿Te refieres a la construcción de mi nuevo palacio? —preguntó Paris.

—No. Ése durará tanto como los demás. Pero acabará por caer, consumido. Junto con los demás, entre las llamas.

«Y ardieron las torres sin coronar de Ilión». Me puse a temblar. Aquella espantosa frase de nuevo, la frase que venía a mí, sin yo quererlo, procedente de mi propia capacidad de profecía.

—Eso será dentro de muchas generaciones —aclaré. Miré los magníficos edificios y la tranquila y verde campiña, con los caballos pastando—. Como sabes, como yo sé muy bien también, ya que tengo mis propias visiones, en los mensajes que recibimos no se especifica la época.

Cassandra me miró como si mirase un ser repugnante.

—Tú eres la causa de las llamas —dijo.

—Ah, basta ya —dijo Paris—. Por favor, querida hermana.

Héctor se aclaró la garganta.

—Debo ir con los caballos —dijo—. Helena, haz llamar a Andrómaca cuando puedas. A ella le encantaría tener la oportunidad de contártelo todo acerca de nuestros famosos caballos. Le gustan mucho. —Luego se fue entre el remolino de su manto y las pisadas de sus sandalias.

Nos quedamos frente a la hostil Cassandra. Ella nos miró fijamente, y luego levantó la barbilla, como evaluándome.

—Sí, es cierto —murmuró—. Una cara que pueda causar una guerra. Y lo hará.

—No me extraña que nuestro padre te encerrase —dijo Paris—. Le diré que lo vuelva a hacer.

—«A causa de ella, habrá una gran guerra y muchos griegos morirán» —recitó—. ¿Y cuántos troyanos?

¿Cómo habría averiguado aquella frase, la frase pronunciada por la sibila y que helaba la sangre?

—Cassandra —dije al fin—, las sombras de un posible futuro no deben envenenar nuestros pensamientos.

—¡Las sombras del futuro han arruinado siempre mi vida! —exclamó ella.

—Eso es porque has dejado que anegaran tu presente —dijo Paris—. Vives sólo para lo que no ha ocurrido todavía, y en ese sentido no vives en absoluto, ya que el futuro siempre retrocede ante nosotros. —Se acercó a ella—. A nosotros dos,

hermana, nos han robado gran parte de nuestro pasado. Pero si dejamos que las profecías nos roben el presente es que somos unos idiotas, y sólo debemos echar la culpa a nosotros mismos. Ven conmigo..., ven conmigo en el presente. Esta mañana, ahora, soleada y cálida. ¡Vive ahora, hermana! ¡Vive con nosotros! La verdad es que no puedes vivir en ningún otro sitio.

Para mi sorpresa ella se echó a llorar, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos medio tapados. No emitía sonido alguno, estaba allí quieta, acongojada. Finalmente, murmuró:

—Tienes razón. No puedo seguir así, viviendo siempre en otro tiempo, oyendo voces que nunca son de mi propio tiempo o lugar. —Le tocó el hombro suavemente—. No quiero bajar al Hades sin haber caminado al sol..., mi propio sol, no la imagen de un sol de sueño.

—Entonces acalla tus profecías; cuando vengan imperiosas y rápidas, vuélveles la espalda. Vamos, toma mi mano.

Igual que me había dicho a mí: «toma mi mano...», y me hizo saltar, atrevida y audaz, a un nuevo mundo.

Cassandra puso su mano pálida en la de él, cerrando los ojos y respirando con fuerza.

—Me temo —dijo— que nunca he vivido aquí... antes.

—Es mucho más interesante que el mundo de las sombras y de las fantasías —dijo Paris—. Simplemente, mira lo que tus propios ojos te muestran y bebe lo que se halla ante ti. Si lo haces así, averiguarás que Helena es una mujer a la que vale la pena conocer, no una señal ni una imagen.

—Pero ¿quién es Helena? —preguntó ella—. ¿Acaso es algo más que una idea o un ideal?

Paris se rio y puso mi mano en la de ella.

—No puedes sujetar así una idea.

Yo vivía, yo era real, y había llegado a Troya para tomar su mano entre las mías.

XXXV

Sí. Yo había llegado a Troya, y empezaba a hacerme un hogar en Troya.

Evadne y yo buscamos un lugar para la serpiente sagrada.

—Debemos encontrar un hogar para tu serpiente —me decía ella—. Se sentirá mal acogida si lo retrasamos mucho más.

Encontramos una habitación pequeña debajo de los aposentos principales con una fuentecilla que dejaba caer su chorrito en una pila. Era un lugar recluso, tranquilo, una morada perfecta para la serpiente.

Fue sencillo hacer que construyeran un altar, y un lugar para colocar los pastelillos de miel y la leche para la serpiente. Cuando todo estuvo dispuesto, le pedí a Paris que viniera y me ayudara a soltarla. Después de todo habíamos hablado en privado por primera vez en su presencia, y nos habíamos declarado nuestro amor en el santuario doméstico donde ella vivía.

Juntos, abrimos el saco que la contenía y dejamos que saliera reptando. Hizo una pausa, nos miró (¿lo imaginaba yo o se mostraba solemne?) y luego lentamente fue deslizándose por el suelo resbaladizo hasta un rincón oscuro.

—Bendícenos —imploró Evadne—. Necesitamos tus bendiciones. Estamos en una tierra nueva, donde sólo tú perteneces a nuestro nuevo hogar.

—Éste es tu tercer hogar —dije yo—. Viniste conmigo desde Epidauro, luego a Esparta, y ahora aquí, en Troya. Pero cambiar es renovarse. Como cambias de piel, vivirás siempre joven. Enséñanos a hacer lo mismo. Y cuida a Hermíone, aunque sea desde lejos.

Paris se arrodilló y le habló allí donde estaba enroscada, mirándola.

—Me diste una señal en Esparta. Me ligaste a Helena, tu señora. Ahora estamos en mi ciudad y nosotros te cuidaremos. Debes mantenernos unidos. Protege nuestro hogar.

La serpiente sacó la lengua y luego desapareció de pronto en la oscuridad.

Días después llegaron los trabajadores y se alzó el nuevo palacio de Paris en la cima de Troya. Yo busqué a Andrómaca y la encontré muy bien dispuesta hacia mí, tal vez por ser extranjera también como yo. Había venido para casarse con Héctor desde el hogar de su padre, en Plakos; más que nada en el mundo ansiaba un hijo.

Mientras hablábamos de sus anhelos, la imagen de mi Hermíone perdida se alzaba ante mí. Echaba de menos a mi hija. A veces el ansia era tan intensa que tenía que retirarme a la reclusa cámara subterránea con el altar, y apelar en voz alta a los dioses

ante la serpiente sagrada que moraba allí.

Andrómaca me confió que había buscado todos los remedios y hecho todos los sacrificios a los dioses.

—Pero ¡soy estéril! —murmuró—. Día tras día, en estos aposentos sólo resuenan voces adultas. —Hizo un gesto hacia sus espaciosas salas y cámaras.

—Pero eres joven... —empecé yo. Siempre me interrumpía.

—¡Joven! ¡Sabes que no es verdad! Tengo más de veinte, por lo que calculo. ¿Eso es ser joven?

—Yo tengo más de veinticinco —replicaba yo.

—¿Y qué? No tienes hijos con Paris. Tuviste a tu hija a los dieciséis. Y ahora ya... ¡nada!

Hice un gesto de dolor. Sí, era cierto. Y deseaba muchísimo un hijo de Paris.

—Los dioses no pueden negarle un hijo a Héctor —decía yo. Era una respuesta insatisfactoria, pero era la única que podía darle.

A medida que le iba conociendo pensaba que Héctor era uno de los hombres mejores que habían creado jamás los dioses. No porque fuese un guerrero, no por su porte, sino porque era el tipo de hombre que siempre juzgaba con justicia, y que veía y consideraba todo lo que tenía ante él.

—Los dioses pueden hacer lo que quieran —me decía ella entonces—. Ya los sabes, Helena. —Y sonreía amablemente—. Tú eres pariente cercana suya.

—¿Te refieres a la vieja historia del cisne? —Yo me reía.

—No por ninguna historia divertida, sino por tus modales. Creo que algunos de nosotros están más cerca del cielo que otros.

Tales conversaciones me incomodaban, como me había ocurrido siempre.

—¿No es hora de comer algún dulce? —le preguntaba entonces—. Tu sirvienta se retrasa.

El verano llegó a Troya, unos vientos dulces y cálidos reemplazaron al incesante sople helado. La hierba de la llanura estaba muy verde y brillante, y el Escamandro se redujo hasta convertirse en un plácido arroyo gorgoteante. El otro río de la llanura, el Simois, se transformó en una serie de charcos cuando las fuentes se secaron debido al calor. Siempre hacía más fresco en la parte alta de la ciudad, sin embargo, y los trabajadores pudieron continuar construyendo nuestro palacio sin tener que aminorar los esfuerzos. Decían que estaría dispuesto para nosotros para el tiempo en que los días volvieran a acortarse de nuevo. Los muebles y la decoración vendrían después, por supuesto. Los trabajadores gruñían e indicaban que los artistas siempre tardaban mucho tiempo, y que en cualquier caso, no eran de fiar. El tercer piso todavía no se

había levantado. Gelanor estaba construyendo aún sus modelos de arcilla y palitos y añadiendo pesos para ver cómo se comportaban. Durante un tiempo habló de un cuarto piso, pero últimamente ya no lo había mencionado más. Quizá su modelo se hubiese hundido al intentar colocarle un cuarto piso.

Mientras yo mezclaba dos tipos de hierba seca de los prados para formar un popurrí perfumado para nuestras habitaciones, Paris entró de pronto y gritó:

—¡Mira lo que viene a Troya! —Su rostro estaba enrojecido por la emoción, y me cogió las manos tan rápido que se me cayeron las hierbas al suelo.

—¡No importa el desorden! ¡Vamos a verlo antes de que haya demasiada gente!

Tirando de mí, me arrastró por la calle principal y fuimos hacia la puerta Dardania, donde se estaba reuniendo ya una enorme multitud. Alguien intentaba abrir las puertas más aún, para que un enorme objeto que estaba fuera, rechinando sobre una plataforma que se tambaleaba, pudiera ser introducido por las puertas.

La multitud era ya tan grande que apenas podíamos movernos, de modo que Paris dijo:

—Vamos arriba, a la torre de guardia, donde podamos mirarlo mejor.

Subimos por la escalerilla a la plataforma donde guardias y arqueros vigilaban desde la torre, y por la ventana de ésta pude ver una enorme estatua dorada. El cuerpo era el de un león, pero tenía la cabeza de una mujer.

—Viene directamente de Egipto —gritaba un hombrecillo moreno con los brazos de mono—. ¿Y qué pagaréis por ella? No tiraré ni un paso más a menos que alguien la compre. ¡Soy un idiota por haberla traído toda esta distancia sólo con la promesa de un hombre que, evidentemente, no existe!

—¿Su nombre era Pandaro por casualidad? —chilló alguien.

El propietario de la estatua meneó la cabeza.

—No, Pandaro me parece que no era. ¿Sería quizás Antenor?

Al oír «Antenor», la multitud rugió. Recordé al hombre que iba elegantemente vestido, de modo que no me sorprendió nada cuando alguien exclamó:

—¡Ah, no, Antenor jamás querría una cosa tan vulgar y enorme!

—¿Vulgar? —chilló su propietario—. ¡Esta estatua es del palacio del faraón!

—Robada, desde luego. —Vi a Deífobo pasar sus manos por ella, sin preocuparse por si la manchaba.

—Si es así, el propietario no vendrá a buscarla aquí. —El hombre guiñó el ojo—. Y ahora, ¿qué afortunado troyano tomará posesión de ella?

—Es una esfinge, ¿sabéis? —dijo la voz ronca de un anciano—. A veces proponen adivinanzas, a veces leen el futuro. La que encontró Edipo mataba a la gente. Quizá

debas ser egipcio para poseer una y estar a salvo.

—¡Troya necesita una esfinge! —gritó un guardia—. Todas las grandes ciudades necesitan una esfinge, ¿y no es la nuestra la ciudad más grande de todas?

—¡Sí, claro que sí! —saltó el propietario de la estatua—. Junto al Nilo existe una ciudad que tiene una avenida entera de esfinges. Para no ser menos, tendríais que...

—¡Seguro que ahora tienen una menos! —dijo Deífobo. Su tono era siempre desagradable, aunque intentase disfrazarlo como si fuera una broma.

—Podemos colocarla en el espacio libre que hay junto al pozo inferior. Y plantaremos flores a su alrededor, y una fuente que corra, y la gente podrá sentarse a su sombra...

—¡Troya se la merece! —gritó una mujer.

—¿Cómo hemos podido pasar hasta ahora sin ella? —se preguntaba otra.

—¿Lo veis? —dijo el propietario—. Ahora, no os peleéis, pero ¿quién será el orgulloso propietario?

—Troya. —Apareció súbitamente Príamo a su lado—. Yo, como rey, le entregaré esto a la ciudad como regalo. —Le dio unos golpecitos en la espalda a la estatua—. Debemos embellecer Troya cada vez más. —Señaló a los trabajadores que permanecían ociosos de pie junto a la carreta—. Podéis pasarla por aquí, aunque es algo estrecho. Y llevarla a la plaza, tal como habéis oído.

El propietario estaba a punto de frotarse las manos, pero se detuvo de pronto.

—Muy bien, señor. Pero debo decir que: ¿por qué sólo una? Puedo conseguirte otra. Ya sabes lo que dicen: una estatua es una estatua, pero dos es una colección.

Apareció Héctor y, tras poner el brazo en torno a Príamo, dirigió una mirada al comerciante:

—No tienes a la suerte, amigo mío.

Riendo y dando brincos, la multitud siguió detrás de la esfinge y ayudó a empujarla en su camino. Alguien trajo vino, aunque era temprano, y un chico empezó a tocar la flauta. Bajamos de la torre y seguimos a la multitud hacia la zona pavimentada, mirando cómo se colocaba la esfinge en su lugar temporal.

—Creo que mi patio parecerá vacío si no tiene su propia esfinge —dijo Pandaro, que había llegado tarde al escenario.

—Confiesa. Confiesa. Eres tú quien la encargó, ¿verdad? —le provocó Héctor.

Pandaro le dirigió una mirada de fingido horror.

—¡Oh, no, no he sido yo! Mi debilidad son los muebles con incrustaciones, como sabrás muy bien.

—Como mi espalda sabe muy bien —dijo Héctor—. ¡Qué espantosamente

incómodos!

—¿Muebles con incrustaciones? —El comerciante debía de disfrutar de un oído sobrehumano—. Yo tengo unas mesas y unos taburetes encantadores en mi barco. ¡Ahí mismo! —Señaló hacia el lugar del desembarco—. ¡Los puedo traer al instante!

Pandaro dijo:

—¿De qué son las incrustaciones?

Y Héctor gruñó.

—¡Estás listo! —exclamó.

—Marfil o madreperla. Lo que prefieras, señor, ¡tengo de las dos!

—Hummm...

—¡Trae tus mercancías aquí! —dijo alguien entre la multitud—. Déjanos verlas.

—¡Sí, tráelas todas!

—Necesitaré ayuda —repuso el mercader—, para traer tantas cosas.

Como niños, los troyanos corrieron al barco y pronto volvieron cargados con cajas, bolsas y carros. Lo extendieron todo en el liso pavimento de la plaza, y dejaron que el mercader anunciase cada artículo y lo ofreciese. Mientras tanto, charlaban animadamente y pujaban unos contra otros.

Alfombras de lana, frascos de alabastro, collares de perro con incrustaciones de cornalina, sombreros para el sol y tejidos, jarrones pintados, peines de marfil: todo lo cogió la multitud ansiosa. Los objetos de mayor tamaño, como los muebles con incrustaciones, que eran realmente exquisitos, salieron con mayor lentitud. Fiel a su palabra, el mercader traía también otras estatuas, pero de menor tamaño, y además no eran esfinges. Todas desaparecieron en casas y patios. Ocasionalmente se oía decir a alguna esposa:

—Cariño, quizá deberíamos esperar a la feria comercial y ver qué se ofrece allí...

Paris susurró a mi oído:

—¿Compramos algo para nuestro nuevo palacio?

—No —dije yo—. ¿Cómo se puede amueblar algo que sólo existe en sueños? —No sabía si nuestra nueva morada era totalmente segura, y comprar algo para adornarla me parecía algo prematuro.

Alegremente, la multitud se apartó de los pocos artículos que ya le quedaban al comerciante y empezó a entonar:

—¡Tesoro griego! ¡Tesoro griego!

El hombre, extrañado, dijo:

—Tengo algunas vasijas de Micenas, con unas asas excepcionales... —Empezó a sacarlas de los carros.

Pero la gente gritaba:

—¡Nosotros tenemos nuestro propio tesoro griego, el mejor! ¡Helena, reina de Esparta!

—¿Y qué pagamos por ella? —chilló un hombre—. ¡Nada! ¡Era gratis! ¡Un regalo para Troya!

—¡Beberé por eso!

Los odres de vino pasaron por encima de los hombros.

Vi que Príamo fruncía el ceño por encima de la esfinge al oír aquellos gritos.

En la privacidad de nuestros aposentos, Paris miró a su alrededor con nostalgia y dijo:

—Los taburetes que tenía para el hogar bajo eran muy atractivos. Tendremos muchas chimeneas en nuestra nueva casa.

Al parecer, en Troya gustaban mucho más los entornos lujosos que en Esparta. Hasta Paris, a pesar de su educación sencilla en la choza de un pastor, los codiciaba. Debía de ser algo que llevaban en la sangre.

—Tu padre ha sido muy... generoso. —Quería decir «extravagante», pero no me atreví a criticarle.

—Se ve a sí mismo como padre de Troya, y quiere que sus hijos sean felices.

Qué indulgente. El recuerdo de mi padre y su tacañería vino de súbito a mi mente. Mi padre..., ¿qué habría hecho al despertarse aquella mañana y ver que yo me había ido? ¿Habría..., existía alguna posibilidad de que hubiese convocado a los pretendientes y hubiese tratado de unirlos? Y mi madre... y Hermíone... Ansiaba abrazarlas a las dos, y estaban tan lejos, resultaban inalcanzables. Había rechazado a Idomeneo porque no quería verme separada de mi familia por un mar, y ahora lo estaba.

—Pareces triste —dijo Paris, que se acercó a mi lado.

—Estaba pensando en mi familia, especialmente en mi hija.

—Ya sabíamos que sería difícil —dijo.

—No sabía lo difícil, lo doloroso que sería —admití. Era imposible experimentar la pérdida por anticipado—. Paris, ¿te gustaría tener un hijo?

—Sí, claro que sí. Nuestro hijo. Pero nunca podría ser Hermíone. Cada niño es diferente, como todos los hijos de mi padre lo son. Yo no soy Deífobo, ni Deífobo es Héctor.

—¡Ya lo sé! —Su respuesta, que quería ser tranquilizadora, no hacía más que aumentar mi dolor—. Pero podría traernos alegría. —Una alegría que conviviría codo

a codo con la pérdida.

—Entonces esperemos que los dioses nos envíen un hijo o una hija —dijo.

«Perdóname, Hermíone —rogué en mi mente—. No quiero reemplazarte, porque sé que es imposible. Lo único que quiero es encontrar una forma de seguir siendo madre».

A la mañana siguiente, recibí una convocatoria, disfrazada de invitación, para que me uniera a Hécula y a sus hijas en los aposentos de las mujeres de palacio. Me sentía aprensiva y al mismo tiempo halagada, complacida al ver que se me incluía. La Reina nunca me había hecho llamar ni me había invitado a su presencia desde que había llegado a Troya. Se lo dije a Paris.

—Ve con cuidado con lo que le prometes —dijo—. Puede que quiera algo.

Mis sospechas se veían confirmadas pues, aunque eso eliminaba el placer por la invitación.

—Estaré en guardia —le aseguré.

Hécula ya estaba rodeada de sus hijas cuando llegué en el momento acordado; obviamente, se habían reunido antes. Ella se encontraba de pie en el centro, y al instante pensé en la orgullosa Níobe y sus siete hijas encantadoras. La más alta no era hija suya, sino que era Andrómaca, que era tan majestuosa y graciosa como un bello álamo. Pero las demás eran todas suyas, y se arremolinaban a su alrededor como flores del campo, difiriendo mucho en colorido, pero todas con el rostro claro y los ojos brillantes. Había una a la que no había visto antes, más joven que las demás, de la misma edad que... Hermíone. La envidia de Hécula me invadió, pero meforcé por sonreír y preguntar a la pequeña:

—¿Cómo te llamas? No te había visto antes.

—Filomena —dijo ella, educadamente.

—Mi hija menor —dijo Hécula—. Tiene diez inviernos troyanos. ¡Uno de ellos con nieve! —Hizo un gesto a su alrededor—. ¿Conoces a las demás?

A algunas mejor que a otras, pero a ninguna bien. Creusa raramente se separaba de Eneas, de modo que siempre que le veía a él también la veía a ella. Casandra, con su cabello rojo, era fácil de reconocer. A Laódice (aquella con la que había hablado de matrimonio) sí que la recordaba, pero la había visto muy poco desde aquella primera noche en el patio. Había otra chica con un aspecto muy poco habitual, pero memorable. Tenía la nariz demasiado larga, los labios demasiado finos y rectos, la frente demasiado ancha, pero de alguna manera, todos esos elementos unidos

formaban un rostro muy atrayente, que no se olvidaba con facilidad..., que yo recordaría siempre, mientras que otros más perfectos se han borrado de mi memoria. Al pensar aquello, Hécuba rodeó sus ojos, protectora, y le besó la mejilla.

—Polixena —dijo—. Tiene doce.

La última, una muchacha esbelta y morena de una belleza cautivadora, a la que presentaron como Ilona, se limitó a mirarme y no dijo nada. No sabía si su silencio se debía a la timidez o a la hostilidad. En principio es imposible saberlo.

Las jóvenes se apartaron del lado de su madre como un nudo multicolor que se deshace. Observé que todas vestían de distintos colores, y me maravillé ante la diversidad de opciones que había en Troya. Una mesa que había a un lado casi se combaba bajo el peso de rollos de tela de más colores.

—Ahora que eres una hija de Troya, es muy adecuado que te unas a las demás —dijo Hécuba, contemplándome—. He sido descuidada al no incluirte antes.

—Me sentía muy sola, al ser la única que no había nacido de Hécuba. Aunque, por supuesto, ella ha sido como una madre para mí —se apresuró a añadir Andrómaca.

—Es hora de que se casen algunos de mis otros hijos —dijo Hécuba, meneando la cabeza—. Y algunas de mis hijas, también. Sólo Creusa, de todas mis queridas hijas, ha sido la afortunada y se ha casado. Pero pondremos remedio a eso. Y por eso estamos aquí. —Se volvió hacia mí—. Tú tuviste una competición de pretendientes, aquella... de la que me hablaste. ¿Crees que deberíamos celebrar algo así en Troya? —Sus ojos se mostraban inquisitivos.

Miré a sus hijas. ¡Qué prueba tan terrible para ellas!

—No —dije—. Esas competiciones son tediosas, molestas y caras.

—Y además tú has acabado escapándote con alguien que ni siquiera participó en el concurso —rio Laódice—. Qué gracioso, ¿no?

Hécuba le dirigió una mirada fría.

—«Gracioso» no es la palabra que yo elegiría.

—¡Ah, pero yo creo que es maravilloso... y muy valiente! —insistió Laódice, a pesar de su madre.

—Espero que no estés pensando hacer lo mismo —dijo Hécuba.

—Pues a lo mejor, si insistes en la idea de casarme con un tracio. Madre, yo no quiero dejar Troya. ¡No me envíes allí!

—Es cierto, los troyanos normalmente se casan entre sí —dijo Creusa—. Hasta Eneas podría pasar por troyano, tan emparentado está con nosotros.

—Ah, sí, los dardanos no cuentan como extranjeros. Laódice, ¿te gustaría casarte con alguien de Dardania?

—Es mejor que Tracia, pero sigue sin ser Troya.

—Pero ¿qué os pasa a todas? —dijo Hécuba—. Cuando yo era más joven que tú, Laódice, dejé Frigia para venir aquí como esposa de Príamo. No lloriqueé por tener que dejar a mi padre y a mi madre. Pero ¡si ni siquiera mis hijos parece que quieran casarse!

—Es que somos demasiado felices aquí en los aposentos de los niños..., quiero decir, en nuestros aposentos —dijo Laódice.

—¡Sí, es verdad! ¡No nos dejes! —exclamó la pequeña Filomena.

—¿Qué voy a hacer con vosotras? —dijo Hécuba—. Al menos Héctor se ha casado al fin, y ahora Paris... Helena, díselo. No hay que rehuir el matrimonio cuando llega la hora.

Miré a los rostros que me rodeaban, queriendo poder decirles algo agradable, pero no estaba segura de lo que podía ser. De modo que lo único que pude hacer fue hablar con sinceridad.

—Yo tampoco quería irme de mi casa, y por eso elegí..., quizás en parte, al menos..., a alguien que no se me llevase lejos.

—Pero ¡no fue Paris! —dijo entonces Ilona, y su voz reveló que, después de todo, sí que era hostil. Una pregunta respondida.

—No —accedí yo—. No fue Paris. Elegí a mi primer marido, pero los dioses eligieron al segundo.

—Primero elegiré mi vestido de novia —dijo Laódice, señalando hacia las telas—. Quizá si ya tengo elegido el traje...

Parloteando, las jóvenes se volvieron con alivio hacia las telas mientras Hécuba esperaba junto a mí.

—¿No deseas dar tu opinión? —me preguntó.

—Laódice está muy guapa con cualquier color, así que su elección no será nunca equivocada.

Hécuba se encogió de hombros.

—Hablas por ti y no por ella. No le quedan bien ni el rojo ni el marrón.

Dijera yo lo que dijera, ella siempre me lo discutía o me lo negaba. Era muy cansado. ¿Por qué me habría invitado en realidad?

—Ahora que somos familia —decía—, es bueno para las muchachas conocerte un poco mejor. —Hizo una pausa—. Las cosas prohibidas se vuelven mucho más atractivas. Temo que Laódice ya te admira más de lo que es bueno para ella. Aunque no puedo rechazar a la esposa de Paris, no sería totalmente sincera si fingiera que deseo que alguna de mis hijas te imite.

—La sinceridad es una gran virtud —afirmé, dejando que en mi voz se transparentase un tono hiriente. «Y también lo es la amabilidad —quise añadir—, y a veces están en conflicto la una con la otra. Por pura amabilidad me callaré la respuesta sincera que podría darte ahora mismo acerca de ti y tus modales».

—Nos comprendemos la una a la otra —dijo.

En realidad, no era así. Yo aún no era capaz de leer todas las profundidades de su carácter, y notaba que ella sabía muy poco de mí, y que tampoco deseaba saber más.

—¿Aún estás embarazada? —me preguntó de repente.

—¿Qué quiere decir ese «aún»?

—Quiero decir que pensaba que era eso lo que se escondía detrás de tu precipitada huida de Esparta.

—Si fuera así, ya habrías podido verlo por ti misma ahora. —En realidad, aquella mujer era muy ofensiva, con su brusquedad y sus suposiciones.

—Lástima —dijo—. Dale un hijo a Paris o él lamentará haber huido contigo —afirmó, con suficiencia—. Lo sé muy bien.

—Sabes muy poco de él —dije—. De hecho, no le conoces en absoluto.

—Eres tú quien no le conoce. Los dioses nos ciegan de ese modo.

—¡Madre! —gritó Laódice, y se acercó corriendo con una pieza de tela de un amarillo pálido. Se la colocó debajo de la barbilla—. ¡Es ésta! ¡Ahora tendremos que encontrar a un hombre que haga juego!

XXXVI

Al fin se aproximaba el momento de la gran feria comercial en la llanura de Troya. Durante unas pocas semanas a finales del verano, miles de personas vinieron a los prados, a los pies de la ciudadela, ante los mares cerrados de nuevo por el invierno. Llegaron de Babilonia, de Tiro y de Sidón, de Egipto, de Arabia y de Etiopía. Colocaron sus bienes para que todos pudieran verlos y comprarlos, y durante un tiempo breve y glorioso Troya fue el centro del mundo.

¿Quieres contratar un tutor en acadio? Seguro que habrá alguien allí experto en esa lengua. ¿Quieres comprar una tela tan ligera que flote? Allí estará. ¿Y una exquisitez hecha de pasta de almendra batida? También la encontrarás allí, puedes estar seguro de ello. Y de las transacciones de cada día, Príamo cobraba una cuota. Sus agentes estaban por todas partes, observando a los mercaderes y recaudando sus cuotas. La gente pagaba de buen grado, porque el lugar estaba tan bien situado que nunca encontrarían otro mejor. Allí, en la encrucijada de Europa y Asia, este y oeste, Troya se alzaba como reina del mundo.

Paris y yo caminamos por aquel terreno por la tarde, cuando las sombras del sol ya eran oblicuas. A nuestro alrededor se alzaba una algarabía de distintas lenguas, y yo me deleitaba con ella. Las lenguas desconocidas me hacían invisible; yo pasaba a través de ellas como si fuera una sombra del mundo inferior. Vi los productos curiosos y tentadores extendidos sobre paños de vivos colores: trozos de ámbar moteado sin trabajar, pilas de alfombras de lana, cortezas retorcidas de dulce aroma, pulpos secos, hachas de metal de color oscuro, montículos de incienso crudo, bolsas llenas de turquesas del desierto de Egipto...

De pronto, mientras estábamos inspeccionando una camada de cachorros de leopardo en venta por parte de un mercader de Nubia, oí el sonido del griego. Del griego espartano. Su dulce melodía, su cadencia, flotaron por el aire como las especias que desprendían su perfume en una manta cercana. ¡Griego espartano! Agarré la mano de Paris y le arrastré lejos de los leopardos, siguiendo aquel sonido como un niño atraído por una flauta.

—¡Espartanos! —dije—. ¡Hay espartanos aquí!

—Quizá no deberías ir —dijo Paris—. O si vas, mejor cúbrete la cara.

Ah, sí, claro. Por supuesto. Me había vuelto algo descuidada en ese aspecto, ya que entre los troyanos era libre.

Nos acercamos a los mercaderes. Eran tres. El mayor y más delgado era el líder,

eso resultaba obvio. Dirigía a los otros para que repusieran las mercancías y era el que controlaba los tratos. Vi jarras de olivas silvestres secas de las laderas del Taigeto, un manjar local, y la inconfundible miel de las praderas del Eurotas. Al instante las codicié. También tenían unos pendientes de oro de fina factura. Probablemente yo incluso conocía al artesano que los había hecho.

Me acerqué más y di unos suaves codazos a Paris para que comprase algo de miel. Cuanto menos hablase yo, mejor. Mientras le ofrecía a Paris jarras de diferentes tamaños, oí a los otros dos, uno joven y grueso, y el otro con una barba como un chivo, decir que habían llegado tarde porque la mayoría de los barcos griegos habían sido requisados por Menelao y por Agamenón; los mercaderes corrientes se habían visto despojados de sus buques.

—Sí, apenas queda un solo barco en Grecia —decía el más robusto—. Éste se encontraba escondido a sotavento de la isla de Gitio, si no, también lo habrían cogido.

—¿Cogido para qué? —preguntó Paris.

Ellos nos miraron, con los ojos muy abiertos.

—Pues para la gran flota que está reuniendo Agamenón, claro. Ha hecho un llamamiento a toda Grecia para que se suministren hombres, armas y barcos. Las familias lo han echado a suertes; se les requiere que envíen sólo a un hijo, y es bastante duro. Algunos han preferido pagar una multa y conservar a todos sus hijos, y mantenerse fuera de esto.

—Pero ¿por qué motivo está reuniendo este..., este ejército por mar?

—Pero ¿es que vivís encerrados en un capullo aquí? Porque la hermana de la esposa de Agamenón ha sido secuestrada por un troyano. O eso dicen. Otros dicen que se fue de buena gana. Pero hace mucho tiempo se pronunció una especie de juramento sobre esa mujer, o su matrimonio o algo. En cualquier caso, Agamenón ha llamado a todos los hombres que hicieron el juramento, y a muchos otros también. Quiere luchar contra los secuestradores y recuperar a la mujer. —El hombre se echó a reír—. ¿Qué mujer merecería todo eso? Yo diría que ninguna. Pero si ha venido a una ciudad como Troya, entonces se sacarán un buen botín al final. De modo que queremos comerciar aquí lo más rápido que podamos e irnos.

Sus palabras me dejaron anonadada. ¿Cómo es que no había oído nada de todo aquello? ¡Agamenón!

—¿Es un secreto todo esto? —preguntó Paris.

—Difícilmente —dijo el hombre—. Pero los planes que todavía no se han cumplido no se suelen explicar..., ¿qué explicarían, después de todo? Muchos planes al final acaban en nada. —Dejó en el suelo sus alfombras de lana basta, que todavía

olían a oveja—. Pero creo que lo que los inflamó fue la muerte de la madre de la dama. Se mató por la vergüenza..., se colgó en su habitación. El viejo rey y Menelao se sintieron tan afligidos, tan avergonzados de sí mismos, que tenían que hacer algo.

—La reina..., la reina de Esparta... ¿se mató? —Apenas podía pronunciar aquellas palabras, olvidando que yo no debía hablar.

—La vieja reina..., la antigua reina. La actual, que era su hija, fue la que huyó a Troya.

¡Madre! Me habría hundido el puño en la boca para no gritar, pero de mí no salió ningún sonido.

—¿Y atacarán directamente? ¿No habrá primero embajadas ni intentos de solucionar esto mediante la diplomacia? —Paris hizo una pregunta práctica.

—He oído decir que ya enviaron una embajada, y que Príamo mintió. De modo que quizás el tiempo de las embajadas haya pasado ya. No lo sé. Yo sólo soy un mercader, y agradecido de que Menelao no se apoderara de mi barco. Esa mujer, esa reina, ¿por qué organizan tanto jaleo por ella? Que se vaya, digo yo. Una mujer infiel no vale ni un escupitajo.

Sentí que estaba a punto de desmayarme. Me apoyé en Paris. Él me sujetó y oí que decía:

—El sol. Está embarazada —dijo, antes de llevarme lejos de allí.

—Con este calor, no debería cubrirse el rostro de esa manera —dijo el mercader—. Pero ya sé que hay gente del este que está acostumbrada a eso.

Me fui tambaleándome, apoyada en Paris. ¡Mi madre se había matado! Mi madre... ¡Y un ejército venía!

—Debo..., ¡por favor, Paris, llévame a nuestras habitaciones!

No estaba segura ni siquiera de poder andar tanto; el calor y los temblores y estremecimientos se habían apoderado de mí. Las piernas se me doblaban.

—Yo te sujetaré —dijo él.

Fuimos abriéndonos camino poco a poco por entre la atestada zona de los mercaderes y los secos matorros de hierba en el campo abierto. Las murallas de Troya parecían estar muy lejos.

Temblando y debilitada, me derrumbé. Sólo quería descansar; pronto me levantaría. Agaché la cabeza y miré al suelo y las hierbas que me rodeaban. Susurraban un poco, con sonidos leves como de roce. Luego vi un ligero movimiento en su base, aunque no podía distinguir de qué se trataba. Miré con más intensidad y seguía sin ver nada; los colores se mezclaban. Luego, de pronto, se movió de nuevo y vi la tortuga, con sus marcas marrones y amarillas visibles ante el fondo de hierba

verde. Era como una de las tortugas de Hermíone. Hermíone. Hermíone...

Lancé un gemido y noté un dolor tan intenso como nunca lo había experimentado antes. Me recorría por entero. Y mientras tanto, la tortuga me miraba con sus curiosos ojos negros, libres de todo juicio. Los ojos se hicieron más y más grandes hasta que llenaron toda mi visión; luego no vi nada más y la oscuridad se apoderó de mí.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntaba Gelanor.

Oí su voz desde muy lejos. No podía moverme. ¿Estaría muerta? ¿Estaba mi espíritu flotando por encima de mi cuerpo, escuchando antes de alejarse volando? No podía abrir los ojos; tenía los brazos yaciendo a los lados, como si fueran de madera tallada. Tampoco podía pronunciar ningún sonido.

—Íbamos andando por los campos. —La voz de Paris se alzaba con un temblor de miedo—. Se ha sentado a descansar. Se ha desmayado.

—¿Está embarazada? —preguntó Evadne.

—No. Les he dicho eso a los mercaderes, pero no es cierto. Ella estaba..., estábamos los dos... desesperados por alejarnos.

—¿Por qué? —inquiría Gelanor de nuevo.

«Porque hemos oído hablar de Agamenón —intenté decir yo. Pero no pude decir nada—. Menelao. ¡Mi madre! ¡Mi madre!».

—Algunos mercaderes allí..., en la feria..., nos han dicho..., nos han dicho... ¡cosas espantosas! —La voz de Paris se alzó hasta acabar convertida en un chillido.

—¡Cálmate! —Gelanor sacudía al príncipe de Troya—. Aclara tus pensamientos. Sea lo que sea, podemos afrontarlo.

—Un ejército. ¡A eso nos tendremos que enfrentar! —gritó Paris—. Agamenón ha reunido un ejército y ha requisado barcos, y Menelao ha apelado al juramento que prestaron los pretendientes de Helena, y vienen todos, ¡vienen hacia Troya! —Su voz se alzó con un tono tan alto que sonaba como un eunuco.

—¿Cuándo? —La voz de Gelanor sonaba cortante.

—No lo sé..., no lo dijeron...

—¿Y por qué no lo averiguasteis?

«Porque también decían otras cosas, que cayeron sobre nosotros como una bandada de aves, llenando el cielo, y cada una se abría paso junto a la otra, y luego hablaron de mi madre...». ¿Por qué no podía yo hablar? ¿Estaría realmente... muerta?

—No lo sé..., no lo sé... No podíamos pensar...

—Cuando huiste con Helena, ¿no pensabas que podía ocurrir algo así? —le presionó Gelanor—. ¿Nunca lo habías pensado?

—Príamo sí, pero yo creía que estaba equivocado, igual que estaba equivocado

con lo de Hesíone. ¡Esto nunca había ocurrido antes! ¿Por qué tiene que ocurrir ahora?

—Nunca antes ha habido una Helena, un Menelao o un Agamenón. Una reina nunca había huido de su reino con otro hombre. Lo que ocurrirá ahora, nadie es capaz de decirlo.

—¡Helena! ¡Helena! —Paris se inclinaba hacia mí—. Despierta. ¡Oh, despierta!

—Que descanse. —Evadne se mostraba firme—. Se despertará cuando pueda enfrentarse a lo que ha desencadenado. El cuerpo se retira cuando la mente ha soportado demasiado.

Unos suaves dedos me acariciaban la frente. Luego, alguien me colocó un paño frío en las muñecas. Ella me levantó los pesados brazos y me los cruzó encima del pecho.

Pero yo estaba despierta. ¡Estaba despierta! Quería gritar, pero el silencio me asfixiaba. Lejos de conseguir que cesaran mis turbados pensamientos, me hallaba prisionera de ellos.

Mi madre... ¡Mi madre se había ahorcado! No podía apartar aquella espantosa imagen de mi mente. Mi madre con una cuerda en torno al cuello, balanceándose y girando, con los pequeños pies sobresaliendo de debajo del vestido. ¿Un vestido de qué color? Siempre le había gustado el blanco, como las plumas, quizás en recuerdo de las plumas... ¿Era blanco su vestido? Colgaba en el aire como un espectro, con la cabeza inclinada hacia un lado..., todos los recuerdos, blancos y de todo tipo, desaparecidos, desvanecidos de ella...

Lancé un grito espeluznante cuando mi garganta quedó al fin liberada de las garras de la parálisis.

—¡No! ¡No!

Me incorporé de golpe, hasta quedar sentada. Mis ojos se abrieron y los vi ante mí, mirándome. Entonces, Paris corrió hacia delante a abrazarme.

—Querida mía —murmuró—. Ojalá pudiera decirte que no es cierto, que acabas de despertarte de un sueño espantoso.

—Debemos decírselo a Príamo. —Gelanor estaba muy serio—. Inmediatamente. Con tu permiso, iré a verle.

Príamo, alarmado, mandó llamar a los mercaderes, pero nadie pudo encontrarlos. Entonces, Paris dirigió a su padre al lugar donde estaban, pero lo encontraron vacío. La hierba pisoteada revelaba el lugar donde se encontraba el puesto desaparecido. Ninguno de los comerciantes que los rodeaban sabía adónde habían ido los espartanos, ni si pensaban regresar. Príamo envió soldados a registrar la zona, incluida

la playa, pero no encontraron nada.

—La vía de escape es demasiado fácil —dijo uno de los soldados—. No cuesta nada de tiempo llegar desde los terrenos de la feria hasta la costa, y luego zarpar. Probablemente ya están en el mar.

—¿Y por qué han salido corriendo? —dijo Príamo—. ¿Por qué?

—Alguien debe de haberles dicho quiénes éramos —dijo Paris—. Se habrán dado cuenta de que detrás del velo estaba Helena, y se habrán asustado.

—¿Por qué? ¿Temían un castigo? —aulló Príamo—. ¡No han huido con ella!

—La gente no piensa con tanta claridad —dijo Gelanor—. Cuando huelen los problemas son como las liebres que huelen a un sabueso: huyen.

—¡Bueno! —Hécuba entró en la sala—. ¡Ya ha empezado!

—No ha empezado nada todavía —dijo Príamo—. Y debemos asegurarnos de que no empieza. Enviaré una embajada...

—Dicen que el tiempo de las embajadas ya ha pasado —recordé. Mi voz todavía sonaba débil—. Cuando, con absoluta buena fe, les dijiste a los enviados que vinieron a Troya que no sabías nada de Paris y de mí, al parecer los otros lo vieron como un..., como una falsedad deliberada.

—¡Justo lo que había dicho yo! —gritó él—. Justo lo que me temía. ¿Qué te dije, Paris, en cuanto volviste a Troya con tu tesoro? Te dije que me habías convertido en un mentiroso. —Hizo una pausa—. No deliberado.

—Pero ellos lo ven de otra manera —dijo Paris, suavemente.

—Claro, ¿cómo no iban a hacerlo? —Hécuba hablaba en voz baja—. Debemos enviar otra embajada. Debemos convocar un consejo. Helena debe...

—¡No! —gritó Paris—. ¡Ni siquiera pronuncies esas palabras! ¡Helena no volverá! Nunca la dejaré marchar. Nunca. Debes comprender eso, madre. Comprende esto, padre. Huiremos de Troya, iremos a las montañas, pero ella nunca se apartará de mi lado.

—¡Las montañas! —se burló Príamo—. ¿Y qué haréis cuando lleguen allí a buscaros, a cazaros como a ciervos? Al menos los muros de Troya os prestan alguna protección.

Una culpa espantosa e insoportable me abrumaba. Mi madre estaba muerta, muerta de vergüenza por mí. Ahora hablábamos de murallas y de cazarnos como a ciervos; de huir y de matar.

—Paris. —Me levanté y le cogí la mano—. Mi madre ya ha sacrificado su vida. No debe haber más sacrificios, excepto el mío. Debería ser yo la que requiriese un precio, pero pagado por mí misma. —Temblé al decirlo. Volver allí sería espantoso,

excepto por volver a ver a mi Hermíone. Pero por lo demás...

—Has hablado noblemente, Helena, como una reina. —La voz de Hécuba era cálida, más cálida de lo que nunca me había parecido. Al fin me había ganado cierta aprobación por su parte..., porque estaba dispuesta a irme.

—Yo debería..., debería... —Apenas podía pronunciar las palabras.

Paris me puso la mano encima de los labios.

—¡No las pronuncies! Las palabras tienen vida propia, y esas palabras nunca deben salir de nuestros labios. No. ¡Antes moriría!

—Quizás Helena no lo haría —dijo Hécuba—. No elijas la muerte para los demás sin su consentimiento.

Antes de que pudiera hablar, Paris gritó de nuevo:

—¡Elijo la muerte para mí, entonces! Moriré antes de entregar a Helena.

—Así será —dijo Evadne—. Así será. —Su voz sonaba fría, como el chorrito de agua que fluía donde tenía su morada la serpiente.

—Convocaré un consejo —murmuró Príamo, que se volvió hacia la puerta.

XXXVII

La feria continuó un poco más, hasta que la estación de navegación llegó a su final natural. Príamo estaba decidido a que ningún rumor de posibles problemas alterase la calma de la feria, de la cual derivaban tantas riquezas. Troya necesitaría todas los beneficios que pudiese amasar.

Gelanor le persuadió de que enviase espías entre los puestos y los mercaderes para recoger fragmentos de información de aquí y de allá, que consideraba más importantes que ningún botín. La verdadera riqueza de los espías eran secretos y conocimientos, dijo. Los espías de Príamo (aunque no eran muy sutiles, según la opinión de Gelanor) se fueron desperdigando y escucharon por todas partes, deslizándose entre los puestos y las mantas colocadas en el suelo y fingiendo que comparaban el gusto de los pastelillos de dátiles secos de Tebas con los de Menfis, que examinaban los peines de marfil tallado de Sumer, que probaban las pociones de mandrágora y sapo dulces para estimular el deseo. Mientras tanto, intentaban estimular la conversación con los mercaderes acerca de lo que estaba ocurriendo al oeste. Cada día ellos volvían y desenrollaban sus hallazgos ante Príamo como si fuesen una alfombra.

Sorprendentemente, averiguaron muy poco de esa manera. Todos confirmaron que había recorrido el Peloponeso un llamamiento para suministrar barcos y hombres para una empresa en ultramar. La iba a dirigir Agamenón, como hermano del agraviado, Menelao. A algunos príncipes cuyos reinos estaban tierra adentro, y por tanto no tenían barcos, se los iba a proporcionar el propio Agamenón. Mis antiguos pretendientes estaban honrando su promesa hecha a mi padre sobre los restos sangrientos de un caballo, en la cañada. Venía Áyax, junto con su hermano Teucro. Néstor y sus dos hijos habían respondido también al llamamiento. Habían engañado a Odiseo para que se uniese a la expedición, después de que fingiese estar loco para evitarla. El rey Ciniro de Chipre había enfurecido mucho a Agamenón prometiendo cincuenta barcos y enviando luego sólo uno, junto con cuarenta y nueve modelos de arcilla.

—Entonces no desean participar —dijo Príamo—. Los han tenido que obligar, y, aun así, han intentado escabullirse.

—Sin embargo, se ha congregado un gran número; muchos han acudido a la llamada. —Héctor frunció el ceño—. Un guerrero tiende a perder su reluctancia una vez se pone el casco.

—No sabemos el número de barcos, ni tampoco dónde se están reuniendo, ni cuándo se harán a la mar —se lamentó Príamo.

—Obviamente, no pueden navegar antes de la próxima primavera —dijo Héctor—. Los mares se habrán cerrado antes de que pase mucho tiempo. No vendrán entonces, con el tiempo justo para acampar en la llanura de Troya y aguantar un invierno entero. ¡Aunque ojalá lo hicieran! ¡Ah, sí, cuánto me gustaría que lo hicieran! —Miró a su alrededor, a los que escuchaban, Príamo, Hécuba, Paris y yo—. Podríamos aplastarlos con toda facilidad entonces, con los suministros y el cobijo de nuestro lado.

«De nuestro lado». Pero no, yo no deseaba que murieran ni Menelao ni Idomeneo de Creta, ni ninguno de los otros hombres a los que conocía. ¿Cuál era mi «lado»?

—No serán tan estúpidos —dijo Príamo—. Debemos reconocerles cierta capacidad de estrategia y previsión. No, llegarán en primavera. Pero ¿cuántos?

—Querido Príamo, yo sólo puedo decirte el número de hombres a los que mi padre obligó a prestar ese juramento —dijo—. Eran cuarenta. Y cada uno dirigía a un número diferente de guerreros, por supuesto.

—Cuarenta. —Príamo se retorció en su silla—. Digamos que cada uno de ellos aporta dos barcos. —Levantó las manos—. Sé que es una estimación baja, pero empecemos por ahí. Dos barcos, cuarenta líderes, eso significa ochenta barcos. Cincuenta combatientes por cada barco implica cuatro mil guerreros.

—Podemos derrotar con facilidad a cuatro mil guerreros —dijo Héctor.

—Pero si cada uno de ellos lleva diez barcos, entonces serán veinte mil guerreros...

—Podemos convocar también a todos nuestros aliados —dijo Héctor—. Los licios, los tracios, los carios, y mucho más lejos aún, hacia el este y el sur. Incluso a las Amazonas, formidables guerreras.

—Luchan mejor que los hombres —dijo Príamo—. Podemos confiar en ellas, y en sus fuertes brazos derechos para la espada.

Gelanor, que parecía una sombra que estaba por todas partes en aquellos momentos, habló bajito.

—¿Cómo podría mantenerse un ejército de veinte mil hombres aquí en el campo? —preguntó—. Estarían en territorio hostil, y cada día veinte mil hombres necesitarían comida. ¿Y de dónde la sacarían?

—Saquearían a nuestros aliados. Los destruirían primero a ellos, antes de volverse hacia nosotros. —Héctor movió negativamente la cabeza—. Tendremos que tomar medidas para negarles ese..., ese privilegio.

—Fortalecer a los aliados —dijo Gelanor—. Y ahora, antes de que llegue el enemigo.

—Alguien tiene que visitarlos y averiguar cuáles son sus suministros —dijo Príamo. Asintió a Héctor—. Pero, aun así, enviaré una delegación al oeste. Es preferible arreglar las disputas con la lengua antes que con el brazo de la espada.

—Agamenón odia la lengua —afirmé—. Desde que le conozco, siempre ha mirado con ansia sus almacenes de armas. Las acumulaba antes de tener una causa. — Los miré a todos, personas que ya eran queridas para mí—. Y ahora yo soy esa causa. Esto me aflige muchísimo.

Esas cuatro palabras no conseguían empezar a transmitir siquiera la deprimente pena y culpa que sentía al haber proporcionado a mi sanguinario cuñado un motivo para levantar esas armas que con tanta ansia contemplaba al reunir las en Micenas, con sus orgullosos guerreros a su alrededor.

Ahora, los ojos de Agamenón estaban tomando las medidas al Helesponto y el rico tráfico comercial que iba más allá, los puestos llenos de mercancías de la gran feria que se celebraba cada año en la llanura de Troya. Pocos mercaderes llegaban a Micenas; menos bienes aún llegaban al alcance de Agamenón, de modo que él tenía que piratear. Tenía que atacar y saquear en otros lugares para satisfacer su codicia y su reputación. Y usaría el honor de Helena como excusa para surcar los mares y venir hasta Troya.

Mientras los hombres se desperdigaban por los campos para visitar a nuestros aliados, las mujeres, dentro de Troya, se reunían en sus habitaciones, acercándose mucho las unas a las otras. Los días se iban haciendo cada vez más breves, y los comerciantes habían partido ya, dejando la llanura vacía y esperando que el invierno la volviese a convertir en una empapada ciénaga cuando el Escamandro y el Simois inundasen sus orillas.

Aunque yo dudaba al principio, me dieron la bienvenida a aquellas reuniones, y las demás mujeres siguieron el ejemplo de Andrómaca. Al igual que Héctor era preeminente entre los hombres, su mujer también sobresalía entre las mujeres. Ella hizo honor a nuestra temprana y vacilante amistad, y ninguna mujer se atrevió a desafiarla ni a comportarse de otro modo. Sin embargo, yo sentía que sólo Andrómaca experimentaba una verdadera calidez hacia mí.

—Helena, debemos procurarnos un telar adecuado para ti —dijo Andrómaca cuando las mujeres nos reunimos en la gran sala de su palacio.

A través de la ventana occidental, la sombra del mío propio, alzándose junto a ella, se proyectaba en el suelo, inclinada. Todavía se veía mucho más. Gelanor había

conseguido diseñar cuatro pisos. Se alzarían por encima de toda Troya, y proporcionarían una vista mucho más elevada de la llanura, del Helesponto y del Egeo que ningún otro edificio. Ahora temía lo que podía ver pronto desde aquella altura.

—Yo tenía un telar pequeño en Esparta —dije. Había sido buena tejedora, pero mis diseños, así como mi imaginación, se habían visto limitados por el tamaño de mi telar.

—Necesitarás uno grande —dijo Andrómaca—. Aquí en Troya los hemos perfeccionado. Tejemos historias, relatos, y para eso necesitamos telares especiales.

«Historias, relatos». Las mujeres podíamos ser bardos, entonces, contando nuestras verdades más urgentes en lanas escarlata, violeta, negra y blanca, en lugar de palabras.

—¿Cuánto tardará un artesano en construirme uno? —pregunté. Estaba ansiosa por empezar.

—No mucho —dijo Andrómaca—. En realidad son bastante sencillos.

—Tejemos todo el invierno —dijo Creusa—. Cuando el viento más cruel sopla sobre Troya, hay poco más que hacer.

—Nos encontramos con un mundo propio ante nosotras —dijo Andrómaca—. Nos perdemos en él, en las escenas que creamos con nuestras lanas, y cuando levantamos la vista, ya es primavera de nuevo.

—¡Primavera! —suspiró Laódice—. Ya la echo de menos. —Se volvió hacia mí—. El invierno puede hacerse tan largo...

¿Qué les traería aquella primavera? No los jacintos y las violetas maravillosas que ellas adoraban, sino a Agamenón y sus feos barcos.

—Sí —dije—. Sí, puede serlo. —Pero ¡ojalá aquel año durase para siempre!

Mientras las otras mujeres se disponían a irse, Andrómaca me hizo señas de que me quedase. A pesar de los braseros, hacía frío en la cámara una vez las demás salieron.

—Sé que nos preocupa lo que se avecina —dijo ella, apretándose más el manto en torno a los hombros.

—Sí —dije yo. No me atreví a añadir nada más.

—Y como estoy lejos de mi familia, que está mucho más al sur, me preocupo mucho por ellos. Mi madre...

Ansiaba decírselo. Quería hablar con ella como una amiga, y no callarme las palabras. ¿Me atrevería?

—Andrómaca..., tengo que decírtelo... ¡Mi madre! ¡Ah, Andrómaca, mi madre se ha quitado la vida!

¿Se echó ella hacia atrás o fue sólo mi imaginación? Su rostro se nubló.

—Helena. —Fue lo único que dijo, y me abrazó—. ¿Cómo puedes soportar ese dolor?

—No puedo —le respondí—. No lo soporto, me retuerzo en sus garras.

—¿Quién te lo ha contado?

—Lo oí decir... en la feria.

—¿Y te lo has guardado para ti todo este tiempo?

—Paris también lo oyó. Se mató por culpa nuestra. Así que no podemos consolarnos el uno al otro.

Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Oh, Helena!

Me limpié las lágrimas con la mano.

—Aun así, debemos seguir adelante. Debemos hacerlo. —Sentí que tenía que acabar aquella conversación; se me estaba clavando dentro como una daga—. Quizá sólo en una nueva vida podríamos encontrar la alegría. Por cierto, ¿qué hay de eso...?

Ella meneó la cabeza.

—Nada. ¿Y tú?

Yo sonreí.

—Igual que tú.

—¿Deberíamos acudir al monte Ida? —preguntó.

—No lo entiendo.

—Hay un festival de la fertilidad allí en otoño. Es muy antiguo y agreste, y sólo pueden acudir las mujeres. A los intrusos masculinos se los desgarran miembro a miembro. Pero para las desesperadas... —Sonrió—. Las desesperadas son valientes. ¡Ven conmigo, Helena! Nadie más tiene mis mismas necesidades; nadie más me comprende.

Era imposible ir a la ladera del monte Ida en secreto. Costó casi todo un día llegar hasta allí en un carro, traqueteando sin parar. Paris y Héctor insistieron en llevarnos hasta allí. Estaban preocupados por nuestra seguridad, pero Andrómaca le dijo a Héctor que no debíamos tener miedo, porque íbamos con el espíritu adecuado para el festival.

Teníamos nuestras antorchas, grandes ramas de pino empapadas en resina, y llevábamos también gruesos mantos con capucha; nuestras sandalias eran las más recias que se podían hacer.

—Pero caminar por la montaña en la oscuridad... —Frunció el ceño Héctor—. Y en compañía de extraños. No me gusta.

—Tú también quieres un hijo —manifestó Andrómaca—. ¿Qué es una noche en la montaña a cambio de obtenerlo? Un precio muy pequeño.

—¿Y dónde está esa gente a la que debéis unirlos? —Paris levantó la cabeza, buscando en los espesos bosques.

—Doblando ese recodo, donde brotan a borbotones las fuentes de agua caliente —dijo Andrómaca—. Eso es lo que me han dicho.

—El monte Ida está lleno de fuentes de agua caliente —dijo Héctor—. Fuentes de agua caliente y de agua fría. Por eso se llama «el monte de las mil fuentes».

—Es la fuente que está de cara a Troya. La primera a la que llegaremos.

El sol de la tarde enviaba sus dedos a través de los pinos que teníamos delante, filtrándose entre los troncos. Corría un aire frío; habíamos pasado ya del punto en que días y noches eran de la misma duración, y ahora el tiempo en que Perséfone descendió a la oscuridad se iba acercando. Temblé, y Paris pasó su mano en torno a mí, bien apretado.

—No tienes por qué hacer esto —susurró a mi oído—. Si no tenemos hijos ni hijas, quizá sea nuestro destino.

Yo sacudí la cabeza.

—Ya lo sé. Aceptaré la voluntad de los dioses. Pero debo pedírselo primero.

—Aquí.

Héctor refrenó los caballos. Unas mujeres estaban reunidas junto a una corriente, justo delante de nosotros. Cada una de ellas llevaba una antorcha de pino o una varita envuelta en hiedra, y vestían mantos hechos de pieles de animales.

Bajamos del carro, después de tranquilizar una vez más a nuestros hombres diciéndoles que todo iría bien, y avanzamos junto con el grupo de mujeres. Oí que el carro volvía traqueteando hacia Troya, pero no me volví a mirar. Por el contrario, mantenía los ojos bien fijos en lo que teníamos delante.

La luz se desvanecía rápidamente. Era difícil distinguir las caras; se emborronaban ante mis ojos. Jóvenes, viejas, de mediana edad..., parecía haber todo tipo de mujeres. ¿Habría alguna líder? Sí, una mujer madura con una melena blanca que asomaba por debajo de su capucha, y que contrastaba mucho con sus ojos negros como la obsidiana. ¿O acaso era una anciana? Su piel no tenía arrugas.

—Esperaremos sólo un poco más —dijo—. Y luego subiremos a la montaña. Debemos estar a mitad de camino antes de que oscurezca. —Levantó la antorcha apagada bien alta—. El sendero se vuelve rocoso y empinado, y debemos recorrerlo a la luz de las antorchas. Las antorchas durarán sólo la mitad de la noche. De modo que no las desperdiciemos en la primera parte de la subida.

—¿Y cuando lleguemos al lugar...? —preguntó tímidamente una mujer joven, cuya voz traicionaba su mucha juventud.

—Ya lo sabréis. Y no debéis hablar nunca de esto después. Lo que veáis debe quedar aquí. En vuestra pira funeraria, las cosas que habéis visto arderán junto con vuestro cuerpo. —Se echó atrás la capucha y reveló un rostro de rasgos fuertes, rotundo—. ¿Comprendéis, hijas mías?

—Sí, madre —respondieron todas.

¿Qué madre? Debía de ser la guardiana de los misterios, pero nadie había pronunciado su nombre.

—Vamos —dijo, y se volvió para internarse en el bosque.

Fue andando directamente entre los pinos. Nosotras la seguimos; en cuanto nos encontramos entre los altos árboles, la luz se hizo más reducida. Por encima de nosotras, las ramas se entretejían flojamente por el cielo. Íbamos silenciosas mientras caminábamos deprisa detrás de la madre, intentando subir lo más posible en la montaña antes de tener que encender las antorchas.

Eché una mirada a Andrómaca, admirando su fino y fuerte perfil. Ella y Héctor hacían una pareja excelente. Si tuvieran un hijo, ¡qué hijo tan maravilloso sería! Si aquella..., aquella ceremonia, fuera la que fuese, podía concederles un hijo, y a Paris y a mí también... Justo entonces ella me miró y me sonrió con complicidad.

El camino era duro. Pronto iba respirando con fuerza y el sudor cubría mi rostro y mi cuello. Me aparté la capucha para dejar que el aire fresco corriera a mi alrededor; la oscuridad era suficiente para ocultar mi rostro. Mis pies empezaron a resbalar con las piedras y los guijarros sueltos del camino. Una vez tropecé, y Andrómaca me cogió el brazo.

Salimos entonces a una meseta plana. La llanura, ahora muy por debajo de nosotras, se difuminaba en una neblina indistinta. El sol se había puesto ya, enviando unos pocos y débiles rayos desde debajo del horizonte.

—Debemos encender las antorchas —dijo la «madre».

Se arrodilló y cogió un puñado de musgo seco de una roca, luego retorció un palito encima de una pieza de madera hasta formar primero humo, y luego una llama. Sumergió la punta de su antorcha en ella, y luego, cuando hubo prendido, hizo señas a otra mujer de que fuera allí y encendiera la suya. La mujer tocó con su antorcha la otra encendida.

—Ahora enciende las demás, ilumina a tus hermanas —dijo la madre.

La mujer empezó a desplazarse entre nosotras, tocando con su antorcha la nuestra hasta que todas estuvieron iluminadas, todas llameantes, y el aire en torno a nosotras

se iluminó mientras la luz natural disminuía al oeste.

—Cuando llegemos a la cima, debéis abrazar lo que hay allí —dijo—. No os puedo decir más, excepto que la que no se arroje a la riqueza de nuestro rito no recibirá beneficio alguno. No os acobardéis.

Las antorchas llameantes con sus puntas ahora encendidas chisporroteando y saltando llenaban el aire a nuestro alrededor con espíritus caprichosos. Por encima, los pinos oscilaban y gemían, inclinándose como bailarines.

—Más arriba, más arriba —nos exhortaba la madre—. No os quedéis aquí.

Fuimos detrás de ella como una serpiente de luces oscilantes.

El camino se volvía mucho más empinado y estrecho. Tuvimos que empezar a trepar, sujetando las antorchas con una mano y usando la otra para agarrarnos a raíces y rocas mientras íbamos bordeando unas quebradas por un lado. Cada vez estaba más y más oscuro. La luna estaba negra, y escondía su rostro. Las estrellas brillaban más que ella, pero la luz de las estrellas no te evita tropezar.

Pasamos junto a un gran acantilado rocoso por un sendero estrecho que iba serpenteando hasta la cima, donde un pináculo de rocas, con unos pinos retorcidos en torno a ellas, coronaban la montaña. El viento silbaba a nuestro alrededor, azotando nuestros mantos.

—Tocad, hijas mías, hermanas mías —dijo la madre.

Algunas mujeres sacaron címbalos, flautas y pequeños tambores de debajo de sus mantos de pieles, y empezaron a tocar. Al principio el sonido era suave, apenas se alzaba por encima del viento y los gritos de las aves nocturnas que rodeaban la cumbre.

Era una música que nunca había oído antes. La flauta de sonido bajo y dulce quedaba atravesada por los estridentes címbalos de bronce, y el redoble de los tambores de piel de cabra creaba una marea de sonidos que fluía y se alzaba, y se elevaba cada vez más.

Algunas de las mujeres clavaron sus antorchas en el suelo, formando un amplio círculo, y empezaron a moverse, balanceándose e inclinándose, dando palmadas y canturreando. El viento hacía volar sus cabellos tras ellas, y caminaban cada vez más rápido a medida que la música se hacía más fuerte y más insistente. Los tambores ahora sonaban con mucha más fuerza y ahogaban todo lo demás, luego la flauta resonaba por encima de los tambores y luego ambos se batían en retirada ante los címbalos.

—¡Vamos!

Andrómaca me cogió de la mano y nos unimos al círculo de danzantes. Fuimos

casi las últimas en hacerlo, y el paso ya era muy rápido. Íbamos trazando una y otra vez el camino que rodeaba el montículo de rocas de la cima. Alguien colocó una antorcha en el punto más elevado.

—No miréis vuestros pies, sino esa antorcha —gritó—. ¡Mantened los ojos clavados en ella!

Levanté los ojos y los mantuve concentrados en la oscilante llama. Notaba a las mujeres que estaban ante mí y detrás de mí, pero me veía encadenada a aquella llama en la cima, era mi ama.

La flauta tocaba cada vez más rápido y nos movíamos más deprisa; ya teníamos que ir saltando. De repente, una de las mujeres se separó del grupo y empezó a dar vueltas, con el manto flotando tras ella. Iba girando cada vez más deprisa, dejando que los brazos la impulsaran y la arrastraran. Otras se separaron también y empezaron a dar vueltas, abriendo los brazos y echando atrás la cabeza. El círculo de la danza se rompió y se convirtió en un remolino de hojas. Las mujeres empezaron a lanzar gritos de júbilo y de emoción, compitiendo con la música.

—¡Girad, girad, girad! —gritaba la madre—. ¡Cerrad los ojos, abrazad al dios!

Pero ¿qué dios? ¿A quién adoraban con la danza y el fuego?

De repente, salieron disparadas uvas a través del aire, aterrizando a nuestro alrededor. Las pisábamos y el suelo se iba poniendo resbaladizo, y el aroma de su dulce jugo envolvía nuestros sentidos.

—¡Bebed este don! —Un gran odre para beber estaba colgado en una roca—. ¡Bebed el don del vino, el vino que nos trae la alegría, el contento y la liberación!

Corrimos hacia el odre y bebimos el vino a grandes tragos, queriendo hartarnos de beber antes de ceder nuestro lugar a otra. El vino nos corría por la cara y por los trajes, pero la madre nos aseguró:

—Cada gota es una bendición. No lo lavéis nunca; ahora, pedidle al dios su otro don: la fertilidad. Es el dios de las cosas húmedas que crecen.

Todavía no sabía a qué dios se estaba refiriendo, y nadie lo nombraba. Vi que Andrómaca miraba las manchas de su vestido y las tocaba.

Las mujeres se apartaron del odre de vino, y su danza se hizo más salvaje. Yo giré con ellas, sintiendo que la cabeza me daba vueltas y que mis pensamientos se relajaban. Se relajaban...

El tiempo cesó. No sé cuánto tiempo di vueltas y vueltas, sólo recuerdo que estaba en trance. Apenas oí los gritos cuando se abrió una jaula con un cerdo. Me tiraron al suelo un montón de mujeres que corrían tras él, chillando. Eran como una jauría de perros, con los rostros distorsionados y enseñando los dientes.

La música había cesado, y ahora los gritos guturales de las mujeres resonaban en el aire. Los oí cada vez más intensos hasta que se detuvieron. Habían bajado por un sendero al otro lado de la montaña.

Andrómaca y yo, y algunas a las que el grupo había dejado atrás, las seguimos. Lo que vimos cuando llegamos a la pequeña cañada era increíble, espeluznante: un círculo de mujeres cubiertas de sangre, sangre hasta los codos, que desgarraban el cuerpo del cerdo y lo hacían pedazos. Y luego una de las mujeres cogió un trozo de la carne cruda y empezó a comérsela, manchándose la cara y el cuello de sangre. Sus ojos estaban medio cerrados y oscuros, como los de un animal.

Andrómaca y las demás mujeres de nuestro grupo retrocedimos, sin dejarnos llevar por la locura que había asaltado a las demás mujeres, y contemplamos con horror cómo devoraban el cerdo crudo, haciendo espantosos ruidos al tragar y engullir no sólo su carne, sino también su sangre.

¿Cómo lo habían matado? ¿Desgarrándolo con las manos desnudas? Parecía imposible, pero había ocurrido.

De modo que por eso no había que contar nunca lo sucedido. ¿Qué más ocurriría allí, en la cima de la montaña? Teníamos que irnos de allí antes de que sucediese. ¿Podría ser incluso el sacrificio de una de nosotras? Agarré la mano de Andrómaca y le dije:

—¡Debemos huir! ¡Aunque esté oscuro, no podemos esperar a que haya luz, debemos encontrar el camino de vuelta! ¡Aunque nos perdamos, preferiría encontrarme entre animales, antes que estar entre estas bestias humanas!

—¡Ah, Helena, perdóname por hacer que viniésemos aquí, yo no sabía...!

Juntas volvimos y nos escabullimos, esperando que nadie nos viera. Intentamos recordar los caminos que habíamos tomado en el ascenso, pero sabía que nos perderíamos tarde o temprano. Lo único que podía esperar era que fuese lo más tarde posible.

El viento aullaba y nos azotaba mientras bajábamos y nos deslizábamos por el empinado sendero, cuidando de apartarnos mucho de los despeñaderos que había a cada lado. A medida que llegábamos más abajo, los árboles fueron haciéndose cada vez más espesos a nuestro alrededor y desaparecieron los peligrosos precipicios, pero el camino no estaba tan claro y el bosque nos envolvía. Oíamos el aullido de los perros salvajes y mil sonidos más de las criaturas nocturnas que nos rodeaban. Las bromas que me había hecho Paris sobre leones no hacía mucho no parecían tan divertidas.

Andrómaca me cogió del brazo mientras nos abríamos paso a través del oscuro

bosque, tropezando con las raíces y las piedras sueltas y resbalando con las hojas secas y la pinaza del suelo.

—El Ida es enorme —susurré, maravillada—. Esta montaña sola parece igual de grande que toda la cordillera de los montes Taigeto de mi casa.

En casa..., en casa... Estaba ansiosa por volver a la seguridad de Troya... ¿Era aquélla ahora mi casa? Mi hermana Clitemnestra era ya una figura borrosa, esposa de mi enemigo, Agamenón, mientras que Andrómaca era mi compañera, una amiga extranjera que había acudido también a Troya. Qué complicadas se habían vuelto mis lealtades y mis apegos, como una planta monstruosa con infinitos zarcillos.

Nos íbamos cansando, dando traspiés. A veces nos sentábamos a descansar, pero no por mucho rato. Los aullidos de los animales cercanos y el batir de alas hacía que nos volviéramos a poner en camino rápidamente. Pero al fin, la oscuridad disminuyó en el extremo oriental del bosque, y supimos que habíamos salido ya de las manos de la noche.

El amanecer fue maravilloso. La luz irrumpió sobre nosotras y llenó todo el cielo. Todo se nos reveló de golpe. Estábamos en la parte inferior de la ladera de la montaña, donde ésta iba disminuyendo hasta formar suaves montículos y hondonadas. Ante nosotras veíamos praderas abiertas de un verde intenso.

—Gracias sean dadas a... los dioses que cuiden de ti —dijo Andrómaca—. En mi caso es Hestia.

—En el mío... —No podía decir «Afrodita», porque me daba vergüenza—. Es Perséfone.

—¿La diosa de la muerte? —Andrómaca me cogió la mano—. No lo habría imaginado nunca. Ella tiene pocos devotos; de modo que debe apreciarte mucho.

—Es mucho más que la reina de Hades —aclaré—. Ama la vida, igual que yo. Y por eso es tan difícil para ella abandonarla.

Me costó una noche entera de vagabundeo apreciar más aún su alegría cuando salía de nuevo a la luz y al aire de la superficie de la tierra.

Paris y Héctor nos esperaban en el extremo más alejado del prado. Habían esperado toda la noche. Sus rostros revelaron el alivio que sentían al vernos, y nos hicieron subir en el carro para conducirnos de nuevo a Troya.

—¿Qué ha ocurrido allí? —preguntó Héctor.

—No podemos divulgarlo —dijo Andrómaca—. Pero quizá nos recompense con lo que más deseamos. —Miró su vestido manchado de vino—. Es una prenda —dijo.

XXXVIII

Nuestra casa iba creciendo. Se alzaba por encima de la niebla que cubría Troya en invierno, como si buscara el sol desvanecido y lo reclamara, atrevida, para sí.

Nos reunimos un día frío con los artistas que iban a conseguir que nuestras paredes cantasen llenas de belleza. Ellos diseñarían y pintarían escenas de nuestra elección, nosotros debíamos elegir la historia que debían contar y ellos la contarían.

—No quiero lo de costumbre —dijo Paris—: Guerreros brincando por ahí, o cazadores corriendo detrás de su presa. O más trabajos de Heracles. —Se había envuelto en una tela gruesa para protegerse del frío, pero aun así temblaba. El viento gemía fuera, buscando la entrada a nuestra habitación.

El pintor y su aprendiz parecían ansiosos de complacernos. Como Paris no ofrecía sugerencia alguna, el pintor dijo:

—¿Podemos saber cuáles son tus preferencias, entonces?

—¡Tú eres el artista! —exclamó Paris—. Es cosa tuya pensar en algo que me pueda gustar.

—Pero, príncipe, una vez está pintado en las paredes, no se puede borrar. Nunca procedería sin saber qué es lo que deseas ver. Podemos hacer primero unos bocetos en arcilla. —El artista se encogió de hombros—. Pero, aun así, nos gustaría tener alguna orientación.

—Paris —dije yo—, ¿podríamos tener alguna de las fuentes y cañadas del monte Ida? Son magníficas. Y como todo depende de nuestra voluntad y capricho, ¿podríamos hacer que se vieran las flores silvestres? Sé que florecen sólo un corto tiempo, pero en nuestras paredes podrían florecer siempre. Y cuando estemos envueltos en lana y rodeados por la niebla, podremos mirarlas y casi oler su perfume.

Él asintió.

—Sería una decoración poco habitual. Sin figuras humanas. Pero que sea tal como deseas, amor mío.

Durante un tiempo que parecía eterno, habíamos estado eligiendo enyesadores, tejadores, doradores, ebanistas, artesanos de las chimeneas. Paris quería vigas de oro brillante, quería umbrales de mármol, habitaciones forradas de madera de cedro. Cada decisión parecía ocupar un día entero.

Pero los días cada vez eran más oscuros y deprimentes, y nos alegrábamos de tener alguna diversión. Nos sumergíamos en el color de la pintura de las vigas y el grosor de la madera para las puertas interiores. Queríamos alejar los murmullos de la

calles de Troya y los rumores que serpenteaban, como el humo, metiéndose por debajo de nuestras puertas: rumores que hablaban de los griegos y de su flota, de una flota que se estaba reuniendo en Áulide, en invierno, una cosa nunca vista.

Nosotros estábamos encerrados en nosotros mismos. La niebla formaba remolinos por las calles, haciendo imposible ver a más distancia que unos pocos metros ante nosotros, mientras íbamos midiendo nuestros pasos hacia el templo de la cima o nos dirigíamos abajo, a las puertas.

Evadne vino a verme antes de que una tardía aurora invernal se hubiese convertido realmente en luz diurna, tan alterada que se arrodilló a mi lado. Se había levantado en medio de un sueño que empezó con la oscuridad y la tuvo cautiva toda la noche.

—Debo hablar de ello —dijo—. Tengo que hacerlo, tengo que eliminar ese conocimiento de mí misma. No puedo llevarlo en secreto en mi interior.

—Habla, pues. Pero primero come algo. —Evadne parecía destrozada.

—No —dijo—, estoy demasiado envenenada por dentro.

Entonces me contó, entre susurros vacilantes, lo que había visto en las costas de Grecia, en un lugar llamado Áulide. Era el lugar donde Agamenón había reunido su gigantesca flota, dispuesto a navegar hacia Troya.

—Y era enorme, señora —dijo—. Los barcos oscurecían el agua con sus cascos pintados de negra brea, extendiéndose por toda la bahía.

Yo temblé. Entonces, lo había conseguido, había reunido un ejército entero. Los demás reyes no se habían negado como el astuto rey de Chipre.

Los vientos soplaban firmes desde el este, atrapándolos en la bahía día tras día, hasta que sus suministros fueron menguando y empezaron a pelearse. Entonces, Calcas, el sacerdote troyano al que Príamo había enviado a Delfos, aparecía en el sueño aconsejándole qué hacer a Agamenón.

—Se había convertido en uno de ellos —dijo—. Permanecía a mano derecha de Agamenón. Pero causaba tanto mal que Príamo puede estar agradecido de que ya no sirva a Troya. Le decía que Artemisa les mantenía prisioneros con viento contrario, y que exigía de él un sacrificio humano. Debía matar a su hija mayor, Ifigenia, en un altar.

Sentí que mi corazón daba un salto.

—¿Un sacrificio humano? Pero nosotros no...

—Es lo que decía Agamenón. Se negaba.

Sí, claro que sí.

—Pero no servía de nada. Los vientos seguían soplando, y los hombres

empezaban a gritar que Agamenón tenía que hacerlo, amenazándole con amotinarse si no lo hacía. Y entonces él... enviaba a buscar a Ifigenia, pretextando (ah, vergüenza acumulada sobre vergüenza) que iba a casarla con Aquiles. Que llevaría un vestido de novia. Y ella lo hacía.

—Pero Aquiles... —Tenía la boca tan seca que apenas podía hablar. ¿Cómo podía estar allí?

—Él no formaba parte de todo aquello. No sabía nada. Ifigenia pedía verle, por supuesto, y entonces le decían la verdad.

Cerré los ojos. ¿Qué haría ella?

—¿Y ella suplicaba? ¿Protestaba? ¿Luchaba?

No podía ni imaginar siquiera lo que habría podido hacer ante un horror semejante. Siempre había sido una niña tranquila, pero eso no significaba que no fuera capaz de luchar.

—Sí, hacía todas esas cosas. Suplicar no le servía para nada. Protestar y discutir caía sin efecto en el duro corazón de Agamenón. Su lucha era rápidamente sofocada. Así que cuando todo fracasaba, ella adoptaba la postura contraria y se ofrecía de buen grado. Pedía que se le permitiera rezar privadamente a sus dioses tutelares, y vestirse con el traje de boda. Miraba con gran pena a su padre y le decía que ella era un sacrificio voluntario por el honor griego.

¡El honor griego! ¡No, el honor de Agamenón!

—Venían a por ella y la sacaban de la tienda y la llevaban al altar, donde, como un animal sacrificial...

Lancé un chillido, incapaz de oír nada más.

Ella permaneció quieta, silenciosa. Finalmente, dijo:

—Artemisa mantenía su palabra. La flota ha zarpado. Ya está de camino.

Durante largo rato, ambas nos quedamos sentadas, sin movernos. La habitación se iluminó, y los débiles rayos del sol invernal finalmente entraron por la ventana.

—Debo irme —dijo ella, levantándose.

—¿Estás ya libre de esa maligna visión? —le pregunté—. ¿Eres Evadne de nuevo, libre de todo eso?

—Sí, pero es una carga terrible para traspasarla. Ahora vivirá en otros, en todos los troyanos.

Después de que ella saliera, yo también me quedé acongojada. Ni siquiera podía contárselo a Paris. Todavía no. No podía soportar decirle lo que mi familia se estaba haciendo a sí misma. La maldición de nuestras casas se estaba haciendo realidad. Mi madre muerta... Ifigenia sacrificada por su padre... Necesitaba llorar a Ifigenia en

quietud y soledad. Y conseguir llegar de alguna manera a mi atribulada hermana, que había soportado lo insoportable, con toda mi mente y todo mi espíritu, en la esperanza de que ella fuera capaz de sentirlo.

Al cabo de unos pocos días, toda Troya sabía que la flota griega estaba ya en el mar. Era imposible que el mundo entero no lo supiera; las noticias viajaban más rápido que los propios buques.

Calcas era otro asunto. Había enviado un mensaje privado a Príamo acerca de su nueva lealtad. Príamo convocó una conferencia sobre él, lamentando su desertión.

—Nos ha enviado un mensaje —dijo Heleno—. No ha desertado, simplemente...

—No lo disfraces con otras palabras —exclamó Príamo—. Le enviamos como troyano leal, para averiguar qué nos depararía nuestro futuro. Y por el contrario, se ha aliado con los griegos.

Cassandra se arrodilló.

—A lo mejor, padre, recibió alguna información de la adivina de Delfos que le envió en esa dirección.

—Entonces, ¿por qué no ha venido primero a informarnos? —gritó Príamo.

—Creo que es obvio —respondió Héctor, adelantándose—: Se le dijo que debía ir con los griegos. Por qué, no podemos saberlo.

—¿Porque ellos serán los vencedores? —Deífobo alzó la voz—. No puedo imaginar por qué otro motivo podría ser. ¿Qué otra cosa podría haberle enviado a escabullirse al otro lado? —Él también se acercó a Príamo de una forma posesiva.

—¿Cobardía? ¿O incluso lealtad? Supongamos que el oráculo predijo la caída de los griegos. ¿Podría haber recibido instrucciones de ir y acercarse a ellos, darles falsas informaciones? —dijo Heleno—. Quizás esté entre ellos para despistarlos. —Su voz era, como siempre, baja y un poco insidiosa.

—Qué más quisiéramos, Heleno. Si fuese verdad nos alegraríamos, pero, por ahora, sólo podemos contemplar esto con pena, pensando lo peor. Buscar siempre lo mejor y negarse a considerar lo peor es un crimen contra nosotros mismos —dijo Antenor. Sonó como si fuese también un atentado contra los buenos modales.

—¿Y qué ocurre con su hermano, Pandaro? ¿Podría haber recibido alguna noticia? —preguntó Paris.

Príamo retorció el rostro. Se sentía remiso a considerar cualquier cosa que sugiriese Paris.

—Sí, envíad a buscarle —dijo al final, haciendo una seña a un mensajero.

—Quizá nos hemos preocupado demasiado por las profecías —dijo Héctor—. Yo, en cambio, creo que estar alerta y mostrarse fuerte es el mejor presagio de éxito. O de

victoria. Calcas estaría todavía aquí si no hubiésemos ido lloriqueando a buscar oráculos y profecías. Y no tendríamos que preocuparnos por lo que pudiera contarles a los griegos.

—Tú y otros ya habláis de victoria —observó Antenor—. Hablar de victoria es invocar el espectro de la derrota, su gemelo.

—Oráculos..., derrotas... Parecéis niños asustados —se burló Héctor.

Una agitación. Trajeron a Pandaro, que intentaba sacudirse el brazo del sirviente que le acompañaba.

—¡Fuera de aquí! —manoteó, apartándole. Luego se volvió a Príamo y sonrió ampliamente—. Muy estimado rey —dijo—, ¿por qué he tenido el honor de que me llameses y me sacaran de mi cena melancólica?

—Nunca has tenido ni un solo momento de melancolía en tu vida —dijo Héctor.

—Intento evitarlos, sí —admitió el otro—. Pero en toda vida... —Suspiró y se encogió de hombros—. ¿En qué pueden beneficiar mis sencillos pensamientos a esta augusta compañía? —dijo, y se pasó la mano por la calva cabeza.

—Pues esto. ¿Sabes algo de tu hermano Calcas? ¿Has tenido noticias suyas?

Pandaro pareció sorprendido de verdad.

—No, señor. No desde que partió de nuestras costas, hace algún tiempo. ¿Por qué..., acaso habéis...?

—¡Sí! —exclamó Príamo—. Se ha ido con los griegos, y les ha entregado profecías favorables relativas al resultado de un ataque contra nosotros.

—Yo..., yo... ¡No puedo imaginar tal cosa! —murmuró él al final. Su desenfado había desaparecido—. No puedo cuestionar su lealtad.

—¡Pues empieza a cuestionártela ya! —gritó Príamo—. Cuando las acciones no cuadran con las palabras, confía en los actos. Fíjate en lo que ves hacer a la gente, no en lo que imaginas que podrían hacer. Él está navegando con los griegos, y ellos se están preparando para caer sobre Troya mientras estas mismas palabras salen de mis labios.

—Pero, buen rey, es demasiado pronto para hacerse a la mar. —Miró a su alrededor como para recoger asentimientos y confirmaciones.

—No para ellos, parece ser —dijo Héctor—. Estarán muy pronto aquí, animados por lo que les ha dicho tu hermano.

—Pero... ¿y qué puedo hacer yo? —dijo él—. No le he visto. Sólo puedo decir que si se ha unido a ellos, habrá sido porque le han obligado. Nunca habría hecho esto por su propia voluntad. Él es leal, señor. ¡Es leal!

—A menos que le capturemos, nunca lo sabremos —dijo Deífobo, con una mueca

desagradable.

—¿Y el chico que se llevó con él, y que insistía en que le acompañase? ¿Le ha visto alguien? —preguntó Deífobo.

—¡No, no, lo juro! —Pandaro levantó las manos—. ¡Si fuera así, lo traería ante vosotros inmediatamente!

—Hay algo raro en esa petición —musitó Príamo—. Ya me pareció sospechoso entonces. No tenía ningún sentido.

—Estoy de acuerdo, no tenía sentido. ¿Por qué iba a tenerlo? —gritó Pandaro—. No es más que un muchacho. —Tragó saliva—. «Era» un muchacho. Pero consideremos la explicación más obvia. La juventud quiere aventuras, quiere navegar a países lejanos. Los viejos se contentan con permanecer donde están, saborear lo que tienen a mano, pero los jóvenes quieren recorrer el mundo. Creo que el deseo del chico era inocente, y que mi hermano simplemente quería concedérselo.

Príamo gruñó.

—Quizá. —Se aclaró la garganta—. Tenemos que situar unos vigías, no sólo en nuestra propia vecindad, sino también hacia arriba y abajo en la costa.

Sí. Paris y yo no habíamos desembarcado en Troya, sino más hacia el sur. Ellos también podían hacer lo mismo. Era una costa muy larga.

—Y debemos alertar a nuestros aliados, ordenarles que nos informen de cualquier desembarco. Por ahora podemos ir y venir a voluntad. Debemos almacenar grandes cantidades de comida y bienes. Lo bastante para aguantar un año o más. Ningún asedio dura más. Cuando el invierno vuelva a soplar, los griegos se irán a casa.

—¿Hablas de asedio? —preguntó Héctor—. ¿Y tendremos que enfrentarnos a ellos en combate?

—Quizá —dijo Príamo—. Pero estoy pensando en todos los troyanos, no sólo en tus guerreros. El contingente griego tendrá sólo hombres, sólo luchadores, mientras que nosotros tenemos una ciudad entera llena de artesanos, trabajadores, mujeres, niños, ganado y todo lo que hace de Troya lo que es. Lucharemos por todo eso: hasta el objeto más pequeño es querido para nosotros, la espada de nuestro abuelo, el collar de nuestra abuela, la cuna de nuestro primogénito. Ellos han dejado todo eso atrás, bien seguro; no se ven cargados con bienes y con recuerdos, mientras que nosotros debemos defenderlo todo: vida, propiedades, todo lo que amamos.

—Hablas de nuevo de luchar —dijo Antenor—. Quizá no lleguemos a eso. Seguramente enviarán una embajada y podremos discutir los términos.

—¡Si piensas por un momento en pedirme que devuelva a Helena, la respuesta de nuevo es no! —gritó Paris, saltando al centro de la sala—. Ella es mi corazón, mi

mente, mis propias manos. No puedo entregarla. Si me matan, entonces iré a las sombras del Hades y no me importará. Pero ¡sin ella no puedo vivir!

—Pero nosotros sí podemos —dijo Héctor—. ¿Debemos sufrir todos porque ella es tu corazón, tu mente y tus manos? Seguramente es injusto.

Héctor se había atrevido a decir lo que seguramente debía de estar pensando todo el mundo.

Paris no respondió de inmediato. Por el contrario, salió del lugar que ocupaba en el centro de la sala, lentamente, con parsimonia. El silencio aleteaba como uno de los búhos de Atenea. Se posó en mi propio hombro y yo no pude hablar, como si me hubiesen cortado la lengua. No podía hacer otra cosa que mirar y escuchar.

Paris sonreía. Aquella sonrisa era maravillosa y él no parecía albergar rencor alguno, ni siquiera a aquellos que le eran hostiles.

—Hablas sabiamente, Héctor. Soy afortunado al tener un hermano tan honrado y valiente.

Se volvió en redondo, enfrentándose a cada uno de sus interrogadores, y mirándolos a todos a los ojos. Finalmente, habló.

—Queridos amigos y familia —dijo—. Inclino mi frente ante vuestras observaciones, muy justas. Es cierto, la raíz de vuestros posibles sufrimientos parece encontrarse en mí. Si no hubiese traído a Helena de Esparta aquí a Troya, no os enfrentaríais a la amenaza de ese ejército. Pero a veces debemos inclinar la cabeza ante la voluntad de los dioses, no importa lo perversa o misteriosa que nos pueda parecer. Yo fui elegido para la tarea que ha puesto todo esto en marcha, y no había forma de que pudiera evadirme. No he hablado de ello antes... porque no había necesidad. Parecía un sueño. Pero Zeus me obligó a dirimir una disputa entre sus hijas y su esposa, aunque yo no era digno de ello. Quizá me eligió sin ningún motivo en particular. Intenté negarme, pero no sirvió de nada. ¿Habéis intentado alguna vez eludir a los dioses? ¡Os digo que es imposible!

Los presentes siguieron mirándole. También se lanzaron miradas unos a otros como preguntándose: «¿Estará loco?».

Paris se aclaró la garganta.

—Las diosas..., la esposa de Zeus, su hija Atenea y Afrodita, vinieron a mí en el monte Ida y me obligaron a elegir entre ellas.

Deífobo frunció el ceño.

—Pero ¿cómo? ¿Y con qué fin? —se mofó.

—Tenía que elegir a la más bella —dijo Paris.

—Ah, no hay color entonces —dijo Antenor—. Ni Hera ni Atenea son conocidas

por su belleza especial, aunque, por supuesto, todos los dioses son bellos.

—Ah, tú estás cometiendo el mismo error que yo —dijo Paris—. Siempre había supuesto que todo dios o persona se mostraba orgulloso de sus excelencias y no tenía en cuenta sus debilidades. Al fin y al cabo, ¿quién puede ser perfecto en todo?

—Es verdad —dijo Príamo—. Hijo, ¿por qué no nos habías contado todo esto?

—Creía que era un asunto privado —dijo Paris—. Pero ahora veo que cuando se trata de los dioses, no hay asunto privado. Ni tampoco tienen debilidades... o no quieren reconocerlas. La militante Atenea, preeminente en la guerra, ansiaba también ser declarada la más bella. Y por tanto, las diosas quisieron sobornarme. A mí, a un mortal, a quien podían borrar del mundo con un solo manotazo. Elegí a Afrodita, y ahora Hera y Atenea parecen guardarme un gran rencor, y han tomado Troya como responsable del juicio del pobre Paris.

—¡Oh! —Príamo se tambaleó hasta una silla—. Ay, hijo mío, qué espantosa carga ha caído sobre ti. Pero, aun así, no veo qué tiene que ver esto con nuestras dificultades presentes.

—Las diosas Atenea y Hera son hostiles —dijo Paris—. Ellas han convertido a Troya en mí, y a mí en Troya. Quieren castigarme.

—Pero ¿y Afrodita? —preguntó Antenor.

—Ah, ella no sirve de gran ayuda en la batalla.

Un gran murmullo se alzó entonces. Nadie pareció notar que él no había explicado exactamente cómo había provocado Afrodita nuestras actuales dificultades. Nadie le preguntó con qué le habían sobornado las diosas.

—Las diosas nos han colocado en esta situación —dijo Paris—. Yo no he sido más que una herramienta suya.

—Entonces debemos deshacer lo que han hecho —intervino Esaco, que se había mantenido callado hasta el momento. Le recordé de la anterior reunión del consejo, en la que se discutió si se enviaba a Calcas. Era un hombrecillo como una comadreja, con los ojos brillantes y barba de varios días—. He llegado a saber que, a diferencia de las personas, los dioses se pueden distraer y convencer fácilmente. Un poco de halago y unos sacrificios les hacen olvidar con facilidad. —Consiguió sonar sarcástico y aburrido al mismo tiempo.

—En este caso, no hay forma de apaciguarlas —respondió Paris—. El juicio ya terminó.

—Ningún juicio es final, a menos que las partes hayan muerto —dijo Héctor—. Debes volver al mismo lugar y propiciarte su voluntad.

—Pero no estarán allí ya.

—Pueden viajar a donde quieran, y lo harán en cuanto sepan que va a haber un nuevo juicio.

—Pero ¿no podría decidir de forma distinta!

—Finge que lo has reconsiderado. Di algo que las halague. Les gustan esas cosas —dijo Esaco.

XXXIX

En cuanto estuvimos a salvo en la alcoba más resguardada de nuestros aposentos, atraje a Paris hacia mí y le dije con un susurro, o no, más leve aún que un susurro, respirando, mi petición directamente a su oído:

—Debes contarme lo que ocurrió aquel día en el monte Ida. —Quería que ningún oído, ni humano ni divino, oyese aquello.

Él volvió su rostro hacia el mío y a la luz dorada de las lámparas de aceite pude leer más que oír su respuesta:

—Cuando era todavía un pastor, estaba dormitando junto a un estanque al ponerse el sol. El ganado se había alejado, pero todavía era demasiado pronto para ir a recogerlo. Yo estaba echado... —Se apartó y se echó en la cama—. Así, exactamente. —Estiró los brazos por encima de su cabeza y se dio la vuelta con fruición—. Estaba soñando, unos sueños cálidos y amodorrados, y las violetas que tenía bajo la cabeza eran como un cabezal fragante, y entonces... —Me eché junto a él en la cama; su voz se había alzado demasiado—. Pensaba que era una visión, pero tres figuras femeninas me rodearon, envueltas en una sombra verde. Veía a través de ellas, pero eso no me parecía extraño. Me senté. —Se levantó, representando ese acto—. Y susurré: «¿Qué queréis de mí?», y ellas me rogaron que me levantara y que me quitara las sandalias. Lo hice. Entonces me hicieron señas de que las siguiera. Fui andando por la hierba verde, que parecía mármol pulido, y me condujeron hacia el estanque, que estaba medio oculto y tapado por las ramas que colgaban.

Se arrodilló.

—Entonces me empecé a asustar un poco. Arrodillado en el suelo, notando los guijarros bajo mis espinillas, de pronto me desperté del todo y supe que no era un sueño. Y mientras miraba a las... figuras, supe que no eran seres mortales, sino diosas. Empecé a temblar.

El sudor brotaba de su frente. Pensé en mi madre y en lo que le había ocurrido. No es fácil dar de repente con un dios.

—¿Pensaste..., pensaste en algún momento en salir corriendo?

—No, sabía que no era posible. Pensé que me matarían. Supe que lo harían. Sus ojos..., había algo mortal en ellos, a pesar de todas sus sonrisas y halagos.

—¿Les viste las caras? —Siempre había pensado que mirar directamente a un dios era la muerte segura.

—Más aún..., ¡las vi desnudas! —Se echó a reír, nerviosas carcajadas al

recordarlo—. Me obligaron a mirarlas. —Ahora farfullaba un poco—. Sí, se quitaron la ropa ante mí y buscaron mi..., mi valoración de su belleza, tras compararlas.

—Pero ¿por qué? —Quizás hubiese sido todo un sueño.

—No sé por qué, sólo sé que debía elegir entre ellas a la más bella.

—Dijiste que te habían ofrecido sobornos. —Intenté sonsacarle.

—Sí.

Esperaba que me dijera cuáles eran. Pero sólo bajó la cabeza. Se lo pregunté directamente.

—No..., no me acuerdo —dijo, con abatimiento.

—¿Cómo que no te acuerdas?

—Ya te he dicho que fue como un sueño. ¿Tú recuerdas los sueños? Algunos de ellos quizá, pero los detalles pequeños quedan borrosos, fundidos con otras cosas. Cuanto más intentas captarlos, más se ocultan.

—¿Estás seguro de que podrás volver a encontrar aquel sitio?

—Eso creo. Conozco muy bien la montaña.

—Pues ve allí de nuevo, y todo volverá a ti otra vez. Ésa es la diferencia entre los sueños y los lugares reales. No puedes recuperar un sueño, pero sí que puedes volver a un sitio.

—Pero ¿por qué deberíamos volver allí? Yo no quiero. —Casi esperaba que dijera, como un niño tembloroso: «¡No voy!».

—Debes recordar lo que hiciste para ofender a Hera y a Atenea, por si existe alguna posibilidad de aplacarlas. Hay que remontarse a lo que te ofrecieron y lo que tú respondiste. Esaco tiene razón.

—Es demasiado tarde.

—No, no. Si han enviado un ejército contra nosotros, ¿no deberíamos intentar averiguar por qué, y repararlo?

—No quiero volver allí. ¿Y si ellas... se lo llevan otra vez?

—¿Llevarse otra vez el qué?

—Lo que me dieron. Lo que «ella» me dio.

—Pensaba que no recordabas lo que era.

—No lo recuerdo. ¡No lo recuerdo!

Le cogí la cara entre mis manos, intentando borrar el miedo frenético que se leía en ella.

—Paris, Paris. Debemos volver, por el bien de Troya. Y cuando estemos allí, me enseñarás la choza de pastores en la que creciste. Quiero conocer a tus padres adoptivos. Quiero ver dónde pasaste la niñez. Lo podemos hacer todo el mismo día, lo

agradable y lo que da más miedo. ¿Me llevarás?

—Sí —murmuró.

—¿Me lo prometes?

—Sí. —Parecía que iban a azotarle de un momento a otro.

Ida, de nuevo. Bajo la fría y brillante luz del sol, el monte no se parecía en absoluto al que fue aquella turbia y salvaje noche, cuando estuve por última vez allí. No íbamos a subir a la cima donde se habían llevado a cabo los ritos de las mujeres, sino que nos dirigíamos hacia otra estribación del Ida. La montaña tenía muchos pequeños picos y flancos y ramales, de modo que era como una leona y muchos cachorros amamantándose de ella.

En el momento en que pusimos los pies en Ida, Paris cambió.

—Aquí es donde corría..., ahí es donde construí una casa en un árbol..., y ahí es donde hice un fuerte con piedras..., y mira, en aquel valle fue donde me criaron Agelao y Deione. No veo humo elevándose...: no están en casa. Podemos volver al ponerse el sol, a ver si han vuelto. Y te enseñaré el lugar donde me encontraron. Donde estaba echado encima de una piel de lobo.

—No, por favor.

—Ah, es un lugar sagrado, al menos para mí. Fue donde pasé de una vida a otra.

—Hemos venido aquí para que me enseñaras el otro lugar donde pasaste a otra vida... y trajiste el peligro a Troya.

—Ah, sí... —La ligereza abandonó su voz—. Ese lugar.

—Me habías dicho que sabías exactamente dónde fue. Vamos allí y acabemos con esto.

Él se volvió abruptamente y se dirigió en el sentido opuesto. Estaba claro que habría deseado ir allí en último lugar; si no había más remedio... Atravesamos suaves hondonadas y valles, pasando desde sombreados pinares a concavidades llenas de emparrados y espesos arbustos y luego otra vez fuera, trepando más arriba. El camino que subía por la montaña iba serpenteando y girando, y la gravilla suelta caía a cada lado.

De pronto llegamos a un espacio abierto, una pradera que bajaba suavemente por la colina. Unos altos y oscuros cipreses custodiaban sus límites, y vi un arroyo chispeante que corría por entre los matorrales, a un lado.

—Aquí. Fue aquí. —Paris se detuvo y extendió un brazo—. Yo estaba durmiendo aquí, bajo este árbol. Este mismo —dijo, y buscó un viejo roble cuyo grueso tronco arrojaba una sombra amplia—. Sí, y aquí está la piedra que usaba como almohada. —Con cautela se arrodilló junto a ella y pasó las manos por encima—. Yo estaba echado

así... —Se echó—. Había más hojas arriba, pero aparte de eso, era lo mismo. —Cerró los ojos para llamar al sueño—. Y entonces las oí..., las vi...

No había nada allí más que el sonido del viento que pasaba entre las ramas.

—Creo que con ellas iba alguien más... Sí, una figura masculina, Hermes. ¿Cómo pude olvidarme? Fue él quien me dijo que debía decidir entre las diosas. Dijo que él no podía ayudarme, que debía tomar la decisión yo solo. Dijo —y se rio en voz baja— que mi aspecto y mi conocimiento de las cosas del amor me calificaban para juzgar. Entonces me levanté y ellas me llevaron... —Miró a su alrededor, proyectando la mirada en todas direcciones—. ¡Allí! Allí, a aquella arboleda.

—Entonces vamos allí —dije.

La arboleda rodeaba un pequeño estanque, que llenaba la corriente de una fuente que caía desde unas rocas más arriba. En verano, cuando las lluvias y el deshielo hubiesen terminado, probablemente desaparecería. Como las diosas mismas. Pero ahora se extendía formando anchas y oscuras olas, reflejaba en el centro el cielo, y sus bordes quedaban sombreados. El silencio lo envolvía. Se oía el chapoteo del agua que entraba en el estanque en la parte más alejada.

—Me rogaron que me sentara en esta roca. —Se dejó caer en ella—. Luego se pusieron de pie ante mí. Daban miedo. En primer lugar, eran de un tamaño mucho mayor que los humanos. El brazo de Atenea era tan grande como un mástil de barco. No me engañaba respecto a lo que aquel brazo podía hacerme. Hermes explicó, como si estuviera hablando con un tonto, que Zeus me había nombrado a mí para que eligiese a la más bella entre ellas. Daría alguna recompensa, creo que era una manzana dorada con las palabras: «Para la más bella», una vez yo decidiera. —Sacudió la cabeza—. Quizá fuese un sueño. ¿Para qué iban a querer nuestras diosas una manzana dorada con unas palabras grabadas? Podían hacerse una ellas mismas, si querían. ¿Y por qué iban a hacer caso de lo que dijese un pastor? Casi no tienen en cuenta a los mortales, a ningún mortal, tenga la importancia que tenga. No tenía sentido. Pero yo no lo cuestioné, ya que estaba muy preocupado por mi seguridad. Sólo quería escapar con vida. —Tosió—. Le dije a Hermes que dividiría la manzana entre las tres. Él dijo que era imposible, que tenía que decidir. Mi corazón latía acelerado. Sabía muy bien que una persona puede poner condiciones antes de un acto, pero nunca después. Rogué que las perdedoras no se sintieran molestas conmigo, ya que yo era un simple mortal, y como tal, dado al error. Hermes me aseguró que accederían a mi petición.

—¡Pues está claro que no lo hicieron!

—No hay que confiar en los dioses. Ya lo sabemos. Por eso yo buscaba

protección..., aunque no me fue concedida.

—Pero las viste. Cuéntame cómo fue, qué aspecto tenían.

—Apenas me di cuenta —admitió él—. Si vieres un mastín gigante, con las mandíbulas babeantes y a punto de saltar, ¿te fijarías en el color de su pelaje?

—¿Y se desnudaron?

—Hermes lo sugirió. De modo que la primera fue Hera. Parecía bastante guapa, pero sus intentos de sobornarme resultaban patéticos. Quería poner ante mis ojos riquezas y territorios. —Hizo una pausa—. Entonces llegó Atenea. Ella había insistido en que Afrodita se quitase el cinturón mágico que hacía que todos los que la veían se enamorasen de ella. —Se echó a reír—. Afrodita accedió si Atenea accedía a quitarse el casco. Decía que Atenea estaba espantosa con él. Y tenía razón. Atenea resultaba... casi atractiva sin él.

—¿Y qué más te ofreció?

—Ah, más territorios y victorias, cosas que a mí no me importaban. —Se encogió de hombros con demasiada presteza. Luego fue hasta el borde del estanque y, arrodillándose, metió las manos en él.

—Entonces, Afrodita —le urgí.

Él se puso en cuclillas.

—Esa dama sabe cómo complacer a un hombre —dijo, y sonrió.

—Sí, es conocida por ello.

—Lo primero que me dijo es que yo era el hombre más guapo de toda la región y que era un desperdicio que estuviese cuidando ganado. Dijo que yo estaba destinado a cosas mejores. Me las prometió.

—¿Te prometió un lugar en Troya? Ah, claro, ya conocía tu verdadero nacimiento.

¡Ah, con qué rapidez me apresuré a dar una respuesta! Ojalá hubiese esperado a que él hablase primero.

—Sí, eso fue exactamente lo que me prometió —dijo, sonriendo—. Justo eso. —Me echó un poco de agua, salpicándome la cara—. Y poco después yo fui a Troya y se reveló la verdad de mi origen. Debo darle gracias por ello. A causa de ella, me convertí en príncipe de Troya. Fue Afrodita quien se lo reveló a mi madre y a mi padre.

—Entonces valió la pena elegirla. Ha cambiado tu vida de la manera que tú deseabas.

—Sí, sí.

—Pensaba que no recordabas lo que te había prometido.

Una breve mirada de alarma atravesó su rostro.

—Al venir aquí mi recuerdo ha revivido. Tal y como esperaba.

—Como esperaba yo. Y ahora debemos congraciarnos con las perdedoras, para que retiren su venganza de Troya.

—Sí, sí, claro que sí.

Paris buscó en su zurrón y sacó dos vasijas pintadas que celebraban sus encantos, junto con un homenaje que reconocía su belleza, y unos exquisitos collares de cornalina y amatista con cuentas de oro. Los dejó con reverencia sobre una piedra plana, invocando su presencia.

Levantando las manos, exclamó:

—Grandes diosas del Olimpo, Hera de Argos y de los ojos grises, hija de Zeus, portadora de augurios, sublime Atenea, mirad con favor estos regalos que os traigo, y tened piedad de Troya.

Luego ofreció más cosas para encender sus corazones: extendidas en la roca quedaron maquetas de barcos y de ciudades amuralladas, ¡como si Paris pudiera entregarles todas esas cosas!

—Todo esto es para vosotras. Me prometisteis que acataríais mi lamentable decisión, pero yo sólo soy un ignorante mortal. Mi débil opinión no debería pesar nada en la balanza de los inmortales.

Se arrodilló ante el improvisado altar.

Hubo un silencio total. ¿Le habían oído acaso? Probablemente estaban ocupadas con otros asuntos, todos tan frívolos como una manzana grabada. Cerré mis pensamientos por si podían leerlos.

—Habéis amenazado a Troya, que jamás os ha hecho daño alguno. Yo no soy Troya. Ni siquiera era reconocido por Troya cuando fui convocado para otorgar la manzana de oro. No culpéis a gentes inocentes por mis fallos.

Más silencio.

—¡Alejad a los griegos! ¡Suplicad a Zeus que aleje los estragos de la guerra!

Ningún sonido salvo el roce de los arbustos y el gorgoteo de la cascada.

—¡Entonces... que Afrodita nos salve! —exclamó—. ¡No nos dejes perecer!

Afrodita: la diosa que, conduciéndonos por invisibles senderos, nos había unido el uno al otro. Ella no era de fiar, pero ahora era lo único que teníamos. Nuestra petición a las demás había sido ignorada, y Troya debía sufrir. Lancé un grito. ¿No podíamos hacer nada? Pero ¿qué podíamos prometer a las perdedoras, Hera y Atenea? Eran ellas las que tenían el poder de otorgar dones, y no nosotros.

Me acerqué a Paris y le cogí la mano, levantándole.

—Ven —dije—. Las cosas son como son. —Me sentía triste y desafiante a un

tiempo—. Debemos hacerles frente, soportarlas, venga lo que venga. Los dioses pueden hundir nuestras rodillas y aplastar nuestros hombros, pero hay una majestad en ser destruidos por ellos..., sólo por sus manos. Mientras tanto, seguiremos de pie. Ésta es la última súplica que les hacemos a las odiosas Hera y Atenea. —Alcé la mirada al cielo. A veces los dioses incluso admiran a aquellos que destruyen, si son adversarios valiosos—. Tú elegiste, Paris. Ahora debemos aceptar las consecuencias.

—¿Querrás quedarte a mi lado? —Sonaba incrédulo.

—Por supuesto. Sin ti, no me queda nada. —Sujeté su mano. Estaba fría como una vasija que se ha quedado a la intemperie por la noche.

—Helena. —Se inclinó hacia mí, preguntándome cien cosas con los ojos.

—Nunca pensé que volvería a verte. —Una voz aguda y clara resonó en la cañada.

Yo volví la cabeza en todas direcciones y al fin vi a una mujer que estaba de pie en la orilla más alejada del estanque. Era joven, esbelta, envuelta en un manto. La mano de Paris tembló en la mía. Noté un ligero movimiento, como si quisiera retirarla, pero enseguida la apretó más fuerte.

—Enone —exclamó.

—Sí, Enone.

Ella se acercaba, venía hacia nosotros. Su paso era ágil, agitaba el manto que envolvía estrechamente su cuerpo. Debajo del manto vi un vestido de color rosa. Cuanto más se acercaba, más se apreciaba su rostro encantador. Paris se había quedado clavado en el suelo, como un árbol. Me apretaba la mano.

—Así que por ésta me dejaste. —Estaba a unos pocos pasos de nosotros cuando se detuvo—. Ah, sí, he oído hablar de ella. —Se echó atrás la capucha. Un pelo largo y con mechuras color miel cayó suelto—. No es tan superlativamente hermosa como dicen. ¿Por qué entonces, Paris? —Su voz era fuerte y desafiante.

Quise responder, pero no era cosa mía. Que hablase Paris.

—Porque la amo —dijo al final.

—¿La amas o amas el hecho de que sea hija de Zeus? —Aquella mujer atrevida nos rodeó—. Tú grabaste nuestros nombres juntos en los árboles del bosque. Tú dijiste que serías mío para siempre. ¡Y luego te fuiste de repente! —Movié el brazo en un gesto rápido—. Te fuiste, fuiste a «ella». —Acercó mucho su cara a la mía—. Dime, señora, ¿qué truco usaste para conquistarlo? Cuando llegó a la corte de tu marido, ¿por qué te echaste en sus brazos?

«No lo hice», quise decir. Pero ¿por qué debía defenderme? Era mejor no decir nada.

—Una mujer casada —siseó—. ¿Sabes cosas especiales para atraerle? ¿O fue sólo

el aroma de lo prohibido? Conozco a Paris, le gusta lo prohibido. Por eso fue a Troya aquel día. Porque estaba prohibido. Tú misma, señora, ahora que ya no estás prohibida, sino que vienes con un alto precio..., ¡ya verás cómo él acaba por salir huyendo!

¿Por qué no hablaba Paris?

—Vete, Enone. Resultas muy pesada. Todo acabó entre nosotros. —Ahora era Paris quien hablaba, pero sus palabras eran vacilantes y débiles.

—Eso crees. ¿Has olvidado mis dones de curación? —Se apartó, mirándonos.

—¿Cuáles? No los necesito.

—Ahora no, pero los necesitarás. Veo el futuro, lo veo. Sufrirás una grave herida y te traerán a mí (porque ella no tiene poderes de curación), pero ese día yo te daré la espalda y te enviaré de vuelta a Troya para que mueras.

Si con aquello quería atraerlo de nuevo a su lado, es que no conocía a los hombres.

—Así es tu amor, pues —hablé yo—. Un amor superficial, que sólo se resiente de tu propio orgullo. Eso no es amor.

—¡Yo te maldigo! —escupió ella—. ¡Eres la fuente de todo mal... y te atreves a insultarme!

—Sólo sé que cuando amas de verdad a alguien, no puedes negarle la ayuda vital, haga lo que haga. Pero quizás eso se deba a que soy madre y conozco otras dimensiones del amor.

—Una madre que ha abandonado a su hija..., ¡abandonada por su amante! ¿Qué derecho tienes tú a hablarme de amor?

Ah, qué bien sabía cómo herirme.

—Quizá yo comprenda mucho mejor el amor precisamente a causa de eso. He sufrido.

—¿Y yo no? —Miró a Paris—. Habla conmigo, cobarde. No dejes que tu amante hable por ti.

—Enone, ya te lo he dicho, todo acabó entre nosotros.

—Porque has ido a buscar algo más elevado..., príncipe de Troya, amante de una reina.

—Era mi destino. —Su voz sonaba débil y reluctante—. Ya era príncipe de Troya, y no reivindicarlo hubiese sido una cobardía. Y Helena es mi otro yo, mi alma. Destinada a mí desde el principio.

—¡Que te salve pues tu otro ser, cuando llegue el momento! —gritó ella. Se volvió y luego se detuvo y nos miró—. Había rogado verte una vez más. Los dioses te

han traído aquí, me han susurrado al oído dónde podía encontrarte. ¡Qué amargo encuentro! Te dejo con ella, y en las horas finales, hasta ella me rogará que te salve. —Eché la cabeza atrás—. Pero no lo haré, señora. Tus lastimosas súplicas serán un bálsamo para mí, pero no te servirán de nada. ¡Disfrutad de vuestro breve tiempo juntos! —exclamó, y con un remolino de su manto, se alejó. El follaje se la tragó cuando se iba.

—Paris —dije yo, temblando—, no me habías hablado de ella. —Ahora recordaba el burlón comentario de Deífobo sobre una ninfa del agua a la que había abandonado Paris—. Quizá sea mejor. Ahora ya lo sé todo: la difícil prueba que pusieron ante ti las diosas, la mujer a la que amaste antes que a mí. Tú conoces a Menelao, y yo ahora conozco a Enone. He visto su rostro. —Él parecía tan afligido que quise tranquilizarle—. No debe haber secretos entre nosotros.

Idiota como era, creía que lo sabía todo. Todavía no conocía el secreto final de la promesa de Afrodita: que ella me había ofrecido como premio.

XL

Ante los rumores de la flota griega, Troya parecía hincharse de orgullo y emoción. Dormitando pacíficamente desde hacía demasiado tiempo, preparada desde hacía demasiado tiempo con sus elevadas murallas, sus recias torres y sus reservas de armas, daba la bienvenida a la euforia de entrar en acción. Despertándose de su niebla dorada, se agitaba como un león ansioso por cazar. Evidentemente, aquellos deseos habían sido reprimidos durante toda una generación, y los jóvenes nos aclamaban a Paris y a mí cuando caminábamos entre ellos por las calles, gritando que defenderían el «tesoro griego» hasta la muerte. Pero por la forma en que se reían, mostrando los dientes, estaba claro que no pensaban que serían ellos los que morirían. Infundirían un terror tal a sus enemigos que toda la flota enemiga huiría..., aunque no sin librar una feroz batalla o dos, sin embargo. Los troyanos no querían que les arrebataran una gran batalla, en la cual el final fuese un resultado previsto. ¿Cuál otro iba a ser si no? Todo el mundo sabía que los griegos se peleaban y luchaban entre ellos y que eran una gente variopinta que nunca había tenido un ejército como es debido. Un troyano valía por diez griegos, ésa era su cantinela.

Los talleres echaban humo, los artesanos y herreros de Troya tenían más trabajo que nunca, y el comercio era intenso. La gente afluía a Troya para obtener bienes y comerciar también. Surgió un mercado en torno a la nueva esfinge en el patio abierto, que estaba repleto de gente desde el amanecer hasta la puesta de sol. Príamo insistía entonces en que salieran todos para poder cerrar las puertas por la noche. Pero cada mañana la gente volvía de nuevo, y parecía que su número iba en aumento.

Las mujeres de Troya disfrutaban al ver que el mercado venía a ellas y que podían comprar sin tener que salir de su ciudad. Los maridos les prohibían que se excediesen comprando chucherías y baratijas, pero sus consejos se desatendían.

Extrañamente, fue una época feliz en Troya.

Además, Troya empezó a fortificarse. Los trabajadores engrasaban los pivotes de las grandes puertas; los carpinteros tallaron nuevos pasadores para asegurar las puertas. Los constructores añadieron un nuevo parapeto de ladrillos de arcilla encima de los muros de piedra. La zanja que rodeaba a la ciudad inferior se ahondó más aún, y se colocó una nueva hilera de pinchos erizados en la parte posterior de la que ya existía. Príamo en persona bajó y se dirigió a la gente que vivía en la parte inferior de la ciudad, advirtiéndoles de que se podían avecinar peligros. Tuvo mucho cuidado con evitar la palabra «guerra», o incluso «asedio».

Los escalones que conducían al pozo cubierto junto al templo de Atenea fueron renovados y dragaron el pozo; se colocaron también nuevos cubos y sogas para sacar agua. Los más ajetreados eran los mercaderes que tenían la responsabilidad de aprovisionar a la ciudad con alimentos. Se desperdigaron por toda la región y volvieron con carretas llenas de granos y de aceite. Éstos fueron transferidos a unos enormes depósitos de piedra hundidos para el almacenamiento. Verlos allí, enterrados en hilera hasta el cuello, con las tapas selladas con alquitrán, daba a los troyanos una sensación de seguridad, pero también contribuían al ambiente festivo.

No se oyó ni una sola palabra más de Agamenón o de su flota.

¿Cuántos eran, exactamente? ¿Quiénes eran los comandantes? No lo sabríamos hasta que no pusieran el pie en nuestra orilla del Egeo y pudiéramos enviar espías entre ellos. Ya Príamo estaba reclutando a tales espías, sobre todo hombres jóvenes sin obligaciones familiares. Apeló a Gelanor para que le ayudara a instruirlos, pero Gelanor le dijo que tendría que incluir a voluntarios de edades diversas.

—El objetivo de un espía es mezclarse a la perfección —dijo—. Un espía debe ser la persona menos notoria posible..., de modo que más tarde, si a alguien se le pide que la describa, se rasque la cabeza y diga: «Pues no me acuerdo». Hombres guapos, arrogantes, con cicatrices o con el pelo rojo no pueden ser espías. Pero también necesitamos a hombres mayores, e incluso a alguna mujer.

—¿Mujeres? —Las espesas cejas de Príamo se alzaron.

—Sí, mujeres. ¿No llevan todos los ejércitos a una bandada de mujeres detrás, con el poco halagüeño nombre de «seguidoras»? ¿Y qué es una espía, sino alguien que va «siguiendo» a los demás? ¿Quién mejor para pasar inadvertida?

—¿Quieres decir... prostitutas? —Príamo retorció los labios.

—El que desprecia a una prostituta se desprecia a sí mismo —dijo Gelanor.

Príamo se irguió.

—¿Qué quieres decir con eso, buen hombre?

—Sólo quiero decir que aquellos que miran con demasiada altivez suelen pasar por alto cosas importantes —dijo—. ¿Quién tiene un acceso mejor a los generales que las prostitutas? ¿Quién oye secretos murmurados en la oscuridad? Algunas de las defensoras más leales de una ciudad han sido prostitutas. —Tosió discretamente—. Debería hacérseles un monumento público para reconocer su contribución.

—¡Muy bien, búscalas pues! ¡Enséñales! Quiero decir que les enseñes a recoger información.

—Y hombres ancianos también..., los necesitarás. Hombres lastimosos, lisiados, que se lamenten del cruel destino, que los ha privado de los miembros o del sustento.

Siempre van alrededor de los ejércitos y se los emplea para tareas sencillas. Cuanto más desgraciados son, menos sospechas levantan. —Hizo una pausa—. Seguramente tendréis algunos en Troya...

—Ha pasado mucho tiempo desde que hubo una guerra en Troya —dijo Príamo.

—Los hombres quedan lisiados por otros motivos, aparte de la guerra —dijo Gelanor—. Debemos encontrarlos.

—¿Cuántos crees que necesitarás? —preguntó Príamo.

—Dando un margen para deserciones, ejecuciones y fracasos, yo diría que... al menos doscientos. Y así podrían quedarnos unos cien.

Príamo asintió.

—Los tendrás, buen hombre, los tendrás.

Entrenar a los espías parecía algo ominoso. Gelanor me aseguró que no lo era. Decía que siempre hubo espías aficionados, pero que normalmente los cogían y los ejecutaban, de modo que, ¿no era más sensato aprender de esos errores?

—Tal como dices, parece que esa gente son armas, como arcos o espadas, que siempre necesitan mejorarse —afirmé.

—Es que son armas —me replicó—. Quizá las más mortales de las que disponemos. Después de todo, el conocimiento del pensamiento y la posición del enemigo determina nuestra acción contra él.

Ahora había dado donde más dolía.

—¿Cómo pueden ser enemigos nuestros esa gente de Grecia? No puedo pensar en ellos como enemigos.

—Entonces debes aprender a hacerlo —dijo—. Tu cuñado ha reunido una flota de soldados para invadir Troya y recuperarte. ¿Deseas irte con él?

—No —contesté, bajito.

—Entonces no será pacífico. Ah, sí, enviarán embajadas, que serán rechazadas. Entonces empezará la lucha. Agamenón se sentirá gravemente decepcionado si no empieza. Y también los troyanos, me parece. De modo que tenemos que saber exactamente cuántos hombres tiene, y qué tácticas planea.

—Sí, eso lo entiendo.

—Puede salvar vidas.

—Vidas troyanas.

—Ésa debería ser tu única preocupación.

Ah, pero ¿cómo podía serlo? Yo tenía parientes y vecinos entre los griegos. ¡Quizá hasta mis propios hermanos! ¿Cómo iba a preocuparme sólo por las vidas troyanas?

—Pero ¿y tú? Tú eres griego, y esa gente también —exclamé.

—Ésa es mi pena —replicó—. Y el precio que pago por no haber dejado Troya de inmediato, tal y como deseaba.

—¿Puedes cambiar de lealtad tan completamente, aunque tu corazón esté en parte en otro lugar?

—Intento no pensar en ello —dijo él—. Mi tarea es burlar a Agamenón y desarmarle antes de que haga daño. Por eso selecciono y envío espías, y les enseño todos los trucos que conozco para husmear los planes de Agamenón. —Sonrió—. Helena, sé que no deseas ser conocida en épocas venideras como la causa de una guerra.

—¡Nunca! —accedí.

—Pero ambos sabemos que a lo largo de las épocas los conocimientos se desvanecen, y sólo quedan unos pocos recuerdos, y el recuerdo de la bella Helena como causa de una guerra entre griegos y troyanos puede permanecer. A menos que se evite la guerra.

El invierno llegó y se fue. Los mares se abrieron. Pero el horizonte permanecía claro. Abajo, en la llanura, los troyanos se entrenaban, miles de guerreros al parecer ejercitándose a pleno sol, practicando con el arco y la espada, y cargando contra barricadas y zanjas que colocaban ante ellos sus comandantes. Los aurigas conducían sus carros por la llanura, y los corrales de los caballos se transformaron en empalizadas para proteger a sus valiosos pupilos. Mientras tanto, los herreros seguían fabricando espadas, escudos y armaduras a carretadas, y los artesanos preparaban nuevos carros tan rápido como podían, y fabricaban ruedas de ocho radios, y trabajaban el cuero para formar el suelo, y otros trenzaban las flexibles ramas de sauce recogidas en las orillas de los ríos para formar las barandillas.

Representantes de los aliados de Troya llegaron y prometieron su ayuda a Príamo. Conocí a muchos de los embajadores, y debo confesar que aparte de sus tocados de distintas formas, todos me parecieron iguales, aunque, por supuesto, hablaban lenguas diferentes. Las únicas realmente originales, las que estaba ansiosa por ver, eran las amazonas de Asia. Enviaron a una jefa tribal con un grupo de guerreras, para asegurar su ayuda a Príamo, si era necesaria.

Como yo ocupaba un lugar en Troya que estaba fuera de todo protocolo, cuando deseaba ver a alguien estaba dentro de mis prerrogativas. Así que corrí al mégaron de Príamo en cuanto me dijeron que había llegado la embajadora de las amazonas.

Cuando entré, ella ya había presentado sus credenciales a Príamo. Estaban hablando del número de guerreras que podría proporcionarle en las horas de necesidad. Me deslicé por un lado, junto a la pared, mirándola.

Era muy alta e iba vestida con traje de combate, aunque no era una armadura tal y como yo las conocía. Llevaba un corselete de tela y un casco, pero aparte de eso, iba sin protección. Llevaba el pelo largo y peinado hacia atrás en una trenza. Su brazo era como una columna de mármol, suave e impenetrable. Vi sus manos, que jugaban con la espada, anchas, con los dedos gruesos. Al notar mi movimiento, aunque yo había intentado pasar silenciosamente, se dio la vuelta y se enfrentó a mí, cogiendo la espada.

—Paz, Elate —dijo Príamo—. Ésta es Helena. No hay necesidad de ensartarla.

La amazona se echó atrás el casco un poco, para mirarme mejor. Una expresión de desdén aleteó en su rostro.

—¡No, creo que no!

Me acerqué a ella.

—Soy amiga tuya, y no enemiga —sonreí—. Debo confesar que siento mucha curiosidad por las amazonas. ¿Es cierto que no tenéis hombres en vuestros pueblos?

—Ah, sí, los tenemos durante cierto tiempo. Son útiles para algunas cosas. Creo, señora, que ya sabes a qué cosas me refiero.

Asentí y reí nerviosamente.

—Pero, aparte de eso, no los necesitamos —dijo—. Los consideramos más bien una molestia.

Ahora sí que se reía de verdad. Eso le parecía divertido.

—Y ahora vamos, Helena, ¿no has sentido alguna vez lo mismo? ¿No te gustaría que desaparecieran después de haber cumplido su objetivo? Sería mucho más sencillo.

Fui incapaz de responder, tanto me ahogaba la risa.

—Algunos de ellos —dije. Ciertamente, no todos.

—Ningún hombre vale las molestias que causa —afirmó—. Te ruego que me perdones, majestad. —Le guiñó el ojo a Príamo—. Bueno, puedo garantizarte una fuerza de unas cien guerreras como éstas. —Hizo una señal a su cuerpo de guardia, todas ellas altas y musculosas—. Entrenadas desde la niñez para la lucha y la caza. Un centenar de amazonas valen por mil hombres.

—¿Por qué ibais a recorrer toda esta distancia para proteger Troya? —le pregunté. Su hogar estaba muy lejos.

—No queremos griegos aquí —dijo—. Que se queden en su lado del mar. Señora, aunque tú eres muy agradable de mirar, ninguno se deja engañar por sus protestas de que tienen que rescatarte por cuestiones de honor. Lo que quieren es afianzarse en nuestra región. Y nosotras queremos negárselo.

—Entonces, bienvenida sea vuestra ayuda —dijo Príamo.

Elate me dirigió una mirada.

—No dudo de que tu marido quiere que vuelvas y que esté perdidamente enamorado. —Resopló al pensar en ello—. Pero en cuanto a los demás, sólo quieren saquear esta tierra. —Entonces sonrió—. Espero no desilusionarte.

—No, no —le respondí.

Las cigüeñas blancas volvieron de su viaje invernal y ahora iban vadeando las marismas. El cielo cantaba una canción de un azul limpio. Todas las señales de la primavera que nos daban siempre alegría no eran entonces más que señales de que nuestra tierra estaba abierta para la invasión. El paso ya estaba franco, y les hacía señas.

Tan rápidamente como las aves que volvían, llegaron los rumores junto a ellas. «Hay barcos en el horizonte. No, sólo son olas. Han atracado lejos, al sur, en Larissa. Viene una gran masa desde Tracia. Mi hijo los vio con sus propios ojos, cuando fue a las fuentes frías y calientes de la montaña, allí estaban, extendidos en la llanura por debajo. Dicen que hay dos, que vienen en embajada especial. Pero ¿quiénes son? No lo sé, pero ambos tienen el pelo rubio como el oro. Muchos griegos lo tienen. Podría ser cualquiera. ¿Ha recibido noticias Príamo? No».

A medida que pasaban los días, me ponía cada vez más nerviosa. Entonces, cierto día, recibí una llamada desconcertante de la Reina para que acudiera a sus aposentos lo antes posible. No había explicación ni saludo formal alguno, sólo la orden.

Todavía no estaba acostumbrada a no ser reina y a tener que obedecer a otra reina. En Esparta, pensaba que la realeza me afectaba poco y que no me había cambiado, pero ahora sabía que en cuanto una mujer es reina, aunque sea brevemente, es reina para siempre en su propio corazón. Y Hécuba raramente me hacía llamar, de modo que de alguna manera era una buena señal.

Cuando llegué a los aposentos externos vi que todas sus hijas esperaban nerviosamente, yendo y viniendo, arremolinadas. Príamo tenía doce hijas, pero no todas eran de Hécuba. No vi a ninguna extraña entre ellas, de modo que allí estaban todas las hijas de Hécuba. Laódice se acercó a mí, con los grandes ojos brillantes.

—¡He querido que vinieras! —dijo—. ¡Mi madre se sorprenderá mucho!

—Sí, claro —dijo Ilona, mirándonos de soslayo—. Se quedará mucho más sorprendida cuando sepa que has llamado a Helena fingiendo que eras ella.

Así que no era Hécuba quien me había llamado, después de todo. Noté una gran decepción por ese hecho. Aun así, al menos las princesas sí que me aceptaban, en particular Laódice. Hay historias de hombres que se sientan inmóviles en el bosque para intentar atraerse la confianza de algún animal salvaje. Yo me sentía así con la

familia real de Troya.

—¡Es el cumpleaños de mi madre! —dijo Laódice—. Y hemos planeado algo para complacerla y sorprenderla.

—Sabes que es imposible sorprender a nuestra madre —dijo Creusa—. Ella lo sabe todo.

—No sabe nada de esto —dijo Laódice, obstinada—. Vamos, podemos decorar la habitación ahora; se ha ido a las habitaciones donde se guarda la ropa, y siempre se queda un buen rato allí.

Decoraron la habitación con guirnaldas verdes y flores del prado, e Ilona estaba muy atareada en una bandeja grande. Yo no podía hacer gran cosa y mi tarea era no parecer tan incómoda como me sentía. Contemplé a las más jóvenes, Ilona y Polixena, que jugaban al corre que te pillo entre ellas y que luego se sentaban a jugar con unas tabas. Eran niñas en un momento dado, mujeres al siguiente. Me recordaron a Ifigenia y a Hermíone jugando juntas, y cayó sobre mí un peso tan enorme y triste que tuve que apartar la vista. Ifigenia ya no jugaría nunca más, y Hermíone... ¿qué estaría haciendo en aquel preciso momento? Ah, si pudiera verla... sólo por un instante.

—¡Pareces triste! —Casandra se quedó de pie ante mí, acusadora—. ¿Por qué? —gritó.

—Y tú pareces furiosa —repliqué—. ¿Por qué?

—Ella siempre está furiosa —dijo Laódice, corriendo en mi defensa—. Nadie la escucha, ése es el motivo.

Andrómaca se unió a nosotras y entonces Ilona dijo:

—¡Ya viene! ¡Callaos!

Oí unas suaves pisadas que se aproximaban a la habitación y luego entró Hécuba. Miró a su alrededor, sorprendida, pero en lugar de una sonrisa en su rostro apareció un ceño.

—¿Qué pasa, hijas mías? —dijo.

—Queremos honrarte en este día de tu nacimiento hace hoy sesenta años.

—¡Bah! —dijo ella—. ¿Qué significa eso para mí?

—Bueno, madre, para nosotras sí, y deseamos honrarte. —Creusa levantó la barbilla con la terquedad que se cuidaba mucho de ocultar a Eneas.

Hécuba caminó erguida hasta el centro de la habitación. Se movía como una persona sin edad, sin la agilidad de la juventud, pero tampoco arrastrando los pies como en el declive. Miró a su alrededor, a nosotras ocho, y su rostro se suavizó.

—Todas estáis aquí, pues —dijo—. Y las esposas de mis hijos. Las únicas que se han casado hasta ahora, ¡qué vergüenza para las demás! —Finalmente, sonrió—. Mis

hijas son una bendición, desde la mayor, Creusa, hasta la más pequeña, Filomena.

—Nosotras sí que tenemos una bendición al contar con tal madre —dijo Ilona.

—Y nosotras, que acabamos de ser adoptadas por la gran familia de Príamo, también somos afortunadas. —Andrómaca me rodeó con su brazo, hablando por mí.

—Y ahora que hemos acabado ya con la miel, ¿qué tenemos para comer de verdad? —dijo Hécuba, vivaz—. ¿Qué tenéis para mí?

—Un juego —dijo Ilona.

Hécuba agitó la mano.

—Juegos. ¡Odio los juegos!

—No es una competición atlética, madre, sino un juego de la mente —dijo Laódice.

—Algo en lo que destacas —dijo Creusa.

—¡Ah, vaya, me estáis halagando tanto que me pregunto si la habitación no se inundará de moscas! —dijo Hécuba.

—Cada una de nosotras ha puesto un objeto en esta bandeja —dijo Ilona—. Excepto Helena. —Me dirigió una mortal sonrisa.

—No he tenido oportunidad de traer nada —aclaré—. Ha sido una sorpresa para mí tanto como para ti..., madre. —Todavía me resultaba muy difícil llamarla de esa manera.

—Sí, ahora soy tu madre —dijo ella—. Ya que has perdido a la tuya en un desgraciado..., desgraciado... —No era propio de ella que se le atascase una palabra.

—Acto impulsivo —dijo Casandra, sin expresión.

—Valiente, pero equivocado —dijo Andrómaca con rapidez.

Todo el mundo sabía ahora lo de mi madre, lo que había hecho y por qué lo había hecho. Ése era mi tormento y mi dolor, que ya no era privado, sino propiedad de todo el mundo.

—Puedes llamarme hija —dije. Quería que dejaran de hablar de mi madre antes de que me echara a llorar delante de ellas.

—Bueno, ¿y qué es todo esto? —Hécuba miró la bandeja cubierta con una tela suave.

—Tienes que mirar las cosas que hay debajo mientras yo cuento hasta diez, y luego lo volveré a tapar.

—¿Y qué sentido tiene todo eso?

—Comprobar tu memoria y asegurarnos de que no eres como alguno de los consejeros de nuestro padre, que están tan ofuscados por la edad que ya no recuerdan ni por qué puerta acaban de salir.

—Yo lo recuerdo todo, queridas, de modo que no penséis que me podéis engañar. Sería muy propio de vosotras añadir o quitar algo de la bandeja para que yo empezara a dudar de mis sentidos. Os advierto que no funcionará. —Ella misma retiró la tela y dijo—: ¡Empezad a contar!

Vi sus ojos agudos moverse por la bandeja, escrutar cada objeto. Antes de que Laódice pudiera contar hasta diez, Hécuba dijo con displicencia:

—¡Ya podéis retirarlo!

—¿Tan pronto? —Ilona parecía incrédula.

—He sido reina de Troya durante casi cuarenta años y soy capaz de recordar todos los artículos que se han cruzado en mi camino y todas las palabras que se han dicho. —Meneó la cabeza—. Algunas cosas preferiría haberlas olvidado.

—Muy bien, madre, pues recítalas. Si se te olvida alguna, no te la daremos.

Ella cerró los ojos:

—Todavía las veo todas, una por una, colocadas en la bandeja. Tendréis que explicarme el significado de cada una, en cuanto las nombre. Había un montoncito de bayas secas en un cuenco. Parecían pasas, pero no lo eran. Era en el lado superior izquierdo. A continuación había una especie de hierba atada en un pequeño paquetito. En medio había un paquetito doblado de algo de un azul intenso. Y una cajita junto a éste, de ébano, con unas líneas en espiral que irradiaban desde el centro. Una pluma blanca muy larga... —temblé al oír aquella palabra, pero ella continuó diciendo— esponjosa, flotante. Y un huevo enorme, tan grande que debe de ser de los dioses. Y también había un brazalete de bronce, una punta de flecha, un par de pendientes, también de bronce... —Siguió nombrando varios artículos, bastante corrientes. Cuando terminó abrió los ojos—. ¿Bien?

Ilona miraba la bandeja.

—No te has dejado nada.

—Vaya, vaya, no te muestres tan decepcionada. Y ahora, ¿cuáles son mis regalos y quién los ha elegido, y cuál es su significado?

—Yo te he regalado las hierbas, madre —dijo la pequeña Filomena—. Las recogí yo misma en los prados, y servirán para calmarte y que tengas buenos sueños si las pones en agua, dejás que les dé el sol y luego las bebas despacio.

—Gracias, cachorrito mío. Necesito buenos sueños.

—Yo te he regalado las cerezas, madre —dijo Polixena.

—¿Y qué son cerezas?

—Un fruto que crece tierra adentro, muy lejos, más allá incluso del mar Negro. Las encontré en un puesto de la feria. Son muy dulces, y el mercader me dijo que

cuando están frescas, son rojas.

—¡Más allá del mar Negro! He oído que hay otro mar allí, un poco más pequeño, mucho más al este, pero no conozco su nombre, ni siquiera si tiene nombre —dijo Hécuba—. Gracias. —Ilona le tendió el pequeño cuenco y ella se metió una cereza en la boca—. Muy sabrosa —dijo.

—Yo te regalo la pluma de avestruz —dijo Ilona—. Dicen que el faraón de Egipto usa abanicos de plumas de avestruz, y he pensado que la reina de Troya se merecía una también.

—Y para que la acompañe, yo te regalo el huevo de avestruz. —Creusa lo cogió y le dio vueltas—. Es de un tamaño mucho mayor al de las demás aves, realmente, incluso al de un águila o al de una grulla.

«O un cisne —pensé yo—. He visto la cáscara del huevo, es azul, de un azul de jacinto...».

—No creo que se pueda empollar —dijo Hécuba—. ¿Y qué es el paquetito doblado azul?

—Es una tela que viene de un sitio mucho más lejos al este que las cerezas —dijo Laódice. Lo desdobló y lo agitó en el aire, donde flotó tan ligero como las plumas del avestruz. Parecía una neblina azul, transparente y flotante—. Me han dicho que se llama seda. ¡Ah, madre, si pudiera tener un vestido de novia hecho de algo así!

Todo el mundo se rio. Laódice estaba consumida por los planes de boda, aunque no tuviera prometido.

Hécuba lo palpó, asombrada.

—Maravilloso —murmuró.

—Y madre... —dijo Casandra adelantándose y tendiéndole la cajita de ébano.

—Una caja. Debo de tener ya cientos, pero ésta es muy bonita.

—Mira en el interior. —Llena de ansiedad, Casandra casi le arrebató la caja para abrir más rápido la tapa.

Hécuba sacó una piedra redonda y azulada.

—Tiene una estrella en su interior —dijo Casandra—. Mira, si la sujetas así... —La inclinó—. Ves, una de seis puntas.

—¿Y qué piedra es?

—No conozco su nombre, pero el hombre me dijo que era un talismán muy potente, tan potente que protege al portador aun después de que se lo regale a otra persona. Madre, espero que te proteja.

Casandra la adivina le daba a su madre algo para que la protegiese..., ¿qué estaría viendo Casandra?

—Gracias, queridas mías. —Ella miró a las seis—. Parece que habéis dado mucho trabajo a los mercaderes de la última feria.

¿Era mi imaginación o ponía mucho énfasis en la palabra «última», de una forma ominosa?

Se volvió hacia Andrómaca y hacia mí.

—Y vosotras, ¿qué tenéis para mí?

Andrómaca vaciló y luego dijo:

—Nos han invitado al mismo tiempo que a ti, al parecer, y no hemos tenido tiempo para preparar nada. Pero nosotras...

—Sólo quiero un regalo de vosotras dos —dijo—. ¡Niños! ¡Dadme nietos!

Tan contenida como siempre, Andrómaca no respondió más que con un tibio:

—Es algo que me gustaría obsequiar de buen grado, si pudiera.

Antes de que nadie pudiese hacer algo para cubrir aquel momento tan doloroso, las puertas del vestíbulo se abrieron. Entró Príamo, rodeado por una jauría de perros nerviosos y saltarines.

—¡Para mi reina, la madre de Troya! —gritó, extendiendo los brazos.

—¡Ya sabes que no puedes meter aquí a estos animales! —dijo Hécuba, retrocediendo—. ¡Te lo he dicho, no lo toleraré! —Mientras hablaba, uno de los perros cogió una esquina de la alfombra y empezó a morderla—. ¡Fuera! —gritó ella.

Príamo se agachó y acarició al perro, apartándolo de la alfombra. Éste obedeció, meneando el rabo como loco.

—Ah, sé amable, querida mía. En este día tan especial, todas las criaturas quieren rendirte homenaje. ¿Lo ves?

Justo detrás de él entraban todos sus hijos, seguidos por los ancianos de Troya. De pronto, la sala se llenó de animación. Héctor, resplandeciente con una túnica blanca, se adelantó a abrazar a su madre, y le siguieron por orden sus hermanos: Deífobo, con una túnica de cuero y su habitual aspecto sarcástico; Paris, vestido con los pantalones de estilo oriental que normalmente sólo llevaba en privado, y con una piel de pantera sujeta en el hombro; Heleno, con su túnica negra de adivino adornada con estrellas de plata; Troilo, que todavía llevaba la túnica juvenil, los cuatro que sólo eran un nombre para mí: Hiponoo, Antifo, Pamón y Polites, y el más joven de todos, Polidoro, con las mejillas enrojecidas por la emoción de que hubiera una fiesta y él formase parte de ella. Éste fue andando solemnemente hasta Filomena y le tomó la mano, y la condujo hasta Hécuba.

Luego hizo una reverencia y, con los ojos cerrados y muy apretados para recordar bien las palabras, recitó:

—Nosotros, que somos tu hijo y tu hija más pequeños, saludamos a nuestra madre en este año tan especial de su vida.

Los labios de Hécuba temblaron, pero ella los apretó.

—Gracias, queridísimos, el último hijo e hija que le di a Príamo. Todos los hijos vivos que he tenido están hoy aquí, desde el mayor hasta el más joven. Somos muy afortunados.

—Y —dijo Príamo— tenemos muchos viejos amigos que han hecho el viaje a través de los años a nuestro lado, y que te saludan también. —Hizo una seña hacia el grupo de consejeros que estaban a un lado, impacientes.

—¡Timetes!

El hombre, tuerto por una antigua batalla con los misios, hizo una reverencia.

—¡Lampio!

Tan gordo que sus arrugas estaban rellenas desde dentro, el hombre saludó gravemente. Si hubiera hecho una reverencia se habría echado a rodar.

—¡Clitio!

Sus encías sin dientes relucieron de un color rosa intenso al saludar a la Reina.

—¡Hicetaonte!

Su rostro y su figura conservaban vestigios de la maravilla que había sido en su juventud. Pero los rasgos se habían difuminado y ablandado, los músculos se habían atrofiado y el pelo le clareaba. Sobresalían de su imagen de decadencia unos ojos asombrados..., asombrados de encontrar a su propietario en aquel estado.

—Ahora incluimos a Zeus en nuestras conmemoraciones —dijo Príamo—. «Mi» Zeus.

Indulgente, la familia le siguió hacia el patio principal donde se reunían cada pocos días cuando él los convocaba al sacrificio ante su extraña figura de Zeus. Él sentía que aquella imagen era su protectora personal, y era fieramente leal a ella. Yo lo encontraba inquietante, con sus tres ojos y su pelo salvaje y enroscado, pero sabía que el dios de cada hombre le habla sólo a él, y que nadie debe cuestionar por qué.

Mientras la extensa familia permanecía junto al altar, no pude evitar compararla con la mía allí en Esparta. Hasta cuando estábamos todos juntos éramos sólo seis. Mi padre no tenía ningún círculo de camaradas y consejeros que hubieran estado con él todos los años. Nuestras vidas en Esparta parecían estériles, en comparación con la de Príamo. Vacías de gente, pero también de los lujos que los troyanos parecían concebir como necesidades. Por lo que yo había visto hasta el momento, no se negaban nada. ¡Quizás incluso pensarán que era poco saludable hacer tal cosa! No estaba segura aún de si envidiaba sus comodidades o las desaprobaba.

—Nos consagramos a ti, Zeus, y sabemos que continuarás protegiéndonos como has hecho hasta ahora. —Príamo se dirigía a la imagen.

Ahora que se había mencionado al huésped prohibido, los problemas que se avecinaban, Héctor exclamó:

—¡Ocurra lo que ocurra, puedo defender Troya sólo con mis hermanos y los maridos de mis hermanas! —Miró a su alrededor—. ¿Qué diríais a eso, hermanos míos? ¿Estáis dispuestos a seguirme, a defender las murallas de la ciudad de nuestro padre?

—Las murallas de la ciudad pertenecen a Apolo —dijo Heleno—. Él construyó una parte, y las protegerá.

—¡No, nosotros las protegeremos! —exclamó Deífobo—. ¡Todos nosotros! Con nuestras espadas. —Se volvió a Paris, que estaba a su lado—. Y tú, por supuesto, tendrás que confiar en tu arco. Puedes esconderte en la torre junto con los arqueros de la ciudad.

Paris le miró. Sus proezas con el arco seguían persiguiéndole; se consideraba una forma de lucha inferior.

—Mi brazo es tan bueno como el tuyo, y puedo usar la espada cuando lo decida. Y tengo además otra habilidad que tú no tienes, que es el arco. Practica un poco. Quizá pueda ayudarte a aprender.

—¿Tendré que ponerme pantalones también?

Todo el mundo se echó a reír a carcajadas.

—Pruébalos alguna vez —dijo Paris—. Son muy prácticos.

—Si quieres parecer un oriental..., o un trabajador corriente.

—Yo era un trabajador corriente, que es también algo muy práctico, más de lo que has hecho tú nunca. Aseguras que eres un guerrero, pero cuando no hay guerra ¡esa ocupación resulta inútil!

—¡Hijos míos! ¡Dejad de discutir! ¡Parece que tengáis diez años! —La aguda voz de Hécuba los silenció—. Es bueno que uno de mis hijos, al menos, haya pasado algo de tiempo con la gente corriente. Después de todo, la mayor parte de nuestros súbditos lo son, y deberíamos conocerlos mejor.

—Pero en cuanto a esta guerra... o conflicto. —Se puso de pie el viejo Hicetaonte, temblando—. Helena, debo preguntarte una cosa. —De repente, todos los ojos se volvieron hacia mí; yo era la única, después de todo, que conocía personalmente a los hombres que venían en los barcos—. ¿Crees que estarán dispuestos a irse si los sobornamos..., quiero decir, si les pagamos? Tú los conoces a todos.

¿Debía decir la verdad y estropear aquella ocasión feliz? No había otra salida, entonces no.

—El líder, Agamenón, ya tiene mucho oro, ganado y tierras. Pero nunca ha luchado ni ha dirigido una gran guerra. Y es eso lo que quiere. La ansiaba desde que le conocí. Incluso ha sacrificado a su propia hija por ella. No se rendirá por oro, porque para él no es ninguna novedad. —Ya estaba, y no me había achicado al decirlo.

—¡Dejad ya temores e inquietudes! —Heleno levantó las manos. Las mangas de su túnica brillante oscilaron al moverse—. Hay profecías acerca de Troya, y deberían cumplirse todas antes de vernos en peligro de caer.

—¡Pues cuéntanoslas! —aulló Deífobo, que parecía casi uno de los perros de Príamo—. ¡No las guardes en secreto!

—Sí, hijo —dijo Príamo—. Habla.

—Para empezar, existe la que dice que mientras Palas Atenea esté en Troya, estaremos protegidos.

—¡Por supuesto que se quedará aquí! —exclamó Troilo—. ¡No va a salir corriendo!

—No tiene piernas —rio Filomena. Era exactamente lo mismo que yo pensaba, pero nunca hubiera podido decirlo en voz alta.

—Otra dice que alguien debe venir y atacar Troya con las flechas de Heracles.

—Helena..., ¿no hay un griego que tiene esas flechas? —preguntó Héctor.

—Sí, eso he oído decir. Su nombre es Filoctetes. Pero no sé si se habrá unido a Agamenón o no.

—Luego, también hay algo acerca de unos caballos tracios que beben del río Escamandro. Si beben de él, Troya estará protegida.

—Los caballos tracios beben todo el tiempo del Escamandro —dijo Paris—. Los importados que criamos en las praderas.

—Creo que esos caballos tracios tienen que traerlos los mismos tracios, y no ser atendidos por troyanos.

—Los comerciantes que los traen durante la feria... deben abrevarlos en el Escamandro —dijo Troilo—. No van todo el camino hasta la casa de aguas que hay junto al templo de Apolo, donde el agua es más pura. Yo llevo mis caballos allí, pero ellos no.

—El Simois está más cerca. Creo que van ahí —dijo Antenor.

No le había visto unirse al grupo, tan silenciosamente había entrado. Con él iba un hombre joven, que supuse que sería su hijo. Extrañamente, para tener un padre tan

elegante, el hijo llevaba la ropa muy arrugada. Quizás intentase ser un «anti-Antenor». Si no podemos sobrepasar a nuestros padres, nos convertimos en sus opuestos.

—Tenemos control sobre esa profecía —dijo Deífobo—. Si cualquier tracio desembarca aquí con caballos, haremos que vayan al Escamandro. ¿Qué más?

—Debe venir el hijo de Aquiles.

—¿El hijo? Pero Aquiles no tiene ningún hijo —dije yo.

—No que nosotros sepamos —intervino Paris—. Pero puede haber uno.

—¿Cuentan los bastardos? —preguntó Timetes, entrecerrando su único ojo.

—No lo sé —admitió Heleno—. Tendré que averiguar la expresión exacta de la profecía.

—¿Y ya está? —preguntó Héctor—. Creo que estamos bien protegidos contra ellos.

—Hay más —dijo Príamo—, pero no puedo decirlo en voz alta aquí, en público. Basta con que yo lo recuerde y sepa qué hay que hacer para evitar que se cumpla.

XLI

Troya esperaba a medida que avanzaba la primavera, y los barcos seguramente seguían su camino hacia nuestras costas. Era el espantoso momento de esperar antes de la acción, cuando se habían hecho todos los preparativos y ya no era cuestión más que de nerviosas repeticiones, cuando el cuerpo y la mente añoran la liberación de la acción. Cada hermoso día seguía sin traer nada por mar ni avanzadillas por tierra. Había rumores, pero siempre hay rumores, claro está, de que se hallaba de camino una embajada de los griegos. De cuántos emisarios constaba y cuándo llegarían, o si el rumor era cierto simplemente, nadie sabía nada.

En las calles de Troya, la gente estaba tensa por la espera, y no sonreían ya al pasar junto a mí. Algunos parecían apartar la vista repentinamente, apretándose más los mantos en torno al cuerpo y pegándose más a las paredes.

En el gran pozo donde las mujeres subían y bajaban los escalones en graciosos ascensos y descensos, como una danza ante un dios, empezaron a dejarme el paso libre. Cuando bajaba con mucho cuidado los lisos escalones, una hermosa mañana, noté que las mujeres desaparecían a mi alrededor, y que estaba sola al descender más al fondo, y a medida que la luz natural que procedía de la abertura superior disminuía. Los escalones hacían eco al pisarlos; normalmente, las muchas pisadas en el interior formaban una especie de música.

Las antorchas en sus soportes de las paredes parpadeaban, y el agua más abajo reflejaba el rojo intenso y las llamas doradas. Había quietud; siempre la había, ya que el agua fluía con suavidad de una fuente tranquila.

Por último llegué al fondo, donde podía llenar mi jarra... No necesitaba ir a buscar agua, pero lo encontraba relajante y me gustaba poderle decir a Paris que yo suministraba el agua para los aguamaniles de nuestras habitaciones; siempre la perfumaba con pétalos de rosa. Al hacerlo, mientras la jarra perturbaba la calma superficial creando nuevas olas en ella, de pronto, hasta la débil luz que procedía de fuera quedó interrumpida. Oí un ruido pesado cuando se colocó en su lugar la cubierta de madera. De pronto no había nada de luz, excepto las antorchas parpadeantes.

Yo di un salto y protesté, como si luchara por aspirar aire.

Cogiendo mi jarra, subí lentamente hasta arriba. La cubierta del pozo estaba colocada en su lugar. Empujé y encontré que era imposible levantarla. Algo debía de estar sujetándola. O había un cerrojo echado.

«Alguien me ha encerrado aquí abajo».

Pero ¿por qué? ¿Quién? ¿Y cómo podía escapar yo? Empecé a golpear la madera, pero ésta ahogaba el ruido de mis puños. Chillé. Seguramente mi voz atravesaría la madera, pero nadie respondió y nadie levantó la tapa que me aprisionaba.

Me dejé caer en uno de los escalones. La piedra estaba fría y húmeda. Noté que el corazón me latía con fuerza al pensar que me habían dejado allí, bajo tierra.

Pero me esforcé por pensar con claridad. Estaba en un pozo público, el principal que había junto al templo de Atenea. La gente tenía que usarlo. No podía permanecer cerrado mucho tiempo sin explicación alguna. Por tanto, quienquiera que me hubiese encerrado sólo preveía un breve tiempo para mantenerme allí, completamente invisible. Pero ¿qué podía ocurrir que tuviera tal importancia durante unas pocas horas? ¿Y por qué debía yo ser invisible?

Tenía que haber alguien a quien yo no podía ver... o que no debía verme a mí. Los griegos. ¿Había llegado la embajada? ¿Y por qué debía permanecer escondida? ¿De qué tenían miedo? ¿No sería de que decidiera volver con los griegos? Todo el mundo, excepto Paris, se alegraría de ello.

Pero... quizá no. Había algunos en Troya que deseaban esta guerra, y que no querían que nada entorpeciese su progresión.

O bien podía ser que alguien no quisiera que los griegos me viesen, por miedo a que intentasen rescatarme allí mismo. O quizá..., ah, era absurdo. Había muchos motivos por los que alguien podía desear impedirme que viera a los griegos, y que los griegos me vieran a mí.

La humedad empapaba mi vestido y empecé a temblar. Mi febril respuesta había desaparecido, y ahora el sudor frío me inundaba y me hacía castañetear los dientes. Me agaché en un escalón, apretándome el manto todo lo que pude a mi alrededor, pero era muy fino, ya que después de todo había llegado la primavera.

Me pareció que esperaba allí para siempre. De forma amortiguada oí que la gente venía al pozo y murmuraba cuando lo veían tapado. Gradualmente la luz se fue desvaneciendo de las rendijas, y me pareció que se aproximaba la noche. Pasaron las horas, largas horas. Tenía agua para beber de mi jarra, pero mi estómago gritaba reclamando comida. Mucho más abajo, las antorchas gorgotearon y se extinguieron, con el combustible ya consumido. La oscuridad más absoluta me envolvió.

Sólo las débiles rendijas de luz que entraban a través del pozo me dijeron que había llegado la mañana. Por aquel entonces, estaba ya desplomada contra la pared, temblando incontrolablemente. ¿Por qué nadie se había quejado del pozo cubierto? Pero, claro (mi corazón desfallecía al recordarlo), había otros pozos en Troya. Quizás alguien hubiese hecho correr la voz de que aquel pozo tenía el agua envenenada. En

aquel caso, lo mantendrían cerrado durante largo tiempo.

El día iba avanzando; de pronto, aun a través de la madera que todo lo ahogaba, oí un gran escándalo y griterío: chillidos, aullidos y gritos de guerra. Luego todo se acalló. Desesperada, empecé a golpear la cubierta. Pero nadie lo oyó; quizá no hubiese nadie cerca. Seguí golpeando la tapa y gritando tan fuerte que me dolían mis propios oídos. Tenía que haberlo hecho desde el principio; ya estaba mucho más débil y era menos probable que me oyesen. Pero me entró pánico. Sabía que no duraría otra noche más allí.

De pronto, arrancaron la tapa y el frenético rostro de Paris me miró.

—¡Ah, querida! —gritó, y se echó a llorar—. ¿Quién te ha hecho esto? —Saltó y se acercó a mí—. ¿Estás bien? ¿Puedes salir? No, no importa, yo te llevaré.

Entre mis protestas, se agachó, me cogió en brazos y salió a la luz del día. Nunca me había parecido la luz del sol tan bella.

Una multitud de rostros curiosos nos rodeaba. Silenciosamente, dejaron pasar a Paris, para que me condujera a través del círculo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté—. Estaba cogiendo agua cuando de repente la tapa del pozo se cerró por encima de mí. ¿Fue un accidente?

—No, ningún accidente —dijo él—. Menelao y Odiseo estuvieron aquí. Desde luego, alguien no deseaba que los vieras, o que ellos te vieran a ti.

—¡Menelao! ¡Aquí! ¿De verdad?

—Sí —dijo él—. Menelao pidió que comparecieras y le dijeras, en persona, que estabas aquí por tu propia y libre voluntad. Dijo que si no lo oía de tus propios labios, nunca creería que su leal y amante esposa no era retenida como prisionera. Príamo envió a buscarte, pero cuando sus hombres volvieron solos, Odiseo le acusó de burlarse de la embajada, y dijo que eso probaba que tú eras una prisionera, a quien no se atrevían a sacar.

—Pero ¿por qué no hablaste tú?

Esperaba que él dijese que así lo hizo, pero que la visión de su rostro puso a Menelao como una furia.

—No estaba allí —dijo—. Alguien me puso una droga en el vino y caí en un sopor que duró todo el día. Príamo envió a buscarme y sus hombres no pudieron despertarme. No tengo ningún recuerdo de todo eso. Pero ellos volvieron al consejo y dijeron que estaba borracho en la cama.

—¡Ah, por todos los dioses!

Nuestro enemigo era atrevido y astuto. Ahora Paris aparecía como un pelele disipado ante los ojos de los griegos.

—Entonces, Deífobo se puso tan furioso ante el insulto al honor de Príamo que corrió hacia los griegos con la espada. Antímaco gritó que lo mejor sería matar a Menelao y a Odiseo, y arrojar sus cuerpos por encima de la muralla...

—¡No! —grité; mi corazón saltaba como loco al imaginarlo.

—El resto de la cámara respaldaba a Deífobo. Excepto Antenor..., que gritó y dijo que, aunque era testigo de que tú estabas aquí por tu propia voluntad, sin embargo, el honor exigía que volvieses pacíficamente con Menelao. Entonces el consejo le atacó a «él». Él y los griegos tuvieron que huir a su casa en busca de seguridad. Menelao y Odiseo han salido esta mañana temprano con una fuerte guardia.

Nunca perdonarían ese insulto. Y creerían que yo formaba parte de él, que deliberadamente había hecho alarde de ello, evitándoles y negándome a hablar con ellos, o que en realidad era una prisionera..., ambas cosas motivos para la guerra. Menelao... Menelao quería vengarse personalmente de Paris y de mí.

—Menelao es un hombre afable, pero esta afrenta es personal —dije—. Creerá que tanto yo como los troyanos le desdeñamos y queremos la guerra. ¡Nada podría estar más lejos de la verdad!

—Nuestro enemigo ha ganado una brillante victoria. No sé quién me dejó fuera de combate. ¿No tienes ni idea de quién cerró el pozo?

—No. Estaba lejos, abajo, al nivel del agua. No vi a la persona, ni siquiera sus manos.

—Aun así, no debería ser difícil identificarle. O identificarla.

—¿Por qué dices eso? Tenemos muchos enemigos. —La enormidad de esa simple afirmación dolía.

—Pero pocos en Troya que nos odien tanto como para desear la muerte de sus compatriotas troyanos. Te digo que quedará bastante claro quién está detrás de esto.

Teníamos que averiguarlo, pero cuando llegase el momento, me resultaría odioso mirarle o mirarla a la cara y «saber».

Y Paris podía estar equivocado. Podía no ser el odio hacia nosotros lo que ocasionase aquello, sino puras ansias de guerra.

XLII

—Gelanor —dijo Paris—, respeto tus ojos y tus oídos. Conoces el incidente del pozo. ¿Qué piensas?

Íbamos andando por nuestra antecámara. El olor a yeso fresco todavía perduraba, tan reciente era nuestro hogar. Evadne estaba con nosotros. Yo ahora tenía dos doncellas troyanas, Scarfe y Leuce, pero las había despedido por aquel día, para que no pudiesen oír nuestra conversación, tanto había llegado a introducirse la desconfianza y la aprensión en mi mente.

Gelanor me miró, como evaluándome.

—Soy nuevo en Troya. Estoy aprendiendo todavía las historias que hay detrás de las caras y de los nombres.

Paris meneó la cabeza.

—Sin embargo, a veces, un extraño ve cosas que un nativo pasa por alto.

—Bueno, entonces...

Esperaba que Gelanor empezase a nombrar troyanos uno tras otro y a analizar la probabilidad de que él o ella fuesen los culpables, y que desmenuzara los motivos. Por el contrario, dijo:

—Creo que han penetrado espías entre nuestros muros. —Hizo una pausa—. Van disfrazados de troyanos. Existe una posibilidad también de que sean troyanos, descontentos, pero es menos probable.

—¡Espías! —bufó Paris.

—Asumo que son extranjeros, expertos en el disfraz —dijo Gelanor—. Es cierto que siempre es preferible corromper a un verdadero troyano. Así no hay que preocuparse por el acento, las explicaciones de cómo ha llegado una persona a Troya, o errores que puedan delatarle. Pero es difícil encontrar a esa persona a menos que tengas la oportunidad de visitar libremente al enemigo y hacer tus acercamientos. El único contacto abierto que tienen muchos extranjeros con troyanos es el mercado, y hace mucho tiempo que pasó.

—¿Podría alguien encarnar de forma convincente a un troyano... ante otros troyanos? —pregunté.

Sabía que en mi caso el acento era diferente, muchas palabras eran distintas, y había cosas a cada momento que indicaban que no era troyana.

—Creedme, se puede —dijo Gelanor—. Es su trabajo, como el de un granjero es uncir los bueyes, y el del herrero forjar los metales. Ellos pueden forjar una persona

que no existe.

—Pero ¿cómo pueden mantenerlo? —preguntó Paris—. Los niños juegan a tales cosas, pero se cansan cuando cae la noche.

Gelanor sonrió. Su sonrisa siempre resultaba tranquilizadora y al mismo tiempo extrañamente distante, como si se divertiera con todo aquello.

—Llegan a creérselo —dijo—. Lo abrazan por completo, y su antiguo ser se desvanece.

—Veo un rostro —dijo Evadne de repente—. Un rostro joven. —Luego suspiró—. Pero es todo lo que veo.

Preguntamos a los testigos más cosas sobre Menelao y Odiseo. ¿Qué dijeron, qué aspecto tenían? Los hombres presentes en la reunión del consejo dijeron que la cámara estaba llena a reventar, que la gente se hacinaba junto a las paredes. Menelao hablaba con voz suave y persuasiva. Su aspecto era atractivo y su discurso racional. Dijo que Paris había violado la ley más básica de la hospitalidad al acudir bajo su techo con pretextos de amistad y secuestrando a su mujer en su ausencia. Aseguró que había sido raptada contra mi voluntad, violada incluso.

—¡No! —grité.

—Pero ¿qué otra cosa iban a pensar los griegos? —dijo nuestro informante, un miembro joven del consejo—. Es necesario para su orgullo creerlo. —Se detuvo—. Menelao dijo también que Paris había robado grandes cantidades de oro y objetos que pertenecían al tesoro de Esparta.

—¡Eso no es cierto! —gritó Paris—. No me llevé nada. Helena cogió sólo cosas tuyas..., cosas que, sin embargo, estamos más que dispuestos a devolver, si hace falta.

¡Menelao..., un mentiroso! ¿Acaso le había impulsado Odiseo a hacer aquello, para defender mejor su causa?

—Juro ante todos los dioses que eso es falso —afirmé.

Mientras aquellas palabras salían de mi boca, sabía que los oídos en los cuales tenían que haber resonado habían desaparecido hacía mucho tiempo. Nuestro enemigo ya había procurado que fuese así. Mi testimonio habría aclarado las cosas. Ahora, nunca me escucharían.

—Una lástima, entonces, que no pudieras jurar tal cosa ante el consejo —dijo el hombre, calmadamente—. Después de Menelao, habló Odiseo. Es el hombre más persuasivo que ha nacido jamás. Ah, al principio no es tan obvio. Cuando se levanta para hablar, al principio, parece insignificante, y sus palabras no resultan ágiles. Pero luego se van acumulando y forman montones de palabras, y éstas te entierran. Habló de la desgraciada conducta de Paris, de Príamo, de toda Troya. Habló de la añoranza

que sentía Menelao de su amada esposa. Habló del engaño y del descaro al llevarla allí contra su voluntad. Nos advirtió de que debíamos aplicar un castigo. Príamo insistió en los términos más duros en que ellos estaban equivocados, que era imposible que Paris te raptara contra tu voluntad, ya que él sólo tenía un barco, no una flota. Menelao se limitó a bufar. «Mentiras de los troyanos —dijo—. ¿Qué más se puede esperar de este pueblo despreciable?». Odiseo se golpeó el pecho. «Nos encontraremos con vosotros con nuestras armaduras, en la llanura de Troya», dijo. Luego añadió que Agamenón, líder de los griegos, exigía la entrega no sólo de la persona de Helena y sus tesoros, sino de grandes cantidades de oro para cubrir los gastos en los que habían incurrido los griegos en su expedición para recuperarla. De otro modo, arrasaría Troya hasta los cimientos.

—Hubo un tumulto —le apuntó Gelanor—. Me temo que eso probó su afirmación de que los troyanos son peligrosos y bárbaros, y no siguen las normas habituales de conducta..., el tipo de gente que roba esposas.

—¿Quién inició el escándalo y los gritos? —preguntó Paris—. No lo sé. Parecía venir de la parte trasera de la sala —dijo el hombre.

—Así que eran varios —dijo Gelanor—. Drogaron a Paris, encerraron a Helena, y espionaron en la cámara del consejo. Debemos buscar a muchos.

Una calma expectante descendió sobre Troya después del tumulto de los visitantes griegos. Era como si aquellos dos hombres fuesen dioses, o extraños de un mundo desconocido, cuya existencia, para conmoción de los troyanos, ahora resultaba confirmada.

Yo también estaba conmocionada. Menelao había estado allí, caminando por aquellas calles. Pero las dos mitades de mi vida estaban separadas, completamente hendidas. Así lo creía, y así lo deseaba. ¿Cómo se iban a reunir ambas? No estaba segura de lo que habría sentido al ver de nuevo su rostro.

Nerviosamente, un grupo de mujeres decidió abandonar la ciudad e ir a los lavaderos, como de costumbre. Aquella vez iban con guardias armados. Varias de las mujeres reales quisieron unirse a ellas, pero no para lavar ropas, sino para empapar sus tapicerías recién tejidas y así mezclar los colores. Se había tejido mucho en palacio, y había una pequeña carreta llena de tejidos esperando el siguiente paso del proceso, que sólo podía hacerse en los lavaderos. Mi propio tejido estaba estancado, me pareció. Quería contar una historia, una historia importante, pero las viejas historias habían perdido para mí todo su atractivo, de modo que no había empezado nada. Quizá ver los diseños y trabajos de las demás me ayudase.

El día era bueno, y prometía hacer calor por primera vez en el reciente verano.

Tras atravesar la puerta Dardania, las carretas que llevaban la ropa para lavar y los tapices bajaron por la cuesta. Las mujeres reían y andaban junto a ellas; niños que deseaban jugar les daban palmaditas a los caballos y se subían a los carros, saltando de uno a otro. Una suave brisa soplaba desde el campo.

Uno de los chicos se quedó de pie en la pila más elevada de ropa y gritó de repente:

—¡Mirad! ¡Mirad! —Señaló hacia el mar, que era visible desde el lugar donde nos encontrábamos.

—¿Qué pasa? —preguntó el guardia que estaba más cerca.

—¿No lo ves? ¡Hay unas cosas negras allá fuera!

Gruñendo, el guardia trepó al carro más cercano, después de ordenar a todo el mundo que se detuviera. Se hizo sombra en los ojos y los guiñó. Durante unos momentos no dijo nada. Luego gritó:

—¡Barcos! ¡Barcos! ¡Volved a la ciudad!

Las grandes carretas se dieron la vuelta laboriosamente y se dirigieron de nuevo hacia la puerta, con su oscilante carga de ropa y de tapices.

—¡Cerrad bien la puerta! —aullaron los guardias, después de que el último carro hubo entrado, traqueteando.

Las mujeres corrieron, calladas, hasta las murallas del lado norte de la ciudad para ver lo que estaba ocurriendo. Cuando llegamos allí encontramos gente apelotonada, mirando hacia el mar. Nos abrimos paso entre ellos para encontrar a nuestros hombres y luego, de pie junto a ellos, vimos lo que ellos estaban mirando.

Extendida por todo el mar, una enorme telaraña de barcos se dirigía hacia nosotros, formando un dibujo como el de un telar, un tapiz que contaba su propia historia espantosa. Los barcos eran tan numerosos como las moscas que se apiñan en torno a un charco de vino derramado y pegajoso..., como un enjambre, empujándose para ocupar un sitio, hambrientas.

—¿Cuántos? —Andrómaca, de pie a mi lado, estaba casi sin aliento por nuestra carrera para llegar hasta allí.

—Cientos —dijo Héctor, mirando ceñudo hacia el mar—. Los vigías de Sigeo y de la tumba de Esietes en el cabo acaban de llegar; han informado de que hay cientos.

—Mil —dijo Deífobo, junto a él—. Al menos mil.

—Eso es imposible —dijo Héctor—. Sencillamente, no puede haber mil.

—¿Puedes contarlos, pues? —exclamó Deífobo—. Uno, dos, tres...

—Se mueven demasiado rápido y están demasiado lejos para contarlos bien —insistió Héctor.

Deífobo dijo con desdén:

—¿Admitirás entonces, querido hermano, que hay muchísimos?

—Sí, eso sí te lo concedo. Veo que tu corazón se alegra.

—Sí, realmente es así. Estoy ansioso por luchar contra ellos.

—Héctor... —Andrómaca le tocó el hombro—. Míralos. —De nuevo señaló hacia el mar, temblando.

—¡Cuantos más mejor! —gritó Deífobo—. Más perecerán. Ningún ejército de ese tamaño puede mantenerse en el campo. Se morirán de hambre, y cuantos más sean más rápido ocurrirá todo. Deben contar con un ataque rápido, con una victoria rápida, antes de que los problemas de sobrevivir en una tierra ajena los agobien. Pero son unos idiotas. Las murallas de Troya son inexpugnables. No pueden asaltarnos aquí. Lo único que pueden hacer es amontonarse en la llanura. Quizá —dijo, con suficiencia—, unos pocos de nosotros nos aventuremos a salir para presentarles batalla. Pero será un individuo o dos. —Se dio la vuelta y me miró—. Aquí está. Éste es el rostro que ha atraído todos esos barcos. Un barco por cada pelo de tu cabeza, cada pestaña, cada dedo del pie o de la mano. ¡Que se estrellen contra las rocas de nuestras murallas! ¡Nosotros tenemos más piedras que cabellos dorados tiene tu cabeza! —Se alejó con una sonrisita placentera en los labios.

Me volví y eché a correr. No podía soportar seguir mirando la espantosa línea negra de barcos que se acercaban. «Un barco por cada pelo de tu cabeza, por cada pestaña, por cada dedo del pie o de la mano». No debía ser así. Pero era así. Los cuarenta pretendientes se habían convertido en un ejército. «Mis» cuarenta pretendientes habían venido a cumplir su promesa.

Las calles de Troya estaban atestadas de gente que se empujaba y se apelotonaba. Miré sus rostros y no parecían asustados, pero actuaban como los niños a los que se entrega un nuevo juguete. ¡Los barcos habían venido a jugar con ellos!

Corrí entre ellos, hacia mi palacio. Deprisa, subí a la terraza superior, y allí tuve mi propia vista privada de los barcos que se aproximaban. Si había creído de alguna manera que se iban a desvanecer, me desengañé enseguida de semejante milagro.

Bajé al santuario doméstico y me senté tranquilamente, esperando que si me quedaba absolutamente quieta, mi corazón dejaría de latir con tanta violencia. Apenas podía respirar, jadeaba en busca de aire.

Pronto, la calma del lugar me tranquilizó, eso y el hecho de que estaba bajo tierra, y en un mundo distinto al de arriba. Lentamente, en silencio, la serpiente sagrada salió de su oscura morada y se quedó junto a mis pies. Levantó la cabeza, como si esperase que yo le impartiese alguna sabiduría, en lugar de ser al revés.

Pero yo no sabía nada. Todo aquello con lo que había contado había resultado equivocado. Que Menelao no me perseguiría. Que los pretendientes no harían honor a su juramento. Que Agamenón no reuniría a un gran ejército, y aunque lo hiciera, que los hombres no seguirían su intimidatorio mando. Todo equivocado, todo equivocado.

Evadne lo había visto en su visión, la gente había avistado a la flota de camino hacia aquí, pero ver que llegaba a nuestras costas era algo completamente distinto.

Ese enorme número de barcos..., ¿cómo iba a soportarlo Troya? Y si..., una idea inimaginable..., ¿y si caía Troya? Sí, era una idea inimaginable, pero las otras posibilidades anteriores también eran inimaginables; sin embargo, los barcos estaban allí.

«A causa de ella se librará una gran guerra, y muchos griegos morirán».

Pero si morían muchos griegos, también morirían muchos troyanos. Y todo porque yo había decidido huir con Paris...

Empecé a desgranar la letanía que siempre había desgranado ante los demás: que no era culpa mía, que Agamenón simplemente buscaba una excusa para la guerra. Pero no tenía que tocar aquella música ante mí misma. «Yo» les había dado la excusa.

Una mezcla de pánico y de culpa surgió en mi interior, apoderándose de mí con tanta fuerza que me dolía respirar. Esos hombres... venían a atacar a mi nueva familia, mi nuevo hogar. Pero entre ellos, ¿podría estar mi antigua familia? ¿Estarían mis hermanos? ¿Irían Cástor y Polideuces en el barco de Menelao? ¿Vendría mi padre? Pero no, no podían haber abandonado todos Esparta. Alguien tenía que quedarse para gobernar.

¡Ah, que no estuvieran aquí mis hermanos!

La serpiente se deslizó por encima de mi pie, acariciándolo con su frío vientre.

«¡Dímelo, dímelo!», le rogué. Pero sus oscuros ojos no me dieron respuesta alguna.

Cayó la noche, pero con la última claridad del crepúsculo, antes de que la oscuridad de la noche se mezclase con la oscuridad de los barcos, vimos lo mucho que se habían acercado a nuestras costas. Al día siguiente atracarían.

Príamo convocó una reunión del consejo de emergencia; nos envió órdenes a la luz de las antorchas. Pronto estuvimos todos reunidos en el mégaron, a la luz débil que hacía difícil reconocer los rostros. Príamo, en su agitación, no esperó a que llegasen todos para empezar a hablar.

—Ya sabemos por qué están aquí —dijo, pasando por alto las habituales sutilezas—. ¡Los griegos se nos están echando encima! ¡Al amanecer estarán aquí! Nuestros vigías han informado de que el número de barcos es de más de quinientos. No

podemos contarlos, por supuesto, hasta que hayan atracado. Es la última noche tranquila que pasaremos. —Se detuvo para recuperar el aliento.

Vi que le temblaban las manos, pero apretaba los puños para ocultarlo. Hizo un gesto a los ancianos para que vinieran a su lado. Timetes, Lampio, Clitio e Hicetaonte aparecieron y ocuparon sus lugares junto a él, mientras Hécuba retrocedía, desapareciendo entre las sombras.

—Antímaco. Antenor.

Ellos se adelantaron.

—Hijos míos.

Paris se fue de mi lado y se acercó a sus hermanos.

—Vosotros sois lo que se interpone entre nuestros enemigos y nuestros ciudadanos, nuestras mujeres e hijos. —Miró a su alrededor, a todos ellos, dejando que sus ojos se entretuvieran en cada rostro—. Troya nunca se ha enfrentado a un ataque semejante. Pero sé que está a salvo en vuestra sabiduría y fuerza. Que los vigías hablen primero, que nos digan a qué nos enfrentamos.

Los vigías, jóvenes soldados apostados en Sigeo y en la tumba de Esietes, se adelantaron.

—Creemos, señor, que en una estimación aproximada hay, más o menos, quinientos barcos.

Al oír esto Príamo gritó y escondió la cara entre las manos.

—¡Quinientos! Aunque sólo fueran quinientos, y en cada barco sólo fueran cincuenta hombres, aun así, son... ¡veinticinco mil hombres! Y si resulta lo peor, que son mil barcos, con cien hombres en cada uno... ¡serían cien mil!

—Sí, señor —afirmó el vigía.

Lentamente, Príamo bajó las manos y se sujetó la cabeza entre ellas.

—Muy bien. Así son las cosas. Os lo pregunto a todos: ¿cuál, según vuestra opinión meditada, debería ser nuestra primera acción?

—¡Es obvio! —dijo Antímaco—. Ataquémosles en la playa mientras intentan desembarcar. Los podemos coger en el momento más vulnerable. ¿Cuántos hombres tenemos en nuestras fuerzas plenamente entrenados para la batalla?

—Tenemos casi siete mil —dijo Héctor—. Los mejores de Troya.

—Entonces, ¿nos superan por cinco a uno al menos? —exclamó Antenor.

—No contamos a los aliados, que pronto superarán ese número incluso —dijo Héctor—. Yo los dirigiré.

Príamo asintió.

—Por supuesto. Y Deífobo y Eneas dirigirán las segundas filas.

—¿Y yo? —dijo Paris.

—No necesitamos arqueros en esta misión —dijo Deífobo—. Quédate aquí y protege las murallas. —La luz vacilante escondía el placer reflejado en su rostro, pero yo lo notaba en su voz.

—¿Y yo? —gritó también Troilo.

—Tú te quedarás dentro, apartado de las murallas —dijo Príamo—. Junto con Polidoro y Polites.

—¿Y yo? —preguntó Hicetaonte—. Mi armadura está pulida, las sujeciones de cuero se han reemplazado, y están más flexibles que nunca.

—Pero tú no —dijo Príamo, con firmeza.

—Todavía puedo parar y lanzar estocadas a los mejores de ellos. —Sus ojos se achicaron en su rostro arrugado.

—Pero no puedes correr. Eres tan lento como un asno atado.

—¡Eso no es cierto! ¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Te he visto intentarlo. —La voz de Príamo se volvió amable—. Nosotros tenemos ya una edad, y nuestros días más veloces pasaron.

«El brazo de la jabalina todavía lo tengo fuerte, y en tiempos habría superado en una carrera a cualquiera de esos jovencuelos». El viejo atleta. ¿Habría suplicado a Menelao también unirse a él?

Lampio me miró y meneó la cabeza.

—Ahí está, con su belleza terrible, como la de los dioses inmortales. Pero por muy maravillosa que sea, ¡para Troya habría sido mucho mejor que nunca hubiese venido!

—Ya está hecho, Lampio, y no se puede deshacer —le dijo Príamo—. Fue la voluntad de los dioses.

Qué bien aceptaban todos aquello. Qué distintos eran de los griegos, que nunca se acomodaban a su destino sin intentar primero desafiarlo, sin éxito.

—¡Con la primera luz, pues, a los barcos! —gritó Héctor—. ¡Nos armaremos y nos prepararemos toda la noche!

Un gran rugido de excitación se alzó en la sala y la llenó, como el humo.

Cuando estábamos a solas y juntos en nuestra habitación, Paris se quedó de pie dándome la espalda y mirando hacia fuera, al mar oscuro.

—Sabemos que están ahí —dijo—. Saberlo hace que todo sea distinto.

Le di la vuelta para que me mirase a la cara.

—Temía que llegase este día —dije.

—«Decías» que temías que llegase este día, pero ¿era así, en realidad?

—No, no quería hacerlo —admití—. ¿Recuerdas la cascada de Citerea? ¿Aquella

tan alta a la cual nos subimos y desde la que miramos hacia abajo, donde apenas podíamos oír el agua que caía, mucho más abajo? Siento como si nos estuviéramos cogiendo de la mano y a punto de saltar allí, los dos juntos, sin poder ver el fondo. Ah, Paris, tengo tanto miedo de que Troya pueda sufrir algún daño, y por culpa nuestra...

—Entonces la profecía se haría realidad, la de que yo causarí la destrucción de Troya —dijo—. En cuyo caso, al decidir dejarme vivir, el daño causado a Troya era inevitable. Por tanto, no tenemos que castigarnos a nosotros mismos por ello.

—Así, pues, ¿te lo tomas a la ligera?

—No, no es así, pero tampoco quiero asumir toda la culpa.

—Me siento ahogada por presagios y profecías. Cuando huimos juntos, pensábamos que estábamos luchando por desembarazarnos de esa telaraña. Ahora veo que es mucho mayor de lo que imaginaba.

—La lucha auténtica está a punto de empezar. Esta noche me he sentido muy humillado cuando me han prohibido unirme a mis hermanos en el ataque a la playa. «Quédate y protege las murallas...».

—No ha sido el Rey quien lo ha dicho, sino Deífobo. —El taimado y malicioso Deífobo.

—El Rey no le ha llevado la contraria ni le ha reprendido.

—Quizá...

—Debo aprender a luchar mejor de la forma habitual. Haré que me construyan una armadura nueva. ¡No se atreverán a dejarme atrás!

—Quizá sea la única lucha que haya. Quizá les den una paliza tan grande a los griegos que levanten las anclas que acaban de echar y se vuelvan a casa.

—Menelao es un hombre tozudo —dijo Paris—. Hará falta más de una escaramuza para que se vuelva atrás.

Nadie durmió aquella noche, y antes de que el amanecer se insinuara siquiera al este, Paris ya estaba cogiendo su arco, las flechas y el carcaj, y salía de la habitación. Supuso que estaba durmiendo, y fingí que era así, para que no sintiera la necesidad de tranquilizarme y decirme que todo iría bien. En el momento en que se fue, me levanté de un salto y me eché encima alguna ropa, con el corazón latiendo muy deprisa y las manos tan temblorosas que tenía que juntarlas con fuerza para evitar el temblor.

De pie con las demás troyanas en la alta muralla del norte, contemplé a nuestros hombres correr a través de la llanura hacia el Helesponto, al lugar donde habían atracado los barcos. Paris estaba en algún lugar en el interior de una de las torres de guardia, y una parte de mí daba gracias de que no se encontrara entre aquellos que se

apresuraban hacia los griegos. La otra parte de mí, la de Paris, notaba su misma ira y vergüenza por haberle ordenado que permaneciera en Troya.

Cayó la noche y los hombres no habían vuelto, y no podíamos ver ni oír nada. Hasta el anochecer del día siguiente no volvió el ejército, con una fina capa de polvo cubriendo sus armaduras y el sudor chorreando de sus cuerpos, y con camillas en las que llevaban a los muertos. Habían atacado a los griegos mientras estos desembarcaban, y Héctor había conseguido matar al primer hombre que pisaba la costa, un buen augurio, aunque él desdeñaba los augurios. Pero el resto de la compañía griega había presentado batalla con fiereza, y aunque consiguieron hacerles retroceder casi hasta el mar, lograron atacar y quemar muchos barcos de la flota troyana anclados en la boca del Escamandro.

En cuanto las puertas se hubieron cerrado detrás de nuestros hombres, los griegos les siguieron por la llanura, como si no pudieran esperar para contemplar Troya. Nuestros muros altos y pulidos y nuestras recias puertas los repelieron, y se retiraron entre una nube de flechas y piedras arrojadas desde las murallas.

Su inútil marcha por la llanura nos permitió ver lo grande que era su ejército. Llenaba toda la cuenca entre ambos ríos; desde la altura, parecía una enorme manta en movimiento. Había un relámpago ocasional procedente de algún escudo que reflejaba la luz del sol, y el estrépito de sus armaduras formaba una música amortiguada mientras iban andando.

No reconocí a nadie entre los líderes; sus cascos oscurecían los rostros y la luz ya se estaba desvaneciendo. Con armadura, todos los hombres parecen iguales.

XLIII

Guerra. Estábamos en guerra. Qué espeluznante era pronunciar esas palabras, asumirlas. En el interior de nuestra habitación estábamos a salvo, con todos aquellos bonitos juguetes de los que se disfruta en tiempos de paz esparcidos por todas partes: liras, espejos, tableros de juego de marfil... Fuera, las calles estaban repletas de ominosos ejemplos de guerra: soldados, por supuesto, pero también chicos que llevaban cestas con flechas, hombres que conducían a unos asnos cargados bajo el peso de las piedras para arrojar desde los parapetos, y que las llevaban para apilarlas en los puestos en torno a las murallas, mujeres que corrían hacia la puerta sur, la única segura, para llevar su colada a los lavaderos exteriores antes de que fuese demasiado tarde. Los caballeros conducían a sus animales a las fuentes y abrevaderos antes de encerrarlos en sus corrales en la primera barricada, en la ciudad baja. Y por todas partes ondeaban las tradicionales crestas de crin de caballo sobre los cascos de guerra, mientras los hombres caminaban por las calles disfrutando de la limitada visión tras las rendijas para los ojos de sus cascos.

El ánimo en Troya era desafiante. Los troyanos se ufanaban de la resistencia de sus murallas, las más fuertes y altas que había en todo el mundo, decían, y de sus valientes guerreros.

La perspectiva de que muchos hombres jóvenes perdieran la vida me llenaba de espanto. Cuando formulé mi tristeza, Deífobo se limitó a echarse a reír de esa manera displicente que era propia de él. Me había desagradado Deífobo desde el principio, y ese sentimiento iba en aumento.

—Piensas demasiado en los hombres..., y demasiado poco en las necesidades del ejército. Un ejército tiene que ganar. No le importan los soldados individuales.

—Pero la tierra que reúne el ejército sí que se preocupa por cada soldado particular.

—Quizá debería, pero no lo hace. —Se puso el casco, significativamente. Ahora su rostro quedaba enmarcado en bronce; sólo sus tensos labios aparecían debajo de él—. Has elegido un momento muy extraño para mostrarte apiadada, señora —dijo—. Tú eres la causa de todo esto. Deberías disfrutarlo. No puedes deshacerlo, así que deberías mostrarte orgullosa.

—Habría hecho todo lo que hubiese podido para evitarlo, pero un enemigo desconocido me lo impidió.

Él se echó a reír, y aquella risa provocó un eco extraño dentro del bronce de su

casco.

—Ah, Helena, no quieras desviar tu culpa de ese modo. —Se ató la traba debajo de la barbilla—. Es una lástima que fuera a Paris a quien eligieras..., pero las mujeres sois volubles, y nada es para siempre.

Me aparté, pero sólo porque me había quedado sin habla. No había respuesta inteligente ni réplica alguna posible a aquel insulto.

La llanura de Troya estaba vacía. Después de su primer y vertiginoso avance a través del llano hasta nuestras murallas, donde chocaron como olas espumosas pero inútiles, los griegos se habían retirado.

Una ciudad fortificada es difícil de atacar. ¿No sabía Agamenón eso mejor que nadie, bien arropado detrás de sus murallas de Micenas? Tuvo que darle muchas vueltas, pensar en cómo podría explotar alguien las debilidades de Micenas para salir victorioso, y luego trasladar aquel plan a Troya.

La extraña suspensión de toda actividad ponía nerviosos a los troyanos, ya que el enemigo al parecer se había evaporado. Nuestros espías informaban de que ellos habían dejado sus barcos en hileras en la costa, con el último remo flotando en el agua, sujeto por unas anclas de piedra en la proa y cabos en la popa. Habíamos conseguido introducir cierto número de espías entre ellos, y un séquito de prostitutas entrenadas por Gelanor pronto los seguiría. Él pensaba que era mejor dejar que la lujuria de los hombres aumentase enormemente antes de proporcionarles el alivio.

—Ya están reuniéndose por la costa —dijo uno de los espías—. Han sacado los barcos en un orden especial, con el guerrero llamado Aquiles en un extremo y un hombretón enorme llamado Áyax en el otro, y uno conocido como Odiseo en medio.

—Así que éstos son los auténticos líderes —dijo Príamo—. ¿Y en qué lugar de todo este tinglado se encuentra Agamenón? ¿Y su hermano Menelao?

—Metidos en algún lugar de la hilera —dijo el espía—. Pero tienes razón, Aquiles, Odiseo y Áyax parecen ser los que lo sostienen todo. Se dice que Aquiles es un guerrero que ha realizado proezas sobrenaturales; Odiseo es astuto y taimado; Áyax sencillamente es enorme e inquebrantable.

¡Aquiles! Pero él estaba en Esciros disfrazado de mujer. ¿Cómo había llegado aquí, a Troya?

—¿Cómo es posible que Aquiles sea un guerrero tan grande? —exclamé yo—. En cuanto a los otros dos, Áyax es más tonto que un burro de carga, y Odiseo lucha con el ingenio más que con la espada.

—Aquiles es alabado como el más sobresaliente de sus guerreros —insistió el espía—. No sé por qué han decidido eso.

—A veces no se sabe —contestó Príamo. Meneó la cabeza—. He oído decir que Aquiles es hijo de una diosa. No podemos igualar eso. En Troya todos somos mortales. Todos nacidos de padre y madre humana.

—Eso supondrá que derrotarle nos proporcione más gloria aún —dijo Héctor, entrando en la habitación. Miró a su alrededor, a todos nosotros—. ¿Estáis escondidos como un grupo de ancianas junto a un pozo? Es lo que parece. —Se quitó el casco y lo arrojó hacia un rincón, donde resonó con voz lastimera, casi como si protestase—. No le doy mucho crédito a esos rumores de que es «hijo de una diosa». Existe el acuerdo en el Olimpo de que los dioses no rescatan nunca a su progenie, a menos que desafíen el destino, de modo que, ¿qué importa? —Se echó a reír con una risa hermosa y sonora—. Apuesto por los hijos de los hombres ante los hijos de un dios, siempre —dijo—. Nosotros no tenemos ideas poco realistas de ser rescatados, y eso inspira a los hombres a luchar hasta el límite de sus fuerzas.

Paris y yo habíamos vuelto a nuestro palacio cuando fuimos convocados por Antenor para que nos reuniésemos en su casa. Ésta se encontraba situada a medio camino bajando la colina de la ciudad, un alojamiento muy bonito con las ventanas con celosías. El interior era espacioso y ventilado; había pocos objetos que entorpeciesen la vista. Nos condujo al interior y entramos en una sala pequeña; después cerramos la puerta.

—Mis queridos príncipe y princesa —dijo, tirando ligeramente del lugar donde su broche sujetaba el manto que llevaba, de un marrón oscuro. Como siempre, iba impecable y no necesitaba arreglárselo, en realidad. Pero a él le preocupaba muchísimo su aspecto, le gustaba que le conociesen como el hombre de mejor gusto de toda Troya—. Ahora contemplo el rostro que tanto añoraban ver Menelao y Odiseo.

Yo extendí las manos.

—Como sabes, nos impidieron por la fuerza estar presentes cuando ellos llegaron a Troya.

Antenor se acercó y bajó la voz hasta que ésta no fue más que un susurro.

—Sin embargo, dejaron algo para ti —dijo. Se volvió y cogió una cajita pequeña, y luego me la tendió—. Es segura. Examínala si quieres.

Levanté la tapa lentamente. Dentro se encontraba una pieza ornamental de joyería: una piedra de un rojo oscuro montada en oro brillante y luminoso. Estaba destinada a llevarla como un broche, colgando de un aro de oro. Pasé un dedo por la suave superficie.

—Menelao me dijo que te la diera —dijo Antenor—. Quería que la tuvieras tú.

De inmediato aquello me pareció muy extraño. ¿Por qué iba a regalarme Menelao una joya, cuando aseguraba que yo había saqueado su palacio? Y aquello no se parecía en nada a las cosas que a él le gustaban: prefería las joyas más pesadas y ostentosas.

Aun así, quizá fuese una señal de que su corazón no estaba totalmente endurecido hacia mí. Podía existir una esperanza, algún medio de enviarle un mensaje y disponer otra reunión.

La saqué de la caja, pero Paris me sujetó la muñeca.

—¡No te la pongas! ¡Ni siquiera la toques! Podría estar envenenada. O maldita.

Lentamente, la volví a colocar en su estuche. Odiaba pensar aquello, pero debía ser precavida.

—¿Qué dijo exactamente cuando te entregó esto? —pregunté a Antenor.

Antenor se alisó el pelo plateado.

—Dijo, con voz estrangulada: «Para Helena, mi esposa, para que pueda calcular el coste de su amor».

—Razón de más para no llevarla —dijo Paris—. Quiere comprarte para que vuelvas, sin decir nada, con ese... juguete.

—Eso no puede ser —dije yo. Pero parecía tan mísero, comparado con los tesoros de Troya, allí colocado en aquella cajita, que me sentí conmovida. «¡Ya basta!», me dije a mí misma, muy seria—. ¿Y cómo estaba él? ¿Qué aspecto tenía? —le pregunté a Antenor. Eso me preocupaba más que el regalo.

—Estaba decaído y cansado —dijo Antenor. Estuvo a punto de decir: «Tenía el corazón roto»—. Miraba todo el rato hacia la puerta de la sala del consejo, esperando que aparecieses. Al no aparecer tú, cuando los mensajeros volvieron diciendo que no te encontraban, se encogió.

—¿Qué quieres decir con eso de que «se encogió»? —preguntó Paris.

—Pareció empequeñecerse mientras lo miraba. Pronto se quedó de la misma estatura que Odiseo.

Era doloroso oír aquello. Mi odio hacia el enemigo que me había encerrado se revolvía en mi interior.

—Hay que decirle..., yo podría explicarle..., quizá si yo fuese allí, a los barcos...

—¡No! —gritaron al mismo tiempo tanto Antenor como Paris—. El momento ha pasado —dijo Antenor—. Aunque te capturasen y saliesen huyendo contigo de vuelta a Esparta, es demasiado tarde. El resto de los griegos se quedarían y nos atacarían pese a todo. Ellos no han recorrido todo este camino para nada, y, te ruego que me perdones, señora, ahora me doy cuenta de que no han hecho todo este camino sólo

para recuperarte. Menelao se contentaría con eso, el resto creo que no. Esta expedición ha supuesto unos gastos tremendos. Deben recuperar su coste.

—¡Sería mejor que se dieran la vuelta y se fueran, porque Troya nunca recompensará sus pérdidas! —exclamó Paris.

—Toma la joya —dijo Antenor—. No quiero tenerla en mi casa. —Me arrojó la caja y, a pesar de las advertencias de Paris, la cogí.

Durante cierto tiempo todo estuvo tranquilo. La gran llanura de Troya estaba vacía, y en nuestra inocencia, creímos que sería más fácil pensar que todo era igual, y que podríamos aventurarnos fuera a jugar y a correr como antes. Pero la costa había cambiado; en lugar de una línea clara donde el mar se unía con la arena, ahora se encontraban negras hileras de barcos.

Al cabo de un tiempo (ya estábamos a mediados del verano), grupos de soldados empezaron a moverse por los campos verdes y acampar allí. Al principio eran sólo unos pocos, y Príamo envió unos hombres afuera para acosarlos y atacarlos, y consiguieron echar a algunos, pero luego vinieron más y más, y al cabo formaron un semicírculo en torno al extremo norte de Troya, el lado que daba al Helesponto. A medida que su número aumentaba, empezaron a intentar bloquear nuestras puertas para impedir que nadie entrase o saliese de Troya. Pero dejaron sin custodiar el lado sur de la ciudad, y los troyanos todavía podían salir y entrar libremente por aquellas puertas. Se abrieron en abanico: se trajo más madera, antorchas y grano; se dedicó un tiempo a construir un escudo por encima del conducto de desagüe, de modo que nadie pudiera escabullirse de la ciudad por aquella vía.

Eneas se aprovechó de la calma para volver a su reino de Dardania, que se encontraba inmediatamente al este de nosotros. Dio noticia formal a Príamo, prometiendo volver rápidamente si se le necesitaba, pero diciendo que entonces debía proteger a su propia gente.

—Porque cuando los griegos se aburran y se cansen de intentar someter Troya mediante el asedio, y su moral sufra y sus suministros escaseen, buscarán víctimas en otros lugares. Volverán sus ojos hacia Dardania, Adrasteia y Frigia —dijo, mientras se despedía de Paris y de mí—. Príamo no estaba demasiado contento de que yo me llevase a vuestra hermana Creusa conmigo, pero es mi esposa —dijo a Paris—. Y mi padre Anquises debe de sufrir por mí.

—Como deseas —dijo Paris. Iba recorriendo el mégaron de nuestro palacio, dando vueltas en torno al hogar ya frío en su centro—. Pero amigo mío, primo mío, ¡cuánto te echaré de menos! —Abrazó a Eneas, apretándole bien fuerte durante un momento, y luego le soltó. Sus dos perfiles, agudos y perfectos, se reflejaron el uno

en el otro.

—Y yo a ti —dijo Eneas, bajito.

Eneas se fue. Yo también le echaría de menos, ya que le había conocido a la vez que a Paris, y aquel momento permanecería para siempre en mi mente, los dos como parte integrante de mi destino.

Paris estaba ansioso por tener su armadura preparada. Había ordenado que le hicieran una nueva, y los artesanos le visitaban en sus habitaciones trayendo versiones de tela de lo que más tarde se forjaría en bronce.

—Quiero un peto con un diseño en relieve que muestre los muros de Troya —dijo.

Le midieron el pecho, los brazos y los hombros, murmurando acerca de sus hermosas proporciones. Luego empezaron a poner objeciones sobre el tiempo que les costaría completar la armadura y la calidad del bronce. Se quejaron por la pureza del estaño que habían recibido del lejano norte, y dijeron que no era de la calidad habitual. Paris también quería glebas para las pantorrillas y un grueso casco de bronce, con una traba para la barbilla de cuero bien flexible.

—Y encima llevaré mi piel de pantera —dijo—. Es mi insignia especial.

Los artesanos hicieron una reverencia y se retiraron, y Paris se quedó intranquilo.

—No creo que esté lista a tiempo —dijo—. Tendría que haber atendido este asunto antes.

—No ha ocurrido todavía ninguna batalla, excepto la escaramuza cuando desembarcaron —le recordé—. Estoy segura de que tu armadura estará dispuesta a su debido tiempo. Pero ruega no tener que usarla. Podemos colgarla en nuestra sala y enseñar a nuestros hijos la gloriosa armadura de su padre.

Él suspiró. Nuestros hijos..., ¿habría alguno, acaso? Pero raramente hablábamos de aquel tema, a medida que nuestra decepción crecía y nuestras esperanzas se desvanecían.

—Quizá sea necesario que yo luche contra Menelao por ti. Hombre a hombre. También tengo pensado hacerlo. ¿Por qué deben enfrentarse y matarse dos ejércitos, cuando en realidad se trata sólo de un duelo entre dos hombres?

—¡No, no debes hacerlo!

No es que temiese que él saliera herido, oh, no, no podía ni siquiera pensar en ello, pero si Menelao ganaba, aunque a Paris no le pasase nada, yo tendría que irme con él. Tendría que dejar que me reclamase, que me abrazase, que me tocase, que me llevase consigo. Me pondría las manos en los hombros, me acariciaría el rostro, me llevaría a su lecho, su lecho frío, su lecho muerto.

—¿Tan poca fe tienes en mí? —preguntó. Su rostro blanco, desprovisto de color,

parecía herido.

—No es eso —dije—. Es que los dioses son arteros y podrían engañarte.

Evadne y yo estábamos sentadas tranquilamente en la cámara más reclusa. Siempre la encontraba tranquilizadora y sabia. El resto de mis damas eran alegres y parlanchinas, pero lo único que conseguían era distraerme. Como siempre, ella llevaba su caparazón de erizo y una bolsa de lana sin cardar, y nada más sentarse en su taburete sacó la lana enmarañada y empezó a pasarla por las púas del erizo, estirando sus fibras. Sus brazos se extendían amplios y la lana color pardo iba convirtiéndose en unas hebras largas, y una gran paz descendía sobre nosotras.

—¿Ha salido Paris, señora? —preguntó finalmente.

—Sí. Ha ido a inspeccionar su reserva de flechas y hacer que le preparen más. — Algunos pensaban que alguien que mata desde lejos es un cobarde, pues no se atreve a enfrentarse cara a cara con su enemigo—. Héctor dice que el mejor presagio es luchar por el país de uno, morir por él. Me parece que el mejor presagio es hacer que los soldados del otro bando mueran por su país. —Aunque fuera con flechas.

Evadne se echó a reír.

—Sería mucho mejor si las mujeres determinásemos el curso de las guerras —dijo ella—. Entonces se procedería de acuerdo con el sentido común —añadió, y cogió otro copo de lana sin cardar, oscura y enmarañada.

—Paris habló de un duelo entre él y Menelao.

—Eso sería muy sensato —contestó ella—. Después de todo, realmente, la cosa es entre ellos dos. No hay por qué implicar a otros miles.

—Pero ¡no puedo irme con Menelao! —exclamé—. ¡Aunque ganase él, me escaparía!

Me levanté y le tendí la caja con el broche a Evadne.

—¡Tuvo la audacia de traerme esto! ¡Una joya! ¡No esperará que la lleve! —La saqué y le di vueltas entre mis dedos.

—¡Ah, no, no! —dijo ella. Se acercó y la tocó ligeramente—. Es mucho más que una bonita gema. —Meneó la cabeza—. ¿Dónde la adquirió? ¿Y por qué te la dio como regalo?

Yo la volví a guardar en su caja. Al apartar los dedos noté que tenía las yemas ligeramente enrojecidas. Me las limpié con un paño, pero el paño quedó blanco.

—Llora —dijo Evadne, maravillada—. Quizá como el propio Menelao.

—Las lágrimas no son rojas —le contesté—. Es otra cosa.

La reserva de armas de Príamo iba en aumento. Tenía dos almacenes donde guardarlas: uno en la ciudad inferior, donde se conservaban los objetos de mayor

tamaño como partes de carros, escudos, mangos de lanza sin terminar y armaduras, y otro en la ciudad superior, donde tenían las lanzas, dagas, arcos, flechas y aljabas. Grandes cantidades de piedras estaban amontonadas en el interior de los muros para arrojárselas al enemigo, si éste intentaba traspasar la muralla.

Antímaco, el truculento antiguo guerrero, parecía regodearse con la idea de que nuestros enemigos intentasen atacar las murallas.

—Sus patéticas escalerillas de asalto serán trampas mortales para ellos —decía, y bufaba, andando a un lado y otro, junto a un montón de piedras. Las aletas de su nariz se dilataban en medio de su rostro tostado por el sol—. Para trepar tienen que colocarse junto a la base de los muros y subir en vertical, con armadura. Ah, sí, he oído hablar de las correas para los escudos que les permiten colgarse el escudo a la espalda, convirtiéndose así en tortugas, pero es tan pesado que la mitad pierden el equilibrio y se caen. El resto..., ¡ya nos encargaremos nosotros del resto!

Se agachó y cogió una enorme piedra, con tanta facilidad que podría haber sido de lana. Su antebrazo mostraba unos abultados músculos, y sobresalían las venas. Se echó a reír y arrojó la piedra por encima del muro. Un momento después, un sordo golpe señaló su caída.

—Augusto rey, ¿a quién ordenarás que dirija a los soldados cuando se inicie la lucha en la llanura? —preguntó entonces a Príamo, que supervisaba sus defensas.

—¡Ah, eso podría dirigirlo yo mismo! —exclamó Príamo. Parecía más joven desde que habían desembarcado los griegos; extraía su vigor de la guerra que se avecinaba—. ¡Los llenaría de terror a todos, a todos ellos, hasta a Aquiles y Agamenón! —dijo, despidiéndose de su sueño—. Pero el comandante supremo será Héctor. —Príamo indicó la puerta de entrada al palacio—. Venid, vamos adentro.

No deseaba hablar de lo que sabía en la calle. Un rumor de decepción surgió en la multitud que esperaba y que los había seguido a él y a su partida hasta las murallas.

Una vez en el patio, Príamo nos ordenó que ocupásemos nuestros lugares según nuestra posición. Los soldados debían quedarse en pie a su izquierda, sus hijos y familiares en el centro, y consejeros y consultores a la derecha.

—Valoro mucho todas vuestras opiniones, pero es más fácil para mí, a mi edad —inclinó la cabeza levemente, como invitando a la contradicción—, saber desde qué lugar proceden los ataques.

Nadie discutió; nadie dijo: «¿Qué quieres decir con eso de “a mi edad”? Pero ¡si tú eres todavía un guerrero!». Esperó, pero al fin tuvo que continuar.

—Mi sabio consejero, el hombre que vino con Helena de Troya, ha conseguido situar espías entre los griegos.

Miré a mi alrededor, pero Gelanor no estaba a la vista. Le susurré a Paris que le hiciera llamar, y Paris envió a alguien a buscarle.

—Parece que los barcos están colocados en varias filas, algunos muy metidos en la playa, y que los últimos que han llegado están flotando en el agua. Son demasiados para poder entrar en el agua todos a la vez. Usan los barcos como cuartel general, custodiados a cada lado por los guerreros más fuertes.

—Desde el principio conocíamos sus posiciones —se burló Deífobo—. ¿Qué hay de nuevo en todo esto?

—Si se avecina una batalla, es mejor recibirla preparados —aseguró Príamo—. Todas las noticias que tengamos sobre el enemigo son valiosas, ya sean viejas o nuevas.

Cuando la reunión se dispersó, Príamo se dirigió hacia el altar arrastrando los pies.

—Oh, Zeus —murmuró—, dame fuerzas. —Se arrodilló y se agarró al pedestal donde se encontraba el peculiar Zeus de madera de tres ojos, cerró los ojos y rezó.

Paris, Héctor, Deífobo y Gelanor (el último que había llegado) y yo éramos los únicos que quedábamos.

—Todavía podemos hacer algo más —dijo Gelanor—. Príamo ha hablado sólo de la ofensiva, tropas, comandantes, armas. Pero como atacados, nosotros también podemos luchar a la defensiva. Vivimos aquí, y tenemos ventajas que un ejército acampado en una costa extraña no posee.

—¿Qué tenemos —preguntó Héctor—, aparte del valor y la fuerza de nuestros guerreros?

Gelanor le miró extrañado, casi con desdén.

—Ah, tenemos mucho más. ¿Cuál es tu objetivo, ganar esta guerra o ser noble? No es lo mismo.

—Debemos ganar —dijo Príamo, volviendo de su llamamiento a Zeus—. Ya lo revestiremos de nobleza más tarde. Después de la victoria.

Gelanor se adelantó y tocó el hombro de Príamo.

—Tu edad engendra sabiduría. Muy bien, entonces. Hay muchas cosas que podemos hacer para defendernos. Debemos aprovechar la naturaleza. —Miró con intención a Deífobo y a Héctor—. Ya sé que vosotros desdeñáis cualquier cosa que no sea hinchar músculos y empuñar lanzas, y el espíritu humano que dirige esas lanzas —dijo—. Pero nuestros amigos, entre los animales y las plantas, están ansiosos por echarnos una mano. No debemos insultarlos sin hacerles caso. —De repente sacó una flecha—. Una flecha puede llevar en sí la muerte. La muerte garantizada. Si está impregnada en veneno de serpiente, puede llevarse consigo al enemigo.

»Y podemos usar también otras cosas. ¿Decís que arrojemos piedras a las escalas con los que trepan? ¿Y qué os parecería arena, que penetra entre las diversas capas de la armadura de un guerrero? ¿Tenéis un sistema de alarma aquí en Troya que avise de la ruptura de vuestras líneas? ¿Por qué no? Yo conozco muchos. —Se encogió de hombros—. No estáis preparados.

—Señor..., ¡muéstranos cómo!

Me sobresalté al oír la petición desnuda de Príamo. Pero su única preocupación era Troya, y no su orgullo.

—Las cosas mencionadas no son más que juegos de niños —dijo Gelanor—. Cosas obvias. Pero hay otras..., ¿conocéis las ropas envenenadas?

—¿Untadas con veneno, quieres decir? —preguntó Príamo.

Gelanor se echó a reír.

—No, eso no. Quiero decir ropas que hayan sido frotadas contra víctimas de la peste o de alguna otra enfermedad. Tienen el poder de contagiar la enfermedad a personas sanas.

—¡No! —grité. No podía permitir que se usara tal truco contra mis propios compatriotas.

—¿Preferirías entonces las flechas de Apolo? —Por primera vez me enfrentaba a la dureza de Gelanor—. ¿Aquellas que golpean aquí y allá sin objetivo para ningún bando? ¿El cruel dios de la peste? Si un hombre muere de peste, ¿por qué no debería hacerlo por un objetivo? —Me miró—. ¿Acaso no debemos aprovechar también a Apolo?

Príamo parecía horrorizado.

—Dices blasfemias.

—Pensar en aprovechar a un dios para tus fines es un desafío a ese mismo dios. —Héctor se unió a su padre—. Por favor, retíralo.

Gelanor se echó a reír.

—Muy bien. Temible arquero, dios del arco de plata, no quería faltarte al respeto. —Guiñó los ojos hacia el sol—. Míranos aquí abajo. Y guíanos a tu templo.

—No necesitamos que nos guíe hasta él, ya tenemos uno aquí, en Troya —dijo Deífobo.

—No, ése no —dijo Gelanor—. He oído que hay otro a alguna distancia de Troya, llamado Apolo Esminteo. Ése precisamente es el que deseo inspeccionar.

—¿El templo de los ratones blancos sagrados? —preguntó Príamo.

—Pues sí —dijo Gelanor—. Creo que ese templo puede contener algunas respuestas para nosotros.

Más tarde, tras haber averiguado que no había griego alguno al sur, nuestro grupo se dirigió hacia la puerta Dardania en un carro custodiado por soldados. Pero era maravilloso escapar a los confines de la ciudad y aventurarse en el campo. A medida que Troya se iba alejando detrás de nosotros, me volví a mirar sus resplandecientes torres y sus altos muros, y en la cumbre el palacio que habíamos construido Paris y yo, lo más alto de toda Troya. Allí estaba, exhibiéndose, proclamando nuestro amor y nuestra presencia.

—Que Agamenón vea eso —susurré al oído de Paris—. Se volverá loco.

Si él se había dado cuenta de que yo no había dicho «Menelao», no dio señal de hacerlo. «Menelao» era una palabra que yo procuraba evitar, por lo violento que nos resultaba a los dos.

Después de muchos saltos y traqueteos, llegamos al templo a primera hora de la tarde, cuando el fuerte sol se reflejaba en las columnas de piedra y las volvía de un blanco puro. Un bosquecillo sagrado rodeaba el edificio, y los árboles se erguían silenciosos en el aire pesado, sin viento. Al principio el edificio parecía desierto. La tarde no era hora adecuada para los visitantes. Pero al subir los elevados escalones hasta el edificio vimos a un sacerdote con ropaje oscuro que nos esperaba con las manos juntas.

Inmediatamente habló Príamo, como líder de los troyanos.

—Buen sacerdote, venimos a honrar la encarnación de Apolo que aquí reina —inclinó ligeramente la cabeza.

—Damos la bienvenida a vuestra presencia —dijo el sacerdote—. Hemos oído que llegaba un ejército griego para sitiar Troya. —Se acercó a mí, contemplándome—. ¿Es ella la causa de todo esto? ¿La ilustre Helena?

En lugar de dejar que Héctor hablase por mí, intervine:

—Sí, soy Helena. Traigo a mi amigo de Esparta, así como a mi marido, a sus hermanos y a su padre.

—Ah, bien —dijo él. Siguió mirándome—. Quizá deberías cubrirte el rostro aquí, porque si no Apolo... —Su voz se apagó.

No tenía que enumerar a todas las mujeres y hombres de los que Apolo se había encaprichado y a quienes había perseguido sin misericordia, para su mal. Sí, Dafne había escapado, pero sólo convirtiéndose en árbol, una solución poco satisfactoria. Yo no tenía deseo alguno de convertirme en árbol.

—Muy bien —dije, y me puse un ligero velo.

—Sé que tenéis aquí ratones blancos sagrados —dijo Gelanor. Miraba a su alrededor—. ¿Alguna otra cosa?

El sacerdote puso reparos.

—Los ratones, sí, están detrás de la estatua sagrada. ¿Conoces la historia? Una multitud de ratones mordisquearon los correaes de cuero de los escudos y espadas de un ejército enemigo, y por eso los honramos desde entonces.

—Y otras cosas, ¿verdad? —insistió Gelanor.

—Sí, otras cosas. Las mantenemos a salvo, protegidas, en la cámara subterránea.

Nos condujo hasta la estatua de Apolo, en un recinto oscuro. El hedor anunciaba de inmediato que allí había animales. Hasta los animales sagrados apestan. Tosí, esperando que hubiera sonado de forma discreta.

Las jaulas estaban repletas de ratones que se amontonaban unos sobre otros, luchando por el espacio.

—¿Y si los dejáis sueltos? —preguntó Gelanor.

—Sólo son simbólicos —dijo el sacerdote—. Cierto que los ratones se comieron partes esenciales del armamento justo antes de una batalla. Pero no tenemos poder para dirigirlos. De modo que, en respuesta a tu pregunta..., si abrimos las jaulas ahora, los ratones saldrán corriendo y probablemente destruirán todos los campos que nos rodean. Atacarán lo que se encuentren en su camino.

—Entonces te ruego que los contengas —dijo Príamo.

—Enséñanos las otras cosas del arsenal —pidió Héctor—. Tenemos que saber.

Haciendo ruidos de descontento, el sacerdote pidió una antorcha. Uno de los sacerdotes de nivel inferior le puso en la mano una rama de pino resinosa.

—Muy bien, pues, bajemos. —Volvió la espalda y nos condujo hacia abajo por unos húmedos escalones—. Son antiguos. No sé qué es lo que podrán enseñaros.

Una vez bajo tierra descubrimos que el recinto era frío, húmedo y fétido, muy diferente del aspecto soleado que tenía la parte superior del templo. Unas paredes bastas y mal talladas se alejaban de nuestra visión vacilante. Se oía el rumor de algún arroyo cavernoso muy lejos. Un moho verdoso cubría las piedras, y el silencio nos envolvía.

—Aquí está una de las cosas —dijo finalmente el sacerdote, acercándose a un baúl de madera cerrado—. Dicen que en tiempos de peste, el atuendo de un rey y una reina fueron guardados aquí para mantenerlos a salvo, después de que ellos murieran de la enfermedad. —Empezó a abrir la tapa.

—No, no lo hagas —dijo Gelanor—. Déjala cerrada. No necesito verlos, mientras me jures que están ahí guardados.

—¡Lo juro! —exclamó el sacerdote.

—Muy bien, entonces. ¿Qué más tienes aquí? Puede ser de gran importancia

algún día para la defensa de Troya.

El sacerdote parecía sorprendido.

—Yo..., aquí hay más ropas, dedicadas por sus propietarios después de morir de espantosas enfermedades. Están guardadas, intactas. Algunas de las enfermedades atacan rápidamente, en la parte mejor de la vida de un hombre. Otras prefieren esperar hasta el anochecer, hasta que la persona está debilitada y el ataque no es tan obvio. Pero todas las plagas súbitas se atribuyen a Apolo, y por tanto las ofrendas se traen siempre aquí.

—¿Qué dirías si te dijera que sacar las ropas, sacudirlas y sujetarlas junto a tu cuerpo haría que cayeses víctima de la misma enfermedad? —preguntó Gelanor.

—Diría que quizá deberíamos mantenerlas guardadas bien seguras. Como están ahora.

—Justamente —dijo Gelanor—. Pero si alguna vez te enviamos la orden de que las mandes a Troya, sabrás que la situación es desesperada.

—Sí —afirmó el sacerdote.

—Busquemos de nuevo la luz del día —dijo Héctor—. Todo esto es demasiado opresivo.

Se volvió y nos dejó allí de pie en la oscuridad. Al cabo de un momento le seguimos hacia el templo. El aire limpio y el cielo azul cantaron para nosotros. Entonces vimos la figura encapuchada que estaba ante la estatua de Apolo. Parecía un montón de trapos; sin embargo, respiraba, suspiraba y lloraba.

—¿Qué es esto? —gritó el sacerdote, corriendo hacia allí. Extendió la mano y la colocó suavemente en el tembloroso montón.

Al cabo, de éste surgió una cabeza, los hombros se enderezaron y el hombre se puso en pie.

Pero no era un hombre, sino un muchacho, que meneó la cabeza y tartamudeó:

—Pe..., perdóname, pero buscaba refugio aquí. Troya está sitiada. ¡Se me ha ocurrido venir aquí!

—¿Quién eres? ¿Cuál es tu nombre, hijo? —Príamo avanzó hacia él.

—Soy Hillo, hijo de Calcas. No comparto su traición. He abjurado de mi padre. ¡Dejadme volver a Troya, mi hogar!

Príamo fue hacia él, pero antes de aceptarle, retiró el pelo de la frente del muchacho. Una cicatriz irregular de un rojo intenso sobresalía en ella.

—Ya veo que realmente eres el hijo de Calcas —dijo Príamo—. Pero ¿cómo has llegado hasta aquí?

El chico se encogió y luego se recuperó un poco.

—Cuando mi padre fue a Delfos, el oráculo le ordenó que se pasara a los griegos. Y así lo hizo. Pero yo no pude. ¿Habéis visto alguna vez a esos griegos? Se pelean constantemente, y ni siquiera se sintieron contentos ni dieron la bienvenida a mi padre. ¿Qué decían? «¡Nos encanta la traición, pero odiamos a los traidores!». Como si pudiera haber una cosa sin la otra. Y mi padre no era un traidor, sino que la Pitia era quien le había ordenado que se uniese a los griegos. ¿Quién podía desobedecerla? Hay que inclinarse ante el oráculo. Pero yo no pude seguir a mi padre. El oráculo no me dijo nada a mí. Está mal, a menos que uno reciba instrucciones especiales de los dioses, desertar de la propia ciudad. Y por tanto os ruego que me aceptéis de nuevo. Dejadme volver a Troya.

Los ojos de Príamo estaban llenos de lágrimas. Los de Héctor también.

—¿Cómo sabemos que realmente eres el hijo de Calcas? —Fue Gelanor quien pronunció aquellas palabras—. ¿Debemos contentarnos con las palabras de este muchacho?

—No necesitamos palabras, lo vemos con nuestros propios ojos. —Príamo señaló la cicatriz.

XLIV

Volvíamos a Troya y el chico vino con nosotros. Hablaba poco y mantenía la mirada agachada. Pronto el templo no fue más que un puntito blanco y brillante en un valle verde. Sonreí al pensar en el sacerdote y sus apestosos ratones; mi serpiente disfrutaría muchísimo de la oportunidad de retozar entre aquellas deliciosas criaturas. Gelanor parecía preocupado. Sabía que estaba pensando en las poderosas ropas que contenían aquellos cofres, y preguntándose cómo y en qué apuradas circunstancias podía usarlas. Sería una elección terrible, si había que llegar a hacerlo.

Héctor y Deífobo se agarraban a las barandillas del carro, de pie, hombro con hombro. Les oía murmurar palabras por encima del chirrido y estrépito de las ruedas del carro. Héctor estaba preocupado por la debilidad de una parte del muro occidental; Deífobo estaba más preocupado por los líderes griegos, sobre todo por Aquiles. No le había visto nadie desde el desembarco. ¿Qué estaría haciendo? ¿Habría resultado herido al atracar? La voz de Deífobo sonaba esperanzada.

Sentí que debía contarles mi extraño encuentro con Aquiles. Había pensado mucho en aquello desde aquel tiempo en Esciros. Me levanté y toqué el hombro de Héctor.

—Cuando Paris y yo veníamos hacia aquí nos detuvimos en la isla de Esciros —le dije—. Reconocí a Aquiles allí, disfrazado de chica, en la corte real.

Héctor frunció el ceño.

—¿Estás segura? —La duda en su profunda voz demostraba que pensaba que yo lo había imaginado.

—Sí, completamente. Le había visto de niño, unos años antes, y le habría reconocido en cualquier parte. Pero entonces no quise preguntarle nada, y ahora, no entiendo cómo es posible que esté aquí con el ejército.

—¿Una chica? ¿Llevaba ropas de «chica»? —se burló Deífobo.

—¡Sí, lo juro!

Ninguno de los dos me creía.

Paris se acercó a nosotros entonces.

—No recuerdo que me dijeras nada de eso. Me lo habrías contado.

—No veo qué diferencia puede haber —dijo Príamo, mirándonos desde debajo de sus gruesas cejas—. Ahora está aquí, y eso es lo que cuenta.

—Pero ¿no os dais cuenta? A lo mejor está loco —dije.

—Yo sé lo que ocurrió. —Una voz tranquila se alzó desde la parte de atrás de la

carreta—. Puedo contároslo —dijo el chico—. Helena dice la verdad. Aquiles fue enviado a Esciros por su madre para protegerle. Ella no quería que fuese a Troya, porque era su único hijo, y todavía era demasiado joven. Pero los griegos estaban decididos a contar con él, de modo que siguieron su pista hasta aquella isla. Entonces, en lugar de luchar con él, porque, a decir verdad, hasta aquellos guerreros tan curtidos le tenían miedo, le engañaron para que se desenmascarase él mismo. —Los ojos de Hillo, suaves y castaños, miraron a los hombres buscando su aprobación.

—Ven aquí, hijo —dijo Deífobo, levantándolo. El chico quedó apretado contra su hombro—. Cuéntanos cuál fue esa trampa.

Héctor se volvió y concentró su atención en Hillo, mientras éste se aclaraba la garganta.

—Fue muy astuto —dijo el chico—. Odiseo todavía se jacta de ello. Él y Diomedes desembarcaron en la isla para visitar a su rey; intentaban encontrar a Aquiles. Pero al cabo de varios días de festines y juegos y todo lo demás no vieron señal alguna de Aquiles. De modo que se volvieron al barco y llevaron unos regalos para las princesas (tiene muchas, muchas): espejos, velos, pulseras y pendientes. Y medio escondidos entre ellos se encontraban un bonito escudo y una lanza. Mientras las chicas se emocionaban con los regalos y Odiseo los disponía, Diomedes, desde el exterior del palacio, golpeaba unos objetos de bronce y lanzaba gritos de guerra, como si estuviesen siendo atacados. Las chicas chillaron y echaron a correr; Aquiles cayó al momento sobre el escudo y la lanza, y corrió a defenderlos.

—Muy astuto, realmente —murmuró Príamo.

—Ah, en el campamento imitan a Aquiles quitándose el velo y el manto y arrancándose el broche del hombro, y nunca deja de provocar risas.

—Sí, eso me imagino —dijo Héctor—. Bueno, Helena, ya ves que no está loco. De modo que nos enfrentamos a un adversario muy bien entrenado y ansioso por estar aquí. Y en cuanto a Odiseo, espero que no vuelva contra nosotros toda su astucia.

—Ese Aquiles... —Deífobo se volvió a agarrar a la barandilla del carro—. ¿Por qué arma todo el mundo tanto jaleo con él? Es sólo un hombre. Bueno, en realidad no es un hombre, sino más bien un muchacho.

Hillo se encogió de hombros.

—No lo sé, sólo sé que se habla mucho de él. Quizá necesitaban crear un Heracles para esta empresa, y siempre es más fácil crear algo maravilloso con alguien desconocido.

Gelanor se echó a reír.

—Muy astuto, chico —dijo, observándole de cerca—. Parece que sabes muchas

cosas. —Su risa se desvaneció.

—Todos estamos ya familiarizados con las habilidades de los demás —dijo Héctor—. Agamenón es un luchador fiero, pero carece del coraje que inspira lealtad en sus seguidores. Diomedes es un buen soldado, y joven, pero no puede dirigirlos. El enorme Áyax de Salamina lucha bien mano a mano, pero es incapaz de pensar; además, su enorme volumen le hace torpe. El pequeño Áyax de Locria es pequeño en todos los sentidos..., un hombre de espíritu mezquino y brutal al que le gusta atormentar a sus víctimas. Su única virtud como guerrero es que corre muy deprisa, de modo que puede perseguir a los enemigos. Idomeneo es un famoso lancero, y lucha bastante bien, pero su edad hace que ya no pueda correr demasiado rápido; tiene que defender el lugar donde se encuentra. Y Menelao no es un luchador de primera fila. Es demasiado bondadoso. —Se volvió y me miró—. Te ruego que me perdones, Helena —dijo.

—¿Por qué te disculpas? Yo jamás he reivindicado sus habilidades en el campo de batalla —dijo; en realidad, ni en ningún otro sitio.

—Estás temblando. —Paris se sentó a mi lado, me agarró una mano y la apretó entre las suyas—. Por favor, no tengas miedo de lo que se avecina. Estaremos a salvo.

—No tengo miedo —dijo. Pero sí lo tenía.

La gran puerta Dardania, ya cerrada para la noche, rechinó al abrirse para que pasáramos nosotros, y llegamos sanos y salvos detrás de las murallas. Aquel día no había ocurrido nada; ninguna señal de ataque o de movimiento enemigo. Las tiendas de los sitiadores estaban todavía formando un semicírculo, en sus posiciones poco efectivas que no amenazaban a Troya. Hécuba dio la bienvenida a Príamo y casi vi una sonrisa en su rostro, por primera vez desde hacía mucho tiempo. «Quizás estemos a salvo —pensé—. Esto pasará; los griegos doblarán sus tiendas después del verano, izarán sus velas, declararán una especie de victoria para halagar su vanidad, y se irán. Paris nunca tendrá que llevar su nueva armadura, y las raciones acumuladas en Troya proveerán muchos buenos banquetes. Vaciamos las ánforas y cantaremos canciones para celebrar nuestra libertad, conseguida con tanta facilidad. Sólo los guerreros jóvenes, tan ansiosos de probarse en el campo de batalla, se sentirán decepcionados».

Muchos días pasaron de ese modo. Príamo celebraba consejo con sus antiguos compañeros de armas en el pórtico soleado y parloteaban como aves, y pasaban más tiempo reviviendo las batallas de su juventud que planeando la que se avecinaba. En medio de todos ellos, Príamo parecía haber alisado sus arrugas e incluso su pelo parecía menos gris. Acariciaba a sus perros preferidos, que se apiñaban a su alrededor con la esperanza de obtener algunas sobras, meneando el rabo con fuerza.

Hasta el momento, la gente podía ir y venir libremente a las fuentes y al monte Ida, y Troilo podía abrevar sus caballos en el abrevadero que se encontraba junto al templo de Apolo Timbreo. Hacia el norte, todo el paso estaba cortado, por supuesto, de modo que las ramas inferiores del Escamandro estaban fuera de nuestro alcance. De ese modo se perdían los acostumbrados beneficios que obtenían los troyanos de los barcos que atracaban en busca de agua, pero no se podía evitar. Héctor decidió enviar una partida al este, hacia Dárdanos y Abidos, para ver si había alguna incursión griega por allí. Eligió a un pequeño grupo de hombres y trazaron una ruta entre colinas y bosques, usando senderos sólo conocidos por los cazadores. Mientras tanto, las espías prostitutas nos proporcionaban información divertida, aunque no estratégica, sobre los griegos en sus campamentos.

Al parecer, Agamenón se había hecho construir una choza de madera y la tenía llena de mujeres. Pasaba la mayor parte del tiempo dentro con ellas, y sólo salía con las rodillas temblorosas y el rostro nublado para pasar revista a sus tropas y para comer. Un soldado corriente muy malhablado, Tersites, era el que dirigía a toda la tropa a la hora de insultarle a sus espaldas. Todo el mundo se reía de aquello, pero mi corazón ardía de rabia al pensar cómo se comportaba él mientras Clitemnestra le esperaba en Micenas, llorando a su hija. ¡Aquel cerdo con cara de perro!

Menelao paseaba por el campamento gruñendo y murmurando: ninguna de las mujeres le había visto sonreír nunca. Odiseo, por otra parte, estaba lleno de animación y de cumplidos para todo el mundo, y ansioso de dar un buen revolcón a las damas en el lecho. Pero sin saber cómo, siempre se había quedado sin dinero a la hora de pagar. Idomeneo tenía una mesa bien provista con entretenimientos y mucho vino, tan elegante como si estuviera en su corte, en Creta. Su manera de hacer el amor era igual de refinada, aunque un poco lenta, debido a su edad. Siempre pagaba con gran derroche. Los Áyax (el grande y el pequeño) no eran nada recomendables. El uno era demasiado grande; el otro, demasiado pequeño; los dos, muy tacaños. Diomedes era probablemente el mejor de todo el grupo, en cuanto a gusto y habilidades, en eso estaban todas de acuerdo.

Gelanor se atareaba estudiando cómo nuestros «amigos plantas y animales», como los había llamado, podían ayudarnos en los esfuerzos de guerra. Entendido en venenos ya en Grecia, redoblaba sus esfuerzos para aprender qué venenos locales se podían usar para flechas y humo. Existían ciertos tipos de plantas tan venenosos que la miel hecha con sus capullos y el humo de sus ramas resultaban fatales. Por supuesto, el problema al usar el humo es que podía desviarse hacia atrás y perjudicar a las personas que lo estaban provocando. El uso de venenos requería el máximo cuidado.

Era importante construir unas aljabas con tapas para proteger al arquero de las puntas envenenadas, o quizás incluso hacer una bolsita donde guardar el veneno y mojar la flecha en el último momento. Lo mismo se podía decir de los animales de ataque, las bombas de escorpiones o de avispas que podían arrojarse al campo enemigo, o perros rabiosos que se pudieran soltar: eran en todo caso armas de último recurso, ya que resultaban difíciles de controlar. La única excepción a ello era una mezcla de tierras y piedras molidas que se inflamaban cuando el sol las calentaba. Muy útil para embadurnar las tiendas o carretas enemigas, pero había que acercarse lo suficiente y eso era bastante improbable.

—Y pensar que un simple arco se considera que ya es una trampa —le dije a Gelanor—. Me parece heroico, comparado con todas esas cosas..., humo que forma nubes en el aire, escorpiones que llueven del cielo, trajes que propagan la peste...

—¡Por favor! Llamémoslo «flechas de Apolo». Creo que es lo más cortés para referirse a la peste.

—Como quieras —le contesté—. ¿De modo que el templo de Apolo atesora las enfermedades de la guerra, y Atenea las armas guerreras?

—Sí. Cada dios tiene su propio arsenal. Y Ares, de alguna manera, está en medio... Su guerra no es disciplinada, como la de Atenea, sino que va acompañada por el pánico y el terror, como la peste que se extiende.

Mi sonrisa se desvaneció.

—Oh, Gelanor... Espero que nunca tengamos que usar ninguna de esas cosas.

—Yo también lo espero. Pero, aun así, es consolador tenerlas a mano.

Nuestros hombres se dirigieron hacia el este, un día perfecto y soleado. Era un día para salir a galopar a través de los campos, si hubiesen sido normales aquellos días. Los hombres se escabulleron por la puerta del este, pasando a través de su salida complicada, como un laberinto, nos hicieron señales al vernos de pie en las murallas y siguieron su camino a través de los campos, desvaneciéndose entre los bosques.

—Estoy preocupada por Eneas y Creusa, por su situación en Dardania —dijo Hécuba, mirando desde las murallas—. No puedo evitar desear que se hubieran quedado en Troya.

—Madre, sabes muy bien que Eneas es rey de Dardania. Tiene que estar con su pueblo —dijo Héctor. Su voz sonaba tranquilizadora. Dominante y fuerte, había algo que apaciguaba de forma innata en la manera de hablar que tenía—. No creo que ningún griego se haya aventurado más allá de esa cabeza de playa, ahí. Pero por eso enviamos una partida, para averiguarlo.

—Los griegos están demasiado tranquilos —dijo Príamo de repente, al otro lado

de Héctor—. Esto no me gusta.

Héctor se rio, con una sonora carcajada.

—Eso es porque tú y tus viejos camaradas queréis salir de aquí y luchar.

Príamo se volvió y le miró.

—No. Yo no soy un viejo idiota, Héctor. No me tomes por tal. Quería decir lo que he dicho. Los griegos están demasiado tranquilos. No han hecho todo este camino para sentarse ahí sin hacer nada ante sus tiendas y divertirse con prostitutas.

—Quizá la batalla les parecía más atractiva en la rocosa Grecia —dijo Héctor—. Las cosas que uno ve en su mente nunca son iguales que las que contempla luego en la realidad.

—No me gusta —repitió Príamo.

Pasaron los días. Los hombres tendrían que haber vuelto ya. Continuaron los maravillosos días de verano, que se burlaban de nosotros dejando que contemplásemos la vacía llanura de Troya. Pronto tendría que haberse celebrado la feria del mercado, pero ahora no podía ser. Más ingresos de Troya que se desvanecían de repente. Y todo aquello era mucho más importante que la pérdida de los derechos del agua. La misma presencia de los griegos, sin luchar en absoluto, ya empezaba a cobrarse un peaje.

Después de quince días, Héctor dijo finalmente que enviaría un destacamento de exploración para ver lo que había ocurrido. Antes de que pudiesen equiparse, un superviviente del primer destacamento salió de los bosques tambaleándose y se derrumbó en los campos más cercanos a Troya. Le vimos allí tirado y enviamos una carreta a rescatarlo.

Con el rostro sombrío, los portadores de la camilla pasaron por las calles de Troya y lo llevaron a su hogar. Los físicos trabajaban frenéticamente para salvarle la vida. Le habían golpeado y apuñalado; una pierna estaba rota y el hueso sobresalía a través del tobillo. Cuando uno de los doctores abandonó la casa, meneó la cabeza. La pierna ya se estaba poniendo negra por la podredumbre. Justo cuando el hombre caía en el delirio, Héctor le interrogó. Agitado y febril, apenas capaz de formular palabras, dijo que su partida había sufrido una emboscada.

—Es como si supieran exactamente dónde estaríamos —susurró—. Nos estaban esperando.

—¿Quiénes? ¿Quiénes?

—Griegos —dijo el otro—. Ésa era su lengua, el griego especial que usan en otros lugares. No nuestro griego. —Hizo un gesto de dolor cogiéndose el tobillo dolorido—. Se regodearon apuñalándonos. Oeax..., a él fue al que primero atacaron. Antes de

que Hileo pudiera moverse, le alancearon desde detrás. Estaban por todas partes. Por todas partes.

—¿Cuántos había? —preguntó Héctor.

La cabeza del hombre cayó a un lado.

—Inténtalo. Inténtalo. ¡Tenemos que saberlo! —dijo Paris.

—Muchos. Diez. Veinte. ¡No lo sé! —Su voz se alzó hasta convertirse en un chillido, luego cesó. Se le quedó la boca abierta.

El físico se inclinó y puso el oído junto al pecho del hombre.

—Está muerto —dijo al fin—. De modo que la masacre ha sido completa.

Héctor estaba consternado. De algún modo, el enemigo había conocido todos nuestros movimientos. Ahora, las excursiones al monte Ida y a las fuentes ya no parecían tan invitadoras.

—¿Cómo podremos ganar, si los griegos conocen todos nuestros movimientos?

—Quizá simplemente dieron con nuestro destacamento —dijo Troilo.

—No, el superviviente dijo que los estaban esperando, preparados para ello —replicó Deífobo.

—Quizás uno de sus adivinos se lo dijera —dijo otro hombre—. Ese Calcas, por ejemplo.

—¡No, mi padre no es capaz de saber cosas de ese tipo! —La fina voz de Hillo se elevó desde una esquina, donde se encontraba—. Sólo puede interpretar profecías, vuelos de aves y entrañas, y cosas así.

—Nos están acorralando aquí —murmuró Héctor, cuando nos hubimos reunido en su mégaron con sus amigos.

No era un consejo habitual; no había ningún anciano presente, y Príamo no estaba incluido. Era sólo una conversación entre guerreros jóvenes. Él no se había sentado en el lugar de honor, sino que iba andando arriba y abajo, con la mandíbula tensa. Su voz, normalmente afable, estaba teñida de ira y de algo más.

—Lentamente, nos estrangularán.

—No podemos enviar más partidas desarmadas —dijo Deífobo—. Debe haber siempre protección.

Un murmullo se alzó al discutir todos aquella afirmación. El joven Troilo habló y dijo que él pensaba que el abrevadero, que estaba muy cerca, y que además se encontraba junto al templo de Apolo Timbreo, que los griegos estaban obligados a respetar como territorio neutral, debería ser un lugar seguro, y que se proponía seguir usándolo para abrevar sus caballos. No quería pedir reservas de agua del interior de las murallas, cuando había tanta justo en el exterior. Varios hombres lamentaron la

pérdida de la feria comercial, diciendo que los mercaderes eran todos unos cobardes, y eso lo probaba. Se volvían con el rabo entre las piernas y salían corriendo al menor atisbo de peligro.

—¿Atisbo? —dijo Heleno, apartándose el espeso cabello de la frente—. Yo diría que esto es mucho más que un atisbo. Ni siquiera queda un lugar donde puedan atracar los barcos; los griegos han tomado toda la costa. —Como de costumbre hablaba con suavidad, pero sus palabras estaban bien meditadas. Nunca parecía hablar sin haber sopesado completamente sus ideas.

—Entonces irán a otros lugares —se lamentó Héctor—. Mucho más al sur. Y lo perderemos todo.

—Sí, puede que ocurra eso, si la guerra no ha terminado por esta época el año que viene —dijo Heleno.

Se estaba haciendo tarde y a través de las puertas abiertas del mégaron podíamos ver cómo iba desapareciendo la luz. Las esposas y mujeres se unieron a nosotros; como ya he dicho, yo estaba presente en muchas reuniones de las que se excluía a las mujeres normalmente. Ahora entraba Andrómaca, seguida por sus cuñadas Laódice y Casandra, y las esposas de los otros hombres. Los músicos entraron tras ellas, y también los portadores de antorchas.

—Habéis dejado que se hiciera la oscuridad a vuestro alrededor —dijo Andrómaca, con el aire más despreocupado que pudo—. ¡Hombres! —Se acercó a Héctor—. Y ahora, dejad de hablar de guerra y disfrutemos del vino y de las canciones.

XLV

El vino no conseguía realmente apartar nuestras mentes de los problemas, pero sí que los enmascaraba bajo una suave neblina, emborronando nuestras preocupaciones. Andrómaca intentaba juguetonamente recrear la camaradería de otras reuniones en los tiempos anteriores a la llegada de los griegos. Pero el enemigo había penetrado hasta aquella mismísima cámara.

Paris y yo anduvimos lentamente, con desaliento, hasta nuestro hogar. Luego, pensando en Paris y en mi amor por él, me introduje bajo las suaves sábanas de lino, notando su fría caricia en mi espalda, y le tendí los brazos.

—Ven, amor mío —dije—. Burlémonos del enemigo.

El sol envió sus primeros rayos como sondas a nuestra habitación, pero los recios postigos que Paris había diseñado los repelieron. Luego, a medida que el sol fue subiendo, se abatió inmisericorde sobre la llanura de Troya, haciendo que el terreno castigado devolviese el calor formando oleadas, de modo que el mar ondulaba ante nuestros ojos cuando nos asomábamos por encima de las murallas e intentábamos divisar la costa. Estaba todo muy tranquilo; el habitual viento del norte había caído, y nos había dejado bajo una pesada mano de aire.

Paris y yo intentábamos atisbar el campamento griego, pero las olas de calor, que bailaban y lo distorsionaban todo, evitaban que viéramos nada con seguridad. Justo entonces, Príamo y Hécuba se unieron a nosotros, dirigiendo a un hombre anciano y ciego por los codos hasta el borde de la muralla. Príamo habló con el ciego y luego retrocedió. El hombre se agarró al borde del parapeto y miró hacia fuera, sin ver, hacia la llanura. Luego levantó un brazo esquelético, con la piel colgante:

—¡Oídmme, piedras! —Pasó la otra mano por la parte superior de las murallas—. ¡Óyeme, gran muralla! ¡Oídmme, altas torres! Yo os bendigo y os conjuro para que protejáis a Troya.

Un estruendo de voces procedente de los vigías troyanos repitió aquellas palabras. Luego, el hombre alzó los brazos por encima del muro.

—¡Óyeme, tierra de la llanura! ¡Óyeme, rumoroso mar! ¡Oídmme, ejércitos enemigos! Hoy os lanzo una maldición, si pensáis en hacer daño a Troya o tocar a su pueblo. V vuestras lenguas se secarán y se pegarán al velo de vuestro paladar; vuestras tierras se endurecerán y nunca permitirán que la hierba brote para vosotros de nuevo; vuestras olas se convertirán en veneno. —Dio unas palmadas con fuerza—. De este modo maldigo al enemigo de Troya y a todas las cosas que podrían ayudarle.

Un rugido de aprobación llenó el aire pesado, y Príamo abrazó a aquel hombre. Luego fueron a buscar la sombra al interior.

Héctor se acercó a nosotros y meneó la cabeza.

—Dicen que un ciego tiene el poder para maldecir al enemigo, si habla desde las murallas de la ciudad. Yo no lo creo, pero me encantaría que fuera posible.

—Eh. —Esaco había llegado tras él—. La gente cree demasiado en esas cosas. Son todo bobadas.

Era un hombrecillo enclenque, de los que normalmente creen en magias y fuerzas más potentes que ellos mismos, aunque sólo sea por si pueden ayudarlos. Pero, sorprendentemente, Esaco se burlaba de tales muletas.

Héctor guiñaba los ojos para ver en la llanura.

—En cualquier caso, creo que la maldición para perjudicar a los griegos llega demasiado tarde. Ya están saliendo.

¿Era una nube de polvo lo que se alzaba junto a los barcos?

—No —murmuré, mirando hacia donde él indicaba. Pero veía que algo se movía, aunque no sabía qué era.

—¡Coged las armas! —gritó Héctor a los hombres de la muralla—. ¡A las armas! Llamaré a los demás —dijo a Paris.

Paris se volvió rápidamente hacia mí.

—Mi armadura. Es el momento.

¿Tenía que ser así? ¿Debía ponérsela al fin? Yo quería que se quedase allí tirada, con el bronce volviéndose verde poco a poco, que el cuero se pusiera tieso, encerrado en su baúl para siempre.

—Sí —dijo—. Ven conmigo. Rápido.

Corrimos hacia nuestro hogar y sin mirar atrás. Paris subió las escaleras del interior hacia la habitación más alta, la que dominaba toda Troya y su llanura. Allí, mucho más abajo, yo podía ver ahora al ejército moviéndose hacia la ciudad. La nueva armadura de Paris estaba guardada allí, y él la cogió y la sacudió. Resonó cuando las piezas de metal se encajaron unas en otras.

—¡Vamos, ayúdame! —gritó de una manera muy impropia de él—. Corre. —Había llamado a su sirviente, pero el muchacho no apareció—. No puedo esperar.

Temblando, abroché las hebillas y las correas, celebrando los ritos de un escudero. Poco a poco, el Paris que yo conocía desapareció bajo un muro de bronce y cuero.

Qué joven era. No, no puedes ir, gritaba yo por dentro. Recordaba, ah, tanto tiempo atrás, cuando elegía marido entre los pretendientes, que había desdeñado a alguien igual de joven. Había dicho que se mostraría demasiado deferente conmigo, y

que sabría menos que yo. Ahora sabía que aquello era falso, y que su juventud era algo tan precioso que no podía soportar sacrificarla por el motivo que fuese antes de que llegase su hora. Brillaba como una estrella. Pero ahora su luz se veía oscurecida bajo el casco.

—No vayas —dije. Pero no pensaba que él me oiría.

El hombre desconocido que se encontraba ante mí esperó un momento antes de responder.

—Precisamente tú no deberías decir eso. —Fue lo único que me respondió. Se inclinó y me dio un abrazo metálico.

Los griegos estaban en pleno ataque, marchando resueltamente hacia los muros de Troya. Parecían llenar toda la llanura, arremolinados como insectos, y mientras caminaban, sus armaduras, desde la distancia, formaban un sonido seco y rasposo como las patas de las langostas al frotarse.

—Ocupad vuestras posiciones —dijo Príamo, dirigiendo a los hombres más veteranos para que se situasen junto a las pilas de piedras, chillando y aullando.

—¡Helena, vete atrás! —Hécuba me cogió por el hombro e intentó apartarme—. ¡Debemos apartarnos de las murallas!

Príamo se había echado atrás, reuniendo a su alrededor a sus viejos consejeros y retirándose.

—Ahora les toca a los jóvenes —dijo, corriendo hacia la cima, donde podía contemplarlo desde su terraza.

Los troyanos salieron a la carga, corriendo desde la entrada, pero los superaban en gran número los griegos, que eran como langostas. Me encogí al verlos: la valentía produce gloria, sí, pero no puede prevalecer en contra de un número aplastante. Me aparté de Hécuba y volví a las murallas. No podía apartarme de allí. Por debajo de mí, vi la compañía de troyanos, pero no a Paris entre ellos. Desde las torres, los defensores disparaban flechas de cobertura para mantener a los atacantes a raya. Desde muy lejos en las filas griegas, los honderos lanzaban piedras por encima de nuestras murallas. Éstas formaban un arco en el cielo y caían con fuerza dentro de los muros, causando el daño que una flecha, con diferente parábola de vuelo, no podía. Los troyanos gemían y caían allí donde se encontraban, alcanzados por las piedras volantes.

Una compañía de griegos se acercó a la Gran Torre y a la puerta Escea, pero iban muy despacio, curiosamente. Los troyanos se reagruparon y enviaron andanadas de flechas hacia ellos, pero los griegos no se acercaron lo suficiente para que les alcanzara ningún proyectil. En el extremo oriental de la ciudad se oían gritos. La

muralla estaba sometida a asalto también por allí.

Justo entonces, un grito que helaba la sangre surgió desde muy cerca, y oí los chillidos de todo el mundo a mi alrededor. Un rostro feroz apareció por encima de la muralla, y un hombre consiguió trepar hasta arriba. Fue rápidamente abatido, pero otros se apiñaban tras él.

—¡El muro occidental! —gritaba uno de los guardias—. ¡Están en el muro occidental!

Al menos diez soldados griegos treparon por el lado del muro occidental antes de que los mataran los troyanos que esperaban. Pero tras ellos venían centenares, que se afanaban por encontrar apoyo para pies y manos en las piedras pequeñas de los tramos más débiles de las murallas de Troya. Un rugido de excitación surgía de la tierra.

Me subí a una pila de piedras y miré hacia abajo, desde un lugar seguro. Los troyanos habían vuelto para luchar contra los griegos en la base del muro occidental, intentando rechazarlos. Nuestros defensores desde arriba arrojaban piedras a los adversarios, mientras nuestros guerreros luchaban contra ellos mano a mano.

Gelanor venía corriendo en un carro cubierto, dando tumbos por la calle.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó.

Un grupo de guardias le rodeó y corrieron todos hacia el muro. Arrancaron la cubierta y apareció un montón de arena que empezaron a echar por encima del muro con cacharros de barro. La arena estaba muy caliente, casi al rojo vivo, de modo que picaba y abrasaba entre las aberturas de la armadura. Al caer sobre sus víctimas, empezaron a resonar aullidos que llegaban hasta el cielo.

Gradualmente, los griegos fueron retrocediendo, dejando el muro occidental. Yo ya distinguía a algunos de los troyanos, y podía ver a Héctor plantado junto al gran roble que crecía al lado de la puerta Escea. Con la retirada de los griegos, los troyanos se dispersaron. Todavía no veía a Paris.

De pronto, distinguí una figura que corría hacia el roble y que se dirigía hacia Héctor. Se movía a una velocidad asombrosa, saltando y dando brincos como un animal, aunque llevaba la armadura completa. Casi antes de que pudiera verle, Héctor ya llegaba hasta él, blandiendo una lanza formidable. Héctor se volvió y retrocedió para asentar bien los pies, con el otro hombre casi encima de él. El hombre arrojó la lanza y falló solamente por el grosor de un cabello; corrió a retirarla y apuntó de nuevo. En aquel instante, Héctor se arrojó hacia delante y pudo escapar al siguiente lanzamiento, que se alejó mucho de él. Entonces, el asaltante se quedó sin lanza, y fue a coger la espada, adelantándose a Héctor. Éste levantó su escudo y luego, levantándola todo lo que pudo, lanzó su propia lanza. La lanza zumbó junto al casco

del hombre, tan cerca que seguro que susurró en su oído al pasar. Por un instante, el hombre se volvió a ver dónde caía para ver si podía recogerla, y Héctor aprovechó la pausa para escapar dirigiéndose hacia la puerta Escea, que habían abierto a toda prisa para él. La lanza dio en la puerta con fuerza en cuanto él hubo entrado, y su adversario luego golpeó con los puños y gritó:

—¡Cobarde! ¡Cobarde!

Sus puños debían de estar hechos de metal, para dar semejantes golpes en las puertas de madera. Más tarde vi que en realidad habían formado unas muescas, una serie de depresiones en la madera forrada de bronce donde habían golpeado los puños apretados.

Héctor, con los ojos muy abiertos, se quitó el casco. El sudor corría por su rostro y su pecho se movía agitadamente.

—Ya veo —murmuró— que lo que dicen de él es cierto.

—¿Quién? ¿Quién? —pregunté a uno de los guardias que rodeaban a Héctor.

—Aquiles —dijo el guardia—. Ese demonio era Aquiles.

—Dicen que puede superar corriendo incluso a un ciervo —dijo Héctor—. Lo había oído decir, pero pensaba que era una exageración. Ahora sé que no lo es. Está por encima de cualquier guerrero humano que haya visto jamás.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! —Las palabras todavía resonaban.

Héctor meneó al cabeza, como para quitárselas de encima.

—Ningún hombre me había llamado así jamás —murmuró.

—No lo eres —dijo Príamo, que había venido corriendo desde la cima, con su túnica flotando a su alrededor.

Miré por encima del muro para ver dónde estaba Aquiles. Sus gritos y golpes habían cesado, y se estaba apartando de la puerta, echándose la lanza al hombro. Debajo de las placas que protegían sus mejillas y la larga guarda para la nariz, vi sus labios apretados formando una línea recta. Su armadura era espléndida, decorada con escenas en relieve en peto y escudo. Nadie tenía nada que se pareciese ni remotamente a aquello; hasta en las grebas brillaba la plata de sus hebillas. Aquél era el niño que había insistido en hacer una carrera con el fatigado Menelao colina arriba, el muchacho que escondía sus musculosos brazos bajo una túnica femenina en Esciros. Todavía era, a la edad de dieciocho años, más o menos, un corredor rápido, pero al parecer sólo corría para cumplir la apuesta de Menelao. Justo en aquel momento levantó la cabeza y me vio.

—¡Helena! —gritó—. ¡Así que es verdad que estás aquí en Troya! ¿Has salido a mirar a los tuyos? ¿A reírte de nosotros? ¡Mirad, hombres, ésa es! —Aquiles hizo una

seña a sus cohortes, señalándome.

—¡Te había dicho que no te acercaras a las murallas! —Hécuba me apartó de allí—. ¡Si te dejas ver puedes causar gran daño!

Aquella había sido la maldición de toda mi vida.

—Debemos estar seguros de que estás a salvo —dijo Hécuba, punzante—. Es nuestro deber protegerte.

Nuestros guerreros volvían en tropel a la ciudad; la escaramuza había concluido. Fueron bienvenidos con gritos y rugidos de aprobación. Más tarde, los viejos consejeros y comandantes comentarían los errores cometidos, los puntos débiles en la defensa troyana y la manera de corregirlos. Pero por el momento bastaba con que los hombres hubiesen vuelto sanos y salvos, y con que el ataque al muro occidental hubiese sido repelido. Varios soldados griegos yacían muertos al pie de las murallas, aplastados por las piedras que les arrojábamos, o muertos al caer al suelo.

No hubo celebraciones oficiales, pero la moral estaba alta, y aquella noche muchas bandas de hombres jóvenes, recién estrenados en la primera incursión de la guerra, fueron de juerga por las calles, cantando y bebiendo. Paris y yo oíamos sus voces haciendo ecos entre las paredes, en las calles, pero nosotros temblábamos en nuestra cámara. Paris se sintió muy contento de poder quitarse la armadura, que yacía en un montón en el baúl de madera, y decía:

—Es verdad. Es verdad. Están aquí para hacer la guerra.

Era como si sólo en aquel momento empezase a creerlo.

—¿Dónde estabas? No te he visto —dije.

Le había pedido que se echara en la cama para poder masajearle la espalda con aceite perfumado. Varias antorchas parpadeaban en las paredes, pero la luz, aun así, era débil, y la habitación permanecía en sombras.

—No tendrías que haber mirado —dijo. Resultaba difícil oír sus palabras pues estaba boca abajo—. Era peligroso.

—Eso me ha dicho tu madre. Pero he podido mirar un rato antes de tener que echarme atrás.

—Estaba en el lado este de la ciudad. Habían atacado también esa puerta —murmuró—. Ah, qué sensación más maravillosa. —Le estaba masajando los músculos debajo de los omóplatos, deshaciendo sus tensiones—. Temo, sin embargo, que mañana estaré dolorido, porque no estoy acostumbrado a llevar un escudo pesado encima. Me duele el brazo izquierdo.

—¿Has visto...?

—No he reconocido a nadie. Todos eran extraños para mí. —Se estiró, y arqueó la

espalda—. Es raro que conocieran la debilidad del muro occidental —musitó—. Normalmente no tenían que haber atacado por allí, ya que está muy cerca de la puerta Escea y de la Gran Torre. A menos que de alguna manera conocieran que aquel punto era vulnerable.

—Como si alguien se lo hubiese dicho.

—No resulta visible desde el otro lado —replicó él—. Nadie podría tener motivos para sospechar que es delgado y débil en ese punto. Quizás un adivino...

—O quizás alguien menor que un adivino, un simple y vulgar traidor —sugerí—. ¿Fueron capturados hoy algunos troyanos?

—Ninguno, que yo sepa.

—Bien. Porque un hombre no tiene por qué ser un traidor para decir lo que sabe, si le torturan lo suficiente.

Paris se escurrió de mis manos y se incorporó.

—¿Tortura? ¿Tus compatriotas torturan a los cautivos?

—Aseguran que no lo hacen, pero ¿por qué entonces suelen matarse los prisioneros capturados?

—Entonces será mejor que ningún troyano caiga en sus manos —dijo finalmente.

El comandante griego, Agamenón, no dudó en sacrificar a su propia hija, de modo que no era muy probable que tratase con gentileza a los prisioneros enemigos. Nadie debía caer en sus manos. Qué lástima me daba mi hermana.

XLVI

—¡Procederemos de todos modos! —Hécuba anunció su decisión a Príamo y le desafió a que diera la contraorden—. Los griegos no le arrebatarán su día a nuestra hija.

Los días antes del asalto, Laódice había encontrado novio al fin: Helicaón, hijo de Antenor. Príamo y Antenor habían hecho todos los arreglos y Laódice estaba llena de alivio y aturdimiento. Ya tenía dieciocho años, y al parecer ansiaba el matrimonio todo el tiempo que yo había pasado en Troya. Helicaón era un joven encantador, aunque perpetuamente despeinado. Probablemente ella pensaba convertirle en una réplica de su atildado padre.

Pero todo aquello fue antes de la batalla en nuestras murallas, antes de que se hubiese derramado sangre troyana, antes de que nuestros heridos anduviesen cojeando por las calles. De modo que la resolución de Hécuba fue una sorpresa.

—Pero la gente... —dijo Príamo—. ¿No lo verían como una burla, después de nuestras pérdidas?

—¡No! Servirá para demostrarles que en Troya no nos doblegamos ni desfallecemos ante nuestras pérdidas.

Laódice se volvió hacia mí.

—Helena, debes ayudarme a elegir mi vestido, y también mis joyas —dijo; sus ojos todavía mostraban la misma reverencia que yo habría deseado eliminar, por si causaba celos entre la familia.

Joyas... Pensé en la extraña joya que me había entregado Menelao, con su amenazador mensaje: «Para Helena, mi esposa, para que pueda calcular el coste de su amor».

Pero ¿el amor de quién? ¿De él? ¿De Paris? En cualquier caso, yo había dejado el broche en su caja.

—Sí, sí, por supuesto —le dije—. Pero Ilona tiene un gusto exquisito para las joyas, estoy segura de que ella...

—No, quiero que me ayudes «tú» —dijo, tozuda.

Al mediodía estábamos en el patio más alto de la casa de Príamo para iniciar la ceremonia de compromiso. Fuera oíamos los gritos de la gente, que sonaban más desafiantes aún que Hécuba. Lanzaban vivas al valiente rey, a la Reina y a su

celebración frente al peligro.

En Troya, el compromiso era una ceremonia muy vinculante y solemne, más aún que la boda. Y tenían también otros rituales especiales: siete flores de siete colinas, siete vinos de siete viñas, siete aguas de siete fuentes sagradas. Todo ello debía mezclarse y pasar de mano en mano en una confusa mezcla de cantos y gestos que comprendía el lazo troyano del compromiso.

En lugar de los vestidos ligeros y flotantes que solían vestir siempre las mujeres, entonces iban vestidas con basta lana sin teñir. Era el toque propio de Laódice.

—Ésta es una boda de guerra, y debemos vestir de acuerdo con ello —había dicho.

También pidió a los hombres que llevasen las túnicas y los mantos que portaban en el campo, de modo que formábamos un grupo de tonos oscuros, y el único color vivo era el rojo del pelo de Casandra y de Heleno, y el brillo de amatista, ámbar y oro en cuellos, orejas y brazos.

Todo el mundo estaba allí. Debía de haber más de cien personas, ya que estaban incluidos también los ancianos, los consejeros, los primos y los parientes, en menor grado. Yo me preguntaba por los bastardos y las otras mujeres de Príamo. En todo el tiempo que llevaba en Troya, todavía no me había reunido formalmente con ellos, de modo que aunque hubiesen estado allí aquel día no los habría reconocido. Supuse que Hécuba no toleraría la presencia de las demás mujeres, al menos no aquel día, pero sus hijos podrían ser otro asunto.

—Igual que compartís con nosotros la alegría de nuestro compromiso, nosotros compartimos con vosotros el dolor de vuestras pérdidas —dijo Helicaón—. No nos lo tomamos a la ligera —concluyó; él mismo había estado fuera, en el campo, pero volvió sano y salvo de la refriega.

—¡Contribuyamos! —gritó Troilo, desde la multitud—. ¡Debemos sacrificarnos por la causa! —Se adelantó y cogió una cesta con pan de la mesa del festín, dejando caer las hogazas—. ¡Hombres y mujeres de Troya! ¡Vuestro oro y joyas!

Se quitó un brazalete de oro que llevaba en el brazo y lo arrojó a la cesta. Alguien cogió la cesta y echó un anillo. Más cestas siguieron, y pronto se habían amontonado en ellas muchos tesoros, y las mujeres competían por ver quién se quitaba más rápido collares y pendientes.

Paris se quitó la pulsera que llevaba y la añadió a la colección. Me pregunté si podría salir un momento y traer el broche de Menelao. Sería una ironía que acabase usándose así.

—Para ellos es un juego. —Héctor hablaba bajito a mi lado—. Ellos no lo

comprenden. Todavía no. —Sonaba cansado—. Pero nosotros sí, ¿no es verdad, Helena?

Yo retrocedí para que nadie nos oyera. Paris estaba hablando animadamente con Heleno y no se dio cuenta.

—No estoy segura de lo que quieres decir —susurré.

—Conoces a los hombres que han venido aquí, sabes de lo que son capaces. He reconocido al hombre que se enfrentó a mí ahí fuera..., Aquiles. Ahora temo lo que sé que sucederá.

—Troya puede confiar en su valor —le respondí. Mientras las pronunciaba, aquellas palabras me parecieron una excusa que se le da a un niño.

—Me decepcionas —replicó él—. No digas palabras gastadas, amables. Tú sabes cuál es la verdad. —Miró tristemente hacia aquella multitud emocionada, que se regodeaba con sus sacrificios ligeros y voluntarios—. Que tengan su hora de juego. Pronto vendrán las otras horas.

Laódice miraba encantada a Helicaón, ahora que su futuro ya estaba marcado. Hay mujeres que no pueden descansar hasta que están casadas, y hay otras que no pueden descansar hasta que están libres. Helicaón no parecía consciente de que acababa de liberar a Laódice de su inquietud, y permanecía allí de pie sonriendo por haber bebido demasiado vino, tambaleándose un poco.

Deífobo apareció del brazo del viejo consejero Clitio. Ambos me arrojaron una lasciva mirada, exactamente la misma, una rodeada por arrugas y la otra no. Deífobo siempre me hacía temblar.

Las cestas del tesoro desbordaban su contenido, las guirnaldas de flores se caían y corría el vino. La celebración llegó a su conclusión natural, y la gente se iba alejando ya cuando oímos un tumulto fuera. Una enorme multitud se acercaba al pórtico, haciendo gestos y gritando que alguien tenía un mensaje para Helena.

—¡Pues traedlo! —dijo Príamo, dirigiéndose a ellos desde el pórtico.

—No está en la ciudad, está fuera de los muros, y llama a Helena, reina de Esparta.

—Que entregue ese mensaje y se vaya —dijo Príamo—. El día del compromiso de mi hija no consentiré...

—Sólo hablará con Helena. Si ella no aparece en la muralla, mañana lanzará flechas crueles hacia la ciudad.

—¡Pues matadle!

—No podemos, está protegido por un escudo gigantesco tan alto como él mismo, y semicircular, como una torre.

¡Áyax! Áyax había llegado ante las murallas de Troya para hablarme. Pero Áyax no era hombre de palabras, ni siquiera de pensamientos.

—Iré —dije entonces. No deseaba que el día de Laódice, aunque fuera ya al final, quedase interrumpido o estropeado.

—Pero no irás sola —añadió Paris, acercándose a mi lado.

Cuando llegamos a la muralla junto a la puerta Escea, vi el escudo de Áyax, abajo, en el campo, como si fuera una pequeña fortaleza. Me puse de pie en la parte ancha del muro y grité:

—¡Aquí estoy, soy Helena, princesa de Troya! ¡Habla!

—¡Sólo hablaré con Helena, reina de Esparta! —Una voz terriblemente familiar resonó detrás del escudo.

—Entonces has venido en vano, porque tal mujer no está aquí.

—Ah, sí, señora, creo que sí está, y es la que habla ahora. —Agamenón salió de detrás del escudo.

Su cuerpo robusto y agresivo, su cabeza altiva y arrogante... Había esperado no tener que volver a verlo jamás. El tiempo no había hecho nada por volverle menos repulsivo a mis ojos. Una risa horrenda siguió a sus palabras.

—La reina de Esparta ya no existe —insistí, con voz firme.

Muchos troyanos se alineaban a lo largo de los muros, escuchando, pero Agamenón permanecía solo en la llanura.

—No, es verdad, porque se mató por vergüenza de ti.

Pero ya sabía aquello, y mi dolor no podía ser mayor. No respondí.

—Y la actual reina de Esparta se está matando también de vergüenza —aulló.

Yo seguía sin responder; me quedé lo más quieta posible, como si pudiera echarle de allí con mi inmovilidad.

—¿Te preguntas si tus hermanos están ahí en ese ejército? ¿Si vienen a buscarte? ¿Crees que te rescatarán cuando Menelao busque su venganza? Pues bien, señora, no los busques más, porque descansan bajo la tierra de Esparta.

Entonces sí que me moví, noté que estaba a punto de caer de la muralla. Paris me sujetó.

—Tu madre está muerta, tus hermanos también están muertos, tu hija ha sido trasladada a Micenas y tu marido te odia y quiere destruirte. ¡Así que piensa en todos los estragos que has causado por ese hombrecillo que tienes junto a ti!

En lugar de responderle, me volví hacia los arqueros de la torre.

—¡Disparadle si podéis, pero el cobarde se esconde detrás del escudo de un guerrero mejor que él, agazapado como un perro!

Ante esto, Agamenón volvió a aullar, pero metió la cabeza detrás del escudo. Una estruendosa carcajada resonó entre los troyanos de las murallas.

—Mira cómo se esconde y tiembla —dijo Paris, que cogió un arco de uno de los arqueros de la muralla y preparó una flecha rápidamente. La lanzó y ésta rebotó en el borde del escudo de Áyax con un sonido hueco. Agamenón se encogió aún más para evitarlas.

Paris envió una segunda flecha hacia el escudo; esta vez, se clavó en la gruesa piel de toro, y quedó temblando.

Justo entonces apareció un carro a toda prisa, conducido por un auriga feroz. Agamenón saltó al carro, colocando el escudo tras él; el carro salió disparado y levantando nubes de polvo con las ruedas. El escudo se enfrentaba a nosotros como un muro. Paris intentó disparar alto para que la flecha describiese una parábola, superase el escudo y aterrizase al otro lado, pero estaba demasiado lejos.

—El discurso de un cobarde y la retirada de un cobarde —gritó Paris a la multitud—. Tal es el temple del comandante más alto del ejército enemigo.

La multitud rio históricamente y le vitoreó.

Pero ya solos en nuestras habitaciones, yo lloraba. Mis hermanos, mis queridos hermanos, desaparecidos... ¿Cómo? ¿Cómo habrían muerto? ¿Juntos, en un accidente o en la batalla? ¿Separados, de enfermedad?

—Puede que no sea cierto —dijo Paris, sabiendo por qué lloraba sin que yo tuviera que decirle una palabra—. Es un mentiroso, y eso lo sabemos. Dijo lo que sabía que más daño podía hacerte.

—Era verdad lo de mi madre —repuse.

—Quizás haya mezclado verdades y mentiras. Después de todo, atrajo a su propia hija a la condenación con una mentira, diciéndole que se casaría con Aquiles.

Y lo de Hermíone, ¿sería verdad? ¿Enviada a Micenas?

—Hermíone...

—Tu hermana la adora, y quizá sería mejor para ella estar con una mujer que le hablase cariñosamente de ti —dijo Paris—. Helena, has pagado un precio muy elevado por venir aquí conmigo. ¿Retrocederás ahora, sabiendo lo que sabes? —Me atrajo hacia sí, con tanta facilidad como si yo fuese una pluma. Me sentía tan inconsistente como si lo fuera en realidad.

—No —dije entonces—. Si estuviera de nuevo contigo a la luz de la luna, en aquel patio de Esparta, y Eneas acabase de ir a preparar los carros, y pudiera decir: «No, vete sin mí...», no lo haría. Más bien diría, con más fuerza aún: «Subamos a los carros y huyamos».

—El camino ha sido duro y peligroso desde aquel primer recorrido. Parece que estamos huyendo siempre y que nos persiguen desde entonces.

Pero los recuerdos eran cálidos.

—Cranae..., las islas..., las puertas de Troya..., pensaba que estábamos al fin a salvo.

Ahora el calor se veía reemplazado por un frío que se iba extendiendo, como si Troya se viese envuelta de repente en una niebla invasora.

—Estamos a salvo —me aseguró él.

Yo no le dije, no quería decirle, que Héctor pensaba lo contrario.

Aquella noche, incapaz de dormir, las imágenes de Cástor y Polideuces pasaban a toda velocidad por mi mente, y salí de la cama. Una no se siente nunca más despierta e insomne que echada junto a un compañero dormido.

Paseé por las habitaciones, llegando al fin a aquella en la cual estaba instalado mi telar vacío. De repente, supe cuál era el diseño que quería crear. Mostraría en él los dos lados de mi vida, convertidos en uno al entretejerlos en un solo dibujo. Hasta que me enfrenté a Agamenón en las murallas había pensado que mi vida anterior ya no formaba parte de mí. Ahora sabía que sería siempre Helena de Esparta, igual que Helena de Troya. Dentro de Helena podía haber muchas Helenas. Sólo admitiendo a la Helena de Esparta de nuevo en mi presencia podría hacer que resultase totalmente inofensiva.

Absorta mientras esbozaba el dibujo mentalmente, pensé que en los bordes exteriores del tapiz representaría a Esparta, rodeada en el lado externo por el Eurotas, representado con un hilo de un azul grisáceo. El círculo interior sería de un azul más claro e intenso, el mar entre Esparta y Troya, y en el corazón del tejido estaría Troya, con su ciudadela en el centro. Y en los bordes entre ambos mundos se encontrarían Perséfone y Afrodita, que me vigilaban.

No debía olvidar aquello. Debía capturarlo todo, por si había desaparecido por la mañana, ahora que lo tenía tan claro. Busqué las piezas de cerámica rota que guardaba para tal fin, y a la débil luz de una lámpara de aceite casi apagada tracé el diseño, el diseño que uniría todas las piezas rotas de Helena y las convertiría en una sola.

La luz del sol y un leve toque en el hombro me despertaron. Paris estaba de pie junto a mí. Era la primera hora de la mañana.

—Estoy aquí —dijo. No dijo: «No te preocupes», o «Aparta todo eso de tu mente». Me conocía tan bien que sabía que eso sería imposible.

XLVII

Durante los días siguientes, todo estuvo tranquilo. Los griegos desaparecieron detrás de sus barcos en fila, donde nuestros espías nos informaron de que estaban construyendo un muro defensivo, y habría sido muy fácil fingir que no estaban allí. Pero los días de fingimiento habían terminado.

Príamo convocó muchas asambleas y dejó que todo el mundo hablase libremente. Se alzaron una o dos voces cuestionando lo que sabían los griegos. ¿Cómo se habían enterado del destacamento que iba a Dárdanos? ¿Cómo conocían los puntos débiles del muro occidental? Tenía que haber penetrado algún espía.

Príamo dirigió a los trabajadores a reforzar el muro occidental de inmediato. Se nos había ahorrado un espantoso destino que habría podido deberse a nuestro anterior descuido.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que la arena caliente había funcionado muy bien, de una manera impresionante, y que los arqueros de las torres habían cobrado muchas presas entre los enemigos. Gelanor informaba de que su trabajo con las bombas de insectos proseguía bien. Esperaba tener contenedores de arcilla y paja llenos de abejas, avispas, escorpiones y hormigas dispuestas a martirizar al adversario bien pronto.

Aquiles había hecho una aparición terrorífica, entrando en el campo con furia. Su velocidad era realmente sorprendente: parecía correr casi sin tocar la tierra, rozándola tan sólo, como si la desdeñara. Pero Héctor señaló que es fácil atribuir características sobrenaturales a alguien que se comporta de manera impredecible. La verdad era que después de unos pocos encuentros, hasta lo supuestamente impredecible se convierte en algo conocido. Aquiles era rápido, eso ya lo sabíamos. No podía sorprendernos ya con esa cualidad.

El consejo de Príamo divergía en el consejo acerca de preparativos futuros. Todo el mundo estaba de acuerdo en que nos habíamos comportado bien en nuestro primer encuentro, pero la prueba auténtica todavía estaba por llegar. ¿En qué momento debíamos enviar a buscar a los aliados? Ahora nos veíamos sobrepasados en número por los griegos, pero los aliados casi igualarían las cosas. Sin embargo, enviar a buscarlos requería alimentarlos y albergarlos, lo que aumentaría mucho el número de refugiados en el interior de nuestras murallas. ¿Estaríamos preparados para ello?

Los hijos de Príamo empezaron a pelearse entre sí. Héctor estaba decidido a ir combatiendo cada batalla a medida que se presentaba, pero no antes de su momento.

Deífobo quería dirigir un ataque contra los griegos antes de que acabasen de construir su muro defensivo: llevar la batalla hasta ellos. Heleno aconsejaba precaución, responder sólo a provocaciones directas y quizá negociar antes de eso. El joven Troilo estaba ansioso por unirse a la lucha, aunque Príamo se lo había prohibido. Era demasiado joven, decía su padre. Era la alegría de la ancianidad de su madre. Y había que protegerle porque..., por una profecía sobre él que Príamo mantenía en secreto. Troilo, de pie en la asamblea un día, desafió a su padre a que revelase la profecía que parecía impedirle participar en la guerra. Príamo se negó. Dijo que nuestros enemigos ya sabían demasiado, y en cuanto a él, conservaría la profecía oculta, junto a su corazón. Troilo había declarado que aquello era inaceptable. Inaceptable o no, replicó su padre, así debía ser.

Bajo la débil media luz de nuestro mégaron, en la época del año en que encender el fuego habría representado que la habitación estuviese tan caliente que tuviéramos que salir, nos reuníamos en torno a su hogar apagado. Yo había pedido unos pebeteros con incienso para que nos dieran la sensación de proximidad sin calor, y había colocado flores del prado en unos jarrones en las cuatro esquinas del enorme hogar, junto a cada una de las columnas. Paris languidecía en su asiento; la ociosidad le estaba matando. Tenía que poder salir y entrar, luchase o no luchase. Troilo estaba echado a sus pies.

—Me gustaría ser tú —dijo, apartándose el pelo largo y liso de la frente—. Naciste justo antes que yo, pero eres libre.

Paris se echó a reír.

—El lamento del más joven —dijo—. Nadie quiere ser el más joven, pero al final, el más joven es el que más ventajas tiene.

—No veo cómo podría ser eso —murmuró Troilo—. No hay nada envidiable en ser el más joven. Siempre vas el último.

—O el primero. Los jóvenes siempre tienen un lugar especial.

—Bah. —Troilo dejó su copa de vino—. No hay nada especial en el mío.

—Yo soy la más joven —dije yo—. Siempre me gustó serlo. Podía observar a mis hermanos y a mi hermana y tomar un rumbo distinto. En cierto sentido, ellos se probaban distintas ropas ante mí, y así yo averiguaba cuál iba mejor.

—Ninguna de sus ropas o de sus vidas te habría ido mejor —dijo Troilo—. No es una buena prueba.

—Troilo —dijo Paris—, debes mantenerte a salvo aquí. ¿Por qué ponerte en peligro por causa de mis... acciones? —¿Había estado a punto de decir «locuras»?

—Tus acciones ahora te sobrepasan. Nos implican a todos.

Descendió un pesado silencio. Troilo tenía razón.

Hillo entró en el mégaron. Nos saludó; iba y venía por allí muy alegre, a pesar del hecho de que su padre era odiado y sus parientes parecían verle como un mal presagio. Se unió a nosotros junto a las cenizas muertas del hogar; en realidad, empezó a formar dibujos en ellas con un palo.

—¿Conoces la profecía sobre mí? —Troilo miró a Paris, suplicante.

—Sí —le contestó Paris.

—¿Y me la revelarás?

—No. Es horrorosa y te apenaría mucho.

—Nada me puede entristecer más que tener que ir por ahí dando tumbos a ciegas bajo la red de una profecía que no conozco, pero que otros conocen demasiado. ¿No es un insulto para mí? ¿Por qué otros pueden conocerla y yo, que soy su objetivo, no?

—A menudo si alguien conoce una profecía, por un motivo que ignoro, acaba cumpliéndola —dijo Paris.

—¡Déjame liberarme de ella! —gritó Troilo, que dio un salto—. Prometo evitarla, pero antes tengo que saberla... —Su rostro pecoso se iba poniendo rojo por la emoción.

—Muy bien —dijo Paris—. La profecía es que si Troilo llega a la edad de veinte años, Troya no caerá nunca.

Troilo sonrió.

—¡Ah! Sólo tengo catorce. Así que debería evitar unirme a la lucha durante otros seis años.

—Sí —dijo Paris—. ¿Es pedir demasiado?

—Pero ¡yo quiero luchar! ¿Debo esperar seis años?

—Si no quieres ser la causa de la caída de tu ciudad, sí —dijo Paris.

—¡Eso no es justo! —se quejó—. Ni siquiera soy soldado todavía. ¿Por qué tiene que descansar sobre mí el destino de la ciudad?

—No hay motivo. —No pude resistirme a decirle, como presa del capricho y las vacilaciones de los dioses—. Los dioses no tienen motivo alguno para aplicarnos sus horribles exigencias.

Troilo se apoyó en los codos, echándose fuera del hogar. Sus piernas eran ya muy largas, y todavía seguía creciendo. Acabaría convirtiéndose en el más alto de todos los hijos de Príamo.

—Solíamos domar juntos los caballos —le dijo a Paris—. Ahora, ni siquiera es seguro salir a cabalgar por la llanura —se lamentó—. Lo único que puedo hacer es llevar a los caballos para que hagan un poco de ejercicio junto al abrevadero. Nada de

andar por ahí. ¡Odio esta vida!

—No digas eso —dijo Paris—. Es malo decir eso. —Hizo una pausa, luego se inclinó y alborotó el pelo de Troilo—. Troilo, ten paciencia. Esta guerra no durará mucho. Como otros han dicho ya, los griegos se cansarán de la campaña junto a nuestra costa y se irán a casa para el invierno. Sus intentos de asedio son patéticos; todavía podemos salir y entrar por el lado del monte Ida. No está tan mal.

Troilo suspiró.

—Supongo que no, pero ¡aun así lo odio!

Sus palabras eran tan habituales en los jóvenes que no pude evitar echarme a reír. Todos dicen que odian la vida que llevan, cuando en realidad lo que quieren decir es que no pueden esperar a salir de la cámara cerrada de la niñez para ingresar la arena de la edad adulta.

Cuando Troilo se fue (como hijo menor, vivía en el palacio de sus padres y todavía no tenía sus propios aposentos), dejé mi vino y abracé por detrás a Paris, que estaba sentado en su silla. Sólo era tres años mayor que Troilo, pero parecía un ser totalmente distinto. Quizá se debiese a sus responsabilidades como pastor mucho antes de llegar a palacio, cuando tenía que defender sus rebaños con la vida. Quizá se debiese a su gracia al perdonar a su padre y a su madre por expulsarle. Fuera lo que fuese, el caso es que era un hombre, a pesar de sus diecisiete años. Y más hombre que Aquiles, a pesar de sus abultados músculos y su armadura especial, aunque eran de la misma edad, más o menos.

Le cogí la cabeza y le di la vuelta lentamente para que su rostro se enfrentara al mío. Mi amor por él no tenía límites. Él era el auténtico tesoro de Troya. Debía suceder a Príamo como rey. De todos los hijos de Príamo, era el único que se había enfrentado a la adversidad realmente. Yo sabía que era la voz del amor la que hablaba en mi corazón, pero no me importaba.

—Paris, queridísimo mío —murmuré, cogiendo su rostro entre mis manos.

Él se rio nerviosamente, mirando a Hillo, tan silencioso que apenas se notaba que estaba allí.

—Debo decir buenas noches —dijo Hillo, levantándose de un salto, violento. Rápidamente salió de la sala haciendo una reverencia antes de irse, y tropezó en el umbral.

—Adiós —dijo Paris, haciendo una seña hacia él. Se echó a reír—. Y ahora nuestro observador se ha retirado —dijo—. Es tan silencioso que se olvida uno de él.

Sus palabras despertaron en mí un pensamiento, pero todavía sin formar.

—Quizás ése sea el objetivo —contesté. Estaba incómoda en su presencia, aunque

parecía inofensivo. Tal vez no me gustara que hubiese personas innecesarias rondando por ahí.

—Es un muchacho triste —dijo Paris—. Le insultan sin parar a causa de su padre, pero sus actos no son culpa suya.

Me di la vuelta y me senté en su regazo.

—¿Sabes cuál es tu rasgo más noble? —le pregunté, y besé sus mejillas, primero una, luego la otra—. Tus sentimientos por los demás.

Él se echó a reír.

—No es una de las virtudes más renombradas de un guerrero.

—No hablo de las virtudes del guerrero, sino del hombre.

A salvo en nuestra encantadora habitación, nos aferramos el uno al otro. No era cuestión de decidir a qué dormitorio dirigirse. Desafiando a las costumbres, sólo teníamos uno, el de los dos. A diferencia de otros palacios troyanos no había dormitorio del príncipe y de la princesa, sino un solo refugio para los amantes. Los constructores habían accedido a nuestra extraña petición, y nunca lo habíamos lamentado.

—Amor mío, tenemos todas esas habitaciones de sobra, nunca las usaremos —dijo Paris—. ¡Qué derroche tan innecesario!

—No puedo soportar estar lejos de ti —susurré a su oído.

Era cierto. Paris iluminaba mi mundo, daba luz a los rincones de mí misma que se hallaban en las sombras.

—Ni yo de ti —murmuró él—. Y no tenemos por qué separarnos nunca.

Y pensar que de haber escuchado a la razón podía haber estado aún en Esparta, y no allí..., sin poder llegar hasta él ni tocarle, sin poder oír su voz, sin poder ver aquellos maravillosos ojos, tan jóvenes, brillantes y llenos de alegría.

—Paris —murmuré—. Que se desvanezcan.

—¿Quiénes? —preguntaba él, con sus labios sobre los míos.

—Todos nuestros enemigos —le contesté.

—Entonces, todo el mundo —dijo—. Pero no me importa. Todos están equivocados o celosos, son unos entrometidos o unos estúpidos. Nuestro amor vivirá mucho tiempo después de que se hayan convertido en polvo.

Le abracé. Por eso le amaba. Era tan exultante, disfrutaba tanto del momento. Y el momento era lo único que nosotros teníamos, que todos tienen; una sucesión de momentos, una marcha triunfal de ellos, crea una vida incomparable.

Troya permanecía tranquila. Los griegos, al parecer, se habían desvanecido después de aquel primer encontronazo. Me seducía pensar que estaban reabasteciendo

sus barcos para partir, que el peligro había pasado. Los troyanos todavía custodiaban sus murallas, y el reforzamiento del muro occidental seguía adelante.

En el interior de las murallas, en el calor del verano, nos íbamos cuajando como la leche que se guarda demasiado tiempo. En las casas sofocantes se iban incubando las peleas, y acababan por explotar en las calles trifulcas personales que no tenían nada que ver con los griegos. La gente que lleva demasiado tiempo en compañía unos de otros, a menos que sean amantes, pronto lo encuentra insoportable. Los únicos que estaban a gusto en aquella tranquilidad eran los viejos consejeros, que iban arrastrando los pies por las calles cada día hasta la cámara del consejo de Príamo, fortalecidos por un punto muerto que les permitía jugar a la guerra. Cuando no hay acción, todos los hombres son guerreros.

Llega un día cada verano que susurra la perfección, que dice: «Recuérdame», y lo haces cuando llega el invierno. El cielo es de un azul casi doloroso, el viento amable, el calor omnipresente, adormecedor. Tales días uno se apoya en el alféizar de la ventana y se rinde al sol que le da en la cara, con los ojos cerrados. A veces, ese día llega al principio de la temporada, a veces justo al final. Aquel día en Troya nos visitó justo cuando las ancianas empezaban ya a hablar de otoño.

Había enseñado a varias mujeres mi telar, así como el diseño que iba surgiendo. Evadne se deslizaba entre nosotras y nos enseñaba diversas cualidades de las lanas: que una era gruesa y tiesa, y se usaba para representar mejor el agua o la hierba, otra muy fina, para formar el cabello o unos dedos muy esbeltos. Allí estaba Andrómaca y las hermanas Laódice e Ilona. Polixena no estaba: cercana a Troilo en edad, se hacían compañía entre sí gran parte del tiempo, aunque últimamente Hillo se unía a ellos mucho más de lo que les hubiera gustado. Aun así no querían herir sus sentimientos, de modo que a menudo le incluían.

A Casandra no le gustaba tejer, ni los asuntos de mujeres, y yo no esperaba encontrarla allí, pero sí echaba de menos a la pequeña Polixena, especialmente desde que me ayudó a elegir la lana escarlata. Me preguntaba dónde estaría, pero con un día tan hermoso, naturalmente, estaría fuera de la muralla.

Nos encontrábamos junto a la ventana, abandonando los telares. Nosotras también podíamos salir fuera de las puertas, o al menos a las calles de Troya. Yo ansiaba pasear una vez más por el campo, pero eso tenía que esperar. Debajo de nosotros se encontraba la ciudad, de color beis, tranquila bajo la luz del mediodía.

—Señoras, salgamos al camino más elevado, el que rodea el templo, y disfrutemos de este viento tan agradable —sugerí—. En un día así...

Un grito penetrante, que al parecer procedía de uno de los patios, desgarró la

calma. Sonaba como si alguien hubiese quedado empalado, como si una estaca le hubiese atravesado todo el cuerpo. Se elevó hasta formar un chillido; luego se convirtió en un gimoteo y se extinguió, como si el aliento hubiese desaparecido en un jadeo final.

¡Un accidente horrible! Algún niño había caído sobre la lanza de su padre, o se había caído desde un tejado y se había estrellado en un escalón de piedra. Entonces, otro grito. Era la madre, que chillaba más fuerte aún en el silencio que rodeaba a su niño. Cogí el brazo de Andrómaca, como si aquello pudiese deshacer lo que había ocurrido.

Sin una sola palabra, todas corrimos a la escalera. Los chillidos seguían; más voces se unieron a la primera. Fuera, miramos a nuestro alrededor en las calles vacías, ya que la gente normalmente estaba dentro al mediodía. Ahora que ya estábamos al nivel de la calle, las voces parecían proceder de la parte baja de la ciudad, junto a la puerta este. Corrimos hacia allí, pasando por las calles laterales y entre la gente curiosa que ahora ya corría para ver qué había ocurrido.

—¡Aquí, es aquí! —dijo Laódice, que dobló una esquina, donde la calle se dirigía abajo, hacia la puerta del este.

El sonido se había convertido en un rugido. Dimos la vuelta a la última casa que nos separaba del espacio abierto en torno a la puerta y vimos a Hécuba chillando con las manos en la cara, arrodillada junto a un cuerpo quieto, con la espalda redondeada sacudida por los sollozos. Hillo estaba de pie junto a ella con la cara blanca. Mientras nos acercábamos, la multitud también gritó y un enorme lamento llenó el aire. Aparecieron Paris y Héctor, apartando a la gente de su camino para llegar hasta su madre. Vi que Héctor se agachaba y miraba, y luego rápidamente abrazaba a Hécuba e intentaba apartarle el rostro. Paris cogió a Polixena e intentó consolarla.

Príamo apareció separando a la multitud, corriendo los últimos pasos. Su profundo dolor y su ira se mostraron en el rugido con el que recibió al cuerpo caído. Al caer de rodillas, atisbamos un rostro, el de Troilo, vuelto hacia el cielo; su cabello rubio brillaba como el oro bajo el sol.

Corrí hacia él, cerrando los ojos y volviéndolos a abrir y esperando cada vez que cuando volviera a abrirlos aquella visión habría desaparecido, y Troilo se movería. Pero no se movió. Tenía los brazos caídos a sus costados, y Paris, llorando, le estiraba las piernas y se las colocaba rectas. Le cogió los pies y los besó; luego, como si fuera un precioso fardo, los abrazó y se echó sobre ellos, como si pudiera calentarlos y devolverlos a la vida.

Una mancha roja y oscura cubría la parte delantera de su túnica. Había recibido un

lanzazo o una puñalada. No era un accidente.

Polixena sollozaba y luchaba por respirar, y pronunciaba unas palabras: «Él lo hizo, estaba esperando...».

Laódice la abrazó.

—Calma, calma —murmuraba—. Respira despacio. Despacio. Así, así.

—¿Quién lo ha hecho? —La voz de Héctor era tan fría como las aguas de la Estigia.

—Ha sido ese hombre, ese griego... —dijo Hillo, temblando—. Habíamos ido al abrevadero a abrevar los caballos y...

—¿Los tres? —aulló Héctor—. ¿Troilo se había llevado a su hermana? ¡Creía que habíamos prohibido ir incluso a Troilo!

La voz de Polixena se alzó, débil.

—Yo quería ir... He hecho que..., que me llevase. Estaba muy cansada de quedarme dentro de la muralla.

—Has desobedecido. —Hécuba apenas podía articular las palabras, con tanta fuerza temblaba—. Los dos. Sabíais que no teníais que salir fuera. Y ahora... —Cayó de rodillas y se echó encima de Troilo, y cubrió su pecho ensangrentado.

—¿De qué hombre hablabais? —preguntó Héctor—. ¿En el abrevadero?

—Ése tan salvaje. Nos estaba esperando escondido en un lado del abrevadero. Yo llenaba una jarra de agua y Troilo estaba dirigiendo los caballos al abrevadero cuando él... ha saltado encima de nosotros. Saltaba como una pantera. Troilo ha dejado caer las riendas de los caballos y ha echado a correr, pero entonces él le ha cogido y... —Volvió a estallar en lágrimas, sacudiendo la cabeza.

—¿Ese hombre? ¿Ese hombre salvaje? —Héctor miró a su alrededor—. ¿Es que nadie sabe su nombre? ¿O lo sabéis y no os atrevéis a decirlo?

¡Ah! ¿Sería Menelao?

—Ha sido Aquiles —susurró Hillo, que se dejó caer de rodillas; temblando, limpió tiernamente la frente de su amigo asesinado.

El perfecto día de verano miró desde arriba el sacrificio del joven que amaba los caballos y las praderas y al que se le habían arrebatado todos los veranos que vendrían después, e incluso el resto de aquel día.

Las calles de Troya estaban silenciosas al amanecer cuando andábamos detrás de la litera que llevaba el cuerpo de Troilo a la pira funeraria. Se celebrarían los ritos acostumbrados en el exterior de las murallas, y ay del griego que se atreviera a interrumpirlos.

—Los mataremos a todos, hasta al último hombre —dijo Héctor con su profunda

voz tan baja que sonaba como el traqueteo de los carros sobre las piedras.

Un contingente entero de hombres armados nos acompañaba, protegiéndonos por todos lados. Ya habían protegido la preparación de la gran pira funeraria, en la que se usó parte de la madera preciosa que guardábamos para el invierno, y mientras nos aproximábamos, la vi alzándose hacia el cielo. Qué montículo más alto para un joven tan ligero.

Con toda solemnidad, le sacaron delicadamente de la litera y le colocaron en la alta plataforma que le esperaba en la cima. Le doblaron los brazos en el pecho y le arreglaron la ropa. Vi sus pobres pies blancos, aquellos pies que fueron los primeros en recorrer las calles de Troya para saludar a Paris a su regreso, sobresaliendo muy tiesos de la plataforma, que era demasiado corta para él.

Habían pasado dos días de su muerte. Estuvo tendido en un lecho ceremonial, rodeado por dolientes rituales que entonaron cantos fúnebres desde el primer día. Aquellos cantores formaron una procesión que acompañó a la litera hasta la pira, pero luego se dispersaron, una vez realizada su tarea. El auténtico duelo lo celebrarían aquellos que le amaban, y no seguiría ningún ritual, sino que iría y vendría, en oleadas.

Se sacrificó a la oveja y a los perros en la pira, y sus cuerpos se colocaron en torno a la base, y se vertió fuera su sangre. Luego se pasó una cesta entre nosotros y allí colocamos mechones de pelo que nos habíamos cortado antes, para que los colocaran también en la pira. Jarras llenas de miel y de aceite se dispusieron en torno a la pira. Yo misma había llevado algo para añadirlo a la pira, para que se consumiera como ofrenda y como penitencia.

Príamo, circunspecto, se acercó a la pira. Se apartó la capucha; el sol que se estaba poniendo iluminó su rostro. Estaba tan arrugado, y el de Troilo era tan liso... La muerte es codiciosa y sólo quiere consumir a los más bellos.

—Apelo a los dioses para que venguen esta cruel muerte —dijo—. Ruego al señor y a la señora del averno que le reciban con amabilidad. Sed amables con él. Él no..., no está acostumbrado a la oscuridad. —Su voz se rompió, y se apartó rápidamente, tomó la antorcha ardiente y la introdujo en la madera, para iniciar así el fuego.

Hécuba le cogió la mano entonces y le apartó, y juntos, abrazados, contemplaron las llamas que iban prendiendo y la madera que crujía. El fuego ardió con rapidez, alto y caliente. Se superpuso al sol y lo emborronó.

—Ahora su alma ya está liberada —dijo Paris—. Es libre de su cuerpo. —Lloraba—. Pero ¡no tenía deseo alguno de ser liberada! ¡Era feliz donde se encontraba!

La pira ardió toda la noche. Por la mañana fuimos y apagamos los restos de fuego

en rescoldo con vino. Entonces, cuando se enfriaran las cenizas, se recogerían los huesos y se colocarían en una urna, que sería enterrada en la tumba consagrada. En tiempos normales se habrían celebrado unos juegos funerarios en su honor. Pero aquéllos no eran tiempos normales.

Cuando volvíamos a la ciudad, vi manchas rojas en la parte delantera de mi corpiño, unas gotas que resplandecían, húmedas. Toqué una y mi dedo quedó manchado con algo que parecía sangre. Lo probé y tenía un gusto salado y metálico, como la sangre. ¿Me había cortado acaso? Entonces recordé: ¡el broche! Me había puesto aquella odiosa piedra que Menelao me regaló, con la intención de arrojarla a la pira funeraria de Troilo para librarme de ella y como símbolo de que repudiaba a los griegos y sus actos. Pero dominada por la pena por Troilo, me había olvidado, y todavía lo llevaba.

Lo toqué, esperando encontrar algún borde afilado con el que hubiera podido pincharme. No había nada, pero estaba resbaladizo con la sangre. La sangre (aunque era imposible) parecía rezumar de la propia piedra.

Tras volver al palacio y separarme de los demás, rápidamente me dirigí a mis habitaciones y me quité aquel vestido. Evadne sabría cómo quitar las manchas en la lana blanca. Evadne sabía esas cosas. Ya se lo preguntaría. Mientras sujetaba el vestido para examinarlo, no veía las manchas. Le di vueltas a un lado y otro, del derecho y del revés. Habían desaparecido y el vestido estaba tan blanco como si estuviera nuevo.

¿Cómo podían haberse esfumado de aquella manera? Yo había notado las manchas húmedas, incluso había probado su sabor. El broche estaba húmedo...

¡Ese maldito broche! Paris tenía razón: era maligno. Menelao me lo había dado con algún propósito maligno.

Mientras alisaba el vestido y lo examinaba, asombrada, Evadne entró.

—Ese broche... He sido tan idiota que me lo he puesto. No tenía que haberlo tocado. Pero quería que lo consumieran las llamas, destruirlo...

Ella me cogió las manos y las sujetó en las suyas, apartándolas del vestido que aún seguía acariciando.

—¿O destruir a Menelao? —me preguntó—. ¿Destruirle en tu mente, expulsarle, sacarle fuera?

—Él no está en mi mente...

—Pero sí en tu pasado.

—¡Sí, claro, eso ya lo sé!

¿Qué quería decirme?

—Y en tu presente.

—Sí, está en Troya, es verdad. —Sus palabras no parecían tener sentido alguno—. Y éste es el presente. Pero él no está en «mi» presente, no en mi mente.

—Está en tu futuro.

—No, eso es imposible.

—Está escrito. Y yo lo veo. Y el broche lo ve.

Coloqué el broche en su mano, apretándolo en ella.

—Nada está escrito, a menos que lo escriba yo —dije—. Llévate esa cosa horrible, métela en su caja.

Pero al no ordenar que lo destruyera, ¿acaso no confirmaba sus palabras?

Se celebraba un banquete por Troilo, su banquete funerario. Sus huesos habían sido recogidos y colocados en la urna; los habían conducido, en otra solemne procesión a través de las calles de Troya, hacia su tumba, construida a toda prisa. Ahora su espíritu presidiría como huésped el festín del tercer día después de su muerte, como decretaba la costumbre troyana.

Como era demasiado joven para tener sus propias habitaciones, el banquete debía celebrarse en el palacio de su padre, cosa que en sí misma ya representaba una gran pena: no había crecido lo suficiente para dejar la casa de su madre y su padre.

A medida que entrábamos en la gran sala debíamos ser purificados primero. Teano, la sacerdotisa de Atenea, vertía agua sagrada en nuestras manos y limpiaba así la contaminación inherente al funeral. Luego debíamos coger unas guirnaldas de flores. Había una cesta llena colocada junto a la puerta. Paris y yo nos inclinamos a cogerlas. Las hojas y hermosas flores veraniegas de los prados, recogidas con gran peligro en el exterior de los muros, parecían un tributo adecuado para el chico que había perdido la vida en aquellas mismas praderas.

Príamo estaba esperando para recibirnos. El fuego estaba apagado en el hogar, pero el solemne perfume de mirra, el perfume de los muertos, llenaba el aire. A su lado, Hécuba permanecía en pie, rígida, tan carente de vida como la estatua de Palas Atenea en el templo.

Todos sus hijos acudieron al festín. También vinieron los troyanos de alto rango. Príamo les hizo señas a todos para que se acomodasen en la larga mesa, donde se sentarían de acuerdo con su rango. Era una mesa de madera basta, o más bien varias mesas juntas, ya que no existía una sola mesa que pudiera acoger a tanta gente. Él no se situó en el lugar de honor, sino más bien a un lado.

—He llamado a nuestro hijo Troilo para que nos acompañe —dijo Príamo. Su voz, normalmente recia, sonaba débil—. Hijo, ven desde los campos de asfódelos, ven

desde las sombras del Hades, en las que todavía no te has adentrado demasiado. Te esperamos. —Indicó la silla vacía, en el lugar de honor.

Una presencia honda y pesada llenó la habitación. Príamo cerró los ojos. Cuando los abrió, apretó nuestras manos y dijo:

—Mi querida familia, mis troyanos más estimados... Yo, Troilo, os ruego que os sentéis como invitados míos.

En silencio ocupamos nuestros lugares. Unos esclavos traían bandejas de cabrito recién asado. Otros seguían con vino y jarras de agua para aclararlo. Trajeron el plato funeral que contenía frutos, nueces y raíz de asfódelo asada. Más tarde lo llevaríamos a la tumba.

Lentamente, la gente empezó a hablar, aunque con cautela.

—La memoria de Troilo vivirá para siempre —dijo Antenor, a unos lugares de distancia de donde yo me encontraba. Su voz resultaba tranquilizadora.

—Troilo habría crecido hasta convertirse en un gran guerrero como Héctor —dijo Pantoo, el nervioso consejero que sabía más de la ingeniería de las puertas que de ningún otro tema.

—Troilo no tenía parangón —dijo Antímaco, sonriendo. Levantó su copa hacia él.

—¡A la gloria de Troilo! —gritó Deífobo, que agitó el brazo y bebió una copa de vino... que, resultaba demasiado obvio, no era la primera.

—No debemos hablar mal de él —me dijo Paris—. Está presente aquí, y por tanto sólo podemos alabarle. —De repente, se puso en pie y miró hacia la mesa, a un lado y otro—. Habláis del futuro de Troilo, de lo que habría sido. Pero yo digo que no es necesario. Era perfecto tal y como era. Mi hermano menor. Yo le amaba —dijo, y volvió a sentarse; las lágrimas inundaron sus ojos.

—Dices la verdad. —La aguda y característica voz de Hécuba—. No hay necesidad de invocar lo que podría haber sido. Si los dioses lo hubiesen permitido, nos habríamos contentado con tenerle para siempre tal y como era: un muchacho acariciado por el sol y la amabilidad.

Pero los dioses no lo habían permitido, me grité a mí misma. Nunca lo hacen.

Trajeron el último plato, higos y granada, una ofrenda preciosa de nuestras limitadas reservas.

Príamo se puso en pie de nuevo, alzando su copa.

—Las granadas son sagradas para vosotros, oh, temidos señores de los reinos de la muerte. Os ofrecemos este sacrificio de nuestra mismísima sustancia, que no puede ser reemplazado fácilmente.

Todos compartimos el plato, y el dulzor de los higos amortiguó el gusto

astriigente de las granadas.

Príamo tomó un pequeño brasero y fue andando lentamente en torno a la gran mesa.

—Troilo, las lágrimas me ciegan, y me resisto a dejar que nos abandones. Yo te mantendría aquí para siempre. Pero eso sería muy cruel. Debemos liberarte para que vayas a tu nuevo hogar, el hogar donde nos reuniremos contigo. Iremos a ti, pero tú no volverás a nosotros. Y por tanto debemos renunciar a ti en favor de los dioses del mundo inferior. Adiós, mi querido hijo. —Se secó los ojos con el brazo doblado y dejó el brasero.

Todavía en silencio, seguimos a Príamo y a Hécuba al exterior del palacio, a la calle, donde llevaron unas ofrendas a Troilo. Las antorchas iluminaban nuestro camino, y yo no podía ver a Príamo colocando los tributos en la tumba debido al gentío que se amontonaba a su alrededor.

Una vez concluida la ceremonia, Héctor se dirigió de pronto a la comitiva.

—Os doy la bienvenida a mi hogar —dijo—. Todo está preparado. Deseo que nos reunamos para honrar aún más a mi hermano perdido.

Ya sin la sombra de Troilo entre nosotros, corrimos hacia el palacio de Héctor. Las antorchas ardían, los sirvientes esperaban para proporcionarnos alguna comida más sustanciosa, y el vino fluyó sin cortapisas. Nos quitamos las guirnaldas funerarias y las dejamos en una cesta ya dispuesta.

La vida inundó las habitaciones de Héctor, y reemplazó la muerte que caminaba por las de Príamo. «Todavía estamos aquí —se decía la comitiva—. Estamos aquí para defender Troya, para destruir a nuestros enemigos. Debemos hacer lo que se requiera de nosotros, pero tenemos que vencer. No podemos fallar. Luchamos para proteger nuestras propias vidas, nuestra supervivencia, en realidad, nuestra mera existencia». Lo que no decía el coro era lo siguiente: «Nunca hemos tenido que defendernos a nosotros mismos, nunca de este modo. ¿Podremos hacerlo de verdad? ¿Seremos capaces?».

XLVIII

Héctor se había preparado para la ceremonia: como heredero y hermano mayor de Troilo, era su obligación. Su palacio era como él mismo: tradicional y fuerte. Antes de que construyéramos el nuestro, era el mejor de la ciudadela. Y seguía considerándose de muy buen gusto.

—Los gustos cambian —había comentado Héctor, diplomático, al contemplar el nuestro.

Andrómaca me dijo en privado que le gustaba, y que ojalá ellos tuvieran uno o dos aposentos sin los sombríos guerreros decorativos marchando por las paredes. Ahora nos hacía señas para que entráramos en el mégaron, un mégaron como cualquier otro en el que hubiera estado antes.

«Mostradme a la esposa de un hombre, el carro de un hombre y la casa de un hombre, y podré deciros todo sobre él», afirmó en una ocasión Gelanor. Entonces yo miraba a Andrómaca y al mégaron y pensaba: «Sí, son un reflejo de Héctor: convencionales, pero siempre de buen gusto». A Héctor nunca le avergonzaría el comportamiento de su esposa, ya que no elegiría una esposa capaz de comportarse de ese modo.

—Nos reunimos aquí en recuerdo de nuestro querido Troilo —empezó Héctor, levantando las manos—. Un banquete funerario exige alimentos especiales y rituales tradicionales, que ya hemos realizado debidamente. Ahora nos reunimos para consolarnos los unos a los otros en nuestra pérdida, de la manera que más nos satisface. —Señaló a los esclavos que traían copas, vino y comida—. Estarán en la mesa para que los compartamos como deseemos.

Todo el mundo se dirigió hacia la mesa, aunque era probable que ninguno de nosotros tuviera hambre.

Paris vio que Polixena se quedaba sola un instante y, cogiéndome de la mano, hizo que me acercara a ella. Estaba de pie, muy silenciosa, agarrando una copa, pero más por sujetar algo que porque deseara beber, y miraba a la concurrencia, inexpresiva.

—Polixena... —dijo Paris, que intentó abrazarla—. Has visto lo que nadie, y mucho menos tú, debería haber visto. Debería haber recaído sobre unos hombros más amplios y ancianos.

—Me alegre, en cierta manera terrible, de haber estado allí, aunque marcará mis recuerdos para siempre. —Hablaba tan bajo que a duras penas la oía, pero así me acercaba aún más a ella.

—Tenía que haber estado con él —se lamentó Paris—. Debería haber ocupado tu lugar.

Ella sonrió. Una curva muy leve se dibujó en sus labios.

—Pero ¿por qué tendrías que haberlo hecho? Troilo y yo éramos compañeros y pasábamos mucho tiempo juntos. Es natural que yo estuviera allí.

—Como tú digas —dijo Paris—. Pero me lamento por ello.

—¿Crees que si hubieras estado allí podrías haberlo evitado? —La dulce voz de Polixena se demoraba en las palabras—. Ya te lo he dicho, él estaba esperando a Troilo. Quería matarlo. Era una misión, no una casualidad. Por algún motivo sabía que estaría allí... —Su voz se fue apagando—. ¿Y con qué fin? —gritó de repente—. ¡Como si Troilo representara una amenaza para alguien!

Noté una presencia misteriosa junto a nosotros, como si la hubieran atraído nuestras voces. Era Heleno, el peculiar gemelo de Casandra. Tenía el mismo cabello rojo, la misma piel pálida, la misma mirada mortecina e implacable.

—He oído que hablabais de Troilo —intervino.

Aunque sin duda su voz pretendía sonar tranquilizadora y cautivadora, se asemejaba al sonido que hace una serpiente cuando se desliza sobre las rocas y los guijarros: seca, susurrante, amenazadora. ¿La adoptaba como parte de su papel de vidente?

—Es natural que hablemos de él —dijo Paris—. Esta reunión es en su honor, y acabamos de enterrar sus huesos.

—Pero he oído que preguntabas algo..., ¿o acaso me fallaban los oídos?, de por qué habría decidido matar Aquiles a Troilo. Hay —había— una profecía...

—¡No la menciones! —Paris dio un manotazo en el hombro a Heleno—. Ya ha terminado.

—Se ha cumplido —dijo Heleno con tristeza, y respiró hondo—. Por suerte hay otras. Todas deben cumplirse antes de que caiga Troya: Troya no caerá a no ser que el hijo de Aquiles se una a la expedición. Después de eso...

—Entonces una se ha cumplido —interrumpió Polixena.

Heleno frunció la boca.

—Sí, una. Pero todavía se interponen unas cuantas más entre nosotros y la derrota. Las flechas de Heracles, que guarda Filoctetes, deben usarse en contra de nosotros, pero Filoctetes se ha quedado en la isla de Lemnos debido a una mordedura de serpiente infectada..., gracias a los dioses. No es un peligro inmediato.

—Y los demás ¿qué? —preguntó Paris.

De repente, el parlanchín Heleno miró a su alrededor, alarmado.

—Quizá no debería decirlo. Confío en vosotros, pero ¿cómo supo Aquiles lo de Troilo y lo de la profecía? Era un asunto muy privado. Temo que tengamos un espía entre nosotros.

—Entonces susúrramelo al oído —pidió Paris.

Heleno se inclinó hacia él, se echó el cabello rojo lacio y sin vida hacia atrás y murmuró algo al oído de Paris. Vi que éste fruncía el ceño.

—Creo que esas cosas nunca llegarán a suceder —dijo. Sabía que luego podría preguntarle en privado cuáles eran.

La sala entera era un hervidero de voces en aquel momento, como un enjambre de abejas en un día cálido de verano. En algún lugar fuera de nuestras murallas, la gente aún podía yacer bajo un árbol y escuchar a las abejas de verdad. Me preguntaba si Eneas y su familia podrían. Había hecho bien en marcharse de Troya y volver a casa, a Dardania: todavía seguirían libres en su tierra.

Un grupo de consejeros y guerreros mayores estaban apiñados al final de la mesa, y Paris se dirigió hacia ellos, llevándome con él. Eran los antiguos mastines de guerra: Antímaco, Pandaro, Esaco y Pantoo. Vi que Antenor, como consejero de paz y de negociaciones, estaba en un rincón de la habitación, excluido..., ¿o se había excluido él mismo?

—¡Te digo que tenemos que aplastarlos donde estén, en ese mismo lugar! ¡Prender fuego a sus barcos! —gritaba Antímaco. No le preocupaba que hubiera espías—. Pronto habrá luna llena y tendremos luz abundante. ¡Digo que atacemos!

Dos grupos deseosos de que hubiese luna llena: los amantes y los soldados. La luz que todo lo ilumina podía servir para múltiples propósitos.

Pandaro puso reparos.

—¿Cuántos podríamos llevarnos en una misión de asalto? Es verdad, puede que tengamos éxito en varios ataques sorpresa y que prendamos fuego a algunos barcos, pero entonces estaríamos atrapados en su campamento.

Antímaco resopló.

—Pues envía un grupo que no espere volver, pero que consiga desbaratarles los planes antes de que los maten. —Ya había separado los pies adoptando una postura desafiante—. Un asalto a tiempo puede cambiarlo todo —añadió—. Reclutemos a un grupo de hombres valientes dispuestos a llevarlo a cabo. Puede que nos ahorren guerras posteriores.

—Nunca conseguirás persuadir a Príamo —objetó Esaco.

—Pues a Héctor —sugirió Antímaco—. Acerquémonos a él.

—Príamo sigue siendo el rey. Él es quien debe dirigir la estrategia.

—La estrategia no es el dominio de los ancianos. —Antímaco fulminó con la mirada a los rostros que lo rodeaban mientras flirteaba con la traición.

—Los ancianos tienen una clarividencia que puede que no tengamos nosotros —intervino Pandaro, que había apartado los labios del borde de la copa—, y eso debemos respetarlo.

Antímaco se encogió de hombros y añadió:

—Entonces quiero que recuerdes lo siguiente en los días venideros: Antímaco recomendó un ataque rápido y preventivo, para quebrar su voluntad y su espíritu. —Alzó sus amplias manos—. Cualquiera otra cosa significa dejar que el enemigo dicte las condiciones de la lucha. Le da ventaja. Sabéis que el asedio en la guerra resulta ruinoso. Nuestros vecinos de Oriente son expertos en ello. Usan ingenieros, zapadores, arietes. Es un asedio activo. Los griegos no poseen esos medios. Recurrirán a un asedio pasivo, nos rodearán hasta que nos veamos obligados a salir por el hambre. Su presencia ya ha alejado a las naves comerciales que navegaban por el Helesponto, y ha terminado con nuestra feria comercial. ¿Deseáis perecer de esa manera tan poco lucida? ¿Desvaneceros, derrotados por un ejército torpe que lo único que ha hecho es acampar en nuestro territorio? ¡Yo digo que los aplastemos! Y que los aplastemos ahora. Se volverán con el rabo entre las piernas y correrán a casa.

Hubo murmullos entre los hombres. Sus palabras eran sensatas. Lo cierto es que eran la esencia de la planificación estratégica inteligente. Pero el comandante supremo no era Antímaco, sino Héctor, y éste estaba a su vez sometido a Príamo, le recordó Paris.

—Héctor confía demasiado en la habilidad y en la valentía individual —protestó Antímaco—. Yo te digo que ésa no es la manera de ganar las guerras. Se trata de ser más listo que el enemigo, anticiparse y atacarlo, tanto si es justo como si no, en su debilidad, con la fuerza. Algunos dicen que eso no es glorioso. Pero yo digo: ¿dónde radica la gloria de luchar valientemente por una causa perdida? ¡Usad la cabeza, hombres, además de los brazos de las espadas!

Pantoo se acercó a él arrastrando los pies.

—He estado trabajando en unos mecanismos nuevos de disparo para nuestras puertas —le dijo a Antímaco—. Cuando el enemigo los pise, le caerá la arena caliente.

Antímaco se rio.

—Si el enemigo atraviesa las puertas, será un poco tarde. Primero tenemos que llegar a «sus» puertas. Pero gracias por tus esfuerzos, Pantoo.

A su manera torpe, Pantoo parecía perplejo.

—Pero es un plan innovador y astuto —protestó.

—¡Un plan para los tímidos, que se esconden tras sus muros! —exclamó Antímaco—. Eres como un carro con un par de bueyes torpes y entrenados, entrenados para permanecer en su viejo camino trillado. —Miró a su alrededor—. Lo cual resulta perdonable en una bestia torpe, que no piensa ni razona, pero en un rey, un pueblo... —Se volvió repentinamente. Sus duras palabras no ocultaban su profunda aflicción, su miedo.

Héctor se acercó justo cuando Antímaco se estaba marchando.

—¿Qué ocurre, mis buenos soldados? Oigo discrepancias.

Su sola presencia, su noble rostro, parecía contradecir las preocupaciones planteadas por Antímaco.

—¿Qué ocurre? —insistió.

—Nada, mi señor —respondió Pantoo, extendiendo las manos—. Tan sólo hablábamos del espantoso hecho de que los griegos hayan ahuyentado a los mercaderes que normalmente atestaban nuestras costas en esta época del año. —Se rio—. Una molestia menor, y el año que viene volverán muchos más.

Héctor sonrió y se apoyó en los talones; cruzó sus musculosos brazos.

—Esperemos que sí, Pantoo, esperemos que sí.

Agotados, Paris y yo nos arrastramos hasta el lecho, en casa. El día entero había estado tan lleno de dolor que me sentía como si me hubieran golpeado. Si mi cuerpo hubiese sido el que absorbía los golpes, en vez de mi corazón, habría quedado cubierta de magulladuras. Sea como fuere, el caso es que casi no me podía mover. Paris yacía boca arriba junto a mí y miraba hacia el techo.

—Ha terminado —acabé diciendo. Él no contestó—. El día se ha cerrado finalmente.

—Nunca se cerrará —intervino él—. Troilo siempre faltará en nuestras vidas. —Tenía una voz monótona y apagada.

—Quiero decir que..., que lo peor ya ha pasado. El funeral, y el banquete, donde él debía ser el anfitrión. He sentido que él estaba en la habitación, ¿acaso tú no?

—Sí. Estaba allí. Y yo quería arrancarlo del aire y obligarle a adoptar forma carnal otra vez. Helena..., yo lo he matado. No puedo soportar esa idea.

—Aquiles lo ha matado, Paris. No tú.

Los ojos de Paris estaban llenos de lágrimas.

—Troilo... Héctor me explicó que cuando Troilo era un bebé, uno de sus primeros recuerdos era el de Hécuba sujetándolo, mientras él alargaba la mano y le tiraba del pelo. —Sonrió a pesar de todo—. Ella le daba golpes en la manita. No soportaba que

le tocaran el pelo. Sigue sin soportarlo.

La imagen de Troilo como un bebé feliz y risueño era como una puñalada.

—Paris..., si tuviéramos un hijo, un niño, como Troilo... —Ahora yo suspiraba por ese hijo perdido.

—¿Estás loca? —Su voz leve se volvió ruda, y se incorporó—. ¿Para que pudieran matarlo también? ¿No hemos matado ya a suficiente gente? Te digo que yo he matado a Troilo. ¡Si no... hubiera hecho lo que he hecho, Aquiles no estaría aquí!

—Lo hemos hecho los dos —le corrigí—. No tú solo, sino los dos juntos. Y... —De repente me sentí desconsolada, atacada injustamente—. ¡Mi madre se suicidó! Y mis hermanos..., ¿quién sabe cómo murieron? ¡He tenido más pérdidas que tú! Y mi hija, la he perdido...

—Dijimos que estábamos dispuestos a pagar el precio.

—Pero ¡al parecer tú no lo estabas!

Ya estaba, ya lo había dicho. Él se conformaba con mis pérdidas, pero que Troilo hubiera sido sacrificado ya era una historia distinta.

—No creo que sepamos nunca cuánto cuesta algo hasta que nos enfrentamos a ello. Pero ahora, en este mundo que hemos creado, tener un hijo, la sola idea de tenerlo... —Meneó la cabeza—. ¡Oh, Helena, siento un dolor muy profundo!

—Lo sé. Igual que yo.

—Deberíamos morir nosotros, no los demás. Sería más fácil que muriera yo.

—Puede que lo hagamos —le dije, como si eso pudiera consolarlo.

XLIX

Mientras caminaba por las murallas con Gelanor, hablábamos de la muerte de Troilo y de la melancolía incesante de Paris. El carácter feliz de éste se había evaporado, como si sólo hubiera existido en compañía de Troilo. La verdad es que eran los únicos hijos de Príamo de risa generosa y sonrisa deslumbrante, y ahora Troilo se había llevado a Paris con él al mundo de los muertos. Incluso la voz de Paris había cambiado, de manera que cuando hablaba desde otra estancia no lo reconocía. Le dije a Gelanor que él estaba especialmente atormentado por la idea de que Troilo había muerto debido a la profecía. Gelanor me preguntó quién sabía de la profecía y yo respondí que muy pocos, no era algo de lo que se hablara habitualmente. Gelanor pensaba que la emboscada del destacamento a Dardania y el hecho evidente de que sabían cuál era el punto débil de nuestras murallas occidentales, así como la elección de Troilo como objetivo, indicaban unas intuiciones increíblemente acertadas..., demasiada suerte, de hecho. Él sospechaba que había espías. Pero ¿cómo habían penetrado en nuestros muros?

—¿Quién entra y sale libremente? ¿Quién es probable que esté presente cuando se discuten asuntos privados? ¿Hablaste de la profecía con Troilo en algún momento?

Traté de recordarlo.

—Príamo se negó a hablar de ella públicamente. En lo que respecta al destacamento a Dardania y a la debilidad de la muralla, mucha gente habrá sabido también esas cosas.

Nos volvimos para mirar por encima de las murallas: mirábamos hacia la ladera sur, donde la parte inferior de la ciudad se extendía bajo nosotros. Al sol de mediodía, la empalizada y la zanja apenas se veían, ya que no proyectaban sombras. A lo lejos nos saludaba el débil azul del monte Ida. El monte Ida. Enone. La saqué de mi mente.

—Hay que proteger a esta gente —dijo Gelanor—. No deben ser traicionados y asesinados por un espía... o por varios. Yo pensaba que era el mejor espía del mundo, y ahora veo que tengo un rival. Alguien del campamento griego me desafía. —Eché los hombros hacia atrás—. Jugamos por estas vidas. Y debemos ganar.

No deseaba volver al palacio, ni con Paris. En aquellos días permanecía dentro, entregado a bruñir su armadura, pulir su escudo y reparar sin cesar sus grebas. Me lo encontraba practicando con la espada, y una vez lo sorprendí tensando su enorme arco, con la cara marcada por el esfuerzo y el sudor. Pensaba en luchar, y todo lo demás había palidecido ante él. Levantaba la vista avergonzado, pero como no había

ningún lugar donde esconder la armadura o el arco tenía que quedarse allí en pie, mirándome desafiante. Yo cruzaba el pasillo en silencio y lo dejaba con sus ejercicios.

Podía evitarlo y buscar la habitación donde me esperaba el telar. El gran dibujo que estaba tejiendo me rodeaba; cuando empecé a pasar la lanzadera por la urdimbre en el dibujo que había diseñado, era como si yo misma hubiera entrado en la historia. Con mucho cuidado tejí la lana azul que representaba el Eurotas, haciendo que rodeara el tapiz entero, al igual que había rodeado mi propia vida de niña. Volví a ver los cisnes en él, y al gran cisne que había observado aquel día intenso con Clitemnestra.

Mi madre. Había empezado a dibujar su contorno, pero no había llegado más lejos. Un contorno: eso es todo lo que era para mí ahora. Y su contorno había temblado y luego se había desvanecido y había volado, por mi culpa, por mi huida.

Hermíone. Aún no había empezado a dibujar su imagen en el tapiz. ¿Debía mostrarla todavía como una niña, aún con las tortugas? Las tortugas que eligió en vez de a mí.

Pero no, no debía pensar en eso. «Te preguntó cuánto tiempo estarías fuera — recordé—, y no se lo dijiste. Pensó que volverías».

«No había pensado que llegaría a esto. Pero entonces no pensaba. Afrodita pensaba por mí. Ahora se ha retirado y me ha abandonado aquí. Con Paris, que se inquieta, llora y lamenta el papel que juega en todo esto». Pensaba muy poco en mí. No había nadie más para mí en aquel lugar. Gelanor, claro está, y Evadne, pero a ellos también los tendría en Esparta.

«Y tú —pensé, acariciando el telar—, el dibujo que se está formando. Tú me hablas, tú me consuelas». Y toqué los hilos de color púrpura con la frente.

Empecé a evitar a Paris. ¿O era él quien me evitaba? Nos cruzábamos en los pasillos del palacio, nos sonreíamos y murmurábamos excusas por tener que ir a ver al armero o al orfebre, u ocuparnos de Hécuba, o inspeccionar los caballos. Ahora entendía por qué eran tan útiles los aposentos separados para hombres y mujeres: de noche no podíamos prescindir el uno del otro, sino que debíamos aletear, como mariposas agotadas, en la misma habitación. Aun así, era posible pasar junto al otro sin decirle nada e incluso despertarse en la misma cama de espaldas al otro, uno mirando hacia el este y el otro hacia el oeste.

Aquello empezaba a recordarme mi vida con Menelao: la cortesía superficial, la conducta serena, la parte central de la cama fría e intacta. Aunque no era lo mismo.

Yo no había estado loca por Menelao, y la pasión estaba ausente desde el inicio. Ahora con Paris me sentía incómoda: su cambio de comportamiento hacía que me preocupara por afligirle. Cualquier mención descuidada del nombre de Troilo, cualquier tarareo accidental de una canción relacionada, en cualquier sentido, con Troilo, o un millar de cosas que poseían algún significado privado para Paris en relación con su hermano, lo sumergían en la desesperación... o en la ira. Me había puesto en la balanza, con Troilo en el otro platillo, y al parecer había días en los que yo pesaba menos que Troilo, en los que me habría intercambiado por él. De ahí las falsas sonrisas cuando nos cruzábamos en silencio.

No había ningún troyano a quien pudiera expresar mi infelicidad. Gelanor y Evadne eran los únicos a los que podía recurrir, que sabían lo que estaba ocurriendo sin que yo lo dijera, ya que habían venido conmigo, habían hecho el viaje conmigo hasta allí.

Evadne tenía habitaciones en mi palacio, y Gelanor había recibido una casita de Príamo a mitad de camino de la ciudad. A Príamo le gustaba saber que podía visitar a Gelanor para pedirle ideas cuando quisiera: últimamente yo había tenido que competir con el Rey por el tiempo de Gelanor.

Un día en el que Paris se mostró particularmente distante y hundido en la melancolía, Evadne y yo nos dirigimos a toda prisa a casa de Gelanor. Su casita estaba repleta de objetos que le habían llamado la atención y de los que se había prendado: cajas de mariposas, pedacitos de rocas, puntas de lanza de bronce, arcos en varios estadios de montaje, conchas marinas, botes de pintura, bridas de caballos con bocados metálicos. Estaban colocadas en filas ordenadas en estanterías, pero aun así me seguía pareciendo la típica habitación con la que sueñan los niños. Mis hermanos se habían dedicado a coleccionar cosas y traerlas a casa, pero mi madre les hacía limpiar las habitaciones regularmente, ya que se trataba de una práctica desordenada e impropia de príncipes.

Gelanor salió de un rincón caminando con los brazos extendidos y rígidos delante de él.

—Saludos —dijo. Le goteaba sangre de los antebrazos. ¿Qué clase de accidente habría tenido?

—¡Oh, déjame que te ayude! —Me acerqué corriendo a él, dispuesta a limpiarle las heridas y vendárselas.

Riendo, me apartó.

—No, déjalo —agitó los brazos para secar la sangre—. Me he cortado yo mismo.

—¿Estás loco? —exclamó Evadne—. ¿Qué clase de loco se corta a sí mismo?

—Un loco que pretende ver si una cicatriz se puede provocar deliberadamente para imitar otra conocida —explicó Gelanor—. Y ahora... —Cogió un frasco de arcilla de una estantería que corría por una pared y le quitó la tapa—. Esto servirá para una de ellas. Tráeme la jarra gris de esa mesa. Y el cuenco pequeño junto a ella.

Se los llevé y los colocó en fila junto al primer frasco. Metió los dedos con cuidado en cada recipiente y restregó su contenido en los cortes sangrantes de su antebrazo, estremeciéndose al hacerlo.

—¿Puedo crear una cicatriz como yo desee? —preguntó—. Ya veremos. Éste —señaló la jarra gris— tiene arcilla de las orillas del Escamandro. Los otros tienen cenizas del fuego de una chimenea y tierra de un campo de cebada. Todos son productos bastante comunes, y los puede recoger cualquiera sin problemas.

—Pero ¿y si las heridas se infectan? —exclamó Evadne—. ¿Y si el brazo se atrofia?

—No he terminado —protestó Gelanor, y buscó detrás de él una jarra de vino, y la vertió lentamente sobre las heridas—. Esto hará que se fije la suciedad y evitará que la herida se infecte.

Todo aquello llevaba a hacer una pregunta: ¿por qué lo estaba haciendo?

—Ah, señora, ya ves cuán lejos estoy dispuesto a llegar para protegerte a ti y a los tuyos en Troya. —Alzó la ceja de ese modo burlón que yo detestaba—. Ya sabes lo que se dice: «Daría mi brazo derecho». ¡Bueno, pues aquí lo demuestro! —exclamó, y levantó su brazo sangrante y embadurnado.

—No demuestras nada salvo que has perdido el juicio —le dije—. No consigo entender qué tiene que ver nada de esto con Troya ni conmigo.

Su rostro cambió, de ese modo repentino que era habitual en él.

—Ah, te equivocas. Dime lo que sabes de las cicatrices, y de su importancia.

Eso resultaba fácil.

—Sé que nos acompañan de por vida. Si caemos de rodillas de niños, la cicatriz queda como testimonio de esa caída el resto de nuestras vidas. Los guerreros hablan orgullosos de sus cicatrices como pruebas de sus batallas.

—Ah, ya has dicho la palabra: prueba. Dependemos de las cicatrices para demostrar que un hombre es quien dice ser. ¿Cuántas historias se cuentan de un hombre que vuelve para reclamar su herencia y tiene que demostrar quién es mediante sus cicatrices? Normalmente, en estos relatos, una vieja enfermera o su madre o alguien los reconoce. Ah, sí, dicen: «Al pequeño Áyax lo mordió un lobo en la pierna. Lo recuerdo..., bienvenido a casa, Áyax». Pero ¿y si una cicatriz puede reproducirse? ¿Especialmente una que es muy inusual? Y así queda despejado el camino para que

un impostor se gane la confianza de alguien. No estoy seguro de que sea posible, pero estoy dispuesto a averiguarlo. —Se detuvo para tomar aliento—. Hay un espía en Troya, un espía que tiene una posición muy elevada. Escucha nuestras conversaciones más privadas. Va y viene de nuestras casas sin despertar sospechas. Tengo una idea de quién puede ser. Pero ahora tengo que demostrarlo.

—Pero ¿quién?

—Fíjate en lo que se ha revelado, que no debería haberse dicho, y pregúntate quién estaba presente y podía oírlo. Es un camino muy claro, si tienes ojos para verlo. Pero esa persona es joven y no pensó en cubrir mejor su rastro.

—¿Quién? ¿Quién? —insistí.

—Ahora no —me interrumpió Gelanor—. Es mejor que nadie sepa de mis sospechas hasta que esté seguro. Al fin y al cabo, ¿por qué mancillar el buen nombre de alguien que puede que sea inocente?

Evadne y yo nos marchamos meneando la cabeza. Estaba preocupada por él: sabía que no había querido venir aquí, y ahora estaba atrapado. ¿Acaso su frustración y su rabia le habían conducido a realizar aquellas extrañas acciones?

—Evadne, ¡si pudieras ver quién es! —exclamé.

Ella meneó la cabeza.

—Lo he intentado, señora, pero la visión sólo se concede cuando los dioses la permiten. No puedo exigirla. No han revelado nada próximo: parecen deleitarse en el pasado y el futuro. Y ni siquiera de eso me han revelado nada recientemente. Puede que mis fuentes se hayan secado.

Mi propio don de ver (no, de saber) también parecía haber menguado. Se mostró muy intenso en Esparta cuando volví por primera vez de Epidauro

—Quizá deberíamos consultar a la serpiente de la casa, que con tanto cariño te trajiste de Esparta —propuse. A fin de cuentas estaba conectada con mi don—. Visitémosla.

Podíamos ir allí sin peligro de encontrarnos a Paris. Nunca entraba en la habitación que habíamos asignado a la serpiente, aunque ésta nos había unido en una ocasión, en aquella extraña y alocada noche, cuando nos encontramos a solas la primera vez... ¡No, no quería pensar en aquello entonces!

—Dichoso encuentro, señora. —La voz de Deífobo me arrancó de mis pensamientos. Abandoné a la serpiente en mi mente y me volví a mirarlo. Se había puesto en mitad de nuestro camino, con las manos en las caderas, y me miraba lascivamente—. Ah, la visión de tu hermoso rostro hace que la mañana se ruborice.

—Ya ha pasado la mañana —objeté, sujetando mi vestido al pasar junto a él por el

camino empinado. Traté de no mirarlo.

—Ah, ¿es el sol lo que está por encima de nuestras cabezas? —Se negaba a moverse, y miraba hacia el cielo—. Pero Febo aún no ha fustigado a sus caballos para que alcancen el cenit más elevado. Estás equivocada. —Se inclinó hacia delante y me susurró al oído—: He oído que te gustan esas historias antiguas, señora, de Febo y similares. Lo entiendo: a fin de cuentas, corresponde a la hija de un cisne creer en tales cosas. ¿Guardó alguna pluma tu madre? —Se rio.

No pude contenerme: retrocedí y lo abofeteé.

—¡Déjanos pasar! O por todos los dioses que el Rey se enterará de esto —dije, y lo empujé.

Pero en vez de dejarnos pasar, se inclinó hacia delante y me agarró fuerte del antebrazo.

—No puedes caminar entre nosotros y pretender escapar a nuestros deseos —me dijo entre dientes—. Eso es lo único que haces: crear deseo. No pienses que hay ningún otro valor en ti.

Me solté de su brazo y le empujé tan lejos como pude.

¡Y era el hermano de mi esposo! ¿Acaso no tenía vergüenza? ¿No sabía contenerse? Quería creer que eran su amargura por Troya y sus peligros lo que le habían hecho hablar así. Pero había visto la lujuria en sus ojos desde el principio.

La serpiente. La serpiente, fría e impasible en su gruta. Debía buscarla como antídoto a toda aquella fealdad. Me eché a temblar, así que me cogí del brazo de Evadne y la llevé por las calles, puede que más rápido de lo que ella habría deseado. Pero necesitaba desesperadamente a la serpiente, así como su consuelo y su sabiduría.

Había una entrada a la sala en la planta baja. Evadne y yo bajamos juntas las escaleras hasta la cámara subterránea. Siempre estaba iluminada con lámparas de aceite. Un acólito traía leche y pastelitos de miel para la criatura al amanecer. Los ramos de hierbas secas que se cambiaban cada día mantenían el aire fresco.

Pero, aun así, nos pareció que estaba muy oscuro cuando entramos en la sala, tras la luz brillante del exterior. A mis ojos les costó adaptarse y las siluetas tardaron mucho en definirse, dejar de temblar y permanecer quietas. Cuando lo lograran, yo rezaría ante el altar y atraería a mi amada serpiente para que saliera y pudiera verla, y le susurraría mis preocupaciones desesperadas.

La oscuridad se desvaneció rápidamente. Vi el suelo pulido de piedra. Sus baldosas brillaban a la luz de las lámparas de aceite. Respiré hondo y olisqueé las dulces hierbas en las urnas junto al altar. Evadne se sentó junto a mí. Sólo su respiración revelaba su presencia.

Entonces, cuando la habitación empezó a dar vueltas ante mis ojos, vi que algo parecido a una soga yacía justo delante del altar. No estaba colocada como una ofrenda intencionada. Sentí un escalofrío al verla.

¿Era algo inocente o realmente malvado?

Los ojos de Evadne no lo veían.

—Quédate aquí —le ordené, intentando que mi voz pareciera lo más normal posible.

Me deslicé hasta allí y al acercarme comprobé la horrible verdad: mi serpiente yacía muerta, asesinada. Los tajos..., no puedo describirlos, no quiero volver a verlos nunca más.

Caí de rodillas, alcé las manos y grité. Grité a los cielos, supliqué a los dioses que devolvieran la vida a mi serpiente, mi guardiana.

Silencio y quietud. El pálido cuerpo de la serpiente yacía extendido ante mí.

Olvidé al Paris que había evitado y corrí al piso de arriba en busca del Paris que amaba, huyendo de la horrible visión de la gruta. Jadeando, llegué al piso más alto y, como pensaba, estaba allí, rodeado de sus armas y su armadura. Levantó la vista cuando entré a trompicones por la puerta, y alzó lentamente los ojos hacia mí.

—¿Qué ocurre? —Su voz era helada, pero no me importaba. Sólo me importaba que me habían atacado, que nos habían atacado.

—¡Paris, Paris!

Me arrojé en sus brazos en busca del calor que faltaba en su voz. Debía de estar en su abrazo. Pero no, su cuerpo estaba tan inánime como el de la serpiente. Dio un paso apartándose de mí.

—¿Qué? —repetió, pero su tono de voz gritaba: «No me importa».

—¡Paris..., alguien ha matado a la serpiente! Alguien ha entrado en esta casa y la ha aplastado, y ha destruido a nuestra..., ¡nuestra... primera compañera!

Por fin su rostro recobraba la vida.

Le temblaban los labios.

—¿La serpiente?

—Sí. Ve a verlo. Se te partirá el corazón.

Lo agarré de la mano y lo conduje a la entrada de la cámara, pero me aparté antes de entrar. No podía volver a mirar ahí dentro. Oí los pasos de Paris, cómo murmuraba a Evadne, y cómo los dos salían de la pequeña habitación, mientras yo esperaba con la cabeza inclinada.

La mano de Paris me tocó el hombro delicadamente.

—La lloraremos juntos.

Le miré a los ojos. Me pareció ver, aunque la luz fuera débil, que el antiguo Paris me devolvía la mirada.

L

Las calles de Troya estaban plagadas de multitudes agitadas, multitudes a las que consumía un deseo incesante de salir de las murallas y perseguir a los griegos, actuar, realizar cualquier acción, mientras al mismo tiempo se preparaban para defenderse. El invierno se aproximaba. Los soldados querían asestar un golpe antes de que los griegos se fueran, ya que debían marcharse porque terminaba la temporada de navegación, pero los consejeros mayores advertían que era más sensato dejar que la naturaleza hiciera el trabajo por ellos. Pero no hay ninguna gloria en enviar a un enemigo a casa en invierno mientras el bronce de un guerrero no se utiliza y pierde brillo en la armería.

Nuestro sacerdote dio un entierro ritual a la serpiente y eso nos consoló un poco. No la sustituimos. ¿Cómo hubiéramos podido? No había otra para nosotros. La añadiría a mi tapiz, volvería a darle vida de la manera limitada en la que los monumentos pueden dar vida, pero había desaparecido, y con ella una de las partes más queridas de mi pasado.

Paris parecía recuperarse a medida que pasaba el tiempo tras la pérdida de Troilo. Aún no se reía como antes, pero dejó de quedarse echado en la cama dándole vueltas, e incluso a veces se comportaba de manera cariñosa conmigo. Pero sólo a veces, y yo nunca sabía cuándo iba a ser así. Al principio, sobre todo después del asesinato en la gruta, estaba agradecida porque parecía que su amor había renacido. Pero como iba y venía, desaparecía y volvía a aparecer como la luna en una noche nubosa y ventosa, noté que poco a poco me iba retirando hasta un lugar en el que no podría alcanzarme ni decepcionarme. Así era más seguro.

Entonces empezaron a llegar refugiados a Troya. Fue toda una sorpresa: un día de otoño, una muchedumbre atravesó la llanura vacía, donde debería haber estado la feria comercial, en dirección a nuestras puertas. Desde nuestra terraza, veía a las multitudes cruzando los prados, pero no sabía si iban armadas o no. Los centinelas de las murallas y las torres les gritaban, y ellos contestaban también a gritos que eran de Dardania, de Arisbe y de Percote, y que los griegos estaban atacando sus pueblos. Suplicaban protección.

Príamo y Héctor enviaron oficiales para que instalaran campamentos alrededor de las defensas externas de la ciudad donde pudieran alojarse y ocuparnos de ellos. Eran

sobre todo mujeres, niños y ancianos. Explicaban que los jóvenes habían sido asesinados, se habían llevado su ganado y habían capturado a muchas mujeres y las habían obligado a marchar al campamento griego. Luego habían prendido fuego o demolido sus hogares.

Héctor permanecía de pie mirando a la gente.

—Hay centenares —señaló en voz baja—, así que el enemigo ha realizado ataques masivos. No se trata sólo de recoger provisiones para su viaje de vuelta a casa. —Se inclinó hacia las murallas, y miró como un ave de presa. El viento helado procedente del mar le alborotó el cabello.

—Pretenden quedarse en invierno. —A su lado se encontraba el malhumorado y agresivo Antímaco, que parecía que no se lo creía. ¿Había sorprendido todo aquello al experimentado estratega bélico?

—Un suceso muy inesperado —comentó Héctor—. No contábamos con esto. Así que han atacado las poblaciones cercanas. He oído que una de las mujeres decía que también habían asaltado las islas de Tenedos e Imbros. Eso es terrible. ¿Hasta dónde llegarán?

—Las incursiones tienen un límite —le aseguró Antímaco.

—¿Qué dicen nuestros espías? —Paris se unió a ellos en la muralla.

Yo no sabía dónde se encontraba Paris aquella mañana; lo había dejado durmiendo.

—Volverán en cuanto sea seguro —afirmó Héctor—. Entonces sabremos más. Mientras tanto, debemos alimentar de alguna manera a esta gente. Informad a los intendentes. Preparad una remesa de grano para ellos.

Antímaco se aclaró la garganta.

—Pero no podemos reducir nuestras provisiones por ellos.

—Debemos hacer algo —insistió Héctor—. Han perdido sus hogares por Troya.

Le agradecía que me dejara fuera de todo aquello. Héctor nunca me culpaba por las desgracias que había traído conmigo. Era el único troyano que parecía aceptar que no era culpable y que los dioses estaban jugando conmigo.

Sin embargo, para el resto de la familia la muerte de Troilo había sido un punto de inflexión, al igual que para Paris. Hasta entonces habían intentado que fuera una de ellos, pero cuando su hermano e hijo falleció, se dieron cuenta de que Helena nunca podría formar parte de su familia realmente. Siempre sería alguien ajeno, una extranjera, una extraña, la persona que haría que se cumpliera la maldición encarnada en Paris. Nos habíamos convertido en instrumentos de la destrucción de cada uno de nosotros, y de la de Troya.

La gente, los que me habían llamado «tesoro griego» no hacía mucho tiempo, me lanzaba torvas miradas cuando me cruzaba con ellos por las calles, y me rehuían como si llevara una maldición. Puede que así fuera. Cuando recorría la ciudad, las plazas y los pequeños caminos, pasando por la tumba de Troilo, me fijaba en todas esas pequeñas cosas con las que la gente añadía belleza a sus vidas: las macetitas con plantas en los umbrales de las puertas, los postigos pintados, los asientos de mimbre de sus taburetes. En ocasiones me cruzaba con guerreros arrogantes que volcaban los taburetes o rompían las macetas. Ya se estaban destruyendo cosas en Troya, y los griegos continuaban fuera.

No puedo decir cuándo me vino a la mente el terrible sacrificio que me vería obligada a realizar. Sólo sé que una mañana, cuando el sol apenas rozaba los muros laterales de las casas, las miré y pensé que siempre continuaría viéndolas, y para cuando se puso el sol y las antorchas parpadeaban contra esos mismos muros supe que debía desaparecer. Debía salvar a Troya de mí misma. Debía volver con los griegos, aunque juré quitarme la vida una vez allí.

Qué aterrador resulta planear acabar con la propia vida, abandonar todo lo que uno quiere. Debía dejar a Paris para que pudiera vivir. Y a Príamo, y a Héctor, y a mi única amiga entre las mujeres, Andrómaca, y a... Evadne y a Gelanor. Fui enumerándolos, y me entristecí al darme cuenta de que había muy pocos en Troya que fueran a sentir la más mínima lástima por mi pérdida, aunque llevaba ya tiempo viviendo con ellos.

Decidí hacerlo y me di el plazo de treinta días para esperar, para asegurarme de que era lo que debía hacer. No debía llevarlo a cabo como si fuera un capricho.

Durante aquellos treinta días, vi Troya de manera distinta, a través de ojos distantes, como si ya me despidiera de ella. Oía las discusiones en la cámara del consejo sobre las batidas, veía las idas y venidas y la desesperación de los refugiados que vivían en campamentos improvisados cerca de las murallas; olía los pueblos quemados que nos rodeaban. En vano intenté encontrar alguna señal de que debía quedarme, pero no había ninguna. Allá donde miraba, sólo veía mejoras si desaparecía de repente y la guerra se detenía.

¿Y Paris? Ahora estaba mejor, lloraba menos la pérdida de Troilo, pero ¿cómo sobrellevaría la muerte de otro ser querido? Y habría más muertes. El propio Paris quizás entrase en aquella lista. Así que para darle vida debía dejarlo.

Qué extraño resultaba guardar un secreto semejante para mí misma, pasar entre ellos como un fantasma ya desaparecido, pero sin que nadie supiera que era un fantasma. Disfruté los momentos en los que me sentaba ante la chimenea y hablaba

con Héctor y Andrómaca, y disfruté de la atención que me prodigaba el viejo Príamo, porque aquellos momentos se acabarían dentro de poco.

En lo que respecta a Paris, ahora podía perdonarle todo: su mal humor, su frialdad, sus reacciones imprevisibles. Aquellas cosas contrastaban con el oro brillante del que estaba hecha toda su persona. Yo había provocado las sombras y ahora las haría desaparecer, y él volvería a ser el Paris de antes. Sólo que yo no lo vería.

Se decía que Ifigenia dejó de luchar en el último instante y que entregó su vida para que los griegos pudieran zarpar a Troya. ¿Podía yo hacer menos, si gracias a mis acciones podía proteger a mis nuevos compatriotas de los propios griegos?

Paris no sospechaba nada. Me sorprendía, y no era un descubrimiento agradable, descubrir lo fácil que me resultaba representar un papel. Tras los primeros días en los que la sola idea de marcharme de Troya me hería el corazón, ese mismo corazón se endureció y pude soportarlo. Sentí que mi propio dolor contaba tan poco comparado con el dolor que esperaba a otros si no me marchaba que no debía ni planteármelo.

¿Cuándo marcharme? ¿Cómo marcharme? La muralla estaba bien vigilada incluso de noche. Los tramos entre cada torre, de los que se ocupaban atentos guardias, resultaban muy visibles. Sólo en los escasos días en los que no había luna, los flancos de la muralla quedaban a oscuras, y aun así, los soldados estaban alerta por si había cualquier ruido. Cualquiera que tratara de escalar los muros quedaría al descubierto rápidamente. ¿Acaso era posible siquiera subir o bajar por ellos? Tenían la altura de cinco o seis hombres y unas piedras lisas que impedían agarrarse con pies o manos.

Pues entonces, ¿los cursos de agua? Teníamos dos pozos dentro de los muros, así que no había ningún punto débil en las defensas para el suministro de agua. Las aguas residuales bajaban a través de un amplio canal de desagüe y luego salían en la base de las murallas del sur, pero se había colocado una rendija para evitar que nada mayor que una rata de alcantarilla pudiera pasar por él.

Entonces quizá pudiera salir durante el día para encargarme de alguna tarea y no volver por la noche. Pero no me permitirían salir sin guardias, y en cualquier caso no había tareas por las que valiera la pena arriesgarse en aquellos días, después de lo de Troilo. ¿Y si respondía a una falsa petición de audiencia de los griegos? Pero los troyanos nunca me permitirían aceptar lo que considerarían una treta para secuestrarme.

No me atrevía a pedir ayuda para llevar a cabo mi plan, pues sabía que sería traicionada. Volví a mi idea inicial: de alguna manera tendría que bajar por las murallas sin que me detectaran, y sin cómplices.

A medida que se aproximaba el fin del plazo de treinta días que me había

impuesto, mi determinación casi se desmoronó, de manera bastante inesperada. Estaba subiendo hacia palacio cuando de repente me sobrevino el deseo de agarrarme a un poste y no soltarlo nunca, como si alguna fuerza maligna intentara apartarme, como si no hubiera estado sola todo el camino. Deseé no abandonar nunca Troya, deseé aferrarme a cada columna y a cada piedra para que nada nos separara. Pero sabía que la única forma de que esas columnas y piedras permanecieran era dejándolas.

Delante de mí, el palacio parecía más encantador que nunca. Paris esperaba dentro. Esa noche estaba de buen humor; el antiguo Paris recibía a la corte. Me saludó efusivamente, diciéndome que esa noche tendríamos invitados que me agradecerían. Iba y venía con entusiasmo, colocando pequeños braseros contra el frío para poder sentarnos en una habitación más pequeña en vez de en el mégaron, donde había corrientes de aire. Como siempre ocurría con él, no era lo que hacía sino cómo disfrutaba haciéndolo lo que resultaba realmente agradable.

—Tu segundo invierno en Troya —comentó—. Ya eres una auténtica troyana.

¿Por eso estaba tan contento? Mi amado, el que era capaz de convertir lo cotidiano en algo muy especial. ¡El segundo invierno de Helena! Le cogí la cabeza con las manos y lo besé.

—Te amo —dije, riendo, y al mismo tiempo sentí mi corazón como una piedra pesada en el pecho.

Héctor y Andrómaca eran los invitados para los que se había preparado. Cruzaron el pequeño espacio que separaba nuestros palacios y entraron. Me fijé en que se habían vestido como si la visita se produjera tras un viaje formal, en vez de después de haber recorrido unos pocos pasos. Era su manera de mostrar a su hermano que se habían tomado su invitación con respeto. Héctor y Andrómaca eran así: considerados y correctos. Se despojaron con actitud solemne de sus capas y se unieron a nosotros. Héctor llevaba un chal de lana abrigado y unos pantalones también de lana; Andrómaca lucía una prenda larga de un tipo que yo no había visto jamás. Era azul y llevaba varios volantes amarillos en toda la falda. Me explicó que era una moda de Creta, donde se llevaban mucho las faldas con volantes y cuentas. Le sentaba bien, ya que era lo bastante alta para que la falda cayera como una columna hasta sus pies.

—Vamos, vamos. —Paris los hizo pasar hacia unas sillas con incrustaciones, con reposapiés a juego.

Héctor tomó asiento y se recostó. Incluso relajado, parecía dispuesto a levantarse de un salto.

—Bueno, querido hermano. ¿Qué celebramos? —La pregunta no expresada era:

«¿Por qué nos has hecho venir para celebrar una velada formal en mitad de esta guerra? ¿Qué puede haber tan importante?».

Yo, la sombra, permanecía sentada, impasible. Yo, la sombra, que pronto iba a desaparecer del todo. Me había procurado ya la soga, lo bastante larga para que llegara a la base de la pared norte, me parecía, y había hecho un fardo con mis sandalias más resistentes y una capa oscura junto a ella. Había elegido el muro norte por ser el menos vigilado, ya que era tan alto que los guardias pensaban que ningún griego atacaría desde ese lado. No había ciudad a su alrededor, sólo campos abiertos. Estaba cerca de los palacios, pero el templo de Atenea que quedaba al lado, oscuro y sin vigilancia de noche, me permitía acercarme sin que me vieran.

—Sólo quería veros en privado —explicó Paris—. Hemos coincidido en las murallas, en el funeral, en el palacio de nuestro padre y en consejos de guerra, pero nos hemos visto poco como hombres.

—Me temo que así es la guerra —dijo Héctor fríamente.

—Entonces ansío el día en que vuelva la paz y nos permita ser normales —intervino Andrómaca. Se inclinó hacia delante en la silla—. Tenemos un secreto, pero es un secreto, debo decírtelo, Helena. Tú estabas conmigo en el monte Ida. Nosotros... ¡Estoy encinta!

Aunque fuera una sombra, salté de la silla para abrazarla, abrumada de felicidad por ella.

—¡Oh, Andrómaca!

Llevaba tanto tiempo deseándolo. Y yo ya no estaría con ella para ver el rostro del recién nacido. Pero nadie debía saberlo, y no hizo que me sintiera menos feliz por ella.

—¡Un hijo de Héctor! —exclamó Paris—. ¡Al fin!

—No sabemos si es niño —dijo Héctor, pero la leve sonrisa que esbozó mostraba lo contento que estaba sólo con pensar en ello.

—Hijo o hija, el niño será un gran orgullo para Troya —afirmó Paris.

Andrómaca inclinó la cabeza.

—Pediré a los dioses cada día un parto seguro. Helena, ¿estarás conmigo?

—Sí —respondí, sin pensar. Detestaba mentir, y ver que su mirada se iluminaba de placer hizo que la culpa fuese aún peor.

El resto de la noche transcurrió como un sueño, un sueño en el que era una extraña. Oí la conversación, incluso participé en ella. Hablaron sobre la misteriosa persona que me había encerrado en el pozo, que había drogado a Paris, y que había matado a nuestra serpiente. No habían arrestado a nadie; llegaron a la conclusión de

que se trataba de alguien a quien le desagradábamos personalmente, por lo que la mayoría de los troyanos resultaban sospechosos.

Los inquietaba el aumento de la agresividad de los griegos en sus batidas por el campo de los alrededores. A Andrómaca le preocupaba su familia de Plakos, pero Héctor le aseguró que estaban fuera de su alcance, ya que se hallaban muy al sur, más allá del Esminteo, cerca de Tebas. Hablaron de medidas para frenar los ataques, pero yo sólo sabía de la medida que planeaba llevar a cabo. Si Helena se rendía, terminaría todo aquello.

Cada vez que miraba a Paris tenía que apartar la vista. ¿Cómo podría dejarlo?

Después me comentó:

—Pareces triste.

Me apresuré a asegurarle que no era así. Lo único que quería era pasar una última noche con él en nuestra cama, pasar horas abrazándolo. Al día siguiente por la noche, la luna estaría cubierta. Entonces era cuando debía huir.

Nunca Paris me había resultado tan hermoso como cuando permaneció de pie, feliz e ignorante, junto a la cama, mirándome. Lo único que quería era vivir con él, ser feliz con él y envejecer junto a él. Pero no, Agamenón se había asegurado de que eso no sucediera. Su vil incursión en Troya para aterrorizar a gente inocente me haría volver, pero durante muy poco tiempo. Nadie me abrazaría a mí, sino a mi tumba.

Pero por ahora vivía, quería y tocaba. Abracé a Paris, sujetándolo tan fuerte como pude, e hicimos el amor, lentamente y varias veces. Saboreé cada caricia, cada sensación, cada murmullo. Sabía que disponíamos de muy poco tiempo para estar juntos y estaba decidida a extraerle cada gota de dulzura que pudiera proporcionarme.

LI

Al día siguiente (mi último día en Troya) me levanté temprano. No quería perderme un solo momento para saborearlo, por doloroso que resultara. Paris seguía durmiendo, y me incliné para besarle la mejilla y me ceñí la túnica alrededor del cuerpo.

Como una sonámbula, salí a las calles de Troya. Quería caminar por todas las calles, memorizarlas, fijarme en todos los detalles. Miré por encima de las murallas y vi que los griegos seguían acampados a mitad de camino en la pradera. Cuando bajara por el muro norte debía dirigirme hacia una de las tiendas. ¿Qué importaba quién me detuviera? Enseguida Menelao me clavaría los dedos en los hombros.

¿Debería llevar el horrible broche que había dejado para mí? Juré arrojárselo otra vez, y debía hacerlo. Para dificultar aún más las cosas, el día, aunque fuera finales de otoño, era perfecto, con un cielo despejado, sin nubes y con un viento fresco pero no excesivo. ¡Troya, Troya! Yo lloraba por dentro. ¡Qué encantadora era!

El sol que se cernía sobre mi cabeza empezaba su descenso. Príamo, Hécuba, ¿debía despedirme de ellos en la mente viéndolos una vez más? Pero no, podía despertar sospechas. Debía parecer un día cualquiera.

Cuando cayeron las sombras y la ciudad volvió a ser ella misma, una paz violeta y azul descendió sobre Troya. No había habido ataques ese día, ni informes de ataques en ninguna otra parte. Todo estaba tranquilo.

Paris y yo tuvimos una cena tranquila, en la que hablamos poco. Lo miré furtivamente varias veces, intentando memorizar su rostro. Cuando levantó la vista y se percató, perplejo, aparté apresuradamente la mirada.

Paris dormía profundamente junto a mí. Esperé hasta que sentí que su respiración se había vuelto profunda y regular. Entonces me incorporé lentamente, probando a ver si se despertaba. No lo hizo. Me puse los zapatos y me levanté de la cama. El movimiento seguía sin perturbarlo. Quería besarlo, pero no me atreví a arriesgarme. «Ya te has despedido —me dije duramente—. Ha terminado. Debes marcharte».

Saqué un par de pantalones robados a Paris (considerados de un estilo oriental afectado, por lo que sólo los llevaba en la intimidad) para bajar con mayor facilidad. ¿Dónde se ha visto que alguien baje por una soga con un vestido? Así podría cruzar las piernas en torno a la cuerda.

Me escabullí. No era capaz de volver la vista. Salí a hurtadillas del palacio, no por

la puerta principal, que estaba vigilada, sino por la cocina y las habitaciones de atrás.

Había escondido la soga y la capa oscura allí, junto a una tinaja para guardar grano. Seguían ahí dentro, nadie las había descubierto.

Tras meterlas bajo el brazo, me deslicé tan silenciosamente como pude hacia el gran templo oscuro de Atenea. No había sacerdotes ni sacerdotisas en él, y todas las columnas estaban ensombrecidas y vacías. Después del templo estaba la punta más elevada de Troya, el gran bastión y la atalaya en el lado norte. Pero no pretendía bajar por ahí, ya que me verían desde la torre. Un poco más lejos, al oeste, resultaría invisible.

Ya había colocado una roca grande que serviría de ancla para mi soga. Pasé la soga alrededor de la roca y la arrojé al otro lado del muro. Todo estaba en silencio. El cielo por encima de mi cabeza estaba completamente oscuro, la luna había desaparecido y había abandonado los cielos durante unos cuantos días.

Probé la cuerda. Parecía lo bastante fuerte. Bajé la vista para ver hasta dónde llegaba.

Oí un ruido seco cuando golpeó el suelo, más abajo. Mucho más abajo. Tomé aliento y agarré la cuerda con ambas manos. Era rasposa e inmediatamente sus fibras me cortaron. Pero no importaba.

Me acerqué al lateral de la muralla. Era elevado. Tendría que encaramarme a él y saltarlo. Di gracias a los dioses por llevar los pantalones de Paris. Me agarré a las rocas y me encaramé a la muralla, deseando tener unos brazos más fuertes. Recé por no soltarme y aplastarme en el suelo. Pero ¿qué importaba? Moriría un poco antes, pero había planeado morir de todos modos.

Empecé a deslizarme por la cuerda para bajar. Reboté contra las piedras del muro, que eran pulidas y duras. Ya estaba magullada, pero qué importaba. Rebotaba, me golpeaba, volvía a golpearme. Me balanceé adelante y atrás en la soga, golpeándome contra el muro una y otra vez. Sabía que hacía ruido, pero esperaba que nadie lo oyera.

Estaba completamente oscuro. Nadie me vería colgada en la cuerda. Ya había descendido la mitad. El terreno inferior se extendía ante mis ojos. Estaba cubierto de maleza. Pensé en algo para frenar la caída, porque me dolían los brazos y no sabía cuánto tiempo más podría aguantar. La tierra se abría ante mí.

Me caí. Aterricé pesadamente sobre la espalda. Los arbustos no lograron amortiguar la caída y me golpeé contra la roca dura. Sentí que el dolor me atravesaba. Durante un instante no pensé que pudiera moverme, pero me esforcé: «Ya estás aquí, debes caminar, debes alcanzar tu objetivo», me dije a mí misma.

Con cautela, me di la vuelta y moví las piernas para asegurarme de que aún me obedecían. Temblaban un poco, pero me mantuve en pie. Y ahora debía llegar hasta Menelao. Hasta Menelao. Bajé tambaleándome por la pequeña pendiente. En alguna parte, no muy lejos, estaban las tiendas griegas. Tropezaba con el terreno agreste. Troya se elevaba detrás de mí. El gran muro del norte parecía una hoja de bronce, alta e impenetrable. Había desaparecido. Troya había desaparecido para mí. Ante mí se encontraban las malvadas tiendecitas de los griegos, que albergaban a malvados hombrecitos.

Sin pensarlo, avancé hacia un lugar hacia el que no deseaba ir, obligando a mis piernas a llevarme.

—¡Detente ahí mismo! —Una voz áspera desgarró el aire. Debía de ser un centinela griego. Ahora me entregaría. Cansada, me volví para mirar al que me hablaba.

Alguien me agarró del brazo haciéndome daño. Deje que lo hiciera. ¿Qué importaba? No me importaba cuánto me golpearan, pegaran o maltrataran. Pronto habría terminado. Acercó una antorcha a mi cara. Me estremecí y aparté la mirada.

—¡Por todos los dioses! —exclamó una voz iracunda.

Sí, soy Helena. Llevadme, castigadme, llevadme ante Menelao. Adelante. De repente estaba ansiosa de que sucediera. Ponedlo en marcha, dejad que siga su curso.

—¡Helena! —Antímaco pegó su cara a la mía—. ¿Qué sucede?

—¡Antímaco! —grité.

—¿Eres una traidora? —gritó—. ¿Sales a hurtadillas para unirme a los griegos? —Tiró del brazo y me hizo daño.

—¡No, no es eso! —grité.

—Veo una soga. Veo que huyes. Y ropa para huir. —Miró mis pantalones.

Me acerqué.

—Quería sacrificarme por Troya —expliqué—. Ésta es la única manera. Si vuelvo, no habrá ya motivos para la guerra.

—¡Estúpida muchacha! —dijo. Pensé que me rompería el brazo de lo mucho que me lo apretaba—. ¡No están aquí por eso!

—Puede ser, pero es su excusa. Quería quitarles esa excusa.

—Así que ¿estabas dispuesta a volver con Menelao, y acurrucarte junto a él en la cama?

La sola idea me produjo náuseas.

—No. Terminaría con mi vida antes de que eso ocurriera. Antímaco resopló sin poder creérselo.

—¿Y quién sabe de esto?

—Nadie —respondí.

—Así que ¿no se lo has dicho a nadie? No creo que una mujer sea capaz de eso.

—Cree lo que quieras. Es la verdad.

—Entonces, ¿sólo tú y yo sabemos esto?

—Sí.

—Pues vas a volver a Troya, señora, y a la cama con tu marido, y nadie debe enterarse.

—¡Debo terminarlo! —protesté—. Sólo yo tengo el poder de hacer que termine.

—Es demasiado tarde —dijo Antímaco—. Ningún ser humano puede hacer que termine ahora.

Me hizo entrar otra vez a Troya por la puertecita situada en la base de la torre noroeste. Me obligó a taparme la cara y la cabeza con una capa para que los guardias no me reconocieran, y me abrazó y miró lascivamente para que pensarán que era una prostituta. Noté que disfrutaba haciéndolo. La ciudad permanecía tranquila en el silencio de la noche, y mi palacio quedaba cerca. Me empujó hasta la puerta, tras susurrar:

—Tu secreto y el mío, señora.

No tenía elección. Tenía que volver a entrar. Pero mantuve la cabeza erguida y le indiqué que yo decidiría por dónde entrar, no él. Quería volver a entrar como había salido, no quería alertar a los guardias en la puerta.

Atravesé el porche y el vestíbulo, y luego subí las escaleras hasta nuestra habitación, donde el viento susurraba levemente a través del dibujo de nuestros postigos de madera. Paris seguía durmiendo. Un brazo desnudo le arrastraba por el suelo, la cara vuelta hacia el otro lado. Todo estaba como lo había dejado, y me sentí como un soldado que regresaba al hogar que nunca pensó que volvería a ver. Ahora, como había dicho Antímaco, la guerra en sí dictaría su propio curso, y no podía hacer nada para dirigirla o cambiarla.

Me estaba inclinando para quitarme los pantalones cuando de repente Paris se incorporó y me miró. Me quedé perpleja, esperando que se echara otra vez y pensara que era sólo un sueño del que no se acordaría más adelante. Contuve el aliento, pero él preguntó:

—¿Qué estás haciendo?

Al no responderle, alargó la mano para tocar la campanilla de latón y llamar a la guardia. Corrí hasta él y la cubrí, quitándosela de la mano. Volvió a recostarse en los almohadones.

—¡Helena! ¡Helena! —gritó, tratando de agarrar los pantalones.

Me arrojé encima de él y ahogué sus gritos con la mano.

—Cállate —le advertí.

Debía pensar alguna historia inofensiva para explicarle, pero no se me ocurría nada. Y estaba cansada de hacer esfuerzos por mentir, y no me quedaba ninguna idea ingeniosa. Tendría que explicárselo todo.

—¿Por qué llevas mis pantalones? —susurró cuando aparté la mano de su boca.

—Estaba intentando escapar de Troya —confesé.

Tal y como temía, él soltó un grito:

—¿Marcharte?

—Sólo porque era la única manera de detener la guerra y evitar las muertes — dije, y me recosté, con las rodillas dobladas; me mecí nerviosa, adelante y atrás. No necesitaba decirle que mi vida también iba incluida en el trato.

—¿Y qué ocurre con mi felicidad? ¡Sabes que no puedo vivir sin ti! —Detuvo mi movimiento y me atrajo con fuerza hacia él—. ¿Cómo podías abandonarme de esa manera?

—Ésa ha sido la parte más difícil. Yo... casi no he tenido valor para hacerlo — farfullé.

—Yo no lo llamaría valor. Lo llamaría crueldad.

—He sido cruel con nosotros para que otros no tuvieran que sufrir.

—Pero estás aquí. Al final no te has marchado. ¿Por qué?

Deseaba que dijera que había cambiado de opinión, no que me había marchado pero que me habían interceptado.

—Antímaco me ha atrapado. Ese hombre no debe de dormir nunca. Estaba rondando por la base de la torre norte.

Paris soltó un aullido de dolor.

—¡Ya habías salido de la ciudad!

—Sí.

—Me has traicionado. Me has abandonado. Sin ni siquiera despedirte. ¿Y esperas que te perdone?

—No, no espero eso. Me temía que era el precio que habría de pagar.

—Pero ¡estabas dispuesta a pagarlo!

—Sí —reconocí—. ¡Oh, ha sido tan terrible! Si hubiera podido ahorrarte saber todo esto.

—Ya veo que te gusta dejar a tus maridos por la noche. Has intentado escapar de mí como te escapaste de Menelao. ¡Nunca podré volver a confiar en ti!

—Ése es mi castigo —afirmé. No lo culpaba. Sabía lo que parecía. Yo habría sentido lo mismo.

Saltó de la cama y cogió las mantas.

—No puedo compartir la cama contigo —dijo entre dientes, tras lo cual bajó los escalones y me dejó a solas en la oscuridad.

Oí que sus pasos cruzaban el vestíbulo de abajo y luego se los tragaba el silencio.

Yo temblaba de arriba abajo. Me eché en la cama, y yací rígidamente hasta que el día penetró en la habitación. Estaba dispuesta a dejarlo todo, pero me sentía muy agradecida de poder despertarme entre estas paredes y no entre las de la tienda de Menelao. Y también estaba agradecida por poder continuar respirando sin pensar que tenía los suspiros contados.

Paris había desaparecido cuando me vestí y bajé por la mañana. Los miembros del séquito señalaron que había salido a «ver cómo iba la guerra». Sí, la guerra le proporcionaría todas las oportunidades que necesitaba para perderse y evitarme. Al menos nuestra separación no se daría a conocer. Pero yo debía evitar que los miembros del séquito sospecharan. Debía encontrar una excusa por la cual Paris tuviera sus propios aposentos. Podría tener algo que ver con el frío, los braseros o el ruido, todas ellas meras razones de comodidad que no delataran que se había producido una pelea. Habría buscado la soledad y la paz del santuario de nuestro hogar, consolándome gracias a la sabiduría de la serpiente, pero ahora la cámara vacía aumentaba mi melancolía.

Tenía heridas por todas partes: me dolía todo el cuerpo por haberme golpeado contra la pared. Hacía todo lo posible por no cojear, y daba gracias de que debido al frío tuviese que ir bien envuelta en gruesas capas de lana y chales. Llamé a Evadne y juntas salimos a ver a Gelanor. Quizá supiera el giro que la guerra iba a tomar. Podría hablarle de mi plan frustrado y pedirle consejo. Nunca juzgaba, o mejor dicho, juzgaba pero nunca censuraba.

Lo encontramos cuando salía de casa y se dirigía a toda prisa al depósito central de almacenamiento de armas. Sin embargo, parecía contento de posponer su recado, y dejó delicadamente los sacos en el suelo.

—Mis bombas de escorpiones. ¡No los molestemos! Estaba a punto de probarlas. Pero aguantarán. Pareces preocupada —dijo de repente—. ¿Qué ocurre?

Me habría arrojado en sus brazos en busca de consuelo, pero eso era impensable.

—Oh, Gelanor. ¡Nada podría ir peor!

—¿Nada? Seguro que no. —Dio un paso atrás e inclinó la cabeza. Normalmente aquel gesto era encantador, pero entonces me molestó su fría indiferencia.

—¡Sí, sí, así es!

Se volvió, abrió la puerta de su casa y nos hizo entrar. No valía la pena seguir caminando por las calles. Me hundí en un taburete, agradecida por poder relajar los músculos doloridos.

—Te mueves como si tuvieras cien años —señaló Gelanor.

—Así me siento —gemí—. Tengo golpes por todas partes. —Antes de que pudiera hacerme preguntas, alcé las manos—. Déjame que te lo diga directamente: he intentado marcharme de Troya para entregarme a los griegos.

Tanto Evadne como él contuvieron el aliento con un silbido.

—Es lo más vil que me he pedido a mí misma jamás. Pero he pasado por las calles de Troya, he visto a los refugiados asustados, a los troyanos furiosos, he sabido de los numerosos ataques a los pueblos, he visto a Troilo..., oh, no podía soportar la responsabilidad de todo esto, y más que vendrá. La carga era mayor de la que puede soportar cualquier persona. Si me entregaba a los griegos, terminaba con todo. Tenía que hacerlo. Sólo yo podía hacerlo, y sólo yo lo haría, haría lo que miles de soldados no pueden hacer.

—Qué ilusa —dijo Gelanor de manera cortante—. Así que has intentado trepar por las murallas y te han atrapado enseguida. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se te ha enganchado el vestido a una piedra?

¡O sea, que incluso él me subestimaba! Quería darle un puñetazo. ¿Por qué todo el mundo daba por hecho que era una desventurada, una estúpida?

—¡De hecho no, porque llevaba pantalones!

Gelanor soltó una carcajada.

—¡Deja de reírte! —le ordené—. No me los he puesto para que te divirtieras, sino para trepar mejor.

—¡Pantalones! —Apenas podía contener el aliento, y respiraba con dificultad, sujetándose el costado. Finalmente jadeó y dijo—: Dado que te han atrapado, asumo que no te han protegido.

—Me ha atrapado más tarde el odioso Antímaco, que acechaba fuera de las murallas. No sé qué estaba haciendo. Sólo sé que de repente estaba ahí.

—Puede que sea un espía —dijo Gelanor—. Puede que lo hayas atrapado cuando él mismo se dirigía a los griegos, y ha tenido que fingir que te descubría. Antímaco..., ¿quién podría sospecharlo? Pues es un espía perfecto.

¿Podría ser verdad? ¿Nuestro general más belicoso? Pero fue él quien persiguió a los griegos y quien más se negó a considerar la posibilidad de devolverme. ¿Podría ser...? ¡No!

Mirando atentamente mi rostro, Gelanor continuó, como si hablara consigo mismo.

—Por eso digo que eres una ilusa. Interesa a muchas personas de ambos bandos que haya una guerra entre griegos y troyanos. Sólo Menelao tiene el propósito auténtico de recuperarte. Para él, la guerra terminaría si tú volvieras. Pero los otros continuarían luchando, y te habrías entregado a Menelao en un sacrificio inútil.

Evadne se inclinó hacia delante.

—Puedo entender por qué los griegos quieren esta guerra, pero no los troyanos.

—Sé que has perdido vista, pero debes de haber perdido también oído —respondió Gelanor—. Al principio, las calles resonaban con los gritos de jóvenes dispuestos a ir a la batalla. Debe de estar en su naturaleza juvenil el querer tomar las armas. Ahora, si Antímaco pudiera ayudar a garantizar que la guerra tendrá lugar, lo cierto es que se haría amigo de algunos troyanos y de todos los griegos. No necesariamente en connivencia con ellos, pero desde luego trabajarían por el mismo objetivo: que las lanzas volaran y los cráneos se abrieran. Está claro que tiene un gran apetito por esas cosas.

Evadne meneó la cabeza.

—Pero al acumularse las muertes, los troyanos están perdiendo ese apetito.

—Es verdad —reconoció Gelanor—. Pero creo que pronto haré un anuncio que lo reavivará.

Tratándose de Gelanor, por supuesto, se negó a decirnos qué era. Al mismo tiempo me alivió que no siguiera con mi lamento de que nada podía ir peor. Asumía que me refería a mi huida frustrada.

Pero Evadne no se había olvidado. De vuelta al palacio, me preguntó y le hablé de Paris.

LII

La guerra privada que mantenía con Paris fue engullida por la guerra más amplia que hacía estragos a nuestro alrededor. No sólo no estábamos nunca solos, ya que el palacio estaba lleno de aliados nuestros que habían huido de los ataques asesinos, sino que todo en nuestras vidas permanecía en suspenso mientras la guerra se hinchaba como una araña monstruosa y se tragaba nuestros días y noches. Nadie observó en qué piso dormía Paris, o, si lo hizo, debió de pensar que era para alojar mejor a nuestros aliados. Yo compartía mi habitación con diversas princesas y señoras de Frigia, y sus hermanos y primos más jóvenes encontraban descanso en los nuevos aposentos de Paris.

Llegaron Eneas y su familia, y luego, algo que no presagiaba nada bueno, un torrente de personas asustadas y heridas de Lirneso, cerca del hogar de Andrómaca, hacia el sur, hablando de masacres. Al principio, sólo eran narraciones incoherentes de un ataque repentino de un contingente de guerreros, llamado algo como mir..., mir... Se referían a los mirmidones. El contingente de Aquiles. Así que había cogido a sus hombres y dado una batida allí, tan lejos. Luego se contaban más historias de ataques a las ciudades de los alrededores, de asesinatos, saqueos e incendios. Dijeron que habían muerto todos los hombres, excepto los más jóvenes, los mayores y los lisiados, y que se habían llevado a muchas mujeres como trofeos y como esclavas. Aquiles tenía tantas que eran como un rebaño de ganado. Una mujer escuálida, cuyos pies sangrantes curaban con unguento mis sirvientes, dijo entre dientes que si probaba a todas las mujeres sería un anciano antes de terminar y no habría guerra. Se echó a temblar al pensar en caer en sus manos.

Otros nos contaron que también habían asaltado Asos, y el santuario de Apolo en Crisa había sido profanado y se habían llevado a la hija del viejo sacerdote. «Como Hades a Perséfone», comentó uno. Pero ¿y qué había del rey de Tebas? ¿Qué había sucedido con él, su reina, sus hijos e hijas?

Entonces lo supimos: los habían matado a todos. En un día, Aquiles había asesinado a toda la familia de Andrómaca. Su padre, el rey Etión, había sido asesinado en su patio, lo habían destrozado mientras se agarraba al altar de su dios, y se convirtió en el sacrificio ante las piedras donde él mismo había realizado sacrificios durante muchos años. Sorprendieron a los siete hermanos, que se dedicaban a cuidar pacíficamente el ganado y las ovejas blancas en las colinas, y murieron luchando contra los mirmidones, pero en todos los casos fue Aquiles quien los atravesó con el

bronce, y cayeron en los prados de las faldas de la colina.

Corrí hasta el palacio de Héctor entre las multitudes que había en el vestíbulo y el patio para acompañar a Andrómaca. Héctor estaba saliendo de la habitación cuando llegué, y se le veía destrozado. Me dijo que me agradecía que estuviera allí, ya que me necesitaba, y que temían por su hijo debido a este impacto. No podía quedarse, tenía que salir a las murallas.

Andrómaca yacía en su lecho y también parecía muerta. Su rostro estaba pálido como la lana sin tratar y sus ojos, aunque abiertos, parecían mirar sin ver nada. Le toqué el brazo y lo noté frío. La cubrí más con mantas y pedí que le acercaran un brasero. Le froté las muñecas y susurré su nombre. Al final, muy lentamente, volvió la cabeza y me miró, y la mirada en sus ojos me dejó petrificada. Apenas parecía haber vida en ellos, y la poca que quedaba era sólo dolor.

—Helena... —susurró—. Estoy muerta.

Le cogí las manos y soplé en ellas para calentarlas, para avivar la llama de la vida.

—No, no lo estás, y estás a salvo. —La besé en la frente fría—. A salvo dentro de estas murallas de Troya, detrás del escudo de Héctor, tu marido.

—No sólo es mi marido, sino que ahora es mi padre, mi hermano y mi madre también —dijo con una voz tan débil que tuve que inclinarme para escucharla—. Él es mi única familia ahora.

—No es tu única familia —la corregí—. Héctor y tú pronto tendréis un hijo.

—No vivirá. Aunque viva para parirlo, Aquiles lo matará. Y lo honrará en la muerte, una muerte que él creó. ¿Sabes lo que hizo?

Andrómaca se incorporó, temblando, apoyándose en los codos, y miró con los ojos muy abiertos como un animal acechado.

—Dio un funeral apropiado a mi padre. —De lo más profundo de su garganta brotó una risa macabra, cada vez más alta—. Le puso las vestiduras reales y lo colocó respetuosamente en una pira y luego hizo que sus mirmidones levantaran un túmulo funerario e incluso —su risa entrecortada por la tos empezó a parecer la de una demente— hizo que plantaran un olmedo a su alrededor. Para convertirlo en un lugar sagrado. Oh, eso es lo que hará el ceremonioso guerrero a Héctor y a nuestro hijo. Mata y luego se inclina ante lo que ha matado para honrarlo.

—Aquiles es mortal —señalé—. Los mortales mueren con tanta facilidad por accidentes de la naturaleza como en la batalla. No puede matar eternamente. Yo diría que nunca entrará por las puertas de Troya.

—Puede que tú lo digas, pero es sólo un deseo.

—Andrómaca, has esperado muchísimo tiempo este niño, y lo has deseado por

encima de todo. Ahora, si no luchas para apartar este dolor de ti, Aquiles lo habrá matado sin dar un solo golpe, sin acercarse siquiera a ti. Yo te digo que cojas la fuerza de tu padre y de tus hermanos, la fuerza que te dejaron. Cógela y pónstela como un casco, y sé tan fuerte como todos ellos juntos. Y levántate y da a Troya este niño. — Hice una pausa. ¿Acaso estaba escuchando algo de lo que le decía?—. Puede que él venga a tu familia. ¿Por qué suponer que morirá a manos de Aquiles? También podría ser perfectamente de la otra manera, y sería una venganza gloriosa.

Ella volvió a hundirse en la cama y cerró los ojos.

—Pensaré en ellos —murmuró—. Los llamaré a cada uno por su nombre, y tomaré su coraje donde lo dejaron. No debe quedarse en el prado como quien deja una capa vieja. —Me apretó levemente la mano—. Gracias, Helena, por hacerme ver lo que dejaron para mí.

Afectada, me aseguré de que sus sirvientes me avisaran si había algún cambio y me marché del palacio, donde los lamentos y el duelo resonaban en las habitaciones públicas por las que pasaba a toda prisa. Fuera, las multitudes recorrían las calles como un rebaño asustado que escapara corriendo de un león. A diferencia del ganado en un prado, no tenían adónde ir, así que corrían de aquí para allá, adelante y atrás, de un lado de la ciudad a otro, limitados por las murallas.

Gritaban y llamaban a Príamo para que se dirigiera a ellos. Exigían que el viejo rey se mostrara, de lo contrario considerarían que Héctor era el rey. Estas peticiones insistentes hicieron salir a Príamo a la terraza, que le sirvió como estrado para dirigirse a las masas. Yo veía la tensión en su rostro, en sus ojos, la oía en el leve titubeo entre palabras mientras iba buscando su camino como un caballo con un casco dolorido que anda por un sendero empedrado.

Les aseguré que Troya no estaba en peligro. La fuerza de Troya se mostraba en el hecho de que el enemigo no la había atacado directamente, sino que intentaba minar su fuerza atacando a sus amigos.

—Entonces, ¿por qué no sale Troya a ayudar a sus amigos? —gritó alguien—. ¿Por qué la amistad sólo lo es en un sentido? ¡Los dardanos y los adrasteos deben sufrir por Troya, pero Troya no sufre por ellos! —Se oyó un clamor procedente de lo que debían de ser los dardanos y los adrasteos.

—Accedisteis a luchar junto a nosotros —les recordó Príamo, alzando la voz para que lo oyeran—. Y por una recompensa —añadió.

—¡No accedimos a que atacaran a nuestras ciudades! —gritó otra voz—. Accedimos a enviar soldados para que lucharan, no a que los soldados extranjeros nos atacaran, saquearan y mataran.

—¡Pensamos que sería Troya la atacada, no nosotros! —gritó un anciano al que le temblaba la voz.

—¡Ah, así que os dabais por satisfechos si éramos sólo nosotros! —De repente, Deífobo apareció junto a su padre en el tejado.

—Troya tiene elevadas murallas y torres —gritó una voz de la multitud—. Está hecha para eso. ¡Nosotros no!

—¡Bah! —Deífobo hizo un gesto desdeñoso—. Ahora estáis aquí, participando de nuestra hospitalidad.

—Hijo, hablas cuando no toca. —Príamo puso una mano firme sobre el hombro de Deífobo—. No hablas por el Rey ni por el honorable pueblo de Troya. —Se acercó al borde del tejado y extendió las manos hacia la multitud, alzando la voz—: Lamentamos vuestra desgracia, y admitimos que no nos la esperábamos. ¿Qué podemos hacer para garantizaros que es cierto lo que decimos?

—¡Ganado! ¡Oro! —gritó un hombre.

—El ganado no puede hacer que vuelva mi madre —gritó otra voz.

—Buena gente, venid a mi palacio esta noche. Estará abierto, os daré de comer y hablaremos. —No fue Príamo quien hizo esta invitación, sino Paris, que apareció en el tejado cerca de Deífobo.

Un gruñido recorrió la multitud, hasta que alguien gritó:

—¡Es él! ¡Es la causa de todo! ¡Paris! ¡Compañeros, vuestros hogares arden, se han llevado a vuestros ganados y vuestros padres han muerto por él!

Príamo empujó a Paris hacia atrás. Su rostro estaba oscuro por la rabia.

—Me avergüenzan mis hijos, que hablan antes de pensar —dijo, mirando primero a Paris y luego a Deífobo—. No, es a mi palacio adonde debéis venir. Esta noche. Las puertas estarán abiertas para vosotros.

La multitud se dispersó, ruidosa pero apaciguada. Ahora veía en qué podía convertirse Troya en un instante cuando la gente se alteraba. Estaban confinados, como bestias en una jaula, demasiado juntos, y todo el mundo sabía que varias bestias en la misma jaula tendían a pelearse. Ahora Troya estaba atestada de extranjeros, era volátil como la yesca seca, y estaba repleta de heridos, troyanos o no.

¿Así que Paris quería abrirles las puertas de nuestro hogar? Debía de haber perdido la razón. O su profundo y persistente dolor por la muerte de Troilo le hacía pensar que podría reparar el daño de esta manera. Egoístamente, me sentí aliviada al saber que Príamo lo hubiese evitado.

Pero compadecía a Hécuba aquella noche.

Sin tiempo para prepararse, el rey y la reina de Troya debían recibir a cientos de

invitados en sus dominios privados. Les costaría muchísimo, ya que tendrían que vaciar preciadas reservas necesarias para el asedio continuo. Pero estábamos en esa fase de la guerra en la que las cortesías podían tener más peso que las necesidades.

El patio resplandecía por las antorchas. No esperaba menos. Estaban asando varios bueyes, también como esperaba. Había jarras de vino firmes como soldaditos, cinco a cada lado en seis filas, en mesas largas. Montones de pan, cocido a toda prisa aquella tarde, y cestas de preciados higos secos y dátiles estaban repartidas generosamente entre cuencos de olivas y manzanas.

Yo estaba sola. No había encontrado a Paris en nuestro palacio, y sabía que eso implicaba que no deseaba que lo encontraran. No sólo no quería compartir la cama conmigo, sino que no quería compartir mi brazo en un acontecimiento público. Lo que había dicho iba en serio. Había terminado conmigo. Ya no había más Paris y Helena.

Mientras me abría paso entre la multitud y veía sus heridas y sabía de sus pérdidas, la culpa y el dolor cayeron sobre mí como un manto empapado por la lluvia. Me sentía culpable porque habían sufrido por nada: si Paris y Helena ya no estaban juntos, todas sus pérdidas no habían servido para nada, y Troya no tenía por qué ser atacada. Y sentía pena por mí misma, una pena profunda porque Paris ya no me amaba.

Él me había traído felicidad vertiginosa, satisfacción absoluta, libertad, por lo que resultaba aún más difícil volver al mundo gris sin él, un mundo tan gris como la llanura de Troya en invierno, tan gris como el mar ondulante que rompe contra la costa de guijarros de Gitio. Había deseado probar los sabores de la vida ordinaria, había rezado para que me liberaran de ser casi una diosa. Ahora mi deseo se había cumplido. A las mujeres corrientes se las dejaba de lado, cada día oían que sus maridos decían: «Ya no te quiero». Las mujeres corrientes entraban solas en su habitación. Las mujeres corrientes buscaban en esa habitación la cara de una persona que lo único que haría sería volverla.

«Bienvenida a la tierra de la gente corriente, Helena. ¿Te gusta?», me susurraba una voz leve al oído, pero no, no estaba en mi oído sino en mi mente. Una voz que conocía muy bien. «No pensé que te gustara».

—Aún no he tenido tiempo de acostumbrarme a ello —le dije—. Con el tiempo, lo haré.

«Puedo hacer que todo vuelva a brillar —prosiguió—. Puedo cambiar a Paris en un instante».

Ahora la habría rodeado, si hubiera resultado visible.

—Debemos seguir nuestro propio camino —afirmé. Pero una parte de mí ansiaba decir: «Sí, sí, lanza tu hechizo y haz que vuelva a ser mío». Pero no quería denigrarnos a ninguno de los dos de esa manera.

«Como desees», dijo ella burlescamente. Su leve risa resonó en mi cabeza.

La sala parecía más ruidosa que nunca, ahora que el silencio y la audiencia con la diosa en mi cabeza habían finalizado. Estaba abrumada por el ruido de la gente que daba vueltas por la habitación, por los empujones y las disputas para conseguir trozos del buey asado que estaban cortando y entregando. Era cierto, Príamo tenía que recibirlos para honrar su sufrimiento, pero era una lástima que lo único que pudiera hacer fuera ofrecerles comida y bebida terrenal, cuando necesitaban algo en un plano distinto.

Deífobo se encontraba justo delante, asomado entre la multitud. Me aparté. No tenía ningún deseo de hablar con él, ni siquiera de saludarlo. Cuando el corazón está enfermo no apetece incitar a los cuervos carroñeros. Al apartarme de él, me topé con ese muchacho retraído, Hillo, que se inclinó, tartamudeó y adoptó una expresión apenada. Me dijo algunas frases de cortesía antes de desaparecer de nuevo. Yo estaba sola en la multitud, y me empujaban y tiraban de mí por todos lados. No tenía a nadie con quien hablar, a no ser que insistiera en obligar a alguien a hacerlo.

Sola en Troya. Y lo cierto es que, exceptuando a Paris, siempre había estado sola en Troya. Ahora se había retirado y me había dejado abandonada: una extraña entre extraños.

Quería marcharme, escabullirme a mi propia casa. Me volví para hacerlo. Sólo quería estar sola, sola de verdad. Vi a Gelanor en un extremo de la sala y me di media vuelta, ya que él buscaría mi compañía. Ahora no quería compañía, sólo sentía la necesidad acuciante de escapar.

Pero ¡me vio! La expresión de su rostro cambió y empezó a caminar hacia mí, pero yo fingí que no lo había visto y seguí mi camino entre la gente. Casi había desaparecido y sentía el aire fresco de fuera penetrando en las columnas cuando lo oí dirigirse a la concurrencia.

Al principio pensé que no podía ser. Sólo el Rey, sólo la familia real, podía dirigirse a los invitados en aquella habitación. Pero no, era su voz. Lentamente, el murmullo cesó y todas las cabezas se volvieron hacia él.

Estaba de pie junto a Príamo. El brazo de Príamo rodeaba su hombro, otorgando el reconocimiento real a cualquier cosa que dijera. Príamo lo miraba casi con ternura.

Gelanor habló finalmente del misterioso espía que había conseguido introducirse en el bastión más recóndito de Troya. Este espía, dijo, poseía los conocimientos que

sólo podía tener alguien libre de entrar y salir, de escuchar y pasearse entre nosotros. Él (o ella) supo lo del destacamento enviado a Dardania y a Abidos. Supo que había una parte débil en el muro.

—Y sabía de la profecía sobre Troilo —añadió—. Lo sabía porque se dijo en su presencia. Troilo confió en él; Troilo murió por esa confianza.

Había tanto silencio que parecía que la sala estaba vacía. No se oía a nadie ni respirar.

—Pedimos a Hillo que dé un paso adelante. —Príamo extendió el brazo: era una orden real.

No ocurrió nada. Nadie se movió. Entonces, de repente, hubo una conmoción en la parte de atrás de la sala. A continuación se oyó un grito, y dos hombres fuertes arrastraron a Hillo hacia delante. Lo arrojaron a los pies de Príamo.

—Levántate. —La voz de Príamo era fría como las nieves que caen en lo alto de los picos del Ida.

El lío de ropas que formaba Hillo se agitaba y temblaba a los pies de Príamo. Dos soldados lo levantaron.

Gelanor dio un paso adelante y apartó la cascada de cabello que ocultaba la frente de Hillo y mostraba la cicatriz irregular. Los soldados le dieron la vuelta bruscamente para colocarlo mirando a la gente.

—Una cicatriz —dijo Gelanor. Pero yo sabía que no hablaba por hablar—. Una cicatriz siempre demuestra que alguien es quien dice ser. Un millar de historias y canciones dan fe de ello. Suficiente para engañarnos, ¿no estáis de acuerdo conmigo? Suficiente para que cuando el joven Hillo (o quienquiera que sea) volvió a nosotros lamentándose de la desertión de su padre Calcas, sólo nos fijáramos en que tenía la cicatriz en la frente que lo desfiguraba, y le diéramos de nuevo la bienvenida. ¡Mucho se había hablado de esa cicatriz antes de que se marchara! Y desde el momento en que ese chico entró por nuestras puertas, el enemigo supo misteriosamente dónde nos encontrábamos y qué nos preocupaba. ¿Cuántas muertes vinieron a continuación? Suficientes como para que yo quisiera saber cuán característica puede resultar una cicatriz. —Gelanor alzó los brazos—. Esto es lo que he averiguado: las cicatrices pueden imitarse. Es fácil. Aquí están las cicatrices características de mis brazos, y todas me las he hecho yo.

Las mangas de su manto cayeron y revelaron tres cicatrices. Ahora conocía el objetivo de su experimento con la arcilla, la ceniza y la tierra.

—Este joven ha reproducido las cicatrices de Hillo. ¿Dónde está Hillo? Asesinado, quizá. En cualquier caso, esta persona no es Hillo, sino un astuto imitador

enviado por los griegos. Lo enviaron aquí para jugar con nuestros deseos, con nuestra esperanza de que el padre y el hijo no hubieran traicionado a Troya. Pero ¿dónde está la madre de Hillo? Se ha mostrado extrañamente callada. Habría sabido que este impostor no era su hijo. Pero... —Gelanor se dirigió directamente hacia él— has evitado a tu «madre», ¿no es así? Dijiste que no habías pasado tiempo en casa. ¡No me extraña!

Hillo empezó a parlotear.

—¡Pregunta a mi madre! ¡Pregúntale! ¡Ya verás! ¡Mi madre lo sabe!

—Trae a la esposa de Calcas, madre de Hillo. —Príamo dio la orden tranquilo, pero decidido.

—Mientras esperamos, continuemos el interrogatorio —propuso Gelanor—. Nos gustaría saber cómo transmitiste tus hallazgos a tus amigos en el campamento griego. Ir tú mismo abiertamente habría resultado demasiado evidente. O bien enviaste a otra persona, o bien te inventaste señales para mandarlas con antelación. No pareces lo bastante listo para haber creado un código tú mismo, si se me permite decirlo. ¿Nos dirás la verdad? —Su tono educado era tan insultante como una bofetada.

Hillo cerró los ojos y meneó la cabeza para indicar ignorancia y dolor por el malentendido.

—No, no lo creo —continuó Gelanor—. Seguirás con el teatro hasta el final. Pues muy bien, porque el final está cerca.

Trajeron a la madre de Hillo, que la abrazó con grandes aspavientos. No logré ver si ella le devolvía el abrazo afectuosamente o simplemente lo toleraba.

—¡Madre! ¡Díselo, madre! Están haciendo una acusación terrible, al decir que soy un impostor.

Ella lo miró inquisitivamente. Extendió la mano y le tocó la mejilla, pasándole la palma delicadamente por ella.

—Hijo mío...

La sala se llenó de murmullos.

—¡Sí, madre! —exclamó él. Las lágrimas le corrían por la cara, y el labio le empezaba a temblar—. ¡Gracias, madre!

—No lo sé —continuó la mujer, retorciendo las manos. También tenía el rostro crispado—. No lo sé... —Se volvió hacia Príamo y lo miró desesperada—. Algunos días pienso que sí, que es él, Hillo, hay días en los que se vuelve y hace un gesto que sólo podría ser de él. Pero la primera vez que lo contemplé, no lo reconocí como Hillo. —Se volvía hacia un lado y otro, entre Príamo e Hillo, estaba angustiada—. No era mi hijo. Era otra persona. Me asustó... como si hubiera muerto, y éste fuera una

sombra, un pálido visitante. A medida que pasaban los días, la palidez desapareció y le vino el color y asumió la vida de Hillo.

—¿Cómo has podido hacer esto? —Príamo estaba perplejo—. ¿Cómo has podido recibirlo a él, a este fantasma?

—Porque..., porque no lo sabía seguro.

—¿Una madre no reconoce a su propio hijo? —Hécuba habló por primera vez, estaba cerca de Príamo. ¡Sí, Hécuba, la madre que había expulsado a su propio hijo!

—Hacia tiempo que no lo veía..., la gente cambia. —La madre estaba abatida—. Y ya sabéis cuánto echa de menos una madre a su hijo perdido. Una parte de ti es capaz de aceptar cualquier fragmento, aunque no esté completo. Hay algo en tu interior que se conforma con una copia, si la copia es buena.

—¿Aunque sea falsa hasta la médula? —Gelanor estaba indignado—. Este chico no era un trozo de Hillo, no hay ni una pizca de Hillo en él. ¡No es más Hillo que yo! ¿Me habrías llamado «hijo» a mí?

—No, porque no habría podido convencerme a mí misma de ninguna manera de que eres Hillo, por mucho que lo deseara. Este chico me lo puso fácil. —Lo cogió de las manos y las soltó a modo de despedida—. Ahora resulta doblemente difícil. He perdido a Hillo dos veces.

—¡Madre! —gritó el chico, extendiendo los brazos.

—Si me tuvieras como madre, no serías tan cruel como para seguir torturándome —dijo la mujer dando un paso hacia atrás, con las manos quietas a los lados—. Esto demuestra que lo que deseaba no era cierto.

—¡Lleváoslo! —exigió Príamo—. Encadenadlo y que no se escape. Antes de que sea ejecutado, debemos averiguar lo que sabe.

Los dos soldados lo agarraron y, sujetándole los brazos a la espalda, lo empujaron entre la multitud, que se había vuelto agresiva.

—¡Matémoslo! —gritó un hombre—. ¡Pensad en las muertes que ha provocado!

—Todo a su debido tiempo —intervino Gelanor—. Todavía podemos evitar algunas muertes, si averiguamos lo que este espía y sus amigos han planeado.

—¡Madre! —gemía el chico desde el fondo de la habitación.

Entonces, oímos que los soldados lo golpeaban y lo hacían callar. La esposa de Calcas, llorando y dando trompicones se apartó de los que la interrogaban y desapareció entre la multitud.

De repente, la sala se llenó de gemidos y gritos de duelo por todas las muertes causadas por aquella guerra. El intento de Príamo de procurar consuelo y reconciliación sólo había servido para reunir a grandes cantidades de víctimas de la

guerra en una sola habitación, donde su dolor y su angustia podían multiplicarse por diez. Las mujeres gritaban y levantaban las manos, los niños emitían chillidos lastimeros que sonaban como puñaladas en la noche. Volcaron las mesas e hicieron añicos los recipientes del vino, esparcieron la comida y convirtieron la habitación en un revoltijo resbaladizo.

—Amigos míos... —Príamo alzó las manos, implorándoles. Pero su voz se perdió en el tumulto.

—¡Yo terminaré con esto! —Una voz se alzó sobre las demás, atravesándolas como las suaves notas agudas de una flauta se alzan por encima de los golpes de los tambores—. ¡Yo lo empecé, y por todos los dioses, yo le pondré fin!

¡Paris! Pero ¿cómo iba a ponerle fin? No había vuelta atrás.

Había ocupado su sitio junto a Príamo; bajo la luz parpadeante nunca lo había visto tan espléndido..., pero ¿acaso se debía solamente a que se había apartado de mí? ¿Habría aumentado su belleza al no ser mío?

Levantó los brazos, como si sus finas manos quisieran alcanzar el cielo. Mantenía la cabeza erguida y la barbilla levantada, pero vi que sus ojos examinaban a la multitud. Cuando me vio, apartó la vista.

—Yo os he conducido a esto —dijo—. Me metí de cabeza en el terreno de lo desconocido, y ahora nos he arrojado a todos contra las rocas. Pero el barco..., el barco de Troya no se ha hundido. Y mis queridos amigos, ya sabéis lo que hacemos cuando un barco parece estar en peligro o maldito...: aligeramos la carga, lanzamos el objeto maldito por la borda. Y eso haré. Yo soy el objeto maldito.

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Iba a matarse? No, antes de dejar que eso ocurriera, lo rodearía con mis brazos y permanecería entrelazada a él durante el resto de su vida, sería su odiada cadena.

—Dos hombres se han llamado a sí mismos maridos de Helena, hija de Tíndaro de Esparta. —Volvió lentamente la cabeza para mirar en dirección a todos los reunidos, y sus ojos recorrieron todos los rostros. Agradecí que no hubiera dicho «hija de Zeus»—. Menelao, de la casa de Atreo en Grecia, y yo, el príncipe Paris de Troya. Se trata de una lucha privada, que el hermano de Menelao ha decidido aprovechar para convertirla en guerra. Agamenón era un caudillo sin guerra hasta que se presentó ante él. Pero debo decir que sigue siendo un asunto entre dos hombres: entre el hombre que Helena eligió como marido en un concurso que su padre había preparado muchos años atrás, y el hombre que eligió por sí misma. Es culpa de Agamenón que cualquier otro sufra por ello. Encarguémonos nosotros mismos. Desafío a Menelao a un duelo. Que vaya a mi encuentro en la llanura ante las murallas de Troya. —Por fin bajó los

brazos—. La lucha será a muerte. Y que los dioses unjan al mejor.

Esperaba que Príamo se opusiera; que Hécuba gritara. Pero permanecieron en silencio. Durante un instante eterno, la gran multitud que había en la sala no hizo nada, y entonces empezaron a gritar y balancearse, y a alabar a Paris por su valentía. Avanzaron hacia delante y lo rodearon, y a continuación lo alzaron a hombros.

—¡Paris, Paris, Paris! —gritaron.

Lo jalearon. Él saltó y saludó, pero no me miró en ningún momento.

LIII

Noche cerrada. Estaba sentada en lo más recóndito de mi alcoba, sin permitir entrar a nadie. Oí que Gelanor pedía que le dejaran entrar y que mi sirvienta lo despachaba. Oí que Evadne suplicaba lo mismo, pero la rechazaban. Yo estaba completamente sola, y así debía ser.

La quietud de la noche invernal asolaba la habitación, dejando que las palabras de Paris resonasen en el frío. Al amanecer lucharían. Y al día siguiente, a esta hora, ¿quién yacería en silencio y sin vida?

Sabía que sería Paris. Menelao era más fuerte y hábil en la lucha. Además le movían la ira y el deseo, alentados por la necesidad de venganza, mientras que Paris había perdido el ánimo hacía un tiempo; su ánimo había desaparecido con Troilo. Menelao lucharía contra un hombre que ya estaría muerto. Al día siguiente por la noche, a esta hora, Paris y Troilo caminarían juntos a través de los grises campos de asfódelos. Y yo sería una viuda en las orillas de la oscura y profunda Estigia, vería las sombras pero no podría cruzar. Menelao proclamaría su victoria y yo volvería como esposa suya y madre de su hija.

Oscuridad. Oscuridad. El cielo continuaba oscuro como la tinta del calamar. No había amanecer. Todavía no.

El amanecer llegó finalmente, y los grajos y cuervos graznaron para darle la bienvenida. Los ruidos ásperos que emitían parecían tambores funerarios. El sol salió triunfante por el cielo del este. Abajo, en la llanura, no había movimiento. Los griegos se habían puesto en marcha; las ruedas de los carros levantaban nubecillas de polvo pálido. Bajo mi ventana, veía y oía las idas y venidas de los troyanos preparándose para el espectáculo. Alguien preparaba a Paris para la lucha. Debía de haber sido yo, pero sabía que me habría rechazado, se habría negado a verme, al saber que probablemente iba a morir por una mujer a la que ya no amaba.

Ansiaba verlo cuando partió, pero no confiaba en ser capaz de resistirme y no arrojarme a sus brazos, lo que le preocuparía y le minaría su capacidad de luchar. No, debía permanecer donde estaba. Sólo podría verlo una vez se hubiera marchado, allá abajo, en la llanura, sólo cuando ya fuera demasiado tarde.

Me cambié de ropa, me envolví en un manto abrigado y me dirigí al tejado a mirar. Vi la espléndida hilera de soldados griegos y un contingente de troyanos que avanzaban a su encuentro bajo la luz rosácea del amanecer, y a continuación oí débiles vítores cuando la puerta Escea de Troya se abrió y salieron Príamo y Héctor

en su carro, y luego, detrás de ellos, Paris en el suyo. Aún había un tercero que transportaba a heraldos y ofrendas propiciatorias. En semejante intercambio formal había que proclamar un tratado ceremonial y establecer sus términos.

Se arremolinaron al reunirse todos, y ya no pude ver ni oír lo que estaba sucediendo. Oí un susurro tras de mí, me volví y vi a Evadne de pie. ¿Cómo había conseguido llegar hasta allí, hasta mis aposentos privados?

—Helena, me has llamado —dijo en voz baja.

Entonces vi la curva de su cuello y el resplandor en su mirada, y supe quién era: Evadne no, desde luego. Así le gusta a Afrodita burlarse de nosotros, creyéndonos ciegos y estúpidos.

—Así es —dije, fingiendo que me creía su disfraz—. Hoy me siento tan ciega como tú —añadí con tristeza—. Ojalá pudiera ver lo que está pasando en esa espantosa llanura de ahí abajo. Y oír las palabras que dicen.

—Como he perdido vista, he aprendido a mirar a lo lejos de un modo distinto —dijo. No habría podido distinguir su voz de la Evadne—. Cierra los párpados muy fuerte hasta que veas remolinos de colores y manchas, y luego ábrelos de nuevo. Concéntrate en lo que desees ver a lo lejos, y aparecerá ante ti.

Seguí sus instrucciones, obediente, fingiendo aún y siguiéndole la corriente a la diosa. Cuando abrí los ojos de nuevo, era como si estuviera en medio de la llanura, junto a los hombres, incluso veía las nubecillas de vapor que salían de los ollares de los caballos, alzándose en el aire helado del amanecer.

Príamo se adelantó desde su carro y se acercó a Agamenón. Los dos hombres se detuvieron a cierta distancia. Las largas sombras de la primera hora de la mañana les mostraban a los dos de la misma altura, pero la sombra de Agamenón era dos veces más recia que la de Príamo. Los heraldos acercaron los corderos sacrificiales, el vino mezclado en un cuenco resplandeciente, y vertieron agua en las manos de ambos reyes. Ambos se hicieron una seña, asintiendo, y luego Agamenón cortó un mechón de lana de la cabeza de los corderos; los heraldos lo distribuyeron a los capitanes de ambos bandos. Luego alzó las manos y pronunció una plegaria con aquella voz estridente que yo siempre había odiado. Invocó a Zeus, al sol, a los ríos, a la tierra y a los poderes del averno, para que fuesen testigos de su juramento y para que vieran que lo mantenía.

—Si Paris mata a Menelao —bramó—, se le permitirá conservar a Helena y todas las riquezas que se llevó con ella, y nosotros partiremos de las costas de Troya. Pero si Menelao mata a Paris, los troyanos deberán entregar a Helena y su tesoro. Y además nos deberán compensar a todos nosotros por los gastos al venir aquí. Sí, tendrán que

pagar una recompensa, y de una escala tal que las futuras generaciones lo recordarán. Y si no lo hacen, mantendré aquí mi ejército y destruiré Troya.

Para mi sorpresa, Príamo accedió. ¿Acaso no veía que ninguna recompensa satisfaría nunca a Agamenón, y que le acababa de dar permiso para saquear Troya? Y en cuanto a las riquezas que aseguraba que yo me había llevado, era una mentira.

—¡No! —grité, pero estaba demasiado lejos.

Agamenón sacó su gran espada y cortó la garganta de los corderos. A continuación echaron vino en dos copas; él cogió una y le entregó la otra a Príamo, y ambos la vertieron en el suelo. Entonces, con una sola voz, los troyanos y los griegos pronunciaron una maldición: «Que los sesos de todo el que rompa este tratado queden aplastados en el suelo, sí, y los de sus hijos también, y que sus esposas sean entregadas como esclavas a unos forasteros».

Temblando, Príamo murmuró que debía volver a Troya.

—No puedo soportar quedarme aquí tan cerca y ver sufrir a mi hijo Paris. Mi único consuelo es que los dioses ya han elegido qué hombre ganará, y que todo lo que siga ya ha ocurrido —dijo, y, muy tieso, se volvió y se subió a su carro. Pero no antes de que tanto él como yo oyésemos a ambos ejércitos rogar que muriese Paris.

—Que perezca el hombre que nos ha traído todos estos problemas —suplicaron a los dioses—. ¡Que baje a la casa de Hades, y traednos la paz!

¿Podía oír una plegaria peor un padre o una esposa? Qué idiotas eran si pensaban que aquello les traería la paz en verdad. Agamenón quería los tesoros de Troya, y éstos no me incluían a mí.

Las nubes de polvo trazaron una línea mientras Príamo volvía a Troya, y las puertas se abrieron de par en par de nuevo para dejarle entrar.

—Ha ocupado su lugar en la muralla —dijo el espíritu-Evadne—. Propongo que nos unamos a él. —Sus labios, extrañamente suaves y sin las arrugas que normalmente tenían a su alrededor, estaban curvados en una astuta sonrisa.

Quise poner alguna objeción, pero acabé siguiendo sus instrucciones.

Una gran multitud de mirones se había reunido en la zona justo por encima de la puerta Escea, y vi la cabeza gris de Príamo rodeada por su familia y sus consejeros. Mientras pasaba entre nuestras filas les oí murmurar. El viejo Pantoo, que normalmente sólo se preocupaba por dispositivos mecánicos irrelevantes, tenía un aire torvo y me miraba con los ojos inyectados en sangre. Junto a él, el elegante Antenor me fulminaba, lleno de reproches.

Mi lugar estaba junto a Príamo y Hécuba, por muy doloroso que fuese para todos nosotros. Príamo se volvió a darme la bienvenida. Sus palabras eran amables, pero vi

el terror ciego en sus ojos. Decía que no me echaba la culpa a mí, sino a los dioses. Hécula no dijo nada. Me miró con los ojos entrecerrados, y sus hijas a su lado siguieron mirando al frente hacia la llanura, viendo cómo su hermano se dirigía a la condenación, a una condenación que él mismo había atraído sobre sí.

Héctor seguía al lado de Paris, y él y Odiseo examinaban el terreno de combate. Los dos contendientes estaban de pie, vigilantes. Menelao, que en todo el tiempo que yo había pasado en Troya me había producido tanta rabia, estaba de pie ante el ejército griego, con los pies plantados en el suelo de aquella forma algo extraña que yo recordaba tan bien. Mi corazón se llenó de piedad por él. Aquel hombre todavía estaba sufriendo por mí.

Paris miraba al suelo, con la cabeza gacha. Un sacrificio. No esperaba sobrevivir.

Héctor estaba de pie entre ellos y agitó en su casco los objetos para echar a suertes, apartando la vista. Apareció el que daba derecho a arrojar la primera lanza. Los dioses habían elegido a Paris.

Ambos hombres se colocaron los cascos y sus rostros desaparecieron debajo del bronce. Menelao cogió su escudo redondo, y, dando unas zancadas hacia el centro del terreno, se colocó en su lugar. Paris echó atrás la lanza de largo astil y la arrojó por el aire. Dio en el escudo de Menelao con un ruido estruendoso, pero no penetró por completo; por un instante sobresalió en línea recta y luego la punta de bronce se dobló bajo su peso y la lanza cayó. Menelao la retorció con una mano y la arrojó a un lado, y luego lanzó él a su vez contra Paris. La maldita diosa me permitió oír las palabras que murmuró, apelando a todos los poderes para matar a Paris, para que le concedieran su venganza. Añadió desdeñosamente que los hijos de nuestros hijos todavía temblarían sólo con pensar en engañar a un anfitrión tan amable como él, Menelao. Unas palabras egoístas y que eliminaron la piedad que sentía por él.

El odio dio fuerza a aquel lanzamiento y la lanza penetró en el escudo de Paris, desgarrando su túnica. Pero él había dado un salto a tiempo para evitar resultar herido. Mientras se tambaleaba e intentaba recuperar el equilibrio, Menelao se arrojó sobre él, blandiendo la espada, y la dirigió con fuerza hacia el casco de Paris. La fuerza del golpe le hizo caer de rodillas. Pero en lugar de penetrar en el casco, la hoja montada en plata se rompió en pedazos y cayó como una lluvia de metal brillante en torno a Paris, arrodillado.

Menelao chilló y alzó sus manos al cielo, y luego se arrojó hacia Paris y lo cogió por la cimera del casco. Su furia le daba la fuerza de un Heracles, y levantó a Paris del suelo, haciéndole describir un arco; luego empezó a arrastrarle hacia la línea de los griegos. No se molestaba ya en usar lanzas ni espadas; quería matarle con sus propias

manos desnudas.

Retorciéndose, Paris se agarraba con las manos la correa del casco; le estaban estrangulando hasta la muerte. Un gruñido surgió de la muralla al verle así, indefenso. Los pies de Paris se arrastraban por el polvo, y sus brazos tiraban del casco.

En un momento dado, el sol recién salido arrojó su luz dorada sobre el campo de batalla, y al siguiente, una oscura niebla se abrió paso por la llanura, tendiendo sus extraños dedos hacia los combatientes envueltos en polvo. Justo antes de que los alcanzara, vi que la correa del casco de Paris se rompía y que él luchaba por ponerse en pie. Menelao arrastraba un casco vacío. Lo miró y lo arrojó hacia las filas de su ejército. Luego se volvió hacia Paris buscando una forma de matarle. De repente, ambos hombres se desvanecieron.

La niebla nos envolvió también a nosotros. No podía ver ni siquiera a Príamo, aunque estaba muy cerca. Pero oía la suave y dulce voz de mi compañera:

—Vuelve a tu palacio —murmuraba—. Paris te espera en tu fragante dormitorio, con toda su belleza radiante. Ve, únete a él en el lecho con incrustaciones.

Aquello era demasiado para soportarlo, aunque yo fuese una simple mortal y la que me susurraba una inmortal.

—¡No! —grité—. Menelao ha derrotado a Paris en la llanura. Me estás atormentando. No me dejaré engañar para ir a una habitación vacía.

Antes de que ella respondiera, noté un frío temor que me invadía.

—Si me provocas de nuevo, te odiaré tanto como te he amado —siseó—. ¡Ah, sí, te sientas y te compadeces a ti misma cuando tienes mi favor! Si te lo retiro, recordarás todo ese dolor como un auténtico gozo. —Esperó un momento—. Haz lo que te digo. Ve a tu palacio y busca el dormitorio de Paris. Ahora.

Me alejé, dejando a los troyanos en la muralla. Nadie me echó de menos, nadie me vio partir. La niebla lo dispuso así.

Notaba mis piernas pesadas, como si fueran de madera, mientras subía fatigosamente hacia el palacio. Allí no habría nadie. El único Paris que me esperaría sería el que llevaba en la mente, mientras que el real yacía asesinado. No había oportunidad alguna de reparar lo que nos había separado, ni en esta vida ni en el pálido averno. Todo sería vagar en la oscuridad, agua helada chorreando de las rocas donde se reúnen los muertos sin esperanza, pasando uno junto al otro, incapaces de pensar ni de hablar.

El palacio estaba allí delante, rodeado por el vacío. Todo el mundo estaba abajo, en las murallas, y la cima de Troya se hallaba desierta. Las puertas permanecían abiertas. Qué extraño, siempre estaban cerradas. No había guardias en el interior, ni

sirvientes, ni ninguna de las personas que atestaban nuestras estancias desde hacía tanto tiempo. Mis pies resonaban con fuerza mientras caminaba. Subí poco a poco las escaleras, hacia el silencio. Arriba, más escaleras, ascendiendo hacia la quietud. No quería subir los escalones finales ni entrar en la habitación. Miré hacia atrás: no había nadie detrás de mí. «Evadne» se había desvanecido, como ya sabía que ocurriría.

Y seguí subiendo, tendí la mano hacia los grandes tiradores de la puerta, los atraje hacia mí, abriendo las pesadas hojas. Entré y vi movimiento en la cama. Paris estaba allí echado, tan provocativo como un fauno yaciendo en la orilla de un río cubierta de flores. Sobresaltado se enderezó, llevándose una cubierta hacia el pecho y parpadeando como suelen hacer los que se despiertan repentinamente de un sueño.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Dónde estaba su armadura? ¿Yacía desnudo en la cama? ¿Cómo podía estar durmiendo? Me quedé mirándole, sin habla.

—Helena —dijo, y su voz no tenía ni un ápice de aquel tono feo de antes—. Helena. —Sonaba como un niño perdido y asombrado.

De repente, vi que no estábamos solos. Afrodita, sin molestarse ya en imitar el aspecto de Evadne, estaba cerca, ondulante. Llevaba una silla y la colocó junto a la cama.

—¡Siéntate! —me ordenó.

Me dejé caer en ella. Sin embargo, ni siquiera la miraba. Sólo miraba a Paris.

—Pero te he visto en la llanura... —empecé.

—Sí..., sí. Menelao me estaba arrastrando y de pronto me he sentido libre. He echado la cabeza atrás y el casco ha salido volando, y entonces me he apartado. Justo antes de ese momento sabía que iba a morir. Moriría y tú volverías con Menelao.

—Pero no comprendes —le dije— que yo nunca habría vuelto con él.

—Pero ¡si lo intentaste ya antes! ¡Saltaste por la muralla para volver con él!

—Para acabar la guerra y dirigirme hacia el Hades, no hacia Menelao. ¿Acaso no hay dagas? ¿Acaso no hay venenos? Ah, sí, hay muchos medios para llevarnos a nosotros mismos al Hades. ¡Después de todo a mi madre le bastó con una cuerda!

—He sido injusto contigo, Helena. Dejaste el palacio (¿o era una prisión?) en Esparta. No tenía derecho a devolvarte allí. Y al morir en ese duelo lo habría hecho. —Ahora estaba sentado y yo veía que no estaba desnudo sino que llevaba una túnica de la lana más fina, con hilos de plata entretejidos, no la túnica de un guerrero—. Estaba apartándome a gatas de Menelao, aturdido por la sorpresa al ver que de alguna manera me había liberado, y oyendo los rugidos de los griegos en las líneas que tenía detrás de mí, pero no tenía adónde escapar, porque no había seguridad. El duelo debía continuar hasta que uno u otro estuviese muerto. Y entonces, de repente, conseguí

meterme por entre lo que parecía un bosque de piernas y pasé por encima de los pies con sandalias y, de súbito, estaba aquí, en esta habitación, e invadido por el sueño, me he echado. Y cuando he levantado la vista has aparecido tú.

—Y ella también. —Eché un vistazo a la resplandeciente Afrodita.

—¿Quién? —preguntó Paris. Él no la veía.

—Nuestra amiga. Nuestra enemiga. Con los dioses, las dos cosas son lo mismo.

Él me miró con la antigua confianza, con aquel anhelo y esplendor en su rostro juvenil.

—Helena, te ruego que me perdones. Te amo más de lo que puedan expresar las palabras. No puedo vivir sabiendo que hay una sombra o una nube entre nosotros.

—Pero ¡has sido tú quien has provocado esa sombra! —Mi sol, Paris, se había escondido detrás de una nube negra y gris, y mi mundo se había quedado frío.

—El dolor por las muertes a nuestro alrededor, muertes que yo he causado, y no tú, arrojaban una carga tan pesada sobre mí que apenas podía respirar, ni levantar la vista. Sólo quería que acabase todo esto, y he intentado concluirlo de la única forma que veía. Pero Helena..., ¡oh, Helena! —dijo, y se alzó del fragante lecho y me abrazó.

Noté el calor y la fuerza de aquellos brazos que colgaban flácidos a los costados cuando yo estaba junto a él, desde que empezaron las muertes.

Su beso era mucho más dulce que ninguno de los que había probado jamás. ¿Era porque se me habían negado durante mucho tiempo, o acaso Afrodita había aumentado su dulzor? Miré a los rincones de la habitación por el rabillo del ojo, pero no vi nada. Ella se había desvanecido. Aquél, en ese preciso momento, era enteramente un amor nuestro, un deseo plenamente nuestro. Me aferré a él y juré que nunca dejaría que nada nos separase.

Nos escondimos en nuestros aposentos privados, algunos dijeron más tarde que con cobardía. Pero eso no es cierto; simplemente, una vez más estábamos apartados del resto del mundo, igual que hacía tiempo. El día, que había empezado de una forma tan dura y que pasó tan lentamente, a partir de entonces correteaba como un ciervo, hora por hora.

Luego entró Héctor, tras abrir las puertas sin ceremonia alguna. Miró a su alrededor ansiosamente, pero cuando sus ojos se posaron en nosotros, frunció el ceño.

—¡No! —gritó, con la voz llena de incredulidad—. ¡No puede ser! Tú no puedes estar aquí. Decían que te habías escapado, no quería creerles. Pensaba mejor de ti, pero es cierto. ¡Qué vergüenza, qué desgracia para la casa de nuestro padre! —Corrió hacia Paris y le empujó, haciéndole caer. Pensé que lo sacudiría hasta matarlo—. He

venido para demostrar que estaban equivocados, y en lugar de encontrar tu habitación vacía, te encuentro aquí —aulló a Paris, en el suelo—. ¿Cómo has podido hacerlo, cobarde miserable? ¿Cómo has conseguido escabullirte, a plena vista de todo el mundo? Ah, sí, debías de tener ya la ruta de huida preparada cuando lanzaste la farsa del desafío. Pero ¿con qué objetivo? Si Menelao vive, tú no habrás ganado. ¿O acaso Helena y tú planeabais salir huyendo como hicisteis en Esparta?

En todo el tiempo que llevaba en Troya, nunca había oído tantas palabras seguidas del reservado Héctor. Paris puso los brazos en torno a la cabeza para protegerse de las patadas que iban a venir. De su boca tapada surgió un ruego que Héctor oyó. Las piernas de éste temblaban, llenas de ansia de patear a Paris, como lo habría hecho con una puerta atascada. Su pie derecho ya retrocedía. Luego se detuvo.

—Muy bien. Habla, pues. Defiéndete con las palabras, ya que no sabes defender tu honor con las armas.

Lentamente, Paris levantó la cabeza y se incorporó. Su rostro estaba lívido, y sus ojos parecían desesperados.

—Yo..., yo no puedo... —tartamudeó—. No puedo defenderme, porque no sé lo que ocurrió. Yo luchaba contra Menelao..., tú lo sabes. Sabes que a pesar de que su espada se rompió en pedazos y su lanza no consiguió herirme, estaba estrangulándome mientras me arrastraba por el polvo. ¿Acaso salí corriendo entonces? No, no podía respirar. Pero, de repente, estaba libre..., no sé cómo. Y fui andando a gatas, y cuando me puse de pie, me encontré aquí.

—¿Qué tontería! —gritó Héctor—. Te burlas de mi sentido común, insultándome con una mentira semejante.

—Es cierto, lo juro, lo único que puedo decir es que los dioses...

—¡Mentiras! ¡Deja de meter en esto a los dioses, cuando ha sido tu propia falsedad la que ha hecho esto! Sí, tú lo planeaste todo...

—Héctor —intervine—, ¡piensa! Aunque Paris hubiese planeado una huida secreta, cosa que no hizo, sus planes no podrían haberle rescatado de la muerte hacia la que le estaba arrastrando Menelao: ¡una muerte fuera de las normas del duelo! Menelao había perdido el duelo, así que recurrió a este truco de pura fuerza bruta. Pero tales trucos funcionan, para desgracia de los hombres honrados. Sólo un dios podía haber salvado a Paris entonces. Y fue un dios quien lo hizo. Está claro.

—¡No, no está claro! —rugió Héctor.

—Héctor, está claro para todo el mundo que lo mire como haría un extraño, en lugar de un hermano decepcionado —dijo Paris—. Yo no pedí ayuda. Estaba dispuesto a pagar el precio; en realidad, pensaba que lo había pagado. Pero no

rechazaré un regalo de los dioses, sobre todo cuando ese regalo es mi propia vida.

—¡No se me ocurre por qué tienen tanto amor por tu vida, entonces! —gritó Héctor—. ¿Cuántas veces estabas destinado a morir y te han rescatado?

—Un hombre no debe morir antes de la hora que le corresponde —dijo Paris—. Sabes que nuestro destino está determinado al nacer, y que ningún hombre puede cambiarlo. Ni siquiera los dioses, aunque podrían hacerlo, lo hacen. Yo estaba destinado a vivir al menos más allá del día de hoy. Y Helena tiene razón... Menelao hizo trampas al intentar matarme de esa manera, de modo que los dioses estaban justificados al evitarlo.

Héctor lanzó una risotada amarga.

—Agamenón ha proclamado que el vencedor es Menelao. ¿Qué esperabas? Y alguien desde Troya disparó una flecha a los griegos, por accidente, supongo, y Agamenón ha usado eso como excusa para empezar de nuevo la lucha. ¿No oyes los ruidos de batalla en la llanura de Troya, o está demasiado enrarecido el aire en tu habitación para que tales sonidos penetren hasta aquí?

Corrí a la ventana. Oía unos ruidos débiles y oscilantes como oleadas de calor de alguien que estaba muy lejos. Luego el inconfundible sonido del metal golpeando sobre metal. Paris vino y se puso en pie junto a mí. Se agarró al alféizar.

—Nos vemos impotentes para detener esto —dijo quejosamente a Héctor—. Demasiada gente quiere luchar.

Héctor meneó la cabeza.

—¡Muchacho estúpido! Todo eso no está más que en tu cabeza.

—No —dijo Paris—. ¡Me niego a aceptarlo! Había y hay todavía gente dentro de Troya que quiere esta guerra con tanta desesperación como los griegos. ¿Quién nos impidió a Helena y a mí ver a Menelao y a Odiseo cuando ellos vinieron? Nunca lo llegamos a averiguar. Ciertamente, el espía que suplantaba a Hillo fue desenmascarado, pero seguro que tenía cómplices, y éstos han quedado libres. Hillo no podía estar en todas partes, haciéndolo todo. Alguien mató a nuestra serpiente sagrada doméstica, para asustarnos. ¿Quién fue? Helena intentó acabar con todo esto yendo a entregarse a los griegos, pero fue detenida por Antímaco. ¡Pregúntale qué estaba haciendo fuera de las murallas por la noche!

Héctor se sobresaltó. Estaba claro que no sabía nada de aquello. Antímaco había guardado nuestro secreto.

—¿Helena intentó irse con los griegos?

—Sí, para acabar con esto. Antímaco me cogió.

—¿Te cogió... dónde?

—Fuera de las murallas.

Héctor abrió mucho los ojos, incrédulo.

—¿Te escapaste por encima de la muralla?

—Sí. Y estaba a buena distancia cuando Antímaco, que rondaba por allí, me agarró.

Vi por su rostro que Héctor no aceptaba mi historia.

—Muy bien, entonces —dije—. Pregúntaselo tú mismo. ¡Ya verás cómo se sorprende de que tú lo sepas!

—Lo haré —dijo Héctor, muy serio—. Pero si es cierto, él se mostró muy inflexible queriendo mantenerte aquí, y ponerte como cebo ante los griegos. Mientras que Antenor intentó evitar la guerra, con más sensatez. —Un estruendo particularmente intenso resonó bajo nuestros oídos—. Pero ahora ya es demasiado tarde.

—Es lo que acabo de decir —le recordó Paris—. Ahora ya sigue adelante, no hay forma de detenerlo. Aquellos que lo intentaron han sido apartados a un lado.

—Debo volver a la batalla —dijo Héctor—, para que no digan que yo también soy un cobarde. —Dio la vuelta con tanta rapidez que su manto flotó tras él.

—¡Yo no soy un cobarde! —chilló Paris—. ¡Deja de llamarme así!

—No soy yo quien te llama así, sino todos los hombres que estaban en el campo de batalla y te vieron huir.

—¡Yo no hui! Ya te lo he dicho...

Héctor se fue y sus pasos se fueron apagando.

—Paris, a partir de hoy nos han calificado de cobardes y villanos —dije, volviéndome hacia él—. Nosotros sabemos la verdad, pero no hay forma de convencer a los demás.

—Pero ¡tenemos que hacerlo! ¡Tenemos que hacerlo! Debemos limpiar nuestros nombres.

Ahora me parecía lo que Héctor le había llamado, un muchacho estúpido. No, no estúpido, sino terriblemente ingenuo.

—Tiene que haber un sacrificio. —Mi sobrina Ifigenia había sido la sacrificada por parte de los griegos. Esto era más sutil, pero nosotros seríamos el sacrificio por la parte troyana—. La gente exige sacrificios. Es parte de la guerra.

—Pensaba que los guerreros caídos y las ciudades saqueadas eran los sacrificios de la guerra.

—Para lo más profundo del corazón humano, se exige más. —Me sentía exhausta. Paris sonrió.

—Te preocupas por defenderme. ¡Qué campeona más fiera! Debe de ser cierto lo que dicen de las mujeres..., que son más mortales que los hombres. Al menos, las amazonas lucharán por Troya.

—Entonces, llamémoslas ahora. Las necesitaremos.

—¿Las llamamos?

—Sí. Antes de que sea demasiado tarde.

—No tengo autoridad para convocarlas. Tiene que ser Príamo...

—Él titubeará y se entretendrá hasta que estemos tan acorralados por los griegos que no puedan llegar hasta nosotros. Llámalas. ¿Acaso no eres un príncipe de Troya?

—Pero debe ser el rey quien tome esas decisiones...

—Toma ésta por ti mismo. Y luego verás si no miran a Paris de otra manera.

Estaba dispuesta a declarar mi propia guerra a Troya. Ya estaba harta de inclinarme ante sus normas y exigencias contraproducentes.

LIV

—Las amazonas ya están en camino —dijo Paris.

Estábamos en nuestra habitación más alta, puliendo su armadura, cuando él de repente levantó la vista y me lo dijo. Por las tardes nos refugiábamos allí. Los pisos inferiores todavía estaban atestados de «huéspedes» desconocidos; allí, en aquel nido de águila, nos sentíamos alejados. La lucha se acercaba a veces a los muros de Troya, pero no había habido ningún intento de asaltarlos, y la guerra se había convertido en un asunto cotidiano.

Habíamos aprendido a dar forma a nuestras vidas en torno a la frialdad que encontrábamos en Troya, una frialdad que no tenía nada que ver con el invierno. Había pasado éste, y otro verano estaba pasando ya, y el sol todavía fuerte y dorado calentaba los ladrillos, pero el invierno se había alojado en los rostros de las personas. El hijo de Héctor y Andrómaca había llegado al fin (aquel hijo tan largamente deseado), pero yo no había sido invitada a verlo excepto en secreto, cuando todos los demás miembros de la familia ya se habían ido, aunque yo pensaba que al haber acompañado a Andrómaca a los ritos del monte Ida de alguna manera había colaborado en su concepción.

Andrómaca lo decía también, pero suspirando, cubría la cabeza del bebé y me lo cogía de los brazos.

—Esto me duele mucho —susurró, acunándolo contra su cuerpo—. Siento que eres su tía, mucho más que ninguna de las demás, pero...

—No lo digas —respondí. Alguien podía estar oyendo. Me había acostumbrado a que hubiese espías por todas partes. Ella me preguntó por mi tejido.

—Le dedico cada vez más tiempo —le dije—. Parece que crece por sí solo, tomando nuevos sentidos y direcciones. Estoy usando lana de color morado para el fondo. Los bordes de color gris azulado son mi antigua vida; la zona interior, Troya y su historia; pero el corazón todavía sigue vacío, y aún está formándose.

—El destino de Troya todavía está por escribirse —dijo ella—. Algún día lo rellenarás y los huecos se acabarán cerrando.

Lo que no le decía era que me veía cada vez más y más entregada al telar; a medida que el resto de mi vida se iba encogiendo, esa parte se expandía y tomaba vida propia... o quizá creaba su propia vida, como suele hacer el arte.

—Paris ha luchado bien —afirmó, para animarme—. Héctor agradece mucho su ayuda.

Sonreí, apreciaba su esfuerzo por animarme. Paris, fiel a su entrega, había dejado a un lado su arco y estaba aprendiendo a luchar hábilmente día tras día en la llanura, con la lanza y la espada.

—Sí —dije—. Héctor le felicitó ayer, diciendo que lucha tan bien como cualquier hombre.

No dije lo difícil que resultaba para él salir cada día, ni la espantosa preocupación que yo sentía cuando los heridos volvían cada día al anochecer y traían a los muertos a los hombros de los que todavía estaban sanos. En la ciudad inferior, las bajas eran transportadas con mantas y atendidas por nuestros físicos y algunas mujeres. Gelanor y Evadne estaban muy ocupados ayudándolos, y Gelanor había preparado algunos ungüentos que aceleraban la curación, pero sólo para aquellos destinados a recuperarse; para los heridos más graves todavía estábamos a merced de los dioses. Yo agradecía mucho que la plaga todavía no nos hubiese golpeado. La gente creía que la causaban las flechas de un Apolo furioso, pero Gelanor decía que aparecía cuando había mucha gente junta, apiñada. Quizás el dios de las flechas esperaba hasta que sus blancos estuviesen convenientemente agrupados, decía él.

—Las amazonas vienen —dije. Sentí que era adecuado informarla; había confiado en mí, y era la única amiga que tenía entre los miembros de la familia—. Paris envió a buscarlas, y ha llegado un mensaje de que están de camino.

Ella frunció el ceño.

—¿Paris ha enviado a buscarlas? ¿Sin permiso?

—¿Sin el permiso de quién? ¿De Héctor? —Héctor no gobernaba allí, todavía no.

—Del Rey —dijo ella—. ¿Ha dado su consentimiento Príamo?

—Dio su consentimiento cuando les pidió que fueran nuestras aliadas —dije—. Esperará hasta que sea demasiado tarde, así es como actúa.

—Así que, ¿ahora eres tú quien dirige la guerra? —Su voz repentinamente sonaba tan fría como la del resto de la familia—. No creo que fuese Paris el que decidiese esa acción.

—¿Y por qué no? —salté—. ¿Por qué nadie le cree capaz de mandar? Es el único de los hijos de Príamo que se ha educado fuera de los muros protectores de Troya, en las montañas, donde tuvo que sobrevivir gracias a su ingenio y a su fuerza.

Ella sonrió, indulgente.

—Helena, no finjamos. Es muy conmovedor que te muestres tan solícita con Paris y sus discapacidades... —Hizo una pausa—. Pero es un error insultar a Príamo de ese modo.

—No queríamos insultarle.

—Se lo tomará como un insulto. —Ella aspiró aire con fuerza, como para cambiar de humor—. Ahora dime, ¿cuándo vendrán las Amazonas? Les daremos la bienvenida con gran entusiasmo. Quizás incluso pueda hablar con la famosa Penthesilea, su líder. Vi a su embajadora cuando vino a declararse aliada de Troya. ¡Qué mujer!

—Era formidable, realmente —recordé—. No puedo imaginar nada más fornido ni más orgulloso. Pero su comandante debe de ser... —Habría dicho «una Aquiles femenina», pero no debía pronunciar aquel nombre.

Aquella noche me refugié en mi telar. Se estaba convirtiendo cada vez más y más en mi amado compañero y en mi solaz. Me encantaba el contacto del hilo levemente rasposo en mis dedos, el olor único de la lana y la suavidad que permanecía luego en las manos que la habían tocado..., todo eso aparte del placer de perderme en la historia que estaba contando a través del diseño. Pensé en los tejidos doblados y guardados en baúles en las salas del tesoro de palacio, y me pregunté si, en años venideros, alguien sacaría el mío para recordarnos aquí.

No impedía a nadie entrar a mi sala de tejer; sin embargo, casi nadie quería venir. Estaba acostumbrada a encontrarme casi siempre sola. Pero un frío día vino Gelanor, sin aliento por las muchas escaleras. Me sentí complacida. Últimamente apenas había sabido nada de él. Tenía que ser el hombre más ocupado de Troya, atendiendo a los heridos y enfermos en la ciudad inferior, dirigiendo a su círculo de espías, preparando las diversas armas para que entrasen en acción si el enemigo se acercaba lo suficiente a las murallas... No sabía por cuál de aquellas cosas preguntarle primero. Él me ahorró el esfuerzo anunciándome:

—Tengo noticias de Grecia.

¡Grecia! Y yo acababa de estar allí, al menos en mi mente.

—Los mares se están cerrando para el invierno, pero un barco ha conseguido pasar —dijo—. He pensado que ellos sabrían lo que estaba ocurriendo en casa, así que he enviado a algunas personas a investigar. ¡No, espías no! —Levantó las manos—. He supuesto que en ello no habría ningún secreto. Pero estaba equivocado. —Habría hablado entonces, pero él siguió adelante—. Tu hermana Clitemnestra... ha tomado un amante, y juntos gobiernan Micenas. Si Agamenón vuelve, encontrará el camino interceptado.

¡Clitemnestra! Un brote de orgullo surgió en mi interior. Su marido la había pisoteado sacrificando a su hija. En lugar de limitarse a agachar la cabeza cobardemente, se había vuelto hacia otro lugar. De ese modo, al ir en pos de sus sueños codiciosos, Agamenón había hecho un segundo sacrificio sin pensarlo.

—¿Y quién es? —pregunté. De todos modos no importaba.

—Egisto —dijo.

¡Formaba parte de la maldición de la casa de Atreo! Egisto era de la última generación, a la que Atreo había despojado de su herencia. Y existía otra maldición distinta, la que Afrodita había arrojado sobre mi padre, diciendo que sus hijas abandonarían a sus maridos. De modo que ya se estaba cumpliendo ésa también.

Solté una larga carcajada. Todo encajaba demasiado bien.

—Espero que al menos sea guapo.

Gelanor frunció los labios.

—No lo sé, señora. Eso no era importante para mi informador. ¿Debería enviar a otro?

—No —contesté—. Que mi hermana disfrute con él, sea como sea.

—Los griegos, al salir al mar y permanecer fuera tanto tiempo, se han creado muchos problemas. Los tronos no son como los pellejos curtidos; no se conservan bien.

—¿Y qué hay de mi casa? ¿Qué pasa en Esparta?

—Tu padre, Tíndaro, mantiene su lugar valientemente. Pero no sabe quién le sucederá. Tus hermanos..., era cierto lo que dijo Agamenón.

—¡Oh! —Ya me lo había creído a medias; ahora lo sabía con seguridad—. ¿Y Hermíone?

—Tíndaro la ha enviado con Clitemnestra.

—También como dijo Agamenón. —Ah, ¿por qué no podía ser mentira todo aquello? Él mentía mucho—. ¿Y por qué ha hecho semejante cosa?

—Quizá sentía que no podía cuidarla bien, al no haber mujer alguna en el palacio espartano para que la atendiera. Así que la envió con su tía, a Micenas.

—¡Donde lo aprenderá todo del adulterio y de la traición! —Oh, mi querida hija... Gelanor soltó una de sus tosecillas estratégicas.

—Adulterio y traición..., si me permites que te lo diga, mi querida Helena, esas lecciones empezaron en su casa.

—¡Yo nunca cometí traición!

Él se echó a reír, y yo me uní a él. No había otra respuesta posible.

—Pero ya basta de Grecia —continuó—. Mis espías son chicos y chicas muy atareados en el interior de la empalizada que protege el campamento enemigo, y estarás muy interesada en saber los informes que traen.

—¿No deberías dárselos a Príamo? —Sentí que le debía respeto.

—Lo he intentado, pero me ha despedido. Parece que estoy demasiado estrechamente unido a ti y a Paris, y algunos de sus consejeros me vetan el paso a la

presencia del Rey.

—¿No deberías decírselo a Héctor, entonces?

—Héctor, en su nobleza, tampoco quiere información alguna que le desvíe del curso de acción que ya ha elegido.

—Pero ¡sólo un idiota se negaría a aceptar nuevas noticias!

—A veces, la nobleza transforma a un hombre en un idiota —dijo, con gran tristeza—. Abajo, en el campamento griego, han empezado las disensiones. Parece que Agamenón insultó a Aquiles robándole una mujer que él había secuestrado en uno de sus desagradables asaltos. La mujer que Agamenón tomó para sí era la hija de un sacerdote de Apolo, y ya sabes el desastre que puede causar Apolo cuando se enfurece... Sí, la plaga ha empezado a extenderse entre los griegos. De modo que hubo que devolver a la mujer, y Agamenón tenía que apoderarse de otra para que no le doliese la entrepierna. De modo que ha cogido el botín de Aquiles como sustituta.

¿A quién le importaba lo que hiciesen aquellos hombres pendencieros? Eran todos odiosos.

—Ya veo por tu cara que no comprendes la buena suerte que representa esto para nosotros —dijo.

—Te oigo decir «nosotros». ¿Tan enteramente troyano te has vuelto?

—No. Todavía añoro mi hogar, pero mi hogar y mi pueblo no tienen nada que ver con Agamenón o Aquiles..., o nada semejante. Si ellos perecen, mucho mejor para los griegos corrientes. Nuestra buena fortuna es que Aquiles ahora se niega a luchar bajo las órdenes de Agamenón. Primero ha amenazado con coger el barco e irse, pero ahora se contenta con permanecer enfurruñado en su tienda. Dice: «¡Algún día ya me buscarán! Y ese día...».

—Eso demuestra lo muy egoísta que es. Porque si llega el día en que estén desesperados, eso significa que muchos de sus paisanos habrán muerto.

—Seguramente no te sorprenderá que esté cegado por su propia importancia —dijo Gelanor.

—No, fue así desde la niñez. Permitía la presencia de su primo Patroclo, pero de nadie más. Era de esperar que al crecer se le pasara, pero veo que no ha sido así.

—Ha prohibido también que luce Patroclo. Y mi mejor espía, que se ha congraciado con Patroclo, me ha contado que Aquiles vociferó y armó mucho escándalo e invocó a su diosa madre para que se asegurase de que los griegos recibían una buena paliza, y así castigar a Agamenón por insultar el orgullo del gran Aquiles.

—Me pregunto si ella obedecerá a su encantador hijito —dije.

—Quizá ya lo haya hecho. Porque Héctor y compañía se están armando para

asaltar el campamento griego. Alguien les ha metido en la cabeza que deben hacer eso después de todos estos meses de mantenerse bien pegados a las murallas de Troya. ¿Quién puede decir que no ha sido la diosa?

Ansiosa de respirar algo de aire puro, salí andando con Gelanor al patio, cuando él se retiró. Las habitaciones de mi palacio, cerradas en invierno, parecían de pronto viciadas y asfixiantes; las hierbas que quemábamos para perfumar el aire no conseguían más que empeorarlo todo. Pero cuando salí al exterior, el viento casi me arrancó el manto. De pronto hacía muchísimo frío, soplaba un viento fortísimo y sus dedos me alborotaban el cabello y la ropa. Diminutos pinchazos helados incidían en mi nariz, mis mejillas y mi frente. Era algo que no había notado desde hacía mucho tiempo.

—¡Nieve! —grité, mirando al cielo, donde remolinos de nieve blanca cubrían las estrellas.

Gelanor gruñó.

—Las ruedas de los carros se atascarán y no se podrá luchar durante un tiempo.

—Hécuba me dijo que nevaba en Troya, pero no la creí.

—¡Siempre deberías creer a Hécuba! —rio él—. ¡Esto nos va a enterrar! —Abrigándose bien, se apresuró a bajar hacia su casa—. Espero tener leña suficiente —murmuró.

Yo me quedé fuera, en el patio, unos momentos más, disfrutando de los pinchazos del frío y del rugido del viento. Habíamos visto tormentas como aquéllas atacando los montes Taigeto allá en Esparta, cuando desaparecían detrás de una nube neblinosa, y al día siguiente resplandecían con un blanco intenso por la nieve recién caída. Y Micenas se convertía en un palacio de hielo, tal y como me había dicho Clitemnestra. Clitemnestra... La próxima vez que ocurriera, ¿estaría ella acurrucada en los brazos de su amante y se deleitaría al pensar en Agamenón tiritando en su tienda?

Ahora, la llanura de Troya se volvería blanca, y la parte superior de las murallas se pondría blanca también, y todas las calles de Troya quedarían alfombradas por una espesa manta blanca.

Paris vino más tarde, golpeó con los pies en el suelo y se sacudió el manto. Besé los copos que todavía tenía en la nariz y la barbilla, dejando que se fundieran delicadamente en mi lengua. Eran como una golosina helada.

—Todo se está cerrando —dijo él—. Las puertas están herméticamente cerradas y ya puedes estar segura de que nadie saldrá ni entrará de la ciudad durante un tiempo. No habrá batallas.

—Si fuera el final, y no un simple respiro...

—Algún día llegará —afirmó—. Llegará un día en que las batallas cesarán, y la llanura estará vacía... No quedará nada excepto nuestros bellos caballos troyanos, que podrán pastar fuera de nuevo, y el mercado, que será mayor que nunca.

Se dejó caer en un taburete, cogió un dátíl de encima de una mesa y se lo metió en la boca.

—No debería derrocharlos, ya sé que nuestras reservas están menguando... —Suspiró—. Has venido desde muy lejos, desde Egipto. —Se dirigió esta vez a un higo que esperaba turno en su mano—. Desde aquel lugar plácido donde el Nilo corre por un plano desierto y donde las únicas montañas las ha hecho el hombre, esas formas puntiagudas de piedra. —Se lo comió—. Es un lugar extraño. Un lugar muy extraño, me han dicho. —De repente, sus ojos cambiaron; su mirada parecía lejana—. Helena... —Me cogió las manos, las estrechó con fuerza—. Cuando esta guerra acabe, cuando todo haya concluido, debemos irnos de Troya. Vayamos a Egipto. Podría abrir allí un centro de comercio para Troya, actuar como agente de mi padre. Si Troya pudiera obtener los beneficios del comercio directo con Egipto, y nos valiésemos por nosotros mismos en lugar de usar intermediarios egipcios...

—Pero... ¡tú eres un príncipe de Troya! ¿Acaso un príncipe debe convertirse en comerciante?

—Cierto, soy un príncipe, pero nunca reinaré aquí. Héctor será el heredero, y después de él está Deífobo.

—¡Ese simio lujurioso!

Paris se echó a reír.

—Al parecer, mi padre tiene muy buen concepto de él. En lo que respecta a la lucha, es verdad, y para mi padre eso es lo único que cuenta.

«Entonces, Príamo es un idiota», quise soltarle, pero sabía que Paris era muy susceptible en ese aspecto.

—Cuando la guerra acabe, puede que él valore otros rasgos. —Fue lo único que dije.

—No puedo esperar ese día. Ah, Helena, vayámonos a vivir nuestra vida en otro lugar. Fue un error volver aquí a Troya. Ahora lo sé. Aquí nunca podremos ser otra cosa que una rareza..., rechazada por nuestra familia. Y cada muerte troyana nos la echarán a los pies..., con todo derecho, me temo. ¡Oh, no, no tenía que haber vuelto nunca! —Sus ojos suplicaban a los míos—. Escúchame. Simplemente, vayámonos, y seamos personas libres en otras tierras.

Era un sueño loco, yo lo sabía. Pero resultaba tentador para nosotros, encerrados aquella noche por la nieve que caía y la suspensión de la vida cotidiana. Por qué no

jugar a aquel juego, sólo por un rato...

—Muy bien, de acuerdo. ¿Y adónde debemos ir?

Su rostro adoptó un aire soñador.

—Navegaremos desde aquí a lo largo de la costa hacia Rodas y Chipre, pero no nos detendremos allí. Bueno, a menos que tú quieras...

—No, será mejor que sigamos rápido hasta nuestro destino final.

—Egipto —dijo entonces él—. Siempre he querido viajar allí. Hay tantos lugares que quiero ver; además, no he visto casi nada excepto Troya y el monte Ida y un poquito de Grecia. Mi vida de exploración quedó interrumpida cuando te encontré..., pero ahora sé que juntos podemos hacer cosas que yo nunca habría hecho solo. Podemos navegar por el Nilo..., tiene siete bocas, dicen. Elegiremos una y la seguiremos a medida que se vaya adentrando en Egipto. Cada vez hará más y más calor..., no habrá invierno..., y visitaremos las enormes montañas de piedra.

—Pero ¿no querrás que tu colonia comercial esté junto al mar?

—Ah, sí, por supuesto, pero primero quiero explorar Egipto. Y quiero hacerlo en secreto. Ya tenemos otros nombres, Alexandros y Cycna, ¿recuerdas? De modo que nos llamaremos así. Nadie lo sabrá.

Me eché a reír al darme cuenta, regocijada, de que para él, en aquel momento, yo era sólo Helena, y mi rostro era sólo el rostro que veía cada día. Pero el mundo entero podía reconocer a Helena, a menos que volviese al odioso velo. Pero quizá no. Quizá mi rostro hubiese cambiado con los años, desde que dejé Esparta. Esperaba que fuese así.

—Su rey tiene un nombre o un título muy extraño.

—Sí, faraón —dijo Paris—. Y se casan con sus hermanas. Y adoran a dioses con cabeza de animales. Y —se inclinó hacia delante y susurró— hacen cosas innombrables con los cuerpos muertos. Los vacían, los salan y los envuelven con vendas. Creen que volverán a la vida algún día.

—Ya me cuidaré mucho de no morir allí —dije—. ¿Y dónde ponen esos cuerpos? —Imaginaba que debían de guardarlos en casa, para tenerlos siempre a mano.

—Construyen unas tumbas muy elaboradas. Pero no podemos meternos en el interior. Están todas selladas. —Se sirvió algo de vino y lo hizo oscilar pensativamente en su copa—. Muy arriba en el Nilo existe una enorme ciudad donde los sacerdotes tienen un templo mayor que el de Troya. Tiene unas estatuas de cinco veces el tamaño de un hombre. Debemos ir allí. En cuanto termine la guerra.

Fuera caía la nieve, silenciando a Troya y manteniendo la guerra a raya, pero sin concluir.

Cuando me desplazé por la habitación, en silencio, Paris susurró:
—Sé tan bien como tú que esto no puede ser.

LV

La nieve debía de estar bajo el mando de Ares, porque no cuajó demasiado tiempo, y pronto en las calles de Troya resonaron de nuevo las pisadas de los guerreros al marchar hacia afuera, a la puerta Escea, para atacar a los griegos. Los refuerzos estaban de camino hacia Troya: los paflagonios, los tracios y los licios, bajo el mando del renombrado Sarpedón, así como las amazonas. Paris fue bienvenido al lado de Héctor, y juntos los hermanos bajaron por la calle principal y montaron en sus carros. Otros hermanos (Deífobo, Esaco y Heleno) iban justo detrás de ellos. Vi que Antímaco caminaba rápidamente y saltaba a su carro justo al otro lado de la puerta.

Temía ver irse a Paris. Su apresurado entrenamiento con escudo y espada, movido por la culpa, ¿sería el adecuado? Yo le había instado a que cogiera su arco, el arma en la que sobresalía, pero él se burló. Estaba decidido a probarse en el campo de batalla que tanto honraban los demás troyanos. Pero ellos le llevaban muchos años de ventaja en cuanto a la práctica. En las laderas del monte Ida donde él había crecido, los pastores no luchaban con lanzas ni espadas contra las bestias salvajes, sólo un loco haría tal cosa, y ese loco perecería enseguida.

Allá iban atravesando la llanura. Los griegos avanzaban para reunirse con ellos. Tan ordenados y bien dispuestos. Entonces todos desaparecieron en una masa oscura, al producirse el encontronazo. No podíamos ver nada.

Noche. Cayó la oscuridad y sólo habían aparecido tambaleantes algunos rezagados, que llamaban a la puerta a golpes para que los dejásemos entrar. Hablaban de una refriega, de que Eneas estaba herido, pero ningún otro guerrero de renombre.

¡Oh, gracias a los dioses! Paris estaba a salvo.

Más tarde volvieron todos, trayendo fatigosamente a los heridos. Más hombres echados en las mantas en la ciudad inferior, para que los atendiésemos como pudiéramos. Eneas venía cojeando, apoyado en dos hombres, con una mancha roja en el hombro. Diomedes le había herido.

Paris entró dando trompicones, junto a Deífobo. Jadeaba e iba cubierto de barro, pero Deífobo se reía, fresco como una flor recién abierta.

—Aquí tienes a tu marido, señora —dijo, empujándole hacia mí—. Procura restablecerlo lo mejor que puedas. —Lanzó una sonrisita; luego se alejó y continuó subiendo hacia el palacio de Príamo, donde todos serían bienvenidos con vino y comida y, mejor aún, serían honrados.

—¿Qué ha ocurrido? —Agarré a Paris, notando bajo mis manos su corselete

empapado en sudor.

—Nos estaban esperando —dijo. Pero en su voz resonaba el orgullo—. Les hemos dado una buena paliza.

—¿Les habéis hecho retroceder hasta los barcos?

Él me miró de una forma extraña.

—No, eso no lo hemos conseguido. —Todavía respiraba pesadamente, y su pecho subía y bajaba—. Pero quizá lo hubiésemos hecho, de no haber fallado la luz.

Héctor exhortó a todas las mujeres troyanas a suplicar a Palas Atenea mediante regalos y plegarias. Hécula, que llevaba el rollo de tela más fina de su sala del tesoro como ofrenda, condujo a las princesas en solemne procesión al amanecer. Tras ellas iban las esposas e hijas de los comandantes y de los consejeros. Yo no fui invitada. Mi presencia habría disgustado a las damas y habría alterado los ánimos. Las vi desde mi alta ventana, arrastrando los pies hacia el templo, por debajo de nosotros.

Aquella misma mañana, Paris y yo fuimos a ver a los heridos de la ciudad inferior, que yacían en tristes hileras esperando que alguien los ayudara. Muchas mujeres los atendían, y vi los botes de ungüentos que Gelanor había preparado junto a la cabecera de cada fila. Eneas, un guerrero de alta cuna, no se encontraba entre ellos, pero éstos eran los hombres que soportaban el mayor número de bajas en la lucha.

—El combate de hoy ha ido bien, dentro de lo posible. ¡Deben detener esas pausas! —dijo Gelanor.

—Sólo dices eso porque estás deseando probar tus bombas de insectos —le repliqué.

—Sí, lo confieso, creo que las he perfeccionado bastante. Y las ropas infectadas con la plaga en el templo pueden servir como última defensa.

Paris miró la fila de hombres, que se agitaban y gruñían.

—Mañana a esta hora... —Cuadró los hombros—. Debo ir a armarme. Vamos a luchar de nuevo. Héctor nos dirigirá en breve.

Me había dirigido a la torre de guardia, para verlos partir. La encontré vacía, cosa curiosa, pero quizá los arqueros sólo la ocupaban cuando la batalla estaba en progreso y había alguna oportunidad de que el enemigo se aproximase. O quizá fuese el momento del cambio de guardia.

Muy abajo oía a las tropas que se congregaban. Esperaban a Héctor. Justo entonces entró alguien en la torre de guardia. No veía de quién se trataba, sólo distinguí que llevaba un casco con cimera, y por tanto era un soldado. Me eché atrás hacia un rincón para vigilar. Entonces vi que el soldado no estaba solo, sino que había una mujer con él, una mujer que llevaba un niño en brazos. La débil luz oscurecía sus

rasgos. La mujer le tendió el niño al hombre. El niño chilló e intentó apartarse, y el hombre se quitó el casco y lo dejó a un lado.

—Vamos, vamos —dijo, y yo reconocí aquella voz. Era Héctor.

—Le asusta la cimera de crin de caballo. —La voz familiar de Andrómaca—. Tener a un soldado por padre siempre es algo que da miedo. —Le cogió del brazo—. ¡Héctor, no nos dejes!

Vi su perfil, iluminado desde detrás, moverse con un sobresalto.

—Mujer, ¿qué estás pensando? —Su voz, siempre profunda y comedida, traslucía una sorpresa dolorida.

—Ahora eres todo lo que tengo —decía ella—. Mi padre, mis hermanos, todos han muerto, asesinados por el vil Aquiles. Tú eres mi única familia. ¡Te lo ruego, no salgas ahí fuera! ¡Él te matará también! ¡Y me quedaré sin nada! ¡Y tu querido hijo, Astianacte, será huérfano!

—Si abandono a mis hombres, perderán el coraje y Troya caerá —dijo él. Se apartó un paso de ella como para protegerse.

—¿Cómo puede un hombre solo ser la única protección de toda una ciudad? —exclamó Andrómaca—. Hay cientos, miles de hombres aquí. Pero ninguno de ellos es el heredero de Troya, el hijo de Príamo, el padre de mi hijo.

—Si el heredero de Príamo se escabulle, entonces, ¿por qué deberían luchar los demás? —Héctor hablaba lentamente. La forma intencionada de pronunciar aquellas palabras demostraba lo mucho que había pensado en todo aquello—. ¡Oh, Andrómaca! —La atrajo hacia él—. Apenas lo has mencionado. —Inclinó la cabeza—. Si Troya cae...

Andrómaca emitió un sonido medio ahogado de angustia, y enterró la cara en el pecho de Héctor.

—Lo que no puedo soportar es la idea de que te lleven cautiva lejos de aquí, o que nuestro hijo muera. El único consuelo es que ya estaré muerto por entonces, enterrado, y no podré ver ni oír los llantos cuando muera Troya.

—Pero, entonces, ¿por qué debes seguir adelante? Si no hay esperanza, ¿por qué ir?

Él meneó la cabeza, como para aclararla.

—Porque debo pensar en ambas cosas a la vez. Troya me necesita..., y Troya está condenada. Mi hijo puede crecer y convertirse en un guerrero mejor que yo..., o mi hijo puede morir. Mi padre y mi madre no son dioses. Yo soy totalmente mortal, y los dioses no se esfuerzan por protegerme. De modo que tengo que luchar como un hombre, solo y desprotegido. Pero he nacido para hacer esto —dijo.

Lentamente se apartó de Andrómaca; levantó al pequeño Astianacte. El niño se rio y gorjeó, tocando el rostro de su padre.

—Toma. Cógelo. —Se lo devolvió a Andrómaca y volvió a ponerse el casco—. Adiós.

Brutal en aquella despedida abrupta, se volvió y salió. Quizá fuese la única forma de obligarse a hacerlo.

Andrómaca se quedó allí sola, llorando y con Astianacte en los brazos, que también se echó a llorar.

No quería que ella viese que yo estaba allí y que había presenciado todo lo que había ocurrido entre ella y Héctor. Tales momentos privados deben permanecer en secreto. Lentamente, conteniendo el aliento, me dirigí hacia la puerta. Ella no miraba, tenía la cabeza inclinada hacia su hijo y continuaba con los ojos cerrados. No sabía cuánto tiempo podía permanecer tan en silencio; me ardían los pulmones, pero no me atrevía a respirar. Gradualmente me dirigí hacia fuera de puntillas, bajando la escalera. Al final, jadeé en busca de aire.

—¡Helena!

Demasiado tarde vi el casco y lo reconocí: un brazo musculoso me rodeó y me empujó detrás de la escalerilla.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando? —Héctor estaba furioso.

—Estaba allí antes —dije, dándome cuenta de que parecía una niña justificándome—. Pensaba que estaba sola. Quería estar sola, porque ahora mi presencia disgusta a la gente. Pero tenía que mirar, tenía que saber lo que estaba ocurriendo, tanto como ellos..., ¡no, más que ellos!

Su brazo se relajó y me soltó.

—Ha sido lo mejor que precisamente me oyeras tú, y no otra persona —afirmó en voz baja—. Las cosas no son tan fáciles para ti como para los demás, que nunca han visto el otro lado.

—¡Ay, haber visto lo que vi!

—Todos hemos visto muchas cosas; otros están ciegos y no ven. Y por eso puedo suplicarte: cuida a Andrómaca y a mi hijo, cuando llegue el momento. —Antes de que yo pudiera protestar, me dijo—: Como he dicho, y tú has oído, lo más insoportable es saber lo que ocurrirá cuando..., si... cae Troya. Pero tú sobrevivirás, y podrás protegerla.

—Seré la primera en recibir la ira de los griegos, cuando nos asalten. Si es que lo hacen. —Tuve mucho cuidado de añadir la condicional.

—No. A ti te respetarán. Tú eres una de ellos, y querrán llevarte de vuelta como

botín de guerra.

—¡No! —grité—. ¡Preferiría morir!

—Pero no morirás —respondió, con total sencillez—. Eres fuerte. Eres una superviviente. Y si se aferra a ti, respetarán también a Andrómaca, y a mi hijo.

—¡Por favor, Héctor! —exclamé. Tapé su boca con mis dedos—. No digas esas palabras. Las palabras tienen un poder propio. No hagas que suceda.

—Tengo que saber que me lo has prometido —dijo, tras apartarse mi mano—. Entonces lucharé contento.

—Muy bien, entonces te lo prometo. Pero te prometo un futuro que quizá no llegue nunca.

—Eso basta para mí. Llévate a Andrómaca contigo, a donde quiera que vayas. —Salió de las sombras junto a la escala y se abrochó la correa del casco—. No debo esperar más —dijo, y se alejó con sus hombres, que marchaban y salían de la ciudad.

LVI

Héctor sobrevivió a la batalla de aquel día, y regresó a la ciudad entre grandes aclamaciones. Luego desapareció en su casa, donde yo sabía que Andrómaca le abrazaría, ignorante de que él la había encomendado a mí para su seguridad.

Estaba muy preocupada por su encargo: dos cosas, cuidar de ella y, sin tener en cuenta lo que ocurriese, sobrevivir. «Tú eres una superviviente», me había dicho, y sonaba como algo feo en sus labios. Una superviviente era una rata..., ¿no decía el adagio que abandonaban los barcos que se hundían, que rebuscaba en la basura para sí, sin orgullo ni moral, que vivía sólo para sí misma? ¿Era eso lo contrario de la nobleza? ¿No había dicho Gelanor que Héctor era demasiado noble, y que no hay forma de ganar las guerras? ¿Seríamos iguales Gelanor y yo, él con sus bombas de insectos y su arena caliente y yo con mi instinto de conservación? Pero seguro que Héctor estaba equivocado. Si la conservación hubiese sido la prioridad en mi mente, nunca habría huido de Esparta.

Sí, estaba equivocado. Tenía que estarlo.

Pasaron varios días, una tregua informal. Luego me llegaron noticias de que Antenor había sugerido aquella vieja y gastada idea de devolver a Helena a los griegos. Antes de que pudiera airearla públicamente, sabía que debía presentarme ante él.

Un asunto oficial, nadie podía negarse a ver a la famosa Helena. Sabía que Antenor no me rechazaría, fueran cuales fuesen los sentimientos que experimentaba hacia mí en privado. Cuando me anunciaron en la puerta, me dijeron que el consejero me vería de inmediato. Entró arrastrando su larga túnica. Su rostro aparecía sonriente, como correspondía a su cargo.

—Mi querida princesa —dijo, inclinando la cabeza.

—Estimado consejero —respondí.

—Vamos, hablemos en privado. —Movié su brazo en un amplio gesto, una señal para sus sirvientes de que aquella reunión no debía sufrir interrupciones. Le seguí hacia unos aposentos más reclusos.

La habitación no era muy grande, pero cada objeto de ella había sido elegido con buen ojo para el placer. Había una jarra de arcilla modelada con un dibujo de un pulpo oscuro, que descansaba en el suelo, y varias copas de oro puro aparecían en unos estantes poco profundos que sobresalían de las paredes. Las sillas estaban envueltas en telas teñidas de bonitos colores de Sidón, y hasta los taburetes tenían los pies

tallados e incrustaciones de marfil. Dos quemadores de incienso de bronce humeaban. Antenor me los señaló.

—Uno de ellos quema ciprés seco; el otro, hisopo. Cada uno de ellos por separado lo encuentro demasiado fuerte, pero ambos mezclados... —se adelantó y abanicó el humo—, ¡qué buen matrimonio! —Inhaló profundamente. Sólo entonces se volvió hacia mí—. ¿A qué debo este honor?

—Lo sabes muy bien —dije, instalándome en una de las sillas..., bastante incómoda, a pesar de todos sus envoltorios—. Tu sugerencia una vez más de que me devuelvan a los griegos. Serás consciente de que mi regreso ya no puede evitar la guerra.

¿Debía hablarle de mi propio intento? No.

—¿Y por qué dices eso?

—Al único que le preocupa es a mi antiguo marido, Menelao —dije—. En cuanto a los demás, no descansarán hasta haber saqueado Troya y haber robado sus riquezas. Me observaba con curiosidad. ¿Acaso no me entendía?

—Oí a Agamenón hablar de Troya hace mucho tiempo. Quería venir aquí. Devolverme no le disuadiría.

Antenor se echó atrás y cruzó las manos.

—¿Temes regresar con ellos?

¡Aquello era demasiado!

—¡No! Estaba dispuesta a hacerlo. Pero mentes más sabias me convencieron de que no tenía sentido alguno. Y los escuché. Los griegos no han recorrido todo este camino por Helena. No soy tan ilusa como para creer eso.

Me miró como si no supiera si podía confiar en mí o no. Le devolví la mirada. Las antiguas alusiones que hizo mi madre a mi padre acerca de la visita de un troyano durante su ausencia empezaron a rondar por mi cabeza.

Él era muy guapo, realmente hermoso. Del tipo que gustaría a una reina después de una larga temporada de soledad. Su pelo, el remolino que le formaba en la coronilla, era igual que el mío.

—Eres una mujer muy lista —dijo al final.

—Lo he heredado —respondí.

—¿De quién?

—No lo sé, pero quienquiera que sea, debería honrarle.

—Sí, realmente, uno debe honrar a sus antepasados —asintió—. De modo que no habrá ninguna propuesta a los griegos. Muy bien. Y ahora, amiga mía...

—¿Eres mi amigo? Si es así, me alegro mucho. Los amigos a veces se remontan a

largo tiempo atrás, y creo que tú visitaste en una ocasión Esparta y conociste a mi madre y a mi padre.

Él levantó las manos.

—Tu padre estaba fuera. Luchando con Hipocoonte. Pero tu bella madre me dio la bienvenida. Me condujo a palacio, un lugar hermosísimo, que dominaba la llanura y el serpenteante Eurotas. Recuerdo que nosotros...

—Indudablemente, te agasajaron como es debido —sugerí.

Me dirigió lo que en su caso podía pasar como fruncimiento de ceño, porque era demasiado educado para fruncirlo de verdad.

—Pero antes ella me llevó a dar un largo paseo junto al Eurotas, que estaba muy crecido por el deshielo. ¡Qué río más delicioso! Y allí había unos cisnes majestuosos, mayores de los que yo jamás había visto. ¡Uno de ellos nos persiguió! Creo..., ah, perdóname, Helena, si titubeo al buscar las palabras..., tenía unas plumas magníficas, diferentes de todas las que he visto..., de un blanco cegador... —Se levantó y revolvió en una caja de madera pequeña, con grabados—. Está por aquí en alguna parte, lo sé... —Al final cogió una pluma y la agitó—. ¡Aquí! ¡Aquí está la pluma! — La puso en mi mano.

Allí estaba, resplandeciente. Era el mismo tipo de pluma que había visto en la caja de mi madre. Su brillo, después de tantos años, no se había empañado. ¿Era entonces el cisne lo que atesoraba ella, o el recuerdo del hombre que lo había visto con ella? En realidad, ¿quién era mi padre?

El tiempo pasaba de una forma irregular. Justo cuando parecía que iba a ocurrir algo memorable, una batalla decisiva, una decisión emocionante, el tiempo se congelaba y nos quedábamos inmóviles, suspendidos en un mar de inacción.

Pero todo era una ilusión. El tiempo seguía corriendo, más rápido de lo que parecía. ¿Era el mundo natural una marca fiable? ¿Crecían normalmente los árboles, o eran los juegos de los dioses los que guardaban el paso de las estaciones? Los miraba y podía asegurar que sí, que habían crecido un año entero, ¿había pasado un año, por tanto? Parecía que los griegos llevaban en Troya muchísimo tiempo; otros días parecía, en cambio, que acababan de llegar. Nosotros veíamos pasar las estaciones, pero parecía que no había auténticos cambios: los griegos esperaban, y esperaban, y esperaban, y nosotros también.

Una noche fría y clara, Gelanor vino al palacio. La media luna brillaba tristemente sobre el terreno irregular y lleno de baches que se extendía entre nosotros y el campamento griego. Nada se movía allá abajo. El mar que estaba detrás resplandecía débilmente. Las olas siempre capturaban cualquier luz que hubiese y la devolvían,

parpadeando.

—Héctor y yo hemos estado entrenando a un espía que a él le ha impresionado especialmente —dijo—. Se llama Dolón. Por supuesto, ése no es su verdadero nombre, ¿quién sabe cuál podría ser? Va a reconocer el campamento griego pasando las murallas.

—Pensaba que ya tenías gente allí —dijo Paris.

—Y así es. Pero Héctor no, y para él es importante entrenar a alguien. Creo... Dolón quizá no sea el hombre que yo habría elegido. Pero no importa —dijo con rapidez.

—Nadie nos oye —le aseguré—. No hay espías aquí..., a menos que tú los hayas enviado, jefe de espías. ¿Por qué dudas tanto con Dolón?

Él torció la boca, algo que siempre hacía cuando pensaba.

—Dolón es muy vanidoso..., y el enemigo puede usar eso. Si apelan a su vanidad, su precaución desaparecerá. Un buen espía no tiene vanidad. ¿Por qué iba a tenerla? Su identidad es falsa, ya de entrada.

—Algunos hombres pueden encontrar imposible dejar a un lado su identidad y apartarse de ella —dijo Paris.

—Tales hombres no deberían ser espías —replicó Gelanor—. La vanidad ha traicionado a más espías que informadores.

Mientras el frío viento susurraba a través de los árboles del exterior, dejamos que el vino nos calentase, saboreando la tranquilidad del tiempo que pasábamos juntos. Casi puedo vernos ahora como nos habría visto un pintor: Gelanor sentado tranquilamente en un taburete; Paris, joven y resplandeciente; yo, tan feliz con mis seres amados a mi lado, sus rostros tan cerca que podía alcanzarlos y tocarlos con la yema de los dedos.

Una vez más, ambos ejércitos se preparaban para la batalla. Los troyanos salían a través de la puerta Escea, como de costumbre, aunque la compañía me parecía mayor en aquella ocasión. Quizá se le hubiesen unido más soldados rasos. Teníamos noticias de que los tracios estaban cerca y que llegarían hasta nosotros al cabo de pocos días. Muy cerca, detrás de ellos, venían los licios, los carios y los misios. Las amazonas, que venían de la distancia más lejana, serían las últimas.

Aquella era la batalla más grande librada hasta el momento. Era como si, finalmente, los griegos se hubiesen dado cuenta de que habían venido aquí a luchar, después de tantas estaciones sentados en la costa, o haciendo pequeñas incursiones de prueba en los campos, y estuvieran ya dispuestos a hacerlo. Podíamos ver la línea de demarcación donde se reunirían los ejércitos, al principio en el centro de la llanura;

luego, a medida que el día avanzaba, retrocediendo cada vez más y más hacia el campo griego. Más tarde, cayó la oscuridad.

Nadie volvió a Troya. Nuestros guerreros acampaban fuera, en el campo. Desde mi tejado podía ver los puntitos de luz de las hogueras, extendidas en la llanura. Estaban muy cerca de las líneas griegas. Los griegos debían de haber retrocedido hasta detrás del muro defensivo de su empalizada, para agazaparse allí. ¡Adelante, troyanos! ¿Qué tal les habría ido aquel día?

¡Ah, les había ido maravillosamente bien, y mi Paris había estado magnífico! Había herido e incapacitado a Macaón, su físico, y a Eurípilo, el encumbrado hijo de Eumón, y lo mejor de todo, a Diomedes, el advenedizo fanfarrón y jactancioso que había herido a Eneas en una batalla anterior. La única decepción era que todo aquello lo había conseguido con su arco, y Diomedes se burló de él por ello, pero ¿qué importaba? Diomedes lo había dicho sujetándose la herida, con los dientes apretados por el dolor. Y mucho mejor aún: Agamenón estaba herido, así como Menelao y Odiseo. No era grave, pero sus mejores combatientes estaban retirados de la acción. Mientras, Aquiles y su Patroclo habían guardado las distancias con los luchadores, de modo que también habrían podido acabar heridos... o muertos.

Menelao herido... ¿Sería grave la herida? ¿Dónde la tendría? No me comprendía a mí misma, pero me estremecía de dolor al pensarlo, e incluso rogué que no sufriera. Ahora había pagado un precio por perseguirme, pero saberlo no me consolaba. No albergaba esos sentimientos por Agamenón; ningún dolor podría compensar lo que había desencadenado con su propia hija y su esposa. Esperaba que aullase de dolor, agarrándose la parte que tuviese herida; esperaba que a Menelao le hubiesen dado una droga para dormir y se despertase más calmado y reconfortado. En cuanto a Odiseo..., ojalá la herida le incapacitase la mente y le trastornase de modo que sólo pensase en remedios para su dolor, y no en planes contra los troyanos.

Sin embargo, recibimos noticias de que Dolón había sido interceptado en su camino hacia el campamento griego, interceptado por Odiseo y Diomedes antes de la batalla donde recibieron sus heridas, y que nos había delatado revelando el lugar donde estaban los tracios, que estaban acampados en los campos cercanos a Troya. Odiseo y su partida no sólo habían matado a Dolón, sino también a Reso, el líder tracio, les habían robado sus caballos de raza y se los habían llevado a su propio campamento.

Me quedó claro en aquel momento que Odiseo era el enemigo más temible que habían tenido jamás los troyanos. No porque fuese el mejor guerrero, que no lo era, sino porque podía golpear desde debajo de una roca, como una serpiente venenosa.

Agamenón, Menelao, Idomeneo, los hijos de Néstor, esos hombres salían con sus carros, luchaban con espadas y escudos, caían o se retiraban. Pero Odiseo... era como una trampa oculta, erizada de estacas afiladas, con su verdadera y mortal naturaleza bien disfrazada.

Evadne vino a verme y entró silenciosamente mientras yo estaba de pie en el balcón mirando los fuegos de la llanura. Sin que me diera cuenta apareció ante mí. Me sentí muy contenta de verla, porque su simple presencia era tranquilizadora.

—No puedes verlos, pero hay cientos de pequeños fuegos parpadeando allá abajo. Las fuerzas troyanas están acampadas junto a las líneas griegas. —Eso era antes de que me enterase del ataque contra Dolón.

—Eso es muy bueno, señora, pero temo por mañana. Creo que ya ha ocurrido algo malo, lo noto.

—¡No a Paris! —exclamé, como si al decirlo pudiera hacer que no sucediera—. Cuéntame.

—No, a Paris no, lo sentiría con mucha más fuerza. Pero siempre pasan cosas malas en la guerra. —Ahora quería deshacer sus espantosas palabras—. Mis poderes se han estado agitando de nuevo. Hubo un tiempo, después de que la serpiente..., en que recibía pocos mensajes. Quizá fuese porque no había mensajes que recibir. Pero comprenderás cómo altera a alguien que recibe revelaciones, que de pronto se detengan.

Sí, lo comprendía. Había recibido pocas señales; mis impresiones de las cosas que estaban por venir eran simples susurros, las imágenes se desvanecían y ondulaban. La serpiente se las había llevado consigo, o eso me parecía a mí.

—Ahora, la batalla dará un vuelco —dijo ella—. Las cosas ocurrirán con mucha rapidez, después de tanto tiempo en el que no ha ocurrido nada. ¿Estamos listas, señora? ¿Preparadas para lo que pueda ocurrir?

—No —repliqué—. Yo no estoy preparada para nada, excepto para que los griegos se suban de nuevo a sus barcos y se vuelvan a casa.

—Y veo eso, pero te veo también a ti en los barcos con ellos. Veo a Andrómaca en un barco griego, y a Casandra.

—No. Tu visión te engaña. ¡Acabas de decir que no ves a Paris!

—Las visiones son incompletas, vienen como fragmentos y pedazos.

—Hasta que estén unidas y completas no hablemos más de ellas.

Sin embargo, era demasiado tarde: ella lo había hecho, lo había hecho.

Me quedé echada en la cama, rígida. Evadne se había ido y el palacio estaba silencioso. El lecho que compartía con Paris resultaba enorme sin él, como si

estuviese en la cubierta de un barco. Un barco..., ¿por qué pensar en barcos en aquel momento? ¿Por lo que había dicho Evadne? Nunca me subiría a un barco con los griegos, eso lo juraba. Si llegaba el día que ella preveía, significaría que el horror de Héctor se había hecho realidad, y que lo que él temía para Andrómaca podía llegar a pasar. Y significaría también que Paris habría muerto.

Di vueltas encima del plano colchón. Ninguna de las almohadas de suavísimo vellón de cordero me ofrecía comodidad alguna, apenas podía respirar. Estaba asustada; no, más allá del terror. Allí echada, vi un levísimo movimiento en el rincón más alejado de la habitación.

Me incorporé de golpe. Se acercaba hacia mí una esclava con la cabeza agachada, que vino y se arrodilló ante mí.

—Mi señora Andrómaca me envía a verte. No puede dormir. Me ha dicho que si tú no puedes tampoco, por favor, vayas a verla.

Qué petición más extraña. Sin embargo, la agradecía. Éramos dos mujeres que hacíamos guardia por nuestros hombres, en medio de la noche.

—Iré. Por favor, espérame.

No me costó demasiado ponerme un traje. Silenciosamente la seguí hacia el palacio de Héctor, a través del patio y subiendo a las cámaras privadas. Los soñolientos guardias volvieron los ojos a medias hacia nosotras. Andrómaca me esperaba, de pie ante la barandilla de su terraza, y mirando hacia los fuegos de campamento.

—Pronto vacilarán un poco y se apagarán —dijo, sin volverse siquiera ni saludarme—. Y luego llegará el día. El día de la batalla.

—Sí, amiga mía. Me siento muy honrada de que hayas imaginado que yo también estaba despierta y hayas enviado a buscarme. —Ocupé mi lugar a su lado—. ¿Dónde crees que están? ¿Junto a ese fuego o junto a aquél?

—No lo sabemos. ¿Compartirán Paris y Héctor el mismo fuego? Hay muchas compañías.

—Nuestros hombres lucharán con todas las habilidades que puedan y les permitan los dioses. —Sólo podíamos estar seguras de aquello.

—Pero ¿y si los enemigos asaltan la ciudad y nos cogen por sorpresa? —me preguntó.

—Es imposible tomar una ciudad por sorpresa, al menos una tan grande como Troya. El asalto a las murallas formaría una gran conmoción. Tendremos muchas señales de advertencia. Y tendremos el valor suficiente, eso es lo que cuenta. No puede resultar fácil morir. —Cogí aliento—. Pero tendremos el ejemplo de nuestros

maridos. Les seguiremos o no valdríamos nada como esposas.

Ella me abrazó temblando.

—Le amas de verdad —dijo—. He intentado decírselo a todos, a Héctor, al Rey, a Hécuba, pero ellos...

¡Así que ellos, los troyanos, ni siquiera se creían eso! ¿Por qué habría venido aquí si no, destruyendo todo lo que tenía en la vida? Me sentía tan decepcionada de todos ellos que apenas podía formular las palabras.

—Sí, señora. Le amo por encima de mi propia vida. —Esperé un instante—. Como tú amas a Héctor.

Cuando volví a mi dormitorio, me encontré una bolsita pequeña, con una flecha con plumas metida en su interior. El mensajero, un chico que no había dormido aquella noche, murmuró:

—La envía el príncipe Paris, y dice que sus hermanas han acertado todas en el blanco. Que no debes avergonzarte.

Le di las gracias y le despaché. Me senté mientras la luz iba aumentando poco a poco y acaricé la flecha sin usar. Nunca me iba a sentir avergonzada de Paris.

LVII

Vi que venía el amanecer y supe que los ejércitos se estarían agitando ya, aunque en realidad no hubiesen dormido en absoluto. De pronto sonaron unas trompetas y unos pregoneros, con la voz temblorosa alzándose en el aire helado, gritaron que Príamo se dirigiría a la ciudad en el amplio espacio de abajo, junto a las murallas.

El viejo rey (que ahora parecía más viejo incluso), flanqueado por Hécuba y su último hijo, Polidoro, que apenas llegaba a los hombros encorvados de Príamo, levantó las manos para pedir silencio. Habló del triunfal ataque al campamento griego y nombró a los aliados que se habían unido a nosotros: los dardanios, bajo el mando de Eneas; los peonios y los carios, con sus arcos retorcidos; los paflagonios y los licios, bajo el comando conjunto del noble Sarpedón y su primo Glauco. Los tracios y sus famosos caballos blancos ya estaban en el campo con su rey, Reso. Además, se rumoreaba que las amazonas y una compañía de etíopes estaban ya de camino. En ese momento, los aliados superaban en número a los troyanos. Así que para poder alimentarlos y equiparlos sería necesario vender tesoros troyanos a los frigios y a los meonios. Sus hombros se encorvaron más aún al anunciar aquello.

Mientras hablaba, un guardia se adelantó y le susurró algo al oído. Él se detuvo y parpadeó y luego se volvió hacia nosotros.

—Parece ser —dijo— que nuestro amigo y aliado, el rey Reso, ha sido asesinado mientras dormía en el campo, sus hombres están muertos y sus caballos han sido robados. —Arrastraba cada palabra como una pierna coja—. Habrá otras muertes. —Se enderezó y levantó la barbilla—. Así es la guerra. Muerte y sorpresas. Cuando vayáis a recoger los cuerpos de los camaradas caídos, prohíbo que ninguno de vosotros llore. Es demasiado desalentador. Llorad, si tenéis que hacerlo, pero en la privacidad de vuestras propias habitaciones.

La guerra ya estaba por todas partes: en las voces de los tenderos y los mozos de cuadras y picapedreros, en los ojos de los extraños, refugiados que llenaban nuestras calles, en los tirones de los niños que robaban y en la mirada turbia de las ancianas viudas. En los puestos de venta ya habían desaparecido los sacos de comida, el vino era un artículo atesorado en secreto, y se mantenía a las cabras apartadas de la vista para que nadie se las llevara. El combustible escaseaba; de lo contrario, muchos más altares con sus fuegos habrían enviado el humo de sus ofrendas hacia el cielo. Nadie

quería gastar su carne ni su leña de esa forma, de modo que sólo las voces, que eran gratis, suplicaban a los dioses. Los hombres más capacitados se habían ido al campo de batalla, y sólo los niños, los lisiados y las mujeres quedaban caminando por las calles. Los jóvenes habían perdido ya su ansiedad por la guerra, lamentando el día en que ésta empezó. Y el robo de los caballos tracios había desanimado muchísimo a los troyanos: conocían la profecía que decía que Troya nunca caería si esos caballos bebían de las aguas del Escamandro, cuando en realidad nunca habían llegado al Escamandro. Sólo quedaba la esperanza de que los griegos, ignorantes de tal hecho, se lo permitieran más adelante. De otro modo, dos de las cinco profecías que conducían a la caída de Troya se habrían cumplido.

El sol brillaba con fuerza aquel día, el día que cambió el curso de la guerra. Veíamos poca cosa desde donde estábamos, excepto remolinos de polvo. A veces, el estruendo de la batalla venía traído por el viento, pero eso no nos decía nada. Sin embargo, los troyanos que quedaban se alineaban en las murallas deseando ver y oír.

Evadne y yo volvimos a mis habitaciones. Ella me rogó que me echara, y yo la obedecí. Encendió incienso, y dejó que su aroma almizclado y dulce se elevara en la habitación, sin prisa alguna por dejarlo escapar por las ventanas.

—Veremos mejor desde aquí —dijo—. Sin los ojos.

—Ya no puedo ver las cosas lejanas —repuse.

—Sí, sí que puedes —susurró ella, acariciándome los párpados cerrados—. ¿Crees realmente que fue Afrodita quien te llevó a la llanura cuando Paris se enfrentó a Menelao? —Ella se rio con suavidad—. Fue tu propia visión. La diosa, como de costumbre, quería confundirte. Ahora puedes viajar tú sola hacia allí.

Aspiré el denso aroma de la madera de sándalo y el alcanfor. Noté que mis brazos se quedaban flácidos, y que yo misma flotaba por encima del diván.

Evadne me cogió la mano.

—Estoy contigo. Vamos juntas. Cuando estemos allí, abre los ojos.

Cuando ella me lo dijo, abrí los párpados. O imaginé que lo hacía. ¿Estaría soñando? No vi los muros de la habitación familiar, sino que me encontré junto a Paris, que estaba sucio y cansado. Murmuraba algo mientras trasteaba con una correa de su armadura. Héctor iba y venía por allí cerca, dando órdenes a los hombres. Antímaco también estaba allí patrullando, dirigiendo la organización de los carros. Estaban preocupados por cruzar la profunda zanja que había frente a la empalizada que protegía el campamento enemigo y los barcos. Era exactamente el mismo tipo de defensa que teníamos en Troya en torno a la ciudad inferior, y estaba diseñada también con el mismo objetivo que la nuestra: detener a los carros.

Héctor chillaba y decía que nunca se retirarían hasta haber expulsado a los barcos hacia el mar. Dio la orden, demasiado pronto me pareció a mí, pero en batalla llegar tarde es fatal. Los carros cargaron. Fueron incapaces de cruzar la barrera.

Héctor dejó su carro y asaltó las puertas y la muralla que tenía ante él a pie, sólo con sus propias fuerzas, acompañado de Eneas y Paris. Los licios iban justo a su lado, y fueron los primeros en llegar a las puertas. Más tarde Héctor fue descrito como «un dios», y quizá lo fuese. Arrojó una enorme piedra hacia la puerta y su madera tembló y cedió, sus cerrojos se rompieron y los troyanos entraron en tromba, lanzando gritos de guerra.

Ya estaban en el mismísimo campamento griego. Como hormigas en un hormiguero tomado por sorpresa, los griegos se desperdigaron, corriendo por aquí, por allá, por todas partes. Algunos se refugiaron en los barcos; otros corrieron hacia sus chozas; otros, por último, se reagruparon y atacaron. Agamenón, Menelao y Odiseo no estaban por ninguna parte; los líderes heridos suelen esconderse.

La lucha era tan confusa y encarnizada que sólo veía relámpagos momentáneos. Héctor y otros prendieron fuego a algunos de los barcos, que formaron una buena hoguera. Áyax, el grandote, no el camarada más pequeño, mantuvo el terreno junto a la cubierta de un barco, y consiguió detener a Héctor. Blandía una pica con punta de bronce de dos veces la longitud de un hombre normal, y desafió a Héctor. Éste consiguió desviar y romper la punta de la pica de Áyax, de modo que ésta se convirtió en un simple palo poco manejable.

Las bravatas llenaban el aire en ambos lados, de modo que un hombre sordo habría tenido una gran ventaja al no oír todo aquello.

Apareció Odiseo chillando como una mujer que se ha vertido sin querer agua caliente en el brazo. Poco podía hacer, sin embargo, a causa de sus heridas.

—¡Id al mar, cobardes! —gritó un troyano, y él y sus hombres cargaron hacia los buques.

Pero gradualmente el ataque flaqueaba. Los barcos no huían, y sólo unos pocos ardían en realidad. Misteriosamente, la oleada de la batalla dio la vuelta y los troyanos empezaron a retroceder. Paris estaba a salvo, igual que los demás comandantes. Pero mientras se retiraban, Áyax saltó de su barco y agarró una de las enormes piedras que se usaban para sujetarlos. Se la arrojó a Héctor y acertó, lo que le dejó caído en el suelo. Sus camaradas se arremolinaron en torno a él y le arrastraron: lo llevaron a salvo detrás de la zanja. Estaba inconsciente y escupía sangre.

Cayó la noche. Entreví vagamente la cortina de oscuridad que flotaba a mi alrededor, pero, aun así, no me moví. Moverse era interrumpir la visión, y quizá no

fuese capaz de volver a provocarla. No tenía hambre ni me sentía cansada, flotaba como si todas esas cosas no me preocupasen.

Paris estaba echado, apoyando la cabeza en los brazos doblados y con el casco a su lado. Se había quitado las grebas y también el peto, pero se había dejado puesto el pesado corselete de lino. Sus ojos miraban ante sí, vacuos; parecía asombrado y se iba volviendo hacia Héctor. Su espada y arco estaban cuidadosamente colocados a ambos lados. Junto a él, Deífobo se frotaba los brazos con aceite y se jactaba de las muertes del día. Miraba también al vencido Héctor, pero no había ni un ápice de la tristeza de Paris en su rostro. Anhelaba el lugar de mando de Héctor. Con qué desnudez se percibía esto a la luz del fuego, cuando pensaba que nadie le miraba...

Antímaco iba dando grandes zancadas por el campamento, animando a sus hombres. En momentos como aquéllos, Antímaco era lo que se necesitaba. Todos los hombres tienen su lugar.

Al amanecer todo volvió a cambiar de nuevo. Apareció Aquiles a caballo, con su armadura. ¡Aquiles! ¿Qué se habría hecho de su enfado, de su negativa a luchar? Confusos, los troyanos retrocedieron. Héctor se movió, recuperando el sentido justo a tiempo de ver a Aquiles amenazante por encima de la zanja.

—Sería prudente retirarse —dijo.

La llegada de Aquiles cambiaba todas las tácticas. Ciertamente, era sólo un hombre, pero había tantas profecías y leyendas sobre él que debían tratarle como si fuera más de uno.

La simple presencia de Aquiles y sus tropas frescas infundió nuevo valor a los cansados griegos, que atacaron entonces con vigor. De repente, la tranquila retirada de los troyanos se convirtió en una carrera hacia las murallas de la ciudad. Los carros iban bamboleándose locamente y los hombres a pie corrían con toda la rapidez que podían. Los griegos los perseguían y alcanzaban a los más lentos, presentándoles batalla.

Aquiles iba en cabeza. Alcanzó a los licios y atacó a Sarpedón, su líder. Los hombres quedaron uno frente a otro, se arrojaron lanzas. Sarpedón cayó y Aquiles se regocijó. Se inició entonces una lucha encarnizada por el cuerpo de Sarpedón, pero éste desapareció y nadie vio adónde había ido a parar.

Envalentonados, los griegos corrieron entonces hacia la ciudad y una compañía intentó escalar los muros, dirigiéndose de nuevo hacia la parte más débil. Pero nuestras reparaciones aguantaron. Entonces, con su objetivo por fin lo bastante cerca, los hombres de Gelanor lanzaron las bombas de escorpiones entre ellos; los contenedores de arcilla se rompieron y liberaron su carga, que picaba y mordía. Los

hombres cayeron de las escalerillas y se arrastraron y retrocedieron desde las murallas, chillando.

Entonces, con su dorada armadura resplandeciente, Aquiles asaltó las murallas en persona, como si pudiera subirlas con las manos desnudas. Corriendo muy rápido y saltando tanto como le permitieron sus fuertes piernas, alcanzó casi la mitad de los empinados lados oblicuos del muro, y luego se deslizó hacia atrás de nuevo. Cayeron piedras, más bombas de escorpiones, pero por tres veces Aquiles casi consiguió escalar los muros, chillando como un águila en vuelo. Más tarde, alguien dijo incluso que sus dedos habían rozado la parte superior, y que fue empujado hacia abajo como por un escudo de bronce invisible. Gritando, cayó de nuevo al suelo y aterrizó pesadamente de rodillas.

Luego se vio rodeado de troyanos y desapareció en medio de ellos; al cabo de un instante, salió tambaleándose, herido y dando tumbos. Fue atacado por detrás por un soldado sin nombre. Entonces, Héctor, de repente, bloqueó su camino, levantó su lanza y le abatió.

Se quedó echado en el suelo, agitándose. Héctor, reclamando su botín, arrancó el casco y lo levantó bien alto. Luego lo arrojó a un lado y se inclinó. Era la armadura de Aquiles, sí, pero dentro de ella estaba Patroclo. A quien había matado era a Patroclo. Y oí a Patroclo murmurar estas palabras: «Tú también morirás pronto. El destino y la muerte se ciernen sobre ti, la muerte a manos de Aquiles, el bello hijo de Peleo».

Héctor gruñó y arrancó su lanza del cuerpo sin vida. No dio señales de haber oído ni atendido a aquellas palabras. Levantó la vista hacia las murallas desde donde le llamaban sus compatriotas, instándole a él y a sus hombres a que entrasen.

—Primero tengo que hacer algo —dijo.

Empezó a quitar la dorada armadura al hombre muerto. Primero le quitó el peto, finamente labrado, y lo arrojó al campo, y luego tras él las grebas, y colocó el casco como remate encima de todo. Eran los aparejos de un rey, la famosa armadura entregada por los dioses al padre de Aquiles, un botín muy valioso. Héctor pidió un carro y arrojó en su interior el botín. El cuerpo del caído Patroclo yacía ensangrentado y desnudo. Antes de que Héctor y sus hombres pudieran colocarlo también en la carreta junto a la armadura, Menelao y otro hombre salieron corriendo de entre los griegos y empezaron a luchar por él con Héctor. Cada parte cogía un miembro y luchaban como chacales sobre una carroña, tirando, empujando y gruñendo. Me sorprendió la ferocidad de Menelao, a pesar de sus heridas. Al final, los griegos consiguieron el control del cadáver y se lo llevaron a su campo, custodiado por los dos Áyax.

—¡Adentro, adentro! —gritaba la gente desde las murallas—. ¡Celebremos vuestra gran victoria!

—¡Cuando la batalla haya terminado, cuando se vayan los griegos! —gritó Héctor.

Insistió en quedarse en el campo junto con sus hombres. Pero a los demás les permitió volver a pasar la noche. Quizá no quisiera enfrentarse a Andrómaca, sabiendo que no tendría la fuerza suficiente para una segunda despedida.

La puerta Escea crujió al abrirse, cuando los guardias echaron atrás las gruesas hojas, y los soldados entraron tambaleándose, cubiertos de polvo y arrastrando los pies. Sus familiares, que los esperaban ansiosos, corrieron a llevárselos para darles baños calientes y comida, y aquellos que no tenían familia fueron al comedor de los soldados. Tras ellos, los heridos fueron conducidos a través de la ciudad al espacio cada vez más poblado en el otro lado, donde los enfermos, lisiados y moribundos permanecían tendidos en hileras, atendidos día y noche por mujeres y físicos.

Andrómaca se había escondido en su habitación, tejiendo. No salió a las murallas ni esperó a Héctor de otro modo que no fuese en privado. Algunos pensaban que era por orgullo, pero yo sabía que era por miedo

—Despierta, señora —me susurraba Evadne—. Despierta, él llega.

Sin embargo, en realidad, no había estado dormida. Estuve suspendida, como el humo, en algún lugar entre la vigilia y el sueño, entre aquí y otro lugar. Volver fue difícil, fue como si tirase de mí una larga cuerda hasta alcanzar el suelo. Luchaba por quedarme donde estaba, pero el tirón era demasiado fuerte.

—Helena. —De pie junto al diván estaba Paris, igual que como le había visto en mi visión. Ahora iba más sucio, su armadura tenía más abolladuras y rozaduras profundas, pero su persona estaba a salvo—. ¡Hemos luchado bien! Oh, ¿cómo has podido dormir todo el tiempo?

Me incorporé. ¿Cómo decirle que lo había visto todo? ¿No arruinaría eso la ilusión de contármelo?

—Si no hubieses vuelto, no me habría despertado nunca. Es mejor así —dije. Toqué su pelo, el oro manchado de polvo y sudor.

—Conseguimos llegar hasta el campamento griego —dijo, y se quitó el peto—. Héctor, Eneas y yo dirigíamos la carga a través de la puerta... Héctor la abrió de par en par con una piedra. ¡Y prendimos fuego a los barcos!

—¡Maravilloso!

—Hemos pasado la noche en el campo. Pensábamos continuar con las primeras luces, y quemar el resto de los barcos, pero no ha podido ser.

—Pero hemos visto humo...

—Sólo el humo de la noche anterior. Pero casi al salir el sol ha aparecido Aquiles, dirigiendo tropas frescas. No podíamos acercarnos más para quemar más buques.

—Aquiles... —Oh, no podía contarle lo que había visto. Debía oírlo todo de nuevo, y oírlo de Paris lo hacía nuevo para mí—. Pensaba que estaba enfadado y que se negaba a luchar.

—Quizá (eso pensábamos) hubiese quedado chamuscado por nuestros fuegos, furioso al ver que nos acercábamos tanto, conmocionado al ver que habíamos herido a los líderes. O quizá vio su oportunidad, porque Agamenón estaba herido. En cualquier caso, allí estaba, reuniendo a los griegos, y poco a poco nos ha ido echando atrás.

—Tiene el poder de darles nuevos ánimos.

—Nuevas piernas, en cualquier caso. Los mirmidones no habían luchado todavía, ya que se habían pasado todo el tiempo sentados con su líder, de modo que estaban ansiosos por luchar. Los ha conducido hasta los muros de Troya... Eso lo habrás visto, ¿no?

—Ah, sí, pero había muchísima gente. Cuéntamelo.

—Ha intentado trepar la muralla él solo. Su furia y su velocidad casi le llevan por encima. Pero Antímaco chillaba que algo no iba bien. Cualquiera que hubiese visto correr a Aquiles se daba cuenta de que aquel hombre era más lento. Y sus tiros de lanza no iban tan lejos como debían. De modo que cuando Héctor le ha matado...

—Fácil, ¿fácil?

—Demasiado fácil. A Héctor no tendría que haberle sorprendido tanto averiguar que era Patroclo, y no Aquiles, el que iba dentro de la armadura.

—¿No tenía ni idea, de verdad?

—Estaba atrapado en medio de la lucha, y confundido por la armadura. De manera que sí, ha sido una sorpresa. Ha cogido la armadura y ahora está aquí, la tienen expuesta en el palacio de Príamo.

—He oído decir que nadie salvo Aquiles podía llevarla, porque era muy pesada e incómoda, pero está claro que no era cierto.

—Héctor quiere ponérsela. Mañana iremos a luchar de nuevo —dijo Paris—. Pero eso será mañana.

Le abracé, apretándole muy fuerte junto a mi cuerpo a pesar de su corselete empapado de sudor. Que Afrodita me perdonara, pero el sudor de un amante huele mejor que cualquier perfume. Creo que nunca le había visto más guapo; quizá sea cierto que la guerra es un adorno para un hombre, igual que la joyería lo es para una mujer.

Héctor se había quedado a dormir fuera, en el campo. Patroclo yacía muerto en el campamento griego. Paris en mis brazos, en nuestro alto palacio. Me pregunté brevemente cómo pasaría Aquiles aquella noche. No sabía que estaba esperando un nuevo conjunto de armadura, hecho a toda prisa por los dioses, para venir y destruirnos por la mañana.

LVIII

Antes de que amaneciese, de modo que no estoy segura de que Paris hubiese dormido en absoluto, se había levantado y preparado para la batalla de nuevo. Vi su silueta oscura moviéndose en la habitación. Se inclinó hacia mí y me besó, pensando que estaba dormida. Yo me incorporé y le abracé, intentando que el miedo y la urgencia no me agarrotaran los brazos.

—Hoy será el día —murmuró él—. Lo noto.

—Yo también —dije, queriendo nuestra victoria, pero temiendo nuestra destrucción.

Héctor y sus hombres esperaban en el campo junto a las líneas griegas, y a la nueva luz sus compañeros salieron de nuevo por la puerta para unirse a ellos, y el sol incidió en los radios de los carros, haciéndonos guiños a aquellos que contemplábamos desde las murallas. Fue aumentando el contingente en el campo, hasta que éste quedó cubierto. La zona que estaba junto a Troya quedó vacía; todo el mundo se hallaba junto a los barcos.

Estábamos demasiado lejos para verlos, pero yo sabía que podía remediar aquello. Fui a mi habitación y llamé a Evadne. Ella sabía lo que había que hacer, cómo llevarme hasta allí.

Yo estaba justo ante las líneas. Vi a Héctor, cuyo rostro había adoptado de pronto un aspecto muy envejecido, con su casco, al que había limpiado a toda prisa la suciedad, pero que ya no brillaba, ante los hombres. Saludó a Paris y a Eneas cuando se unieron a él. Estaba dando instrucciones a sus soldados cuando, de repente, en la neblina roja del amanecer, en lo más alto de la zanja defensiva, apareció Aquiles y lanzó un grito. Su voz era tan estentórea que se alzó como una trompeta. Su rostro estaba congestionado y sus labios temblorosos. Chilló a los troyanos que estaba allí para vengar la muerte de Patroclo, y que se proponía matar a Héctor. De alguna manera, había conseguido una armadura nueva aquella noche, y ésta brillaba como un espejo.

Al oír su nombre, Héctor tembló de manera imperceptible. Sólo alguien colocado donde estaba yo lo habría visto; seguramente, Aquiles no. Antes de que Héctor pudiese replicar con un discurso a su vez, sus hombres retrocedieron. Aquella cara maligna, aquella voz de trueno y todas las historias sobre Aquiles como guerrero invencible habían conseguido su objetivo. Los troyanos estaban huyendo.

Sí, huían. Se volvían y empezaban a retirarse desordenadamente, de vuelta hacia

Troya. En vano, Héctor y Paris les ordenaban que mantuviesen el terreno.

—¡Lucháis contra un hombre, no contra un dios! —gritaba Héctor—. ¡Seguid firmes!

Pero a su alrededor los hombres retrocedían.

—¡Es mortal, una lanza puede atravesarle! —gritaba Paris—. ¡No desaparecerá!

Pero en vano. La retirada se convirtió en una desbandada. Los troyanos huían llenos de pánico hacia las murallas de su ciudad. Sus aliados, rodeándolos en el campo, no se mostraban más valientes.

Antenor perdió a dos hijos, abatidos por los griegos que los perseguían. Deífobo, que corría junto a Héctor, jadeó:

—¡Debemos refugiarnos todos en la ciudad!

—¡No! —gritaba Héctor—. ¡Nunca!

Las fuerzas troyanas se separaron. Una parte, conducida por Deífobo, se dirigió directamente hacia la ciudad; las otras se vieron detenidas por el río Escamandro, que iba crecido. Aquiles, rugiendo como el propio río, cayó sobre Eneas y le atacó. Eneas se tambaleó y cayó, pero consiguió escapar a la ira asesina de Aquiles. El furibundo guerrero griego tuvo que volver su atención hacia los troyanos atrapados junto al río. De pronto, cayó sobre un muchacho joven, demasiado joven para estar allí, en realidad, y lo destrozó, como si quisiera compensar lo de Eneas. Era Polidoro, el hijo pequeño de Príamo. Seguramente se escapó a través de las puertas con los soldados, desobedeciendo a su padre, y corrió hacia la batalla. El chico se encogió y cayó al río. Aquiles se echó tras él, persiguiendo a los troyanos que se agitaban, con el brazo de la espada moviéndose sin parar, y mató a muchos antes de quedar atrapado en una potente corriente de agua, casi ahogándose. Empapado y más furioso que nunca consiguió salir hasta la orilla.

—¡Matar! ¡Matar! —chillaba, apuñalando el aire a su alrededor—. ¡Que mi brazo acabe cansado de tanto matar!

Los troyanos temblaban como si estuvieran hechizados y acobardados.

—¡No hay nada mágico en él! —grité—. ¡Actuad! —Pero yo sólo murmuraba entre sueños, y mis gritos no llegaron a nadie, ni siquiera a Paris.

¡Paris! ¿Dónde estaba Paris? No le veía. ¡Ah, que se encontrara a salvo!

El Escamandro iba repleto de cuerpos; giraban y se arremolinaban en el agua fangosa, y quedaban atrapados en las ramas. Pero Aquiles ya estaba más allá del río. Aquellos hombres a los que había matado no habían conseguido saciarle. Era a Héctor a quien buscaba, a Héctor a quien ansiaba.

—¡Héctor! ¡Héctor! —chillaba.

Su voz había perdido fuerza, y estaba ronca, pero de algún modo sonaba más amenazadora aún. Se movía como un ave de presa, volando por encima del terreno y dispersando a todo el ejército troyano por las llanuras, hacia delante. ¡Ah, qué vergüenza! ¡Huir todos ante un solo hombre!

Príamo, inclinándose por encima de los muros, dio las órdenes de que abrieran las puertas, y los guardias tiraron de ellas. Los troyanos entraron a la carrera, con gran desorganización y pánico.

¡El ejército entero venía a la desbandada! Todos los comandantes habían huido, el fanfarrón Antímaco, Heleno, Deífobo, el mismo Eneas... y Paris. ¡Ah, gracias a los dioses, Paris estaba a salvo!

Al saberlo, me removí en mi diván.

—Evadne —dije. ¿Podría oírme ella? ¿Mi voz era normal?

—¿Sí, señora?

—Deshaz esto —dije—. Paris ha vuelto. Debo verlo todo con él.

No sé lo que hizo, pero mi visión se desvaneció y lo único que vi fue mi propia cámara. Me sentía débil y desmayada, como si yo hubiese estado también en el campo de batalla.

—Vamos, señora —dijo ella. Me tocó la mano y tiró de mí lentamente. Mis pies se resintieron al tocar el frío suelo.

Como una sonámbula, me dirigí por la amplia calle hacia las murallas. Él venía tambaleándose entre las puertas cuando le vi; corrí hacia él.

—¡Paris, Paris! —Eché mis brazos en torno a su cuerpo.

—Aquiles —dijo—. Lo ha trastornado todo.

—Es sólo un hombre.

—Hace responsable a Héctor de la muerte de Patroclo —jadeaba Paris, intentando contener el aliento—. Es un enfrentamiento personal.

—¡Esto es una guerra! Hay miles de hombres en el campo de batalla —dije.

—Pero para él sólo había tres: él mismo, Patroclo y Héctor. O debería decir que sólo hay uno, él. Ha convertido toda la guerra en algo personal, insultos a su honor y todo eso.

Tuve la horrible tentación de decir: «¿Por una vez no se trata de Helena?». Pero no pensaba pronunciar aquellas frívolas palabras, no en aquel momento.

—Él ha matado a su amigo, y eso es lo que le atormenta. Hizo que se pusiera su armadura y le suplantara, le envió a la perdición porque su propio orgullo no le permitía luchar. Así que, ¿quién ha matado a Patroclo, en realidad? ¿La espada de Héctor o el orgullo de Aquiles? Aquiles conoce bien la verdad.

—Entonces, él traicionó a su amigo.

—Sí, y ahora quiere mitigar su culpa atacando a Héctor, pero ésta nunca se podrá aliviar. Nada puede cambiar ni borrar lo ocurrido.

—Tú estás aquí, estás a salvo —dije.

Que los dioses me perdonasen, que Andrómaca me perdonase, aquélla era mi única preocupación.

Paris se volvió y miró hacia las murallas. El campo estaba vacío. Héctor permanecía de pie, solo. Desde la distancia se aproximaba Aquiles. Había dejado de correr y caminaba lenta y pausadamente, de un modo inexorable. Veía cómo el faldón delantero de su armadura se levantaba al mover los muslos.

—¡Héctor! —exclamó Príamo—. Ven adentro. ¡No te enfrentes a ese hombre! ¡No lo hagas! ¡Tú eres nuestra gloria y nuestra defensa! ¡Oh, piensa en mí, en tu padre! —dijo, y empezó a enumerar todas las cosas espantosas que le ocurrirían si caía Troya, que se vería deshonrado y mutilado, despedazado por unos perros y desnudo.

Hécuba, de pie junto a él, de pronto se inclinó hacia delante. Se desgarró el vestido y le mostró sus pechos marchitos y colgantes:

—¡Héctor, Héctor! —exclamó—. ¡Honra estos pechos, los pechos de tu madre, que te alimentaron! ¡Te lo ruego, ven adentro! ¡No te enfrentes a ese hombre!

Héctor levantó la vista.

—¡Madre, cúbrete! —ordenó. Se volvió. Aquiles estaba a la distancia de un tiro de lanza.

Héctor le miró un momento. El mejor guerrero de Troya mantuvo el terreno, con las piernas bien firmes y separadas, la cabeza alta. Luego, de repente, inesperadamente, dio la vuelta y echó a correr.

Corría más rápido de lo que yo podía imaginar. Dio la vuelta a las murallas de Troya. No podíamos dar la vuelta al recinto interior lo bastante rápido para mantener el paso que él llevaba y seguir viéndole, mientras Aquiles le perseguía. ¿Qué estaría pensando? ¿Que nuestros arqueros podían disparar y matar a Aquiles? Pero Aquiles estaba demasiado cerca de la base de la muralla para eso, y ninguna flecha podía alcanzarle. Y estaba demasiado cerca de Héctor todo el tiempo. Estaba justo encima de él, como ocurre en las peores pesadillas cuando corremos y corremos y la «cosa», lo que sea, se convierte en nuestra sombra y nos pisa los talones.

Tres veces, Héctor dio la vuelta a las murallas de Troya. No podía librarse de Aquiles. Luego, al fin, se detuvo y se enfrentó a él. Parecía que veía a alguien a su lado. Le oí débilmente hablar con Deífobo. Pero éste estaba en el interior de las murallas, con todos los demás. Vi que Deífobo se inclinaba desde las fortificaciones;

su rostro, normalmente petulante, se mostraba angustiado.

—¡No, hermano! ¡No, no soy yo! ¡Te engaña, un dios cruel te engaña! —gritó.
¿Le podría oír Héctor, desde tan lejos, allá abajo?

—¡Aquí estoy, Aquiles! —gritó Héctor—. ¡Ya no corro más! Pero antes de moverme, te juro que si te mato conservaré tu armadura, pero no tu cuerpo. Tus camaradas lo tendrán para honrarlo. ¡Júrame a mí lo mismo!

Un silencio y luego una risa espantosa.

—¡Ya llevas mi armadura! O sea, que cuando te mate, la recuperaré y tendré dos. Pero en cuanto al pacto de honor entre nosotros: no, los leones no hacen pactos con los hombres, sino que los desgarran. Los lobos y los corderos no se separan en paz. Uno debe morir. Lo mismo ocurrirá contigo y conmigo.

Dio un paso breve hacia delante y arrojó su lanza, pero falló. Héctor chilló:

—¡Así que el divino Aquiles ha fallado!

Héctor arrojó una lanza a Aquiles, y ésta dio en el escudo pero no lo perforó, cosa imposible, ya que estaba hecho por un dios, y llamó a Deífobo para que le diese una segunda arma. Entonces, Héctor se volvió y vio que no había nadie allí, levantó la vista y vio a su hermano dentro de las murallas.

—Atenea..., ah, perra, diosa enemiga de Troya, me has traicionado.

Atenea, que odiaba a Troya y amaba a Aquiles, había encarnado a Deífobo y de ese modo había dejado a Héctor desvalido en el campo de batalla. Él sabía lo que eso significaba. Su condena, su destino, estaba allí a su lado, respirando la muerte sobre él.

—¡Aaaah! —Héctor buscó su espada y se arrojó hacia Aquiles, moviéndola con toda la ferocidad de la rabia y el dolor desesperados.

Aquiles se mantuvo en pie fríamente, viéndole venir, y gritó: —¡Conozco bien mi propia armadura, dónde está su punto débil!

Arrojó su lanza hacia un lugar junto a la clavícula, en el cuello, mientras Héctor se abalanzaba hacia él.

Por un instante, Héctor quedó suspendido en el aire, atravesado, y luego cayó al suelo, de espaldas, con los brazos extendidos. Aquiles saltó sobre él y gritó:

—¡Las aves y los perros se hartarán contigo!

Héctor todavía se movía, no estaba muerto aún. Sus brazos se agitaban a los lados y su pecho subía. Desde dentro del casco, su voz llegó débilmente:

—Te ruego en nombre de tu madre y de tu padre que no mancilles mi cadáver y que dejes que mis compatriotas me entierren con honor. Toma un rescate por mí, un rescate de bronce y oro, pero entrégame a ellos. —Sus palabras se desvanecieron, su

fuerza desaparecía.

Aquiles se echó a reír de nuevo, más fuerte aún, como si hubiese absorbido el poder desfalleciente de Héctor.

—¡No me supliques, perro adulator, y no menciones el nombre de mi madre o de mi padre! ¿Rescate? ¡Nada puede rescatarte, aunque Príamo me diera tu peso en oro puro!

Todavía le quedaba algo de habla a Héctor.

—Entonces..., si no tienes corazón, oye mi maldición. Paris y Apolo te destruirán en la puerta Escea. Recuérdalo. —Y dejó de hablar.

Entonces (era tan vergonzoso que dolía mirarlo, y completamente deshonesto), Aquiles perforó los tobillos de Héctor, pasó una correa a través de ellos y arrastró su cuerpo de vuelta al campamento griego detrás de su carro, riendo histéricamente todo el camino. El pobre cuerpo de Héctor rebotaba detrás del carro, levantando una nube de polvo.

Enterré la cara contra Paris.

—¡No, no! —grité.

Príamo gritaba. Hécula permanecía en pie como una estatua. Alguien fue a buscar a Andrómaca. Ella había estado esperando en sus aposentos, preparando un baño caliente para Héctor. Tantas veces como había salido él a la batalla, le había dado ella luego la bienvenida en casa. No quería mirar desde la muralla, como si creyera que siguiendo el mismo ritual cada día en sus aposentos le protegería de todo mal. Pero ahora, al llamarla, salió a las murallas a tiempo de ver la nube de polvo del carro de Aquiles que se dirigía hacia el campamento griego.

—Aquiles le ha matado —dijo Príamo—. Mi hijo, tu marido, ha caído.

Ella jadeó y se agarró las mejillas, y al momento cayó desmayada al suelo, y su tocado y su velo cayeron de su cabeza y rodaron por el suelo junto a ella. De igual modo, su vida con Héctor, como él había temido tristemente, había caído en el polvo. Laódice y otras se apiñaron a su alrededor. Pero supe que debía hablar.

—Dejad que la atiendan —insistí. Mi promesa a Héctor se imponía.

Dispuse que la transportaran a su habitación de nuevo, ya espantosamente vacía, porque Héctor nunca volvería a entrar en ella cantando, llamándola para abrazarla. Astianacte lloraba en su cuna, lanzando unos gritos penetrantes.

Pero no podíamos preocuparnos ahora de él. No recordaría aquel día, y eso ofrecía un gran consuelo. Andrómaca había caído en una especie de fiebre o alteración mental.

—¡Héctor! ¡Héctor! —llamaba—. ¡Héctor, ven conmigo!

—Cálmate —intenté consolarla—. Héctor ha caído defendiéndote. Te entregó su amor hasta el último momento. Piensa en ti ahora.

—¡Debo verle! —gritó—. Debo prepararle..., oh, no, no puedo..., no puedo vivir sin él. Tengo que preparar su funeral y unirme a él.

—Sí. El funeral. Tardará un tiempo. Hay que hacer arreglos.

—Yo..., yo... —Luchaba por incorporarse.

Y entonces las noticias espantosas.

—Aquiles se ha llevado su cuerpo. No podemos celebrar el funeral hasta que nos lo devuelva.

Ella lanzó un grito de angustia y cayó llorando en la cama.

—Pero tenemos que recuperarlo. Tenemos que recuperarlo.

Cayó la noche y la llanura ante Troya seguía vacía. Príamo envió a unos hombres al amparo de la oscuridad a intentar recuperar los cuerpos de los caídos, repitiendo sus órdenes de no llorar. Pero los hombres le desobedecieron y sus lágrimas quedaron veladas bajo el manto de la noche. Muchos cuerpos no pudieron ser hallados; los desaparecidos en el Escamandro habían ido a parar al mar, otros yacían abandonados entre la hierba. Un cuerpo que sí encontraron fue el de Polidoro, de doce años, el adorado hijo pequeño de Príamo. Me dijeron que cuando lo contempló, lo miró fijamente durante mucho rato y al final dijo:

—Ahora está de la mano con Héctor.

Y se atuvo a sus órdenes de no derramar lágrimas en público.

Sin embargo, Polidoro no iba de la mano con Héctor, porque éste no podía pasar al Hades hasta que tuviera sus ritos funerarios adecuados, y su cuerpo desnudo yacía abandonado ante la tienda de Aquiles.

Gelanor era el hombre del momento; sus espías sabían lo que estaba ocurriendo en el campamento griego y tenían que mantenerse ocultos, para no traicionarse. No podían enviarnos mensajeros, y por lo tanto, esperamos a saber algo, esperamos con desesperación. Al fin, un hombre se atrevió a venir a nosotros y nos informó de que la noche antes Aquiles había celebrado un festín funerario por Patroclo.

—Patroclo lo ordenó —susurró el hombre—. Su fantasma fue a ver a Aquiles y le pidió que le enterrara. Rogó a Aquiles que le dejara libre para ir al otro lado. Llevaba tres días yaciendo muerto sin enterrar, mientras Aquiles arrastraba el cuerpo de Héctor a su alrededor. ¡Como si aquello pudiese complacer a Patroclo! Nada apacigua a los muertos, excepto que se les permita el paso libre hacia el reino del averno. Así que

aquella misma mañana, Aquiles construyó la pira funeraria y, como reflejo de su crueldad, mató a doce jóvenes cautivos troyanos, así como perros de caza y caballos, y colocó cuidadosamente sus cuerpos muertos en torno a la pira, como ofrendas. ¿Para qué? ¿Por su propia culpabilidad ante la muerte de su amigo? No podía ser otra cosa. El humo ascendió hacia los cielos, y se anunciaron entonces los juegos funerarios.

—¿Juegos funerarios? —dijo Príamo, cansadamente—. ¿Va a celebrar unos juegos funerarios? —Aquellas mismas palabras hablaban de superficialidad. De eso estaba hecho Aquiles..., de gestos de cara a la galería.

—Sí, las habituales carreras de carros, boxeo, lucha, lanzamiento de jabalinas.

Príamo lanzó un aullido de dolor.

—¡Juegos! ¡Mientras mi Héctor yace deshonorado, desnudo y mancillado!

Entonces alguien se atrevió a preguntar quién participaba en aquellos juegos. La respuesta fue: Diomedes, Antíloco —hijo de Néstor—, Idomeneo de Creta, los dos Áyax, Odiseo, Teucro el arquero, Agamenón y, ¡oh, vergüenza!, Menelao, y la mayor parte de sus comandantes. Menelao, Odiseo y Agamenón se habían curado rápidamente. Pero mejor hubiera sido que sus heridas los hubiesen mantenido apartados de aquel deshonor.

—Pero ahora ya ha terminado todo —dijo Príamo—. Patroclo ha sido enviado en su camino, y nos devolverán a Héctor.

Paris se inclinó hacia delante con el rostro blanco, intentando ocultar su dolor.

—Recuerda que rechazó la petición de Héctor de unos ritos honorables. Dijo que... —Meneó la cabeza. No tenía que repetir la amenaza de las aves de presa y los perros carroñeros. Todos los conocíamos.

Príamo saltó, nada encorvado ya, lleno de su antiguo vigor.

—¡Iré yo mismo a recuperarlo! —Salió de la habitación como un loco.

Consiguió pasar por las puertas, que a su palabra tuvieron que abrirse; sin embargo, una vez en la llanura, Paris le alcanzó y le retuvo, sujetando el cuerpo de su padre con sus fuertes manos. Justo detrás de él iba Deífobo, decidido a no ser menos. Ya había empezado la disputa por las posiciones entre los hijos que le quedaban al Rey. Y junto a él, Heleno, el del cabello rojo y los ojos inexpresivos, también competía por atraer su atención. Paris los apartó a todos y se llevó a su padre al interior de las puertas.

Ya era la tercera noche desde la muerte de Héctor, y los llantos y lamentos en Troya se podían oír incluso dentro de nuestras habitaciones, en toda la ciudad. Yo volví a tejer. Aquello me calmaba, me tranquilizaba. Con las manos temblorosas, de

pie frente al telar, intenté pasar los hilos de lana por mi tapiz, pero se atascaban y tuve que apartarme, entre lágrimas.

Paris estaba de pie junto a mí.

—Juro aquí y ahora que vengaré a Héctor —dijo—. Yo mataré a Aquiles.

Héctor había dicho lo mismo, con su último aliento. Paris lo oyó y se lo tomó como obligación juramentada. Pero ¿cómo se podía hacer aquello?

—No me importa qué medios tenga que usar para matarle, no me importa nada del honor ni de la costumbre. Lo único que quiero es que muera. Si tiene que ser con un vestido contaminado o con una flecha empapada en veneno, ¿qué importa? El noble Héctor se enfrentó a él con justeza y murió. Yo mataré a Aquiles. Él caerá por mi mano. —Me cogió las manos, las besó—. ¿Comprendes lo que digo? Le mataré. Si yo muero y si alguien me llama deshonoroso por la forma que tuve de matarlo, ¿tengo tu promesa de que nunca te avergonzarás de mí?

Le miré.

—Es imposible que me sienta avergonzada de ti alguna vez.

—Parece que tú y yo hemos traído la muerte con nosotros a Troya —dijo—. ¿Nos enfrentaremos a ella con fortaleza o nos acobardaremos y nos esconderemos? —Me atrajo hacia él—. Helena, quiero vivir contigo hasta que la vejez nos alcance y nos separe al uno del otro. Pero esta guerra...

La guerra que nosotros habíamos traído, pensé yo. No podíamos dejar que Príamo y Andrómaca y Troilo pagaran el precio por nosotros.

—Nuestra guerra —dije—. Es muy adecuado que muramos en ella.

—Entonces, lo comprendes de verdad.

—Comprendo que hemos atraído todo esto sobre nuestras cabezas y las cabezas de los demás. Oh, Paris, deberíamos haber navegado muy lejos de Troya, como dijimos... —Si hubiera podido cambiar la vela de aquel barco...

—Pero no lo hicimos. Estamos aquí. Y aquí debemos resistir.

La noche había pasado lentamente. Por la mañana me levanté y vi una mancha larga y roja que marcaba las piedras debajo de uno de mis joyeros. Sabía lo que era antes de examinarlo: el broche rezumante de Menelao lloraba sus lágrimas de sangre por los muertos. No valía la pena ir a buscar un trapo para limpiarlo, porque la mancha no se desvanecería hasta que terminase aquella guerra, tal y como pretendía Menelao.

Los días siguientes no parecieron días, sino noches perpetuas. Cuando los recuerdo,

sólo veo antorchas, sombras, guardias nocturnos, murciélagos, tinieblas y rincones oscuros. Parecía que el sol no volvería a brillar nunca. Héctor había muerto y Troya se sumergía en la noche eterna.

Habían pasado ocho noches desde que los fuegos funerarios ardieron por Patroclo. Los juegos se habían celebrado, y los huesos de Patroclo se habían reunido y permanecían colocados en una urna de oro. Pero el odio de Aquiles se alimentaba de sí mismo y crecía, más que extinguirse como la pira. Príamo se había encerrado en su palacio, insomne y medio loco. Sabía que Aquiles estaba deshonrando el cuerpo de Héctor manteniéndolo atado a su carro y conduciéndolo en torno a la pira funeraria con regocijo. ¡Ocho días! Aquella noble forma habría empezado a descomponerse, y al aire libre, donde todo el mundo podía verlo.

Los mensajeros de Príamo eran despachados y su oferta de rescate por el cuerpo fue recibida con risas.

—Le dije al propio Héctor que no aceptaría rescate por su cuerpo ni siquiera por su peso en oro, no bronce sino oro puro. ¡Hasta veinte veces su peso! Lo tendrán las aves, y lo que quede se lo daré a los perros. —Una risa salvaje resonó en el casco del mensajero, y Aquiles corrió a su carro y lo sacó, con Héctor arrastrando detrás—. ¡Mira hasta hartarte! —chilló, azuzando a sus caballos.

Paris y Deífobo intentaron hacer un trato con Aquiles, pero Príamo se lo prohibió.

—¡Y no desobedezcáis como vuestros dos hermanos muertos! —dijo—. Nadie debe ir más que yo.

Los ruegos de Hécuba, las súplicas de Andrómaca, las advertencias de Heleno, nada consiguió disuadirle. Príamo se despojó de todas sus vestimentas reales y fue a suplicar a Aquiles.

—Si me mata, sea. Ya estoy muerto, ya que debo hacer lo que nadie ha tenido que soportar nunca...: besar la mano del hombre que ha matado a mis hijos. Así que dejadme morir después.

La novena noche salió conduciendo él mismo una carreta con mulas. Las puertas se abrieron ante él y la carreta bajó por la llanura, dirigiéndose por el sendero entre los campos y a través del vado del Escamandro. Llevaba dos antorchas montadas a cada lado de la carreta, y vimos que sus puntas llameantes se volvían cada vez más débiles hasta que desaparecieron en la noche. Se encaminaba él mismo directamente hacia el corazón del enemigo.

LIX

—¿Volverá? —Paris se agitaba, y nos sentábamos, andábamos, volvíamos a sentarnos de nuevo—. Tendría que haberme dejado ir, como le rogué. Me habría acercado lo bastante a Aquiles para matarle. Y ahora... —Alzaba las manos, desesperado.

—Habría sido deshonroso ir en una embajada pacífica y luego matarle —dije—. Eso es algo que harían los asirios, no un troyano.

Paris bufó.

—¿Deshonroso? ¿Hay alguna venganza que pueda resultar más baja que el deshonor que ha cometido él con Héctor?

Héctor, el más noble de los troyanos, no merecía una muerte semejante, ni lo que ocurrió después.

—Héctor fue traicionado —afirmé—. Pensaba que Deífobo estaba junto a él. Se volvió hacia él. Pero era algún dios con traje humano, y ese dios le abandonó. Qué perfidia. —Mi corazón se sentía oprimido al pensarlo—. ¡Los odio a todos! —grité—. A todos los dioses. ¿No pueden comportarse como seres humanos decentes? ¿Es pedir demasiado?

De pie junto mí, Paris me pasó el brazo por encima de los hombros.

—Dicen, hombres más sabios que yo, que los dioses no hacen nada, sino lo que ocurriría de forma natural. Pueden pincharnos, pueden recurrir a sueños o visiones, pero, al final, podríamos ignorarlos y no cambiaría nada. Héctor estaba condenado a morir a manos de Aquiles, porque Aquiles es un luchador más fuerte. —Suavemente, me volvió la cara hacia él—. Y yo estoy condenado a amarte... o tengo ese privilegio. La promesa de Afrodita no tiene nada que ver con eso.

Recordé la cálida enramada de Afrodita, perfumada de rosas. ¿Podía decir yo honradamente que ella no cambió mis ojos para que viera a Paris de forma distinta, cuando le contemplé por primera vez, de lo que habría ocurrido sin ella? Mirándole ahora, no podía creer que no le hubiese amado siempre, no importa cuándo o cómo le hubiese visto por primera vez. Si le hubiese visto en un prado amaestrando caballos..., si le hubiese visto de pie en la proa de su barco, navegando hacia Esparta..., si le hubiese visto cuidando su ganado... Al pensar en esto último, sonreí.

—En mi corazón, sé que tienes razón.

—Pero mi padre... ¡No puedo soportar pensar en él en presencia de ese hombre! —Me soltó y se dirigió hacia el borde de la terraza, desde donde podía ver toda la llanura hasta el campamento griego.

No se veía nada. Ningún movimiento, ninguna llama. A Príamo se lo había tragado la noche.

Temprano por la mañana, una pequeña nube de polvo marcó el progreso de un vehículo con ruedas. No podíamos ver cuál era, pero Casandra gritó desde las murallas que su padre volvía, y antes de que pasara mucho rato, la carreta de Príamo apareció a la vista, con el viejo rey conduciéndola.

¡Estaba a salvo! ¡Estaba a salvo! Pero detrás de él venía otra carreta que levantaba el polvo rápidamente, y otro vehículo más detrás. Aquiles le había seguido con su carro. Pasó delante de Príamo y se detuvo ante nuestros muros, haciendo girar su carro.

—¡Os entregaré el cuerpo de Héctor! —gritó—. Pero sólo por un rescate de su peso en oro. Vuestro viejo rey no ha traído suficiente. ¡Se necesita más!

La segunda carreta apareció a la vista. Llevaba algún dispositivo que descargaron unos siervos y luego (horror de los horrores) alguien colocó el cuerpo de Héctor en uno de los lados.

Seguía siendo Héctor, incorrupto, con su rostro y cuerpo conservados... ¿por los dioses?

—¡Oro para compensar el peso de Héctor! —chilló Aquiles—. ¡Su cuerpo es pesado, aunque sea sin mi armadura, la que él me robó! La he recuperado, pero ya no la necesito. Tengo una nueva armadura, forjada en una noche para protegerme. ¡Los dioses me aman! ¡Los dioses me aman! —chillaba.

—Ahora —murmuraba Paris—. Ahora lo mataré.

Sin embargo, su arco y sus flechas mortales yacían inofensivas en el palacio. Se dispuso a ir a por ellas.

Le toqué el brazo.

—Es demasiado tarde. Quédate.

Príamo bajó lentamente de su carreta. Desde el lugar donde me encontraba incluso se apreciaba la angustia en su rostro.

—¡Suelta a mi hijo! ¡Déjalo! —gritó—. Has accedido a entregármelo. Anoche me juraste que lo harías. ¡Sé fiel a tu palabra!

—Sólo con el oro suficiente, viejo. Has traído muy poco. ¿No sabes lo que pesa tu hijo? ¿No habías pensado en la armadura? Yo la contaré, añadiré oro troyano por cada trocito de mi armadura.

—¡Ahora no lleva armadura! —chilló Deífobo.

—No, no la lleva, ¿verdad? ¡Los muertos no llevan armadura! —Señaló hacia el platillo vacío de la enorme balanza—. ¡Oro aquí! ¡A ver si podéis permitiros comprar

este cadáver!

—¡Oh, troyanos! ¡Ayudadme a rescatar a vuestro príncipe! —gritó Príamo.

Hubo una pausa larguísima, angustiosa, mientras Príamo permanecía de pie desnudo, con la cabeza gacha, hasta que llegaron unos sirvientes a las puertas con cargamentos de oro. Lo amontonaron en el platillo, pero el cuerpo de Héctor en el otro no se movía.

—¡Más oro! —gritó Príamo—. ¡Os lo ruego!

En una triste procesión, la gente salió al campo ofreciendo bandejas, copas y todas las joyas que les quedaban, cosas pequeñas. Lo amontonaron todo en el platillo. Héctor se movió un poco, pero, aun así, no bastaba.

—¡Mi hijo, mi hijo! —lloraba Príamo—. ¡Ah, rescatadlo!

Sin embargo, el resto del oro troyano se había gastado ya, y todavía no se había realizado ningún reabastecimiento desde la venta de nuestros tesoros a los frigios.

—Sí, padre. —Una vocecilla clara sonó desde la muralla—. Yo entrego todo lo que tengo.

Polixena se inclinó por encima de la muralla y arrojó sus pulseras y pendientes a su padre, que esperaba abajo. Éste los cogió en sus manos temblorosas y los colocó en el platillo, y éste empezó a moverse. Lentamente, el cuerpo de Héctor se alzó y el platillo con el oro cayó.

Aquiles la miró, asombrado.

—Una noble princesa —dijo. El platillo continuó elevándose hasta que Héctor quedó más alto que el platillo con el oro—. Muy bien. —Parecía furioso—. ¡Cogedlo! —Con una sacudida de las riendas se alejó de espaldas a los griegos.

Con un grito, los troyanos salieron corriendo de la ciudad y rodearon a Príamo y al cuerpo de Héctor en la carreta; exultantes, los escoltaron adentro, de nuevo a la seguridad.

El funeral de Héctor. Ahora ya podíamos celebrarlo. Y no sólo el funeral de Héctor. El brutal Aquiles había accedido a una tregua de doce días, en la cual cada lado podía reunir a sus muertos y celebrar los ritos funerarios.

La pira funeraria de Héctor fue construida en el lado sur de Troya, más allá de la ciudad inferior, en el lado que daba al monte Ida. No queríamos que los griegos viesen las llamas. En torno a ésta, se hallaban esparcidas las piras de otros guerreros caídos. La ciudad entera homenajearía a Héctor y luego seguirían los funerales privados.

Como era la costumbre, la pira se prendió a última hora del día. Desde primera

hora de la mañana se habían celebrado ritos: la solemne procesión con Héctor lavado y ungido, llevado en una carreta funeraria rodeada por plañideras que entonaban cantos fúnebres y lloraban. Toda la noche lo tuvieron en reposo ceremonial hasta que los susurros de lo intacto y perfecto que se encontraba se convirtieron en un murmullo constante. Llevaba muchos días muerto; sin embargo, parecía que estuviese sólo dormido. Ocho días arrastrado detrás de un carro, y ni un solo arañazo ni magulladura en su cuerpo. Pero los dioses hacen lo que desean, ¿no acabábamos de hablar Paris y yo justamente de aquello?

Miré hacia abajo, al cortejo de plañideras reales, y noté el enorme hueco que dejaba Héctor. Príamo, con los ojos hundidos de dolor, estaba muy viejo y roto; Hécula, destrozada. Había perdido a su hijo más amado. Deífobo no era un guerrero como Héctor, ni tampoco un hombre como él. Heleno, el siguiente en edad, era sigiloso y elusivo. Polites era un niño todavía. Paris era el más dotado, de eso no había duda, y debía ocupar su lugar junto a Príamo como nuevo heredero suyo, pero Príamo mostraba poco interés por él. Estaba Eneas y su familia, pero no descendían en línea directa del trono. En cuanto a los demás que, obedientemente, se encontraban junto a nosotros (Antímaco, Antenor y su hijo Helicaón, Esaco y Glauco), ¿serían rivales para nuestro adversario? Nuestro enemigo no había perdido a ningún hombre de valía, excepto a Patroclo. ¡Después de todos aquellos combates sólo le habían perdido a él! Nosotros, en cambio, habíamos perdido a Sarpedón, a Reso y, ahora, a Héctor.

Tres mujeres debían pronunciar discursos fúnebres ante el cuerpo de Héctor: su viuda, su madre y yo. Yo no sabía por qué me habían elegido, pero Antenor me había susurrado que sería la última. Andrómaca se adelantó y cogió las manos de Héctor, que todavía se encontraba en la carreta, y habló de todo lo que había perdido, de la vida con su marido, de los días que estaban por venir y de la pérdida para Troya. Pero su pérdida era la más amarga de todas, porque se le habían escatimado sus últimas palabras, algo que él pudiera haberle dicho en su lecho de muerte, para atesorarlo toda la vida.

Su rostro parecía más blanco y más muerto que el de Héctor. Retrocedió y se envolvió en un manto con capucha oscura. Hécula se adelantó. Encorvada, temblando, se acercó a acariciar la frente de Héctor.

—¡Cuánto te amé, el más querido de todos mis hijos! —exclamó—. Y no fuiste el primero a quien Aquiles arrebató de mi lado. Pero todos los días de tu vida los dioses te amaron, y veo que no te han abandonado ahora. Te han devuelto a mí tan fresco como el primer día que te tuve en mis brazos.

Esperaba que dijese algo más..., ¿cómo podría una madre expresar todo lo que siente en un momento así? Pero quizá, como era imposible, ella cerró la boca y se apartó a un lado.

Una larga pausa. Ahora tenía que hablar yo. Pero ¿qué podía decir, y qué derecho tenía a hablar, comparada con Andrómaca y Hécuba?

Nadie más se movía. Di un paso, luego otro, acercándome a Héctor. Qué dura e inmutable aparecía su cara ahora, su boca cerrada como una línea recta, sus ojos cerrados. Parecía imposible que él, con toda su fuerza, nos hubiese sido arrebatado, aunque él mismo lo había previsto. Él había usado aquella fuerza como gentileza hacia nosotros.

Levanté la cabeza y hablé, pero sólo para Héctor.

—Tú, mi querido Héctor, el más amado de todos mis hermanos troyanos, el más cercano a mis propios hermanos, que estaban lejos. Sólo tú fuiste amable conmigo en todo momento, y te convertiste en un cobijo para mí de las piedras y las miradas de los demás. Héctor, fue tu nobleza natural lo que te hizo cortés y amable, y lo que te permitió dar la bienvenida a una extraña como yo. Ahora, sin ti, el viento será mucho más frío en Troya.

Demasiado tarde pensé que tenía que haber dedicado inocuas alabanzas a Héctor y no decir nada de mí misma y de él. Pero yo era Helena, la famosa Helena, y la guerra que le había conducido a yacer en aquel catafalco la había prendido yo. Habría sido una cobardía dejar pasar aquello en silencio, una falta de respeto hacia Héctor.

Di unos pasos atrás y el ritual continuó: el corte de cabello, las ofrendas y las libaciones de sangre vertidas en la gran pira, los cánticos, las llamadas: «¡Héctor, Héctor!», por parte de Antenor, antes de tocar la madera con la antorcha.

Cuando el fuego que consumió a Héctor prendió, se encendieron otros fuegos y toda la llanura se convirtió en un campo de fogatas, iluminando los cielos nocturnos y enviando remolinos de chispas hacia el cielo.

A la mañana siguiente, los troyanos, con mantos grises, recogieron los huesos de sus hombres de entre las cenizas humeantes de las múltiples hogueras. Príamo insistió en hacerlo él mismo, trepó a los restos del fuego y fue pisando cuidadosamente para evitar los carbones aún encendidos. Paris, Deífobo y Heleno se quedaron de pie al lado para recibirlos. Como eran los más importantes, podían estar unos junto a otros y mirarse unos a otros por los rabillos del ojo, sabiendo que eran rivales. Los hijos menores de Hécuba, Polites, el chico que hacía guardia en el exterior de los muros, Pamón y Antifo, se encontraban detrás de ellos, flanqueados por el adivino Esaco, hijo de la primera esposa de Príamo. Todavía tenía más hijos, pero mientras reunía los

blancos huesos de Héctor, quedó bien claro que había perdido a su único hijo auténtico, el hijo de lo más profundo de su corazón. En torno a la gigantesca pira de Héctor, otras familias reunían sus tristes reliquias. El cielo tenía un aspecto tan gris como las cenizas, como si mostrarse claro y brillante en aquellos momentos los hubiese matado a todos ellos cruelmente.

Aunque nuestras reservas eran menguadas, Príamo dio órdenes de que se celebrara un banquete funerario. No se podía ahorrar nada para despedir a Héctor con todo el estilo y el esplendor ante los dioses.

El banquete de Héctor se celebró en su amplio salón, justo después de que se reunieran los huesos. Aunque la multitud era grande, sin Héctor parecía vacío. Como para confirmar las palabras que había pronunciado ante él, el resto de la familia no se dirigía a mí, sino que hablaban entre ellos. Andrómaca estaba sentada como una reina (y allí era, realmente, la reina de los muertos) y otros se arrodillaban ante ella y le besaban una mano. Con la otra sujetaba a Astianacte. El casco de Héctor yacía a sus pies. Príamo anunció que construirían un santuario para él.

—En los tiempos venideros, los hombres honrarán a Héctor —le prometió a ella—. Se quedarán maravillados ante su casco, que en tiempos rodeó su cabeza. —Se inclinó y lo levantó—. Qué cuello más fuerte para soportar todo este peso... —suspiró.

Cogí la mano de Paris. Príamo tenía hijos vivos, y ahora debía abrir sus ojos a ellos. ¡Tenía que hacerlo!

El viejo rey todavía murmuraba y volvió a colocar el casco en su sitio con temblorosas manos cuando se oyó un rumor y alguien se adelantó y se colocó ante él. Dejó de acariciar el casco entonces y sus ojos se desplazaron lentamente hacia los pies con sandalias y luego subieron por las piernas musculosas. Su cabeza se echó hacia atrás; entonces él se levantó y vio a una mujer muy hermosa, de una fortaleza inmensa. Riendo, la mujer cogió el casco tan fácilmente como si estuviera hecho de tela fina y se lo puso.

—¡Quítatelo! —le ordenó Príamo—. ¡Sacrilégio!

Ella se volvió a reír y se lo quitó, tendiéndoselo de nuevo al Rey. Él se inclinó bajo el peso.

—El mío es más pesado —dijo la mujer, encogiéndose de hombros—. Qué afortunado eres al no tener que levantarlo —dijo, y dio vueltas al suyo, que había sujetado con toda facilidad en la otra mano.

Príamo la miró, como todos nosotros. Estaba ya formulando las palabras «¿Quién eres tú?» cuando de pronto se dio cuenta.

—¡Pentesilea!

—Ésa y no otra —replicó ella—. Y mis guerreras. —Hizo un gesto hacia la entrada, donde se había quedado una compañía de mujeres, que apenas atisbábamos—. ¡Venid, compañeras! —Al oír aquello, las mujeres se acercaron marcando el paso con fuerza con sus sandalias—. Hay más, por supuesto. Éstas son mis oficiales.

—Tenías que recorrer una gran distancia —dijo Paris, acercándose a Pentesilea—. Envié a buscarte, pero no esperaba que llegases tan pronto.

—No lo bastante pronto, como veo, por desgracia. Siento mucho que hayáis perdido a Héctor —dijo, y suspiró—. Me habría gustado luchar a su lado.

Príamo aspiró aire con fuerza, probablemente para no contestar: «Nadie es adecuado para luchar junto a Héctor. Héctor siempre va en vanguardia. Los demás van detrás..., hasta la reina y comandante de las amazonas, hija del propio Ares». Por el contrario, se limitó a decir:

—A él le habría gustado mucho.

Al oír aquellas palabras, Andrómaca se puso de pie y salió de la sala.

Sus guerreras entraron y rodearon a Pentesilea. Todas eran tan altas como hombres; todas tenían una piel juvenil cubriendo los músculos que no abultaban tanto como los de los hombres, pero que se hinchaban con suave fuerza bajo ella. Todas llevaban escudos y una armadura tan pesada como la de Héctor, pero no se encorvaban bajo su peso, sino que permanecían erguidas orgullosamente.

—Te ruego que dejes tus pesadas armas —dijo Paris, que ocupaba el lugar de Héctor—. Te damos la bienvenida como aliados, y no tendrás que luchar con nadie en esta sala.

—Mujeres, hacedlo —les ordenó Pentesilea.

Ellas obedecieron. Mucho más ligeras, volvieron a reunirse con nosotros.

—Habéis viajado desde una tierra muy al este —empezó Príamo, inexpresivo—. Recuerdo a vuestras guerreras, de cuando participé en la batalla más allá de Frigia, en mi juventud.

—Ahora somos mejores luchadoras aún —dijo Pentesilea—. Nos entrenamos con armas mucho mejores, y empezamos antes nuestro entrenamiento. Todas las chicas desde la edad de siete años deben acudir para realizar pruebas en el campo. Sólo elegimos a las más prometedoras desde el principio. La fortaleza y la habilidad para el combate están presentes desde el principio. Es algo dado, que no se otorga por medio de la voluntad. ¡Luego empieza la parte más divertida! Cabalgar, luchar con la espada o la lanza... ¡Ah, el corazón canta de alegría!

Sus guerreras asintieron. Mis ojos viajaron por sus túnicas y no vi nada que

indicase que se habían cortado los pechos para que los brazos con los que asestaban los mandobles lucharan mejor, tal y como se decía que era su costumbre.

—Aquiles —susurró Penthesilea—. Es hora de acabar con ese azote.

LX

Se alojaron con nosotros. Yo no quería que las amazonas estuviesen en otro lugar. Paris las había convocado, y encontraríamos sitio para ellas, a pesar de que los refugiados se apiñaban en nuestros espacios abiertos, durmiendo en el suelo. Nuestras nuevas huéspedes parecían aliviadas de escapar al dolor y la oscuridad de las habitaciones de Héctor, y una vez estuvieron con nosotros, sonrieron, rieron y celebraron su largo viaje, contándonos sus peligros y su tedio.

—En un viaje semejante..., una está luchando por su vida o aburrida mortalmente. O bien es furioso y rápido, o bien lento, de modo que te sientes enterrada por las arenas —decía Pentesilea, que dejó su copa todavía medio llena de buen vino. Miró con intensidad a Paris—. Nos sentimos muy complacidas de responder a tu llamada y venir. —Ahora su voz se alzó desde su timbre tranquilo a un tono más belicoso—. Aquiles debe ser detenido. —Levantó las manos para evitar cualquier interrupción—. Es una desgracia que pueda hacer huir a un ejército entero. Ningún hombre tiene ese poder. Vosotros, los troyanos, se lo habéis dado.

—Es el hijo de una diosa —dijo Paris, casi con timidez.

—¿Ah, sí? —Pentesilea le fulminó—. Pues yo soy hija de Ares, el dios de la guerra en persona. ¿De qué diosa procede él? —preguntó, y chasqueó los dedos—. ¡Tetis! Una ninfa del mar casi desconocida. Eso no hay que tenerlo en cuenta. Él ha traído una ola de terror y una reputación no merecida a vuestras costas. Profecías, leyendas..., tonterías. ¿Qué dijo vuestro Héctor de los augurios? «Lucha por tu país..., ése es el mejor y el único de los augurios». Ese hombre os ha puesto nerviosos. Y es sólo un hombre. Yo lo mataré —dijo, con toda naturalidad—. El gran Héctor acabó derrotado. Pero una victoria semejante no hace invencible a un guerrero. No le da poder sobre vosotros. Alguna de las nuestras le matará. Si no, uno de vosotros. —Miró a su alrededor, a la compañía—. Aquiles yacerá en el polvo, atragantándose y luchando por respirar, y entonces veréis y creeréis que es mortal. Entonces dejaréis de tenerle miedo, pero deberíais libraros de ese miedo antes de que yazga despatarrado y muerto. ¡Hacedlo ahora mismo!

Paris se retiró a nuestro dormitorio, y encontramos un lugar para que durmieran todas las guerreras de la compañía de Pentesilea. No pude evitar pensar que no eran muchas, pero ella me aseguró que eran sólo las comandantes, y que las soldados se las arreglaban solas en los cuarteles, con los demás soldados.

—¡No necesitamos ningún trato especial! —Casi gritaba.

Esperé a que Paris se retirase a dormir. Estaba deseando hablar en privado con Pentesilea. Hay un momento en que necesitamos apartarnos de nuestros hombres y hablar desde el corazón a otras mujeres.

La admiraba tanto que me preocupaba no ser capaz de encontrar las palabras que decirle. Yo misma odiaba a los aduladores: «¡Oh, Helena, me privas de la visión! ¡No puedo hablar, estoy atónito!». Esas personas son fatigosas, y yo no deseaba unirme a ellas. Pero ella y las demás amazonas se habían hecho temer como guerreras en todo el mundo, y se decía que no toleraban la presencia de ningún hombre en sus pueblos. Recordaba haber hablado con la embajadora de las amazonas, y habíamos intercambiado bromas desenfadas sobre el valor de los hombres, pero ahora yo ardía de curiosidad sobre Pentesilea y su vida.

Tuve suerte. Ella todavía estaba levantada, mirando con aire taciturno el fuego del brasero, con sus fuertes brazos apoyados flojamente en las rodillas. Levantó la vista de pronto al oírme llegar, aunque yo creía que era silenciosa.

—¿Quién anda ahí? —dijo, buscando su espada. No se había despojado de ella; la mantenía sujeta a su costado aun en lo más oscuro de la noche.

—Sólo Helena —le aseguré, saliendo hacia la luz del fuego.

—¡Sólo Helena! —exclamó ella, que relajó la mano que cogía la espada—. ¡La inmortal Helena! Por fin podemos estudiarnos las caras la una a la otra.

Me senté en un taburete frente a ella. A la luz débil del fuego, me incliné hacia delante para verla bien.

—Te admiro desde hace mucho tiempo —le dije.

—Y yo deseaba verte desde hacía mucho también. Hay un dicho en mi tierra: «Su rostro hizo que una flota de barcos navegase por el Egeo». Así que déjame que te mire. —Me cogió la barbilla y me miró, volviendo mi rostro a un lado y a otro—. Bueno —dijo—. Quizá sea verdad. Si fuera hombre podría decir si es cierto o no. Pero no puedo asegurarlo. Veo alguna arruga aquí y aquí. —Me soltó la cara.

—Yo también las he visto —contesté; últimamente en el espejo de bronce pulido de mi habitación había creído ver diminutas líneas, arruguitas, pero con el reflejo ondulante y deficiente, no podía asegurarlo.

—No te preocupes. ¡No se lo diré a nadie! —dijo, riéndose—. Aunque quizá si lo supieran, allá entre las líneas griegas, se volverían a casa. «¡Helena tiene arruguitas en torno a los ojos!», se gritarían unos a otros, e izarían las velas. Entonces mi trabajo lo haría el propio tiempo.

Lo que decía me preocupó. No porque temiese envejecer como los mortales, pero ¿no desmentiría aquello que Zeus era mi padre? Y si no lo fue, ¿qué mortal era,

entonces? Pensé en el refinado Antenor y en su visita a Esparta, y con gran rapidez cerré esa puerta.

—Olvídame. ¿Cómo vivís en tu tierra, sin hombres? ¿No hay hombres en absoluto?

—Sí, tenemos algunos hombres —dijo ella—. Llegan con la estación de caza. Nos acostamos con ellos, ya sabes de lo que hablo, y es agradable, pero no es nada que nos pueda atar, igual que el zumbido del vino en nuestras cabezas nos podría hacer esclavas del vino. —Me miró con dureza—. Subyugarnos a nosotras mismas al placer sería una esclavitud —dijo—. O subyugarnos a cualquier otra cosa. Necesitamos hijos. Los hombres son útiles para eso. Pero una vez han cumplido con ese deber, ¿para qué nos sirven? —Parecía realmente intrigada.

—¿No necesitan padres vuestros hijos? —Mi pregunta parecía patéticamente débil.

—¿Para qué?

—Para enseñarles...

—¿Para enseñarles el qué?

—Cómo ser hombres, a comportarse como hombres.

Yo había tenido una hija, pero sabía que los hijos necesitaban padres. Pensé en el pobre Astianacte.

—Pero nosotras no tenemos hijos varones, así que no necesitamos padres —dijo ella, bruscamente.

—¿Y qué hacéis con los niños? —Tenía que preguntárselo, aunque sospechaba la respuesta.

—Los dejamos en la montaña para que perezcan, por supuesto —dijo—. ¿Quién necesita un niño?

A la mañana siguiente, la vi armarse. Me dejó permanecer con sus ayudantes e incluso tenderle las grebas, que se ató rápidamente con unas hebillas de plata en sus bien formadas pantorrillas. A diferencia de Héctor, parecía disfrutar de todas las tareas en el campo de batalla.

—Eres valiente —le dije.

Pensé en las cosas que había deseado preguntarle, quién era su madre, cómo se había relacionado Ares con ella, cómo la habían educado para ser reina. Incluso lo de los pechos.

Ella me vio contemplarla de cerca cuando se puso el peto.

—Conservamos los pechos —dijo, con rapidez—. Como sabrás por tu propia vida, cuando alguien es diferente se cuentan muchas historias. ¡Yo sé que tú realmente

no saliste de un huevo, señora!

Historias. Me preguntaba si a Hermíone le habrían enseñado algo de mí, y en qué tipo de jovencita se estaría convirtiendo. Ojalá hubiese tenido una guía tan inquebrantable como Penteseilea. ¿Serviría Clitemnestra para ello?

—Vuelve sana y salva —le dije, tocándole el brazo.

Ella me miró con sorpresa.

—No es ése el objetivo —dijo—. Es derrotar a Aquiles.

El campamento griego había permanecido tranquilo durante los funerales, pero cuando las amazonas abandonaron la ciudad y se dirigieron hacia los barcos, se agitaron. Pronto pudimos ver la fila de soldados griegos que avanzaba para enfrentarse a Penteseilea y sus guerreras, y luego el polvo anunció su encontronazo.

En la frenética lucha, ella y sus mujeres pusieron en fuga a los griegos y sacaron al propio Aquiles al campo de batalla. Su regreso por las puertas de la ciudad fue exultante. Toda Troya las recibió, alegrándose por primera vez desde hacía meses. Habían llegado en nuestra hora más infausta, y nos habían infundido nueva fortaleza.

—Los hemos cogido por sorpresa —nos dijo a Paris y a mí en privado—. Pero la próxima vez no será así. Ya no tendremos esa ventaja.

—Aquiles... —empezó Paris.

—Le he reconocido por su armadura, pero aparte de eso, no parece más formidable que otro guerrero cualquiera —dijo Penteseilea—. Ha luchado poco. Luego se ha vuelto entre sus filas.

Así que ella todavía no le había tomado la medida. Él se había limitado a observar y luego se había retirado. La prueba todavía estaba por llegar. Mi aprensión volvió con toda intensidad.

Hubo dos batallas más, cada una de ellas dirigida por Penteseilea. Dos veces los griegos fueron obligados a retroceder, incluso cuando Aquiles dirigió a sus mirmidones para resistirse a ellas. Penteseilea se enfrentó con él a pie e intercambiaron unos golpes, pero Aquiles desapareció de pronto y ella no pudo encontrarle.

Los ánimos de los troyanos estaban muy altos, y a cada triunfal regreso los gritos de deleite subían hasta el cielo.

Las amazonas se tomaron un día para descansar, reparar sus armas y armaduras, y reemplazar los caballos perdidos en la lucha. Paris les ofreció los mejores de su establo, incluyendo a su favorito, llamado *Ocipete*, «ala veloz», para Penteseilea. Ella se subió a su lomo de un salto, probándolo al galope en torno a las murallas. Mostrándose muy complacida con su actuación, lo aceptó de buen grado.

Aquella vez, todas las fuerzas troyanas se unieron a las amazonas y a los aliados.

Nuestros comandantes se dirigieron al campo de batalla junto con Pentesilea: Paris, Heleno, Deífobo, Helicaón, Glauco de los licios. Ayudé a Paris a armarse como había hecho muchas otras veces antes, oyéndole jurar que Aquiles no dejaría el campo vivo.

El día era cálido y sin nubes, y el verano estaba en camino. ¿Cuántos veranos habían pasado en aquella guerra? Parecía que llevábamos años confinados dentro de aquellos muros... ¿Estaba hechizado el tiempo, se expandía o se encogía de alguna forma misteriosa? Las arrugas en torno a mis ojos y las diminutas grietas en mis manos, ¿testificaban un paso del tiempo no natural?

Vi las enormes fuerzas reunidas en la llanura, dirigiéndose hacia los griegos. Aquella vez no hubo necesidad de la ayuda de Evadne para verlo. Paris sería mis ojos y mis oídos cuando volviese. Me quedé de pie, temblando, viéndole partir. Supe que podría verle aunque fuese en medio de otros mil.

Desde dentro de las murallas troyanas, todas las batallas parecían iguales; sólo si se luchaba justo debajo de nuestras fortificaciones podíamos detectar lo que estaba ocurriendo. No me sentí alarmada al ver el polvo moviéndose y finalmente unirse a otra nube de polvo cuando los ejércitos entraron en contacto. Desde donde estaba, podía oír el estrépito de las armas, el inconfundible ruido del bronce contra el bronce, y los gritos de los heridos que sonaban siempre igual, fuese la víctima troyana o griega.

Aquello duraba eternamente. La frescura de la mañana se fue fundiendo en la claridad del mediodía, cuando las sombras son más breves, y luego el sol fue inclinando sus rayos a través de la llanura, mientras se ponía. La luz persistió un poco más y los ejércitos seguían luchando.

Poco a poco, la oscuridad se fue extendiendo y la noche fue cubriendo la llanura. Frenética de preocupación, corrí hacia las murallas como si éstas pudieran ofrecerme algún conocimiento del resultado. No me importaban las miradas hostiles de los troyanos. No me importaba nada salvo la seguridad de Paris y de Pentesilea.

La multitud gemía y se agitaba. Tantas cosas dependían de aquella batalla, tantas esperanzas habíamos depositado en ella. No podrían soportar otra derrota; sus espíritus pisoteados no podrían sobreponerse.

Las estrellas eran ya plenamente visibles; la noche auténtica había llegado. Ningún ejército puede combatir de noche. Tendrían que volver. La batalla había terminado.

Las antorchas finalmente parpadearon en el campo. Todavía no veíamos nada. Sólo a medida que se aproximaron a las puertas se reveló la extensión de la fuerza troyana. Todos habían vuelto.

Mi corazón dio un salto de alegría. Estaban a salvo. ¡Habían vencido! Me incliné por encima de los muros, para ver mejor. ¿Por qué iban tan apesadumbrados? Pensé que sería el cansancio. Estaban exhaustos. Ni siquiera un soldado victorioso es capaz de sonreír si está completamente agotado.

Entonces vi el caballo con un cuerpo echado a su través. Vi las piernas que había admirado en la habitación de Pentesilea sólo unos pocos días antes. Sus pies colgaban de esa forma suelta en que cuelgan los pies de los muertos.

Me llevé la mano a la boca y chillé. ¡No! Corrí a ayudar a abrir las puertas y retrocedí cuando Paris, conduciendo el caballo que llevaba su espantosa carga, entró el primero por ellas.

¡Él estaba a salvo! ¡Ella estaba muerta! Mi corazón estaba desgarrado entre la pena y la alegría.

Él me miró con los ojos turbios.

—¡Paris!

Corrí a su lado, le abracé. Intenté no mirar a Pentesilea, pero su cuerpo atravesado en el caballo me obligaba a mirarla.

—Al menos hemos salvado su cuerpo —dijo él, acercándose a tocarlo, como para asegurarse.

Caminando junto a él, el ruido de la multitud dificultaba oírle.

—¿La llevarás a palacio? —le pregunté.

—Sí. La dejaremos allí —dijo; su rostro tenía una mirada congelada.

Detrás de él marchaban otros comandantes.

—Ha sido una batalla tan larga... ¿Habéis tenido algún éxito?

—Pentesilea mató a muchos griegos. Ella luchó tan valientemente que... — Apartó la vista, con los ojos llenos de lágrimas.

Príamo los recibió a mitad de camino de la ciudadela. No traicionaba emoción alguna, su rostro era como el Zeus de madera que tenía en su patio.

—Hijos míos —dijo, para darles la bienvenida a todos—. Una gran guerrera. — Señaló hacia Pentesilea—. Todos los ritos, por supuesto... —concluyó, y se alejó.

Sus compatriotas se llevaron el cuerpo para prepararlo. Se colocaría debidamente en nuestra sala. Las Amazonas no erigen piras funerarias, sino que entierran a sus muertos en tumbas forradas de piedra después del periodo de duelo de tres días.

A salvo en nuestras habitaciones, Paris se quitó la armadura y se dejó caer en un taburete. Los brazos polvorientos no brillaban a la luz de la lámpara, como si estuvieran de duelo, igual que nosotros. Cuidadosamente, preparé una copa de vino con especias y queso rallado, como a él le gustaba, diluyéndolo con agua clara de las

fuentes del monte Ida. Dejé que se lo bebiera y esperé a que iniciara su bendita curación de la mente. Él lo apuró y dejó la copa, y luego miró con extrañeza hacia la pared, como si estuviese viendo algo horrible.

—Ahora, debes contármelo —dije.

—¡No! ¡No! ¡No puedo revivirlo de nuevo! —Su voz temblaba, como si estuviese aterrorizado.

—Pero ¡tengo que saberlo! —insistí—. ¡Por favor, por favor...!

—Más vino. No puedo hablar hasta que me sienta más confortado en mi interior.

Sólo cuando se hubo acabado la segunda copa empezó a hablar.

—Luchábamos bien —susurró—. Éramos muchos, con las amazonas y todos los aliados. Era como..., como el principio de la guerra, cuando estábamos fuertes. Penteseilea luchaba ferozmente y mató a muchos de sus líderes. Cuando caían, los griegos retrocedían y se reagrupaban. Pero eso parecía dar nuevo vigor a Aquiles. Quizá sólo la muerte pueda removerle la sangre. Si matan a los suyos, se pone furioso; si mata, eso desata una fiebre en su interior que le hace desear más muertes.

Se levantó y empezó a andar por la habitación. Vi cortes en sus piernas y empecé a preparar un cuenco y una tela para limpiárselos, pero él me hizo un gesto con la mano rechazándolo, molesto.

—¿Qué importan estos pequeños cortes? —gritó—. Aquiles venía cargando desde las filas de los griegos, y la perseguía. Ella le hizo salir hacia la llanura, donde estarían solos y tendría espacio para maniobrar. Consiguió hacerle retroceder y ponerle a la defensiva. ¡El gran Aquiles retirándose y echándose atrás! Pero el éxito la volvió temeraria; se acercó demasiado a su enemigo con el escudo abierto, dejando una diminuta parte de su cuerpo sin protección. Quizás el caballo le infundiese demasiado valor. Lo espoleó para abatir a Aquiles, pensando destrozarlo bajo los cascos. —Meneó la cabeza—. El caballo reuló como una ola de Poseidón, y Aquiles viró bruscamente. Pero mantuvo la lanza levantada, y mientras ella pasaba, él... se la introdujo en ese lugar de su costado que no le cubría el escudo. Cayó hacia delante y el caballo se detuvo. Con horrible lentitud, Aquiles se acercó al animal, diciéndole palabras dulces para calmarlo y evitar que saliese corriendo disparado. Entonces, con la misma calma, llegó hasta él, cogió la lanza y tiró a la amazona del caballo. Ella golpeó el suelo con fuerza. —Hizo un gesto de dolor al recordarlo, y yo también, al imaginármelo—. Aulló, victorioso, y fue a recoger su trofeo, la armadura. Le quitó el casco y entonces lanzó un grito al verle la cara por primera vez y darse cuenta de que era una mujer. Se quedó arrodillado, sujetándole la cabeza; ella todavía estaba viva e intentaba hablar. La miró sin habla, como si estuviera bajo el efecto de un hechizo. Y

entonces, algo muy impropio de Aquiles, dejó la cabeza de la mujer en el suelo con gran delicadeza. Luego le quitó la armadura, casi con ternura. Siguió al lado del cuerpo.

Le rodeé los hombros con las manos, que temblaban.

—¿Crees que no sabía que habían venido las amazonas?

—A menos que los griegos tengan buenos espías, ¿cómo lo iba a saber? Y es verdad que con armadura parecen hombres. Mientras él estaba arrodillado junto a ella, un asqueroso hombrecillo llegó y empezó a burlarse de él, diciendo que era una puta y que era mejor dejársela a las aves y los perros, y que si Aquiles se había enamorado de un cadáver. Aquiles se volvió hacia él. Nunca he visto una ira semejante. De pronto, supe lo que habían conocido los troyanos atrapados en el río, y a lo que se enfrentó Héctor. Su ira era como el fuego, como el rayo. Gruñó a aquel hombre, le gruñó como una bestia, y con un solo golpe de su mano, dio en la cara al hombre y le hizo saltar todos los dientes; luego siguió golpeándole el cráneo. El hombre cayó como un montón de carne con la cara ensangrentada, junto a Pentesilea, más muerto que ella, y mientras tanto la mujer se agitaba débilmente.

»Ignorando al hombre como si no fuera más que carroña, Aquiles volvió a ponerse de rodillas y se quedó con Pentesilea hasta que murió. Luego se volvió hacia nosotros, porque no había impedido que nos acercásemos, y dijo: «Lleváosla. Dadle todos los honores. Y tomad la armadura».

—¿Por qué no le matasteis entonces? —le pregunté. Estaba a su alcance, era un blanco fácil.

—Yo... estaba demasiado asombrado. Y me parecía algo deshonesto hacerlo en aquel momento, como si hubiese insultado a Pentesilea.

—¿Insultarla? Era lo que ella quería, lo que había venido a hacer. En aquel momento, habría sido lo justo.

—Me parecía mal asesinar a un hombre que, quizá por primera vez en su vida, estaba mostrando algo de amabilidad. —Meneó la cabeza—. Ya sé que parece una tontería, y ahora lo lamento. Pero me dejé llevar por los nobles sentimientos. Un error.

—Los dioses raramente nos dan una segunda oportunidad —le advertí.

En cuanto dije aquellas palabras quise retirarlas, pero ya estaba hecho. Él había perdido su oportunidad, no había conseguido cumplir su promesa. Pero no era necesario que yo se lo dijera.

LXI

El silencio cayó sobre Troya después de la muerte de Penthesilea, como si un sudario voluminoso y gigantesco hubiese caído desde el cielo y nos hubiese cubierto a todos. Hablábamos entre susurros, o al menos eso parecía; caminábamos sin hacer ruido con zapatos de suelas blandas por unas calles vacías de estruendos de carros y caballos. Sólo los cuervos que volaban en círculos se atrevían a emitir ásperos sonidos. Había caído sobre nosotros la lividez de la condenación; al traernos una esperanza que se extinguió con tanta rapidez, Penthesilea había desgarrado Troya mucho más que cualquier enemigo.

Encerrados en una caja que se iba desmoronando y que era Troya, despojada de su grandeza, ya que todo se había vendido o escondido, teníamos pocas esperanzas ya de recibir refuerzos. Nuestros aliados lejanos y cercanos ya no podían enviar más guerreros. Las amazonas, los tracios y los licios habían perdido a sus comandantes, y todos ellos a muchos soldados. Tendríamos que luchar con lo que nos quedaba.

En el campamento griego, las heridas de Agamenón, Odiseo, Macaón y Diomedes presumiblemente habían curado, y habían vuelto al campo de batalla. Habíamos matado a muchos soldados, pero sin saber cómo, sus filas parecían tan nutridas como siempre, como si se hubiesen regenerado sembrando los dientes de algún dragón.

Pasaron días, meses, estaciones, y cada una nos parecía más larga que la anterior, a medida que nuestros ánimos se iban hundiendo. El mundo permanecía quieto y nosotros estábamos atrapados en las garras negras de la intemporalidad, cautivos en nuestro propio refugio. Éste nos protegía pero también nos enterraba.

Luego, repentinamente, llegó otro aliado: Memnón, un príncipe de Etiopía, y su contingente de brillantes guerreros negros. Le había costado mucho tiempo viajar hasta allí y era un misterio por qué había acudido a unir su destino a la lejana Troya. Pero no hicimos preguntas y le dimos la bienvenida con gritos de alegría.

Como Penthesilea, como Aquiles, como Eneas, como Sarpedón, era hijo de un inmortal. (Tantos hijos de dioses luchaban en torno a Troya, por otra hija de un dios). Su historia era mucho más interesante que la de ellos, sin embargo, ya que su madre era la diosa del amanecer. Ella se había enamorado de un mortal, y le había pedido a Zeus que le concediera la vida eterna. Zeus, cruel como era (porque sabía muy bien lo que ella había olvidado pedir), se la concedió, pero no evitó que envejeciera. Así que él se hizo más viejo y más débil hasta que la Aurora tuvo que encerrarlo en una habitación, donde sus patéticos quejidos, procedentes de su vieja garganta reseca,

sonaban como el ruido de un grillo moribundo.

Pero su hijo era absolutamente espléndido, un guerrero resplandeciente, con un alma llena de cortesía. Demasiado parecido a Héctor, quizá...

Nuestra alegría duró poco. Como había matado a los demás, Aquiles mató a Memnón en el campo de batalla. Se decía que la diosa madre de cada hombre estaba suspendida justo por encima de él, luchando para protegerle. Quizás anulaban cada una el poder de la otra. En cualquier caso, Aquiles de nuevo nos rompió el corazón e incluso rompió el corazón de una diosa.

Otro funeral, otro tiempo de luto. No pensaba que Troya pudiese sentirse más desanimada, pero así era. Ante aquella última hazaña de Aquiles, Paris se obsesionó con matarle, reprochándose interiormente su oportunidad perdida cuando cayó Penteseilea. Se maldijo a sí mismo por sus dudas y escrúpulos, llamándose débil, afeminado y todos los insultos que le dedicaban sus enemigos. En vano yo quería tranquilizarle, recordarle que mostrar misericordia momentáneamente no es ser débil, pero que su misericordia estuvo mal dirigida. El mismo Aquiles nunca había mostrado misericordia, excepto en aquella única ocasión, y eso fue precisamente lo que confundió a Paris. Pero ¿sería él un Aquiles? ¿Quién quiere ser un hombre semejante, un hombre cuyo corazón es el de un lobo voraz? Paris aseguraba que en eso precisamente quería convertirse, en un hombre tan inmisericorde como Aquiles, si eso servía a su objetivo. Para matar a Aquiles, debía convertirse en Aquiles.

Un día dorado y tranquilo de otoño, de repente, un resplandeciente ejército de griegos corrió hacia nuestras murallas. ¿Se proponían que aquél fuese el ataque final a un enemigo debilitado? Sus carros levantaban remolinos de polvo en la llanura, sus soldados iban en filas apretadas, como hordas de ratas devoradoras. Y al frente iban Aquiles y Agamenón en sus carros.

Los contemplé desde la alta torre a medida que se acercaban. En el interior de las murallas los troyanos estaban reuniéndose bajo el mando de Deífobo, y los pocos aliados que quedaban bajo Glauco de Licia. Príamo estaba en pie entre ellos, dándoles su desesperada bendición, desesperada porque no tenía esperanza alguna de que pudiesen ganar.

Agamenón. Guiñé los ojos intentando ver mejor su rostro, pero lo único que pude atisbar fueron las sombras oscuras de sus ojos y el tajo adusto que era su boca. Dirigiendo a sus mirmidones por el flanco izquierdo, Aquiles volvía la cabeza hacia un lado y hacia el otro, mirando hacia Troya como si se tratase de un cadáver que deseaba desmembrar. Su armadura brillaba (Príamo la describió más tarde como más brillante y ominosa que la Estrella del Perro) y atrapaba el sol mientras iba saltando

por el terreno irregular en su carro.

Paris estaba de pie junto a mí en la torre del vigía. Se había negado a unirse a las tropas dirigidas por Deífobo. Sabía lo que debía hacer.

—Ellos lucharán. Yo emplearé el mejor medio de matar —había dicho. Al fin se había reconciliado con su diferencia con respecto a sus hermanos. Ahora acariciaba su arco, el más fino de toda Troya. Miró hacia abajo, al enemigo que se aproximaba—. Ya es hora —dijo.

Me tocó ligeramente el hombro. Me volví hacia él.

—Que los dioses guíen tu flecha —dije.

Temblando, ocupé mi lugar en la torre con los guardias. Lo único que podía hacer ahora era mirar. ¿Tendría que haber apretado a Paris contra mí, darle lo que podía resultar un último abrazo? Egoístamente, me regocijaba al pensar que la esposa de un arquero no tenía por qué hacer tal cosa. Un arquero puede fallar su blanco, y eso no implica con certeza su muerte.

Agamenón hizo girar su carro y arrojó las riendas a su auriga. Saltó fuera y se quedó de pie, golpeando su escudo y aullando insultos. Pero, en realidad, miraba reveladoramente a Aquiles para que éste hiciera algo.

Obedientemente, como si desearan ofrecer un blanco, Deífobo y sus hombres corrieron hacia delante, entre resonantes gritos de guerra. Entonces los mirmidones se adelantaron para enfrentarse a ellos. Aquiles desmontó y avanzó a pie. Su mismo paso traicionaba su enorme desdén por su enemigo. Incluso había desnudado su punto más vulnerable, sacando el cuello por encima de la armadura protectora y buscando enemigos de forma ostentosa.

—¡Vamos, salid, salid! —llamó—. Qué, ¿no hay nadie? ¿Sólo teníais a Héctor? ¡Ah, pobre Troya, tener sólo un campeón!

Fue avanzando hasta la mismísima puerta, ahora cerrada, y llamó en voz alta:

—¿Estáis todos ahí encerrados? ¡Escondidos, llenos de miedo! ¡Ya os destrozaré pronto; echaré en el polvo a todos los defensores y los patearé uno a uno!

Paris salió como un rayo de la base de la torre donde se encontraba, esperando.

—¡Muere, mentiroso! —dijo.

Antes de que Aquiles pudiese darse la vuelta, antes incluso de verle, Paris le había lanzado una flecha que le dio en la parte expuesta de su cuerpo.

La expresión del rostro de Aquiles nunca la olvidaré. No era ira, ni miedo, ni sorpresa siquiera. Iba más allá de todo aquello, era puro y genuino asombro. Se agarró

la garganta en silencio, mientras Agamenón quedaba con la boca abierta.

Cayó hacia delante y Paris le envió otra flecha, esta vez hacia la parte de la pantorrilla que no llevaba protegida. Y luego otra al talón.

Aquiles se retorció en el suelo. Gimoteaba y gritaba, debatiéndose en el polvo. Sus compañeros corrieron hacia delante, pero no pudieron hacer nada, excepto evitar que recibiese más flechas.

Pero no se precisaban más. La primera del cuello le había segado la vida y su sangre se vertía en el polvo.

No duró mucho. Murió con rapidez. Demasiada rapidez para uno que había matado a tantos. En las murallas nosotros mirábamos con incredulidad la quieta figura despatarrada, esperando que se levantara de un salto y se burlara de nosotros. Pero no lo hizo.

Siguió la habitual batalla por su cadáver. El enorme Áyax se lo llevó, después de arrojar una lanza a Glauco, que había intentado conseguirlo para los troyanos. Áyax hirió también a Eneas y golpeó a Paris con una piedra enorme, lo que le hizo caer de rodillas. Odiseo apareció de la nada y luchó para cubrir a Áyax mientras éste se retiraba; consiguieron asegurar la armadura y llevársela de nuevo a su campamento. El ejército griego se retiró con ellos, y pronto la llanura quedó vacía, excepto la alfombra de cadáveres que la cubría como hojas caídas.

Troya abrió sus grandes puertas de par en par, pero todos estaban demasiado asombrados por lo que había ocurrido; el silencio saludó a Paris, que condujo a los caballos de Héctor al interior. El asesino de Aquiles no recibió vítores tumultuosos, y eso demostraba que los troyanos, igual que los griegos, le habían considerado invulnerable, y nunca habían contemplado en serio la posibilidad ni se habían atrevido a soñar con que pudiese acabar muerto a manos troyanas. Lo impensable había ocurrido y sólo podían quedarse mirando como alelados.

Yo fui la única que corrió hacia delante. Salté a su carro y le abracé, mareada. Estaba a salvo. Había matado a Aquiles. Me sentía mucho más agradecida por lo primero que por lo segundo. Ni siquiera yo podía comprender que aquel azote hubiese desaparecido.

—Estoy asombrada —susurré—. ¡Has liberado Troya!

Él me apretó entre sus brazos. Parecía incapaz de hablar. Quizás estuviese asombrado también. Miró hacia la multitud, buscando a Príamo y Hécuba.

—Lo más probable es que estén en palacio —dije, leyéndole los pensamientos—. Con todos estos sufrimientos, Príamo ya no se queda en las murallas contemplando la carnicería del campo.

—Pero ¡alguien se lo habrá dicho! —exclamó Paris—. Seguramente ya lo sabe.

Ciertamente, debía de ser así. Pero yo tenía que pensar en algo que le consolase, ya que él estaba muy dolido y ansiaba una palabra del duro Príamo, una palabra de alabanza que seguramente se había ganado.

—La edad le ha debilitado y la pena se ha cobrado su precio. Él y Hécuba te esperan, estoy segura, en el palacio, donde podáis hablar en privado.

De repente, por todas partes, rodeando el carro, la gente volvió a la vida. Empezaron a agitarse, a golpear con los pies y a lanzar vítores. No llovieron flores sobre Paris, ¿cómo iban a recogerlas, cuando salir a los campos se había vuelto tan peligroso? Sin embargo, sus alegres canciones y gritos eran igual de dulces y hermosos.

—¡Paris! ¡Paris!

—¡Eres más grande que Héctor!

Ante lo cual él respondió:

—No, porque Héctor era nuestro mejor guerrero.

—¿Quién ha matado a Aquiles? —replicaban ellos—. ¡El mejor guerrero es el que mata a nuestro mayor enemigo, no el que muere a sus manos!

—Ya no nos atacará más. Se ha ido, está muerto... ¿Dónde está su cuerpo? —preguntó un hombre.

—¡Se lo han llevado! ¡Le cantarán, le harán reverencias y celebrarán juegos, pero mientras tanto se irá pudriendo y los gusanos, sus pequeños enemigos, se darán un festín con él! —Las palabras de Paris eran tan salvajes que me sentí desconcertada—. Le odio por lo que nos ha hecho —me susurró—. Aunque pudiese ver a los gusanos retorciéndose dentro de él, no sería suficiente.

Sí, todos le odiábamos mucho. Recordé a aquel niño insolente que había visto en la competición de los pretendientes. Ya entonces hubiera querido darle una bofetada. Quizá si alguien lo hubiese hecho no se habría convertido al crecer en un asesino maníaco. Pero luego recordé al muchacho al que vi en Esciros, obligado a pasar por chica a causa de su protectora madre. Entonces se mostró encantador y nostálgico. Le habían apartado de su destino y él había luchado contra todo aquello. Bueno, pues ya había conseguido llevarlo hasta sus últimas consecuencias.

El carro fue abriéndose camino por la amplia avenida que corría a través de Troya y hacia la cúspide; los caballos debían apartar lentamente a la multitud, que se iba haciendo mayor a medida que subíamos. En el gran palacio de Príamo, Paris saltó del carro y dijo:

—Ahora voy a entregar mi victoria al Rey. Habrá celebraciones después, de eso

estoy seguro. Id a casa y pronunciad unas plegarias de gracias porque ha desaparecido nuestro peor enemigo.

—¡Rezaremos plegarias de gracias por ti! —gritaron todos.

¿Cuánto había esperado Paris oír aquellas palabras?

—Debemos dar gracias a los dioses —dijo al fin.

—¡Les daremos gracias por ti! —repetían ellos.

Él sonrió, bebiendo aquellas palabras que había esperado oír desde hacía años.

—Les doy las gracias por mi vida —dijo él—. Y por vosotros.

Luego se introdujo por las puertas de palacio, llevándose con él. Corrimos por el patio y luego, con un gesto a los guardias, entramos en el santuario del propio palacio.

Reinaba una quietud sobrenatural. Nadie de la familia llenaba el patio, aunque las hijas y los hijos que le quedaban a Príamo y sus yernos vivían allí. ¿Dónde se habrían escondido todos?

Paris entró en las cámaras reales, llamando a Príamo.

—¡Padre! ¡Padre! ¿No lo has oído? ¿No has presenciado la lucha?

Sólo un eco silencioso respondió. Paris entonces empezó a chillar:

—¡Tú mirabas desde los muros cuando Héctor fue asesinado! ¡Mirabas y te inclinabas hacia delante, llamándole! Y sin embargo, cuando Deífobo, Heleno y yo estábamos en el campo de batalla, te escondías. ¡He matado a Aquiles! ¡Le he matado! ¡No ha sido tu precioso Héctor, ni tu bebé Polites, ni Troilo, sino yo, Paris, el expulsado! ¡Y ahora ni tan sólo quieres saludarme!

Más silencio y oscuridad.

—¡Igual que tú me abandonaste en el monte Ida, así ahora yo te vuelvo la espalda a ti! —gritó—. No devolveré a Aquiles a la vida, no puedo deshacer lo que he hecho, pero ahora saboreo plenamente la medida de lo que es un padre desagradecido, y lo que eso significa. ¡A partir de ahora, viejo, ya no quiero tener nada que ver contigo!

—¡Paris! —agarré su brazo—. Por favor, no hables con precipitación.

Él se volvió a mirarme, con la débil luz reflejada en sus ojos.

—¿Con precipitación? Estas palabras han tardado toda una vida en llegar.

Mientras se volvía para irse, Príamo llegó cojeando por las escaleras que conducían a su apartamento privado.

—¡Espera! —Su voz, normalmente fuerte, sonaba ahora vieja y temblorosa.

Príamo, muy tieso, descendió las escaleras y llegó hasta donde estaba Paris, caminando fatigosamente por el pulido suelo. Detrás de él venía Hécuba. Arrastrando los pies, el monarca le tendió las manos.

—Hijo mío —dijo, y abrazó a Paris, apretándole hacia sí. Luego retrocedió.

—Has vengado a Héctor —dijo—. Me arrodillo ante ti.

Antes de que pudiera inclinarse, Paris le cogió el brazo.

—No. Ya fue bastante terrible que tuvieses que arrodillarte ante ese carnicero de Aquiles. Nunca te arrodillarás ante tu propio hijo.

Príamo se enderezó, miró a Paris a los ojos.

—Eres realmente noble —dijo—. Quizás el más noble de todos. ¿Cómo es posible que no lo haya visto?

—Nunca ha tenido la oportunidad de mostrarse hasta ahora —dijo Hécuba—. Pero mi Paris era lo bastante fuerte para esperar hasta que ha llegado su momento.

—Podría haber muerto esperando todo este tiempo, y a lo mejor no lo habrías notado —exclamó Paris.

—Un hombre debe probarse. Los dioses eligen la hora. —Ella le miró, sin pestañear.

—No eres una madre normal —dijo él.

—Entonces es que no conoces a las madres —replicó ella—. O al menos a las madres de reyes y príncipes, que es distinto.

Él la apartó a un lado.

—En mi vida habría preferido una de las otras madres.

—Quizá yo hubiese preferido unos hijos distintos... o un marido diferente, que no tuviese ya hijos de una primera esposa. Pero lo que preferimos no cuenta. —Hécuba le miró—. ¿No lo comprendes? —Sonrió y levantó los brazos—. Te doy la bienvenida, me alegro de que hayas matado a nuestro mayor enemigo. No importa cómo le has matado, con lanzas o flechas, sólo que su corazón se ha detenido, y que ya no alzaré más el brazo. —Inclinó la cabeza—. Te saludo, Paris, príncipe de príncipes. Eres mi querido hijo.

—Al fin —dijo él, tendido boca abajo en nuestro lecho—. Después de todos estos años, al final ella me proclama su hijo querido.

Odiaba verle echado de aquella manera. Se parecía demasiado al cuerpo de Pentésilaea tendido a través del caballo.

—Levántate —dijo—. Por favor, quiero verte la cara.

Y en realidad nunca me cansaba de mirarle. Pero su rostro ya era mayor. Ya no era el de un muchacho. Había hablado de esperar todos aquellos años unas palabras de Hécuba. La guerra..., la guerra había durado siempre, prolongándose como la eternidad, y dentro de ella, dentro de las murallas de Troya, el tiempo parecía haberse detenido, conteniendo el aliento. Pero fuera de las murallas seguía corriendo, y de pronto, su paso nos miraba al rostro. No era de extrañar que Príamo pareciese tan

encorvado y débil, o Hécuba tan devastada por el dolor. Y Paris se había ido amargando con la espera.

—Has matado a Aquiles —dije, maravillándome todavía de aquel hecho, esperando que ahora su humillación terminase, al fin—. ¡Has realizado la hazaña más gloriosa de Troya! ¡Eres su héroe, su salvador!

—Se quedó allí tirado, luchando por respirar hasta el final —dijo Paris, disfrutando del recuerdo—. El gran hombre, el hijo de la diosa, el hombre que hizo correr a Héctor en torno a las murallas de Troya, y que le arrastró...

—¡Ah, no, no pienses en eso!

—¡Y que tendió una emboscada y mató a Troilo! Él le robó su vida, yo detuve el brazo de su espada. ¿Puede imaginar alguien lo que se siente? —Lanzó una risa nerviosa—. Ni siquiera puedo explicar cómo me sentía. Me sentía asombrado, incrédulo, y ahora me parece todavía un sueño. ¡Helena! —Me cogió el brazo—. Le he visto gemir y jadear, y caer hacia delante, y cambiar su color, y he visto la sangre oscura que brotaba. Y luego, no se ha levantado. No se ha vuelto a incorporar. Entonces he sabido que estaba condenado. Se estaba muriendo. Estaba muerto. Aquiles.

—Gloria a ti —dije, acariciándole el cabello. Lentamente, le fui atrayendo hacia mí, medio esperando notar no carne, sino fría piedra, como si él realmente se hubiese convertido en un monumento a la victoria—. Ahora seguramente escribirán canciones y poemas sobre nosotros —dije—. Tienes asegurada la fama eterna.

Sus manos temblaban un poco en mi espalda.

—Tú fuiste la única que creíste en mí, que vio lo que tenía.

Sí, mucho tiempo atrás me dije a mí misma: «Todo lo que aprende le hace cada vez más y más sobresaliente entre los hombres, hasta que nadie pueda alcanzarle».

—Cuando empezamos, me encantaba ver al joven que tenía junto a mí sabiendo cómo sería el hombre en el que te convertirías —dije.

—Pero mi madre no. ¡Nunca lo hizo!

—Una esposa tiene una lealtad distinta. Yo te elegí. Una madre no puede elegir a sus hijos. Y ella tiene otros hijos, mientras que yo sólo tengo un marido.

—Algunos dicen, aún ahora, que tienes dos —dijo él. ¿Estaba haciendo una pregunta o sólo era por discutir?

—La gente dice y hace cosas estúpidas. Mi lealtad está y estará sólo contigo.

Ah, pero mi hija y mi marido eran cosas muy distintas. Había dejado al padre, pero mi corazón todavía buscaba a mi niña..., que ya no era una niña, sin embargo. Los años que nos envejecían a nosotros la habrían convertido a ella en una mujer.

—Has tenido que esperar muchísimo para conseguir tu vindicación —dije—. Pero yo nunca dudé de que llegaría.

LXII

Apaleados como unos perros callejeros que han recibido unos azotes, los griegos retrocedieron detrás de sus filas. Se desvanecieron de la llanura y nunca aquella extensión desnuda fue tan hermosa de contemplar, en toda su desnudez. Las tiendas y las hogueras griegas ya no ondulaban al viento ni parpadeaban por la noche insultando a nuestros ojos.

Troya se recomponía. La moral subió mucho; los heridos dejaron de llegar en literas y los que ya habían recibido tratamiento dentro de las murallas empezaron a recuperarse. Se hicieron reparaciones en los sectores más debilitados de las murallas, y las incursiones al campo exterior en busca de alimentos volvieron a resultar seguras, al menos de momento.

Príamo ordenó un día de fiesta para honrar a Paris, y después de cabalgar por las calles con su brillante armadura, ante agudos gritos de aclamación, Paris acabó en el templo de Atenea, en lo más alto de la ciudadela. Entrando en el lugar sagrado, dedicó su victoria a la diosa protectora de la ciudad, Palas Atenea. De pie tras él, pensé que la diosa no parecía mucho más benévola que la primera vez que la contemplé, en aquella ocasión espantosa en que intentaba ganarme la aceptación de Príamo y de Hécuba. Atenea era una diosa dura, susceptible y dada a cambiar de bando en un momento. Yo, por ejemplo, no confiaba en que ella protegiese a Troya más de lo que había protegido a Héctor.

Después hubo el acostumbrado banquete y celebración en el palacio de Príamo. Las mesas estaban más suntuosamente guarnecidas que de costumbre. Nuestro suministro de alimentos se había renovado, y teníamos venado fresco, cerdo y un delicioso queso relleno, así como buen vino de Tracia. Incluso había dulces hechos con jugosos higos y uvas en un jarabe oscuro y especiado.

Deífobo y Heleno sonreían cuando hablaban, pero fruncían el ceño cuando pensaban que nadie los observaba, en las sombras. Paris los había eclipsado; Paris sería el sucesor de Héctor.

Yo me deleitaba provocando a Deífobo. Siempre me había desagradado. Combinaba la rudeza con el regodeo, y había algo deshonesto en su persona. Me parecía que jamás habría aceptado ni siquiera la tarea más impersonal y nimia sin asegurarse de obtener algún beneficio propio. También consideraba que era irresistible para las mujeres. Dicen que la confianza en uno mismo es un don de los dioses. Y yo digo que la confianza mal atribuida es la broma que hacen los dioses a un idiota.

Como era de esperar, se acercó a mí.

—Señora Helena —empezó—, tu Paris realmente ha asestado un buen golpe a los griegos. Su Aquiles ha caído. Ahora podremos respirar mejor. —Como para subrayar esta afirmación, se acercó más a mí y suspiró.

—¿Tienes algún problema de pecho, señor? —le pregunté—. Tu aliento suena trabajoso..., quizás estés enfermo. Deberías ver a un físico.

—Siempre me falta el aliento cuando estoy cerca de ti —dijo, y me miró hambriento.

—El mejor remedio entonces es que mantengas una distancia segura entre nosotros. ¡Déjame ayudarte! —Me volví y me alejé.

Me mantuve bien firme, pero me sentía insultada. O asaltada, asaltada como las murallas de Troya cuando los griegos las habían atacado.

Corrí hacia Paris, que estaba en pie junto a uno de los escudos de la sala de Príamo, admirándolo. En torno a nosotros, las antorchas iluminaban toda la sala. La gente se reunía alrededor de las mesas y comía. Se hablaba con animación de la guerra. Por donde pasaba Paris, la gente se apartaba como si él hubiese sido un dios. Aunque él no lo disfrutase, yo sí. Cada rostro arrobado, cada reverencia, cada cumplido pronunciado entre tartamudeos..., sí, me encantaba degustar aquel manjar. Lo había esperado demasiado tiempo, que otros vieses en él lo que yo había visto desde el principio, desde el momento en que le contemplé por primera vez en Esparta.

Nuestros comandantes confiaban ahora en que el peligro hubiera pasado. Antímaco pronunció un vibrante discurso en las puertas de la ciudad unos días después; dijo que los griegos habían recibido un golpe tan duro que se hallaban afectados mortalmente. Los espías de Gelanor lo confirmaban: decían que los ánimos estaban tan bajos en el campamento griego que se estaban preparando para la retirada. Los barcos estaban ya dispuestos, y los soldados se hallaban ansiosos de partir.

Animado, Príamo envió a su hijo Heleno a hablar con ellos, a pactar unos términos para acabar la guerra. Lleno de optimismo, incluso se mostraba dispuesto a redactar un tratado de paz entre troyanos y griegos. Ellos respondieron haciendo cautivo a Heleno.

Todo el mundo se quedó asombrado. El espíritu festivo quedó hecho añicos. Príamo se tambaleó como si le hubiesen asestado una herida de espada: ¡otro de sus hijos en manos de los griegos! Estaba tan alterado que le dio un síncope, y Hécuba tuvo que cuidarle en palacio, y habló por él.

—¡Devolvedme a mi hijo! —dijo—. ¡Devolvedme a mi hijo! —Esas palabras tenían un eco espantosamente familiar.

Heleno no volvió. Casandra le lloró; quemó raíz de escrofularia y resina de incienso para enviar sus plegarias a los Cielos y hacia su hermano.

—Estamos unidos —decía. Por una vez, sus inexpresivos ojos azules mostraban vida, como si Heleno se la hubiese otorgado al ser capturado—. Noto su mente, noto sus pensamientos. ¡Ah, caer en sus manos! No lo liberarán, lo sé. —Se volvió hacia Paris (a mí me ignoraba siempre) y se arrojó hacia él, gritando—: ¡Lo veo todo!

Suavemente. Paris la cogió de las manos.

—¿Y qué ves, querida hermana?

—Tiemblo ante la idea de revelarlo —murmuró ella. Meneó la cabeza como para aclararla, y su lacio pelo rojo flotó a su alrededor, y al final acabó cayendo como serpientes muertas sobre sus hombros y espalda—. Él nos traicionará.

—¿Qué? —gritó Paris—. ¿Cómo?

La voz de ella era opaca y tan baja que tuve que esforzarme para oírla.

—Conoce todas las profecías, igual que yo, concernientes a la caída de Troya. Las que quedan por cumplirse.

Después, en la privacidad de nuestros aposentos superiores, hablamos más de ellas, de las profecías que desafiaban a los griegos a que las cumpliesen.

—Se han cumplido dos de las profecías, y quedan tres —decía él—. Ha pasado mucho tiempo desde la segunda, que implicaba a los caballos tracios, pero no hay tiempo límite para una profecía. En realidad, tienen muchísima paciencia. Ahora debemos preocuparnos por las flechas de Heracles.

—Las flechas de Heracles... las tiene Filoctetes.

—Sí, cuando Heracles estaba moribundo, le dio su arco y sus flechas a un muchacho que estaba dispuesto, cuando nadie más se atrevía a desempeñar la tarea, a encender su pira funeraria y a acabar así con su sufrimiento. Ése era Filoctetes, de niño. Ahora, los griegos le traerán aquí, se sentirán obligados a retirarle de su isla junto con su arco y flechas.

—¿Qué importa? —pregunté rápidamente..., demasiado rápido—. Tú eres el primer arquero de la guerra.

—Esas flechas nunca fallan, según dicen —me corrigió Paris—. Y además son mortales, porque Heracles las empapó en la sangre de la Hidra asesinada. Hacen que la sangre de un hombre hierva y que su carne se funda, sin remedio. Ah, si viene aquí Filoctetes...

—Quizá no venga —dije—. Quizás haya muerto por su herida. Ha residido solo en la isla desde el principio de la guerra.

—Aunque lo esté, encontrarán el arco y las flechas —dijo Paris—. Alguien los

empuñará. Y cumplirán la profecía.

—¿Troya caerá porque un hombre tiene un arco y unas flechas mortales? ¡Troya vale mucho más que todo eso!

Paris me miró, casi compasivo.

—La profecía no hace referencia al tamaño de Troya ni a la persona que muera —dijo—. Sólo importa que el arco y las flechas de Heracles, entregados a Filoctetes, lleguen a Troya. Es lo único que especifica la profecía. ¡Quizá baste con que las flechas sean disparadas hacia la muralla!

—Pues que lo hagan —susurré.

Ah, ya tenía bastante de profecías, de guerras y de suspense.

Era de noche. Paris estaba de pie, de espaldas a mí, mirando por la ventana hacia la noche profunda y llena de estrellas. La suave curva de su blanca túnica de lana parecía resplandecer a la débil luz de la cámara. Corrí hacia él y lo abracé por detrás. La lana, suave como la mejilla de un bebé, se deslizó bajo mis dedos. Le apreté con fuerza, encerrándole entre mis brazos. Lentamente, él se volvió hacia mí. Tenía aquella sonrisa que era sólo un leve asomo de sonrisa en los labios.

—Casi me tiras —dijo—. Pero qué ataque más dulce. Querida Helena. —Levantó la mano y cogió un rizo de mi pelo entre sus dedos, y lo alisó en la palma de su mano.

Mientras yacíamos juntos en nuestra cama, recorrí su rostro más de lo acostumbrado. Las visitas, encuentros inducidos por los dioses, visiones, por muy fugaces que sean, son reales cuando ocurren. De ellas resultan los hijos, yo misma, si mi madre recibió al cisne tal como decía, en lugar de recibir a Antenor de una forma ordinaria y fea... ¡Ah, no debía pensar en eso! Debía creer que todo había ocurrido, que Troya era real, que Afrodita, tal y como había aparecido en la cueva, era real.

Se contaban muchas historias de mujeres que se habían convertido en consortes de amantes fantasmas y de espíritus y de dioses. Sea, pues. La visión desaparecía a la luz de la mañana. Pero por la noche era bastante real: quizá la única realidad. Una realidad que seguía acompañándolas en la vejez, y que era lo último que se desvanecía. Cuando sus recuerdos iban apagándose y sus maridos y sus hijos quedaban absorbidos por la niebla del olvido, aquel divino encuentro era lo único que seguía viviendo.

—Paris —susurré—, tengamos un encuentro divino más.

—¿Uno más?

—Sí, y quizás éste nos otorgue el hijo que ansiamos. Nunca he abandonado la esperanza.

—Yo tampoco —me aseguré.

Él dormía; yo me mantenía alejada del sueño. Los sueños son baratos. Quería levantar la mano y acariciar su mejilla, inclinar la cabeza y escuchar su respiración mientras dormía.

La habitación estaba tranquila, sobrenaturalmente silenciosa. No oía las llamadas de las aves fuera, ni el susurro del aire en nuestras cortinas. En el suelo, la luna menguante, que había salido tarde, trazaba con su luz las sombras danzantes de las ventanas.

Estaba echada, soñolienta y feliz, en el círculo de los fuertes brazos de Paris. Sabía que no eran a prueba de peligros, pero en lo más hondo sentía que sí lo eran, que los brazos de un guerrero confieren inmunidad de cualquier daño.

Entonces llegó la espantosa visión. Me había preguntado si mi clarividencia, la que me habían otorgado las serpientes sagradas, sobreviviría todavía. Ah, eso me lo respondía todo, pero habría deseado que la visión no llegase nunca.

Paris yacía muerto. Había sido asesinado, pero no sabía cómo..., sólo que era por medio de una flecha.

Chillé y me incorporé de golpe. Inmediatamente, Paris se despertó también.

—¿Qué ha pasado? —Confuso por el sueño, me cogió por los hombros—. Una pesadilla —murmuró—. Vuélvete del otro lado. Así el sueño no continuará.

No era una pesadilla, y sí que siguió, y se grabó en mi corazón. Lo vi todo: Paris yaciendo, blanco e inmóvil. La caída de Troya..., las altas torres que se derrumbaban. Matanzas y sangre corriendo por las calles. Un gran... algo de madera. Engañoso, que confundía. Los griegos vencían.

Llena de dolor, me caí de la cama.

Paris seguía durmiendo; volví a subirme junto a él, temblando. No me atrevía a tocarle por miedo a despertarle; si le despertaba, seguramente vería lo que yo había visto. Pero tenía que estar junto a él, protegerle de la manera fútil que una esposa siente que puede proteger a su marido de todo mal.

LXIII

Era cierto. Después de muchos meses, los griegos se movían de nuevo, alzándose como un oso en su cubil después del sueño invernal. Nuestros espías pronto nos dijeron por qué: Filoctetes había llegado realmente desde su exilio en la isla, y Odiseo y Diomedes habían arrancado al hijo de Aquiles de su madre, la princesa Deidamia, en Esciros. Ella no quería dejarle ir, pero cuando llegaron a él estaba practicando con la lanza y la espada y manejando un carro, y estaba ansioso por acudir a Troya y dejar la plácida seguridad de la corte de su madre. Quizás ella hubiese llorado y lamentado la pérdida de Aquiles en su vida demasiado ardientemente y durante demasiado tiempo. Los jóvenes no toleran esas cosas. Quieren hacer, no recordar. De modo que los griegos estaban muy ocupados intentando cumplir las tres profecías que les habían revelado o Calcas o Heleno.

Filoctetes no estaba bien, ni mucho menos; su herida todavía estaba infectada y se sentía débil. Le trataba Macaón, pero hasta que se recuperase no podía luchar.

—Pero ¡tú heriste a Macaón! —le dije a Paris.

—No mortalmente, como es obvio —me aclaró, con desánimo—. Mis flechas no son tan potentes como las de Heracles.

—No comprendo lo de las flechas de Heracles —dije, más para distraerme de la horrenda visión que había tenido de Paris herido y muerto que como pregunta—. Si Filoctetes las ha tenido consigo desde que era niño, y las ha usado para cazar todos estos años en la isla, ¿cuántas le pueden quedar? ¡Una aljaba no contiene tantas flechas!

—Quizá tenga una ampolla de veneno de Hydra para mojar las flechas nuevas en él —dijo Paris—. De esa manera puede ir reponiendo su colección de flechas mortales.

—En la historia no se dice que Heracles recogiera el veneno de la Hydra moribunda —expliqué—. Sólo que sumergió las puntas de sus flechas en su sangre. Debí de meterlas bajo el cuello que manaba sangre...

Paris sonrió.

—Mi querida Helena, eres demasiado literal. Deberías saber, siendo también objeto de ellas, que las historias deforman lo que ocurrió realmente. No sabemos lo que pasó entre Heracles y la Hydra en su cueva. Igual que nadie sabe con seguridad lo que pasó entre nosotros en Cranae.

Con aquel recuerdo, me hizo sonreír, como él sabía que ocurriría.

—Sólo nosotros lo sabemos —dije. ¡Oh, qué preciosos recuerdos!

—Sin embargo, tu observación es aguda —añadió—. No habrá flechas voladoras hasta que Filoctetes se recupere, ¿y quién sabe cuándo ocurrirá eso?

Era verano de nuevo. Realmente el tiempo parecía estar doblándose y desdoblándose, porque el otoño había acabado sólo hacía unos... ¿días? Pero los árboles ya tenían sus hojas más anchas y oscuras, los vientos soplaban continuamente del nordeste, todo clamaba que estábamos en verano. Que los dioses hicieran lo que quisieran. Querían que fuese verano, y por tanto lo era.

En Troya nos sofocábamos de calor, prueba suficiente de que estábamos en verano de verdad. El sol calentaba las piedras de la ciudad con tal intensidad que el calor penetraba en las suelas de nuestras sandalias y casi nos provocaba ampollas en los pies. Llevar armadura con aquel calor era la muerte, y nuestros soldados se desmayaban y caían mientras practicaban en el campo de entrenamiento al sur de la ciudad. Pero ya formaban un grupo variopinto. Muchos hombres capacitados habían perdido sus vidas, y ahora las filas de los soldados las alimentaban hombres demasiado jóvenes o demasiado viejos. Niños a los que se les había prohibido luchar, viejos arrugados cuyos nietos les habían advertido severamente de que no debían ir, ahora se veían obligados a tomar las armas. En vano, Príamo les ordenó que sólo atendieran las murallas y ayudasen a los guerreros. «Que los heridos se ocupen de eso», replicaban ellos, cojeando para intentar proteger a Troya.

Viendo a aquellos hombres patéticos que intentaban defender la ciudad, las mujeres quisieron también unirse a ellos. No aspiraban a luchar como las amazonas, pero podían hacerlo tan bien como los viejos y los niños, según decían. Teano intentó disuadirlas, pero ellas afirmaban que una sacerdotisa de Atenea no podía hacer tal cosa, ya que la propia Atenea era la diosa de la guerra. Así que servían como vigías en las murallas, dispuestas a arrojar bombas de insectos y arena caliente hacia abajo, si era necesario.

La misma Troya se había vuelto tan raída como sus tropas. Se habían arrancado piedras de sus calles, antes orgullosas, para arreglar las murallas estropeadas, y las fuentes estaban secas. La esfinge que se erguía en la plaza inferior del mercado estaba rodeada por basura y polvo en la base. Los hombres iban allí a vender sus pertenencias para obtener comida, que ya escaseaba: el grano estaba mohoso, y los vinos se habían agriado. Las ropas estaban sucias y manchadas, ya que nadie podía gastar el agua, tan preciosa en la ciudad, para hacer la colada, y las fuentes del exterior eran inalcanzables. Nuestro breve respiro de alivio había pasado, y los griegos volvían a sitiarnos de nuevo.

En algún momento, había consultado con Antenor, que todavía intentaba obtener algún tipo de acuerdo amistoso para concluir la guerra.

—Pero hemos esperado demasiado —decía—. Los griegos tienen la sensación de que estamos desesperados, y ahora sólo necesitan seguir haciendo lo que hacen, y esperar.

—Antenor..., ¿qué crees que pasará?

—Me gustaría pensar que podremos aguantar hasta que los griegos se rindan. Pero eso sólo ocurriría gracias a una derrota decisiva, un incidente catastrófico, como una plaga generalizada o unas peleas muy encarnizadas entre sus líderes. Hasta ahora, la pérdida de Aquiles no los ha detenido, ni la plaga que los visitó antes; y en cuanto a las peleas entre ellos..., es lo único que han hecho desde que abandonaron Grecia.

—¿Y de otro modo?

—Ya sabes lo que ocurre con las ciudades derrotadas. Siempre se les aplica la antorcha y quedan arrasadas hasta los cimientos.

Esa visión, esa horrible visión que yo había tenido del fuego, y de los griegos... y las torres..., esa extraña frase que vino a mí hacía tanto tiempo. Cerré los ojos, pero la visión no estaba en el exterior, sino en mi interior.

—No puedo comprenderlo —dije.

Él agitó las manos como para desechar aquel tema, y luego las colocó suavemente en la mesa ante él. Sin hacer ruido, cuando él miraba al otro lado de la habitación, coloqué una de mis manos junto a las suyas. Se parecían muchísimo.

El enemigo estaba en marcha. Qué extraño que aquel día no resuene en mi memoria, que no se conserve con toda intensidad. Por el contrario, se desvanece y se emborrona en su normalidad. Me levanté a la hora habitual. Miré a Paris cuando él abría los ojos, como siempre, sintiendo aquel extraño sobresalto de incredulidad y excitación al contemplarle.

«Cuando entra en una habitación, siempre das un respingo, por dentro, en lo más hondo», me dijo alguien una vez intentando describir lo que significaba amar. Y era cierto: cuando miraba a Paris, notaba como si fuera la primera vez. Igual que cuando le contemplé en el salón de Esparta.

Desayunamos juntos, una comida sencilla a base de gachas de cebada y queso. Él decía que debía asistir a la reunión de la mañana en el cuartel general de Antímaco. Seguía sin opinar nada especial de todo aquello; era demasiado corriente.

Paris volvió y dijo que debía armarse. Unos espías habían informado de que los

griegos estaban dispuestos a montar un ataque, y Filoctetes se había curado de su herida debilitante. Todavía me lo tomé a la ligera. Deseché la imagen de Paris herido, como si manteniéndola apartada consiguiera eliminarla. Le ayudé a atarse la armadura. Le ajusté los cierres del corselete de lino yo misma, y le llevé su espada y su aljaba. Su joven ayudante hizo el resto: le presentó el peto, las grebas, el casco, el arco. Juntos retrocedimos y le admiramos en su gloria militar.

Me incliné hacia delante y pasé los dedos por sus labios, que apenas asomaban detrás de las protecciones para las mejillas del casco. Eran suaves y curvados.

—Ve —susurré—. Aunque te mantendré aquí.

Ah, estaba tan cansada de todas aquellas ideas y de aquellos actos, pero resignada a ellos, como un ritual, pensando que continuarían así para siempre: Paris que se armaba, yo que le decía adiós. Aunque otros cayesen a nuestro alrededor, nosotros no caeríamos nunca. Aquello sería eterno..., que él se fuera, que yo me quedara.

—Eso lo sé muy bien —me contestó.

Aquella vez, me puso la mano en el hombro. Cuando me preguntan: «¿Hubo algo distinto?», sólo puedo decir: «Aquella vez me puso una mano en el hombro». Pero ¿qué significado tenía aquello? Sólo era un gesto, un gesto sin importancia. Después buscamos mensajes, significados, como si el que parte supiera por adelantado lo que va a ocurrir y quisiera dejar algo para nosotros.

Salió cabalgando por la puerta de los guerreros, la puerta Escea. Iba de pie en su carro, orgullosamente, frente al enemigo, con la cara vuelta hacia ellos. Éstos avanzaban en grupos, carros y soldados, con las lanzas en ristre. Parecían extenderse por toda la llanura, muy numerosos a pesar de todas sus bajas.

Los flancos de los dos ejércitos se reunieron y se enfrentaron; los gritos de guerra resonaron incluso en el elevado lugar donde nos encontrábamos, en las murallas. Yo había ocupado mi lugar junto a las mujeres de Troya; ya no me quedaba atrás ni me escondía entre las sombras. Héctor había caído y mi Paris era ahora el hijo más importante de Príamo.

Las mujeres que tenía a cada lado no me miraban; tenían las miradas clavadas al frente, sin volverse. Noté que su hostilidad me invadía. Yo había matado a sus seres queridos. En su lugar, yo habría sentido lo mismo. Sin embargo, para honrar a Paris debía permanecer junto a ellas.

Hubo gritos y chillidos cuando un enfrentamiento sucedía a otro, y luego otro, pero los ejércitos seguían enzarzados en la llanura. Las espadas relampagueaban al sol, y su reflejo venía a nosotros como guiños de luz. Las lanzas giraban y se elevaban en su vuelo, dejando una estela, como meteoros. Pero ¿quién iba ganando?

Gradualmente, los troyanos iban retrocediendo, les pisaban los talones paso a paso, iban cediendo terreno. Entonces, de repente, se rompieron las líneas y corrieron todos hacia las puertas, los griegos en acalorada persecución. El ejército troyano se convirtió en una multitud que corría hacia la ciudad. ¿Dónde estaba Paris? Un momento antes le había visto abandonar el engorroso carro y abrirse camino luchando en la refriega. Había desaparecido, mientras sus compatriotas corrían de vuelta a la seguridad de las puertas.

Las filas troyanas iban disminuyendo, y casi parecía que balaban como un rebaño de cabras asustadas al empujar y atropellarse entre las puertas, aquellos soldados débiles y mal entrenados que se encogían al recibir un ataque. Luego las puertas se cerraron, gruñendo en sus goznes, y se echaron los cerrojos para asegurarlas. Los troyanos más curtidos que habían decidido quedarse y pelear contra los griegos no tenían ya posible retirada. Luchaban solos, como había hecho Héctor antes que ellos. Entonces vi a Paris solo, dando la vuelta para enfrentarse a tres griegos que avanzaban hacia él. No importaba hacia dónde se volviese, su espalda quedaba expuesta al enemigo.

No pude evitarlo, me incliné hacia delante y grité:

—¡Paris, no! ¡Paris, ven adentro!

Él no podía oírme. Y aunque hubiese podido, no habría huido como un cobarde. Corrió hacia uno de los griegos con la espada levantada y la lanza preparada. Parecía tan formidable, la imagen penetró en mi mente de tal manera..., era un verdadero guerrero, el más noble de los troyanos.

Mientras levantaba su espada contra un griego sin nombre y lo derrotaba, un carro dio la vuelta y un arquero apuntó, y envió una flecha que voló hacia Paris. Sólo le rozó el antebrazo, y él siguió luchando y mató a su segundo oponente. A continuación, se volvió hacia el tercer hombre y lo atacó por el flanco derecho, y lo mató también. Sólo entonces miró a su adversario en el carro, pero el hombre se había alejado ya, fuera de su alcance. Paris se miró el brazo y se lo frotó, agitándolo como para probarlo. Arrancó su lanza de un griego muerto y se volvió a ayudar a otro troyano que estaba luchando contra dos griegos.

Los griegos de las líneas delanteras se encontraron abandonados cuando sus compañeros se retiraron tras ellos. Lentamente, se fueron echando atrás, y los troyanos que quedaban, victoriosos, regresaron cansinamente hacia la ciudad, orgullosos y lentos, no huyendo, como sus compañeros, que los vitorearon servilmente cuando entraron.

—No es nada —decía Paris, jubiloso, agitando el brazo mientras la multitud le

vitoreaba. La herida era leve y apenas sangraba—. Una herida de niño —dijo, riendo, y se quitó el casco y lo agitó.

Pero después de los saludos, las celebraciones, los vasos de vino alzados como tributo, la herida de niño empezó a latirle, al principio apenas un pinchazo.

En la privacidad de nuestro aposento, después de quitarse el resto de la armadura polvorienta y pedir un poco de agua para lavarse, examinó la herida. Unas fieras vetas rojas la rodeaban ahora, y estaba caliente al tacto. Cuando acerqué un dedo al corte abierto e hinchado lanzó un grito de dolor, tan agudo que me espantó. Jadeó y se agarró el codo, como para detener el dolor que sentía allí.

—Parece fuego líquido —dijo.

—¿Debo llamar a un físico? —pregunté.

—No, no. —Intentó reír—. Hay muchos hombres heridos de verdad a los que debe atender. Ha sido una batalla muy dura.

Con aquella luz tan mala no estaba segura, pero parecía que el brazo herido se estaba poniendo amarotado, y a medida que lo miraba, la piel se iba tensando y se ponía brillante, y más y más tensa. Al mismo tiempo, todo su rostro se cubrió de sudor:

—Me siento mareado..., enfermo... —murmuró de repente, y con un escalofrío, apartó la cabeza.

A pesar de su negativa, pedí a un sirviente que trajese a un físico. Mientras esperábamos, el brazo se hinchó más aún, hasta parecía que iba a estallar, y luego la decoloración se propagó hasta los dedos y por el hombro, hasta su pecho. Sus labios empezaron a temblar y sus miembros a contraerse, de modo que se retorció como un pez que hubiese caído fuera del agua.

—Me duele el estómago —gemía, agarrándose—. ¡Me está consumiendo!

El físico llegó y le miró, apartando las mantas para examinarle el abdomen. Pero en éste no había marca alguna. Luego colocó la mano en la frente de Paris y la apartó.

—¡Está ardiendo!

Fuego..., ardiendo..., las entrañas consumidas... Ah, ¿habría sido Filoctetes en su carro quien le había herido? El veneno de la Hidra se decía que afectaba así a sus víctimas.

—¿Quién te ha herido?

—Esa flecha... salió de la nada —dijo—. No lo sé... —Jadeó y apretó la mandíbula, lleno de dolor—. No sé quién la lanzó. No vi la cara del hombre.

Si había sido Filoctetes, era mejor que no lo supiera. La voluntad puede ser tan potente como los dioses, y a menos que él creyese que era de Filoctetes, no resultaría

peligrosa.

—Descansa, amor mío —dije—. Nuestro mejor físico está aquí para atenderte.

Me dirigió una sonrisa, que luego se convirtió en mueca, cuando el dolor le atravesó de nuevo.

—Cuando te dicen que el mejor físico te está atendiendo es que la situación es grave.

Me esforcé por sonreír.

—O que eres un príncipe de Troya y tienes derecho a que te atienda el mejor físico hasta para un arañazo.

Él me agarró el hombro del vestido con sorprendente fuerza, usando su otro brazo.

—No me mientas, Helena. Por encima de todo, no me mientas. ¡No podría soportarlo!

Le miré, no queriendo sentir que estaba haciendo tal cosa, que yo, fuerte y sana, miraba a un Paris abatido.

—Paris, estás herido. Pero las heridas son corrientes en la guerra. Tú mismo heriste a Macaón, pero él se ha recuperado. Y también Odiseo.

—No todas las heridas son iguales —jadeó él, agarrándose el brazo hinchado.

—¡No lo toques! —ordenó el médico, sujetándole la mano—. Mira, tengo un bebedizo que te ayudará...

—Temo bebérmelo hasta saber qué es lo que ha causado esto. Podría empeorarlo. —Paris apenas podía susurrar las palabras entre los dientes apretados.

—¡Un antídoto! —grité—. ¿Es que no hay antídoto?

El físico me habló muy bajo por encima de la cabeza de Paris.

—No puede haber antídoto hasta que sepamos qué es. El príncipe tiene razón. El antídoto equivocado podría intensificar la fuerza del veneno.

—Veneno. ¿Eso es lo que crees que es?

—Está claro que la flecha estaba envenenada —dijo—. Pero ¿con qué?

«La sangre de la Hidra», pensé yo. Pero no me atrevía a decirlo.

De repente, Paris abrió los ojos. ¿Nos habría oído? Me miró tristemente, sacudiendo la cabeza con lentitud.

—Helena. —Tosió—. Tantos años..., los quiero a todos, te traje aquí para que pudiéramos tener..., no, no puede ser... —Su cabeza cayó a un lado, pero no antes de que susurrara—: Todo acabó, todo terminado..., visitaremos Egipto... —Sus ojos se nublaron, los ojos que todavía estaban brillantes al decir «Helena». Ahora se iban apagando.

Pero no podía estar muerto. No podía ser. No podía acabar así, con tanta rapidez,

con tanta sencillez, dejando caer la cabeza y con los ojos fijos. Aquel amor iba a ser eterno. No terminaría.

Todavía respiraba. El veneno le había cerrado los ojos. Ahora estaba segura de que se trataba del veneno de la Hidra: nada podía ser tan potente en una herida superficial. Pero todavía su corazón no se había detenido.

—¡Socorro! ¡Socorro! —grité, acunando su cabeza.

Alguien tenía que saber cómo deshacer aquello. Era veneno, y todos los venenos tienen antídoto.

«En esas horas finales, hasta ella me rogará que te salve». Las palabras revolotearon en mi memoria, como la luz del sol persiguiendo a las sombras. Alguien que sabía de venenos. Alguien que había amado a Paris. Alguien que sabía que llegaría el día en que tendría en su mano la llave de la vida y la muerte para él. Alguien que me odiaba.

Enone.

LXIV

Debía dar con ella. Pero ¿dónde estaría? Aunque Paris lo supiera, apenas podía hablar. Estaba retorciéndose en el lecho, arqueando la espalda a ratos; otros, permanecía desmayado flácidamente sobre las mantas, agarrándose el pecho.

—La sangre me hierve dentro, como si fuera un caldero —murmuraba, despertándose, con los ojos sin vista vueltos hacia el cielo. Hacía muecas tan fuertes que su rostro se retorció.

—Príncipe, si puedes tomar una infusión de hojas de díctamo de Creta... —El físico se inclinaba hacia él.

—Enone —susurré a su oído, su oído ardiente—. ¿Dónde vive?

Él se volvió, con los ojos como rendijas.

—En el monte Ida —dijo—. En el espolón junto a las fuentes calientes. —Retuvo el aliento—. El que está más cerca de la cascada grande.

Pero había fuentes de agua caliente en todas partes, en el monte Ida, y muchas cascadas, algunas estacionales, con nieve fundida, y otras que se mantenían todo el año.

—Querido, esa cascada, ¿recibe algún nombre?

Sólo obtuve un gruñido y un temblor, él se volvió a un lado y empezó a retorcer el cobertor.

Era de noche, pero no podía esperar al amanecer. El veneno se extendía demasiado deprisa. Pedí dos carros y mi manto más grueso, así como antorchas y guardias. Luego corrí al palacio de Héctor, pasando alrededor de la gente refugiada que dormía en el suelo, por todas partes. Las puertas estaban cerradas, pero las golpeé, llamando para que me dejaran entrar. Una de ellas se abrió con un crujido y yo caí dentro, gritando:

—¡Andrómaca, Andrómaca!

Una de las sirvientas personales apareció, claramente disgustada. Su ama se había retirado a sus aposentos; ella ya estaba dispuesta para dormir.

—¡Debo hablar con ella! —dije, y eché atrás mi capucha para que pudiera ver que era Helena. Una orden mía, presunta futura reina de Troya, no se podía ignorar. La mujer se fue y la antorcha desapareció con ella.

Cada latido de mi corazón me recordaba que el tiempo pasaba, deslizándose. No debió de pasar mucho rato, pero me pareció un día entero hasta que apareció Andrómaca, envuelta en una túnica.

—¿Qué ocurre, Helena? —El tono era el que habría usado con un niño molesto.

—¡Tenemos que ir al monte Ida! —grité—. Necesito que vengas conmigo. Por favor, Andrómaca, no puedo ir sola. ¡Como una vez fui contigo, por favor, ayúdame tú ahora!

—¿Ahora? —Ella movió la cabeza a un lado y otro, mirando hacia la oscuridad—. Eso es imposible. Debemos esperar hasta que empiece a clarear. Aunque no estuviésemos rodeados de griegos, sería peligroso. ¿No recuerdas que nos perdimos yendo por ahí en la oscuridad?

Su rostro era difícil de descifrar con tan poca luz, pero se estaba mostrando poco amistosa conmigo. La muerte de Héctor nos había separado para siempre, al parecer. Pero ¡ella tenía que venir, tenía que hacerlo! Sabía qué camino habíamos seguido. Me arrojé a sus pies y le agarré el vestido, casi tirándola al suelo.

—¡Andrómaca! Debo ir a un lugar del monte Ida y encontrar allí a alguien, aunque sea en la oscuridad. No puedo esperar. Paris ha sido envenenado, creo que por una flecha, y la única esperanza de curación reside en encontrar a esa mujer..., esa mujer que conoce tales secretos, o si no él morirá antes de que llegue la luz del día...

Sentía que iba perdiendo fuerza mientras le suplicaba, porque ella permanecía inmovible; mientras tanto, yo no estaba junto a Paris, sino volcando mi corazón sobre aquella piedra.

—¿Qué mujer?

—Se llama Enone, alguien a quien conoce Paris, que conoce remedios mágicos para curar heridas. Debo encontrarla y traerla aquí. Sin ella, él morirá. ¡Ah, estoy segura!

—¿Y nadie más sabe cómo encontrarla? ¿Sabes tú acaso dónde vive?

—Yo la vi..., estuve cerca del lugar donde vive, en un bosquecillo en...

Ahora ya volvía a mi memoria. El lugar adonde me había llevado Paris; si me conducían hasta el principio del sendero adecuado, sería capaz de encontrar el camino, paso a paso.

—Pero si nos capturan...

—¡No tenemos elección! —grité—. Si me capturan, lo lamentaré menos que si me quedo aquí a salvo y veo cómo el veneno se apodera de él.

«Espera un momento —pensé—. Todo esto es cierto para ti, pero no para Andrómaca. Si ella resulta herida o capturada, habrás hecho daño a una persona inocente en tu afán por salvar a Paris... Prometiste a Héctor que la protegerías».

—Me doy cuenta de que tú no puedes venir —dije al final. Tendría que ir sola—. Perdona mi egoísmo por pedírtelo.

Ahora ya no tenía esperanza alguna de tener éxito, aunque debía intentarlo. El intento era lo único que podía ofrecerle a Paris, pero lo hacía de buena gana.

—Estás equivocada —dijo ella entonces—. Iré. —Hizo un gesto pidiendo su manto de viaje y sus zapatos gruesos—. Quizás al tratar directamente con la muerte me libre de esta casa de semimuerte, encorvada entre las sombras, donde viví sola con Héctor. En cualquier caso, estoy dispuesta a morir. No sabía hasta este momento lo dispuesta que estaba. —Me cogió el brazo—. Vamos, y roguemos para que los griegos miren a otro lado cuando pasemos.

Nuestro carro recorrió la ciudad inferior, o lo que quedaba de ella. A medida que los ataques griegos se habían vuelto más prolongados y feroces, la gente, asustada, había abandonado las estribaciones inferiores, temiendo que su protección, consistente en una zanja excavada en la roca y una empalizada de madera, no fuese suficiente. Ahora, junto con los refugiados, se agolpaban en la ciudad interior, convirtiendo las calles en un hervidero continuo de cuerpos. Mientras salíamos por la puerta del sur, vi que tenían razón al huir: los griegos habían empezado a rellenar la zanja y a echar abajo la empalizada, exponiendo los flancos inferiores de Troya.

Sin embargo, no vimos reveladoras antorchas en los campos ondulantes que se encontraban al sur de la ciudad, ni tampoco olía a caballos. Aquella noche, los griegos no estaban allí. Me agarré a un costado del carro mientras íbamos rebotando, y me sujeté muy fuerte a Andrómaca con la otra mano. Notaba que ella iba balanceándose y buscando el equilibrio a mi lado. Pero pasó largo rato hasta que al fin puso su brazo en torno a mis hombros y noté que aquello era un abrazo, más que un simple medio de estabilizarse.

Ah, había echado de menos terriblemente a Andrómaca, la única mujer a la que había considerado una verdadera amiga en Troya. Pero ahora el bálsamo de su gentil presencia quedaba perdido entre los latidos de mi corazón y el pánico que me iba invadiendo. Con cada paso de los caballos dejábamos atrás a Paris, y mi alma gritaba deseando estar con él en aquella hora, y no corriendo hacia el monte Ida en la vana búsqueda de una mujer que le odiaba.

Nuestros guardias y el conductor nos advirtieron de que el camino se volvía más duro a medida que alcanzábamos los pies de la montaña. Rogué a Andrómaca que intentase recordar el lugar adonde nos habían conducido Paris y Héctor. Paris y Héctor. ¡Ah, no, no debía pensar en aquello, en aquellos días ya perdidos! Si pudiera desmontar allí, tendríamos más oportunidades de encontrar el camino hacia el lugar adecuado. Intenté dirigir a los conductores, pero la tarea resultaba más dura aún en la oscuridad, donde sólo podíamos ver los hitos más grandes del paisaje; las ondulantes

antorchas eran de poca ayuda para desvanecer la oscuridad de la noche.

—Creo que ésta es la fuente de agua caliente —dijo Andrómaca, atisbando en la negrura. Yo no veía nada, pero oía un gorgoteo y un susurro—. Tenía un asiento de piedra al lado, ¿recuerdas?

—Sí, vagamente —dije—. Eso creo... —Reí... ¿Cómo podía reír en aquellos momentos? Era una locura—. Mi recuerdo principal era la sacerdotisa, la Loba-Madre, o quienquiera que fuese.

Andrómaca se echó a reír también.

—Le estoy muy agradecida —dijo—. Hiciera lo que hiciese, el caso es que tuvo poder. Ahora tengo a Astianacte, mi niño...

Una tremenda sacudida casi nos arroja fuera del carro cuando una de las ruedas dio con una roca y la otra se metió en un agujero.

—No podemos seguir adelante, señoras —dijo nuestro conductor—. Ahora tenemos que desmontar.

La oscuridad nos rodeaba, como si hubiésemos salido a un abismo. Andrómaca y yo fuimos tambaleándonos, agarradas la una a la otra, ciegamente. En algún lugar ahí fuera ella nos esperaba.

Lentamente, tentando con los pies y deslizándonos poco a poco, empezamos a trepar, sujetando unas pequeñas antorchas. Notábamos el camino por la tierra pisoteada, y teníamos mucho cuidado de ir siguiéndolo. Lejos, a nuestra derecha, oíamos el ruido de un arroyo que pasaba entre las rocas, mezclándose con el susurro de los árboles cuando el viento agitaba sus copas. Qué espantosamente lento era ir andando de aquella manera...

Las piedras con las que tropezaban mis pies..., el murmullo de mil criaturas de la noche que nos rodeaban..., la sensación vertiginosa del ascenso... Me di cuenta de que observaba todas aquellas cosas, como si importasen realmente, para mantener a raya la idea terrorífica de Paris y de su herida.

La luz se filtró desde el rincón más oriental del cielo después de mucho tiempo. Como un claro entre la niebla o un manto que se retira poco a poco, la oscuridad fue cediendo y dejó expuesta la montaña.

Estábamos en pie junto a un lugar donde el camino se abría hacia un prado amplio, herboso: un lugar de descanso para aquellos que querían alcanzar la cumbre más elevada, la sede de Zeus. Me parecía todo vagamente familiar. Pero ¿no parecen iguales todos los prados verdes?

Cogí el brazo de Andrómaca.

—Éste parece el lugar donde la vimos. Pero ella no vive aquí. Sólo dio con

nosotros aquí. Ella va recorriendo la montaña, yendo y viniendo a voluntad. Paris decía que era una ninfa, pero ¿de qué tipo? ¿Del bosque, del agua, del mar? No, del mar no, o sea que tiene que ser del bosque o del agua... —Me llevé la mano a la boca—. Helena, estás balbuciendo..., diciendo tonterías... Creo que Paris dijo que era del agua. ¿Por eso me dijo que la buscara junto a la cascada, una cascada en particular? «La cascada más larga...». Por aquí...

A nuestra izquierda estaba el estanque resguardado entre los árboles, donde Paris había juzgado a las inmortales, donde Enone había aparecido de pronto. Parecía bastante inocente. Reflejaba en su superficie el sol que salía con unos colores iridiscentes. Pasamos a su lado y fuimos a la izquierda, donde esperaba encontrar la cascada larga.

Piedras y rocas empezaban a salpicar el prado, hasta que la hierba dejó paso a un suelo duro y rocoso. Lo fuimos flanqueando y luego oí el débil sonido chapoteante del agua ante nosotros. Avancé y cogí la mano de Andrómaca. Detrás de nosotros, los guardias iban resoplando, agotada ya casi la paciencia por mi búsqueda.

Detrás de aquella cortina de altos árboles se encontraba el agua. Me acerqué a ella, temerosa, sin atreverme a nombrar qué agua podía ser aquella y sin saber si habíamos encontrado nuestro destino. Fuimos pasando entre los troncos de los árboles que la ocultaban y contemplamos, al fin, un estanque ancho y oscuro, y por encima de éste una cascada, fina como un espetón, que caía recta desde un acantilado tan abrupto que no se veía su cima.

—Lo hemos encontrado —le dije a Andrómaca—. Ahora estamos cerca de ella.

Como si no me oyera, Andrómaca se dirigió hacia el agua, se arrodilló en la orilla y sumergió la mano en ella.

—Está muy fría —advirtió, dejando que corriese entre sus dedos—. Tan fría que puede entumecer todo dolor.

¿Era eso lo que ella buscaba, alguna sustancia tan fuerte que amortiguase su dolor? Pero nada de lo que yo conocía era tan poderoso. Me uní a ella al borde del agua.

—¿No ha disminuido tu pena ni tan siquiera un poco? —le pregunté.

—No. Más bien ha aumentado. Cuando perdí a Héctor, al principio, fue un golpe horrible, tan enorme que el cielo y su luz quedaron borrados. Pero ahora el cielo se ha aclarado de nuevo, y puedo ver los pequeños huecos y los lugares vacíos en la vida que él ha dejado atrás. Una cosa grande o mil cosas pequeñas..., ¿qué es lo que más duele? —Su rostro estaba serio.

Yo no lo sabía. Y no quería averiguarlo. ¡Enone! Teníamos que encontrarla.

Arrojé una piedra en la profunda poza y vi que el agua se la tragaba; se formaron algunas ondas, pero eran débiles. Luego, de repente, el agua onduló y algo quedó suspendido justo debajo de la superficie, blanco y flotante.

Retrocedimos. Antes de que pudiéramos alejarnos más, una columna surgió del agua y el rostro y la forma de Enone se materializaron. Conmocionadas, ambas saltamos hacia atrás y caímos.

Mientras la contemplábamos, ella creció hasta adquirir su altura total, pero parecía que la sostenía el agua, con los pies apoyados justo por debajo de la superficie. Luego se desplazó y fue caminando por encima del agua como si fuera una libélula, y salió hacia la orilla con los pies desnudos. El agua chorreaba de sus ropas, que flotaban a su alrededor como si estuvieran secos. Su cabello tampoco estaba húmedo, sino que caía con rizos perfectos sobre sus hombros.

—¿Enone? —susurré.

En lugar de responderme, ella dijo con una voz fría y distante:

—¿Te sorprende ver de dónde vengo? Sabías que mi padre era un dios del río y que yo era una ninfa del agua.

Me levanté del suelo, frotándome las rodillas lastimadas.

—Sé muy poco de ti —dije.

—Ah, así que Paris no ha hablado de mí. —Su voz se hacía más fuerte ahora.

—Sí, lo ha hecho. —¡Ah, por favor, que no se enojase!—. Y siempre me asombro cuando veo una epifanía, una manifestación de los dioses. Has hecho lo que no podría hacer ningún humano..., salir de un reino acuático.

Ella se rio, pero su risa no era agradable.

—Vaya, ¿quieres decir que tú no puedes cabalgar hacia tu padre Zeus en un carro tirado por cisnes? Quizá no sea cierto, entonces. Quizá no seas más que una mortal con una belleza poco común. Supongo que lo averiguaremos cuando te llegue el momento de morir.

—No hablemos de mí, sino...

—De Paris, sí. Claro, hablemos de él. —Ella caminó lentamente desde la orilla del agua y se quedó de pie junto a mí. Andrómaca se apartó, mirándola con ojos espantados.

Me quedé quieta y me enfrenté a ella.

—Paris está herido. O bien puede ser una flecha terrenal envenenada, que son bastante letales, untadas con veneno de serpiente, o bien puede ser una de las flechas de Heracles, mojada en el veneno de la Hidra. Sólo le ha rozado, pero ahora ha tomado posesión de su cuerpo. Su sangre hierve, dice. La herida es fea, cambia ante

nuestros ojos mientras la miramos. Primero era roja, luego morada, luego se ha hinchado, y su cuerpo está consumido por ella.

—Lo más probable es que sea una flecha con el veneno de la Hidra —dijo ella, como si no le importase—. Mala suerte, realmente.

La cogí del brazo, que parecía bastante sólido y nada insustancial, como aparecía bajo el agua.

—¡Ayúdale! ¡Invierte el proceso! Tú debes de tener un antídoto... ¡Conoces especialmente esos temas!

Ella no parecía preocupada.

—¿Y dices que habló de mí? —Parecía soñadora—. ¿Y qué dijo?

«Halágala —pensé—. Piensa en algo. Cualquier cosa».

—Hablaba del tiempo que pasasteis juntos. —Debía decir algo más—. Hablaba de que fue un tiempo muy feliz, uno de los más felices que había conocido.

Ella se volvió hacia mí.

—Pero ¡qué mentirosa eres! Si hubiese sido tan feliz, nunca me habría abandonado.

—Los hombres hacen cosas extrañas. —Me encogí de hombros—. No siempre se preocupan por quien debieran.

—En eso tienes razón, Helena de Esparta, esposa de Menelao. No tenía que haberte traído aquí, aunque no hubiese ninguna Enone. Pero cuando os vi a los dos junto al estanque, os dije que llegaría un día en que me necesitaríais, en que me pediríais ayuda, y os advertí de que os volvería la espalda. Ahora ha llegado ese momento.

Tendí los brazos hacia ella. No me importaba rebajarme. Me echaría al suelo, le besaría los pies si era necesario.

—¡Ten misericordia de Paris! ¡No le condenes a muerte! —rogué.

Ella se alejó, levantó la barbilla.

—Si muere, que muera —dijo. Su voz sonaba muy fría, mucho más fría aún que el agua de la cual había salido. Supe que no era por indiferencia, sino por venganza. Quería que él muriera.

—Si muere, es porque tú lo has consentido —dije.

—Si muere, es porque me dio la espalda a mí y dijo que no me necesitaba. Y ahora me necesita. Eligió mal, por lo que parece.

—¡Ten piedad! —dije—. Deja a un lado tu herida y tu orgullo, y tiende tu mano a Paris.

—¡Jamás! —me contestó—. ¡Él se preocupó muy poco por mí cuando me dejó

para irse a Troya!

Así que la había dejado mucho antes de conocerme. Su crueldad, entremezclada con el amor egoísta y herido, me dejaba helada.

—Una vez llega la muerte ya no se puede deshacer —le dije—. Ten piedad ahora, y presenta tus agravios ante Paris, cuando él se recupere.

Ella se acercó a mí y me cogió por el pelo, acercando mi cara hacia la suya. Vi dos ojos veteados de amarillo que miraban directamente a los míos.

—No tengo piedad —exclamó—. ¡Que muera! —Retorció dos mechones de pelo entre sus dedos, haciéndome daño—. Lo único que lamento es no estar allí para verlo.

—Ven con nosotras entonces y contéplalo tú misma. Nadie te lo impedirá. Vamos, volvamos ahora a Troya. —Di una palmada en sus manos; ella dejó caer mi pelo. ¿Qué importaba ahora si la ofendía? Quería matarla. Pero las ninfas no mueren—. ¿Qué, tienes miedo? —le dije, para provocar a aquella mujer malvada—. ¿Tienes miedo de contemplar el resultado de tu propia decisión?

—¿Me estás llamando cobarde? —preguntó—. ¿Te atreves a llamarme cobarde?

—Una cobarde de la peor especie —contesté.

Ella levantó el brazo y me golpeó. Yo le devolví el golpe, enviándola después de trastabillar hacia el agua. Vi que sus brazos se agitaban el instante antes de que las aguas la rescataran y se la llevaran a las profundidades.

Las aguas se alborotaron un momento y luego se calmaron. Observé el remolino que formaban cuando Enone desaparecía. Nuestro viaje había sido en vano. Ella había rechazado toda misericordia.

Habíamos desperdiciado un tiempo precioso acudiendo hasta allí. La noche dando saltos en el carro, el penoso ascenso a la montaña, la carrera para encontrar a Enone... ¡Todo en vano! Hubiese sido mejor que me quedase junto a Paris, para secarle la frente, para hacer guardia junto a él. Hubiese sido mejor enviar a buscar a todos los físicos que se encontrasen a la distancia de un día a caballo, intentar que Gelanor pusiese en práctica alguna de sus locas ideas. ¡Cualquier cosa mejor que aquello!

LXV

Me maldije a mí misma por haberme embarcado en aquel viaje infructuoso. La bajada por las laderas de la montaña fue rápida porque se veía bien. Nuestros estómagos gritaban ansiando el alimento, los guardias que nos acompañaban iban refunfuñando, pero aun así pudimos bajar deprisa. Pronto estábamos en terreno llano y dirigiéndonos a Troya. Las murallas, bañadas en el resplandor del sol del amanecer, nos llamaban haciéndonos señas.

Desde la distancia, Troya parecía igual que siempre: brillante, invencible. Su ciudadela, coronando las alturas, apenas era visible. Yo veía nuestro palacio, y el de Héctor, y el de Príamo, y el templo de Palas Atenea. Lo que no veía era lo que ocurría en su interior. Desde el exterior eran tan bellos como siempre; su vulnerabilidad no resultaba aparente, hasta que prendieran en ellos las llamas y cayeran.

La puerta sur estaba abierta. Otra tregua en la lucha permitía a los troyanos dejar la ciudad, salir a los bosques a recoger hierbas y leña, pasto para los caballos y provisiones.

Corrí hacia el interior de las puertas, ansiosa por ver a mi amado, y pronto conocí su estado por los guardias de la puerta: se aferraba a duras penas a la vida.

Me agarré al hombro de Andrómaca.

—¡No puedo soportarlo, no puedo soportarlo! —grité.

—Sí, sí que puedes —dijo ella—. Si los dioses lo quieren, ¡ah, qué odiosos son!, deberás soportarlo.

—¿Como tú?

—Sí. Como yo.

Eché a correr por la empinada calle hacia la ciudadela, pasando junto a las casas derruidas de la parte inferior de la ciudad. En parte veía que estaban desiertas, que sus propietarios habían huido, pero lo único que veía, en realidad, era a Paris. Paris, Paris. Con mi voluntad conseguiría que él viviese. Era imposible que muriese. No podía morir. No podía ser.

Andrómaca y yo habíamos ido cogidas de la mano mientras subíamos hacia la ciudadela, pero entonces nos separamos y quedamos de pie entre su palacio y el mío. Me enfrenté a ella; ella, que lo había perdido todo en la vida, y yo, que todavía estaba en el borde del abismo.

—Ven conmigo adentro —le rogué.

Ella se llevó la mano a la boca.

—Perdóname, Helena, pero no puedo. —Se mordió el puño—. No puedo presenciarlo otra vez.

—Lo comprendo —dije, y era verdad.

—Ve ahora —dijo—. Es posible que todo se haya arreglado.

Lentamente, subí los escalones. A medida que me aproximaba a la habitación, el olor almizclado del incienso usado para disimular la enfermedad me envolvió. Y luego los inconfundibles sonidos de gente indefensa que corre de un lado a otro.

Me quedé en la puerta y vi que los postigos estaban cerrados; recorrí la habitación y los abrí. Sí, yo abriría los postigos, Paris se incorporaría y me daría las gracias, volviendo la cara hacia el sol. De modo que yo otorgaba un poder curativo a los postigos; era prueba de mi total desesperación. Los sirvientes que atendían al enfermo se estremecieron al notar la puñalada de luz. Ésta dejó ver el humo del incienso que se enroscaba en el aire, de un azul grisáceo. Todavía no me había atrevido a mirar a Paris. Ahora ya no podía esperar más. Desde donde me encontraba, detrás de él, junto a la ventana, podía ver sus brazos rígidos y extendidos a ambos lados de la cama, como palos. Estaban tan tiesos que no podía doblarlos por el codo, y se habían hinchado de una forma horrible, como calabazas. Tenía las manos negras y tan tumefactas que no se distinguían los dedos separados.

Con un grito, caí de rodillas junto a él y miré su rostro al fin. Lo que vi ya no era Paris, sino una máscara amoratada y magullada que antes fue un rostro. Ni siquiera su pelo era ya su pelo: el oro brillante colgaba en mechones turbios, como algas podridas. Los ojos se le habían hinchado en las órbitas, tenía la piel morada y casi negra. Hasta sus labios, agrietados y abiertos, eran negros, con fisuras rojas cruzándolos.

—Helena... —Su voz era tan débil que tuve que agacharme para oírla, pero era todavía la suya—. ¿Ha dicho que no?

—Sí, lo ha hecho, que su cuerpo se convierta en fango —dije—. Pero no la necesitamos. Ahora estoy aquí; ha sido una tontería buscar ayuda en otro lugar. Puedo...

¿Qué podía hacer yo? ¿Llamar a mi padre Zeus? ¿Era mi padre, acaso?

—... buscar una ayuda mejor que la que ella te habría prestado. ¡Ah, querido mío, ojalá lo hubiese hecho desde el principio!

Él intentó mover el brazo para tocarme la mano, pero éste no le obedeció, y permaneció tan tieso y sin respuesta como un palo.

—Espera —dije.

Me incliné y besé su frente. En lugar de notarla caliente, ahora estaba tan fría

como el estanque de Enone. Sentí que me recorrían oleadas de miedo. Salí de la habitación a la carrera. No podía suplicar a Zeus allí.

Busqué la privacidad de una habitación interior, difícil de encontrar, con tantos soldados y refugiados apiñados en nuestro palacio. Ya no quedaban espacios grandes. Al fin encontré una cámara vacía, pero era la que se usaba para almacenar las provisiones, no una habitación encantadora y aireada como la que merecía Zeus en toda su majestad.

Había cogido un par de incensarios con su incienso, y los coloqué con manos temblorosas en el suelo. Me eché en el suelo ante ellos, notando la fría piedra bajo mi mejilla, mis pechos y mis piernas.

«Zeus, hijo de Cronos, si en realidad eres mi padre, ten piedad de mí. Yazgo aquí ante ti en la mayor de las miserias, suplicando por la vida de mi marido, Paris. Tú puedes salvarle. Tú puedes devolverle la salud. Tú, el más poderoso de los dioses, puedes hacer o deshacer cualquier cosa a tu antojo. ¡Concédeme esto!».

No noté nada, ninguna respuesta. ¿Significaba eso... que no había ningún Zeus? ¿Que no era mi padre? ¿Que no me había dirigido a él en los términos correctos?

«No sé cuáles son las palabras adecuadas que debo usar, pero mira en mi corazón. Contempla mi auténtica sumisión. Si es posible..., déjame morir en lugar de él. ¡Sí, transfíere esta aflicción a mí! Tú permitiste a Alcestes ocupar el lugar de su esposo. ¡Permítemelo a mí!».

Silencio. ¿No me oía, o acaso intentaba rechazar mi ruego, como si no lo hubiese oído?

«¡Déjame morir en el lugar de Paris!».

Me puse de rodillas, me dirigí a él en voz alta.

—Déjame ocupar el lugar de Paris en la cámara de la muerte —dije—. Déjame intercambiar mi vida por la suya.

Silencio.

Caí de nuevo y soplé los incensarios, ansiosa por obtener más humo de ellos, como si así pudiese atraer la atención de Zeus.

—Por favor, padre. Oye mis súplicas.

Entonces, oí, no sé si como sonido o sólo como palabras susurradas en lo más profundo de mi interior, su voz: «Hija mía, te oigo, pero no puede ser. No puedo invertir el destino, el destino de un hombre. Nosotros, los dioses, no podemos interferir en esas cosas. Podríamos, pero al mismo tiempo no podemos, porque eso destruiría el orden de las cosas. Tu Paris está destinado a morir, y debe morir. Me siento muy afligido, hija mía, pero no puedo evitarlo, como no pude evitar la muerte

de mi hijo Sarpedón en el campo de batalla ante Troya. Lloro por él, como tú llorarás por Paris».

—Me has llamado hija.

«Tú eres mi hija. La única mujer mortal a la que reconozco como hija. Y no debes morir».

—Sin Paris no deseo vivir —le dije.

«No tienes elección. Vivirás, porque tu sangre lo exige. Te daremos la bienvenida entre nosotros cuando llegue el momento».

—Seré una diosa muy mala, siempre quejándome por haber perdido a Paris.

«Muchos de nosotros nos quejamos, pero te diré algo muy cierto: aun así, es bueno ser dios».

La voz cesó. Yo había fallado. Zeus había rechazado mi súplica, como lo había hecho Enone. Era lo único que me importaba. Corrí hacia la cámara (¿más tiempo perdido?) y hacia Paris.

Cogí su cabeza entre mis manos. Notaba el sudor de su frente, pero le acaricié con suavidad, para no causarle dolor. Sus hinchados párpados se abrieron y me miró.

—¿Qué..., qué ha ocurrido? —murmuró.

—Me ha prometido que te recuperarías. Sí, a partir de este momento, una nueva fuerza invadirá tus miembros y el veneno cederá. —No me gustaba mentir, pero no podía decirle la espantosa verdad. Le acaricié el brazo, con la piel tan tirante que si la arañaba con las uñas estallaría—. Todo esto desaparecerá —dije—. Tu brazo volverá a ser tuyo.

Él sonrió, o más bien sus labios intentaron moverse.

—Te ha escuchado.

—Sí. Nos salvará. Porque yo no podría vivir sin ti, y, por tanto, el veneno de la Hidra me habría matado a mí también. —En realidad notaba como si lo estuviera haciendo ya.

—Helena. —Él profirió un gran suspiro. Vi que todo su cuerpo se había ennegrecido en el breve tiempo que yo había permanecido lejos de su lado. ¡No, tan pronto no!—. Siempre has sido muy fiel, no te merezco.

—¡No, no digas eso ahora! —le dije—. No digas esas tonterías. Yo fui tuya desde el principio. Doy gracias de que tu barco viniera cuando lo hizo. No podía haber esperado ni un momento más.

—Cógeme la mano —me pidió.

La cogí..., el resto abotargado de lo que había sido Paris. «Oh, Afrodita, ¿no puedes acceder a ayudarnos ahora?».

—Sí, queridísimo. No la soltaré nunca, hasta que estés fuerte de nuevo y dejes el lecho.

—Qué oscuro está —dijo él, agitado—. ¡Qué oscuro, qué oscuro! Hay un túnel que absorbe mis pies, me deslizo por él.

—No, amor mío, estás echado aquí, envuelto en la más fina ropa. —Ropa de cama empapada de sudor—. Estás a salvo.

Y se fue. No hubo últimas palabras ni despedidas, no me dejó nada. Se fue por el túnel del que hablaba..., no con miedo, sino asombrado.

Paris estaba muerto, yo era viuda. Pero aquello no significaba nada, aunque pronto sería así, junto a la enormidad del hecho de que Paris había dejado de existir.

Le cerré los ojos, tocando suavemente sus párpados. ¿Cuántas veces los había acariciado, besado? Ah, no podía soportar pensarlo.

Me volví a los sirvientes y conseguí decir:

—El príncipe Paris ha muerto. Su espíritu ha partido. Preparadle.

No podía permanecer más tiempo en aquella habitación. Salí dando tumbos.

Busqué la privacidad de la pequeña habitación donde dormían mis doncellas. No había nadie allí. Caí en el camastro. Las lágrimas no llegaban. No llegó nada, salvo una enorme desolación. Paris se había ido. El mundo había concluido para mí.

Le había dicho la verdad a Zeus. No tenía deseo alguno de vivir. La vida había cesado para mí con el último aliento de Paris. Y él no había tenido palabras para mí, sólo tonterías de túneles oscuros. Para él tendría sentido, pero no para mí.

Él no sabía que aquéllas iban a ser sus últimas palabras. Quizá no lo sepamos nunca. Mientras somos robustos y estamos en la flor de la vida, imaginamos nuestros lechos de muerte y la sabiduría que se supone que deberíamos transmitir, y las hermosas palabras, como piedras preciosas en un collar, que intentaremos legar a los que nos rodeen. Pero eso raramente ocurre. Perecemos rápidamente, en el campo de batalla o en un accidente, o de una enfermedad persistente que no anuncia sus planes de destrucción. Y por tanto nuestras palabras perecen con nosotros, y los que quedan atrás están condenados a aferrarse a los recuerdos, a lo que imaginan que nosotros deseábamos decirles.

Yo podía sentir dolor, pero no su finalidad. Era demasiado grande para comprenderlo. Me obligué a levantarme de aquel camastro y corrí ciegamente hacia Andrómaca, la única compañera que se había enfrentado a aquello.

Me esperaba en sus aposentos. Había hecho un intento forzado de tejer, pero su lanzadera yacía ociosa junto a ella, en un taburete. Cuando entré, se levantó y me tendió los brazos. Caí en ellos y sentí su abrazo.

—Paris se ha reunido con Héctor —dije.

—Se abrazan como nosotras, las que hemos quedado atrás, nos abrazamos también. Si tuviéramos ojos para verlos, podríamos contemplarlos —dijo. Me acarició el pelo—. Con gran dolor te doy la bienvenida como hermana mía.

El funeral de Paris: una montaña inmensa de madera, Paris echado y respetuosamente envuelto en su mortaja para cubrir el horror que el veneno había operado en él, las plañideras oficiales llorando y gimiendo por las calles de Troya. Junto a la pira funeraria, su madre y su padre estaban en pie, tan tiesos como los haces de leña colocados bajo su hijo. Los hermanos que quedaban formaban una guardia en torno a ellos. Toda Troya, al parecer, había abandonado la ciudad, y ahora permanecía de pie en la llanura del sur, donde estaba teniendo lugar el funeral.

Pero había habido ya muchos funerales, y las lágrimas se habían secado. Troilo, Héctor, innumerables pérdidas privadas, todas convertían a Paris en una pérdida de última hora. Siempre había existido la sensación de que él había traído todo aquello consigo, y que sin él las otras muertes no habrían tenido lugar.

Y tenían razón. Sin aquella malhadada mirada en Esparta, nada de todo esto habría ocurrido. Por ese motivo, me había mostrado dispuesta a ocupar su lugar. Pero Zeus adamantino no lo permitió.

El hermano de mayor edad que podía pronunciar unas palabras era Deífobo. Su discurso fue breve, encomendó a Paris a los dioses. Príamo habló luego, refiriéndose al dolor de haber hallado a un hijo sólo para perderlo luego. Hécuba lloraba.

Se prendió fuego a la madera. No había sacrificios entre la leña, ni caballos, ni perros ni rehenes muertos. Paris no habría querido nada de todo aquello, y yo había insistido en que se cumplieran sus deseos. Las llamas treparon hacia el cielo, lamiendo el cuerpo de Paris. Temblé, intentando no pensar en el dolor que podía sentir cuando el fuego le alcanzase. «Él ya no siente dolor», me dije a mí misma. Pero no lo creía. Siempre sentimos dolor, incluso después de muertos. Vi que las llamas le alcanzaban. Aparté la mirada; no podía ver aquello. Pero sí que podía olerlo. El olor cambió cuando el fuego encontró algo nuevo.

—¡No! ¡No! ¡Detenedla! —gritó alguien.

Yo seguía encogida y no me volví hacia el fuego.

—¡Detenedla!

Entonces sí que me volví y vi a Enone que corría hacia el fuego, con los vestidos ondeantes.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! —gritaba.

Antes de que nadie pudiera agarrarla, se arrojó a las llamas. Con un chillido, se

inmoló. Las llamas hicieron presa en ella y subieron más alto. Decían que las ninfas no pueden morir, pero parece que, a fin de cuentas, sí que pueden, si lo desean.

—Una mujer se ha arrojado a las llamas —gritaban los guardias.

—No era una mujer, sino una ninfa —dije—. Por su propia y libre voluntad. No podéis salvarla, ella se ha desvanecido y se ha convertido en sus elementos. —Estaba asombrada por aquel salvaje acto de amor, y en algún lugar profundo me preguntaba por qué yo no había pensado en hacer lo mismo.

Miré a Príamo y a Hécuba, esperando que me consolasen. Pero ellos se dieron la vuelta y se alejaron. Estaba sola.

LXVI

Cuando volví a nuestra habitación..., a mi habitación, la habían despojado de todos los restos del lecho del enfermo y estaba limpia. No había perfume ni incienso alguno en el aire, y la brillante luz del sol penetraba en la habitación vacía. La armadura de Paris, todavía polvorienta por su última batalla, estaba en un rincón.

Al día siguiente, cuando la pira se enfriase, recogerían sus huesos y los colocarían en una urna de oro. Entonces, los huesos podrían colocarse en la tumba de su familia, y después se celebrarían unos abatidos juegos funerarios. Y luego volverían todos a la guerra, de nuevo la espantosa guerra para los troyanos.

¿Y para mí? No pensaba en ninguna vida para mí, en absoluto. Ya no me esperaba nada, excepto una vida completamente vacía, tan vacía como aquella habitación.

El resto del día anduve dando tumbos por mis aposentos, incapaz de ver por las lágrimas que habían brotado de repente, emborronándolo todo. Las doncellas me traían comida, pero yo las despachaba. No quería a nadie en mis habitaciones. A ratos caía en la cama, con vértigo, y la habitación daba vueltas a mi alrededor. Otras veces me levantaba y me disponía a realizar tareas absurdas, como elegir entre diferentes ovillos de lana, dividiéndolos en grandes montones y volviéndolos a arreglar de nuevo, y buscando recipientes para almacenarlos en ellos. Por todas partes donde miraba me parecía ver cosas de Paris, excepto cuando inclinaba la cabeza sobre los ovillos de lana o, no sé por qué motivo, cuando sacaba mis joyas de sus cajas y extendía los collares, brazaletes y pendientes en hileras separadas. Luego volvía a guardarlos en el mismo sitio. Mientras estaba dedicada a esa tarea, no veía el rostro de Paris.

¿Y cómo podía recuperar el rostro que había amado durante tanto tiempo, y borrar aquel que lo había usurpado en sus últimas horas? El espantoso e hinchado había borrado al amable. Las flechas envenenadas de Heracles me habían robado no sólo la vida de Paris, sino también su rostro.

En mi aturdimiento y asombro, me encontré sacando sus ropas y posesiones de sus baúles y arrojándolas al suelo. Con manos temblorosas, alisaba y guardaba las ropas, preparándolas para una visita que no tendría lugar. Ni siquiera me sentía estúpida; quería que apareciese él con tanta desesperación que creí que lo conseguiría. Con todo mi poder le convocaba, elevando los brazos y dejándolos caer sobre la ropa, sobre la ropa que todavía olía a él.

—¡Helena, levántate!

Intenté salir de entre lo que pensaba que eran las nieblas del Hades; estaba oscuro y no se veía adónde iba. Agarré la ropa que tenía bajo los dedos. Estaba echada.

Una luz vacilante se acercó a mí. Alguien dejó una lámpara de aceite. Un rostro se inclinó sobre mí.

—¡Helena, levántate! ¡Oh, qué vergüenza! —Evadne acunó mi cabeza—. Qué vergüenza, te han dejado aquí sola. —Me alisaba el pelo—. ¡Te han abandonado!

Miré sus profundos ojos.

—Sí —dije.

Paris me había abandonado. Ella decía la verdad, no había otra verdad para mí.

—¡Me refiero a tus doncellas! —dijo—. ¿Cómo se atreven?

—Las he echado yo —le aseguré—. No quería ver a nadie. A nadie, ni siquiera a ti.

—Es peligroso que estés sola ahora —dijo, acariciándome la frente.

Como si me importara que alguien pudiera matarme. Reí débilmente. Me harían un gran favor.

—Quería decir que es peligroso para tu espíritu sufrir sola —aclaró.

—No hay otra forma. Sufro sola incluso en tu presencia; nadie puede compartir esto conmigo.

—Alguien puede estar presente. —Era tozuda.

—¿Por qué perder el tiempo? No pueden hacer nada. —Lentamente, me fui incorporando—. Vete, Evadne. No quiero compañía.

Estaba ansiosa de oscuridad.

Los juegos funerarios. Ni siquiera los describiré, porque, ¿acaso importa de quién eran los caballos que ganaron la carrera de carros, de quién la jabalina que llegó más lejos, de quién las piernas que corrieron con mayor rapidez? Una cosa era cierta: los troyanos estaban cansados, aunque hubiesen descansado, y sus actividades eran lentas y torpes. La guerra los había dominado, como la incesante perforación de los roedores acaba por hacer derrumbarse unos cimientos. Concedí premios con la armadura y las armas de Paris. En mis aposentos no serían más que un motivo más de dolor. No podía pasar ante su casco sin imaginarle a él llevándolo. Un ansioso muchacho troyano lo ganó: que lo reverenciara y lo conservara él.

El primer banquete funerario, más elaborado, se realizó de acuerdo con el protocolo. Paris presidía, como Troilo había presidido el suyo. En el de Paris oí los ecos de sus palabras, pronunciadas en el de Troilo. Todas las pérdidas se funden en

una sola, un gran grito de dolor por Troya, uno privado para mí. Se sirvió la comida favorita de Paris: cabrito asado y pastelillos de miel, y unas palabras igual de melosas y dulces se dijeron mientras tanto. Nadie pronunciaba los insultos que les hervían por dentro.

De toda la gente reunida allí, sólo Príamo, Hécuba y yo misma sentíamos verdadero dolor. Los demás simplemente se pintaron con los colores del duelo. La voz de Príamo temblaba al hablar de encontrar a su hijo sólo para perderlo de nuevo, y Hécuba lamentó los años que los habían separado, cuando ambos caminaban todavía a la luz del sol.

—Qué no daría por recuperar todos esos años —susurró ella. Tenía que esforzarme para escucharla—. Ambos estábamos aquí, pero no llegábamos el uno al otro. En mi locura al expulsarle, me despojé a mí misma. Ahora tengo todo el tiempo del mundo para lamentarlo.

Yo no podía decir nada. Mi garganta estaba agarrotada por una mano invisible que dolía. Me limité a permanecer de pie e inclinar la cabeza.

Los huesos y las cenizas se trasladaron ceremonialmente a la tumba, se realizaron las libaciones, se abrió y se cerró la losa. Paris ya estaba dentro. El vital Paris... ¿Cómo podía permanecer contento allí? Pero no sabemos nada de los muertos, de lo que quieren, de lo que sienten. Sólo sabemos que son totalmente distintos de nosotros. Aun aquellos a los que amábamos cambian y se convierten en algo que no podemos imaginar.

Mientras íbamos caminando por las calles después, en una triste procesión, Príamo se retrasó y vino andando a mi lado. Deífobo, como hijo mayor superviviente, ocupó su lugar junto a Hécuba.

¡Qué encorvado y frágil se había vuelto Príamo! Recordé el día luminoso en que le conocí, lo musculoso y fuerte que era, aun a su edad. Pero aquel día estaba con Paris. Paris junto a mí. Paris presentándome orgulloso, Paris protegiéndome...

—Helena. —Su voz era temblorosa, la de un viejo.

—Sí, padre —respondí.

Él buscó mi mano. Debía de tener algo importante que decirme.

—Algunos dirían que la guerra ha terminado ya —dijo—. Paris, que violó las sagradas leyes de la hospitalidad, aunque todos reconocemos que la locura de amor puede trastornar las leyes pacíficas, ha renunciado a ti. Ahora eres su viuda. Debemos seguir nuestro camino sin él.

Me puse tensa. Me iba a pedir que me sacrificase volviendo con los griegos, con Menelao. ¿Qué otra cosa podía ser? Era la única respuesta sensata. Troya se salvaría

si el motivo original del castigo quedaba eliminado.

Él encontraba difícil pronunciar las palabras. Yo le ayudaría.

—Querido padre —dije—, no tienes que esforzarte por pronunciar las odiosas palabras. Haré lo que esté en mi poder para salvar Troya. Volveré con los griegos.

¿Cómo podía saber él, después de todo, que a una persona muerta no le importaba lo que hacía, ni adónde iba? No hay humillación cuando uno está muerto. Y yo había muerto con Paris.

—Iré a entregarme a Menelao, me inclinaré ante él, y los griegos tendrán que abandonar la llanura de Troya.

No me importaba en absoluto lo que me ocurriera a mí. Que Menelao me matase. Entonces iría a reunirme con Paris, y podría evitar a Menelao.

—No, hay otra forma —dijo él entonces—. Debes casarte con Deífobo.

Aparté la mano de un tirón.

—¡No! Soy de Paris para siempre. —Las palabras salieron de mis labios antes de que les dedicase un simple pensamiento.

—Eso dará ánimos a los resistentes.

—La mejor resistencia es que yo acabe con la guerra. Su pretexto ha desaparecido.

—Deífobo lo exige. —Se esforzó por pronunciar las palabras.

—¿Como recompensa, a cambio de qué? —No creía que tuviera base para tal exigencia.

—Como recompensa por defender Troya.

—¿Así que se volverá un traidor si no puede tener a Helena? —No pude apartar el desdén de mi voz—. Pero ¿qué clase de hijo has engendrado?

¡Y pensar que se atrevían a llamar a Paris cobarde e innoble!

Su réplica fue abyecta.

—Engendré muchos hijos, pero al parecer pocos que sean héroes.

Empecé a imaginar una áspera réplica, pero oí el fracaso que contenían sus palabras. Tener tantos hijos y tan pocos de los que pudiera estar orgulloso...

—No puedo casarme con Deífobo —dije.

—Debes hacerlo —insistió.

A ambos lados, en la luz desfalleciente, la gente se alineaba en la calle, inclinándose hacia delante y gritando. Ya no pudimos hablar más, y creí que mi silencio serviría como adecuado rechazo.

Me senté en nuestro dormitorio. El mégaron todavía estaba ocupado por los aliados extranjeros y refugiados, la mayoría de ellos habían asistido como es debido a

los juegos funerarios, y yo les estaba muy agradecida.

De acuerdo con mis deseos, me habían dejado sola. No había doncella alguna revoloteando por allí, ningún miembro de la familia haciéndome compañía. La habitación parecía más desierta ahora, de alguna manera, como si la sombra de Paris hubiese obedecido al ritual del duelo y se hubiese encaminado obedientemente a su tumba. Había esperado volver a aquel retiro y encontrarlo esperándome, pero se había fundido.

Di la vuelta a la habitación, como uno de los perros de caza de Príamo, buscando un sitio donde echarme. Allí no volvería a haber nunca un lugar de descanso para mí, por muchas veces que me echara. Me senté en una de las sillas y miré hacia la oscuridad.

Si hubiésemos tenido un hijo al menos..., si hubiese dejado algo que le recordara de forma indeleble...

Si pudiera hablar con él, verle una vez más.

Me levanté, fui a nuestra cama. Me eché en ella, esperando que todo acabase. No quería el sueño, sino el olvido total. ¿Debía hacer como mi madre, atarme un trozo de cuerda en torno al cuello y dejar que me encontrasen balanceándome al amanecer? ¿No ver nunca otra mañana, no ver nunca otro mediodía, que se me ahorrara el enorme y negro camino que se abría ante mí?

Notaba mi respiración, notaba que mi pecho subía y bajaba.

Dentro..., fuera. Dentro..., fuera. Suave como un susurro, pero implicaba que yo estaba viva, y Paris no. La habitación estaba oscura, oscura. Los actos del día se abatían sobre mí, me llevaban como un remolino. «Un túnel me absorbe los pies, me deslizo por él».

¡Paris, me voy contigo! Te sigo, caigo en el túnel contigo.

Largos, negros, costados cerrados en el túnel. Tan estrechos que puedo agarrarme a ellos. Entonces todo ha terminado. Todo ha terminado, y sin la fealdad de una daga o una cuerda. Helena ha desaparecido.

Aterrizo suavemente. Todavía hay oscuridad. Me levanto, con las piernas temblorosas, y no veo nada. Algo roza mis piernas, y yo me agacho a tocarlo. Asfódelos. Las flores de los campos de los muertos. Estoy aquí, por fin.

Éstas son almas recién muertas, que esperan el paso. Mi madre, Troilo, Héctor, todas éstas han pasado ya. Pero Paris... Paris tiene que estar todavía aquí.

No veo más que una enorme confusión de almas, con las bocas abiertas mientras se dirigen hacia las libaciones para que las socorran y las alimenten, con los brazos tendidos. Están pálidas, tan pálidas como los asfódelos que las rodean, y se agitan

como esas flores con sus delgados tallos bajo un fuerte viento.

No veo rostro alguno que pueda reconocer, y agito las manos para espantarlas, como murciélagos que planean y caen en picado. Luego, entre la penumbra gris, aparece una pálida sombra, con el rostro como el de Paris. El rostro original de Paris, no el horrible de su lecho de muerte.

No puedo evitarlo, me sobresalto con el deleite de volver a verle de nuevo y saber que estamos juntos.

—Has venido. —Su voz es extraña, opaca, oscurecida, como si procediera del interior de una cueva.

—Estoy aquí. Nada puede separarnos —dije, y tendí los brazos hacia él, pero le atravesaron.

La tristeza tiñe su rostro.

—Todavía perteneces a la luz del día, la de arriba —dice él, como si eso fuera una traición.

—No, te digo que he yacido en la oscuridad y me ha traído hasta aquí.

—Pero cuando llegue la luz te levantarás.

—No si tú me enseñas a no hacerlo, a evitarlo.

—Por tu propia mano, esposa, por tu propia mano. Tú tienes la fuerza.

Aquél no era el Paris que yo había conocido. ¿Le habría cambiado la muerte?

—Paris, no puedo vivir en tu ausencia. Mi vida ha volado contigo —dije.

—Entonces debes entrar completamente aquí, en lugar de engañarte agarrándote a la vida para ti misma.

—¿Por qué estás todavía aquí, en la orilla más alejada del Hades? Los ritos funerarios tendrían que haberte liberado...

—Te estaba esperando. —Me mira—. Y estás aquí. Pero no tienes el valor necesario para seguirme.

Ese espectro, esa sombra acusadora no es el verdadero Paris. Ahora lo siento más profundamente que nunca: Paris se ha ido para siempre. La muerte le ha convertido en un extraño. «Paris ya no está».

—¡Aléjate de mí! —grito—. Tú no eres Paris, sino otra visión cualquiera. Una que no deseo ver.

Me alejo con tanta prisa que tropiezo y caigo sobre los tallos erectos de los asfódelos. Son bastante reales. ¿Por qué, ah, por qué no es Paris?

El viaje de vuelta fue instantáneo. Parpadeé y ya estaba de nuevo en mi habitación, rígidamente echada en la cama, temblando y murmurando. Un sufrimiento indescriptible me abatió. Había huido de Paris. Le había visto y había huido.

No, había huido de aquello en lo que se había convertido, un caminante en aquella orilla estéril y oscura.

«Paris se ha ido». Esas palabras encarnaban toda la verdad que yo necesitaba saber, brincaban, saltaban, se burlaban de mí: «Paris se ha ido».

Oí mi propia respiración. Yo estaba viva. Helena estaba viva. Helena debía seguir adelante, sola. Eso es vivir: seguir adelante. No hay virtud, no hay solaz en el más allá, por tanto no hay mérito alguno en correr hacia allí. Y Paris, el Paris al que yo había amado, ni siquiera me esperaba allí.

Todavía estaba oscuro. Faltaba mucho para el amanecer; yacía esperando que entrase la luz, consolándome al saber que ninguna luz, por muy débil que fuese, penetraba jamás allá abajo, en el Hades. Debía aprender a atesorar la luz.

—Helena. —Era Evadne, de nuevo, que se inclinaba hacia mí, con un vestido en las manos, dispuesta a envolverme—. Helena. —Notaba el temor en su voz.

Estaba echada y muy quieta.

—Sí, querida amiga —dije, y me incorporé para tranquilizarla.

Me tapó enseguida con la ropa, como si yo fuera tan delicada que fuese a perecer en el aire de la habitación. Quería decirle que había viajado hasta las fronteras del averno, que había visto a Paris. Pero ella me diría que sólo había sido un sueño.

—Helena, te están esperando. Todos... Príamo, Hécula y otros.

Ah. Eran los «otros» a los que yo temía, a uno en particular.

—Gelanor pide también su permiso para entrar.

—Que entre él primero. —Me esforcé por salir del lecho. Notaba las piernas débiles—. Pero no antes de que me haya vestido y haya comido algo —dije; no tenía hambre, pero necesitaba reponer fuerzas.

Llevando mi ropa de luto, sin joya ni adorno alguno, con el pelo recogido y cubierto para que resultase invisible, recibí a un sombrío Gelanor. Cosa poco habitual en él, se inclinó, me cogió la mano y la besó. Luego se irguió y me miró.

—Entonces todo ha terminado —dijo—. Lamento mucho tu dolor. Aunque no lo negaré: al principio, pensé que venir a Troya era una mala idea. Pero lo hecho, hecho está, y si te ha conseguido algo de felicidad, entonces elegiste sabiamente para ti.

—Gelanor, ¿no puedo creer que él se haya ido! —estallé.

—Es lo más duro del mundo, verse separado de aquellos a los que amamos. Ojalá halle la paz.

«¿No la ha hallado!», quería gritar, pero Gelanor también diría que yo había soñado lo de la última noche.

—¿Príamo quiere que me case con Deífobo! Ese hombre sudoroso, lascivo. Como

si pudiera...

—Debes hacerlo —dijo él, crudamente—. Cierra los ojos, tápate la nariz, tiende la mano y finge que estás de acuerdo.

¿Cómo podía abandonarme de aquella manera?

—¡No!

—Ahora eres una prisionera de Troya —dijo él entonces—. Viniste aquí libremente, cierto, pero ahora eres una prisionera, y pueden hacer contigo lo que quieran. Y lo que quieren es recompensar al único hijo guerrero de Príamo que les queda, para que siga adelante.

Seguir adelante... Todos tendríamos que seguir: un camino arduo a través del barro, las piedras y colinas empinadas y yermas durante el resto de nuestras vidas.

—¿Cómo pueden esperar que le permita tocarme?

—Los prisioneros tienen que permitir esas cosas.

Me eché a llorar. ¿Cómo podía atesorar la luz que brillaba sobre aquello? Quizás el Hades fuese preferible, después de todo.

—Helena, no llores. No puedo soportarlo. —La voz de Gelanor era amable—. Tú me persuadiste de que viniera aquí, y ahora debo contemplar... —Negó con la cabeza—. Hay algo que puedes hacer, si fallan medios más amables. Lo prepararé para ti, Evadne te lo entregará. —Parecía apesadumbrado. ¿Se referiría al veneno?—. Si gana Troya, si los griegos se vuelven a casa... He oído decir que una competición por las armas de Aquiles acabó en pelea entre Odiseo y Áyax. Las armas fueron entregadas a Odiseo; Áyax se puso como loco y se mató. Los griegos están al límite, igual que nosotros. Enviaré mi última arma entre ellos..., las camisas con la peste. Puede resultar el golpe final que consiga enviarlos a casa. Haré que las entreguen en fardos atados como si fuera un tesoro. Sabes lo codiciosos que son. Caerán sobre ellos, los desatarán y entonces... —Esbozó una torva sonrisa—. Agamenón probablemente sea el primero en abrir los bultos de mayor tamaño. Asegurará que tiene derecho, como jefe y comandante.

Me gustaría ver a aquel hombre abatido entre forúnculos y bubones. Había sacrificado a su hija, tras arrancarla del lado de mi hermana. Pero ni la muerte más espantosa y humillante podía deshacer aquel hecho.

—Quizás ocurra como tú dices —dije, y así le di permiso para entregar su cruel arma.

—Mientras tanto, debes aplacarles aquí. Será muy breve. Evita a Deífobo, di que has hecho votos, ¿no se te permite cierto número de días de duelo? Antes de que él pueda reclamarte, los griegos habrán huido de estas costas.

—¿Y luego? ¿No estaré ligada a Deífobo?

—Sólo brevemente, como ya he dicho. Porque cuando se vayan los griegos, ya no serás prisionera de nadie.

—Sí —dije, asintiendo.

Yo había hecho que los dos cayésemos por aquella pendiente, y ahora no había vuelta atrás.

LXVII

Agaché la cabeza en falsa obediencia a Príamo. Nunca abrazaría a Deífobo, pero aquella acción podía elevar los ánimos decaídos de Troya. Príamo se acercó a mí, titubeante.

—Entonces anunciaremos la próxima boda —me dijo, casi sin aliento.

—No hasta que pasen mis cuarenta días de luto por Paris —le recordé.

—Sí, hija mía —accedió él.

Hécuba, a su lado, me miró con tristeza. Ella había perdido a Héctor y a Paris por mi culpa, y ahora iba a casarme con uno de los últimos hijos que le quedaban. Sabía que la dote que llevaba conmigo era la muerte.

Pasaron los cuarenta días con demasiada rapidez, y en paralelo con el año moribundo. El frío se acumulaba entre las piedras de la ciudad y se abría camino hasta nuestros huesos. El color se desvanecía, como en una puesta de sol, desde los campos, mientras esperábamos la quietud del invierno.

Deífobo no se molestó en cortejarme, hacerme regalos o venir a verme. Se contentaba con esperar a que yo cayera en sus manos como un fruto maduro, o eso creía él. Mientras esperaba, seguía llorando a Paris, conjurando su imagen en mi mente todo el día. Pero no intenté seguirle de nuevo al otro mundo.

La boda. ¿Debería dignificar aquello con una palabra tan majestuosa? Deífobo me condujo desde mi palacio hasta el espacio abierto entre el palacio de Héctor y el mío. El viento era intenso y nos levantaba los mantos. Los cuervos se llamaban unos a otros. Eran las únicas aves que quedaban por allí, en aquellos días borrascosos. Sus graznidos roncós y profundos sonaban como mercaderes que discutían en sus puestos de venta.

—¡El periodo de luto ha concluido! —anunció él.

Si hubiese visto su cara en un mercado o en la calle, lo habría encontrado guapo. Incluso se parecía un poco a Paris en el cabello, entreverado de oro. Pero ahí terminaba toda semejanza.

—Mi luto no concluirá nunca —dije, con toda la fuerza que pude.

—Pero ahora te embarcas en una nueva vida. Subirás en un barco que es mi viaje vital.

—¿Ah, sí, príncipe? Pensaba que eras tú quien te trasladabas a mi palacio.

Deífobo, ansioso de escapar del patio de los hijos de Príamo, esperaba trasladarse a mi hogar.

—Es simbólico —murmuró—. No me refería a nuestro actual lugar de morada, sino a nuestra situación en la vida.

—Ya. Entonces, ¿debo interpretar que serás mi huésped y el huésped de tu hermano desaparecido?

—No. Seré tu señor y marido. Dónde ejerza ese privilegio, es algo que no importa. —Su boca era una línea recta, muy fea. No podía responderle.

La ceremonia fue transcurriendo: los votos, las frases rituales, los gestos ceremoniales. Yo cumplía con mi obligación de una forma mecánica. Intercambiamos regalos. Él me puso una corona. No había flores vivas en los campos en aquella época, así que usamos unas secas y muertas. Él me cogió la muñeca como afirmación de matrimonio, una costumbre muy antigua.

En el banquete, sin poder comer, yo observaba a los demás. Mi corazón añoraba a Paris. Nunca, nunca podría celebrar aquel intento de separarnos por parte de los demás.

Nos retiramos a la habitación (la mismísima habitación que yo había compartido con Paris) después de aquel día tedioso. Él estaba ansioso. Se quitó el manto y se acercó a mí, con los brazos tendidos. Le aparté a un lado, disimulando. Era demasiado para mí. Mi modestia femenina se había puesto a prueba. Le rogué que me perdonase. Luego, antes de que él pudiese protestar, me encerré en la habitación interior que ya había preparado.

Que esperase.

A la mañana siguiente, cuando Evadne vino a verme, la puerta cerrada, el manto caído y las sandalias de Deífobo en la habitación exterior le contaron toda la historia. Llevaba un tarro tapado.

—Ya veo, pues, que necesitarás esto. Gelanor había esperado que no fuese necesario.

Cogí el tarro y miré en su interior. Una rama de espino corta yacía enroscada en su interior. La saqué.

—Cuidado..., no te pinches con los espinos.

Sujeté la rama por uno de los extremos.

—¿Veneno? —dije. No era eso lo que quería..., no tenía estómago para asesinar a Deífobo.

—Bueno, algo parecido. Pero selectivo. Sólo mata su... potencia. No su potencia militar, debo añadir. Sólo le discapacitará en aquello que te amenaza.

—Oh. —Gelanor había refinado sus habilidades de una manera impresionante—. ¿Y afecta a las mujeres igual que a los hombres?

—Yo no lo probaría, señora. Por eso te he advertido.

Se sentó en una silla junto a mi lecho.

—Cuando él se acerque —dijo—, debes aplicarle los pinchos en la piel desnuda. El menor arañazo bastará.

—¿Y el daño es duradero o revive la capacidad?

—Creo que es duradero.

Las noches siguientes procuré alejarme de mi habitación. Pero cada noche él se acercaba más, hasta que llegó el momento en que empujó la puerta y se quedó en el umbral, posesivo, mientras se abría lentamente.

La vergüenza que representaba tener el paso prohibido al dormitorio de Helena se leía claramente en el aspecto beligerante de su rostro.

—Esposa —dijo, y levantó los brazos y avanzó hacia mí.

Me volví, retirándome al interior de la habitación, y atrayéndole tras de mí. Ávidamente, él cerró la puerta. Ésta resonó con fuerza al girar sobre sus goznes, y él colocó luego el cerrojo en su sitio.

—Ahora —dijo— empieza nuestra vida en común.

Cuando llegué a la parte más oscura de la habitación, me detuve. Él seguía andando hacia mí, y cuando me alcanzó, me abrazó. Me puse a temblar con su contacto, que enviaba culebrillas de aversión por todo mi cuerpo.

—¿Tienes frío, cariño? —Parecía solícito—. Acerquémonos más al brasero.

En una esquina, en un brasero redondo de piedra, ardían débilmente unos carbones.

—No, no tengo frío —contesté; seguí donde me encontraba y ordené a mi cuerpo que dejase de temblar.

—Ah, Helena... —murmuró él, aturdido, pasando las manos por mis hombros y mi espalda—. Mi esposa, mi bella...

Me erguí, muy tiesa, dejando que se encendiera hasta un punto en el que perdiera la capacidad de fijarse en nada más. Pronto pareció completamente perdido en la telaraña de su deseo y de la anticipación. Fue arrastrando los pies hacia el lecho, su objetivo. Intentando mantener la dignidad, primero se arrodilló en él y luego intentó atraerme hacia allí. No pensaba dejarse caer como un jovenzuelo desenfrenado y apasionado. Yo le seguí.

A salvo (como él suponía) en la cama, me puso las manos encima. Metió los dedos torpes y gruesos en mi pelo, y durante un momento sentí compasión por él y

pensé en dejar el espino en la mesa, y arreglarme con las formas corrientes de mantenerlo a raya. Pero empezó a besarme y a morderme el cuello, echando su robusto cuerpo encima de mí y murmurando insultos hacia Paris. Todos aquellos días en Troya, había vivido con el cobarde Paris..., pero ahora todo se había arreglado... Yo tenía que haber estado con él, Deífobo, desde el principio...

—Desde aquella primera noche en el patio de mi padre, lo supe —jadeaba.

Empezó a bajarme el vestido desde los hombros, apretándose contra mí.

—Por favor, quítate la túnica —le rogué.

—Sólo tengo que levantarla —dijo, jadeante.

—Eso es lo que hacen los pastores en los campos —contesté—. No es digno de un príncipe de Troya. ¿Acaso tu cuerpo no es el de un guerrero? Entonces, ¿por qué esconderlo?

—Te lo ofrezco a ti —dijo de buen grado.

Se sentó y se quitó la túnica. Así sus hombros quedaron desnudos.

¡Ahora! Cogí la ramita de espino y la puse ante él.

—Esto viene de Esparta, de mi hogar. Nuestras costumbres difieren de las vuestras. Sin embargo, debo honrarlas, o si no sentiría que nuestra unión no es completa.

—Haz lo que tengas que hacer —murmuró, sin saber lo que decía.

—Muy bien.

Coloqué cuidadosamente la rama en su hombro y la pasé lentamente por su espalda. Los pequeños pinchos se clavaron, diminutos pinchazos dejaron escapar unas gotitas de sangre, finas líneas en su espalda.

—Si esto te hace mía, y a mí tuyo, no es nada —suspiró, encantado.

—Ya está —dije, dejando a un lado la ramita. ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer efecto? Debía entretenerle un rato más—. Marido —dije, con gran solemnidad—, hay otro ritual que observamos en Esparta. Debemos entonar el himno a Hera como protectora del matrimonio e invocar sus bendiciones.

—Muy bien.

Un rastro de impaciencia se transparentaba en su voz, pero la noche era larga, y podía posponer su placer durante unos momentos, si al hacerlo su estatura aumentaba a ojos de su esposa.

Yo nunca había llegado a memorizar entera la plegaria de Hera, cosa que me dejaba libre para improvisar y añadir verso tras verso, que esperaba que sonasen auténticos: «Los frutos de la tierra y la gran extensión del océano / y Poseidón con todas sus fuerzas, nos concedan libre paso...».

¿Cuánto tiempo había pasado? No había forma de saberlo. Los carbones del brasero ya se estaban apagando, pero eso no era una buena medida. Dependía de la cantidad y calidad del carbón.

—... y todos los olímpicos...

—Deben retirarse al fin al Olimpo —acabó por mí, con firmeza.

Ya había llegado el momento. Él me quitó el vestido, ya que estaba en su derecho, y tocó mi cuerpo desnudo. Incoherente, se arrojó sobre mí.

Una cascada de sonidos brotaron de su boca como ciervos que saltaban, pero eran una mezcla confusa de cumplidos y deseo. Me cogió el vientre, me tocó los muslos, los pechos, sus recios dedos pedían una respuesta. Intenté fingir, pero mis tibios movimientos quedaban perdidos en su deseo de consumir nuestra unión. Él tenía que conseguir a Helena, hacerla suya al fin.

¡Ah, ojalá la droga hubiese ejercido en él su fuerza incapacitadora!

—¡Oh! ¡Oh! —gritaba él, lleno de placer..., pero era un placer que no podía ir más allá de esos límites.

Dejé escapar un grito silencioso de gracias a los dioses y a Gelanor. Estaba a salvo.

El asombro fluyó en él, luego la ira, luego la vergüenza. Se apartó de mí. Empezó a decir algo y luego se calló. Se preguntaba si yo sabría lo que había ocurrido.

Sólo tenía que fingir un poco más. Lo que fuese con tal de mantenerle alejado y apartarle de mi lecho: fingiría ignorancia, y así su decepción sería aún mayor.

—Deífobo —susurré, y acaricié su mejilla. Meforcé por mirarle con aire soñador con la escasa luz que había—. Gracias.

LXVIII

No tengo ni idea de lo que pensarían los troyanos de mi «matrimonio». Lo más probable es que les importara muy poco. Su apetito e interés por mis hazañas o por la conducta de cualquiera de los miembros de la familia real había ido encogiéndose a medida que menguaban también sus vientres, con las privaciones del asedio.

Estaba a salvo de las predaciones de Deífobo. Unas cuantas veces hizo algún intento poco entusiasta de superar su misteriosa enfermedad, buscando refuerzo en la bebida o inflamándose con canciones lascivas, pero como el resultado seguía siendo el mismo, acabó por irse, avergonzado. Antes de que pasara mucho tiempo, podía dejar abierta la puerta de mi dormitorio sin temor de que él la traspasara.

Trabajaba en mi telar, completando con tristeza el diseño que antes estaba vacío y esperando la historia final. Los bordes, con Esparta, los había terminado hacía mucho tiempo, y en su interior estaba Paris y nuestro viaje; pero el centro, con Troya, todavía debía rellenarse.

La antes orgullosa y resplandeciente ciudad ahora estaba desgastada, despojada. Las obras de arte se habían vendido hacía mucho tiempo para recaudar dinero, las fuentes estaban silenciosas y llenas de polvo; las calles, atestadas de soldados heridos, viudas y refugiados, mendigos y pilluelos. Los buenos caballos habían desaparecido y sólo algunos burros desastrados se tambaleaban bajo sus cargas. La ciudad inferior, que antes formaba un delantal hacia el sur, debajo de la ciudad principal, había sido saqueada por los griegos, que destrozaron y quemaron las casas y los talleres, robaron los caballos y destruyeron los jardines.

Las brillantes murallas inclinadas de Troya resistían aún, y las torres se alzaban todavía orgullosas por encima del enemigo. Éstas eran inmunes a las flechas incendiarias y a las piedras que los invasores apuntaban hacia ellas. Mientras las murallas de Troya aguantasen, Troya resistiría.

Pero ¡ah!, las murallas no contenían otra cosa que miseria, rodeaban sólo el sufrimiento y el dolor. Desde el exterior parecía fuerte y cómoda, pero en el interior de los muros todo era abyecto. El único consuelo se hallaba en saber que nuestro enemigo no podía ver a través de los muros lo que se escondía en el interior.

Por supuesto, había espías, muchos espías, en ambos bandos. Sin duda, los griegos sabían de alguna manera lo mal que nos iban las cosas en Troya. Incluso es posible que hubiesen oído hablar de mi «matrimonio», y sin duda sabían cuáles de los mejores guerreros de Troya habían sobrevivido (Deífobo, Eneas y Antímaco) y cuáles

se habían perdido. Supondrían que Príamo y Hécuba estaban sumidos en el duelo y que los consejos de guerra se habían deteriorado hasta convertirse en lamentos y planes sin esperanzas, y que Troya iba a la deriva, sin líder.

Pero ellos también habían perdido líderes: Aquiles y Áyax, sus mejores guerreros. Nuestros espías nos decían que los supervivientes estaban descorazonados y cansados, y que a sus ojos las murallas de Troya parecían inexpugnables, a pesar de sus años de esfuerzos. Y además la espantosa visita de la peste había hecho estragos en sus filas. Rogaban y preguntaban a los dioses de dónde había venido aquello, en qué los habían ofendido.

Pero no había procedido de ningún dios, de modo que no recibieron respuesta. Había procedido de los falsos tesoros de Gelanor, llenos de camisas procedentes del templo de Apolo.

—Han estado leyendo entrañas y vuelos de aves, como locos —decía Gelanor—. Pero en ellos no se encuentra la respuesta que buscan. —Se inclinaba por encima de la muralla, mirando hacia la llanura al campamento griego. Su voz se hacía eco de una torva satisfacción, teñida de dolor—. Ha funcionado tal y como yo preveía —suspiró—. Como esperaba que funcionase. Pero qué esperanza más malvada, matar a mis compatriotas.

Le miré: mucho más viejo y cansado que cuando le había visto por primera vez. ¿Qué le había hecho a aquel hombre, a aquel amigo honrado? Mi propio viaje había corrompido a un hombre recto, hasta el punto de envenenar a sus propios compatriotas y considerar que había sido un buen trabajo. El sol se ponía y en las sombras crecientes comprendí que yo era parte de aquella oscuridad.

Sólo quedaban las hijas de Príamo y Hécuba para proporcionar algo de consuelo a sus padres: Creusa —la esposa de Eneas—, Polixena, Laódice, Ilona y Casandra. A ellas no las habían tocado las flechas y lanzas de los griegos, pero si caía la ciudad, sufrirían mucho más que sus hermanos muertos. En una ciudad conquistada sólo había dos posibles destinos para las mujeres: las jóvenes serían violadas y se las llevarían como esclavas, y las viejas, que se consideraban inútiles, morirían al momento. No sobrevivía nadie al saqueo de una ciudad, ni siquiera la propia ciudad. Aquiles, el saqueador más feroz de todos, había desaparecido y no recorrería nuestras calles como había hecho en la ciudad natal de Andrómaca, destruyéndolo todo ante él. Pero había otros, imitadores menores de su héroe. Éstos podían copiar su crueldad con bastante facilidad, aunque no pudiesen igualar su fuerza y su destreza. Eso es lo que

hacen los cobardes siempre.

Nuestra única esperanza era que los griegos, exhaustos y desmoralizados, se inclinaran ante la aparente invulnerabilidad de nuestras macizas murallas y se fueran a casa. Como ya he dicho, no se podía ver a través de ellas, ni se podía saber lo cerca que estábamos realmente del fin.

Me desperté gritando. En medio de la noche tuve una visión extraña, clara como el cristal que deja penetrar la luz del sol. Mientras trataba de recordarlo, de retenerlo para poder transmitírselo a los demás, se desvanecía, saltaba, ondulaba, se retorció como un escalofrío que recorre la piel. Vi algo hecho de madera, enorme, muy alto. Ya lo había visto una vez antes, con menos claridad. Pero ¿qué era? La imagen huía de mí. Albergaba la muerte. Y también había visto..., ¿podría ser cierto aquello?..., a Odiseo caminando por las calles de Troya, disfrazado. Tomando nota.

Llevaba los harapos de un mendigo. ¿Había visto a alguien semejante? Pero las calles de Troya ahora estaban repletas de mendigos, precisamente. Si Odiseo había conseguido introducirse en la ciudad, se habría confundido entre ellos con bastante facilidad. ¿Y por qué habría venido? ¿Acaso ellos no tenían espías?

Más tarde, él aseguraría que le vi, que le reconocí, que le ayudé. Pero eso es mentira. Ese hombre no dice más que mentiras, cualquier cosa que sirva a sus propósitos. ¡Compadezco a la pobre Penélope, que esperaba a un hombre semejante!

Grité porque aquella cosa enorme de madera, fuera lo que fuese, que sólo había entrevisto fugazmente, marcaba la perdición de Troya.

Me incorporé en la cama. La luz del día llamaba a los postigos. La habitación que me rodeaba no había cambiado. Los frescos rojos y azules mostraban las mismas flores serenas, las mismas aves. Los suelos pulidos relucían, reflejando la reciente luz del día. Parecía algo eterno, fijo. Pero el sueño me había mostrado que todo aquello era vulnerable y que vivía sólo a pesar del tiempo.

No podía desvanecerse, tenía que permanecer. Pero eso es una ilusión. Todo se desvanece..., mi madre, Paris, mi propia juventud. ¿Por qué aquella habitación iba a ser distinta? ¿Por qué Troya misma iba a ser distinta?

—¡Se han ido! —Evadne irrumpió en la habitación con sus brazos sarmentosos súbitamente llenos de vigor, al abrir las puertas. Los agitaba a ambos lados, dando golpes en la pared. Los jarrones en sus nichos temblaron, titubearon, pero no llegaron a caer—. ¡Los griegos se han ido!

El sueño..., aquello debía de estar relacionado con el sueño... Salí de la cama de un salto.

—¿Y han dejado algo?

Ella movió negativamente la cabeza.

—¿Qué importa lo que hayan dejado? Se han ido. Nuestros centinelas han visto partir a un barco tras otro, y luego un valiente muchacho lo ha confirmado yendo a su campamento. ¡Estaba desierto! Y los espías informan de que estaban tan debilitados por la misteriosa plaga que no tenían los hombres suficientes para continuar la lucha.

Sus palabras surgían alegres como una corriente largo tiempo retenida y que súbitamente corre con libertad por donde quiere.

—Pero ¿han dejado algo? —repetí. No me gustaban mis palabras desalentadoras, pero aquello era lo que más importaba.

Ella inclinó la cabeza.

—Vístete, señora, y te lo diré. Veo que tu clarividencia no desapareció con la serpiente.

Era un caballo hecho de madera. Desde el campamento salió tambaleándose un superviviente, asegurando que había escapado de los griegos, que pretendían sacrificarlo, escondido en el bosque. Su nombre era Sinón, dijo. Contó un bonito cuento de cuáles eran los motivos de construir aquel caballo y dejarlo allí.

Todo eran mentiras. Yo sabía que eran mentiras; mi conocimiento especial me lo decía. Sin embargo, los troyanos estaban deseando creerle.

Hay algunos que sostienen que los troyanos eran mucho más nobles que los griegos. Y citan el hecho de que ningún hijo de Troya reclamaba su parentesco con los dioses, sino que luchaban como hombre mortales, con sus destinos en sus propias manos, sin esperanza alguna en los indultos olímpicos. Hablan del altruismo de Príamo, al respetar la elección y el matrimonio de su hijo Paris, negándose a entregarme, dado que un rey más mundano me habría atado y entregado a los griegos, evitando así los problemas.

Pero una naturaleza noble puede cegar a un hombre con respecto a los motivos de aquellos que no son como él, dejándole así indefenso ante ellos. Príamo y sus consejeros no practicaban la duplicidad profunda, y pensaban que sus enemigos tenían la misma naturaleza que poseían ellos.

Príamo interrogó ansiosamente a Sinón y quedó satisfecho con sus respuestas. Sus magulladuras y sus cortes atestiguaban su veracidad. Sin embargo, un enemigo más astuto está dispuesto a disfrazarse de cualquier manera que considere eficaz. Eso no pareció ocurrírsele nunca a Príamo, a pesar del ejemplo de Hillo. Héctor no haría tal cosa, por lo tanto, nadie se iba a rebajar a hacerlo.

Pero ¿y si..., y si... los griegos lo habían seleccionado para que los persuadiera, para que fuera su portavoz, y él había soportado unos cuantos azotes y golpes para

hacerlo más creíble? Le pedí a Príamo que me dejase interrogarlo, ya que conocía más a los griegos y su lengua. Él se negó.

Por el contrario, se tragó la historia que le contó Sinón: los griegos, devorados por la plaga y dándose cuenta de que las murallas de Troya eran inexpugnables, habían partido de nuestras costas después de años infructuosos de luchas. Habían aplacado a Atenea, la que había alentado su viaje hasta aquí buscando venganza sobre Paris, y había que aplacarla antes del viaje de regreso, con un caballo de madera. Los caballos son especiales para Atenea, y por tanto ella tenía que mirar con favor aquél. Un adivino entre los suyos había dicho que si el caballo era conducido a la propia Troya, ésta permanecería firme para siempre, de modo que ellos lo habían hecho demasiado grande aposta, para que resultase muy difícil arrastrarlo, meterlo por la puerta y subirlo al templo de Atenea. De aquella forma, podían satisfacer a la diosa sin poner en peligro su propia reputación, porque si Troya permanecía intacta para siempre, entonces ellos habrían fallado.

—No es propio de los griegos hacer eso —dijo Antímaco, dando una vuelta en torno al caballo.

Yo me había vestido y le había acompañado; salí por las puertas para inspeccionar la enorme estructura.

Había algo raro. Ambos lo notamos. Una enorme cosa de madera...

Dio la vuelta alrededor y me miró, frunciendo el ceño. Dando unos golpes con fuerza con un palo en el caballo, murmuró:

—No me gusta.

Si tres Antímacos se hubiesen puesto de pie uno en los hombros del otro, el de la parte superior habría podido alcanzar y tocar la cabeza del caballo. Si cinco Antímacos se hubiesen echado en fila en el suelo, se habrían extendido desde una punta de la plataforma hasta la otra. El caballo descansaba en un lecho plano, con unos troncos debajo para que resultase fácil hacerlo rodar. Estaba hecho de madera verde, unida de forma apresurada. Sus patas eran troncos de árbol, y la parte redondeada de su cuerpo abultaba como si fuese una yegua preñada. Por ojos tenía dos conchas marinas. Miraban hacia abajo, sin ver.

Precavidos al principio, unos pocos curiosos se aventuraron a ir a inspeccionarlo. Pero pronto hordas de troyanos salieron de la ciudad y se arremolinaron en torno al objeto, parloteando con animación. Apiñados dentro de los muros durante tanto tiempo, mientras el único acontecimiento del día era el regreso diario de los heridos y muertos, aquel juguete les encantaba, como había pasado con la esfinge, hacía tanto tiempo. Le acariciaron las patas y los chicos intentaron trepar y sentarse a horcajadas

en su lomo. Las mujeres tejieron guirnaldas de flores para envolver su cuello, y las arrojaron a sus hijos para que las colocaran. Los flautistas tocaron su instrumento y la gente empezó a bailar alrededor del caballo, gritando de alivio. Todo había acabado. La guerra había concluido.

Príamo y Hécuba salieron de la ciudad y se detuvieron allí. Príamo se había ataviado con las ropas más regias, y Hécuba, todavía vestida de negro, se envolvía en su manto. Príamo caminó en torno al caballo estudiándolo, examinándolo con los ojos oscuros y observando cada detalle: la forma de clavar las tablas, el tamaño, los feos y saltones ojos blancos. Luego se volvió a mirar la puerta Escea.

—Pasaré justo por debajo —dijo, midiendo ambas cosas con los ojos.

De nuevo aquel escalofrío: me recorrió por entero, como el viento que agita un campo de cebada. «¡Lo han construido justo para eso! No puede coincidir por casualidad».

—Lo meteremos en nuestra ciudad para que nos proteja y se cumpla la profecía. Troya no puede caer si el caballo pasa a través de nuestras murallas. —Su voz se alzó hasta conseguir casi la misma fuerza de antes.

¡No, aquello estaba mal!

—Querido padre —me adelanté—, ¿cómo sabemos que ésa es la profecía? Nos lo ha dicho Sinón. Pero él es griego. Aparte de sus palabras, no tenemos conocimiento de lo que presagia este caballo. ¿Y cómo es que lo han construido del tamaño exacto para que pase por las puertas? ¿No lo habrían hecho más grande si su auténtico propósito hubiese sido asegurarse de que permanecía fuera de Troya? Tal y como es, te han invitado a que lo metas. Piénsalo.

En lugar de responder, Príamo se quedó mirando el caballo, mudo.

Hécuba respondió por él.

—¿Tú, que atrajiste todo esto sobre nosotros, ahora quieres hacernos advertencias?

—He perdido lo que más amaba en el mundo, pero mi lealtad sigue estando con Troya —repliqué—. Siempre lo ha estado.

Ella se echó atrás la capucha.

—Tú has perdido a una persona. Nosotros hemos perdido a muchas, incluyendo a aquel a quien amabas. Toda nuestra ciudad estaba amenazada. Ya conoces el destino de las ciudades vencidas..., ser borradas de la faz de la Tierra, convertidas en un montón de cenizas humeantes. Eso era lo que los griegos tenían pensado para nosotros..., a causa de ti y de Paris. Miles de muertes por un beso. Si ellos hubiesen ganado, tú habrías cambiado tu lealtad con bastante rapidez.

—¿Todavía no me conoces? —grité. Era como si me hubiese pegado.

—¡A la ciudad, a la ciudad! —salmodiaba la gente, balanceándose bajo la luz del sol matinal.

—¡Arrastradlo! —Sus gritos ahogaron la respuesta de Hécuba, mientras ella se volvía.

De repente, Casandra agarró el brazo de su madre. No la había visto antes, aunque su rojo cabello brillaba como una joya entre todos aquellos colores apagados.

—Helena dice la verdad —dijo—. Hay algo malvado aquí. No dejéis que contamine nuestra ciudad. Dejadlo aquí, en la llanura.

—Hija de Príamo, todos conocemos tu fragilidad —gritó un hombre en la multitud—. Vamos, deja de decir locuras.

Laocoonte, un sacerdote de gran estatura, llegó jadeando hasta nosotros, con dos de sus hijos trotando detrás de él.

—¡Alto! ¡Alto! —gritó—. ¡Probadlo primero! —Blandió una lanza y la arrojó al flanco del caballo, donde ésta se clavó y quedó oscilando—. ¡Encontrad algo para penetrarlo! —gritó. Miró a su alrededor como enloquecido—. Deífobo... Tú tienes una lanza muy potente. Déjamela. Déjame perforar el pellejo de este caballo para que chillen los griegos que hay en su interior.

Deífobo negó con la cabeza.

—No tengo ninguna lanza mágica, viejo. La mía tiene una punta como la tuya. Pero puedes usarla.

El sacerdote la cogió y la arrojó al vientre redondeado del caballo. Rebotó con un sonido hueco.

No había visto a Deífobo desde hacía días. Se mantenía bien apartado de mi habitación, para no sufrir más vergüenzas. Me miró un instante y luego se apartó. En aquel momento, quise acudir a él, susurrarle al oído: «Algunos deseos es mejor que no se cumplan. Conseguirlos sólo conduce a mayores sufrimientos». Pero no lo hice. Me quedé clavada donde estaba.

—¡Hagamos fuego debajo, si no podemos perforarlo! —gritó Laocoonte—. Esta plataforma nos irá bien. Traeré una pila de leña. ¡Una antorcha, y los griegos que están escondidos dentro saldrán corriendo para salvar la vida! —Retrocedió, rogando a la multitud. La gente le miraba, silenciosa—. ¡Ah, idiotas! —Miró a su alrededor—. ¡Al menos probadlo, antes de meterlo dentro!

Sin embargo, la multitud seguía palmoteando y gritando: «¡Un caballo para Troya! ¡Un caballo para Troya!».

Entonces, ante nuestros ojos horrorizados, una enorme serpiente salió de la

llanura, se irguió y se enroscó en torno a Laocoonte y sus hijos, estrangulándolos y luego arrastrándolos hacia el mar. Nadie se movió para ayudarlos. Sus gritos desfallecientes resonaban por los campos.

—¡Atenea! —gritaba la gente, crédula—. ¡Atenea le ha castigado por su blasfemia! Esto prueba que ella desea que llevemos el caballo a Troya.

—Esto no prueba nada, aparte de que Atenea tiene un interés especial en que introduzcáis ese caballo en Troya —gritó Casandra. Era valiente. La admiraba al ver que se adelantaba y retaba a Atenea a que golpease de nuevo—. ¡Ah, estúpidos troyanos! ¿Quién tiene a Atenea como diosa? ¿Acaso no vela ella por Odiseo? ¿Por Aquiles? ¿No es la diosa protectora de Atenas, ciudad de los griegos? ¿Por qué iba a desear algún bien a Troya?

—¡Tenemos un templo dedicado a ella aquí! —chilló un hombre—. ¡Su estatua especial está aquí!

—Todas las ciudades tienen un templo consagrado a Atenea, y una estatua —respondió ella—. Eso no prueba nada. Atenea, como todos los dioses, adopta a algunos humanos, los mimas y les sigue la corriente más allá de todo lo razonable. Se siente insultada si no le dedicas un templo, pero tenerlo no significa nada para ella.

—¡Príamo, tu hija está loca! —exclamó alguien—. ¡Ahógala!

Casandra se retorció y le gritó:

—¡No puedes acallar la verdad!

—Casandra, querida. —Príamo la llamó y la rodeó con su brazo.

—¡Troya se merece su ruina, entonces! —dijo Casandra—. Te la confío a ti. Yo pereceré contigo. Pero veo mi fin, mientras que tú estás ciego —dijo, y apartó el brazo de su padre y se dirigió hacia la ciudad, con su vestido flotando.

LXIX

Era media mañana. Los tozudos ciudadanos ataron cuerdas en torno al cuello del caballo y fijaron una lazada a la plataforma para poder tirar del caballo y llevarlo a la puerta sur. Aun así, el progreso era muy lento. El caballo era pesado..., demasiado pesado, quizá, para estar vacío..., y los cilindros se deslizaban y se salían de la plataforma. Varias veces, el caballo se tambaleó y casi se sale de ella. Pero cada vez lo salvaron, lo enderezaron y lo llevaron de nuevo por su camino lento y seguro. Cuando se acercaban a la puerta sur, Príamo insistió en realizar una pequeña ceremonia para bendecir su entrada en la ciudad. Las puertas se abrieron todo lo posible, como si hicieran una mueca, y toda la gente de la ciudad tuvo que empujar para poder hacer entrar el caballo. La parte superior de la cabeza pasaba por debajo del dintel sólo por una mano de distancia.

Ah, qué concienzudos eran los griegos. Qué bien lo habían calculado.

Príamo lo bendijo mientras pasaba dando sacudidas por la puerta, rogando que empezase así la era de plenitud de Troya.

Subirlo hasta la ciudadela resultó mucho más difícil. La calle hacía ángulo hacia arriba, y pronto hubo que dejar de tirar; había que empujar. El ingenio pesaba muchísimo, y sólo la decisión de los troyanos fue capaz de moverlo por los tramos más empinados. El sol ya declinaba cuando estaban todavía a mitad de camino, y el templo se hallaba a la vista, pero todavía algo alejado.

No podían dejar el caballo donde estaba; rodaría y caería hacia atrás, chocando contra la puerta. De modo que se esforzaron por empujar más y más, gruñendo y gimiendo. Ningún caballo ni buey tiró de aquella estructura; era imposible enjaezar a algún animal a ella. Sólo los músculos de unos hombres determinados podían hacerlo. De ese modo, Troya se esforzó por cumplir su propia condena.

Ya era tarde cuando el caballo llegó al templo de Atenea y quedó descansando en una extensión de terreno pavimentada que quedaba junto a éste. Mi palacio y el de Héctor daban a aquel terreno.

Desde mi habitación veía a la gente de Troya arrojando flores sobre la plataforma del caballo, oía la música de los flautistas y a los cantantes ensalzando al caballo. Debajo de mi ventana, los vinateros habían sacado los últimos restos de ánforas de vino de Troya, y lo vertían con descuido. Hombres y mujeres borrachos se

tambaleaban, bailaban y se caían en torno al «animal». Riendo, se levantaban y seguían su inestable camino.

Mirándolo desde la altura de la ventana de mi habitación, el caballo parecía el juguete de un niño, hasta por las cuerdas que colgaban de la plataforma. Yo había visto carretas de arcilla o de madera cargadas con dulces o con muñecas que iban tiradas por los niños con cuerdas semejantes. La parte superior del caballo no mostraba ninguna línea ni la silueta de una portezuela. Pero tenía que estar hueco por dentro.

La luna tardía luchaba por remontar las murallas, y cuando finalmente surgió por detrás de ellas, inundó la ciudad con su luz fría y ultraterrena, haciendo que las antorchas parecieran de un amarillo intenso. El súbito resplandor de luz extra espoleó a los juerguistas, como si los mismos cielos se hubiesen unido a las celebraciones. Los durmientes se removieron y salieron tambaleantes de sus casas, desfilando alegremente con sus ropas de noche. Los vendedores, desaparecidos desde hacía mucho tiempo de las calles de Troya, de pronto habían montado sus tenderetes, y juglares y acróbatas llenaban la cumbre de la ciudadela y pasaban entre la multitud actuando gratis.

Encima de la plataforma del caballo, los amantes se abrazaban, y los niños competían por ver quién trepaba más deprisa por las patas. Alguien empezó una ruidosa competición de lanzamiento de ánforas vacías, que estrellaban en las calles, lo que provocaba que más gente se despertara y saliera de sus casas.

—Troya es libre... Troya es libre... Troya es libre...

Filas de personas empezaron a salmodiar mientras iban balanceándose, con las manos juntas, yendo y viniendo por las calles y en torno al caballo, y se tambaleaban, caían, se reían, gritaban...

El caballo. El caballo. Ahora estaba dentro de la ciudad, alojado en su mismísimo centro. Apolo, el constructor de las murallas de la ciudad, prometió su protección divina para aquellos muros, pero no se acordó de ofrecer la misma protección para la ciudad. Normalmente las murallas resistían, recias, y nada podía penetrarlas. Pero en aquel caso no era así.

Me pareció que casi podía ver en el interior del caballo, y lo que vi eran unas sombras oscuras y agazapadas que se movían ligeramente. Era como si mirase a través de una nube y atisbase algo oscuramente. La visión especial de las serpientes no me había abandonado.

Me puse un vestido largo con cola y bajé con determinación hacia el lugar donde estaba el caballo. Estaba atestado de gente. Odiaba los empujones y la proximidad

caliente de las masas de gente. Uno de mis guardias abrió camino para mí, de modo que pude subir a la plataforma. Unas antorchas parpadeantes mostraron las costuras de las tablas usadas para sellar el vientre redondeado del caballo. No veía ninguna abertura, pero en la oscuridad era difícil asegurarlo.

¿Cuántos hombres podía contener aquel artefacto? ¿Cuántas sombras movibles había atisbado yo? No había demasiado sitio dentro, y los hombres tendrían que estar agachados en una posición incómoda, pero quizá cupieran hasta seis, dentro. Eso bastaría..., bastaría para abrir las puertas de la ciudad, de modo que cientos más pudieran entrar. Pero eso implicaba que tendrían que llegar a las puertas sin ser detectados, después de que la multitud fuera disgregándose y desapareciera al fin, y Troya se entregase al sueño.

La madera era demasiado gruesa para que la perforasen las lanzas, y la gente de Troya no quería ni oír hablar de prenderle fuego, especialmente ahora, que estaba dentro de la ciudad.

¿Qué otra cosa se podía usar para poner a prueba al caballo e inutilizarlo? Sonido..., trompetas, música o voces. Voces. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que los griegos habían oído las voces de sus esposas, de sus madres o de sus hijos? ¿Qué pasaría si las volvían a oír?

¿Quién era más probable que estuviera dentro? ¿Serían hombres de rango u hombres considerados poco importantes y que podían ser sacrificados fácilmente si eran descubiertos? Sabía seguro que un hombre estaría allí: Odiseo. Iba contra su naturaleza enviar a otros y esperar a oír lo que había ocurrido, quedarse quieto y perderse un atrevido ataque. Estaría allí, sí, y posiblemente también Menelao y Agamenón. Podía imitar la voz de Clitemnestra y de Penélope, que después de todo era prima mía, y en cuanto a Menelao, mi propia voz serviría. Áyax el pequeño posiblemente estaba allí también, pero yo no sabía quiénes eran sus seres amados; se decía que era un hombre cruel y malvado, pero eso no significa que alguna estúpida mujer no pudiera amarle.

Me acerqué al caballo y me puse de pie junto a su costado. Mi guardia chilló y levantó las manos, pidiendo silencio. La música se detuvo y los fuertes ruidos de la multitud fueron desapareciendo. Di unos golpes en el vientre del caballo para captar la atención de quien quiera que estuviese dentro. Ahora creía que allí había unos hombres; no podía dirigirme al aire vacío. Me llené los pulmones y, conteniendo el aliento un momento, me propuse convertirme en Clitemnestra, recordando su voz.

—Mi querido Agamenón, mi amo y señor. —Eso le complacería, seguro—. Añoro tu regreso, que estés a mi lado una vez más. No puedo soportar esta separación; creo

que me volveré loca. —Mientras iba hablando, daba la vuelta al caballo. La multitud escuchaba mi voz, hipnotizada—. ¡Ah, vuelve conmigo!

Creí oír un crujido en el interior del caballo, pero era imposible asegurarlo. Sólo el movimiento de la gente en la plataforma podía hacer que la estructura gimiese.

—¡No esperes más! —supliqué—. Estoy aquí. Te he seguido a Troya.

El sonido del interior había cesado.

—Odiseo, sé que estás ahí. —Mi voz cambió, y se volvió más ligera y aguda—. Te conozco demasiado bien, marido mío. Los años en la rocosa Ítaca han sido tan duros que no puedo hablarte de ellos. Hay hombres allí que quieren persuadirme de que has muerto aquí, en Troya, y que quieren obligarme a que me case. De modo que he venido hasta aquí. Si estás cerca, muéstrate a mí. De otro modo, te lloraré como desaparecido. Sé que si aún estás vivo, estarás aquí. ¡Tan cerca de mí en este momento!

La absoluta quietud del caballo me decía que los hombres estaban conteniendo el aliento, intentando no moverse ni un ápice. Hice una señal a mi guardia y él pinchó el caballo con su lanza. Mi esperanza de que eso los sobresaltara y les traicionara se vio decepcionada.

Y ahora a por Menelao..., si estaba ahí dentro. Era el que se podía desmoronar con más probabilidad.

—¡Menelao, querido esposo! Soy yo, Helena. ¡Perdóname, llévame de vuelta contigo! Caigo a tus pies y te suplico. Añoro volver a ver de nuevo tu rostro, el rostro que me ha atormentado todos estos años, llenos de nostalgia. ¡Llevo la hermosa joya que tú me regalaste!

Ah, ojalá la sombra de Paris se hallase muy lejos en el Hades, para que no tuviese que oír esas mentiras.

Entonces pude detectar un ligerísimo murmullo, un levísimo sonido, menor que el de los ratones al escarbar, dentro del caballo. (Pero ¿y si eran ratones? Es posible. ¿Estaría actuando sólo para unos roedores?). Pero no se abrió ninguna trampa, no saltó Menelao para consolarme.

Tres veces más di la vuelta al caballo llamando a los tres hombres. Pero no conseguí que se movieran, si es que realmente estaban allí. Tristemente, me alejé.

—Continuad con vuestra juerga —dije a la gente—. Haced todo el ruido que queráis.

Inmediatamente, todos volvieron a la vida, como si se hubiesen convertido momentáneamente en estatuas y ahora se vieran libres de moverse de nuevo.

Mi palacio resonaba con ecos al volver a mis habitaciones. Debía de ser la única

persona en Troya que permanecía dentro, sola, aquella noche. Me quedé en pie ante la más elevada de mis ventanas y miré hacia fuera, a la costa y al desierto campamento griego. A la luz de la luna, me pareció ver movimiento en el agua, pero sólo eran las olas. Los barcos griegos estarían ya fuera de la vista, si se habían hecho a la mar dos días antes.

Deseé con todas mis fuerzas que Paris estuviese a mi lado. Nunca me parecería normal estar sin él, aunque viviese hasta una ancianidad invernal. Si hubiese conservado su casco, después de todo... Qué tonta fui al desprenderme de él. Qué ciega estaba con el dolor, sin poder pensar en nada. Ahora era como si hubiese regalado al propio Paris, porque cualquier cosa que él hubiese tocado o de la que hubiese estado orgulloso formaba parte de él.

Abajo todavía bailaban alrededor del caballo, bebiendo y chillando. ¿Era aquél realmente el fin de la guerra de Troya? Todas aquellas vidas perdidas, y luego, al final, ¿nada salvo un caballo de madera como recompensa? Yo tenía razón: sólo era un juguete, un juguete burlón, que nos habían entregado para conservarlo. ¿Qué habría dicho Paris de aquello? Ese objeto estúpido nos degradaba, hacía que nosotros y nuestro amor pareciésemos también de juguete. Quizá no hubiese nadie en absoluto en su interior, y no fuese más que un último insulto de despedida de los griegos.

Me senté a solas, contemplando la luna que iba abriéndose paso en el suelo, rígida y agarrotada por la pena. No sé cuánto tiempo estuve allí sentada, pero después me di cuenta de que el ruido de abajo había desaparecido. Me asomé a la ventana y miré hacia abajo, y vi a los últimos juerguistas, que se iban dando tumbos y tropezando con las guirnaldas caídas. Un chico con una flauta trenzaba sus pasos en torno a las patas del caballo, tocando unas pocas notas quejumbrosas, y luego él también se fue y el caballo se quedó solo a la luz de la luna.

Era el momento de mayor oscuridad, mucho después de la medianoche, cuando todas las criaturas están durmiendo normalmente. Yo también debía intentar dormir. Pero, por el contrario, fui a la caja donde guardaba el broche de Menelao y me lo puse en el hombro. Le había dicho que lo llevaba. Quizá pensaba que, al hacerlo, induciría a Menelao, si en realidad estaba dentro del caballo, a salir. Quizás aquel objeto tuviese el poder de atraerle, igual que el casco habría mantenido a Paris cerca de mí.

Me eché en la cama, sintiéndome demasiado cansada incluso para dormir, y oí los pesados pasos de Deífobo que se acercaba a mi habitación, dudando en el umbral, y que luego daba la vuelta y se alejaba. Ya no entraba nunca, pero a menudo le oía aproximarse y luego retirarse. Se fue a la habitación donde tenía su lecho y se echó. Pronto, su respiración acompasada me dijo que estaba profundamente dormido.

Nunca tenía problemas a la hora de dormir. Sus pensamientos eran simples y él era completamente libre, como un niño de tres años, ajeno a cualquier problema o preocupación que pudiese acosar su mente.

Aunque yacía allí tranquila, algo me impedía dormir. Sabía que era mi guardián, el dios o diosa destinados a mantenerme a salvo. ¿Afrodita? ¿Se preocuparía todavía ella por mí? ¿O se habría desvanecido junto con Paris? ¿Perséfone, mi devoción infantil? La había descuidado, pero quizás ella no me hubiese descuidado a mí. Despierta, oí un leve sonido abajo, en el caballo. Era un sonido muy amortiguado, pero parecía un crujido, seguido por un leve golpe. Aparté las sábanas y corrí a la ventana, donde contemplé las siluetas de unas formas que descendían por unas cuerdas del vientre del caballo, bultos como cuentas en un collar, pero unas cuentas que se movían.

Sí. El caballo llevaba hombres en su interior. Mientras me agarraba al alféizar, los vi aterrizar en la plataforma y luego escabullir se por la calle principal. Se dirigían hacia las puertas..., a abrirlas de par en par.

—¡Alto! —grité—. ¡Alto! ¡Guardias!

Uno de los hombres se detuvo y miró hacia arriba, hacia mí. La luz de la luna incidió en su rostro bajo el gorro. Era Odiseo.

—¡Silencio! —susurró—. ¡Hemos venido a rescatarte! —Su voz subió hacia el lugar donde yo estaba asomada, en la ventana.

—¡Estáis aquí para matar! —le repliqué—. ¡Guardias! ¡Guardias! —chillé.

Pero todos los guardias habían abandonado sus puestos, borrachos y dormidos en las sombras de lo que suponían que era la seguridad.

—¡Ella primero! ¡Ella primero! —Una voz que conocía muy bien llegó hasta mí. Menelao había bajado por la cuerda y estaba en pie junto a Odiseo, señalando hacia la ventana—. ¡Cogedla! ¡Cogedla! ¡Olvidaos de las puertas!

Era una estúpida, había traicionado mi situación. ¿Por qué no había guardado silencio?

—Es tuya —dijo Odiseo—. Ninguno de nosotros pondrá las manos en ella. —Tras decir esto, saltó de la plataforma y bajó a la carrera por la calle principal.

Tras él, los demás, bajando del caballo y con las piernas enroscadas en la cuerda colgante, iban bajando rápidamente y le seguían.

Menelao se dirigió hacia el palacio. Debía retirarme, esconderme. Lo único que podía pensar es: «¡Que no me coja!». La idea de verle y de enfrentarme a él me resultaba repugnante. Menelao no conocía Troya. Podía esconderme en alguna parte..., pero ¿dónde? ¡Menelao! Durante mucho tiempo había sido sólo un nombre, un recuerdo antiguo. Ahora estaba acechando por las calles de Troya, estaba dentro de

nuestro recinto más sagrado.

¡Oh, qué rápido era! Había olvidado al joven corredor que había competido por mí. Antes de que pudiera bajar las escaleras ya las subía velozmente. Pero dio la vuelta hacia la derecha en lugar de la izquierda, y entró en la habitación donde dormía Deífobo.

Tenía que huir. ¿Dónde estaría él? Al mirar hacia la cámara, vi que se aproximaba a Deífobo, le vi tirar de su cabeza por el pelo. Unos ojos como platos miraron sobresaltados a Menelao.

—¿Tú eres Deífobo? —preguntó Menelao, como si se estuvieran viendo en la sala del consejo.

Deífobo intentó coger su espada en lugar de responder. Menelao se abalanzó hacia él y le atravesó la garganta limpiamente con la espada.

—Primero responde —escupió—. Sólo un enemigo busca el arma antes de responder.

Sacó el cuerpo de la cama, de donde cayó con un fuerte golpe. Rodó una vez y luego quedó despatarrado en una postura ridícula, con las piernas abiertas y la túnica levantada.

Corrí hacia las escaleras. Menelao giró sobre sus talones y me vio.

—¡Helena! —me llamó—. ¡Helena!

Corrí, bajé las escaleras y salí del palacio, el bello palacio que Paris y yo habíamos construido juntos. Él estaba allí, Menelao estaba allí, matando. Me mataría a mí también. Al menos que fuese en un lugar digno de tal hazaña. Corrí a través del patio abierto y entré en el templo de Atenea. Pero mientras lo hacía supe que aquel templo no me serviría de refugio. Desde el momento en que contemplé la primitiva y fea imagen de la diosa, aquel primer día en Troya, sentí su animosidad. Pero, de todos modos, corrí hacia allí.

Me agarré a la base de su estatua, balbuciendo súplicas. A sus pies, vi la cadena matrimonial de oro que le había ofrecido hacía mucho tiempo. Estaba perfectamente colocada, e incluso tenía flores frescas entrelazadas a su alrededor.

Detrás de mí, pesados, oí los pasos de Menelao. Hubo un sonido rasposo cuando sacó la espada de su vaina. Agaché la cabeza y me agarré a la madera de la estatua de Atenea. Me aproximaría a la muerte como uno de los animales sacrificiales, consagrándome yo misma. Pero lo único que podía ver era el rostro de Paris. Moriría por él. Y me alegraba de que fuera así. «¡Paris, ya voy!».

Pero unos dedos crueles se enredaron en mi pelo.

—Una muerte rápida es demasiado fácil para ti —dijo aquella voz—. Habla primero, antes de morir.

Me levantó y me puso de pie, arrancándome las manos del altar. Yo mantenía los ojos cerrados. Sólo quería ver el rostro de Paris.

—Abre los ojos, cobarde, adúltera, perra —dijo, y me metió un dedo en el rabillo de uno de los ojos y apretó. Quería dejarme ciega, sacarme el ojo, aunque fingía que sólo quería que mirase.

Abrí los ojos y vi su rostro lleno de odio.

—Ah, había imaginado este momento desde hace tantos años —susurró. Su aliento caliente me abrasaba el rostro—. Ahora ha llegado por fin. Veo tu cara de nuevo. Tengo poder sobre ti. Lo vas a pagar.

—Entonces, cobra ya —dije—. Y hazlo rápido.

—¿Te atreves a darme órdenes? Ah, tu descaro excede todo lo que había imaginado durante todos estos años. —Me agarró de nuevo el pelo—. Deberías suplicarme por tu vida. —Me obligó a ponerme de rodillas—. ¡Suplica! ¡Suplícame!

Mis rodillas tocaron el suelo de piedra del templo.

—Te suplico lo contrario. Te suplico que me mates.

Él se rio.

—Ya conozco ese truco. Pedir lo contrario. Es un truco muy viejo, señora. No te servirá. Morirás.

—Bien. —Esperé—. Golpea, pues.

Sus ojos se levantaron por encima de mi cabeza y vio la cadena de oro en el altar. La miró, incrédulo.

—¡Mi regalo de matrimonio! —barbotó—. La desdeñabas profundamente. Pero ¿por qué imaginar que ibas a tenerla en mayor estima que tus votos? —Furioso, echó atrás su espada, que quedó en el aire.

«Acaba de una vez. Deja que me una a todos aquellos que amo, que se fueron, que fueron arrancados de este mundo demasiado pronto. Mi madre... Troilo... Héctor..., y sobre todo, Paris... Ahora. Que ocurra ya. Que sea. Que la vida vuele y se dirija a las regiones oscuras. La transición es el peor terreno para atravesar, pero el viaje es breve. ¡Paris, ya voy!». Le tendí los brazos.

Sonó un jadeo y el ruido metálico de algo que golpeaba las losas. Vi la espada de Menelao que caía, rebotaba y resbalaba por el suelo. Al levantar los brazos, mi túnica se había abierto.

—Cómo has podido, cómo has podido, cómo te atreves a mostrarte, desvergonzada... —Menelao empezó a farfullar y me atrajo hacia él—. ¡Cúbrete!

El broche, su broche, que sujetaba los hombros de mi vestido, se había abierto al forcejear conmigo rudamente, y él me había visto los pechos. Empezó a sollozar.

—¡Basta! —le ordené—. ¡Mátame! ¡Ahora!

Pero lo único que hizo fue enterrar la cara entre las manos y llorar desconsoladamente.

—Mi esposa, mi amada...

¡Ah, aquello era una tortura! ¿No tendría un final honorable?

Bajé la vista y vi que la parte delantera de mi túnica estaba cubierta de sangre, que manaba del maldito broche.

—¡Dejad la matanza! —Le aparté las manos—. Mírame. Desconvoca la misión de tus compatriotas. Abandonad Troya. Dejadlos vivir. Y entonces..., volveré contigo y seré tu esposa de nuevo.

¿Era yo realmente la que pronunciaba aquellas palabras tremendas, impensables? Pero todo estaba perdido, y Paris se había ido. Si sacrificándome podía salvar a otros, ¿qué importaba?

—Es demasiado tarde —dijo él—. Ellos desean saciar su odio hacia Troya.

Ahora sabía por qué el broche escupía sangre: era una sangre que todavía estaba por derramarse. —Me diste esto—. Lo señalé.

—Cada gota que mana, la has causado tú, y lo sabes —dijo—. ¿No es adecuado?

—Son los griegos los que han causado el derramamiento de sangre —respondí.

—Tú yacerás de nuevo en mi lecho, cubierta de sangre o no. De buena gana me embadurnaré con ella, si puedo embadurnarme también de tu olor al mismo tiempo. —Me empujó hacia fuera, al aire libre, y luego me arrastró hacia el palacio—. Sangre y Helena están inextricablemente unidas.

LXX

Una vez de nuevo en el interior, se echó atrás al darse cuenta de que estaba en los dominios de Paris. Me atrajo hacia sí de un tirón y me hizo salir de la habitación, doblándome el brazo dolorosamente a la espalda. Y así dejé el dormitorio que había compartido con Paris para no volver a contemplarlo nunca más.

—Hay mucho que hacer en Troya —murmuró.

—¿Más muertes? —Yo temblaba al preguntarlo. El broche rezumaba y notaba el frío de aquella humedad contra mi piel.

—Tantas muertes como no se han visto jamás, porque Troya es mayor y más rica que ninguna otra ciudad.

Bajábamos los escalones. Menelao iba tropezando en la oscuridad poco familiar. Pero mantenía firme su presa en mi brazo, empujándome hacia abajo.

Todo estaba silencioso en las salas de abajo; la gente dormía en el estupor de la borrachera, con las guirnaldas todavía enroscadas en sus cuellos. Algunos ostentaban vagas sonrisas, otros estaban adormilados, con la boca abierta. Menelao me conducía entre ellos, pasando a su alrededor.

Los empujé con los pies, gritando:

—¡Despertad! ¡Despertad! ¡Troya ha sido traicionada!

—¡Tú...! —Menelao me hizo dar la vuelta hacia él y me abofeteó el rostro. La sangre cálida goteó de mi nariz—. Otro sonido y... —Eché atrás el puño.

Los durmientes ya se movían.

—¡Dad la voz! ¡Los griegos están en las calles! —grité, antes de que él me golpeara tan fuerte que caí al suelo de rodillas.

Pero estaba libre. Protegida por la masa de gente, me alejé a gatas, confundida entre sus brazos y sus piernas, mientras Menelao se volvía a un lado y otro, impotente, buscándome con la escasa luz. Di las gracias por una vez por la presencia de todos aquellos extraños. Las *xenia*, las leyes de la hospitalidad que Paris había ultrajado bajo el techo de Menelao, me habían salvado entonces. Nuestros huéspedes no invitados fueron mi salvación.

Se habían despertado ya y se pusieron en pie.

—¿Griegos? ¿Griegos aquí? —gritaban.

—Han salido del caballo —grité—. ¡Del vientre del caballo! A las puertas. ¡Guardad las puertas!

Al oír mi voz, Menelao lanzó un rugido y cargó hacia el lugar de donde procedía.

Pero de nuevo la oscuridad y la multitud me salvaron. Me arrojé hacia abajo y me dejé llevar con la marea humana hacia la calle, y salí del palacio con toda seguridad.

El caballo seguía erguido sobre el pavimento, con la trampilla que tenía en el vientre abierta y las cuerdas de escape colgando de ella. Ya estaba vacío, una vez entregada su carga mortal. Los griegos corrían por todas partes; sólo Menelao se había distraído al verme. Las calles estaban quietas y silenciosas como si yacieran bajo un hechizo. Corrí hacia las murallas y, mientras iba bajando, vi gente caída en los portales durmiendo la borrachera, murmurando llenos de placer por algún sueño nebuloso. Intenté despertar a todos los que pude, pero algunos todavía estaban demasiado borrachos y apenas podían moverse.

No debía de haber más de diez hombres en el caballo, y su tarea debía de consistir en escabullirse por las calles y abrir las puertas. Sus compañeros (que no se habían alejado en los barcos, sino que estaban escondidos en algún lugar cercano) entrarían entonces en tropel, con todas las fuerzas de su ejército.

Pero si las puertas resistían, los troyanos podían ocuparse de aquellos pocos griegos, acorralarlos en Troya, matarlos. ¡Las puertas debían seguir cerradas! Corrí bajando por las calles, con el frío aire de la noche abofeteándome el rostro que escocía en los lugares donde me había pegado Menelao.

Por encima de mí, se alzaba la puerta Escea, flanqueada por la Gran Torre. Estaba ominosamente oscura y tranquila. No vi centinelas de guardia. ¿También se habrían emborrachado hasta caer desmayados junto al caballo? Ah, pobre de Troya si lo habían hecho...

El enorme travesaño de madera estaba todavía en su lugar, descansando en su soporte. Pero no había nadie allí para protegerlo. ¡Ah, que hubiera alguien en la torre que estaba al lado! Pero mis golpes en la puerta hicieron eco tristemente y nadie la abrió.

La torre donde Héctor había rogado a Andrómaca que fuese valiente. Por primera vez agradecí que Héctor hubiese muerto, porque así no podía ver aquel vergonzoso momento, el momento en que sus compatriotas troyanos desertaban de sus puestos. ¿Qué importaba entonces que Héctor hubiese sido tan valiente, si se podía perder una ciudad con tal descuido?

—Helena.

Alguien salió de la oscuridad, pero no era un troyano. Un troyano me hubiese llamado «princesa Helena». Ése era un griego, que me llamaba rudamente por mi nombre. Otros griegos ya estaban allí también. No se habían entretenido, como Menelao.

Era Áyax, el desagradable y pequeño Áyax.

—No tienes por qué llamar. Ninguna llamada los despertará. Estaban sumidos en el estupor y nosotros hemos convertido en eterno su estupor. —Avanzó hacia mí con su pequeño rostro retorcido en un simulacro de sonrisa. Luego, de repente, se abalanzó sobre mí y me agarró—. Este premio es para Menelao —dijo, tan cerca de mí que pude oler su aliento—. Guardadla aquí —ordenó a los demás.

Un hombre joven y muy musculoso me puso las manos en los hombros.

—Con placer —dijo—. ¿Quién no custodiaría a Helena con el mayor placer? Áyax se rio.

—Puedes tomar placer de ella, ¿quién va a saberlo? No creerán nada de lo que diga. Menelao sabe que es una mentirosa.

El soldado me llevó a un lado. Oí el ruido que hacían los griegos detrás de mí, sus gruñidos cuando abrían el travesaño. La puerta empezó a crujir al abrirla.

Abierta. Abierta. ¡Troya estaba condenada! Chillé, pero el soldado me sacudió.

—Es demasiado tarde —dijo—. Ya no puedes detenerlo.

A diferencia de Menelao y Áyax, me respetaba de una forma cómica. Sus manos temblaban al sujetarme, y parecía dudar si empujarme o no.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Por qué iba a importarte? —replicó. ¡Ah! Se sentía halagado al ver que quería saberlo.

—Para poder recompensar tu amabilidad, si alguna vez tengo ocasión.

—No la tendrás nunca —dijo él con brusquedad—. Tu poder se ha eclipsado. Cae junto con Troya.

—Pero ¿y si no es así?

«Presiónale, Helena —me dije—. Presiónale. Podría convertirse en tu único amigo entre los griegos».

—Sí, es así —insistía él—. Cuando los idiotas de los troyanos metieron el caballo dentro de las murallas, tu poder desapareció.

—Eso tiene que decirlo Menelao.

—Menelao te odia —dijo él—. Quiere matarte. Nos lo ha dicho. Y cuando te entregue a él, así lo hará.

Me esforcé por reír. La risa era algo tan extraño en esos momentos que le sobresaltó.

—Ya he visto a Menelao. Y no me ha matado. —Volví la cara para que la débil luz la iluminase y se viera mi nariz—. Me ha pegado. Pero me llevará de nuevo con él. No me hará ningún daño. —Cogí aire con fuerza—. Quiere conservarme.

—Mi nombre es Leos —dijo finalmente.

—Muy bien, Leos. Te recordaré cuando vuelva a Esparta
«¡Volver a Esparta! ¡Que eso no llegue a pasar nunca!».

—Gracias, señora.

Qué joven era. Tan joven como Paris, como yo misma fui. Aquella inocencia y aquella emoción habían desaparecido para siempre, para mí. No me quedaba otra cosa que astucia, estrategia, perseverancia: los dones de la edad y de la desilusión.

Me dejó sin custodiar, me soltó junto a las murallas y me sonrió. Pensó que ya me habían golpeado y por tanto estaba segura. Desvió su atención hacia las puertas, que los invasores se esforzaban por abrir.

Contemplé, impotente, cómo se abrían de par en par. El exterior lo decía todo: el ejército griego al completo se apiñaba en la llanura y se dirigía hacia Troya.

Los invasores se volvían hacia sus camaradas, ansiosos por darles la bienvenida. Me escabullí, pegada al muro, y luego me dirigí hacia la ciudadela usando las calles exteriores, serpenteantes. Esperaba que el joven soldado (¿cómo se llamaba?), Leos, no fuese castigado por su negligencia. Pero era la guerra.

La ciudadela todavía estaba engañosamente tranquila, bajo un hechizo. Nada había ocurrido aún allí, aunque el caballo vacío se alzaba burlón por encima de nosotros. Pero abajo se oían los gritos y los chillidos a medida que los griegos entraban en Troya.

No había ni rastro de Menelao. Evidentemente, había corrido con sus hombres abajo, a las murallas, dejándome a mí. ¿Por qué no se despertaba nadie? ¿Qué brujería era aquélla? El vestíbulo de palacio estaba vacío y sin durmientes, pero ¿adónde habían ido todos?

Corrí hacia el palacio de Andrómaca y grité:

—¡Despertad! ¡Despertad! ¡Los griegos están en Troya!

Pero no oí nada.

Corrí por las calles, golpeando todas las puertas. Sacudí a los durmientes borrachos. Pero no sirvió de nada. Troya estaba aún dormida, decidida a que su última noche fuese normal y corriente; no comprendía que había llegado el fin.

El fin del mundo. El fin del mundo de Troya.

Evadne. Gelanor. Debía encontrarlos, salvarlos. Podíamos huir juntos. Evadne tenía una pequeña habitación en palacio, pero cuando la busqué allí vi que estaba vacía. La casa de Gelanor estaba bajando por la calle serpenteante, a mitad de camino. Llamé a la puerta, la abrí de par en par, pero él no estaba. ¿Adónde habrían ido todos?

Entonces empezó el clamor. No, clamor no..., era más que un clamor. Eran los

auténticos gritos de agonía de Troya. Lamentos y chillidos flotaban en la ciudadela. Los griegos estaban en la ciudad, junto a las puertas, asesinando a todos a su paso. Estaban sedientos de sangre. Durante muchos años habían soportado el exilio y la frustración. Ahora todo estallaba y explotaba mientras invadían Troya.

«Saqueador de ciudades», ése era el título honorífico de Aquiles. Pero como todos los títulos, no conseguía transmitir la profundidad y la esencia de su sentido. Los griegos saquearían Troya, sí, y Troya dejaría de existir. Eso significaba el saqueo. Las ruinas humeantes serían la última imagen, después de haber arrebatado todos los tesoros, violado a todas las mujeres, que luego serían vendidas como esclavas, asesinado a los hombres y pasado a cuchillo a los niños. Era el juicio final, el castigo final que borraba hasta el mismísimo nombre de la ciudad de la historia. ¿Y quién era ese juez que tenía el poder de decidir el destino de una gran ciudad como Troya? Ah, era mejor no preguntarlo. Porque el juez era imperfecto, sobornable, venal, corrupto. No era un verdadero juez, en absoluto. Requerimos mucho más de los jueces humanos que de los divinos.

Yo no tenía miedo. Lo peor ya me había ocurrido, y lo único que podía hacer en aquel momento era intentar aliviar, aunque fuese un poco nada más, el destino que esperaba a los troyanos..., ¿aún dormidos? Fui corriendo de puerta en puerta, llamando a todas, gritando. Finalmente, casi todos a la vez volvieron a la vida, abrieron las puertas y miraron asombrados a su alrededor, y oyeron el escándalo de abajo. Los soldados..., ¿dónde estaban los soldados? Busqué a Antímaco en sus cuarteles, a mitad de camino de la ciudad inferior. Cuanto más descendía, más intensos eran los gritos y más cercano el peligro, como el estruendo de las olas que rompen por debajo de una roca. Antímaco sacudía la cabeza, medio entumecido, y se tambaleaba intentando despejarse y salir del sueño. Me miró, murmurando:

—¿Te ha golpeado Deífobo?

—¡No, Menelao! Los griegos están aquí, han matado a Deífobo y están en la ciudad. ¿Dónde están tus hombres? —En el cuartel.

El cuartel se encontraba en la ciudad inferior. Estarían luchando ya o los habrían asesinado.

—¿Y los guardias? ¿Dónde están?

Él corrió a llamarlos, y se volvió a gritarme:

—¡Escóndete! ¡Encuentra un lugar seguro!

Me reí histéricamente. Toda la ciudad sería una caja de yesca..., ¿dónde se esconde uno en un horno? Sólo el pozo, con sus empinados escalones que descendían hasta el agua podía ofrecer cierto refugio, y si los edificios que había alrededor se

derrumbaban y tapaban su entrada, quedaría atrapada allí y moriría como una rata, de inanición. Me aparté de él y busqué a Antenor. No había esperanza para ninguno de nosotros, pero es mejor recibir a tu enemigo puesto en pie que dormido.

Él ya estaba levantado, armado, y su esposa, Teano, iba vestida para viajar.

—Laocoonte tenía razón, el caballo estaba lleno de maldad —dijo—. ¡Oh, Helena! —Meneó la cabeza cuando vio mi rostro magullado—. Debes huir con Teano —concluyó.

—Es imposible —repliqué—. Los guardias han desertado de sus puestos. Todas las puertas están cerradas, excepto la Escea, y he visto cuántos griegos eran necesarios para abrirla. Las mujeres no podríamos hacerlo.

Antenor dio un respingo.

—¿Lo has visto? ¿Has estado allí?

—¡Lo sabía! Ella les ha hecho señales. Ella...

—¡Calla, Teano! —La fulminó Antenor—. Hay algunos que siempre han sostenido que tú traicionarías a Troya por los griegos, pero nunca lo había creído.

—Hay algunos que dicen lo mismo de ti, porque te mostrabas conciliador con ellos y diste refugio a Menelao y a Odiseo en su malhadada embajada, aquí —respondí—. En mi caso no es cierto, y creo que en el tuyo tampoco. He visto lo que ocurría en la puerta porque Menelao ha venido a buscarme nada más salir del caballo y me ha capturado, pero he podido escapar y he corrido hacia la puerta. La ciudadela todavía está tranquila, pero la buscarán en cuanto puedan. No sé dónde está Príamo ni el resto de la familia real... Su palacio estaba silencioso, y no me he atrevido a quedarme y entrar dentro.

Antenor suspiró.

—Que tu diosa guardiana te proteja —dijo al fin—. No tenemos otra esperanza. Teano, reúne a las demás mujeres. Quizá si formáis un grupo os dejen en paz.

La orgullosa sacerdotisa resopló.

—¿Y ponérselo fácil, esperarlos todas juntas?

Dejé a la pareja discutiendo; ya no podía hacer nada más con ellos. No quería unirme a su grupo. Las calles estaban llenas de ruido y de gente que huía presa del pánico. Toda Troya se había despertado de golpe, encontrándose con el horror.

Vi a Eneas, que corría por la calle arriba hacia su casa.

—¡Eneas! ¡Eneas! —grité, pero él no me oyó.

Detrás de él, como una ola, venía una compañía de griegos chillando y dando mandobles y acuchillando a todos a su alrededor para despejar la calle. Los muertos caían pesadamente, y lejos de despejar la calle, sus cuerpos la bloqueaban. Los

griegos saltaban por encima de ellos, persiguiendo a los demás, a los que habían huido hacia la ciudadela. La fuerza de la multitud me arrojó contra una pared, casi aplastándome. Los que estábamos aprisionados en las orillas quedábamos a salvo de los soldados sedientos de sangre que buscaban los tesoros del palacio, arriba.

Gelanor. Estaba de nuevo junto a la casa de Gelanor, e intenté luchar abriéndome camino de nuevo hacia su puerta para ver si aquella vez podía encontrarle, pero no pude abrirme camino entre la multitud. Por el contrario, me vi arrastrada por ella, flotando en ella como una mota de polvo. No volví a ver a Menelao ni a ningún griego que conociese, sólo a docenas de soldados rasos.

Largo tiempo de hábitos de deferencia impedían a la multitud irrumpir en el palacio de Príamo y en la ciudadela superior; ni siquiera el pánico y el tumulto podían aflojar la garra de acero de la costumbre. Algunos de ellos corrieron hacia el caballo, donde antes habían retozado desperdiciando sus vidas; otros corrían hacia el templo de Atenea, esperando que les sirviera de refugio. Las verdes guirnaldas colgadas recientemente en el templo para celebrar la victoria troyana sobre los griegos les dieron la bienvenida.

Y entonces, de repente, los griegos cayeron sobre ellos. Entre chillidos y gritos de guerra se abatieron sobre la multitud, la multitud huyó hacia el templo. Corrí con ellos, aunque Menelao me había acorralado allí precisamente. La diosa no dio protección a ninguno de ellos, lo único que hizo el templo fue atraparlos mejor para que resultase más fácil matarlos. Entre aquellos muros donde habían resonado himnos de alabanza ahora se oían chillidos, golpes y estrépito de metal.

Los soldados se encargaron de la gente confusa y aterrorizada, y su sacrificio a Atenea cubrió todo el suelo de su templo. Como yo estaba aprisionada en un rincón, detrás de una pantalla, no me vieron, pero conseguí atisbar entre los agujeros de la pantalla de madera y ver aquel horror. Cuando todo se quedó extrañamente silencioso, excepto las risas y las bravatas de los soldados, el altar quedó despejado y vi a Casandra, que se agarraba a la base de la estatua, llorando y temblando.

—¡No, no! —gritaba ella, mientras un hombre la arrancaba de allí, llevándose a la sagrada Palas Atenea con ella.

La princesa y la estatua cayeron pesadamente al suelo; la sagrada estatua rodó a unos metros de distancia y el hombre le dio una patada y se arrojó sobre Casandra, le desgarró las ropas y la violó mientras ella pedía ayuda a gritos. Pero él no se detuvo; acabó su trabajo mientras sus compañeros soldados vigilaban, luego se levantó y, cogiéndola por la cintura, la arrastró, la sacó del altar y la llevó hacia la puerta del templo. Mientras pasaba, vi su rostro. Era el pequeño Áyax, que se reía como un loco.

Ahora chillando, también salí de mi escondite y fui tras ellos. Por el rabillo del ojo vi que la ultrajada Palas Atenea yacía abandonada en el suelo. Tenía que haberla enderezado, pero lo que hice fue correr hacia el palacio de Príamo.

LXXI

El patio exterior era ya una masa oscilante de gente, sombras oscuras que saltaban arriba y abajo, fantasmalmente iluminadas por las antorchas que llevaban los griegos, una visión grotesca de una festividad nocturna. En lugar de flautas y cánticos se oían gritos y lamentos; en lugar de vino, corrían los chorros de sangre roja; en lugar de acróbatas, la gente se retorció, desesperada, intentando escapar.

Los perros corrían entre la multitud, aullando y mordiendo, y los caballos, escapados de sus establos, iban trotando, pisando a los muertos con sus cascos y aplastando a los vivos. Me pareció oír estruendos resonantes cuando los dioses se enfrentaban, Poseidón rugiendo, las olas que se estrellaban contra la base de Troya, Zeus que enviaba su mortal relámpago. Pero no era nada más que el sonido de la angustia humana.

¡El palacio de Príamo! Envuelto en un mar de gente, sus guardias protegían valientemente las puertas contra los que las golpeaban, intentando abrirse camino a la fuerza, como si su rey pudiese salvarlos. Los griegos los persiguieron y los atravesaron con lanzas y espadas. Arriba, en el tejado, los guardias soltaban las tejas y las arrojaban hacia sus asaltantes; hicieron caer a algunos, pero la mayoría de los griegos se rieron ante aquellos proyectiles tan poco eficaces.

Detrás de mí, oí chillidos cuando los troyanos se volvían hacia los griegos junto al templo. Vi, apenas, porque estaba muy oscuro y me encontraba al otro lado del patio, a algunos griegos que intentaban trepar de nuevo al interior del caballo. Incapaces de subir por las cuerdas con la suficiente rapidez, fueron asesinados por los troyanos y cayeron pesadamente en la base del caballo.

Entonces, los soldados se arrojaron contra la puerta del palacio; los guardias habían quedado derrotados. La puerta se tensó, y aunque la madera se curvó un poco, resistió. Luego, un soldado griego se colocó delante de los demás y los detuvo.

—¡Parad! —gritó. Su voz se rompió..., en realidad, parecía que apenas había alcanzado el timbre de un adulto—. ¡Yo abriré esta puerta!

Se volvió y levantó los brazos, y los soldados obedecieron.

En el tumulto, me sentí asombrada de ver que alguien pudiera ver algo u obedecer. Era un hombre alto y esbelto. Confirmé mi impresión de que era de una extrema juventud. Llevaba un casco que le oscurecía el semblante, pero su cuello era delgado y su torso largo, con las piernas y los brazos casi desgarrados. Llevaba un escudo gigantesco, labrado intrincadamente y con gran arte. Los grabados captaban la escasa

luz y revelaban su fina manufactura. Aquél era el escudo de alguien que confiaba que nunca sería capturado, ¿quién si no llevaría un objeto tan valioso a la batalla?

Aquiles. El escudo de Aquiles. De repente, supe a quién pertenecía. Aquél era Neoptólemo, su hijo. El adolescente. La última de las profecías para la caída de Troya se había cumplido ya.

—¡Aparta, viejo! —estaba chillando.

«¿Qué edad tienes, niño? —le pregunté, silenciosa—. ¿Quince años quizá? No pueden ser más».

El chico cogió algunas antorchas encendidas de los soldados y las lanzó hacia el tejado, y acertó a varios defensores, que cayeron de sus sitios.

—¡Golpead de nuevo! —dijo, dirigiéndose hacia sus soldados.

Ellos, obedientemente, corrieron de nuevo a la puerta, que esta vez crujió y se astilló.

—¡Dejadme, dejadme! —Neoptólemo saltó hacia la puerta y soltó sus bisagras, aunque el auténtico trabajo lo habían hecho otros—. ¡Yo lo conseguiré! —chilló—. ¡Seguid aquí! —ordenó a los hombres—. Entraré solo. ¡La gloria será mía!

Debía de tener una guardia muy leal, porque impidieron entrar a los otros griegos mientras él entraba. Parecía preocupado solamente de que ningún otro guerrero pudiera robarle su gloria; la multitud aterrorizada, inconsciente, y yo con ellos, corrió adentro, sin obstáculos.

Lo primero que me sorprendió fue lo tranquilo que estaba el patio interior. Las hileras de árboles y las flores en sus macetas estaban colocadas ordenadamente, proclamando aún que la vida era pacífica. Las puertas de los apartamentos pertenecientes a los hijos e hijas de Príamo estaban cerradas; todavía se hallaban intactas, con su latón y sus ornamentos pulidos, que reflejaban las antorchas de aquellos que venían a destruirlos.

Me aparté de la multitud y corrí ante todos ellos. Casi alcanzo a Neoptólemo, pero no quería que él me viera y me cogiera. De modo que le seguí sigilosamente, escondiéndome en las sombras.

Al final del patio, en el altar del Zeus de los tres ojos, vi gente reunida. Me agaché detrás de una de las macetas y atisbé entre las ramas para ver quiénes eran. Detrás de mí oía el estruendo de la gente que empujaba hacia delante.

Hécuba. Estaba de pie ante el altar, abrazada a sus hijas, que se acurrucaban a ambos lados de ella. Allí estaban Polixena, Laódice e Ilona. Los ojos negros de Hécuba recorrieron el patio en busca de adversarios, preparándose para enfrentarse a ellos.

Neoptólemo dio un salto hacia delante y aterrizó casi a sus pies. Se quitó el casco y las miró.

—Tú debes de ser Hécuba —dijo, acercando su rostro al de ella—. Y tú, ¿quién puedes ser tú? —preguntó, y rápido como la lengua de un lagarto, sacó la espada y la apoyó en la garganta de Polixena.

—Polixena —gritó ella.

—A mi padre le gustabas —dijo él—. Quizá todavía pueda tenerte. —Su voz aguda de jovencuelo helaba la sangre, con su ignorancia y su falta de remordimientos—. ¿Y vosotras? —dijo a las demás.

Temblando, ellas le dijeron sus nombres.

Justo entonces, llegó corriendo Príamo, plenamente armado. Había estado trasteando en las sombras, atándose las correas del peto y la espada, y ahora lanzó una estocada a Neoptólemo, aunque falló.

—¡Viejo! —Neoptólemo parecía encantado—. ¡Así que me atacas! ¡Tú debes de ser el rey Príamo! ¡Qué estupidez pensar que puedes oponerte a mí!

—Eres un niño cruel y estúpido —intervino Príamo—. Un reflejo pobre y vacilante de tu padre. Yo le conocí, hablamos de hombre a hombre. Él habría respetado a los viejos y a los débiles. Mira en tu corazón para verle. Sé digno de él —dijo, y rodeó a Neoptólemo.

El joven lanzó una fea risotada y se volvió, manteniendo a Príamo siempre a la vista.

—Mi padre tenía un rasgo esencial: ganar, cubrirse de gloria, vencer a sus enemigos.

Príamo se detuvo, se enfrentó a él.

—No hay gloria alguna en vencer a enemigos ancianos o indefensos.

—Un enemigo es un enemigo. Muchas serpientes venenosas son pequeñas y aparentemente inofensivas.

—Los hombres no son serpientes.

—¿Ah, no? Los hombres son peores. Una serpiente sólo mata cuando se siente atacada, cuando alguien se interpone en su camino o irrumpe en su madriguera..., pero los hombres...

Príamo, entonces, se alzó con toda su estatura y, por un instante, se convirtió en aquel Príamo que vi por primera vez.

—¿Y no estás haciendo tú eso mismo? ¿No debo defenderme yo como haría una serpiente venenosa? Sin embargo, eso no significa que sea peligroso y deba ser destruido. Ten misericordia de mi nido, de mi esposa y de mis hijos.

Neoptólemo se echó a reír.

—Suplica a tus dioses y despídete.

En ese preciso momento, uno de los hijos de Príamo salió del lugar donde había estado escondido, agazapado.

—¡Muere, griego! —gritó. Su voz era más aguda aún que la de Neoptólemo.

Era Polites, el hijo más joven de Príamo después de Polidoro. Neoptólemo giró en redondo y le atravesó con una espada: un niño matando a otro. Polites cayó al suelo sin vida; Príamo resbaló en su sangre al precipitarse a atacar a Neoptólemo con las manos desnudas. Un ululante grito de guerra resonó en su vieja garganta. Agarrándolo, Príamo cerró su presa sobre la garganta del joven, y lo siguió sujetando mientras éste caía hacia atrás. Por un instante, ambos rodaron y forcejearon, la cara de Príamo contorsionada por el esfuerzo de apretar tan fuerte.

Pero, entonces, Neoptólemo se alzó como una fuerza inexorable, arrastrando a Príamo con él. Con un brazo sujetó a Príamo y con el otro levantó la espada.

—¡Adiós, viejo! —dijo, con fingido afecto, mientras abatía su espada y cortaba la cabeza de Príamo.

La cabeza voló y se alejó rodando, mientras el cuerpo se derrumbaba junto al altar de Zeus y la sangre brotaba a borbotones. La cabeza acabó quieta y mirando hacia arriba, con los ojos llenos de horror, contemplando los regueros de su propia sangre que manchaban el monumento.

Hécuba corrió hacia Neoptólemo e intentó arrancarle los ojos, pero era todavía más débil que Príamo. Él la apartó con facilidad, de modo que se dio un golpe en la cabeza en la base del altar y quedó allí echada junto a su marido. Polixena cayó de rodillas y abrazó a su madre y a su padre. Neoptólemo se inclinó y la levantó agarrándola por el pelo y tirando hacia atrás.

—¿Cuál eras tú? —susurró—. El viejo Príamo tenía tantos hijos e hijas, ¿les ponía nombre o qué? Bueno, ¿y qué más da? ¿Para qué sirve tener cincuenta hijos y doce hijas? Ninguno será recordado en todos los tiempos con la misma fama del hijo de Peleo, mi padre. ¡O la mía, la del único hijo de mi padre!

—¡Patético fanfarrón! —gritó Polixena—. Nadie recordará tu nombre. Nadie puede pronunciarlo siquiera. Hasta el mío resonará mucho más tiempo y con más fuerza que el tuyo.

Sonriendo como una calavera, Neoptólemo la agarró por los brazos.

—¡Ah, sí, ya me ocuparé yo de eso! —Hizo señas a uno de sus hombres de que se la llevara—. ¡A los barcos! —ordenó.

El cuerpo de Polites yacía en un charco de sangre. Príamo estaba caído en el

suelo, con la sangre aún brotando de su cuello; llegaba a la de su hijo como si fueran dedos, y ambas se tocaron y se mezclaron, y se convirtieron en una sola.

Yo no me atrevía a moverme. No podía hacer nada para ayudar a Hécuba y a sus hijas hasta que Neoptólemo las dejase. Si me veía, me capturaría y me enviaría también a los barcos. Las hojas del arbusto que me ocultaban temblaron. De no haber sido por la oscuridad, y si Neoptólemo hubiese sido más cuidadoso, me habría visto. Pero tal y como estaban las cosas, me agaché y recé para que se fuera.

En aquel extraño momento, noté un roce en el hombro, un toque en el pelo. «¡Me han visto! ¡Me han descubierto!», pensé, aterrorizada. Pero el toque era muy suave. Levanté la vista y vi una forma en las sombras. No podía estar segura de lo que veía, y al levantar la mano, sólo encontré el aire. Pero el contacto había sido real.

«Hija mía». La voz susurraba en mi oído, aunque el patio estaba lleno de gritos. De algún modo la oía por encima, o por debajo, de los espantosos sonidos que me rodeaban.

«Sí —dije en mi mente—. Estoy aquí. Tu sierva está aquí».

«No eres mi sierva, sino mi hija».

¿Mi padre? ¿Zeus?

Una suave risa.

«Sólo eres mi hija en cierto sentido. Yo te adopté. Eneas es el hijo de mi cuerpo, pero tú eres la hija de mi esencia, mi ser».

—¿Afrodita? —susurré.

«Sí. Estoy aquí para garantizar su seguridad. Ya he conducido a Eneas para que dejase Troya, y ahora te guiaré a ti. Deja este lugar de muerte, encuentra tu camino hacia los barcos. Vosotros dos seréis los únicos en sobrevivir a la caída de Troya sin daño alguno. ¡Os lo prometo!».

No pensaba irme con los griegos, y lo dije de nuevo en mi mente. ¡No iría a los barcos!

«Querida hija, dentro de un breve tiempo toda Troya se derrumbará, arderá y caerá. Si esperas vivir, tienes que salir de entre estos muros. Si decides morir, sea. Los mortales siempre tienen esa elección. A veces la buscan. No lo comprendo, pero eres libre de hacerlo».

Hécuba murmuraba, rodando a un lado y a otro e incorporándose sobre los codos en el charco de sangre. La ódice se levantó y agarró a su madre, y la apretó contra sí. Volvió la cabeza de su madre para que no viese lo que yacía a su lado, y le cubrió los ojos.

Los guerreros llegaron en tromba; las órdenes de Neoptólemo habían conseguido

retenerlos sólo un breve tiempo. Cayeron sobre todo lo que había a la vista, atacando las plantas de las macetas y los bancos como si fuesen soldados enemigos. Hécuba, el altar y sus hijas se desvanecieron ante la masa de gente.

Me alejé a gatas, todavía protegida por las plantas. Vi que algunas ardían, unas urnas volcadas, y supe que el precioso jardín de Andrómaca había desaparecido. Pero su corazón debía de haberlo abandonado por temas mucho más serios hacía mucho tiempo.

Cuando llegué al patio exterior, éste ya estaba lleno de artículos saqueados: mesas de tres patas vueltas del revés, calderos de bronce, baúles de madera, tableros de juego de marfil, cabeceros de cama. Fui medio a rastras, medio agazapada entre las pilas del botín, y salí del palacio. Jadeando, me incorporé en las puertas y vi la conflagración ante mí.

La ciudadela entera ardía. El palacio de Héctor estaba en llamas, como el mío y como el templo de Atenea. Hasta el caballo ardía. Las llamas lamían ya sus recias patas y crujían en torno a su vientre..., el vientre que había arrojado la muerte a Troya.

Corrí por la calle que conducía abajo, a la ciudad. Esas casas todavía estaban intactas, pero la calle estaba repleta de gente que chillaba.

—¡Por aquí, por aquí! —gritaba un hombre, intentando dirigir a la multitud—. ¡Guardad orden! —Sus ojos estaban cegados, incapaces de ver lo que estaba ocurriendo en realidad.

Una mujer bien vestida salió de su casa ajustándose el velo.

—¿Qué es toda esta confusión? —preguntó, sorprendida—. Buena gente, volved a la cama. —Se volvió y dijo—: No deberíais perder el sueño. No es bueno estar despiertos cuando el cielo está oscuro. —Suavemente se volvió y entró de nuevo—. Bueno, lo he intentado —dijo. Sus ojos estaban fijos, perplejos. Una risa chillona la siguió, flotando en el aire.

Casi me tiran al suelo mientras iba corriendo por la calle. Oí un chillido cuando alguien saltó desde el tejado del templo y cayó en un pozo de llamas. Atenea no lo había salvado. ¿Por qué iba a creer yo que Afrodita podía salvarme a mí?

Más gente saltaba desde las murallas y se desvanecía en la oscuridad y en las llamas. Un troyano bajaba por la calle, empujando a los demás con su escudo, pero ya estaba muerto, completamente ajeno a lo que estaba ocurriendo y a lo que le rodeaba. Ningún sonido o grito captaba su atención. Iba avanzando paso a paso, como una estatua.

Miré hacia atrás y vi a tres personas que saltaban directamente hacia las llamas

desde una de las torres, cantando y cogiéndose de las manos. ¿Eran una familia o unos amigos de última hora? Los cánticos se detuvieron y fueron reemplazados por gritos cuando llegaron al fuego, que se alzó brevemente mientras los engullía. Luego cayó formando una bola.

—Por aquí, por aquí. —Dos hombres dirigían a la gente hacia la ciudad inferior—. Salid por la puerta y corred hacia el monte Ida. —Se inclinaron ante mí—. Buenas noches, señora —dijeron, sonriendo.

—¡Huid! —grité—. ¡Abandonad esto!

—Alguien debe dirigirlo —dijo uno de ellos—. Es importante.

—Pero ¡moriréis! —grité.

—Todos moriremos —replicó—. Sólo es cuestión de cómo y de con cuánto honor.

—Los griegos no os concederán honor alguno —dije, pasando a su lado.

—No son ellos quienes tienen que concederlo. Debemos garantizarlo nosotros mismos. —Volvió la cabeza—. Por aquí, por aquí —continuó dirigiendo a los que iban detrás de mí.

Así el honor y la civilización de Troya resplandecieron valientemente en aquellos últimos momentos antes de quedar extinguidos para siempre.

Más abajo, en la ciudad, en las casas que no ardían aún, la gente corría llena de terror. Algunos estaban en los tejados y tiraban tejas. Otros resistían por última vez, luchando irracionalmente contra los soldados griegos y contra todo el que se interpusiera en su camino. Algunos usaban objetos como armas, y salían de sus casas arrojando muebles, vasos, maderas, con los que golpear a sus enemigos. Los griegos paraban los golpes con facilidad, los apartaban y los mataban, dando mandobles como locos, cortando miembros y cabezas, todo lo que se ponía a su alcance. Los heridos se alejaban a rastras y acababan pisoteados, y los que habían perdido la cabeza yacían sangrando en medio de la calle, dejando las piedras pegajosas.

Las llamas se alzaban muy altas en la ciudadela. Desde una gran distancia, por encima de las murallas, veía el fuego reflejado en el estrecho, el agua teñida con el color del ocaso. Luego empezaron las llamas también en la parte central de la ciudad, y la gente salió dando tumbos de sus casas, atragantados por el polvo mezclado con el humo, y eran asesinados nada más salir. Los edificios, mucho más pequeños y débiles que los de piedra de la cima, empezaron a caer casi de inmediato: los gritos procedentes de su interior relataban lo que les estaba ocurriendo a los que se escondían allí. Las llamas rojas y vacilantes bañaban los muros de ladrillo de aquellas casas modestas con un tono sangriento, como si resplandecieran desde el interior.

¡Debía abandonar la ciudad, huir! Pero me estaban empujando y golpeando por

todas partes, me arrastraba la multitud que se arrojaba contra los muros y las casas como las poderosas olas de Poseidón. El estruendo era ensordecedor. Pensamos en el fuego como algo tranquilo, pero, en realidad, crea un tremendo sonido rugiente, como un dragón marino, y los gemidos de los edificios que se derrumban ahogan hasta los gritos de los heridos.

Abajo, abajo, hacia la parte inferior de la ciudad interna. Me vi arrastrada junto a un edificio al que parecía que nada le había ocurrido. Su puerta exterior estaba bien cerrada, y no había marca alguna en ella. De pronto se abrió y salió por ella una mujer elegantemente vestida, sujetándose el manto delicadamente para no mancharse con la suciedad de la calle. Miró a un lado y a otro, arrugando la nariz. Luego se sumergió entre la multitud y desapareció. Estaba claro que se encontraba completamente conmocionada.

¿Tendría a sus hijos dentro? ¿Los habría abandonado? Atisé un momento el oscuro interior, pero no pude ver nada. Me arranqué con esfuerzo de la prisión de los cuerpos que me rodeaban y me llevaban consigo como un trozo de madera flotante e inútil, y entré en la casa. Aterricé de rodillas en el patio delantero, pero no vi nada. Sin embargo, olía el humo. Había fuego en la parte de atrás; la casa no quedaría intacta, después de todo.

—¿Hay alguien ahí? —llamé, en dialecto troyano, lo mejor que pude—. ¡Estoy aquí para ayudar! —Si había niños dentro, quizás estuviesen escondidos debajo de una mesa o agazapados bajo la cama, pensando que así podían protegerse del fuego o de los soldados—. Debéis decírmelo. ¡No es seguro quedaros donde estáis!

Ya estaba de pie, tambaleándome ciegamente por el mégaron y sintiendo el calor del fuego fuera, en las paredes. Todo estaba oscuro en el interior.

—¿Estáis ahí? ¡Por favor, vengo a ayudar a vuestra madre!

Entonces oí un débil sonido. Luego se detuvo. Podían ser ratas o un perro.

—¡Niños! —grité—. ¡Por favor, llamadme en voz alta! ¡Ayudadme a encontraros!

De nuevo, un ligero ruido. Pero podía ser cualquier cosa, el mismo fuego. Justo entonces cayó parte del tejado, y una masa de ladrillos se desplomó delante de mí, y casi me alcanzó. El polvo se elevó en una nube espesa. Las llamas resonaron con fuerza, felices de encontrar por fin una vía fácil para coger aire.

Durante un momento hubo luz, una luz espantosa, que venía del fuego. Pero vi un cuerpo caído junto a una mesa, con las piernas extendidas, las suelas de los zapatos vueltas hacia arriba. Era un hombre. ¿El marido de aquella mujer? Todavía tenía cogido un cuenco de vino, pero su superficie estaba empañada con polvo, e hilillos de sangre corrían hacia él, y se mezclaban con la bebida. ¿Estaría recibiendo a algunos

amigos cuando el horror de un derrumbamiento temprano cayó sobre ellos? En las sombras vi otros cuerpos.

—Si hubiera sido veneno —susurré—, habría resultado más misericordioso.

Unas vigas carbonizadas atravesaban los cuerpos en el lugar donde el tejado se había derrumbado. Así que la mujer había sobrevivido y había acabado saliendo como sonámbula a las calles. Pero ¿habría niños?

—¿Estáis ahí? —volví a llamar; rodeé la habitación derruida y penetré más allá, en la casa. No me atreví a ir más lejos, porque toda la estructura era peligrosa.

Una vocecilla muy débil llegó hasta mí, luego unos ruidos, y dos niños pequeños salieron a gatas en la oscuridad.

—¡Madre, madre! —gemían. No sabía si eran niños o niñas, tan acurrucados y sucios estaban. Se agarraron a mis piernas.

—Está fuera —dije—. Fuera. —Los abracé a los dos y los llevé hacia la entrada—. ¿Hay alguien más escondido?

—No —dijo uno de ellos, que empezó a sollozar.

Les hice correr hacia la puerta; sin embargo, de repente, un enorme rugido sacudió el edificio: las paredes temblaron y cayeron hacia dentro. Los niños fueron arrancados de mis manos, quedaron perdidos entre los escombros. Tenía las manos sujetas bajo montones de piedras, estaba atrapada. Los niños estaban en algún lugar por allí, pero no los veía ni los oía.

No pensé en mí misma, que también estaba atrapada pero que podía respirar y ver. Por el contrario, grité y los llamé. Luego noté una mano en mi hombro.

¿Afrodita? Ella decía que yo sobreviviría a la caída de Troya. ¿Estaba allí para protegerme? Me volví y vi el rostro de Menelao.

¡Menelao! ¡Le temía más aún que al fuego!

—¡Aquí estás! —gritó—. ¡Ya te tengo! —Se alzaba ante mí, deleitándose con mi captura—. Te he visto entrar aquí. Y he pensado que te había perdido. —Tiró de mis brazos—. Estás bien metida ahí, ya lo veo. —Miró hacia el tejado—. Y también veo que está a punto de caer. —Se arrodilló y empezó a excavar en los escombros que me aprisionaban. Luego se detuvo y se incorporó—. Podrías haber muerto aquí como una perra, si no te hubiera seguido —dijo.

—Los niños ya han muerto —le contesté.

Deseaba haber muerto yo en su lugar. No podía creer que Menelao estuviese allí..., una aparición espantosa. No podía pensar en otra cosa que en aquellos dos niños, que habían estado tan cerca de escapar y luego habían muerto. Y yo también..., tan cerca y ahora de nuevo atrapada en sus garras.

—Es mejor así —dijo, con brusquedad—. Una vida de esclavitud no es vida, y a eso era a lo que se enfrentaban.

Y era también a lo que me enfrentaba yo.

Gruñó al sacar mis brazos y mis manos.

—¡Debemos huir!

Tiró de mí y ambos salimos de la casa, que acabó por derrumbarse entre una nube de humo y llamas, madera y ladrillos.

Fuera, reinaba el pánico. Él me agarró y me empujó ante sí, llevándome por la calle estrecha.

—Esta vez vamos fuera, lejos de las murallas, a los barcos —dijo; agitaba el brazo arriba y abajo, con muecas de dolor, y vi que la sangre manaba de él. Al sacarme se había herido.

LXXII

Mientras había estado en el interior de la casa, la conflagración había engullido las casas vecinas, lo que había convertido los edificios en piras funerarias que ardían a centenares. El inconfundible olor de carne humana, familiar por los funerales, ahora llenaba el aire. La gente, por tanto, yacía en sus lechos, borracha de vino, y se despertó en un sarcófago de fuego. Pero, desde luego, no creo que permanecieran serenamente tendidos como los cadáveres en sus piras.

—¡Más rápido, más rápido! —decía Menelao, que me empujaba con la ancha mano apoyada en mi espalda, y su brazo detrás, como el hierro. Todavía movía el otro, y unas gotas de sangre salían de él. En el mar de sangre que nos rodeaba desaparecieron con rapidez.

Como un río desbordado, la gente corría desesperada hacia las puertas, chillando y gimiendo. Un hombre permanecía como una roca en medio de todos ellos, mirando añorante hacia la colina e intentando ir en dirección contraria. Pasamos a su lado; le oí salmodiar: «Tengo que volver, tengo que volver, me he olvidado de cerrar la puerta de la despensa». Y enseguida nos arrastraron y nos alejamos de él.

El suelo se hacía más llano, y de pronto nos vimos apretujados en el estrecho paso que quedaba justo antes de las puertas, y luego rápidamente salimos al exterior. Una espada silbó junto a mi cabeza, y Menelao chilló: «¡Tú, idiota!», y golpeó a un soldado que estaba de pie junto a la puerta para matar a la gente que iba saliendo.

—Ah, lo siento, majestad —dijo—. No veía quién era.

—¡Idiota! —exclamó de nuevo Menelao.

—Pero en la oscuridad todos parecen iguales —protestó el soldado—. ¿Cómo vamos a saber quién es griego y quién es troyano?

—¡Tendrías que conocer a tu propio comandante! —aulló Menelao—. ¡Y ahora vuelve a matar más gente!

Obediente, el hombre volvió a su tarea, atacando a la gente indefensa a medida que salían a trompicones por las puertas; otro soldado, en el otro lado, se aseguraba de que no escapase nadie. A medida que el terreno se llenaba de cadáveres, éstos eran arrastrados afuera para que el flujo de los fugitivos no se viera entorpecido. Y así también ellos serían arrastrados afuera, una vez muertos.

—¡Por aquí! —Menelao señaló con su espada un camino iluminado por antorchas parpadeantes.

En las sombras veía unos bultos y sabía que eran cadáveres. Detrás de mí, un

rugido llenó el aire; me volví y vi Troya como una columna de llamas rodeada por su collar de murallas..., de un rojo intenso, con un círculo negro en torno. Las llamas cantaban y lanzaban sus lamentos al aire.

—Sigue andando. —Menelao me sacudía.

—Vuélvete y mira —le dije—. Al menos contempla lo que has hecho.

Gruñendo, él se volvió. Incluso quedó silencioso, sobrecogido por los crujidos de las llamas y la ciudad moribunda.

La parte delantera de mi vestido estaba empapada de sangre que se me pegaba a la piel. Con dedos temblorosos, me solté el broche, su fuente, y se lo tendí a Menelao.

—Queda mucho por pasar todavía, y no puedo ir bañada en sangre. —Si el broche debía llorar lágrimas de sangre por cada troyano, el campo quedaría inundado.

Él le dio vueltas en sus manos, como si no lo reconociera.

—¿Y por qué no? Tú eres la causa de toda la sangre.

Su atención estaba puesta en el broche. Me volví para huir, pero sacó un brazo y su mano se cerró sobre mí como las garras de un ave rapaz.

—No, nunca más, señora —dijo—. Nunca escaparás ni huirás de mí de nuevo —sentenció, y arrojó el broche a la oscuridad—. Sólo servía para ayudarte a calcular el coste de tu amor. Ahora, mira tú, mira lo que le has costado a Troya. Su vida. Venga, sigue —dijo, y me empujó hacia delante.

Parecía que faltaba un largo camino hasta la costa donde estaban fondeados los buques. Siempre detrás de mí, oía las convulsiones de la ciudad en sus estertores de muerte. Las llamas iluminaban la llanura con resplandores pulsátiles. Gradualmente, el olor del mar nos fue envolviendo y se sobrepuso al olor del fuego, y pude oír voces y ver a personas que se movían junto a unas sombras altas y oscuras.

Menelao hizo un gesto a alguien y aulló:

—Átala y ponla con los demás. Y ten cuidado, usa una cuerda fuerte y un buen nudo. O mejor, ponle una cadena. —Me sonrió con una mueca horrible en los labios—. Como a todas las serpientes, se le da muy bien escabullirse.

Estaba encadenada a un poste como un animal salvaje, con grilletes en las muñecas y con los pies atados. Cuando llegó la aurora, vi que había otros en la playa, a un lado y otro, encadenados como yo. También había una empalizada que rodeaba a otros prisioneros, presumiblemente más dóciles. Aunque la luz era débil, pude ver que no había hombres tras ella. De modo que no se le permitiría vivir a ningún troyano; aquellos que no pudiesen directamente entre las llamas, serían asesinados.

A medida que la luz del día iba en aumento, el pleno horror de lo que me rodeaba me fue revelado gradualmente. Los campos estaban cubiertos con tantos cadáveres

que parecía imposible que Troya hubiese podido contener a tantos seres vivos. Por lo que podía ver, los reveladores bultos oscuros yacían inmóviles. Cada manchita, cada montículo, era alguien que ayer estaba vivo, antes de que aquel caballo fuese conducido a Troya. Nunca los campos habían dado una cosecha más abundante ni más rica.

La costa empezó a llenarse de gente cuando los hombres volvieron de Troya, arrastrando el botín tras ellos. Venían cantando y riendo, felices. A medida que se iban reuniendo, de uno en uno y en grupos, arrojaban sus tesoros a una pila que crecía según iba mirando yo. Espadas, lanzas, armaduras, pedestales, cortinas, liras, mesas con incrustaciones, cerámica, cajas decoradas, piezas de tela, tableros de juego, jarras, cucharones, espejos de bronce, pipas, medicinas y ungüentos creaban una montaña con los restos de Troya. Cada objeto parecía gritar buscando a su propietario, la persona que había tocado sus cuerdas, que había contemplado su rostro en su reflejo. ¿Estaría mi telar allí? El centro todavía no estaba terminado. Ahora probablemente estaría quemado y carbonizado, con el centro completo por fin, el final de la historia relatado por sus hilos ennegrecidos.

¿Estaría allí también la armadura de Héctor? No, algo tan famoso sería como el oro o las joyas, y lo reclamaría Agamenón. ¿La armadura de Paris, su casco? En los juegos funerarios, un troyano los había reclamado; ahora, si no estaban fundidos, probablemente se hallarían enterrados en la pila del botín.

Vi grupos de hombres que se balanceaban junto a otro gran montículo, colocando ofrendas en él. Éste debía de ser el túmulo de Aquiles, el lugar donde él y Patroclo estaban enterrados. Ahora sus compatriotas victoriosos les estaban contando la caída de Troya, intentando compartirla con ellos dejándoles prendas del saqueo.

La niebla y la luz azul del amanecer habían desaparecido, reemplazadas por el sol y por una fresca brisa. Las aguas del Helesponto centelleaban, limpias y sonrientes, dirigiéndose hacia alta mar. Nada flotaba sobre ellas. Los muertos estaban encallados en tierra firme, yaciendo como mojones hasta donde alcanzaba la vista. Entre ellos se encontraban los cadáveres de caballos, los famosos caballos de Troya. Los griegos, sabiendo que no los transportarían, los habían matado también, con lo que habían destruido las riquezas de Troya de ese modo. Habían talado los árboles frutales, como si los árboles fueran sus enemigos. No debía quedar nada de valor en Troya.

Yo me debatía en mis cadenas. Ni siquiera me podía proteger los ojos; el sol me deslumbraba. Los hombres empezaban a pasar ante mí y miraban, murmuraban y me señalaban.

Todo volvía de nuevo, como antes. Las miradas, los chasquidos de los labios...,

todo lo que había dejado atrás cuando hui con Paris hacia la libertad. Ah, sí, estaba de vuelta en la prisión que me envolvía, aun sin cadenas.

Pronto apareció Menelao frente a mí, con las piernas separadas y las manos apoyadas en las caderas. Reconocí sus rodillas..., es curioso que haya cosas que identifican a una persona y nunca cambian. No quería mirarle a la cara, de modo que mantuve los ojos clavados en sus rodillas.

—¿Has tenido bastante? —dijo—. ¿Estás dispuesta a portarte bien?

Ya no podía soportar siquiera mirarle las rodillas. Cerré los ojos.

—Levántate y entra en la tienda —ladró, y noté que unas manos trasteaban con mis cadenas y me liberaban.

Me levanté, mareada. Me empujaron y me metieron en una tienda, pero antes pude mirar el humo negro que subía hacia el cielo, marcando el lugar donde había estado Troya.

La tienda estaba llena de mujeres sollozantes. Ninguna era vieja..., ésas habían quedado atrás. Eran todas lo bastante jóvenes y fuertes para servir en la cama o en la cocina a sus nuevos amos..., quizás ambas cosas. Algunas estaban sentadas y mirándose el regazo, inmóviles. Otras caminaban inquietas, arriba y abajo. Ninguna parecía ver nada, en realidad; sus ojos estaban nublados y vidriosos.

Agachadas en un rincón estaban las princesas de Troya, en un lugar aparte debido a su alto rango. Vi a Casandra, a Laódice, a Ilona y a Polixena. Cuando me acerqué vi que estaban protegiendo a su madre, que yacía en el suelo, tesa e inmóvil. Intenté arrodillarme y tocarle su frente, pero ellas me rechazaron.

—Vi lo que ocurrió en el patio —susurré—. Pero en la confusión me llevaron hasta la calle. Benditos fueran vuestro padre y vuestro hermano.

Laódice dijo:

—Ya tienen su propia pira. Los últimos ritos funerarios que ofrecerá Troya.

Los ojos de Casandra estaban fijos, mirando sin ver. Yo había visto también lo que le había ocurrido, pero no dije nada. Quizá las otras no lo supieran, y que los demás lo sepan hace las cosas más reales.

—Creusa está muerta —dijo Ilona—. Vimos que la atacaban. Eneas..., nadie le ha visto. No estaban juntos cuando ella murió.

Polixena contó, con su dulce voz, cosa que lo hacía mucho más terrible aún, que su hermana pequeña Filomena había perecido en palacio, que Antímaco estaba muerto, que Esaco había desaparecido, y que Pantoo murió intentando abrir uno de sus dispositivos para sembrar la destrucción entre los griegos, un dispositivo que le aplastó al momento. Antenor había sobrevivido, y su esposa Teano también, y estaba

allí, en aquella tienda.

—Deífobo está muerto —les dije—. Menelao le mató en la cama.

—Heleno está aquí, pero los griegos no dejan que hable con nosotras.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunté—. ¿Por qué nos guardan aquí?

—Para subastarnos. —De repente, Casandra volvió a la vida y habló—. Dejarán que los hombres pujen por nosotras. Luego nos llevarán a Grecia con ellos. Pero en mi caso no. Ya me lo han dicho. Yo iré con Agamenón.

Suspiré con fuerza. ¿Sería cierto aquello? ¿Por qué la habría elegido Agamenón? La profetisa virgen, ya desflorada, que ni siquiera era bella... ¿Por qué el comandante de mayor rango la había elegido entre todas las mujeres de Troya?

Aleteando en mi mente, la vi en Micenas, la vi con Clitemnestra, y luego vi..., parpadeé y aquello desapareció, como un relámpago rojo. Grecia esperaba. Grecia había esperado todos aquellos años, no había dejado de existir, pero acechaba como una bestia para devorarnos cuando volviésemos. Todo volvía de nuevo, pues, no sólo las miradas de los hombres, sino también los muros de piedra, las montañas altas y las familias que habían permanecido solas todo aquel tiempo. Los hombres, que volvían e intentaban recuperar lo que habían abandonado, se encontrarían con que no podían, que el tiempo no lo permite nunca, que el tiempo lo cambia todo de mil maneras sutiles, de modo que hasta los muros que tocaban ya no eran los mismos.

—Tú nos vengarás, entonces. —Desde el suelo habló Hécuba—. La hija de Príamo será la que le vengue, ninguno de sus muchos hijos lo hará. —Un sonido rasposo, como de hojas empujadas por el viento, era su risa—. Los dioses se divierten.

—Madre. —Polixena levantó a Hécuba, la abrazó.

—¿Así que ya sabemos quién ha perecido y quién vive aún? —preguntó Hécuba.

—Ninguna de nosotras está viva —dijo Ilona.

Hécuba miró a su alrededor.

—¿Dónde está Andrómaca?

Una por una, sus hijas menearon negativamente la cabeza.

—No la hemos visto.

Ni yo tampoco.

Nos alimentaron con unas gachas de cebada que sacaron de una olla común, y nos hicieron dormir en el suelo. Nos echamos y pasamos la primera noche sin Troya. Ocasionalmente, cuando soplaba el viento, olía a cenizas y a humo entre las telas de la tienda. Pero los vientos reinantes eran los del norte, y venían limpios.

Los soldados llegaron y separaron a las mujeres; nos llevaron a la familia de Príamo y a mí afuera, y nos empujaron hacia una casita de madera más sólida que se

encontraba al final de la fila de barcos. En el exterior habían colocado unos bancos y unos taburetes que estaban llenos de mirones.

—Ésta debe de ser la subasta —murmuró Ilona, con la cabeza gacha. No miraba a los hombres que se retorcían en sus asientos como niños.

No me subastarían a mí. Menelao me habría reclamado seguramente. ¿O me entregaría a un esclavo, como venganza? No importaba. Él no podía saber que a mí ya todo me daba igual. Yo había muerto con Paris, había muerto en Troya. Y un esclavo al que nunca había visto sería más fácil de soportar que Menelao, con su lista de agravios.

Nos hicieron sentar en fila. Luego pusieron a Hécuba la primera, como reconocimiento de su antiguo estatus.

Un anciano se levantó para presidir aquello. ¡Néstor! Mis ojos se pasearon por el grupo de líderes a quienes conocí hacía tanto tiempo, y los contemplé a todos de nuevo: Agamenón (el asesino de niñas), Odiseo (el mentiroso), Diomedes (otro mentiroso), el pequeño Áyax (el violador), Calcas (el traidor). Una banda de alegres forajidos. Otros, culpables sobre todo de asociación con ellos, eran Idomeneo (antes un buen hombre, ahora...), Menelao y el propio Néstor.

Néstor levantó las manos, tan delgadas y arrugadas que parecían cortezas de roble secas. Hizo girar su escuálido cuello y miró a lo lejos, en la distancia. Pero su cabeza estaba bien alta, y sus ojos todavía eran oscuros y orgullosos.

—Troya ha desaparecido —dijo, mirando hacia el lugar donde estaba. Ahora las columnas de humo no eran más que jirones que se alzaban tristemente hacia el cielo. Hasta el humo muere, y cuando lo hace, la desaparición es completa—. Lo que queda de ella está ante vosotros, para que dispongáis a vuestra voluntad: las encantadoras mujeres y el botín en la playa. Es muy adecuado que nos reunamos aquí, en la casa de nuestro mayor guerrero, Aquiles, para llevar a cabo el... reparto de bienes troyanos.

«Bienes troyanos». Eso éramos nosotras, pues.

—Y la reina de Troya debe ser la primera. —Señaló hacia ella—. Como tú, señora, yo soy viejo. Sin embargo, esperamos obtener el respeto de los más jóvenes, en memoria de lo que fuimos. —Miró a su alrededor—. ¿Qué hogar le dará la bienvenida?

Odiseo se levantó.

—Ella viene conmigo. Vivirá en Ítaca.

Hécuba profirió un extraño sonido.

—¿Esa isla rocosa, al oeste de Grecia, tan lejos? Que mi tumba se halle aquí, mejor.

—Penélope te dará la bienvenida —insistió Odiseo.

—¿Cómo sabes que Penélope vive siquiera, y mucho menos que le dará la bienvenida a nadie..., ni siquiera a ti? —gritó de repente Casandra—. ¡Presumes demasiadas cosas! Pero ése es tu carácter.

Odiseo gruñó, y luego hizo un gesto a Agamenón.

—No te lo tomes a mal, pero ella es tuya, así que hazla callar.

Agamenón se puso de pie. Era la primera vez que le veía de cerca, y separado de los demás. Los años le habían erosionado, como a un oso cuyo pelaje está ya moteado y desvaído. Todavía era peligroso, todavía tenía fuertes garras y dientes, y unos ojos penetrantes y codiciosos, pero ya había pasado el apogeo de su fortaleza. Quizás eso le hiciera más malvado aún, y por tanto más amenazador.

—Como digas —murmuró. Agitó la mano y sus guardias cogieron a Casandra y la arrastraron hacia la casa de Aquiles.

Violento, Néstor continuó.

—¿Y esta bella hija de Príamo, Laódice?

Un hombre a quien no reconocí la reclamó. La siguiente fue Ilona, y otro hombre desconocido la pidió para sí.

—Y ahora la antigua reina de Esparta —resonó la voz de Menelao—. Oigamos sus crímenes antes de restituirla a su legítimo propietario. Después de todo, nosotros dejamos nuestros hogares, luchamos y sufrimos muchos años por su crimen. ¿Por qué? Porque vosotros sois hombres honorables, y mantuvisteis vuestra promesa sobre el caballo sacrificado hecha hace tanto tiempo, con gran coste para vosotros mismos. Y ahora mirad los caballos esparcidos por la llanura de Troya. Esta guerra empezó con un caballo sacrificado, y ha acabado con muchos caballos sacrificados..., uno de madera y rebaños de bellos animales troyanos. —Se adelantó y me miró fijamente a los ojos.

¿Había mirado alguna vez aquellos ojos con amor? ¿Había sido así alguna vez, de verdad?

—¡Dejad que recite sus abominaciones! —dijo, regodeándose—. Primero, ella...

—Te ahorraré la molestia —dije. No podía soportar oír su auto-glorificación, que tenía tan ensayada—. Yo misma las recitaré, porque sé muy bien lo que vas a decir. Así puedo responderlas al mismo tiempo, y acabar con todo el asunto rápidamente. Porque sabemos cómo acabará esto, que no es más que una ceremonia.

Si Menelao me hubiese conocido de verdad, habría esperado aquellas palabras de mí, pero el pobre hombre se quedó sin habla, como yo pretendía. Me adelanté y me quedé en pie ante toda la concurrencia. Un centenar de ojos me miraron hambrientos.

—Primero, como había empezado a decir Menelao, abandoné mi hogar en Esparta con el príncipe de Troya, Paris. Me fui por voluntad propia, no me raptaron..., como algunos aseguran. No me llevé tampoco ningún tesoro conmigo, como afirman otros, sino unos pocos artículos que eran de mi legítima propiedad, y sólo debido a las prisas y a la confusión. No los usé para enriquecerme, sino que los dediqué a Atenea en Troya, y el resto se lo entregué a Príamo. —Me detuve para recuperar el aliento. Había tanto silencio que la respiración resonó con fuerza—. El único crimen que cometí —continué—, y que nadie aquí tiene el poder de castigar o perdonar, fue abandonar a mi hija. Por ese crimen, sólo ella puede pronunciar un juicio sobre mí. Cuando me enfrente a ella, le suplicaré que me perdone.

Entonces Menelao volvió a la vida.

—¡Nunca te perdonaré! ¡Te odia! Me ha dicho muchas veces cuánto te desprecia y espera que te mate cuando finalmente te ponga las manos encima.

Probablemente decía la verdad. Menelao nunca había sido un mentiroso, a menos que aquellos años con Odiseo le hubiesen contaminado.

—Me someteré a lo que ella decida —dije.

—¡No tendrás elección, perra adúltera!

Miré a la audiencia, más allá de él.

—Debería preguntarme por qué un hombre que se llama a sí mismo hombre podría desear a una perra adúltera como esposa.

Eso les hizo reír, como yo bien sabía. Menelao podía soportar cualquier cosa menos que se rieran de él.

—No he dicho que te quisiera como mujer, sino como prisionera. Y como tal regresarás a Esparta.

Prefería ser su prisionera que su esposa. Pero eso no me ponía a salvo de sus atenciones.

—¿Vive todavía mi padre? —Tenía que saber adónde regresaba. Debía de haber algo allí, algo.

—Sí. ¿Quién crees que ha estado gobernando allí todos estos años?

—¿Y Micenas? ¿Y Pilos? ¿E Ítaca? Con todos esos reyes ausentes..., ¿quién ha gobernado en su lugar? Orestes y Telémaco eran niños cuando os fuisteis, y los hijos de Néstor han venido con él a Troya. ¿Qué ha ocurrido en Grecia mientras vosotros estabais fuera?

—¡No lo sabemos! —gritó Odiseo, sintiéndose amenazado de pronto—. Los mensajes son pocos..., la distancia..., realmente, no lo sabremos hasta que desembarquemos.

—Así que tú vendrás con nosotros y te sorprenderás junto con todos nosotros al ver lo que nos espera —dijo Menelao—. Feliz vuelta a casa, puta desvergonzada.

Me aparté a un lado para dirigirme a los hombres.

—De nuevo vuelvo a preguntaros qué hombre de honor querría...

Menelao me agarró por los hombros y me sacudió tan fuerte que las horquillas que me sujetaban el pelo se cayeron.

—Una puta con el vestido manchado de sangre, de la sangre de los hombres a los que has matado, una asesina también, como la que más. Yo te lo diré, señora, yo te lo diré: ¡un hombre que busca venganza! —exclamó, y volvió la cara hacia sus hombres—. Y la tendré, la tendré cuando vuelva a Grecia, cuando ella se encare con el pueblo que ha sufrido tanto porque nosotros hemos tenido que venir aquí...

—¡Así que después de todo te has convertido en un mentiroso! —grité—. No he matado a nadie. Si miles de personas han perdido su vida, han muerto por tu patético orgullo herido. Y en cuanto a la sangre de mi vestido, es una sangre simbólica..., una gota por cada diez vidas. Pero mira, se limpia solo... lo he probado, y entonces me he dado cuenta de que no era sangre de verdad, sino sangre mágica... ¡Tan limpio como no estarán nunca tus manos! ¡La verdadera sangre no se va sola!

Vi que su rostro se tensaba en su lucha por contener su ira. Finalmente, bajando la cabeza, dijo:

—Llevala a la casa con las demás.

Me arrastraron al oscuro interior de aquella estructura, donde pude adivinar las formas agazapadas de las mujeres cautivas. La casa olía a moho, a humedad, y estaba mal iluminada. Cuando mis ojos se acostumbraron, vi un catre y varios bancos abombados, junto con unos baúles. La única cosa que estaba cuidada en la habitación era un pedestal con una túnica colocada encima, un anillo de oro y un cuchillo colocado cuidadosamente encima.

Oí unos leves sollozos que procedían de las mujeres, no desesperados ni angustiados, sino de una tristeza cansada. No les quedaba la suficiente fuerza vital para quejarse en voz alta. La caída de Troya lo había absorbido todo..., o eso pensaba yo.

—¡Esta casa vil y apestosa! ¡La tienen como santuario de Aquiles! —escupió Hécula—. «Él» vivía aquí, por eso es sagrada. Y pensar que mi Príamo vino aquí, se sentó aquí, y suplicó por el cuerpo de Héctor. ¡Oh, Príamo! ¡Tú también miraste estas feas paredes!

—¿Qué son todas estas cosas estúpidas? —dijo Laódice, normalmente siempre calmada, dando patadas al pedestal.

—Es su forma de adorarle —dijo Casandra—. Ésta es su túnica. Éstos deben de ser su anillo y su cuchillo.

—Señoras. —Una discreta voz masculina nos interrumpió—. Reinas y princesas.

Qué educado anunciar su presencia para advertirnos, aunque lo que decía no podía alterar en modo alguno nuestro destino.

Se adelantó. No era joven, aunque su voz sí lo era.

—Soy Filoctetes —dijo—. Me han enviado aquí a...

No oí nada más. Filoctetes. El hombre que había matado a Paris. Era de mediana estatura, con el cuerpo recio, de brazos musculosos y con un aire digno.

Luchaba por respirar, intentaba tranquilizarme. ¿Dónde estarían sus flechas, sus flechas mortales? ¿Su veneno? ¿Su aljaba? La flecha que había apuntado a Paris sólo le había rozado, pero era terriblemente mortal.

—¿Dónde están tus armas? —le pregunté. Mi voz sonaba tan baja que pensé que tendría que repetir mis palabras.

—Señora Helena —dijo—, lo único que puedo decir es que la guerra es la guerra. Al menos yo era un enemigo. Encontrar la muerte a manos de un aliado o un compañero es mucho peor. Lo sé; «ellos» me dejaron solo para que muriera. Sólo cuando me necesitaron vinieron a buscarme.

—¡Esos viles griegos! —exclamé—. ¡La verdad y el honor no se hallan entre ellos!

—Pero yo estaba juramentado con ellos. No podía unirme a los troyanos. Así que...

Una idea loca penetró en mi cabeza. Cogería una de sus flechas, me haría un arañazo, moriría como había muerto Paris.

—Pero tus armas mortales —dije—, ¿dónde las has guardado?

—A salvo —dijo él—. Las flechas de Heracles deben permanecer guardadas para no herir a personas inocentes.

Si pudiera poner las manos en ellas... Y en cuanto a lo de los inocentes..., ¿quién puede determinar quiénes lo son?

—Aparta esas ideas de tu mente, señora —dijo él—. Muchos buscan esas flechas para causar grandes sufrimientos. Lamento el día en que encendí aquella pira y las heredé de Heracles. Él me entregó una carga intolerable.

LXXIII

Entonces me di cuenta de que tendría que seducir a uno de mis captores, si quería tener alguna esperanza de escapar. ¿Podría hacerlo con Filoctetes? Pero mi ser se rebelaba. No podía halagar al asesino de mi marido.

Se abrió la puerta y Andrómaca entró trastabillando. Junto a ella iba Neoptólemo, empujándola y riendo.

Por primera vez podía contemplar su rostro sin oscurecer por un casco. Sus ojos eran de un color indefinido. Con aquella luz tan mala, no podía distinguir si eran castaños o azules, pero el caso es que no brillaban. Como su cuerpo, su rostro era presentable, pasable, pero olvidable. No había heredado la grandeza orgullosa de su padre.

—¡Mi nueva esclava! —exclamó—. ¡La viuda de Héctor!

Andrómaca se volvió hacia él.

—Soy demasiado vieja para ti —dijo. Hablaba en voz baja.

—¡Sí! —dije, acercándome a su lado. Le rodeé los hombros con el brazo y la abracé—. Estoy aquí —susurré. Y luego me volví hacia Neoptólemo—. No querrás a una mujer tan vieja que podría ser tu madre.

—¿Qué importa eso? Más me importa quién la tuvo antes que yo —dijo Neoptólemo con sorna—. Se lo borraré de la memoria. En ese olvido estará mi gloria.

—Tú no tienes gloria alguna, niño —dijo Andrómaca—. Has matado a mi hijo, y te despreciaré para siempre.

¡Astianacte! ¿Qué le había hecho?

—Ha matado a mi hijo, Helena. —No había expresión alguna en su voz. Se volvió hacia mí, ignorando a Neoptólemo—. Me lo ha cogido de los brazos y lo ha arrojado desde las murallas de Troya... ¡No! Ya no quedaban murallas en Troya, lo ha arrojado desde los montones humeantes hacia un amasijo de piedras, pero, de todos modos, la muerte le ha llegado igual. —Las palabras, oscuras y bajas, salían ordenadamente de sus labios.

—¡Astianacte! —lloraba yo. Su amado y único hijo, que tan ansiosamente habían deseado. La noche en el monte Ida...

—El bebé serpiente debía morir —dijo Neoptólemo—. No podía vivir para deslizarse por las ruinas de Troya y empezar otra vez con las amenazas troyanas. La semilla de Héctor debía ser destruida.

¡Todos los herederos de Troya borrados de la tierra! Pero Afrodita decía que

Eneas había escapado. No importa, no podíamos saberlo.

—Oh, hermana —dijo, y la abracé.

Lloramos juntas. Por primera vez me alegré de que Paris y yo no hubiésemos tenido hijos. Habrían perecido, como todo lo demás de Troya.

—Volverás a Grecia conmigo —dijo Neoptólemo a Andrómaca—. Quizá no como esposa principal mía, porque es cierto, eres un poco vieja para mí. Me concederás alivio o diversión ocasional en el lecho. Pero creo que me merezco una princesa de Grecia. Creo que tu hija Hermíone es más de mi gusto, Helena. He hablado ya con tu marido de ello y me ha dado permiso. Seré tu yerno. —Se rio y se inclinó hacia delante, para besar mi mejilla—. ¡Madre! —dijo, y rio.

Le di una bofetada, no pude evitarlo.

—Si mi hija tiene algo de mí, te rechazará.

Él se echó a reír.

—Pero a lo mejor no tiene nada de ti; quizá sea la digna hija de su padre, o piense totalmente por su cuenta. —Se enderezó—. Puede que ella desee al hijo del poderoso Aquiles. Muchas mujeres lo desean.

—Entonces vete con ellas y deja en paz a mi hija.

—Tu hija puede que esté entre ellas —dijo él—. Es lo más probable. —Se rio bajito—. Pero no debería hablar de lo que es probable, sino de lo que se requiere.

Se volvió de espaldas a Andrómaca y a mí como si no importásemos, y se dirigió a las mujeres que estaban reunidas en el fondo de la casa.

—Mi padre ha venido a verme últimamente —dijo—. Me ha hablado en sueños y apariciones.

—¡Qué raro! —exclamé yo—. ¡No te conoció ni de bebé ni de niño, y ahora te habla!

Él se dio la vuelta hacia mí.

—Los dioses no hablan a sus hijos hasta que les apetece —dijo.

—Así que, ¿Aquiles es un dios ahora? —exclamé—. Qué raro, porque cuando le vi por primera vez no era más que un niño malcriado y desagradable.

—¡Cierra la boca, puta de Troya! —exclamó.

—La respuesta mejor para quien no tiene respuesta. —Me dirigía a las mujeres—. Insultos. Pero ésa no es una respuesta verdadera, es sólo la desesperación de los que no tienen nada más a lo que acudir. ¿Qué te ha dicho tu ilustre padre..., si es que realmente era tu padre?

—Pide sangre. Necesita un sacrificio para dejarnos navegar hacia Troya.

—¿Cuál? —Hécuba dio un paso al frente—. Con toda justicia tendrá que ser el

mío.

—No —dijo Neoptólemo—. Es el de tu hija más joven, Polixena.

—¿Cómo? —Hécuba se atragantó, agarrándose la garganta. De pronto, no era ya la marchita anciana que se dirigía cabizbaja hacia la muerte, como había fingido. Parecía crecer mientras la mirábamos, hasta que se quedó cara a cara con Neoptólemo. Era una ilusión, por supuesto, pero hasta éste lo sintió. Dio un paso atrás —. ¿Por qué?

—Mi padre se encaprichó de ella —dijo.

—Pero ¿cómo pudo ser? ¡Si nunca la había visto!

—Sí, la vio —dijo Neoptólemo—. La vio en la fuente.

Entonces, Polixena avanzó unos pasos, con los ojos llameantes.

—¿El día que asesinó a mi hermano Troilo? ¿Recordaba haberme visto? Debió maldecir aquel día, y todo aquello sobre lo que puso sus ojos. Yo lo hice, y despreciaba a tu padre. ¡Díselo cuando aparezca en tus sueños!

—Tus sentimientos no tienen ninguna importancia. Él tendrá tu sangre, señora, y la derramaremos sobre su tumba. Entonces y sólo entonces habrá acabado la guerra.

—Troya es un montón de cenizas, está muerta bajo las piedras caídas y las maderas carbonizadas, ¿y necesita otra muerte para completar la guerra? —Su voz se había ido desvaneciendo, como si hubiese consumido toda su fuerza al recordar a Troilo.

—¿Quién puede comprender los deseos y las necesidades de los muertos? —dijo él. Recordé la fría sombra de Paris—. Yo también lo siento, señora. ¿Por qué no basta con que su hijo venga a Troya? ¿Por qué te necesita a ti?

—Porque es un hombre cruel y violento —dijo Polixena—. Así de sencillo. Mató mientras pudo, y ahora recluta a otros para que lleven a cabo los crímenes en su nombre.

—¡Mátame! —grité—. Es lo que desearía Aquiles como precio de sangre. Mi marido le mató a él.

Neoptólemo esbozó una sonrisa horrenda.

—No tengo duda de que te desea, eso es cierto. Suspira por tenerte caminando a su lado en la isla Blanca, por donde me han dicho que pasea. Pero, «madre», yo te necesito aquí.

Con un grito de repugnancia, aparté la cara. No podía soportar mirarle. De modo que no vi a Polixena, que se soltaba de las manos de su madre y se ponía de pie ante él.

—¿Y así acabará la guerra? ¿Será la última muerte? —le preguntó.

—Sí —le aseguró Neoptólemo. Eso sí que lo oí—. Entonces todos navegaremos de vuelta a casa y abandonaremos las costas troyanas para siempre.

—¿Y tendré una tumba? ¿Una tumba adecuada?

—Niña, ¿qué estás pensando? —chilló Hécuba.

—Quiero una tumba de mármol blanco —dijo—. Que no esté cerca de la de Aquiles. —Hizo una pausa—. Y quiero que diga en ella que, igual que la sangre inocente de una princesa griega envió aquí a los barcos, la sangre de una inocente princesa troyana los devuelve a casa.

—¡No, no! —gritaba Hécuba.

—¡Oh, madre, basta ya! —le ordenó Polixena—. ¿Crees que deseo dejar la tierra de mi hogar? ¿Convertirme en esclava, soportar los manoseos sudorosos de algún griego malvado? ¿Crees que las cosas serán mejores para Andrómaca que para mí, dentro de una tumba blanca? —Se volvió hacia Neoptólemo—. Estoy segura de que tú sudas y manoseas, y no envidio a Andrómaca. Realmente, prefiero la tumba.

Neoptólemo se mordió el labio ante aquel insulto, pero no la golpeó.

—Pues la tendrás. —Miró hacia la puerta—. Los preparativos llevarán algo de tiempo, pero los apresuraremos. Al caer el sol, ambos obtendremos nuestros deseos: tú estarás en la tumba y nosotros prepararemos nuestros barcos para volver a casa.

Dejó la casa, y las mujeres rodearon a Polixena llorando y lamentándose. Era la grotesca recreación de una boda. La vestirían con las mejores ropas, si es que en Troya quedaba algo, la adornarían con la diadema real, la ungirían con aceites perfumados, y susurrarían secretos al oído. En la boda, aquellos que se habían aventurado en el matrimonio tiempo atrás impartían sus conocimientos. Pero allí no había nadie presente que pudiera ayudarla o darle armas para enfrentarse al lugar oscuro al que se dirigía.

Cerca de la puesta de sol, dos soldados vinieron a buscar a Polixena. Se había vestido de blanco y había improvisado una diadema real hecha con una tira de tela arrancada del traje de Hécuba y atada en torno a la cabeza. No llevaba joyas ni oro. Lo estaban contando en la tienda de Agamenón, amontonado e inventariado. Hasta los animales sacrificiales tienen los cuernos dorados, pero ella iba a su muerte sin ornamento alguno. Alguien había recogido un puñado de flores silvestres y las había trenzado formando un collar y una pulsera improvisados, el amarillo y el rojo en contraste con su carne.

—Pero nosotras le acompañaremos en su viaje —insistió a los soldados.

Hécuba, ya calmada, abrazó a Polixena.

—Es por poco tiempo —dijo—. Tú decías la verdad. Eres una privilegiada al

dejar atrás todo esto. Saluda a tu padre, saluda a Héctor, saluda a Troilo, y diles que corremos a su lado.

Polixena volvió la cabeza y besó la mejilla de Hécuba.

—Lo haré, madre. Y ahora me despido de todas vosotras, a las que amé. —Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Vamos!

Los dos soldados la agarraron por los brazos y la sacaron.

Hécuba y yo la seguimos, igual que Andrómaca y las hermanas de Polixena. Nadie quedó atrás.

El túmulo de Aquiles se encontraba sólo a una breve distancia de los barcos griegos. Se alzaba hacia el cielo, con su suelo ya cubierto de hierba y de flores. Aquiles había muerto hacía tanto tiempo que la pradera ya había empezado a reclamarlo.

Algún día todo aquello quedaría aplanado, pensé. Las tormentas lo irían erosionando, desgastando, y los pastores dejarían que sus ovejas se alimentasen con la hierba. El túmulo de Aquiles se iría encogiendo, encogiendo, hasta desaparecer. Y con Troya pasaría otro tanto. El montículo que era ahora (miré hacia el lugar donde ahora apenas se alzaba humo) desaparecería.

Se había erigido un altar ante el túmulo, un montón de piedras con una plana encima. Ardía un fuego delante, como para limpiar el sucio crimen que tendría lugar en breve.

A cada lado se encontraban Agamenón, Menelao y todos los líderes griegos; por supuesto, tenían que estar allí para presenciarlo. No había derramamiento de sangre en el que no desearan participar, y disfrutaban de él.

Agamenón habló de aplacar a los dioses y de procurarse un viaje seguro hacia casa. Habló del sacrificio similar que había ofrecido para permitir que los barcos zarparan.

—¡Y todavía no has pagado por ese sacrificio! —chilló Casandra—. Pero ¡lo harás!

Agamenón tosió discretamente y los soldados la cogieron y la hicieron callar. Entonces vi a su gemelo, Heleno, agachando la cabeza; avergonzado entre sus captores. También vi a Antenor con la pena escrita en el rostro, y a su esposa Teano, de pie ante él.

Condujeron a Polixena hasta el altar.

—Mi tumba —dijo ella—. ¿Está preparada?

Antenor hizo un gesto.

—Sí, niña mía. Está lo más cerca de Troya posible. Me he encargado de eso.

Esperaba que ella le censurase por traidor, por cooperar con los griegos. Pero ya estaba más allá de esas cosas.

—Gracias —respondió—. ¿Quién la cuidará?

—Alguien lo hará. No se me permite quedarme aquí. Pero te prometo que la cuidarán.

—¿Y no será la misma persona que cuide el túmulo de Aquiles? No quiero nada de él. Las manos que toquen su tumba no deben tocar la mía.

—Princesa, te lo prometo —dijo él. Los sollozos entrecortaban su voz.

—¡Proceded! —ordenó Neoptólemo.

Varios soldados robustos se adelantaron.

—¿Necesitáis tantos? —preguntó Polixena.

—Para transportarte —dijo Neoptólemo. Se dirigió al montículo silencioso—. ¡Padre! Tal y como has ordenado, te hemos traído a la princesa Polixena. Ella derramará su sangre sobre tu tumba. ¡Y así nos libraré de tu ira!

¿Por qué iba a sentir ira? Así que aquel niño egoísta y exigente demandaba cosas hasta en la muerte. O quizá no fuese el propio Aquiles, sino el recuerdo que había dejado en las mentes de otros el que planteaba exigencias tan poco razonables. Así vamos más lejos que nuestros ídolos, que nuestros dioses, haciendo que requieran cosas que a ellos ni se les habrían ocurrido.

Cinco hombres elevaron a Polixena. Ella yacía delicadamente en sus brazos, con los tobillos modestamente cruzados y la cabeza echada hacia atrás. Se había recogido el pelo para que no impidiera a las hojas penetrar en su garganta. Tenía un aire soñador en el rostro, y había rechazado la venda para los ojos.

La llevaron al altar. Allí se detuvieron.

—¡Muere para apaciguar a los dioses! —gritó uno de los soldados.

Observé (resulta espantoso pensar en lo que uno se fija en esos momentos, en esas extrañas manchas de calma) que no había ningún sacerdote presente. Por supuesto: el dios que exigía sangre era Aquiles, no un ser del Olimpo.

Otro de los soldados le tiró del pelo atado para exponer más su cuello. Ella cerró los ojos. Vi que sus labios se movían. Hablaba con alguien, se dirigía a alguien, pero nadie la oía.

—¡Ahora!

Una daga salió de la nada, pero sin dudar; acuchilló la blanca garganta de lado a lado, y un chorro de sangre brotó y manchó la barbilla del soldado, de un rojo brillante.

Ella estaba quieta. No luchó, no se agarró la garganta, no se convulsionó. Por el contrario, parecía una figura de marfil tallado, absolutamente inmóvil. ¿Por qué no se rebelaba su cuerpo? ¿Por qué no se agitaba ni se movía? ¿Se había esforzado ella por imitar el marfil?

Tenía los ojos cerrados y siguieron cerrados. Los labios estaban curvados en una plácida sonrisa. Lentamente, ellos dejaron su cuerpo yaciendo en el altar y se desangró hasta morir. Aun así no se movió, ni un temblor. Era como si hubiese muerto en el mismo instante en que el cuchillo la tocó, muerta por su propia y severa reprensión.

Era difícil determinar cuándo murió. Con cautela, le tocaron las plantas de los pies con la punta de la daga fatal, pero no se movieron hacia arriba. Alguien le puso una pluma ante la nariz para ver si se movía. No se movió. Alguien apoyó un dedo en el cuello buscando su pulso.

Al fin, Neoptólemo gritó:

—¡Está hecho! ¡Mi padre está satisfecho!

Antenor se adelantó.

—Transportaré el cuerpo al sepulcro que la espera, con el debido respeto.

Ahora ya veía, por la forma en que su cuerpo se apoyaba en la litera, que estaba muerta de verdad.

Cuánto valor. Ella valía por todos sus hermanos guerreros. Su fama duraría al menos tanto como la de Aquiles, Patroclo o Héctor. ¡Afortunada, bendita hija de Troya!

Ah, qué mundo éste en el que morir es más noble que vivir.

Los que quedábamos, menos nobles, debíamos celebrar un banquete para la partida de los griegos.

—¡Y ahora, al banquete! —Agamenón se situó ante la multitud como la proa de un barco—. ¡Para que nos dé velocidad en el viaje!

Mientras estábamos en el túmulo, los soldados habían preparado la playa. Para los de mayor rango habían improvisado unas mesas y habían traído unos taburetes para permitir que descansasen las piernas nobles. Unas antorchas empapadas en resina e introducidas en la arena creaban una verja de luz amarilla y oscilante en torno a la zona. Ardían fuegos grandes, varios bueyes (¿o era otra cosa?) se asaban lentamente, en diversos estados de preparación. Ánforas de vino se alineaban como los árboles en un bosque, dispuestas para ser abiertas. Algunos jóvenes probaban las flautas y los mayores pulsaban las liras. La fila de barcos ayudaba a protegernos de las ráfagas del viento.

La noche caía; el sol se había puesto ya, y hasta el resplandor del horizonte se había apagado. Aparecían ya algunas estrellas. ¿Habría ido allí Polixena? ¿Estaría entre las estrellas, ella, que estaba con nosotros aún cuando el sol salió? Había historias de personas que habían sido transportadas para vivir en las estrellas, o que se habían cambiado con una estrella. Pero no sabíamos mucho de todo eso.

La mesa de honor (que en realidad no era una mesa) acogía a Agamenón, Odiseo, Menelao, Néstor, Idomeneo, Diomedes, Filoctetes y, gran vergüenza, Sinón, al pequeño Áyax y Neoptólemo. A los hombres de menor categoría se les permitía permanecer en pie alrededor y compartir las conversaciones y las bromas. Nosotras, las cautivas, debíamos permanecer mucho más atrás, sirviendo como salsa para la carne, un estimulador del apetito que ayudase a digerir sus botines. ¿Venían aquellas reses de Troya? ¿O se estaban comiendo aquellos hombres la carne de los caballos muertos?

Afortunadamente, la débil luz suavizaba los rostros de los sonrojados guerreros griegos. Veía el de Agamenón, que se había vuelto rojo a la luz de las hogueras, con su oscura barba ahora veteada de blanco. Cuando hablaba y reía vi que le faltaban varios dientes. Bueno, ya tenía una edad. Néstor no parecía más viejo que cuando le conocí, pero la batalla provoca que los viejos parezcan más jóvenes, y los jóvenes, mayores. Idomeneo... parecía envejecido, y había oído decir que había perdido la velocidad en el campo de batalla.

Agamenón paseó por la mesa, distribuyendo copas.

—¡Oro de Troya! —dijo—. ¡Muy adecuado!

Sacó varias copas de un saco y se las tendió a sus hombres. Eran todas distintas, recogidas de las casas troyanas saqueadas. Algunas debieron de ser de Príamo, pero también podían proceder de ricos comerciantes troyanos. Después venían unos criados y servían vino.

Se trincharon los bueyes con muchos gritos y jolgorio. Se colocaron grandes trozos de carne humeante en las bandejas de los hombres. A nosotras no se nos ofreció nada, pero de todos modos no habríamos podido probar bocado. Miré a mi lado, a Andrómaca, a Laódice, a Ilona, a Hécuba. Sus ojos estaban secos y sus bocas apretadas. Aguantarían. Perseverancia: la triste virtud de las mujeres.

—¡Hombres! —gritaba Agamenón—. ¿Creíais que iba a llegar este día? Troya está destruida. Hemos vencido. Ha sido un año muy largo. Pero os lo agradezco mucho a vosotros, que habéis soportado la carrera. Hemos perdido a muchos, y los que quedamos debemos recordarles. Sin ellos, no estaríamos aquí para pronunciar estas palabras. Y ahora, en cuanto al tesoro...

¡Qué rápido entraba en materia!

—... como no podemos dar la recompensa debida a aquellos que han perecido, es muy adecuado que lo dividamos entre nosotros, en su honor. Tenemos oro, joyas, tenemos finas tallas, y armaduras, y muchas otras cosas, todas... rescatadas de Troya. —Al hacer una seña, unos jóvenes vinieron corriendo con literas cargadas de botín. Colocaron un baúl grande a los pies de Agamenón, que levantó la tapa—. Éstos son tesoros especiales que entregaré personalmente. —Se inclinó y cogió una diadema de oro. Debió de pertenecer a Príamo—. Es para ti, hermano. —Hizo un gesto a Menelao—. Cuando vuelvas a tu trono en Esparta, volverás a llevar diademas de nuevo. —De repente, exclamó—: Sé que muchos reyes han dejado a un lado sus coronas para venir a luchar aquí conmigo. Ahora ya tenéis vuestra recompensa, y el resto de vuestras vidas podréis llevar vuestras diademas en paz.

Menelao cogió el oro que le ofrecían. De pronto, Hécuba chilló:

—Si te pones la diadema de mi esposo, que la muerte envuelva tu cabeza al colocártela.

Agamenón puso cara de pocos amigos.

—Señora, si no te callas tendré que eliminarte.

Hécuba dejó escapar una risotada horrible.

—¿Eliminada? ¿Como Príamo, como Astianacte, como mi hija, esta misma tarde?

—Si hubieseis eliminado a Paris como pretendíais, nada de esto habría ocurrido —la fulminó Menelao—. Podríais haberos ahorrado todo esto. Y en cuanto a tu advertencia... —Con calma, se colocó la diadema en torno a la cabeza—. Me va muy bien.

—¡Un círculo de muerte! —gritó ella—. Bien. Ahora ya puedes esperar. —Miró a su alrededor, a todos los presentes—. ¿Cuándo llegará? ¿Una hermosa tarde de verano? ¿Una noche espantosa y aullante de invierno? No podrás protegerte contra ella. Y será fea. Príamo lo procurará. Y esperarla no hará más que empeorar las cosas.

—Lleváosla —dijo Agamenón.

Cuando los soldados se acercaron a ella, se echó a reír.

—¡Ya me voy yo misma! —dijo, y pareció encogerse y quedarse oscura.

Los soldados se abalanzaron a sujetarla, pero lo único que cogieron fue un perro negro que ladraba y mordía.

—Encontradla —dijo Agamenón, con tono grave.

—Deseo decir que nuestros valientes hombres merecen ser saludados —dijo Idomeneo, que se puso en pie e intentó salvar la fiesta y distraer la atención—. Especialmente aquellos que tramaron el ardid del caballo y los que se introdujeron en

su interior. Odiseo, como cerebro de la operación, debes reclamar como tuya la invención del caballo.

Sonriendo, Odiseo se puso en pie e inclinó la cabeza.

—Estaba claro que Troya no se podía tomar por la fuerza. Sus guerreros eran demasiado orgullosos, sus murallas demasiado resistentes. Pero la astucia puede ganar allí donde fracasa el ataque directo.

—Y Epeo —dijo Idomeneo. Un hombre bajito se puso en pie, ansioso de obtener su reconocimiento—. Tú construiste el caballo.

—¡Sí, fui yo! —sonrió el otro—. Fuimos al monte Ida a buscar la madera, y debo decir que hicimos una creación muy bonita. Y en un tiempo muy corto, además.

Agamenón le tendió un puñado de objetos de oro; no pude ver qué eran.

—Mereces esto y mucho más —dijo—. Lo único que siento es no poder poner todo el botín de Troya ante ti, porque no estaríamos aquí sin tu astucia.

Epeo hizo una reverencia y se retiró con las manos rebosantes.

—¡Sinón! —atronó la voz de Agamenón. Apareció el simiesco Sinón—. Todo dependía de ti y de tu interpretación. Estuviste dispuesto a sufrir penalidades y castigos cruentos para convencer a los troyanos de que te habíamos maltratado..., como pasó en realidad. No vacilaste en ningún momento, sino que llevaste a cabo tu misión con gran éxito. Para ti —Agamenón puso un conjunto de armadura en sus manos—, mereces mucho más que esto, pero tómalo como prenda.

Sinón miró su premio.

—Gracias, señor —dijo. Indudablemente, más tarde pediría más, pero, como era un verdadero comediante, no estropearía aquel momento.

—Ahora saludamos a aquellos que, con gran riesgo para sí, se introdujeron dentro del caballo. ¡Menelao! —Menelao se puso en pie—. ¡Odiseo! ¡Levantamos nuestras copas a vuestra salud!

Luego siguieron Diomedes, Macaón, Epeo, Neoptólemo, el pequeño Áyax.

Alguien me puso una copa en la mano. De inmediato, vino un chico y me sirvió vino. Lo tiré al suelo.

—¡Por Epeo! ¡Por Sinón! ¡Por el caballo!

Todos bebieron, excepto las mujeres troyanas.

Agamenón reía, exultante.

—Entonces, volvemos a Grecia —dijo, y se limpió la boca—. A casa de nuevo. A casa. Nos esperan.

Vi que Menelao le susurraba al oído. Agamenón frunció el ceño y luego nos miró a nosotras.

—Los dioses están bastante complacidos. No los hemos ofendido.

Nadie encontraba a Hécuba. Personalmente, creía que se había escabullido hacia el mar y se había ahogado. Mientras concluía el banquete, se apagaban las antorchas, se desmontaban las mesas, las ánforas vacías se arrastraban hacia el agua y se abandonaban, las mujeres cautivas fuimos agrupadas y conducidas a nuestra tienda. De repente, apareció Idomeneo a mi lado.

—Helena —dijo—, todos estos años he estado aquí y, sin embargo, nunca te he visto ni he podido hablar contigo.

Le contemplé, un agradable resto de un mundo ordenado, ya desaparecido.

—Idomeneo. Agradezco tus buenos deseos.

—Igual que yo los tuyos. Helena, no sé lo que te espera en Esparta. Debes saber que, sea lo que sea, yo soy tu amigo. Como dije hace mucho tiempo, en cualquier época en la que vivas tú eres el ser supremo. Ninguna otra mujer puede despertar admiración con el cabello gris. —Me miró a los ojos—. Eres Helena, la que nunca se apagará.

Negué con la cabeza.

—Yo soy Troya, y Troya soy yo, y Troya ha desaparecido. De modo que Helena está más que apagada. Ya no existe Helena.

Los idiotas que me llevaban de vuelta a Grecia no lo comprendían.

PARTE III
Esparta

LXXIV

El viento se estaba levantando y las últimas antorchas encendidas bailoteaban y consumían su fuego. Enviaban chorros de chispas hacia el cielo, nuevas estrellas rojas entre las blancas. La arena se me metía en la boca. Los hombres empezaron a recoger los taburetes, las ánforas y las armaduras.

—¡Con las primeras luces zarparemos! —gritaba Agamenón a sus hombres.

Vi que Menelao le daba palmadas en el hombro. Agamenón lo apartó.

—No fue sólo el templo lo que mancilló el pequeño Áyax, sino también a Casandra —le advirtió Menelao.

—¿Me estás diciendo que Casandra está mancillada? —Ahora lo podía oír claramente, y también los hombres que estaban a su alrededor.

—¿Qué otra cosa se puede decir de una mujer que ha sido violada? —Parecía que Menelao se alegraba.

—¿No hubieses deseado que la tuya lo hubiera sido, en lugar de ofrecerse ella misma?

—¿Y sabes lo que ha hecho la tuya, en tu ausencia? —le provocó Menelao. No pensaba que pudiera actuar así.

—No se atrevería —dijo Agamenón—. Ella verá, habrá oído contar el castigo que he desencadenado sobre Troya, y sobre aquellos que nos han desafiado.

—¿Y cómo crees que lo habrá visto u oído? —Menelao se volvía en la arena, y observé que al parecer cojeaba y se apoyaba más bien en el lado izquierdo.

—Las señales luminosas ya están dispuestas para prender los fuegos. Pero la mayor de todas..., ¿la hueles? —Se puso de puntillas y aspiró profundamente, llevándose las carnosas manos al vientre—. ¡Son los troyanos asados!

—El fuego ya se ha apagado —dijo Menelao. Siempre era muy literal. Pero Agamenón tenía razón..., Troya ardería para siempre.

—Ha sido una buena guerra —dijo Agamenón—. Para nosotros. Estoy orgullosa de ella, aunque tú no lo estés, hermano pequeño.

—Ya te veré en Grecia entonces —dijo Menelao—. Dentro de unos pocos días. Volveremos a aquello que dejamos hace tanto tiempo. Reclamaremos lo que nos espera. —Y entonces se volvió y se dirigió hacia mí, caminando muy tieso. Sí, tenía alguna herida. No me había dado cuenta antes—. Helena —dijo—. Tu última noche en tierra troyana, esposa. Te dejaré a solas con tus pensamientos. Mañana navegaremos hacia el hogar..., hacia Esparta. Me quedan treinta y un barcos. Sólo

treinta y uno de los sesenta que llegaron a esta costa hace tantos años. Ése es el precio que yo, y muchos otros guerreros, hemos tenido que pagar por tu locura.

Yo no tenía nada que decir. Le miré con aquella luz tan apagada, viendo sólo los cambios que se habían producido en él superpuestos a la vaga imagen de hombre joven. Su rostro ahora estaba arrugado, sus labios apretados, y se movía con precaución, como alguien que oculta una debilidad, no como el joven atleta de años atrás. La guerra se había cobrado un alto precio en su cuerpo.

Me llevaron de nuevo al alojamiento de las mujeres en aquella casa húmeda y podrida de Aquiles, y me dieron un camastro para que me echara. Las demás estaban en silencio, excepto algún llanto ahogado. El lugar donde antes estaba Polixena permanecía reveladoramente vacío.

Mi última noche en Troya. Menelao lo había dicho. Aquélla era la última vez que apoyaría la cabeza en mis brazos sabiendo que debajo había suelo troyano. Pero Troya no era más que un montículo humeante, y cuando el sol saliera tendría que contemplar las horribles volutas de humo que subían como zarcillos hacia el cielo, como unos dedos que suplicaran una misericordia que no llegaría.

Polixena había sido muy valiente, la última troyana que había muerto. Habría intercambiado mi lugar con el suyo, o eso quería creer. Pero no sabía si habría tenido el mismo valor. Y ahora volvía a Esparta como prisionera.

¡Mi promesa a Héctor! Le había fallado. No había sido capaz de proteger a Andrómaca. «Tú eres una superviviente», me había dicho él. Pero no había podido salvar a nadie más.

Evadne. Gelanor. ¿Dónde estarían? ¿Habrían perecido en la conflagración? ¡Ah, tenía que haber dejado partir a Gelanor, tal y como él deseaba! Por el contrario, sólo pensando en mis propias necesidades y mi vanidad, le había mantenido en Troya. Su muerte era mi horror.

El broche había llorado sangre, gotas de sangre por los muertos. Yo había matado a muchos. Sentía sus enojados fantasmas agolpándose a mi alrededor, rondando las ruinas de Troya. Por amar a Paris, los maté a ellos, y a él también.

«¿Era eso lo que querías, Afrodita?», le pregunté. Pero ella no respondió. Había prometido salvarme y lo había cumplido. Aparte de eso, no había respuestas.

Subí a bordo del barco, como, mucho tiempo atrás, había previsto Evadne y yo negué. Menelao se reía, con la cabeza echada hacia atrás, de pie en la proa, mientras dejábamos atrás la costa. No me quedé a contemplar la tierra alejarse ni a mirar el humo emborronado que surgía de la noble ruina que antes fue Troya. Pensé que no podría soportarlo.

Tenía mi propio alojamiento; Menelao no se acercaba a él. Se mantenía apartado; tenía su propio lecho junto a la proa, al lado del capitán. Yo tampoco me acercaba a él. Apenas hablábamos si pasábamos uno junto al otro en la cubierta. Era extraño: aquel hombre obsesionado por poseerme no intentaba, de ninguna forma, hacer algo al respecto. Al parecer, le bastaba con que yo estuviera en aquel barco.

Me sentía muerta. Incluso me preguntaba si no podía estar muerta sin darme cuenta de ello. A veces, los muertos no saben que están muertos. Pero el vivificante aire del mar, la agitación del buque, sus cabeceos que alteraban el estómago, me decían que estaba allí, prisionera en el barco que se encaminaba resuelto hacia Esparta.

¿Qué encontraría allí cuando llegase? Lo único que me preocupaba era lo que podía ver reflejado en los ojos de Hermíone.

No llegamos a Esparta como se había planeado. Por el contrario, una gran tormenta se abatió sobre la flota y nos diseminó en todas direcciones. No sabíamos adónde había ido a parar Agamenón; le perdimos de vista. El barco que llevaba al pequeño Áyax se hundió; los dioses le castigaron por su profanación de Palas Atenea y su templo. Veintiséis de los barcos de Menelao se perdieron, y nos vimos empujados por el viento, indefensos, durante días. Cuando finalmente llegamos a una costa era plana y arenosa, bordeada de palmeras. Habíamos llegado a Egipto.

Egipto. Avanzamos tambaleantes y contemplamos un mundo extraño y cálido; verde, marrón y azul: los tres colores de Egipto. Verde por los bancos del río y los canales de irrigación; marrón, el resto: la arena, la fangosa agua del Nilo y las casas de adobes. Y el azul cubriéndolo todo, un cielo vivaz y sin nubes.

Menelao fue aprehendido de inmediato por unos soldados del rey egipcio, el faraón, que residía Nilo arriba en un lugar llamado Menfis. No tuvimos otra elección que ir con él. La mayor parte de los soldados de Menelao se habían perdido con los barcos, y no teníamos medios para resistirnos.

El Nilo era una cinta amplia, plana, de lento movimiento, muy distinto del Eurotas o del Escamandro. La corriente se veía contrarrestada con exactitud por el viento, que soplaba en la dirección opuesta a la misma velocidad. Si alguien deseaba navegar por el Nilo, dejaba que éste lo empujase. Si deseaba navegar río arriba, sólo tenía que izar una vela.

El faraón y su esposa nos recibieron amablemente, pero no fingieron en modo alguno que fuésemos otra cosa que sus prisioneros. Sabían muy poco de la guerra de Troya. Egipto estaba aislado contra todo lo que procedía del exterior. Escucharon con educada curiosidad los intentos de Menelao de explicarse. Observé que él no

mencionaba la razón del inicio. Quizá tenía la sensación de que la historia le favorecía poco.

El faraón nos asignó unas habitaciones conjuntas. Tenía que dormir en la misma habitación que Menelao. No esperaba que él se acercase a mí, pero me sentí muy sorprendida cuando se quitó la túnica y vi la enorme cicatriz que corría desde su muslo hasta la entrepierna. Ahora ya sabía por qué se movía con tanta precaución: había perdido parte del músculo de la pierna.

—¿Me miras? —exclamó—. Mira hasta hartarte. Eso es lo que me hicieron tus troyanos. ¡Me han lisiado!

—No estás lisiado... —empecé a decir. Todavía podía moverse, aunque no como un hombre joven.

—¡No has visto aún dónde acaba esto! —Su voz sonaba feroz—. ¡Traza su camino y verás muy bien dónde termina! —Me cogió la mano y la llevó hasta él, levantándose la ropa interior—. «Esto» es lo que me hizo tu Paris. Pero, de todos modos, ya lo había hecho, cuando le elegiste a él.

—Lo siento de verdad —dije. Y era cierto.

Las ruinas de Troya, las muertes y la destrucción me habían dejado sin apetito alguno para más dolor o para más venganza. La carencia de Menelao no podía devolverme a Paris ni podía hacer que los niños volvieran a cantar en las calles de Troya. Todo aquello era un desperdicio inútil.

—Un poco tarde para eso —dijo—. Un poco tarde. ¿No te habías preguntado por qué no he buscado tu lecho como es mi derecho después de todo este tiempo?

—Oí que decías que Casandra estaba mancillada, y pensaba que creías lo mismo de mí. —No había intentado convencerle de lo contrario tampoco. Aquello era muy útil para mis propósitos.

—Es difícil mirarte y pensar eso. Es difícil mirarte y saber que tengo este..., este impedimento. —Avergonzado, se cubrió la cruel cicatriz y dijo—: Ahora ya puedes contárselo a todo el mundo, diles que Menelao ha perdido su virilidad..., ¡dos veces!

—No le diré nada a nadie —dije—. Somos iguales en nuestra desventura, juguetes de los dioses. Ninguno de los dos ha merecido lo que tenemos.

—Tú sí te lo mereces. Tú lo has provocado todo, para todos nosotros.

¿Debía decirle lo que había en mi corazón, aunque le doliese?

—Quería decir que yo no merecía la gloria, la belleza y el amor de Paris, ni tú tampoco merecías que te tachasen de cornudo y de ser un guerrero peor que tu hermano.

—¡Siempre Paris! —gritó él—. ¡Siempre está aquí! —Me cogió la cabeza entre

las manos y apretó—. ¡Si pudiera sacártelo de aquí, sacártelo de la cabeza!

Me aparté.

—Él forma parte de mí, no puedes.

Se volvió y se arrojó en el lecho, echado muy tieso para acomodar sus heridas.

—¡Él camina por el Hades! —murmuró—. ¿Por qué no puede encontrar la paz? —exclamó—. ¿Y dejarnos en paz?

El faraón anunció que nos iban a llevar río arriba hasta Tebas, donde estaríamos más cómodos. Lo que quería decir era que allí estaríamos más lejos, para mantenernos más cómodamente como prisioneros. Por lo que sabíamos, no había intentado pedir dinero de rescate por nosotros, ni le había dicho a nadie que estábamos allí.

Fuimos en un gran barco ceremonial, con la proa y la popa doradas y un fragante dosel de cedro, desde donde podíamos contemplar la tierra pasar por debajo de nuestra bendita sombra. El sol cocía las orillas, los cocodrilos languidecían sobre ellas, con el rabo metido en el agua fría. Era un viaje de varios días de navegación, pero al anochecer del cuarto día vimos enormes templos en la orilla izquierda, resplandecientes y rojos a la luz moribunda. Parecían extenderse indefinidamente, hilera tras hilera de columnas. Desde nuestro barco podía oír profundas y estruendosas salmodias que procedían del otro lado del agua, cuando los sacerdotes celebraban sus ritos nocturnos.

Un nervioso oficial nos mostró el mayor de los templos después de habernos acomodado en nuestros aposentos y de haber recibido al representante del faraón. Al otro lado del Nilo se encontraban las tumbas, unas bóvedas de enterramiento secreto muy elaboradas. El faraón ya estaba construyendo la suya, aunque todavía era joven, según nos dijo nuestro guía.

—Porque debemos estar preparados para el otro mundo —decía, solemne.

Nos abrimos camino en el interior del vasto templo, donde las columnas, mayores que cualquier árbol sobre la tierra, sostenían los tejados de piedra. Había estatuas tan enormes que sus cabezas casi tocaban el techo, algunas de faraones, y otras de sus extraños dioses con cabezas de cocodrilo, chacal o halcón, mayores incluso que el caballo de Troya. Todas estaban atendidas por sacerdotes y sacerdotisas con túnicas y con las cabezas afeitadas.

—Mira. —Menelao señaló una que tenía la cabeza de cocodrilo.

«Río arriba, en el Nilo, existe una ciudad enorme donde los sacerdotes tienen un templo que es mayor que Troya. Hay estatuas de cinco veces el tamaño de un hombre. Debemos ir allí. En cuanto acabe esta guerra». Paris. Paris quería venir aquí, y ver estas cosas, y...

No podía verlas, no sin él. No podía soportarlo. Me volví y salí corriendo del templo.

Aquella noche soñé con él. Estaba de pie, justo a mi lado, lamentando no poder estar aquí. «Sé tan bien como tú que no puede ser», decía, repitiendo sus palabras de hacía mucho tiempo.

—Calla. —Menelao estaba sentado de una forma rara en mi cama, sacudiéndome. Sus enormes manos estaban en mis hombros, pero no me acariciaba.

Paris se desvaneció, ocultándose en la oscuridad.

—Te he oído gritar —dijo Menelao—. Sólo es un sueño.

Debía de haberme oído gritar «Paris», y sí, Paris había sido sólo un sueño.

—Gracias —le contesté, conmovida al ver que intentaba despertarme y consolarme, aunque me oyese pronunciar el nombre de su rival.

Aunque yo había huido del templo el día anterior, cuando Menelao fue convocado para que se reuniera con algunos oficiales, volví a él. Aunque fue doloroso, sentí que, de alguna manera, Paris estaba allí, o más bien, que hasta su flagrante ausencia de un lugar que tanto había deseado ver hacía que me sintiera más cercana a él. Vagaba por la fresca oscuridad, aunque el mediodía era abrasador, cuando apareció un chico, me tiró del brazo y me llevó a un lado del templo. No le entendía, pero estaba segura de que había venido con algún fin, y que sabía muy bien quién era yo.

—Adivina..., muy sabia —dijo, más o menos, eso fue lo único que conseguí entender.

Ocupé mi lugar en una pequeña habitación en el vasto templo y esperé. Entró una mujer en aquella sala.

—¿Helena? Yo te conozco.

¿Cómo podía entenderla? Pero era cierto. No estaba segura de la lengua que hablaba ni de cómo la conocía yo. Asentí.

—Sí —dije.

—Nos sentimos muy honrados de que camines entre nosotros, aunque sea por poco tiempo. —¿Qué edad tendría? No podía asegurarlo—. Ahora —su voz se volvía apremiante— me has buscado para que te dé algo, mi famoso elixir.

No la había buscado ni sabía nada de su elixir, pero no quería llevarle la contraria.

—Sí —accedí.

—En Egipto somos maestros de las pociones desde hace tiempo —dijo—. Podemos volverte joven, vieja, astuta, olvidadiza...

—¡Ah, sí, dame ésa, porque necesito olvidar muchas cosas!

Ella sonrió.

—Sólo aquellos que han vivido intensamente quieren esa poción. Los que no han vivido bastante desean algo que haga lo que han vivido más significativo, que lo magnifique.

¿Y si se lo contaba? «He causado una guerra espantosa, he causado miles de muertes. Estoy bajo la custodia del hombre del cual hui».

—Dame el elixir del olvido —le rogué—. ¡Enséñame a hacerlo para que pueda reponerlo mientras viva, porque lo necesitaré siempre!

—Es muy potente —me dijo—. Tan potente que aunque hubieses visto a tu madre, a tu padre y a tus hijos asesinados ante tus ojos, no sentirías dolor.

Mi madre ya se había matado, y, ¿no había visto morir a Paris? ¿No había visto arder Troya? ¿Sería lo bastante fuerte para borrar esas cosas?

—¡Lo quiero! —aseguré.

—Como desees —dijo, y se dedicó a sus preparativos.

El frasquito que me tendió estaba lleno de un líquido caliente y dorado. Me lo bebí rápidamente, tal y como ella me enseñó. No sentía gran cosa, aparte de un cosquilleo cálido en los lugares donde el elixir acariciaba mi estómago.

—Espera y verás —dijo.

Empezó a limpiar sus útiles, y dejó a un lado botellas y jarras.

Tendí la mano y le toqué el brazo.

—Me habías prometido enseñarme —le recordé.

Mientras ella cogía las botellas de siropes, semillas secas, trocitos de corteza, y me explicaba las proporciones y el orden en el que debía mezclarlos, noté que me invadía una despreocupación, una gran ligereza. Esperaba ser capaz de recordar lo que ella me estaba contando, porque, de repente, todo parecía carecer de la más mínima importancia. Sin embargo, al mismo tiempo, sabía que era de vital trascendencia.

Sus delicados dedos pusieron el tapón a la botella.

—Ahora piensa en esas cosas penosas —susurró—. Es el momento de probarlo.

Tomé aliento con fuerza y pensé en Troya. Veía las llamas y olía el humo, incluso oía los gritos de los condenados, pero era como si estuviese contemplando una pintura en un muro. No notaba puñaladas de dolor que me atravesaban. No conocía ni a aquellos edificios ni a aquellas personas. Me preparé y pensé en Paris. Ah, sí, todavía sentía dolor, un pinchazo en el corazón.

—¡No basta! —exclamé—. ¡Dame más!

Ella me miró, sorprendida.

—¿Todavía lo notas? Me temo que tomar más sería peligroso. ¿Está lo bastante amortiguado el dolor para poder soportarlo?

Asentí. Quizá fuese una traición para Paris intentar que se desvaneciera del todo.

Nos quedamos en Egipto siete años..., imposible creerlo, pero ésas fueron las veces que el Nilo inundó sus orillas, y así era como ellos medían los años, de modo que era cierto. ¿Quién habría podido pensar que duraría tanto tiempo, quién habría podido pensar que lo soportaríamos? Pero el elixir..., el elixir me dio fuerzas. Comprimía y destruía el tiempo, de modo que los siete años transcurrieron con la rapidez de siete días.

Menelao pudo salir de entre las garras del faraón después de muchas negociaciones, y seguimos nuestro camino bajando por el Nilo, con la vela plegada y las corrientes llevándonos hacia el mar. Las mujeres que transportaban jarras de agua por las empinadas orillas se detenían a mirarnos, como hace siempre la gente cuando pasa un barco. Se mantenían en pie, altas y erguidas, contemplándonos, mientras abandonábamos su mundo.

Menelao me cogió las manos.

—Me parece que tú pertenecías aquí, que estuviste aquí todo el tiempo de la guerra. Sí, la Helena real, tú, había venido a Egipto, donde me esperaba. La que fue a Troya no era la Helena real, sino un doble, un fantasma. En ese sentido, odio tener que irme. Esta Helena que ha estado aquí conmigo es la Helena por la que yo competí, la Helena cuya pérdida lloraba.

Así había encontrado una forma de vivir con aquello.

A mí me parecía lo contrario. La auténtica Helena se había ido a Troya, la Helena que había pasado siete años allí era un fantasma, un espíritu. Ahora, aquel espíritu desaparecería y la auténtica Helena podría acudir por fin a Esparta.

LXXV

Desembarcamos en Gitio. Era muy duro. Todo había empezado allí: aquel día inocente que acudí allí con Gelanor y encontré a Afrodita; nueve días más tarde, me alejaba navegando con Paris. Al entrar en la bahía, miré con nostalgia hacia Cranae, que cabalgaba las olas, hipnótica, haciéndome señas. Nuestra noche allí... Sentía oleadas de recuerdos que surgían en mi interior; más que recuerdos, deseo y añoranza. Pero ya no existía todo aquello. Había desaparecido, convertido en un regreso penitente y vengativo a Esparta para la esposa errante y cautiva.

Menelao subió a la plancha y bajó a la costa. Se inclinó y vertió una libación para los dioses.

—Os doy las gracias por traerme a casa —dijo, y se arrodilló largo rato, mientras los hombres esperaban para sujetar el barco—. Ven.

Me tendió la mano. Era una orden. Tenía que obedecer, volver a donde había estado, ocupar el lugar que había dejado tantos años atrás.

Cayó la noche. Deberíamos habernos quedado en Gitio, y salir por la mañana hacia Esparta. Los carros esperaban, pero habrían esperado más, hasta el amanecer. Pero Menelao se subió a uno de ellos y ordenó:

—¡A Esparta! ¡He esperado una generación entera, no puedo esperar más! ¡Las niñas nacidas el día que partí son madres ya desde hace tiempo! —Levantó las manos para acogerme y ocupé mi lugar a su lado.

De vuelta. De vuelta por el camino que pensé que nunca más volvería a recorrer. Menelao me rodeaba la cintura con el brazo.

—Ahora todo empieza de nuevo —me susurró al oído—. Todo ha quedado borrado. Es como si nunca hubiese ocurrido.

Le miré, con el rostro cubierto de arrugas y su cabello ya clareando.

—Ocurrió —dije. Pero no deseaba hacerle infeliz—. ¿Qué nos encontraremos? —murmuré—. Tengo miedo.

—No lo sabemos —me contestó. Se agarró a la barandilla del carro y miró al frente. El carro siguió su camino.

Después de subir la última loma, vimos Esparta ante nosotros. Esparta, dormida junto al Eurotas, tranquila y bella. El río caudaloso captaba los reflejos de la luna y nos los devolvía, riendo. La ciudadela, el palacio en la cumbre, era fácil de ver desde el lugar donde nos encontrábamos.

Agarré el brazo de Menelao.

—Esperemos aquí. Sería mejor subir con la luz del día, cuando todos en palacio estén en pie y despiertos.

Él frunció el ceño.

—¿Esperar a las puertas de nuestro propio palacio? ¡Qué estupidez!

Sacudió las riendas y los caballos siguieron adelante, colina arriba.

Todavía estaba oscuro cuando llegamos a las puertas. Estaban bien cerradas. Vi que todavía eran las mismas, de madera roja pintada, que había dejado yo. Menelao llamó a los guardias; éstos, con los ojos soñolientos, abrieron las puertas sin importarles en realidad quién era.

Todo el lugar estaba tranquilo. Los únicos sonidos eran los chirridos de las ruedas de nuestros carros. Todo estaba bañado en la luz de la luna, la luna que pintaba todo lo que tocaba con una luz blanca y fría.

«Volverás con la luz de la luna». Sí, igual que había dejado Esparta a la luz de la luna, volvía a ella de la misma manera, como estaba previsto.

Desmontamos. Ante nosotros todo estaba absolutamente tranquilo, esperando.

Caminé lentamente hacia el edificio donde había vivido. Era horrible que todo siguiera igual. No tendría que haber sido así. Todo lo que había pasado debía reflejarse en aquellas piedras, pero ¿cómo habría podido hacerlo?

Abrimos las puertas y penetramos en el interior. Nada se había alterado. Menelao y yo podíamos habernos ido el día anterior. Silenciosamente, recorrimos los corredores. Llegué a la habitación. La luz de la luna la invadía y tocaba el lecho.

—Mañana nos ocuparemos de todo —dijo Menelao—. Nos ocuparemos de todo y sabremos lo peor. A la luz del día podremos afrontarlo.

La luz de la luna era oblicua, retiraba los dedos de la habitación. Pronto amanecería. No sabía a qué me enfrentaba. ¿Dónde estaría Hermíone, que ya debía de ser una mujer? Quería verla, abrazarla, pero al mismo tiempo no quería. Sabía que ella me odiaría. ¿Cómo iba a ser de otro modo?

El implacable sol salió al fin. No nos iba a ahorrar nada. Debíamos contemplar Esparta. Menelao, aprensivo pero menos que yo, se vistió y se preparó. Yo no sabía lo que me esperaba. Pronto lo averiguaría.

Mi padre corría a vernos; sus guardias le habían informado de nuestra llegada. Al principio no le reconocía. Era un anciano encorvado, inválido. Ni siquiera mantenía erguida la cabeza, sino que debía mirarnos de lado.

—¿Hija? —dijo. Su voz era fina y temblorosa.

—Sí, padre —dije, acercándome a él y tomando sus huesudas manos. Ahora que estaba cerca veía que estaba también casi ciego; una película blanca cubría sus ojos.

Él me abrazó, y era como ser abrazada por un cascarón vacío.

—Hija mía —murmuraba sin parar. Luego se apartó un poco y me miró, guiñando los ojos—. Pero ¡si eres vieja! —dijo—. ¡Tienes el pelo gris!

Me eché a reír, por primera vez desde que había entrado en aquel lugar.

—Sí, padre. Ha pasado mucho tiempo. ¿O quizás es que ya no ves bien?

—No veo demasiado, pero sí que veo que la plata supera al oro en tu pelo... Y tu rostro tiene arrugas.

—Entonces ves demasiado bien. —Mi envejecimiento debía de ser muy perceptible, si él lo veía—. Dime, padre. Cuéntame qué ha pasado.

—Mi querida niña... —Sus ojos opacos se llenaron de lágrimas—. Tantas muertes. Todos, todos se han ido..., tu madre, tus hermanos. Y tu hermana Clitemnestra es una asesina. Mató a Agamenón en cuanto él volvió.

—¿Cómo? —gritó Menelao. Se acercó y agarró a mi padre.

—Agamenón desembarcó con su botín de guerra y su..., esa mujer que trajo de Troya. Clitemnestra le recibió con toda ceremonia, fingiendo sentirse muy contenta por su regreso. Las hogueras ya la habían alertado, y sabía lo que se avecinaba. Los condujo dentro con gran fanfarria. Él se metió al momento en el baño caliente que ella le había preparado en una bañera de plata. Desnudo, sin protegerse, exultante por su regreso... ¡Ella le envolvió en una red y lo apuñaló hasta la muerte!

Noté un brote de..., sí, orgullo. Después de todo lo que le había hecho Agamenón... ¡Era justicia, por Ifigenia! ¿Fue eso lo que él vio fugazmente en mis ojos?

—Pero con Odiseo pasó justamente lo contrario —dijo mi padre—. Cuando él volvió a Ítaca...

¿Debíamos oír hablar de Odiseo? ¡Ojalá lo hubiesen apuñalado también!

—... llegó disfrazado, para ver lo que había ocurrido en palacio en su larga ausencia. ¡Qué hombre tan astuto! Porque el palacio estaba sitiado por sus enemigos, aunque su esposa le había sido fiel. Tuvo que matarlos a todos antes de recuperar su lugar legítimo. Agamenón no tuvo tanta precaución. Y por eso yace en la tumba, mientras que Odiseo reina de nuevo en Ítaca.

—¿Y qué ha sido de... la mujer troyana? —preguntó Menelao.

—La mataron también —dijo mi padre—. Antes siquiera de que entrase en el palacio.

Cassandra. Cassandra, otra baja troyana.

—¿Y quién reina en Micenas, entonces? —Menelao parecía desesperado.

—Mi hija Clitemnestra. ¡Qué vergüenza! Y su amante, su primo Egisto. ¡Ah, la

maldición de mi casa se ha cumplido!

—¿Y los demás? —le pregunté, no queriendo saber nada más de la maldición—. Había otros que volvían a casa. ¿Y Hermíone? —Recordé la espantosa amenaza de Neoptólemo de que la poseería.

—Ah, sí, volvieron. El hijo de Aquiles llegó aquí como un trueno y se llevó a Hermíone contra su voluntad y la obligó a casarse con él. Pero duró poco. Ese hombre violento intentó robar el tesoro del templo de Apolo en Delfos y lo mataron. Ahora la gente habla de la «deuda de Neoptólemo» queriendo decir que si matas, acabarán matándote.

Igual que había matado cruelmente a Príamo en un altar, él mismo había recibido la muerte en otro.

—¿Hermíone? ¿Dónde está? —pregunté.

—Aquí. En palacio. Es una viuda sin hijos, sin esperanza de casarse de nuevo: la notoriedad de su madre y la violencia de su marido la han manchado.

Hermíone..., con treinta años ahora, y sola.

—Debo advertirte de que no es una persona agradable —dijo mi padre—. Dudo al decirte esto de mi propia nieta, pero le han ocurrido demasiadas cosas. —Me cogió el brazo—. No intentes verla, al menos no ahora mismo.

Así que estaba allí, cerca. Sólo a unos pasos de distancia. Sin embargo, debía esperar.

—Neoptólemo..., ¿se llevó con él a otra mujer de Troya? —dije; había cogido a Andrómaca. ¿Qué habría sido de ella?

—Ah, sí, esa mujer tan alta. Se escapó de él cuando se casó con Hermíone, y huyó con alguien..., se fueron al norte.

Andrómaca. A salvo. No había podido cumplir mi promesa, pero ahora Héctor podría descansar.

—¿Y mis queridos hermanos? —Tenía que preguntarlo, debía oírlo.

—Cayeron juntos. Estaban preparándose para unirse a la locura de Troya. Pero las flechas de Apolo los hirieron antes.

Así que Agamenón tenía razón con sus crueles palabras. Habían desaparecido; ya no podríamos cazar ni cabalgar juntos nunca más. Pero yo no les había matado. Eran casi los únicos entre los hombres que conocía que no habían perecido en Troya. Perséfone los había compadecido y no los había llamado por mi causa.

De pronto me sentía muy cansada, apenas podía permanecer en pie. La brillante luz del día formaba remolinos a mi alrededor. Estaba de vuelta en palacio, pero todo había cambiado, y todo el mundo había muerto.

Menelao cayó en la cama a mi lado.

—Nunca volveré a coger su brazo de nuevo. Y nos habíamos peleado cuando nos separamos.

Me costó un momento comprender que se refería a Agamenón.

—Siempre nos sentimos torturados por nuestro recuerdo de la última vez que estuvimos con alguien, lo que dijimos, lo que no dijimos. Con mi madre..., oh, Menelao, ¿cómo podremos soportar ninguno de nosotros lo que los años nos han echado encima? —Pensé con añoranza en el elixir y en su misericordia, pero no, no quería sentir aquello.

—No podemos —dijo él—. Y por eso los ancianos andan encorvados.

Necesitaba verlo todo. El palacio, con sus habitaciones que me hablaban, contándome cada una un recuerdo. El mégaron donde Clitemnestra y yo elegimos a nuestros maridos. Las puertas, la puerta de atrás por la que huimos Paris y yo, la otra, por donde Clitemnestra y yo nos escabullimos aquel día hacia la ciudad. La gran pradera donde Menelao y yo caminamos por primera vez como marido y mujer, y donde vimos a Gelanor. Gelanor..., ahora desaparecido también. Los bosques donde cazaba con mis hermanos, y la orilla del río donde corría, y... ¡ah! Todos estaban allí aún, pero los momentos que habían cambiado mi vida habían desaparecido, tan desaparecidos como Troya.

El árbol de Hermíone había crecido mucho en los años transcurridos desde que fue plantado. Su copa poblada susurraba suavemente en la brisa benévola del estío. El promontorio del caballo, sí, allí fue donde empezó todo el mal. Debía ir allí, enfrentarme a él, patalear en la tierra, maldecirlo.

El montículo se encontraba a cierta distancia de Esparta. Recordaba lo mucho que nos había costado llegar hasta allí, con el corazón latiendo deprisa y todo mi ser invadido por la confusión y el bochorno. Volvía a trazar aquellos pasos, caminando con calma, consciente de todo lo que me perdí entonces: los tranquilos valles a cada lado, los oscuros bosques, el calor del mediodía serenando la tierra.

«Levantad un montículo encima, para que quede como recuerdo de este día y este juramento», había dicho mi padre. Su voz era fuerte y clara aquel día, y no este gorjeo como de grillo a la que se había visto reducida.

Lo vi allá delante. Era irregular, abultado, pero, aun así, inconfundible.

Montículos..., el túmulo de Aquiles, el memorial del caballo. Uno conducía directamente al otro. Cosas espantosas, que afeaban el paisaje.

Al acercarme, vi que la tierra estaba más alta de lo que yo pensaba. Subí por uno de los lados, inclinado, agarrándome a los matos de hierbas para alzarme. Allí debajo, allí debajo estaban los huesos... ¡Ah, los hombres habían mantenido su promesa! Me senté en la cima, recordando a los hombres que habían jurado. Mi padre había pensado evitar así el derramamiento de sangre, y en lugar de ello, lo había inducido.

Augurios. Si empezase de nuevo, una nueva vida, ignoraría todos los augurios, sin hacerles caso ni tratar de inutilizarlos. Si decidimos hacer caso omiso de ellos quizá pierdan su poder, como los viejos dioses y diosas, a los que ya no se adora, se desvanecen y sueltan la presa sobre nosotros.

Qué dulce soplabla el viento sobre aquella hierba, acariciándola. Como la hierba de Troya y los caballos a los que alimentaba. Caballos. Troya. Vivos y de madera. Troilo y sus caballos, Paris domando caballos salvajes. Héctor, el Domador de Caballos. Los muertos que salpicaban la llanura de Troya. Los misteriosos caballitos de la isla de Esciros. El caballo muerto que dormía allí.

Metí la cabeza entre las rodillas, cerré los ojos. No sabía lo que había esperado encontrar allí, pero no era aquel montículo letárgico, ensoñador. Debí de dormirme, porque cuando abrí los ojos las altas hierbas se agitaban ante mi vista y una mujer estaba de pie ante mí.

No la conocía. Me miraba con los ojos entrecerrados, inclinando la cabeza para verme la cara.

—No tan guapa —dijo.

¿Quién sería?

—Mejor —dije—. Porque esa cantinela ya cansa, se ha pasado su hora.

—Pero supongo que hay algunos que insisten en fingir que todavía es así. —Su voz era hostil, y seguía mirándome.

No me levanté, y ella se sentó a mi lado, haciéndose sombra en los ojos.

—He oído..., bueno, todos en Esparta lo hemos oído, que ha vuelto Helena.

De modo que era una mujer de la ciudad.

—Sí, después de un largo viaje.

—Veinticuatro años, para ser más exactos. —Sus palabras eran secas, pero había algo en ellas, algo en la forma de inclinar la cabeza...

La miré a los ojos. Unos ojos castaños que me devolvieron la mirada.

—El tiempo no ha pasado de la forma normal para mí, los dioses confundían los años para todos los que estábamos en Troya, pero confío en tus cálculos.

—Veinticuatro años. Eso significa que tu hija tiene ahora treinta y tres. Hermíone,

a la que abandonaste. ¿Pensabas alguna vez en ella?

Aquella mujer era muy atrevida para interrogarme de aquella manera. Yo todavía era la reina de Esparta.

—Todos los días —dije—. Estaba conmigo en Troya. Andaba conmigo por las calles, se calentaba al fuego de Príamo, subía conmigo al monte Ida.

—No lo hice. —Las palabras sonaban mordaces, como si me las arrojara.

¿Hermíone? No podía ni pensar...

—Pero ¿tú eres...?

—¡Tu hija abandonada! —Se levantó de un salto para mirarme mejor desde arriba—. ¡De la que huiste! ¡Me dejaste aquí tirada como un juguete que se echa a un lado! ¡Sí, soy Hermíone!

Me levanté también, pero no tan rápido como ella.

—Mi querida hija, yo...

—¿Hija? Me avergüenzo de ser tu hija. ¡La hija de Helena de Troya! ¡Sinónimo de vergüenza!

La miré. No reconocía ningún rasgo de la niña que había dejado. Aquella mujer tenía el cabello castaño, los ojos castaños, un rostro hermoso, pero sin nada especial, y los pies anchos, calzados con zapatos resistentes, que sobresalían por debajo de su vestido.

—Mi vergüenza no es tu vergüenza —dije.

—He venido aquí a menudo para intentar comprender lo que empezó aquí.

—Pero no has podido —intervine—. No es más que un montículo vacío, con hierbas que susurran cuando el viento pasa por encima. Tendrías que haber oído hablar a tu abuelo, ver a los hombres reunidos.

Levanté la mano. Necesitaba tocarla. Ella retrocedió.

—¿Cómo pudiste dejarme? —me preguntó—. ¿Cómo es posible que una madre abandone a su hija? Y salir huyendo con ese chico, que sólo era unos años mayor que yo...

—Yo no te abandoné. Intenté llevarte conmigo. Pero tú no quisiste venir. Querías quedarte con tus tortugas y con tus amigos.

—¡Tenía nueve años! ¿Cómo iba a comprender lo que me pedías?

—No podías. —Di otro paso hacia ella, pero de nuevo se retiró—. Pero Paris sí que lo sabía.

—¡Paris! ¡No pronuncies ese nombre! El nombre que me robó una madre e hizo que mi abuela acabara con su vida.

En tiempos le gustaba. Pero ahora era sólo un símbolo de su pérdida.

—Paris...

—¡Te he dicho que no pronuncies ese nombre! —Se volvió para irse.

—Espera... —Quise cogerla—. ¡Por favor, no te vayas!

Hermíone se volvió, se irguió, se envolvió estrechamente con su manto.

—¡Cuántas veces he deseado decirte eso, rogarte! Pero no podías oírme... —Hizo una pausa—. Estabas muy, muy lejos.

—Mi madre... —Levanté las manos—. Por favor, cuéntamelo.

—Fui yo quien la encontró. ¡Sí!

Como si me hubiesen golpeado, retrocedí. Aquel horror nunca había podido imaginarlo. Pensaba que había sido uno de los sirvientes, uno de los guardias. No mi padre o Hermíone.

—No...

—¿Quién creías que fue, entonces? ¿O ni siquiera lo habías pensado? Fui a su habitación temprano..., a ella siempre le gustaba desayunar conmigo, y cuando te fuiste, yo no tenía otro sitio adonde ir. Entré allí, antes de que saliera el sol incluso..., y la encontré. Llevaba muerta desde la noche, eso me dijeron, y por eso estaba tan azul... Cogí esas malditas plumas de cisne y las quemé en el brasero, y si hubiera podido, te habría quemado a ti.

Ahora..., ahora, debía cogerla. En lugar de apartarme, la envolví entre mis brazos, y sollocé.

—Habría estado justificado —afirmé—. El cisne..., que desaparezca de nuestras vidas.

Ah, la gloria de los dioses y sus breves visitas... no valen todos los sufrimientos que acarrear después.

Hermíone no se apartó, sino que dejó que la abrazara.

—Llévame a su tumba —dije—. Déjame llevarle una ofrenda.

Las tumbas se encontraban en una cueva en parte natural, no lejos del palacio. Una pequeña gruta en la colina se había ampliado para permitir excavarlas. Había cuatro: la de mi madre, la de Cástor, la de Polideuces y una vacía, destinada a mi padre.

—Vengo aquí todos los días —dijo Hermíone—. Como mi prima Electra va a la tumba de su padre, y jura vengarle.

La pequeña Electra... Pero claro, ahora ya sería una mujer adulta. ¿Cómo podía llorar alguien a Agamenón, y menos que nadie la hermana de aquella que había sido asesinada de una forma tan vil?

—No estoy segura de que necesite venganza —dije, dubitativa, sin querer que

Hermíone se distanciase.

—¡Esa madre que tomó un amante! —dijo, con ferocidad—. Parece que es cosa de familia.

Entonces no pude evitar sonreír.

—Es una maldición, y muy poderosa, que pesaba sobre nosotros. Y veo que se ha hecho realidad.

Pero no quería hablar de ello. Lo único que me importaba en ese momento era mi hija. Y las tumbas de mi querida madre y de mis hermanos.

—Aquí —dijo ella, mostrándome la larga caja de piedra incrustada en la pared de piedra. Una corona de flores mustias se encontraba encima de ella.

Madre. Oh, madre. Me abracé a la fría piedra. No había llevado nada..., pero eso no era cierto. Me había llevado a mí misma.

—Estoy aquí... Helena. —Murmuré palabras de cariño al apretar los labios contra las esquinas de la tumba—. Tu Helena.

No tenía que decirle todo lo que había pasado desde que nos separamos. No tenía que hablarle del tiempo que pasé en Troya. No tenía que contarle lo que me había ocurrido desde entonces. Los muertos son amables en ese sentido, no necesitan un relato completo.

—Y aquí tus hermanos. —Hermíone me mostraba las otras tumbas.

Me arrodillé ante ellos, pidiéndoles su guía.

—Siempre me guiasteis —dije—. Me enseñasteis muchas cosas.

No les dije que me dolía mucho que se hubiesen ido; ellos ya lo sabían. No debemos hablar a los muertos de cosas que ya saben. Eso les insulta.

—Espera una tumba para mi padre. —La señaló—. Pero después de mí, el linaje de Tíndaro morirá. Yo soy la última —dijo Hermíone. Su voz era como una nota triste.

—No lo sabes. —Ella todavía estaba en edad de tener hijos—. Tendrás otro marido. Neoptólemo no te merecía. Vi las cosas incalificables que hizo en Troya. Dices que he profanado mi propio nombre, pero él profanó el de su padre, Aquiles. Eres libre, y ahora vendrá alguien a quien ames.

—Como hija de Helena... —empezó.

—Se esperará que seas bella y apasionada. ¿Lo eres? —Ahora era yo la que debía mostrarme atrevida. La miré de cerca. Su rostro era agradable, su cabello espeso y brillante.

Ella retrocedió, sonrojándose.

—Apasionada..., no lo sé.

—No lo sabrás hasta que el hombre que amas venga a ti. —Me incliné hacia delante—. Con las mujeres es el hombre, y no el momento. Ésa es la verdad. Con los hombres, es al revés.

Había visto a mi hija, e incluso había dado unos tímidos pasos hacia la reconciliación. El pasado siempre estaría ahí; ella desconfiaría de mí durante largo tiempo, pero me había admitido con precauciones en el patio delantero de su vida. Era más de lo que me atrevía a esperar.

LXXVI

Temiendo asustarla, como una mariposa que se posa en una flor, no me acerqué con demasiada audacia los días que siguieron. Dejé que ella lo hiciera a su modo, aunque mis ojos nunca se cansaban de mirarla, pero sólo cuando la podía mirar en secreto. El tiempo traería todas las cosas. Tenía que creerlo.

Y teníamos tiempo en abundancia. No había nada que se presentara ante mí, nada que tuviera que alcanzar ni de lo que tuviera que retirarme. Miraba el palacio y los campos, tan modestos comparados con los de Troya, y me satisfacía diciendo que estaban bien atendidos. Sin mi madre, mi padre no tenía interés alguno por aquellas cosas. Me preguntaba si él había pensado alguna vez en volverse a casar, pero me dijo, mirándome con sus ojos acuosos y nublados, que ninguna familia quería emparentar con la casa de Tíndaro, tan maldita ya como la de Atreo.

—Entonces Menelao y yo formamos una pareja adecuada —le dije—. ¿Y la esclava etolia que dejó Menelao? —Recordaba que estaba embarazada—. Intenté plantear la pregunta con ligereza, como si no fuera importante.

—Tuvo gemelos. Ahora son hombres adultos, y todavía viven en palacio. Esperan que tanto Menelao como yo muramos antes de que Hermíone tenga un heredero. Bueno, ahora han visto frustradas sus esperanzas al trono. Menelao debe darles algo, enviarlos fuera.

Todas esas cosas que había dejado sin concluir ahora volvían de nuevo a mi vida.

—Deseo ver a Clitemnestra —dije—. ¿La has visto desde...? ¿Viene aquí alguna vez?

—No, hija mía, y yo no he podido ir a verla. No deseaba dejar Esparta en manos de los gemelos con todos estos... sobresaltos. No me parecía sensato.

—Ahora podemos ir juntos. Menelao evitará todos los problemas.

Él suspiró.

—Me temo que ya soy demasiado frágil. No podría soportar los traqueteos del carro ni la subida final por la montaña.

Noté que mi padre me preguntaba muy poco por Troya. No parecía sentir curiosidad por aquello. ¿Acaso la curiosidad desaparece con la edad, con la falta de la agilidad? ¿O acaso se sentiría, como mi madre, invadido por la vergüenza?

—Me prepararé para ir dentro de unos días —dije; ansiaba ver a Clitemnestra, compartir al fin lo que había pasado en aquellos largos años.

Menelao no se sintió demasiado complacido; intentó prohibirme que fuese. Mi

hermana había matado a su hermano y vivía con otro hombre. Le tocaba demasiado de cerca.

—No perdono lo que ha hecho; lo aborrezco. Pero es la única hermana que me queda viva, y tu hermano cometió un gran crimen contra ella. No debemos llevar las cosas más allá. Recuerda sólo que, igual que tú amabas a tu hermano a pesar de sus maldades, así amo yo a mi hermana. Si no voy a verla de nuevo, añadiré otro sufrimiento más al gran peso de la guerra.

—¿Y querrás llevarte a Hermíone? ¡No quiero que ella vea a esa mujer!

Había pensado en ella; ¿no había vivido ella con Clitemnestra un tiempo? Pero sabía que su respuesta sería que no.

—Lo comprendo —dije—. Iré sola... Sólo con los conductores y los guardias, por supuesto.

Él me cogió del brazo.

—Ten mucho cuidado —me dijo.

—¿Crees que ella me haría algún daño? —le pregunté; qué extraño era que insinuara aquello.

—No la has visto desde hace muchos años. No sabes lo que te puedes encontrar.

—Igual que tú y yo —le recordé.

Se quedó algo avergonzado, como le pasaba a menudo.

—Tendré cuidado —le prometí.

¡Volver a Micenas! ¡Estar allí sin la opresiva presencia de los hermanos, estar de nuevo con Clitemnestra! No pensaba en Egisto; no tenía espacio para él en mi mente. El día era claro y limpio, y tenía dos carros que me llevarían a mí y a mis doncellas, y una carreta más lenta cargada de regalos. Había registrado el palacio buscando algo que regalar. Era difícil, ya que en Micenas habría más o menos las mismas cosas. Los mismos tarros de alabastro para los ungüentos, las mismas jarras pintadas de marrón, los mismos vestidos perfumados. Bajábamos por la empinada pendiente y salimos a la llanura, salpicada de plátanos y pequeños huertos y campos de cebada. No había destrucción allí, como en Troya, pero la ausencia de hombres que atendieran las cosas había causado una ruina más sutil. El abandono acechaba la tierra. Muchos de los hombres no habían vuelto de Troya, y pasaría una generación entera antes de que la tierra pudiese florecer de nuevo.

¿Por qué, por qué se habían ido? ¿Qué poder de persuasión había tenido Menelao? Debió de prometerles una rápida resolución, gloria y botín. Nada de ello había ocurrido; nadie obtuvo botín, excepto los líderes y los pocos afortunados que volvieron. En lugar de enriquecer a Esparta, la guerra la había empobrecido.

El conductor de mi carro señaló un bosquecillo de chopos junto a un arroyo.

—Ahí —dijo—. Ahí fue donde Menelao reunió el ejército.

Me había hablado de ello. Un lugar maldito, que condenó a todos aquellos que se reunieron en él con la moral tan alta. Vi un plátano enorme, un poco apartado. Debía de ser el que había plantado Menelao para conmemorar la guerra. Verlo me dio un escalofrío. Pensé en el roble de Troya, aquel otro emblema de la guerra. De él no quedaba nada.

Tras dejar la llanura, empezamos a subir las colinas, con los carros delante de la carreta, más pesada. Los halcones planeaban por encima de nosotros, jugando en el cielo.

Tuvimos que detenernos para pasar la noche, y elegimos un vallecito pequeño que parecía seguro y abrigado. Las aves se vieron reemplazadas en el cielo por los murciélagos que salían de su lugar de descanso como flechas oscuras y rápidas en la luz desfalleciente. Cansada y a salvo, dormí profundamente. Aquella noche no necesitaba el elixir del olvido.

Con la primera luz del alba nos pusimos de nuevo en camino. Pero, en algún momento de la noche, las palabras de advertencia de Menelao habían penetrado en mi interior como una mancha, y ahora coloreaban todo lo que veía. Noté que mi aprensión iba en aumento mientras nos acercábamos a Micenas. De pronto, todo parecía sospechoso. La gente que nos contemplaba desde los campos parecía huraña. El cielo se había quedado sin halcones y estaba lleno de nubes.

¿Qué encontraría? Ahora me parecía una ingenuidad creer que Clitemnestra y yo volveríamos a reunirnos de nuevo como si nada hubiese cambiado. Tenía que haberle enviado unos mensajeros antes para decirle que iba a verla. Tenía que haberle dado una oportunidad de prepararse o de negarse a verme. Me agarré al carro a medida que avanzábamos.

Los hombres se reían y bromeaban. Para ellos el día era bueno. Noté que mi corazón iba dando saltos, como si me persiguiera una jauría de perros. Algo espantosamente opresivo se cernía sobre nosotros, y ellos no podían verlo, no podían sentirlo. Pero esa visión me lo estaba revelando, y se hacía más fuerte cuanto más nos acercábamos a Micenas.

¡Deprisa, deprisa!, quería azuzarlos. Quizá consiguiéramos llegar allí antes de que ocurriera. Era importante que lo hiciésemos. Por eso había emprendido aquel viaje, ese día en particular. Ahora lo sabía.

—¡Más rápido! —dije de repente, sobresaltando a mi conductor—. Tenemos que ir más rápido.

Él sonrió.

—Ah, pero hay mucho tiempo, señora. Tal y como vamos, llegaremos mucho antes de que oscurezca.

—¡Demasiado tarde, demasiado tarde! —dije—. ¡Os digo que corráis! Que los otros vengan detrás, pero nosotros tenemos que ir lo más rápido que puedan llevarnos los caballos.

Él me miró, extrañado.

—No es bueno para ellos. Se acalorarán demasiado.

¿Estaría mi destino ligado siempre a los caballos?

—¡Olvídate de los caballos! —grité—. Va a ocurrir algo malo... ¡Ocurrirá ahora mismo, si no llegamos a tiempo!

Él empezó a discutir, pero yo era su reina.

—Como digas —gruñó, y los azuzó con el látigo.

Subimos por la colina; la grava volaba detrás de nosotros. Era lo máximo que podíamos acercarnos a volar, pero mi corazón no se sentía elevado. Me sentía agarrotada por el temor más oscuro que había sentido desde el sueño de Paris y la flecha.

¡Justo pasando la siguiente colina! Recordaba bien el paisaje. Casi estábamos allí, casi a la vista. Seguía siendo invisible, metido en aquel hueco de la montaña, hasta que doblabas el último recodo y entonces podías verlo, un refugio pétreo que se alzaba confundándose con la ladera de la montaña.

Cubiertos de sudor, los caballos intentaron bajar el paso, pero yo rogué al conductor que mantuviera la velocidad. Todo parecía tranquilo, sin alteración alguna. Por un instante, me sentí muy tonta y muy aliviada.

Luego un carro salió entre las puertas, de pronto, y se dirigió rápidamente hacia nosotros. Los caballos corrían como locos, con los ojos desorbitados, y su conductor chillaba y los azuzaba para que galopasen más rápido. Tras él, a pie, la gente le perseguía; los arqueros le disparaban, pero él estaba ya fuera de su alcance. Gritos y chillidos resonaron por la colina.

—Se nos echará encima —dijo mi conductor.

La estrecha carretera no permitía que pasaran dos carros. Intentó sacar el nuestro del camino, pero una de las ruedas se atascó; sólo habíamos conseguido salir a medias cuando el carro que iba tan rápido salió volando de una elevación y se dirigió justo hacia nosotros. El conductor intentó hacerse a un lado, pero tuvo que girar y, finalmente, detenerse. Saltó del carro y cogió las riendas, para guiar a su caballo jadeante en torno a nosotros.

La sangre cubría su manto y sus antebrazos; sus manos rojas habían manchado las riendas.

—¡Apartaos a un lado! —nos ordenó, sacando una espada—. No me miréis.

Pero no pude evitar hacerlo. Era joven, bien proporcionado, y, bajo la sangre que lo cubría, su rostro podía ser hasta hermoso.

—¿Quién eres? —grité—. ¿Qué has hecho?

De alguna manera, era como si mi visión especial me diese derecho a interrogarle. Pero él no sabía nada, excepto que yo le había desobedecido.

Se volvió hacia mí y me miró con los ojos entrecerrados, para decir a su vez «Y tú, ¿quién eres tú?»; en ese momento, lo que más había odiado siempre me salvó.

—Helena. Tienes que ser Helena. La causa de todo esto, de lo que he hecho —dijo, pero no me clavó la espada.

—No tengo nada que ver con lo que tú hayas hecho o no. Ni siquiera sé lo que es.

—He vengado a mi padre. Me ha costado muchos años, pero yo no era más que un niño cuando fue asesinado. Un hijo debe adquirir la fuerza suficiente para vengarse, y eso cuesta tiempo —dijo, y movió su caballo para que pasase junto a nosotros, como si hablase de pesca o de las estaciones.

Asesinado... Padre... Venganza...

—Ah, ¿a quién has matado? —exclamé.

—A mi madre —dijo entonces.

¡Era Orestes, el hijo menor!

—¿Has matado... a tu madre?

Por horrible que fuese el acto, casi igual de horrible era que pudiese contarle con tanta calma, con tal orgullo.

—Había que hacerlo. Y también he matado a Egisto. —Parecía como atontado, y entonces me di cuenta de que no estaba orgulloso ni indiferente, sino tan asombrado que apenas podía creer lo que había hecho. Saltó de nuevo a su carro, ahora apartado del nuestro—. Ve y límpialo todo —dijo—. Es tu hermana. Mi hermana la odia, y podría incluso profanar el cuerpo. —Chillando a sus caballos, los azuzó hasta que se pusieron al galope. Desapareció en una nube de polvo.

Me apoyé en mi conductor.

—Por eso sabía que debíamos apresurarnos. —Sabía que mis palabras sonaban absurdas, como siempre pasa en esas ocasiones. No hay palabras lo suficientemente fuertes—. Y sin embargo, no hemos llegado a tiempo.

Los perseguidores llegaron a la cima de la colina y se enfrentaron a nosotros.

—¡Le habéis dejado escapar! —chillaron.

—No hemos podido detenerle —dijo mi conductor.

Avanzaron amenazadoramente hacia él con lanzas, arcos y espadas desenvainadas.

—No perdáis vuestro tiempo con nosotros —les dije—, continuad tras él. Soy Helena, la hermana de la Reina. Por favor, dejadme pasar para que pueda ocuparme de ella.

Ahora parecían incluso más agitados y furiosos.

—¡La causa de todo! —decía un hombre—. Sin ti, él nunca se habría ido. Si no se hubiese ido, no habría ocurrido nada de todo lo demás.

—Estoy harta de eso —dije. Y en aquel momento, supe que había escuchado dócilmente por última vez la última descarga de culpabilidad que podía soportar en toda mi vida. Si no hubiese ocurrido esto, entonces no habría ocurrido lo de más allá. Sí. Pero ¿cuánto tiempo y hasta dónde se podría remontar aquello? En realidad, nunca tendría fin—. Ya basta. Tengo que atender a mi hermana muerta. Quitaos de mi camino.

Todos se apartaron como hojas secas.

Ya no había necesidad alguna de correr. Esperamos a que el otro carro nos alcanzara, y también la carreta con los inútiles regalos. Luego seguimos adelante hacia la fortaleza palacio, yendo todo lo rápido que pudimos por la carretera, como si hubiese seguridad dentro de los carros. Pero tuvimos que abandonarlos al llegar a la base de la ciudadela, que estaba escondida en una grieta entre dos montañas. Un empinado sendero conducía hasta la puerta de entrada, con sus leones rugientes en el dintel. Nunca había pasado debajo de ellos con una sensación positiva, pero, en comparación, todas las demás veces me parecían entonces ocasiones felices.

Qué silencioso estaba todo. No había guardias ni trabajadores, y las puertas estaban abiertas de par en par como una herida, exponiendo la carne interior del palacio. Entramos, al no ver a nadie por allí. ¿Se habrían ido todos en persecución del asesino? Llenos de temor, seguimos ascendiendo hasta que llegamos a la cumbre, hasta donde se extendía el palacio. Éste tenía su propia puerta, también abierta, y entramos por ella. Allí estaban los talleres y los almacenes, pero sólo una cosa nos atraía: el palacio mismo. Corrí delante de todos ellos para entrar la primera, sola. La extraña quietud se cernía sobre aquel lugar como una niebla. Luego, a medida que mis ojos se fueron acostumbrando a la débil luz del interior, vi unas formas agazapadas, gimoteando, con la garganta estrangulada, en torno a algo.

Debía de ser el lugar donde yacía ella. Me acerqué; hasta que estuve de pie junto a

ellas, las figuras envueltas en mantos no me percibieron.

—¿Es la Reina? —pregunté.

Uno de ellos levantó la vista y se echó atrás la capucha.

—¿Quién eres? —susurró la mujer. Luego meneó la cabeza—. No puede ser, pero creo que es Helena.

—Puede ser, soy yo —dije.

—Ella pensaba que estabas muerta —dijo la mujer, con toda desenvoltura—. Perdida, como Troya. Y ahora ha ocurrido lo contrario..., tú vives y ella está muerta.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté; necesitaba oírlo de la gente que la había amado, no de su asesino. Ah, ojalá un relato amable borrara todo el horror de lo que Orestes había contado de forma tan orgullosa.

Ahora hablaron otras figuras del círculo de plañideras.

—Su propio hijo la atacó y la asesinó cuando le daba la bienvenida. Él llevaba fuera muchos años, y acababa de volver, y el corazón de ella se alegraba. Pero sólo había vuelto por una razón: para matarla. La apuñaló cuando le tendía los brazos para recibirle. El primer golpe dio en el blanco. Ella sólo tuvo tiempo de decir: «¿Orestes?», y cayó. Allí, donde está. La cubrimos, pero no la tocamos. Prepararla para el funeral es una tarea de la familia. Pero no queda nadie aquí para llevar a cabo ese deber.

—¿Y Electra? —pregunté. Pero entonces recordé las palabras de Orestes.

—Ella no piensa realizar los ritos. En este mismo momento, está haciendo un sacrificio en la tumba de su padre, hablándole del crimen.

—Pero eso no es nada nuevo —dijo otro testigo—. Va a la tumba de su padre cada mañana y cada tarde. Finge que su objetivo es honrarle, pero, en realidad, lo único que hace es incubar su odio y sus pensamientos de sangrienta venganza. Día tras día le hace compañía, fustigándose con una furia negra y malévolas. Realmente, creo que ni él mismo podía odiar tanto a Clitemnestra como la ha odiado su hija, en su nombre.

—Fue ella la que llamó a Orestes para que él fuese su brazo y llevase a cabo el crimen. Y ahora será él el perseguido por las implacables furias, pero ¿a ella qué le importa? No, ella no preparará a su madre para la tumba —intervino una mujer, respondiendo finalmente a mi pregunta.

—Entonces lo haré yo —dije—. Y de buen grado.

Me incliné para retirar la prenda que la cubría, temiendo ver, pero sabiendo que debía hacerlo. Lentamente, la prenda se deslizó y destapó su cabeza, luego sus hombros, luego su cintura. Su largo cabello le cubría el rostro, pero la sangre la embadurnaba desde los hombros hasta más abajo de la cintura, y formaba un charco

oscuro y espeso bajo su cuerpo, un charco donde se agarrotaban sus dedos.

—Oh —dije, y retrocedí.

Suavemente, intenté apartar el pelo, pero las puntas estaban empapadas en sangre. Finalmente le vi el rostro, con los ojos abiertos y fijos, sorprendidos. ¿Sorprendida al ver a Orestes después de tanto tiempo? ¿Sorprendida por el dolor del cuchillo? ¿Sorprendida por morir? Suavemente, le cerré los párpados. Todavía le quedaba algo de calor, pero las frías piedras le robarían pronto a su cuerpo los últimos vestigios.

—Dos reuniones tristes —le dije—. Si la nuestra hubiese sido la primera, quizá esta segunda habría tenido un final mejor.

Una vocecilla aguda penetró en la cámara.

—O hubiese acabado con dos merecidas muertes, en lugar de una.

Me di la vuelta y vi a alguien que venía hacia mí, una mujer joven vestida con tristes ropajes negros, pero con una mueca despectiva en el rostro.

—Tú debes de ser Electra, la gentil criatura de la que tanto he oído hablar. —Me sorprendía la acritud de mi propia respuesta—. Dulce, encantadora y amable.

—Pregúntale a mi padre, él te lo dirá. Pregúntale a «ella» y te contará otra cosa distinta. Todo depende de quien hable.

Ahora estaba tan cerca que podía ver bien sus rasgos, gruesos y oscuros, como los de Agamenón. Por un instante, noté que me estaba enfrentando a él de nuevo.

—Tú y mi madre sois verdaderas hermanas —dijo—. Adúlteras que abandonaron a sus maridos.

—Como predecía la maldición de tu padre —dije—. Es una lástima tener hijas que se han casado varias veces, eso lo admito.

—¿Casado? —se burló ella—. ¿Así lo llamas? —Se enderezó, orgullosa—. Me gustaría tener un cuchillo y hacer que te unieras a ella.

—Pero eres demasiado cobarde para hacerlo —dije, con toda sinceridad—. Tú te has quedado acechando, haciendo planes, has esperado durante años, pero has enviado a por tu hermano para que lo hiciera. Bah, que patética falsa guerrera estás hecha.

Esperaba provocarla para que intentase golpearme, porque estaba segura, a pesar de que ella era más joven, de que yo era más fuerte. Quería luchar con ella; mi corazón reclamaba un castigo inmediato para aquella mujer, y quería ser quien se lo administrase. No era noble, pero que los dioses me ayudasen, era lo que venía entonces a mi mente. Y ella, ya furiosa, se abalanzó sobre mí. Era fácil de dominar, y la arrojé contra la pared. Le eché la cabeza hacia atrás, tirándole del pelo. Jadeando, le dije:

—Tu padre estaría avergonzado de ti ahora. No tienes más fuerza que un perro

viejo e incontinente. Pero, bueno, también él era un fanfarrón. Así que quizá lo comprendiera.

La solté antes de golpearle la cabeza contra el muro de piedra, cometiendo así otro crimen en aquella sala. Reconocí con vergüenza que la había usado de aquella manera para atacar a su padre, cosa que ansiaba hacer desde hacía mucho tiempo.

—¡Vete! —le ordené—. Déjanos para no mancillar el fantasma de tu madre.

Las sirvientas estaban sin habla mientras tanto, asombradas. Cuando Electra se recuperó un poco y salió de la habitación, murmuraron:

—Bueno, ahora ya podemos proceder.

—¿Dónde está el cuerpo de... él? —pregunté.

—Fuera —dijo una de ellas—. Estaba preparando un sacrificio de bienvenida. Orestes le atravesó por la espalda con una lanza, y cayó en el altar.

Me puse a temblar.

—Buena pareja, el hermano y la hermana.

El mejor de los hijos, pues, era aquella niña que Agamenón cometió la locura de sacrificar, Ifigenia; en cambio, había dejado vivir a estos dos monstruos. Nunca había sido demasiado inteligente. O quizá sintió que Artemisa se merecía lo mejor, y que debía ofrecérselo. Meneé la cabeza. Ya no quería pensar más en aquel hombre ni en la guerra. No debían contaminar los ritos del funeral.

Ella ya tenía una tumba junto a la de Agamenón. La idea de que descansara junto a él me parecía errónea, pero me dije que ella había tenido años para preparar otra tumba, de modo que aquél debía de ser el lugar elegido por ella. Cuando las sirvientas y yo colocamos el sudario encima de su rostro, suspiré un adiós final:

—Gracias por llevarme a Esparta aquel día —dije—. Gracias por mostrarme un mundo exterior fuera de nuestras puertas. Nunca lo olvidaré.

Esparcimos flores silvestres por la mortaja, algunas de las cuales eran las mismas que yo recordaba de los campos, aquel día, y luego nos encargamos de la melancólica tarea de deslizar la pesada losa de piedra y colocarla en su lugar. Tuvimos que esforzarnos para hacerlo, pero al final conseguimos moverla con nuestras propias fuerzas y no tuvimos que pedir ayuda.

LXXVII

Pasaron los años, pero no como había ocurrido en Troya, cuando parecía que los días sueltos y esponjosos quedaban hilados y convertidos en un solo hilo tenso, comprimiendo así el tiempo. No, en Esparta sucedía todo lo contrario. Los hilos se entretejían, se expandían, de forma que un día parecía como diez. De modo que uso términos del tejido y el hilado para explicar mi vida en Esparta. La verdad es que pasaba mucho tiempo tejiendo e hilando, aunque no produje nada tan bello como el tapiz perdido que había creado en Troya.

Las estaciones llegaban y luego pasaban y quedaban suspendidas en aquella intemporalidad, flotando. Mi padre murió; después de saber el destino de Clitemnestra pareció encogerse y temblar ante lo que sentía como el cumplimiento de la maldición que había caído sobre su casa. Sólo sentí una pena leve al decirle adiós. En realidad, se había ido hacía mucho tiempo.

Ahora todo el mundo en Esparta se había ido. Madre, padre, hermanos, hermana... Sólo quedaba yo, Helena, y la única familia que me quedaba eran Menelao y Hermíone. Menelao y yo vivíamos en paz el uno con el otro, una paz amortiguada, de ancianos..., la paz que sobreviene cuando todas las demás preocupaciones se han extinguido o se han alejado. Como antiguos guerreros encorvados, nos mirábamos el uno al otro en el campo de batalla, sembrado de aquellos que quizá fueran mejores que nosotros, pero que no habían sobrevivido, como camaradas.

Camaradas, era lo único que podíamos ser en realidad. Nunca más podríamos volver a ser marido y mujer, en el sentido auténtico del término. Compañeros, amigos con todas las precauciones del mundo, veteranos de la batalla, camaradas, sí, todas esas cosas. Pero no amantes, ni siquiera marido y mujer de verdad. Troya y sus heridas, físicas y del alma, lo habían impedido.

Había un consuelo en ello, una sensación de irrevocabilidad. Podía tender mis manos hacia Menelao y decidir ayudarle en los largos años que nos esperaban, dejando que se apoyase en mí si lo requería, esperando que él hiciese lo mismo.

¿Y Hermíone? Los años también la habían suavizado hacia mí de forma similar. A medida que trabajábamos juntas codo con codo, hilando y tejiendo (¡de nuevo las tareas femeninas, gracias a los dioses por ellas!) y atendiendo a las necesidades de palacio, llegué a conocerla y ella llegó a conocerme a mí.

Ella no era como yo. Los hijos nunca lo son. Pero hasta que han crecido y

alcanzado la madurez, no lo puedes creer. Tus hijos forman parte de ti para siempre, desde el momento de su nacimiento; por tanto, imaginas que tú eres parte de ellos también. Pero ellos son seres completamente aparte, que buscan sus propios secretos y albergan sus propias decepciones. Si deciden revelártelos, eres afortunada entre las madres.

Con ojos vigilantes, veía a Hermíone hacer las cosas a su manera: disciplinada, solitaria. Ella era agradable de contemplar, pero ningún hombre pondría los ojos sobre la hija de la descarriada Helena, viuda además del cruel Neoptólemo. Aunque no era culpa suya, era una paria, como ella misma decía entre lamentos.

Parecía aceptarlo. Aceptaba las cosas mejor que yo. Quizá fuese la parte de Menelao que había en ella, la «no Helena». Como ya he dicho, no se parecía a mí. Al final incluso se volvió, si no verdaderamente afectuosa hacia mí, sí cordial y amable.

Y entonces Orestes vino a buscarla. Orestes, tan distinto del hombre aturdido, del asesino loco al que había visto en la carretera de Micenas. Este hombre era reservado, seguro de sí mismo, educado. Buscaba a Menelao para pedir en matrimonio a Hermíone, como pretendiente.

Él y Menelao se retiraron; yo no tomé parte en su conversación. No supe lo que había pasado entre ellos hasta que salieron de la cámara y Menelao murmuró: «Estoy satisfecho». Pero entonces Menelao estaba satisfecho con cualquier cosa. Después, cuando Orestes fue tratado con la tradicional cortesía debida al invitado y alojado en una amplia habitación para pasar la noche, Menelao me contó que al fin había conseguido expiar su crimen. Las furias le habían perseguido de modo que había tenido que cortarse el pulgar para apaciguarlas, y realizar muchos otros actos de sacrificio hasta que al final se contentaron. Se había visto atormentado por dos mandatos irreconciliables: vengar la muerte de su padre y honrar a su madre. Había estado a punto de volverse loco. Quizás incluso se volvió loco durante un tiempo.

—Ya ha terminado todo, Helena —dijo Menelao—. Al fin ha terminado.

Sí, todo había terminado. Le miré, viendo a un anciano donde antes hubo un ansioso y fuerte pretendiente. Pero ¿qué veía él al mirarme a mí? Algo igualmente decadente.

—¿Es así, entonces? —pregunté, pensando que se refería a nuestra historia.

—Sí —dijo—. La maldición de las dos casas termina ahora. Hermíone es totalmente inocente, y Orestes ya ha pagado sus culpas, y puede descansar. Piensa en ello: nuestros nietos pueden ser personas corrientes. Sin maldiciones, sin semidioses, sin profecías. ¡Cómo los envidio!

—Tendrán una libertad que nosotros no tuvimos —admití yo. Pero la gloria

también habría desaparecido.

Entregamos a Hermíone a Orestes, tras realizar todos los ritos. Ella estaba feliz por librarse de su viudedad y de su oscuridad. Él siempre le había gustado, me confesó (¡me hacía confidencias!, qué inesperado regalo me había concedido con aquella intimidad, sin saber lo mucho que significaba para mí), ya desde que eran niños.

—Algunas cosas salen bien —le dije—. A veces, se nos conceden nuestros deseos más acariciados.

Tuvieron un hijo, Tisameno. Hermíone me pidió que la asistiera, y yo lo hice encantada, aunque había también una comadrona presente. Tuve a mi nieto en mis brazos incluso antes que su madre, y contemplé su cara roja y arrugada dando gracias por los años aburridos que me habían permitido estar con Hermíone y poner a su hijo en mis brazos. Un matrimonio, un nacimiento: cosas que pensé que el horror de la guerra había desterrado para siempre, y que ahora, silenciosamente, volvían.

—No será ningún héroe —dijo ella, acunándolo—. No estará llamado a caminar por elevados lugares, sino simplemente a cumplir con su deber de la forma corriente, del modo de los mortales. —Me miró—. Madre, ¿te contentarás con eso?

Me incliné hacia ella y le acaricié el pelo, un gesto que ella raramente me permitía. Pero aquél era un momento precioso.

—Ya hemos tenido bastantes héroes —le aseguré—. Tisameno tendrá una vida mejor, sin tener que pisar ese reino.

Menelao entró en la habitación.

—La época de los héroes ha concluido —dijo—. Y yo no lamento nada su fin.

Hermíone le miró con el rostro lleno de comprensión.

—Padre, intentar ser un héroe casi te costó la vida, y me privó a mí de un padre.

—Todos esos héroes —dijo él, abstraído—. Todos desaparecidos. Nosotros no somos tan heroicos, pero estamos aquí y podemos contemplar el sol —añadió, y se inclinó a mirar el rostro de Tisameno—. No puedo desear fortuna mejor para ti. Mi nieto no será un héroe.

La edad de los héroes había pasado, en verdad, y Tisameno no hubiera podido serlo aunque lo ansiara. Se había erigido un gran muro de bronce en torno a aquellos viejos héroes, había descendido del cielo, y nadie podía levantarlo, ni pasar a su través. Cada época tiene su propia gloria, pero la época de mi nieto no podría ser la de Menelao.

La guerra de Troya fue medrando mientras tanto en canciones, poemas e historias. A medida que se desvanecía del recuerdo vivo, aumentaba más y más. Los hombres

aseguraban que descendían de uno u otro de los héroes, o, de no ser así, de cualquiera que hubiese luchado en aquella guerra, que ahora adquiriría la estatura de una pelea entre los dioses y los titanes.

La pregunta «¿Estuviste en Troya?» asumía la solemnidad de un juramento, y «¿Dónde estabas cuando se libró la guerra de Troya?» se convertía en una condena si la respuesta era: en otro lugar.

Troya, Troya. El mundo estaba enamorado de la guerra de Troya, ahora que había acabado.

LXXVIII

Cada vez quedaban menos veteranos de la guerra vivos. Los veíamos muy de vez en cuando. Un par de veces vino de visita Idomeneo, igual que dos de los hijos de Néstor. El viejo Néstor había vuelto con toda seguridad y había recuperado las riendas de su reino fácilmente, pero otros no fueron igual de afortunados. El hijo de Odiseo, Telémaco, que ya era un hombre adulto, se había detenido en una ocasión en Esparta para preguntar por su padre, todavía ausente, que volvió más tarde y encontró Ítaca llena de confusión. Diomedes, por lo que se sabía, gobernaba en Argos. Pero las noticias no llegaban fácilmente a nuestras montañas, y el bandidaje en aumento en las carreteras hacía que los viajes se redujeran drásticamente. Nuestro mundo se encogía, atrapado entre nuestras cordilleras montañosas, nuestras carreteras abandonadas y puentes caídos. Cuanto más aislados estábamos, más gente quería oír las historias de la guerra de Troya, cuando los griegos montaron su gloriosa expedición y atravesaron el mar. Era un bálsamo para aquellos que ni siquiera podían viajar por el interior de Grecia. La guerra de Troya se suponía que enriquecería a los griegos, pero en realidad estábamos más empobrecidos que nunca. ¿Para qué habían servido las pilas de botín amontonadas en la playa?

Hermíone parecía contenta con su vida, y Orestes la adoraba. Al parecer se había curado por completo de su salvajismo, de la locura que le había atrapado, y parecía alegre y plácido. Seguía por todas partes a Menelao, observando sus deberes y su conducta como rey, sabiendo que luego le sucedería. Las dos casas reales se habían unido para siempre, ligando sus maldiciones en el pasado, desde donde no pudieran salpicar y manchar el presente. Su hijito Tisameno mostraba rasgos también de su otra abuela, y en él sentí que Clitemnestra y yo nos dábamos la mano de nuevo. Era un milagro que aquella gran paz hubiese surgido del tallo ensangrentado de Micenas. Igual que la pacífica existencia de Menelao y de mí misma, que transcurría tranquilamente en palacio.

Menelao todavía disfrutaba cazando, y le gustaba llevarse a sus mozos con él, así como a Orestes y al pequeño Tisameno. Decía que el chico no podía recordar un tiempo en el que no supiera cazar aún. Si mis hermanos hubiesen estado allí, ¡cómo les habría gustado enseñarle! Intenté hablar de ellos, mantener su recuerdo vivo en la familia, pero se iba desvaneciendo sin remedio. Así es como nos vamos, desapareciendo de todas las mentes.

Era un bello día de verano cuando salieron todos, con los perros de caza ladrando

y saltando de buen humor, las lanzas brillantes, los mozos que llevaban cubos con flechas extra. Tisameno tenía un gorrito de caza con una imitación de colmillos de jabalí hechos de lana enrollada adornándolo. Sus piernecitas gordezuelas se cansaban pronto, y Orestes entonces estaba dispuesto a llevarlo a hombros. Menelao parecía más fuerte y erguido que en los últimos tiempos, en que había empezado a encorvarse y estaba deseando sentarse, de modo que era una mejora muy agradable.

—Estaremos fuera unos cuantos días —dijo—. Iremos a los pies del Taigeto, al menos, y a ver qué conseguimos allí.

En otros tiempos, yo habría ido con ellos, pero entonces me contentaba con quedarme. Habría podido seguir su ritmo, pero habría sido un esfuerzo y lo habría estropeado todo.

¿Qué edad tenía por entonces? Era difícil decirlo, por el extraño paso del tiempo mientras estábamos en Troya, pero debía de tener ya más de sesenta. Pero no me importaba; la edad había dejado de preocuparme hacía tiempo. Aun así, a veces me conmocionaba pensarlo.

No habían pasado aún tres días. Al anochecer del segundo, una triste procesión subió por la colina hacia palacio, al anochecer. Vi que llevaban algo con mucho cuidado; no era un venado colocado de forma descuidada y orgullosa, colgando de un palo. No, aquello iba dentro de una manta y colocado en una improvisada litera.

Salí corriendo como en la carrera de doncellas, hacía tantos años, tan veloz como aquella jovencita que ya no era. Sabía que se trataba de Menelao, y cuando le vi allí echado, mirándome, odié el don de la profecía que aún tenía.

—Una serpiente venenosa —dijo Orestes—. La pisó —concluyó, y levantó la manta y me enseñó el tobillo hinchado con sus dedos rojos y feroces que subían hacia arriba.

El rostro de Menelao estaba rígido, pero los ojos se movían a un lado y a otro, llenos de miedo. «Helena», intentaba decir, pero sus labios parecían sellados.

Le cogí las manos y las apreté.

—No hables —dije—. Ahorra fuerzas. Tenemos antídotos...

¿Los teníamos? Ah, si Gelanor hubiese estado allí... Gelanor. Todavía le echaba de menos, todavía lamentaba su pérdida. Él sabría qué hacer. Envié a un esclavo a por nuestro físico privado y en busca de medicinas. Unos sirvientes llevaron a Menelao a nuestro dormitorio y le dejaron suavemente en la cama. Le cubrí con nuestra manta de lana más fina, como si aquello pudiera salvarle.

«Helena», seguía intentando decir él.

Hermíone subió corriendo las escaleras.

—¡Padre! —gritó.

Le abrazó, se echó sobre su pecho. No lloró para no preocuparle. Pero más tarde el físico se la llevó a un lado y meneó negativamente la cabeza. El pequeño Tisameno intentó subirse a la cama y Hermíone tuvo que cogerlo en brazos y llevárselo.

Yo me quedé de pie en el rincón, mordiéndome el puño. No había tenido ninguna premonición de aquello. Su viaje de caza parecía bastante inocente. Mi visión especial no me había revelado todas las cosas, sino sólo algunas. ¿Qué bien había, pues, en que una cosa tan importante pasara sin ser detectada?

Temblé. Pensaba que ya estaba por encima de todo, por encima de las preocupaciones, pasara lo que pasara. Pero me equivocaba. Menelao se estaba muriendo y me sentía infinitamente triste. Yo, que años atrás había abominado de su simple existencia, ahora lamentaba lo que le había causado un simple paso descuidado.

Nadie vive para siempre. Eso lo sabemos, y también sabemos que algunas muertes son mejores que otras, pero a menudo nuestras muertes vienen de tal modo que no parecen formar parte de nosotros. Menelao, el guerrero, tenía que haber muerto en el campo de batalla, y no en el lecho por una mordedura de serpiente, a los setenta años. Muchos de nuestra familia habían muerto a sus propias manos o a las de sus hijos. Para Menelao, la muerte era plácida. Pero él siempre había sido el más tranquilo.

El antídoto y los ungüentos no sirvieron para nada, tal y como nos imaginábamos. Cuando cayó la noche, me llevé un taburete para sentarme a su lado, y Hermíone estaba sentada al otro. Sus ojos inquietos iban pasando de una a la otra, y nos miraba a las dos asustado y resignado al mismo tiempo. Seguía intentando hablar, pero era incapaz de pronunciar las palabras. Tanto Hermíone como yo intentábamos asegurarle que no era necesario. Sin embargo, parecía que había algo que deseaba decirnos con desesperación.

Incliné la cabeza acercándome lo más posible.

—Te escucho —le tranquilicé.

—Helena —susurró—. Perdóname.

Yo le apreté la mano.

—Creo que nos hemos perdonado el uno al otro desde hace mucho tiempo, ¿no es así? No te preocupes más por eso.

—No..., tengo que contártelo...

—Ya lo sé todo, mi querido amigo.

—No. Yo maté a tu serpiente sagrada. Hice que la mataran en Troya porque... era lo único que podía hacer, en mi odio. No podía matar a Paris, así que maté... al

animal. Perdóname. Fue una crueldad. Y ahora se ha vengado. Muero por una mordedura de serpiente.

La amada serpiente doméstica, muerta de una forma tan horrible. Nunca podría olvidarlo.

—¿Fuiste tú?

—Uno de mis espías. —Me miró, lastimero—. Di que me perdonas. Creo —suspiró— que es el único acto de la guerra que lamento. ¿No es extraño que habiendo muerto tantos hombres yo lamente la muerte de una serpiente?

—Era inocente y no formaba parte de la guerra, de modo que matarla fue un crimen.

—Sabía que aquello te asustaría y te heriría.

—Y lo hizo.

—Di que me perdonas, Helena. Por favor. Tengo que oírlo antes de... irme. Antes de que se me lleve, como retribución.

—Nos hicimos muchas cosas dolorosas el uno al otro, aunque no somos personas hirientes por naturaleza. Te perdono, como espero que tú me perdones todas las malas acciones que cometí hacia ti.

—No hubo ninguna. Excepto... aquélla.

Entonces sonreí.

—Es una excepción monumental. —Noté que algo cambiaba en su mano, una pesadez que se iba apoderando de ella y que antes no existía—. Ve en paz —le dije—. Con todo mi perdón y mi cuidado.

Él se relajó y sus labios parecieron distenderse en una sonrisa.

—Sí —susurró. Exhaló el aliento y no volvió a inhalarlo.

Hermíone lanzó un grito y se arrojó sobre él. Retrocedí y le cerré los ojos. Que encontrara la paz en su viaje.

—Señora, ya es hora. —Alguien me tocaba el hombro—. Has dormido demasiado.

Troya... Había estado en Troya... El sueño...

—Sé que es difícil y triste, pero debes levantarte. Menelao sólo puede ser sepultado una vez. Y hoy es el día. Mis condolencias, señora. Sé fuerte.

Cuando me eché a llorar (aunque no por Menelao), mi dama de compañía me puso una mano en el hombro.

—Ya sé que sientes pena por él. Pero, aun así, deberías...

Sí, debía hacerlo. Y luego, después, debía hacer una vez más lo que se requería. Y sería fuerte. No tenía miedo.

Había un lugar que a Menelao le gustaba mucho, aquellos primeros días de nuestro matrimonio. Estaba en una colina alta, por encima del Eurotas, desde donde se veían Esparta y las altas montañas. Unas piedras caídas indicaban que nuestro palacio familiar estuvo en tiempos allí, y Menelao había hablado de construir allí otro a donde poder retirarse. Tenía una vista magnífica, y al estar tan alto, sería fácil de defender. Pero nunca se llegó a construir; la inercia y la familiaridad con nuestro antiguo palacio había aquietado nuestras manos. Y después de Troya, no volvió a mencionarlo, como si hubiese dejado a un lado todos aquellos antiguos sueños. Pero ahora descansaríamos allí, en su nuevo palacio, al fin.

Había ordenado que la estructura de la tumba se construyese con los bloques más finos y bien cortados de piedra. No era una tarea fácil, porque tallar los bloques requería tiempo, y transportarlos hasta arriba por el empinado camino era difícil. Pero sabía que Menelao esperaría. Había esperado mucho tiempo su palacio. Su fantasma no vendría a molestarme, porque comprendería por qué se había retrasado su colocación en la tumba.

Y ahora ya estaba dispuesta. La pira funeral se había encendido hacía mucho tiempo, y los huesos fueron recuperados y colocados en una urna de bronce, y los banquetes funerarios (porque hubo varios en días sucesivos, marcando el progreso de su sombra hacia el Hades) se celebraron todos. Menelao ya estaba dispuesto para su último viaje, y yo podía permanecer contenta por haber cumplido todos sus deseos, incluso aquellos que él mismo no se había atrevido a expresar. Mi visión, mi conocimiento de los pensamientos de los demás, me permitía hacer esas cosas..., un aspecto positivo del don que tan a menudo me había provocado dolor.

Iba vestida con mis mejores galas, mi traje más delicado, mis joyas más preciosas. Seguimos al carro funerario con nuestros carros, yo ante todos. Orestes y Hermíone venían detrás de mí, el pequeño Tisameno iba con su niñera en un tercer carro. Traqueteando, descendimos por la empinada colina, y luego fuimos avanzando poco a poco por el camino de los prados junto al Eurotas. (Ah, aquellos prados adonde me había llevado Clitemnestra; la colina por donde Menelao corrió; por donde Paris y yo bajamos a toda velocidad... ¿Buenos recuerdos? ¿Dolorosos? ¿Malos? Ahora ya todos se mezclaban, se convertían en una sola cosa, en parte de lo que había convertido a Helena en Helena). Había un lugar donde el Eurotas, aunque era un río rápido, se remansaba mucho y se hacía poco profundo y vadeable. El carro funeral pasó a través de él, con el agua llegando casi hasta la parte superior de las ruedas, pero al final emergió a salvo.

Más ligeros, nuestros carros cruzaron con toda facilidad. Miré corriente arriba.

Allí no había cisne alguno, sólo el agua clara. No había visto cisnes desde mi regreso. Quizá ya no se acercaran por allí, igual que muchas cosas que ocurren sólo en momentos especiales.

Al fin llegamos a la cumbre y me complació ver la estructura completa que yo había encargado construir a toda prisa. Sus piedras no traicionaban el duro trabajo que se había realizado con ellas; estaban bien talladas, cortadas en ángulos agudos, oblongas, con la largura de un brazo. Tres filas de piedras formaban una pirámide, tan alta como (lo supe de repente) el caballo maligno de Troya. Quizá más altas aún, quizá como cuatro hombres al menos.

El cielo era de un azul intenso por encima, y sólo unas pocas nubes vaporosas se movían por él como para asegurarnos que se trataba de un cielo de verdad y no de una pintura, y detrás del Menelao (como quería llamarlo), los montes Taigeto de Esparta se alzaban afilados y escarpados. No habíamos tenido tiempo de plantar árboles, pero los pinos naturales que salpicaban la cima no se habían tocado, y el viento cantaba entre ellos enviando su aroma estimulante, más fuerte que el incienso, hacia nosotros.

Había una abertura en la estructura para recibir las cenizas, un pequeño pasadizo y una recia puerta. Colocaríamos allí los restos de Menelao después de las invocaciones y las despedidas. Había otro nicho para mis propias cenizas. Pero nunca residirían allí, eso lo sabía ya. De modo que en su lugar dejaría mi rueda de plata, como símbolo de mi deber que pronto iba a abandonar.

Fui yo quien transporté la urna a su destino. Cogí el bronce pulido en mis manos, maravillándome de que pudiera contener a un hombre, y todo lo que le hacía hombre. Detrás de mí, Orestes sujetaba a Hermíone, que se abatía por el dolor. Había que obedecer las solemnidades, y en silencio caminamos hacia la abertura preparada al efecto. Me incliné y busqué el sitio, colocando en él la urna. Era tan pequeño, un lugar diminuto. Pero serviría cuando todo lo demás hubiese desaparecido.

Los mamposteros, que esperaban detrás de los pinos, se adelantaron para colocar la piedra con argamasa en su lugar y sellar así a Menelao tras ella. Aquél era el palacio donde reinaría para toda la eternidad.

Ahogando un sollozo, me volví. No podía soportar la idea de pensar que estaba allí.

Pero, a decir verdad, no podía soportar la idea de que ninguno de nosotros estuviese contenido en la oscuridad de una urna. Mi madre, mi padre, mis hermanos, todos ellos no eran ya más que polvo. Y aquello llegaría también para mí. Aunque fuera cierto que yo era la hija de Zeus, la descendencia mortal debe morir. Aquiles, Sarpedón, Pentésilea, Memnón, todos descansaban en sus tumbas, a pesar de su

origen divino. Zeus me había prometido lo contrario una vez. Pero había dejado de creer en aquella promesa inicial.

Poco a poco, descendimos por el camino empinado, y dejamos atrás el glorioso edificio y su entorno. El viento nos dijo adiós, y los pinos nos hicieron reverencias con formalidad.

LXXIX

El viaje de Menelao había concluido, y mi viaje final todavía tenía que empezar. Cuando volvimos de la elevada colina del Menelao, realicé el último banquete funerario prescrito, y lo presidí, como exigía el protocolo. Cumpliría mi deber hasta el final, para que nadie dijera que lo eludía o que descuidaba un solo aspecto de lo requerido. Y después... sería libre.

Libre de alzarme y seguir aquello para lo que había sido convocada. Había una parte de Esparta que aún me llamaba, diciendo: «No desertes de tu puesto». Pero yo sabía que Orestes gobernaría bien. Ah, sí, lamentaba tener que dejar de nuevo a Hermíone, pero la dejaría plena y contenta, amiga tanto como hija. Y ya me estaba haciendo vieja..., no estaba todavía debilitada, pero pronto lo estaría. Me convertiría en una carga, una mendiga molesta a los pies de mi propia hija, mientras envejecía y me volvía cada vez más frágil. Pensaba ahorrarle todo aquello.

Anuncié mi intención de dejar Esparta. No quería revelar adónde me dirigía, pero era una esperanza absurda por mi parte.

—¿A Troya? —Hermíone se llevó las manos a la garganta—. Ah, madre...

No pronunció las palabras: «¿Cómo puedes hacerlo?».

—He tenido un sueño. —Los sueños dignificaban todas las cosas y nos daban permiso para perseguirlos—. Estoy obligada a ir.

Orestes se limitó a asentir.

—Los dioses nos envían a donde ellos desean. —Más práctico, preguntó—: ¿Nos notificarás cuándo esperas volver?

—Sí, si puedo —dije.

Realmente, no creía probable que volviera. Pero obedecía a los dioses. Ellos podían decretarlo así.

En aquellos últimos días, iba caminando por el palacio como si estuviera ungiendo y consagrando cada lugar que iba a abandonar. Bajé por la alta colina y caminé por los prados y paseé por las calles de la ciudad de Esparta. La gente del lugar me miraba, sabían quién era. Pero ni siquiera la anciana más bella del mundo, el supremo ejemplo de belleza otoñal, los conmovía, tan adaptados como estaban a la juventud.

Habría debido disfrutar la libertad, la liberación de las ataduras de mi belleza. El tiempo me había hecho libre. Pero notaba una tristeza opresiva ante su incapacidad de ver belleza más allá de lo convencional.

Despedirme de mi hija y de mi nieto fue lo más difícil. Siempre es la gente la que

se agarra a nuestro corazón, y no las ciudades, los santuarios o el deber. Sólo podía consolar mi rabiosa confusión y mi dolor diciéndome que nos volveríamos a ver de nuevo. Debía creerlo. Lo creía.

En Gitio, el barco estaba anclado, esperando. Gitio. Donde había empezado todo. De no haber llevado a cabo aquel viaje con Gelanor, entonces...

¡Ah, la maldición de todas las ancianas! Haber vivido tanto, haber hecho tantas elecciones que todo es un recordatorio, un golpecito en el hombro que nos dice: «Si no hubiera hecho tal y cual...».

Subí por la plancha. Me esperara lo que me esperase podría soportarlo, darle la bienvenida. Mi vida no estaba ya enteramente congelada en el pasado. Había algo desconocido ante mí: un privilegio normalmente reservado para los jóvenes.

—¡Zarpemos! —ordené—. ¡Hacia Troya!

El viaje transcurrió sin incidentes, y aunque yo no volaba ni flotaba como me había ocurrido en el sueño, parecía que íbamos rozando el agua solamente, mágicamente libres de todo entorpecimiento. Hicimos escala en numerosas islas, pero mis órdenes estrictas eran no echar el ancla ni en Cranae ni en Citerea. Eran tan sagradas para mí que cualquier visita la habría considerado una profanación.

El viento cantaba en nuestras velas y los remeros podían descansar largos trechos. Ese viento parecía ansioso por llevarnos a las costas de Troya. Realizamos el trayecto con mucha rapidez.

De pie, haciéndome sombra ante los ojos, divisé la costa distante de Troya, atrayéndonos hacia ella. Al principio fue sólo una línea gris, el lugar donde la playa daba la bienvenida al mar, pero a medida que nos aproximábamos fui viendo todas las cosas que llenaban mi sueño: la estrecha franja de agua que era el Helesponto, las cimas donde antes estuvo Troya.

Después de ir a remo hasta la costa, bajamos con el agua por los tobillos y acabamos pisando la playa que pensé no volver a ver nunca más. Suaves y pequeñas olas lamían la costa, que estaba vacía. Nada recordaba la invasión: no había ni chozas, ni cercas ni restos de barcos. Era como si los griegos nunca hubiesen estado allí.

Ahora que me encontraba más cerca podía ver los ennegrecidos muñones de lo que había sido Troya en la distancia, como un pulgar negro o un montículo. Nada se movía a su alrededor. El túmulo que marcaba la tumba de Aquiles se encontraba más atrás, en la llanura. No era tan alto como recordaba. El viento y las inclemencias del tiempo debían de haberlo desgastado.

No quedaba nada de la casucha miserable donde nos retuvieron a mí y a las demás cautivas, pero yo sabía exactamente dónde estuvo ubicada. Y allí, en la playa, pude

señalar el lugar donde se habían apilado los tesoros que ellos habían saqueado de Troya, un montón tambaleante de bronce, telas y cerámica. Las gaviotas se pavoneaban ahora por allí, y las olas espumosas lo bañaban. Sus burbujas resplandecían y hacían guiños en la arena como joyas efímeras, imitación de las que fueron robadas a Troya.

—¿Adónde, señora? —Mis sirvientes miraron a su alrededor, asombrados—. ¿Por allí? —Señalaban hacia Troya.

—No. Todavía no.

Quería rodearla, visitar la llanura, sentarme a las orillas del Escamandro, volver a los pies del monte Ida: primero ver todo aquello que rodeaba Troya, ir bordeándola hasta encontrar el valor suficiente para enfrentarme a ella y contemplar mi sueño.

Con cuánta rapidez se habían recuperado los campos. Mientras caminábamos entre ellos nos abríamos camino entre hierbas y flores silvestres que nos llegaban hasta la cintura. Busqué en vano cualquier resto de los centenares de cuerpos de hombres y caballos que en tiempos yacieron salpicando los campos. Se hubiera podido pensar que un campo de muerte semejante jamás desaparecería. Pero la verdad era que había desaparecido.

Aquella parte de la llanura se inundaba en invierno, pero en sus bordes exteriores empezaban ya, bien apretados, campos arados y viñas. Veía que las cosechas crecían verdes bajo el cálido sol. Veía granjas. Aquí y allá había bueyes arando. Carros medio llenos de productos de la tierra esperaban en los campos.

Llegamos a los pies del monte Ida. Pasamos por la fuente donde Troilo había sido asesinado, y junto a los lavaderos donde en tiempos lavaban las mujeres, que golpeaban la ropa sobre las piedras con un chasquido característico y cantaban al calor del verano. Sus risas agudas resonaban mientras se salpicaban con agua unas a otras.

El suelo iba alzándose y los afloramientos rocosos nos dijeron que nos acercábamos al monte Ida. ¿Seguirían allí las fuentes de agua caliente y fría? Dimos la vuelta a un recodo y las vi, con las piedras caídas; el agua caliente seguía cayendo y su gemela fría a su lado. Detrás empezaba el camino que subía por la montaña. El camino que yo había recorrido dos veces con Andrómaca.

—Un momento —les dije a mis guardias.

Tenía que apartarme un poco y pensar en ella, adondequiera que hubiese ido. «Oh, Andrómaca, ruego que estés contenta. La felicidad es imposible, pero sí el contento, sí, eso está a nuestro alcance». Recogí unas flores silvestres y las esparcí en su honor.

Volví hacia mis guardias. En la distancia vi la casita de mi sueño. Era de piedra y

su tejado con tejas resplandecía; estaba rodeada de olivos. ¿Quién viviría en ella? ¿Por qué habría soñado con aquello? Pero sabía que mi visión especial me había concedido aquella posibilidad, y que debía honrarla.

—Allí —dije—. Vamos allí.

Parecía retroceder ante nuestros ojos. Estaba mucho más lejos de lo que me pareció en un principio, rodeada por sus campos y resguardada por los olivos que la protegían. Nada se movía bajo el sol del mediodía; no ladraban los perros ni había nadie trabajando. Pero estaba demasiado bien cuidada para hallarse abandonada. Alguien vivía allí.

Llegamos a la bienvenida sombra de los olivos. Sus hojas temblaban con la suave brisa. La casa estaba en sombras. Les dije:

—Esperadme.

Debía ir sola. No sabía hacia dónde.

La puerta era recia, de madera pintada. Di un golpecito, dos. Si no se abría, esperarí. Pero el sueño no debía negarse. Me sentía obligada a seguirlo. Había llegado hasta allí para hacerlo.

Se abrió. Una mujer se quedó mirándome. Nunca la había visto.

—¿Qué ocurre? —Su voz era aguda.

—No lo sé —dije. No podía darle otra respuesta. Debía de haber preparado una. Qué tonta.

—¿Quién eres? —me preguntó.

—Soy Helena de Esparta, y también de Troya.

La puerta se abrió de par en par. Ella me miró, frunciendo el ceño.

—¿Es cierto eso? —me preguntó.

—Sí.

Me quité la capucha que me cubría el pelo. Pero aquel gesto ya no me aseguraba ser reconocida. Helena, la Helena que había conseguido que acudieran mil barcos a Troya, sería eternamente joven. Permanecería en historias y poemas, de modo que también debía permanecer así en la vida.

Ella se quedó mirándome.

—¡Gelanor! ¡Gelanor! —gritó, y se alejó de la puerta corriendo.

Me quedé de pie frente a la puerta, pasmada. Ahora ya sabía por qué había soñado con aquella casa.

Un hombre anciano se acercó a la puerta. Al principio no le reconocí, ni él a mí.

Luego nos echamos a reír y caímos uno en brazos del otro.

—¡Estás vivo! ¡Estás vivo! —Me atragantaba con los sollozos. Le apreté contra

mí—. Te busqué en las calles de Troya, fui a tu casa, oh, hice todo lo posible por...

—Calla —dijo él, poniéndome un dedo en los labios. En aquel gesto fuimos amantes, como lo habíamos sido en realidad siempre, de alguna manera íntima..., camaradas de toda una vida, unidos con un lazo de absoluta confianza y lealtad—. Ya sabía que lo harías.

Me aparté de él, miré su querido rostro, aquel rostro que creía perdido para siempre.

—Pero ¿cómo lo supiste?

—Porque te conocía..., porque te conozco.

Movimientos y pasos a nuestro alrededor nos recordaron la presencia de otros.

—Sí —dijo Gelanor, apartándose—. Deseo presentarte a mi esposa, Faea.

—¿Tu esposa? —dije—. Realmente, debes contarme qué ha pasado. Te vi por última vez en Troya, la noche antes de que introdujesen el caballo. Desde entonces, no he sabido nada más.

—Vamos, ven, siéntate junto a nuestro hogar —dijo Faea—. Si han pasado tantos años, eso significa que debemos contarnos muchas cosas.

Su casita, aunque pequeña, era muy hermosa y tenía unas ventanas inusualmente grandes, de modo que el interior era muy luminoso. A primera vista no veía nada que me indicase que Gelanor vivía allí: nada de todos esos objetos masculinos y tesoros que solía coleccionar. Quizás eso perteneciese a la antigua vida que pereció entre las llamas troyanas. O quizás el matrimonio le hubiese cambiado.

Faea me tendió un cuenco de caldo. Durante un instante dudé en beberlo, como si al hacerlo pudiese romper una especie de hechizo, porque todo aquello me parecía un sueño. Comer o vivir era asumir que yo era real, vincularme allí. Desafiante, bebí un sorbo, consciente de pronto del hambre que sentía. Estaba muy bueno y sabía mucho a cordero.

—Ahora, Perséfone, debes quedarte con nosotros. Has comido.

Gelanor levantó la ceja como hacía siempre. Habíamos pensado lo mismo. Me hizo sonreír. Dejaron que me acabara el caldo antes de contarme su historia. Ella hablaba una versión de la lengua troyana que era muy difícil de seguir para mí. Pero estaba encantada de entender tanto como entendía.

Faea era la hija de un pastor de la zona. Se habían visto obligados a suministrar carne a los griegos; un vecino que se había negado fue asesinado al momento. Secretamente también proporcionaban carne, leche y pieles a los troyanos, pero arriesgaban su vida al hacerlo. Mientras fue posible entraron por la puerta del sur, pero en cuanto los griegos sitiaron Troya, se vieron imposibilitados de entrar en la

ciudad.

En el ataque final a Troya se mantuvieron a buena distancia, rogando que no les hicieran nada. Su hogar no estaba lejos del templo de Apolo, el que se hallaba junto a la fuente, y se proponían buscar refugio allí si era necesario, ya que el templo era un terreno neutral entre los dos bandos, aunque los griegos no siempre respetaban tales cosas. Se escondieron en su casa hasta que vieron a los victoriosos griegos reunidos en la costa, y luego corrieron hacia el templo.

En el interior del templo, Faea encontró a Gelanor, confuso y con quemaduras. Estaba sentado en la cámara subterránea con el brazo envuelto en torno a los pies de la estatua de Apolo y mirando abatido la pared de enfrente. Al principio, ella temía que estuviera muerto, con los ojos aún abiertos, o loco. Cuando él volvió la cabeza, su expresión era tan espantosa que temió que aquel pobre hombre hubiese preferido morir. Le llevó comida, y cuando los griegos se fueron, le sacó del templo y le cuidó hasta devolverle la salud en el hogar de su familia.

Durante largo tiempo, él no habló, y su padre pensó que había perdido la razón. Yacía en el lecho, con los ojos abiertos, y aunque empezó a andar de nuevo, no parecía ser capaz de realizar ni siquiera la tarea más sencilla. No podían confiarle el ganado para que lo cuidase. Le asignaron la ocupación de recoger olivas y manzanas junto a la casa. Eso sí que podía hacerlo.

—Mientras tanto, él seguía sin hablar. Ni siquiera sabía qué lengua hablaba. No sabía si podía entendernos.

—Era tu dialecto dardanio —dijo Gelanor. A pesar de las bromas, comprendí el dolor que padeció aquel tiempo—. ¡Qué acento más raro!

Ella se acercó a él y le dio un empujón, juguetonamente.

—Es el acento más noble de todos. ¿Acaso no hablan Eneas y su estirpe igual que yo?

—¿Qué ha sido de Eneas? —No pude evitar interrumpir su relato.

—No se le ha vuelto a ver —respondió ella.

—Yo le vi vivo, huyendo por las calles de Troya —dije. Revivía mi capacidad para hablar lengua troyana—. Le llamé, pero no me respondió. Ilona me contó, cuando éramos unas tristes prisioneras en la playa, que su esposa Creusa había muerto. Pero aparte de eso, no sé nada.

Afrodita había prometido salvarle, pero ¿lo habría hecho?

Gelanor suspiró.

—Hay muchas cosas que no sabremos nunca, finales que no podemos seguir. Pero el mío es sencillo: Faea y yo nos casamos, después de que su padre quedó convencido

de que no estaba medio tonto, y hemos vivido aquí en paz muchos años. De algún modo, me he sentido como si fuese el guardián de Troya. O al menos de lo que queda de ella.

—Me alegro de tu felicidad, querido amigo. ¿Y Evadne?

Él negó con la cabeza.

—Creo que no sobrevivió a aquella horrible noche. Pocos lo consiguieron. —Hizo una pausa—. ¿Y tú? Sé que Menelao te arrastró y se te llevó. Pero, aparte de eso, no he sabido nada más de ti. Temía que él hubiese mantenido la promesa hecha a sus hombres de matarte por venganza.

—Menelao no era un hombre vengativo —dije—. En eso estaba fuera de lugar entre los líderes griegos. Tenía el corazón tierno, pero los demás hacían que se avergonzase de ello. Prometió matarme en cuanto volviésemos a Grecia, pero no volvimos directamente allí. Pasamos muchos años intentando volver. Siete en Egipto. Luego volvimos a Esparta. Allí hemos estado todos estos años.

Él dio un grito, una protesta. Hablaba el viejo Gelanor.

—Ah, ¿cómo pudiste soportarlo? —dijo—. Volver allí, vivir con Menelao...

—No eres el único que conoce pociones, querido amigo. En Egipto me enseñaron cómo preparar un elixir que me protegió de todo sentimiento. Y así soporté todos estos años. Pero todo ha terminado. Dejé atrás las pociones. Y ansío sentir... todo lo que necesito sentir.

—¿Estás segura? —me preguntó—. Yo no podría permitírmelo demasiado tiempo. Y para ti sería mucho peor. ¿Cómo te has atrevido a volver aquí?

Le miré.

—¿Y cómo iba a dejar de hacerlo? —Negué con la cabeza—. Es mi corazón, mi auténtico ser. ¿Acaso no soy Helena de Troya?

Ellos me proporcionaron un lecho en el que descansar, y durante varios días viví allí con ellos, y los tres fingimos que éramos personas corrientes, pastores y granjeros, sin nada más que pesara sobre nosotros. No habíamos conocido nunca nada más que el lento paso de las estaciones allí al borde de la llanura de Troya, nunca teníamos ninguna preocupación, aparte de saber cuándo tenían que ir las ovejas a los pastos altos o si los vareadores habían encontrado las suficientes olivas maduras en las ramas. ¿No habría sido maravilloso eso? Pero si hubiese sido cierto, no habríamos sido nosotros mismos, y habríamos traicionado el grito de la Troya desvanecida, el de todos aquellos fantasmas que nos llamaban.

LXXX

Finalmente, reuní el valor que necesitaba para ir a la ciudad de Troya. Debía ir, debía visitarla. Gelanor y yo fuimos andando por la llanura, dejando atrás su casa protegida entre los árboles. Observé que él se movía con mucha rapidez para ser un anciano..., y es que ya lo era. Sonreí recordando a Príamo, y a Néstor, y que yo los consideraba muy viejos, cuando en realidad eran más jóvenes de lo que yo misma era ahora. Pero ellos «parecían» viejos, pensé, y se movían como viejos. ¡Desde luego, yo no era así!

Gelanor me condujo hacia las sombras del monte Ida.

—Primero debemos ir allí —dijo—. Si deseas verlo todo, debes ver esto también.

Durante largo rato no supe adónde me llevaba, pero me avine a seguirle. Todavía temía la visión final de las ruinas de Troya, y cualquier cosa que sirviera para posponer aquella visión me parecía muy bien. Pasamos junto a unos olivares, con sus hojas temblorosas, y unos campos de cebada que inclinaba la cabeza bajo la mano del viento que pasaba.

Doblamos un recodo en el camino y vi algo que resplandecía ante mí. Era grande y cuadrado. A su alrededor ondulaban altos cipreses, que me indicaban que aquello era una tumba. Noté que Gelanor me cogía el codo para prepararme.

—La última víctima de la guerra —murmuró—. Pocos vienen aquí. Ella querría que tú lo hicieses.

Vi flores caídas en la base de la tumba, ya bastante secas, de modo que supe que tenía razón: eran antiguas.

—¿Quién...?

—Polixena —replicó él—. Ese pobre sacrificio inútil. —Se detuvo y me miró. En aquel instante, vi al viejo Gelanor, lleno de energía, inquisitivo—. Aquí yacen todos los males de esa malvada guerra.

Me acerqué a la tumba. Tenía bajorrelieves, pero no los miré. Por el contrario, me arrodillé y puse las manos en la fría piedra. Ella yacía allí, un bocado para alimentar el apetito y la vanidad de Aquiles. Me incliné dejando que mi frente tocara la tumba.

—Polixena —murmuré—. El tuyo fue el mayor sacrificio de todos.

Ella no había conseguido nada con la guerra, ni un solo momento brillante, y sin embargo, había desnudado su cuello como un cordero condenado al sacrificio. Había tan pocos testigos de su muerte. ¿Sería honrada acaso? ¿O la injusticia se extendería a la gente que acudiera a la tumba de Aquiles, ignorando la suya? ¿Rendirle homenaje a él e ignorarla a ella?

Nos dirigimos entonces al túmulo de Aquiles, a alguna distancia. Matojos de hierba lo cubrían, y había un discreto altar a sus pies. Gelanor dio la vuelta, lo que me permitió verlo en su totalidad. Dejaba pequeña la pobre tumba de Polixena.

—La gente viene aquí a hacer sacrificios y verter libaciones. En los años transcurridos desde su muerte su reputación ha ido en aumento. —Meneó la cabeza—. Héctor no tiene túmulo. Cuando llegemos a Troya, o cerca de ella, te mostraré lo que ocurrió con Héctor. Hay una estatua suya, y la gente hace sacrificios allí también. De hecho, están brotando estatuas alrededor de Troya (son de influencia egipcia, todas esas estatuas) y se honra a los héroes de la guerra. Es algo bueno. Porque Troya debe vivir, ¡tiene que vivir!, en la memoria de los hombres. Hubo demasiada valentía, demasiado sufrimiento para que se desvanezca todo sin recuerdo alguno.

—¿Y Paris? —me atreví a preguntar—. ¿Ha sobrevivido su tumba?

Gelanor negó con la cabeza.

—Estaba demasiado cerca de Troya. El fuego, la destrucción...

Di un grito de desesperación. ¡Ni siquiera una tumba!

Él pasó su brazo en torno a mis hombros.

—¿No teníais un lugar privado, un lugar que puedas reclamar?

Tales lugares estaban todos en el interior de Troya. Todos consumidos. Meneé la cabeza. Y luego, lentamente, recordé. Aquel día que habíamos salido con los caballos. Él me había llevado a aquel tranquilo lugar junto a las orillas del Escamandro.

—No tuvimos la oportunidad de pasar mucho tiempo fuera de Troya —dije—. Pero había un lugar..., estuvimos sólo una vez allí, y nunca pensé que no quedarían otros, al pasar el tiempo..., me fijé muy poco...

—Encuétralo —me animó—. Recuérdalo.

Asentí.

—Lo intentaré. —Pensé intensamente, pero no podía situarlo con exactitud—. Quizá pueda localizarlo de nuevo en un sueño —dije—. Pero antes, Troya. Debes llevarme a Troya.

Me miró con aquella vieja mirada suya inquisitiva. Sus ojos podían estar rodeados de arrugas, pero su mirada aún era fuerte y más penetrante que nunca.

—¿Estás preparada? ¿Estás segura de que podrás soportarlo?

—No —susurré—. Pero debo intentarlo.

Juntos nos acercamos a las ruinas de Troya. Se alzaban enormes en la llanura a medida que avanzábamos resueltamente. Lo primero que vi fue que no había murallas. Las poderosas y altas murallas de Troya habían caído. Algunos restos de su antiguo trazado permanecían, sólo un tercio de su altura original. Sólo custodiaban a

chacales y aves que graznaban. Las torres habían desaparecido. Sus piedras estaban diseminadas como niños desamparados allí donde estuvieron sus bases. «Y arderán las torres sin coronar de Ilión». Aquella espantosa frase que seguía jugueteando en mi mente, y que había llegado hasta mí de forma espontánea hacía tantos años.

—Ven.

Gelanor se abrió camino entre las piedras. Donde antes se encontró la poderosa puerta sur, ahora sólo había un hueco abierto, y entramos con toda facilidad. No había nada allí, como en mi sueño, donde todo estaba intacto pero desierto. Allí lo único que había eran ruinas: ennegrecidas, rotas, destruidas.

Me protegí los ojos con la mano.

—Sácame de aquí —dije—. No puedo soportarlo. Troya está muerta, realmente.

Lloré, lamentando solamente que mi llanto no pudiese ser lo suficientemente profundo para expresar la enormidad de la pérdida de Troya.

Él me guio amablemente entre lo que quedaba de las calles, las calles que en tiempos estuvieron tan vivas y llenas de gente. Sólo cuando estábamos fuera, sentados ante lo que quedaba de las murallas y de la puerta Escea, me dijo:

—Estás equivocada. Troya vive.

Apoyé la cabeza en mis rodillas y me eché a llorar.

—No. Ya lo has visto. Troya se ha ido, ha desaparecido.

—Y ahora vuelve a vivir —dijo—. Te digo que la historia de Troya vivirá tanto tiempo como estas patéticas piedras caídas.

—Muchas ciudades, muchos reinos se han elevado y han caído. Troya no es sino una más.

—No puedo creer que las extraordinarias hazañas y las personas de Aquiles, Héctor, Paris y Helena desaparezcan. Son distintas de todas las demás. Distintas de las de Teseo y el Minotauro, distintas de las de Jasón y sus argonautas, distintas de la destrucción de la ciudad de Andrómaca, Tebas.

Sonreí. En aquel momento, me sentí mucho más sabia que él.

—Querido amigo —dije—, todos han sentido lo mismo..., sentían que ellos y sus valientes hazañas nunca se desvanecerían.

Le quedaba una cosa por enseñarme. No me dijo lo que era hasta que subimos los escalones de mármol de un pequeño templo modestamente escondido detrás de un bosquillo de plátanos sagrados, fuera de la vista del feo montículo que era Troya muerta.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Creo que es lo que has estado buscando —me contestó—. ¿Estás preparada

para contemplarlo?

Miré sus ojos veteados de oro, que hacían guiños con el sol poniente.

—Siempre hablas con acertijos —dije—. ¿No puedes decir las cosas claras por una vez?

—Ah, no, estropearía la sorpresa —dijo—. ¿Por qué debemos cambiar lo que ha sido nuestra forma de ser desde el principio?

—¿Porque esto es el final?

—Los finales no difieren de los principios —dijo—. Si lo hicieran, unos impugnarían la verdad de los otros. Debemos mantener la integridad. —Me dio la vuelta hacia las columnas—. Mira ahí.

Le dejé y subí los escalones lentamente. Era un pequeño santuario como los que salpicaban la campiña griega. Pero notaba que mi corazón latía más deprisa. Aquél no era un santuario corriente, o él no me habría conducido hasta allí.

Había pedestales con objetos depositados en ellos, y ofrendas debajo. Todos pertenecían a la guerra de Troya, cosas que pensaba que no volvería a ver jamás. Allí estaba el cuchillo de Héctor, una sandalia de Polites, un peine de Troilo. Y el mayor de todos, un santuario dedicado a Paris.

¡Con su armadura! Su armadura, que yo había otorgado como premio en los juegos funerarios y que luego había lamentado perder. Todo estaba allí: el casco, el peto, la espada. Con un grito corrí hacia allí, la toqué.

—Sabía que te gustaría saber que estaba a salvo —dijo Gelanor.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas.

—Me echaba la culpa por haber dejado que pasara a otras manos —dije—. Pero, en aquel momento, el dolor me cegaba.

—Quienquiera que las obtuvo, las honró. Y por eso he querido que las vieras —dijo, y retrocedió—. Te dejo a solas con ellas. —Me tocó el brazo—. Adiós.

—¿Qué quieres decir?

Tristemente, meneó la cabeza.

—Nuestro breve encuentro ha sido todo lo que me he atrevido a pedir. Sabía que no podía durar, si era sincero y te enseñaba lo que debía enseñarte.

—Sigo sin entender lo que quieres decir.

—Lo harás —dijo, y se retiró entre las sombras.

Me acerqué al pedestal, osadamente, y cogí el casco de bronce pulido en mis brazos. Si no podía hacerlo yo, ¿quién más lo haría?

El queridísimo casco que había protegido la cabeza de Paris. Paris, cuánto tiempo. ¿Me reconocería ahora, siquiera? Había muerto joven y vibrante. Yo ahora era una

anciana.

Sin embargo, me sentía cercana a él. Lo más cerca que podía estar de él. «Paris, he venido hasta aquí para honrarte —le dije—. He dejado Esparta una vez más y he navegado hacia Troya. No ha sido un viaje lleno de amor y emoción como el nuestro, pero me ha traído aquí. Y aquí estoy, tan cerca de ti como puedo estar en esta vida mortal, una vida a la que todavía estoy sujeta». Me quedé sentada largo rato, recordando con todas mis fuerzas nuestro tiempo juntos, llamándole. «Si no estás aquí, no sé dónde buscarte». Estuve sentada lo que pareció una eternidad antes de volver a dejar el casco. «Pensaba que había perdido el casco. Lo entregué después de tu muerte y luego lamenté amargamente mi locura. Pero ahora lo tengo. Algunas cosas se pueden recuperar. Algunas cosas se pueden restaurar».

«Pero, Paris, algunas cosas perdidas las buscamos eternamente. Yo te busco a ti. Ven a mí. Si no estás aquí, ¿dónde estás?». Me quedé sentada y esperé. Era dócil en las manos de los dioses, los dioses contra los que había clamado tan a menudo.

Cerré los ojos. Notaba el sol entrando a raudales en el santuario, por entre los párpados. Era atrayente, seductor. Dije: «No hay nada, salvo esto. Sólo el sol brillando el día de hoy. ¿Por qué buscar otras cosas? ¿Por qué buscar más allá?».

«Paris. Paris. ¿Estás todavía aquí, bajo cualquier aspecto? Aunque sea como fantasma, como sombra, te daré la bienvenida. ¡No quiero otra cosa!».

Cerré los ojos con fuerza. Todo era silencio. De repente, noté un suave toque en los dedos.

—No mires —me dijo una voz amada—. No abras los ojos.

Los párpados empezaron a aletear. Un suave contacto los mantuvo cerrados.

—Te he dicho que no los abras. —Noté un roce en el cuello, en la mejilla—. Ah, tocarte de nuevo...

—No me tortures —dijo—. Déjame contemplarte del todo —añadí, y abrí los ojos.

Entonces todo desapareció, y vi a Paris de pie ante mí. Paris en toda su gloria: joven, hermoso, resplandeciente. «¿Dónde has estado todos estos años...? ¿Qué ha ocurrido desde...? ¿Adónde vamos?». Todo surgió a la vez en mi mente terrenal. Y nada se podía responder.

—Helena —dijo, cogiéndome la mano.

—Paris, ya voy —le respondí.

Epílogo

Una de mis posesiones más preciadas es un ejemplar dedicado de *Helen of Troy*, de Jack Lindsay, en el cual confía a su amigo: «Después de acabar *Cleopatra*, Constable me sugirió otro libro sobre una famosa heroína antigua, pero ninguna tenía la misma fama que Cleopatra. Al final, ellos mismos sugirieron a Helena, al parecer sin ser conscientes de que no era una figura histórica, en el mismo sentido que Cleopatra. Pero me encantó el tema y nunca planteé esta cuestión». Como el señor Lindsay, yo también he ido a Helena de Troya desde Cleopatra, y tenía la impresión errónea de que era una figura igualmente histórica. No es así. No tenemos ninguna corroboración ni prueba de que existiera jamás una Helena de Troya... ni un Agamenón, ni un Menelao, ni un Aquiles o un Paris. Entre los estudiosos, hay acalorados debates sobre Homero, y aunque existe un lugar real con una Troya histórica, se discute si tuvo lugar alguna vez realmente lo que podemos llamar la guerra de Troya.

Como Camelot, Troya está empapada en magia. Es posible que tuviese su fundamento en personas reales, pero la Troya que «conocemos» es mitológica. Quizás hubiese realmente un Arturo, un caudillo celta de poca importancia en los días del declive de la Bretaña romana, y quizá sí que hubiera alguna limitada y fea guerra comercial entre unos cuantos protogriegos y una pequeña ciudad fortificada en Asia Menor. Pero la guerra de Troya no tiene nada que ver con todo eso en nuestra mente. La grandeza de la guerra de Troya ha venido a representar la guerra en todas sus facetas: tanto la gloria como la espantosa destrucción. Actúa como paradigma de todas las guerras.

De modo que, aunque Helena no sea real en el sentido habitual del término, sigue habiendo fronteras que deben ser respetadas. El periodo histórico en el que ella vivió y en el que tuvo lugar la guerra de Troya es el periodo de la civilización micénica en el Peloponeso, en Grecia. Tenemos ciudadelas, palacios y puentes todavía en pie de aquella época, y también artefactos, de modo que es posible situar a los personajes en un entorno real. Contamos con las descripciones de los personajes, no sólo en Homero, sino en los escritos más amplios que cubren la guerra de Troya (*La Ilíada*, de Homero, sólo describe siete semanas de la guerra, en el décimo año, mientras que la *Odisea* resume brevemente la caída de Troya). Otros escritos, conocidos como el Ciclo Épico, rellenan la historia completa, desde el Juicio de Paris, cuando realizó la fatídica elección que le condujo hasta Helena, siguiendo con el destino de los héroes de la guerra, muchos años después. La *Eneida* contiene vívidos detalles de la caída de

Troya, y algunos poemas líricos griegos también suministran información.

Quinto Esmírneo (Quinto de Esmirna), que vivió en el siglo IV d. C., recoge el relato donde termina la *Ilíada*, con la muerte de Héctor y la partida de los griegos, en su *Posthomérica*, también conocida como *La caída de Troya*. Más tarde, los escritores medievales añadieron otros episodios; finalmente, Chaucer, Shakespeare y Marlowe escribieron también sus historias troyanas, que culminaban con la famosa frase: «¿Y éste es el rostro que lanzó mil barcos?». Así, la última descripción de Helena fue escrita no por un antiguo griego que hubiese visto su rostro, sino por un poeta isabelino, Marlowe, que sólo la imaginó.

Para ser personas que quizá no existieron nunca, los personajes de la guerra de Troya tienen unas personalidades de excepcional colorido, inolvidables. Por eso «sentimos» que son tan reales, y por eso deseamos con tanta fe que sean reales. Hablan directamente con nosotros, y nosotros creemos en ellos. De modo que he decidido obrar como si todos hubiesen sido reales y hubiesen vivido de verdad, y como si sólo se hubiesen perdido los documentos de identidad oficiales que lo confirman. Quizás algún día los encontremos. Eso espero, ya que parecen muy vivos.

He colocado a los personajes en su adecuado entorno histórico y he intentado ser lo más precisa posible. Por ejemplo, Helena era hija del rey y de la reina de Esparta, y la corona pasaba por línea materna, de modo que era Helena quien le otorgaba el trono a Menelao. Esparta, en aquel tiempo, no era «espartana» en el sentido que damos ahora a la palabra, sino más bien lo contrario: allí florecían la literatura y la música. Homero sólo cita la escritura una vez en la *Ilíada*, y aunque había inventarios de palacio en un manuscrito griego realmente antiguo, el Lineal B, no se han descubierto cartas de aquella época, de modo que a menos que sea absolutamente necesario (o forme parte de la leyenda, como cuando Paris escribe su nombre en el vino en una mesa) mis personajes no escriben cartas. El oráculo de Delfos quizá no hubiese estado plenamente desarrollado en tiempos de Homero (aunque los personajes de la serie troyana lo visitaban), pero la sibila Herófila, que predijo la guerra de Troya, ciertamente sí que estaba allí en aquella época. En Homero no aparecen jinetes, pero sabemos que los acróbatas realizaban sus números a lomos de caballos, y Quinto de Esmirna recoge un episodio en el que aparecen jinetes, que yo he conservado. El símbolo griego, los Juegos Olímpicos, no existía todavía, pero las competiciones atléticas locales eran muy populares e importantes ya en esa época.

Además de la realidad histórica de los personajes, surgían otros dos problemas a la hora de tratar esta historia. La primera tenía que ver con la mitología; la segunda, con el tono y la voz. Ambos son graves obstáculos para el autor y para el lector moderno.

¿Aceptar la mitología o dejarla fuera? En el relato original de la historia, los dioses son personajes principales, igual que los humanos. Existen dos niveles de drama: los humanos, que más o menos son juguetes de los dioses, y los dioses, que los miran desde arriba y representan sus propias luchas de poder con sus indefensas marionetas. Una discusión entre tres diosas sobre quién era la más hermosa condujo a la historia de amor entre Helena y Paris. Determinados dioses se alineaban con cada bando en la guerra de Troya; Atenea, Hera y Poseidón estaban del lado de los griegos; Apolo, Afrodita y Ares, del lado de los troyanos. Además, muchos de los humanos tenían un padre divino (Aquiles, Eneas, Helena), de modo que sus padres se implicaban en su protección. ¿Qué se puede hacer con todo eso? Eliminar a los dioses por completo hace que se desmoronen todas las motivaciones, pero, para nosotros, el hecho de que los dioses se peleen y se engañen unos a otros resulta caricaturesco y resta seriedad a la historia.

He decidido mantener a los dioses «a nivel individual», pero no representar lo que estaba ocurriendo en el monte Olimpo. En primer lugar, como la historia está contada desde el punto de vista de Helena, ella no podía estar al tanto de todo eso. Pero, en el mundo moderno, la gente sigue teniendo contacto con sus dioses, todavía les reza y busca orientación en ellos, y a menudo nota su presencia. También he decidido dejar intacta la idea de tener un dios como pariente. Así, Helena es la hija de Zeus, que llegó a su madre en forma de cisne, aunque ella no nació de un huevo. Después de todo, aquella gente creía en tales parentescos. Esto era cierto incluso en tiempos de Alejandro Magno: el oráculo de Siwa le reveló que era hijo de Amón, y él lo asumió y se lo creyó.

El tono a la hora de contar la historia es otro asunto. Para materias tan elevadas parece que se requeriría un tono heroico, pero de nuevo esto podría resultar cómico para nosotros, hoy en día. Por otra parte, el uso moderno del argot, en un intento de hacer a los personajes más accesibles, rebaja la historia. De alguna manera, no parece correcto. Al ser mitológicos, debían ser un poco más elevados. De modo que he intentado mantener una forma de hablar y un lenguaje dignificado, y un poco «ajeno», sin resultar pomposo.

Me he tomado la libertad de usar términos reconocibles para las personas de hoy en día, como «los griegos», en lugar de «los aqueos» o «los dánaos», para evitar confusiones u oscuridad. También faltan dos personajes asociados en ocasiones con la historia: Crésida y Teseo. Crésida, al parecer, es una invención tardía de la tradición romántica medieval y que no se encontraba en la historia original, y que incluye a Troilo. Teseo, del mismo modo, es un añadido posterior, ya que los atenienses, que no

participaron en la guerra de Troya, ese gran momento definitorio de la identidad griega, querían encontrar alguna manera de conectar a su héroe con ella, y por tanto inventaron un episodio en el cual rapta a Helena. Ninguna de las dos cosas es auténtica (en la medida en que algo puede ser auténtico en un mito), de modo que las he omitido.

Como esto no es historia en el sentido en que la conocemos, no existe una secuencia de tiempo exacta en las fuentes. El lapso de tiempo clásico aceptado para la guerra de Troya es de diez años, pero el tiempo transcurrido para cubrir todos los incidentes añadidos, desde la partida retrasada de los griegos hasta la lucha en Troya, incluidas las historias no homéricas de lo que ocurrió después de la muerte de Héctor, es mayor. En un momento dado de la *Ilíada*, Helena dice que lleva en Troya veinte años. Los años en el interior de las murallas debían de pasar de una forma extraña, y no sabemos qué ocurrió en ellos. De modo que he intentado captar ese paso del tiempo poco habitual y al mismo tiempo evitar fechas específicas en lo posible. El mismo problema de historia contra mitología se aplica a Príamo y a su familia. No todos sus hijos tienen nombre, aunque se decía en una fuente que Hécuba dio a luz a diecinueve hijos varones (o hijos e hijas, en otras fuentes), y sólo diez reciben nombre. Los cincuenta hijos de Príamo es una expresión que suena bien, y quizá fuese simbólica y no precisa. En cualquier caso, me atengo sólo a los que tienen nombre.

Si se quiere leer más sobre Helena y la guerra de Troya, por supuesto, el lugar de comienzo es Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*. Hay muchas buenas traducciones, algunas en prosa y otras en verso. El Ciclo Épico, que incluye la *Cipriada*, *Etiopis*, la *Pequeña Ilíada*, la *Iliu Persis*, los *Nostoi* y la *Telegonía* existen sólo como resumen, ya que los manuscritos originales se perdieron. Los resúmenes se pueden encontrar en Apolodoro, *Biblioteca* (Gredos, Alianza, etc.) o *Ciclo Épico* (Planeta), y en Jonathan S. Burgess, *The tradition of the Trojan war in Homer and the Epic Cycle*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001. Las obras de Esquilo, Sófocles y Eurípides también cubren aspectos y personajes de la guerra troyana y de sus consecuencias.

Continuando la historia, tenemos a Quinto de Esmirna: la *Posthomérica* está disponible en muchas versiones y traducciones (Akal, Gredos, Ediciones Clásicas...).

Las biografías exclusivas de Helena son muy raras. La más completa, que cubre todos los aspectos de la historia, es la de Jack Lindsay, *Helen of Troy: woman and goddess*, Londres, Constable and Company Ltd, 1974. Además, están también la de John Pollard, *Helen of Troy*, Nueva York, Roy Publishers, 1965, e Ivor Brown, *Dark ladies*, Londres, Collins, 1957. Hace poco se publicó la de Bettany Hughes, *Helen of Troy: goddess, princess, whore*, Nueva York, Knopf, 2005.

Algunos libros sobre Homero y Troya: Barry B. Powell, *Homer*, Oxford, Blackwell publishers, 2004; J. V. Luce, *Celebrating Homer's landscapes*, New Haven, Yale University Press, 1998; J. V. Luce, *Homero y la edad heroica*, Destino, Barcelona, 1984; Denys Page, *History and the homeric Illiad*, Berkeley, University of California Press, 1959; Walter Leaf, *Troy: a study in homeric geography*, Londres, Macmillan and Company, 1912; reimpresso en Elibro Classics; Manfred O. Korfmann, *Troia/Wilusa*, Canakkale-Tubingen, Troia Foundation, 2005, y Michael Wood, *In search of the trojan war*, Oxford, British Broadcasting Company, 1985.

Se encuentra información de fondo sobre el periodo en *The Mycenaean world*, Atenas, National Archaeological Museum, Ministry of Culture, 1988; M.I. Finley, *Early Greece: the Bronze and Archaic Age*, Nueva York, W.W. Norton, 1981, y *The world of Odysseus*, Nueva York, New York Review of Books, 2002; John Chadwick, *El mundo micénico*, (Alianza, Altaya...); Nic Fields, ilustrado por D. Spedaliere, *Mycenaean citadels c. 1350-1200 B. C.*, Oxford, Osprey Publishing, 2004; Nic Fields, ilustrado por D. Spedaliere y S. Sulemsohn Spedaliere, *Troy, c. 1700-1250 B. C.*, Oxford, Osprey Publishing, 2004; Margaret R. Scherer, *The legends of Troy in art and literature*, Londres, Phaidon Press, 1964, excelente y amplio; Susan Woodford, *The Trojan war in ancient art*, Ithaca, Cornell University Press, 1993, y Eric Shanower, *La Edad de Bronce*, Barcelona, Azake Ediciones, una novela gráfica en progreso que ha ganado muchos premios y que cubre toda la guerra de Troya, con siete volúmenes en total. Su bibliografía, su cronología y sus genealogías son exhaustivas y precisas.

Se puede encontrar información más especializada en Henry A. Ormerod, *Piracy in the Ancient World*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1997; Adrienne Mayor, *Greek fire, poison arrows and scorpion bombs: biological and chemical warfare in the Ancient World*, Nueva York, Overlook Press, 2003; Marjorie y C. H. B. Quennell, *Everyday things in homeric Greece*, Londres, B.T. Batsford, 1929; Emile Mireaux, *Daily life in the time of Homer*, Toronto, Macmillan, 1959; Helmut Baumann, *The greek plant world in myth, art and literature*, Portland, Oregón, Timber Press, 1993; Paul Bentley Kern, *Ancient Siege warfare*, Bloomington, Indiana University Press, 1999, y Stephen G. Miller, *Ancient greek athletics*, New Haven, Yale University Press, 2004.

La mitología griega, al ser tan amplia, requiere un encabezamiento propio. De niña leía los *Enchantment tales for children*, de Margaret Evans Price, Nueva York, Rand McNally, 1926, y *A child's book of myths*, Nueva York, Rand McNally, 1924, cuando me iba a dormir. Sus magníficas ilustraciones hicieron que el mundo de los mitos griegos formara parte importante de mi imaginación infantil. Fuentes

posteriores incluyen a Robert Graves, *Los mitos griegos*, a Michael Grant, *Mitos de Grecia y Roma*, en Alianza Editorial, y a Barry B. Powell, *Classical myth*, Nueva Jersey, Prentice-Hall, 2004. En el confuso mundo de los dioses griegos, los árboles genealógicos son útiles y esenciales. Uno es el de Vanessa James, *The genealogy of greek mithology*, Nueva York, Gotham Books, 2003, y también destaca una compilación realmente monumental de setenta páginas de Harold Newman y John O. Newman, *A genealogical chart of greek mythology*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2003.

Agradecimientos

Les doy las gracias a mis atentos amigos griegos, Artemios y Evie Kandarakis, y Xenia Vletsa, que me ayudaron en los yacimientos arqueológicos de su país, y de muchas otras formas. A Katie Broberg Foehl, a Nikos y March Schweitzer, entusiastas grecófilos que fueron camaradas en mi investigación. A Brian y Mary Holmes, que me ayudaron a dar forma a la historia, y a Jane y a Bob Feibel, que están a sus anchas en el mundo antiguo.

Gracias a Birgitta van der Veer y a los comisarios del Museo Arqueológico de Estambul, por posibilitar mi acceso a la colección de Troya; al doctor Dan Gibson, del WPI, por aclararme el proceso químico de la producción de tinte púrpura de Tiro a partir de las caracolas *Murex*; a Eric Shanower, que compartió su información generosamente conmigo; a Beena Kamlani, editora eficiente y amiga de Homero; al profesor Stephen G. Miller, de la Universidad de Berkeley, California, por revivir y organizar los Antiguos Juegos Nemeos y dejarme participar en ellos; a los profesores Barry B. Powell y William Aylward, de la Universidad de Wisconsin, que siempre estaban dispuestos a compartir sus conocimientos, y cuyo simposio del Departamento de Clásicas, «La guerra de Troya: fuentes entre bastidores», me enseñó tantas cosas.



MARGARET GEORGE (Nashville, 1943). Es una reputada historiadora y novelista estadounidense, autora de libros tan conocidos como *María, reina de Escocia*, *María Magdalena* y *Helena de Troya*.

En la actualidad, Margaret George está trabajando en una biografía novelada de la reina Isabel I de Inglaterra. Vive en Madison (Wisconsin).